MALAZ: EL LIBRO DE LOS CAÍDOS

STEVEN ERIKSON

Tras años de guerras intestinas, las tribus de los Tiste Edur se hallan bajo el mando del rey hechicero. La páz se logró a un precio terrible: un pacto con un poder oculto cuyos motivos son, en el mejor de los casos sospechosos, en el peor, mortales. Al sur, el reino de Lether, que desea que se cumpla el papel que profetizaron para él largo tiempo atrás como imperio renacido, ha esclavizado a todos sus vecinos menos civilizados salvo a los tiste edur. El destino ha decretado que también ellos han de caer. La lucha que librarán estos dos pueblos será un pálido reflejo de un conflicto más primitivo. Antiguas fuerzas se unen y con ellas la herida abierta de una vieja traición y un ansia de venganza…

Steven Erikson deja en sus obras la impronta de su pasión por la arqueología y la antropología. Las novelas de su serie «Malaz: El libro de los caídos» han sido internacionalmente aclamadas y lo catapultan como una de las principales voces de la ficción fantástica y épica.

Lectulandia

Steven Erikson

Mareas de medianoche

Malaz: El libro de los caídos - 5

ePUB r1.1
arthor 16.11.13

Título original: *Midnight Tides*
Steven Erikson, 2004
Traducción: Marta García Martínez
Mapas: Neil Gower
Diseño de portada: Steve Stone

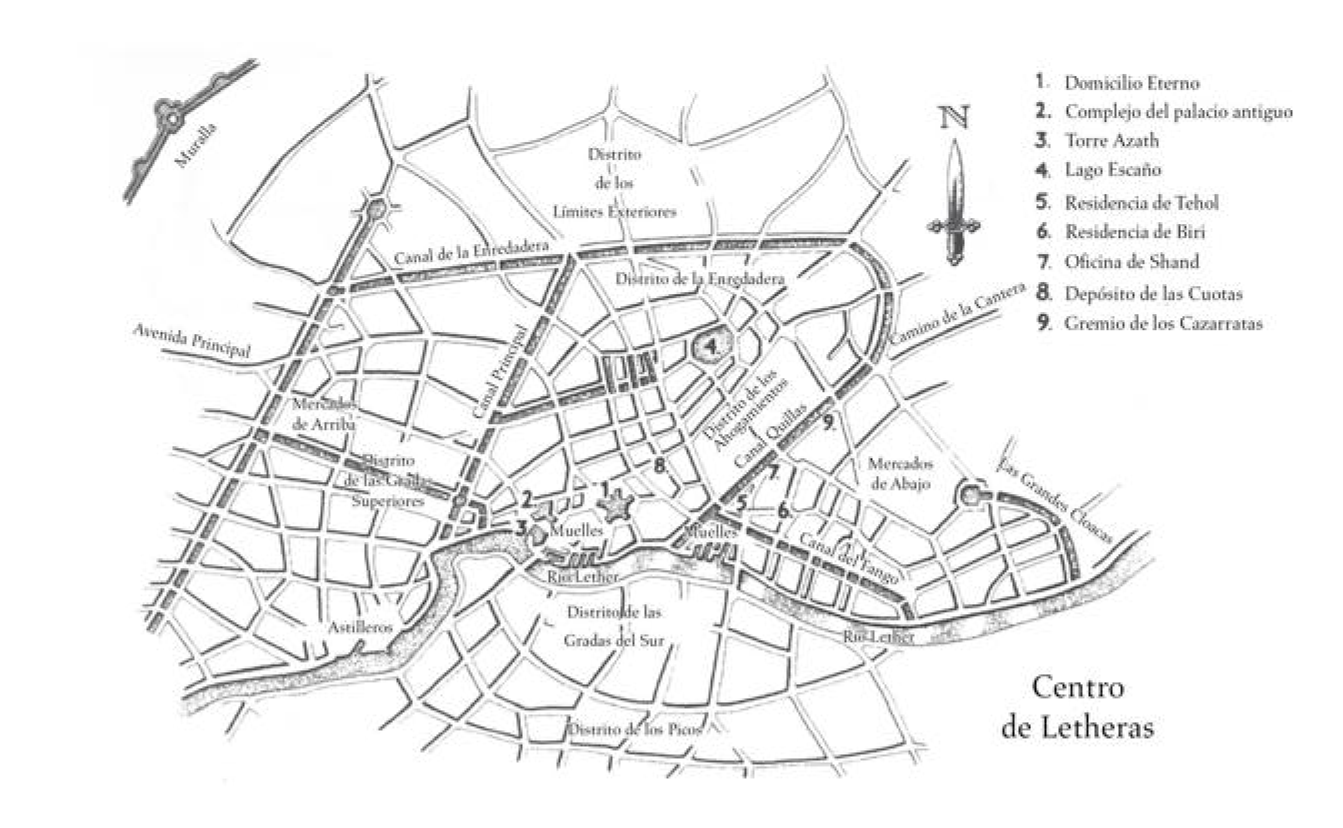
Editor digital: arthor
Corrección de erratas: gurney
ePub base r1.0

A Christopher Porozny

Agradecimientos

Debo expresarles mi más sincera gratitud a los de siempre: Rick, Chris y Mark, por sus primeros comentarios sobre esta novela. Y a Courtney, Cam y David Keck por su amistad. Gracias como siempre a Clare y Bowen, a Simon Taylor y a sus compatriotas de Transworld; a Steve Donaldson, Ross y Perry; a Peter y Nicky Crowther, Patrick Walsh y Howard Morhaim. Y a todo el personal del bar Italia de Tony por ser esta la segunda de mis novelas cuyo combustible fue su café.

Tierras tiste edur
y la frontera norte de Lether
Aldeas tiste edur
Fuertes (letherii)
Ciudades y Pueblos
Merude
Tribus tiste edur
Frontera
Tundra
Tundra
Bahía Estirpe
Den-Ratha
Merude
Sollanta
Beneda
Hiroth
Arapay
Campos de Hielo
Mar Calash
Ensenada Límite
Fent Límite
El Límite
Primer fuerte de la Doncella
Trate
Fuerte Alto
Fuerte Temblor
Ensenada Trate
Río Katter
Katter
La Rectoría
Segundo fuerte de la Doncella
Captura
Montañas del Vigía
Río Musgo
Río Temblor Oriental
Dresh
Primer Límite
Límite de Canción Salada
Tercer fuerte de la Doncella
Lezna
Lan
Carga
Cinco Puntas
Punta Blanca
Tulamesh
Rennis
Brous
Río Brous
Torreón Brans
Almas
A Letheras
N
0
50
100
150
leguas



Centro de Letheras
1. Domicilio Eterno
2. Complejo del palacio antiguo
3. Torre Azath
4. Lago Escaño
5. Residencia de Tehol
6. Residencia de Biri
7. Oficina de Shand
8. Depósito de las Cuotas
9. Gremio de los Cazarratas
N
Muralla
Distrito de los Límites Exteriores
Canal de la Enredadera
Distrito de la Enredadera
Avenida Principal
Canal Principal
Camino de la Cantera
Mercados de Arriba
Distrito de los Ahogamientos
Canal Quillas
Mercados de Abajo
Las Grandes Cloacas
Distrito de las Gradas Superiores
Muelles
Muelles
Canal del Fango
Río Lether
Río Lether
Distrito de las Gradas del Sur
Astilleros
Distrito de los Picos

Dramatis Personae

LOS TISTE EDUR

Tomad Sengar, patriarca del linaje Sengar

Uruth, matriarca del linaje Sengar

Temor Sengar, primogénito, maestro de armas de las tribus

Trull Sengar, segundo hijo

Binadas Sengar, tercer hijo

Rhulad Sengar, cuarto, hijo menor

Mayen, prometida de Temor

Hannan Mosag, rey hechicero de la confederación de las Seis Tribus

Theradas Buhn, primogénito del linaje Buhn

Midik Buhn, segundo hijo

Badar, no ha sido iniciado

Rethal, guerrero

Canarth, guerrero

Choram Irard, no ha sido iniciado

Kholb Harat, no ha sido iniciado

Matra Brith, no ha sido iniciado

ESCLAVOS LETHERII
ENTRE LOS TISTE EDUR

Udinass
Bruja de la Pluma
Hulad
Virrick

LOS LETHERII

EN EL PALACIO

Ezgara Diskanar, rey de Letheras
Janall, reina de Letheras
Quillas Diskanar, príncipe y heredero
Unnutal Hebaz, preda (comandante) del ejército letherii
Brys Beddict, finadd (capitán) y paladín del rey, el menor de los hermanos Beddict
Moroch Nevath, finadd de la escolta del príncipe Quillas Diskanar
Kuru Qan, ceda (hechicero) del rey
Nisall, primera concubina del rey
Turudal Brizad, primer consorte de la reina
Nifadas, primer eunuco
Gerun Eberict, finadd de la Guardia del Rey
Triban Gnol, canciller
Laerdas, mago del séquito del príncipe

EN EL NORTE

Buruk el Pálido, mercader del norte
Seren Pedac, corifeo de Buruk el Pálido
Casco Beddict, centinela del norte, primogénito de los hermanos Beddict
Nekal Bara, hechicera
Arahathan, mago
Enedictal, mago
Yan Tovis (Crepúsculo), atri-preda en Fent Límite

EN LA CIUDAD DE LETHERAS

Tehol Beddict, ciudadano de la capital, el mediano de los hermanos Beddict

Hejun, empleada de Tehol

Rissarh, empleada de Tehol

Shand, empleada de Tehol

Chalas, vigilante

Biri, mercader

Huldo, propietario de establecimiento

Bicho, sirviente de Tehol

Ublala Pung, delincuente

Harlest, guarda de una hacienda

Ormly, campeón de los Cazarratas

Rucket, investigadora jefe, gremio de los Cazarratas

Bubyrd, gremio de los Cazarratas

Espejeo, gremio de los Cazarratas

Rubí, gremio de los Cazarratas

Ónice, gremio de los Cazarratas

Centelleo, gremio de los Cazarratas

Tetera, niña

Shurq Elalle, ladrona

Selush, amortajadora de los muertos

Padderunt, ayudante de Selush

Urul, jefe de sirvientes en el establecimiento de Huldo

Pulgadas, ciudadano

Hulbat, ciudadano

Turble, ciudadano

Unn, indigente mestizo

Delisp, madama del burdel El Templo

Prist, jardinero

Rall el Fuerte, asesino

Cerdo Verde, mago infame de épocas pasadas

OTROS

Asimismo, fabricante de armas meckro

Corteza, nacht

Mape, nacth

Pule, nacht

El del Interior

Silchas Ruina, soletaken eleint tiste andii

Scabandari Ojodesangre, soletaken eleint tiste edur

Gothos, jaghut

Rud Elalle, niño

Barras de Hierro, soldado

Corlo, mago

Mediopico, soldado

Ulshun Pral, imass

Prólogo

Primeros días de la partición de Emurlahn
Invasión edur, era de Scabandari Ojodesangre
Época de los dioses ancestrales

De las nubes retorcidas y henchidas de humo llovía sangre. Los últimos de los torreones del cielo, envueltos en llamas y derramando humo negro, habían abandonado el cielo. Su descenso irregular había abierto surcos en el suelo al chocar y partirse en mil pedazos con reverberaciones atronadoras que esparcieron rocas manchadas de sangre entre los montones de cadáveres que cubrían la tierra de un horizonte a otro.

Las grandes ciudades colmena habían quedado reducidas a escombros cubiertos de ceniza, y las inmensas nubes que se alzaban sobre cada una de ellas y que se habían disparado hacia los cielos con su destrucción (nubes llenas de escombros, restos desgarrados y sangre), giraban en tormentas de calor disipado que colmaban el cielo.

Entre los ejércitos aniquilados, las legiones de los conquistadores se reagrupaban en la llanura central, buena parte de la cual estaba cubierta de losas colocadas con exquisitez (allí donde el impacto de los torreones del cielo no había esculpido profundas zanjas), aunque dificultaba la ratificación de las formaciones el sinfín de cadáveres de los derrotados. Y el agotamiento. Las legiones pertenecían a dos ejércitos independientes, aliados en esa guerra, y estaba claro que uno había corrido muchísima mejor suerte que el otro.

La bruma sanguinolenta envolvía las inmensas alas del color del hielo de Scabandari cuando bajó haciendo un barrido entre las nubes revueltas. Agitaba con un parpadeo constante las membranas para despejar sus draconianos ojos de un color azul gélido. El dragón se ladeó en su descenso e inclinó la cabeza para examinar a sus hijos victoriosos. Los estandartes grises de las legiones tiste edur oscilaban, intermitentes, sobre los guerreros que se iban reuniendo y Scabandari calculó que al menos restaban mil ochocientos de sus parientes de sombra. A pesar de todo ello, habría luto y lamentos en las tiendas del Primer Desembarco esa noche. El día había empezado con más de doscientos mil tiste edur marchando sobre la llanura. Con todo… era suficiente.

Los edur habían chocado con el flanco oriental del ejército k’chain che’malle, aunque habían antepuesto a su carga oleadas de hechicería devastadora. Las formaciones del enemigo se habían reunido para enfrentarse a un asalto frontal y su lentitud había resultado letal a la hora de girar para afrontar la amenaza que les llegaba por el flanco. Como una daga, las legiones edur habían penetrado hasta el corazón del ejército.

Al acercarse, Scabandari vio en el fondo, repartidos aquí y allá, los estandartes brunos de los tiste andii. Quedaban mil guerreros, quizá menos. La victoria era una reivindicación más dudosa para esos aliados diezmados. Habían combatido contra los cazadores k'ell, la élite de los ejércitos emparentados con las tres matronas. Cuatrocientos mil tiste andii contra sesenta mil cazadores. Compañías adicionales de andii y edur habían asaltado los torreones del cielo, pero estos habían sabido que su muerte era segura y su sacrificio había sido fundamental en la victoria de ese día, pues se había impedido a los torreones del cielo acudir en ayuda de los ejércitos de la llanura. Por sí mismos, los asaltos contra los cuatro torreones del cielo habían surtido solo un efecto marginal (a pesar de que los colas cortas eran pocos en número, su ferocidad había resultado devastadora), pero la sangre tiste derramada había ganado tiempo suficiente para que Scabandari y su aliado dracónico soletaken se acercaran a las fortalezas flotantes y desataran sobre ellas las sendas de Starvald Demelain, Kurald Emurlahn y Galain.

El dragón se precipitó a tierra, allí donde un revoltijo amontonado de cadáveres de k'chain che'malle marcaba la última posición defendida por una de las matronas. Kurald Emurlahn había masacrado a los defensores y unas sombras salvajes todavía aleteaban por las laderas como espectros. Scabandari abrió las alas, abofeteó el aire húmedo y se posó sobre los cuerpos de reptil.

Un momento más tarde adoptó su forma tiste edur. La piel del tono del hierro forjado, el largo cabello gris suelto, una cara adusta y aquilina con ojos duros muy juntos. Una boca amplia, con las comisuras hacia abajo, que no lucía arruga alguna de risa. Frente amplia y lisa, con cicatrices diagonales de un blanco vívido que contrastaban con la piel

morena. Vestía un arnés de cuero que sostenía su mandoble, un par de cuchillos largos en la cadera y de los hombros le colgaba una capa de escamas, el pellejo de una matrona, lo bastante reciente para brillar todavía con sus aceites naturales.

Se alzó, una figura alta envuelta en gotas de sangre que observaba la reunión de las legiones. Varios oficiales edur miraron en su dirección y después comenzaron a dirigir a sus tropas.

Scabandari giró entonces al noroeste y entrecerró los ojos para contemplar las nubes que ondeaban en el cielo. Un momento más tarde, un inmenso dragón de un blanco óseo irrumpió entre ellas, si acaso incluso más grande que el propio Scabandari cuando se transformaba en dragón. También envuelto en sangre… y buena parte era suya, pues Silchas Ruina había combatido junto a sus parientes andii contra los cazadores k'ell.

Scabandari observó acercarse a su aliado y solo retrocedió cuando el enorme dragón se posó en la cima de la colina y después se convirtió a toda prisa. Le sacaba una cabeza o más al soletaken tiste edur, pero era de una delgadez excesiva, los músculos tensos como cuerdas bajo la piel lisa, casi translúcida. Las garras de un ave rapaz resplandecían en el cabello blanco, largo y espeso del guerrero. El rojo de sus ojos parecía febril, tanto era su brillo. Silchas Ruina tenía heridas: cuchilladas que le cruzaban el cuerpo. La mayor parte de la armadura del torso se le había caído y revelaba el verde azulado de las venas y las arterias que abrían rastros que se repartían bajo la piel fina y lampiña del pecho. Tenía las piernas resbaladizas de sangre, al igual que los brazos. Las dos vainas de las caderas estaban vacías, había roto ambas armas, a pesar del tejido

de hechicería que las investía. La suya había sido una batalla desesperada.

Scabandari inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Silchas Ruina, hermano en espíritu, el más incondicional de los aliados. Contempla la llanura, la victoria es nuestra.

La cara pálida del tiste andii albino se crispó en una mueca silenciosa de desprecio.

—Mis legiones tardaron demasiado en acudir en tu ayuda —continuó Scabandari—. Y por ello mi corazón se rompe al observar tus pérdidas. Con todo, ahora dominamos la puerta, ¿no es cierto? El sendero que lleva a este mundo nos pertenece y el mundo en sí se despliega ante nosotros… para saquearlo, para trincharlo para los loables imperios de nuestros pueblos.

Los largos dedos de las manos manchadas de Ruina sufrieron una contracción y su dueño contempló la llanura que tenía debajo. Las legiones edur habían vuelto a formar en un círculo desigual alrededor de los últimos andii supervivientes.

—La muerte contamina el aire —rezongó Silchas Ruina—. Apenas puedo inhalar para hablar.

—Ya habrá tiempo para hacer nuevos planes más tarde —dijo Scabandari.

—Mi pueblo ha sido masacrado. Nos rodeáis ahora pero vuestra protección llega demasiado tarde.

—Simbólica entonces, hermano mío. Hay otros tiste andii en este mundo, tú mismo lo dijiste. Solo has de encontrar esa primera oleada y recobrarás tus fuerzas. Es más, otros vendrán. Mis parientes y los tuyos, los dos, huyendo de nuestras derrotas.

El ceño de Silchas Ruina se profundizó.

—La victoria de este día es una alternativa amarga.

—Los k’chain che’malle casi han desaparecido, lo sabemos. Hemos visto las muchas otras ciudades muertas. Ya solo permanece Alborada, y eso en un continente lejano, donde los colas cortas comienzan ahora a romper sus cadenas en una rebelión bañada en sangre. Un enemigo dividido es un enemigo que no tarda en derrumbarse, amigo mío. ¿Qué otro pueblo en este mundo tiene poder suficiente para enfrentarse a nosotros? ¿Los jaghut? Están muy repartidos y son pocos. ¿Los imass? ¿Qué pueden lograr armas de piedra contra nuestro hierro? —Se quedó callado un momento y después continuó—. Los forkrul assail no parecen muy dispuestos a juzgarnos. Y, en cualquier caso, con cada año que pasa parece que haya menos. No, amigo mío, con la victoria de hoy este mundo queda a nuestros pies. Aquí no sufriréis las guerras civiles que atormentan Kurald Galain. Y mis seguidores y yo escaparemos de la escisión que plaga ahora Kurald Emurlahn…

Silchas Ruina lanzó un bufido.

—Una escisión que ha creado tu mano, Scabandari.

Seguía estudiando las fuerzas tiste de la llanura, así que no vio el destello de furia que respondió a su displicente comentario, un destello que se desvaneció un instante después, cuando la expresión de Scabandari recuperó una vez más la ecuanimidad.

—Un mundo nuevo para nosotros, hermano.

—Hay un jaghut en la cima de un risco septentrional —dijo Silchas Ruin—. Testigo de la guerra. No me acerqué, pues percibí el comienzo de un ritual. Omtose Phellack.

—¿Temes a ese jaghut, Silchas Ruin?

—Temo lo que no conozco, Scabandari… Ojodesangre. Y queda mucho por aprender sobre este reino y sus costumbres.

—Ojodesangre.

—Tú no te ves —dijo Ruina—, pero yo te doy ese nombre por la sangre que mancha ahora tu… visión.

—Tiene gracia, Silchas Ruina, viniendo de ti. —Después, Scabandari se encogió de hombros y se dirigió al borde septentrional del montón, donde pisaba con cuidado los cadáveres que se movían bajo él—. Un jaghut, has dicho… —Se dio la vuelta, pero Silchas Ruina le había dado la espalda, el tiste andii había bajado la mirada y contemplaba a sus escasos seguidores supervivientes que continuaban en la llanura.

—Omtose Phellack, la senda de Hielo —dijo Ruina sin girarse—. ¿Qué es lo que conjura, Scabandari Ojodesangre? Me pregunto…

El soletaken edur regresó con Silchas Ruina.

Estiró el brazo hacia la parte exterior de su bota izquierda y sacó una daga grabada por sombras. La hechicería jugueteaba sobre el hierro.

Un último paso y la daga se clavó en la espalda de Ruina.

El tiste andii sufrió un espasmo y después rugió… al tiempo que las legiones edur se volvían de repente contra los andii y se precipitaban al interior del círculo desde todas direcciones para llevar a cabo la última matanza del día.

La magia tejió cadenas retorcidas alrededor de Silchas Ruina y el tiste andii albino se desmoronó.

Scabandari Ojodesangre se agachó sobre él.

—Es la costumbre de los hermanos, y es triste —murmuró—. Uno solo debe dominar. Dos no pueden. Bien sabes que es cierto. Grande como es este mundo, Silchas Ruina, antes o después habría una guerra entre los edur y los andii. La verdad de nuestra sangre lo dirá. Así pues, solo uno dominará la puerta. Solo los edur pasarán. Daremos caza a los andii que ya están aquí, ¿qué paladín pueden producir que pueda desafiarme? Se pueden dar ya por muertos. Y así

debe ser. Un pueblo. Un gobernante. —Se irguió cuando los últimos lamentos de los guerreros andii moribundos resonaban en la llanura—. Sí, no puedo matarte directamente, eres demasiado poderoso. Así pues, te llevaré a un lugar adecuado y te dejaré a merced de las raíces, la tierra y la piedra de sus terrenos mutilados…

Se transformó en dragón. Las garras de un pie enorme se cerraron alrededor del inmóvil Silchas Ruina y Scabandari Ojodesangre se alzó por los cielos entre un tronar de alas.

La torre estaba a menos de cien leguas, al sur, solo su muro bajo y destrozado encerraba el patio que revelaba que no era una construcción jaghut, que había surgido junto a las tres torres jaghut por voluntad propia, como respuesta a una ley insondable tanto para dioses como para mortales. Surgida… para aguardar el regreso de aquellos a los que habría de encerrar para toda la eternidad. Criaturas de un poder letal.

Como el tiste andii soletaken, Silchas Ruina, tercer y último hijo de los tres hijos de madre Oscuridad.

Lo que eliminaba del camino de Scabandari Ojodesangre al último de los dignos oponentes que se contaban entre los tiste.

Los tres hijos de madre Oscuridad.

Tres nombres…

Andarist, que ha mucho tiempo que renunció a su poder como respuesta a una pena que nunca podría sanar. Sin saber que la mano que causó esa pena era la mía…

Anomandaris Irake, que rompió con su madre y con los suyos. Que después desapareció antes de que pudiera ocuparme de él. Se desvaneció y con toda probabilidad jamás se le volverá a ver.

Y ahora Silchas Ruina, que en muy poco tiempo conocerá la prisión eterna de los Azath.

Scabandari Ojodesangre estaba satisfecho. Por su pueblo. Por sí mismo. Ese mundo él lo conquistaría. Solo los primeros colonos andii podrían desafiar sus derechos.

¿Un paladín de los tiste andii en este reino? No se me ocurre ninguno… nadie que tenga poder suficiente para enfrentarse a mí…

No se le ocurrió a Scabandari Ojodesangre preguntarse adónde, de los tres hijos de madre Oscuridad, podría haber ido el que se había desvanecido.

Pero ni siquiera ese fue su mayor error…

En una berma glacial del norte, el jaghut solitario comenzó a tejer la hechicería de Omtose Phellack. Había presenciado la devastación forjada por los dos eleint soletaken y los ejércitos que los acompañaban. Poca comprensión dedicó a los k'chain che'malle. De todos modos se estaban extinguiendo por una miríada de razones, ninguna de las cuales concernía demasiado al jaghut. Tampoco le preocupaban los intrusos. Hacía ya mucho tiempo que había perdido la capacidad de preocuparse. Junto con el miedo. Y, había que admitir, también el asombro.

Sintió la traición cuando se produjo, el florecimiento distante de la magia y el derramamiento de sangre ascendente. Y los dos dragones habían terminado por ser solo uno.

Típico.

Y después, apenas unos minutos después, en el momento en que descansaba entre tejido y tejido de su ritual, percibió que alguien se acercaba por detrás. Un dios ancestral, llegado para responder a la violenta fisura abierta entre los reinos. Como era de esperar. Con todo… ¿qué dios? ¿K'rul?

¿Draconus? ¿La Hermana de las Noches Frías? ¿Osserc? ¿Kilmandaros? ¿Sechul Lath? A pesar de su estudiada indiferencia, la curiosidad al fin lo obligó a girarse para mirar al recién llegado.

Ah, inesperado… pero interesante.

Mael, señor ancestral de los Mares, era ancho y achaparrado, con una piel de color azul profundo que se iba apagando hasta convertirse en un dorado pálido en la garganta y el vientre desnudo. El cabello rubio y lacio le caía suelto de la testa ancha y casi plana. Y en los ojos ambarinos de Mael, una rabia crepitante.

—Gothos —dijo Mael con voz ronca—, ¿con qué ritual respondes a esto?

El jaghut frunció el ceño.

—Han provocado un desastre. Mi intención es purificarlo.

—Hielo —se burló el dios ancestral—. La respuesta jaghut para todo.

—¿Y cuál sería la tuya, Mael? ¿Una inundación o… una inundación?

El dios ancestral miró al sur con los músculos de la mandíbula tensos.

—Voy a tener una aliada. Kilmandaros. Viene del otro lado del desgarro.

—Solo queda un soletaken tiste —dijo Gothos—. Parece que acabó con su compañero y en estos momentos se dispone a entregarlo a la custodia del atestado patio de la torre Azath.

—Prematuro. ¿Cree que los k’chain che’malle son los únicos que se le oponen en este reino?

El jaghut se encogió de hombros.

—Es muy probable.

Mael se quedó callado un rato, después suspiró antes de hablar.

—Con tu hielo, Gothos, no destruyas todo esto. En su lugar, te pido que… conserves.

—¿Por qué?

—Tengo mis razones.

—Me alegro por ti. ¿Cuáles son?

El dios ancestral le lanzó una mirada lúgubre.

—Malnacido insolente.

—¿Para qué cambiar?

—En los mares, jaghut, el tiempo carece de velos. Surcan las profundidades corrientes de una antigüedad inmensa. En los bajíos susurra el futuro. Las mareas fluyen entre ellos en un intercambio incesante. Así es mi reino. Tal es lo que yo conozco. Sella esta devastación en tu maldito hielo, Gothos. En este lugar, congela el tiempo en sí. Hazlo y yo aceptaré que tengo una deuda contigo… deuda que un día te podría resultar útil.

Gothos reflexionó sobre las palabras del dios ancestral y después asintió.

—Es muy posible. Muy bien, Mael. Ve con Kilmandaros. Aplasta a este eleint tiste y desperdiga su pueblo. Pero hazlo rápido.

Mael entrecerró los ojos.

—¿Por qué?

—Porque percibo un despertar lejano, pero no, por desgracia, tan lejano como te gustaría.

—Anomander Rake.

Gothos asintió.

Mael se encogió de hombros.

—Previsto. Osserc se dispone a interponerse en su camino.

La sonrisa del jaghut reveló sus inmensos colmillos.

—¿Otra vez?

El dios ancestral no pudo evitar responder con una sonrisa propia.

Y aunque los dos sonrieron, no era mucho el humor que reinaba en aquella berma glacial.

Año 1159 del Sueño de Ascua
Año de las Vetas Blancas en el Ébano
Tres años antes del Séptimo Cierre letherii

Despertó con la barriga llena de sal, desnudo y medio enterrado en arena blanca, entre los detritos de la tormenta. Las gaviotas graznaban en el cielo y sus sombras rodaban por las ondulaciones de la playa. Unos calambres le provocaron espasmos en las tripas, gimió y se dio la vuelta poco a poco.

Vio que había más cuerpos en la playa. Y restos. Trozos y balsas de hielo que se fundían a toda prisa crujían en los bajíos. Los cangrejos se escabullían por millares.

El enorme hombre se fue irguiendo hasta quedar a cuatro patas. Y después vomitó fluidos amargos en las arenas. Unas palpitaciones le machacaban la cabeza, lo bastante fieras como para dejarlo medio ciego, y todavía tardó un tiempo en poder mecerse lo suficiente como para sentarse y mirar furioso una vez más la escena que se abría a su alrededor.

Una orilla donde no tenía sitio orilla alguna.

Y la noche antes, entre montañas de hielo que se alzaban de las profundidades, una (la más grande de todas) había alcanzado la superficie justo bajo la inmensa ciudad flotante de Meckros. La había roto en mil pedazos como si fuera una balsa de simples ramas. Las historias de Meckros no relataban nada ni remotamente parecido a la devastación que él había visto allí forjada. La aniquilación repentina y

casi absoluta de una ciudad que albergaba veinte mil almas. La incredulidad todavía lo atormentaba, como si sus recuerdos contuvieran imágenes imposibles conjuradas por un cerebro enfebrecido.

Pero sabía que no había imaginado nada. No había hecho más que presenciar.

Y, de algún modo, sobrevivir.

El sol era cálido pero no quemaba. El cielo era de un color blanco lechoso en lugar de azul. Y las gaviotas, vio en ese momento, eran otra cosa muy diferente. Parecidas a reptiles y de alas pálidas.

Se puso en pie tambaleándose. El dolor de cabeza se estaba desvaneciendo pero los escalofríos embargaban todo su cuerpo y la sed era un demonio furioso que intentaba arrancarle la garganta.

Los gritos de los lagartos voladores cambiaron de tono y se giró para mirar tierra adentro.

Habían aparecido tres criaturas trepando entre los terrones pálidos de hierba que surgían por encima de la marca de la marea. No le llegaban a él a la cadera, eran de piel negra, sin pelo, cabezas de una redondez perfecta y orejas puntiagudas. Bhok'arala, los recordaba de su juventud, cuando un navío mercante de Meckros había regresado de Nemil; pero esos parecían versiones más musculosas, al menos el doble de grandes que los animalitos con los que habían regresado los mercaderes a la ciudad flotante. Las criaturas se dirigieron a él sin dudar.

Miró a su alrededor en busca de algo que utilizar a modo de arma y encontró un trozo de madera que le podía servir de bate. Lo levantó y esperó a que los bhok'arala se acercaran más.

Se detuvieron, los ojos inyectados de amarillo se clavaron en él.

Entonces el del medio hizo un gesto.

Ven. No cabía duda sobre lo que significaba aquella llamada demasiado humana.

El hombre volvió a examinar la playa, ninguno de los cuerpos que veía se movía, y los cangrejos se alimentaban sin encontrar oposición alguna. Se quedó mirando una vez más al extraño cielo y después se dirigió hacia las tres criaturas.

Estas retrocedieron y lo condujeron cuesta arriba, hasta el borde cubierto de hierba.

Aquellas hierbas no se parecían a nada que él hubiera visto jamás, largos triángulos tubulares de bordes afilados, como descubrió una vez atravesadas, cuando se encontró la parte inferior de las piernas repleta de cortes. Más allá, una llanura plana que se extendía tierra adentro y solo albergaba algún que otro terrón de la misma hierba. El terreno que había en medio estaba incrustado de sal y resultaba estéril. Unos cuantos trozos de piedra salpicaban la llanura, no había dos iguales y todos eran extraños, angulares y respetados por los años.

A lo lejos se levantaba una tienda solitaria.

Los bhok'arala lo guiaron hacia ella.

Cuando se acercaron, vio jirones de humo que salían del pico de la tienda y la solapa partida que marcaba la puerta.

Su escolta se detuvo y otro gesto le señaló la entrada. El hombre se encogió de hombros, se agachó y reptó al interior.

Bajo la tenue luz se veía una figura sentada y cubierta, una capucha disimulaba sus rasgos. Delante tenía un brasero del que surgían unos vapores embriagadores. Al lado de la entrada había una botella de cristal, fruta seca y una hogaza de pan moreno.

—La botella contiene agua de manantial —dijo la figura con voz ronca en la lengua de los meckros—. Por favor,

tómate tu tiempo para recuperarte de tu ordalía.

El hombre rezongó un agradecimiento y se hizo de inmediato con la botella.

Con la sed felizmente aplacada, estiró la mano para coger el pan.

—Te lo agradezco, desconocido —dijo con tono sonoro, después sacudió la cabeza—. Ese humo hace que flotes ante mis ojos.

Una tos seca que podría haber sido una carcajada y después algo parecido a un encogimiento de hombros.

—Mejor que ahogarse. Por desgracia, alivia mi dolor. No te entretendré mucho tiempo. Eres Asimismo, el fabricante de espadas.

El hombre se sobresaltó y frunció la amplia frente.

—Sí, soy Asimismo, de la Tercera Ciudad de Meckros, que ya ha dejado de ser.

—Un acontecimiento trágico. Eres el único superviviente… gracias a mis esfuerzos, aunque forzó mucho mis poderes intervenir de ese modo.

—¿Qué lugar es este?

—Ningún sitio, en el corazón de ningún sitio. Un fragmento con tendencia a vagar. Yo le doy la vida que puedo imaginar, conjurada a partir de los recuerdos de mi hogar. Recupero fuerzas, aunque la agonía de mi cuerpo roto no se aplaca. Pero escucha, he hablado y no he tosido. Ya es algo. —Una mano mutilada apareció en una manga andrajosa y esparció unas semillas sobre los carbones del brasero. Estas escupieron y estallaron y el humo se hizo más denso.

—¿Quién eres? —preguntó Asimismo.

—Un dios caído… que necesita de tus habilidades. Lo he preparado todo para tu llegada, Asimismo. Una morada, una forja, toda la materia prima que necesitarás. Ropas,

alimentos, agua. Y tres devotos sirvientes, a quienes ya has conocido…

—¿Los bhok’arala? —bufó Asimismo—. ¿Qué pueden…?

—No precisamente bhok’arala, mortal. Aunque quizá antaño lo fueron. Son nachts. Los he llamado Corteza, Mape y Pule. Están hechos al modo jaghut, capaces de aprender todo lo que requieras de ellos.

Asimismo hizo amago de levantarse.

—Te agradezco que me salvaras, caído, pero he de despedirme. Me gustaría regresar a mi propio mundo…

—No lo entiendes, Asimismo —siseó la figura—. Harás lo que yo te diga o te encontrarás suplicando que te dé muerte. Ahora soy tu dueño, fabricante de espadas. Eres mi esclavo y yo soy tu señor. Los meckros tienen esclavos, ¿no? Almas desventuradas arrancadas de aldeas de otras islas y demás durante vuestras incursiones. El concepto, por tanto, te es conocido. No desfallezcas, sin embargo, pues una vez que hayas completado lo que te pido, serás libre de irte.

Asimismo todavía sostenía el garrote, la pesada madera acunada en su regazo. Reflexionó un momento.

Una tos, luego risas, y después más toses, durante las que el dios levantó una mano sostenida. Cuando la tos seca cesó, el dios habló.

—Te aconsejo que no intentes nada desafortunado, Asimismo. Te he sacado de los mares con este propósito. ¿Acaso has perdido todo honor? Compláceme en esto, pues lamentarías de forma profunda suscitar mi ira.

—¿Qué es lo que pretendes que haga?

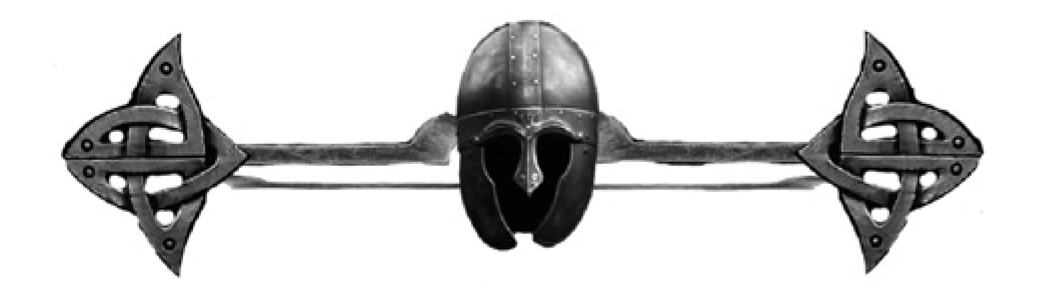
—Eso está mejor. ¿Qué es lo que pretendo que hagas, Asimismo? Bueno, solo lo que mejor sabes hacer. Hazme una espada.

—¿Eso es todo? —gruñó Asimismo.

La figura se inclinó hacia delante.

—Ah, bien, lo que tengo en mente es una espada muy particular…

Libro primero

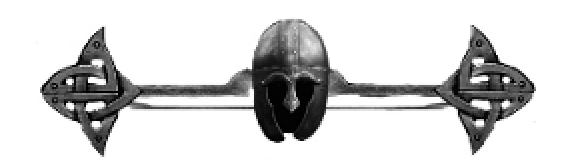


Sangre congelada

Hay una lanza de hielo, recién hincada en el corazón de la tierra. El alma de su interior anhela matar. Aquel que empuñe esa lanza conocerá la muerte. Una y otra vez conocerá la muerte.

La visión de Hannan Mosag

1



¡Escuchad! Los mares susurran
y sueñan con verdades que todo lo rompen
en el desmoronamiento de la piedra.

Hantallit del Dique del Minero

Año de la Escarcha Tardía
Un año antes del Séptimo Cierre letherii
La ascensión de la Fortaleza Vacía

Este, así pues, es el relato. Entre el susurro de las mareas, cuando los gigantes se arrodillaron y se convirtieron en montañas. Cuando cayeron esparcidos por la tierra como las piedras de lastre del cielo pero no pudieron resistir contra el alba naciente. Entre el susurro de las mareas, hablaremos

de uno de esos gigantes. Porque el relato se oculta con los suyos.

Y porque divierte.

Así pues.

En la oscuridad cerró los ojos. Solo de día elegía abrirlos, pues razonaba de la siguiente forma: la noche desafía la visión y por tanto, si poco es lo que se puede ver, ¿qué sentido tiene intentar penetrar en la oscuridad?

Sed testigos también de esto. Llegó al borde de la tierra y descubrió el mar, y le fascinó aquel fluido misterioso. Una fascinación que se convirtió en una obsesión singular a lo largo de ese aciago día. Vio cómo las olas se movían, cómo recorrían la orilla entera, un movimiento incesante que siempre amenazaba con sumergir la tierra entera pero siempre fracasaba. Contempló el mar entre los fuertes vientos de la tarde, fue testigo de su salvaje agitación por toda la playa inclinada, y a veces era cierto que llegaba muy lejos, pero siempre se retiraba con aire hosco una vez más.

Cuando llegó la noche, cerró los ojos y se acostó para dormir. Mañana, decidió, contemplaría una vez más ese mar.

En la oscuridad cerró los ojos.

Las mareas llegaron con la noche, subieron en un remolino que rodeó al gigante. Las mareas llegaron y lo ahogaron mientras dormía. Y el agua filtró minerales en su carne hasta que se convirtió en una roca, un risco nudoso en la playa. Después, cada noche durante miles de años, las mareas llegaron para ir agostando su forma. Para robar su silueta.

Pero no del todo. Para verlo de verdad, incluso hasta este día, hay que mirar en la oscuridad. O entrecerrar mucho los ojos hasta convertirlos en ranuras bajo el sol más brillante. Mira de lado, o concéntrate en todo salvo la piedra en sí.

De todos los dones que el padre Sombra ha dado a sus hijos, este talento es el que más destaca. Apartar la mirada para ver. Confía en ello y te guiarán al interior de Sombra. Donde se ocultan todas las verdades.

Aparta la mirada para ver.

Ahora, aparta la mirada.

Los ratones se dispersaron cuando la sombra más profunda fluyó por la nieve que el atardecer había pintado de azul. Se escabulleron aterrados, pero, entre ellos, la suerte de uno ya estaba sellada. Las garras de una única pata emplumada bajaron con un golpe seco, penetraron en un cuerpecito peludo y aplastaron huesos diminutos.

Al borde del claro, la lechuza se había dejado caer en silencio de la rama, había surcado el cielo por encima de la nieve compacta y su desorden de semillas, y el arco de su vuelo, puntuado por un instante por la captura del ratón en el suelo, se alzó una vez más, esa vez con un pesado aleteo, para ir a posarse en un árbol cercano. Aterrizó sobre una pata y en un momento había comenzado a alimentarse.

La figura que cruzó con un trote corto el claro una docena de instantes después no vio nada extraño. Todos los ratones habían desaparecido y la nieve era tan sólida que no habían dejado señales de su paso, la lechuza se quedó inmóvil en su hueco, entre las ramas de la pícea, con los ojos muy abiertos mientras seguía el avance de la figura por el claro. Una vez que pasó, la lechuza continuó comiendo.

El atardecer pertenecía a los cazadores y el ave rapaz todavía no había terminado esa noche.

Mientras zigzagueaba entre el humus ribeteado de escarcha de la pista, los pensamientos de Trull Sengar se iban alejando, impidiendo que prestara atención al bosque

que lo rodeaba. Se había distraído, cosa muy poco propia de él, y no atendía a todos los signos y señales que la naturaleza le ofrecía. Ni siquiera se había detenido para hacer una ofrenda a Sheltatha Sabiduría, hija Atardecer, la más venerada de las tres hijas de padre Sombra (aunque lo compensaría a la caída del sol del día siguiente), y poco antes se había movido sin atender a los trozos de luz persistente que emborronaban la pista, arriesgándose a llamar la atención de la veleidosa Sukul Ankhadu, la hija del Engaño, también conocida como Moteada.

Los caladeros de Calach estaban repletos de focas. Habían llegado pronto y habían sorprendido a Trull mientras recogía jade puro por encima de la línea de la costa. Por sí sola, la llegada de las focas solo suscitaba emoción en el joven tiste edur, pero había habido otras llegadas, en barcos que rodeaban la bahía, y el agosto ya estaba muy adelantado.

Letherii, los pueblos de piel blanca del sur.

Se imaginaba la ira de los habitantes de la aldea a la que se acercaba cuando él les diera la noticia de su descubrimiento, una ira que él compartía. Esa usurpación de territorios edur era descarada, el robo de focas que por derecho pertenecían a su pueblo era un desafío arrogante de los antiguos acuerdos.

Había necios entre los letherii, igual que había necios entre los edur. Trull no imaginaba que esa usurpación fuera otra cosa que una operación no aprobada. La Gran Reunión se celebraría en solo dos ciclos lunares. No servía de nada a ninguno de los dos bandos derramar sangre a aquellas alturas. Por mucha razón que tuvieran los edur si atacaban y destruían a los barcos intrusos, la delegación letherii se enfurecería al conocer la matanza de sus ciudadanos, aunque fueran ciudadanos que contravenían las leyes. Las

posibilidades de llegar a un nuevo acuerdo acababan de hacerse minúsculas.

Y eso inquietaba a Trull Sengar. Recientemente había terminado una guerra larga y cruel para los edur; la idea de que pudiera comenzar otra era insoportable.

Él no había avergonzado a sus hermanos durante las guerras de subyugación; en su ancho cinturón había una fila de veintiún remaches manchados de rojo, cada uno señalaba un golpe y entre ellos, siete estaban rodeados de pintura blanca para indicar que en ese concreto había matado. Entre los hijos varones de Tomad Sengar solo el cinturón de su hermano mayor lucía más trofeos, y así era como debía ser, dada la eminencia de Temor Sengar entre los guerreros de la tribu hiroth.

Por supuesto, las batallas contra las otras cinco tribus de los edur estaban constreñidas por reglas y prohibiciones estrictas y hasta las batallas más inmensas y prolongadas solo habían provocado un puñado de muertes. Con todo, las conquistas habían sido agotadoras. Contra los letherii no había reglas que obligaran a nada a los guerreros edur. No había que contar los golpes. Solo matar. Ni tampoco necesitaba tener el enemigo un arma en la mano, hasta los indefensos y los inocentes conocerían el mordisco de la espada. Una matanza así manchaba tanto al guerrero como a la víctima.

Pero Trull bien sabía que, aunque quizá censurara las muertes que habían de llegar, lo haría solo para sí, y avanzaría junto a sus hermanos con la espada en la mano, para hacer caer la justicia edur sobre los intrusos. No había elección. Si le daban la espalda a ese crimen, otros lo seguirían, en oleadas que nunca terminarían.

Su avance firme y constante lo llevó junto a las curtidurías, con sus artesas y pozos ribeteados de piedra,

hasta el borde del bosque. Unos cuantos esclavos letherii lo miraron y se apresuraron a inclinarse en deferencia hasta que los dejó atrás. Los imponentes cedros de la muralla de la aldea se alzaban en el claro que tenía delante y, por encima, el humo de la madera flotaba en penachos estirados. Campos de fértil suelo negro se extendían a ambos lados de la pista estrecha y elevada que llevaba a la puerta lejana. El invierno solo acababa de empezar a liberar la tierra de sus garras y todavía faltaban semanas para que comenzara la primera siembra de la temporada. A mediados de verano, cerca de treinta tipos diferentes de plantas llenarían esos campos para proveerlos de medicinas, fibras y alimentos para el ganado; de entre ellas, muchas eran variedades de flor que atraían a las abejas de las que se procuraban cera y miel. Las mujeres de la tribu supervisaban a los esclavos durante la recolección. Los hombres se iban en pequeños grupos para adentrarse en el bosque para cortar madera o cazar, mientras que otros zarpaban en barcos knarri para recolectar en los mares y entre los bancos de peces.

O así era cuando la paz reinaba en las tribus. Los últimos doce años habían visto emprender el viaje a más partidas de guerra que de cualquier otro tipo, y por ello el pueblo había sufrido en ocasiones. Hasta la guerra, la hambruna jamás había amenazado a los edur. Trull quería ver el fin de tantos estragos. Hannan Mosag, rey hechicero de los hiroth, era ya señor supremo de todas las tribus edur. Entre una multitud de pueblos en guerra se había forjado una confederación, aunque Trull bien sabía que era una confederación de nombre solo. Hannan Mosag mantenía como rehenes a los primogénitos de los jefes subyugados, su cuadro de k’risnan, y gobernaba como dictador. Paz, por tanto, a punta de espada, pero paz no obstante.

Una figura reconocible salía sin prisa por la puerta de la empalizada y se acercaba a la bifurcación de la pista en la que Trull se detuvo.

—Te saludo, Binadas —dijo.

Una lanza iba atada a la espalda de su hermano menor, una mochila de piel de animal le colgaba de un hombro y descansaba contra una cadera; en el lado contrario, una espada larga de un solo filo en una vaina de madera envuelta en cuero. Binadas era media cabeza más alto que Trull, su faz tan curtida como las ropas de piel de ciervo que vestía. De los tres hermanos de Trull, Binadas era el más distante, evasivo y por tanto difícil de predecir, por no hablar ya de entender. Residía en la aldea solo muy ocasionalmente y parecía preferir la naturaleza salvaje del bosque occidental y las montañas del sur. Pocas veces se había unido a los otros en las incursiones pero con frecuencia, cuando regresaba, llevaba trofeos de golpes, así que nadie dudaba de su valentía.

—Estás sin aliento, Trull —comentó Binadas—, y veo inquietud una vez más en tu rostro.

—Hay letherii amarrados junto a los caladeros de Calach.

Binadas frunció el ceño.

—No te demoraré, entonces.

—¿Estarás fuera mucho tiempo, hermano?

El hombre se encogió de hombros, después pasó junto a Trull y tomó la bifurcación occidental de la pista.

Trull Sengar continuó, atravesó la puerta y entró en la aldea.

Cuatro fraguas dominaban ese extremo interior del inmenso recinto vallado, cada una rodeada por una trinchera, profunda y ladeada, que se drenaba en un canal enterrado, el cual se alejaba de la aldea y de los campos circundantes. Durante lo que parecieron años, las forjas

habían resonado de forma casi incesante con la elaboración de armas, y el hedor de vapores pesados y acres había llenado el aire y se había alzado para cubrir los árboles cercanos con un hollín incrustado de blanco. Al pasar, Trull vio que en ese día solo dos funcionaban y la docena aproximada de esclavos visibles no se apresuraba en su trabajo.

Más allá de las forjas se encontraban las alargadas cámaras de almacenamiento revestidas de ladrillo, una fila de edificios segmentados con aspecto de colmena que albergaban los excedentes de grano, el pescado ahumado, la carne de foca, el aceite de ballena y las plantas de fibra cosechadas. Parecidas estructuras existían en el bosque profundo que rodeaba cada aldea, buena parte de las cuales estaban vacías en ese momento a consecuencia de las guerras.

Las casas de piedra de los tejedores, alfareros, talladores, escribas menores, armeros y otros muchos ciudadanos especializados de la aldea, surgieron alrededor de Trull tras pasar junto a las cámaras de almacenamiento. Varias voces lo saludaron, a las que él contestó con la respuesta mínima que permitía el decoro, gestos que indicaban a sus conocidos que no podía detenerse a conversar.

El guerrero edur atravesó a toda prisa las calles residenciales. Los esclavos letherii llamaban a aldeas como esa «ciudades», pero ningún ciudadano veía la necesidad de cambiar el término, una aldea había sido al nacer y una aldea sería siempre, por mucho que en su interior residieran por aquel entonces veinte mil edur y el triple de letherii.

Santuarios dedicados al padre Sombra y a su hija preferida dominaban la zona residencial, plataformas elevadas rodeadas de árboles vivos de maderanegra sagrada, la superficie de los discos de piedra atestadas de

imágenes y glifos. Kurald Emurlahn jugaba de modo incesante en el interior del triple círculo de árboles, las semiformas ondulantes danzaban por los pictogramas, las emanaciones hechiceras despertadas por ofrendas que habían acompañado la llegada del atardecer.

Trull Sengar salió a la avenida del Hechicero, el acceso sagrado a la inmensa ciudadela que era a la vez templo y palacio, y la sede del rey hechicero, Hannan Mosag. Cedros de corteza negra bordeaban el acceso. Los árboles tenían mil años y se elevaban sobre la aldea entera. Carecían de ramas salvo por las partes más altas. Una hechicería investida teñía cada anillo de su madera del color de la medianoche y se filtraba para llenar toda la avenida con un sudario de oscuridad.

Al otro extremo, una empalizada menor encerraba la ciudadela y sus terrenos, construida con la misma madera negra, con los troncos atestados de guardas talladas. La puerta principal era un túnel formado por árboles vivos, un pasaje de sombra sin mitigar que llevaba a un puente peatonal que salvaba un canal en el que reposaban una docena de botes largos k'orthan de asalto. El puente se abría a un amplio complejo enlosado flanqueado por barracones y almacenes. Tras él se alzaban las casonas largas de piedra y madera de las familias nobles (las que tenían lazos de sangre con el linaje de Hannan Mosag), con sus tejados de placas de madera y caballetes de maderanegra. La serie de residencias las bisecaba con pulcritud una reanudación de la avenida, que cruzaba otro puente peatonal más hasta la ciudadela en sí.

Había guerreros entrenándose en el complejo y Trull vio la figura alta de hombros anchos de su hermano mayor, Temor, de pie con media docena de sus ayudantes cerca, observando el adiestramiento con armas. Una punzada de

simpatía por aquellos jóvenes guerreros cruzó a Trull como un destello. Él también había sufrido bajo los ojos críticos e implacables de su hermano durante los años que había durado su educación.

Una voz lo llamó, Trull miró hacia el otro lado del complejo y vio a su hermano pequeño, Rhulad, y a Midik Buhn. Los dos habían estado librando un duelo, al parecer, y un momento después Trull vio la fuente de tan inusitada diligencia; Mayen, la prometida de Temor, había aparecido con cuatro mujeres más jóvenes a remolque, era de suponer que de camino al mercado, dada la docena de esclavos que las acompañaban. Que las jóvenes se detuvieran para observar la repentina y, sin duda, improvisada demostración marcial era, por supuesto, paso obligado, dadas las complejas reglas del cortejo. Se esperaba de Mayen que tratara a todos los hermanos de Temor con el respeto debido.

Si bien no había nada inapropiado en la escena que Trull observaba, sintió, sin embargo, un estremecimiento de inquietud. La impaciencia de Rhulad por pavonearse ante la mujer que sería la esposa de su hermano mayor había ido avanzando hasta rayar en el límite del decoro. Temor, en opinión de Trull, mostraba demasiada indulgencia cuando se trataba de Rhulad.

Como hemos hecho todos. Por supuesto, había razones para ello.

Era obvio que Rhulad había vencido a su compañero de la niñez en el combate fingido, a juzgar por el orgullo acalorado que mostraba su atractivo rostro.

—¡Trull! —El joven agitó la espada—. ¡He hecho sangrar ya una vez en este día y ahora ansío más! ¡Vamos, limpia el óxido de esa espada que llevas al costado!

—En otro momento, hermano —le contestó Trull—. He de hablar con nuestro padre sin demora.

La sonrisa de Rhulad era cordial pero incluso a diez pasos de distancia, Trull vio el destello de triunfo en sus límpidos ojos grises.

—Otra vez será, entonces —dijo con un último gesto despectivo de la espada, al tiempo que se volvía a girar para mirar a las mujeres.

Pero Mayen les hizo un gesto a sus compañeras y el grupo ya estaba alejándose.

Rhulad abrió la boca para decirle algo pero Trull se adelantó.

—Hermano, te invito a que te unas a mí. La noticia que he de dar a nuestro padre es muy grave y me gustaría que estuvieras presente, para que tus palabras se entrelacen en el debate consiguiente. —Una invitación que se hacía por lo general solo a aquellos guerreros con años de batalla a sus espaldas, y Trull vio el orgullo repentino que iluminaba los ojos de su hermano.

—Será un honor, Trull —dijo, y envainó la espada.

Rhulad dejó a Midik allí solo, ocupándose de un corte en la muñeca, se reunió con Trull y los dos se dirigieron sin prisa a la casona familiar.

Trofeos que eran escudos atestaban las paredes exteriores, muchos de ellos desvaídos por siglos de sol. Había huesos de ballena pegados a la parte inferior del saliente del tejado. Los tótems robados a tribus rivales formaban un arco caótico sobre la puerta, las tiras de pelo, cuero adornado con cuentas, conchas, garras y dientes parecían un nido de pájaro alargado.

Pasaron al interior.

El aire era fresco, un poco acre por el humo de la madera. En los nichos de las paredes había lámparas de aceite, entre tapices y pieles estiradas. El hogar tradicional, en el centro de la cámara, donde cada familia había preparado una vez

todas sus comidas, permanecía cebado con astillas, aunque los esclavos ya solo trabajaban en las cocinas, detrás de la casona en sí, para reducir el riesgo de incendios. Los muebles de maderanegra distinguían las diferentes habitaciones, aunque no había paredes divisoras presentes. Decenas de armas colgaban de ganchos en las vigas, algunas de épocas antiquísimas, cuando el arte de la forja del hierro se había perdido en los tiempos oscuros que siguieron a la desaparición de padre Sombra; el bronce tosco de esas armas estaba picado y combado.

Justo detrás del hogar se alzaba el tronco de una maderanegra viva, del que sobresalía el reluciente tercio superior de una espada larga, sobresalía hacia arriba y hacia fuera justo por encima de la altura de la cabeza: una auténtica hoja emurlahn, el hierro tratado de un modo que los herreros todavía tenían que redescubrir. La espada de la familia Sengar, indicadora de su noble linaje. Por lo general, estas armas originales de las familias nobles, atadas al árbol cuando apenas empezaba a crecer, desaparecían de la vista tras varios siglos, al yacer, como yacían, contra el corazón del árbol. Pero algún giro de aquel árbol concreto había arrancado el arma y revelado así esa hoja negra y plateada. Poco común, pero en absoluto algo único.

Ambos hermanos estiraron la mano y rozaron el hierro al pasar.

Vieron a su madre, Uruth, flanqueada por esclavas y trabajando en el tapiz del linaje para terminar las últimas escenas de la participación de los Sengar en la guerra de Unificación. Concentrada en su trabajo, no levantó la vista cuando sus hijos pasaron junto a ella.

Tomad Sengar estaba sentado con otros tres patriarcas de noble cuna alrededor de un tablero hecho de una enorme cuerna palmeada, las piezas talladas en marfil y jade.

Trull se detuvo al borde del círculo y apoyó la mano derecha en el pomo de su espada para indicar que las nuevas que traía eran tan urgentes como peligrosas en potencia. Tras él oyó la inspiración repentina de Rhulad.

Aunque ninguno de los ancianos levantó los ojos, los invitados de Tomad se levantaron como uno solo mientras el propio Tomad comenzaba a guardar las piezas del juego. Los tres ancianos partieron en silencio y, un momento después, Tomad puso a un lado el tablero y se sentó en cuclillas.

Trull se acomodó frente a él.

—Te saludo, padre. Una flota letherii está agostando los caladeros de Calach. Las manadas han llegado pronto y ahora las están masacrando. Presencié los hechos con mis propios ojos y no me he demorado en regresar.

Tomad asintió.

—Has corrido tres días enteros y dos noches, entonces.

—Así es.

—Y el agosto letherii, ¿estaba avanzado?

—Padre, al alba de este día, hija Menandore habrá sido testigo de cómo las bodegas de los barcos se han llenado hasta estallar, las velas se han hinchado al viento y la estela de cada barco habrá sido un río carmesí.

—¡Y nuevos barcos llegando para ocupar sus lugares! —siseó Rhulad.

Tomad frunció el ceño ante la falta de decoro de su hijo pequeño y dejó su desaprobación clara con sus siguientes palabras.

—Rhulad, lleva esta noticia a Hannan Mosag.

Trull percibió el estremecimiento de su hermano, pero Rhulad solo asintió.

—Como ordenes, padre. —Giró y se marchó.

El ceño de Tomad se profundizó.

—¿Has invitado a un guerrero sin iniciar a este intercambio?

—Sí, padre.

—¿Por qué?

Trull no dijo nada, tal era su prerrogativa. No pensaba expresar su preocupación por las atenciones indebidas que prodigaba Rhulad a la desposada de Temor.

Tras un momento, Tomad suspiró. Parecía estar estudiándose las grandes manos llenas de cicatrices que descansaban sobre los muslos.

—Nos hemos hecho complacientes —dijo con voz profunda.

—Padre, ¿es complacencia asumir que aquellos con quienes tratamos son personas de honor?

—Sí, dados los precedentes.

—¿Entonces por qué el rey hechicero ha accedido a celebrar la Gran Reunión con los letherii?

Los ojos oscuros de Tomad viraron para clavarse de repente en los de Trull. De todos los hijos de Tomad, solo Temor poseía el rival perfecto e inquebrantable de los ojos de su padre, en tono y en endurecida mirada. A su pesar, Trull sintió que se encogía un poco bajo aquella ojeada desdeñosa.

—Retiro mi absurda pregunta —dijo Trull e interrumpió el contacto visual para disimular su consternación. *Se trata de medir a los enemigos. Esta contravención, fuera cual fuera su intención inicial, se convertirá en una espada de doble filo, dada la inevitable respuesta de los edur. Un filo sobre el que ambos pueblos pondrán la mano*—. Los guerreros sin iniciar estarán satisfechos.

—Los guerreros sin iniciar se sentarán un día en el consejo, Trull.

—¿No es esa la recompensa de la paz, padre?

Tomad no respondió a eso.

—Hannan Mosag convocará al consejo. Has de estar presente para relatar lo que has presenciado. Es más, el rey hechicero me ha solicitado que les entregue a mis hijos para una tarea particular. No creo que afecte a esa decisión las nuevas que traes.

Trull fue asimilando la sorpresa antes de hablar.

—Me crucé con Binadas cuando entraba en la aldea…

—Ha sido informado y regresará en una luna.

—¿Lo sabe Rhulad?

—No, aunque os acompañará. Un no iniciado es un no iniciado.

—Como digas, padre.

—Ahora, descansa. Se te despertará a tiempo para el consejo.

Un cuervo blanco se bajó de un salto de una raíz blanqueada por la sal y empezó a picotear por el muladar. Al principio Trull creyó que era una gaviota que permanecía en la playa a la luz menguante del día, pero entonces graznó y con una cáscara de mejillón en el pico se apartó con gesto furtivo del muladar y se dirigió al agua.

Conciliar el sueño había resultado tarea imposible. Habían convocado el consejo a medianoche. Inquieto, con los nervios tintineando por los agotados miembros, Trull había bajado a la playa de guijarros que había al norte de la aldea, en la desembocadura del río.

Y en ese momento, mientras la oscuridad iba envolviendo las olas adormiladas, se había encontrado compartiendo la playa con un cuervo blanco. El animal había llevado su premio hasta la misma orilla y cada vez que el agua se

acercaba con un susurro, el pájaro hundía la concha de mejillón. Seis veces.

Una criatura fastidiosa, observó Trull mientras observaba al cuervo que se subía de un salto a una roca cercana y empezaba a picotear la concha.

El color blanco era maligno, por supuesto. Algo que todo el mundo sabía. El rubor del hueso, la luz odiosa de Menandore al amanecer. Las velas de los letherii eran blancas también, lo que no sorprendía a nadie. Y las aguas claras de la bahía Calach revelarían el espejeo del blanco que atestaba el fondo del mar, los huesos de miles de focas masacradas.

Esa estación habría supuesto un resurgimiento de los excedentes para las seis tribus, podrían al fin comenzar a reponer las mermadas reservas que los protegerían del hambre. Pensamientos que lo llevaron a otra forma de ver aquel agosto ilegal. Un gesto calculado a la perfección para debilitar a la confederación, una estratagema que pretendía socavar la posición de los edur en la Gran Reunión. *El argumento de la inevitabilidad. El mismo argumento que primero nos arrojaron a la cara con los asentamientos en el Límite. «El reino de Lether se está expandiendo, necesita crecer. Después de todo, vuestros campamentos del Límite eran estacionales, y con la guerra han quedado prácticamente abandonados».*

Era inevitable que cada vez más barcos independientes acudieran a aprovechar las ricas aguas de la costa norte. No podían vigilarlas todas. Los edur solo tenían que mirar a otras tribus que antaño vivían más allá de las fronteras letherii, las inmensas recompensas que llegaban cuando se juraba lealtad al rey Ezgara Diskanar de Lether.

Pero nosotros no somos como otras tribus.

El cuervo graznó en la cima de su trono de piedra y arrojó la concha del mejillón a un lado con un papirotazo de la cabeza, después extendió sus alas fantasmales y se alzó en la noche. Un último graznido prolongado en la oscuridad. Trull hizo un gesto para protegerse de aquel mal.

Unas piedras giraron bajo unos pies a su espalda y al darse la vuelta vio acercarse a su hermano mayor.

—Te saludo, Trull —dijo Temor en voz queda—. Las nuevas que has traído han suscitado el interés de los guerreros.

—¿Y el rey hechicero?

—No ha dicho nada.

Trull volvió a estudiar las olas oscuras que siseaban en la playa.

—Los ojos de todos están clavados en esos barcos —dijo.

—Hannan Mosag sabe apartar la mirada, hermano.

—Ha pedido los servicios de los hijos de Tomad Sengar. ¿Qué sabes de eso?

Temor estaba ya a su lado y Trull percibió su encogimiento de hombros.

—Las visiones guían al rey hechicero desde que era niño —dijo Temor tras un momento—. Lleva consigo recuerdos ensangrentados que se remontan hasta los Tiempos Oscuros. Padre Sombra se extiende ante él con cada paso que da.

El concepto de visiones incomodaba a Trull. No dudaba de su poder; de hecho, muy al contrario. Los Tiempos Oscuros habían llegado con el desgarramiento de los tiste edur, el asalto de hechicerías y ejércitos desconocidos y la desaparición del propio padre Sombra. Y aunque la magia de Kurald Emurlahn no se negaba a las tribus, habían perdido la senda: hecha pedazos, los fragmentos gobernados por falsos dioses y reyes. Trull sospechaba que Hannan Mosag poseía

una ambición que iba mucho más allá de la simple unificación de las seis tribus.

—Hay reticencia en ti, Trull. La escondes bien pero yo veo lo que otros no pueden. Eres un guerrero que preferiría no luchar.

—Eso no es un crimen —murmuró Trull, después añadió—: De todos los Sengar, solo padre y tú ostentáis más trofeos.

—No estaba cuestionando tu valentía, hermano. Pero el valor es lo menor de todo lo que nos une. Somos edur. Otrora fuimos los señores de los mastines. Dueños del trono de Kurald Emurlahn. Y todavía lo seríamos si no fuera por la traición, primero de los parientes de Scabandari Ojodesangre, y luego de los tiste andii que llegaron con nosotros a este mundo. Somos un pueblo acosado, Trull. Los letherii no son más que un enemigo entre muchos. El rey hechicero lo entiende.

Trull estudió el titilar de la luz de las estrellas en la plácida superficie de la bahía.

—No dudaré en luchar contra aquellos que quieren ser nuestros enemigos, Temor.

—Eso está bien, hermano. Es suficiente para hacer callar a Rhulad, entonces.

Trull se irguió todavía más.

—¿Habla contra mí? ¿Ese… cachorro sin iniciar?

—Donde ve debilidad…

—Lo que ve y lo que hay son cosas diferentes —dijo Trull.

—Entonces demuéstraselo —dijo Temor en voz baja y serena.

Trull se quedó callado. Había desdeñado de forma abierta a Rhulad y sus interminables desafíos y actitudes, y estaba en su derecho puesto que Rhulad no estaba iniciado. Pero, de forma más significativa, las razones de Trull se alzaban

como un muro protector alrededor de la doncella con la que Temor iba a desposarse. Por supuesto, expresar tales sentimientos sería impropio en ese momento, una maniobra que hedería a rencor y malicia. Después de todo, Mayen era la desposada de Temor, no la de Trull, y su protección era responsabilidad de Temor.

Las cosas serían mucho más sencillas, reflexionó con tristeza, si él pudiera percibir algo en la propia Mayen. La joven no incitaba la atención de Rhulad pero tampoco le daba la espalda. Caminaba por el borde del acantilado del decoro con tanta seguridad en sí misma como tendría (y debería tener) cualquier doncella con el privilegio de ser algún día la esposa del maestro de armas de los hiroth. No era, se dijo una vez más, asunto suyo.

—No le demostraré a Rhulad lo que ya debería ver él —rezongó Trull—. No ha hecho nada para merecerse el don de mi mirada.

—Rhulad carece de la sutileza necesaria para ver tu reticencia como otra cosa salvo debilidad…

—¡Su defecto, no el mío!

—¿Esperas que un anciano ciego cruce un arroyo por las piedras sin ayuda, Trull? No, le guías hasta que en su mente ve lo que todos los demás tienen ante sus ojos.

—Si todos los demás lo tienen ante sus ojos —replicó Trull—, entonces las palabras de Rhulad contra mí carecen de poder, y por tanto hago bien en hacer caso omiso de ellas.

—Hermano, Rhulad no es el único que carece de sutileza.

—¿Es tu deseo, Temor, que haya enemigos entre los hijos de Tomad Sengar?

—Rhulad no es enemigo, ni tuyo ni de ningún otro edur. Es joven y ansía probar la sangre. Tú recorriste una vez ese camino, así que te pido que recuerdes cómo eras en aquel entonces. No es momento este para provocar heridas que

con seguridad dejarán cicatrices. Y, para un guerrero sin iniciar, el desdén provoca la herida más profunda de todas.

Trull hizo una mueca.

—Veo la verdad que hay en eso, Temor. Procuraré contener mi indiferencia.

Su hermano no reaccionó al sarcasmo.

—El consejo se está reuniendo en la ciudadela, hermano. ¿Entrarás en el salón del rey a mi lado?

Trull se ablandó.

—Será un honor, Temor.

Le dieron la espalda al agua negra y por tanto no vieron la silueta de alas pálidas que se deslizaba por el aire sobre las olas perezosas a corta distancia de la orilla.

Trece años antes, Udinaas era un joven marinero en su tercer año del contrato de aprendizaje que había contraído su familia con el mercader Intaros de Trate, la ciudad más septentrional de Lether. Estaba a bordo del ballenero Recio en el viaje de regreso de aguas de Beneda. Se habían colado al amparo de la oscuridad, habían matado a tres hembras y estaban remolcando los cadáveres para meterlos en los canales neutrales, al oeste de la bahía Calach, cuando avistaron cinco barcos k'orthan de los hiroth persiguiéndolos con empeño.

La codicia del capitán supuso la perdición de todos, ya que no quiso abandonar las presas.

Udinaas recordaba bien las caras de los oficiales del ballenero, el capitán incluido, cuando los ataron a una de las hembras y los dejaron a merced de los tiburones y los dhenrabi mientras a los marineros comunes los sacaban del barco junto con cada trozo de hierro y todo aquello que llamó la atención de los edur. Después soltaron espectros de

sombra en el Recio para que devoraran y desgarraran la madera muerta del barco letherii. Arrastrando a las otras dos hembras, los cinco barcos k'orthan de maderanegra partieron luego dejando a la tercera ballena en manos de los asesinos de las profundidades.

Incluso por aquel entonces Udinaas se había mostrado indiferente al horripilante destino del capitán y sus oficiales. Había nacido con una deuda ya contraída, como había nacido su padre y el padre de este antes que él. Contrato de aprendizaje y esclavitud eran dos palabras para denominar el mismo concepto. Y la vida como esclavo entre los hiroth tampoco era especialmente dura. La obediencia se premiaba con protección, ropas y una morada en la que encontraba refugio de la lluvia y la nieve y, hasta no hacía mucho, comida de sobra.

Entre las muchas tareas de Udinaas en el hogar de los Sengar estaba la reparación de las redes de los cuatro barcos pesqueros knarri que poseía la noble familia. Puesto que había sido marinero no se le permitía abandonar tierra firme; anudar las redes y colocar los pesos en la playa del sur de la desembocadura del río era lo más cerca que estaría nunca de las aguas abiertas del mar. Y no era que él tuviera deseo alguno de escapar de los edur. Había esclavos de sobra en la aldea (todos letherii, por supuesto) así que no echaba de menos la compañía de los suyos, por desdichada que con frecuencia fuera. Ni las comodidades de los letherii eran incentivo suficiente para intentar lo que era a todas luces imposible, de todos modos; tenía recuerdo de ver tales comodidades pero no de haberlas experimentado nunca. Y, por último, Udinaas odiaba el mar a muerte, igual que lo había hecho cuando era marinero.

A la luz moribunda había visto a los dos hijos mayores de Tomad Sengar en la playa, al otro lado de la desembocadura

del río, y no le sorprendió escuchar las palabras tenues, casi indistinguibles que intercambiaron. Los barcos letherii habían atacado de nuevo, la noticia se había corrido entre los esclavos antes de que el joven Rhulad llegara siquiera a la entrada de la ciudadela. Se había convocado un consejo, como era de esperar, y Udinaas supuso que se produciría una matanza a no mucho tardar, esa fusión letal y aterradora de ferocidad férrea y hechicería que marcaba cada choque con los letherii del sur. Y, a decir verdad, Udinaas les deseaba una buena caza. Las focas que se habían llevado los letherii representaban una amenaza de hambruna entre los edur, y los primeros en sufrir la hambruna eran los esclavos.

Udinaas entendía bien a los de su raza. Para los letherii, el oro era lo único que importaba. El oro y su posesión definían su mundo entero. Poder, estatus, autoestima y respeto, todo ello eran artículos de consumo que podían adquirirse con dinero. De hecho, la deuda ataba al reino entero y definía cada relación, una motivación que arrojaba sombras sobre cada acto y cada decisión. La taimada caza de las focas era el movimiento inicial de una estratagema que los letherii habían utilizado en un sinfín de ocasiones contra todas las tribus que había más allá de sus fronteras. Para los letherii, los edur no eran diferentes. *Pero lo son, necios.*

Con todo, el siguiente movimiento se produciría en la Gran Reunión, y Udinaas sospechaba que el rey hechicero y sus asesores, por listos que fueran, entrarían en ese tratado como ancianos ciegos. Lo que le preocupaba a él era todo lo que vendría a continuación.

Como criaturas recién salidas del huevo con la marea, los pueblos de dos reinos se precipitaban de cabeza a meterse en aguas profundas y letales.

Tres esclavos de la casa Buhn pasaron trotando a su lado con fardos de algas atadas en los hombros. Uno saludó a Udinaas a gritos.

—¡Bruja de la Pluma leerá esta noche, Udinaas! Al mismo tiempo que se reúna el consejo.

Udinaas empezó a doblar la red sobre la rejilla de secado.

—Allí estaré, Hulad.

Los tres abandonaron la playa y Udinaas se quedó solo una vez más. Miró al norte y vio que Temor y Trull subían la ladera hacia el postigo de la muralla exterior.

Terminó con la red, guardó sus herramientas en la cestita y cerró la tapa, después se irguió.

Oyó un aleteo tras él y se volvió, sobresaltado por el sonido de un pájaro en vuelo tanto tiempo después de la puesta de sol. Una forma pálida rozó el agua y desapareció.

Udinaas parpadeó y se esforzó por verla otra vez mientras se decía que no era lo que le había parecido. Eso no. Cualquier cosa salvo eso. Se fue hacia la izquierda, hacia un trozo de arena desnuda. Se agachó y esbozó un sigilo de invocación a toda prisa, en la arena, con el dedo meñique de la mano izquierda mientras se llevaba la mano derecha a la cara y los dos primeros dedos se estiraban hacia los ojos para cerrar los párpados durante un instante, después susurró una plegaria.

—Nudillos lanza, Salvador baja la mirada hacia mí en esta noche. ¡Errante! ¡Contémplanos a todos!

Bajó la mano derecha y dejó caer la mirada hacia el símbolo que había dibujado.

—¡Cuervo, fuera de aquí!

El suspiro del viento, el murmullo de las olas. Y después un graznido distante.

Con un estremecimiento, Udinaas se levantó de un salto. Recogió la cesta de golpe y corrió hacia la puerta.

El salón del rey era una cámara inmensa y circular, los troncos de maderanegra del techo llegaban hasta un pico central perdido en el humo. Guerreros nobles no iniciados permanecían al borde, el círculo más exterior de los que acudían a presenciar el consejo. A continuación, y sentadas en bancos con respaldo, estaban las matronas, las mujeres casadas y viudas. Después iban las no casadas y las desposadas, con las piernas cruzadas sobre pieles. Un paso por delante de ellas, el suelo caía una braza para formar un hoyo de tierra compacta donde se sentaban los guerreros. En el centro de todo había un estrado elevado de quince pasos de ancho, allí se encontraba el rey hechicero, Hannan Mosag, con los cinco príncipes rehenes sentados a su alrededor, mirando hacia los presentes.

Cuando Trull y Temor descendieron al pozo para ocupar su lugar entre los guerreros iniciados, Trull se quedó mirando a su rey. De altura y constitución medias, Hannan Mosag no parecía demasiado atractivo a primera vista. Sus rasgos eran regulares, un tono más pálido que la mayor parte de los edur, y sufría un estrabismo marcado que le daba una expresión de perpetua sorpresa. El poder, así pues, no era físico. Se hallaba entero en su voz. Sonora y profunda, era una voz que exigía ser escuchada sin reparar en el volumen.

De pie y en silencio, como se encontraba en ese momento, que Hannan Mosag se atribuyera el reino parecía un simple accidente, como si hubiera llegado por casualidad al centro de la enorme cámara y en ese instante mirara a su alrededor con una expresión vaga y perpleja. Sus ropas no eran diferentes de las de cualquier otro guerrero, aparte de la ausencia de trofeos, pues sus trofeos, después de todo,

estaban sentados a su alrededor, en el estrado, los primogénitos de los cinco jefes subyugados.

Un estudio más atento del rey hechicero revelaba otra indicación de su poder. Su sombra se alzaba tras él. Enorme, pesada. Espadas largas, poco definidas pero letales, sujetas con las dos manos embutidas en guanteletes. Con el casco puesto, los hombros angulares con placas de armadura. El guardaespaldas de Hannan Mosag, un espectro de sombra, nunca dormía. Trull caviló que no había nada perplejo en su ancha postura.

Pocos hechiceros eran capaces de conjurar una criatura así cuando recurrían a la fuerza vital de sus propias sombras. Kurald Emurlahn fluía crudo y brutal por ese silencioso y siempre vigilante centinela.

La mirada de Trull se posó en los rehenes que tenía delante. Los k'risnan. Más que representantes de sus padres, eran los aprendices de Hannan Mosag en las artes de la hechicería. Se los había despojado de sus nombres y los nuevos los había elegido en secreto su amo y los había vinculado con hechizos. Un día regresarían a sus tribus como jefes. Y su lealtad al rey sería absoluta.

El rehén de la tribu Merude estaba justo enfrente de Trull. La más grande de las seis tribus, la Merude había sido la última en capitular. Siempre habían mantenido que, con un número que se acercaba a los cien mil, cuarenta mil de los cuales eran guerreros iniciados o que pronto habrían de serlo, deberían por derecho propio ostentar la preeminencia entre los edur. Más guerreros, más barcos, y gobernados por un jefe con más trofeos en el cinturón de los que se habían visto en generaciones, el dominio del reino pertenecía a los merude.

O debería, si no fuera por la extraordinaria maestría que tenía Hannan Mosag con esos fragmentos de Kurald

Emurlahn de los que se podía extraer poder. La habilidad del jefe Hanradi Khalag con la lanza superaba con mucho a su capacidad como hechicero.

Nadie salvo Hannan Mosag y Hanradi Khalag conocían los detalles de esa última rendición. Los merude habían estado resistiéndose a los hiroth y sus contingentes de guerreros arapay, sollanta, den-ratha y beneda, las restricciones rituales de la guerra se habían ido deshaciendo a toda prisa, había ocupado su lugar una brutalidad alarmante nacida de la desesperación. Las antiguas leyes habían estado a punto de hacerse pedazos.

Una noche, Hannan Mosag se había acercado caminando, logrando de alguna forma que nadie lo viera, hasta la aldea del jefe y había entrado en la mismísima casona del gobernante. Y con las primeras luces del cruel despertar de Menandore, Hanradi Khalag había rendido a su pueblo.

Trull no sabía qué pensar de los relatos que persistían, que Hanradi ya no arrojaba sombra alguna. Él no había visto nunca al jefe merude.

El primogénito de ese hombre se encontraba sentado ante él, con la cabeza afeitada para denotar la ruptura con su linaje, una madeja de cicatrices anchas y profundas envolvían su rostro en sombras, los ojos sin brillo y vigilantes, como si anticipara un intento de asesinato allí, en el salón del rey hechicero.

Las lámparas de aceite suspendidas del alto techo parpadeaban como una sola, y todo el mundo se quedó muy quieto con los ojos clavados en Hannan Mosag.

Aunque no alzó la voz, su timbre profundo alcanzó todo el inmenso espacio; nadie tenía que esforzarse por oír sus palabras.

—Rhulad, guerrero no iniciado e hijo de Tomad Sengar, me ha traído nuevas de su hermano Trull Sengar. Este

guerrero había viajado hasta la costa de Calach en busca de jade. Fue testigo de un funesto acontecimiento y ha corrido sin pausa durante tres días y dos noches. —Los ojos de Hannan Mosag se clavaron en Trull—. Levántate y ponte a mi lado, Trull Sengar, y relata tu historia.

El guerrero cruzó el camino que los otros guerreros abrieron para él y se subió de un salto al estrado, mientras luchaba por disimular el agotamiento en las piernas que lo hacía estar a punto de combarse por el esfuerzo. Se irguió, pasó entre dos k'risnan y se colocó a la derecha del rey hechicero. Miró todas aquellas caras alzadas y vio que lo que iba a decir la mayor parte ya lo sabía. Expresiones sombrías de rabia y ansias de venganza. En algunos, ceños de preocupación y consternación.

—Traigo estas nuevas al consejo. Las focas de colmillos grandes han venido antes de tiempo a sus caladeros. Más allá de los bajíos vi a los tiburones que saltaban en número incontable. Y entre todos ellos, diecinueve barcos letherii…

—¡Diecinueve!

Medio centenar de voces pronunciaron ese grito al unísono. Una violación del decoro poco propia de ellos pero comprensible, no obstante. Trull esperó un momento y después continuó.

—Sus bodegas estaban casi llenas, pues se posaban bajos en el agua y las aguas que los rodeaban estaban rojas de sangre y entrañas. Los botes agosteros estaban junto a los grandes barcos. En los cincuenta latidos que permanecí allí observando presencié cómo cientos de cadáveres de focas se alzaban en ganchos para lanzarse a manos que los esperaban. En la playa misma, veinte botes esperaban en los bajíos y setenta hombres estaban en la arena, entre las focas…

—¿Te descubrieron? —preguntó un guerrero.

Parecía que Hannan Mosag estaba dispuesto a hacer caso omiso de las reglas, de momento al menos.

—Me descubrieron y comprobaron su matanza… durante un momento. Divisé el movimiento de sus bocas, aunque no pude oír sus palabras por el rugido de las focas, y los vi reír…

La rabia estalló entre los reunidos. Hubo guerreros que se levantaron de un salto.

Hannan Mosag dio un manotazo brusco.

Silencio repentino.

—Trull Sengar no ha terminado su relato.

Trull asintió y se aclaró la garganta.

—Me hallo ante vosotros, guerreros, y los que me conocéis también sabréis cuál es mi arma preferida, la lanza. ¿Cuándo me habéis visto sin mi asesino de enemigos de puño de hierro? Pues bien, la he perdido… en el pecho de uno de los que primero se rió.

Un rugido respondió a sus palabras.

Hannan Mosag posó una mano en el hombro de Trull y el joven guerrero se apartó. El rey hechicero examinó las caras que tenía ante él por un momento y después habló.

—Trull Sengar hizo lo que haría todo guerrero de los edur. Su hazaña me ha dado aliento. Pero aquí se encuentra ahora, sin armas.

Trull se puso tenso bajo el peso de esa mano.

»Y así, tras reflexión medida, como ha de hacerla un rey —continuó Hannan Mosag— hallo que debo dejar mi orgullo a un lado y mirar más allá. A lo que todo esto significa. Una lanza arrojada. Un letherii muerto. Un edur desarmado. Y ahora veo en los rostros de mis muy preciados guerreros mil lanzas arrojadas, mil letherii muertos. Mil edur desarmados.

Nadie dijo nada. Nadie replicó con la respuesta obvia: *Tenemos muchas lanzas.*

—Veo el ansia de venganza —prosiguió—. Hay que dar muerte a los asaltantes letherii. Incluso como preludio a la Gran Reunión, pues su muerte era deseada. Nuestra reacción la anticiparon, pues esos son los juegos a los que quieren jugar los letherii con nuestras vidas. ¿Haremos como es su intención? Por supuesto. No puede haber más que una respuesta a su crimen. Y así, gracias a nuestra previsibilidad, servimos a unas intenciones desconocidas, que sin duda se desvelarán en la Gran Reunión.

Ceños profundos. Confusión mal disimulada. Hannan Mosag los había conducido hasta el terreno desconocido de la complejidad. Los había llevado al borde de un camino no transitado y continuaría guiándolos, paso a vacilante paso.

—Los asaltantes morirán —reanudó el rey hechicero su discurso—, pero ninguno de vosotros derramará su sangre. Hacemos como se predijo, pero de un modo que no podrían imaginar. Llegará el momento de hacer una masacre entre los letherii, pero no es este el momento. Así pues, os prometo sangre, mis guerreros. Pero no ahora. Los asaltantes no conocerán el honor de morir a vuestras manos. Encontrarán su destino en el interior de Kurald Emurlahn.

Muy a su pesar, Trull Sengar se estremeció.

Silencio una vez más en la sala.

—Una revelación absoluta —continuó Hannan Mosag con voz profunda— de mis k'risnan. No habrá arma, ni armadura, que sirva a los letherii. Sus magos estarán ciegos y perdidos, incapaces de contrarrestar lo que llega para llevárselos. Los asaltantes morirán envueltos en el dolor y el horror. Ensuciados por el miedo, llorando como niños, y ese destino estará escrito en sus caras, a disposición de los que los encuentren.

El corazón de Trull le martilleaba en el pecho y tenía la boca seca como un hueso. Una revelación absoluta. ¿Con

qué poder, largo tiempo perdido, se había tropezado Hannan Mosag? La última revelación absoluta de Kurald Emurlahn la había hecho Scabandari Ojodesangre, el propio padre Sombra. Antes de que la senda quedara partida. Y esa partición no había sanado. Trull sospechaba que nunca sanaría. Aun así, algunos fragmentos eran más inmensos y más poderosos que otros. ¿Había descubierto uno nuevo el rey hechicero?

Desvaídas, abolladas y astilladas, las losas de cerámica yacían esparcidas ante Bruja de la Pluma. Ya las había arrojado cuando Udinaas entró tropezando en el granero lleno de motas para llevar recado del presagio, para advertir a la joven esclava que no examinara las Fortalezas. Demasiado tarde. *Demasiado tarde*.

Cien esclavos se habían reunido para el acontecimiento, menos de lo habitual, pero no era de extrañar ya que muchos guerreros edur habrían encargado a sus esclavos preparativos para la anticipada escaramuza. Las cabezas se giraron cuando Udinaas entró en el círculo. Sus ojos se habían clavado en Bruja de la Pluma.

El alma de la mujer ya se había adentrado en el camino a las Fortalezas. Se le había caído la cabeza y tenía la barbilla entre los prominentes huesos de las clavículas, el espeso cabello amarillo le colgaba y un temblor rítmico recorría su cuerpo pequeño e infantil. Bruja de la Pluma había nacido en la aldea dieciocho años antes, un nacimiento de invierno poco común (poco común en el sentido de que había sobrevivido), y sus dones se habían dado a conocer antes de su cuarto cumpleaños, cuando sus sueños regresaban y hablaban en las voces de los ancestros. Las viejas losas de las Fortalezas se habían sacado de la tumba del último

letherii de la aldea que había poseído el talento y se habían entregado a la niña. No había habido nadie para enseñarle los misterios de esas losas, pero resultó que la chiquilla no necesitaba instrucción alguna de simples mortales, se la habían proporcionado ancestros fantasmales.

Era una de las doncellas de Mayen y tras el matrimonio de Mayen con Temor Sengar, entraría en la casa Sengar. Y Udinaas estaba enamorado de ella.

Sin esperanza, por supuesto. A Bruja de la Pluma se le buscaría marido entre los esclavos letherii de mejor cuna, un hombre cuyo linaje tuviera títulos y poder en Letheras. Para un endeudado como Udinaas, un emparejamiento así era un imposible.

Mientras permanecía allí, mirándola, su amigo Hulad levantó una mano y lo cogió por la muñeca. Una presión suave hizo agacharse a Udinaas hasta que se sentó con las piernas cruzadas entre los otros testigos.

Hulad se inclinó hacia él.

—¿Qué te aflige, Udinaas?

—Las ha arrojado…

—Sí, y ahora esperamos mientras ella camina.

—He visto un cuervo blanco.

Hulad se encogió.

—Abajo, en la playa —continuó—. Le supliqué al Errante, en vano. El cuervo casi se rió de mis palabras.

Su intercambio lo habían oído otros y los murmullos cruzaron como ondas entre los testigos.

El gemido repentino de Bruja de la Pluma silenció a los reunidos. Todos los ojos se clavaron en ella cuando levantó poco a poco la cabeza.

Tenía los ojos vacíos, el blanco de los ojos tan claro como el hielo de un arroyo de montaña, iris y pupilas desvanecidos como si nunca hubieran existido. Y entre la

translucidez flotaban dos espirales de luz tenue, manchadas contra la negrura del abismo.

El terror crispaba lo que habían sido unos rasgos hermosos, el terror de los Comienzos, el alma enfrentada a la nada y el olvido. Un lugar de tal soledad que la desesperación parecía la única respuesta. Pero era también el lugar donde el poder era pensamiento y el pensamiento parpadeaba por el abismo despojado de creadores, nacidos de carne que todavía había de existir, pues solo la mente podía remontarse al pasado, solo sus pensamientos podían morar allí. La mujer estaba en ese tiempo antes de los mundos y debía comenzar a avanzar.

Para presenciar el alzamiento de las Fortalezas.

Udinaas, como todos los letherii, conocía las secuencias y las formas. Primero llegarían los tres Fulcra conocidos como los Forjadores del Reino. Fuego, el grito silencioso de la luz, el torbellino de las propias estrellas. Después Dolmen, desolado y desarraigado, flotando sin propósito en el vacío. Y en el camino de estas dos fuerzas, el Errante. Portador de sus propias leyes incognoscibles, arrastraría a Fuego y a Dolmen a guerras fieras. Campos inmensos de destrucciones, ejemplo tras ejemplo de aniquilación mutua. Pero de vez en cuando, en muy escasas ocasiones, se haría la paz entre los dos contendientes. Y Fuego bañaría pero no quemaría y Dolmen renunciaría a sus vagabundeos y encontraría así raíces.

El Errante tejería entonces su misteriosa madeja y forjaría las Fortalezas. Hielo. Eleint. Azath. Bestia. Y en medio de todas surgirían los restantes Fulcra. Hacha, Nudillos, Filo, la Manada, Buscaformas y Cuervo Blanco.

Luego, a medida que los reinos tomaran forma, la luz formaría espirales que se irían agudizando y se revelaría la última Fortaleza. La Fortaleza que había existido, invisible,

al comienzo de todo. La Fortaleza Vacía (corazón del culto letherii) que era el centro mismo de la inmensa espiral de reinos. Hogar del Trono que no conocía rey, hogar del Caballero nómada y de la Señora que esperaba todavía, sola en su lecho de sueños. Del Vigilante, que lo presenciaba todo, y del Caminante, que patrullaba fronteras que ni siquiera él podía ver. Del Salvador, cuya mano estirada nadie cogía. Y por último, del Traidor, cuyo cariñoso abrazo destruía todo lo que tocaba.

—*Caminad conmigo a las Fortalezas.*

Los testigos suspiraron a la vez, incapaces de resistirse a aquella seductora y lánguida invitación.

—*Nos encontramos sobre Dolmen. Roca rota, hoyada por parientes hechos pedazos, su superficie hierve de vida tan pequeña que se escapa a nuestros ojos. Vida atrapada en guerras eternas. Filo y Nudillos. Estamos entre las Bestias. Puedo ver el Saliente de Hueso, empapado en sangre y cubierto de capas de recuerdos fantasmales de un sinfín de usurpadores. Veo a Anciano, todavía sin cara, todavía ciego. Y Arpía, que mide el coste en el pasaje garabateado de gigantes. El Vidente, que habla a los indiferentes. Veo a Chamán, que busca verdades entre los muertos. Y Cazador, que vive el momento y no piensa en las consecuencias de la matanza. Y Rastreador, que ve las señales de lo desconocido y recorre los caminos sin fin de la tragedia. La Fortaleza de la Bestia, aquí en este valle que no es más que un arañazo en la dura piel de Dolmen.*

»No hay nadie sobre el Saliente de Hueso. El caos agudiza cada arma y la matanza continúa incesante. Y del torbellino surgen criaturas poderosas y la muerte se alza sin medida.

»A tales poderes hay que dar respuesta. El Errante regresa y arroja la semilla a la tierra empapada en sangre.

Así surge la Fortaleza de los Azath.

»*Refugio letal para los tiranos, oh, es tan fácil atraerlos. Así se alcanza el equilibrio. Pero continúa siendo un equilibrio horripilante, ¿sí? No cesan las guerras, aunque han disminuido mucho, de modo que, al fin, podamos concentrarnos en sus crueles formas.*

La voz de la joven era como hechicería desatada. Su canción de bordes toscos hechizaba, devoraba, paisajes desvelados que entraban en las mentes de todos los que la escuchaban. Bruja de la Pluma se había alejado del terror de los Comienzos y no había miedo en sus palabras.

—*Pero el paso del tiempo es en sí mismo una prisión. Nos pone grilletes el progreso. Y así el Errante viene una vez más y surge la Fortaleza de Hielo, con los sirvientes concomitantes que viajan por los reinos para luchar contra el tiempo. Caminante, Cazadora, Trazador, Portador, Hijo y Semilla. Y sobre el Trono de Hielo se sienta Muerte, encapuchada y ribeteada de escarcha, ladrona del cariño, hace pedazos los grilletes ansiosos de la vida mortal. Es un don, pero un don muy frío.*

»*Y luego, para lograr el equilibrio una vez más, nace el eleint y al caos se le da carne y esa carne es de dragón. Gobernado por la Reina, a la que debe asesinar una y otra vez cada hijo que trae al mundo. Y su Consorte, que no ama a nadie más que a sí mismo. Luego el Vasallo, sirviente y guardián y condenado al fracaso eterno. Caballero, la espada del caos en sí… ¡cuidado con su camino! Y Puerta, que es el Aliento. Wyval, engendrado por los dragones, y la Señora, la Hermana, Bebedor de Sangre y Trazador de Caminos. Los Dragones Caídos.*

»*Una Fortaleza queda…*

Udinaas habló con los otros cuando susurraban.

—La Fortaleza Vacía.

Bruja de la Pluma ladeó la cabeza de repente y un ceño estropeó su frente.

—Algo dibuja círculos sobre el Trono Vacío. No lo veo, pero… dibuja círculos. Una mano pálida, cortada y danzante… no, es…

Se puso rígida, después brotó rojo de las heridas de los hombros y algo la levantó del suelo.

Gritos. Los testigos se levantaron de golpe y se adelantaron corriendo con los brazos estirados.

Pero ya era demasiado tarde. Unas garras invisibles se aferraron con más fuerza y unas alas invisibles tronaron en el aire polvoriento del granero. Se llevaron a Bruja de la Pluma a las sombras que había bajo el techo curvo. La joven chilló.

Udinaas, con el corazón martilleándole en el pecho, se abrió camino a la fuerza entre los cuerpos que se debatían hasta las escaleras de madera que llegaban al altillo. Las astillas le cortaron las manos cuando trepó por los toscos y empinados escalones. Los chillidos de Bruja de la Pluma llenaban el aire, la joven se debatía entre las garras invisibles. *Pero los cuervos no tienen garras…*

Llegó al altillo, resbaló y se precipitó por los tablones irregulares con los ojos clavados en Bruja de la Pluma; después, a un solo paso del borde, saltó. Con los brazos estirados voló por encima de las cabezas de la multitud.

Su objetivo era el aire que giraba sobre la mujer, el lugar donde se cernía la criatura invisible. Y cuando llegó a ese lugar, chocó contra un cuerpo inmenso y cubierto de escamas. Unas alas correosas lo machacaron con fiereza mientras envolvía con los brazos un cuerpo frío y húmedo de músculos tensos. Udinaas oyó un siseo salvaje y después una mandíbula lo golpeó en el hombro izquierdo. Unos

dientes afilados como agujas le perforaron la piel y se hundieron en su carne.

Udinaas gruñó.

Un wyval, engendro de eleint...

Con la mano izquierda buscó el gancho para redes que llevaba en el cinturón.

La bestia le desgarró el hombro y brotó la sangre.

Encontró el mango de madera gastada de la herramienta y liberó la hoja curva. El filo interior estaba muy afilado, lo utilizaba para cortar nudos. Se giró con los dientes apretados en un esfuerzo por no prestar atención a las mandíbulas de lagarto que le acuchillaban el hombro una y otra vez hasta que quedó poco más que jirones. Udinaas empezó a cortar allí donde le pareció que debía de estar una de las patas del wyval. Algo sólido. Desgarró los tendones con el filo interior de la hoja.

La criatura chilló.

Y soltó a Bruja de la Pluma.

Esta cayó a plomo entre la masa de brazos alzados.

Las garras golpearon el pecho de Udinaas y lo atravesaron.

El esclavo acuchilló y el corte fue profundo. La pata se retiró con un espasmo.

Las mandíbulas se apartaron y después volvieron a hundirse, esa vez alrededor del cuello del esclavo.

El gancho para redes cayó de la mano crispada. La sangre le llenó la boca y la nariz.

La oscuridad se retorció delante de sus ojos y oyó gritar otra vez al wyval, esa vez de terror y dolor, el sonido emanaba de sus ollares en ráfagas calientes que le bajaban por la espalda. Las mandíbulas se abrieron con un desgarro.

Y Udinaas empezó a caer.

Y ya no supo más.

Los otros estaban saliendo cuando Hannan Mosag tocó el hombro de Trull.

—Quédate —murmuró—. Tus hermanos también.

Trull observó a los otros guerreros que salían en pequeños grupos. Estaban inquietos y más de una cara endurecida revelaba un destello de consternación cuando lanzaba una última mirada de despedida al rey hechicero y sus k'risnan. Temor se había acercado y esperaba a poca distancia, con Rhulad detrás. La expresión de Temor era ilegible (nada sorprendente en eso) mientras que Rhulad parecía incapaz de quedarse quieto, giraba la cabeza a un lado y a otro y una mano danzaba en el pomo de la espada que llevaba en la cadera.

Una docena de latidos después se habían quedado solos.

Hannan Mosag habló entonces.

—Mírame, Trull Sengar. Quiero que lo entiendas. No era mi intención criticar tu gesto. Yo también habría clavado mi lanza en ese letherii para responder a su burla. Te utilicé de forma dolorosa y por ello me disculpo…

—No es necesario, mi señor —respondió Trull—. Me complace que haya encontrado en mis acciones un fulcro que le permita cambiar los sentimientos del consejo.

El rey hechicero ladeó la cabeza.

—Fulcro. —Sonrió, pero estaba tenso—. Entonces no hablaremos más de ello, Trull Sengar. —Posó los ojos entonces en Rhulad y su voz se endureció un poco cuando habló—: Rhulad Sengar, no iniciado en derramamientos de sangre, estás en mi presencia ahora porque eres hijo de Tomad… y la necesidad que tengo de sus hijos te incluye a ti. Espero de ti que escuches, no que hables.

Rhulad asintió, pálido de repente.

Hannan Mosag pasó entre dos de sus k'risnan, que todavía tenían que abandonar sus posturas vigilantes, y bajó del estrado con los tres hijos de Tomad.

—Tengo entendido que Binadas vaga una vez más. Ese no conoce ancla, ¿verdad? Ah, bueno, ningún daño hace con eso. Tendréis que informar a vuestro hermano a su regreso de todo lo que os cuente esta noche.

Entraron en los aposentos privados del rey hechicero. No había esposa a la espera, ni esclavo alguno. Hannan Mosag vivía de forma modesta, con solo su centinela de sombra como única compañía. La habitación era sencilla, severa.

—Tres lunas atrás —comenzó a decir el rey hechicero al tiempo que se volvía para mirarlos— mi alma viajó mientras dormía y fue testigo de una visión. Yo estaba en una llanura de nieve y hielo. Más allá de las tierras de los arapay, al este y al norte del lago Hambriento. Pero en la tierra que siempre está quieta algo había surgido. Un nacimiento violento, una presencia exigente y dura. Una aguja de hielo. O una lanza, no pude acercarme a ella, pero se elevaba a gran altura sobre las nieves, resplandeciente, cegadora por toda la luz del sol que había capturado. Sin embargo, algo oscuro esperaba en su corazón. —Sus ojos habían perdido todo foco y Trull supo, con un escalofrío, que su rey estaba una vez más en ese lugar frío y melancólico—. Un regalo. Para los edur. Para el rey hechicero. —Después quedó en silencio.

Nadie habló.

De repente, Hannan Mosag estiró la mano y se aferró al hombro de Temor, su mirada se agudizó sobre el hermano mayor de Trull.

—Los cuatro hijos de Tomad Sengar viajarán a ese lugar. Para recuperar ese regalo. Podéis llevaros a otros dos, vi los rastros de seis en mi visión y conducían a esa aguja de hielo.

Temor habló entonces.

—Theradas y Midik Buhn.

El rey hechicero asintió.

—Buena elección, sí. Temor Sengar, te pongo al cargo como líder de esta expedición. Tú eres mi voluntad y no se te desobedecerá. Ni tú ni ningún otro de la partida debe tocar el regalo. Vuestra carne no debe entrar en contacto con él, ¿me habéis comprendido? Sacadlo de la aguja, envolvedlo en pieles si eso es posible y regresad aquí.

Temor asintió.

—Se hará como ordene, mi señor.

—Bien. —El rey examinó a los tres hermanos—. Es creencia de muchos (quizá incluso vuestra), que la unificación de las tribus era mi objetivo único como líder de los hiroth. Hijos de Tomad, sabed que no es más que el comienzo.

De repente había una nueva presencia en la habitación, percibida de manera simultánea por el rey y los hermanos, y todos se volvieron como uno solo hacia la entrada.

Un k'risnan se encontraba en el umbral.

Hannan Mosag asintió.

—Los esclavos —murmuró— han estado muy ocupados esta noche. Venid, todos.

Espectros de sombra se habían reunido alrededor de su alma, pues alma era todo lo que era, inmóvil y vulnerable, veía sin ojos, sentía sin carne, cuando aquellas criaturas vagas y bestiales se acercaban, tironeaban de él, lo rodeaban como perros alrededor de una tortuga.

Tenían hambre, aquellos espíritus de sombra. Pero algo los contenía, una prohibición muy arraigada. Lo pinchaban y empujaban, pero no hacían nada más.

Se dispersaron, de mala gana, cuando se acercó algo, alguien, y Udinaas sintió una presencia cálida y protectora que se acomodaba a su lado.

Bruja de la Pluma. Estaba ilesa, su rostro luminoso, sus ojos grises perplejos mientras lo estudiaba.

—Hijo de la Deuda —dijo, después suspiró—. Dicen que me liberaste tú. Incluso cuando el wyval te desgarraba. No te importó nada eso. —Lo estudió un momento más y después siguió hablando—: Tu amor me quema los ojos, Udinaas. ¿Qué voy a hacer con esa verdad?

Él se dio cuenta de que podía hablar.

—No hagas nada, Bruja de la Pluma. Sé lo que no ha de ser. No renunciaría a esta carga.

—No. Ya lo veo.

—¿Qué ha pasado? ¿Me estoy muriendo?

—Te morías. Uruth, esposa de Tomad Sengar, vino a responder a nuestra… angustia. Recurrió a Kurald Emurlahn y espantó al wyval. Y ahora nos está sanando a los dos. Yacemos uno al lado del otro, Udinaas, sobre la tierra empapada en sangre. Inconscientes. Se pregunta por qué somos reticentes a regresar.

—¿Reticentes?

—Nota que ella lucha para sanar nuestras heridas, yo me resisto a ella, por los dos.

—¿Por qué?

—Porque estoy inquieta. Uruth no percibe nada. Su poder a ella le parece puro. Pero está… manchado.

—No lo entiendo. Has dicho Kurald Emurlahn…

—Sí. Pero ha perdido su pureza. No sé cómo, o qué, pero ha cambiado. Entre todos los edur, ha cambiado.

—¿Qué hemos de hacer?

La joven suspiró.

—Regresar, ahora. Ceder a su orden. Agradecerle su intervención, la sanación de nuestra carne desgarrada. Y en respuesta a las muchas preguntas que tiene, poco podemos decir. Fue confuso. Una batalla con un demonio desconocido. Caos. Y de esta conversación, Udinaas, no contaremos nada. ¿Comprendes?

—Sí.

Bruja de la Pluma bajó la mano y él sintió que se cerraba sobre la suya (de pronto, estaba entero una vez más) y la calidez de aquella mano lo embargó.

Udinaas pudo oír su corazón, palpitando con fuerza como respuesta a aquel roce. Y otro corazón, lejano pero acercándose a toda prisa, que latía al mismo ritmo. Pero no era el de ella, y Udinaas conoció el terror.

Su madre se apartó, el ceño de su frente comenzaba a suavizarse.

—Se acercan —dijo.

Trull bajó la vista y se quedó mirando a los dos esclavos. Udinaas, de su casa. Y la otra, una de las criadas de Mayen, la que conocían como Bruja de la Pluma por sus poderes de adivinación. La sangre todavía manchaba los agujeros de las camisas, pero las heridas en sí ya se habían cerrado. Otro tipo de sangre se había derramado por el pecho de Udinaas, dorada y todavía resplandeciente.

—Debería declarar ilegal que arrojen las losas —rezongó Hannan Mosag—. Permitir hechicería letherii entre nosotros es una indulgencia peligrosa.

—Pero tiene su valor, rey supremo —dijo Uruth, y Trull se percató de que seguía inquieta.

—¿Y cuál es, esposa de Tomad?

—Un clamor fuerte y sonoro, rey supremo, que haríamos bien en atender.

Hannan Mosag hizo una mueca.

—Hay sangre de wyval en la camisa de ese hombre. ¿Está infectado?

—Es posible —admitió Uruth—. Buena parte de lo que pasa por alma en un letherii se oculta de mis artes, rey supremo.

—Un defecto que nos atormenta a todos, Uruth —dijo el rey hechicero, concediéndole a la mujer un gran honor al usar su verdadero nombre—. Se debe observar a este en todo momento —continuó con los ojos puestos en Udinaas—. Si hay sangre de wyval en su interior, la verdad se revelará con el tiempo. ¿A quién pertenece?

Tomad Sengar carraspeó.

—Es mío, rey hechicero.

Hannan Mosag frunció el ceño y Trull supo que estaba pensando en su sueño y en su decisión de introducir en su relato a la familia Sengar. Había pocas coincidencias en el mundo. El rey hechicero habló con voz más dura.

—Esta tal Bruja de la Pluma, es de Mayen, ¿no? Dime, Uruth, ¿pudiste percibir su poder cuando la sanaste?

La madre de Trull sacudió la cabeza.

—Insignificante. O…

—¿O qué?

Uruth se encogió de hombros.

—O lo ocultó bien, a pesar de sus heridas. Y si ese es el caso, entonces su poder supera al mío.

Imposible. Es letherii. Esclava y todavía virgen.

El gruñido de Hannan Mosag transmitió sentimientos parecidos.

—La atacó un wyval, es obvio que una criatura que resultó estar muy por encima de su habilidad para

controlarla. No, la niña tropieza. Mal instruida, ignorante de la vastedad de todo aquello con lo que pretende jugar. Ved, solo ahora recupera la conciencia.

Los ojos de Bruja de la Pluma se abrieron con un parpadeo y revelaron un discernimiento escaso, y eso arrollado de inmediato por un terror animal.

Hannan Mosag suspiró.

—No nos será de ninguna utilidad durante un rato. Dejadlos al cuidado de Uruth y las otras esposas. —Miró a Tomad Sengar—. Cuando regrese Binadas…

Tomad asintió.

Trull le lanzó una mirada a Temor. Tras él se arrodillaban los esclavos que habían asistido a la ceremonia, las cabezas pegadas a la tierra e inmóviles, como habían estado desde la llegada de Uruth. Parecía que los ojos duros de Temor se habían clavado en algo que nadie más podía ver.

Cuando Binadas regrese… los hijos de Tomad emprenderán el viaje. Para adentrarse en los yermos de hielo.

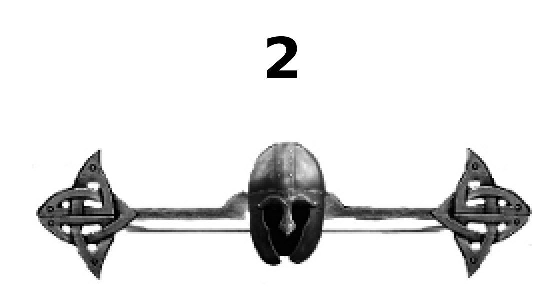
Un gemido enfermizo de Udinaas.

El rey hechicero no le hizo ningún caso cuando salió con grandes zancadas del granero, flanqueado por sus k’risnan y su centinela de sombra un paso por detrás. En el umbral, ese espectro monstruoso hizo una pausa por voluntad propia, para echar una única mirada atrás, aunque no había forma de saber sobre quién fijaba sus ojos informes.

Udinaas gimió por segunda vez y Trull vio que los miembros del esclavo temblaban.

En el umbral, el espectro se había ido.

2



Dueña y señora de estas huellas,
amante de la estela por la que
él acaba de pasar,
pues el camino por el que él vaga
está entre todos nosotros.

El dulce sabor de la pérdida
alimenta cada arroyo de la montaña,
a falta del hielo que baja a los mares,
cálido como sangre,
que se abre paso sin fuerzas por nuestros sueños.

Pues donde él la guía
ha perdido sus huesos,
y la pista por la que él camina
es carne sin vida,
y el mar no recuerda nada.

Trova de las antiguas Fortalezas
Pescador Kel'Tath

Una mirada atrás. Entre la calima brumosa, allí abajo, al oeste, rielaba la extensión más recóndita de la ensenada Límite, el reflejo pálido del cielo concentrado en disimular el agua negra e insondable. En todas las demás direcciones, aparte de la pista de piedra que tenía Seren Pedac justo detrás, se alzaban montañas dentadas, los picos cubiertos

de nieve y dorados por un sol que ella no podía ver desde donde se encontraba, en el extremo sur del collado.

El viento que pasaba junto a ella hedía a hielo, el aliento persistente a descomposición fría del invierno. Se ciñó mejor las pieles y se giró para evaluar el progreso de la reata por la pista.

Tres carretas de ruedas sólidas que cabeceaban y traqueteaban. Las figuras de espaldas desnudas que se arremolinaban, miembros de la tribu nerek, que se reunían en grupos alrededor de cada carreta, los de delante tirando de las cuerdas, los de detrás adelantando los topes para evitar que los incómodos vehículos bajaran rodando.

En esas carretas, entre otros productos para comerciar, había noventa lingotes de hierro, treinta en cada carreta. No era el afamado acero letherii, por supuesto, ya que su venta estaba prohibida fuera de sus fronteras, sino del siguiente grado más alto de calidad, templado por carbono y prácticamente libre de impurezas. Cada lingote era tan largo como el brazo de Seren y el doble de grueso.

El aire era gélido y enrarecido, pero esos nerek trabajaban medio desnudos, el sudor humeaba en sus pieles resbaladizas. Si un tope fallaba, el nativo más cercano arrojaba su propio cuerpo bajo la rueda.

Y por ello, Buruk el Pálido les pagaba dos diques al día.

Seren Pedac era la corifeo de Buruk, se le había concedido el paso por tierras edur, una de las siete concesiones del último tratado. Ningún mercader podía entrar en territorio edur a menos que lo guiara un corifeo. La puja por Seren Pedac y otros seis había sido alta. Y por Seren, Buruk había sido el que más había pujado de todos, y por ello era su dueño. O más bien, era dueño de sus servicios como guía y buscadora, una distinción de la que el hombre parecía hacer cada vez menos caso.

Pero aquel era el sexto año del contrato. Solo quedaban cuatro.

Quizá.

Seren se volvió una vez más y estudió el paso que tenía delante. Estaban a menos de cien pasos de elevación de la línea de árboles. Robles y píceas enanas de siglos de vida que solo le llegaban a ella a la rodilla flanqueaban el camino irregular. Musgos y líquenes cubrían los enormes peñascos que habían arrastrado los ríos de hielo en eras pasadas. Quedaban trozos incrustados de nieve que se aferraban a los lugares en sombra. Allí el viento no movía nada, no las enjutas píceas, ni siquiera las ramas torcidas y sin hojas de los robles. Contra semejante estolidez inconmovible, el viento solo podía aullar.

La primera carreta traqueteó en el suelo llano tras ella, las lenguas nerek gritaron cuando la hicieron pasar rodando junto a Seren Pedac y la anclaron al terreno. Los nativos se apresuraron después a ayudar a sus compañeros, todavía en el ascenso.

El chirrido de una puerta y Buruk el Pálido se bajó de la primera carreta. Se quedó allí de pie con las piernas muy abiertas, como si luchara por recuperar el recuerdo del equilibrio, después se giró con una mueca para darle la espalda al viento frígido, antes de levantar la mano para que no se le escapara la gorra ribeteada de piel y parpadear para mirar a Seren Pedac.

—¡Grabaré esta visión a fuego en cada hueso de mi cráneo, bendita corifeo! Para que allí se una a una multitud de otras, por supuesto. Ese manto pardo de piel, esa gracia imponente y primitiva de tu postura. La majestad curtida de tu perfil, grabada con tanta habilidad por estas alturas salvajes.

»¡Tú, nerek! Busca a tu capataz, acamparemos aquí. Que se preparen los refrigerios. Descargad esos fardos de madera de la tercera carreta. Quiero un fuego, ahí, en el lugar habitual. ¡Vamos, a qué esperas!

Seren Pedac dejó su mochila en el suelo y echó a andar por el camino. El viento no tardó en llevarse las palabras de Buruk. Treinta pasos después llegó al primero de los antiguos santuarios, un ensanchamiento de la pista donde unos trozos llanos de roca arañada se extendían hacia los lados y las paredes de las montañas que los flanqueaban habían sido cortadas a pico. En cada planicie se habían colocado los peñascos de modo que formaran el perfil de un barco de tamaño natural, tanto la proa como la popa terminadas en punta y marcadas por menhires. Las piedras de la proa se habían tallado para que se asemejaran al dios edur, padre Sombra, pero los vientos habían borrado los detalles. Fuera lo que fuera lo que en un principio había ocupado esos dos barcos juntos, hacía mucho tiempo que se había desvanecido, aunque el lecho de roca del interior lucía unas manchas extrañas.

Las escarpadas paredes de roca pura retenían parte de su antiguo poder. Lisas y negras, eran translúcidas, al modo de la obsidiana fina, ahumada. Y tras ellas se movían sombras. Como si algo hubiera ahuecado las montañas y cada panel fuera una especie de ventana que revelara un mundo misterioso y eterno en su interior. Un mundo que no era consciente de todo lo que lo rodeaba, más allá de sus propias fronteras de piedra impenetrable y de esos extraños paneles, ya fueran ciegos o indiferentes.

La obsidiana translúcida desafiaba los esfuerzos de Seren por centrarse en las formas que se movían al otro lado, como había ocurrido las últimas decenas de veces que había visitado ese lugar. Pero ese mismo misterio era en sí mismo

una atracción irresistible que la arrastraba allí una y otra vez.

Rodeó con cuidado la popa del barco de peñascos y se acercó al panel oriental. Se tiró del guante ribeteado de piel de la mano derecha, estiró la mano y la posó sobre la piedra lisa. Cálida, se bebía la rigidez de sus dedos y eliminaba el dolor de las articulaciones. Ese era su secreto, los poderes curativos que había descubierto la primera vez que había tocado la roca.

Una vida entera en esas tierras duras le robaba flexibilidad al cuerpo. Los huesos se hacían quebradizos, deformados por el dolor. La roca dura e infinita no tardaba en enviar oleadas por la columna con cada paso que se daba. Los nerek, la tribu que, antes de arrodillarse ante el rey letherii, había vivido en el límite más oriental de la cordillera, creían que eran hijos de una mujer y una serpiente, y que la serpiente moraba todavía dentro del cuerpo, esa columna de suave curvatura, los nudillos apilados se iban alzando para ocultar la cabeza en el centro del cerebro. Pero las montañas despreciaban a esa serpiente y deseaban solo arrastrarla de nuevo al suelo, devolverla una vez más a su vientre, donde se deslizaría entre las grietas y se enrollaría bajo las rocas. Y así, en el curso de una vida, a la serpiente se la obligaba a inclinarse, doblarse y retorcerse.

Los nerek enterraban a sus muertos bajo piedras planas.

Al menos esa era la costumbre, antes de que el edicto del rey los obligara a abrazar la fe de las Fortalezas.

Ahora dejan los cuerpos de los suyos donde caen. Incluso abandonan sus chozas. Habían pasado años, pero Seren Pedac recordaba con una claridad dolorosa el día que había llegado a un alto y había contemplado la inmensa meseta donde vivían los nerek. Las aldeas habían perdido toda

distinción y se habían fundido en una confusión caótica y desalentada. Cada tercera o cuarta choza se había abandonado a la ruina, sepulcros improvisados para familiares que habían muerto de enfermedad, vejez, o un exceso de alcohol, néctar blanco o durhang. Los niños vagaban sin que nadie los cuidara, seguidos por ratas de roca salvajes que se multiplicaban sin control y estaban demasiado plagadas de enfermedades como para poder comérselas.

El pueblo nerek había quedado destruido y de ese pozo no había forma de salir. Su tierra era un cementerio demasiado grande y las ciudades letherii no prometían más que deudas y disolución. No había comprensión para ellos. El modo de vida letherii era duro pero era el verdadero, el modo de vida de la civilización. La prueba se encontraba en su prosperidad, allí donde otros modos tropezaban o continuaban débiles y forzados.

El viento gélido ya no podía alcanzar a Seren Pedac. La calidez de la piedra fluía a través de ella. Con los ojos cerrados apoyó la frente en su acogedora superficie.

¿Quién camina por su interior? ¿Son los edur ancestrales, como afirman los hiroth? Si era así, ¿por qué no podían verlos ellos con más claridad que la propia Seren? Formas vagas que pasaban de un lado a otro, tan perdidos como esos niños nerek en sus aldeas moribundas.

Ella tenía sus propias creencias y, aunque desagradables, se aferraba a ellas. *Son los centinelas de la futilidad. Corifeos del absurdo. Reflejos de nosotros mismos atrapados en repeticiones sin objeto. Eternamente borrosos, pues eso es todo lo que podemos conseguir cuando nos miramos, cuando miramos nuestras vidas. Sensaciones, recuerdos y experiencias, el suelo fétido en el que los*

pensamientos echan raíces. Flores pálidas bajo un cielo vacío.

Si pudiera, se hundiría en ese muro de piedra. Para caminar por toda la eternidad entre esas figuras sin forma, mirando al exterior, quizá, de vez en cuando, y viendo no los árboles atrofiados, el musgo, los líquenes y algún caminante ocasional. No, viendo solo el viento. El viento que nunca dejaba de aullar.

Oyó sus pasos mucho antes de que entrara en el círculo parpadeante del fuego. El sonido de sus pisadas despertó también a los nerek que se acurrucaban bajo pieles raídas en un tosco semicírculo al borde de la luz, los nativos se levantaron a toda prisa y se dirigieron hacia ese ritmo constante.

Seren Pedac mantuvo los ojos clavados en las llamas, el desenfrenado desperdicio de madera que mantenía caliente a Buruk el Pálido mientras se iba emborrachando con una mezcla de vino y néctar blanco; la mujer luchó contra ese tirón de una comisura de la boca, esa mueca irónica, espontánea e inoportuna, que expresaba la amarga diversión que le inspiraba esa conjunción inminente de corazones rotos.

Buruk el Pálido llevaba consigo instrucciones secretas, una lista lo bastante grande como para llenar un pergamino entero, instrucciones de otros mercaderes, especuladores y oficiales, incluyendo, sospechaba la corifeo, las de la propia casa real. Y fuera lo que fuera lo que esas instrucciones implicaran, su contenido estaba matando a ese hombre. Al tipo siempre le había gustado el vino, pero no con el seductor destructor, el néctar blanco, mezclado dentro. Ese era el nuevo combustible de ese viaje para los fuegos que

fluían y refluían por el alma de Buruk, y lo ahogaría con tanta certeza como las aguas profundas de la ensenada Límite.

Cuatro años más. Quizá.

Los nerek estaban apiñándose alrededor de su visitante, decenas de voces que se fundían en un murmullo sobrecogedor, como devotos que rogaran a un dios especialmente confuso, y aunque el acontecimiento quedaba oculto en la oscuridad que había detrás del fuego, Seren Pedac podía verlo con claridad en su imaginación. El hombre lo intentaba, solo sus ojos revelaban su incomodidad ante los incesantes abrazos, quería responder a cada uno con algo, lo que fuera, pero que no se pudiera confundir con una bendición. No era, querría decir, un hombre digno de tanta reverencia. Era, querría decir, una sórdida culminación de fracasos, igual que ellos. Todos ellos perdidos, allí, en ese mundo de corazón frío. Querría decirlo, pero no, Casco Beddict nunca decía nada. O, en cualquier caso, nunca cosas tan atrevidas y… vulnerables.

Buruk el Pálido había levantado la cabeza al oír la conmoción y había parpadeado con ojos llorosos.

—¿Quién viene?

—Casco Beddict —respondió Seren Pedac.

El mercader se humedeció los labios.

—¿El antiguo centinela?

—Sí. Aunque te aconsejo que no te dirijas a él con ese título. Devolvió el junco del rey hace mucho tiempo.

—Y así traicionó a los letherii, sí. —Buruk se echó a reír—. Pobre y honorable necio. El honor exige deshonor, eso sí que tiene gracia, ¿no? ¿Has visto alguna vez una montaña de hielo en el mar? Se parte una y otra vez bajo los mordiscos incesantes del agua salada. Pues igual. —Echó la botella hacia atrás y Seren vio cómo se le mecía la garganta.

—¿El deshonor te da sed, Buruk?

El hombre bajó la botella con una mirada furiosa. Después una sonrisa vaga.

—Reseco, corifeo. Como un hombre que se ahoga y traga aire.

—Solo que no es aire, es agua.

El otro se encogió de hombros.

—Una sorpresa momentánea.

—Después lo superas.

—Sí. Y en esos últimos momentos, las estrellas nadan por corrientes invisibles.

Casco Beddict había hecho todo lo que había podido con los nerek y entró en el círculo de luz. Casi tan alto como un edur. Envuelto en la piel blanca del lobo del norte, el largo cabello trenzado casi igual de pálido. El sol y los vientos fuertes habían oscurecido su faz, que había adquirido el tono de la piel curtida. Sus ojos se habían decolorado hasta alcanzar el gris y parecía que el hombre que había tras ellos estaba siempre en algún otro lugar. Y bien sabía Seren Pedac que ese lugar no era su hogar.

No, tan perdido como su carne y sus huesos, este cuerpo que tenemos delante.

—Caliéntate un poco, Casco Beddict —dijo la corifeo.

Él la estudió a su modo distraído, una contradicción aparente que solo él podía lograr.

Buruk el Pálido se rió.

—¿Qué sentido tiene? El calor nunca le llegará a través de esas pieles. ¿Tienes hambre, Beddict? ¿Sed? Ya me parecía que no. ¿Qué tal una mujer? Podría prestarte a una de mis mestizas nerek, mis queriditas esperan en mi carreta. —Le dio un par de ruidosos tragos a la botella y la ofreció—. ¿Un poco de esto? Oh, vaya, qué mal oculta su asco.

—¿Has bajado por el paso? ¿Han desaparecido las nieves? —preguntó Seren con los ojos clavados en el antiguo centinela.

Casco Beddict le echó un vistazo a las carretas. Cuando respondió, las palabras salieron con torpeza, como si hubiera pasado mucho tiempo desde la última vez que había hablado.

—Deberían de haberlo hecho.

—¿Adónde vas?

Él la miró de nuevo.

—Con vosotros.

Seren alzó las cejas.

Buruk el Pálido se echó a reír, abrió mucho los brazos y agitó la botella, que estaba vacía salvo por las últimas gotas que saltaron y golpearon el fuego con un siseo.

—¡Oh, agradable compañía, desde luego! ¡Por supuesto! Los nerek estarán encantados. —Se levantó con un tambaleo y zigzagueó hasta acercarse de forma peligrosa al fuego, después, con un último saludo, se dirigió a trompicones a su carreta.

Seren y Casco lo observaron marcharse. Seren vio que los nerek habían regresado a sus camas improvisadas, pero todos estaban sentados, despiertos, en sus ojos brillantes se reflejaban las llamas mientras estudiaban al antiguo centinela, que en ese momento se acercó un poco más al fuego y se sentó con lentitud. Extendió las manos magulladas hacia el calor.

Podían ser más suaves de lo que parecían, recordó Seren. El recuerdo hizo poco más que revolver unas cenizas largo tiempo muertas, sin embargo, y echó otro tronco al fuego ávido que tenían delante, después contempló las chispas que saltaban en la oscuridad.

—¿Ese tiene intención de permanecer como invitado de los hiroth hasta la Gran Reunión?

La corifeo le lanzó una mirada y después se encogió de hombros.

—Eso creo. ¿Es por eso por lo que has decidido acompañarnos?

—No será como los tratados pasados, esta reunión —dijo él—. Los edur ya no están divididos. El rey hechicero gobierna sin desafío alguno.

—Todo ha cambiado, sí.

—Así que Diskanar envía a Buruk el Pálido.

Seren lanzó un bufido y devolvió de una patada a las llamas un tronco nómada que había salido rodando.

—Una mala elección. Dudo que permanezca sobrio el tiempo suficiente para poder espiar mucho.

—Siete casas de mercaderes y veintiocho barcos han descendido sobre los caladeros de Calach —dijo Casco Beddict mientras flexionaba los dedos.

—Lo sé.

—La delegación de Diskanar afirmará que la caza no estaba aprobada. Criticarán la matanza. Luego la usarán para argumentar que el antiguo tratado presenta fallos y que hay que revisarlo. Por las focas perdidas harán un gesto magnánimo… arrojando oro a los pies de Hannan Mosag.

Seren no dijo nada. Casco tenía razón, después de todo. Él conocía mejor que la mayoría lo que pensaba el rey Ezgara Diskanar, o, mejor dicho, la casa real, que no era siempre lo mismo.

—Sospecho que hay algo más —dijo ella después de un momento.

—¿En qué sentido?

—Imagino que no te has enterado de quién va a liderar la delegación.

Él lanzó un gruñido amargo.

—Las montañas guardan silencio sobre esos asuntos.

La mujer asintió.

—Para representar los intereses del rey, Nifadas.

—Bien. El primer eunuco no es tonto.

—Nifadas compartirá el mando con el príncipe Quillas Diskanar.

Casco Beddict giró la cabeza poco a poco hacia ella.

—La posición de esa mujer ha subido mucho, entonces.

—Así es. Y en todos los años que han pasado desde la última vez que te cruzaste en el camino de su hijo… bueno, Quillas no ha cambiado demasiado. La reina lo tiene atado en corto, con el canciller siempre a mano para darle caprichitos. Se rumorea que el titular principal de los intereses de las siete casas mercantes que desafiaron el tratado no es otra que la propia reina Janall.

—Y el canciller no se atreve a dejar el palacio —dijo Casco Beddict, y ella oyó el desdén—. Así que envía a Quillas. Un error. El príncipe es ciego a la sutileza. Sabe que es ignorante y estúpido, así que siempre sospecha de los demás, sobre todo cuando dicen cosas que no entiende. No se puede negociar cuando te arrastra la estela de las emociones.

—No es que sea un secreto —respondió Seren Pedac. Y esperó.

Casco Beddict escupió en el fuego.

—Les da igual. La reina lo ha dejado suelto. Permite que Quillas ronde por doquiera, que lance torpes insultos a la cara de Hannan Mosag. ¿Es arrogancia pura y dura? ¿O de veras quieren provocar la guerra?

—No lo sé.

—Y Buruk el Pálido, ¿de quién son las instrucciones que lleva?

—No estoy segura. Pero no está muy contento.

Los dos se quedaron callados.

Doce años atrás, el rey Ezgara Diskanar había encargado a su preda favorito de la Guardia, Casco Beddict, el papel de centinela. Debía viajar a las fronteras del norte y después cruzarlas. Su tarea era estudiar las tribus que todavía vivían salvajes en las montañas y bosques de las alturas. Si bien era un guerrero con talento, Casco Beddict había resultado ingenuo. Lo que había abrazado como un viaje en busca del conocimiento, los primeros pasos hacia una coexistencia pacífica, había sido, de hecho, un preludio de la conquista. Sus detallados informes de tribus como los nerek, los faraed y los tarthenal, los estudiaron durante horas los secuaces del canciller Triban Gnol. Habían extraído los puntos débiles de las descripciones y luego, en una serie de campañas de subyugación, los habían explotado con crueldad.

Y Casco Beddict, que había forjado lazos de sangre con esas fieras tribus, estaba allí para presenciar todo ese entusiasmo entregado. Regalos que no eran tales, los nativos incurrieron en deudas y las deudas se intercambiaron por tierra. El letal laberinto bordeado de comerciantes, mercaderes, seductores de falsas necesidades, proveedores de venenos destructivos. Al desafío se respondió con aniquilación. Se devoró el orgullo, la independencia y la autosuficiencia. En general, fue una guerra tan profundamente cínica que despacharon con tal crueldad que ningún alma honorable podía sobrevivir siendo testigo de ella. Sobre todo cuando ese alma era el responsable de ella. *De todo*.

Y hasta ese día los nerek veneraban a Casco Beddict. Al igual que la media docena de mendigos endeudados que eran todo lo que quedaba de los faraed. Y los restos desperdigados de los tarthenal, enormes, torpes y borrachos

en los barrios de chabolas de las afueras de las ciudades del sur, todavía lucían los tatuajes de tres franjas bajo el hombro izquierdo, idénticos a los de la espalda del propio Casco.

Este permanecía sentado en silencio junto a la corifeo, con los ojos clavados en las llamas que refluían en la hoguera moribunda. Uno de sus guardias había regresado a la capital con el junco del rey. El centinela ya no era centinela. Ni tampoco regresaría a las tierras del sur. Se había adentrado en las montañas.

Seren lo había conocido ocho años antes, a un día del fuerte Alto, reducido a poco más que un animal que rebuscaba comida en los montes.

Y lo había hecho regresar. Al menos en parte. *Oh, pero fue mucho menos noble de lo que parecía en un principio. Quizá lo habría sido. Noble de verdad. Si yo no lo hubiera utilizado de una forma tan dolorosa.*

La corifeo había sucumbido a sus propias necesidades egoístas y no había nada glorioso en eso.

Seren se preguntó si él la perdonaría alguna vez. Después se preguntó si se perdonaría ella misma jamás.

—Buruk el Pálido sabe todo aquello de lo que yo necesito enterarme —dijo Casco Beddict.

—Es posible.

—Me lo dirá.

No por voluntad propia. No te dirá nada.

—Sean cuales sean las instrucciones que tenga —dijo Seren—, sigue siendo un jugador menor en esta partida, Casco. Jefe de una casa de mercaderes con una ubicación muy conveniente en Trate y una experiencia considerable a la hora de tratar con los hiroth y los arapay. —*Y, a través de mí, con paso legítimo a las tierras edur.*

—Hannan Mosag enviará a sus guerreros tras esas naves —respondió Casco Beddict—. Los intereses de la reina en

esas casas de mercaderes están a punto de hundirse.

—Me imagino que ha anticipado la pérdida.

El hombre que tenía al lado no era el joven ingenuo que había sido una vez. Pero distaba mucho de los ardides intrincados y los juegos de manos letales que formaban parte fundamental de la sangre de los letherii. Seren pudo verlo luchando con la multiplicidad de capas de intenciones y propósitos que se daban allí.

—Empiezo a ver el camino que quiere tomar —dijo Casco tras un momento, y la desesperación lúgubre de su voz era tan cruda que la corifeo apartó la mirada con un parpadeo.

El hombre continuó.

—Esa es la maldición, entonces, que nos inclinamos siempre para mirar adelante, siempre adelante. Como si el camino que tuviéramos ante nosotros debiera ser diferente del que dejamos atrás.

Sí, y pretende recordármelo, cada vez que miro atrás.

Lo cierto es que debería dejar de hacerlo.

—Con cinco alas te compras una plegaria —murmuró Tehol Beddict desde la cama—. ¿No te has preguntado nunca lo extraño que es? Por supuesto que cada dios debería tener un trono, ¿pero no debería deducirse que cada trono construido para un dios está en realidad ocupado? Y si no lo está, ¿qué persona en su sano juicio decidió que merecía la pena venerar un trono vacío?

Sentado en un taburete bajo de tres patas a los pies de la cama, Bicho dejó de tejer. Extendió y examinó la camisa de lana basta en la que estaba trabajando, entrecerró un ojo con un guiño crítico.

La mirada de Tehol se posó en su sirviente por un momento.

—Estoy bastante seguro de que mi brazo izquierdo es de una longitud parecida, si no idéntica, a la del derecho. ¿Por qué persistes en esa vanidad? No tienes talento perceptible, en nada, ahora que lo pienso. Quizá sea por lo que te tengo tanto cariño, Bicho.

—Ni la mitad de lo que se ama a sí mismo —respondió el anciano al tiempo que reanudaba su labor.

—Bueno, carece de sentido discutirlo. —Tehol suspiró y agitó los dedos de los pies bajo la sábana gastada. El viento era refrescante, fresco y maravilloso y solo apestaba un poco a las marismas del Hedor de la orilla sur. Cama y taburete eran los únicos muebles que había en el tejado de la casa de Tehol. Bicho seguía durmiendo abajo, a pesar del calor sofocante, y solo subía cuando su trabajo exigía luz suficiente. Ahorraba en aceite de lámpara, se dijo Tehol, dado que el aceite estaba alcanzando unos precios escandalosos una vez que las ballenas habían empezado a escasear.

Bajó la mano para coger alguno de la media docena de higos secos del plato deslustrado que Bicho había colocado a su lado.

—Ah, más higos. Me aguarda, así pues, otro viaje humillante a los retretes públicos. —Masticó sin entusiasmo mientras observaba a los trabajadores que trepaban como monos por la cúpula del Domicilio Eterno. Un simple accidente, esa vista exquisita y sin obstrucciones del lejano palacio que se alzaba en el corazón de Letheras, y mucho más satisfactoria por eso, sobre todo el modo en el que las cercanas torres y los puentes de la Tercera Altura enmarcaban con preciosismo la arrogancia del rey Ezgara Diskanar.

—Domicilio Eterno desde luego. Inacabado por toda la eternidad.

La cúpula había resultado ser un desafío tan grande para los arquitectos reales que cuatro de ellos se habían suicidado en el curso de su construcción, y uno había muerto de forma trágica (si bien un tanto misteriosa), atrapado dentro de una tubería de desagüe.

—Diecisiete años y así seguimos. Parece que han renunciado por completo a esa quinta ala. ¿Tú qué crees, Bicho? Valoro tu experta opinión.

Toda la experiencia de Bicho se reducía a la reconstrucción del hogar de la cocina. Veintidós ladrillos cocidos apilados en una forma casi cúbica, y en realidad lo habría sido si tres de los ladrillos no hubieran salido de un mausoleo caído del cementerio local. Los marmolistas de tumbas tenían unas nociones muy peculiares sobre las dimensiones que debía tener un ladrillo, eran muy piadosos los malnacidos aquellos.

Bicho respondió a la pregunta de Tehol levantando la cabeza y entrecerrando ambos ojos.

Cinco alas para el palacio y en el centro se alzaba la cúpula. Cuatro gradas en esas alas, salvo por la de la costa, donde solo se habían construido dos. Habían suspendido los trabajos cuando habían descubierto que la arcilla que yacía bajo los cimientos tendía a salirse por los lados, era como apretar un bloque de mantequilla con el puño. La quinta ala se estaba hundiendo.

—Grava —dijo Bicho y volvió a su lana.

—¿Qué?

—Grava —repitió el anciano—. Se abren unos pozos profundos en la arcilla, cada pocos pasos más o menos, se llenan de grava y se comprimen con unas guías. Se tapa todo y se construyen los pilares de los cimientos encima. Si no hay peso en la arcilla, esta no tiene razón para retorcerse.

Tehol se quedó mirando a su criado.

—De acuerdo. En el nombre del Errante, ¿se puede saber de dónde has sacado eso? Y no me digas que te tropezaste con ello cuando intentabas evitar que nuestra chimenea se fuera al garete.

Bicho negó con la cabeza.

—No, no pesa tanto. Pero era lo que yo habría hecho si hubiera pasado.

—¿Hacer un agujero? ¿Hasta dónde?

—Hasta la roca, claro. De otro modo no funcionará.

—Y llenarlo de grava.

—Muy compacta, sí.

Tehol cogió otro higo del plato y le sacudió el polvo, Bicho había estado recolectando entre los restos del mercado otra vez. Había sido más listo que las ratas y los perros.

—Eso sí que sería un hogar para cocinar impresionante.

—Sí que lo sería.

—Podrías cocinar seguro y contento sabiendo que la losa jamás se movería, a no ser que hubiera un terremoto…

—Oh, no, soportaría también un terremoto. Es grava, ¿no? Es flexible, ¿entiende?

—Extraordinario. —Tehol escupió una semilla—. ¿Qué te parece? ¿Debería levantarme hoy de la cama, Bicho?

—No hay razón para… —El criado se detuvo en seco y después ladeó la cabeza, pensando—. Claro que, quizá la haya.

—¿Sí? Y será mejor que no me hagas perder el tiempo con esto.

—Tres mujeres vinieron de visita esta mañana.

—Tres mujeres. —Tehol levantó la cabeza, miró al puente de la Tercera Altura más cercano y observó a las personas y las carretas que lo cruzaban—. Yo no conozco a tres mujeres, Bicho. Y si las conociera, que todas ellas llegaran a la vez sería causa de terror en lugar de un fortuito «Ah, por cierto».

—Sí, pero no las conoce. Ni siquiera a una de ellas. Creo que no. Caras nuevas para mí, en cualquier caso.

—¿Nuevas? ¿Jamás las has visto antes? ¿Ni siquiera en el mercado? ¿En el paseo del río?

—No. Podrían ser de una de las otras ciudades, o quizá de una aldea. Tienen un acento raro.

—¿Y han preguntado por mí por mi nombre?

—Bueno, no exactamente. Querían saber si esta era la casa del hombre que duerme en su tejado.

—Si necesitaban preguntarlo, es que son de alguna aldea donde solo chapotean los sapos. ¿Qué más querían saber? ¿El color de tu cabello? ¿Lo que llevabas puesto, ahí plantado? ¿Querían saber también sus propios nombres? Dime, ¿son hermanas? ¿Comparten una única ceja?

—No que yo notara. Mujeres atractivas, según recuerdo. Jóvenes y rollizas. Pero parece que no le interesa mucho.

—Los criados no deberían suponer. Atractivas. Jóvenes y rollizas. ¿Estás seguro de que eran mujeres?

—Oh, sí, muy seguro. Ni siquiera los eunucos tienen pechos tan grandes, ni perfectos, ni, en realidad, tan altos que las muchachas podrían apoyar la barbilla…

Tehol se encontró de pie junto a la cama. No sabía muy bien cómo había llegado allí, pero parecía lo mejor.

—¿Has terminado esa camisa, Bicho?

El criado la levantó una vez más.

—Limítese a enrollar esa manga, y ya.

—Por fin puedo aparecer en público una vez más. Ata esos cabos o lo que sea que se haga con ellos y dámela.

—Pero no he empezado todavía con los pantalones…

—Da igual —lo interrumpió Tehol mientras se envolvía la sábana alrededor de la cintura, una, dos, tres veces, y después se la remetió a la altura de la cadera. Luego hizo una pausa y una extraña expresión le cruzó, furtiva, los

rasgos—. Bicho, por el amor del Errante, se acabaron los higos durante un tiempo, ¿de acuerdo? ¿Dónde están esas hermanas de dones tan montañosos, entonces?

—Callejón Rojo. En lo de Huldo.

—¿Los pozos o el patio?

—El patio.

—Por lo menos ya es algo. ¿Crees que Huldo podría haberse olvidado?

—No. Pero pasa mucho tiempo en los Ahogamientos.

Tehol sonrió y después empezó a frotarse los dientes con un dedo.

—¿Gana o pierde?

—Pierde.

—¡Ja! —Se pasó una mano por el pelo y adoptó una pose despreocupada—. ¿Qué aspecto tengo?

Bicho le pasó la camisa.

—Cómo se las arregla para mantener esos músculos sin hacer nada es algo que nunca deja de desconcertarme —dijo.

—Una rasgo de los Beddict, estimado y triste secuaz mío. Deberías ver a Brys bajo toda esa armadura. Pero hasta él parece flacucho cuando lo comparas con Casco. Como hijo mediano, yo, por supuesto, represento el equilibrio perfecto. Ingenio, capacidad física y una multitud de talentos solo comparables con mi elegancia natural. Cuando se combina con mi extraordinaria habilidad para desperdiciarlo todo, lo que ves ante ti es una culminación exquisita.

—Un discurso tan magnífico como patético —dijo Bicho con un asentimiento.

—¿A que sí? Entonces me voy. —Tehol hizo un gesto mientras se dirigía a la escalera de mano—. Limpia un poco este sitio. Quizá tengamos invitados esta noche.

—Lo haré, si encuentro el tiempo.

Tehol hizo una pausa en el borde desigual de la sección del tejado que se había desplomado.

—Ah, sí, tienes unos pantalones que confeccionar… ¿Tienes lana suficiente?

—Bueno, puedo hacer una pernera larga entera o pudo hacer las dos cortas.

—¿Muy cortas?

—Bastante cortas.

—Que sea una pernera.

—Sí, amo. Y luego tengo que salir a buscar algo de comer. Y de beber.

Tehol se volvió con las manos en las caderas.

—¿No lo hemos vendido ya casi todo, salvo una cama y un solitario taburete? Bueno, ¿y tanto orden hay que poner?

Bicho entrecerró los ojos.

—No tanto —admitió—. ¿Qué le apetecería comer esta noche?

—Algo que haya que cocinar.

—¿Se refiere a algo que está mejor cuando se cocina o algo que tenga que cocinarse?

—Ambos me valen.

—¿Y qué hay de la madera?

—No pienso comer…

—Para el hogar.

—Ah, claro. Bueno, busca algo. Mira, ese taburete en el que estás sentado no necesita las tres patas, ¿no? Cuando rebuscar no funciona, es hora de improvisar. Yo me voy a conocer a mis tres destinos, Bicho. Reza para que el Errante esté mirando para otro lado, ¿quieres?

—Por supuesto.

Tehol bajó por la escalera de mano y descubrió, en un momento de pánico, que solo quedaba un escalón de los tres.

La habitación del piso bajo estaba desnuda salvo por un fino colchón enrollado contra una pared. Una única y maltratada olla reposaba en la losa del hogar, que se encontraba bajo la ventana que daba al frente, con un par de cucharas de madera y unos cuencos en el suelo. En general, reflexionó Tehol, elegante en su austeridad.

Apartó la andrajosa cortina que servía de puerta y se recordó que tenía que decirle a Bicho que sacara el pestillo de la puerta que servía de fondo a la chimenea. Con pulirlo un poco quizá podría sacarle un dique o dos a Cúspide, el calderero. Tehol salió.

Estaba en un pasillo estrecho, tan estrecho que se vio obligado a ir de lado hasta la calle, con cada paso iba apartando a patadas la basura. *Mujeres rollizas... ojalá las hubiera visto llegar metiendo tripa hasta mi puerta.* Una invitación a cenar parecía esencial. Y anfitrión considerado como era, podía ubicarse de forma que tuviera un buena vista, y cualquier placer que vieran en su rostro, las mujeres podían tomarlo como expresión de bienvenida.

La calle estaba vacía salvo por tres nerek, una madre y dos niños mestizos, que habían encontrado un nuevo hogar en un hueco de la pared contraria y no parecían hacer nada más que dormir. Pasó junto a las formas acurrucadas y le dio una patada a una rata que había ido acercándose con aire furtivo, después zigzagueó entre los cajones de madera apilados a gran altura que casi bloqueaban ese extremo de la calle. El almacén de Biri estaba superpoblado de mercancía a perpetuidad y Biri veía ese último trozo de la calle Cul, a ese lado del canal Quillas, como su complejo personal.

Chalas, el vigilante del patio, estaba espatarrado en un banco al otro lado, donde Cul se abría a la plaza Burl, con la

porra envuelta en cuero reposando en los muslos. Unos ojos inyectados en sangre se fijaron en Tehol.

—Bonita falda —dijo el guarda.

—Has aligerado mi paso, Chalas.

—Resulta siempre un placer, Tehol.

Tehol hizo una pausa con las manos en las caderas y examinó la plaza atestada.

—La ciudad prospera.

—Eso no cambia… salvo la última vez.

—Oh, eso fue un empujoncito sin importancia, en lo que a corrientes se refiere.

—No según Biri. Todavía quiere tu cabeza metida en sal y en un barril lanzado al mar.

—Biri siempre ha sido perro ladrador pero poco mordedor.

Chalas lanzó un gruñido.

—Hace semanas que no bajas. ¿Una ocasión especial?

—Tengo una cita con tres mujeres.

—¿Quieres mi porra?

Tehol bajó la cabeza y estudió la maltratada arma.

—No querría dejarte indefenso.

—Es mi cara lo que los espanta. Salvo a esos nerek. Esos se me colaron.

—¿Te dan problemas?

—No. El número de ratas ha bajado mucho, de hecho. Pero ya conoces a Biri.

—Mejor que él mismo. Recuérdaselo, Chalas, si empieza a ponerles problemas.

—Lo haré.

Tehol se puso en marcha y se metió zigzagueando entre la masa hirviente de la plaza. Los Mercados de Abajo se abrían a ella por tres lados; Tehol jamás había visto colección más decrépita de artículos inútiles. Y la gente compraba con frenesí, día tras bendito día. *Nuestra*

civilización medra a costa de la estupidez. Y solo hacía falta un jirón de inteligencia para aprovechar esa vena idiota y un darles un buen bocado a todas esas riquezas. Un consuelo, aunque un poco deprimente. Igual que la mayor parte de las amargas verdades.

Llegó al otro lado y entró en el callejón Rojo. Treinta zancadas más y se encontró enfrente de la entrada arqueada del establecimiento de Huldo. Bajó por el pasaje en sombras y volvió a salir al sol del patio. Media docena de mesas, todas ocupadas, Reposo para el que poseía la dicha de la ignorancia o aquellos que carecían de los dineros necesarios para probar los pozos del sanctasanctórum interior de Huldo, donde varias actividades sórdidas se llevaban a cabo noche y día, actividades que de vez en cuando se acercaban a la expresión artística del absurdo. Un ejemplo más, reflexionó Tehol, de todo aquello por lo que la gente pagaría, dada la oportunidad.

Las tres mujeres de una mesa de la esquina más alejada destacaban no solo por un detalle obvio (eran las únicas mujeres presentes), sino por una multitud de distinciones más sutiles. *Atractivas es... la palabra adecuada.* Si eran hermanas, era solo en sentimiento, y por la predilección compartida por algún tipo de vigor marcial, dados sus músculos y los fardos de armaduras y armas cubiertas que habían amontonado junto a la mesa.

La de la izquierda era pelirroja, la fiera melena blanqueada por el sol cubría en ondas reticentes los hombros amplios. Bebía de una botella envuelta en arcilla, desdeñando o quizá sin comprender la función de la copa que la acompañaba. Su rostro pertenecía a una estatua heroica que bordeara una columnata, fuerte, lisa y perfecta, los ojos azules arrojaban una mirada pétrea con la serena indiferencia de esas estatuas. A su lado, y apoyada con los

dos antebrazos en la pequeña mesa, estaba una mujer con una insinuación de sangre faraed en sus venas, dado el tono meloso de su piel y el leve sesgo de sus ojos oscuros. Su pelo era castaño oscuro o negro y se lo había recogido hacia atrás, lo que despejaba su rostro con forma de corazón. La tercera mujer se había repantigado en la silla con la pierna izquierda inclinada hacia un lado y la derecha danzando sin parar arriba y abajo. *Bonitas piernas,* observó Tehol, ataviadas con un cuero ceñido, curtido hasta dejarlo casi blanco. Llevaba la cabeza afeitada y la piel pálida resplandecía. Ojos muy separados, de un color gris claro, que examinaban con aire perezoso a los demás clientes y, por fin, se detuvieron en Tehol, donde este se encontraba, en el umbral del patio.

Él sonrió.

Ella esbozó una sonrisa burlona.

Urul, el jefe de sirvientes de Huldo, se apartó un poco de una sombra cercana y le hizo una seña a Tehol.

Este se acercó todo lo que se atrevió.

—Pareces… bueno, Urul. ¿Está Huldo?

La necesidad que tenía aquel hombre de un baño era legendaria. Los clientes pedían con una brevedad decisiva y pocas veces llamaban a Urul para que les sirviera más vino antes de terminar la comida. En ese momento se encontraba ante Tehol con la frente brillando con un sudor oleaginoso y las manos jugueteando con el amplio fajín de su cinturón.

—¿Huldo? No, alabado sea el Errante. Está en el camino Bajo, en los Ahogamientos. Tehol, esas mujeres… ¡llevan aquí toda la mañana! Me dan miedo, ese modo que tienen de fruncir el ceño cada vez que me acerco.

—Déjamelas a mí, Urul —dijo Tehol al tiempo que se arriesgaba a dar una palmada en el hombro húmedo del tipo.

—¿A ti?

—¿Por qué no? —Y con eso, Tehol se colocó bien la falda, comprobó las mangas y se abrió camino entre las mesas. Se detuvo ante las tres mujeres y echó un vistazo a su alrededor en busca de una silla. Encontró una y la acercó, después se acomodó con un suspiro.

—¿Qué quieres? —preguntó la calva.

—Eso pregunto yo. Mi criado me informa de que habéis visitado mi residencia esta mañana. Soy Tehol Beddict… el que duerme en su tejado.

Tres pares de ojos se clavaron en él.

Bastaría para hacer encogerse a un fornido señor de la guerra… ¿pero a mí? Solo una pizca.

—¿Tú?

Tehol frunció el ceño y miró a la mujer calva.

—¿Por qué me pregunta todo el mundo lo mismo? Sí, yo. Bueno, por vuestro acento, me arriesgaría a decir que sois de las islas. No conozco a nadie en las islas. Por tanto, no os conozco. No quiero decir que no me gustaría, por supuesto. Conoceros, claro. Al menos, eso creo.

La mujer pelirroja posó la botella en la mesa con un tintineo.

—Hemos cometido un error.

—Siento oír eso…

—No —le dijo la mujer calva a su compañera—. Es una pose. Deberíamos haber anticipado cierto grado de… burla.

—No tiene pantalones.

—Y tiene los brazos torcidos —añadió la mujer de los ojos oscuros.

—Eso no es del todo exacto —le dijo Tehol—. Son solo las mangas las que están un poco desequilibradas.

—No me gusta —declaró la mujer, y se cruzó de brazos.

—No tiene que gustarte —dijo la mujer calva—. Bien sabe el Errante que no vamos a yacer con él, ¿no?

—Estoy destrozado.

—Lo estarías —dijo la pelirroja con una sonrisa desagradable.

—¿Yacer con él? ¿En el tejado? Tienes que estar loca, Shand.

—¿Cómo puede carecer de importancia que no nos guste?

La calva, la que se llamaba Shand, suspiró y se frotó los ojos.

—Escúchame, Hejun. Son negocios. No caben los sentimientos cuando se trata de negocios, ya te lo he dicho.

Los brazos de Hejun permanecían cerrados y además sacudió la cabeza.

—No se puede confiar en personas que no te gustan.

—¡Por supuesto que sí! —dijo Shand con un parpadeo.

—Es su reputación lo que no me satisface —dijo la tercera, todavía sin nombre.

—Rissarh —replicó Shand con otro suspiro—, es su reputación la que nos trajo aquí.

Tehol dio una palmada. Una sola, lo bastante alta como para sobresaltar a las tres mujeres.

—Excelente. Rissarh del pelo rojo. Hejun, con sangre faraed. Y Shand, sin cabello alguno. Bueno. —Puso las manos en la mesa y se levantó—. Me doy por satisfecho con eso. Adiós…

—¡Siéntate!

El gruñido fue tan amenazador que Tehol se encontró sentado otra vez y sintiendo el comezón del sudor bajo la camisa de lana.

—Eso está mejor —dijo Shand con un tono más suave. Después se inclinó hacia delante—. Tehol Beddict. Lo

sabemos todo de ti.

—¿Sí?

—Incluso sabemos por qué ocurrió lo que ocurrió.

—No me digas.

—Y queremos que lo vuelvas a hacer.

—¿Ah, sí?

—Sí. Solo que esta vez tendrás el valor de terminarlo. Llegarás al final.

—¿Llegaré?

—Porque nosotras, yo misma, Hejun y Rissarh, vamos a ser tu valor. Esta vez. Bueno, salgamos de aquí antes de que vuelva ese sirviente. Hemos adquirido un edificio. Podemos hablar allí. No huele mal.

—Bueno, eso es un alivio —contestó Tehol.

Las tres mujeres se levantaron.

Él no.

—Te lo dije —le dijo Hejun a Shand—. No va a funcionar. Ahí no queda nada. Míralo.

—Funcionará —contestó Shand.

—Por desgracia, Hejun tiene razón —dijo Tehol—. No funcionará.

—Sabemos adónde fue el dinero —dijo Shand.

—Eso no es ningún secreto. De la riqueza a los andrajos. Lo perdí.

Pero Shand sacudió la cabeza.

—No, no lo perdiste. Ya te lo he dicho, lo sabemos. Y si hablamos…

—No hacéis más que decir que sabéis algo —dijo Tehol con un encogimiento de hombros.

—Como bien has dicho —respondió ella con una sonrisa —. Somos de las islas.

—Pero no de esas islas.

—Pues claro que no… ¿Quién iría allí? Y con eso era con lo que contabas.

Tehol se levantó.

—Como se suele decir, con cinco alas te compras una plegaria. De acuerdo, habéis adquirido un edificio.

—Lo harás —insistió Shand—. Porque si se sabe, Casco te matará.

—¿Casco? —Tehol pudo sonreír por fin—. Mi hermano no sabe nada de eso.

Saboreó el placer al ver que las tres mujeres habían quedado descolocadas. *Ahí lo tenéis, ahora ya sabéis lo que se siente.*

—Casco puede ser un problema.

Brys Beddict no podía sostener la mirada del hombre que tenía delante. Aquellos ojos pequeños y plácidos que se asomaban entre los pliegues de carne rosada parecían, de algún modo, inhumanos, inmóviles como permanecían, hasta que el finadd de la Guardia del Rey imaginó que estaba mirando a los ojos de una serpiente. *Una cuello-disparado, enroscada en el centro del camino del río cuando quedan pocos días para las lluvias. Río arriba, el triple de largas que un hombre, con la cabeza reposando en la espiral del cuerpo, gruesa como un brazo. Pobre del ganado lento y pesado que arrastra las carretas por ese camino. Pobre del boyero lo bastante estúpido como para acercarse.*

—¿Finadd?

Brys se obligó a mirar otra vez al hombretón.

—Primer eunuco, no sé muy bien qué responder. Hace años que no veo ni hablo con mi hermano. Y tampoco acompañaré a la delegación.

El primer eunuco Nifadas se giró y se acercó sin ruido a la silla de madera de respaldo alto que había detrás del inmenso escritorio que dominaba la cámara de su oficina. Se sentó con un movimiento lento y tranquilo.

—Descanse, finadd Beddict. Siento un respeto inmenso por su hermano Casco. Admiro lo extremo de su convicción, y comprendo perfectamente los motivos que hubo detrás de sus… elecciones en el pasado.

—Entonces, si me disculpa, usted ha recorrido más camino que yo, primer eunuco. De mi hermano (de mis hermanos), yo no entiendo casi nada. Por desgracia, siempre ha sido así.

Nifadas parpadeó con aire adormilado.

—Las familias son entes extraños, ¿verdad? Como es natural, mi experiencia excluye muchas de las sutilezas que implica ese tema. Pero, si quiere, mi exclusión me ha permitido, en el pasado, disfrutar de cierta objetividad con la que, con frecuencia, he observado los mecanismos de esas tensas relaciones con una perspectiva más despejada. —Levantó los ojos y clavó en Brys una vez más la mirada—. ¿Si me permite un comentario o dos?

—Disculpe, primer eunuco…

Nifadas lo hizo callar con un gesto de una mano regordeta.

—No hay necesidad. Fue un atrevimiento por mi parte. Y tampoco me he explicado bien. Como sabe, los preparativos avanzan a buen ritmo. La Gran Reunión se cierne sobre nosotros. Me han informado que Casco Beddict se ha unido a Buruk el Pálido y Seren Pedac en la pista que lleva a las tierras hiroth. Además, según tengo entendido, a Buruk se le han entregado toda una serie de instrucciones, ninguna de las cuales he dado yo, podría añadir. En otras palabras, es probable que esas instrucciones no solo no reflejen los

intereses del rey sino que, de hecho, puedan contradecir los deseos de nuestro señor. —Volvió a parpadear otra vez, un gesto lento y mesurado—. Precario, de acuerdo. Inoportuno también. Mi preocupación es la siguiente. Casco puede que… entienda mal…

—Al asumir que Buruk actúa en nombre del rey Diskanar, quiere decir.

—Exacto.

—Intentaría entonces contrarrestar las acciones del mercader.

Nifadas suspiró para asentir.

—Cosa que —continuó Brys— no tendría por qué ser contraproducente.

—Cierto, en sí mismo no tiene por qué ser contraproducente.

—A menos que su intención sea, como representante oficial del rey y jefe simbólico de la expedición, contrarrestar las acciones del mercader a su manera. Para desviar esos intereses que se ha encargado a Buruk que presente a los edur.

La boquita del primer eunuco insinuó una sonrisa.

Nada más, pero Brys lo entendió. Su mirada fue a posarse en la ventana que había detrás de Nifadas. Las nubes flotaban, llorosas, a través de las burbujas onduladas del cristal.

—No es uno de los puntos fuertes de Casco —dijo.

—No, en eso estamos de acuerdo. Dígame, finadd, ¿qué sabe usted de esa corifeo, Seren Pedac?

—Solo conozco su reputación. Pero se dice que tiene una residencia aquí, en la capital. Aunque nunca he sabido si viene de visita.

—Muy pocas veces. La última fue hace seis años.

—Su nombre no tiene mácula —dijo Brys.

—Así es. Pero hay que preguntarse… no está ciega, después de todo. Ni, según creo, carece de raciocinio.

—Diría yo, primer eunuco, que pocos corifeos carecen de él.

—Así es. Bueno, gracias por su tiempo, finadd. Dígame —añadió mientras se levantaba poco a poco para indicar que la audiencia había terminado—, ¿ya se ha instalado como paladín del rey, todo bien?

—Eh, bastante bien, primer eunuco.

—¿Entonces la carga es fácil de llevar cuando se es joven y atlético como usted?

—No es fácil. Yo nunca afirmaría eso.

—No es cómoda pero sí manejable.

—Una descripción bastante justa.

—Es usted un hombre honesto, Brys. Como uno de los asesores del rey, estoy contento con mi elección.

Pero te parece que necesito que me lo recuerdes. ¿Y eso por qué?

—Sigue siendo un honor, primer eunuco, contar con la fe del rey y, por supuesto, con la suya.

—No le demoraré más, finadd.

Brys asintió, se giró y salió a grandes zancadas de la oficina.

Una parte de él ansiaba regresar a los viejos tiempos, cuando no era más que un oficial de la Guardia de Palacio. Cuando no tenía apenas peso político y la presencia del rey siempre era distante, con Brys y sus compañeros de la guardia en posición de firmes junto a una de las paredes en las audiencias y los compromisos oficiales. Claro que, volvió a pensar mientras bajaba por el pasillo, el primer eunuco lo había llamado por su linaje, no por su nuevo papel como paladín del rey.

Casco Beddict. Como un fantasma inquieto, una presencia maldita que lo acosaba allá donde fuera, hiciera lo que hiciera. Brys se acordó de cuando había visto a su hermano mayor, resplandeciente con el uniforme de centinela y el junco del rey en el cinturón. Una última y perdurable visión para el joven e impresionable muchacho que había sido tantos años atrás. Y permanecía con él, una estampa congelada en el tiempo y en la que se adentraba en sus sueños, o en momentos de reflexión como aquel. Una imagen pintada. Hermanos, hombre y niño, los dos agrietados y amarillentos bajo el polvo. Y presenciaría, como un desconocido, la expresión de adoración del niño, con los ojos muy abiertos, y seguiría la mirada alzada y después desviaría con inquietud la suya, suspicaz al ver el orgullo de ese soldado uniformado.

La inocencia era una espada de gloria, pero podía cegar por ambos lados.

Le había dicho a Nifadas que no entendía a Casco. Pero sí que lo entendía. Demasiado bien.

También entendía a Tehol, aunque quizá no tan bien. Las recompensas de una riqueza sin medida habían resultado frías, solo el deseo ávido de esa riqueza siseaba con cierto calor. Y esa verdad pertenecía al mundo de los letherii, el defecto quebradizo en el corazón de la espada de oro. Tehol se había arrojado sobre esa espada y parecía conformarse con morir desangrado, poco a poco y con un aplomo afable. Fuera cual fuera el mensaje que buscaba en la muerte, era una pérdida de tiempo, ya que nadie lo miraría cuando llegara ese día. Nadie se atrevería. *Que es por lo que sospecho que sonríe.*

Sus hermanos habían llegado a la cúspide mucho tiempo atrás, (demasiado pronto, como resultó) y en ese momento se deslizaban, cada uno por su camino, hacia la disolución y

la muerte. *¿Y qué hay de mí, entonces? Me han nombrado paladín del rey. Me consideran el mejor espadachín del reino. Creo que me encuentro, aquí y ahora, en la cima más alta.* No había necesidad de llevar ese pensamiento más allá.

Llegó a una intersección con forma de te y giró a la derecha. Diez pasos más allá, una puerta lateral derramaba luz por el pasillo. Cuando llegó a su altura, una voz lo llamó desde el aposento del interior.

—¡Finadd! Ven rápido.

Brys sonrió para sí y se volvió. Tres zancadas y entró en la habitación de techos bajos y llena de especias. Un sinfín de fuentes de luz libraban una guerra de colores en los muebles y mesas, con su multitud de instrumentos, pergaminos y vasos de precipitación.

—¿Ceda?

—Aquí. Ven a ver lo que he hecho.

Brys pasó rozando una estantería que sobresalía en perpendicular de una pared y encontró al hechicero del rey detrás, encaramado a un taburete. Al lado del hombre había una mesa inclinada con un estante inferior llano atestada de discos de cristal pulido.

—Tu paso ha cambiado, finadd —dijo Kuru Qan— desde que te has convertido en el paladín del rey.

—No era consciente de ello, ceda.

Kuru Qan giró en redondo en su asiento y se llevó a la cara un objeto extraño. Dos lentes de cristal unidas por un alambre. Los rasgos amplios y prominentes del ceda quedaban más patentes todavía a causa del efecto magnificador de las lentes. Kuru Qan se apoyó el objeto en la cara y usó unos lazos para sujetarlo de modo que las lentes se posaran ante sus ojos, haciendo que fueran

enormes cuando levantó la cabeza y parpadeó para mirar a Brys.

—Eres como te imaginaba. Excelente. La borrosidad disminuye. La claridad asciende, y logra preeminencia entre todas las cosas importantes. Lo que oigo importa ahora menos que lo que veo. Así pues, la perspectiva cambia. El mundo cambia. Importante, finadd. Muy importante.

—¿Esas lentes te han dado visión? ¡Eso es maravilloso, ceda!

—La clave era buscar una solución que fuera la antítesis de la hechicería. Mirar la Fortaleza Vacía me robó la vista, después de todo. No podía llevar a cabo la corrección por el mismo medio. No tiene importancia todavía, ese detalle. Roguemos para que nunca lo tenga.

En cualquier momento dado el ceda Kuru Qan solo sostenía un discurso. O eso había explicado una vez. Si bien para muchos era un rasgo frustrante, a Brys siempre le cautivaba.

—¿Soy el primero al que le muestras tu descubrimiento, ceda?

—Tú comprenderías su importancia más que la mayoría. Espadachín, bailas con el lugar, la distancia y el momento, con todas las verdades materiales. He de hacer ajustes. —Se quitó el artilugio y se encorvó sobre él, unas herramientas minúsculas volaban en sus hábiles manos—. Has estado en la cámara de oficinas del primer eunuco. No fue una conversación del todo agradable para ti. Carece de importancia, por el momento.

—Me requieren en el salón del trono, ceda.

—Cierto. No del todo urgente. La preda querría tenerte presente… en breve. ¿El primer eunuco inquirió sobre tu hermano mayor?

Brys suspiró.

—Esa fue mi conjetura —dijo Kuru Qan mientras levantaba la mirada con una amplia sonrisa—. Tu inquietud teñía tu sudor. Nifadas está muy obsesionado en estos momentos. —Se apoyó los lentes en los ojos una vez más. Se centró en los ojos del finadd… cosa desconcertante, puesto que jamás había ocurrido con anterioridad—. ¿Quién necesita espías cuando con la nariz desentierras todas las verdades?

—Espero, ceda, que no pierdas ese talento con ese nuevo invento tuyo.

—¡Ah, ves! Todo un espadachín. ¡No te pasa desapercibida la importancia de cada sentido! Qué mensurable placer, toma, déjame enseñártelo. —Se bajó del taburete y se acercó a la mesa, donde vertió un líquido transparente en un vaso de precipitación translúcido. Se agachó mucho para comprobar el nivel y después asintió—. Mensurable, como había sospechado. —Quitó el vaso de su soporte y engulló el contenido y chasqueó los labios cuando terminó—. Pero son ambos hermanos los que te persiguen ahora.

—No soy inmune a la incertidumbre.

—¡Es de esperar que no! Una admisión importante. Cuando la preda termine contigo, y no tardará mucho tiempo, vuelve a verme. Tenemos una tarea pendiente, tú y yo.

—Muy bien, ceda.

—Hora de unos ajustes. —Se quitó los lentes una vez más —. Para los dos —añadió.

Brys lo pensó un momento y después asintió.

—Hasta luego, entonces, ceda.

Salió del aposento del hechicero.

Nifadas y Kuru Qan, están en el bando del rey Diskanar. Ojalá no hubiera otro lado.

El llamado salón del trono ya no era tal, puesto que el rey estaba en el proceso de cambiar la sede real del poder al Domicilio Eterno, una vez que las goteras del elevado techo se hubieran corregido. Quedaban unas cuantas galas, incluyendo la antigua alfombra que se acercaba al estrado y el arco estilizado que se alzaba sobre el lugar donde en otro tiempo se encontraba el trono.

Cuando llegó Brys, solo estaba presente su antigua comandante, la preda Unnutal Hebaz. Como siempre, una figura dominante, por elevado que fuera su entorno. Era más alta que la mayor parte de las mujeres, casi tanto como el propio Brys. De piel clara, con un tono bruñido en el pelo rubio pero con los ojos de un color avellana oscuro, se giró para mirarlo cuando se acercó. Con cuarenta años, poseía, no obstante, una belleza extraordinaria que las arrugas dejadas por el clima solo realzaban.

—Finadd Beddict, llega tarde.

—Audiencias imprevistas con el primer eunuco y el ceda…

—No tenemos más que unos momentos —lo interrumpió ella—. Ocupe su lugar junto a la pared, como haría un guardia. Quizá le reconozcan, o quizá supongan que no es más que uno de mis subordinados, sobre todo dada la escasa luz, ahora que se han retirado los candelabros de la pared. En cualquier caso, debe mantenerse en posición de firmes y no decir nada.

Brys frunció el ceño y se acercó a su antiguo puesto de guardia, se volvió en redondo para mirar a la cámara y después retrocedió entre las sombras hasta quedar pegado a la piedra dura. Vio que la preda lo estudiaba por un momento, después asintió y se giró para mirar a la puerta de la otra esquina de la pared, detrás del estrado.

Ah, esta reunión pertenece al otro bando…

La puerta se abrió de golpe bajo el guantelete de un guardia del príncipe y la figura con el casco y la armadura de ese hombre entró con cautela en el aposento. La espada continuaba en la vaina, pero Brys sabía que Moroch Nevath podía desenvainarla en un solo latido. Sabía también que Moroch había sido el candidato del príncipe a paladín del rey. *Y méritos no le faltaban, tampoco. Moroch Nevath no solo posee la pericia, sino que también tiene la presencia…* Y aunque la actitud descarada irritaba a Brys de una forma indefinible, al mismo tiempo la envidiaba.

El guardia del príncipe estudió el aposento, clavó los ojos aquí y allá, en nichos en sombras, incluyendo aquel en el que se encontraba Brys (pero fue algo momentáneo, al parecer solo para acusar recibo de la presencia de uno de los guardias de la preda), por fin Moroch posó su atención en Unnutal Hebaz.

Un único asentimiento de saludo, después Moroch se hizo a un lado.

Entró el príncipe Quillas Diskanar. Tras él iba el canciller Triban Gnol. Después dos figuras hicieron sobresaltarse a Brys: la reina Janall y su primer consorte, Tudural Brizad.

Por el Errante, el miserable nido en pleno.

Quillas saludó a Unnutal Hebaz enseñándole los dientes, como lo haría un perro encadenado.

—Ha destinado al finadd Gerun Eberict al séquito de Nifadas. Lo quiero fuera de allí, preda. Escoja a otra persona.

El tono de Unnutal fue sereno.

—La competencia de Gerun Eberict está por encima de todo reproche, príncipe Quillas. Se me ha informado de que el primer eunuco está satisfecho con la selección.

El canciller Triban Gnol habló con una voz igual de razonable.

—Su príncipe cree lo contrario, preda. Le corresponde a usted concederle a esa opinión el debido respeto.

—Lo que crea el príncipe es cosa suya. Sobre este tema, a mí me da órdenes su padre, el rey. En cuanto a lo que yo respete o no respete, canciller, le sugiero encarecidamente que retire su desafío.

Moroch Nevath lanzó un gruñido y se adelantó.

La mano de la preda se disparó, no hacia el guardia del príncipe sino hacia el hueco donde se encontraba Brys, para detenerlo a media zancada de su posición. Ya tenía la espada en la mano y la liberación de la vaina había sido tan silenciosa como rápida.

La mirada de Moroch se posó en Brys como un destello y después la expresión sorprendida dio paso al reconocimiento. La espada del hombre solo estaba a medio salir de la vaina.

Una risita seca de la reina.

—Ah, la decisión de la preda de no contar con más que un guardia queda... explicada. Adelántese, si tiene la bondad, paladín.

—Eso no será necesario —dijo Unnutal.

Brys asintió y retrocedió con lentitud al tiempo que envainaba la espada.

La reina Janal alzó las cejas al oír la brusca contraorden de la preda.

—Estimada Unnutal Hebaz, se da usted aires de gran superioridad.

—La presunción no es mía, majestad. La Guardia del Rey responde ante el rey y ante nadie más.

—Bueno, perdone si me complazco en desafiar tan anticuada arrogancia. —Janall hizo aletear una mano delgada—. Los puntos fuertes corren siempre el riesgo de transformarse en débiles. —Se acercó un poco más a su hijo

—. Escucha el consejo de tu madre, Quillas. Fue un disparate pretender derribar el pedestal de la preda, pues todavía no se ha convertido en arena. Paciencia, amado mío.

El canciller suspiró.

—El consejo de la reina…

—Cuenta con el debido respeto —lo imitó Quillas—. Como quiera, entonces. Como quieran todos. ¡Moroch!

Con el guardaespaldas detrás, el príncipe salió de la cámara.

La sonrisa de la reina era tierna cuando habló.

—Preda Unnutal Hebaz, le rogamos que nos perdone. Esta reunión no se ha celebrado por voluntad nuestra, mi hijo insistió. Desde el momento en que comenzó nuestro desfile, tanto el canciller como yo intentamos disuadirlo.

—En vano —dijo el canciller con un nuevo suspiro.

La expresión de la preda no cambió.

—¿Hemos terminado?

La reina Janall agitó un dedo en muda advertencia, después le hizo un gesto a su primer consorte, entrelazó el brazo con el de él y se fueron.

Triban Gnol se quedó un momento más.

—La felicito, preda —dijo—. El finadd Gerun Eberict fue una elección exquisita.

Unnutal Hebaz no dijo nada.

Cinco latidos después, Brys y ella se quedaron solos en la cámara.

La preda se giró.

—Su velocidad, paladín, nunca deja de quitarme el aliento. No le oí… solo lo anticipé. Si no lo hubiera hecho, Moroch estaría ahora muerto.

—Es posible, preda. Aunque solo fuera porque había descartado la posibilidad de mi presencia.

—Y Quillas solo podría culparse a sí mismo

Brys no dijo nada.

—No debería haberlo detenido.

El paladín la vio marcharse.

Gerun Eberict, pobre malnacido.

Al recordar que el ceda quería verlo, Brys se dio la vuelta y salió a zancadas de la sala.

Sin dejar a su paso ni un rastro de sangre.

Y sabía que Kuru Qan oiría el alivio en cada uno de sus pasos.

El ceda había estado esperándolo junto a su puerta, al parecer concentrado en practicar un paso de baile, cuando llegó Brys.

—¿Unos momentos muy tensos? —preguntó Kuru Qan sin levantar la mirada—. Carece de importancia. Por ahora. Ven.

Cincuenta pasos más, unos escalones de piedra, pasillos polvorientos y Brys empezó a adivinar su destino. Sintió que se le caía el alma a los pies. Un lugar del que había oído hablar pero que todavía no había visitado. Parecía que al paladín del rey se le permitía ir donde no podía entrar un humilde finadd. Esa vez, sin embargo, el privilegio era sospechoso.

Llegaron a un par de inmensas puertas recubiertas de cobre. Verdes y arrugadas a causa del musgo, carecían de marca alguna y no mostraban ningún mecanismo de cierre. El ceda se apoyó en ellas y las puertas se abrieron con un chirrido agudo.

Tras ella, unos escalones estrechos que llevaban a una pasarela suspendida sobre el suelo a la altura de la rodilla y sujeta por unas cadenas que bajaban desde el techo. La habitación era circular y en el suelo había colocadas unas

baldosas luminosas que formaban una espiral. La pasarela terminaba en una plataforma en el centro de la cámara.

—¿Inquietud, finadd? Bien merecida. —Kuru Qan hizo un gesto y guió a Brys por la pasarela. Esta se balanceó de forma alarmante—. Queda patente la lucha por lograr el equilibrio —dijo el ceda con los brazos extendidos a los lados—. Los pasos de uno han de hallar el ritmo adecuado. Importante, y difícil puesto que somos dos. No, no mires abajo, a las losas, no estamos preparados todavía. A la plataforma primero. Aquí estamos. Colócate a mi lado, finadd. Contempla conmigo la primera losa de la espiral. ¿Qué ves?

Brys estudió la losa resplandeciente. Era grande y no del todo cuadrada. Dos palmos de una mano abierta de longitud, un poco menos de anchura.

Las Fortalezas. La Cedance. La cámara de adivinación de Kuru Qan. Por todo Letheras los había que arrojaban las losas, lectores de las Fortalezas. Por supuesto, sus representaciones eran pequeñas, como dados aplastados. Solo el hechicero del rey poseía losas como aquellas. Con caras que cambiaban de forma incesante.

—Veo un túmulo en un patio.

—Ah, entonces ves de verdad. Bien. Una mente trastornada se manifestaría en este momento, su visión envenenada por el miedo y la malicia. Túmulo, tercera por el final entre las losas de la Fortaleza de Azath. Dime, ¿qué percibes en ella?

Brys frunció el ceño.

—Agitación.

—Sí. Inquietante, ¿no es cierto?

—Es cierto.

—Pero el Túmulo es fuerte, ¿no es cierto? No cederá lo que es suyo. Pero piénsalo un momento. Hay algo inquieto,

ahí, bajo esa tierra. Y cada vez que he visitado este lugar en el último mes, esta losa ha dado comienzo a la espiral.

—O la ha terminado.

Kuru Qan ladeó la cabeza.

—Es posible. La mente de un espadachín aborda lo inesperado. ¿Importante? Ya lo veremos, ¿verdad? Comienza, o termina. Bien. Si el Túmulo no corre peligro de ceder, ¿por qué, entonces, persiste esa losa? Quizá no seamos más que testigos de lo que es, mientras que esa agitación promete lo que será. Alarmante.

—Ceda, ¿has visitado el lugar de la Azath?

—Lo he hecho. Tanto la torre como los terrenos permanecen inalterados. La manifestación de las Fortalezas continúa siendo firme y contenida. Ahora adelanta la mirada, finadd. ¿La siguiente?

—Una verja, formada por las mandíbulas abiertas de un dragón.

—Quinta en la Fortaleza del Dragón. Puerta. ¿Qué relación tiene con el Túmulo de los Azath? ¿La Puerta la precede o la sigue? En lo que llevo de vida, esta es la primera vez que veo una losa de la Fortaleza del Dragón en el dibujo. Somos testigos, o seremos testigos, de una ocasión trascendental.

Brys miró al ceda.

—Nos estamos acercando al Séptimo Cierre. Un momento crucial. El Primer Imperio renacerá. El rey Diskanar se transformará, ascenderá y asumirá el antiguo título de primer emperador.

Kuru Qan se abrazó a sí mismo.

—La interpretación popular, sí. Pero la verdadera profecía, finadd es un tanto más… oscura.

A Brys le alarmó la reacción del ceda. Ni sabía tampoco que la interpretación popular era otra cosa que exacta.

—¿Oscura? ¿En qué sentido?

—«El rey que gobierne durante el séptimo cierre se transformará y así se convertirá en el primer emperador renacido». Así es. Pero se plantean interrogantes. Transformado, ¿cómo? Y renacido… ¿en carne y hueso? El primer emperador fue destruido junto con el Primer Imperio en una tierra lejana. Dejando a las colonias de aquí indefensas. Hemos existido aislados durante mucho tiempo, finadd. Más del que tú creerías.

—Casi siete mil años.

El ceda sonrió.

—El lenguaje cambia con el tiempo. Hay giros de significado. Los errores se multiplican con cada transcripción. Incluso esos incondicionales centinelas de la perfección (los números) pueden, en un solo momento de descuido, sufrir una alteración profunda. ¿Quieres que te cuente lo que yo creo, finadd? ¿Qué dirías de mi idea de que algunos ceros se cayeron? Al comienzo de este Séptimo Cierre.

¿Setenta mil años? ¿Setecientos mil?

—Descríbeme las siguientes cuatro losas —continuó.

Brys se sentía un poco desequilibrado y se esforzó por concentrarse otra vez en el suelo.

—Reconozco esa. El Traidor de la Fortaleza Vacía. Y la losa que la sigue: el Cuervo Blanco, de los Fulcra. La tercera la desconozco. Fragmentos de hielo, uno de los cuales surge del suelo y va brillando cada vez con el reflejo de una luz.

Kuru Qan suspiró y asintió.

—La Semilla, la última de las losas de la Fortaleza de Hielo. Otra aparición sin precedentes. ¿Y la cuarta?

Brys sacudió la cabeza.

—Está en blanco.

—Exacto. La adivinación cesa aquí. La bloquean, quizá, acontecimientos que todavía han de ocurrir, elecciones que todavía no se han hecho. O bien marca el comienzo, el flujo de lo que es ahora, este mismo momento. Que lleva al final, que es la última losa, el Túmulo. Un misterio único. No sé qué pensar.

—¿Esto lo ha visto alguien más, ceda? ¿Has comentado tu punto muerto con alguien?

—El primer eunuco ha sido informado, Brys Beddict. Para asegurarnos de que no entra en la Gran Reunión ciego a los portentos que pudieran surgir allí. Y ahora tú. Los tres, finadd.

—¿Por qué yo?

—Porque eres el paladín del rey. Es tu trabajo proteger su vida.

Brys suspiró.

—No hace más que apartarme.

—Se lo recordaré una vez más —dijo Kuru Qan—. Debe renunciar a su amor a la soledad o terminar por no ver a nadie cuando mire hacia ti. Y ahora dime lo que la reina incitó a hacer a su hijo en el viejo salón del trono.

—¿Incitar? Ella afirmó que había sido justo lo contrario.

—Carece de importancia. Dime lo que presenciaron tus ojos, lo que oyeron tus oídos. Dime, Brys Beddict, lo que susurró tu corazón.

Brys se quedó mirando la losa vacía.

—Puede que Casco sea un problema —dijo con voz apagada.

—¿Eso es lo que susurró tu corazón?

—Eso es.

—¿En la Gran Reunión?

El paladín asintió.

—¿Cómo? —insistió.

—Temo, ceda, que mate al príncipe Quillas Diskanar.

El edificio había albergado antaño una carpintería en la planta baja, con una modesta colección de habitaciones residenciales de techos bajos en el nivel superior, habitaciones a las que se llegaba por una escalera empinada. La fachada daba al canal Quillas, enfrente de un embarcadero donde, era de presumir, el carpintero había recibido sus suministros.

Tehol Beddict paseó por el espacioso taller y observó los agujeros en el suelo de madera noble donde se habían instalado los mecanismos, los ganchos en las paredes para las herramientas todavía identificables por los perfiles desvaídos. El aire aún olía a serrín y manchas y una única mesa de trabajo recorría toda la pared de la izquierda de la entrada. La pared frontal entera, según vio, estaba construida con paneles móviles.

—¿Adquiristeis esto sin más? —preguntó al mirar a las tres mujeres que se habían reunido a los pies de la escalera.

—El negocio del propietario se estaba expandiendo —dijo Shand—, al igual que su familia.

—Da al canal… este sitio vale bastante…

—Dos mil tercios. Compramos la mayor parte de los muebles que hay arriba. Pedimos un escritorio que nos trajeron ayer. —Shand agitó una mano para abarcar la planta baja—. Esta zona es tuya. Yo sugeriría una pared o dos, dejando un pasillo desde la puerta a las escaleras. Esa tubería de arcilla es el desagüe de la cocina. Eliminamos la sección que llevaba a la cocina de arriba puesto que esperamos que tu criado nos dé de comer a los cuatro. El retrete de fuera, en el patio, se vacía en el canal. También hay un cobertizo frío, con una fresquera hermética lo

bastante grande como para que una familia nerek entera pueda vivir dentro.

—Un carpintero rico con tiempo que perder —dijo Tehol.

—Tiene talento —contestó Shand con un encogimiento de hombros—. Y ahora sígueme. La oficina está arriba. Tenemos cosas que comentar.

—A mí no me lo parece —replicó él—. Creo que ya está todo decidido. Ya me imagino lo contento que se va a poner Bicho con la noticia. Espero que os gusten los higos.

—Podrías quedarte con el tejado —dijo Rissarh con una sonrisa dulce.

Tehol se cruzó de brazos y se meció sobre los talones.

—A ver si lo he entendido todo. Amenazáis con exponer mis terribles secretos y luego me ofrecéis una especie de asociación en una empresa que ni siquiera os habéis molestado en describir. Ya veo que esta relación está echando raíces profundas, dado el fértil suelo que tenemos.

Shand frunció el ceño.

—Dejémosle sin sentido de una paliza primero —dijo Hejun.

—Es muy sencillo —dijo Shand sin hacer caso de la sugerencia de Hejun—. Tenemos treinta mil tercios y con eso queremos que hagas diez.

—¿Diez mil tercios?

—Diez picos.

Tehol se la quedó mirando.

—Diez picos. Diez millones de tercios. Ya veo, y, con exactitud, ¿para qué queréis todo ese dinero?

—Queremos que compres el resto de las islas.

Tehol se pasó una mano por el pelo y empezó a pasearse.

—Estáis locas. Yo empecé con cien diques y casi me mato, maldita sea, para lograr un único pico…

—Solo porque fuiste frívolo, Tehol Beddict. Lo hiciste en menos de un año, pero solo trabajaste un día o dos al mes.

—Bueno, esos días fueron homicidas.

—Mentiroso. Jamás diste un mal paso. Ni una sola vez. Mezclabas y repartías y dejabas a todos los demás revolcándose a tu paso. Y te adoraban por ello.

—Hasta que los masacraste a todos —dijo Rissarh con una sonrisa más amplia.

—Se te está cayendo la falda —comentó Hejun.

Tehol se la colocó bien.

—Tampoco fue una masacre como tal. Qué imágenes más terribles conjuráis. Hice mi pico. No fui el primero en hacer un pico, solo el más rápido.

—Con cien diques. Difícil con cien niveles, quizá. ¿Pero diques? Yo ganaba cien diques cada tres meses cuando era niña, recogiendo aceitunas y uvas. Nadie empieza con diques. Nadie salvo tú.

—Y ahora te estamos dando treinta mil tercios —dijo Rissarh—. Haz números, Beddict. ¿Diez millones de picos? ¿Por qué no?

—Si creéis que es tan fácil, ¿por qué no lo hacéis vosotras?

—No somos tan listas —dijo Shand—. Y no resulta fácil distraernos. Nos tropezamos con tu rastro, lo seguimos y aquí estamos.

—Yo no dejé ningún rastro.

—No un rastro que la mayoría pudiera seguir, es cierto. Pero como ya he dicho, nosotras no nos distraemos.

Tehol siguió paseándose.

—Las Cuotas de Mercaderes dan el bruto de Letheras a entre doce y quince picos, con quizá otros cinco enterrados…

—¿Esos cinco incluyen el tuyo?

—El mío se consideró perdido, ¿recuerdas?

—Después de que mearas mucha sangre. Diez mil maldiciones atadas a diques en el fondo del canal, todos con tu nombre escrito.

—¿De veras, Shand? —preguntó Hejun, sorprendida—. ¿Quizá deberíamos conseguir los derechos para drenar…?

—Demasiado tarde —le dijo Tehol—. Biri ya se ha hecho con esos.

—Biri solo es un testaferro —dijo Shand—. Tú tienes esos derechos, Tehol. Biri quizá no lo sepa pero trabaja para ti.

—Bueno, esa es una situación que todavía tengo que explotar.

—¿Por qué?

Tehol se encogió de hombros. Después se detuvo y se quedó mirando a Shand.

—Es imposible que pudieras saber eso.

—Tienes razón. Lo adiviné.

El hombre abrió mucho los ojos.

—Podrías hacer diez picos con un instinto como ese, Shand.

—Has engañado a todo el mundo porque no das ni un mal paso, Tehol Beddict. No creen que hayas enterrado tu pico, ya no, no después de tanto tiempo viviendo como una rata bajo los muelles. Lo has perdido de verdad. Dónde, nadie lo sabe, pero en alguna parte. Por eso lo consideraron perdido, ¿verdad?

—El dinero es un truco de manos —dijo Tehol con un asentimiento—. A menos que tengas diamantes en las manos. Entonces deja de ser una simple idea. Si queréis saber la trampa que hay detrás de toda la partida, está justo ahí, muchachas. Incluso cuando el dinero es solo una idea, tiene poder. Solo que no es poder real. Solo la promesa de poder. Pero esa promesa es suficiente siempre que todo el

mundo siga fingiendo que es real. Dejad de fingir y se derrumba.

—A menos que tengas los diamantes en las manos —dijo Shand.

—Exacto. Entonces sí que es poder real.

—Eso es lo que empezaste a sospechar, ¿verdad? Así que fuiste y lo pusiste a prueba. Y todo estuvo a punto de derrumbarse.

Tehol sonrió.

—Imagínate mi consternación.

—No estabas consternado —contestó ella—. Solo te diste cuenta de lo letal que podía ser una idea si caía en las manos equivocadas.

—Todas son las manos equivocadas, Shand. Incluyendo las mías.

—Así que te fuiste.

—Y no pienso volver. Haced lo que queráis conmigo. Que lo sepa Casco. Echadlo todo abajo. Lo que se ha dado por perdido se puede dar otra vez por ganado. A las Cuotas se les da bien. De hecho, provocaréis un nuevo auge. El mundo entero respirará con alivio al ver que, no obstante, todo formaba parte de la partida.

—No es eso lo que queremos —dijo Shand—. Sigues sin entenderlo. Cuando compremos el resto de las islas, Tehol, lo haremos como lo hiciste tú. Diez picos… que desaparecen.

—¡La economía entera se derrumbará!

Al oír eso las tres mujeres asintieron.

—¡Sois unas fanáticas!

—Algo peor —dijo Rissarh—, somos vengativas.

—Sois todas mestizas, ¿verdad? —No le hacía falta que le respondieran. Era obvio. No todos los mestizos tenían que parecer mestizos—. Faraed en el caso de Hejun. Pero ¿y vosotras dos? ¿Tarthenal?

—Tarthenal. Letheras nos destruyó. Ahora nosotras vamos a destruir Letheras.

—Y —dijo Rissarh con una nueva sonrisa—, tú vas a enseñarnos cómo.

—Porque tú odias a tu propio pueblo —dijo Shand—. A todos ellos, fríos y rapaces como son. Queremos esas islas, Tehol Beddict. Sabemos lo de los restos de las tribus que llevaste a las que compraste. Sabemos que están por ahí escondidos, intentando reconstruir todo lo que han perdido. Pero no es suficiente. Paséate por las calles de esta ciudad y la verdad queda patente. Lo hiciste por Casco. Yo no tenía ni idea que él no sabía nada, en eso me has sorprendido. Sabes, creo que deberías decírselo.

—¿Por qué?

—Porque necesita sanar, por eso.

—No puedo hacerlo.

Shand se acercó y posó una mano en el hombro de Tehol. El contacto hizo que le temblaran las rodillas, tan inesperada fue aquella comprensión.

—Tienes razón, no puedes. Porque los dos sabemos que no fue suficiente.

—Cuéntaselo a nuestro modo —dijo Hejun—. Tehol Beddict. Hazlo bien esta vez.

Tehol se apartó y las estudió. Esas tres malditas mujeres.

—Es la maldición del Errante, que baja por caminos que ya ha recorrido antes. Pero ese rasgo vuestro, eso de no distraeros, ciega en ambos sentidos, me temo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, Shand, que Lether está a punto de caer, y no será obra mía. Buscad a Casco y preguntadle, estoy seguro que está ahí arriba, por alguna parte. En el norte. Y sabéis, tiene gracia, luchó como un jabato por vuestro pueblo, por cada una de esas tribus que Lether devoró

luego. Porque ahora, sabiendo lo que sabe, va a luchar otra vez. Solo que esta vez no por una tribu, no por los tiste edur. Esta vez por Lether. Porque sabe, amigas mías, que nos hemos encontrado a la horma de nuestro zapato en esos malditos malnacidos. Esta vez, son los edur los que van a devorar.

—¿Qué te hace pensar eso? —quiso saber Shand, y Tehol reconoció la incredulidad en su expresión.

—Porque ellos no juegan el mismo juego —contestó él.

—¿Y si te equivocas?

—Es posible. En cualquier caso, habrá sangre.

—Entonces pongámoselo más fácil a los tiste edur.

—Shand, estás hablando de traición.

Los labios de la mujer se apretaron y dibujaron una fina línea.

Rissarh lanzó una carcajada seca.

—Serás idiota. Es lo que llevamos haciendo todo el tiempo.

Que el Errante me lleve, tiene razón.

—No estoy convencido de que una multitud de bárbaros señores supremos edur lo vayan a hacer mucho mejor.

—No estamos hablando de lo que es mejor —dijo Shand—. Estamos hablando de venganza. Piensa en Casco, en lo que le hicieron a él. Vuelve a hacerlo, Tehol.

No creo que Casco lo viera de ese modo. No del todo. No durante mucho, mucho tiempo.

—Os dais cuenta, supongo, de que me he esforzado mucho por cultivar la apatía. De hecho, parece estar dando frutos interminables.

—Sí, esa falda no esconde mucho.

—Mis instintos puede que estén un poco apagados.

—Mentiroso. Solo han estado a la espera y lo sabes. ¿Por dónde empezamos, Tehol Beddict?

Tehol suspiró.

—De acuerdo. Lo primero y más importante de todo, alquilamos esta planta baja. Biri necesita espacio para almacenar mercancías.

—¿Qué hay de ti?

—Resulta que me gusta mi morada y no tengo intención de abandonarla. En lo que a todos los demás se refiere, yo sigo sin entrar en el juego. Vosotras tres sois las inversoras. Así que guardad esas puñeteras armas, ahora estamos en una guerra mucho más letal. Hay una familia nerek acampada junto a mi casa. Una madre y dos niños. Contratadlos como cocinera y mensajeros. Después dirigíos a las Cuotas de Mercaderes e inscribíos. Vuestras transacciones son con propiedades, construcción y transporte. Ninguna empresa más. De momento. Bien, hay siete propiedades a la venta alrededor de la quinta ala del Domicilio Eterno. Se venden baratas.

—Porque se están hundiendo.

—Exacto. Y nosotros vamos a arreglar eso. Y una vez que lo hayamos hecho, esperad una visita del topógrafo real y de una variopinta colección de arquitectos esperanzados. Señoras, prepárense para hacerse ricas.

¿Buscan un suelo sólido? Construcciones Bicho es la respuesta. Hasta que la riada se lleve el mundo entero, claro.

—¿Podemos comprarte algo de ropa?

Tehol parpadeó.

—¿Por qué?

Seren se quedó mirando el paisaje. El valle se extendía a sus pies, los lados escarpados eran un bosque continuo, de un verde profundo e inmóvil. El brillo del agua torrencial

zigzagueaba entre las sombras del punto más bajo del tajo. Sangre de las Montañas, así llamaban los edur a ese río. *Tis'forundal.* Sus aguas corrían rojas por el sudor del hierro.

La pista que cogerían ellos cruzaría ese río una y otra vez.

El tiste edur solitario que veía allí abajo había, al parecer, salido de ese arroyo carmesí. Había subido con pasos largos a la cabecera de la pista y después había comenzado el ascenso.

Como si supiera que estamos aquí.

Buruk el Pálido se estaba tomando su tiempo con ese viaje y los había hecho parar poco después del mediodía. Las carretas no se inclinarían por ese camino rocoso y resbaladizo que llevaba al valle hasta el día siguiente. Cautela o indiferencia de borracho, el resultado era el mismo.

Casco se encontraba a su lado. Los dos observaron la subida del tiste edur, que se iba acercando.

—Seren.

—¿Sí?

—Lloras por la noche.

—Creí que estabas dormido.

Él no dijo nada por un momento y luego:

—Tu llanto me despertaba siempre.

Y eso es todo lo que te atreves a acercarte, ¿no?

—Ojalá el tuyo me hubiera despertado a mí.

—Estoy seguro de que lo habría hecho, Seren, si hubiera llorado.

¿Y eso alivia mi sensación de culpa? La mujer señaló con la cabeza al lejano tiste edur.

—¿Lo reconoces?

—Sí.

—¿Nos creará problemas?

—No, no creo. Creo que será nuestra escolta hasta las tierras hiroth.

—¿De noble cuna?

Casco asintió.

—Binadas Sengar.

Seren dudó antes de preguntar.

—¿Te has hecho un corte por él?

—Así es. Como él lo ha hecho por mí.

Seren Pedac se envolvió mejor los hombros con sus pieles. El viento no se había aplacado, aunque parte de la podredumbre húmeda del valle cabalgaba en su dureza precipitada.

—Casco, ¿tienes miedo de esta Gran Reunión?

—Solo tengo que mirar atrás para ver lo que aguarda delante.

—¿Estás seguro?

—Compraremos paz, pero será para los tiste edur una paz letal.

—Pero paz, no obstante, Casco.

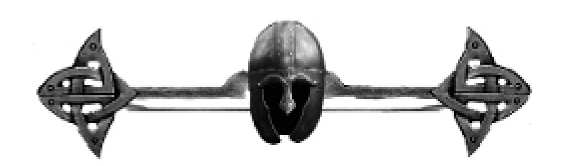
—Corifeo, bien puedes saberlo ya, así que entiéndeme bien. Tengo intención de hacer pedazos esa reunión. Tengo intención de incitar a los edur para que entren en guerra con Letheras.

Anonadada, la mujer se lo quedó mirando.

Casco Beddict se dio la vuelta.

—Con lo que ahora sabes —dijo—, haz lo que quieras.

3



Faz hacia la Luz,
traicionado por la Oscuridad,
padre Sombra
yace sangrando,
invisible y sin ver,
perdido,
hasta que sus hijos
tomen el camino final,
y en la soledad
de los desconocidos
despierten una vez más.

Plegaria tiste edur

Un silencio duro que parecía casar bien con aquella niebla densa e impenetrable. Habían sacado los remos de

maderanegra de un agua espesa como la sangre, que corría en riachuelos y luego en cuentas por los palos pulidos para al fin secarse con una pátina de sal bajo el aire fresco e inmóvil. Y ya no quedaba más que esperar.

Hija Menandore había ofrecido un mal presagio esa mañana. El cuerpo de un guerrero beneda. Un cadáver hinchado y abrasado por la hechicería, la piel desollada por los apetitos incesantes del mar. El rugido susurrante de las moscas abocadas al vuelo por la llegada de aquellos edur cuyos esclavos lo habían encontrado.

Hechicería letherii.

El guerrero no llevaba vaina ni armadura. Había estado pescando.

Cuatro lanchas k'orthan habían zarpado de la desembocadura del río poco después del descubrimiento. En la nave primera viajaba Hannan Mosag y su cuadro de k'risnan, junto con setenta y cinco guerreros iniciados. En las tres embarcaciones de asalto adicionales los seguían tripulaciones de cien integrantes.

La marea los fue sacando durante un rato. Pronto quedó claro que ningún viento los esperaba junto a la costa, así que dejaron las tres velas triangulares de cada nave recogidas y treinta y cinco guerreros a cada lado empezaron a remar.

Hasta que el rey hechicero había dado el alto.

La niebla envolvió a las cuatro lanchas de asalto. No se veía nada en veinte paladas en cualquier dirección. Trull Sengar iba sentado en el banco al lado de Temor. Había dejado su remo en el suelo y en ese momento aferraba con fuerza la nueva lanza recubierta de hierro que le había dado su padre.

Los barcos letherii estaban cerca, lo sabía, flotando del mismo modo que las lanchas edur. Pero ellos dependían solo

de las velas, así que no podían hacer nada hasta que se levantara el viento.

Y Hannan Mosag se había asegurado que no hubiera viento.

Espectros de sombra parpadeaban sobre la cubierta, vagaban sin fin, las manos de largas garras se estiraban cuando trepaban a cuatro patas. Merodeaban por la lancha como si estuvieran impacientes por abandonar los confines del corsario. Trull jamás había visto tantos, y sabía que también estaban presentes en las otras lanchas. No serían ellos, sin embargo, los asesinos de los letherii. Para eso, el rey hechicero había invocado otra cosa.

Trull podía sentirlo. A la espera, bajo ellos. Una paciencia inmensa, suspendida en las profundidades.

Cerca de la proa, Hannan Mosag levantó poco a poco una mano y tras el rey hechicero, Trull vio el casco de un barco agostero letherii que surgía poco a poco entre la niebla. Las velas recogidas, faroles en el extremo de astas levantadas que arrojaban una luz amarilla tenue.

Y luego una segunda nave, atada a la primera por un cable grueso.

Unas aletas de tiburón cortaban la superficie diáfana del agua a su alrededor.

Y entonces, de repente, esas aletas desaparecieron.

Lo que fuera que esperaba abajo subió.

Surgió, invisible, con un estremecimiento del agua.

Un momento, borroso e incierto.

Luego, gritos.

Trull dejó caer la lanza y se tapó los oídos con las dos manos, y no fue el único, pues los gritos se hicieron más fuertes, arrancados de gargantas indefensas que se iban convirtiendo en chillidos. La hechicería destelló en la niebla por un instante, luego cesó.

Los barcos letherii brotaban ya por todas partes. Pero no se veía nada de lo que ocurría en ellos. La niebla se había ennegrecido a su alrededor, enroscándose como el humo, y de esa oscuridad impenetrable solo conseguían liberarse los gritos, como jirones de horror, el giro retorcido de las almas.

Los sonidos estaban en el cráneo de Trull, indiferentes a sus esfuerzos por bloquearlos. Cientos de voces. Cientos y cientos.

Y luego, silencio. Duro y absoluto.

Hannan Mosag hizo un gesto.

El manto blanco de la niebla se desvaneció de golpe.

Los mares calmos rodaron bajo un viento firme. Sobre ellos, el sol lo quemaba todo desde un cielo de un color azul fiero.

También había desaparecido la emanación negra que había envuelto la flota letherii.

Los barcos se bamboleaban, los faroles consumidos se ladeaban como locos.

—Remad.

La voz de Hannan Mosag pareció surgir justo al lado de Trull. Este se sobresaltó y después bajó el brazo, junto con todos los demás, para coger el remo. Se levantó para apoyar la cadera en la regala y después metió el remo en el agua con un chapoteo.

La lancha se lanzó hacia delante.

En unos momentos estaban sujetando las palas con firmeza en el agua y detenían la nave junto al casco de uno de los barcos.

Los espectros de sombra subieron como un enjambre por el costado manchado de rojo.

Y Trull vio que la línea de flotación del casco había cambiado. La bodega había quedado, comprendió, vacía.

—Temor —siseó—. ¿Qué está pasando? ¿Qué ha ocurrido?

Su hermano se giró y Trull sufrió una conmoción al ver el semblante pálido de Temor.

—No es para nosotros, Trull —dijo, y se dio otra vez la vuelta.

No es para nosotros. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Qué es lo que no es para nosotros?

Unos tiburones muertos rodaban entre las olas a su alrededor. Los cadáveres estaban abiertos, como si hubieran explotado por dentro. El agua estaba veteada de espuma viscosa.

—Regresamos ya —dijo Hannan Mosag—. Izad las velas, guerreros míos. Lo hemos presenciado. Ahora hemos de irnos.

Presenciado… en el nombre del padre Sombra, ¿qué?

A bordo de los barcos letherii, las lonas chasqueaban y ondeaban al viento.

Los espectros los entregarán. En el nombre de Atardecer, esta no es una simple demostración de poder. Esto… esto es un desafío. Un desafío de una arrogancia tan profunda que sobrepasaba con mucho la de aquellos cazadores letherii y su absurdo y suicida agosto de focas de colmillos. Y al darse cuenta, a Trull se le ocurrió un nuevo pensamiento mientras observaba a los otros guerreros que atendían las velas. ¿Quién, entre los letherii, enviaría a sabiendas a la muerte a las tripulaciones de diecinueve barcos? ¿Y por qué accedieron esas tripulaciones?

Se decía que el oro era lo único que importaba a los letherii. ¿Pero quién en su sano juicio buscaría riquezas cuando significaban una muerte segura? Tenían que saber que no habría escapatoria posible. *Claro que, ¿y si no me hubiera tropezado con ellos? ¿Y si no hubiera elegido la playa de Calach para buscar jade?* Pero no, era él el que estaba siendo arrogante. Si no hubiera sido Trull, habría sido

otro. Ese crimen jamás habría pasado desapercibido. La intención no había sido nunca que pasara desapercibido.

Compartía la confusión de los demás guerreros. Había algo raro allí. Tanto en la actitud de los letherii como en… *la nuestra. En la de Hannan Mosag. Nuestro rey hechicero.*

Nuestras sombras están bailando. Letherii y edur, danzan en un ritual pero estos no son pasos que yo reconozca. Padre Sombra, perdóname, pero tengo miedo.

Diecinueve barcos de muerte partieron hacia el sur, mientras cuatro barcos de asalto k'orthan emprendían el camino al este. Cuatrocientos guerreros edur, una vez más, navegando en un silencio tenso.

Recayó sobre los esclavos la tarea de ocuparse de los preparativos. El cadáver del beneda se colocó sobre un lecho de arena en el suelo de un gran cobertizo de piedra que había junto a la ciudadela, y lo dejaron allí para que drenase.

Las cuencas de los ojos, los orificios de la nariz y la boca abierta se limpiaron e igualaron con cera blanda. Los agujeros mordisqueados de la carne se taparon con una mezcla de arcilla y aceite.

Bajo la supervisión de seis viudas edur, colocaron una enorme bandeja de hierro sobre una zanja repleta de carbones que se había preparado junto al cuerpo. Se colocaron en la bandeja unas monedas de cobre que chasqueaban y restallaban cuando las gotas de condensación que caían sobre ellas chisporroteaban y siseaban antes de desvanecerse.

Udinaas se agachó junto a la zanja, aunque permaneció lo bastante lejos como para asegurarse de que su sudor no caía sobre las monedas (una blasfemia que acarreaba la

muerte instantánea para el esclavo descuidado), y observó las monedas, las vio oscurecerse y adquirir un color negro ahumado. Después, cuando el primer punto brillante apareció en el centro de cada moneda, usó unas tenazas para sacarlas de la bandeja y colocarlas en una de las filas de placas de arcilla cocida, una placa para cada viuda.

La viuda, arrodillada delante de la placa, empleaba unas tenazas más finas para coger la moneda. Y después giraba para inclinarse sobre el cadáver.

El primer emplazamiento era la cuenca del ojo izquierdo. Un siseo y un crujido, gusanos de humo que se alzaban cuando la mujer apretaba con las tenazas para mantener la moneda en su sitio hasta que se fundía con la carne, para que así presentase resistencia si se la intentaban extraer. A eso siguió la cuenca del ojo derecho. La nariz, después la frente y las mejillas, cada moneda tocando a sus vecinas.

Cuando se hubo acabado con la parte frontal y los lados del cuerpo, incluyendo todos los miembros, se vertió cera fundida sobre el cadáver recubierto de monedas. Y cuando eso se hubo enfriado, se le dio entonces la vuelta. Más monedas, hasta que quedó cubierto el cuerpo entero, salvo las plantas de los pies y las palmas de las manos. A eso siguió otra capa de cera fundida.

La tarea de recubrimiento consumió buena parte del día y ya casi había atardecido cuando Udinaas salió tambaleándose por fin del cobertizo y se irguió, con la cabeza inclinada, mientras el aire fresco le arrancaba el sudor de la piel. Escupió en un esfuerzo por sacarse el hedor de la boca. Carne quemada y medio podrida en los confines inflados y calurosos del edificio. La peste a pelo quemado. No había cantidad de aceite perfumado y cepillo para la piel que pudiera derrotar lo que se había filtrado por sus poros.

Udinaas tardaría días en deshacerse de ese sabor empalagoso y horrendo.

Se quedó mirando al suelo que tenía entre los pies. Todavía le dolía el hombro de la sanación forzada llevada a cabo por Uruth. Desde aquel día no había tenido oportunidad de hablar con Bruja de la Pluma.

A sus amos no les había explicado nada. En realidad estos tampoco lo habían presionado mucho. Un puñado de preguntas y habían parecido conformarse con sus respuestas torpes y vanas. Udinaas se preguntaba si Uruth se había mostrado igual de ineficaz en su interrogatorio de Bruja de la Pluma. Los tiste edur pocas veces parecían muy conscientes de sus esclavos, ni mucho menos entendían sus costumbres. Era, por supuesto, privilegio de los conquistadores ser así, y el destino universal de los conquistados sufrir esa indiferencia.

Pero las identidades persistían. A un nivel personal. La libertad era poco más que una red raída que envolvía una miríada de ataduras menores y autoimpuestas. Despojar a alguien de eso cambiaba muy pocas cosas, salvo, quizá, el reconfortante engaño del ideal. *Mente atada al yo, el yo a la carne, la carne al hueso. Como es la voluntad del Errante, somos un encaje de jaulas y lo que aletea dentro no conoce más que una libertad, y es la de la muerte.*

Los conquistadores siempre creían que lo que conquistaban era la identidad. Pero la verdad era que la identidad solo se podía matar desde dentro, e incluso el gesto no era más que una quimera. El aislamiento tenía muchos hijos y la disolución no era más que uno de ellos, pero su camino era único, pues ese camino comenzaba cuando se dejaba la identidad atrás.

Del edificio que tenía detrás salió la canción del duelo, la cadencia edur de la pena. *Hunh, hunh, hunh, hunh... Un*

sonido que siempre daba escalofríos a Udinaas. Como emoción golpeando la misma pared, una y otra vez. La voz de los atrapados, los bloqueados. Una voz abrumada por las verdades del mundo. Para los edur, el duelo no se trataba tanto de la pérdida como de estar perdido.

¿Eso es lo que pasa cuando vives cien mil años?

Las viudas salieron entonces, rodeando al cadáver, que flotaba a la altura de la cintura sobre unas sombras espesas que giraban. Una figura de monedas de cobre. El singular uso que daban los edur al dinero. Cobre, latón, bronce, hierro, plata y oro, era la armadura de los muertos.

Al menos eso es honesto. Los letherii usan el dinero para comprar lo contrario. Bueno, no del todo. Más bien la ilusión de lo contrario. La riqueza como armadura de la vida. Torre, fortaleza, ciudadela, un ejército en eterna vigilancia. Pero al enemigo eso no le importa, pues el enemigo sabe que estás indefenso.

—*Hunh, hunh, hunh, hunh…*

Era la hora de hija Sheltatha Sabiduría, cuando todo lo inmaterial se hacía incierto. Borroso por la retirada de la luz, cuando el aire perdía claridad pero revelaba sus motas y granos, las imperfecciones que tanto la luz como la oscuridad disimulaban a la perfección en otros momentos. Cuando quedaba demostrado que el trono estaba vacío.

¿Por qué no venerar el dinero? Al menos sus recompensas son obvias e inmediatas. Pero no, eso era simplista. El culto de los letherii era más sutil, su ética vinculada a esos rasgos y hábitos que servían para la adquisición de riqueza. Diligencia, disciplina, trabajo duro, optimismo, la personalización de la gloria. Y los males correspondientes: pereza, desesperación y el anonimato del fracaso. El mundo era lo bastante brutal como para separar uno del otro como el grano de la paja sin dejar espacio para

la duda o las equivocaciones evasivas. De ese modo, el culto se podía convertir en pragmatismo y el pragmatismo era un dios frío.

El Errante hace del nuestro un dios frío, para que podamos actuar sin restricciones. Una plegaria letherii muy adecuada, aunque no una que nadie pronunciaría de un modo tan atrevido. Bruja de la Pluma decía que cada obra era una plegaria y así pues, en el curso de un día se servía a una multitud de dioses. Vino, néctar y roya y su consumición eran una plegaria a la muerte, decía. El amor era una plegaria a la vida. La venganza era una plegaria a los demonios de la justicia. Sellar un pacto de negocios era, decía con una leve sonrisa, una plegaria a aquel que susurraba a las ilusiones. El logro de uno nacía de la privación de otro, después de todo. Una partida que se jugaba a dos manos.

—*Hunh, hunh, hunh, hunh…*

Se sacudió para despejarse. La túnica empapada lo envolvía con un frío húmedo.

Un grito desde el mar. Los corsarios k'orthan regresaban. Udinaas cruzó el complejo hacia la residencia Sengar. Vio salir a Tomad Sengar y a su esposa Uruth y cayó de rodillas con la cabeza pegada al suelo hasta que pasaron. Después se levantó y se apresuró a entrar en la casona.

El cadáver recubierto de cobre se colocaría en el interior de un tronco hueco de maderanegra con los extremos sellados por discos de cedro. Seis días después, el tronco se enterraría en una de la docena de arboledas sagradas del bosque. Hasta ese momento continuaría el canto fúnebre. Las viudas se turnarían con ese terrible y directo cántico.

Se dirigió al pequeño hueco donde esperaba su catre. Las lanchas irían entrando en el canal, una tras otra bajo la granulosa luz tenue. No habrían fracasado. Nunca lo hacían.

Las tripulaciones de diecinueve barcos letherii ya estaban muertas. No habrían tomado esclavos, no esa vez. A ambos lados del canal aguardarían las esposas y padres nobles para recibir a sus guerreros en silencio.

En silencio.

Porque ha pasado algo terrible.

Se acostó de espaldas y se quedó mirando el techo inclinado, sentía un extraño y desconcertante nudo en la garganta. Y podía oír, en el zumbido de la sangre, un leve eco tras el corazón. Un ritmo doble. *Hunh hunh. Hunh hunh. Hunh hunh. Hunh hunh…*

¿Quién eres? ¿Qué estás esperando? ¿Qué quieres de mí?

Trull trepó al embarcadero con el asta fría de la lanza en la mano derecha, el cabo de hierro hizo saltar chispas en las losas cuando se apartó del borde del canal y se detuvo junto a Temor. Delante de ellos pero manteniéndose a cinco pasos de distancia, se encontraban Tomad y Uruth. A Rhulad no se le veía por ninguna parte.

Ni tampoco, comprendió, estaba Mayen.

Una mirada reveló que Temor estaba examinando la multitud que había acudido a recibirlos. No hubo cambio en su expresión pero se dirigió hacia Tomad.

—Mayen está en el bosque con las otras doncellas —dijo Tomad—. Recogiendo morok. Las protegen Theradas, Midik y Rhulad.

—Hijo mío. —Uruth se acercó más, sus ojos buscaban algo en el semblante de Temor—. ¿Qué hizo?

Temor sacudió la cabeza.

—Murieron sin honor —dijo Trull—. No pudimos ver la mano que dio muerte, pero era… monstruosa.

—¿Y el agosto? —preguntó Tomad.

—Se lo llevó, padre. Esa misma mano.

Una destello de cólera en los ojos de Uruth.

—Eso no fue una revelación absoluta. Fue una invocación demoníaca.

Trull frunció el ceño.

—No lo entiendo, madre. Había sombras…

—Y una oscuridad —lo interrumpió Temor—. De las profundidades… oscuridad…

La mujer se cruzó de brazos y apartó la mirada. Trull jamás había visto a Uruth tan angustiada. Y en sí mismo, aquella inquietud creciente.

Tres quintas partes de los tiste edur empleaban la hechicería. Una multitud de fragmentos de la senda hendida de Kurald Emurlahn. El poder de Sombra desplegaba una miríada de sabores. Entre los hijos de Uruth, solo Binadas recorría los caminos de la hechicería. Las palabras de Temor habían disparado, no obstante, un reconocimiento en Trull. Todos los tiste edur entendían a los suyos, después de todo. Emplearan la magia o no.

—Madre, la hechicería de Hannan Mosag no era Kurald Emurlahn. —No tuvo que ver sus expresiones para darse cuenta de que había sido el último de ellos en comprender esa verdad e hizo una mueca—. Disculpadme mis necias palabras…

—Necias solo por pronunciarlas en voz alta —dijo Uruth—. Temor, coge a Trull y Rhulad. Id al Cuenco de Piedra…

—Déjalo ya. Ahora. —La voz de Tomad era dura, su expresión lúgubre—. Temor. Trull. Regresad a la casa y esperadme allí. Uruth, ocúpate de las necesidades de las viudas. Un guerrero caído se enfrenta a su primer atardecer entre los suyos. Han de realizarse ofrendas.

Por un momento Trull pensó que su madre iba a poner objeciones. Pero, en su lugar, los labios se convirtieron en

una fina línea, la mujer asintió y se alejó.

Temor le hizo un gesto a Trull y los dos se dirigieron a la casona, dejando a su padre de pie y solo junto al canal.

—Corren tiempos delicados —dijo Trull.

—¿Es necesario —preguntó Temor— que te interpongas entre Rhulad y Mayen?

Trull cerró la boca de golpe. Demasiado sorprendido para desviar la pregunta con una respuesta que lo desarmara.

Temor tomó el silencio como una respuesta.

—¿Y cuando te interpones entre ellos, a quién miras?

—Yo… lo siento, Temor. Tu pregunta ha sido inesperada. Es necesario, preguntas. Mi respuesta es: no lo sé.

—Ah, entiendo.

—Los pavoneos de él… me irritan.

Temor no respondió.

Llegaron a la puerta y Trull estudió a su hermano.

—Temor, ¿qué es ese Cuenco de Piedra? Jamás he oído…

—No importa —respondió su hermano, y después entró.

Trull permaneció en el umbral. Se pasó una mano por el pelo, se giró y volvió a mirar al otro lado del complejo. Los que habían acudido a recibirlos se habían ido, así como los otros guerreros. No se veía por ninguna parte a Hannan Mosag y su cuadro de k'risnan. Solo permanecía allí una figura solitaria. Tomad.

¿Tan diferentes somos de todos los demás?

Sí. Pues el rey hechicero ha pedido los servicios de sus hijos. Para perseguir una visión.

Nos ha convertido en sus sirvientes. Pero… ¿es él el amo?

En su sueño, Udinaas se encontró arrodillado entre cenizas. Tenía cortes y estaba sangrando. Las manos. Las

piernas. La ceniza parecía carcomerle las heridas. El nudo de la garganta lo hacía jadear en busca de aliento. Se aferró al aire cuando se puso en pie con cierto esfuerzo y permaneció allí, meciéndose, y el cielo rugió y se precipitó en todas direcciones.

Fuego. Una tormenta de fuego.

Chilló.

Y se encontró de rodillas una vez más.

Más allá de su respiración entrecortada, solo silencio. Udinaas levantó la cabeza. La tormenta había desaparecido.

Figuras en la llanura. Caminaban, el polvo rodaba tras ellas como mortajas agitadas por el viento. Unas armas los empalaban. Los miembros colgaban de jirones de tendones y músculos. Ojos que no veían y expresiones crispadas en un reconocimiento atemorizado (caras que veían sus propias muertes), ciegas a su presencia cuando pasaron a su lado.

Alzándose en su interior, una inmensa sensación de pérdida. Dolor, después el susurro amargo de la traición.

Alguien pagará por esto. Alguien pagará.

Alguien.

Alguien.

Las palabras no eran suyas, los pensamientos eran de otro, pero la voz, ahí, en el centro de su cráneo, esa voz era la suya.

Se acercó un guerrero muerto. Alto, de piel negra. Una espada se había llevado la mayor parte de su cara. El hueso resplandecía, recubierto por un encaje de grietas rojas, producto de algún impacto fiero.

Un destello de movimiento.

Una mano cubierta de metal se estrelló contra un lado de la cabeza de Udinaas. Salpicó la sangre. Estaba en una nube de ceniza gris, en el suelo. Un fuego ardiente y cegador.

Sintió unos dedos embutidos en un guantelete que se cerraban alrededor de su tobillo izquierdo. A su pierna le dieron un despiadado tirón hacia arriba.

Y entonces el guerrero empezó a arrastrarlo.

¿Adónde vamos?

—*La Dama es dura.*

¿La Dama?

—*Es dura.*

¿Nos aguarda al final del viaje?

—*No es ella de las que aguardan.*

Se retorció mientras lo arrastraban y se encontró mirando el surco que había hecho en las cenizas. Una pista que se extendía hasta el horizonte. Y una sangre negra se iba acumulando en la brecha desigual. *¿Cuánto tiempo lleva arrastrándome? ¿A quién hiero?*

El trueno de unos cascos.

—*Ella viene.*

Udinaas se volvió de espaldas y luchó por levantar la cabeza.

Un chillido penetrante.

Después, una espada atravesó al guerrero que arrastraba a Udinaas. Lo partió por la mitad. La mano le soltó el tobillo y él rodó a un lado cuando unos cascos herrados pasaron como un trueno.

Ella llameaba, con un blanco cegador. Una espada parpadeaba como un rayo en una mano. En la otra, un hacha de dos filos de la que chorreaba una sustancia fundida a su paso. El caballo…

Nada salvo huesos unidos por fuego.

La enorme bestia esquelética echó hacia atrás la cabeza y giró en redondo. La mujer llevaba una máscara de oro plana, sin rasgos distintivos. Un tocado de arqueadas

escamas doradas se le alzaba como pelo erizado alrededor de la cabeza. Se levantaron unas armas.

Y Udinaas se quedó mirando a los ojos femeninos.

Se estremeció y se levantó como pudo, después echó a correr.

Unos cascos batieron el suelo tras él.

Hija Amanecer. Menandore…

Ante él estaban tirados los guerreros que habían caminado junto al que lo arrastraba. Las llamas lamían heridas, un humo apagado se alzaba de la carne desgarrada. Nadie se movía. *No hacen más que morir, ¿verdad? Una y otra vez. No hacen más que morir…*

Corrió.

Lo golpeó algo. Un muro de huesos sobresalientes se estrelló contra su hombro derecho y lo hizo girar por el aire. Chocó contra el suelo, dio una voltereta y rodó agitando los brazos.

Sus ojos se quedaron mirando el remolino de polvo, tras él, el cielo daba vueltas.

Apareció en medio una forma y un pie de suela dura se apoyó en su pecho.

Cuando habló, la voz de la mujer era como el siseo de un millar de serpientes.

—La sangre de un locqui wyval… en el cuerpo de un esclavo. ¿Qué corazón, mortal, cabalgarás?

Él no podía respirar. La presión de la bota iba aumentando y le aplastaba el pecho. Se debatió con ella.

—Deja que responda tu alma. Antes de que mueras.

Cabalgo… aquello que siempre he cabalgado.

—La respuesta de un cobarde.

Sí.

—Queda solo un momento. Para que lo reconsideres.

La negrura se cerró a su alrededor. Podía notar el sabor de la sangre en la arenilla que le llenaba la boca. *¡Wyval! ¡Cabalgo al wyval!*

La bota se deslizó a un lado.

Una mano envuelta en un guantelete se estiró hacia la cuerda que usaba como cinturón. Los dedos la aferraron y lo levantaron del suelo, el esclavo se arqueó con la cabeza colgando. Ante él, un mundo se puso del revés. Lo levantaron hasta que sus caderas se apretaron contra el interior de los muslos femeninos.

Sintió que le subían la túnica hasta el vientre. Una mano le arrancó el taparrabos. Unos dedos de hierro frío lo rodearon como un cepo.

Él gimió.

Y lo empujaron dentro.

Fuego en la sangre. Agonía en las caderas y los riñones cuando, con una mano, ella lo empujó hacia arriba una y otra vez.

Hasta que él sufrió un espasmo.

La mano lo soltó y él volvió a caer con un golpe seco en el suelo, estremecido.

No la oyó alejarse.

No oyó nada. Nada salvo los dos corazones de su interior. Los latidos acercándose cada vez más.

Tras un tiempo, alguien se acomodó junto a Udinaas.

—Deudor.

Alguien pagará. Estuvo a punto de reírse.

Una mano en su hombro.

—Udinaas. ¿Qué es este lugar?

—No lo sé. —Giró la cabeza, levantó la vista y contempló los ojos atemorizados de Bruja de la Pluma—. ¿Qué te dicen las losas?

—No las tengo.

—Piensa en ellas. Arrójalas en tu mente.

—¿Qué sabes tú de tales cosas, Udinaas?

Él se sentó despacio. El dolor había desaparecido. No había magulladuras, ni siquiera un arañazo bajo la capa de ceniza. Se bajó la túnica para taparse la ingle.

—Nada —respondió.

—Tú no necesitas adivinación —dijo ella— para saber lo que acaba de pasar.

La sonrisa de él era amarga.

—Lo sé. Amanecer. La hija más temida por los edur. Menandore. Estuvo aquí.

—A los letherii no los visitan los dioses tiste edur…

—A mí sí. —Apartó la vista—. Ella, eh, me utilizó.

Bruja de la Pluma se levantó.

—La sangre del wyval te ha tomado. Estás envenenado por las visiones, deudor. Locura. Sueños de ser algo más que el hombre que ven todos los demás.

—Mira los cuerpos que nos rodean, Bruja de la Pluma. Los derribó ella.

—Llevan mucho tiempo muertos.

—Sí, y, sin embargo, estaban caminando. Mira esa huella… uno de ellos me arrastró y esa es mi estela. Y ahí, los cascos de su caballo hicieron eso.

Pero ella no estaba mirando, tenía los ojos clavados en Udinaas.

—Este es un mundo que has conjurado tú —dijo—. Tu mente está plagada de falsas visiones.

—Arroja tus losas.

—No. Este es un lugar muerto.

—La sangre del wyval está viva, Bruja de la Pluma. La sangre del wyval es lo que nos une a los tiste edur.

—Imposible. Los wyval son engendros de los eleint. Son los mestizos de los dragones y ni siquiera los dragones los

controlan. Son de la Fortaleza, pero salvajes.

—Vi un cuervo blanco. En la playa. Eso es lo que iba a decirte, esperaba llegar a ti antes de que arrojaras las losas. Intenté desterrarlo y respondió con una carcajada. Cuando te atacaron, pensé que era el Cuervo Blanco. ¿Pero no lo ves? Blanco, la cara de Menandore, del Amanecer. Eso es lo que los Fulcra nos estaban mostrando.

—No me devorará tu locura, deudor.

—Me pediste que le mintiera a Uruth y a los otros edur. Hice lo que me pediste, Bruja de la Pluma.

—Pero ahora el wyval te ha tomado. Y pronto te matará, y ni siquiera los edur pueden hacer nada. En cuanto se den cuenta de que estás en verdad envenenado, te arrancarán el corazón.

—¿Temes que me convierta en un wyval? ¿Es ese mi destino?

Ella sacudió la cabeza.

—Esto no es el beso de un soletaken, Udinaas. Es una enfermedad que ataca al cerebro. Envenena la sangre clara de tus pensamientos.

—¿Estás aquí de verdad, Bruja de la Pluma? ¿Aquí, en mi sueño?

Con la pregunta la forma de la mujer se fue haciendo traslúcida y vaciló, después se esparció como arena al viento.

Udinaas se quedó solo de nuevo.

¿Jamás despertaré?

Un movimiento en el cielo a su derecha hizo que se volviese.

Dragones. Una veintena de esas criaturas cabalgaban corrientes lejanas justo por encima de un horizonte incierto. A su alrededor se arremolinaban wyval, como mosquitos.

Y Udinaas comprendió algo de repente.

Van a la guerra.

Hojas de morok cubrían el cadáver. A lo largo de los días siguientes, esas hojas empezarían a pudrirse y lixiviarían en la cera ámbar una mancha azulada, hasta que el cuerpo envuelto en monedas que había debajo se convirtiera en una forma borrosa, como si estuviera encerrado en hielo.

La sombra de la cera envolvería al guerrero beneda para siempre. Un refugio para espíritus vagabundos, allí, en el interior del leño hueco.

Trull se encontraba junto al cadáver. Todavía estaban preparando el tronco de maderanegra en un edificio no iluminado, a un lado de la ciudadela. La madera viva se resistía a las manos que querían alterar su forma. Pero le encantaba la muerte, así que la podrían convencer.

Lamentos distantes en la aldea, las voces se alzaban en una última plegaria a la hija Atardecer. Quedaban pocos momentos para la noche. Aguardaban las horas vacías, cuando hasta a la misma fe había que mantenerla callada. La noche pertenecía al Traidor. Que pretendía asesinar a padre Sombra en el mismo momento de su triunfo, y que estaba casi a punto de conseguirlo.

Había prohibiciones que impedían conversaciones serias durante esos momentos. En la oscuridad rondaba el engaño, un aliento invisible que cualquiera podía aspirar y así infectarse.

No se enterraban espadas bajo el umbral de hogares donde moraban doncellas. Sellar un matrimonio en ese momento sería condenar su destino. Al niño recién parido se le daba muerte. Los amantes no se tocaban. El día estaba muerto.

Pronto, sin embargo, se alzaría la luna y las sombras regresarían una vez más. Igual que Scabandari Ojodesangre surgía de la oscuridad, también lo hacía el mundo. *El fracaso aguarda al Traidor.* No podía ser de otro modo, no fuera que los reinos cayeran en el caos.

Se quedó mirando al montículo de hojas bajo el que yacía el cuerpo del guerrero. Se había presentado voluntario para hacer guardia esa primera noche. Ningún cuerpo edur quedaba jamás desatendido cuando acechaba la oscuridad, pues a esta nada le importaba si su aliento fluía por carne cálida o fría. Un cadáver podía desatar nefastos acontecimientos con tanta facilidad como los actos de una persona viva. No tenía necesidad de voz o gestos propios. Siempre los había impacientes por hablar por él, por sacar espada o daga.

Hannan Mosag había proclamado que ese era el mayor defecto entre los edur. Los ancianos y los muertos eran los primeros que susurraban la palabra «venganza». Los ancianos y los muertos se encontraban ante el mismo muro, y mientras los muertos se enfrentaban a él, los ancianos le daban la espalda. Tras el muro estaba la nada y el olvido. Hablaban del fin de los tiempos y los dos sabían de la necesidad de guiar a los jóvenes por caminos idénticos, aunque solo fuera para dar significado a todo lo que habían conocido, todo lo que habían hecho.

Los feudos habían quedado prohibidos. Los crímenes por venganza sentenciaban al linaje entero a una ejecución deshonrosa.

Trull Sengar había observado, desde donde se encontraba sumido en la oscuridad, bajo un árbol (el cuerpo ante él), había observado a su hermano Rhulad entrar en el bosque. En esas, las horas oscuras, sus movimientos habían sido

furtivos, escabulléndose como un espectro por el borde de la aldea.

Para penetrar en el bosque por la pista del norte.

La que llevaba al cementerio que se había elegido para el enterramiento del guerrero beneda.

Donde una mujer solitaria velaba contra la noche.

Puede que sea un intento… que fracasará. O es una repetición de encuentros que han ocurrido antes, muchas veces. Ella es incognoscible. Como todas las mujeres son incognoscibles. Pero él no lo es. Llegó demasiado tarde a la guerra y por ello su cinturón está desnudo. Le gustaría hacer sangre de otro modo.

Porque Rhulad debe ganar. En todo, debe ganar. Es el borde del acantilado de su vida, la playa estrecha que él mismo elabora, con cada desaire observado (ya sea real o imaginado, importa poco), cada momento de silencio que, para él, grita su desprecio por el inmenso vacío de sus logros.

Rhulad. Todo por lo que merece la pena pelear se gana sin pelea. Cada lucha es una lucha contra la duda. El honor no es algo que ha de perseguirse pues, como todas las demás fuerzas de la vida, en realidad va impelido, y se dirige directamente hacia ti. El momento de la colisión es donde la verdad de lo que eres se revela.

Un intento. Que ella rechazará con una expresión de indignación en los ojos.

O los brazos de los dos ya entrelazados y en la oscuridad hay calor y sudor. Y traición.

Y él no podía moverse, no podía abandonar su vigilia junto al guerrero beneda anónimo.

Su hermano Temor había hecho una espada, como era la costumbre. Se había presentado ante Mayen con la hoja descansando en los dorsos de las manos. Y ella se había

adelantado, en presencia de todos, para coger la espada que él le ofrecía. Y la había llevado consigo a su casa.

Desposorios.

Un año después de ese día, en menos de cinco semanas, la joven saldría por su puerta con esa espada. Después, tras usarla para excavar una zanja ante el umbral, la posaría en la tierra y la enterraría. Hierro y suelo, arma y hogar. Hombre y mujer.

Matrimonio.

Antes del día en que Temor le ofreció la espada, Rhulad no había mirado ni una sola vez a Mayen. ¿Era el desinterés de la juventud? No, los edur no eran como los letherii. Un año entre los letherii era como un día entre los edur. Había un puñado de mujeres más bonitas entre las doncellas de las casas nobles. Pero él había puesto los ojos en ella a partir de entonces.

Y eso lo había convertido todo en lo que era.

Podía abandonar su vigilia. Un guerrero beneda no era un guerrero hiroth, después de todo. Un cadáver mordisqueado por el mar y recubierto de cobre, no oro. Podía emprender el camino por esa pista y avanzar sin ruido por la oscuridad.

¿Para encontrar qué? La certeza, los dientes afilados tras lo que reconcomía sus pensamientos.

¿Y qué vale eso?

Son estas horas oscuras…

Los ojos de Trull Sengar se fueron abriendo poco a poco. Una figura había salido del borde del bosque que tenía enfrente. Con el corazón martilleándole en el pecho, se quedó mirando.

Se adelantó. Sangre negra en la boca. La piel un reflejo pálido, apagado, de luz de luna, manchada de tierra, emborronada de algo parecido al moho. Dos vainas vacías de madera pulida en las caderas. Fragmentos de armadura

colgando de él. Alto, pero con los hombros encorvados, como si la altura se hubiera convertido en su propia imposición.

Ojos como carbones moribundos.

—Ah —murmuró al tiempo que bajaba los ojos y miraba el montón de hojas—, ¿qué tenemos aquí? —Hablaba el lenguaje de la noche, pariente cercano del idioma de los edur.

Temblando, Trull se obligó a adelantarse y cambió de posición la lanza para cogerla con las dos manos, la hoja de hierro cerniéndose sobre el cadáver.

—Él no es para ti —dijo, de repente tenía la garganta seca y con un nudo extraño.

Los ojos brillaron un poco más por un momento cuando la aparición de piel blanca miró a Trull.

—Tiste edur, ¿me conoces?

Trull asintió.

—El fantasma de la oscuridad. El Traidor.

Una sonrisa amarilla y negra.

Trull se encogió un poco cuando la figura dio un paso más hacia él y después se agachó al otro lado de las hojas.

—Desaparece de aquí, fantasma —dijo el edur.

—¿O tú harás qué?

—Dar la alarma.

—¿Cómo? Tu voz no es más que un susurro ahora. Tienes la garganta cerrada. Luchas por respirar. ¿Es la traición lo que te asfixia, edur? No importa. He vagado lejos y no tengo deseo alguno de vestir la armadura de este hombre. —Se irguió—. Retrocede, guerrero, si deseas respirar.

Trull se mantuvo donde estaba. El aire siseó a su paso por la garganta cerrada y pudo sentir que sus miembros se debilitaban.

—Bien, la cobardía nunca fue un defecto entre los edur. Que sea a tu modo, entonces. —La figura se volvió y caminó hacia el borde del bosque.

Bendita bocanada de aire que penetró en los pulmones, después otra. Con la cabeza dándole vueltas, Trull plantó la lanza en el suelo y se apoyó en ella.

—¡Espera!

El Traidor se detuvo y lo miró una vez más.

—Esto… esto no ha pasado nunca. La vigilia…

—Impugnada solo por espíritus hambrientos de la tierra —asintió el Traidor—. O, más patético todavía, por los espíritus de maderanegras arrancadas, que se hunden en la carne para hacer… ¿qué? Nada, igual que hicieron en vida. Hay una miríada de fuerzas en este mundo, tiste edur, y la mayoría de ellas son débiles.

—Padre Sombra te encerró…

—Eso hizo, y allí permanezco. —Una vez más, esa sonrisa horripilante—. Salvo cuando sueño. El reticente regalo de madre Oscuridad, un recordatorio para que tenga presente que ella no olvida. Un recordatorio para que tenga presente que yo tampoco debo olvidar jamás.

—Esto no es un sueño —dijo Trull.

—Quedaron hechos pedazos —dijo el Traidor—. Hace mucho tiempo. Fragmentos esparcidos por un campo de batalla. ¿Para qué los querría nadie? Esos trozos rotos no se pueden volver a unir jamás. Todos y cada uno de ellos se han plegado de nuevo sobre sí mismos. Así que, me pregunto, ¿qué hizo él con ellos?

La figura se adentró en el bosque y desapareció.

—Esto —susurró Trull— no es un sueño.

Udinaas abrió los ojos. El hedor del cadáver quemado no desaparecía de su nariz ni de su boca, permanecía denso en la garganta. Sobre él, el techo bajo e inclinado de la casona, corteza tosca y negra y resquicios amarillentos. Se quedó inmóvil bajo las mantas.

¿Comenzaría pronto a amanecer?

No oía nada, ninguna voz en los aposentos contiguos. Pero eso no le decía mucho. Las horas antes de que la luna se alzase eran silenciosas. Como lo eran, por supuesto, las horas en las que todo el mundo dormía. Él tenía redes que reparar llegado el día. Y cuerdas que trenzar.

Quizá esta sea la verdad de la locura, cuando una mente no puede hacer nada salvo listas interminables de las tareas mundanas que la aguardan, como prueba de su cordura. Arregla esas redes. Trenza las hebras. ¿Ves? No he perdido el sentido de mi vida.

La sangre del wyval no era caliente ni fría. No se enfurecía. Udinaas no se sentía diferente en su cuerpo. *Pero la sangre clara de mis pensamientos, oh, esos sí que están manchados. Apartó las mantas y se sentó. Este es el camino, entonces, y debo quedarme en él. Hasta que llegue el momento.*

Arregla esas redes. Trenza las hebras.

Cava el agujero para ese guerrero beneda, que acabaría de abrir los ojos, si los tuviera. Y habría visto no la negrura de las monedas que lo apresan. No la cera azul, no las hojas de morok que reaccionan a esa cera y se humedecen y vuelven negras. Habría visto, en su lugar, la cara de... otra cosa.

Los wyval dibujan círculos alrededor de los dragones al volar. Lo había visto. Como mastines rodeando a su amo

cuando la caza está a punto de desatarse. *Sé, entonces, por qué estoy donde he llegado. Y cuando es una respuesta que la noche todavía ha de susurrar, no, no susurrar, sino aullar. La llamada a la caza hecha por la propia Oscuridad.*

Udinaas se dio cuenta de que estaba entre enemigos. No como un letherii condenado a una vida de esclavitud. Eso no era nada comparado con el peligro que su nueva sangre percibía, allí, en el corazón de los edur y Kurald Emurlahn.

Bruja de la Pluma habría sido mejor, supongo, pero madre Oscuridad se mueve invisible incluso en cosas como esta.

Se dirigió a la cámara principal.

Y se encontró cara a cara con Uruth.

—No son estas horas de vagar, esclavo —dijo la mujer.

El esclavo vio que estaba temblando.

Udinaas se tiró al suelo y apoyó la frente en las planchas gastadas.

—Prepara los mantos de Temor, Rhulad y Trull, para viajar esta noche. Estate preparado antes de que salga la luna. Comida y bebida para un refrigerio matinal.

El esclavo se puso en pie a toda prisa para hacer lo que le ordenaban, pero lo detuvo una mano estirada.

—Udinaas —dijo Uruth—. Haz esto solo, no se lo digas a nadie.

Él asintió.

Las sombras surgieron arrastrándose del bosque. La luna había salido, mundo que era prisión para el verdadero padre de Menandore, que estaba atrapado en su interior. Las antiguas batallas de padre Sombra habían hecho ese mundo, le habían dado forma de muchos modos. Scabandari Ojodesangre, empedernido defensor contra los sirvientes

fanáticos de la certidumbre implacable, ya ardiera esa certidumbre con un blanco cegador o fuera de un negro que todo consumiera. Las derrotas que había impartido, el entierro del Hermano Oscuridad y el encarcelamiento de Hermano Luz, allí, en aquel distante y enrejado mundo del cielo, eran las dos regalos, y no solo para los edur, sino para todos los que nacían y vivían solo para morir un día.

Los regalos de la libertad, una voluntad sin cadenas a menos que uno se colocara esas cadenas (las ofrendas incontables, siempre sonoras de la multitud atestada, cada una susurrando promesas de salvación contra la confusión) y las llevara como una armadura.

Trull Sengar veía cadenas sobre los letherii. Veía la red impenetrable que los ataba, los eslabones de razonamientos entrelazados en una masa caótica donde no se podía encontrar principio ni fin. Comprendía por qué veneraban un trono vacío. Y sabía el modo que tenían de justificar todo lo que hacían. El progreso era necesidad, el crecimiento era ganancia. La reciprocidad pertenecía a los necios y la deuda era la fuerza vinculante de toda naturaleza, de todo pueblo y toda civilización. La deuda era su propio idioma, dentro del que se usaban palabras como negociación, compensación y justificación, y la legalidad era una madeja de duplicidad que cegaba los ojos de la justicia.

Un trono vacío. Sobre una montaña de monedas de oro.

Padre Sombra había buscado un mundo en el que la incertidumbre pudiera introducir su veneno insidioso entre los que elegían la intransigencia como arma, con la que mantenían a raya la sabiduría. Donde cada fortaleza con el tiempo se derrumbaba por dentro, por el peso de esas cadenas que imponían un abrazo inflexible.

En su mente discutía con ese fantasma, el Traidor. El que intentara asesinar a Scabandari Ojodesangre todos esos

miles de años atrás. Argüía que cada certeza es un trono vacío. Que aquellos que no conocían más que un camino terminarían por venerarlo, incluso aunque condujera al borde de un precipicio. Argüía y, en el silencio de la indiferencia de ese fantasma a sus palabras, terminó por comprender que él mismo hablaba (con un calor fiero) desde los pies de un trono vacío.

Scabandari Ojodesangre jamás había hecho ese mundo. Se había desvanecido en el que estaban, perdido en un camino que nadie más podía seguir.

Trull Sengar se encontraba ante el cadáver y su montículo de hojas podridas y sintió la desolación en el alma. Una multitud de caminos aguardaban ante él y eran todos sórdidos, empapados de desesperación.

El sonido de unas botas en la pista. Se volvió.

Se acercaban Temor y Rhulad. Con los mantos puestos. Temor llevaba el de Trull en los brazos y de los hombros del guerrero colgaba una pequeña mochila.

La cara de Rhulad estaba acalorada y Trull no supo distinguir si el rubor había nacido de la ansiedad o de la emoción.

—Te saludo, Trull —dijo Temor al tiempo que le daba el manto.

—¿Adónde vamos?

—Nuestro padre pasa esta noche en el templo. Rezando para que lo guíen.

—Al Cuenco de Piedra —dijo Rhulad con los ojos relucientes—. Madre nos envía al Cuenco de Piedra.

—¿Por qué?

Rhulad se encogió de hombros.

Trull miró a Temor.

—¿Qué es ese Cuenco de Piedra? Jamás he oído hablar de él.

—Un lugar antiguo. En la trinchera Kaschan.

—¿Tú sabías de ese lugar, Rhulad?

Su hermano menor negó con la cabeza.

—No hasta esta noche, cuando madre lo describió. Todos hemos pasado por el borde de la trinchera. Puesto que la oscuridad de su corazón es impenetrable, ¿cómo podíamos haber adivinado que un lugar sagrado se ocultaba en su interior?

—¿Un lugar sagrado? ¿En la oscuridad absoluta?

—Su importancia —dijo Temor— quedará patente muy pronto, Trull.

Echaron a andar, el hermano mayor delante. Se internaron en el bosque por una pista que llevaba al noroeste.

—Temor —dijo Trull—, ¿Uruth te había hablado antes del Cuenco de Piedra?

—Soy maestro de armas —respondió Temor—. Había ritos que observar…

Y Trull sabía que entre ellos estaba la memorización de cada batalla librada por los edur. Se preguntó entonces por qué se le había ocurrido ese pensamiento como respuesta a las palabras de Temor. ¿Qué vínculos ocultos estaba su mente intentando revelar y por qué era incapaz de discernirlos?

Continuaron andando, evitando los charcos de luz de luna ininterrumpidos por las sombras.

—Tomad nos prohibió este viaje —dijo Trull tras un rato.

—En asuntos de hechicería —dijo Temor—, Uruth es superior a Tomad.

—¿Y este es un asunto de hechicería?

Rhulad lanzó un bufido detrás de Trull.

—Tú estabas con nosotros en la lancha del rey hechicero.

—Así es —asintió Trull—. Temor, ¿Hannan Mosag aprobaría lo que hacemos, lo que Uruth nos ordena?

Temor no dijo nada.

—A ti —dijo Rhulad— te embargan las dudas, hermano. Te inmovilizan…

—Te vi recorrer el camino que lleva al cementerio elegido, Rhulad. Tras la partida de Atardecer y antes de que saliera la luna.

Si Temor reaccionó a eso, su espalda no lo reveló, ni tampoco vacilaron sus pasos en la pista.

—¿Y qué? —preguntó Rhulad, su tono demasiado vago, demasiado casual.

—A mis palabras, hermano, no ha de responderse con frivolidad.

—Sabía que Temor estaba ocupado supervisando la devolución de las armas al arsenal —dijo Rhulad—. Y percibí una malevolencia que rondaba en la oscuridad. Así pues, fui a velar en secreto a su desposada, que estaba sola en el cementerio. Puede que no esté iniciado, hermano, pero no carezco de valor. Sé que crees que la inexperiencia es el suelo en el que medran las raíces del falso valor, pero no soy falso, pienses tú lo que pienses. Para mí, la inexperiencia es tierra sin roturar, que no está lista todavía para raíces. Me puse en el lugar de mi hermano.

—¿Malevolencia en la noche, Rhulad? ¿De quién?

—No podía estar seguro. Pero la sentí.

—Temor —dijo Trull—, ¿no tienes preguntas para Rhulad sobre este asunto?

—No —respondió Temor con tono seco—. No es necesario… cuando estás tú.

Trull cerró la boca de repente y agradeció que la noche ocultara el rubor de su rostro.

Tras eso reinó el silencio durante un rato.

La pista empezó a subir y zigzaguear entre afloramientos de granito recubiertos de líquenes. Treparon por encima de árboles caídos y gatearon por empinadas laderas. La luz de la luna se fue haciendo difusa y, para cuando llegaron al punto más alto de la pista, Trull percibió que el amanecer estaba cerca.

El camino los llevó entonces hacia el interior, al este, por un risco de árboles derribados y peñascos rotos. El agua atrapada en las depresiones del lecho de roca formaba charcos negros impenetrables que se extendían por la pista. El cielo empezó a iluminarse.

Temor los sacó entonces del camino, al norte, cruzaron un pedregal derrumbado y pasaron entre los árboles retorcidos. Muy poco tiempo después tenían delante la trinchera Kaschan.

Un barranco enorme, como una cuchillada penetrante en el lecho de roca, los lados escarpados y chorreantes de agua, dibujaba una línea irregular que comenzaba bajo la ensenada Hasana, a medio día de camino al oeste, y se desvanecía al fin en el fondo de roca, a más de un día de camino al este. Ellos estaban en su punto más ancho, de unos doscientos pasos de anchura, el paisaje opuesto era un poco más alto pero, de otro modo, idéntico, peñascos esparcidos que parecían que los hubieran sacado del barranco y árboles mutilados que parecían haberse puesto enfermos por efecto de algún aliento invisible surgido de las profundidades.

Temor se desabrochó el manto, dejó caer la mochila y se acercó a un montículo deforme de piedras. Apartó unas ramas muertas y Trull vio que las piedras eran un monumento de algún tipo. Temor quitó la tapa y metió la mano en el hueco. Sacó un rollo de cuerda anudada.

—Quitaos el manto y las armas —dijo mientras llevaba el rollo al borde.

Encontró un extremo y le ató a él la mochila, el manto, la espada y la lanza. Trull y Rhulad se acercaron con su equipo y todo quedó anudado con la cuerda. Temor empezó a bajarla por un lado.

—Trull, toma este otro extremo y llévalo a un sitio sombrío. Un lugar donde la sombra no se retire ante el sol a medida que pase el día.

Trull cogió la cuerda y se acercó a un gran peñasco ladeado. Cuando metió el cabo en las sombras de su base, sintió que un sinfín de manos lo agarraban. Trull retrocedió. La cuerda quedó tensa.

Al volver al borde, vio que Temor ya había comenzado a descender. Rhulad permanecía allí, mirando abajo.

—Debemos esperar hasta que llegue al fondo —dijo Rhulad—. Tirará tres veces de la cuerda. Indicó que yo fuera el siguiente.

—Muy bien.

—Ella tiene los labios más dulces —murmuró Rhulad, después levantó la vista y miró a Trull a los ojos—. ¿Es eso lo que quieres que diga? ¿Que te dé pruebas de tus sospechas?

—Tengo muchas sospechas, hermano —respondió Trull—. Tenemos pensamientos abrasados por el sol, tenemos pensamientos que se traga la oscuridad. Pero son los pensamientos que permanecen en sombras los que se mueven con sigilo y se arrastran hasta el borde mismo de los reinos rivales, aunque solo sea para ver lo que haya que ver.

—¿Y si no ven nada?

—Nunca ven solo nada, Rhulad.

—¿Ilusiones entonces? ¿Y si solo ven lo que su imaginación conjura? ¿Juegos falsos de luz? ¿Formas en la

oscuridad? ¿No es así como la sospecha se convierte en veneno? Pero un veneno como el néctar blanco, cada sorbo te deja con sed de más.

Trull se quedó callado un largo rato.

—Temor habló conmigo no hace mucho tiempo —dijo después—. De cómo a uno lo perciben, más que cómo es de verdad. Cómo el poder de lo primero puede vencer al de lo segundo. Cómo, de hecho, la percepción da forma a la verdad como las olas a la piedra.

—¿Qué es lo que quieres pedirme, Trull?

Este miró a Rhulad a la cara.

—Deja de pavonearte ante Mayen.

Una sonrisa extraña.

—Muy bien, hermano —dijo después.

Los ojos de Trull se agrandaron un tanto.

La cuerda sufrió tres tirones.

—Me toca —dijo Rhulad. Cogió con fuerza la cuerda y en un instante se perdió de vista.

Los nudos de esas palabras estaban cualquier cosa menos flojos. Trull respiró hondo y expulsó el aire poco a poco mientras se preguntaba por aquella sonrisa. Su peculiaridad. Una sonrisa que podría haber sido de dolor, una sonrisa nacida de una herida.

Después se volvió hacia sí mismo y estudió lo que estaba sintiendo. Difícil de encontrar, de reconocer, pero… *Padre Sombra, perdóname. Me siento… manchado.*

Los tres tirones lo sobresaltaron.

Trull cogió la pesada cuerda con las manos y notó el recubrimiento de cera de abeja que se había frotado en las fibras para evitar que se pudrieran. Sin los nudos para los pies y las manos, el descenso habría sido muy traicionero. Se acercó al borde, miró al interior, y después se echó hacia atrás y comenzó su descenso.

Unos arroyos relucientes bajaban por la piedra pura. Unas calcificaciones manchadas de rojo pintaban parte de la superficie. Insectos parecidos a pulgas saltaban por la superficie. Los arañazos dejados por el paso de Rhulad y Temor brillaban bajo la luz que comenzaba a apagarse, surcos desiguales que herían todo lo que se aferraba a la roca.

Nudo a nudo fue bajando por la cuerda mientras la oscuridad se intensificaba a su alrededor. El aire se fue enfriando y haciendo más húmedo, después ya era frío. Y entonces su pie chocó con peñascos cubiertos de musgo y unas manos se estiraron para sujetarlo.

Sus ojos se esforzaron por distinguir las formas de sus hermanos.

—Deberíamos haber traído un farol.

—Hay luz que viene del Cuenco de Piedra —dijo Temor—. Una senda ancestral. Kaschan.

—Esa senda está muerta —respondió Trull—. Destruida por el propio padre Sombra.

—Sus hijos están muertos, hermano, pero la hechicería persiste. ¿Se han acostumbrado tus ojos? ¿Ves el suelo que tienes delante?

Un grupo de peñascos y el brillo de una corriente de agua entre ellos.

—Lo veo.

—Entonces seguidme.

Se apartaron de la pared. El suelo era resbaladizo y los obligaba a avanzar con lentitud. Ramas muertas festoneadas con champiñones y musgo. Trull vio un roedor, pálido y sin pelo, que se metía por una grieta entre dos rocas, con la cola deslizándose tras él.

—Este es el reino del Traidor —dijo.

—Más de lo que crees, hermano —gruñó Temor.

—Hay algo delante —susurró Rhulad.

Formas inmensas e imponentes. Piedras puestas en pie, desprovistas de líquenes o musgo. La superficie era de una textura extraña, hecha, comprendió Trull cuando se acercaron, para que se pareciera a la corteza de la maderanegra. Unas raíces gruesas salían enroscándose de la base de cada obelisco y se extendían para entrelazarse con las de las piedras de cada lado. Más allá, el suelo bajaba en una amplia depresión de la que se filtraba la luz como una bruma.

Temor los guió entre las piedras rectas y se detuvieron al borde del pozo.

Las raíces que se retorcían hacia abajo y se entrelazaban entre ellos eran huesos. Miles y miles. Trull vio kaschan, los temidos y antiguos enemigos de los edur, morros de reptil y colmillos brillantes. Y huesos que era obvio que pertenecían a los tiste. Entre ellos, los huesos finamente curvados de las alas de wyval y, en la misma base, el cráneo inmenso de un eleint, el hueso ancho y plano de la frente aplastado, como por el golpe de un puño gigantesco embutido en un guantelete.

Un matorral sin hojas había crecido en la estera caótica de las laderas, las ramas y ramitas grises se aferraban a todo. Después, el aliento siseó entre los dientes de Trull. El matorral era piedra y crecía no al modo del cristal sino de la madera viva.

—La hechicería kaschan —dijo Temor tras un momento— nace de sonidos que nuestros oídos no pueden oír, que forman palabras que aflojan las ataduras que sostienen toda la materia, que la sujetan al suelo. Sonidos que pliegan y estiran la luz, como la marea que sube por un río se parte en el momento del cambio. Con esta hechicería hicieron fortalezas de piedra que cabalgaban por el cielo como

nubes. Con esta hechicería hicieron que la Oscuridad se volviera contra sí misma con una avidez que nadie que se acercara demasiado podía desafiar, un hambre que todo lo devoraba y que se alimentaba ante todo de sí misma. —Su voz sonaba extrañamente apagada al hablar—. Se introdujo la hechicería kaschan en la senda de madre Oscuridad, como una plaga. Así se selló la puerta de Kurald Galain a todos los demás reinos. Así se obligó a madre Oscuridad a meterse en el núcleo mismo del abismo, testigo de un torbellino incesante de luz que la rodeaba, todo lo que un día devoraría, hasta que la última mota de materia se desvanezca en ella. Y aniquile a madre Oscuridad. Así pues, los kaschan, que llevan mucho tiempo muertos, impusieron a madre Oscuridad un ritual que terminará en su asesinato. Cuando toda luz haya desaparecido. Cuando no quede nada que arroje sombra y por tanto Sombra también esté condenada a morir.

»Cuando Scabandari Ojodesangre descubrió lo que habían hecho, era demasiado tarde. El final, la muerte del abismo, es inevitable. El viaje de todo lo que existe se repite a todos los niveles, hermanos. Desde esos reinos demasiado pequeños como para que los veamos, al propio abismo. Los kaschan lo encerraron todo en la mortalidad, en el salto despiadado hacia la extinción. Esa fue su venganza. Un acto nacido, quizá, de la desesperación. Del más fiero odio imaginable. Testigos de su propia extinción, obligaron a todos los demás a compartir ese destino.

Sus hermanos guardaban silencio. Los ecos apagados de las últimas palabras de Temor se desvanecieron.

—No veo señales de esa convergencia final, Temor —rezongó entonces Rhulad.

—Una muerte distante, sí. Más distante de lo que se podría imaginar. Pero llegará.

—¿Y qué nos importa a nosotros?

—Las invasiones tiste empujaron a los kaschan a su último acto. Padre Sombra se ganó la enemistad de todos los dioses ancestrales, de todos los ascendentes. Por culpa del ritual kaschan, el juego eterno entre la oscuridad, la luz y la sombra terminaría algún día. Y con él, toda existencia. —Miró a sus hermanos—. Os cuento este saber secreto para que comprendáis mejor lo que ocurrió aquí, lo que se hizo. Y por qué Hannan Mosag habla de enemigos que están mucho más allá de los mortales letherii.

Las primeras insinuaciones de comprensión susurraron por el entendimiento de Trull. Apartó la mirada de los ojos oscuros y acosados de Temor y la posó en el fondo del pozo. En la base, en el cráneo del dragón asesinado.

—Lo mataron.

—Destruyeron su cuerpo corpóreo, sí. Y encerraron su alma.

—Scabandari Ojodesangre —dijo Rhulad, y sacudió la cabeza como si quisiera negar todo lo que veía—. No puede estar muerto. Ese cráneo no es…

—Lo es —dijo Temor—. Mataron a nuestro dios.

—¿Quién? —preguntó Trull.

—Todos ellos. Dioses ancestrales. Y eleint. Los dioses ancestrales liberaron la sangre de sus venas. Los dragones engendraron un hijo de un terror indescriptible, para que buscara y diera caza a Scabandari Ojodesangre. Derribaron a padre Sombra. Una diosa ancestral llamada Kilmandaros le destrozó el cráneo. Después hicieron para el espíritu de Ojodesangre una prisión de dolor eterno, de agonía sin medida, para que durara hasta que el abismo mismo quede devorado.

—Hannan Mosag pretende vengar a nuestro dios.

Trull frunció el ceño.

—Los dioses ancestrales han desaparecido, Temor. Al igual que los eleint. Hannan Mosag lidera seis tribus de tiste edur y una senda fragmentada.

—Cuatrocientos veintipico mil edur —dijo Rhulad—. Y, a pesar de todas nuestras incesantes exploraciones, no hemos encontrado otros de nuestro pueblo entre los fragmentos de Kurald Emurlahn. Temor, Hannan Mosag ve a través de pensamientos manchados. Una cosa es desafiar la hegemonía letherii con demonios invocados y, si es necesario, espadas de hierro. ¿Hemos ahora de librar una guerra contra todos los dioses de este mundo?

Temor asintió lentamente.

—Estáis aquí —les dijo—, y se os ha contado lo que se sabe. No para veros doblar la rodilla y alabar el nombre del rey hechicero. Él busca poder, hermanos. Necesita poder y no le importa de dónde provenga o la mancha que tenga.

—Tus palabras son de traición —dijo Rhulad, y Trull oyó un extraño placer en la voz de su hermano.

—¿Lo son? —preguntó Temor—. Hannan Mosag nos ha encomendado emprender un peligroso viaje. Para recibir un regalo por él. Para llevarlo luego a sus manos. Un regalo, hermanos, ¿de quién?

—No podemos negarnos —dijo Trull—. Se limitará a elegir a otros para que vayan en nuestro lugar. Y nosotros nos enfrentaremos al destierro, o algo peor.

—Pues claro que no nos negaremos, Trull. Pero no debemos viajar como ancianos ciegos.

—¿Y qué hay de Binadas? —preguntó Rhulad—. ¿Qué sabe él de esto?

—Todo —respondió Temor—. Más, quizá, que la propia Uruth.

Trull se quedó mirando una vez más al cráneo enmohecido de dragón que había en el fondo del pozo.

—¿Cómo tienes la certeza de que es Scabandari Ojodesangre?

—Porque fueron las viudas las que lo trajeron aquí. Ese conocimiento se transmitió de generación en generación entre las mujeres.

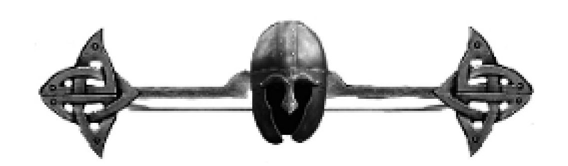
—¿Y Hannan Mosag?

—Uruth sabe que ha estado aquí, en este lugar. Cómo descubrió la verdad sigue siendo un misterio. Uruth jamás nos lo habría dicho a Binadas y a mí si no hubiera sido por su desesperación. El rey hechicero está recurriendo a poderes letales. ¿Están sus pensamientos manchados? Si no antes, lo están ahora.

Los ojos de Trull seguían clavados en el cráneo. Una ejecución contundente, brutal, ese puño de cota de malla.

—Esperemos —susurró— que los dioses ancestrales se hayan ido de verdad.

4



Hay mareas bajo cada marea.
Y la superficie del agua
no soporta peso alguno.

Dicho tiste edur

Los nerek creían que los tiste edur eran hijos de demonios. Había ceniza en su sangre que manchaba su piel. Mirarse en los ojos de un edur era ver todo lo gris del mundo, la mancha del sol y la piel áspera de la noche misma.

Cuando el guerrero hiroth llamado Binadas se dirigió al grupo, los nerek comenzaron a gemir con voz aguda. Con los puños se golpearon la cara y el pecho y cayeron de rodillas.

Buruk el Pálido marchaba entre ellos gritando maldiciones y chillando amenazas, pero estaban sordos a

sus voces. El mercader al fin se volvió hacia donde se encontraban Seren Pedac y Casco Beddict y se echó a reír.

Casco frunció el ceño.

—Esto pasará, Buruk —dijo.

—¿Ah, sí? Y el mundo en sí, ¿eso también pasará? ¿Como un viento letal, nuestras vidas girando como polvo entre su asalto frontal? ¿Solo para posarse en su estela, muertas e insensibles, y todas esas cabriolas frenéticas carentes de significado? ¡Ja! ¡Ojalá hubiera contratado faraed!

Seren Pedac permanecía concentrada en el tiste edur que se acercaba. Un cazador. Un asesino. Alguien que seguramente también sería dueño de ese rasgo peculiar, los largos silencios. Se imaginaba a ese tal Binadas compartiendo un fuego en la espesura con Casco Beddict. En el curso de una tarde, una noche y a la mañana siguiente, quizá media docena de palabras intercambiadas entre ellos. Y, sospechaba, la forja de una amistad inmensa e insondable. Esos eran los misterios de los hombres, tan incomprensibles para las mujeres. En los que los silencios se podían convertir en una unión de senderos. En los que un puñado de palabras sin trascendencia podía unir los espíritus en un entendimiento inefable. Fuerzas en juego que ella podía sentir, presenciar, de hecho, pero nunca entrar en ellas. Desconcertada, frustrada y medio incrédula.

Las palabras tejían la madeja entre dos y más mujeres. Y el lenguaje del gesto y la expresión, todo se fundía para elaborar un tapiz que, como toda mujer entendía, no podía rasgarse más que en una dirección, a causa de un esfuerzo cruel y deliberado. Una amistad entre mujeres no conocía más que un enemigo, y ese era la malicia.

Así pues, cuantas más palabras, más apretado era el tejido.

Seren Pedac había vivido la mayor parte de su vida en compañía de hombres y en sus escasas visitas a su hogar de Letheras, las mujeres que la conocían la miraban con incomodidad. Como si su elección hubiera hecho de su lealtad algo incierto, causa de suspicacias. Y ella había encontrado en sí misma una ineptitud inoportuna cuando estaba en compañía de mujeres. Estas tejían con hilos diferentes, en marcos diferentes, en discordia con los ritmos de Seren. Se sentía torpe y basta entre ellas, atrapada por sus propios silencios.

A lo que había respondido huyendo, lejos de la ciudad, de su pasado. De las mujeres.

Y luego resultaba que, en el más breve de los momentos, en un encuentro de dos hombres con su intercambio casi indiferente de saludos, a ella la apartaban un paso (casi de forma física) y quedaba aislada. Compartía ese terreno, esa pista con sus rocas y árboles, pero en un mundo distinto.

Era demasiado fácil llegar a la conclusión, con una risita burlona y privada, de que los hombres eran simples (cierto, si hubieran sido desconocidos, quizá se hubiesen rodeado mutuamente y se estuviesen oliendo el ano en ese mismo instante, invitando a sacar conclusiones que barrerían toda noción de complejidad y que darían lugar a una miríada de generalizaciones reconfortantes). Pero el encuentro de dos hombres que eran amigos destruía las generalizaciones y desafiaba el desdén que las acompañaba y que siempre encolerizaba a una mujer.

Y la llevaba al extraño y malicioso deseo de interponerse entre ellos.

En una playa de guijarros, un hombre baja la cabeza y ve una roca, luego otra y otra. Una mujer baja la cabeza y ve… rocas. Pero quizá hasta eso sea simplificar las cosas. El hombre como singular y las mujeres como plural. Es más

probable que seamos trozos de ambas cosas, algo de uno en el otro.

Solo que no nos gusta admitirlo.

Era más alto que Casco, con los hombros al nivel de los ojos del letherii. Tenía el cabello castaño y recogido en trenzas de la longitud de un dedo. Ojos del color de la arena húmeda. Piel como ceniza manchada. Rasgos juveniles, largos y estrechos, salvo por la boca amplia.

Seren Pedac conocía el nombre de Sengar. Era probable que hubiera visto a los parientes de ese hombre entre las delegaciones con las que había tratado en sus tres visitas oficiales a la tribu de Hannan Mosag.

—Guerrero hiroth —dijo Buruk el Pálido a gritos para hacerse oír por encima de los gimoteos de los nerek—. Te doy la bienvenida como invitado. Soy…

—Sé quién eres —replicó Binadas.

Al oír sus palabras, las voces de los nerek se fueron perdiendo y dejaron solo el gemido del viento que subía por la pista y el goteo constante del hielo fundido que caía de los picos más altos.

—Les traigo a los hiroth —estaba diciendo Buruk— lingotes de hierro…

—Y nos gustaría poner a prueba —lo interrumpió Casco Beddict— el grosor del hielo.

—La estación ha cambiado —le contestó Binadas a Casco —. El hielo está repleto de grietas. Se ha producido un agosto ilegal de focas de colmillos. Hannan Mosag habrá dado respuesta.

Seren Pedac se volvió hacia el mercader. Estudió la cara de Buruk el Pálido. El alcohol, el néctar blanco y el viento gélido habían hecho surgir los vasos sanguíneos bajo la piel pálida de la nariz y las mejillas. Los ojos del hombre estaban

llorosos e inyectados en sangre. No pareció reaccionar al oír las palabras del edur.

—Lamentable. Es muy desafortunado que, entre mis hermanos mercaderes, los haya que opten por desacatar los acuerdos. El atractivo del oro. Una marea a la que nadie puede resistirse.

—Lo mismo se puede decir de la venganza —señaló Binadas.

Buruk asintió.

—Sí, todas las deudas han de pagarse.

Casco Beddict lanzó un bufido.

—El oro y la sangre no son lo mismo.

—¿No lo son? —lo desafió Buruk—. Guerrero hiroth, los intereses que represento desean adherirse ahora y para siempre a los acuerdos que nos obligan. Por desgracia, Letheras es una bestia de muchas cabezas. El control más seguro de los elementos más voraces se hallará en una alianza entre los edur y los letherii que respetan las palabras que unen a nuestros dos pueblos.

Binadas le dio la espalda.

—Guárdate tus discursos para el rey hechicero —dijo—. Os escoltaré hasta la aldea. Eso es todo lo que hay que entender entre nosotros.

Buruk el Pálido se encogió de hombros y regresó a su carreta.

—¡En pie, nerek! ¡La pista es cuesta abajo de ahora en adelante, y tanto que lo es!

Seren observó al mercader, que se subió a la parte de atrás cubierta y desapareció de la vista al tiempo que los nerek empezaban a escabullirse de un sitio a otro. Una simple ojeada le mostró que Casco y Binadas se miraban una vez más. El viento le llevaba sus palabras.

—He de contradecir las mentiras de Buruk —dijo Casco Beddict—. Intentará atraparos con garantías y promesas zalameras, ninguna de las cuales valdrá un solo dique.

Binadas se encogió de hombros.

—Hemos visto las trampas que les tendisteis a los nerek y los tarthenal. Cada palabra es un nudo en una red invisible. Contra ella, las espadas de los nerek eran demasiado romas. Los tarthenal tardaron demasiado en encolerizarse. Los faraed solo podían sonreír en su confusión. Nosotros no somos esas tribus.

—Lo sé —dijo Casco—. Amigo, mi pueblo cree en apilar monedas. Una encima de la otra, subiendo, subiendo sin parar a alturas gloriosas. La subida significa progreso y el progreso es la proclividad natural hacia la civilización. El progreso, Binadas, es la creencia de la que surgen las nociones del destino. Los letherii creen en el destino, en el suyo. Se merecen todo, todo lo nacido de sus virtudes declaradas. El trono vacío siempre está ahí para quien lo coja.

Binadas sonreía al escuchar las palabras de Casco, pero era una sonrisa irónica, y se volvió de repente hacia Seren Pedac.

—Corifeo. Únete a nosotros, por favor. ¿Las viejas heridas estropean la visión que tiene Casco Beddict de Lether?

—El destino nos hiere a todos —respondió ella— y los letherii lucimos las cicatrices con orgullo. La mayor parte de nosotros —añadió dedicándole una mirada de disculpa a Casco.

—¿Una de vuestras virtudes?

—Sí, si se le puede llamar así. Tenemos talento para disimular la codicia bajo el manto de la libertad. En cuanto a actos pasados de depravación, preferimos no hacer caso de ellos. El progreso, después de todo, insiste en mirar siempre

hacia delante y lo que sea que hayamos pisoteado a nuestro paso es mejor olvidarlo.

—El progreso, entonces —dijo Binadas sin dejar de sonreír—, no ve final alguno.

—Nuestras carretas siempre bajan rodando por la colina, hiroth. Cada vez más rápidas.

—Hasta que se estrellan contra un muro.

—Atravesamos a la fuerza la mayor parte de esos muros.

La sonrisa se desvaneció y Seren creyó detectar una mirada de tristeza en los ojos del edur antes de que se volviera.

—Vivimos en mundos diferentes.

—Y yo preferiría el vuestro —dijo Casco Beddict.

Binadas le lanzó al hombre una mirada, su expresión era perpleja.

—¿Lo preferirías, amigo?

Hubo algo en el tono del hiroth que hizo que a Seren se le pusiera de punta el vello de la nuca.

Casco frunció el ceño, lo que sugería que él también había detectado algo extraño en la pregunta.

No se intercambiaron más palabras después y Seren Pedac permitió que Casco y Binadas se adelantaran por la pista, les concedió la distancia necesaria para garantizar su privacidad. Aun así, no parecían muy inclinados a charlar. La mujer los observó, las zancadas parejas, el modo de caminar. Y se preguntó algo.

Estaba claro que Casco estaba perdido. Pretendía convertir a los tiste edur en la mano que le proporcionara la venganza que quería. Los conduciría a la guerra si pudiera. Pero la destrucción solo engendra conflictos y el sueño de Casco de encontrar paz para su alma en la sangre y las cenizas de la matanza llenaba a Seren de compasión por él.

No podía, sin embargo, dejar que eso le impidiera reconocer el peligro que representaba.

Seren Pedac no amaba demasiado a su propio pueblo. La rapacidad de los letherii y su incapacidad para adoptar cualquier perspectiva que no se pusiera a su propio servicio garantizaba de forma casi absoluta una multitud de choques sangrientos con todos los poderes extranjeros con los que se topaban. Y un día darían con la horma de su zapato. *Las carretas se estrellarán contra un muro más sólido que cualquiera de los que hemos visto. ¿Serán ese muro los tiste edur?* No parecía probable. Cierto, poseían una hechicería formidable y los letherii todavía tenían que encontrarse con luchadores más fieros. Pero las tribus combinadas ascendían a menos de un cuarto de millón de personas. Ya solo la capital del rey Diskanar albergaba más de cien mil habitantes, y había media docena de ciudades casi tan grandes en Lether. Con los protectorados del otro lado del mar de los Dragones y al este, la hegemonía podía reunir y alinear seiscientos mil soldados, quizá más. Destinado en cada legión habría un maestro hechicero, adiestrado por el ceda, Kuru Qan, en persona. Aplastarían a los edur. Los aniquilarían.

Y Casco Beddict…

Dejó de pensar en él aunque le costó. La elección debía hacerla Casco, después de todo. Y sospechaba que tampoco escucharía sus advertencias.

Seren Pedac admitió su propia incertidumbre y confusión. ¿Defendería la paz a cualquier precio? ¿Cuáles eran las satisfacciones de la capitulación? El acceso de los letherii a los recursos que en esos momentos solo explotaban los edur. El agosto del mar. *Y la maderanegra…*

Por supuesto. Es la madera viva lo que ansiamos, la fuente de barcos que pueden sanar solos, que surcan las

olas más rápido que nuestras galeras más veloces, que resisten la magia que se desata sobre ellos. Eso es lo que está en el corazón de esta partida.

Pero el rey Diskanar no era tonto, no era él el que albergaba tales aspiraciones. Kuru Qan se habría ocupado de eso. No, esa maniobra era obra de la reina. Tal arrogancia, creer que los letherii podrían dominar la madera viva. Que los edur cederían con tanta facilidad sus secretos, sus artes arcanas para apoderarse de la voluntad de la maderanegra, para vincular el poder de esa madera al suyo.

El agosto de las focas de colmillos era un simple amago. La pérdida monetaria formaba parte de una estratagema mucho mayor, una inversión con el objetivo de generar dividendos políticos, que, a su vez, compensarían las pérdidas y hasta las multiplicarían por cien. Y solo alguien tan acaudalado como la reina o el canciller Triban Gnol podía absorber esas pérdidas. Barcos tripulados por endeudados, con la provisión de cancelar esas deudas si les sobreviniera la muerte. Vidas entregadas por el bien de hijos y nietos. No habrían tenido problema alguno para manejar esos barcos. Sangre y oro, entonces.

Seren no podía estar segura de sus sospechas, pero parecían encajar, y para ella eran tan amargas y difíciles de aceptar como con toda seguridad lo eran para Buruk el Pálido. Los tiste edur no entregarían la maderanegra. La conclusión era inevitable. Iba a estallar una guerra. *Y Casco Beddict se convertirá en su defensor más fiero. El agente involuntario de la reina. No me extraña que Buruk tolere su presencia.*

¿Y el papel que desempeñaría ella? *Soy la escolta de esta locura enmarañada. Nada más que eso. Mantén la distancia, Seren Pedac.* Era una simple corifeo. Haría lo que le habían encargado. Conducir a Buruk el Pálido.

Nada se decidirá. No lo decidiremos nosotros. El final de la partida aguarda a la Gran Reunión.

Ojalá ella pudiera encontrar consuelo en ese pensamiento.

Veinte pasos más allá, el bosque se tragó a Casco Beddict y Binadas Sengar. Oscuridad y sombras que se iban acercando con cada paso que ella daba.

Cualquier criminal que pudiera cruzar a nado el canal con un saco de diques atado a la espalda se ganaba la libertad. La cantidad de monedas dependía de la naturaleza del delito. El robo, el secuestro, el incumplimiento del pago de una deuda, el daño a la propiedad y el asesinato comportaban la multa máxima de quinientos diques. La malversación de fondos, la agresión sin motivo, maldecir en público los nombres del Trono Vacío, el rey o la reina, exigía trescientos diques en compensación. La menor de las multas, cien diques, se imponían a los castigados por merodear, evacuar en público y faltar al respeto.

Esas eran las multas para los hombres. A las mujeres acusadas de lo mismo se les imponía la mitad del peso.

Si alguien podía pagar la multa, lo hacía, y liquidaba sus antecedentes penales.

El canal esperaba a los que no podían.

Los Ahogamientos eran algo más que un espectáculo público, eran el acontecimiento principal entre una multitud de actividades en las que se apostaban fortunas enteras todos los días en Letheras. Dado que pocos delincuentes conseguían cruzar el canal con su carga, la distancia y el número de brazadas proporcionaban la medida para hacer las apuestas. Al igual que las subidas, la agitación de brazos, las debatidas y las desapariciones.

A los delincuentes les ataban unas cuerdas, lo que permitía la recuperación de las monedas una vez que el ahogamiento se confirmaba. El cadáver se volvía a tirar al río. *Culpable como el fango.*

Brys Beddict encontró al finadd Gerun Eberict en la segunda grada con vistas al canal, entre una multitud de espectadores igual de privilegiados que habían acudido a presenciar los ahogamientos de la mañana. Los corredores de apuestas se arremolinaban entre la multitud entregando losas de pago y recogiendo apuestas. Las voces resonaban en el aire entre el zumbido de las conversaciones emocionadas. Cerca, una mujer chilló y después se echó a reír. Voces masculinas se alzaron en respuesta.

—Finadd.

La cara plana y plagada de cicatrices que conocían prácticamente todos los ciudadanos se giró hacia Brys y las finas cejas se alzaron al reconocerlo.

—Paladín del rey. Llegas justo a tiempo. Ublala Pung está a punto de darse un chapuzón. He apostado ochocientos diques por ese cabrón.

Brys Beddict se apoyó en la barandilla y examinó a los guardias y oficiales de la plataforma inferior.

—No es la primera vez que oigo ese nombre —dijo—, pero no recuerdo el delito. ¿Es ese Ublala? —Señaló a una figura envuelta en un manto que se alzaba muy por encima de los otros.

—Ese es. Mestizo tarthenal. Así que han añadido doscientos diques a su multa.

—¿Qué ha hecho?

—¿Qué no ha hecho? Asesinato multiplicado por tres, destrucción de propiedad, asalto, secuestro multiplicado por dos, blasfemia, fraude, incumplimiento de pago de deuda y evacuar en público. Y todo en una sola tarde.

—¿El follón en los Prestamistas de Urum? —El delincuente se había quitado el manto. No vestía nada salvo un taparrabos. Su piel bruñida estaba revestida de cicatrices dejadas por un látigo. Los músculos que se adivinaban debajo eran enormes.

—Ese mismo.

—¿Y qué es lo que lleva?

—Cuatro mil trescientos.

Brys vio entonces el enorme saco de forro doble que estaban colocando en la espalda del hombretón.

—Errante bendito, no dará ni una brazada.

—Ese es el consenso —dijo Gerun—. Todas las apuestas están en agitación de brazos, debatidas y desaparición. Ni brazadas ni subidas.

—¿Y tu apuesta?

—Setenta a uno.

Brys frunció el ceño.

Unas probabilidades como esas solo podían significar una cosa.

—¡Crees que lo conseguirá!

Varias cabezas se giraron a su alrededor al oír la exclamación. Los murmullos aumentaron.

Gerun se apoyó en la barandilla, respiró hondo entre dientes y emitió lo que se había convertido en un silbido infame que todos conocían.

—La mayor parte de los tarthenal mestizos heredan los peores rasgos —murmuró en voz muy baja, después sonrió —. Pero no Ublala Pung.

Un rugido de las multitudes que rodeaban la pasarela, las gradas, y el lado contrario. Los guardias conducían al criminal por la plataforma. Ublala caminaba encorvado, luchando contra el peso del saco. Al borde del agua apartó a los guardias de un empujón y se volvió.

Se bajó el taparrabos y orinó con un chorro arqueado.

En algún lugar chilló una mujer.

—Recogerán ese cuerpo —dijo un mercader, asombrado— en los remolinos. He oído que hay cirujanos que pueden…

—¡Y no pagarías tú un pico ni nada por eso, Pulgadas! —lo interrumpió su compañero.

—¡No me quejo de nada, así que cuidadito! Yo solo decía…

—¡Lo que diez mil mujeres soñaban!

Un silencio repentino cuando Ublala Pung se volvió para mirar al canal.

Después echó a andar. Caderas. Pecho. Hombros.

Un momento después su cabeza desapareció bajo el agua densa y pestilente.

No se debatió ni agitó los brazos. Los que habían apostado por la desaparición graznaron de placer. Las multitudes se apartaron y varias figuras se acercaron a los corredores de apuestas.

—Brys Beddict, ¿qué distancia hay que cruzar?

—Cien pasos.

—Sí.

Ellos continuaron apoyados en la barandilla. Tras un momento, Brys le lanzó al finadd una mirada perpleja. Gerun señaló con un gesto de la cabeza la plataforma inferior.

—Mira la cuerda, muchacho.

Había cierta conmoción alrededor de la cuerda de recuperación y Brys vio (más o menos al mismo tiempo que otros a juzgar por las voces alzadas) que la cuerda seguía estirándose.

—¡Está caminando por el fondo!

Brys se encontró con que no podía apartar los ojos de la cuerda que se iba desenrollando. Una docena de latidos. Dos

docenas. Medio centenar. Y esa cuerda seguía introduciéndose en el agua.

Las voces y los gritos se habían alzado hasta alcanzar un volumen ensordecedor. Los pichones se lanzaron al vuelo desde tejados cercanos y se dispersaron aterrados. Los apostantes se estaban peleando con los corredores de apuestas para que les dieran las losas de pago. Alguien se precipitó al vacío desde la tercera grada y el muy desventurado no cayó al canal por dos pasos escasos. Chocó contra las baldosas y no se movió, un círculo de testigos comenzaron a rodear su cuerpo.

—Ya está —suspiró Gerun Eberict.

Una figura estaba saliendo por la plataforma del otro lado. Chorreaba barro.

—Cuatro pulmones, muchacho —le anunció Eberict.

Ochocientos diques. A setenta contra uno.

—Eres un hombre rico que acaba de enriquecerse todavía más, finadd.

—Y Ublala Pung es libre. Eh, vi a tu hermano antes, a Tehol. Al otro lado del canal. Llevaba puesta una falda.

—No te pongas tan cerca, no, más cerca, para que puedas oírme, Shand, pero no demasiado cerca. No como si nos conociéramos.

—Tú te has vuelto loco —respondió ella.

—Quizá. Bueno, ¿ves a ese hombre?

—¿Quién?

—Ese delincuente, por supuesto. El mestizo que hizo pedazos el local de Urum, y ese extorsionador se lo merecía, por cierto…

—Los tarthenal tienen cuatro pulmones.

—Y ese también. ¿Supongo que no habrás apostado?

—Desprecio el juego.

—Muy gracioso, muchacha.

—¿Qué pasa con él?

—Contrátalo.

—Será un placer.

—Y luego cómprale algo de ropa.

—¿Tengo que hacerlo?

—No le estás dando empleo por sus atributos físicos, bueno, por lo menos por esos no. Las tres necesitáis un guardaespaldas.

—Puede guardar mi cuerpo entero cuando quiera.

—Se acabó, Shand. No pienso volver a hablar contigo hoy.

—De eso nada, Tehol. Esta noche. En el taller. Y trae a Bicho.

—Todo va según lo planeado. No hay necesidad…

—Será mejor que estés allí.

Cuatro años antes, el finadd Gerun Eberict había frustrado sin ayuda de nadie un intento de asesinato contra el rey Diskanar. Regresaba a palacio una noche ya muy tarde cuando se encontró con los cuerpos de dos guardias junto a la puerta de los aposentos privados del rey. Un ataque de hechicería les había llenado los pulmones de arena y les había provocado la asfixia. Sus cuerpos seguían calientes. La puerta estaba abierta.

El finadd de palacio había sacado la espada. Irrumpió en el dormitorio del rey y encontró a tres figuras inclinadas sobre la forma dormida de Ezgara Diskanar. Un mago y dos asesinos. Gerun mató al hechicero primero con un corte seco en la nuca que le partió la columna vertebral. Después tuvo que detener con una estocada el ataque del asesino más

cercano, la punta de su espada se hundió en el pecho del hombre, justo por debajo de la clavícula izquierda. Resultaría ser una herida mortal. El segundo asesino lanzó una cuchillada contra la cara del finadd. Seguramente apuntaba a uno de los ojos de Gerun, pero el finadd echó la cabeza hacia atrás y la punta le entró en la boca, rebanando los dos labios y luego incrustándose entre los dientes. Se los abrió a la fuerza, pero entonces la hoja se atascó.

La espada que tenía Gerun en la mano lanzó un corte y destrozó el brazo estirado. Tres tajos salvajes más acabaron con el asesino.

Ese último combate lo presenció un rey al que se le salían los ojos de las órbitas.

Dos semanas después, el finadd Gerun Eberict, con el aliento emitiendo un silbido por el hueco nuevo que tenía entre los dientes, se arrodillaba ante Ezgara Diskanar en el salón del trono y ante las masas reunidas se le concedía la licencia del rey. Durante lo que quedara de vida al soldado, era inmune a toda convicción criminal. En pocas palabras, era libre de hacer lo que le placiera y a quien le placiera, salvo al linaje del rey.

La identidad de la persona que se ocultaba tras el intento de asesinato nunca se descubrió.

Desde entonces, Gerun Eberict se había dedicado a librar una cruzada privada. Un vigilante solitario e implacable. Se sabía que había asesinado en persona a treinta y un ciudadanos, incluyendo dos mercaderes acaudalados, muy respetados y con gran poder político, y por lo general se le atribuían al menos una docena de muertes misteriosas más. En resumen, se había convertido en el hombre más temido de Letheras.

Durante ese tiempo, también se había hecho rico.

Pero a pesar de todo seguía siendo finadd de la Guardia del Rey y por tanto estaba constreñido por las responsabilidades habituales. Brys Beddict sospechaba que la decisión de enviar a Gerun Eberict con la delegación era tanto para aliviar a la ciudad de la presión de su presencia como una declaración destinada a la reina y el príncipe. Y Brys se preguntaba si el rey había terminado por lamentar su aprobación.

Los dos guardias de palacio cruzaron hombro con hombro el puente Soulan y entraron en el distrito de los Comisarios. Hacía calor y el cielo era blanco, con nubes altas y finas. Entraron en el Rild, un establecimiento conocido por sus platos de pescado, así como por una bebida alcohólica hecha de cáscaras de naranja, miel y esperma de foca de colmillos. Se sentaron en el patio interior, en la mesa privada de Gerun.

En cuanto pidieron las bebidas y el almuerzo, Gerun Eberict se echó hacia atrás en su silla y miró a Brys con curiosidad.

—¿Mi invitado de este día es el paladín del rey?

—En cierto modo —admitió Brys—. Mi hermano, Casco, acompaña a Buruk el Pálido. Se cree que Buruk permanecerá con los edur hasta la Gran Reunión. Casco preocupa.

—¿Preocupa en qué sentido?

—Bueno, hace años lo conociste.

—Así es. Bastante bien, en realidad. Era mi finadd por aquel entonces. Y cuando me ascendieron, él y yo nos emborrachamos como perros donde Porul y es muy probable que engendráramos una docena de bastardos cada uno con una compañía de bailarinas de las flores de Trate que estaban de visita. En cualquier caso, la compañía quebró unos diez meses más tarde, o eso oímos.

—Sí, bueno. No es el mismo hombre, sabes.

—¿No lo es?

Llegaron las bebidas, un vino ámbar para Brys, la leche de colmillos para Gerun.

—No —dijo Brys para responder a la pregunta del finadd—. Creo que no.

—Casco cree en una cosa, y es la lealtad. El único regalo que él cree que merece la pena dar. Cierto, abusaron de eso y su legado es una nueva lista en la cabeza de tu hermano, con los nombres de cada hombre y mujer que lo traicionaron. —Gerun se bebió de un trago su copa e hizo un gesto para pedir otra—. La única diferencia entre él y yo es que yo puedo ir tachando nombres de mi lista.

—¿Y qué pasa si —dijo Brys en voz baja— el nombre del rey está en la lista de Casco?

Los ojos de Gerun perdieron toda expresión.

—Como ya he dicho, yo soy el único que tacha nombres.

—¿Entonces por qué está Casco con Buruk el Pálido?

—Buruk no es el hombre del rey, Brys. Más bien al contrario, de hecho. Estoy deseando conocerlo al fin.

Un escalofrío atravesó a Brys.

—En cualquier caso —continuó Gerun—, es tu otro hermano el que me interesa.

—¿Tehol? No me digas que está en tu lista.

Gerun sonrió y reveló el sesgo ladeado de los dientes superiores e inferiores.

—¿Y te lo diría a ti si lo estuviera? Relájate, no está. Todavía no, en cualquier caso. Pero está tramando algo.

—Me cuesta creerlo. Tehol dejó de tramar hace ya mucho tiempo.

—Eso es lo que tú te crees.

—No sé de nada que sugiera lo contrario, pero parece que tú sí.

Llegó la segunda copa de Gerun.

—¿Eras consciente —dijo el finadd mientras metía un dedo en el espeso y viscoso líquido— de que Tehol todavía posee una miríada de intereses en propiedades, permisos, inversiones mercantiles y transporte? Ha levantado tapaderas bastante sólidas, lo bastante como para tener la certeza casi absoluta de que nadie más sabe que ha seguido en activo.

—No lo bastante sólida, al parecer.

Gerun se encogió de hombros.

—En muchos sentidos, Tehol recorrió el camino de la licencia del rey mucho antes que yo, y sin la aprobación efectiva.

—Tehol jamás ha matado a nadie.

La sonrisa de Gerun se hizo salvaje.

—El día que las Cuotas se derrumbaron, Brys, se suicidó una docena entera de financieros. Y ese derrumbe fue obra única y exclusivamente de Tehol. El momento elegido fue perfecto, brillante, de hecho. Él tenía su propia lista, solo que no les clavó un cuchillo en la garganta, solo los convirtió a todos en sus socios comerciales. Y se los llevó a todos con él…

—Pero él también cayó.

—Aunque él no se mató, ¿no? ¿No te hace sospechar eso nada? Pues debería.

—Solo que a él le daba igual.

—Exacto. Brys, dime, ¿quién es el mayor admirador de Tehol?

—¿Tú?

—No. Oh, yo estoy muy impresionado, como no podía ser de otro modo. Lo suficiente para ser tan suspicaz como el Pozo del Errante ahora que está atizando el fuego otra vez. No. Es otro.

Brys apartó la mirada. Intentaba decidir si le caía bien el hombre que tenía sentado enfrente. Le caía lo bastante bien como para mantener esa conversación. Lo que odiaba era el tema.

Llegaron sus almuerzos.

Gerun Eberict se concentró en el pescado a la plancha que le pusieron delante en un plato de plata después de pedir una tercera leche de colmillos.

A Brys se le ocurrió que jamás había visto a una mujer tomar ese brebaje.

—No hablo con Tehol —dijo tras un momento con los ojos puestos en su porción mientras iba separando poco a poco la carne blanca y revelaba la fila de vértebras y espinas dorsales.

—¿Desprecias lo que hizo?

Brys frunció el ceño y después sacudió la cabeza.

—No. Lo que hizo después.

—¿Que fue?

—Nada.

—El agua tenía que aclararse, muchacho. Para que pudiese mirar a su alrededor una vez más y ver lo que quedaba.

—Estás sugiriendo un genio diabólico, Gerun.

—Así es. Tehol posee lo que no tiene Casco. El conocimiento no es suficiente. Nunca lo es. Es la capacidad de hacer algo con ese conocimiento. De hacerlo a la perfección. Elegir el momento más apropiado. Con consecuencias devastadoras. Eso es lo que tiene Tehol. Casco, que el Errante lo proteja, no lo tiene.

Brys levantó la cabeza y se encontró con los ojos pálidos del finadd.

—¿Estás sugiriendo que Casco es el mayor admirador de Tehol?

—La gran inspiración de Casco. Y por eso está con Buruk el Pálido.

—¿Tienes intención de interponerte en su camino en la Gran Reunión?

—A esas alturas podría ser ya demasiado tarde, Brys. Suponiendo que esa sea mi intención.

—¿Y no lo es?

—No lo he decidido.

—¿Quieres la guerra?

La mirada de Gerun no se inmutó.

—Esa marea concreta agita los sedimentos más profundos. Ciega a todo el mundo. Un hombre con un objetivo puede hacer muchas cosas en medio de esa nube. Y, con el tiempo, la nube se posa.

—Y, ah, mira —dijo Brys, incapaz de ocultar su amargura—, el mundo ha cambiado.

—Es posible.

—La guerra como un medio…

—Para un fin pacífico…

—Que tú hallarás grato a la vista.

Gerun apartó su plato y se echó hacia atrás una vez más.

—¿Qué es la vida sin ambición, Brys?

Brys se levantó, la comida abierta en una masa caótica en el plato que tenía delante.

—A Tehol se le daría mejor que a mí responder a eso, finadd.

Gerun levantó la cabeza y le sonrió.

—Informa a Nifadas y a Kuru Qan de que no ignoro las complejidades forjadas por la Gran Reunión inminente. Ni soy ciego tampoco a la necesidad de alejarme de la ciudad por un tiempo. He, por supuesto, compensado mi ausencia para anticiparme a mi regreso triunfante.

—Transmitiré tus palabras, finadd.

—Lamento tu pérdida de apetito, Brys. El pescado era excelente. La próxima vez, hablaremos de cosas intrascendentes. Te respeto y te admiro, paladín.

—Ah, así que no estoy en tu lista.

—Todavía no. Es broma, Brys —añadió al ver la expresión del paladín—. Además, me harías pedazos. ¿Cómo no voy a admirar eso? Yo lo veo así: para nuestra querida Letheras la historia de esta década se puede comprender de la forma más sucinta con un relato fiel de la vida de los tres hermanos Beddict. Y, como está claro, el cuento no se ha acabado.

Eso parece.

—Gracias, finadd, por la compañía y la invitación.

Gerun se inclinó hacia delante y cogió el plato del paladín.

—Sal por atrás, si tienes la bondad —dijo al tiempo que le tendía el plato a Brys—. Hay un muchachito muerto de hambre que vive en el callejón. Por cierto, debe devolver la plata, asegúrate de que lo entiende. Dile que eras mi invitado.

—Muy bien, finadd.

—Pruébeselos.

Tehol se quedó mirando los pantalones de lana y luego estiró la mano.

—Dime, Bicho, ¿tiene algún sentido que continúes?

—¿Se refiere a estos pantalones ceñidos o a mi lamentable existencia?

—¿Has contratado a tu personal? —Se quitó la falda y empezó a ponerse los pantalones.

—Veinte de los descontentos más desdichados que he podido encontrar.

—¿Quejas?

—Todos y cada uno de ellos, y estoy prácticamente convencido de que todas son legítimas. Cierto, es probable que unos cuantos se merecieran que les prohibieran comerciar.

—La mayor parte de los casos en los que se quitan los permisos son por cuestiones políticas. Bicho, solo asegúrate de que ninguno de ellos es un incompetente. Lo único que necesitamos es que sepan mantener el secreto y para eso, el resentimiento contra los gremios es la mejor motivación.

—No estoy del todo convencido. Además, hemos recibido advertencias de los gremios.

—¿En persona?

—Misivas entregadas. Hasta el momento. Su rodilla izquierda no se va a enfriar.

—¿Enfriar? Hace calor ahí fuera, Bicho, a pesar de lo que tus viejos y achacosos huesos puedan decirte.

—Bueno, son pantalones para cada estación.

—¿En serio? Asegúrales a los gremios que no estamos aquí para ofrecer precios más bajos. De hecho, justo al contrario. Y no pagamos a nuestro personal salarios más altos. Ni incentivos, tampoco…

—Salvo una participación en la empresa.

—De eso no digas nada, Bicho. Mira los pelos de mi muslo derecho. Los tengo de punta.

—Es el contraste lo que no les gusta.

—¿A los gremios?

—No, a sus pelos. Los gremios solo quieren saber de dónde Errantes he salido. Y cómo me atrevo a inscribir una empresa.

—No te preocupes por eso, Bicho. Una vez que averigüen lo que afirmas que eres capaz de hacer, creerán que

fracasarás y a partir de entonces no te harán ni caso. Hasta que triunfes, claro.

—Me lo estoy pensando mejor.

—¿El qué?

—Vuelva a ponerse la falda.

—Creo que estoy de acuerdo contigo. Busca algo más de lana. A ser posible del mismo color, aunque eso no es esencial, supongo. En cualquier caso, tenemos una reunión con los tres encantos esta noche.

—Arriesgado.

—Debemos ser prudentes.

—Eso va para todo. Robé esa lana.

Tehol se envolvió la sábana una vez más alrededor de la cintura.

—Bajaré más tarde a recogerte. Limpia un poco por aquí, ¿quieres?

—Si tengo tiempo.

Tehol trepó por la escalera de mano hasta el tejado.

La luz del sol se estaba profundizando en su camino hacia el horizonte y bañaba los edificios circundantes en un fulgor cálido. Dos artistas habían instalado caballetes en la tercera grada y competían para inmortalizar a Tehol y su cama. Este los saludó con la mano, lo que pareció disparar una ruidosa discusión, después se acomodó en el colchón calentado por el sol y se quedó mirando el cielo cada vez más oscuro.

Había visto a su hermano Brys en los Ahogamientos. Al otro lado del canal, charlando con Gerun Eberict. Según los rumores, Gerun iba a acompañar a la delegación hasta los territorios de los tiste edur. No le extrañaba. El rey necesitaba sacar a aquel salvaje de la ciudad.

El problema del oro era el modo que tenía de arrastrarse. Allí donde nada más podía meterse. Se filtraba por los

secretos, florecía en lo que deberían haber sido grietas sin vida. Se pavoneaba cuando debería haber permanecido escondido, pasando desapercibido. Descarado como cualquier mala hierba entre los adoquines y, si te apetecía, podías rastrear las raíces hasta el fondo. Un gasto repentino hecho por parientes de mercenarios muertos, seguido de inmediato (pero no lo bastante inmediato) por fallecimientos súbitos e inexplicables. Una desaparición extraña que dejaba a los inquisidores del rey sin nadie a quien preguntar, nadie a quien torturar para averiguar la fuente de la conspiración. Los intentos de magnicidio no eran bagatelas, después de todo, especialmente cuando el objetivo era el propio rey. Un éxito extraordinario, casi increíble, haber llegado nada menos que al aposento de Diskanar y encontrarse listos para atacar al hombre, a meros instantes de perpetrar su muerte. Ese hechicero concreto jamás había mostrado tal habilidad en las artes relevantes. Conjurar arena para llenar los pechos de dos hombres era hechicería del mayor nivel.

La curiosidad natural y una posible ventaja, esos habían sido los motivos de Tehol, y él había sido mucho más rápido que los inquisidores reales. Descubrió que se había gastado una fortuna en la conspiración, los ahorros de toda una vida.

Estaba claro que solo Gerun Eberict había sabido todo el alcance de la estratagema. Sus mercenarios no habrían anticipado que los atacaría su jefe. Que los mataría. Se habían resistido y uno había estado incluso a punto de conseguirlo. Y el finadd todavía tenía las cicatrices, los labios y los dientes torcidos, para demostrar lo cerca que había estado.

Inmunidad contra cualquier convicción. Para que Gerun Eberict pudiera ponerse a hacer lo que quisiera. Juez y

verdugo de delitos reales e imaginados, de ofensas tanto mayores como menores.

En cierto sentido, Tehol admiraba a aquel hombre. Por su determinación, si no por sus métodos. Y por diseñar y apostarlo todo a un plan que te quitaba el aliento con su descarado… extremismo.

No cabía duda de que Brys tenía asuntos oficiales que tratar con aquel hombre. Como paladín del rey.

Con todo, era preocupante. No sería muy conveniente tener a su hermano menor tan cerca de Gerun Eberict.

Porque si Tehol tenía un auténtico enemigo, un rival a la altura de su inteligencia que (al parecer) sobrepasaba al propio Tehol en crueldad, ese era el finadd Gerun Eberict, poseedor de la licencia del rey.

Y había estado husmeando por ahí, retorciendo brazos. Era más seguro, entonces, suponer que Gerun sabía que Tehol no estaba tan arruinado como creía la mayoría. No del todo… inactivo.

Así pues, un nuevo pliegue a tomar en consideración en ese arrugado y enmarañado tapiz.

Gerun era inmune. Pero no carecía de enemigos. Cierto, era letal con la espada y se sabía que tenía una docena de guardaespaldas que habían jurado por su sangre que lo protegerían, y eso hacían mientras dormía. Se rumoreaba que su hacienda era impenetrable y que poseía su arsenal propio, su botica con un alquimista residente bien versado en los venenos y sus antídotos, unos surtidos almacenes y una fuente independiente de agua. En total, Gerun había hecho planes casi para cualquier contingencia.

Salvo la singular concentración de la mente de un tal Tehol Beddict.

A veces, la única solución era también la más sencilla y obvia. *Si ves una mala hierba entre los adoquines… la*

arrancas.

—¡Bicho!

Una voz leve desde abajo.

—¿Qué?

—¿Quién tenía las losas de Gerun en esa apuesta de esta tarde?

La cabeza canosa de su criado apareció por la trampilla.

—Ya lo sabe, puesto que es el dueño del malnacido. Turble. Suponiendo que no se haya muerto de un ataque al corazón… o suicidado.

—¿Turble? Imposible. Yo diría que el tipo está haciendo las maletas. Un viaje repentino a las islas Exteriores.

—Jamás llegará a las puertas de la ciudad.

—Quieres decir que Gerun va a por el pobre cabrón.

—¿No iría usted? ¿Con esa liquidación?

Tehol frunció el ceño.

—El suicidio, ahora que lo pienso, bien podría ser la conclusión de Turble a su lamentable estado de cosas. Inesperado, cierto, y mucho más chocante por ello. No tiene familia, según recuerdo, así que la deuda muere con él.

—Y Gerun se queda sin ochocientos diques.

—Puede que le duela un poco, pero no tanto que vaya a notarse. Ese hombre vale un pico, quizá más.

—¿No lo sabe usted?

—De acuerdo, estaba generalizando. Pues claro que lo sé, hasta el último dique. No, hasta el último mozuelo. En cualquier caso, decía, o, más bien sugería, que la pérdida de ochocientos diques no es lo que haría mella en Gerun. Es la huida. La única pista que ni siquiera Gerun puede seguir por mucho que se empeñe, no de buena gana, en cualquier caso. Así pues, Turble tiene que suicidarse.

—Dudo mucho que acceda.

—No, es probable que no. Pero ponlo en marcha, Bicho. Vete a los Remolinos. Búscanos un cadáver adecuado. Fresco, y que no hayan drenado todavía. Que Turble te dé una botella o dos de su sangre a cambio…

—¿Qué será? ¿Fuego? ¿Quién se suicida con fuego?

—El fuego será una desafortunada consecuencia de una lámpara de aceite desatendida. Desatendida por culpa del suicidio. Quemado e irreconocible, por desgracia, pero los escribientes jurarán que es la sangre del propietario. Así es como trabajan, ¿no?

—Las venas de un hombre nunca mienten.

—Eso. Salvo que pueden.

—Cierto, si estás lo bastante chiflado como para drenar un cadáver y bombearle nueva sangre.

—Un ejercicio espeluznante, Bicho. Me alegro que estés por la labor.

La cara marchita de la trampilla había fruncido el ceño.

—¿Y Turble?

—Lo sacamos de la ciudad a la manera habitual. Siempre ha querido dedicarse a pescar. Pon a alguien en el túnel, por si sale disparado antes de lo que esperamos. Los vigilantes de Gerun serán nuestros mejores testigos. Oh, y cómo escupirá el finadd.

—¿Es una buena idea? —preguntó Bicho.

—No hay alternativa. Es el único hombre que puede detenerme. Así que voy yo a por él antes.

—Si se huele que es usted…

—Entonces soy hombre muerto.

—Y yo me quedo sin trabajo.

—Tonterías. Las muchachas seguirán. Además, eres mi beneficiario, de forma no oficial, por supuesto.

—¿Debería haberme dicho eso?

—¿Por qué no? Estoy mintiendo.

La cabeza de Bicho volvió a hundirse.

Tehol se acomodó de nuevo en la cama. *Bueno, ahora tengo que buscarme un ladrón. Uno bueno.*

¡Ah! Y conozco a la persona perfecta. Pobre chica…

—¡Bicho!

El destino de Shurq Elalle había empeorado. Nada que ver con su profesión, pues sus habilidades en el arte del robo eran legendarias entre los que vivían al margen de la ley. Una discusión con su casero que, por desgracia, escaló hasta un intento de asesinato por parte del hombre, al que ella, por supuesto (y con toda legalidad), respondió tirándolo por la ventana. La caída del desventurado hombre la había frenado, lamentablemente, un mercader que anadeaba por la calle en ese momento. El cuello del casero se rompió. El del mercader también.

Legítima defensa negligente con resultado de muerte de un inocente había sido la acusación. Cuatrocientos diques, reducidos a la mitad. En circunstancias normales, Shurq podría haber pagado la multa y el asunto habría terminado ahí. El problema fue que su discusión con el casero había sido por cierta provisión de oro que, de forma inexplicable, había desaparecido del escondrijo de Shurq. Sin un dique que poder poner a su nombre, la habían hecho desfilar hasta el canal.

Con todo, era una mujer que estaba en forma. Doscientos diques que hubiera podido manejar sin problemas si la cuerda de recuperación no se hubiera enganchado en las espinas de un lupo de veinte kilos que había salido a la superficie para echar un vistazo a la nadadora y después había vuelto a hundirse hasta el fondo, llevándose a Shurq con él.

Los lupos, si bien no eran muy comunes en el canal, solo comían varones. Nunca mujeres. Nadie sabía por qué.

Shurq Elalle se ahogó.

Pero resultó que había muertos y muertos. Sin que ella lo supiera, a Shurq la había maldecido una de sus víctimas en el pasado. Una maldición pagada en su totalidad y santificada por el templo vacío. Así que aunque sus pulmones se llenaron de agua sucia, aunque el corazón se le paró, así como todas las demás funciones discernibles de cuerpo y mente, allí se encontraba la ladrona cuando por fin la sacaron del canal, cubierta de barro, los ojos apagados y el blanco manchado por las venas estalladas y la sangre sin vida; en general, de lo más desdichada, aturdida e infeliz.

A partir de entonces, hasta los que vivían al margen de la ley y los indigentes la rehuyeron. Todos los vivos, de hecho. Pasaban a su lado como si fuera en realidad un fantasma, un recuerdo muerto.

Su cuerpo no se pudrió, aunque la palidez era de un enfermizo notable. Ni disminuyeron de ningún modo sus reacciones y valiosas habilidades. Podía hablar. Ver. Oír. Pensar. Nada de lo cual mejoró su humor demasiado.

Bicho la encontró donde Tehol había dicho que la encontraría. En un callejón detrás de un burdel. Escuchando, como hacía cada noche, los gemidos de placer (reales e improvisados) que salían de las ventanas de arriba.

—Shurq Elalle.

Unos ojos turbios y sin vida se clavaron en él.

—Yo no concedo placer alguno —dijo.

—Por desgracia yo tampoco en estos tiempos. Estoy aquí para traerte un contrato indefinido de mi amo.

—¿Y quién sería ese?

—Todavía no, me temo. Trabajo para un ladrón, Shurq.

—¿Qué necesidad tengo yo de riquezas?

—Bueno, eso dependería de su magnitud, imagino yo.

La ladrona salió del hueco en sombras donde se encontraba.

—¿Y qué imagina tu amo que yo deseo?

—Es negociable.

—¿Sabe que estoy muerta?

—Por supuesto. Y envía su pésame.

—¿Ah, sí?

—No, eso me lo he inventado.

—Ya nadie me contrata.

—Por eso sabía él que estarías disponible.

—A nadie le gusta mi compañía.

—Bueno, un baño no haría daño, pero está dispuesto a hacer concesiones.

—Hablaré con él.

—Muy bien. Se ha anticipado a tus deseos. A medianoche.

—¿Dónde?

—Un tejado. Con una cama.

—¿Él?

—Sí.

—¿En su cama?

—Eh… no estoy seguro de que tuviera eso en mente…

—Me alegro de oírlo. Puede que esté muerta, pero no soy fácil. Iré allí. A medianoche, hasta y cuarto. Nada más. Si puede convencerme en ese tiempo, estupendo. De lo contrario, que se aguante.

—Un cuarto de hora debería ser más que suficiente, Shurq.

—Eres tonto si tan seguro estás.

Bicho sonrió.

—¿Lo soy?

—¿Dónde está Bicho?

—Se reunirá con nosotros aquí. —Tehol se acercó al sofá y se acomodó en él, después levantó las piernas hasta que quedó reclinado. Miró a las tres mujeres—. Bueno, ¿qué es tan importante como para que deba arriesgarme a que me descubran por culpa de este temerario encuentro?

Shand se pasó una mano llena de callos por la cabeza afeitada.

—Queremos saber lo que has estado tramando, Tehol.

—Eso es —dijo Rissarh.

Hejun tenía los brazos cruzados y había un ceño en su cara cuando habló.

—No necesitamos ningún guardaespaldas.

—Ah, se me había olvidado. ¿Dónde está?

—Dijo que tenía unas pertenencias que recoger —contestó Shand—. Debería llegar en cualquier momento. No, las otras todavía no lo conocen.

—Ah, así que son escépticas a pesar de tu entusiasmo.

—No sería la primera vez que exagera —dijo Rissarh.

—Además —soltó Hejun de pronto—, ¿qué tiene eso que ver con ser guardaespaldas? Me da igual lo grande que tenga…

La puerta del almacén crujió y todo el mundo miró hacia allí.

La cara redonda de Ublala Pung se asomó con timidez al interior, justo por debajo del alero.

—¡Estimado señor! —exclamó Tehol—. ¡Entra, por favor!

El mestizo vaciló. Sus ojos pálidos aletearon entre Shand, Rissarh y Hejun.

—Hay… hay tres —dijo.

—¿Tres qué?

—Mujeres.

—Sí, desde luego —dijo Tehol—. ¿Y…?

Ublala frunció el ceño y apretó los labios en algo que se parecía mucho a un puchero.

—No te preocupes. —Tehol lo invitó a entrar con un gesto de la mano—. Prometo que te protegeré de ellas.

—¿En serio?

—Desde luego. Entra, Ublala Pung, y sé bienvenido.

El hombretón empujó la puerta un poco más y se metió dentro.

Estaba claro que las pertenencias de Ublala no incluían pantalones ni taparrabos. Estaba tan desnudo como lo había estado en el canal. Y no era que la ropa hubiera disimulado mucho sus atributos, comprendió Tehol tras un momento de descorazonada reflexión. *Bueno, eso da igual.*

—¿Tienes hambre? ¿Sed? Relájate, amigo mío. Deja la bolsa en el suelo… sí, ahí está bien. Siéntate, no, en el banco no, ni en la silla, terminarías con ellos puestos, cosa que, ahora que lo pienso… no, será mejor que no. Ublala, estas mujeres requieren un guardaespaldas. Supongo que has aceptado la oferta de Shand…

—Creía que solo era ella.

—¿Y eso importa mucho?

—Lo hace más difícil.

—Lo admito. Pero la mayor parte del tiempo estarás aquí… —La voz de Tehol se fue apagando cuando por fin se dio cuenta de algo: ni Shand, ni Rissarh ni Hejun se habían movido desde la llegada de Ublala, no habían dicho ni una sola palabra. *Oh, vamos, en serio…*

Nisall era la primera concubina del rey desde hacía tres años. El título no conllevaba ningún poder oficial, salvo el

que la personalidad de la mujer en cuestión pudiera lograr. Había habido variaciones considerables a lo largo de la historia, con frecuencia dependiendo de la fortaleza del rey del momento, así como de la reina y del canciller.

En esos momentos había seis concubinas en total, las otras eran jóvenes, hijas menores de familias poderosas. Inversiones potenciales en el futuro, estaban allí tanto para captar la atención del príncipe como la del rey. Al igual que los cuatro consortes de la reina se alojaban en un ala privada y aislada del palacio. Solo al primer consorte, Turudal Brizad, y a la primera concubina se les permitía entrar en contacto con otras personas aparte de los propios miembros de la realeza.

Brys Beddict se inclinó ante Nisall y después saludó a la preda Unnutal Hebaz. No le sorprendió encontrar a la primera concubina en la oficina de la preda. Nisall había decidido a quién confiar su lealtad mucho tiempo atrás.

—Paladín —sonrió la joven—. Unnutal y yo estábamos hablando de usted.

—Para ser exactas —dijo la preda—, estábamos especulando sobre el contenido de la conversación que tuvo con el finadd Gerun Eberict hoy.

—Preda, lamento el retraso en informarla.

—Un informe muy bien ensayado a estas alturas —dijo Nisall—, dado que ya se le ha pedido que se lo dé al primer eunuco y al ceda Kuru Qan. Así pues, permitiremos que su relato carezca de cierta animación.

Brys frunció el ceño con los ojos puestos en su comandante.

—Preda, se me ocurre que Gerun Eberict sigue siendo uno de sus oficiales a pesar de la licencia del rey. Me sorprende que no haya informado ya de los detalles de la conversación de hoy.

—¿Y quién dice que no lo ha hecho? —inquirió Unnutal. Después agitó la mano—. Una respuesta muy poco caritativa por mi parte. Mis disculpas, Brys. Ha sido un día muy largo.

—No necesita disculparse, preda. Lo que he dicho estaba fuera de lugar…

—Brys —lo interrumpió Nisall—. Ahora es el paladín del rey. Nunca habla fuera de lugar. Incluso ante el propio Ezgara. Disculpe la brusquedad de la preda. Las conversaciones con Gerun tienden a exasperar a cualquiera.

—Tiene cierto aire altanero —dijo Brys.

—Arrogancia pura y dura —soltó Unnutal de repente—. ¿No le dio motivo para llamarle la atención?

—No.

—Qué mala suerte —suspiró Nisall.

—Aunque creo que recibí una advertencia.

Las dos mujeres clavaron los ojos en él.

Brys se encogió de hombros.

—Se me recordó que su lista es un proyecto en curso.

—Se plantea matar a Buruk el Pálido.

—Eso creo. Se ha hecho consciente al primer eunuco de esa posibilidad.

—Bien —dijo Nisall y empezó a pasearse por la sala—, si se informara al rey de esas nuevas, quizá se sienta inclinado a retirar a Gerun de la delegación. Cosa que la reina y el canciller percibirán como una victoria.

—Las percepciones se pueden integrar en la estrategia —dijo Brys.

—Habla como un duelista —dijo Nisall—. Pero las ventajas que le proporciona a la reina la ausencia de Gerun quizá superen cualquier ventaja que pudiéramos elaborar nosotros. Además, sabemos que Buruk el Pálido procede según directivas del campo de la reina, así que su pérdida no nos hará ningún daño.

Brys se lo planteó, incómodo con esa forma tan desdeñosa de desechar la vida de un hombre.

—¿Qué tal le sienta a Buruk la carga?

—Tenemos un espía cerca de él, por supuesto —dijo la preda—. A ese hombre lo tortura su conciencia. Huye con néctar blanco, alcohol y disolutos placeres sexuales.

—La reina…

—Quiere la guerra —terminó Nisall por él con un brusco asentimiento—. Esa foca marina irresponsable, codiciosa y miope. La pareja perfecta del canciller más estúpido de la historia de Letheras. Y un príncipe corto de entendederas e influenciable que espera impaciente el momento de ocupar el trono.

Brys cambió de postura, incómodo.

—Quizá, si la conciencia de Buruk lo acosa, se le pueda influir en otra dirección.

—¿Bajo la mirada de halcón de Moroch Nevath? No creo.

El paladín entrecerró los ojos y miró a Nisall. Toda aquella conversación tenía un destino. Pero no estaba seguro de cuál era.

La preda suspiró.

—Gerun necesita añadir un nombre a su lista.

—¿Moroch Nevath?

—Y eso será difícil.

—Lo será. Ese hombre es muy particular. En todos los sentidos imaginables. Incorruptible, con un historial que está a su altura.

—¿Y a quién ha jurado lealtad ese hombre?

—Bueno, al príncipe, por supuesto. Pero la licencia del rey no incluye matar a la realeza.

—Pero su historial es mucho menos puro.

—Gerun no podría actuar directamente contra el príncipe —añadió Nisall—. Tendría que atacar de forma indirecta.

—Primera concubina, yo no entiendo muy bien los motivos de Gerun Eberict. No entiendo la naturaleza de su causa.

—Yo sí —dijo la preda—. Sé con toda exactitud lo que trama. Y creo que podemos ocuparnos de que aumente su lista.

—Lo que nos preocupa es —dijo Nisall— qué papel tendrá su antiguo finadd, Casco Beddict, durante el desarrollo de todo este asunto.

Brys apartó la mirada. Empezaba a sentirse asediado. Si no era un hermano, era el otro.

—Reflexionaré sobre ello.

—No tarde mucho, finadd —dijo Unnutal Hebaz.

—Un día o dos, quizá.

—De acuerdo. Hasta entonces, Brys.

—Buenas noches, preda. Primera concubina.

Después salió de la oficina.

En el pasillo, a cinco pasos de los dos soldados que hacían guardia ante la puerta por la que acababa de salir, detuvo sus pasos. Sin importarle los ojos curiosos que quedaban a su espalda, el paladín del rey se quedó inmóvil.

En las mentes de los dos guardias, tres títulos. Maestro de la espada, finadd y paladín del rey, todos motivo de envidia y admiración. Pero quizá en ese momento se preguntaban qué le pasaba. El modo en que permanecía allí, como si estuviera solo por completo en un mundo grande y abrumador. Era obvio que tenía los ojos clavados en un paisaje interior. Cansancio en los hombros. Quizá lo pensaron, pero si fue así, fue una empatía breve, efímera, sustituida de inmediato por esos sentimientos más duros, envidia y admiración. Y la brusca aserción que la habilidad suprema compraba muchas cosas, incluyendo el

aislamiento. Y ese hombre bien podía vivir con eso, maldita fuera.

—Aquí no hay sitio para el sentimiento —dijo Tehol—, es triste decirlo. Letheras es implacable. No podemos permitirnos cometer errores. Por el amor del Errante, Ublala, relájate. Te estás poniendo azul. De todos modos, como decía, Shand, es un descuido ser descuidado. En otras palabras, no podemos seguir viéndonos así.

—¿Practicas? —preguntó Rissarh.

—¿El qué?

Bicho carraspeó.

—Tengo una reunión mañana con los arquitectos reales.

—¡Por fin! —suspiró Shand desde donde se encontraba sentada a la mesa, masajeándose los ojos con los nudillos antes de continuar—. Que nosotras viéramos, no estaba pasando nada en ningún frente.

—Bueno —dijo Tehol—, esa es justo la impresión que queremos dar.

—Bien, pero esa es la impresión exterior. Se supone que no se aplica a nosotros, idiota. Si nosotras no estamos metidas en el plan, nadie lo está.

—Preparativos, Shand. Las bases. Esto no puede hacerse con prisas. Y ahora tengo que irme.

—¿Qué?

—Es tarde. Mi cama me llama. Arreglad una habitación para Ublala. Conseguidle algo de ropa. Quizá incluso un arma que sepa usar.

—¡No me dejes aquí! —gimió Ublala.

—Son negocios, nada más —le aseguró Tehol—. Aquí estás a salvo. ¿Verdad, Shand?

—Por supuesto —murmuró la mujer.

—Déjalo ya. O contrataré un guardaespaldas para nuestro guardaespaldas.

—Quizá Ublala tenga un hermano.

Tehol le hizo un gesto a Bicho para que lo siguiese cuando se dirigió a la puerta.

—Supongo que reuniones como esta son útiles. De vez en cuando.

—Sin duda —respondió Bicho.

Salieron a la calle. La multitud nocturna se afanaba en un constante ir y venir. Las tiendas permanecían abiertas hasta tarde en verano para aprovechar el frenesí de la estación. El calor provocaba agitación, que a su vez conducía a una cierta insaciabilidad. Según avanzaba la temporada, cuando las temperaturas se hacían insoportables, habría nervios enervados y deudas.

Tehol y Bicho abandonaron la calle principal que daba al canal y bajaron por varios callejones, poco a poco dejaron atrás a los compradores y se fueron encontrando entre los indigentes. Los llamaban voces que brotaban de las sombras. Niños desaliñados seguían a los dos hombres, unos cuantos estiraban las manos mugrientas para tirar de la falda de Tehol antes de salir corriendo entre carcajadas. No tardaron mucho en desaparecer ellos también y el camino quedó despejado.

—Ah, el grato silencio de nuestro barrio —dijo Tehol mientras se dirigían hacia su casa—. Es esa precipitación lo que siempre me inquieta. Como si el presente no tuviera fin.

—¿Es este su momento contemplativo? —preguntó Bicho.

—Lo era. Ahora ha terminado, por suerte.

Entraron en la casa y Tehol se dirigió directamente a la escalera de mano.

—Limpia este sitio mañana por la mañana.

—Recuerde que esta noche tendrá visita.

—¿No solo en mis sueños?

Tehol trepó hasta el tejado. Cerró la trampilla, se levantó y estudió las estrellas del cielo hasta que ella salió de la oscuridad de un lateral y habló.

—Llegas tarde.

—No, no llego tarde. Medianoche. Todavía falta un cuarto de hora.

—¿Ah, sí? Ah.

—¿Y cómo va la vida, Shurq? Perdona, no he podido resistirme.

—Y yo jamás había oído esa ocurrencia concreta. Es una existencia miserable. Día tras día, noche tras noche. Un paso delante del otro, un avanzar continuo hacia ningún lugar en concreto.

—¿Y estar muerta ha cambiado todo eso?

—No me hagas reír, Tehol Beddict. Expectoro cosas cuando me río. Quieres ofrecerme un contrato. ¿Para hacer qué?

—Bueno, un anticipo, en realidad.

—Empleo continuado. Rechacé todos los anticipos cuando estaba viva; ¿por qué habría de hacer otra cosa ahora?

—Seguridad laboral, por supuesto. Ya no eres joven. —Tehol se acercó a su cama y se sentó frente a ella—. De acuerdo. Piensa en los desafíos que te ofrezco. Tengo objetivos en mente que ningún ladrón vivo tocaría. De hecho, solo un mago supremo o alguien que está muerto podría derrotar las guardas y no dejar rastro. Yo no confío en los magos supremos, así que solo quedas tú.

—Hay otros.

—Otros dos, para ser exactos. Y ninguno de los dos es ladrón profesional.

—¿Cómo sabías que había otros dos?

—Sé muchas cosas, Shurq. Una es una mujer que le puso los cuernos a su marido, que, a su vez, se gastó los ahorros de su vida en la maldición que echó contra ella. La otra es una niña, origen de la maldición desconocido, que mora en los terrenos de la antigua torre que hay tras el palacio.

—Sí. Yo la visito de vez en cuando. No sabe quién la maldijo. De hecho, la niña no tiene ningún recuerdo de su vida.

—Es probable que sea una añadidura a la maldición original —caviló Tehol—. Pero es muy curioso, desde luego.

—Lo es. Medio pico era el precio de salida. ¿Cuánto por la hechicería necesaria para robarle los recuerdos?

—La mitad de eso, diría yo. Lo cual es mucho para hacérselo a una niña de diez años. ¿Por qué no limitarse a matarla y enterrarla en algún sitio alejado o tirarla al canal? —Se inclinó hacia delante—. Escucha, Shurq, incluiremos la investigación de ese misterio, sospecho que te interesa a pesar incluso de ti misma.

—No me importaría clavarle un cuchillo en el ojo a quien maldijera a la niña. Pero no tengo pistas.

—Ah, así que no has estado del todo apática, entonces.

—Nunca dije que lo estuviera, Tehol. Pero al no encontrar ningún rastro, admito que se redujo la motivación.

—Veré lo que puedo hacer.

La muerta ladeó la cabeza y lo contempló en silencio por un momento.

—En otro tiempo fuiste un genio.

—Muy cierto.

—Después lo perdiste todo.

—Eso es.

—Y con eso, es de suponer que hubo una pérdida similar de confianza.

—Oh, qué va, Shurq Elalle.

—Todo parte de tu plan diabólico.

—Todo plan digno de ese nombre es diabólico.

—No me hagas reír.

—Eso intento, Shurq. ¿Tenemos un trato?

—El secreto de la maldición contra esa niña no formaba parte del pago que pretendías darme por mis servicios, Tehol. ¿Qué más?

—Estoy abierto a sugerencias. ¿Quieres que se levante la maldición? ¿Anhelas la noche eterna? ¿La partida furtiva del alma que se te escabulle? ¿Quieres que se te resucite de verdad? ¿Que se te dé el regalo de la vida una vez más? ¿Venganza contra el que te maldijo?

—Eso ya lo he hecho.

—De acuerdo. Admito que no me sorprende. ¿A quién se culpó de ello?

—A Gerun Eberict.

—Oh, qué inteligente. Hablando de él…

—¿Es uno de tus objetivos?

—En gran medida.

—No me gusta el asesinato, por principio. Además, él ha matado a más de un bribón.

—No quiero que lo mates, Shurq. Solo que robes su fortuna.

—Gerun Eberict se ha ido haciendo cada vez más osado, eso es cierto.

—Todo un estorbo.

—Suponiendo que mantener el statu quo sea una empresa que merezca la pena.

—No hagas suposiciones, Shurq. Es más bien cuestión de quién está controlando la disolución del susodicho statu quo. El finadd está perdiendo el control de sus propios apetitos.

—¿Eres tú uno de sus objetivos, Tehol?

—No que yo sepa; todavía no, en cualquier caso. A ser posible en ningún momento.

—Sería todo un desafío derrotar las medidas de defensa de su hacienda.

—Estoy convencido.

—En cuanto a mi anticipo, no me interesa vivir otra vez. Ni estar muerta de modo definitivo. No, lo que quiero es que se me conceda la semejanza de vida.

Tehol alzó las cejas.

—Quiero que mi piel resplandezca con un vigor palpable. Quiero cierto encanto oscuro en mis ojos. Mi pelo necesita cuidados. Ropa nueva, un aroma a flores que persista a mi paso. Y quiero volver a sentir placer.

—¿Placer?

—Sexual.

—Quizá solo sean las compañías de las que te rodeas.

—No me hagas reír.

—O expectorarás cosas.

—No quieres saberlo, Tehol Beddict. Quizá también podamos hacer algo al respecto. Ese agua de río tiene ya tres años.

—Siento curiosidad. ¿Cómo te las arreglas para hablar sin aire?

—No lo sé. Puedo meter aire en la garganta. Empieza a secarse después de un rato.

—Lo he notado. De acuerdo, algunas de esas cosas se pueden lograr con bastante facilidad, aunque tendremos que ser prudentes. Otras, por ejemplo el despertar del placer, serán más problemáticas, como es obvio. Pero estoy seguro de que se podrá arreglar algo…

—No será barato.

—Estoy convencido de que Gerun Eberict estará encantado de pagarlo.

—¿Y si hay que invertir todo lo que tiene?

Tehol se encogió de hombros.

—Querida, el dinero no es la finalidad principal del ejercicio. Yo planeaba tirarlo al río.

La ladrona lo estudió por un momento más.

—Podría llevármelo yo —dijo después.

—No me hagas reír a mí, Shurq. En serio.

—¿Por qué?

—Porque es una risa muy contagiosa.

—Ah. Me parece bien.

—¿Y el anticipo? —preguntó Tehol.

—También me parece bien. Es de suponer que no querrás que te ande rondando.

—Bastarán encuentros a medianoche como este. Pásate por aquí mañana por la noche y haremos de ti una mujer nueva.

—Siempre que huela a nueva.

—No te preocupes. Conozco a las personas perfectas para la tarea que tenemos entre manos.

La ladrona bajó trepando por la pared exterior del edificio. Tehol se quedó al borde del tejado y observó su progreso, después, cuando la mujer alcanzó el callejón, se permitió poner los ojos en blanco. Se giró y se acercó a la cama.

Solo para oír voces abajo. Tonos sorprendidos de Bicho pero no alarma. Y en voz lo bastante alta como para advertir a Tehol por si Shurq todavía siguiera allí.

Tehol suspiró. La vida era mejor (más sencilla) solo unas cuantas semanas atrás. Cuando carecía de planes, estratagemas, objetivos. En pocas palabras, cuando no tenía

propósito alguno. Una modesta conmoción y de repente todo el mundo quería verlo.

Crujidos en la escalera y después apareció una figura oscura.

Tehol tardó un momento en reconocerlo y alzó las cejas un instante antes de que el otro se adelantara.

—Vaya, esto sí que es inesperado.

—Tu criado parecía convencido de que estarías despierto. ¿Cómo es eso?

—Querido hermano, los talentos de Bicho son sobrenaturales en modo extremo.

Brys se acercó a la cama y la estudió por un momento.

—¿Qué pasa cuando llueve?

—Por desgracia me veo obligado a retirarme a la habitación de abajo. Y sufrir allí los incesantes ronquidos de Bicho.

—¿Es eso lo que te ha empujado a dormir en el tejado?

Tehol sonrió, después se dio cuenta de que no era muy probable que Brys pudiera ver esa sonrisa en la oscuridad. Decidió que era lo mejor.

—Paladín del rey. Una negligencia por mi parte, no te he felicitado. Por tanto, felicidades.

Brys estaba inmóvil.

—¿Con qué frecuencia visitas la cripta? ¿La visitas?

Tehol se cruzó de brazos y desvió la mirada hacia el canal que corría más abajo. Un destello manchado de estrellas reflejadas que se arrastraba por la ciudad.

—Hace años, Brys.

—¿Desde la última vez que fuiste?

—Desde que murieron. Todos tenemos formas diferentes de honrar su recuerdo. ¿La cripta familiar? —Se encogió de hombros—. Una habitación hundida de muros de piedra que no contiene nada de importancia.

—Entiendo. Siento curiosidad, Tehol; con exactitud, ¿cómo honras tú su memoria estos días?

—No tienes ni idea.

—No, no la tengo.

Tehol se frotó los ojos, acababa de darse cuenta de lo cansado que estaba. Pensar se estaba convirtiendo en un ejercicio voraz que consumía todas sus energías, lo que lo llevó a admitir que le faltaba práctica. No solo pensar, claro. El cerebro también hacía otras cosas, algunas incluso más agotadoras. El retorno de los hermanos, de relaciones distanciadas largo tiempo atrás, veía la pulida armadura antigua lucida una vez más, armas de las que se echaba mano, viejas posturas que otrora se creían abandonadas resultaban haber estado solo dormidas.

—¿Estamos en fiesta, Brys? ¿Me he perdido algo? Si tuviéramos primos, tíos y tías, sobrinos y sobrinas, podríamos repetir las rutinas familiares. Rodear una y otra vez las sillas vacías donde se sentaron una vez nuestra madre y nuestro padre. Y podríamos hacer de nuestro lenguaje algo tácito de un modo que imitara otra verdad, que los muertos hablan en silencio y por tanto nunca nos dejan en paz…

—Necesito tu ayuda, Tehol. —Levantó la cabeza pero no pudo distinguir la expresión de su hermano en la penumbra —. Es Casco —continuó Brys—. Va a hacer que lo maten.

—Dime —lo interrumpió Tehol—, ¿te has preguntado alguna vez por qué ninguno de nosotros ha encontrado esposa?

—Yo estaba hablando de…

—Es muy sencillo, en realidad. Hay que echarle la culpa a nuestra madre, Brys. Era demasiado inteligente. Que el Errante nos lleve, me he quedado corto. No era padre el que manejaba las inversiones.

—Y tú eres digno hijo suyo, Tehol. Más que Casco y yo, con mucho. Cada vez que te miro, cada vez que te escucho, tengo que esforzarme para seguir tus razonamientos. Pero no veo cómo eso…

—Nuestras expectativas residen en las nubes, Brys. Oh, lo intentamos. Todos nosotros lo hemos intentado, ¿verdad?

—Maldita sea, Tehol, ¿adónde quieres llegar?

—A Casco, por supuesto. De él has venido a hablar, ¿no? Bien. Conoció a una mujer. Tan inteligente como nuestra madre, a su manera. O más bien, ella lo encontró a él. El mayor regalo que ha recibido Casco, pero él ni siquiera supo lo que era cuando lo tenía justo ahí, en sus manos.

Brys se acercó más y levantó las manos como si fuera a coger a su hermano por la garganta.

—Tú no lo entiendes —dijo, la voz se le quebraba de la emoción. Tras un momento, dejó caer las manos—. El príncipe hará que lo maten. O, si no es el príncipe, entonces el primer eunuco si Casco hablara contra el rey. ¡Pero espera! —Se rió sin ganas—. ¡También está Gerun Eberict! ¡Que también se presentará allí! ¿Me he dejado a alguien? No estoy seguro. ¿Importa acaso? Casco estará en el parlamento. El único cuyos motivos se desconocen, nadie los sabe. Tú no puedes hacer tu jugada si un desconocido se mete en el último momento, ¿no?

—Tranquilízate, hermano —dijo Tehol—. Estaba llegando adonde pretendía.

—¡Bueno, pues yo no lo veo!

—Más bajo, por favor. Casco la encontró y después la perdió. Pero ella sigue allí, eso está claro. Seren Pedac, Brys. Ella lo protegerá…

Brys lanzó un gruñido y se dio la vuelta.

—¿Como madre protegió a padre?

Tehol se estremeció y después suspiró.

—Circunstancias atenuantes…

—¡Y Casco es digno hijo de nuestro padre!

—Me preguntaste hace un momento cómo honro la memoria de nuestros padres. Puedo decirte una cosa, Brys. Cuando te veo. Tu postura. La elegancia mortal, tu habilidad, que te enseñaron sus manos, bueno, no me hacen falta recuerdos. Él se alza ante mí, ahora mismo. Más que con Casco, mucho más. Y me arriesgo a decir que yo soy, como tú dices, como ella. Así pues —abrió las manos con gesto indefenso—, tú pides ayuda pero no quieres oír lo que te digo. ¿Hay que recordar el destino de nuestros padres? ¿Tiene que haber memoria, Brys? Aquí estamos, tú y yo, y representamos una vez más las viejas torturas familiares.

—Describes, entonces —dijo su hermano con voz ronca—, nuestra perdición.

—Ella podría haberlo salvado, Brys. Si no hubiera sido por nosotros. Por el miedo que tenía por nosotros. El juego entero de la deuda, ideado con tanta habilidad para atrapar a padre, ella podría haberlo destrozado, salvo que, como yo, no podía ver el mundo que se alzaría de las cenizas. Y, al no ver nada, tuvo miedo.

—¿Sin nosotros, entonces, ella lo habría salvado, habría impedido ese momento de cobardía suprema?

Brys lo miraba con los ojos brillantes.

—Eso creo —respondió Tehol—. Y de ellos hemos aprendido nosotros la lección de la vida. Tú elegiste la protección de la Guardia del Rey, y ahora el papel de paladín. Donde la deuda no te hallará jamás. En cuanto a Casco, él se fue, se alejó del oro y de sus trampas letales, y buscó el honor en salvar a las personas. E incluso cuando eso falló… ¿de veras imaginas que Casco se plantearía jamás suicidarse? La cobardía de nuestro padre fue una traición, Brys. De la peor clase.

—¿Y qué hay de ti, Tehol? ¿Qué lección estás viviendo tú ahora?

—La diferencia entre nuestra madre y yo es que yo no tengo carga alguna. No hay hijos. Así que, hermano, creo que yo terminaré logrando lo que ella no pudo, a pesar de su amor por padre.

—¿Vistiéndote con harapos y durmiendo en el tejado?

—La percepción impone expectativas, hermano. —Y creyó ver una sonrisa irónica en su hermano.

—Con todo, Tehol, Gerun Eberict no está tan engañado como tú podrías creer. Como, admito, lo estaba yo.

—¿Hasta esta noche?

—Supongo.

—Vete a casa, Brys —dijo Tehol—. Seren Pedac guarda las espaldas de Casco y continuará haciéndolo por mucho que discrepe de lo que sea que él intenta hacer. La chica no puede evitarlo. Hasta los genios tienen defectos.

Otra sonrisa.

—¿Incluso en tu caso, Tehol?

—Bueno, estaba generalizando para tranquilizarte. Yo nunca me incluyo en mis propias generalizaciones. Siempre soy la excepción que confirma la regla.

—¿Y cómo te las arreglas para hacer eso?

—Bueno, el que define las reglas soy yo, por supuesto. Es mi juego particular, hermano.

—Por el Errante, a veces te odio, Tehol. Escucha. No subestimes a Gerun Eberict…

—Yo me ocuparé de Gerun. Y ahora, ¿es de suponer que te siguieron hasta aquí?

—No se me había ocurrido. Sí, es muy probable. ¿Crees que nuestras voces llegaron hasta ellos?

—No a través de las guardas que levanta Bicho cada noche antes de irse a dormir.

—¿Bicho?

Tehol dio a su hermano una palmada en la espalda y lo guió hacia la trampilla.

—En general es un inútil. Nos pasamos la vida buscando talentos ocultos, un ejercicio que garantiza una diversión sin fin. Para mí, por lo menos.

—¿No embalsamó a nuestros padres? Ese nombre…

—Ese era Bicho. Fue entonces cuando lo conocí y vi de inmediato su falta de potencial. La entrada se puede ver en secreto desde un solo lugar y no otro, Brys. En circunstancias normales no podrías acercarte sin que te detectaran. Y luego habría una persecución, que es enrevesada y con grandes probabilidades de fracasar por tu parte. Tendrás que matar al tipo, uno de los tipos de Gerun, sospecho. Y no en un duelo. Una ejecución pura y dura, Brys. ¿Te sientes con ánimos?

—Por supuesto. Pero has dicho que no había forma de acercarse que…

—Ah, bueno, se me olvidó mencionar nuestro túnel.

Brys hizo una pausa ante la trampilla.

—Tenéis un túnel.

—Mantener a Bicho ocupado es una tarea eterna.

A cinco pasos todavía de la zona sombría de la pared del almacén que ofrecía el único escondite con una visión clara de la puerta de la casa de Tehol, Brys Beddict se detuvo. Tenía los ojos acostumbrados a la oscuridad y vio que allí no había nadie.

Pero podía oler la sangre. Un olor metálico y denso.

Sacó la espada y se acercó.

Ningún hombre podría haber sobrevivido a semejante pérdida. Era un charco negro en los adoquines, reticente a

filtrarse por las ranuras que quedaban entre las piedras. Una garganta abierta, la herida dejada para que drenase antes de que se llevaran el cadáver arrastrándolo. Y el rastro era claro, dos surcos dejados por los talones, junto a la pared del almacén, giraban en la esquina y se perdían.

El finadd se planteó seguirlos.

Después, al ver una única huella, trazada en polvo seco sobre el polvo, cambió de opinión.

La huella dejada por un niño. Descalzo. Y se llevaba a rastras al muerto.

Todas las ciudades tenían su oscuridad, habitantes que merodeaban solo de noche inmersos en su propia partida de depredador y presa. Brys sabía que no era su mundo y tampoco deseaba dar caza a sus secretos. Esas horas pertenecían al cuervo blanco, y se las podía quedar con todas su bendiciones.

Giró hacia el otro lado y emprendió el camino de regreso al palacio.

La mente formidable de su hermano no había estado ociosa, al parecer. Su indiferencia no era más que un amago. Lo que convertía a Tehol en un hombre muy peligroso. *Gracias al Errante que está de mi parte…*

Porque está de mi parte, ¿verdad?

El antiguo palacio, que pronto se iba a abandonar por completo en favor del Domicilio Eterno, se levantaba en una colina hundida, el edificio en sí a cien pasos de las orillas del río, inciertas según las estaciones. Varias secciones de un muro alto indicaban que había habido un recinto en otro tiempo que se extendía desde el palacio hasta el río y en el que un surtido de estructuras se había aislado a todos los efectos del resto de la ciudad.

Aunque no tanto para reclamar su propiedad, puesto que las estructuras en cuestión precedían incluso a la fundación del Primer Imperio. Quizá esos constructores originales habían sabido reconocer de algún modo algo que rayaba en lo sagrado en esos terrenos, aunque, por supuesto, no tenían nada de santo para los colonizadores. Otra posibilidad era que los primeros letherii poseían un saber arcano más completo (secretos desde entonces perdidos) que los incitaba a honrar las viviendas jaghut y la única y diferente torre que se alzaba entre ellos.

La verdad se había derrumbado junto con los muros del recinto y no había respuestas que tamizaran el polvo de mortero derruido y los copos de esquisto exfoliado. La zona, si bien ya no estaba sellada, se evitaba por costumbre. La tierra en sí no valía nada, en virtud de una proclamación real de seis siglos de antigüedad que prohibía la demolición de las antiguas estructuras y su subsiguiente reasentamiento. Cada recusación legal o cada simple investigación sobre esa proclamación se desechaba de forma sumaria sin ni siquiera permitir un recurso ante los tribunales.

Todo eso estaba muy bien. Los lectores cualificados de las losas de las Fortalezas sabían bien lo que significaba aquella torre achaparrada, cuadrada e inclinada con sus terrenos arrugados y cubiertos de maleza. Y también las moradas jaghut, representativas como eran de la Fortaleza de Hielo. Muchos sostenían que la torre Azath era la primera estructura de todas que habían levantado los Azath en ese mundo.

Desde su nueva perspectiva, Shurq Elalle era menos escéptica de lo que podría haber sido en otro tiempo. Los terrenos que rodeaban a la maltratada torre de piedra gris ejercían una atracción ominosa sobre la ladrona muerta. Allí había parientes, pero no de sangre. No, era la familia de los

no muertos, de aquellos que no podían o no querían entregarse a la nada y el olvido. En el caso de los enterrados en la tierra aterronada y entreverada de arcilla que rodeaba la torre, sus tumbas eran prisiones. Los Azath no renunciaban a sus hijos.

Percibía también que había criaturas vivas enterradas allí, la mayor parte se habían vuelto locas tras siglos y siglos atrapadas por raíces antiguas que no los soltaban. Otras permanecían envueltas en un silencio ominoso, inmóviles, como si aguardaran el fin de la eternidad.

La ladrona se acercó a los terrenos prohibidos que había tras el palacio. Vio la torre Azath, el tercer piso y el más alto sobresalían sobre los muros curvados de las moradas jaghut. Ni una sola de las estructuras se alzaba recta del todo. Todas estaban ladeadas de alguna forma, la arcilla de la superficie inferior sobresalía por debajo de su inmenso peso o bien las lentes de arena se las había llevado una escorrentía subterránea. Las enredaderas habían trepado por los lados en redes caóticas, aunque las que se habían extendido hacia la torre Azath habían muerto allí, marchitas contra las piedras de los cimientos, entre hierbas amarillentas.

A Shurq no le hacía falta ver el rastro de sangre para poder seguirlo. El olor impregnaba el bochornoso aire nocturno, vetas invisibles que cabalgaban en las corrientes, y ella persiguió su estela hasta que llegó a la pared baja y torcida que rodeaba la torre Azath.

Justo detrás, en la base de un árbol retorcido, se había sentado la niña Tetera. Nueve o diez años… para siempre. Desnuda, la piel pálida y sucia, el cabello largo enredado con coágulos de sangre. El cadáver que tenía delante ya estaba medio hundido bajo la tierra, algo lo arrastraba a la oscuridad.

¿Para alimentar a los Azath? ¿O a algún habitante voraz? Shurq no tenía ni idea. Y tampoco le importaba. Los terrenos se tragaban los cuerpos y eso siempre era útil.

Tetera levantó la cabeza, unos ojos negros reflejaron, apagados, la luz de las estrellas. Había mohos que, si se descuidaban, podían cegar, y la película era densa sobre los ojos muertos de la niña, que se levantó poco a poco y se acercó.

—¿Por qué no quieres ser mi madre?

—Ya te lo he dicho, Tetera. No soy la madre de nadie.

—Esta noche te he seguido.

—Siempre me estás siguiendo —contestó Shurq.

—Justo después de que dejaras ese tejado, llegó otro hombre a la casa. Un soldado. Y lo estaban siguiendo.

—¿Y a cuál de los dos mataste tú?

—Bueno, pues al que lo seguía, por supuesto. Soy una niña buena. Cuido de ti. Igual que tú cuidas de mí…

—Yo no cuido de nadie, Tetera. Tú estabas muerta mucho antes de que lo estuviera yo. Vivías aquí, en estos terrenos. Yo solía traerte cuerpos.

—Nunca los suficientes.

—No me gusta matar. Solo cuando no tengo alternativa. Además, yo no era la única que empleaba tus servicios.

—Sí que lo eras.

Shurq se quedó mirando a la niña durante unos minutos.

—¿Lo era?

—Sí. Y querías saber mi historia. Todos los demás huyen de mí, igual que huyen de ti ahora. Salvo ese hombre del tejado. ¿Es otro que tampoco se parece a nadie?

—No lo sé, Tetera. Pero ahora trabajo para él.

—Me alegro. Los adultos deberían trabajar. Ayuda a llenar sus mentes. Las mentes vacías son malas. Peligrosas. Se llenan solas. Con cosas malas. Nadie es feliz.

Shurq ladeó la cabeza.

—¿Quién no es feliz?

Tetera agitó una mano mugrienta y señaló el desorganizado patio.

—Agitados. Todos ellos. No sé por qué. La torre ahora suda todo el tiempo.

—Te traeré un poco de agua salada —dijo Shurq—, para los ojos. Necesitas lavarlos.

—Puedo ver sin problemas. Ahora con algo más que los ojos. Veo con la piel. Y saboreo. Y sueño con la luz.

—¿Qué quieres decir?

Tetera se apartó unos mechones ensangrentados de pelo de la cara en forma de corazón.

—Cinco de ellos están intentando salir. No me gustan esos cinco, no me gusta la mayoría de ellos, pero sobre todo esos cinco. Las raíces se están muriendo. Yo no sé qué hacer. Susurran que me van a hacer pedazos. Pronto. Yo no quiero que me hagan pedazos. ¿Qué debería hacer?

Shurq se quedó callada.

—¿Cuánto percibes de los Enterrados, Tetera? —preguntó después.

—La mayor parte no me habla. Han perdido la cabeza. Otros me odian por no ayudarles. Algunos ruegan y suplican. Hablan a través de las raíces.

—¿Hay alguno que no te pida nada?

—Algunos callan siempre.

—Habla con ellos. Encuentra otra persona con quien hablar, Tetera. Alguien que pueda ayudarte. —*Otra persona que sea tu madre… o tu padre*—. Pide opiniones, sobre todas y cada una de las cosas. Si después queda uno que no intente complacerte, que no intente manipular tus deseos para que lo liberes, y que no siente lealtad por los otros, me hablarás de ese. Me dirás todo lo que sepas. Y yo te

aconsejaré lo mejor que pueda, no como una madre, sino como una compañera.

—De acuerdo.

—Bien. Bueno, he venido aquí por otra razón, Tetera. Quiero saberlo, ¿cómo mataste a ese espía?

—Le atravesé la garganta de un mordisco. Es lo más rápido, y me gusta la sangre.

—¿Por qué te gusta la sangre?

—En el pelo, para apartarlo de la cara. Y huele a algo vivo, ¿no? Me gusta ese olor.

—¿A cuántos matas?

—Montones. El terreno los necesita.

—¿Por qué los necesita el terreno?

—Porque se está muriendo.

—¿Muriendo? ¿Y qué pasaría si se muere, Tetera?

—Saldrá todo.

—Ah.

—A mí me gusta esto.

—Tetera, de ahora en adelante —dijo Shurq—, yo te diré a quién matar; no te preocupes, debería haber de sobra.

—Está bien. Es muy amable por tu parte.

Entre los cientos de criaturas enterradas en los terrenos de la Azath, solo una era capaz de escuchar la conversación entre las dos no muertas de la superficie. La Azath estaba renunciando a su dominio sobre este habitante, no por debilidad sino por necesidad. El Guardián estaba cualquier cosa salvo preparado. De hecho, quizá nunca estuviera preparado. Hasta la elección en sí era defectuosa, otro signo más de un poder que vacilaba, de los años que se acercaban furtivos para reclamar la estructura de piedra más antigua del reino.

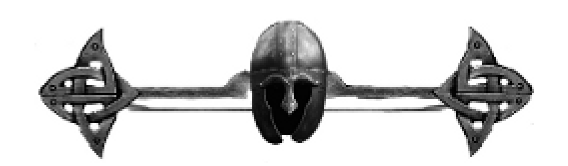
La torre Azath se estaba muriendo de verdad. Y la desesperación la obligaba a desviarse por caminos sin precedentes.

Había que elegir entre todos los prisioneros. Y los preparativos estaban en marcha, lentos como el avance de las raíces por la piedra, pero igual de inexorables. Pero había muy poco tiempo.

La urgencia era un grito silencioso que desangraba la torre Azath. Cinco criaturas emparentadas, tomadas y retenidas desde la época de los k'chain che'malle, ya casi habían alcanzado la superficie.

Y no era buena señal, pues eran toblakai.

5



Contra la frente como el trueno,
donde el yo mora entre los ojos,
bajo el golpe el hueso se hizo pedazos,
y el alma fue arrancada
para retorcerse en las garras
de una incumplida venganza…

La última noche de Ojodesangre
Autor desconocido
(recopilado por estudiosos tiste andii de Coral Negro)

La risa de la sombra era profunda, un sonido que prometía locura a todos los que la oían. Udinaas dejó caer la red de los dedos, se echó hacia atrás y se apoyó en la roca

calentada por el sol. Guiñó los ojos y miró al cielo brillante. Estaba solo en la playa, las olas picadas de la bahía se extendían ante él. Solo salvo por el espectro que lo perseguía cada momento del día.

Conjurado y luego olvidado. Vagabundo, una huida eterna del sol, pero siempre había sitios en los que esconderse.

—Para ya —dijo Udinaas al tiempo que cerraba los ojos.

—*¿Pero por qué? Huelo tu sangre, esclavo. Se enfría. Una vez conocí un mundo de hielo. Después de que me mataran, sí, después. Incluso la oscuridad tiene fallos, y así fue como me robaron. Pero tengo sueños.*

—Eso es lo que siempre dices. Entonces síguelos, espectro, y déjame a mí en paz.

—*Yo tengo sueños y tú no entiendes nada, esclavo. ¿Me complacía servir? Nunca, jamás de los jamases, nunca. Te estoy siguiendo a ti.*

Udinaas abrió los ojos y se quedó mirando la franja de sombra que quedaba entre dos rocas, de allí salía la voz. Pulgas de arena se escabullían y salían disparadas por la piedra que lo flanqueaba, pero del espectro en sí no había señal visible.

—¿Por qué?

—*¿Por qué siempre por qué? Lo que tú arrojas me llama, esclavo. Tú prometes un viaje digno de ese nombre, ¿sueñas con jardines, esclavo? Sé que sí, lo huelo. Medio muertos y repletos de malas hierbas, ¿por qué no? No hay forma de huir. Así que, con mis sueños, me sirve para servir. Sirve para servir. ¿Acaso no fui otrora tiste andii? Creo que lo era. Asesinado y lanzado al barro, hasta que llegó el hielo. Después quedé suelto de repente, después de tanto tiempo, para servir a mis asesinos. Los que me esclavizaron, cuya*

diligencia después vaciló. ¿Susurramos sobre traidores, esclavo?

—¿Quieres negociar?

—*Grito cuando me llamas, llámame Marchito. Tengo sueños. Dame lo que arrojas. Dame tu sombra y yo me convertiré en la tuya. Tus ojos en la nuca, a quien nadie más puede ver ni oír, a menos que adivinen y tengan poder, pero ¿por qué iban a adivinar? Eres un esclavo. Que se porta bien. Asegúrate de portarte bien, esclavo, hasta el momento en que traiciones.*

—Creí que se suponía que los tiste andii eran adustos y desdichados. Y, por favor, Marchito, se acabaron las rimas.

—*De acuerdo, una vez que me des tu sombra.*

—¿Pueden verte otros espectros? Los de Hannan Mosag…

—*¿Ese zoquete? Me ocultaré en la que arrojas de forma natural. Oculto. Nunca hallado. Ves, nada de rimas. Éramos osados en esos tiempos, esclavo. Soldados en una guerra, una invasión. Empapados en la sangre fría de los k'chain che'malle. Seguíamos al hijo menor de la propia madre Oscuridad. Y fuimos testigos.*

—¿De qué?

—*De cómo Ojodesangre traicionó a nuestro líder. De la daga que se clavó en la espalda de nuestro señor. Yo mismo caí víctima de una espada empuñada por un tiste edur. Inesperada. Matanza repentina. No tuvimos ninguna posibilidad. Ni una sola posibilidad.*

Udinaas hizo una mueca y estudió las olas que se agitaban y luchaban con la corriente que brotaba del río.

—Los edur afirman que fue al revés, Marchito.

—*¿Entonces por qué estoy yo muerto y ellos vivos? ¿Si ese día hubiéramos tendido nosotros la emboscada?*

—¿Cómo habría de saberlo yo? Bien, si tienes intención de acechar en mi sombra, Marchito, debes aprender a estar

callado. A menos que yo hable contigo. Silencioso, vigilante y nada más.

—*Antes, esclavo, tú debes hacer algo por mí.*

Udinaas suspiró. La mayor parte de los nobles edur estaban en la ceremonia de enterramiento del pescador asesinado, junto con media docena de parientes del beneda, ya que la identidad del edur por fin se había determinado. Menos de una docena de guerreros permanecían en el complejo, a su espalda. Los espectros de sombra parecían hacerse más osados en tales momentos y salían para revolotear por los terrenos, entre las casonas y por los muros de la empalizada.

Se lo había preguntado con frecuencia. Pero en ese momento, si había que creer a Marchito, tenía su respuesta. *Esos espectros no son parientes ancestrales de los edur mortales. Son tiste andii, las almas atadas de los asesinados. Y yo, que estaba desesperado por conseguir aliados…*

—Muy bien, ¿qué deseas que haga, Marchito?

—*Antes de que los mares se alzaran en este lugar, esclavo, la ensenada Hasana era un lago. Al sur y al oeste la tierra se extendía para unirse con la punta más occidental de Límite. Una llanura inmensa, sobre la que los últimos miembros de mi pueblo fueron masacrados. Camina por la orilla que tienes ante ti, esclavo. Hacia el sur. Hay algo mío, debemos encontrarlo.*

Udinaas se levantó y se sacudió la arena de los bastos pantalones de lana. Miró a su alrededor. Tres esclavos de la ciudadela del rey hechicero habían bajado a la desembocadura del río y golpeaban ropa contra las rocas. Un único bote de pesca había salido al agua, pero estaba lejos.

—¿Cuánto he de caminar?

—*Se encuentra cerca.*

—Si se percibe que me estoy alejando demasiado, me matarán al instante.

—*No está lejos, esclavo…*

—Me llamo Udinaas, y así te dirigirás a mí.

—*¿Reclamas el privilegio del orgullo?*

—Soy algo más que un esclavo, Marchito, como bien sabes.

—*Pero debes comportarte como si no lo fueras. Te llamo «esclavo» para recordártelo. Si fracasas y no los engañas, el dolor que te infligirán en su búsqueda de todo lo que les ocultas no conocerá medida…*

—Basta. —Bajó hasta la orilla. El sol arrojó su sombra a su paso, alargada y monstruosa.

Las grandes olas habían construido una extensión jorobada de arena sobre las piedras, sobre ella yacían marañas de algas y un buen montón de detritos. Al adentrarse en esa elevación alargada, a un solo paso, había una depresión llena de guijarros resbaladizos y rocas.

—¿Por dónde debería mirar?

—*Entre las piedras. Un poco más allá. Tres, dos pasos. Sí. Aquí.*

Udinaas miró al suelo y examinó la zona.

—No veo nada.

—*Excava. No, a tu izquierda, esas rocas, muévelas. Esa. Ahora, un poco más hondo. Ahí, sácalo.*

Un bulto deforme que le pesaba en la mano. De la longitud de un dedo y ahusado por un extremo, las gruesas calcificaciones se habían tragado el objeto de metal del interior.

—¿Qué es?

—*Una punta de flecha, esclavo. Cientos de milenios, arrastrándose hasta esta orilla. El paso de las eras se mide*

por la casualidad. El vaivén profundo de las mareas, la sucesión de tormentas caprichosas. Así es como se mueve el mundo...

—¿Cientos de milenios? No quedaría nada…

—*Una hoja de simple hierro sin investidura de hechicería desde luego que se habría desvanecido. La punta de flecha permanece, esclavo, porque no va a rendirse. Debes ir agrietando todo lo que la rodea. Debes resucitarla.*

—¿Por qué?

—*Tengo mis razones, esclavo.*

No había nada agradable en aquello, pero Udinaas se irguió y se metió el bulto en la saquita del cinturón. Después regresó con sus redes.

—No seré —murmuró— la mano de tu venganza.

La risa de Marchito lo siguió en el crujido de las piedras.

Había humo flotando sobre las tierras bajas, como nubes a las que se hubiera arrastrado casi hasta el suelo, hechas jirones por las copas oscuras de los árboles.

—Un funeral —dijo Binadas.

Seren Pedac asintió. No había habido tormentas y, además, el bosque estaba demasiado mojado para alimentar un incendio. La práctica edur del enterramiento suponía la construcción de un túmulo que después se cubría con una pira. El calor intenso horneaba el cuerpo recubierto de monedas como si fuera arcilla y manchaba de rojo las piedras del túmulo. Los espectros de sombra bailaban entre las llamas, se retorcían hacia el cielo con el humo y persistían mucho tiempo después de que se hubieran ido los dolientes.

Seren sacó su cuchillo y se agachó para raspar el barro de sus botas. A ese lado de las montañas el tiempo se

arrastraba a diario desde el mar para derramar lluvia y bruma en oleadas perniciosas. Tenía la ropa completamente empapada. Tres veces desde esa mañana las cargadísimas carretas se habían salido de la pista, una de esas veces la carreta había aplastado a un nerek bajo las sólidas ruedas de bordes de hierro.

Se irguió, limpió el cuchillo entre dos dedos enguantados y después lo volvió a envainar al costado.

Todo el mundo estaba de mal humor. Buruk el Pálido no había salido de su carreta en dos días, ni tampoco sus tres concubinas nerek mestizas. Pero al fin habían terminado el descenso y por delante quedaba una pista amplia y casi llana que llevaba a la aldea de Hannan Mosag.

Binadas permaneció allí y observó la última carreta que se apartaba de la pendiente, Seren percibió la impaciencia del edur. Alguien había muerto en su aldea, después de todo. Miró entonces a Casco Beddict, pero en él no pudo percibir nada. Se había metido en sí mismo, como si construyera reservas en anticipación de lo que estaba por venir. O igual de posible era que estuviera luchando por reforzar una resolución que se derrumbaba. Seren parecía haber perdido su habilidad para leerlo. Un dolor sufrido sin pausa y durante tanto tiempo podía terminar convirtiéndose en una máscara.

—Binadas —dijo Seren—, los nerek necesitan descansar. El trayecto que nos queda carece de obstáculos. No hay necesidad de que permanezcas con nosotros como escolta. Regresa con tu pueblo.

El hombre entrecerró los ojos, el ofrecimiento le había parecido sospechoso.

Seren no añadió nada más. El edur creería lo que quisiera creer, después de todo, por muy sincera que fuese su intención.

—Está en lo cierto —dijo Casco—. No quisiéramos que te sintieras obligado, Binadas.

—Muy bien. Informaré a Hannan Mosag de vuestra llegada inminente.

Observaron al edur que partía por la pista. En unos momentos los árboles se lo habían tragado.

—¿Lo ves? —le preguntó Casco.

—Vi solo deseos y obligaciones en conflicto —respondió Seren y le dio la espalda.

—Solo, entonces, lo que quisiste ver.

El encogimiento de hombros de Seren fue cansado.

—Oh, Casco, eso es lo que hacemos todos.

Él se acercó un poco más.

—Pero no tiene que ser así, corifeo.

Sorprendida, Seren se encontró con su mirada y se preguntó qué sería la repentina impaciencia que veía allí.

—¿Cómo se supone que he de responder a eso? —preguntó—. Somos todos como soldados, agazapados tras las fortificaciones que hemos levantado. Tú harás lo que crees que debes, Casco.

—¿Y tú, Seren Pedac? ¿Qué rumbo te aguarda a ti?

Siempre el mismo rumbo.

—Los tiste edur no son tuyos para que los uses. Puede que escuchen, pero no van a seguirte porque sí.

Él se apartó.

—No tengo expectación alguna, Seren, solo temores. Deberíamos reanudar el viaje.

La corifeo miró a los nerek. Permanecían sentados o agachados cerca de las carretas, el vapor se elevaba de sus espaldas. Sus expresiones eran vagas, extrañamente indiferentes al compañero muerto que habían dejado atrás, en su tumba improvisada de barro lleno de huecos, rocas y raíces. ¿Cuánto se le podía quitar a un pueblo antes de que

empezaran a despojarse ellos de todo? La empinada ladera de la disolución comenzaba con un resbalón, solo para convertirse en una carrera despeñada.

Los letherii creían en verdades frías. El impulso era una avalancha y nadie tenía el privilegio de apartarse. La división entre la vida y la muerte se medía en empujones graduales para alcanzar una posición en medio de un progreso que todo lo devoraba. Nadie podía permitirse la compasión. Por tanto, nadie la esperaba tampoco de los demás.

Vivimos en tiempos hostiles. Claro que, todos son tiempos hostiles.

Empezó a llover otra vez.

Mucho más al sur, más allá de las montañas que acababan de cruzar, se estaba planeando la caída de los tiste edur. Y Seren sospechaba que iban a prescindir de la vida de Casco Beddict. No podían permitirse el riesgo que representaba, la traición que prácticamente había prometido. La ironía estaba en los deseos conjuntos de ambos. Ambos buscaban la guerra, después de todo. Era solo la cara de la victoria lo que era diferente.

Pero Casco poseía poca de la perspicacia necesaria para jugar esa partida concreta y seguir con vida.

Y ella había empezado a preguntarse si haría algún esfuerzo por salvarlo.

Un grito en la carreta de Buruk. Los nerek se levantaron con gesto cansado. Seren se ciñó mejor el manto alrededor de los hombros, entrecerró los ojos y los clavó en el camino que tenía por delante. Notó que Casco se ponía a su lado pero no lo miró.

—¿En qué templo estudiaste?

Seren bufó y después sacudió la cabeza.

—Thurlas, las Hermanas Amortajadas del Trono Vacío.

—Justo enfrente del canal Pequeño. Lo recuerdo. ¿Qué clase de niña eras, Seren?

—Está claro que ya tienes una imagen en mente.

Captó el asentimiento de él por el rabillo del ojo.

—Entusiasta. Correcta en exceso. Muy seria.

—Hay libros en los que se registran los nombres de las estudiantes que destacan. Encontrarás el mío en ellos, una y otra vez. Por ejemplo, ostenté el título al mayor número de castigos recibidos en un año. Doscientos setenta y uno. Estaba más familiarizada con la celda sin luz que con mi propia habitación. También se me acusó de seducir a un sacerdote que había venido de visita. Y antes de que me lo preguntes, sí, era culpable. Pero el sacerdote juró lo contrario para protegerme. Fue excomulgado. Más tarde me enteré de que se había suicidado. Si todavía hubiera sido dueña de algo de inocencia, la habría perdido entonces.

Casco dio la vuelta para colocarse ante ella mientras los nerek pasaban junto a los dos con la primera carreta. Seren se vio obligada a mirarlo. Dudó y después le dedicó una sonrisa irónica.

—¿Te he escandalizado, Casco Beddict?

—El hielo se ha roto bajo mis pies.

Un destello de cólera, después Seren comprendió que en esa confesión se burlaba de sí mismo.

—No nacemos inocentes, solo sin medida.

—Y, es de suponer, que imposibles de medir también.

—Al menos durante unos cuantos años. Hasta que el exterior se impone al interior y entonces comienza la guerra brutal. Tampoco nacemos para la compasión, a pesar de los ojos grandes y muy abiertos y la dulzura del porte.

—Y tú supiste reconocer pronto tu guerra.

Seren se encogió de hombros.

—Mi enemigo no era la autoridad, aunque quizá lo pareciera. Era la niñez en sí. Las expectativas reducidas de los adultos, la impaciencia por perdonar. Me ponía enferma…

—Porque era injusto.

—El sentido que tiene un niño de la injusticia es siempre interesado, Casco. Yo no podía engañarme con esa indignación. ¿Por qué estamos hablando de esto?

—Preguntas que se me olvidó hacer. En aquel entonces. Creo que yo era un niño en aquellos días. Por dentro, no por fuera.

La corifeo alzó las cejas pero no dijo nada.

Casco comprendió de todos modos.

—Puede que tengas razón. Es decir, en algunas cosas. Pero no cuando se trata de los edur.

La segunda carreta pasó rodando. Seren estudió al hombre que tenía delante.

—¿Estás seguro? —preguntó—. Porque yo te veo empujado por tus propias necesidades. Los edur son la espada pero la mano es la tuya, Casco. ¿Dónde está la compasión en eso?

—Te equivocas, Seren. Tengo intención de ser la espada.

El escalofrío de los huesos femeninos se profundizó.

—¿En qué sentido?

Pero él sacudió la cabeza.

—No puedo confiar en ti, Seren. Como todos los demás, tendrás que esperar. Una cosa, sin embargo. No te interpongas en mi camino. Por favor.

No puedo confiar en ti. Unas palabras que le arrancaban el alma. Claro que, la cuestión de la confianza era un camino de doble dirección, ¿no?

La tercera carreta se detuvo junto a ellos. La cortina de la ventanilla de la puerta se apartó y se asomó la cara cadavérica de Buruk.

—¿Y esta es la guía que nos ofreces? ¿Quién abre camino? ¿Estamos condenados a vagar perdidos? ¡No me digáis que os habéis convertido en amantes una vez más! Seren, pareces asediada. Tal es la maldición del amor, ¡oh, mi corazón llora por ti!

—Ya basta, Buruk —dijo Seren. Se limpió la lluvia de la cara, hizo caso omiso de Casco y avanzó por el sendero. Los nerek se hicieron a ambos lados para dejarla pasar.

La pista forestal estaba flanqueada por maderasnegras, plantadas para reafirmar la posesión edur de aquellas tierras. Corteza tosca del color de la medianoche que habían retorcido para tallar imágenes de pesadilla y escrituras arcanas los espectros de sombra que se aferraban a cada grieta y fisura de la piel rugosa. Espectros que surgieron en ese momento para observar a Seren y a los que la seguían.

Parecía haber más de lo habitual. Flotaban agitados como bruma negra entre los enormes peñascos. Decenas, luego centenares, que atestaban ambos lados de la pista. Los pasos de Seren se ralentizaron.

Podía oír a los nerek tras ella, sus gemidos bajos, el tintineo de las carretas frenando y luego deteniéndose.

Casco se acercó a ella.

—Han reunido un ejército —susurró él.

Había una satisfacción lúgubre en su tono.

—¿Son de verdad los ancestros de los edur?

La mirada masculina se posó de repente en ella, febril.

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa podrían ser?

Ella se agitó.

—Que los nerek continúen, Casco. A ti te escucharán. Solo quedan dos días, eso es todo… —Y después se quedó callada.

Pues una figura ocupaba la pista. Piel del color del lino blanqueado, alta como un edur, una cara oscurecida por

vetas negras, como si unos dedos manchados de sangre se hubieran arrastrado por las mejillas chupadas. Una aparición, los ojos de un color rojo apagado ardían en aquellas profundas cuencas muertas. El moho le colgaba en capas raídas de la armadura medio podrida. Dos vainas, ambas vacías.

Los espectros se arremolinaron a los pies de la figura, como si la veneraran.

Traqueteó la puerta de una carreta y Buruk salió tambaleándose, envuelto en una manta que arrastraba por el suelo cuando se acercó a Seren.

—¡Túmulo y Raíz! —siseó el mercader—. ¡Las losas no mentían!

Seren dio un paso adelante.

Casco estiró una mano.

—No…

—¿Quieres que nos quedemos aquí para siempre? —le soltó ella al tiempo que se liberaba de un tirón. A pesar de la valentía de sus palabras, estaba aterrorizada. Los fantasmas se revelaban en cuentos de infancia y leyendas, y en el ocasional rumor febril de la capital. Ella solo había creído a medias en tales apariciones, una idea que se manifestaba con terquedad. Una visión susurrante de la historia que se alzaba como heraldo, como advertencia silenciosa. Una noción, así pues, tan simbólica como real.

E incluso así, se había imaginado algo mucho más… efímero. Carente de distinción, una cara compuesta por insinuaciones melancólicas, rasgos desdibujados por el debilitamiento de su relevancia. Medio vistos en corrientes de oscuridad, estaban allí un momento, desaparecían al siguiente.

Pero había algo muy palpable en aquella alta conjura plantada ante ella, una aserción de su insistencia física.

Detalles grabados en la cara larga y pálida, los ojos apagados y cubiertos por una película que la observaban acercarse con una comprensión absoluta.

Como si acabara de salir arrastrándose de uno de los túmulos de este bosque. Pero no es… no es edur.

—Un dragón —dijo la aparición en el idioma de los tiste— se arrastró una vez por esta pista. No había bosque por aquel entonces. Nada salvo devastación. Sangre en la tierra rota. El dragón, mortal, fue el que hizo esta pista. ¿Lo sientes? Bajo tus pies, los recuerdos esparcidos que empujan las raíces, que inclinan los árboles hacia ambos lados. Un dragón. —La figura se volvió entonces y miró por el sendero que tenía detrás—. El edur corrió sin ver, sin hacer caso. Pariente del que me traicionó. Pero… inocente. —La miró una vez más—. Pero tú, mortal, no eres tan inocente, ¿verdad?

Desconcertada, Seren no dijo nada.

Tras ella, habló Casco Beddict.

—¿De qué la acusas, fantasma?

—Un millar. Un millar de millares de fechorías. A ella. A ti. A los tuyos. Los dioses no son nada. Los demonios menos que niños. Cada ascendiente, un torpe mimo. Comparado con vosotros. ¿Es siempre así, me pregunto? Esa depravación que crece en los pliegues de la flor cuando ha llegado su estación. Las semillas secretas de la decadencia ocultas bajo la gloria que florece. Todos nosotros, lo que seguimos vuestra estela, no somos nada.

—¿Qué quieres? —quiso saber Casco.

Los espectros se habían escabullido y habían regresado entre los árboles. Pero una nueva marea se había acercado para arremolinarse alrededor de las botas raídas del fantasma. Ratones, una masa hirviente que se derramaba por el sendero. Llegaban hasta el tobillo, los primeros

alcanzaron los pies de Seren y se repartieron a su alrededor. Una marea gris y marrón, un movimiento inconsciente. *Una multitud de yos diminutos, se ha apoderado de ellos un imperativo desconocido e incognoscible. Desde aquí… hasta allí.*

Había algo terrible, aterrador, en ellos. Miles, decenas de miles, la pista, hasta donde podía ver ella, estaba cubierta de ratones.

—La tierra quedó hecha pedazos —dijo la aparición—. Ni un solo árbol en pie. Nada salvo cadáveres. Y las diminutas criaturas que se alimentaban de ellos. La legión del Embozado. La sórdida marea de la muerte, mortales, cubiertos de pelo y cada vez en mayor número. Parece tan… fácil. —El no muerto pareció desprenderse de un sueño—. No quiero nada de vosotros. Los viajes han comenzado, todos. ¿Imagináis que vuestro camino no ha conocido jamás otras pisadas?

—No somos tan ciegos como para creer eso —dijo Seren Pedac. Luchó contra el impulso de apartar a patadas a los ratones que se arremolinaban alrededor sus tobillos, temía caer en la histeria—. Si tú no quieres, o no puedes, despejar esta pista, nos quedan entonces pocas alternativas…

La aparición ladeó la cabeza.

—¿Darías un sinfín de pequeñas muertes? ¿En el nombre de qué? ¿Conveniencia?

—No veo fin a estas criaturas tuyas, fantasma.

—¿Mías? No son mías, mortal. Solo pertenecen a mi tiempo. A la era de su vil supremacía en esta tierra. Una multitud de tiranos para gobernar la ceniza y el polvo que dejamos a nuestro paso. Ven en mi espíritu una promesa.

—Y —rezongó Casco—, ¿hemos de ver nosotros lo mismo?

La aparición había comenzado a desvanecerse, los colores se deshacían.

—Si os complace —fue la leve y burlona respuesta—. Por supuesto, puede ser que el espíritu que ven es el vuestro, no el mío.

Y entonces el fantasma desapareció.

Los ratones empezaron a discurrir hacia el bosque que cubría ambos lados de la pista, como si de repente estuvieran confusos, ciegos una vez más a aquella fuerza mayor que los había reclamado. Se diluyeron en el mantillo del suelo, las sombras y la madera podrida de los árboles caídos. Un momento estaban allí, al siguiente habían desaparecido.

Seren se volvió hacia Buruk el Pálido.

—¿A qué te referías cuando dijiste que las losas no mentían? Túmulo y Raíz, esas son losas de la Fortaleza de los Azath, ¿no es cierto? Presenciaste una lectura antes de comenzar este viaje. En Trate. ¿Lo niegas?

El mercader no la miraba a los ojos. Tenía el rostro pálido.

—Las Fortalezas están despertando, corifeo. Todas ellas.

—¿Quién era ese, entonces? —preguntó Casco Beddict.

—No lo sé. —De repente Buruk frunció el ceño y se dio la vuelta—. ¿Importa, acaso? El barro se revuelve y salen cosas, eso es todo. Se acerca el Séptimo Cierre, pero temo que no se parecerá en nada a lo que nos han enseñado a todos. El nacimiento del imperio, oh, sí, ¿pero quién lo gobernará? La profecía es de una vaguedad perniciosa. La pista se ha despejado, procedamos, pues.

El mercader volvió a meterse en su carreta.

—¿Debemos encontrarle sentido a todo eso? —preguntó Casco.

Seren se encogió de hombros.

—Las profecías son como las propias losas, Casco. Puedes ver en ellas lo que tú quieras. —Los restos del terror que había pasado habían dejado un sabor amargo en su

garganta, y sentía los miembros flojos y débiles. Cansada de súbito, se desabrochó el casco y se lo quitó. La fina lluvia era como hielo en su frente. Cerró los ojos.

No puedo salvarlo. No puedo salvar a ninguno de nosotros.

Casco Beddict se dirigió a los nerek.

Seren abrió los ojos con un parpadeo y se sacudió. Después ató el casco a la mochila.

Se reanudó la marcha. Carretas que traqueteaban y gemían, la respiración forzada de los nerek. Aire inmóvil y la bruma que caía a su través como el aliento de un dios exhausto.

Dos días. Y se habrá acabado.

Treinta pasos más adelante, sin que ninguno lo viera, un búho cruzó volando el sendero, silencioso sobre sus alas anchas y oscuras. Llevaba sangre en las garras, sangre alrededor del pico.

Quién cuestiona un botín repentino. Una extravagancia que no merece celebración. El cazador solo conocía la caza y era indiferente al miedo de las presas. Indiferente, también, al cuervo blanco que volaba tras él.

Un giro aleatorio del viento llevó los restos del humo de la pira a la aldea. Había ardido un día y una noche y Trull Sengar salió de la casona de su padre a la mañana siguiente y encontró la bruma que flotaba por el complejo teñida de su amargor.

Lamentaba el nuevo mundo que había encontrado. Revelaciones que no se podían deshacer. Tenía que compartir unos secretos de los que, a decir verdad, hubiera preferido prescindir. Rostros otrora conocidos habían cambiado. ¿Qué sabían? ¿Hasta qué punto era inmenso e

insidioso ese engaño? ¿Cuántos guerreros había atraído Hannan Mosag a sus ambiciones? ¿Hasta qué punto se habían organizado las mujeres contra el rey hechicero?

No habían intercambiado los hermanos palabra alguna sobre el tema, no desde la conversación en el pozo, el cráneo desfondado de dragón había sido el único testigo de lo que la mayoría llamaría traición. Los preparativos para el viaje inminente estaban en marcha. No los acompañaría ningún esclavo, después de todo. Hannan Mosag había enviado espectros a las aldeas que se encontraban entre la suya y los campos de hielo, así que los aguardarían provisiones que mitigarían la necesidad de llevar suministros onerosos, al menos hasta el último momento.

Una carreta arrastrada por media docena de esclavos había cruzado con paso pesado el puente, en su fondo armas recién forjadas. Lanzas con punta de hierro permanecían erguidas en fardos atados. Un recubrimiento de cobre protegía las astas hasta la mitad de su longitud. También se veían espadas de empuñaduras cruzadas, guardas de palmo y medio y vainas de cuero hervido. Podones para derribar jinetes, haces de flechas largas con plumas de cuero. Hachas arrojadizas, las preferidas de los arapay. Alfanjes anchos al estilo merude.

En las forjas resonaba de nuevo el estruendo de la guerra.

Trull vio a Temor y Rhulad acercarse a la carreta, con más esclavos tras ellos, y Temor empezó a dirigir el almacenamiento de las armas.

Rhulad miró a Trull cuando se aproximó.

—¿Necesitas más lanzas, hermano? —preguntó.

—No, Rhulad. Veo armas arapay y merude aquí… y beneda y den-ratha…

—Cada tribu, sí. Así es ahora en todas las forjas, en todas las aldeas. Se comparten las habilidades.

Trull miró a Temor.

—¿Qué piensas tú sobre esto, hermano? ¿Adiestrarás ahora a los guerreros hiroth en el uso de nuevas armas?

—He enseñado cómo defenderse de ellas, Trull. Es la intención del rey hechicero crear un verdadero ejército, como los de los letherii. Eso supondrá unidades especializadas. —Temor estudió a Trull por un momento antes de añadir—: Soy maestro de armas de los hiroth, y ahora, por orden del rey hechicero, de todas las tribus.

—¿Vas a liderar este ejército?

—Si se declarara la guerra, sí, entraré en batalla a la cabeza de él.

—Así se honra a los Sengar —dijo Rhulad, su rostro carecía de expresión y en su tono no había inflexión alguna.

Así nos premian.

—Binadas regresó al amanecer —dijo Temor—. Se tomará este día para descansar. Después partiremos.

Trull asintió.

—Viene hacia aquí una caravana letherii —dijo Rhulad—. Binadas los recibió en la pista. La corifeo es Seren Pedac. Y Casco Beddict está con ellos.

Casco Beddict, el centinela que traicionó a los nerek, los tarthenal y los faraed. ¿Qué quería ese hombre? Trull sabía que no todos los letherii eran iguales. Las perspectivas opuestas resonaban con el choque de las espadas. Las traiciones abundaban entre la multitud rapaz de las inmensas ciudades y, de hecho, si los rumores estaban en lo cierto, en el palacio del propio rey. Al mercader se le habría encargado llevar las palabras de quienquiera que lo hubiera comprado. Mientras que Seren Pedac, en su profesión de corifeo, no daría su opinión ni interferiría con los objetivos

de los otros. Él no había estado en la aldea durante sus otras visitas, así que no podía hacer más juicio que ese. Pero Casco, el otrora centinela, se decía que era inmune a la corrupción, como solo podía serlo un hombre traicionado una vez.

Trull contempló en silencio a los esclavos que sacaban los fardos de armas de la carreta para trasladarlos al arsenal.

Hasta sus hermanos parecían… diferentes de algún modo. Como si las sombras se tensaran entre ellos, invisibles para cualquier otro, y pudieran hacer que el viento zumbara, monótono, con una inquietud cargada. Oscuridad, así pues, en la sangre de los hermanos. Nada de ello sería de mucho servicio en el viaje que estaban a punto de emprender. Nada de ello.

Siempre me he preocupado. No veo demasiado, solo veo lo que no debe ser. Así que la culpa es mía, está en mi interior. He de tener eso siempre presente. Como con mis suposiciones sobre Rhulad y Mayen. Errores, pensamientos equivocados, son los que parecen… incansables…

—Binadas dice que Buruk transporta hierro letherii —dijo Rhulad, interrumpiendo así el ensueño de Trull—. Nos será útil, bien sabe la Moteada que los letherii son unos auténticos necios…

—No lo son —dijo Temor—. Son indiferentes. No ven contradicción alguna en vendernos hierro en un momento y declararnos la guerra al siguiente.

—Ni en el agosto de focas de colmillos —añadió Trull con un asentimiento—. Son una nación de diez mil manos avariciosas, y nadie distingue cuáles son sinceras y cuáles pertenecen a los que están en el poder.

—El rey Ezgara Diskanar no es como Hannan Mosag —dijo Temor—. No gobierna a su pueblo con absoluto…

Trull levantó la vista cuando la voz de su hermano se fue apagando.

Temor se giró en redondo.

—Mayen será nuestra invitada esta noche —dijo—. Madre quizá solicite que toméis parte en los preparativos de la cena.

—Y eso haremos —dijo Rhulad posando la mirada en la de Trull por un momento antes de volver a dirigir su atención hacia los esclavos.

Poder absoluto… no, eso lo hemos deshecho, ¿verdad? Y, de hecho, quizá nunca existió en realidad. Las mujeres, después de todo…

Los otros esclavos estaban muy ocupados en la casona, se escabullían de un lado a otro por los juncos cuando entró Udinaas y se dirigió a su catre. Estaba de servicio esa noche, así que se le permitía descansar antes durante un corto espacio de tiempo. Vio a Uruth de pie, cerca del hogar central, pero pudo pasar desapercibido en la confusión, otro esclavo más en la penumbra.

Las afirmaciones de Bruja de la Pluma no lo abandonaban, tensaban cada bocanada de aire. Si los edur descubrieran la verdad que surcaba sus venas, lo matarían. Sabía que debía esconderse, solo que no sabía cómo.

Se acomodó en la esterilla. Los sonidos y olores de los aposentos cercanos flotaron sobre él. Se echó y cerró los ojos.

Esa noche trabajaría junto a Bruja de la Pluma. Bruja lo había visitado aquella vez, en su sueño. Aparte de eso, no había tenido ocasión de hablar con ella. Y sospechaba que tampoco había muchas posibilidades de que ella fuera a sugerir un intercambio. Aparte de la rutinaria falta de decoro

que imponían sus respectivas clases, Bruja había visto en él la sangre del wyval, o eso había afirmado en el sueño. *A menos que esa no fuera ella. Una simple figura conjurada por mi propia mente, solo polvo al que se ha dado forma.* Intentaría, si era posible, hablar con ella, lo invitara o no.

Habían arrastrado las alfombras al exterior y las habían colocado sobre caballetes. Los golpetazos de los palos que usaban los esclavos para quitarles el polvo eran un trueno hueco y distante.

Un pensamiento pasajero, la vaga pregunta sobre adónde se habría ido el espectro de sombra, después el sueño se apoderó de él.

Se vio sin forma, una vinculación insustancial de sentidos. En hielo. Un mundo azul y turbio manchado de vetas verdes, la grava de la tierra y la arena, el olor del frío. Gemidos distantes, ríos sólidos que se deslizaban y chocaban. Lentes de sol que hacían penetrar el calor en las profundidades, donde iba aumentando hasta que un crujido retumbante sacudía el mundo.

Udinaas flotó por ese paisaje congelado, que para todos los ojos del mundo permanecía inmóvil, intemporal. Y nada de las presiones, los pesos arrastrados y las fuerzas dispares, se reveló hasta ese último momento explosivo en el que se rompieron las cosas.

Había formas en el hielo. Cuerpos alzados del suelo lejano y sostenidos en posiciones incómodas. Descarnados, los ojos medio abiertos. Brotes de sangre suspendidos en nubes inmóviles alrededor de las heridas. Flujos de bilis y desechos. Udinaas se encontró atravesando escenas de matanzas. Tiste edur y parientes de piel más oscura. Enormes bestias parecidas a reptiles, algunas con nada salvo espadas en lugar de manos. En multitudes imposibles de contar.

Llegó a un lugar donde los cuerpos de reptil formaban una masa casi sólida. Flotando entre ellos, retrocedió de repente. Un chorro vertical de aguanieve brotó del hielo delante de él y comenzó a manar zigzagueando entre los cuerpos amontonados. El agua era rosada, veteada de barro y palpitaba al trepar, como si la empujara un corazón subterráneo y profundo.

Y esa agua era veneno.

Udinaas se encontró huyendo por el hielo, chocando con cadáveres, carne dura como una roca. Después entró en extensiones repletas de fisuras y desprovistas de cuerpos. Bajó por canales sólidos. A toda velocidad, cada vez más rápido, la oscuridad se lo tragó.

Criaturas inmensas de pelo marrón, atrapadas de pie, con plantas verdes en la boca. Rebaños en suspensión sobre tierra negra. Colmillos de marfil y ojos relucientes. Terrones de hierbas arrancadas. Formas largas (lobos, de hombros encorvados y grises) alcanzados en el momento de saltar, corriendo junto a una enorme bestia astada. Era otra escena más de matanza, vidas robadas en un instante de alteración catastrófica, el mundo arrojado de lado, la precipitación de los mares, un frío sin aliento que penetraba en la carne hasta el hueso.

El mundo… el mundo en sí ya traiciona. Que el Errante nos lleve, ¿cómo puede ser?

Udinaas había conocido a muchos para quienes la certeza era un dios, el único dios, fuera cual fuera la forma de sus rasgos. Y había visto el modo en el que esa creencia hacía del mundo un lugar sencillo, donde todo lo podía dividir la afilada cuchilla del criterio frío, después de lo cual ya no era posible arreglo alguno. Él había visto esa certeza, pero nunca la había compartido.

Pero siempre había creído que el mundo en sí era… incuestionable. No estático, nunca estático, pero sí comprensible. No cabía duda de que era cruel a veces, y letal… *pero casi siempre se le podía ver venir. Criaturas congeladas en pleno salto. Congeladas mientras estaban de pie, con la hierba colgada de la boca. Eso era incomprensible. Hechicería. Tuvo que ser eso.* Incluso así el poder parecía inimaginable, pues era un principio fundamental que el mundo y todo lo que vivía en él poseía una resistencia natural a la magia. Algo evidente, de otro modo los magos y dioses habrían dado nueva forma y con toda seguridad destruido el equilibrio de todo mucho tiempo atrás. Así pues, la tierra se resistía. Las bestias que vivían sobre ella se resistían. El flujo del aire, el goteo del agua, las plantas que crecían y los insectos que zumbaban, todo se resistía.

Pero fracasaron.

Y entonces, en las profundidades, una forma. Agazapada en la roca, una torre de piedra. Un tajo alto y estrecho sugería una puerta, y Udinaas se encontró acercándose por el hielo sólido.

Y entró en ese portal negro.

Algo se hizo pedazos y, corpóreo de repente, cayó de rodillas. La piedra estaba lo bastante fría como para rasgarle la piel de las rodillas y las palmas de las manos. Se levantó tambaleándose y su hombro chocó contra algo que se bamboleó con el impacto.

El frío hacía del aire un ente brutal que lo cegaba y conmocionaba sus pulmones. Entre lágrimas congeladas vio, en medio de un leve fulgor azul, una figura alta. Piel como pergamino blanqueado, miembros demasiado largos y angulosos con demasiadas articulaciones. Ojos negros, escarchados, una expresión de leve sorpresa en los rasgos

estrechos y arqueados. Las ropas que vestía consistían en un arnés de correas de cuero y nada más. Iba desarmado. Un hombre, pero cualquier cosa salvo un hombre.

Y entonces Udinaas vio, esparcidos por el suelo alrededor de la figura, cadáveres retorcidos en la muerte. Piel oscura y verdosa, con colmillos. Un hombre, una mujer, dos niños. Habían roto sus cuerpos, los extremos de hueso destrozado sobresalían de la carne. El modo en que yacían sugería que el hombre de piel blanca había sido su asesino.

Udinaas fue presa de un temblor incontrolable. Tenía las manos y los pies entumecidos.

—¿Marchito? ¿Espectro de sombra? ¿Estás conmigo?

Silencio.

El corazón empezó a palpitarle con fuerza en el pecho. Aquello no parecía un sueño. Era demasiado real. No sentía dislocación alguna, no existía un susurro que le asegurara que era un cuerpo echado en su catre, en una casona edur.

Estaba allí, y estaba congelándose.

Aquí. En las profundidades del hielo. Este mundo de secretos en el que el tiempo ha dejado de existir.

Se volvió y estudió la puerta.

Y solo entonces observó las huellas grabadas en las baldosas cubiertas de escarcha. Huellas que salían. Pies descalzos, humanos, de un niño.

No había hielo visible detrás del portal. Nada salvo plata opaca, como si una cortina hubiera caído en la entrada.

Udinaas sintió el flujo y reflujo de los miembros y volvió sus pasos para seguir las huellas. Hasta colocarse detrás de la figura erguida. Donde vio, tras un momento de entumecimiento, que habían hundido la parte posterior de la cabeza del hombre. Cabello y piel todavía pegados a las placas destrozadas del cráneo que colgaban sobre el cuello.

Algo parecido a un puño se había metido en la cabeza de la figura y había desgarrado la materia gris del cerebro.

La ruptura parecía inexplicablemente reciente.

Unas huellas diminutas indicaban que el niño se había colocado detrás de la figura, no, había aparecido detrás de ella, pues no había otras por ningún sitio. Había aparecido… *¿para hacer qué? ¿Meter la mano en el cráneo de un muerto?* Pero la figura era tan alta como un edur. El niño habría tenido que trepar.

Sus pensamientos se estaban ralentizando. Sentía una agradable languidez en esa contemplación del horrendo misterio. Y cada vez estaba más soñoliento. Cosa que le hacía gracia. Un sueño que le daba sueño. *Un sueño que me matará.* ¿Encontrarían un cadáver congelado en el catre? ¿Lo tomarían como un presagio?

Oh, bueno, sigue las huellas… y entra en ese mundo de plata. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Con una última mirada atrás, a la escena inmóvil del asesinato pasado y de la reciente profanación, Udinaas se dirigió despacio y tambaleándose hacia la puerta.

La plata lo envolvió y los sonidos se precipitaron desde todos lados. Una batalla. Gritos, el martilleo resonante de las armas. Pero no veía nada. El calor lo rodeó por la izquierda y con él trajo una cacofonía de chillidos inhumanos.

El contacto con el suelo se desvaneció y los sonidos menguaron, se apagaron a toda prisa, hacia el fondo. Los vientos aullaron y Udinaas se dio cuenta de que estaba volando, que lo sostenían en lo alto unas alas correosas. Otros de su especie navegaban por las corrientes torturadas, podía verlos ya saliendo de la nube. Cuerpos de escamas grises del tamaño de bueyes, cuellos musculosos, manos y pies con garras. Cabezas largas e inclinadas, las mandíbulas revelaban filas de dientes como dagas y las encías pálidas

que los sostenían. Ojos del color de la arcilla, las pupilas, ranuras verticales.

Locqui wyval. Ese es nuestro nombre. Engendro de Starvald Demelain, los hijos miserables que nadie reclama. Somos como moscas que se reparten un festín podrido, un reino tras otro. D'isthal Wyvalla, Enkar'al, Trol, somos una plaga de demonios en un millar de panteones.

Exultación salvaje. Había cosas aparte del amor con las que se podía medrar.

Una marea de aire lo empujó, lo llevó a él y a los suyos a un lado. Gritos bestiales de los suyos cuando algo se cernió sobre ellos.

¡Eleint! Soletaken, pero oh, con tanta sangre de dragón. Es el de Tiam.

Escamas blancas como el hueso, el rojo de las heridas esparcido como pintura brumosa, enorme y monstruoso, el dragón que los wyval habían elegido para que los siguiera se cernía junto a ellos.

Y Udinaas conocía su nombre.

Silchas Ruina. Tiste andii que se alimentaba en la estela de su hermano, se alimentaba de la sangre de Tiam y bebía grandes tragos. Más grande que Anomander Rake, mucho más. Oscuridad y caos. Habría aceptado la carga de la divinidad... si se le hubiera dado la oportunidad.

Udinaas ya sabía lo que estaba a punto de presenciar. La transformación en la colina que veía allá abajo. La traición. El asesinato del honor de Sombra al romper unos votos. Un cuchillo en la espalda y los gritos de los wyval allí, en los cielos enturbiados del campo de batalla. El espectro de sombra no había mentido. El legado de aquella obra persistía en la brutal esclavitud a la que los edur habían sometido a los espíritus tiste andii. La fe resultaba ser una

mentira y en la ignorancia se hallaba la debilidad. La justicia de los edur se levantaba sobre arenas movedizas.

Silchas Ruina. Las armas de esos días poseían un poder aterrador, pero habían hecho pedazos las suyas. Las había destrozado el grito de muerte de una matrona k'chain che'malle.

La luz plateada parpadeó. Un tirón físico y se encontró echado en su catre de la casona Sengar.

Le habían arrancado piel de las palmas de las manos y de las rodillas. Tenía la ropa empapada de escarcha fundida.

—Intenté seguirte —murmuró una voz entre las sombras—, pero no pude. Viajaste lejos.

Marchito. Udinaas rodó de lado.

—Tu lugar de la matanza —susurró—. Estuve allí. ¿Qué quieres de mí?

—¿Qué quiere cualquiera, esclavo? Escapar. Del pasado, de su pasado. Te guiaré por ese camino. La sangre del wyval te protegerá...

—¿Contra los edur?

—Déjame la amenaza de los edur a mí. Y ahora prepárate. Tienes tareas que cumplir esta noche.

Un sueño que lo había dejado exhausto y magullado. Hizo una mueca y se levantó del catre.

Con dos de sus esclavas elegidas, Mayen cruzó el umbral y tras dos pasos se detuvo en el aposento principal. Era delgada como un sauce, el tono de su piel más oscuro que la mayoría. Ojos verdes enmarcados por un cabello largo y umbrío en el que resplandecían cuentas de ónice. Una túnica tradicional de piel de foca plateada y un cinturón ancho de conchas que brillaban como perlas. En las muñecas y los tobillos, pulseras de marfil de ballena.

Trull Sengar podía ver en los ojos femeninos una conciencia suprema de su propia belleza, y había oscuridad en aquella mirada de párpados cargados, como si no le pareciera mal empuñar esa belleza para lograr el dominio y con él una libertad que podría ser desagradable y con la que poder cumplir todos sus deseos.

Había toda clase de placer, y ansias que no hablaban nunca de virtudes, solo de depravación. Una vez más, sin embargo, a Trull lo embargaron las dudas sobre sí mismo mientras veía a su madre acercarse hasta donde aguardaba Mayen para darle la bienvenida a la casa. Quizá él miraba una vez más a través de sombras que él mismo arrojaba.

Fue retrocediendo hasta que apoyó la espalda en la pared y miró a Temor. Orgullo incierto. También había inquietud en la expresión de su hermano, pero podría haber nacido de cualquier cosa, del viaje que emprenderían por la mañana, del futuro de su pueblo. Justo tras él, Rhulad, cuyos ojos devoraban a Mayen como si su mera presencia respondiera a sus apetitos más crueles.

La propia Mayen sostenía a Uruth en su mirada.

Absorbe. Esas oleadas de atención que caen sobre ella, que ella atrae y de las que se alimenta. Que el Atardecer me proteja, ¿estoy loco, pues hallo tales pensamientos derramándose de los lugares más oscuros de mi propia alma?

El recibimiento formal había llegado a su fin. Uruth se hizo a un lado y Mayen se deslizó hacia la mesa de maderanegra en la que ya se había dispuesto el primer plato. Ocuparía su lugar en el extremo más cercano, con Tomad frente a ella en la cabecera de la mesa. A la izquierda de Mayen, Temor y a su derecha Uruth. Binadas junto a Uruth y Trull junto a Temor. Rhulad se sentó a la derecha de Binadas.

—Mayen —dijo Tomad una vez que se hubo sentado la joven—, bienvenida al hogar de los Sengar. Me apena que esta noche también marque, durante un tiempo, la última en la que todos mis hijos estarán presentes. Van a partir en un viaje al servicio del rey hechicero, y ruego que regresen a salvo.

—Se me ha dado a entender que los campos de hielo no suponen grandes riesgos para los guerreros de los edur —respondió Mayen—. Pero veo una expresión grave y preocupada en sus ojos, Tomad Sengar.

—El desasosiego de un padre anciano —dijo Tomad con una leve sonrisa—. Nada más.

Rhulad habló entonces.

—Los arapay pocas veces se aventuran a salir a los campos de hielo por miedo a las apariciones. Es más, el hielo puede cegar y el frío puede robar la vida como la hemorragia de una herida invisible. Se dice que también hay bestias…

—Mi hermano busca una gloria estrepitosa en lo desconocido, Mayen —lo interrumpió Temor—, para que tú puedas mirarnos a todos con asombro y expresión maravillada.

—Me temo que no me ha dejado con más que pavor —dijo ella—. Y ahora he de preocuparme por vuestra suerte.

—No nos arredra nada de lo que podría asaltarnos —se apresuró a decir Rhulad.

Salvo los balbuceos de un necio no iniciado.

Se volvieron a llenar las copas de vino y pasaron unos momentos. Después habló Uruth.

—Cuando no se sabe lo que se busca, la precaución es la armadura más segura. —Miró a Binadas—. Entre nosotros, solo tú te has aventurado más allá de las fronteras orientales

de la tierra arapay. ¿Qué peligros presentan los campos de hielo?

Binadas frunció el ceño.

—Hechicería antigua, madre. Pero parece inclinada a dormitar. —Hizo una pausa mientras pensaba—. Una tribu de cazadores que vive en el hielo, yo no he visto más que huellas. Los arapay dicen que cazan de noche.

—¿Cazan qué? —preguntó Trull.

Su hermano se encogió de hombros.

—Nosotros seremos seis —dijo Rhulad—. Theradas y Midik Buhn, y todos podemos dar fe de las habilidades de Theradas. Aunque sin iniciar —añadió—, Midik es casi tan competente como yo con la espada. Hannan Mosag eligió bien cuando eligió a los hijos guerreros de Tomad Sengar.

Esa última afirmación flotó extraña en el aire, como si estuviera repleta de nuevos significados y cada uno cayera en una dirección diferente. Tal era el veneno de la suspicacia. Las mujeres tenían sus creencias, Trull bien lo sabía, y en ese momento seguramente contemplarían a los seis guerreros en cuestión y se preguntarían por los motivos de Hannan Mosag, sus razones para elegir a esos hombres en concreto. Y Temor también se guardaría sus propios pensamientos, sabiendo lo que sabía… *como todos los Sengar sabemos ahora.*

Trull percibió la incertidumbre y empezó a preguntarse por sí mismo. Temor, después de todo, era maestro de armas de todas las tribus y, de hecho, se le había encargado reformar la estructura militar edur. De maestro de armas a maestro de la guerra, entonces. Parecía un capricho arriesgar a Temor Sengar de ese modo. Y la mayoría consideraba que Binadas estaba entre los hechiceros más formidables de las tribus unidas. Juntos, Temor y Binadas habían sido piezas cruciales durante las campañas de

conquista, mientras que Theradas Buhn no tenía igual a la hora de liderar las incursiones en el mar. *Los únicos miembros prescindibles de esta expedición somos Rhulad, Midik y yo.* ¿Era el problema, entonces, un problema de confianza?

¿Qué era con exactitud ese regalo que iban a recuperar?

—Se han producido acontecimientos desafortunados en los últimos días —dijo Mayen al tiempo que dirigía una mirada a Uruth.

Trull captó la expresión ceñuda de su padre, pero Mayen debió de ver aquiescencia en la cara de Uruth porque continuó.

—Los espíritus recorrieron la oscuridad la noche de la vigilia. De aspecto ingrato, intrusos en nuestros lugares sagrados, los espectros huyeron al verlos acercarse.

—Es la primera vez que oigo hablar de tales cosas —dijo Tomad.

Uruth cogió su copa de vino y la tendió para que se la volviera a llenar un esclavo.

—Pero de ellas se habla, no obstante, esposo. Hannan Mosag y sus k'risnan han agitado sombras profundas. La marea de cambio se alza, y pronto, me temo, nos barrerá a todos.

—Pero somos nosotros los que nos alzamos en esa marea —dijo Tomad, su rostro se había oscurecido—. Una cosa es cuestionar la derrota, pero ahora cuestionas la victoria, esposa.

—Hablo solo de la Gran Reunión inminente. ¿No nos hablaron nuestros propios hijos de lo invocado en las profundidades que robó las almas de los cazadores de focas letherii? Cuando esos barcos entren en el puerto de Trate, ¿cómo crees tú que reaccionarán los letherii? Hemos dado comienzo a la danza de la guerra.

—Si así fuera —replicó Tomad—, entonces no tendría mucho sentido tratar con ellos.

—Salvo —interrumpió Trull al recordar las palabras de su padre cuando había regresado de los caladeros de Calach— para tomarles la medida.

—Ya se tomó hace mucho tiempo —dijo Temor—. Los letherii intentarán hacernos lo que les han hecho a los nerek y los tarthenal. Entre ellos, la mayor parte no ve error ni falta moral en sus obras pasadas. Los que los ven no pueden o no quieren cuestionar los métodos, solo la ejecución, y por tanto están condenados a repetir los horrores y ver el resultado (sea cual sea su naturaleza) como una prueba más de unos principios sostenidos con firmeza. E incluso si la sangre corriera como un río a su alrededor, se obsesionarán con los detalles. No se puede desafiar las creencias fundamentales de ese tipo de personas, pues nunca escuchan.

—Entonces habrá guerra —susurró Trull.

—Siempre hay guerra, hermano —respondió Temor—. Fe, palabras y espadas. La historia resuena con sus choques interminables.

—Con eso y con el romper de huesos —interpuso Rhulad con la sonrisa de un hombre que tiene un secreto.

Presunción absurda, pues Tomad no pudo dejar de observarla y se inclinó hacia delante.

—Rhulad Sengar, hablas como un anciano ciego con un saco lleno de espectros. Estoy tentado a arrastrarte por esta mesa y asfixiar esa expresión regocijada de tu cara.

Trull sintió el sudor que le cosquilleaba bajo la ropa. Vio que la sangre abandonaba el rostro de su hermano. *Oh, padre, provocas una herida más profunda de lo que jamás habrías imaginado.* Miró después a Mayen y le sorprendió

ver algo ávido en los ojos femeninos, una malicia, un placer apenas contenido.

—Yo no soy tan joven, padre —dijo Rhulad con voz ronca —, ni tú tan viejo para dejar pasar esas palabras…

El puño de Tomad golpeó la mesa e hizo tintinear copas y platos.

—¡Entonces habla como un hombre, Rhulad! ¡Háblanos a todos de ese temible saber que se enrosca en cada uno de tus pavoneos y así lo ha hecho durante toda esta semana! ¿O acaso pretendes abrir tiernos muslos con tus modos afeminados? ¿Te imaginas que eres el primer joven guerrero que intenta caminar al mismo paso que las mujeres? La comprensión, hijo, es un pobre camino hacia la lujuria…

Rhulad ya estaba de pie, con la cara crispada por la rabia.

—¿Y qué zorra querrías que me llevara al lecho, padre? ¿A quién estoy prometido? ¿Y en nombre de quién? Me has encadenado aquí, en esta aldea, y luego te burlas cuando me debato. —Miró furioso a los otros y al fin clavó los ojos en Trull—. Cuando comience la guerra, Hannan Mosag anunciará un sacrificio. Ha de hacerlo. Abrirán una garganta para bañar la proa del primer barco. Me escogerá a mí, ¿no es cierto?

—Rhulad —dijo Trull—, no he oído tal cosa…

—¡Lo hará! ¡He de yacer con las Tres Hijas! ¡Sheltatha Sabiduría, Sukul Ankhadu y Menandore!

Un plato resbaló de las manos de un esclavo, se partió sobre la mesa y derramó el marisco que contenía. Cuando el esclavo estiró el brazo para contener el accidente, Uruth dio un manotazo y sujetó al letherii por las muñecas. Un giro salvaje reveló las palmas de las manos del hombre.

La piel de las mismas estaba desgarrada, en carne viva, roja, reluciente, húmeda y agrietada.

—¿Qué es esto, Udinaas? —quiso saber Uruth. Se levantó y lo acercó a ella de un tirón.

—Me caí… —jadeó el letherii.

—¿Para manchar con tus heridas nuestra comida? ¿Has perdido la cabeza?

—¡Ama! —aventuró otro esclavo mientras se adelantaba—. Lo vi entrar antes, no tenía tales heridas entonces, ¡lo juro!

—¡Es el que luchó contra el wyval! —exclamó otro, y retrocedió, aterrado de repente.

—¡Udinaas está poseído! —chilló el otro esclavo.

—¡Silencio! —Uruth apoyó una mano en la frente de Udinaas y empujó con fuerza. El esclavo gimió de dolor.

La hechicería salió con un remolino y rodeó al esclavo. Este sufrió un espasmo y después se quedó inerte y se derrumbó a los pies de Uruth.

—No hay nada en su interior —dijo la mujer cuando retiró una mano temblorosa.

—Bruja de la Pluma —dijo Mayen—, atiende al esclavo de Uruth.

La joven letherii se adelantó como un rayo. Apareció otro esclavo para ayudarla a llevarse al hombre inconsciente a rastras.

—No vi insulto alguno en las acciones del esclavo —continuó Mayen—. Las heridas estaban desde luego en carne viva, pero se las había tapado con un paño. —Estiró un brazo y levantó el plato para revelar el lino blanqueado que Udinaas había utilizado para cubrirse las manos.

Uruth gruñó y se sentó poco a poco.

—No obstante, debería haberme informado. Y por ese descuido tiene que ser castigado.

—Usted acaba de violar su mente —replicó Mayen—. ¿No es eso suficiente?

Silencio.

Que las Tres Hijas nos lleven, el próximo año debería resultar de lo más interesante. Un año, como exigía la tradición, y después Temor y Mayen trasladarían su residencia a una casa propia.

Uruth se limitó a mirar con enfado a la más joven y después, para sorpresa de Trull, asintió.

—Muy bien, Mayen. Esta noche eres nuestra invitada, así que respetaré tus deseos.

Durante todo ese tiempo Rhulad había permanecido de pie, pero en ese momento volvía a sentarse poco a poco.

—Rhulad —dijo Tomad—, desconozco que haya plan alguno para resucitar el antiguo sacrificio de sangre que anuncia una guerra. Hannan Mosag nunca descuida las vidas de sus guerreros, ni siquiera las de aquellos que todavía no han sido iniciados en la sangre. No me explico cómo has llegado a creer que te aguardaba esa suerte. Quizá —añadió— este viaje que estás a punto de emprender te proporcione la oportunidad de convertirte en un guerrero iniciado y puedas colocarte con orgullo junto a tus hermanos. Por ello rezaré.

Era una propuesta clara, ese deseo de gloria, y Rhulad mostró una sabiduría nada característica en él al aceptarla con un simple asentimiento.

Ni Bruja de la Pluma ni Udinaas regresaron, pero los esclavos restantes bastaban para servir el resto de la colación.

Y durante todo lo ocurrido, Trull seguía sin poder afirmar que entendía a Mayen, la desposada de Temor.

Una bofetada mordaz y abrió los ojos.

Para ver la cara de Bruja de la Pluma inclinada sobre la suya, una cara llena de cólera.

—¡Maldito idiota! —siseó la mujer.

Udinaas parpadeó y miró a su alrededor. Estaban acurrucados en el rincón donde dormía él. Tras las colgaduras de tela, los sonidos apagados de la comida y la conversación tranquila.

Udinaas sonrió.

Bruja de la Pluma frunció el ceño.

—Te…

—Lo sé —la interrumpió él—. Y no encontró nada.

Observó los bellos ojos femeninos, que se abrieron mucho más.

—Es verdad, ¿entonces?

—Debe de serlo.

—Estás mintiendo, Udinaas. El wyval se ocultó. De algún modo, en alguna parte, se escondió de Uruth.

—¿Por qué estás tan segura de eso, Bruja de la Pluma?

La mujer se echó hacia atrás, de repente.

—No importa…

—Has tenido sueños, ¿verdad?

Ella se sobresaltó y después apartó la mirada.

—Eres hijo de un deudor. No significas nada para mí.

—Y tú lo significas todo para mí, Bruja de la Pluma.

—¡No seas idiota, Udinaas! ¡Para eso podría casarme con una rata de bodega! Y ahora calla, necesito pensar.

Udinaas se incorporó poco a poco y acercó su cara a la de la chica otra vez.

—No hay necesidad —le dijo—. Confío en ti y por ello te lo explicaré. Miró en lo más profundo, es cierto, pero el wyval se había ido. Habría sido diferente si Uruth hubiera buscado en mi sombra.

Bruja parpadeó al comprender de repente.

—Eso no puede ser —dijo después sacudiendo la cabeza —. Eres letherii. Los espectros sirven solo a los edur…

—Los espectros hincan la rodilla porque no tienen más remedio. Son tan esclavos de los edur como lo somos nosotros, Bruja de la Pluma. He encontrado un aliado…

—¿Con qué fin, Udinaas?

Él volvió a sonreír, y esa vez era una sonrisa mucho más oscura.

—Algo que yo entiendo mejor que nadie. Pagar las deudas, Bruja de la Pluma, en su totalidad.

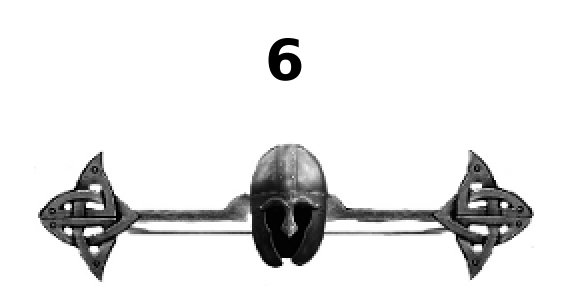
Libro segundo

Proas del día

Capturados en la era
de nuestra juventud,
arrastrados por las piedras de este camino,
agotados y cargados
por vuestros deseos.
Y cascos sin herrar trapalean bajo huesos
para recordarnos
cada aciaga carga
sobre las colinas que habéis sembrado
con semillas congeladas
en esta tierra muerta.
Tragando tierra
y mordiendo polvo,
trepamos al cielo tan solos.
En nuestros gestos apurados,
un alzamiento de miembros
y las férreas estrellas, que fueron estallido de vuestros talones,
incomprensible urgencia
que nos advierte sobre vuestro salvaje mordisco.

Destreros (hijos a padres)
Pescador Kel'Tath

6



El Errante pliega el destino,
como invisible armadura
se alza para despuntar el filo
en un campo repentino
con batalla, y la multitud
se debate ciega con los ojos arrancados
por el apuro de estos asuntos,
donde los oscuros necios bailan sobre losas
y el azar cabalga sobre una lanza
con rojo bronce
para escupir mundos como calaveras,
uno sobre el otro,
hasta que los mares se derraman
para espesar manos envueltas en metal.
Así pues es este el Errante,
que guía cada destino
infalible
sobre el pecho de los hombres.

La lectura de las losas
Ceda Ankaran Qan (1059 del Sueño de Ascua)

La torre Tarancede se alzaba en el lado sur del puerto de Trate. Tallada en basalto puro, carecía de elegancia o belleza y surgía como un brazo lleno de nudos a una altura de siete pisos en una isla artificial de rocas dentadas. Las olas la

golpeaban por todos lados y arrojaban espuma al aire. No había ventanas, ni puertas, pero una serie de placas de obsidiana satinada rodeaban el último nivel, cada una tan alta como un hombre y casi igual de ancha.

Nueve torres parecidas se alzaban sobre las fronteras, pero la Tarancede era la única que destacaba sobre los duros mares del norte.

La luz del sol era un fulgor chillón contra las placas de obsidiana, muy por encima de un puerto que ya se había tragado el fin del día. Una docena de barcos pesqueros surcaban las aguas picadas más allá de la bahía, donde trabajaban los bajíos del sur. Estaban muy alejados de las rutas marítimas y seguramente no advirtieron los tres navíos que aparecieron al norte con las velas hinchadas que los empujaban hacia el puerto, el aire a su alrededor atestado de gaviotas que chillaban.

Se acercaron más y una gabarra del práctico del barco zarpó del muelle principal para recibirlos.

Los tres barcos agosteros se reflejaban en las placas de obsidiana de la torre, se deslizaban en extrañas ondas entre una y otra, las gaviotas eran borrones de vetas blancas a su alrededor.

Los remos de la gabarra retrocedieron de pronto de un modo imprudente e hicieron girar la embarcación.

Unas formas se arremolinaban en las jarcias del barco que iba en cabeza. El viento constante que había hinchado las velas cayó, repentino como una bocanada de aliento que alguien hubiera cogido, y las lonas se hundieron. Las figuras que revoloteaban por cubierta, apenas una vaga forma humana, parecieron alejarse flotando como estandartes negros y cruzar la penumbra cada vez mayor. Las gaviotas se apartaron de su camino con chillidos agudos.

En la gabarra comenzó a sonar una campana de alarma. No era un toque firme y constante. Era discordante, una cacofonía de pánico.

Ningún marinero que haya vivido o fuera a vivir despreciaba las profundidades hambrientas del mar. Antiguos espíritus surcaban las corrientes de oscuridad lejos de la luz del sol, agitaban los sedimentos que se tragaban la historia bajo capas infinitas de silencio indiferente. Sus poderes eran inmensos, sus apetitos insaciables. Todo lo que bajaba del mundo iluminado se acomodaba en su abrazo.

La superficie de los mares, todo marinero lo sabía, era efímera. Pintorescos bosquejos en una pizarra siempre cambiante y las vidas no eran más que chispas, sofocadas con facilidad por las fuerzas demoníacas que podían surgir de las profundidades para agitar sus bestiales pellejos y así poner el mundo patas arriba.

Las ofrendas repugnaban, una oración para pasar desapercibido, para escapar ileso. Sangre ante la proa, delfines bailando a estribor y un salivazo que surcara los vientos bendecidos. La mano izquierda frota, la derecha seca. Viento a contramano en los listones, trapos blanqueados por el sol atados a la cadena del ancla. Una decena de gestos, incontestables y vinculados a la tradición, todos para deslizarse por los mares en paz.

Nadie intentaba invocar los espíritus enredados de esos valles aplastados por el agua que no veían la luz. No eran cosas que se pudieran atar, después de todo. Con ellos no se podía negociar. Sus corazones latían con los ciclos de la luna, su voz era la tormenta palpitante y sus alas podían extenderse de un horizonte a otro, en imponentes capas de venas blancas de agua que lo barrían todo ante ellos.

Bajo las olas del puerto de Trate, con tres barcos muertos como aletas en su espalda, el espíritu atado trepó con una oleada de corrientes frías hacia la orilla. Las últimas lanzas del sol le atravesaban el torbellino de carne y el aligeramiento de las masivas presiones hicieron que el tamaño de la criatura creciera y empujara las orillas rocosas que tenía delante y a los lados las aguas más cálidas de la propia bahía, los peces y crustáceos de los bajíos remontaron las olas en jirones mutilados de carne y conchas destrozadas para concederles a las gaviotas y los cangrejos de tierra un repentino festín de carnaza.

El espíritu levantó los barcos que se escoraban ya con furia en una única ola que se alzaba a las alturas y se hinchaba rumbo a la orilla. Los muelles, que momentos antes habían estado atestados de espectadores silenciosos, se convirtieron en un enjambre de figuras que huían, las calles que llevaban al interior se llenaron de estampidas que se ralentizaron para convertirse en masas de humanidad que aplastaban y asfixiaban.

La ola se acercó tropezando y luego, de repente, cayó. Los cascos bramaron ante el rápido hundimiento, los palos se partieron y, en el tercer barco, el mástil principal explotó en una nube de madera astillada. Meciéndose, dejando a su paso restos, los agosteros avanzaron entre los amarraderos.

Presiones que tiraban hacia el interior, que iban creciendo una vez más, el espíritu se retiró de la bahía. En su estela, solo devastación.

Resplandeciente en su mundo de obsidiana, el primer barco chocó y se deslizó contra un amarradero antes de detenerse con suavidad. Las motas blancas de las gaviotas se precipitaron hacia la cubierta para dar comienzo por fin al festín. La torre Tarancede había sido testigo de todo, las losas lisas cercanas a la cúspide habían absorbido cada

detalle fugaz del acontecimiento, a pesar de la luz que se desvanecía.

Y, en una cámara bajo el antiguo palacio, en la ciudad de Letheras, muy al sudeste, el ceda Kuru Qan observaba. Ante él yacía una losa equivalente a las de la lejana torre que se levantaba por encima del puerto de Trate, y mientras contemplaba la enorme sombra negra que había llenado la bahía y buena parte de la ensenada y estaba comenzando en ese momento su lenta retirada, el hechicero parpadeó para hurtar el sudor de los ojos y obligarse a mirar a los tres barcos agosteros que en ese momento se mecían contra los amarraderos.

Las gaviotas y la oscuridad creciente hacían difícil la contemplación, aparte de los cadáveres retorcidos que se apiñaban en la cubierta y los últimos espectros vacilantes.

Pero Kuru Qan había visto suficiente.

Cinco alas para el Domicilio Eterno, de las cuales solo tres estaban completas. Cada una de estas últimas consistía en amplios salones con techos arqueados recubiertos de pan de oro. Entre los elaborados arbotantes que había a ambos lados, y recorriendo toda la longitud, había puertas que llevaban a aposentos que servirían como oficinas y domicilios del personal administrativo y de mantenimiento de la casa real. Hacia el centro, las salas colindantes albergarían guardias, arsenales y trampillas que conducirían a pasajes privados (por debajo del nivel del suelo) que rodearían el palacio entero en lo que sería el corazón del Domicilio Eterno.

En ese momento, sin embargo, esos pasajes estaban hundidos en un agua turbia que llegaba al pecho y por la que se movían ratas sin propósito concreto, salvo, quizá, el

placer. Brys Beddict se encontraba en un rellano a tres pasos de la inundación repleta de sedimentos y observaba las cabezas levantadas que nadaban de un sitio a otro en la penumbra. Junto a él se hallaba un ingeniero de palacio cubierto de barro medio seco.

—Las bombas son casi inútiles —decía el hombre—. Conectamos las mangueras grandes, conectamos las pequeñas, daba igual. Una vez que el tirón se hizo lo bastante fuerte, entró una rata, o diez, para atascarlo todo. Además, las filtraciones son tan constantes como siempre. Aunque los fontaneros siguen jurando que aquí estamos por encima de la capa freática.

—Estoy seguro de que el ceda permitirá que se destine un mago a su equipo.

—Lo agradecería, finadd. Lo único que necesitamos es contener el flujo un tiempo para que podamos sacar el agua con baldes y los cazarratas puedan bajar a capturar las ratas. Anoche perdimos a Ormly, el mejor cazarratas del palacio. Seguro que se ha ahogado, el muy idiota no sabía nadar. Si el Errante no está mirando, quizá nos ahorre encontrar algo más que huesos. Las ratas saben cuándo es un cazarratas con lo que se han topado, ¿sabe?

—Estos túneles son fundamentales para mantener la seguridad del rey…

—Bueno, no creo que nadie vaya a intentar usarlos si están inundados…

—No como entrada de asesinos —lo interrumpió Brys—. Están ahí para permitir el paso rápido de los guardias hacia cualquier zona de la superficie que se halla en riesgo.

—Sí, sí. Solo estaba bromeando, finadd. Claro que podría escoger buenos nadadores entre sus guardias… de acuerdo, da igual. Consíganos un mago que olisquee por ahí y nos

diga lo que está pasando y después impida que entre el agua. Nosotros nos encargaremos del resto.

—Es de suponer —dijo Brys— que esto no es un indicativo de un hundimiento…

—¿Como en las otras alas? No, no hay nada desplomado, lo notaríamos. Además, corre el rumor de que a esas les van a echar un nuevo vistazo. Una nueva compañía de construcción ha estado trabajando por allí cerca. Algún imbécil compró la tierra circundante. Según dicen, han averiguado cómo apuntalar edificios.

—¿De veras? Yo no he oído nada.

—A los gremios no les hace ninguna gracia, eso seguro, porque esos advenedizos están contratando a los No Gratos, esos descontentos que entraron en la Lista. Les pagan menos del salario habitual, que es lo único que tienen a su favor, supongo. Mientras hagan eso, los gremios no pueden cerrarlos. —El ingeniero se encogió de hombros y empezó a quitarse trozos de arcilla endurecida de los antebrazos, hacía una mueca cada vez que se arrancaba un pelo—. Claro que si los arquitectos reales deciden que el apuntalamiento de Bicho funciona, entonces la nómina de esa compañía se va a poner por las nubes.

Brys les dio la espalda poco a poco a las ratas que estudiaba y miró al ingeniero.

—¿Bicho?

—Maldita sea, necesito un baño. Mire qué uñas tengo. Sí, Construcciones Bicho. Así que tiene que haber algún Bicho, ¿no? ¿Por qué se iba a llamar Construcciones Bicho si no?

Un grito de un miembro del equipo que estaba en el escalón más bajo y después un chillido. Una carrera loca escaleras arriba, hasta el rellano, donde el trabajador se giró en redondo y señaló.

Había ido apareciendo una masa de ratas casi tan ancha como el propio pasaje. Se movía como una balsa y reptaba hacia el charco de luz de los faroles, rumbo a las escaleras. En el centro, la revelación extrajo otro chillido más del trabajador y una maldición del ingeniero: flotaba una cabeza humana. Cabello plateado teñido de amarillo, un rostro pálido de profundas arrugas con una frente alta y ancha sobre unos ojos muy juntos y fijos.

Otras ratas se alejaron a toda velocidad cuando la balsa se deslizó hasta golpear el primer escalón.

—¡Que el Errante nos lleve, es Ormly! —jadeó el trabajador.

Los ojos parpadearon y después la cabeza empezó a alzarse. Con él, levantó a las ratas más cercanas de la balsa, basculando sobre sus hombros y chorreando un agua reluciente.

—Por la Fortaleza, ¿quién más iba a ser? —soltó de repente la aparición antes de hacer una pausa para toser y escupir una flema al torbellino del agua—. ¿Os gustan mis trofeos? —preguntó levantando los brazos bajo la inmensa capa de ratas—. Cuerdas y colas. Pero pesan como demonios cuando están mojadas.

—Pensábamos que estabas muerto —murmuró el ingeniero en un tono que sugería que ojalá así fuera.

—Pensabas. Tú siempre estás pensando, ¿no, Queja? Quizá esto, probablemente aquello, pudiera ser, es posible, debería de… ¡ja! ¿Crees que estas ratas me daban miedo? ¿Crees que iba a ahogarme sin más? Por el pozo de bienvenida de la Fortaleza, soy cazarratas y no uno cualquiera. Me conocen, me conocen muy bien. ¡Todas las ratas de esta maldita ciudad conocen a Ormly el Cazarratas! ¿Quién es este?

—Finadd Brys Beddict —se presentó el paladín del rey—. Es una impresionante colección de trofeos la que ha amasado ahí, cazarratas.

Los ojos del hombre se iluminaron.

—¿A que sí? Mejor cuando flota, sin embargo. Ahora mismo pesa como un diablo. Como un puñetero diablo.

—Será mejor que salga de debajo —sugirió Brys—. Ingeniero Queja, creo que una buena comida, vino de sobra y una noche libre es lo que se le debe a Ormly el Cazarratas.

—Sí, señor.

—Hablaré con el ceda sobre su solicitud.

—Gracias.

Brys los dejó en el rellano. Cada vez iba pareciendo menos probable que el Domicilio Eterno fuera a estar listo para el nacimiento de la Octava Era. Entre el populacho no parecía haber gran entusiasmo por la celebración venidera. Las historias podían relatar todas las profecías que quisieran sobre el glorioso imperio destinado a germinar una vez más en menos de un año, pero lo cierto era que no había mucho en esos tiempos concretos que sostuviera la noción de un renacimiento, ni en el plano económico ni en el militar. Si acaso, había una ligera inquietud centrada en el tratado inminente con las tribus de los tiste edur. Riesgo y oportunidad, los dos eran sinónimos para los letherii. Con todo, la guerra nunca era agradable, aunque hasta el momento siempre había sido satisfactoria en su conclusión. Así pues, el riesgo conllevaba oportunidad, y pocos pensamientos se destinaban a los derrotados.

Cierto, las tribus edur se habían unido. Pero en el pasado también se habían formado alianzas parecidas para oponerse a las ambiciones letherii y ni una sola había resultado inmune a las estrategias de división. El oro compraba una traición tras otra. Las alianzas se deshacían y

el enemigo se derrumbaba. ¿Qué probabilidades había de que esa vez fuera a ser diferente?

Brys se preguntaba por la complacencia implícita de su pueblo. Estaba convencido de que no malinterpretaba el sentimiento público. Los nervios estaban de punta, pero solo un poco. Los mercados continuaban siendo fuertes. Y continuaban sin apagarse los anhelos diarios, mecánicos, de un pueblo para el que la posesión lo era todo.

Dentro del palacio, sin embargo, las emociones eran más tensas. Las adivinaciones del ceda prometían una alteración fundamental que aguardaba a Lether. Kuru Qan hablaba, de un modo perplejo y lleno de digresiones, de una especie de ascensión. Una transformación… de rey a emperador, aunque cómo se manifestaría tal progresión todavía quedaba por ver. La anexión de los tiste edur y sus ricas tierras supondría sin lugar a dudas un vigor renovado, un frenesí de beneficios. La victoria conllevaría su propia afirmación de la superioridad moral de Lether y sus costumbres.

Brys salió de la Segunda Ala y se dirigió al canal Estrecho. Era la última hora de la mañana, casi mediodía. A primera hora había hecho ejercicio y practicado con los otros guardias de palacio que estaban fuera de servicio, en el complejo que había tras el cuartel, después había desayunado en el patio de un restaurante junto al canal Quillas, agradecido por ese breve rato de soledad, aunque su alejamiento del palacio (permitido solo porque el rey estaba visitando los aposentos de la primera concubina y no saldría hasta media tarde) era una soga invisible que se iba tensando poco a poco hasta que se sintió obligado a reanudar sus obligaciones visitando el Domicilio Eterno para comprobar los progresos. Y después, de regreso al antiguo palacio.

Para encontrarlo, al atravesar la verja principal y entrar en el Gran Salón, todo alborotado.

Con el corazón martilleándole en el pecho, Brys se acercó al guardia más cercano.

—Cabo, ¿qué ha pasado?

El soldado hizo un saludo militar.

—No estoy seguro, finadd. Noticias de Trate, creo. Los edur han asesinado a unos marineros letherii. Con la hechicería más vil.

—¿El rey?

—Ha convocado un consejo en dos campanadas.

—Gracias, cabo.

Brys continuó hasta el palacio.

Entró en los aposentos interiores. Entre los criados y mensajeros que se precipitaban por el pasillo central vio al canciller Triban Gnol con un puñado de seguidores, había cierta animación en su conversación de susurros. Los ojos oscuros del hombre se posaron en Brys por un momento, cuando el paladín pasó con zancadas seguras, pero sus labios no dejaron de moverse. Tras el canciller, vio Brys, estaba el consorte de la reina, Turudal Brizad, apoyado con aire despreocupado en la pared; sus rasgos suaves, casi femeninos, desplegaban una leve sonrisita de satisfacción.

A Brys aquel hombre siempre le había parecido extraño e inquietante (y no tenía nada que ver con su singular función como consorte de Janall). Era una presencia constante y silenciosa, con frecuencia en reuniones que trataban temas de estado muy delicados, siempre vigilante a pesar de su estudiada indiferencia. Y era bien sabido que su lecho no lo compartía solo la reina, aunque si Janall era consciente de ello o no era tema de conjeturas en la corte. Entre los amantes del consorte, se rumoreaba que estaba el canciller Triban Gnol.

En general, un nido muy revuelto.

La puerta del despacho del primer eunuco estaba cerrada y vigilada por dos de los propios rulith de Nifadas, guardaespaldas eunucos, hombres altos en los que no se percibía la grasa esperable. Densas líneas de kohl les bordeaban los ojos y carmín rojo les ensanchaba la boca en una perpetua mueca de seriedad. Sus únicas armas eran un par de dagas curvas envainadas bajo los brazos cruzados y si vestían algún tipo de armadura estaba bien disimulada bajo camisas de seda roja y pantalones sueltos de color pardo. Iban descalzos.

Ambos asintieron y se hicieron a un lado para permitir el paso de Brys.

Tiró de la borla trenzada y oyó el tintineo apagado a lo lejos, en el aposento que había detrás.

La puerta se abrió con un chasquido.

Nifadas estaba solo, de pie detrás de su escritorio, cuya superficie se hallaba atestada de pergaminos y mapas desenrollados. Le daba la espalda a la habitación y parecía haber clavado los ojos en un muro.

—Paladín del rey. Le estaba esperando.

—Esta parecía la primera prioridad, primer eunuco.

—Desde luego. —Se quedó callado unos instantes y después—: Hay creencias que constituyen la religión oficial de una nación, pero esas creencias y esa religión son, en realidad, poco más que finísimo oro que se ha incrustado sobre huesos mucho más antiguos. Ninguna nación es singular, ni exclusiva, y tampoco debería serlo, por su propio bien. Se corre un gran riesgo si intentamos imponernos reivindicaciones de pureza, ya sea de sangre o de origen. Quizá algunos no lo admitan, pero Lether es mucho más rico por su empeño en devorar minorías, siempre que la digestión continúe incompleta por toda la eternidad.

»Sea como fuere, finadd, le confieso cierta ignorancia. El palacio aísla a los que atrapa en su interior y sus raíces no alimentan demasiado. Me gustaría saber algo de las creencias privadas del pueblo.

Brys lo pensó un momento.

—¿Puede ser más concreto, primer eunuco? —preguntó después.

Nifadas seguía sin volverse hacia él.

—Los mares. Los habitantes de las profundidades. Demonios y antiguos dioses, Brys.

—Los tiste edur llaman a las aguas oscuras «el reino de Galain», que se dice que pertenece a parientes para quienes la Oscuridad es su hogar. Los tarthenal, según he oído, ven los mares como una única bestia con un sinfín de miembros, incluyendo los que penetran en el interior como ríos y arroyos. Los nerek lo temen por ser su inframundo, un lugar donde el ahogamiento es eterno, un destino que aguarda a traidores y asesinos.

—¿Y los letherii?

Brys se encogió de hombros.

—Kuru Qan sabe más de esto que yo, primer eunuco. Los marineros lo temen pero no lo veneran. Hacen sacrificios con la esperanza de pasar desapercibidos. En los mares, el arrogante sufre mientras que solo los dóciles sobreviven, aunque se dice que si se lleva la humillación demasiado lejos, el apetito de las profundidades se irrita y surge el rencor. Las mareas y corrientes revelan los patrones que se deben seguir, lo que en parte explica la multitud de supersticiones y rituales que se exigen a aquellos que han de viajar por mar.

—Y ese… apetito de las profundidades. ¿No tiene lugar entre las Fortalezas?

—No que yo sepa, primer eunuco.

Nifadas se volvió al fin y miró a Brys con los ojos medio cerrados.

—¿No le parece extraño, finadd Beddict? Lether nació de colonos que llegaron aquí procedentes del Primer Imperio. Ese Primer Imperio después se destruyó, el paraíso arrasado y convertido en un desierto sin vida. Pero fue en el Primer Imperio donde se descubrieron las Fortalezas. Cierto, la Fortaleza Vacía resultó ser una manifestación posterior, al menos en lo que a nosotros se refiere. Así pues, ¿hemos de imaginar que creencias todavía más antiguas sobrevivieron y se trajeron a esta nueva tierra tantos milenios ha? O, a la inversa, ¿cada tierra, y sus mares contiguos, evocan una serie indígena de creencias? Si ese es el caso, entonces el argumento que sostiene la presencia de dioses físicos e innegables tiene gran respaldo.

—Pero incluso en ese caso —dijo Brys— no hay pruebas de que tales dioses estén por lo más remoto preocupados por los asuntos mortales. No creo que los marineros vean como un dios ese apetito del que le he hablado. Más como un demonio, creo yo.

—Que responde a lo que no se puede responder, una necesidad que todos sufrimos. —Nifadas suspiró—. Finadd, los agosteros de focas independientes han sido asesinados, todos. Tres de sus barcos sobrevivieron al viaje de regreso a Trate, conducidos hasta los muelles por espectros edur, pero transportados por mares que eran más que mares. Un demonio, como aquel por el que juran los marineros... pero era mucho más, o eso cree nuestro ceda. ¿Está familiarizado con las creencias faraed? La suya es una tradición oral y si el relato de las generaciones es preciso y no simple pretensión poética, entonces la tradición es, desde luego, muy antigua. Los mitos de creación faraed se centran en dioses ancestrales. Cada uno con un nombre y una orientación, un

panteón divisivo de personalidades de lo más malsanas. En cualquier caso, entre ellos está el señor ancestral de los Mares, el Morador de las Profundidades. Se llama Mael. Además, los faraed han destacado a Mael en sus historias más antiguas. Antaño caminó por esta tierra, finadd, como manifestación física tras la muerte de una era.

—¿Una era? ¿Qué clase de era?

—De la época anterior a los faraed, creo. Hay… contradicciones y puntos oscuros.

—¿El ceda Kuru Qan cree que el demonio que transportó los barcos era ese tal Mael?

—Si lo era, entonces Mael ha sufrido una gran degradación. Casi perturbado, un torbellino inflado de emociones desatadas. Pero poderoso, no obstante.

—¿Y, sin embargo, los tiste edur lo han encadenado?

Nifadas alzó las finas cejas.

—Abre un sendero en un bosque y todas las bestias lo utilizarán. ¿Es eso control? En cierto sentido, quizá.

—Hannan Mosag pretendía hacer una declaración de principios.

—Desde luego, finadd, y la ha hecho. ¿Pero es una declaración auténtica o simples bravatas engañosas?

Brys sacudió la cabeza. No tenía respuesta que ofrecer.

Nifadas se giró una vez más.

—El rey ha considerado que esto tiene importancia suficiente. El ceda está preparando ya los… medios. No obstante, tiene derecho a que se le pida, en lugar de que se le ordene.

—¿Qué es lo que se me pide, primer eunuco?

Un leve encogimiento de hombros.

—Que despierte a un dios ancestral.

—Hay gran flujo en el compuesto. ¿Es eso relevante? Creo que no. —El ceda Kuru Qan se subió un poco más las lentes de alambre por el puente de la nariz y miró a Brys—. Este es un viaje de la mente, paladín del rey, pero el riesgo que corres es tal que bien podrías estar viajando al inframundo de verdad. Si tu mente termina muerta, no hay regreso posible. Extrema necesidad, por desgracia; es voluntad del rey que procedas.

—Nunca imaginé que no habría peligro alguno, ceda. Dime, ¿mis habilidades marciales serán aplicables?

—Se desconoce. Pero eres joven, perspicaz y resistente. —Le dio la espalda y examinó la mesa de trabajo que tenía detrás—. Gran flujo, por cierto. Lo que no deja más que una alternativa. —Estiró un brazo y cogió una copa. Una pausa, un guiño de ojos suspicaz en dirección al contenido y después un sorbo cauto—. ¡Ah! Como se sospechaba. El flujo en el compuesto se debe en su totalidad a leche cortada. Brys Beddict, ¿estás listo?

El paladín del rey se encogió de hombros.

Kuru Qan asintió.

—Iba a hacer que bebieras esto.

—La leche cortada no me hará ningún daño —dijo Brys y tomó la copa de manos del ceda. Lo engulló de un trago y después puso la copa de plata en la mesa—. ¿Cuánto tiempo?

—¿Para qué?

—Para que la poción surta efecto.

—¿Qué poción? Ven conmigo. Utilizaremos la Cedance para este viaje.

Brys salió de la cámara detrás del anciano hechicero. En la puerta le echó un último vistazo a la copa. La mezcla le

había sabido a cítricos y leche de cabra agria y ya la sentía burbujear de modo ominoso en el estómago.

—Debo suponer, así pues, que no había razón alguna para lo que acabo de beber.

—Un refrigerio. Uno de mis experimentos. Esperaba que lo disfrutaras pero, a juzgar por tu palidez, al parecer no es el caso.

—Me temo que estás en lo cierto.

—Ah, bueno, si resulta perjudicial, sin duda lo vomitarás.

—Saber eso es un consuelo, ceda.

El resto del viaje hasta las profundidades del palacio careció, por fortuna, de incidentes. El ceda Kuru Qan condujo a Brys a la inmensa cámara donde aguardaban las losas de las Fortalezas.

—Emplearemos una losa de los Fulcra en este empeño, paladín del rey. El Dolmen.

Cruzaron la estrecha pasarela hasta el disco central. Las enormes losas se extendían bajo ellos.

La agitación del estómago de Brys se había apaciguado un tanto y el paladín esperó a que hablara el ceda.

—Algunas cosas son importantes. Otras no lo son. Pero todas quieren reclamar la atención de un mortal. Recae sobre cada uno de nosotros tenerlo siempre presente y así adquirir sabiduría en el ensartado de posibilidades. Es nuestro defecto común, Brys Beddict, que nos guiemos por nuestra indiferencia a las eventualidades. El momento complace, el futuro puede esperar a una posterior consideración.

»Las viejas historias que nos trajimos del Primer Imperio relatan defectos parecidos. Puertos ricos en desembocaduras de ríos que fueron abandonados tras tres siglos debido a los sedimentos provocados por la tala de bosques y los métodos de irrigación mal concebidos. Puertos

que, si ahora visitaras sus ruinas, te encontrarías a una legua o más de la costa actual. La tierra repta hacia el mar, siempre ha sido así. Con todo, lo que hacemos los humanos puede acelerar mucho el proceso.

»¿Es todo eso relevante? Solo en parte, lo admito. Como debo por fuerza admitir muchas otras cosas, lo reconozco. Hay progresiones naturales que, cuando se desvelan, son ejemplos profundos de la vastedad pura de la antigüedad. Antes incluso de la era de la existencia de los pueblos, este mundo es muy, muy antiguo, Brys Beddict. —Kuru Qan hizo un gesto.

Brys bajó la cabeza y miró hacia donde le había indicado y vio la losa del Dolmen. La imagen tallada y pintada representaba un único monolito inclinado y medio enterrado en arcilla sin vida. El cielo que tenía detrás carecía de color y estaba desprovisto de rasgos definidos.

—Incluso los árboles nacen solo para morir algún día —dijo Kuru Qan—. Pero la tierra se aferra a su recuerdo, y todo lo que ha sufrido está grabado con sangre en su faz. A la inversa, en las profundidades del océano más profundo, encontrarás las trazas de cuando se encontraba sobre las olas. Es ese el conocimiento que utilizaremos, Brys.

—Nifadas se mostró bastante vago en cuanto a mi tarea, ceda. Debo despertar a Mael, es de suponer que para informar al dios ancestral de que lo están manipulando. Pero yo no soy uno de sus devotos, ni hay un solo letherii, hombre o mujer que pueda afirmar lo contrario, ¿por qué me iba a escuchar Mael a mí?

—No tengo ni idea, Brys. Tendrás que improvisar.

—Y si este dios ha caído de forma real y absoluta, hasta haberse convertido en poco más que una bestia perturbada, ¿entonces qué?

Kuru Qan parpadeó detrás de los lentes y no dijo nada.

Brys cambió de postura, incómodo.

—Si mi mente es todo lo que hará el viaje, ¿cómo apareceré ante mí mismo? ¿Puedo llevar armas?

—Cómo manifiestes tus defensas es totalmente cosa tuya, finadd. Como es obvio, anticipo que te encontrarás como estás ahora. Armado y con armadura. Todo presunción, por supuesto, pero eso no es relevante. ¿Comenzamos?

—Muy bien.

Kuru Qan se adelantó y estiró de golpe un brazo para coger a Brys por el arnés de las armas. Un tirón salvaje y de una potencia sorprendente lo lanzó hacia delante, de cabeza por el borde del disco. Brys gritó, alarmado, y agitó los brazos; después se precipitó hacia la losa del Dolmen.

—Hasta en la más noble de las aventuras, hay algún que otro tropezón ocasional.

Los ojos de Bicho estaban apagados, su rostro arrugado carecía de expresión y miraba con fijeza a Tehol, sin pronunciarse.

—Además, solo es un pequeño defecto, si lo piensas bien. En cuanto a mí, bueno, yo estoy encantado. De veras. La tuya es una decepción comprensible, desde luego y, me atreveré a decirlo, una modesta paliza a tu confianza, que se produce por un esfuerzo mal concebido. No hay fallo en la obra en sí, te lo aseguro. —Para demostrarlo hizo un pequeño giro delante de su criado—. ¿Ves? Las perneras son desde luego de igual longitud. Estaré calentito, por muy frías que sean las noches. Es cierto, aquí no tenemos noches frías. Bochornosas es todo lo que conseguimos, lo reconozco, ¿pero qué es un poco de sudor entre… eh… las piernas?

—Ese matiz de gris y ese tono de amarillo son la peor combinación que he probado jamás, amo —dijo Bicho—.

Tengo náuseas con solo mirarlo.

—¿Pero qué tiene eso que ver con los pantalones?

—Muy poco, lo admito. Lo que a mí me preocupan son los principios, por supuesto.

—Eso no se puede negar. Bueno, háblame de lo hecho durante el día, y date prisa, tengo una cita a medianoche con una mujer muerta.

—El alcance de su desesperación, amo, nunca deja de asombrarme.

—¿Nuestro prestamista favorito se suicidó como por desgracia anticipábamos?

—Sin un solo contratiempo.

—Salvo el que le produjo, es de suponer, colgarse.

—Como bien dice, pero eso fue antes de que el fuego hiciera un barrido trágico por su establecimiento.

—¿Y se sabe algo de la reacción del finadd Gerun Eberict a todo ello?

—Su abatimiento no deja lugar a dudas, amo.

—¿Pero sin excesivas sospechas?

—¿Quién puede decirlo? Sus agentes han investigado, pero más con el propósito de registrar el lugar en busca de un alijo escondido de ganancias, un intento de recuperar la pérdida y demás. Ninguna fortuna de esa guisa, sin embargo, ha aparecido.

—Y mejor será que no lo haga. Eberict necesita tragarse la pérdida entera, y no es que fuera en realidad una pérdida, solo se le ha impedido incrementar su riqueza. Sus inversiones primarias continúan intactas, después de todo. Y ahora deja de charlatanear, Bicho. Tengo que pensar un poco. —Tehol se subió los pantalones e hizo una mueca al ver el ceño repentino de Bicho—. Debo de estar adelgazando —murmuró, después empezó a pasearse.

Cuatro pasos lo llevaron al borde del tejado. Se dio media vuelta y miró a Bicho—. ¿Qué es eso que llevas puesto?

—Es la última moda entre albañiles y demás.

—Los polvorientos escogidos.

—Exacto.

—Un cinturón ancho de cuero con un montón de presillas y petacas.

Bicho asintió.

—Es de suponer —continuó Tehol— que debería haber herramientas e instrumentos variados en esas presillas y petacas. Cosas que utilizaría un albañil.

—Bueno, yo dirijo la empresa. No uso esas cosas.

—Pero necesitas el cinturón.

—Si quiero que me tomen en serio, amo, sí.

—Ah, sí, eso es importante, ¿no? ¿Anotado como es menester en los gastos, supongo?

—Por supuesto. Eso y el casco de madera.

—¿Te refieres a una de esas cosas rojas con forma de cuenco?

—Eso es.

—¿Entonces, por qué no lo llevas ahora?

—Ahora mismo no estoy trabajando. No como único propietario de Construcciones Bicho, en cualquier caso.

—Pero tienes el cinturón.

—Es reconfortante, amo. Supongo que es lo mismo que debe de sentirse al ponerse el cinto de una espada. Hay algo inmensamente tranquilizador en tener un peso sólido en las caderas.

—Como si libraras un duelo eterno con tus materiales.

—Sí, amo. ¿Ha terminado ya de pensar?

—He terminado.

—Bien. —Bicho se desabrochó el cinturón y lo tiró al tejado—. Me ladea las caderas y termino andando en

círculos.

—¿Qué tal un poco de té de hierbas?

—Me encantaría.

—Excelente.

Los dos hombres se miraron durante un momento, después Bicho asintió y se dirigió a la escalera de mano. En cuanto el criado le dio la espalda, Tehol volvió a subirse los pantalones una vez más. Miró el cinturón, dudó y después sacudió la cabeza. *Sería una presunción.*

Bicho bajó por la escalera y se perdió de vista. Tehol se acercó a su cama y se sentó en el crujiente armazón. Se quedó mirando las estrellas turbias. Se acercaba un festival, uno dedicado al Errante, ese por siempre misterioso proveedor del azar, las circunstancias fatídicas y los impulsos aciagos. O algo parecido. Tehol nunca estaba seguro. Las Fortalezas y su multitud de habitantes se habían inventado como fuentes fiables a las que poder echarles la culpa de casi cualquier cosa, o eso sospechaba. Al parecer, el ser humano era proclive a evadir responsabilidades.

Sería una celebración inmensa y sin mucho sentido, en cualquier caso. De algo, quizá nada, y desde luego lo implicaría todo. Apuestas frenéticas en los Ahogamientos Especiales, en los que los criminales más infames intentarían nadar como cisnes. Personas a las que les gustaba dejarse ver reservarían un rato especial para que las vieran allí. El espectáculo era una inversión en respetable indolencia, y la indolencia era signo de riqueza. Y, entretanto, los guardias encargados de las casas se quedarían en haciendas vacías murmurando y dormitando en sus puestos.

Unos pies arrastrándose en la oscuridad de su derecha. Tehol echó un vistazo.

—Llegas temprano.

Shurq Elalle se acercó más.

—Dijiste a medianoche.

—Para lo que faltan al menos dos campanadas.

—¿Sí? Ah.

Tehol se incorporó y se quedó sentado.

—Bueno, ya estás aquí. No tiene sentido mandarte marchar. Con todo, no hemos quedado en visitar a Selush hasta un repique después de medianoche.

—Podríamos ir temprano.

—Podríamos, aunque preferiría no alarmarla. Indicó que necesitaría muchos suministros, después de todo.

—¿Qué es lo que me hace peor que cualquier otro cadáver?

—Los otros cadáveres no se resisten, para empezar.

La mujer no muerta se acercó más.

—¿Por qué iba a sentir la necesidad de resistirme? ¿No va a hacerme más bonita, sin más?

—Por supuesto. Solo era por dar conversación. ¿Y cómo estás tú, Shurq Elalle?

—Igual.

—Igual. ¿Que es?

—He estado mejor. Con todo, muchos dirían que la coherencia es una virtud. Qué pantalones más extraordinarios.

—Estoy de acuerdo. No del gusto de todos, por desgracia…

—Yo no tengo gusto.

—Ah. ¿Y eso es una consecuencia de estar muerta o una admisión más genérica de tu persona?

Los ojos apagados y sin vida, que hasta ese momento habían estado esquivando el contacto directo, se clavaron en Tehol.

—Estaba pensando… la noche del festival del Errante.

Tehol sonrió.

—Te anticipas a mis pensamientos, Shurq.

—Hay dieciséis guardias de servicio en todo momento, con otros ocho durmiendo o jugando en los barracones, que están unidos a la casa principal de la hacienda a través de una única pasarela cubierta de diecinueve zancadas de longitud. Todas las puertas exteriores están cerradas con rejas dobles. Hay cuatro guardias apostados en cubículos en cada esquina del tejado y guardas tejidas sobre cada ventana. Las murallas de la finca tienen una altura de dos hombres.

—Parece formidable.

El encogimiento de hombros de Shurq provocó un sonido a cuero húmedo que, ya proviniera de su ropa o de algún otro lugar, era imposible de determinar.

Reapareció Bicho trepando con una mano, en la otra llevaba equilibrada una bandeja hecha con la tapa de un cajón. Había dos tazas de arcilla en la bandeja y el contenido humeaba. Subió con cuidado al tejado y después, al levantar la vista y verlos a los dos, se detuvo, consternado.

—Mis disculpas, Shurq Elalle, bienvenida. ¿Te apetece un poco de té?

—No seas absurdo.

—Ah, sí. Qué desconsiderado por mi parte. Disculpa. —Bicho se acercó con la bandeja.

Tehol cogió su taza y la olisqueó con cautela. Después miró a su criado con el ceño fruncido.

Criado que se encogió de hombros.

—No tenemos hierbas, amo. He tenido que improvisar.

—¿Con qué? ¿Pelo de oveja?

Bicho alzó las cejas.

—Pues casi. Me quedaba algo de lana.

—¿La amarilla o la gris?

—La gris.

—Bueno, entonces está bien. —Dio un sorbo—. Suave.

—Sí, debería serlo.

—No estaremos envenenándonos, ¿verdad?

—Solo un poco, amo.

—Hay momentos —dijo Shurq Elalle— en los que lamento estar muerta. Pero este no es uno de esos momentos.

Los dos hombres la miraron con expresión especulativa mientras se tomaban su té.

—En un mundo ideal —continuó la mujer—, ahora carraspearía para salvar este instante de incomodidad. Pero soy incapaz de sentirme más incómoda de lo que suele ser mi estado normal. En segundo lugar, carraspear tiene consecuencias desagradables.

—Ah, pero Selush ha diseñado una bomba —dijo Tehol—. La operación será, eh, no apta para caracteres delicados. Con todo, pronto exudarás el perfume de las rosas.

—¿Y cómo conseguirá eso?

—Con rosas, me imagino.

Shurq alzó una fina ceja.

—¿Me van a rellenar con flores secas?

—Bueno, no por todas partes, por supuesto.

—Una pregunta práctica, Tehol Beddict. ¿Cómo voy a ser sigilosa si crujo con cada paso que doy?

—Una buena pregunta. Sugiero que se lo comentes a Selush.

—Junto con todo lo demás, al parecer. ¿Reanudo mi relato sobre la finca de la víctima en potencia? Supongo que tu criado es de fiar.

—De una forma excepcional —respondió Tehol—. Por favor, continúa.

—El finadd Gerun Eberict asistirá a los Ahogamientos Especiales, tras lo cual, a su conclusión, será uno de los invitados en una celebración ofrecida por Turudal Brizad…

—¿El consorte de la reina?

—Sí. Una vez le robé.

—¡De veras! ¿Y qué te llevaste?

—Su virginidad. Éramos muy jóvenes… bueno, él lo era, en cualquier caso. Fue mucho antes de que bailara en palacio y se ganara el interés de la reina.

—Eso sí que es un detalle interesante. ¿Fuiste su verdadero amor, si me permites hacer una pregunta personal?

—El único amor de Turudal es él mismo. Como he dicho, él era muy joven y yo bastante mayor. Por supuesto, ahora él es mayor que yo, cosa curiosa. Un tanto curiosa, por lo menos. En cualquier caso, ni siquiera por aquel entonces faltaban hombres y mujeres que lo persiguieran. Supongo que creyó que fue él quien conquistó. Quizá siga creyéndolo. La medida del robo perfecto es cuando la víctima sigue, por dicha, sin ser consciente de que le han robado algo.

—Yo diría —comentó Bicho— que Turudal Brizad no lamentó su pérdida.

—Aun así —dijo Shurq. Se quedó callada y después—: No hay nada en este mundo que no se pueda robar.

—Y con ese pensamiento girando como lanolina en nuestros estómagos —dijo Tehol al tiempo que dejaba la taza— tú y yo deberíamos dar un paseo, Shurq.

—¿Está muy lejos la casa de Selush?

—Podemos demorar el paseo. Gracias, querido Bicho, por este refrigerio único y delicioso. Limpia un poco por aquí, ¿quieres?

—Si tengo tiempo.

Shurq dudó.

—¿Debería bajar por el muro y después seguirte sin que me vean?

Tehol frunció el ceño.

—Solo si no hay más remedio. Podrías subirte esa capucha y pasar así desapercibida.

—Muy bien. Me reuniré contigo en la calle, para que no me vean salir de una casa en la que nunca entré.

—¿Sigue habiendo vigilantes que me espían?

—Seguramente no, pero compensa ser cauto.

—Muy bien. Te veré en un momento, entonces.

Tehol descendió por la escalera de mano. La única habitación hedía a sudor de oveja y el calor del hogar era fiero. Salió a toda prisa, giró a la derecha en lugar de a la izquierda y llegó a lo que en otro tiempo había sido una especie de callejuela no oficial que en ese momento estaba atestada de desperdicios y materiales de construcción desechados, las fachadas que daban a ella estaban selladas por ladrillos o puertas a las que se había quitado el cerrojo.

Shurq Elalle salió de las sombras con la capucha cubriéndole la cara.

—Háblame más de esa tal Selush.

Echaron a andar y zigzaguearon en fila de a uno por un estrecho callejón hasta llegar a la calle que quedaba detrás.

—Una antigua socia de Bicho. Parece que embalsamadores y otros comerciantes de la muerte son una especie de familia extensa. Intercambian de forma constante técnicas y partes de cuerpos. Es todo un arte, según tengo entendido. La historia de un cuerpo puede desentrañarse a partir de una gran multitud de detalles, se puede leer como un pergamino.

—¿Qué sentido tiene reunir una lista de defectos cuando el sujeto ya está muerto?

—Curiosidad mórbida, me imagino. O morbidez curiosa.

—¿Estás intentando ser gracioso?

—Nunca, Shurq Elalle. Me he tomado muy en serio tu advertencia a tal efecto.

—Tú, Tehol Beddict, eres muy peligroso para mí. Pero a la vez me siento atraída, como si fueras néctar blanco intelectual. Ansío la tensión creada por la lucha que sostengo para evitar que me diviertas demasiado.

—Bueno, si Selush consigue lo que pretende, el riesgo asociado a la risa se desvanecerá y podrás carcajearte sin miedo.

—Ni siquiera cuando estaba viva me carcajeé jamás. Y tampoco espero hacerlo ahora que estoy muerta. Pero lo que sugieres induce a… la desilusión. Una liberación de la susodicha tensión, la muerte de las chispas. Ahora temo deprimirme.

—El riesgo de lograr lo que deseas —dijo Tehol, que asintió cuando llegaron al canal de la Zanja y echó a andar por su maloliente orilla—. Me identifico, Shurq Elalle. Es una dolorosa consecuencia del éxito.

—Dime lo que sabes de la antigua torre situada en los terrenos prohibidos que hay detrás del palacio.

—No mucho, salvo que tu camarada no muerta reside en sus inmediaciones. La niña.

—Sí, así es. La he llamado Tetera.

—Cruzamos por aquí. —Tehol indicó un puente—. ¿La niña significa algo para ti?

—Es difícil responder a eso. Quizá. Puede que al final resulte que significa algo para todos nosotros, Tehol Beddict.

—Ah. ¿Y puedo ayudar en algo con ese asunto?

—Tu ofrecimiento me sorprende.

—Me esfuerzo por no perder nunca la capacidad de sorprender, Shurq Elalle.

—Estoy intentando descubrir su… historia. Es, según creo, importante. La antigua torre parece estar embrujada de algún modo, y lo que la embruja se comunica con Tetera. Plantea una necesidad desesperada.

—¿De qué?

—Carne humana.

—Oh, vaya.

—En cualquier caso, por eso Gerun Eberict está perdiendo los espías que manda tras de ti.

Tehol se detuvo en seco.

—¿Disculpa?

—Tetera los mata.

Con una inclinación muy abrupta, la pared negra de roca subía hasta la luz. Las corrientes barrían su superficie ondulada con una ferocidad incesante y todo lo que se aferraba a ella para extraer sustento de ese chorro agitado era achaparrado, obstinado y con un caparazón duro. Inmensas llanuras se extendían ante la base de la pared de la zanja y nada quedaba en ellas salvo el lecho de roca. Unas enormes islas enmarañadas de detritos, aplastados y unidos por presiones inimaginables, se arrastraban por la superficie, como leviatanes migratorios en el flujo de un agua oscura.

Brys se encontraba en la planicie, observando pasar la masa rodante más cercana. Sabía que era testigo de visiones que ningún mortal había contemplado jamás, donde los ojos naturales verían solo oscuridad, donde las presiones habrían matado ya mucho tiempo atrás la carne corpórea que descendiera de la superficie. Pero allí estaba él, para sus sentidos era real, tan físico como lo había sido en el palacio. Vestido, con armadura, la espada colgando en

la cadera. Podía sentir el agua helada y su torrente salvaje de un modo vago y remoto, pero las corrientes no representaban obstáculo alguno para su equilibrio, no podían derribarlo. Y tampoco podían robarle la fuerza de los miembros.

Respiró hondo y el aire frío y húmedo, era, comprendió, el aire de la cámara subterránea de la Cedance.

Al comprender eso se calmaron los latidos de su corazón y disminuyó la desorientación.

Un dios mora en este lugar. Parecía muy apropiado para ello. Primario, cargado de extremos, un reino de violencia pura e inmensas fuerzas opuestas de la naturaleza.

Otra masa de desechos pasó arrastrándose y Brys descubrió, entre ramas pálidas y esqueléticas y lo que parecían fardos de cuerda desenrollada, trozos aplastados de metal cuyos bordes mostraban unos zarcillos blancos extrudidos. *Por el Errante, ese metal es de una armadura y esos zarcillos son…*

Los detritos se alejaron dando vueltas. Y cuando lo hicieron, Brys vio algo detrás. Inmóviles, como bloques, formas verticales que se levantaban en la llanura.

Fue hacia ellas.

Dólmenes.

Aquello era incomprensible. Parecía imposible que la llanura que tenía delante otrora hubiera conocido el aire, la luz del sol y los vientos secos.

Y entonces se percató de que las imponentes piedras eran del mismo material que la llanura y que en verdad formaban parte de ella, que se levantaban como proyecciones sólidas. Cuando Brys se acercó, comprobó que las superficies estaban talladas, una madeja ininterrumpida de glifos enlazados.

Seis dólmenes en total que formaban una fila diagonal que partía del ángulo de la pared de la zanja.

Se detuvo ante el más cercano.

Los glifos formaban un enrejado plateado sobre la piedra negra y en la superficie irregular, bajo los símbolos, vio insinuaciones de una figura. Con varios miembros, la cabeza pequeña, ladeada y achaparrada, una frente inmensa que sobresalía sobre la cuenca de un único ojo. La boca ancha parecía una fila de zarcillos alargados y el final de cada uno lucía unos colmillos largos y finos; la boca estaba cerrada para formar una fila entrelazada y espinosa. Seis brazos segmentados, dos (quizá cuatro) piernas, apenas sugeridas en las ondulaciones de la piedra negra.

Los glifos recubrían la figura y Brys sospechó que formaban una especie de prisión, una barrera que evitaba que la criatura saliera.

La plata parecía fluir por las estrías talladas.

Brys rodeó el dolmen y vio otras formas a cada lado, no había dos iguales, una multitud de bestias demoníacas, de pesadilla. Tras una larga mirada, siguió hasta la siguiente piedra recta. Y encontró más.

El cuarto dolmen era diferente. En un lado, los glifos se habían desenrollado y la plata se había diluido y donde debería haber estado una figura había una muesca sugerida, la de una inmensa criatura pesada con tentáculos serpenteantes en lugar de miembros.

La ausencia muda era escalofriante. Había algo suelto y a Brys no le parecía que fuese un dios.

Mael, ¿dónde estás? ¿Son estos tus sirvientes?

¿O tus trofeos?

El paladín se quedó mirando la muesca. La ausencia era más profunda que lo que se alzaba delante de él. Su mente susurraba… abandono. Mael se había ido. Ese mundo había

quedado a merced de las corrientes oscuras y tórridas y los rebaños de detritus.

—Has venido a por otro, ¿verdad?

Brys giró en redondo. A diez pasos había aparecido una figura enorme envuelta en una armadura. Hierro negro con una pátina tachonada de remaches verdes con verdete. Un gran yelmo con barbote de ranuras verticales hasta la mandíbula, reforzado desde el puente de la nariz hasta la barbilla. Las finas ranuras para los ojos estaban enjauladas en una malla que se extendía por debajo del barbote y colgaba, raída y rígida, sobre los hombros y el peto. Unos percebes aparecían incrustados en las articulaciones de los brazos y las piernas, y unos zarcillos de plantas de brillantes colores se aferraban a las junturas de la armadura y ondeaban en la corriente. Unos guanteletes de placas superpuestas de plata sin tacha sujetaban un mandoble, la hoja tan ancha como largas eran las manos de Brys. El extremo romo de la espada descansaba en el suelo de roca. Vio entonces que esas manos revestidas de metal estaban sangrando.

El letherii sacó también su espada larga. Las corrientes agitadas tiraron de repente de él, como si lo que fuera que lo había hecho inmune a los estragos de ese mundo de profundidades se hubiera desvanecido. La hoja giraba y se retorcía en su mano con cada oleada de la corriente. Para contrarrestar un arma como la que empuñaba el guerrero, necesitaría velocidad, su táctica primordial sería de evasión. El acero letherii de su espada larga no se rompería al chocar con una defensa dura, pero sus brazos quizá sí.

Entonces las corrientes lo golpearon y batallaron con la espada que llevaba en la mano. No tenía esperanza de luchar contra aquella criatura.

Las palabras que había pronunciado el guerrero eran en un idioma que Brys desconocía, pero las entendió.

—¿Venir a por otro? No estoy aquí para liberar a estos demonios de sus jaulas de hechicería…

La aparición dio un paso adelante.

—¿Demonios? Aquí no hay demonios. Solo dioses. Dioses olvidados. ¿Crees que la madeja de palabras es una prisión?

—No sé qué pensar. No conozco las palabras escritas…

—El poder es recuerdo. El poder es evocación; un dios muere cuando se queda sin nombre. Por ello ofreció Mael este regalo, este santuario. Sin sus nombres, los dioses se desvanecen. El crimen cometido aquí no tiene medida. La destrucción de los nombres, la vinculación de un nuevo nombre, la creación de un esclavo. No tiene medida, mortal. La respuesta fue hacerme a mí para proteger a los que quedan. Esa es mi tarea. —La espada se alzó y el guerrero dio otro paso más.

Algunos luchadores provocaban una herida invisible antes de que se sacaran las armas siquiera. En ellos, alzada como una penumbra, estaba la promesa de la mortalidad. Desangraba, debilitaba la voluntad y las fuerzas. Brys ya se había enfrentado antes a hombres y mujeres con ese talento innato. Y había respondido a él con… gesto divertido.

El guardián que tenía delante prometía mortalidad con una fuerza palpable.

Otro paso pesado. Una fuerza que estaba a la altura de las aguas agitadas. Al comprenderlo de repente, Brys sonrió.

La corriente cruel cesó en su torbellino. Velocidad y agilidad regresaron aceleradas.

La enorme espada lanzó una estocada horizontal. Brys saltó hacia atrás, la punta de su espada salió disparada hacia arriba, una puñalada para detener el único objetivo que tenía al alcance.

El acero letherii se deslizó entre las placas de plata del guantelete izquierdo y se hundió en él.

Tras él explotó un dolmen, la conmoción resonó como un trueno por todo el suelo de roca. El guerrero se tambaleó y después balanceó la espada y lanzó un corte bajo. Brys se arrojó de espaldas, rodó sobre un hombro y volvió a levantarse, pero agazapado.

La espada del guerrero se había hundido en el basalto una cuarta. Y estaba atascada.

Brys salió disparado hacia su contrincante, plantó la pierna izquierda detrás del guardián, apoyó las dos manos en el pecho blindado y empujó con fuerza.

El esfuerzo fracasó, el guardián se mantuvo erguido, aferrado a la espada incrustada en el suelo.

Brys giró en redondo y clavó el codo derecho en la cara recubierta de hierro. El dolor estalló por todo el brazo cuando la cabeza saltó hacia atrás y el letherii se cayó hacia un lado; con la mano izquierda cogió la espada larga del brazo derecho, que se le estaba entumeciendo a toda prisa.

El guerrero tiró de su propia espada pero el arma no cedió.

Brys se adelantó de nuevo de un salto y hundió la bota izquierda en el costado de la pierna más cercana del guardián, un golpe bajo, a solo un palmo del tobillo.

El hierro antiguo se arrugó. Los huesos se partieron.

El guerrero se hundió por ese lado pero permaneció erguido en parte, al continuar apoyado en la espada atascada.

Brys retrocedió a toda prisa.

—Ya basta. No tengo ningún deseo de matar a ningún dios más.

La cara blindada se alzó para mirarlo.

—Me has derrotado. Hemos fracasado.

El letherii estudió al guerrero durante un buen rato y después habló.

—La sangre que gotea por tus manos, ¿pertenece a los dioses supervivientes que hay aquí?

—Ya muy menguados.

—¿Pueden sanarte?

—No. No nos queda nada.

—¿Por qué se filtra la sangre? ¿Qué pasa cuando se acaba?

—Es poder. Roba valor, contra ti fracasó. Se esperaba que la sangre de enemigos aislados… ahora ya no importa.

—¿Qué hay de Mael? ¿No puede ayudarte él?

—Hace mil años que no nos visita.

Brys frunció el ceño. Kuru Qan había dicho que siguiera sus instintos. No le gustaba lo que había acaecido allí.

—Me gustaría ayudar. Así pues, quiero darte mi propia sangre.

El guerrero se quedó callado unos minutos.

—No sabes lo que ofreces, mortal —dijo después.

—Bueno, no tengo intención de morir. Tengo intención de sobrevivir a la ordalía. ¿Será suficiente?

—La sangre de un enemigo muerto o moribundo tiene poder. Comparado con la sangre de un mortal vivo, ese poder es minúsculo. Lo digo de nuevo, no sabes lo que ofreces.

—Tengo más en mente, guardián. ¿Me permites acercarme?

—Estamos indefensos ante ti.

—Tu espada no va a ninguna parte, ni siquiera con mi ayuda. Quiero darte la mía. No se puede romper, o eso me han dicho. Y es cierto que jamás he visto romperse el acero letherii. Tu mandoble solo es eficaz si tu oponente tiembla y por tanto es lento y torpe.

—Eso parece.

A Brys le complació el tono irónico de la voz del guerrero. Si bien no había habido autocompasión en la admisión de fracaso, no le había gustado oírla. Le dio la vuelta a su espada larga y le ofreció el pomo al guerrero.

—Toma.

—Si me suelto, caeré.

—Con una bastará.

El guardián soltó una mano y cogió la espada larga.

—¡Por el abismo, no pesa nada!

—La forja es un arte secreto que conoce solo mi pueblo. No te fallará.

—¿Tratas a todos tus enemigos derrotados de este modo?

—No, solo a los que no tenía ningún deseo de hacer daño ya en primer lugar.

—Dime, mortal, ¿se te considera un buen espadachín en tu mundo?

—Pasable. —Brys se quitó el guante de cuero de la mano derecha y sacó su daga—. Este brazo sigue casi entumecido…

—Me complace. Aunque ojalá pudiera decir lo mismo de mi cara.

Brys se cortó la palma de la mano y observó la sangre que brotaba para alejarse de repente con la corriente. Posó la mano que sangraba en la izquierda del guerrero, que seguía cerrada alrededor de la empuñadura del arma incrustada. Sentía que le iban sacando la sangre entre las placas de plata.

La mano del guerrero se giró para sujetar la suya en una presa pétrea. Una tensión en los músculos y el guardián empezó a erguirse.

Brys bajó los ojos y vio que la pierna destrozada se estaba curando en espasmos de aspecto doloroso, se iba

haciendo sólida bajo el peso del enorme guerrero.

Una repentina debilidad lo invadió.

—Suéltame la mano —dijo el guerrero—, no vayas a morir.

Brys asintió, quitó la mano y se tambaleó hacia atrás.

—¿Vivirás?

—Eso espero —jadeó, la cabeza le daba vueltas—. Ahora, antes de irme, dime sus nombres.

—¿Qué?

—Tengo buena memoria, guardián. No habrá más esclavitud mientras yo siga vivo. Y cuando mi vida se acabe, me aseguraré de que esos nombres no se olvidan.

—Somos dioses antiguos. Te arriesgas…

—Os habéis ganado la paz, en lo que a mí se refiere. Contra los tiste edur (esos que llegaron antes para encadenar a uno de los vuestros) estaréis preparados la próxima vez. Mi vida puede contribuir a vuestra fuerza y con un poco de suerte, será suficiente para que resistáis.

El guardián se irguió en toda su altura.

—Lo será, mortal. Tu sacrificio no se olvidará.

—¡Los nombres! Siento… me desvanezco…

Las palabras llenaron su mente, una avalancha de nombres que giraban y cada uno se grababa a fuego en su memoria. Chilló al sentir la conmoción del asalto, las incontables capas de dolor, sueños, vidas y muertes, de reinos inimaginables, de civilizaciones que se deshacían convertidas en ruinas, y luego polvo.

Historias. *Tantas historias… ah, Errante…*

—Que el Errante nos proteja, ¿qué has hecho?

Brys se encontró echado de espaldas, bajo él un suelo duro y esmaltado. Abrió los ojos con un parpadeo y vio la

cara arrugada de Kuru Qan que se cernía sobre él.

—No pude encontrar a Mael —dijo el paladín del rey. Se sentía increíblemente débil, apenas capaz de llevarse una mano a la cara.

—Casi no te queda ni una gota de sangre, finadd. Cuéntame todo lo que pasó.

Que las Fortalezas me abandonen, historias sin fin…

—Descubrí lo que han hecho los tiste edur, ceda. Un dios antiguo, despojado de sus nombres, dominado por uno nuevo. Ahora sirve a los edur.

Kuru Qan entrecerró los ojos tras las gruesas lentes.

—Despojado de sus nombres. ¿Relevante? Quizá. ¿Puede hallarse uno de esos nombres? ¿Servirá para arrancarlo de las manos de Hannan Mosag?

Brys cerró los ojos. De todos los nombres que albergaba en su interior… ¿alguno de los otros dioses había conocido la identidad de su compañero?

—Puede que lo tenga yo, ceda, pero encontrarlo llevará tiempo.

—Regresas con secretos, finadd Brys Beddict.

—Y apenas un puñado de respuestas.

El ceda se echó hacia atrás.

—Necesitas tiempo para recuperarte, mi joven amigo. Comida, vino, y en abundancia. ¿Puedes ponerte de pie?

—Lo intentaré…

El humilde criado Bicho atravesó la oscuridad del Último Callejón de Sherp, así llamado porque el pobre Sherp había muerto allí unas décadas antes. Había sido un elemento fijo del barrio, recordó Bicho. Viejo, medio ciego y balbuceando sin fin sobre un misterioso altar agrietado perdido mucho

tiempo atrás en la arcilla que había bajo las calles. O, para ser más precisos, bajo aquel callejón concreto.

Habían encontrado su cuerpo hecho un ovillo dentro de un círculo arañado, entre basura y media docena de ratas con el cuello retorcido. Por peculiar que eso fuera, no había muchos a los que les importara o fueran lo bastante curiosos como para buscar explicaciones. La gente moría en callejones y calles todo el tiempo, después de todo.

Bicho añoraba al viejo Sherp, incluso después de tantos años, pero algunas cosas no se podían deshacer.

Lo había despertado un tamborileo en la estera de juncos que servía como puerta en la modesta residencia de Tehol. Una niña cubierta de manchas le entregó una llamada urgente. En ese momento correteaba unos pasos por delante y de vez en cuando echaba la vista atrás para asegurarse de que todavía la seguía.

Al final del Último Callejón de Sherp había otra calleja que corría en perpendicular, a la izquierda bajaba a un sumidero conocido como el Talón del Errante, que se había convertido en un pozo de desechos, y a la derecha terminaba tras quince pasos en una casa en ruinas con un tejado que se había derrumbado casi por completo.

La niña llevó a Bicho hasta esa ruina.

Una sección conservaba suficiente techo para erguirse y en ese aposento residía una familia. Eran nerek: seis niños y una abuela que había bajado del norte tras la muerte de los padres a causa de la fiebre de Tregua, lo que ya en sí era una injusticia sin sentido porque la fiebre de Tregua la podía curar con facilidad cualquier sanador letherii, siempre que le dieran dineros suficientes.

Bicho no los conocía pero sabía de ellos y era obvio que ellos, a su vez, habían oído hablar de los servicios que él

estaba dispuesto a ofrecer, en ciertas circunstancias, sin cobrar nada.

Una mano diminuta se alzó para rodear la suya y la niña lo llevó por la puerta a un pasillo donde se vio obligado a agacharse bajo el inclinado techo combado. Tres pasos más y se reveló la parte inferior de otra puerta y, tras ella, una habitación atestada.

Que olía a muerte.

Saludos murmurados y cabezas inclinadas cuando entró Bicho, que posó los ojos en la forma inmóvil que yacía sobre una manta ensangrentada en el centro de la habitación. Tras un momento de estudio, levantó la cabeza y buscó la mirada de la mayor de los niños, una niña de unos diez u once años, aunque quizá fuera mayor y la malnutrición hubiera impedido su crecimiento, o más joven y lo mismo la hubiera hecho madurar por adelantado. Unos ojos grandes y duros se encontraron con los de Bicho.

—¿Dónde la encontrasteis?

—Consiguió llegar a casa —respondió la niña con tono inexpresivo.

Bicho bajó la cabeza para mirar a la abuela muerta una vez más.

—¿Desde dónde?

—Ronda Enterrada, dijo.

—Habló, entonces, antes de que la vida la abandonara. —Los músculos de la mandíbula de Bicho se tensaron. Ronda Enterrada estaba a doscientos o trescientos pasos. Una voluntad extraordinaria, la de la anciana, para haber caminado toda aquella distancia con dos cuchilladas mortales en el pecho—. Su necesidad era grande, creo.

—Para decirnos quién la mató, sí.

Y no para limitarse a desaparecer, como hacen tantos indigentes, alzando así el espectro del abandono, una

cicatriz de la que estos niños podían prescindir.

—¿Quién, pues?

—Estaba cruzando la Ronda y se encontró en el camino de un séquito. Siete hombres y su amo, todos armados. El amo estaba furioso, algo sobre que sus espías desaparecían. Nuestra abuela le rogó que le diera algunos dineros. El amo perdió la cabeza de cólera y les ordenó a sus guardias que la mataran. Y eso hicieron.

—¿Y se conoce la identidad de ese amo?

—Encontrarás su cara en diques recién acuñados.

Ah.

Bicho se arrodilló junto a la anciana. Posó una mano en la frente fría y arrugada y buscó lo que quedaba de su vida.

—Urusan, del clan conocido con el nombre del Búho. Su fuerza nacía del amor. Amor por sus nietos. Se ha ido, pero no se ha ido lejos. —Bicho levantó la cabeza y se encontró con los ojos de cada uno de los seis niños—. Oigo el desplazamiento de piedras inmensas, la rendición con un chirrido de un portal largo tiempo cerrado. Hay arcilla fría pero no la ha abrazado. —Respiró hondo—. Prepararé su cuerpo para el enterramiento nerek…

—Nos gustaría recibir tu bendición —dijo la niña.

Bicho alzó las cejas.

—¿La mía? No soy nerek, ni siquiera sacerdote…

—Nos gustaría recibir tu bendición.

El criado dudó, después suspiró.

—Y la recibiréis. Pero, decidme, ¿cómo vais a vivir ahora?

Casi a modo de respuesta se produjo una conmoción en la puerta y después una enorme figura entró con paso lento en la pequeña habitación y pareció llenarla entera. Era joven, su tamaño y sus rasgos indicaban que la sangre tarthenal y nerek corría por sus venas. Unos ojos pequeños

se clavaron en el cuerpo de Urusan y la cara entera se oscureció.

—¿Y quién es este? —preguntó Bicho. *Un desplazamiento de piedras inmensas, y ahora esto... esto que aparta a un lado montañas enteras. ¿Qué comienza aquí?*

—Nuestro primo —dijo la niña con los ojos muy abiertos y llenos de adoración y súplica cuando miraban al joven—. Trabaja en el puerto. Unn es su nombre. Unn, este es el hombre al que se conoce como Bicho. Es vestidor de muertos.

La voz de Unn era tan profunda que apenas se podía oír.

—¿Quién ha hecho esto?

Ah, finadd Gerun Eberict, a tu absurdo festín de sangre acudirá un concurrente al que no se ha invitado, y algo me dice que llegarás a lamentarlo.

Selush, de la Casa Apestosa, era alta y de proporciones amplias, pero su rasgo más notable era su pelo. Veintisiete trenzas cortas del espeso pelo negro que se proyectaban en todas direcciones, cada una envolvía una púa de asta, lo que significaba que las trenzas se curvaban y retorcían de un modo peculiar. Estaba entre los treinta y cinco y los cincuenta años, una ambigüedad producto de su formidable talento para disimular defectos. Ojos violetas, conseguidos gracias a una tinta inusual recogida de gusanos segmentados que vivían hundidos en la arena de las playas de la isla del sur, y labios que se mantenían llenos y rojos con un veneno de serpiente ligeramente tóxico con el que se los pintaba cada mañana.

Cuando se plantó delante de Tehol y Shurq Elalle en el umbral de su modesta morada de desafortunado nombre iba vestida con unas sedas muy ceñidas que invitaban a Tehol,

muy a pesar de su sentido del decoro, a examinarle los pezones bajo el brillo dorado, así que el hombre tardó largo rato en levantar la cabeza y ver la expresión de alarma en sus ojos.

—¡Llegáis pronto! No os esperaba todavía. ¡Oh! Ahora estoy toda nerviosa. ¡En serio, Tehol, ya deberías saber que no se puede hacer lo inesperado! ¿Es esta la mujer muerta?

—Si no lo soy —respondió Shurq Elalle—, entonces es que tengo problemas incluso más graves, ¿no te parece?

Selush se acercó más.

—Es el peor embalsamamiento que he visto jamás.

—No me embalsamaron.

—¡Oh! ¡Qué ultraje! ¿Cómo moriste?

Shurq alzó una ceja sin vida.

—Siento curiosidad. ¿Con qué frecuencia responden a esa pregunta tus clientes?

Selush parpadeó.

—Entrad, si no queda más remedio. ¡Qué temprano!

—Querida —dijo Tehol con tono razonable—, faltan menos de doscientos latidos para la campanada de medianoche.

—¡Exacto! ¿Ves lo aturdida que estoy por tu culpa? Rápido, entrad, tengo que cerrar la puerta. ¡Ya está! Oh, las calles oscuras son tan aterradoras. Bueno, cielo, déjame mirarte mejor. Mi criado se mostró bastante reticente, me temo, cosa poco propia de él. —Se acercó de súbito hasta que casi pegó la nariz a los labios de Shurq.

Tehol se estremeció pero, por fortuna, ninguna de las dos mujeres lo notó.

—Te ahogaste.

—No me digas.

—En el canal Quillas. Justo corriente abajo de los Carniceros de Vientobajo el último día de un mes de verano. ¿Cuál? ¿El mes del Nómada? ¿El del Vigilante?

—El del Traidor.

—¡Oh! Vientobajo debió de hacer negocios inusualmente buenos ese mes, entonces. Dime, ¿la gente grita cuando te ve?

—A veces.

—Conmigo también.

—¿Y a ti —preguntó Shurq— te felicitan por tu pelo?

—Nunca.

—Bueno, ha sido una charla muy agradable —se apresuró a decir Tehol—. Por desgracia no tenemos toda la noche…

—Pero bueno, pues claro que la tenemos, tonto —dijo Selush.

—Ah, claro. Perdón. En cualquier caso. Shurq fue víctima de los Ahogamientos y resultó que de una maldición permanente.

—¿No es siempre el caso? —suspiró Selush mientras se volvía para acercarse a la larga mesa que había junto a la pared trasera de la habitación.

—Tehol mencionó rosas —dijo Shurq, que la seguía.

—¿Rosas? Cielos, no. Canela y pachulí, diría yo. Pero primero tenemos que hacer algo con todo ese moho, y con el musgo de las aletas de la nariz. Y luego está el ootooloo…

—¿El qué? —preguntaron Shurq y Tehol al unísono.

—Vive en los manantiales de agua caliente de las montañas Rosazul. —Se dio la vuelta y miró a Shurq con las cejas alzadas—. Un secreto entre las mujeres. Me sorprende que nunca hayas oído hablar de ellos.

—Al parecer mi educación tiene carencias.

—Bueno, un ootooloo es una criatura pequeña de cuerpo blando que se alimenta a través de una hendidura, una especie de ranura vertical que tiene por boca. Su piel está cubierta de cilios que tienen la inusual cualidad de

transmitir sensaciones. Estos cilios se pueden enraizar en carne membranosa…

—Espera un momento —dijo Tehol, espantado—, no estarás sugiriendo…

—La mayor parte de los hombres no nota la diferencia, pero aumenta mucho el placer… o eso me han dado a entender. Yo jamás he invitado ninguno al interior, dado que el emplazamiento de un ootooloo es permanente y necesita, bueno, alimentación constante.

—¿Con qué frecuencia? —quiso saber Shurq, y Tehol oyó la alarma correspondiente en su voz.

—A diario.

—Pero los nervios de Shurq están muertos, ¿cómo puede sentir lo que siente ese tal ootooloo?

—No están muertos, Tehol Beddict, solo no despertados. Además, antes de mucho tiempo los cilios del ootooloo habrán impregnado todo su cuerpo ¡y cuanto más sano esté el organismo, más brillante y vigorosa estará su carne creciente!

—Entiendo. ¿Y qué hay de mi cerebro? ¿Esas raíces crecerán también en él?

—Bueno, eso no lo podemos permitir, verdad, a menos que quieras vivir el resto de tu existencia babeando en un baño de agua caliente. No, infundiremos en tu cerebro un veneno, bueno, no es un veneno auténtico, sino la exudación de una criaturita que comparte esos manantiales calientes con el ootooloo. La dicha exudación no es demasiado agradable para los ootooloos. ¿No es maravillosa la naturaleza?

Con los ojos irritados, Bicho entró tambaleándose en la casa de su amo. Faltaba menos de una hora para el

amanecer. Se sentía exhausto, más por la bendición que había dado que por preparar el cuerpo de la anciana para el entierro. Dio dos zancadas por la única habitación y se detuvo.

Sentada en el suelo y apoyada en la pared contraria estaba Shand.

—¿Dónde está ese malnacido, Bicho?

—Trabajando, aunque me imagino que no se lo creerá. No he dormido esta noche y no estoy en condiciones de mantener una conversación, Shand…

—¿Y a mí me importa? ¿Qué clase de trabajo? ¿Qué está haciendo que tenga que hacerse cuando el resto del mundo está dormido?

—Shand, yo…

—¡Respóndeme!

Bicho se acercó a la olla que reposaba sobre una rejilla, encima del hogar ya frío, y metió una taza en el té tibio y demasiado cocido.

—Doce líneas de inversión, como arroyos invisibles bajo los cimientos, que van consumiendo pero todavía han de revelar algún temblor. Son entramados vitales para toda economía, Shand, sobre los que descansa todo lo demás.

—No se pueden hacer negocios en plena noche.

—No esa clase de negocios, no. Pero siempre existen riesgos, Shand. Y hay que enfrentarse a ellos. Amenazas. Y hay que enfrentarse a ellas. En cualquier caso, ¿qué está haciendo en la calle, de noche, y sin su guardaespaldas?

—¿Ublala? ¿Ese zoquete? En la cama de Rissarh. O en la de Hejun. No en la mía, esta noche no, por lo menos. Nos vamos turnando.

Bicho se la quedó mirando en la oscuridad. Se bebió lo que le quedaba del té y dejó la taza.

—¿Es cierto? —preguntó Shand tras un momento—. ¿Lo de esas inversiones?

—Sí.

—¿Por qué no nos cuenta esas cosas?

—Porque sus inversiones, señoras, tienen que ser independientes, sin relación alguna. No puede haber ningún patrón comparable. Por tanto, sigan sus instrucciones con precisión. Con el tiempo, todo quedará claro.

—Odio a los genios.

—Comprensible. Todo lo que hace parece confundir, es cierto. Uno se acostumbra.

—¿Y cómo le va a Construcciones Bicho?

—Bastante bien.

—¿Qué propósito tiene, en cualquier caso? ¿Solo hacer dinero?

—No. La intención es conseguir el contrato del Domicilio Eterno.

Shand se lo quedó mirando.

—¿Por qué?

Bicho sonrió.

Desinfectar, blanquear, raspar, peinar. Aceites perfumados frotados en ropas y piel. Aceites conservantes frotados en todo lo demás. Chorros limpiadores en ojos, nariz, orejas y boca. Y luego llegó el momento de la bomba.

Momento en el que Tehol salió tambaleándose a tomar el aire.

El cielo comenzaba a palidecer por el este, los habitantes menos cuerdos de la ciudad ya se habían levantado y aventurado a salir a las calles. Las carretas traqueteaban por los adoquines. En algún sitió cantó un gallo, solo para que

su exuberante grito lo interrumpiera un silencio estrangulado. Un perro ladró muy contento.

Pisadas que se detuvieron a la derecha de Tehol.

—¿Sigues aquí?

—Ah, el ayudante de Selush. ¿Y cómo te encuentras esta horripilante mañana, Padderunt?

La expresión del anciano era eternamente amarga, pero al oír la cortés inquisición de Tehol pareció implosionar convertida en un desastre de arrugas.

—¿Cómo estoy? ¡Sin dormir! ¡Así es como estoy, maldita serpiente! ¿Siguen ahí dentro? Es una causa perdida, te lo digo yo. Una causa perdida. Igual que tú, Tehol Beddict. Conocí a tu madre, ¿qué diría si te viera ahora?

—Conociste su cadáver, viejo necio. Antes de eso no te habíamos visto jamás.

—¿Crees que no me habló de sí misma de todos modos? ¿Crees que no puedo ver todo lo que hay que ver? El alma del interior da forma a la carne. Oh, pues claro que me habló.

Tehol alzó las cejas.

—¿El alma del interior da forma a la carne? —Se quedó mirando desde su altura el rostro de pasa arrugada que lo miraba furioso—. Oh, vaya.

—Ah, un comentario mordaz, ¿no? Muy cierto, ¡pero eso es lo que pasa cuando a un hombre decente no le dejan dormir!

Un pequeño tarro de arcilla estalló en los adoquines entre los dos, seguido por un grito furioso proveniente de una ventana del edificio de enfrente.

—¡Mira! —exclamó Padderunt mientras se llevaba la mano a la cabeza y se tambaleaba en círculos—. ¡Haces de nuestros vecinos crueles enemigos! Tú no vives aquí, ¿verdad?

—Cálmate —dijo Tehol—. Yo solo me limité a preguntarte cómo estabas esta mañana, por si se te ha olvidado. Se suponía que tu respuesta debía ser igual de anodina e indefinida. Si hubiera querido una lista de todos tus males… bueno, no la querría. ¿Quién la querría? Cortesía inocua es lo que se esperaba, Padderunt. No viles improperios.

—¿Ah, en serio? Bueno, ¿y cómo se supone que he de saberlo yo? Vamos, hay un sitio cerca que hace unos estupendos pasteles de cereales. Y un té de roya que puede despertar a un muerto.

Los dos empezaron a bajar la calle.

—¿Lo has intentado?

—¿Intentado qué?

—Despertar a un muerto con té de roya.

—Debería haber funcionado.

—Pero, por desgracia, no funcionó.

—Pero debería. El brebaje te acelera el corazón y hace que eches todo lo que tienes en el estómago.

—Lo estoy deseando.

—Hasta que te acostumbras. También es un estupendo insecticida. Solo tienes que salpicar el suelo, las grietas y demás. Es recomendable para todo.

—La mayor parte de la gente fuma la roya, no se la bebe.

—Bárbaros. Aquí estamos. Invitas tú, ¿no?

—¿Con qué?

—Entonces lo ponemos en la cuenta de Selush, lo que significa que después se lo tendrás que pagar.

—De acuerdo.

Shurq Elalle se puso delante del largo espejo de plata. La fuerza de la costumbre la tuvo tasando el valor de toda aquella plata por un momento antes de concentrarse al fin

en la imagen que reflejaba. Una palidez sana en la piel y las mejillas le resplandecían de vigor. Tenía el pelo limpio y se lo habían cortado por primera vez en años, y perfumado con una insinuación de aceite de pachulí. El blanco de los ojos estaba despejado y un relumbre húmedo se reflejaba en sus pupilas.

Habían sustituido el cuero y el lino podrido de su ropa por sedas negras bajo una chaqueta corta y negra de piel de becerro. Un nuevo cinturón para las armas, pantalones ceñidos pardos y botas altas. Guantes apretados de cuero.

—Parezco una puta.

—Pero no una puta cualquiera, ¿no? —dijo Selush.

—Cierto, primero te robo los dineros y luego te mato. Eso es lo que parezco.

—Hay muchos hombres ahí fuera a los que no les importaría, ¿sabes?

—¿Que los matara?

—Desde luego. En cualquier caso, me dieron a entender que esa no era tu profesión. Aunque supongo que podrías sentirte inclinada a probar algo nuevo, ¿qué tal el ootooloo, por cierto?

—Tiene hambre. ¿No puedo darle de comer, bueno, otra cosa?

Los ojos de Selush chispearon.

—¡Quieres experimentar, así me gusta!

Algunos comentarios, reflexionó la mujer no muerta, no merecían respuesta.

Shurq Elalle flexionó los músculos que le permitirían coger aire, hacía mucho tiempo que habían perdido la práctica, y le resultó extraño percibir aquella sensación todavía vaga y lejana del aire que se deslizaba por su garganta y le llenaba el pecho. Después de la bomba había

habido inyecciones. El aliento que liberaba olía a canela y mirra. Mejor que el barro del río, lo miraras como lo miraras.

—Tu trabajo es aceptable —dijo.

—¡Bueno, menudo alivio! Ya casi ha amanecido y yo estoy muerta de hambre. ¿Te ponemos a prueba, querida? Me imagino que mi ayudante y Tehol estarán en el establecimiento del barrio, desayunando. Vamos a reunirnos con ellos.

—Creí que no debía comer ni beber.

—No, pero puedes exhibirte y coquetear, ¿no?

Shurq se quedó mirando a la mujer.

Selush sonrió. Después le aletearon los párpados y se dio la vuelta.

—¿Dónde está mi chal?

Kuru Qan se había ido y había regresado con dos ayudantes que llevaron a Brys de regreso a los aposentos del ceda, donde lo tumbaron en un banco y lo importunaron con varios líquidos y comida. Con todo, tardó en recuperar las fuerzas y estaba echado casi de espaldas, con la cabeza apoyada en un cojín, cuando se abrieron las puertas y entró el primer eunuco Nifadas.

Los ojitos le brillaron cuando bajó la cabeza para mirar a Brys.

—Paladín del rey, ¿se encuentra lo bastante bien como para recibir a su rey? Estará aquí en un momento.

Brys se esforzó por incorporarse.

—Qué inoportuno; de momento no estoy a la altura de mis responsabilidades…

—Eso da igual, finadd. Su rey desea solo asegurarse de que se recuperará de su ordalía. Una preocupación sincera

impulsa a Ezgara Diskanar en este caso. Por favor, permanezca donde está. Jamás lo he visto tan pálido.

—Algo se ha alimentado de su sangre —dijo Kuru Qan—, pero no quiere decirme lo que era.

Nifadas frunció los labios cuando miró a Brys.

—No me parece que un dios haría tal cosa.

—Mael no estaba allí, primer eunuco —dijo Brys—. Los tiste edur descubrieron otra cosa y lo obligaron a ponerse a su servicio.

—¿Puede decirnos qué es esa cosa?

—Un dios olvidado, pero hasta ahí llega el alcance de mi conocimiento. Desconozco su naturaleza y la amplitud de su poder. Es antiguo, más antiguo que el propio océano. Fuera lo que fuera lo que lo veneraba, no era humano.

Una voz habló desde la puerta.

—Siempre soy muy descuidado con mis activos, aunque el Errante me ha ahorrado las consecuencias más crueles hasta el momento, cosa que yo le agradezco.

Kuru Qan y Nifadas hicieron una profunda reverencia cuando Ezgara Diskanar entró en el aposento. En su sexta década, los rasgos del rey continuaban siendo de una juventud sorprendente. Era de altura media, un poco encorvado, y sus gestos revelaban una energía nerviosa que parecía incansable. Los huesos que se adivinaban bajo los rasgos eran prominentes y un tanto asimétricos, resultado de un incidente en la infancia con un caballo de mal carácter. El pómulo derecho y el arco orbital eran más planos y altos que sus contrapartidas del lado izquierdo, lo que hacía que el ojo de ese lado pareciera más grande y redondo. Era un ojo que funcionaba mal y tenía tendencia a vagar de forma independiente cuando Ezgara estaba irritado o cansado. Los sanadores podrían haber corregido el daño pero el rey lo había prohibido; incluso de niño había sido

obstinado y terco y en absoluto preocupado por la apariencia exterior.

Una prueba más de ello se evidenciaba en su modesto atavío, más apropiado para un ciudadano en un paseo por los mercados que para un rey.

Brys consiguió hacer una pequeña reverencia desde su posición reclinada.

—Le pido mil disculpas, alteza…

—No es necesario, finadd —lo interrumpió Ezgara Diskanar con un gesto de la mano—. De hecho, soy yo el que debe pedirle disculpas. Tareas desagradables que lo alejan de sus responsabilidades oficiales. He abusado mucho de su lealtad, mi joven paladín. Y ha sufrido usted por ello.

—Me recuperaré, mi señor —dijo Brys.

Ezgara sonrió y después examinó a los demás presentes en la habitación.

—Vaya, toda una reunión, ¿no? Deberíamos sentirnos aliviados puesto que mi amadísima esposa está en estos momentos sin sentido bajo un consorte exhausto, de modo que ni siquiera sus espías más probados se atreven a inmiscuirse para informar sobre este encuentro. Con un poco de suerte, cuando eso al fin ocurra, ya será demasiado tarde.

Nifadas habló entonces.

—Mi rey. Yo seré el primero en despedirme, si me lo permite. La hora de mi partida de la ciudad se acerca a toda prisa y mis preparativos están lejos de haberse terminado.

La sonrisa sesgada de Ezgara se ensanchó.

—Primer eunuco, su diligencia en tales asuntos es legendaria, lo que me lleva a sospechar de esas afirmaciones. No obstante, tiene usted mi permiso, aunque solo sea para que se asegure de que sus espías son conscientes del momento concreto en el que los espías de ella dan su informe, para que ellos a su vez puedan

informarlo a usted y usted pueda luego informarme a mí. Aunque lo que he de hacer con tal indagación no cabe duda que se me escapará, dado que el acontecimiento que da inicio a ese frenesí de informes no es otro que el que está ocurriendo ahora mismo en esta habitación.

Nifadas se inclinó.

—Nadie puede descansar en este baile, mi señor, como bien sabe.

La sonrisa del rey se tensó.

—Bien que lo sé, desde luego, primer eunuco. Puede irse ya, entonces.

Brys observó irse a Nifadas. En cuanto se cerró la puerta, el rey miró a Kuru Qan.

—Ceda, el canciller continúa solicitando que no se adscriba al finadd Gerun Eberict a la delegación. Sus argumentos son persuasivos.

—Teme por la vida de su hijo, el príncipe, alteza.

Ezgara asintió.

—¿Y el comedimiento del finadd se ha debilitado de tal modo que cabe la posibilidad de que asesine a mi heredero?

—Esperemos que no, mi señor.

—¿Cree que mi hijo comprende el riesgo y actuará por tanto con comedimiento y decoro?

—Al príncipe Quillas se le ha advertido de los peligros, mi señor —respondió Kuru Qan con cautela—. Ha reunido a su alrededor a sus guardaespaldas más probos al mando de Moroch Nevath.

—Es de suponer que Moroch cree que está a la altura de lo que exige la defensa de la vida del príncipe. —En ese momento Ezgara se volvió y clavó en Brys una mirada inquisitiva.

—La habilidad de Moroch es suprema, mi señor —dijo Brys Beddict tras un momento—. Me aventuraría a decir que

tendrá catadores alineados ante el príncipe y magos repletos de guardas varias.

—Sobre eso último, alteza —dijo Kuru Qan— puedo dar fe yo. He perdido cierto número de diestros estudiantes que se han puesto a las órdenes de la reina.

—Así pues —dijo Ezgara Diskanar— buscamos el equilibrio en la amenaza y confiamos en la sabiduría de los jugadores. Si un bando decidiera llevar a cabo una acción preventiva, sin embargo, el escenario se desarrollaría con rapidez.

—Cierto, mi señor.

—Finadd Brys Beddict, ¿es Moroch Nevath capaz de aconsejar comedimiento?

—Creo que sí, mi señor.

—La cuestión sigue siendo, sin embargo —dijo Ezgara—, si mi hijo es capaz de aceptar consejos.

Ni el ceda ni Brys respondieron a eso.

Su rey los miró a ambos durante largo rato y después se concentró en Brys.

—Estoy deseando que regrese a sus obligaciones, paladín y me alivia ver que se recupera de sus aventuras.

Ezgara Diskanar salió con largas zancadas de la cámara. En el umbral de la puerta se dirigió a ellos sin volverse ni detenerse.

—Gerun Eberict tendrá que reducir su séquito, creo…

La puerta la cerró uno de los sirvientes de Kuru Qan y los dos hombres se quedaron solos. El ceda miró a Brys y después se encogió de hombros.

—Si el cumquibus fuera una virtud inmortal… —aventuró Brys.

—Nuestro rey sería un dios —terminó por él Kuru Qan con un asentimiento—. Y sobre eso ahora apostamos la vida. —Las lentes que le cubrían los ojos destellaron con la luz

reflejada—. Curiosa observación para hacerla en este momento. Profética y profunda, creo. Brys Beddict, ¿querrás contarme más de tu viaje?

—Solo que intenté enmendar un entuerto y que, como consecuencia, los tiste edur ya no podrán atar a ningún dios olvidado más.

—Una obra digna de elogio, entonces.

—Eso es lo que espero.

—¿Qué es lo que dicen siempre las viejas brujas del mercado?: «El final del mundo se anuncia con una palabra amable».

Brys hizo una mueca.

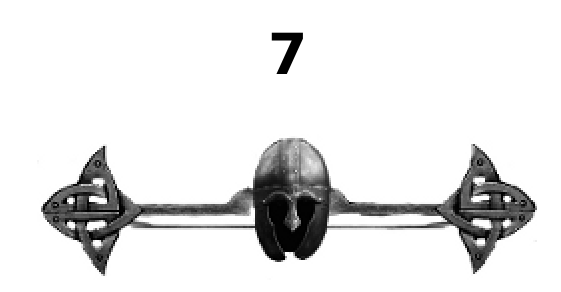
—Claro que —continuó el ceda con tono distraído—, solo lo usan como excusa para ser groseras con viejos entrometidos.

—Tienen otro dicho, ceda —dijo Brys tras un momento—. «La verdad se oculta en ropas sin color».

—Seguro que no son las mismas brujas. Si es así, ¡entonces son todas las mayores mentirosas del mundo mortal!

Brys sonrió con la broma. Pero empezaba a notar un sabor a ceniza en la boca y tembló por dentro al notar los primeros susurros de pavor.

7



No ves nada salvo carne
en los forjados ardides
que suturan cada danza
en patrones que se alzan.
El ritual de nuestros días,
nuestras vidas engalanadas
con valiosos significados,
como si sin auxilios nos pusiéramos
ante mesas repletas de festines
y tapices cargados
de sencillas obras.
Son todo lo que nos llama
y todo a lo que llamamos,
como lo haría la carne de sangre hinchada,
por otra cosa que no fuera la necesidad.
Pero mi visión no es tan
privilegiada y lo que veo
son los huesos en movimiento fantasmal,
los huesos que son los
esclavos y estos tejen
el sólido mundo bajo los pies
con cada paso que das.

Esclavos debajo
Pescador Kel'Tath

La corifeo Seren Pedac observaba a los niños edur que jugaban entre los árboles sagrados. Las sombras que se retorcían en la corteza negra de los troncos eran un torbellino caótico de movimiento que rodeaba a los niños, y al que ellos parecían por completo indiferentes. Por alguna razón inefable, a la corifeo esa yuxtaposición le pareció aterradora.

Años antes había visto pequeños nerek que jugaban entre los huesos esparcidos de sus ancestros, y eso la había dejado más conmocionada que cualquier campo de batalla por el que hubiera pasado. La escena que tenía delante tenía los mismos ecos. Estaba allí, en la aldea del rey hechicero, y en medio de su pueblo, de figuras en movimiento y voces que resonaban por el aire empapado de bruma, pero se sentía sola y perdida.

Rodeaba la arboleda sagrada una pasarela amplia, el barro recubierto de tiras peludas de corteza desprendida, y junto a ella se encontraban troncos tallados con tosquedad que habían convertido en bancos. A diez pasos a la izquierda de Seren estaba Casco Beddict, sentado con los antebrazos apoyados en las rodillas, las manos anclando la cabeza y mirando al suelo. No se había movido ni hablado en cierto tiempo y la intrascendencia mundana de los saludos que se habían intercambiado ya no resonaba entre ellos, aparte de un leve sabor a tristeza en el silencio mutuo.

Los tiste edur no hacían caso de los dos desconocidos letherii que había entre ellos. Les habían proporcionado alojamiento a ellos y a Buruk el Pálido. La primera reunión con Hannan Mosag sería esa noche, pero la compañía ya llevaba allí cinco días. Por lo general se contaba con una espera de un día o dos. Estaba claro que el rey hechicero

quería mandarles un mensaje con esa demora sin precedentes.

Una advertencia más nefasta se podía encontrar en los muchos edur de otras tribus que habían comenzado a residir en la aldea. Seren había visto arapay, merude, beneda y sollanta entre los nativos hiroth. Los den-ratha, que moraban en las regiones más septentrionales del territorio edur, eran célebres por su reticencia a aventurarse fuera de sus propios territorios. Con todo, la unificación de las tribus no podía quedar más patente ni de forma más deliberada, y a una verdad que la corifeo había sabido solo en abstracto, la realidad le proporcionó una confirmación escalofriante. La debilidad divisiva de antaño había dejado de existir. Todo había cambiado.

Los nerek habían arrastrado las carretas junto al alojamiento de invitados y en ese momento estaban acurrucados entre ellas, temerosos de aventurarse en la aldea. Los tiste edur tenían una manera especial de atravesar con la mirada a aquellos que ellos consideraban inferiores. Eso asustaba a los nerek de algún modo, como si el hecho de su propia existencia pudiera resultar dañado a resultas de la indiferencia de los edur. Desde que habían llegado habían parecido marchitarse, inmunes a las exhortaciones de Buruk, apenas inclinados a alimentarse siquiera. Seren había ido en busca de Casco con la esperanza de convencerlo para que hablara con los nerek.

Cuando lo encontró, la corifeo empezó a preguntarse si no lo afligiría algo parecido a la enervante pérdida de interés que se había posado sobre los nerek. Casco Beddict parecía viejo, como si el final del viaje hubiera supuesto para él un alto coste y lo aguardaran además cargas más pesadas todavía.

Seren Pedac apartó la mirada de los niños que jugaban y regresó adonde Casco permanecía sentado en el largo banco. Los hombres eran rápidos y obstinados con sus barreras, pero ella ya estaba harta.

—Esos nerek se morirán de hambre si no haces algo.

No hubo indicación de que el hombre la hubiera oído.

—Pues muy bien —le soltó ella de repente—. ¿Qué son unas cuantas muertes de nerek más entre todas las que llevas ya?

Quería encolerizarlo. Indignarlo. Quería hacerle daño, aunque solo fuera para confirmar que todavía tenía sangre en las venas. Pero al oír sus crueles palabras, Casco levantó la vista poco a poco y la miró a los ojos con una sonrisa suave.

—Seren Pedac, los nerek aguardan la aceptación de los tiste edur, igual que nosotros, aunque los letherii somos mucho menos sensibles al daño espiritual que los edur quieren que suframos. Nuestra piel es gruesa, después de todo…

—Nacida de nuestra fijación por lo que nosotros llamamos destino infalible —respondió Seren—. ¿Y qué?

—Antes pensaba —dijo él, la sonrisa se desvanecía— que el grosor de nuestra… armadura no era más que una ilusión. Baladronadas y arrogancia santurrona que disimulaban inseguridades muy profundas. Que vivíamos en una crisis perpetua, dado que los destinos que nos habíamos jurado visten mil máscaras y ni una sola de ellas encaja de verdad…

—¿Cómo van a encajar, Casco Beddict, cuando se han modelado sobre la perfección?

Él se encogió de hombros, miró abajo y pareció estudiarse las manos.

—Pero en muchos sentidos nuestra armadura es gruesa de verdad. Inmune a los matices, ciega a la sutileza. Que es por lo que siempre sospechamos de las cosas sutiles, sobre todo cuando las exhiben desconocidos, foráneos.

—Los letherii conocemos nuestros propios juegos de engaño —dijo Seren—. Tú nos pintas como si fuéramos torpes y necios…

—Y lo somos en muchos sentidos —respondió él—. Oh, visualizamos nuestros objetivos con gran claridad. Pero hacemos caso omiso de un hecho concreto: con cada paso que damos para alcanzarlos, aplastamos a alguien en alguna parte.

—Incluso a los nuestros.

—Sí, también está eso. —Se levantó y a Seren Pedac le sorprendió una vez más su corpulencia. Un hombre enorme, roto—. Intentaré aliviar la grave situación de los nerek. Pero la respuesta se encuentra en los tiste edur.

—Muy bien. —La corifeo retrocedió y se dio la vuelta. Los niños seguían jugando entre las sombras perdidas. Seren escuchó los pasos que alejaban a Casco, el crujido suave de sus mocasines que se desvanecían en las virutas de madera.

Muy bien.

Entró en la aldea y se dirigió a la avenida principal, cruzó el puente que llevaba a través de las puertas abiertas al ala interior, donde los hiroth nobles tenían sus residencias. Justo tras ellas estaba la casona de Hannan Mosag. Seren Pedac hizo una pausa en el amplio claro que había nada más pasar la empalizada. No había niños a la vista, solo esclavos que se afanaban con sus serviles tareas y media docena de guerreros edur entrenando con una amplia variedad de armas. Ninguno se fijó en la corifeo, al menos de forma visible, aunque ella estaba segura de que su llegada había

sido observada de forma subrepticia y que todos seguirían sus movimientos.

Dos esclavos letherii caminaban cerca llevando entre los dos una red cargada de mejillones. Seren se acercó a ellos.

—Me gustaría hablar con una matrona edur.

—Ahí viene —respondió uno de los esclavos sin mirarla.

Seren se volvió.

La mujer edur que caminaba hacia ella sin prisa iba flanqueada por criados. Parecía joven pero no había en realidad forma de saberlo. Atractiva, pero eso, en sí mismo, no era inusual. Vestía una túnica larga, la lana teñida de un color azul medianoche con dibujos bordados en hilo de oro que adornaban los puños y el brocado. El cabello largo y liso lo llevaba suelto.

—Corifeo —le dijo en edur—, ¿se ha perdido?

—No, mi señora. Me gustaría hablar con usted en nombre de los nerek.

Unas cejas finas se alzaron sobre la cara con forma de corazón.

—¿Conmigo?

—Con un edur —respondió Seren.

—Ah. ¿Y qué es lo que desea decir?

—Hasta el momento en el que los tiste edur les ofrezcan la bienvenida oficial a los nerek, estos se mueren de hambre y sufren tormento espiritual. Le pediría que sea compasiva con ellos.

—Estoy convencida de que esto no es más que un descuido, corifeo. ¿No es cierto que la audiencia con el rey hechicero tendrá lugar esta misma noche?

—Sí. Pero no hay garantía de que se nos vaya a proclamar invitados en ese momento, ¿verdad?

—¿Quiere usted exigir un tratamiento especial?

—No para nosotros. Para los nerek.

La mujer la estudió durante un momento y después:

—Dígame, si tiene la bondad, ¿quiénes o qué son esos nerek?

Pasaron media docena de latidos mientras Seren luchaba por acostumbrarse a esa inesperada ignorancia. Inesperada, se dijo, pero no del todo sorprendente, no había sino caído víctima de sus propias suposiciones. Al parecer los letherii no eran los únicos absortos en sus propias vidas. O, si a eso iban, en su ignorancia.

—Mis disculpas, señora…

—Me llamo Mayen.

—Mis disculpas, Mayen. Los nerek son los criados de Buruk el Pálido. Su estatus es parecido al de sus esclavos. Pertenecen a una tribu que asimiló Lether hace algún tiempo y ahora trabajan para pagar su deuda.

—¿Unirse a los letherii supone contraer una deuda?

Seren entrecerró los ojos.

—No direct… no como tal, Mayen. Hubo… circunstancias únicas.

—Sí, por supuesto. Suelen surgir, ¿no? —La mujer edur se llevó un dedo a los labios y luego pareció tomar una decisión —. Lléveme, entonces, con esos nerek, corifeo.

—¿Disculpe? ¿Ahora?

—Sí, cuanto antes se alivien sus espíritus, mejor. ¿O acaso la he entendido mal?

—No.

—Es de suponer que la bendición de cualquier edur bastará para esa lastimosa tribu suya. Y tampoco veo cómo pueda afectar a las conversaciones del rey hechicero con ustedes. De hecho, estoy segura de que no las afectará. —Después se volvió hacia una de sus esclavas letherii—. Bruja de la Pluma, por favor, informa a Uruth Sengar de que me

retrasaré un poco, pero asegúrale que no será mucho tiempo.

La joven llamada Bruja de la Pluma se inclinó y salió corriendo hacia una casona. Seren se la quedó mirando por un momento.

—Mayen, si me lo permite, ¿quién le dio ese nombre?

—¿A Bruja de la Pluma? Es letherii, ¿no? Los letherii que nacen como esclavos entre nosotros reciben el nombre que les dan sus madres. O sus abuelas, no sé cuál es la costumbre entre los suyos. Nunca lo he pensado mucho. ¿Por qué?

Seren se encogió de hombros.

—Es un nombre muy antiguo, eso es todo. Hace mucho tiempo que no lo he oído usar, y solo en relatos.

—¿Continuamos, corifeo?

Udinaas estaba sentado en un taburete bajo cerca de la entrada, quitando las escamas de una cesta de pescado seco. Tenía las manos húmedas, rojas y agrietadas por la pasta salada en la que se había metido al pescado. Había observado la llegada de la corifeo, seguida por el rodeo de Mayen; Bruja de la Pluma se acercaba después con un expresión inquieta en la cara.

—Endeudado —le soltó la joven sin más—, ¿está Uruth dentro?

—Lo está, pero has de aguardar.

—¿Por qué?

—Está hablando con las viudas de alto rango. Llevan ahí dentro un rato y no, no sé qué les preocupa.

—¿E imaginas que te lo habría preguntado a ti?

—¿Cómo están tus sueños, Bruja de la Pluma?

La chica se puso pálida y miró a su alrededor como si buscara otro sitio en el que esperar. Pero había empezado a caer una lluvia ligera y bajo el alero del tejado de la casona estaban secos.

—Tú no sabes nada de mis sueños, endeudado.

—¿Cómo no habría de saberlo? Vienes a mí en ellos cada noche. Hablamos, tú y yo. Discutimos. Me exiges respuestas. Maldices la expresión de mis ojos. Y, al final, huyes.

La mujer se negaba a mirarlo a los ojos.

—No puedes estar ahí. En mi mente —dijo la esclava—. No significas nada para mí.

—Solo somos caídos, Bruja de la Pluma. Tú, yo, los fantasmas. Todos nosotros. Somos el polvo que se arremolina alrededor de los conquistadores cuando se dirigen a la gloria. Con el tiempo, puede que nos alcemos en su incesante refriega y los asfixiemos, pero es una venganza ínfima, ¿no crees?

—No hablas como solías, Udinaas. Ya no sé quién habla a través de ti.

El esclavo se miró las manos cubiertas de escamas.

—¿Y cómo respondo a eso? ¿Soy igual que antes? Ni hablar. ¿Pero significa eso que los cambios no son míos? Luché contra el Cuervo Blanco por ti, Bruja de la Pluma. Te arranqué de sus garras, y ahora lo único que haces es maldecirme.

—¿Crees que agradezco deberte la vida?

El esclavo se estremeció de dolor pero consiguió esbozar una sonrisa cuando levantó una vez más la mirada y la sorprendió estudiándolo, aunque, una vez más, la joven apartó la mirada.

—Ah, ya veo. Te has encontrado de repente… en deuda. Conmigo.

—Te equivocas —siseó ella—. Uruth me habría salvado. Tú no hiciste nada, salvo el ridículo.

—Ella llegaba demasiado tarde, Bruja de la Pluma. E insistes en llamarme endeudado, como si decirlo con la suficiente frecuencia pudiera llevarse…

—¡Calla! ¡Yo no quiero tener nada que ver contigo!

—No tienes alternativa, aunque si hablas más alto, las cabezas de los dos terminarán en una pica fuera de las murallas. ¿Qué quería la corifeo de Mayen?

Bruja de la Pluma cambió de postura, nerviosa, y dudó antes de hablar.

—Una bienvenida para los nerek. Se están muriendo.

Udinaas sacudió la cabeza.

—Ese regalo debe hacerlo el rey hechicero.

—Eso dirás tú, pero Mayen se ha ofrecido en su nombre.

El otro abrió mucho los ojos.

—¿Se ha ofrecido? ¿Ha perdido la cabeza?

—¡Calla, necio! —Bruja de la Pluma se agachó enfrente de él—. El matrimonio inminente le ha llenado la cabeza. Se cree que es reina y se ha puesto insufrible. Y ahora quiere bendecir a los nerek…

—¿Bendecir?

—Palabra suya, sí. Creo que hasta la corifeo se quedó desconcertada.

—Era Seren Pedac, ¿no?

Bruja de la Pluma asintió.

Los dos se quedaron en silencio unos minutos más.

—¿Qué crees tú que haría una bendición así? —preguntó después Udinaas.

—Seguramente nada. Los nerek son un pueblo roto. Sus dioses están muertos, los espíritus de sus ancestros desperdigados. Oh, puede que un fantasma o dos se sienta atraído por el suelo recién santificado…

—¿La bendición de un edur podría hacer eso? ¿Santificar el suelo?

—Quizá. No lo sé. Pero podría darse una vinculación. De destinos, dependiendo de la pureza del linaje de Mayen, de lo que le aguarda en la vida, o si es… —Bruja de la Pluma hizo un gesto colérico y después cerró la boca de repente.

O si es virgen. ¿Pero cómo se podría cuestionar eso? Todavía no está casada y los edur no rompen esas reglas.

—No hemos hablado de esto, tú y yo —dijo Udinaas—. Te dije que tenías que esperar porque es lo que se espera de mí. No tenías razón para pensar que el mensaje de Mayen que traías era urgente. Somos esclavos, Bruja de la Pluma. Nosotros no pensamos por nosotros mismos, y de los edur y sus costumbres no sabemos casi nada.

Los ojos de la mujer al fin se encontraron con los del hombre.

—Sí. —Un momento y después—: Hannan Mosag recibe a los letherii esta noche.

—Lo sé.

—Buruk el Pálido. Seren Pedac. Casco Beddict.

Udinaas sonrió, pero en la sonrisa no había humor alguno.

—Si no te importa, ¿a los pies de quién se arrojarán las Losas, Bruja de la Pluma?

—¿Entre esos tres? El Errante sabrá, Udinaas. —Como si percibiera que su actitud hacia él se estaba ablandando, la joven frunció el ceño y se irguió—. Prefiero ponerme allí a esperar.

—Tienes intención de arrojar las losas esta noche, ¿verdad?

La esclava lo admitió con un lacónico asentimiento, después se dirigió a una esquina de la fachada de la casona, al borde de la lluvia que cada vez caía con más fuerza.

Udinaas continuó rascando las escamas. Recordó las palabras que había pronunciado antes. *Caídos. ¿Quién sigue nuestros pasos, me pregunto? Nosotros que somos los olvidados, los descartados y los ignorados. Cuando el camino es fracaso, nunca se toma de buena gana. Los caídos. ¿Por qué llora mi corazón por ellos? No por ellos sino por nosotros, pues con toda seguridad a mí se me cuenta entre ellos. Esclavos, siervos, campesinos y trabajadores sin nombre, las caras desvaídas de la multitud, una simple mancha en la memoria, unos pies arrastrados por los pasillos de la historia.*

¿Se puede parar, se puede girar y obligar a los ojos a penetrar en la oscuridad? ¿Y ver a los caídos? ¿Se puede ver alguna vez a los caídos? Y si es así, ¿qué emoción nace en ese momento?

Le corrían lágrimas por las mejillas, lágrimas que caían sobre las manos irritadas. Sabía la respuesta a esa pregunta, afilada como un cuchillo y clavada en lo más hondo, y la respuesta era… reconocimiento.

Casco Beddict fue a colocarse junto a Seren Pedac cuando Mayen se alejó. Tras ellos, los nerek hablaban en su lengua nativa, palabras duras y rápidas, tensas de incredulidad. La lluvia siseaba en las hogueras que habían hecho para cocinar.

—No debería haber hecho eso —dijo Casco.

—No —asintió Seren—, no debería. Con todo, no sé muy bien qué es lo que acaba de pasar. Solo eran palabras, después de todo. ¿No?

—No los proclamó invitados, Seren. Bendijo su llegada.

La corifeo volvió la vista, miró a los nerek y frunció el ceño al ver sus expresiones acaloradas y nerviosas.

—¿De qué están hablando?

—Es el dialecto antiguo, hay palabras de mercaderes que entiendo pero también muchas otras que no.

—No sabía que los nerek tenían dos idiomas.

—Su nombre se menciona en los anales del Primer Desembarco —dijo Casco—. Son los pueblos indígenas cuyo territorio ocupaba el sur entero. Había nerek observando el acercamiento de los primeros barcos. Nerek que acudieron a recibir a los primeros letherii que pusieron el pie en este continente. Nerek que comerciaron, que enseñaron a los colonizadores cómo vivir en esta tierra, que les dieron medicinas contra las fiebres del calor. Llevan aquí mucho, mucho tiempo. ¿Dos idiomas? Me sorprende que no haya un millar.

—Bueno —dijo Seren Pedac tras un momento—, al menos se han animado otra vez. Comerán, harán lo que Buruk ordena…

—Sí. Pero percibo un nuevo miedo en ellos, no un miedo que los incapacite pero sí la fuente de pensamientos desazonados. Parece que ni siquiera ellos comprenden todo lo que significa esa bendición.

—Esta nunca fue tierra suya, ¿verdad?

—No lo sé. Los edur desde luego afirman que han estado siempre aquí, desde el momento en el que el hielo se retiró del mundo.

—Ah, sí, lo había olvidado. Sus extraños mitos de la creación. Lagartos, dragones y hielo, un dios-rey traicionado.

Tras un momento lo miró y lo vio con los ojos clavados en ella.

—¿Qué pasa, Casco?

—¿Cómo sabes tú eso? Binadas Sengar tardó años enteros en confiarme esa información, y solo como regalo solemne tras nuestra vinculación.

Seren parpadeó.

—Lo oí… en alguna parte, supongo. —Se encogió de hombros y se limpió la lluvia de la cara—. Todo el mundo tiene algún tipo de mito de la creación. Tonterías, por lo general. O recuerdos reales mezclados e infundidos de magia y milagros.

—Se está usted mostrando sorprendentemente desdeñosa, corifeo.

—¿Y qué creen los nerek?

—Que nacieron todos de una única madre, incontables generaciones atrás, que fue la ladrona del fuego y atravesó el tiempo en busca de lo que podría responder a una necesidad que la consumía, aunque nunca pudo descubrir la naturaleza de esa necesidad. Una vez, en su viaje, tomó en su interior una semilla sagrada y dio a luz a una niña. En apariencia —continuó—, esa niña no era muy diferente de su madre, pues lo sagrado de su naturaleza estaba oculto, y permanece oculto hasta este día. En el interior de los nerek, que son los vástagos de esa niña.

—Y con eso los nerek justifican su extraño patriarcado.

—Quizá —admitió Casco—, aunque es el linaje femenino el que se considera el más puro.

—¿Y esa madre de la primera madre tiene nombre?

—Ah, has observado la confusa mezcla de las dos, como si fueran papeles en lugar de individuos independientes. Doncella, madre y abuela, una progresión a través del tiempo…

—Descontando los malos tiempos pasados como esposa. La sabiduría se abre como una flor en un montón de estiércol.

La mirada masculina se agudizó sobre ella.

—En cualquier caso, la conocen por varios nombres relacionados, lo que también sugiere variaciones de una

única persona. Eres, N'eres, Eres'al.

—¿Y eso es lo que yace en el fondo de la veneración de los ancestros nerek?

—Lo que yacía, Seren Pedac. Olvidas que su cultura está destruida.

—Las culturas pueden morir, Casco, pero las personas siguen viviendo y lo que llevan en su interior son las semillas del renacimiento…

—Una ilusión, Seren Pedac —respondió él—. Lo que nazca de eso está retorcido, es débil, una burla.

—Hasta la piedra cambia. Nada puede quedarse quieto…

—Pero nos gustaría. ¿Verdad? Oh, hablamos de progreso pero lo que deseamos en realidad es la perpetuación del presente. Con sus aparentes excesos interminables, sus apetitos voraces. Siempre las mismas reglas, siempre el mismo juego.

Seren Pedac se encogió de hombros.

—Estábamos hablando de los nerek. Una mujer noble de los tiste edur hiroth los ha bendecido…

—Incluso antes de que se pronunciara nuestra bienvenida formal.

Seren alzó las cejas.

—¿Tú crees que este es otro insulto velado para ofender a los letherii? ¿Instigado por el propio Hannan Mosag? Casco, creo que esta vez te has dejado llevar por la imaginación.

—Piensa lo que quieras.

La corifeo se dio la vuelta.

—Me voy a dar un paseo.

Uruth había interceptado a Mayen en el puente. Fuera lo que fuera lo que se dijeron las dos mujeres fue breve y sin dramatismos, al menos que Udinaas pudiera determinar

desde donde estaba sentado frente a la casona. Bruja de la Pluma había seguido a Uruth tras darle el recado de su señora y esperaba a media docena de pasos de las dos edur, aunque no tan lejos como para no poder oírlas. Uruth y Mayen se acercaron luego juntas con las esclavas detrás.

Al oír una risa baja, Udinaas se puso rígido y se encorvó más en el taburete.

—¡Calla, Marchito! —siseó.

—Hay reinos, querido esclavo —susurró el espectro—, donde los recuerdos dan forma a la nada y hacen de eras pasadas mucho tiempo atrás un mundo tan real como este. Así se derrota al tiempo. Se desafía a la muerte. Y a veces, Udinaas el Endeudado, un reino así se va acercando. Mucho.

—Ya está bien, te lo ruego. No me interesan tus estúpidas adivinanzas…

—¿Quieres ver lo que yo veo? ¿Ahora mismo? ¿Envío el velo de Sombra para que te cubra los ojos y te revele pasados invisibles?

—Ahora no.

—Demasiado tarde.

Varias capas se desplegaron ante los ojos del esclavo, finas como telarañas, y la aldea circundante pareció encogerse, desdibujarse y perder color bajo el ataque. Udinaas luchó por concentrarse. El claro se había desvanecido, sustituido por árboles altísimos y un suelo boscoso de musgo arrugado donde la lluvia caía a cántaros. El mar de su izquierda estaba mucho más cerca, de un color gris fiero que lo cubría todo, olas blancas contra la roca negra y dentada de la orilla, espuma que explotaba hacia el cielo.

Udinaas se encogió para alejarse de la violencia de esas olas, y de inmediato se desvanecieron en la oscuridad y otra escena se alzó ante los ojos del esclavo. El mar se había

retirado más allá del horizonte occidental y había dejado atrás un lecho de roca repleto de zanjas y rodeado de acantilados escarpados de hielo. El aire gélido llevaba el hedor de la putrefacción.

Unas figuras pasaron a toda prisa junto a Udinaas envueltas en pieles o quizá era su propio y grueso pelo, moteado de marrón, pardo y negro. Su altura era sorprendente, sus cuerpos eran desproporcionados y grandes bajo unas cabezas de cráneos pequeños y mandíbulas pesadas. Uno lucía un cinturón trenzado con juncos del que colgaban nutrias muertas y todos llevaban rollos de cuerda elaborada con hierbas retorcidas.

Iban callados, pero Udinaas percibió su terror cuando clavaron los ojos en el cielo septentrional.

El esclavo entrecerró los ojos y vio lo que había captado su atención.

Una montaña de piedra negra que colgaba suspendida en el aire sobre pendientes bajas atestadas de hielo destrozado. Se acercaba flotando y Udinaas presintió una malevolencia que emanaba de aquella enorme e imposible ilusión, una emoción que era obvio que aquellas criaturas altas y cubiertas de piel también percibían.

Se quedaron mirando un momento más y después se desperdigaron. Huyeron pasando junto a Udinaas…

… y la escena cambió.

Base de roca destrozada, piedra pulverizada, brumas agitadas. Aparecieron dos figuras altas que arrastraban entre las dos a una tercera, una mujer, inconsciente o muerta, cabello largo castaño oscuro, suelto y arrastrándose por el suelo. Udinaas se estremeció al reconocer a una de las figuras que caminaba; esa armadura cegadora, las botas de hierro y el manto plateado, la cara cubierta por un yelmo.

Menandore. Hermana Amanecer. Intentó huir (ella tendría que verlo), pero estaba paralizado.

Udinaas también reconoció a la otra mujer, por las temibles estatuas talladas que quedaban medio enterradas en la marga del bosque que rodeaba la aldea hiroth. Piel con manchas, gris y negra, que hacía que su duro rostro pareciera una máscara de guerra. Una coraza de hierro desigual y sin brillo. Brazales y grebas de cuero y cota de malla, una capa larga de piel de foca que ondeaba tras ella. *Moteada, la hermana veleidosa. Sukul Ankhadu.*

Y supo entonces quién era la mujer que arrastraban entre las dos. Atardecer, Sheltatha Sabiduría. La hija más querida de Scabandari, la protectora de los tiste edur.

Las dos mujeres se detuvieron y soltaron los brazos inertes de la que llevaban entre ellas, que cayó al suelo arenoso como si estuviera muerta. Dos pares de ojos tiste, grandes, epicánticos, parecieron clavarse en Udinaas.

Menandore fue la primera en hablar.

—No esperaba encontrarte aquí.

Mientras Udinaas luchaba por dar con una respuesta, se oyó la voz de un hombre a su lado.

—¿Qué le habéis hecho?

El esclavo se volvió y vio a otro tiste de pie, a menos de una braza de donde estaba sentado él en su taburete. Más alto que las mujeres que tenía delante, vestía una armadura de esmalte blanco salpicada de sangre, manchada y marcada por cortes de alguna espada. Llevaba un yelmo roto atado a la cadera derecha. Tenía la piel blanca como el marfil. La sangre seca le marcaba el lado izquierdo de la cara con un patrón que parecía un rayo bifurcado. El fuego le había consumido la mayor parte del pelo y la piel de la calva estaba agrietada, roja y rezumante.

Dos espadas largas envainadas le colgaban de la espalda, las empuñaduras y los pomos le sobresalían tras los amplios hombros.

—Nada que no se mereciera —respondió Menandore a la pregunta del tiste.

La otra mujer le enseñó los dientes.

—Nuestro querido tío tenía muchas ambiciones para esta preciosa prima nuestra. ¿Pero acaso acudió cuando ella chilló al necesitarlo?

El hombre de las cicatrices de batalla pasó junto a la posición del esclavo con la vista puesta en el cuerpo de Sheltatha Sabiduría.

—Esto es un desastre pavoroso. Yo prefiero lavarme las manos.

—Pero no puedes —dijo Menandore con una extraña alegría—. Estamos todos envenenados por la sangre de la madre, después de todo…

Sukul Ankhadu se giró hacia su hermana con otras palabras.

—¡A sus hijas les ha ido peor que con el veneno! No hay ningún equilibrio en esta ruptura de personalidades. ¡Míranos! ¡Zorras resentidas, las cabezas chillonas de Tiam se alzan una y otra vez, generación tras generación! —Clavó un dedo en el aire para señalar al tiste—. ¿Y qué hay de ti, padre? Esa mujer de pesadilla sale volando con alas de plumas de la oscuridad de otro reino, las piernas oh tan abiertas y seductoras, ¿y no te pusiste el primero a la cola? ¡Puro Osserc, primogénito de la Oscuridad y la Luz, tan valioso! Pero allí estabas, entrelazando tu sangre con la de esa puta, dinos, ¿la proclamaste tu hermana antes o después de follártela?

Si el veneno de sus palabras surtió algún efecto, no hubo señal externa. El llamado Osserc se limitó a sonreír y apartar

la mirada.

—No deberías hablar así de tu madre, Sukul. Murió al darte a luz a ti, después de todo…

—¡Murió dándonos a luz a todas! —La mano alzada de Sukul Ankhadu se cerró en un puño que pareció retorcer el aire—. Muere y renace. Tiam y sus hijas. Tiam y sus amantes. ¡Sus mil muertes pero nada cambia!

Menandore habló con tono tranquilo.

—¿Y con quién has estado discutiendo tú, Osserc?

Osserc frunció el ceño.

—Anomander. Esta vez me venció. Si se piensa bien —continuó después de un momento— no es de extrañar. El arma de la cólera con frecuencia resulta más fuerte que la armadura de la razón fría. —Después se encogió de hombros—. Con todo, lo retrasé el tiempo suficiente…

—¿Para permitir la huida de Scabandari? —preguntó Menandore—. ¿Por qué? Sea o no tu pariente, se ha mostrado tal y como es, un asesino traidor.

Osserc alzó las cejas con gesto burlón y contempló a la mujer inconsciente que yacía en el suelo entre sus hijas.

—Es de suponer, entonces, que vuestra prima, que está claro que ha sufrido en vuestras manos, no está muerta. Por tanto, yo podría señalar que Scabandari no asesinó a Silchas Ruina.

—Cierto —soltó Sukul—, algo mucho peor. A menos que creas que comer barro para toda la eternidad es un destino preferible.

—Ahórrame la indignación —suspiró Osserc—, como tú observas con tanta frecuencia, mi querida niña, la traición y la perfidia es el rasgo más preciado de nuestra familia extendida, o, si no preciado, desde luego es el más popular. En cualquier caso, yo ya he terminado aquí. ¿Qué pretendéis hacer con ella?

—Creemos que Silchas podría disfrutar de la compañía.

Osserc se puso rígido.

—¿Dos ascendientes dracónicos en los mismos terrenos? Sometéis a una dura prueba a esa Casa de Azath, hijas.

—¿Intentará Scabandari liberarla? —preguntó Menandore.

—Scabandari no está en condiciones de liberar a nadie —respondió Osserc—, incluido él mismo.

Fue obvio que a las dos mujeres les sorprendió la afirmación.

—¿Quién logró tal cosa? —preguntó Menandore tras un momento.

El hombre se encogió de hombros.

—¿Importa acaso? Fue la arrogancia de Scabandari, que pensaba que los dioses de este mundo no tenían el poder necesario para enfrentarse a él. —Se detuvo entonces para mirar a sus hijas con expresión especulativa y dijo—: Tomáoslo como una advertencia, queridas mías. Los primeros retoños de madre Oscuridad se engendraron sin necesidad de progenitor. Y a pesar de lo que podría decir Anomander, no eran tiste andii.

—Eso no lo sabíamos —dijo Menandore.

—Bueno, ahora sí. Cuidado con dónde pisáis, niñas.

Udinaas observó alejarse a la figura alta, después el esclavo ahogó un grito cuando la forma de Osserc se desdibujó, cambió y se desplegó para hallar una nueva forma. Enorme, escamas que resplandecían con un color dorado y plateado que se ondularon cuando las alas se abrieron. Una oleada de poder y el enorme dragón estaba en el aire.

Sukul Ankhadu y Menandore se lo quedaron mirando hasta que el dragón se redujo a un ascua reluciente en el cielo pesado, se apagó con un guiño y desapareció.

Sukul lanzó un gruñido antes de hablar.

—Me sorprende que Anomander no lo matara.

—Algo los une, hermana, algo de lo que ni nosotros ni nadie más sabe nada. Estoy segura de ello.

—Quizá. O podría ser algo mucho más sencillo.

—¿Por ejemplo?

—Quieren que el juego continúe —dijo Sukul con una sonrisa tensa—. Y el placer palidecería mucho si uno matara al otro sin más.

Los ojos de Menandore se posaron en la forma inmóvil de Sheltatha Sabiduría.

—Esta. Tomó un amante entre los dioses de este mundo, ¿no es cierto?

—Durante un tiempo. Engendró con él dos horrendos retoños.

—¿Horrendos? Hijas, entonces.

Sukul asintió.

—Y su padre lo vio con toda claridad desde el principio, pues les dio los nombres más apropiados.

—¿Sí? ¿Y cuáles fueron esos nombres, hermana?

—Envidia y Rencor.

Menandore sonrió.

—Ese dios, creo que me encantaría conocerlo algún día.

—Es posible que pusiera objeciones a lo que planeamos hacer con Sheltatha Sabiduría. De hecho, es posible que en estos momentos esté buscando nuestro rastro para poder impedir nuestra venganza. Por tanto, como acostumbra a decir Osserc, deberíamos darnos prisa.

Udinaas observó separarse a las dos mujeres, que dejaron a su prima inconsciente donde se encontraba.

Menandore miró a su hermana desde cierta distancia.

—El amante de Sheltatha. Ese dios… ¿cómo se llama?

La respuesta de Sukul pareció llegar desde muy, muy lejos.

—Draconus.

Después, las dos mujeres se transformaron en dragones, de un tamaño que casi igualaba el de Osserc. Uno moteado, otro de un brillo cegador.

La criatura moteada se elevó en el aire y se deslizó ladeándose hasta que se cernió sobre el cuerpo de Sheltatha Sabiduría. Una garra con espolones se estiró y la levantó.

Después el dragón se alzó todavía más para unirse a su hermana. Y allá se fueron haciendo cabriolas. Hacia el sur.

La escena se desvaneció a toda prisa ante los ojos del esclavo.

Y, una vez más, Udinaas estaba sentado fuera de la casona de los Sengar con un pescado medio descamado en las manos rojas y agrietadas, el ojo del pez clavado en él con esa inquietante mirada de sorpresa estúpida, un ojo que él había visto, con alguna somera variación, toda la mañana y toda la tarde y en ese momento, cuando el atardecer lo rodeaba, seguía mirándolo otra vez, mudo e inerte. Como si lo que sostenía no fuera un pez en absoluto.

Solo ojos. Ojos muertos, sin sentido… Pero hasta los muertos acusan.

—Has hecho suficiente, esclavo.

Udinaas levantó la mirada.

Uruth y Mayen se encontraban delante de él. Dos mujeres tiste, ninguna de ellas moteada, ninguna de ellas de un brillo cegador. Solo sombras en una variación leve y esporádica.

Entre ellas y un paso por detrás, Bruja de la Pluma destacaba entre las esclavas que servían a las dos mujeres. Ojos grandes repletos de advertencias enfebrecidas, ojos clavados en los suyos.

Udinaas inclinó la cabeza ante Uruth.

—Sí, ama.

—Busca un bálsamo para esas manos —dijo Uruth.

—Gracias, ama.

La procesión pasó en fila y entró en la casona.

Udinaas se quedó mirando el pez. Estudió ese ojo un momento más y después lo arrancó con el pulgar.

Seren Pedac estaba en la playa, bajo la lluvia, observando el agua en su incesante movimiento, el modo en el que la lluvia torrencial transformaba la superficie en una piel tosca, gris y peluda como una araña, cuando se hinchaba hacia la costa y rompía en siseos, finos y hoscos sobre las piedras lisas.

Había llegado la noche, arrastrándose entre las preciadas sombras. Tenían todos encima las horas de oscuridad, un manto de silencio se posaba en la aldea a su espalda. Estaba pensando en los esclavos letherii.

Su pueblo parecía servir de forma especial para la rendición. La libertad era un altar que los suplicantes se esforzaban por alcanzar toda su vida, arañando el suelo liso hasta que la sangre salpicaba la piedra reluciente y sin tacha, pero la verdad continuaba para siempre fuera del alcance de los mortales. Incluso cuando se justificaba cualquier sacrificio en su glorificado nombre. A pesar de todo, Seren sabía que esa blasfemia era un crimen hueco. La libertad no era ningún dios, y si lo era y si tenía el rostro vuelto hacia sus devotos, su expresión era burlona. Las cadenas de un esclavo le robaban a ese hombre o mujer algo que nunca le había pertenecido.

Los esclavos letherii de esa aldea no tenían deuda alguna. Servían necesidades reconocibles y se les pagaba

con comida y refugio. Podían casarse. Engendrar hijos que no heredarían las deudas de sus padres. Las porciones de su día destinadas a sus tareas no aumentaban, no devoraban más tiempo todavía de sus vidas. En general, la pérdida de libertad demostraba casi carecer de sentido para esos parientes suyos.

Una niña llamada Bruja de la Pluma. Como si una bruja del pasado lejano, vestida con torpeza, rígida y amanerada (como todas las cosas anticuadas parecen ser), hubiera salido de las historias de antaño. Lectora de las losas elegida en el útero, practicaba sus artes adivinatorias como servicio a su comunidad en lugar de por las monedas de una saca de cuero. Quizá el nombre había perdido su significado entre esos esclavos. Quizá no había antiguas losas que hallar, no había noches solemnes cuando los destinos se reunían en un sendero manchado y plagado de grietas, el aterrador mosaico del destino desplegado ante todos y cada uno, con una mujer-niña de ojos pesados supervisando el espantoso ritual.

Oyó el crujido de las piedras cerca de la desembocadura del río y se volvió para ver a un esclavo agachado a la orilla del agua. El hombre metió las manos en el agua fría y dulce como si buscara la absolución, o una huida en el entumecimiento del hielo.

Curiosa, Seren Pedac se acercó a él.

La mirada que le lanzó el esclavo fue cauta, cohibida.

—Corifeo —le dijo—, estas son horas tensas entre los edur. Mejor es no decir nada.

—Nosotros no somos edur, sin embargo —respondió ella —, ¿verdad?

Él sacó las manos y Seren vio que estaban rojas e hinchadas.

—Emurlahn sangra en el suelo de estas tierras, corifeo.

—No obstante, somos letherii.

La sonrisa masculina era irónica.

—Corifeo, yo soy esclavo.

—He estado pensando en eso. La esclavitud. Y la falta de deudas. ¿Qué te parece el trueque?

Él se acomodó en cuclillas, el líquido le chorreaba de las manos, parecía estudiar el agua limpia que pasaba en un remolino. La lluvia había dejado de caer y la bruma se estaba apartando del bosque.

—La deuda continúa, corifeo. Gobierna a cada esclavo letherii que mora entre los edur, pero es una deuda que no se puede pagar jamás.

Ella se lo quedó mirando, conmocionada.

—¡Pero eso es una locura!

Él sonrió una vez más.

—Por tales cosas nos miden a todos. ¿Por qué imaginabas que la simple esclavitud cambiaría eso?

Seren se quedó callada un rato mientras estudiaba al hombre agachado al borde de la corriente de agua. No le faltaba atractivo pero, una vez que lo sabía, la corifeo podía ver sus deudas, la carga segura que lo aplastaba y la verdad: para él, para cada hijo que pudiera engendrar, no habría forma de eliminar el estigma. Era brutal. Era… letherii.

—Hay una esclava —dijo ella— que se llama Bruja de la Pluma.

Él pareció estremecerse.

—Sí, nuestra lectora de las losas particular.

—Ah. Me lo preguntaba. ¿Cuántas generaciones ha vivido la familia de esa mujer como esclavos entre los edur?

—Una veintena, quizá.

—¿Y ha persistido el talento? ¿Dentro de este mundo de Kurald Emurlahn? Es extraordinario.

—¿Lo es? —El esclavo se encogió de hombros y se levantó—. Cuando tú y tus compañeros seáis invitados de Hannan Mosag esta noche, Bruja de la Pluma hará una lectura.

Un escalofrío repentino atravesó a Seren Pedac. Respiró hondo y soltó el aire con una exhalación lenta y pesada.

—Se… arriesga mucho.

—Somos conscientes, corifeo.

—Sí, ya lo veo.

—Debo regresar a mis tareas —dijo él sin mirarla a los ojos.

—Por supuesto. Espero que la demora que yo haya podido provocar no te cause problemas.

Él volvió a sonreír pero no dijo nada.

Seren lo vio subir por la playa.

Buruk el Pálido se había envuelto en su capa impermeable y permanecía junto al fuego de los nerek. Casco Beddict estaba cerca, se había colocado detrás del mercader, con la capucha puesta, retraído.

Seren se acercó a Buruk y estudió las llamas que luchaban contra la lluvia y de las que se alzaba un humo manchado, estirado e inmóvil sobre ellos. El frío de la noche se había metido en los huesos de la corifeo y la respuesta de los músculos del cuello había sido tensarse. Detrás de los ojos comenzaba a surgir un buen dolor de cabeza.

—Seren Pedac —suspiró Buruk—. No me encuentro bien.

La mujer lo oyó en su voz débil y temblorosa.

—Has recorrido mucho camino.

—Y solo para encontrarme aquí de pie, quieto, delante de un fuego enfermizo. No soy tan necio como para no ser consciente de mis delitos.

Casco rezongó tras ellos.

—¿Serían esos delitos ya cometidos o los que se están por cometer, Buruk el Pálido?

—La distinción carece de sentido —respondió el mercader —. Esta noche —dijo al tiempo que se erguía— nos convertiremos en invitados de Hannan Mosag. ¿Estáis listos los dos?

—La solemnidad —dijo Seren— es lo menos importante de lo que presagia esta reunión, Buruk. La intención del rey hechicero es despojar su posición de toda ambigüedad. Oiremos una advertencia, y se espera de nosotros que se la hagamos saber a la delegación cuando llegue.

—Las intenciones carecen, del mismo modo, de relevancia, corifeo. Yo no tengo expectativa alguna, mientras que a uno de nosotros tres no lo consume otra cosa. Declaraciones ensayadas, pronunciamientos aciagos, todo aguarda a esta funesta visita. —Buruk giró la cabeza y miró a Casco Beddict—. Tú todavía piensas como un niño, ¿verdad? Figuritas de arcilla hundidas hasta los tobillos en la arena, una aquí, una allí, puestas como tú quieres. Una dice esto, la otra dice aquello, después estiras la mano y las vuelves a colocar como corresponde. Escenas, vistas, crudas y certeras. Pobre Casco Beddict, que alojó un cuchillo en el corazón hace tanto tiempo que lo retuerce a diario para confirmar que sigue ahí.

—Si quieres verme como un niño —dijo el hombretón con un gruñido—, el error es tuyo, no mío, Buruk.

—Una pequeña advertencia —respondió el mercader—, no estás entre niños.

Buruk les hizo un gesto entonces para que lo siguieran y se dirigió a la ciudadela.

Seren se puso al paso de Casco (con el mercader media docena de pasos por delante, apenas visible en la

oscuridad).

—¿Conoces a ese tal Hannan Mosag? —le preguntó.

—No es la primera vez que soy invitado aquí, Seren.

—¿Del rey hechicero?

—No, de la casa Sengar. Próximos al linaje real; el hijo mayor, Temor Sengar, es el mariscal de guerra de Hannan Mosag, no es el título real, pero sirve como traducción.

Seren lo pensó un momento, después frunció el ceño.

—Anticipas, entonces, que habrá amigos presentes esta noche.

—Lo había pensado, pero no ha de ser. Ninguno de los Sengar, salvo el patriarca, Tomad, y su esposa, están en la aldea. Los hijos se han ido.

—¿Ido? ¿Adónde?

Casco negó con la cabeza.

—No lo sé. Es… extraño. Tengo que suponer que Temor y sus hermanos regresarán a tiempo para la reunión del tratado.

—¿Es consciente el rey hechicero de los lazos de sangre que te unen a Binadas Sengar?

—Por supuesto.

Buruk el Pálido había llegado al puente que llevaba al pabellón interior. Las brumas se habían espesado y convertido en una niebla que oscurecía el mundo que rodeaba a los tres letherii. No había nadie más a la vista, ni sonido alguno más allá del crujido de sus pies en el sendero de guijarros. La corpulencia inmensa de la ciudadela se alzaba ante ellos.

En la amplia entrada arqueada brillaba la luz chillona de los fuegos.

—No tiene guardias —murmuró Seren.

—Ninguno que se pueda ver —respondió Casco Beddict.

Buruk subió los dos escalones bajos que conducían al rellano, se detuvo para soltarse los broches de la capa y después entró sin prisas. Un momento después lo siguieron Seren y Casco.

El largo salón estaba casi vacío. La mesa del banquete era una versión mucho más reducida de la que solía ocupar el eje central de la habitación, como evidenciaban las marcas gastadas en la inmensa alfombra que cubría el suelo de listones. Y, a la derecha, como Seren vio, estaba esa mesa, apoyada en la pared recubierta de tapices.

Cerca del otro extremo de la cámara se había colocado en diagonal la modesta mesa del banquete, con tres sillas de respaldo alto esperando a los letherii a un lado. Enfrente estaba sentado el rey hechicero, bien adelantada ya su colación. Cinco guerreros edur permanecían en las sombras detrás de Hannan Mosag, inmóviles.

Deben de ser los k'risnan. Hechiceros… parecen jóvenes.

El rey hechicero esperó hasta que se despojaron de las prendas de abrigo y luego les hizo un gesto para que se adelantaran.

—Acompáñenme, por favor —dijo en un letherii bastante pasable—. Me desagrada la comida fría, así que aquí me ven, llenándome la barriga de la forma más grosera.

Buruk el Pálido se inclinó con medio cuerpo antes de hablar.

—No pensaba que llegábamos tarde, mi señor.

—No llegan tarde, pero no soy muy dado a la formalidad. De hecho, con frecuencia me irrita hasta la simple cortesía. Disculpen, si tienen la bondad, la impaciencia de este rey.

—A los apetitos les preocupan poco las exigencias del decoro, mi señor —dijo Buruk al acercarse.

—Estaba seguro que un letherii lo entendería. Bueno —se levantó de repente y el gesto detuvo a los otros tres en seco

—, proclamo como mis invitados a Buruk el Pálido, la corifeo Seren Pedac y al centinela Casco Beddict. Siéntense, por favor. Yo solo devoro lo que me preparan mis cocineros.

La suya era una voz que uno podía escuchar, las horas pasaban sin que se notaran, las incomodidades se olvidaban. Hannan Mosag era, comprendió Seren, un rey muy peligroso.

Buruk el Pálido ocupó el asiento central, Seren pasó al que estaba a la izquierda del mercader y Casco a la derecha. Cuando se acomodaron en sus sillas de maderanegra, el rey hechicero se sentó una vez más y estiró la mano para coger una copa.

—Vino de Trate —dijo— para honrar a mis invitados.

—Adquirido a través de comercio pacífico, es de esperar —dijo Buruk.

—Por desgracia, me temo que no —respondió Hannan Mosag, que había levantado la mirada casi con timidez para mirar al mercader a los ojos, y luego había apartado la vista una vez más—. Pero en esta mesa todos somos tipos resistentes, estoy seguro.

Buruk cogió su copa y tomó un sorbo. Pareció reflexionar y después suspiró.

—Solo un poco agriado por la procedencia, mi señor.

El rey hechicero frunció el ceño.

—Daba por hecho que se suponía que debía saber así.

—No es de extrañar, mi señor, una vez que uno se acostumbra a ello.

—El consuelo que es la familiaridad, Buruk el Pálido, resulta ser un poderoso árbitro una vez más.

—Los letherii suelen inquietarse con la familiaridad, por desgracia, y, en consecuencia, lo suelen ver como una reducción de la calidad.

—Ese es un concepto demasiado complicado, Buruk —dijo Hannan Mosag—. Todavía no hemos bebido suficiente para hacer juegos de palabras, a menos, por supuesto, que usted aliviara su sed en su alojamiento, en cuyo caso me encuentro en desventaja.

Buruk fue a coger una loncha de pescado ahumado.

—Espantosamente sobrio, me temo. Si la desventaja existe, entonces es nuestra.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, mi señor, nos honra usted con vino manchado de sangre, un gesto que nos desequilibra. Es más, hemos recibido recado de la matanza de cazadores de focas letherii. La sangre ha subido tanto que podría ahogarnos.

Al parecer, a Buruk el Pálido no le interesaban los intercambios velados. Una táctica curiosa, reflexionó Seren, y una táctica, sospechó, que el rey Ezgara Diskanar no agradecería mucho dadas las circunstancias.

—Estoy seguro de que los pocos parientes que les queden a las focas de colmillos masacradas estarían de acuerdo, debatiéndose como están en esa feroz marea —dijo el rey hechicero en tono de cavilación.

—También nos ha llegado recado —continuó Buruk— del regreso de los barcos al puerto de Trate. Las bodegas que deberían haber contenido el costoso agosto estaban vacías, es inexplicable.

—¿Vacías? Qué descuido.

Buruk se echó hacia atrás en su silla, rodeó con las dos manos la copa y estudió el oscuro contenido.

Casco Beddict habló de repente.

—Rey hechicero, a mí, por lo menos, no me desagrada en absoluto la resolución de ese traicionero acontecimiento. Esos cazadores contravinieron acuerdos establecidos largo tiempo atrás y por tanto merecían su suerte.

—Centinela —dijo Hannan Mosag, había una nueva seriedad en su tono—, dudo que sus dolientes familias estén de acuerdo. Habla usted con frialdad. Según se me ha dado a entender, el concepto de «deuda» es una fuerza dominante entre su pueblo. Esos desventurados agosteros eran con toda probabilidad «endeudados», ¿no es cierto? De su desesperación se aprovechan amos de sentimientos tan despiadados como los que acaba de expresar usted. —Examinó a los tres letherii que tenía delante—. ¿Soy el único que lo lamenta?

—Las consecuencias potenciales de esa matanza prometen más lamentos todavía, mi señor —dijo Buruk el Pálido.

—¿Y eso es inevitable, mercader?

Buruk parpadeó.

—Lo es —respondió Casco Beddict inclinándose hacia delante en su silla—. Rey hechicero, ¿cabe alguna duda sobre quién debería lamentar todo lo ocurrido? Usted hablaba de amos fríos y sí, es su sangre la que debería haberse derramado en este caso. Con todo, son los amos solo porque los endeudados los aceptan como tal. Es el veneno del oro como la única medida de la valía. Esos agosteros no son menos culpables por su desesperación, mi señor. Todos participan en el mismo juego.

—Casco Beddict —dijo Buruk— habla solo por sí mismo.

—¿No hablamos todos solo por nosotros mismos? —preguntó Hannan Mosag.

—Tan deseable como eso sería, mi señor, pero mentiríamos si afirmáramos tal cosa, en mi caso y en el suyo.

El rey hechicero apartó su plato y se echó hacia atrás.

—¿Y qué hay de la corifeo, entonces? Ella no habla en absoluto. —Unos ojos serenos y suaves se posaron en ella—.

Usted ha escoltado a estos hombres, corifeo Seren Pedac.

—Así es, mi señor —respondió ella—. Por ende, mi tarea ha terminado.

—Y en su silencio pretende absolverse de todo lo que salga de esta reunión.

—Tal es el papel del corifeo, mi señor.

—Al contrario que el de, digamos, el centinela.

Casco Beddict se estremeció.

—Dejé de ser centinela hace mucho tiempo, mi señor —explicó después.

—¿Sí? ¿Entonces me permite preguntar por qué está aquí?

—Se presentó voluntario —contestó Buruk—. No era yo quien debía rechazar su presencia.

—Cierto. Esa responsabilidad, según entiendo yo el tema, pertenecía a la corifeo. —Hannan Mosag la estudió, a la espera.

—No me sentí obligada a impugnar la decisión de Casco Beddict de acompañarnos, mi señor.

—Sí —respondió el rey hechicero—. ¿No es curioso?

El sudor le cosquilleaba a Seren bajo las ropas húmedas.

—Permítame corregirme, mi señor. No creía que lo conseguiría, si hubiera intentando impugnar la presencia de Casco Beddict. Y por tanto decidí mantener la ilusión de mi autoridad.

La repentina sonrisa de Hannan Mosag fue profunda y encantadora.

—Una respuesta honesta. Bien hecho, corifeo. Puede irse ya.

Seren se levantó, temblorosa, e hizo una reverencia.

—Ha sido un placer verlo, rey hechicero.

—El sentimiento es recíproco, corifeo. Me gustaría que habláramos después, usted y yo.

—Estoy a su servicio, mi señor.

Sin mirar a los ojos a sus compañeros letherii, Seren rodeó la silla y luego salió.

El rey hechicero la había descargado de la responsabilidad de presenciar todo lo que acaecería esa noche entre él, Casco y Buruk. A nivel personal, le irritaba pero sabía que aquel hombre bien podría acabar de salvarle la vida.

En cualquier caso, todo lo que había que decir se había dicho. Se preguntó si Casco Beddict lo había entendido. No cabía duda de que Buruk sí.

El desequilibrio es profundo, sin duda. Hannan Mosag, el rey hechicero, quiere la paz.

Había empezado a llover otra vez y se ciñó mejor el manto alrededor de los hombros.

Pobre Casco.

Alguien se acercó a su lado. Udinaas miró y vio a Hulad, el rostro conocido y arrugado estaba demacrado, inquieto y pálido.

—¿Te encuentras bien?

Hulad se encogió de hombros.

—Estaba recordando la última vez que hizo una lectura, Udinaas. Tengo los nervios hechos trizas esta noche.

Udinaas no dijo nada. Con cierta sorpresa comprobó que no sentía nada parecido. Algo había cambiado en él, eso al menos estaba claro. Bruja de la Pluma, según había oído, había recibido todo el peso del desagrado de Mayen. Al parecer, la furia de Uruth por la bendición a los nerek, si bien expresada con callada brevedad, había sido dura en su contenido. En consecuencia, Mayen había aplicado una vara a la espalda de su esclava.

Por supuesto, cuando se trataba de tratar con los esclavos, la justicia carecía de significado.

La vio dirigirse al centro de la zona despejada. Había más esclavos que la última vez atestando el enorme granero. Atraídos por los tensos relatos de la pasada lectura, sin duda. *Casi tan bueno como los Ahogamientos.*

Bruja de la Pluma se sentó en el suelo prensado y todos los demás siguieron de inmediato su ejemplo, moviéndose con una prontitud que ella era incapaz de igualar, amoratada y magullada como estaba. Udinaas observó la tensión en sus movimientos y se preguntó hasta qué punto lo culpaba a él de su sufrimiento. Mayen no era un ama más dura que cualquier otro edur. Las palizas eran, por fortuna, poco comunes, la mayor parte de los delitos atroces cometidos por esclavos se castigaban con una muerte rápida. Si se iba a matar a un esclavo, ¿qué sentido tenía incapacitarlo primero?

La última lectura no había llegado siquiera al punto en el que se arrojaban las losas. La repentina llegada del wyval había arrancado a Bruja de la Pluma del reino de las Fortalezas manifiestas. Udinaas sintió los primeros temblores de anticipación en su pecho.

Un silencio repentino cuando Bruja de la Pluma cerró los ojos y bajó la cabeza, el cabello amarillo le cubrió la cara como dos cortinas. Se estremeció y después tomó una bocanada de aire honda y jadeante; levantó la mirada con los ojos vacíos en los que la mancha negra de un cielo nocturno sin estrellas fue creciendo poco a poco, como si saliera tras una ligera niebla, seguido por espirales de luz luminosa.

Los Comienzos la barrieron con su máscara de terror y crisparon sus rasgos hasta convertirlos en algo primitivo y escalofriante. Udinaas sabía que la joven estaba

contemplando el abismo, suspendida en la inmensa nada de todo lo que yacía entre las estrellas. No había Hacedores todavía, tampoco los mundos que crearían.

Y ahora los Fulcra. Fuego, Dolmen y el Errante. El Errante, que da forma a las Fortalezas…

—*Caminad conmigo a las Fortalezas.*

Los esclavos letherii exhalaron el aliento largamente contenido.

—*Nos encontramos sobre Dolmen y todo es como debería ser.* —Pero había tensión en su voz—. *Vivir es librar una guerra contra el abismo. En nuestro crecimiento hallamos conquista, en nuestro estancamiento nos encontramos bajo asedio y en nuestra muerte nuestras últimas defensas sufren un asalto. Estas son las verdades de la Fortaleza de la Bestia. Filo y Nudillos, la guerra de la que no podemos escapar. La edad ha arañado la cara y arrancado los ojos del Anciano. Está repleto de cicatrices y destrozado por las batallas. Arpía se carcajea con saliva amarga y se retuerce con sueños de huida. La boca del Vidente se mueve pero no hay nadie para oírlo. Chamán llora la red de muertos en campos de huesos, pero no cree en ninguno de los patrones que crea a partir de esos restos esparcidos. El Rastreador da pasos seguros y decididos, para desmentir que vague perdido.*

Se quedó callada.

Se alzaron murmullos en la multitud. Era una invitación fría a entrar en las Fortalezas.

Que el Errante nos guarde, tenemos problemas. Terribles problemas.

Hulad le dio un pellizco en el brazo y señaló con un gesto la pared contraria, donde las sombras se multiplicaban densas como agua turbia. Allí había una figura con la

espalda apoyada en la pared de yeso salpicado de tierra. La corifeo, Seren Pedac.

Bruja de la Pluma continuó callada y la inquietud creció.

Udinaas se puso en pie y se abrió camino entre la multitud sin hacer caso de las miradas que le lanzaban los esclavos junto a los que pasaba. Llegó a la pared posterior y la siguió hasta que llegó junto a la corifeo.

—¿Qué ha ido mal? —preguntó la mujer.

—No lo sé…

Bruja de la Pluma empezó a hablar una vez más.

—Saliente de Hueso se alza ahora como un trono que nadie ocupará, pues su forma se ha hecho hostil e indomable. El respaldo del trono está ahora encorvado, las vigas se pliegan, las clavículas escarpadas y estrechas. Los brazos, sobre los que descansarían los brazos de un gobernante, se han alzado, cada uno con el semblante de un lobo, y en sus ojos arde una vida salvaje. —Hizo una pausa y después entonó—: La Fortaleza de la Bestia ha hallado dos gobernantes.

—Eso es imposible —murmuró Seren Pedac.

—Y ante nosotros ahora… la Fortaleza de los Azath. Sus piedras sangran. La tierra palpita y humea. Un grito silencioso e incesante agita las ramas de los antiguos árboles. Los Azath se encuentran asediados.

Se alzaron voces para negarlo, los esclavos se removían.

—¡Fortaleza de Hielo! —gritó Bruja de la Pluma con la cabeza echada hacia atrás y los dientes desnudos.

Silencio una vez más, todos los ojos clavados en ella.

—¡Tumba partida! Los cadáveres yacen esparcidos ante el umbral hendido. Urquall Jaghuthan taezmalas. No están aquí para arreglar el daño. Han sido olvidados y el hielo en sí no puede recodar el peso de sus pisadas.

—¿Qué idioma era ese? —preguntó Seren Pedac.

—Jaghut —respondió Udinaas, después cerró la boca de repente.

—¿Qué es el jaghut?

Él se encogió de hombros.

—Forjadores del hielo, corifeo. No tiene importancia. Han desaparecido.

Ella lo cogió por el brazo y le dio la vuelta.

—¿Cómo sabes eso?

—*La Fortaleza del Dragón* —dijo Bruja de la Pluma, su piel brillaba de sudor—. Eleint Tiam purake setoram n'brael buras…

—Palabras dracónicas —dijo Udinaas, que de repente disfrutaba de su saber secreto—. «Hijos de la madre Tiam, perdidos en todo lo que rindieron». Más o menos. La poesía se resiente con la traducción…

—*Los eleint querían destruirlo todo en su camino a la venganza —dijo Bruja de la Pluma con voz chirriante—. Como todos veremos en la larga noche venidera. La Reina yace muerta y quizá nunca vuelva a levantarse. El Consorte se retuerce sobre un árbol y susurra su locura sobre el momento de su liberación. El Vasallo está perdido, arrastra cadenas en un mundo en el que caminar es resistir y en el que detenerse es que te devoren. El Caballero sigue su propio camino condenado, pronto cruzará la espada con su propia venganza. La Puerta brama con un fuego salvaje. El wyval…*

La cabeza de la joven se echó hacia atrás de repente, como si la hubiera golpeado una mano invisible, y le brotó la sangre de la boca y la nariz. Ahogó un grito y esbozó una sonrisa roja.

—*Locqui wyval aguarda. La Señora y la Hermana bailan una alrededor de la otra, cada una en su lado del mundo. Bebedor de Sangre espera también, espera a que lo*

encuentren. Trazador de Caminos siente la fiebre en su sangre aciaga y se tambalea al borde del precipicio. ¡Así pues! Las Fortalezas, salvo una.

—Que alguien la pare —siseó Seren Pedac al tiempo que soltaba el brazo de Udinaas.

Y entonces le tocó a él cogerla a ella y contenerla. La corifeo le lanzó una mirada furiosa y se debatió para soltarse.

Él la acercó más.

—Este no es tu mundo, corifeo. Nadie te ha invitado. Ahora, quédate aquí y no digas nada… ¡o vete!

—La Fortaleza Vacía se ha… —la sonrisa de Bruja de la Pluma se ensanchó— llenado de gente. ¡Cuidado, hermanos! ¡Escuchad! ¡La sangre teje una red que atrapará al mundo entero! ¡Nadie escapará, nadie encontrará refugio! —Estiró de golpe la mano derecha y esparció las antiguas losas por el suelo. En las vigas del techo, los pichones salieron de la oscuridad en un estallido de alas salvajes y caóticas. Dibujaron un círculo frenético de plumas que bajaban al son de su vuelo—. ¡Los Vigilantes se encuentran en su lugar como si estuvieran hechos de piedra! Sus rostros son máscaras de horror. Las Señoras bailan con deseo frustrado. —Tenía los ojos cerrados, pero señalaba una losa tras otra y proclamaba su identidad con una voz dura y ronca—. Los Vagabundos han irrumpido en el hielo y la oscuridad fría llega con su abrazo letal. Los Caminantes no pueden detenerse en el torrente creciente que los empuja hacia delante. Los Salvadores…

—¿Qué está diciendo? —preguntó Seren Pedac—. Los ha mencionado a todos en plural, los jugadores de la Fortaleza del Trono Vacío, esto no tiene ningún sentido…

—Los Salvadores se miran el uno al otro y los dos están condenados, y en roto reflejo así se alzan los Traidores, y

eso es lo que yace ante nosotros, ante todos nosotros. —Su voz se fue apagando con las últimas palabras y una vez más bajó la barbilla, inclinó la cabeza hacia delante y el largo cabello descendió para cubrirle la cara.

Los pichones del techo volaban en círculos bruscos, el único sonido en el inmenso granero.

—Contendientes ante el Trono Vacío —susurró Bruja de la Pluma en un tono impregnado de dolor—. Sangre y locura…

Udinaas fue soltando poco a poco a Seren Pedac.

Esta no se movió, tan paralizada como todos los presentes.

Udinaas gruñó, divertido.

—La chica no ha dormido muy bien últimamente, ¿sabes? —le dijo a la corifeo.

Seren Pedac salió tambaleándose a una capa sólida de lluvia fría. Un diluvio que siseaba en los guijarros del camino, ríos diminutos que atravesaban las arenas, el bosque posterior parecía derribado por hebras y cuerdas que caían a chorro. Un susurro colérico que provenía del río y el mar. Como si el mundo se estuviera derrumbando en aguanieve.

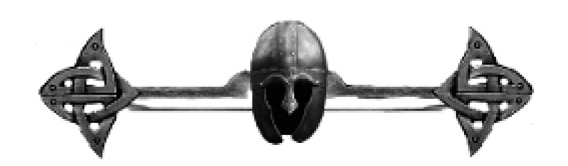
La corifeo parpadeó para espantar las lágrimas frías.

Y recordó el juego de los niños edur, la charla inconsciente de un millar de momentos atrás, tan alejada en su mente que parecía resonar como la reminiscencia de otra persona. De momentos erosionados, mojados y sin forma.

Recuerdos que se precipitaban, que corrían al mar.

Como niños que huyeran.

8



¿Dónde están los días que una vez sostuvimos
tan holgados en nuestras seguras manos?
¿Cuándo estos veloces arroyos
tallaron cuevas sin fondo bajo nuestros pies?
¿Y cómo se tambaleó esta escena
y cambió para hacer peligrar nuestras hábiles mentiras
en los lugares en los que la juventud se encuentra,
en las tierras de nuestros orgullosos sueños?
¿Dónde, entre todos los que tengo ante mí,
están las caras que antaño conocí?

Palabras grabadas en la pared,
campanario de K’rul, Darujhistan

En la batalla que inició a Theradas Buhn en la sangre, un alfanje merude le había abierto la mejilla derecha, le había partido el hueso bajo el ojo y le había atravesado el maxilar superior y la mitad superior de la mandíbula. La salvaje herida había tardado en curar y el hilo que se había utilizado para sellar el agujero abierto en la boca se había enconado en la carne antes de que sus camaradas pudieran devolver al guerrero a un campamento hiroth cercano, donde una sanadora había hecho lo que había podido: expulsar la infección y soldar los huesos. El resultado era una cicatriz larga y sinuosa dentro de una depresión cóncava llena de costurones en ese lado de la cara, y cierta expresión apagada en los ojos que insinuaba heridas invisibles que nunca terminarían de sanar.

Trull Sengar se sentó con los otros a cinco pasos del borde del campo de hielo y observó a Theradas, que se paseaba de un lado a otro por la línea incrustada de hielo y nieve, la piel de zorro ribeteada de rojo de su manto destellaba entre las ráfagas de viento. Habían dejado atrás las tierras arapay y con ellas la hospitalidad reticente de esa tribu edur subyugada. Los guerreros hiroth estaban solos y ante ellos se extendía un paisaje blanco y destrozado.

Parecía sin vida pero los arapay habían hablado de cazadores nocturnos, asesinos extraños envueltos en pieles que salían de la oscuridad empuñando hojas dentadas de hierro negro. Se llevaban partes del cuerpo como trofeos, hasta el punto de dejar torsos sin miembros ni cabeza tras ellos. Jamás se había capturado a ninguno y los cuerpos de los que caían nunca abandonaban el lugar en el que yacían.

Con todo, tendían a buscar sus presas solo entre los cazadores edur que iban emparejados. A los grupos más

numerosos por lo general los dejaban en paz. Los arapay los llamaban jheck, que significaba más o menos «lobos erguidos».

—Tenemos sus ojos encima —declaró Theradas con su voz pastosa y debilitada.

Temor Sengar se encogió de hombros.

—Los yermos helados no están tan desolados como pueda parecer. Liebres, zorros, mochuelos de madriguera, lobos blancos, osos, aranag…

—Los arapay hablaban de bestias enormes —interpuso Rhulad—. De pelo castaño y con colmillos. Vimos el marfil…

—Marfil antiguo, Rhulad —dijo Temor—. Encontrado en el hielo. Es probable que esas bestias ya no existan.

—Los arapay dicen lo contrario.

Theradas lanzó un gruñido.

—Y viven temiendo los yermos helados, Rhulad, así que los han llenado de bestias de pesadilla y demonios. Es así: veremos lo que vemos. ¿Habéis terminado de comer? Estamos perdiendo luz.

—Sí —dijo Temor mientras se levantaba—, deberíamos continuar.

Rhulad y Midik Buhn se desplazaron a los flancos. Los dos vestían pieles de oso, negras y con los cuellos plateados. Las manos, embutidas en guanteletes forrados de piel (regalo de los arapay) envolvían las largas lanzas que utilizaban como bastones y que sondeaban la nieve prensada antes de cada paso. Theradas se puso en cabeza, quince pasos por delante, y dejó que Trull, Temor y Binadas formaran el grupo central y tiraran de los dos trineos cargados con las bolsas de cuero de las provisiones.

Se decía que, al adentrarse en los yermos, había agua bajo el hielo, restos salados de un mar interior y bolsas cavernosas ocultas bajo mantos de nieve finos como la piel.

La traición esperaba a sus pies y los obligaba a viajar despacio.

El viento se abalanzaba sobre ellos y mordía la piel expuesta, los guerreros se veían obligados a inclinarse contra los estallidos de ráfagas gélidas.

A pesar de las pieles que lo ceñían, Trull sentía el estallido del frío repentino, una fuerza mecánica e indiferente, pero impaciente por robar. Le inundaba las vías aéreas con un asalto que lo entumecía. Y entre esa corriente, un leve olor a muerte.

Los edur se envolvieron la cara con trozos de lana y apenas dejaron unas ranuras para los ojos. Las conversaciones se abandonaron enseguida y siguieron caminando en silencio, el crujido de los mocasines forrados de piel ahogado y distante.

La calidez del sol y el cambio de estación no podían ganar la guerra en ese lugar. La nieve y el hielo se alzaban con el viento y relucían en el cielo, se burlaban del propio sol con dos reflejos idénticos que llevaban a Trull a sospechar que el viento se pegaba al suelo mientras que, en las alturas, los cristales de hielo suspendidos flotaban sin moverse, inmunes al paso de las estaciones, de los años.

Levantó la cabeza para mirar al cielo por un momento y se preguntó si ese dosel resplandeciente y casi opaco que había sobre ellos conservaba los recuerdos congelados del pasado, imágenes diminutas encerradas en cada cristal, testigos de todo lo que había ocurrido allí abajo. Una multitud de destinos, que quizá se remontaban a cuando había mar en lugar de hielo. ¿Surcaban desconocidas criaturas las aguas en canoas arcanas y ahuecadas tantos miles de años atrás? ¿Se habrían convertido algún día en esos jheck?

Los letherii hablaban de Fortalezas, ese extraño panteón de elementos, y entre ellos estaba la Fortaleza de Hielo. Como si el invierno naciera de la hechicería, como si el hielo y la nieve fueran instrumentos de destrucción premeditada. Algo de ese concepto también estaba presente en las leyendas edur. Hielo que se precipitaba al suelo para robar la tierra que estaba empapada de sangre tiste, el robo brutal de territorios ganados a pulso cometido como un acto de venganza, quizá el florecimiento gélido de una maldición pronunciada con un último aliento, un desafío definitivo.

El sentimiento, entonces, (si es que existía) era de una vieja enemistad. El hielo era un ladrón, de vida, tierra y justa recompensa. Atrapado en muerte y sangre, una prisión eterna. Con todo eso podía granjearse odio.

Continuaron durante todo el día, se movían con lentitud pero sin pausa; atravesaron campos revueltos de fragmentos de hielo rotos que sobresalían y que a lo lejos parecían solo de color blanco pero cuando se acercaban revelaban la posesión de un sinfín de tonos de verdes, azules y marrones. Cruzaron planicies de nieve prensada y esculpida por el viento que formaba patrones ondulados tan lisos como la arena. Extrañas fallas donde fuerzas invisibles habían labrado el hielo, empujando un lado contra otro, machacando caminos opuestos como si el mundo sólido que había debajo lo empujara en una migración caprichosa.

Hacia el final de la tarde un grito apagado de Theradas los detuvo. Trull, que había estado caminando con los ojos clavados en el suelo, levantó la cabeza al oír el sonido ahogado y vio que Theradas estaba delante de algo y les hacía gestos para que se adelantaran con una mano envuelta en pieles. Unos momentos más tarde llegaron a su lado.

Una grieta ancha les cortaba el camino, medía por lo menos quince pasos. Las paredes escarpadas de hielo bajaban a la oscuridad y de sus profundidades se alzaba un olor extraño.

—Sal —dijo Binadas después de apartar la tela que le cubría la cara—. Charcos dejados por la marea.

Rhulad y Midik se reunieron con ellos desde los flancos.

—Parece extenderse hasta ambos horizontes —dijo Rhulad.

—La brecha parece reciente —comentó Binadas al agacharse en el borde—. Como si la superficie se estuviera encogiendo.

—Quizá el verano ha conseguido efectuar una modesta alteración en estos yermos —caviló Temor—. Hemos pasado junto a fallas selladas que podrían ser las cicatrices de heridas parecidas del pasado.

—¿Cómo vamos a cruzar? —preguntó Midik.

—Yo podría atraer sombras de ahí abajo —dijo Binadas, después agitó la cabeza—, pero la idea me inquieta. Si hay espíritus ahí dentro, podrían resultar rebeldes. Aquí hay capas de hechicería entretejidas en la nieve y el hielo, y Emurlahn no les es grato.

—Sacad las cuerdas —dijo Temor.

—Empieza a atardecer.

—Si es necesario, acamparemos abajo.

Trull le lanzó una mirada a Temor.

—¿Y si se cierra mientras estamos ahí abajo?

—No me parece muy probable —dijo Temor—. Además, esta noche seremos invisibles, escondidos como estaremos en las profundidades. Si de verdad hay bestias en esta tierra, aunque todavía no hemos visto indicios reales de ello, entonces prefiero que aprovechemos cualquier oportunidad para evitarlas.

Guijarros mojados resbalaron bajo sus mocasines cuando Trull llegó al suelo y se apartó de las cuerdas. Miró a su alrededor, sorprendido por el leve fulgor verde que bañaba la escena. Estaban, sin duda, en el fondo de un mar. La sal había deshecho el hielo por los bordes y había creado inmensas cavernas atestadas de pilares relucientes. El aire era frío, hinchado y maloliente.

A un lado, Midik y Rhulad habían sacado fardos de leña de una mochila y estaban preparando una hoguera para cocinar. Binadas y Temor estaban cargando otra vez los trineos para mantener las bolsas de comida lejos del suelo húmedo y Theradas había partido para explorar las cavernas.

Trull se acercó a un charco poco profundo y se agachó en el borde. En el agua salina había una multitud de pequeños camarones grises. Los percebes atestaban la orilla del agua.

—El hielo se está muriendo.

Al oír las palabras de Temor tras él, Trull se levantó y miró a su hermano.

—¿Por qué dices eso?

—La sal le roe la carne. Estamos en la región más baja de este antiguo fondo del mar, creo. Donde se conservaron los últimos restos de agua, que luego se fueron evaporando poco a poco. Estas columnas de sal es todo lo que queda. Si la cuenca entera era como este lugar, entonces el dosel de hielo se habría derrumbado…

—Quizá eso es lo que hace —sugirió Binadas al reunirse con ellos—. En ciclos de más de mil años. Se derrumba y después la sal empieza otra vez su trabajo.

Trull se quedó mirando la extensión en penumbra.

—No puedo creer que esos pilares puedan sujetar todo este hielo. Tiene que haber un ciclo de derrumbamiento, como ha dicho Binadas. —Sus ojos captaron un movimiento y después salió Theradas y Trull vio que había sacado la espada.

—Hay un camino —dijo Theradas—. Y un lugar de reunión. No somos los primeros en bajar aquí.

Rhulad y Midik se reunieron con ellos. Nadie habló durante un tiempo. Después Temor asintió.

—¿Son muy recientes las señales, Theradas? —preguntó.

—Días.

—Binadas y Trull, id con Theradas a ese lugar de reunión. Yo me quedaré aquí con los no iniciados.

El camino empezaba a veinte pasos, por el interior de la grieta, una pista despejada de adoquines y detritos que serpenteaba entre las toscas columnas cristalinas de sal. El aguanieve chorreaba del cielo medio podrido en un chaparrón constante. Theradas los condujo por otros treinta pasos, donde el camino terminaba al borde de una extensión inmensa con una especie de cúpula y desprovista de pilares.

Cerca del centro había un altar bajo y deforme. Lo rodeaban ofrendas, conchas sobre todo, entre las que era visible una extraña pieza de marfil tallado. Pero Trull no le dedicó más que una mirada momentánea pues lo que había atraído sus ojos era la pared posterior.

Un plano escarpado de hielo de cien pasos o más de anchura que se alzaba en un saliente inclinado, un muro en el que un sinfín de bestias habían sido sorprendidas en plena estampida, congelados en su huida. Las cuernas sobresalían del hielo, cabezas, hombros (todavía sólidos e inmóviles) y patas delanteras levantadas o estiradas. Ojos

ribeteados de escarcha reflejaban con una luz apagada la queda luz verde azulada. En las profundidades, las formas desdibujadas de cientos más.

Aturdido por la visión, Trull se acercó poco a poco, rodeó el altar, casi esperaba ver en cualquier momento que las bestias que cargaban estallaban en súbito movimiento y se lanzaban hacia ellos para aplastarlos a todos bajo un número incontable de pezuñas.

Al acercarse vio cuerpos amontonados cerca de la base, bestias que habían caído del hielo que se retiraba, que se habían descongelado y con el tiempo se habían descompuesto en charcos viscosos.

Diminutas moscas negras se alzaban en nubes de la carne y piel en descomposición y se arremolinaban hacia Trull como si estuvieran decididas a defender su festín. El guerrero se detuvo y agitó las manos hasta que los insectos se dispersaron y empezaron a revolotear de nuevo hacia los cadáveres podridos. Las bestias (caribúes) habían estado corriendo sobre la nieve, una capa prensada que llegaba a las rodillas por encima del lecho del mar. Todavía podía ver el pánico en sus ojos, y allí, en una mancha bajo una braza de hielo, la cabeza y los hombros de un enorme lobo de pelo plateado y ojos ambarinos, un lobo que corría junto a un caribú, hombro con hombro. La cabeza del lobo estaba levantada, las mandíbulas abiertas cerca del cuello de la víctima. Caninos tan largos como el pulgar de Trull resplandecían bajo los labios retirados.

El drama de la naturaleza, la vida que no presta atención al cataclismo que se precipita sobre ella por detrás, o por encima. La mano brutal de un dios tan indiferente como las propias bestias.

Binadas se puso a su lado.

—Esto es producto de una senda —dijo.

Trull asintió. Hechicería. Nada más tenía sentido.

—Un dios.

—Quizá, pero no necesariamente, hermano. Algunas fuerzas solo hay que desatarlas. Un impulso natural que florece después.

—La Fortaleza de Hielo —dijo Trull—. Como la que los letherii describen en su fe.

—La Mano del Vigilante —dijo Binadas— que esperó hasta que la guerra terminó antes de adelantarse para desatar su poder.

Trull se había creído más formado que la mayor parte de los guerreros edur sobre las antiguas leyendas de su pueblo. Con las palabras de Binadas resonando en su cabeza, sin embargo, se sintió ignorante y patético.

—¿Adónde han ido? —preguntó—. ¿Esos poderes de antaño? ¿Por qué vivimos como si… como si estuviéramos solos?

Su hermano se encogió de hombros, siempre reticente a renunciar a su reserva, a su pensativo silencio.

—Permanecemos solos —dijo al fin— para preservar la santidad de nuestro pasado.

Trull reflexionó sobre ello, su mirada recorría el cuadro que tenía delante, esas vidas oscuras y turbias que no habían podido dejar atrás su perdición.

—Nuestras adoradas verdades son vulnerables —dijo después.

—Al desafío, sí.

—Y la sal va consumiendo el hielo bajo nosotros hasta que nuestro mundo se va haciendo peligrosamente fino bajo nuestros pies.

—Hasta lo que estaba congelado… se descongela.

Trull se acercó un paso más a uno de los caribúes que cargaban.

—Lo que se descongela a su vez se derrumba y cae al suelo. Y se pudre, Binadas. El pasado se cubre de moscas.

Su hermano se acercó al altar.

—Los que se arrodillan ante este santuario —dijo—, estuvieron aquí hace solo unos días.

—No vinieron por donde lo hicimos nosotros.

—Sin duda hay otros caminos que llegan a este mundo subterráneo.

Trull miró a Theradas, solo entonces recordó su presencia. El guerrero permanecía en el umbral, su aliento dibujaba penachos en el aire.

—Deberíamos regresar con los demás —dijo Binadas—. Tenemos mucho que caminar mañana.

La noche pasó, húmeda, fría, el aguanieve susurrando sin cesar. Cada edur hizo guardia por turnos, envuelto en pieles y con las armas listas. Pero no había nada que ver en aquella luz apagada y apenas luminiscente. Hielo, agua y piedra, muerte, movimiento hambriento y huesos impermeables, un triunvirato ciego que gobernaba un reino gélido.

Justo antes del amanecer se levantó la compañía, hicieron una comida rápida y después Rhulad trepó por las cuerdas, confiaba en las picas hundidas en el hielo muy por encima de su cabeza, a unos dos tercios del camino, donde la fisura se estrechaba en un sitio lo suficiente como para permitir el cruce a la pared del norte. Tras ese punto, Rhulad empezó a clavar nuevas picas en el hielo. Astillas y fragmentos llovieron durante un tiempo sobre los que esperaban abajo, después se oyó el grito lejano de Rhulad. Midik fue a las cuerdas y empezó a trepar mientras Trull y Temor ataban los paquetes de comida a cuerdas de cuero trenzado. Los trineos se subirían al final.

—Hoy —dijo Binadas— tendremos que llevar cuidado. Sabrán que estuvimos aquí, que encontramos su santuario.

Trull lo miró.

—Pero no lo profanamos.

—Quizá solo nuestra presencia ya fuera suficiente ultraje, hermano.

El sol ya estaba sobre el horizonte para cuando los guerreros edur se reunieron al otro lado de la grieta, con los trineos cargados y listos. El cielo estaba despejado y no había viento, pero el aire era cortante. La bola fiera del sol estaba flanqueada a ambos lados por versiones más pequeñas, más nítidas y brillantes que la última vez, como si en el curso de la noche pasada el mundo de la cima hubiera completado su transformación, el mundo que conocían se había convertido en algo extraño e inhóspito, hostil a la vida.

Con Theradas en cabeza una vez más, emprendieron la marcha.

El hielo crujiendo bajo sus pies, el siseo y traqueteo de los patines de los trineos ribeteados con cuernas, y un siseo cercano y distante a la vez, como si el silencio se hubiera hecho audible, un sonido que Trull al fin comprendió que era el zumbido de su propia sangre, entrelazado con el ritmo de su respiración y el latido de su corazón. El fulgor le quemaba los ojos. Los pulmones le escocían con cada inspiración.

El sitio de los edur no estaba en ese paisaje. *La Fortaleza de Hielo. Temida por los letherii. Ladrona de vida… ¿por qué nos ha enviado aquí Hannan Mosag?*

Theradas se detuvo y se volvió.

—Huellas de lobo —dijo—, lo bastante pesado como para atravesar la costra de nieve.

Llegaron junto a él y detuvieron los trineos. Trull se quitó el arnés de los hombros doloridos.

Las huellas atravesaban su ruta y se dirigían al oeste. Eran enormes.

—Estas pertenecen a una criatura como la que vimos en el hielo anoche —dijo Binadas—. ¿Qué cazan? No hemos visto nada.

Temor lanzó un gruñido antes de hablar.

—Eso no significa nada, hermano. No somos viajeros discretos con estos trineos.

—Con todo —respondió Binadas—, los rebaños dejan señales. A estas alturas deberíamos habernos tropezado con algo.

Reanudaron el viaje.

Poco después de mediodía, Temor ordenó un alto para comer algo de nuevo. La llanura de hielo se extendía, plana y monótona, en todas direcciones.

—No hay nada de lo que preocuparse aquí fuera —dijo Rhulad, sentado en uno de los trineos—. Podemos ver a cualquiera que llegue… o lo que sea, si a eso vamos. Dinos, Temor, ¿cuánto nos queda? ¿Dónde está el regalo que Hannan Mosag quiere que encontremos?

—Otro día hacia el norte —respondió Temor.

—Si es de verdad un regalo —preguntó Trull—, ¿quién lo ofrece?

—No lo sé.

Nadie habló durante un rato.

Trull estudió la nieve prensada que tenía a los pies, su inquietud se profundizaba. Algo ominoso flotaba en el aire quieto y gélido. Su soledad le pareció de repente una amenaza; la ausencia, una promesa de peligro desconocido. Sin embargo, estaba entre parientes de sangre, entre guerreros hiroth. *Así pues.*

Con todo, ¿por qué es un regalo que hiede a muerte?

Otra noche. Montaron las tiendas y prepararon otra comida, después acordaron las guardias. Trull fue el primero. Rodeó el perímetro del campamento con la lanza en la mano en un circuito continuo para no quedarse dormido. La comida que le llenaba el estómago lo adormecía y el vacío puro de los yermos helados parecía proyectar una fuerza que embotaba la concentración. Sobre él, el cielo estaba vivo, repleto de tonos extraños y cambiantes que se alzaban y caían en patrones desconectados. No era la primera vez que veía esas cosas, en el invierno más profundo, en tierras hiroth, pero nunca con tanta nitidez, nunca con un resplandor que emitía un extraño siseo, una canción, como el vidrio roto crujiendo bajo los pies.

Cuando llegó la hora, despertó a Theradas. El guerrero salió de la tienda y se levantó ajustándose el manto de piel hasta que lo ciñó con fuerza, después sacó la espada. Miró con fiereza el animado cielo nocturno pero no dijo nada.

Trull se metió en la tienda. Dentro, el aire era húmedo. Se había formado hielo en las paredes de la tienda y había grabado mapas de mundos desconocidos en la tela estirada y encerada. Fuera se oían los pasos regulares de Theradas cuando hacía sus rondas. El sonido siguió a Trull hasta que se quedó dormido.

Los siguieron sueños inconexos. Vio a Mayen, desnuda en el bosque, acomodándose sobre un hombre y luego retorciéndose con ávida lujuria. Se acercó tropezando, intentando ver la cara del hombre, descubrir quién era, y en su lugar se encontró perdido, el bosque ilegible, irreconocible, una sensación que jamás había experimentado y que lo aterró. De rodillas, tembloroso sobre

la marga húmeda, mientras algo más allá se oían los gritos de placer de la mujer, bestiales y rítmicos.

Y el deseo se alzó en él. No por Mayen sino por lo que ella había encontrado en su salvaje liberación; al entregarse al momento, al presente, futuro y pasado carecían de significado. Un momento que no sabía de consecuencias. La avidez de Trull se convirtió en un dolor interior, alojado como la punta de un cuchillo roto en su pecho, cortándole con cada aliento desigual, y en su sueño él también gritó, como si respondiera a la voz de Mayen, y la oyó reír al reconocerlo. Una carcajada que lo invitaba a unirse a su mundo.

Mayen, la desposada de su hermano. Una parte independiente de su mente permanecía fría y objetiva, casi sardónica en esa contemplación de sí mismo. Comprendía la naturaleza de esa red, de esa envidia lateral y sus florecientes apetitos.

Los varones edur eran lentos en esos temas. Por eso los desposorios y el matrimonio se producían al menos una década (con frecuencia dos) después de llegar a la edad adulta. Las mujeres edur se encontraban con sus apetitos femeninos mucho antes. Se susurraba entre los hombres que con frecuencia utilizaban a los esclavos letherii, pero Trull lo dudaba. Parecía… inconcebible.

A su yo independiente le divirtió esa idea, como si despreciara la ingenuidad de Trull.

Despertó muerto de frío, debilitado por las dudas y la confusión y se quedó echado un momento bajo la débil y escasa luz que precedía al alba, contemplando su aliento dibujar jirones en el aire encerrado de la tienda.

Algo lo reconcomía pero pasó un buen rato hasta que se dio cuenta de lo que era. No se oían pasos.

Trull salió arrastrándose de la tienda, tropezó en la nieve y el hielo y se incorporó.

Era el turno de guardia de Rhulad. Cerca de la hoguera muerta, la forma encorvada y envuelta de su hermano, sentada con la cabeza encapuchada inclinada.

Trull se acercó a Rhulad por detrás. Una cólera repentina se apoderó de él al darse cuenta de que su hermano dormía. Levantó la lanza con las dos manos y luego hizo oscilar el extremo con un movimiento brusco que entró en conexión con un lateral de la cabeza de Rhulad. Una crujido ahogado que derribó a su hermano de lado. Rhulad soltó un chillido penetrante cuando cayó despatarrado en la nieve prensada, después rodó de espaldas y buscó su espada.

La punta de lanza de Trull amenazaba la garganta de su hermano.

—¡Te has dormido en plena guardia! —siseó.

—¡De eso nada!

—¡Te he visto dormir! ¡He llegado por detrás!

—¡No me dormí! —Rhulad se puso en pie con esfuerzo, con una mano apoyada en ese lado de la cabeza.

Los otros empezaban a salir de las tiendas. Temor se quedó mirando a Trull y Rhulad por un momento, después se volvió hacia las mochilas.

Trull estaba temblando, aspiraba profundas y gélidas bocanadas de aire. Por un momento le chocó lo desproporcionada que era su cólera, y luego, la magnitud del riesgo lo embargó una vez más.

—Hemos tenido visita —anunció Temor, que se había levantado y examinaba el suelo helado—. No han dejado huellas…

—¿Cómo lo sabes, entonces? —preguntó Rhulad.

—Porque nos ha desaparecido toda la comida, Rhulad. Parece que pasaremos hambre durante un tiempo.

Theradas maldijo y empezó a dibujar un círculo más ancho en busca de una pista.

Estuvieron entre nosotros, los jheck. Podrían habernos matado a todos mientras dormíamos. Todo porque Rhulad es incapaz de entender lo que significa ser guerrero. No había más que decir, y todos lo sabían.

Salvo Rhulad.

—¡No estaba durmiendo! ¡Lo juro! ¡Temor, tienes que creerme, solo me senté un momento para descansar las piernas! ¡No vi a nadie!

—Tras unos párpados cerrados —rezongó Theradas—, no es de extrañar.

—¡Creéis que miento, pero no miento! ¡Estoy diciendo la verdad, lo juro!

—Da igual —dijo Temor—. Ya está hecho. De ahora en adelante doblaremos la guardia.

Rhulad se acercó a Midik.

—Tú me crees, ¿verdad?

Midik Buhn le dio la espalda.

—Ya me costó despertarte para que hicieras la guardia, Rhulad —dijo, su tono era triste y cansado a la vez.

Rhulad se quedó allí, conmocionado, el dolor de lo que veía como una traición claro y profundo en su rostro. Apretó los labios y tensó los músculos de la mandíbula, y se dio la vuelta poco a poco.

Los cabrones estuvieron en nuestro campamento. La fe de Hannan Mosag en nosotros…

—Vamos a desmontar las tiendas —dijo Temor— y ponernos en camino.

Trull se encontró examinando el horizonte en un barrido incesante, su sensación de vulnerabilidad a veces era

abrumadora. Los estaban observando, rastreando. El vacío del paisaje era una mentira, de algún modo. Era posible que hubiera hechicería presente aunque eso no debía, no podía, excusar el fallo de Rhulad.

La confianza había desaparecido y Trull sabía de sobra que el futuro de Rhulad estaría dominado por el esfuerzo de recuperarla. Un simple lapsus y el camino futuro del joven lo aguardaba, enraizado e inevitable. Un viaje privado acosado por la batalla, a cada paso la resistencia de una miríada de dudas, reales e imaginadas, la distinción ya no importaba. Rhulad vería en sus hermanos y amigos una sucesión ininterrumpida de recriminaciones. Cada gesto, cada palabra, cada mirada. Y lo trágico era que no estaría muy lejos de la verdad.

No podía ocultarse de la aldea. Con o sin la vergüenza de los Sengar la historia se sabría, se cantaría con callada alegría entre rivales y maliciosos, y, dada la oportunidad, de esos se podían encontrar muchos. Una mancha que los envolvía a todos, el linaje Sengar al completo.

Continuaron adelante. Hacia el norte, durante todo un día vacío.

A última hora de la tarde, Theradas captó algo más adelante y momentos después los otros también lo vieron. El brillo trémulo del reflejo de la luz del sol, alto, estrecho y anguloso, se alzaba en el yermo plano. Era difícil juzgar su tamaño, pero Trull presintió que la proyección era sustancial y antinatural.

—Este es el lugar —dijo Temor—. Los sueños de Hannan Mosag eran reales. Encontraremos aquí el regalo.

—Entonces pongámonos a la tarea —dijo Theradas y echó a andar otra vez.

El palo fue creciendo poco a poco ante ellos. Aparecieron grietas en la nieve y en el hielo bajo sus pies, la superficie se

iba inclinando hacia arriba cuanto más se acercaban. El fragmento había surgido de las profundidades, producto de un cataclismo, un solevamiento repentino que había lanzado al aire trozos de hielo del tamaño de carretas que después se habían estrellado y resbalado por los lados. Peñascos angulosos de barro, congelados y ribeteados, habían rodado por la nieve y rodeado la zona en un círculo basto.

Unos planos prismáticos atrapaban y partían la luz del sol dentro del palo. El hielo de ese fragmento imponente era puro y claro.

En la base del afloramiento agrietado (todavía a unos treinta pasos o más del palo) el grupo se detuvo. Trull se desprendió del arnés del trineo y Binadas siguió su ejemplo.

—Theradas, Midik, quedaos aquí y vigilad los trineos —dijo Temor—. Trull, saca tu lanza de su portalanzas. Binadas, Rhulad, a los flancos. Vamos.

Treparon por la ladera serpenteando entre masas de hielo y barro.

Un olor nauseabundo a podredumbre y salmuera llenó el aire.

Binadas lanzó un siseo de advertencia.

—El espíritu que Hannan Mosag invocó de las profundidades del océano ha estado aquí, bajo el hielo —dijo después—. Esto es obra suya y la hechicería persiste.

—¿Emurlahn? —preguntó Trull.

—No.

Llegaron a la base del palo. Su contorno superaba el de maderasnegras de mil años de antigüedad. Planos incontables se alzaban en retorcida confusión, una masa de superficies agudas y escarpadas en las que la luz roja del sol poniente fluía densa como la sangre.

Temor señaló.

—Ahí. El regalo.

Fue entonces cuando Trull lo vio. Desdibujada y turbia, la forma emborronada de un mandoble, de empuñadura acampanada, la hoja moteada y con extrañas fracturas, aunque quizá el efecto lo creara el grosor interpuesto del hielo.

—Binadas, teje Emurlahn en la lanza de Trull. Todo lo que puedas, esto va a necesitar muchas, muchas sombras.

Su hermano frunció el ceño.

—¿Necesitar? ¿En qué sentido?

—Romper el hielo las destruirá. Sacar el regalo requiere aniquilación. Y, recuerda, no cojas con la mano desprotegida la empuñadura una vez que el arma quede libre. Y evita que los espectros lo intenten, pues lo intentarán. Con una determinación desesperada.

—¿Qué clase de espada es esta? —susurró Trull.

Temor no respondió.

—Si hacemos pedazos este palo —dijo Binadas tras un momento— todos vosotros deberíais apartaros de mí y de Trull.

—No sufriremos daño alguno —dijo Temor—, la visión de Hannan Mosag fue clara en eso.

—¿Y hasta dónde llegó esa visión, hermano? —preguntó Trull—. ¿Vio nuestro viaje de regreso?

Temor sacudió la cabeza.

—Hasta que la hacemos pedazos, hasta la caída de los últimos fragmentos de hielo. No más allá.

—Me pregunto por qué.

—No es momento para dudar, Trull —dijo Temor.

—¿No lo es? Yo diría que este es el momento exacto para dudar.

Sus hermanos lo miraron.

Trull apartó los ojos.

—Algo va mal.

—¿Has perdido el valor? —soltó Rhulad de repente—. ¿Hemos llegado hasta aquí y ahora se te ocurre expresar tus dudas?

—¿Qué clase de arma es este regalo? ¿Quién la creó? No sabemos nada de lo que estamos a punto de liberar.

—Nuestro rey hechicero nos lo ha ordenado —dijo Temor, su expresión se oscurecía—. ¿Qué quieres que hagamos, Trull?

—No lo sé. —Se volvió hacia Binadas—. ¿No hay modo de arrancarle sus secretos?

—Sabré más, creo, cuando hayamos liberado la espada.

—Entonces empieza, Binadas —rezongó Temor.

Los interrumpió un grito de Theradas.

—¡Un lobo! —exclamó señalando al sur.

La bestia apenas era visible, de pelo blanco contra la nieve, inmóvil a mil pasos o más de distancia, observándolos.

—No pierdas más tiempo —le dijo Temor a Binadas.

Unas sombras empezaron a surgir de donde se encontraba Binadas, manchas azules que reptaban por la nieve y se enroscaban por el astil de la lanza de maderanegra que tenía Trull en las manos, donde parecieron hundirse en la madera satinada. El arma no parecía diferente a través de la gruesa piel de los guanteletes, pero Trull creyó oír algo nuevo, un lamento agudo que parecía reverberar en sus huesos. La sensación era de terror.

—Ya basta —jadeó Binadas.

Trull miró a su hermano y vio la palidez de su rostro, el sudor brillante en la frente.

—¿Se están resistiendo?

Binadas asintió.

—Saben que están a punto de morir.

—¿Cómo pueden morir los espectros? —preguntó Rhulad—. ¿No son ya fantasmas? ¿Los espíritus de nuestros ancestros?

—No de los nuestros —respondió Binadas, pero no explicó más, se limitó a señalar a Trull con un gesto—. Golpea el hielo, hermano.

Trull dudó. Miró por encima del hombro izquierdo y buscó hasta que encontró al lobo lejano. Había bajado la cabeza y empezaba a juntar las patas.

—Hija Atardecer —susurró—, está a punto de cargar. —Más abajo, Theradas y Midik ya estaban preparando las lanzas.

—¡Ahora, Trull!

El bramido de Temor lo sobresaltó y estuvo a punto de dejar caer la lanza. Apretó las mandíbulas, miró el palo otra vez y después estrelló la cabeza de la lanza de hierro contra el hielo.

Cuando el arma se precipitó como un látigo, la visión periférica de Trull captó movimiento por todos lados y unas figuras empezaron a surgir de la nieve en sí.

Entonces el palo estalló en una bruma blanca, cegadora.

Gritos repentinos.

Trull sintió un tirón salvaje en la lanza que tenía en las manos, la maderanegra resonó como el hierro cuando un sinfín de espectros quedaron libres de repente. Sus gritos de muerte le llenaron el cráneo. Tropezó, sujetó mejor la lanza y se esforzó por ver a través de la nube.

Las armas chocaron.

Una cuerna le buscó la cara, cada púa tallada en una punta afilada coronada con cuarcita. Trull se echó hacia atrás, tambaleándose, e interpuso el astil de la lanza en el camino de la cuerna. Y la atrapó. Hizo girar la lanza, le dio la vuelta en la mano y consiguió obligar al atacante a soltar la

cuerna. Esta se alejó girando hacia un lado. Una cuchillada hacia arriba con la lanza y Trull sintió que la hoja de hierro desgarraba cuero y carne, que traqueteaba junto a las costillas antes de liberarse por un momento para entrar en contacto con dureza contra la parte inferior de una mandíbula.

La escena que lo rodeaba era cada vez más visible. Los acosaban unos salvajes, pequeños y bestiales, que vestían cueros de piel blanca y ocultaban sus rostros detrás de máscaras blancas planas. Empuñaban armas hechas de cuernas que parecían garras y lanzas cortas de apuñalamiento con puntas de piedra brillante. Los jheck se arremolinaban por todas partes.

Temor mantenía a tres a raya y tras él se encontraba la espada, recta y libre de hielo, con la punta incrustada en el suelo helado. Parecía que los jheck estaban desesperados por reclamarla.

Trull golpeó al más cercano de los oponentes de Temor, la punta de hierro se clavó con rabia en el cuello del salvaje. Brotó la sangre, que chorreó por el astil de la lanza. Trull arrancó el arma a tiempo de ver que el último de los jheck que tenía Temor delante salía rodando con una puñalada mortal.

Trull se giró en redondo y vio a Binadas caer bajo una masa de jheck. Las sombras envolvieron luego a las figuras retorcidas.

De Rhulad no había ni rastro.

Abajo, Theradas y Midik se habían enfrentado a la carga del lobo y la enorme bestia estaba de lado, ensartada por lanzas, pataleando incluso cuando Theradas se acercó con el alfanje de hoja ancha. Otros dos lobos se estaban acercando, junto a ellos media docena de jheck.

Otra veintena de salvajes estaban subiendo por la ladera.

Trull preparó su arma.

Cerca, Binadas estaba saliendo de un montículo de cadáveres. Estaba empapado en sangre y se dolía del lado derecho.

—Detrás de nosotros, Binadas —ordenó Temor—. Trull, ponte a mi izquierda. Rápido.

—¿Dónde está Rhulad?

Temor sacudió la cabeza.

Cuando Trull se puso a la izquierda de su hermano, examinó los cuerpos tirados en la nieve. Pero eran todos de jheck. Con todo, la idea lo golpeó con tanta dureza como un puñetazo en el pecho. Iban a morir allí. Iban a fracasar.

Los salvajes de la ladera cargaron.

Las cuernas volaron de sus manos, las púas afiladas como dagas destellaron cuando aquellas armas letales empezaron a dar vueltas por el aire.

Trull gritó y se protegió con la espada al tiempo que se agachaba bajo aquel torbellino. Una cuerna pasó volando junto a él y una púa le pellizcó la rodilla derecha. Ahogó un grito de dolor y sintió el repentino chorro de sangre bajo los pantalones ceñidos, pero la pierna sostuvo su peso y no cayó.

Detrás de las armas lanzadas llegaron los jheck a la carrera.

Una docena de latidos a la defensiva y después los guerreros edur encontraron aberturas para contraatacar de forma casi simultánea. Espada y lanza mordieron la carne y dos de los jheck cayeron.

Un chillido detrás de Trull y Temor y los salvajes retrocedieron y luego, al unísono, salieron disparados hacia la derecha… cuando Rhulad saltó entre ellos con la larga espada de empuñadura redonda en las manos.

Una estocada salvaje y la cabeza de un jheck cayó de entre sus hombros, rebotó y rodó por la ladera.

Otro corte, un torrente de sangre.

Tanto Temor como Trull se precipitaron a enfrentarse a los combatientes… al tiempo que unas lanzas cortas se abrieron camino hasta Rhulad desde todas partes. El joven guerrero chilló, la hoja resbaladiza por la sangre vaciló sobre su cabeza. Después se inclinó. Un empujón lo tiró de espaldas con la espada todavía en las manos.

Los jheck circundantes escaparon a toda velocidad y bajaron corriendo la ladera, dejaban caer las armas o las lanzaban al suelo, aterrados de repente.

Resbalando en el hielo, llegó Trull cubierto de sangre, la herida de la pierna olvidada cuando se arrodilló junto a Rhulad.

—Se están retirando —dijo Temor entre jadeos ásperos, después se puso en guardia delante de Trull y Rhulad.

Entumecido, Trull se quitó un guantelete y puso la mano en el cuello de Rhulad para buscar el pulso.

Binadas se acercó tambaleándose y se sentó enfrente de Trull.

—¿Cómo se encuentra, hermano?

Trull levantó la cabeza y se quedó mirando hasta que Binadas alzó los ojos y sus miradas se entrelazaron.

—Rhulad está muerto —dijo Trull, bajó los ojos y vio por primera vez las inmensas heridas que lo habían empalado y que le perforaban el torso, la mancha de sangre ya congelada en las pieles, y olió la orina amarga y las heces acres.

—Theradas y Midik vienen hacia aquí —dijo Temor—. Los jheck han huido. —Después echó a andar y dio la vuelta hacia la parte posterior de la elevación.

Pero eso no tiene sentido. Nos tenían. Había demasiados. Nada de esto tiene sentido. Rhulad. Está muerto. Nuestro hermano está muerto.

Poco tiempo después Temor regresó, se agachó junto a él y estiró una mano con suavidad para… coger la espada. Trull observó las manos de Temor que se cerraban alrededor de las de Rhulad allí donde todavía se aferraban a la empuñadura envuelta en cuero. Observó cuando Temor intentó soltar los dedos muertos.

Y no pudo.

Trull estudió aquella arma aciaga. La hoja era, sin duda, moteada, parecía forjada con hierro pulido y fragmentos negros de un material más duro y vidriado, la superficie de ambos estaba agrietada y era irregular. Las salpicaduras de sangre se estaban congelando por algunos sitios y adquirían un color negro, como una podredumbre que se extendiera a toda velocidad.

Temor intentó liberar la espada de un tirón.

Pero Rhulad no la soltaba.

—Hannan Mosag nos advirtió —dijo Binadas—, ¿no es cierto? No permitáis que vuestra carne toque el regalo.

—Pero está muerto —susurró Trull.

El atardecer caía a toda velocidad a su alrededor, el frío se profundizaba en el aire.

Llegaron Theradas y Midik. Los dos habían sufrido heridas pero ninguna grave. Permanecieron en silencio mientras miraban a Rhulad.

Temor se echó hacia atrás, parecía haber tomado algún tipo de decisión. Se quedó callado un momento más y poco a poco se fue poniendo los guanteletes. Después se irguió.

—Llevadlo, con espada y todo, a los trineos. Envolveremos cuerpo y espada juntos. Liberar el regalo de

las manos de nuestro hermano ahora es cosa de Hannan Mosag.

Nadie más dijo nada.

Temor los estudió a todos y cada uno antes de hablar otra vez.

—Viajamos toda esta noche. Quiero que salgamos de estos yermos en cuanto sea posible. —Bajó la cabeza y miró a Rhulad una vez más—. Nuestro hermano se ha iniciado en la sangre. Murió como un guerrero de los hiroth. El suyo será el funeral de un héroe, un funeral que recordarán todos los hiroth.

En la estela del entumecimiento llegaron… otras cosas. Preguntas. ¿Pero qué sentido tenían? Cualquier respuesta que se pudiera hallar no era mejor que las suposiciones, nacidas de incertidumbres vulnerables a un sinfín de venenos, esa multitud de dudas que todavía acosaban los pensamientos de Trull. ¿Por dónde había desaparecido Rhulad? ¿Qué había pretendido lograr cargando contra aquel grupo de salvajes jheck? Y había entendido bien la prohibición de coger el regalo, pero lo había hecho, no obstante.

Tanto de lo que había pasado parecía carecer… de sentido.

Incluso en su último y extremo acto, Rhulad no responde a la pérdida de confianza bajo la que se movía. No hubo gestos limpios en este enrevesado final. Temor lo había llamado héroe pero Trull sospechaba de los motivos que se ocultaban tras esa afirmación. Un hijo de Tomad Sengar había fallado en sus obligaciones durante una guardia nocturna. Y después había muerto, el sacrificio en sí estropeado por intenciones incomprensibles.

Las preguntas no llevaban a Trull a ninguna parte y se desvanecieron ante una nueva oleada, una oleada que lo ponía enfermo y le retorcía las tripas con espasmos de angustia. Había habido valentía en ese último acto. Aunque solo fuera eso. Una valentía sorprendente, cuando Trull había empezado a sospechar de su hermano Rhulad… otra cosa. *Dudé de él. En todos los sentidos, dudé de él.*

En su corazón susurraba… la culpa, un fantasma y la voz de un fantasma, que crecía monstruosa, con manos con garras que lo iban ciñendo hasta que su alma comenzó a gritar. Un grito penetrante que solo Trull podía oír pero que amenazaba con volverlo loco.

Y durante todo ese tiempo, una sensación más generalizada, un vacío profundo en su interior. La pérdida de un hermano. La cara que nunca más sonreiría, la voz que Trull no volvería a oír de nuevo. No parecía haber fin para las capas de pérdida que se posaban, duras y pesadas, sobre él.

Ayudó a Temor a envolver a Rhulad y la espada en una lona encerada, oía a Midik llorar como si estuviera muy lejos y escuchaba a Binadas hablar mientras vendaba heridas y recurría a Emurlahn para acelerar la sanación. Cuando los pliegues rígidos se cerraron sobre la cara de Rhulad, el aliento de Trull quedó atrapado en un suspiro quebrado, se echó hacia atrás cuando Temor ciñó la lona con correas de cuero.

—Está hecho —murmuró Temor—. No se puede luchar contra la muerte, hermano. Siempre llega, desafiando cualquier escondite, cualquier intento frenético de escapar. La muerte es la sombra de todo mortal, su auténtica sombra y el tiempo es el criado que teje esa sombra poco a poco a nuestro alrededor hasta que lo que se extendía detrás de nosotros comienza a extenderse por delante.

—Lo has llamado héroe.

—Así es, y no era una afirmación vacía. Fue al otro lado de la elevación, que es por lo que no lo vimos, y descubrió a varios jheck buscando la espada mediante subterfugios.

Trull levantó la cabeza.

—Yo también necesitaba respuestas, hermano. Mató a dos a ese lado de la colina, pero perdió su arma al hacerlo. Llegaban otros, imagino, así que Rhulad debió de llegar a la conclusión de que no tenía alternativa. Los jheck querían la espada. Tendrían que matarlo para cogerla. Trull, está hecho. Murió, iniciado en la sangre y valiente. Yo mismo encontré los cadáveres detrás de la elevación, antes de regresar contigo y con Binadas.

Todas mis dudas... los venenos de la sospecha en todos sus nauseabundos sabores, que la hija Atardecer me lleve, pero cuánto he bebido.

—Trull, te necesitamos a ti y tus habilidades con esa lanza tras nosotros —dijo Temor—. Tanto a Binadas como a Rhulad habrá que llevarlos en los trineos y para eso nos necesitarán a Theradas y a mí. Midik se pone en cabeza.

Trull parpadeó, confuso.

—¿Binadas no puede caminar?

—Tiene la cadera rota y no le quedan fuerzas para sanarla.

Trull se irguió.

—¿Crees que nos perseguirán?

—Sí —dijo Temor.

Comenzó su huida. La oscuridad los envolvió y empezó a soplar el viento, que levantaba la nieve fina hasta que el cielo mismo se tiñó de blanco grisáceo y empezó a bajar. La temperatura descendió todavía más, como si su intención

fuera cruel, hasta que incluso las pieles que vestían empezaron a fallarles.

Apoyándose menos en la pierna herida, Trull corría veinte pasos tras los trineos, apenas visibles a través de la nieve azotada por el viento. La lanza escarchada de sangre la llevaba cogida, un detalle que confirmaba cada pocos momentos porque los dedos se le habían entumecido, pero eso no hacía mucho por animarlo. El enemigo bien podría estar a su alrededor, justo detrás del alcance de su visión, avanzando sin ruido entre la oscuridad a solo unos momentos de precipitarse sobre él.

No tendría tiempo para reaccionar y fuera cual fuera el grito de advertencia que consiguiera emitir, se lo arrancaría el viento, y sus compañeros no oirían nada. Tampoco regresarían a buscar su cuerpo. Había que entregar el regalo.

Trull siguió corriendo, examinando el terreno de forma incesante a uno y otro lado, de vez en cuando se giraba para mirar atrás y no veía nada salvo un blanco borroso. La punzada rítmica de dolor en la rodilla atravesaba una lasitud creciente y letal, el agotamiento se filtraba, ralentizaba sus temblores bajo las pieles y arrastraba sus miembros.

La llegada del amanecer la anunció una rendición reticente y gris de la oscuridad que todo lo invadía, no hubo interrupción en el ataque de la ventisca ni subió la temperatura. Trull había renunciado a su vigilia. Se limitaba a seguir corriendo, un pie delante del otro, los mocasines cubiertos de hielo eran todo su panorama. Las manos se le habían ido calentando de forma extraña bajo los guanteletes, un calor remoto que se encharcaba por algún sitio más allá de las muñecas. Algo en eso lo perturbó de forma vaga.

El hambre se había desvanecido, al igual que el dolor de la rodilla.

Una inquietud y un cosquilleo, Trull levantó la cabeza.

Los trineos no se veían por ninguna parte. Aspiró una bocanada de aire cortante, ralentizó sus pasos y parpadeó en un esfuerzo por ver a través de los cristales de hielo de las pestañas. La luz apagada del día se desvanecía. Había corrido el día entero, un movimiento mecánico como la rueda de un molino, y otra noche se acercaba a toda prisa. Y estaba perdido.

Trull dejó caer la lanza. Gritó de dolor cuando agitó los brazos para intentar bombear más sangre en los músculos fríos y rígidos. Apretó los puños dentro de los guanteletes y le horrorizó ver que casi no era capaz de hacer algo tan sencillo. La calidez fue aumentando y luego sintió que ardía, se abrasaba como si tuviera los dedos en llamas. Luchó contra la agonía, se golpeó los muslos con los puños y los flexionó contra las oleadas de calor ardiente.

Estaba rodeado de blanco, como si hubieran restregado el mundo físico, como si la nieve y el viento lo hubieran erosionado y echado al olvido. El terror susurraba en su mente, pues presentía que no estaba solo.

Trull recuperó la lanza. Estudió la nieve que soplaba por todos lados. Una dirección parecía un poco más oscura que las demás, por el este, y decidió que había estado corriendo hacia el oeste. Había seguido el sol invisible. Así que tenía que girar hacia el sur.

Hasta que sus perseguidores se cansaran del juego.

Emprendió la marcha.

Cien pasos y miró atrás, y vio dos lobos que surgían entre la nieve tormentosa. Trull se detuvo y dio media vuelta. Las bestias se desvanecieron una vez más.

Con el corazón golpeándolo en el pecho, Trull sacó la espada larga y clavó la punta en la nieve prensada. Después volvió sobre sus pasos en seis zancadas y preparó la lanza.

Volvieron de nuevo, esta vez a la carga.

Tuvo tiempo de plantar la lanza e hincar una rodilla antes de tener a la primera bestia sobre él. El astil de la lanza se combó cuando la punta de hierro se clavó en el centro justo del esternón del lobo. Hueso y maderanegra se hicieron pedazos a la vez, luego fue como si un peñasco se estrellara contra Trull y lo lanzara por los aires. Aterrizó sobre el hombro izquierdo, resbaló y rodó entre una rociada de nieve. Mientras rodaba se vio el antebrazo izquierdo, la sangre brotaba de las astillas negras que sobresalían de él. Después se detuvo y se levantó junto a la espada larga.

Trull la soltó de un tirón, se levantó a medias y se giró.

Una masa de pelo blanco y mandíbulas de encías negras muy estiradas.

Con un bramido, Trull lanzó una estocada horizontal con la espada y cayó en la estela del movimiento desesperado.

Un borde de hierro cortó huesos, una serie y luego otra.

El lobo cayó sobre él, las patas delanteras partidas por la mitad, ensangrentadas.

Unos dientes se cerraron sobre la hoja de su espada en un frenesí de mordiscos.

Trull se liberó con un par de patadas y arrancó su espada de las fauces del lobo. Sangre que caía, una masa de lengua que se desplomaba sobre el hielo crujiente delante de él, el músculo retorciéndose como un ente todavía vivo. El guerrero se fue levantando y después se lanzó contra la bestia que se debatía. Y le clavó la punta de la espada en el cuello.

El lobo tosió, pataleaba como si quisiera escapar, después se derrumbó, inmóvil, sobre la nieve roja.

Trull se echó hacia atrás. Vio a la primera bestia, tirada allí donde la lanza le había arrebatado la vida antes de romperse. Tras él se encontraban tres cazadores jheck, que volvieron a fundirse con la blancura.

La sangre chorreaba por el antebrazo izquierdo de Trull y se acumulaba en su guantelete. Levantó el brazo y se lo pegó al estómago. Tendría que esperar para quitarse las astillas. Dejó la espada en el suelo entre jadeos y metió el antebrazo izquierdo en el arnés de la lanza. Después recuperó la espada y se puso en marcha otra vez.

Olvido y nada por todas partes. La nada en la que podían florecer las pesadillas, repentinas y sin impedimentos, precipitándose hacia él tan rápido como su aterrorizada mente podía conjurarlas y darles ser, una tras otra, la sucesión interminable, hasta que la muerte se lo llevara, hasta que la blancura se deslizara tras sus ojos.

Siguió avanzando a trompicones, se preguntaba si la lucha había ocurrido de verdad, sin querer bajar la mirada para confirmar las heridas que tenía en el brazo; temía no ver nada. No podía haber matado a dos lobos. No podía haber elegido sin más una dirección en lugar de la otra para encontrarse con que recibía la carga de cabeza. No podía haber clavado su espada en el suelo al número preciso de pasos tras él, como si hubiera sabido hasta donde lo iba a arrojar el impacto. No, había conjurado la batalla entera en su imaginación. Ninguna otra explicación tenía sentido.

Así que bajó la mirada.

Una masa de astillas sobresalían como espinas torcidas de su antebrazo. Una espada ennegrecida en la mano derecha, mechones de pelo blanco presos en la sangre coagulada cerca de la empuñadura. La lanza había desaparecido.

Tengo fiebre. La voluntad de mis pensamientos se ha filtrado por mis ojos y retuerce la verdad de todo lo que veo. Hasta el dolor en el hombro no es más que una ilusión.

Una oleada de pasos precipitados tras él.

Con un rugido, Trull se giró en redondo con un siseo de la espada.

La hoja se clavó en el costado de la cabeza de un salvaje, justo por encima de la oreja. El hueso se combó y la sangre brotó del ojo y el oído de ese lado. La figura se derrumbó.

Otra llegó disparada por abajo, por su derecha. Trull dio un salto atrás y la detuvo con una estocada. Observó, el movimiento parecía espantosamente lento, mientras el jheck giró la lanza corta para esquivar la espada. Trull estuvo atento cuando la espada se deslizó bajo el bloqueo y luego se estiró una vez más para deslizarse con la punta por delante por debajo de la clavícula izquierda del hombre.

Un tercer atacante por la izquierda intentaba clavar la punta de una lanza en los ojos de Trull. Este se inclinó hacia atrás y después dibujó un círculo completo, giró sobre el pie derecho y rebanó con el filo de la espada la garganta del salvaje. Un diluvio rojo cayó por el cuello del jheck.

Trull completó el giro y reanudó su carrera, la nieve hacía que le escociesen los ojos.

Nada salvo pesadillas.

Estaba echado, inmóvil, la nieve lo iba cubriendo poco a poco mientras su mente seguía corriendo, huyendo de esa mentira, de ese mundo vacío que no estaba vacío, de esa blancura gruesa que estallaba en movimiento y color una y otra vez.

Atacantes que salían de entre la oscuridad y la nieve densa. Momentos de lucha frenética, chispas, el siseo del hierro y el mordisco de la madera y la piedra. Una sucesión de emboscadas que parecían no tener fin y que

convencieron a Trull que estaba viviendo de verdad una pesadilla que se plegaba sobre sí misma sin fin. Cada vez los jheck aparecían de tres en tres, nunca más, y el guerrero hiroth empezó a creer que eran los mismos tres, que morían solo para volver a levantarse y así continuarían, hasta que al fin lo lograran, hasta que lo mataran.

Pero él siguió luchando, dejando sangre y cuerpos a su paso.

Corría y la nieve crujía bajo sus pies.

Y entonces el viento amainó, repentino como un aliento agotado.

Trozos de suelo oscuro más adelante. Una barrera invisible que estalló de repente, el fulgor chillón de un sol que se ponía a su derecha, el flujo lánguido de aire fresco y húmedo, el olor a barro.

Y gritos. Figuras a su izquierda, a medio millar de pasos de distancia. Hermanos de la hoguera, los muertos que daban la bienvenida a su llegada.

Con el corazón henchido de alegría, Trull se tambaleó hacia ellos. Así pues, no iba a ser un fantasma vagando por siempre solo. Habría parientes a su lado. Temor y Binadas. Y Rhulad.

Midik Buhn y Theradas, que se precipitaban hacia él.

Hermanos, todos ellos. Mis hermanos…

La luz del sol vaciló, rieló como agua y después la oscuridad se alzó para devorarlo como una inundación.

Los trineos permanecían a un lado con los esquís enterrados en el barro. Sobre uno había una figura envuelta alrededor de la cual habían colocado planchas irregulares de hielo que habían atado al cuerpo. Binadas estaba echado en

el otro trineo, con los ojos cerrados y en la cara profundas arrugas de dolor.

Trull se incorporó con lentitud, se sentía mareado y extrañamente torpe. Se le cayeron las pieles que llevaba encima cuando se puso en pie y se irguió, vacilante; después miró aturdido a su alrededor. Al oeste rielaba un lago, gris y plano bajo el cielo encapotado. La suave brisa era cálida y húmeda.

Alguien había encendido un fuego y sobre él había un espetón con una liebre flaca de la que se ocupaba Midik Buhn. A un lado se encontraban Temor y Theradas, mirando los lejanos campos de hielo que quedaban al este y hablando en voz baja.

El olor a carne asada atrajo a Trull al fuego. Midik Buhn levantó la cabeza y después apartó la mirada de inmediato, como si se avergonzara de algo.

A Trull los dedos le picaban muchísimo y los levantó para verlos. Su piel estaba roja y parcialmente despellejada, pero al menos no los había perdido debido al frío. De hecho, parecía ileso, aunque la armadura de cuero estaba partida y llena de cortes en el pecho y los hombros y se fijó que el forro acolchado tenía cuchilladas, por algunos sitios estaba manchado de rojo oscuro y debajo notaba el escozor de heridas poco profundas en el cuerpo.

No había sido una pesadilla entonces, ese sinfín de ataques. Quiso coger la espada y se dio cuenta de que no llevaba puesta la vaina del cinturón. Un momento después distinguió su arma apoyada en una mochila. Apenas era reconocible. La hoja estaba retorcida y el filo tan romo que la espada se había convertido en poco más que un palo.

Pisadas, Trull se giró.

Temor le posó una mano en el hombro.

—Trull Sengar, no esperábamos verte otra vez. Alejar a los jheck de nuestro camino fue una táctica osada y nos salvó la vida. —Señaló con un gesto la espada—. Tu arma cuenta la historia. ¿Sabes a cuántos derrotaste?

Trull negó con la cabeza.

—No, Temor. No los alejé de forma intencionada de vosotros. Me perdí en la tormenta.

Su hermano sonrió y no dijo nada.

Trull miró a Theradas.

—Me perdí, Theradas Buhn.

—No importa —respondió Theradas con un gruñido.

—Creía que estaba muerto. —Trull apartó la mirada y se frotó la cara—. Os vi y pensé que me estaba reuniendo con vosotros en la muerte. Esperaba… —Sacudió la cabeza—. Rhulad…

—Era un auténtico guerrero, Trull —dijo Temor—. Está hecho y ahora debemos continuar adelante. Hay arapay en camino. Binadas consiguió despertar a sus chamanes y alertarlos de nuestros apuros. Ellos acelerarán nuestro regreso a casa.

Trull asintió, distraído. Se quedó mirando el lejano campo de hielo. Recordó la sensación y el sonido bajo sus mocasines, el estallido del viento, el frío enervante. Los aterradores jheck, cazadores silenciosos que reclamaban como propio un mundo helado. Querían la espada. ¿Por qué?

¿Cuántos jheck podían mantener esos campos de hielo? ¿A cuántos habían matado ellos? ¿Cuántas esposas e hijos quedaban para llorar sus muertes? ¿Para morirse de hambre?

Deberíamos haber sido quinientos. Entonces nos habrían dejado en paz.

—¡Por allí!

Al grito de Midik, Trull se dio la vuelta y después miró en la dirección que señalaba Midik. Hacia el norte, donde una docena de bestias enormes se acercaban a grandes zancadas, bajaban del hielo, con cuatro patas y cubiertas de pelo marrón, cada una lucía colmillos largos y curvos a ambos lados de un morro grueso y sinuoso.

Pesadas, majestuosas, las enormes criaturas se dirigían al lago.

Este no es nuestro mundo.

Una espada esperaba entre las manos inflexibles de un cadáver, envuelta en una tela encerada, inmovilizada por el hielo. Un arma familiarizada con el abrazo implacable del frío. No era su sitio las manos de Hannan Mosag.

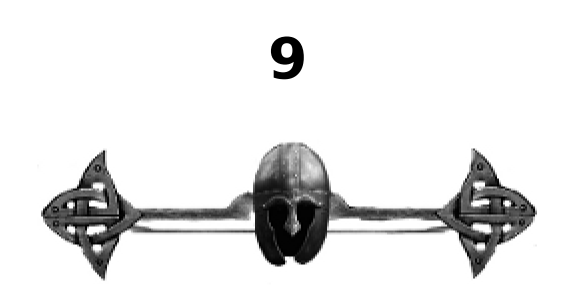
A menos que el rey hechicero hubiera cambiado.

Y quizá lo haya hecho.

—Ven a comer, Trull Sengar —lo llamó su hermano a su espalda.

Que las Hermanas tengan misericordia de nosotros por la forma que tenemos de continuar, siempre adelante. Ojalá hubiéramos muerto todos ahí atrás, en el hielo. Ojalá hubiéramos fracasado.

9



Puede que estés escrito de este modo,
hilado en hebras, cosido en hilo,
sangre entretejida al niño que otrora fuiste,
acurrucado en el redil de la noche
y los demonios detrás de la esquina.
De tu ojo bajan a chorro
una ráfaga de miembros arácnidos
que se retuercen y te tiran de súbito
para alimentarse más tarde.
Puede que estés escrito de este modo,
azotado sin sentido en un lado del camino,
atacado en el sendero oscuro,
y los recuerdos detrás de la esquina.
De tu ojo maman en el barro
horrendos fluidos que se filtran
por improbables pasados
y todo lo que podría haber sido.
Estarías escrito de este modo
si pudieras agrietar el cadáver
y desplegar una vez más
el niño que otrora fuiste.

Atacado
Iracundo Urut

Había rodado por la playa, desnudo y gris, el joven yacía inmóvil en la arena. El largo cabello castaño estaba enmarañado, enredado con ramitas y briznas de algas. Unos pájaros con escamas brincaban alrededor del cuerpo, los picos serrados se abrían al calor de la mañana.

Cuando llegó Asimismo se dispersaron por el aire con un aleteo. Luego, cuando tres nachts negros bajaron saltando por la ladera, los pájaros chillaron y se alejaron sobre las olas dibujando un remolino.

Asimismo se agachó junto a la figura y la estudió por un momento, después estiró el brazo e hizo rodar el cuerpo de espaldas.

—Despierta, muchacho.

Los ojos se abrieron de golpe, llenos súbitamente de terror y dolor. La boca abierta, el cuello estirado y unos gritos penetrantes se alzaron en el aire. El joven sufrió una convulsión, las piernas se debatieron en la arena y se arañó el cráneo.

Asimismo se echó hacia atrás, todavía en cuclillas y esperó.

Los gritos se fueron haciendo roncos y los sustituyeron los gemidos. Las convulsiones disminuyeron, transformadas en oleadas de temblores a medida que el joven se iba encogiendo poco a poco en la arena.

—Cada vez es más fácil, esperemos —murmuró Asimismo.

La cabeza giró en redondo, grande, ojos húmedos clavados en los de Asimismo.

—Qué… dónde…

—Las dos preguntas que menos capacitado estoy para responder, muchacho. Vamos a intentarlo con unas más sencillas. Me llamo Asimismo, en otro tiempo de la Tercera

Ciudad Meckros. Estás aquí, donde sea, porque es la voluntad de mi amo. —Se levantó con un gruñido—. ¿Puedes ponerte de pie? Te espera tierra adentro, no está lejos.

Los ojos se desviaron y se centraron en los tres nachts que había al borde de la ladera.

—¿Qué son esas cosas? ¿Qué hace ese?

—Bhok'arala. Nachts. Llámalos como quieras. Como he hecho yo. El que hace el nido es Pule, un macho joven. Este nido en concreto le ha llevado casi una semana, mira cómo se obsesiona con él, coloca las ramitas así, teje las algas, lo rodea una y otra vez con ojo crítico. El macho algo mayor, el que está allí y que observa a Pule, es Corteza. Está a punto de morirse de risa, ya lo verás. La hembra que se acicala en la roca es Mape. Has llegado en un momento propicio, muchacho. Observa.

El constructor de nidos, Pule, había empezado a apartarse de la intrincada construcción de la ladera, la cola negra daba rápidas pasadas de un lado a otro y mecía la cabeza. A quince pasos del nido, la criatura se sentó de repente con los brazos cruzados y pareció estudiar el cielo incoloro.

La hembra, Mape, dejó de acicalarse, hizo una pequeña pausa y después se acercó sin prisa y con gesto despreocupado al nido.

Pule se puso tenso, al mismo tiempo luchaba de forma visible por no apartar la mirada del cielo.

Al llegar al nido, Mape dudó, después atacó. Madera, hierbas y ramitas volaron en todas direcciones. En unos momentos el nido había quedado destruido en un frenesí salvaje y Mape se había agachado entre los restos y se había puesto a orinar.

Cerca, Corteza rodaba por la playa muerto de risa.

Pule se desplomó, abatido.

—Ha pasado lo mismo más veces de las que me pondría a contar —dijo Asimismo con un suspiro.

—¿Cómo es que hablas mi idioma?

—Tenía cierta idea, por los comerciantes. Al parecer mi amo lo ha mejorado. Uno don, se podría decir, uno más de unos cuantos dones, ninguno de los cuales yo pedí. Sospecho —continuó— que tú terminarás por tener sentimientos parecidos, muchacho. Deberíamos ponernos en marcha. —Asimismo observó al joven que se ponía en pie con cierto esfuerzo—. Alto —comentó—, pero los he visto más altos.

El dolor inundó los rasgos del joven una vez más y se dobló. Asimismo se acercó y lo sostuvo antes de que se desplomara.

—Es dolor fantasma, muchacho. Dolor fantasma y miedo fantasma. Lucha contra él.

—¡No! ¡Es real! ¡Es real, cabrón!

Asimismo se tensó cuando todo el peso del joven se apoyó en sus brazos.

—Ya está bien. ¡Levántate!

—¡No sirve de nada! ¡Me estoy muriendo!

—¡De pie, maldita sea!

Una sacudida brusca y Asimismo lo apartó de un empujón.

El joven se tambaleó y después se fue irguiendo despacio, respirando hondo y con bocanadas entrecortadas. Empezó a temblar.

—Hace tanto frío.

—Por el aliento del Embozado, muchacho, hace un calor abrasador. Y con cada día hace más calor aún.

Con los brazos rodeándose el cuerpo, el joven contempló a Asimismo.

—¿Cuánto tiempo hace que… que vives aquí?

—Más de lo que me gustaría. Algunas decisiones no las tomas tú. Ni tú, ni yo. Bueno, nuestro amo está perdiendo la paciencia. Sígueme.

El joven fue tras él a trompicones.

—Has dicho «nuestro».

—¿Lo he dicho?

—¿Dónde está mi ropa? ¿Dónde está…? No, da igual, duele recordar. No importa.

Llegaron a la ladera, las hierbas marchitas les tiraban de las piernas al abrirse camino hacia el interior. Los nachts se unieron a ellos, subían y saltaban, ululaban y resoplaban sin perder el paso.

Doscientos pasos más allá había plantada una tienda andrajosa, la lona blanqueada por el sol y llena de manchas. Jirones de humo de un color marrón grisáceo se colaban por la amplia entrada, donde buena parte de un lado se había retirado para revelar el interior.

Dentro se sentaba una figura encapuchada.

—¿Es ese? —preguntó el joven—. ¿Ese es tu amo? ¿Eres esclavo, entonces?

—Sirvo —respondió Asimismo—, pero no soy de su propiedad.

—¿Quién es?

Asimismo miró atrás.

—Es un dios. —Notó la incredulidad escrita en la cara del muchacho y sonrió con ironía—. Que ha visto días mejores.

Los nachts se detuvieron y se acurrucaron en un trío.

Unas últimas zancadas para cruzar el terreno atrofiado y después Asimismo se hizo a un lado.

—Lo encontré en la playa —le dijo a la figura sentada— momentos antes de que lo hicieran las gaviotas lagarto.

La oscuridad ocultaba los rasgos del dios Tullido, como siempre cuando convocaban a Asimismo a una audiencia. El

humo del brasero llenaba la tienda y se filtraba al exterior para correr con la suave brisa. Una mano delgada y nudosa surgió entre los pliegues de una manga cuando el dios hizo un gesto.

—Más cerca —dijo con voz ronca—. Siéntate.

—Tú no eres mi dios —dijo el joven.

—Siéntate. No soy mezquino ni demasiado sensible, joven guerrero.

Asimismo vio que el muchacho dudaba y después se sentaba con lentitud en el suelo, con las piernas cruzadas y envolviéndose con los brazos el cuerpo tembloroso.

—Hace frío.

—Unas pieles para nuestro invitado, Asimismo.

—¿Pieles? No tenemos ninguna… —Se detuvo cuando vio el fardo de la piel de oso amontonado junto a él. Lo cogió y lo puso en las manos del muchacho.

El dios Tullido esparció unas semillas sobre los carbones del brasero. Unos pequeños estallidos y después más humo.

—Paz. Caliéntate, guerrero, mientras te hablo de la paz. La historia es infalible e incluso al mortal menos observador se le puede hacer entender por medio de innumerables repeticiones. ¿Ves la paz como poco más que la ausencia de guerra? Quizá, a un nivel superficial, solo sea eso. Pero permíteme describir las características de la paz, mi joven amigo.

»Un entumecimiento generalizado de los sentidos, una decadencia que aflige a la cultura, evidenciada por una obsesión creciente con entretenimientos inferiores. Las virtudes de los extremos, el honor, la lealtad, el sacrificio, se elevan como iconos de pacotilla, moneda de cambio para los trabajos más baratos. Cuanto más dura la paz, más se utilizan esas palabras y más débiles se hacen. El sentimentalismo impregna la vida diaria. Todo se convierte

en una burla de sí mismo y el espíritu empieza a… agitarse. —El dios Tullido hizo una pausa, le costaba respirar—. ¿Es lo dicho de un pesimismo singular? Permíteme continuar con una descripción de lo que sigue a un periodo de paz. Viejos guerreros que se sientan en las tabernas contando historias de juventud vigorosa, el pasado, cuando todo era más simple y estaba más claro. No son ciegos a la decadencia que los rodea, no son inmunes a la falta de respeto por ellos, por todo lo que dieron por su rey, su tierra, sus conciudadanos.

»No se debe abandonar a los jóvenes al olvido. Siempre hay enemigos más allá de las fronteras, y si no existiera ninguno, entonces hay que crearlo. Viejos crímenes extraídos de la tierra indiferente. Desaires e insultos declarados o rumores sobre ellos. Una amenaza percibida de repente donde no existía ninguna. Las razones poco importan, lo que importa es que la guerra se crea a partir de la paz y una vez que comienza el viaje, nace un impulso irresistible.

»Los viejos guerreros están satisfechos. A los jóvenes los inunda un celo ardoroso. El rey teme pero hay un alivio de las presiones domésticas. El ejército saca el aceite y la piedra de amolar. Las forjas estallan con hierro fundido, los yunques resuenan como campanas de un templo. Los vendedores de grano, los armeros, los vendedores de telas y de caballos, y un sinfín de abastecedores más sonríen de placer ante la riqueza que les espera. Una nueva energía se ha apoderado del reino, y a esas pocas voces que se alzan para poner objeciones se las silencia de inmediato. Las acusaciones de traición y las ejecuciones sumarias pronto persuaden a los que dudan.

El dios Tullido abrió las manos.

»La paz, mi joven guerrero, nace del alivio, se soporta en el agotamiento y muere con falsos recuerdos. ¿Falsos? Ah, quizá sea demasiado cínico. Demasiado viejo, he visto demasiado. ¿Existen de verdad el honor, la lealtad y el sacrificio? ¿Virtudes que nacen solo de los extremos? ¿Qué las transforma en palabras vacías, palabras despojadas por el uso excesivo? ¿Cuáles son las reglas de la economía del espíritu, que la civilización retuerce y burla de forma repetida?

Hizo un pequeño cambio de postura y Asimismo sintió la mirada del dios.

»Asimismo de la Tercera Ciudad. Tú has luchado en guerras. Has forjado armas. Has visto lealtad y honor. Has visto valor y sacrificio. ¿Qué dices tú a todo esto?

—Nada —respondió Asimismo.

Una carcajada y una tos seca.

—¿Temes enfadarme, es eso? No hay necesidad. Te doy permiso para que digas lo que piensas.

—He ido a más de una taberna y de dos —dijo Asimismo—, en compañía de otros veteranos. Una compañía selecta, quizá, una compañía a la que el sentimentalismo no había cegado tanto como para crear nostalgia a partir de tiempos de horror y terror. ¿Alargamos esos días de nuestra juventud? No. ¿Hablábamos de la guerra? No si podíamos evitarlo y nos esforzábamos mucho por evitarlo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque los rostros regresan. Tan jóvenes, uno tras otro. Un destello de vida, una eternidad de muerte, ahí en nuestras mentes. Porque de la lealtad no se debe hablar y el honor hay que soportarlo. Mientras que al coraje hay que sobrevivirlo. Esas virtudes, Encadenado, pertenecen al silencio.

—Desde luego —asintió el dios con voz ronca mientras se inclinaba hacia delante—. ¡Pero cómo proliferan en la paz! Se jactan de ellas una y otra vez, como si un pronunciamiento solemne concediera esas mismas cualidades al orador. ¿No te duele cada vez que las oyes? ¿No se retuercen en tus tripas, no se apoderan de tu garganta? No sientes una rabia creciente…

—Sí —rezongó Asimismo—, cuando oigo que las usan para movilizar una vez más a un pueblo para que vaya a la guerra.

El dios Tullido se quedó callado un momento, después se echó hacia atrás y descartó las palabras de Asimismo con un gesto descuidado de la mano. Clavó su atención en el joven guerrero.

—He hablado de la paz como anatema. Un veneno que debilita el espíritu. Dime, guerrero, ¿has derramado sangre?

El joven se encogió bajo las pieles. Temblores de dolor le cruzaron la cara. Después, miedo.

—¿Derramar sangre? He, derramado, tanta… por todas partes. No… no puedo… oh, que las Hijas me lleven…

—Oh, no —siseó el dios Tullido—, las Hijas no. Yo te he llevado. Te he elegido. ¡Y lo he hecho porque tu rey me traicionó! Tu rey ansiaba el poder que yo le ofrecía, pero no para conquistar. No, él solo quería hacer que él y su pueblo fueran inexpugnables. —Unos dedos deformados se apretaron en dos puños—. ¡No es suficiente!

El dios Tullido pareció sufrir un espasmo bajo las mantas raídas y después sufrió un ataque de tos seca.

Un rato después las toses amainaron. Más semillas en los carbones, el humo agitado.

—Te he elegido a ti, Rhulad Sengar, para darte mi regalo. ¿Lo recuerdas?

Estremecida, con los labios de un extraño color azul, la cara del joven guerrero pasó por una serie de expresiones tensas que terminaron en miedo. Asintió.

—Estoy muerto.

—Bueno —murmuró el dios Tullido—, todo regalo tiene un precio. Hay poderes enterrados en esa espada, Rhulad Sengar. Poderes inimaginables. Pero no se entregan con facilidad. Hay que pagar por ellos. En combate. Con la muerte. No, debería ser más preciso. Con tu muerte, Rhulad Sengar.

Un gesto y la espada moteada estaba en la mano del dios Tullido. El dios la tiró delante del joven guerrero.

—Tu primera muerte ya ha ocurrido, y, como consecuencia, tus habilidades, tus poderes, se han incrementado. Pero eso es solo el comienzo. Coge tu arma, Rhulad Sengar. ¿Tu próxima muerte te resultará más llevadera? Es probable que no. Con el tiempo, quizá…

Asimismo estudió el horror en el rostro del joven guerrero y vio bajo él el brillo de… la ambición.

Por el Embozado, no te des la vuelta.

Un momento largo e inmóvil durante el que Asimismo vio la ambición que crecía como llamas tras los ojos del tiste edur.

Ah. El dios Tullido ha elegido bien. Y no lo niegues, Asimismo, tú también tienes la mano metida, hundida en todo. Hasta el fondo.

El humo soltó una ráfaga y después giró, por un momento cegó a Asimismo cuando Rhulad Sengar estiró el brazo para coger la espada.

¿La misericordia de un dios? No le convencía del todo.

En cuatro días llegaría la delegación letherii. Habían pasado dos noches desde que el rey hechicero llamara a Seren, Casco y Buruk el Pálido a audiencia en el festín. Buruk estaba animado, una novedad que no había sorprendido a Seren Pedac. Los mercaderes cuyos intereses estaban templados por la sabiduría por lo general preferían el largo plazo a las empresas especulativas. Siempre había buitres del comercio que ansiaban los conflictos y con frecuencia se beneficiaban de tales discordias, pero Buruk el Pálido no era uno de ellos.

Al contrario de los deseos de los que permanecían en Letheras y habían reclutado a Buruk, el mercader no quería la guerra. Y por tanto, con la insinuación de Hannan Mosag que los edur buscaban la paz, el tumulto del alma de Buruk se había apaciguado. Le habían quitado el problema de las manos.

Si el rey hechicero quería paz, el combate estaba servido. Pero la confianza de Seren Pedac en Hannan Mosag había crecido. El líder edur poseía astucia y resistencia. No habría manipulación en el tratado, ni traiciones entretejidas en la tela de pronunciamientos generosos.

A Seren le habían quitado un peso de encima, mitigado solo por Casco Beddict. Este había terminado por comprender que sus deseos no se harían realidad. Al menos no los haría Hannan Mosag. Si quería esa guerra, por necesidad tendría que provenir de los letherii. Y en ese caso, si quería seguir ese camino, tendría que revertir su lealtad aparente. Ya no estaría del lado de los tiste edur, sino adherido a al menos un elemento de la delegación letherii, una facción caracterizada por la traición y la codicia implacable.

Casco había abandonado la aldea y se encontraba en algún lugar del bosque. Seren sabía que regresaría para la reunión del tratado pero seguramente no antes. No le envidiaba el dilema que lo acuciaba.

Con energía renovada, Buruk el Pálido decidió emprender la tarea de vender su hierro y para ello se le requería que lo acompañase un corifeo. Tres nerek los seguían cuando subían hacia las forjas, cada uno con un lingote.

Había estado lloviendo sin parar desde el festín en la casona del rey hechicero. El agua corría en arroyos hinchados por las calles de piedra. Nubes acres flotaban bajas en las inmediaciones de las forjas y cubrían la madera y las paredes de piedra de un hollín oleaginoso. Los esclavos, envueltos en pesadas capas impermeables, se movían de un lado a otro por pasadizos estrechos entre las paredes del complejo.

Seren llevó a Buruk y sus sirvientes hacia un edificio achaparrado de piedra con unas ventanas altas y alargadas, la entrada estaba a tres escalones del suelo y la flanqueaban columnas de maderanegra talladas a imitación de cobre batido, con sus remaches y muescas. La puerta era de maderanegra taraceada con plata y hierro negro, los dibujos eran una escritura arcaica y estilizada que Seren sospechaba que contenía guardas forjadas por sombras.

Se volvió hacia Buruk.

—Tengo que entrar sola para empezar con…

La puerta la sobresaltó al abrirse de golpe y salieron a toda prisa tres edur que la apartaron de un empujón. Se quedó mirándolos y preguntándose por la tensión de sus expresiones. La invadió un aleteo de miedo.

—Que regresen los nerek —le dijo a Buruk—. Ha ocurrido algo.

El mercader no discutió. Hizo un gesto y los tres nerek se alejaron corriendo.

En lugar de entrar en la casa del gremio, Seren y Buruk se dirigieron a la calle del centro y vieron que salían más edur de los edificios y callejones y flanqueaban el acceso al barrio noble. Nadie hablaba.

—¿Qué sucede, corifeo?

La mujer sacudió la cabeza.

—Aquí estamos bien.

Tenían una vista despejada de la calle, doscientos pasos o más; a lo lejos había aparecido una procesión. Seren contó cinco guerreros edur, uno empleaba un bastón e iba cojeando. Otros dos tiraban de un par de trineos por las piedras lisas de la calle. Un cuarto caminaba un poco por delante de los otros.

—¿No es ese Binadas Sengar? —preguntó Buruk—. Me refiero al del palo.

Seren asintió. El hombre parecía sufrir mucho, agotado por capas sucesivas de sanación hechicera. El guerrero que iba en cabeza era obvio que era pariente de Binadas. Así pues, ese era el regreso del grupo que Hannan Mosag había enviado lejos.

Y entonces la vio, atada a uno de los trineos, una forma envuelta, pieles sobre trozos de hielo que chorreaban por los lados. Una forma más que ominosa. Inconfundible.

—Llevan un cuerpo —susurró Buruk.

¿Adónde fueron? Esos fardos de pieles… al norte, entonces. Pero ahí arriba no hay nada, nada salvo hielo. ¿Qué les pidió el rey hechicero?

Seren recordó las adivinaciones de Bruja de la Pluma de repente, inexplicablemente, y el escalofrío que sentía en los huesos se profundizó.

—Vamos —dijo en voz más queda—. Al ala interior. Quiero presenciar esto. —Se apartó de la multitud y emprendió el camino.

—Si nos dejan —murmuró Buruk al tiempo que corría para alcanzarla.

—Nos quedaremos al fondo y no diremos nada —le instruyó ella—. Es probable que estén demasiado ocupados para prestarnos atención.

—No me gusta esto, corifeo. Ni una pizca.

Ella compartía ese pavor, pero no dijo nada.

Cruzaron el puente muy por delante de la procesión, aunque era evidente que la noticia los había precedido. Todas las familias nobles habían salido al complejo y permanecían inmóviles bajo la lluvia. Destacaban entre ellos Tomad y Uruth, un respetuoso espacio rodeaba a los dos edur y sus esclavos.

—Es uno de los hermanos Sengar —dijo Seren Pedac por lo bajo.

Buruk la oyó.

—Tomad Sengar fue, en su momento, rival de Hannan Mosag por el trono —murmuró—. Me pregunto cómo se va a tomar esto.

La corifeo lo miró.

—¿Cómo sabes eso?

—Recibí informes, corifeo. Cosa que no debería sorprenderte, dadas las circunstancias.

La procesión había llegado al puente.

—Ah —suspiró Buruk—. El rey hechicero y su k’risnan han salido de la ciudadela.

Udinaas permanecía un paso por detrás de Uruth, a su derecha, con la lluvia corriéndole por la cara.

Rhulad Sengar estaba muerto.

El hecho en sí le resultaba indiferente. Un joven edur con sed de violencia, había muchos de esos y uno menos importaba poco. Que fuera un Sengar prácticamente garantizaba que a Udinaas le encargarían la tarea de amortajar el cadáver. Cosa que no le hacía demasiada ilusión.

Tres días para el ritual, incluyendo la vigilia y el teñido del cuerpo. Recorría con la mente las posibilidades con una especie de imparcialidad objetiva mientras la lluvia se filtraba por el cuello y sin duda se iba acumulando en la capucha que no se había molestado en subirse. Si Rhulad hubiera seguido siendo no iniciado, las monedas serían de cobre, con discos de piedra para cubrir los ojos. Si se había iniciado en la sangre y muerto en batalla, era probable que se utilizaran monedas de oro. Monedas letherii, en su mayor parte. Una fortuna digna del rescate de un príncipe. Un desperdicio extravagante en cuya contemplación Udinaas encontraba un extraño placer.

Con todo, ya podía oler el hedor a carne quemada.

Observó al grupo cruzar el puente. Temor tiraba del trineo en el que habían depositado el cuerpo de Rhulad. Binadas cojeaba mucho, debía de haber un daño considerable para resistirse a la sanación hechicera que ya debía haberse invocado sobre él. Theradas y Midik Buhn. Y Trull Sengar, en cabeza. Sin la omnipresente lanza. *Así que ha habido una batalla.*

—Udinaas, ¿tienes tus pertrechos? —preguntó Uruth con voz apagada.

—Sí, ama, los tengo —respondió el esclavo y puso una mano en la mochila de cuero que le colgaba del hombro izquierdo.

—Bien. No perderemos tiempo en esto. Has de amortajar tú el cadáver. Ningún otro.

—Sí, ama. Ya se han encendido los carbones.

—Eres un esclavo diligente —dijo la mujer—. Me complace que estés en mi casa.

Udinaas apenas resistió la tentación de mirarla, confuso y alarmado como estaba por la admisión de su ama. *Y si hubieras encontrado la sangre de wyval en mi interior, me habrías partido el cuello sin pensarlo un segundo.*

—Gracias, ama.

—Murió siendo un guerrero iniciado en la sangre —dijo Tomad—. Lo veo en el orgullo de Temor.

El rey hechicero y sus cinco aprendices de brujos se adelantaron para interceptar al grupo cuando llegó a ese lado del puente. Udinaas oyó la exclamación ahogada de indignación de Uruth. Tomad estiró el brazo para tranquilizarla con una mano.

—Existirá una razón —dijo—. Ven, vamos con ellos.

No hubo orden para que permanecieran donde estaban, así que Udinaas y los otros esclavos siguieron a Tomad y Uruth cuando se dirigieron adonde se hallaban sus hijos.

Hannan Mosag y sus k’risnan fueron los primeros en encontrarse con la procesión. Se intercambiaron palabras quedas entre el rey hechicero y Temor Sengar. Una pregunta, una respuesta y Hannan Mosag pareció tambalearse. Como uno solo, los cinco brujos se acercaron a él, pero los ojos estaban clavados en la forma envuelta de Rhulad, y Udinaas vio una mezcla de consternación, miedo y alarma en sus jóvenes rostros.

La mirada de Temor pasó del rey hechicero a su padre cuando llegó el grupo de Tomad.

—Te he fallado, padre —dijo—. Tu hijo menor está muerto.

—Sostiene el regalo —soltó de repente Hannan Mosag, un perturbador matiz acusador en su tono—. Lo necesito yo, pero lo sostiene él. ¿No expresé mis instrucciones con suficiente claridad, Temor Sengar?

La cara del guerrero se oscureció.

—Nos atacaron, rey hechicero, los jheck. Creo que sabe bien quién y qué son…

—Yo no —rezongó Tomad.

Habló Binadas.

—Son soletaken, padre. Capaces de asumir el disfraz de lobos. Era su intención reclamar la espada…

—¿Qué espada? —preguntó Uruth—. ¿Qué…?

—¡Ya basta! —gritó Hannan Mosag.

—Rey hechicero —dijo Tomad Sengar al tiempo que se acercaba incluso más—, Rhulad está muerto. Puede recuperar ese regalo suyo…

—No es tan sencillo —interrumpió Temor—. Rhulad sostiene la espada todavía, no puedo abrirle los dedos para quitársela.

—Hay que cortarla —dijo Hannan Mosag.

Uruth siseó y después sacudió la cabeza.

—No, rey hechicero. Le queda prohibido mutilar a nuestro hijo. Temor, ¿murió Rhulad como un guerrero iniciado en la sangre?

—Sí.

—Entonces las prohibiciones son mucho mayores —le dijo la mujer a Hannan Mosag y se cruzó de brazos.

—¡Necesito esa espada!

En el tenso silencio que siguió al estallido, Trull Sengar habló por primera vez.

—Rey hechicero, el cuerpo de Rhulad está todavía congelado. Es posible que, al descongelarse, sus dedos aflojen su presa y suelten la espada. En cualquier caso, parece claro que el asunto requiere un debate tranquilo y razonado. Bien podría ser que al final nuestros deseos en conflicto se puedan resolver por medio de algún tipo de compromiso. —Miró a su padre y a su madre—. Era nuestra tarea, encomendada por el rey hechicero, recuperar un regalo, y ese regalo es la espada que ahora sostiene Rhulad. Madre, debemos terminar la tarea que nos han encomendado. La espada debe depositarse en las manos de Hannan Mosag.

Había conmoción y horror en la voz de Uruth cuando contestó.

—¿Serías capaz de cortarle las manos a tu hermano muerto? ¿Eres tú mi hijo? Ojalá…

Su marido la detuvo con un gesto fiero.

—Trull, comprendo la dificultad de la situación y estoy de acuerdo con tu consejo, las decisiones quedan aplazadas de momento. Rey hechicero, hemos de preparar el cuerpo de Rhulad. Se puede llevar a cabo sin perturbar las manos. Así pues, tenemos cierto tiempo, ¿está de acuerdo?

Hannan Mosag respondió con un brusco asentimiento.

Trull se acercó a Udinaas y el esclavo pudo ver el agotamiento del guerrero, la sangre seca de un sinfín de heridas en la armadura raída.

—Encárgate del cuerpo —le dijo en voz baja—. Llévalo a la Casa de los Muertos, como harías con cualquier otro. No esperes, sin embargo, que las viudas asistan al ritual, eso hemos de posponerlo hasta que se resuelvan ciertos asuntos.

—Sí, amo —respondió Udinaas. Se dio la vuelta y eligió a Hulad y a uno más de los otros esclavos—. Ayudadme con

las cuerdas del trineo. Con la debida solemnidad, como siempre.

Era obvio que los dos hombres a los que se dirigió estaban asustados. Esa clase de conflicto abierto entre los edur hiroth carecía de precedentes. Parecían a punto de sufrir un ataque de pánico, aunque las palabras de Udinaas los calmaron un poco. Eran grandes los valores que impregnaban los rituales y entre ellos, el autocontrol era el más importante.

Udinaas pasó junto a los edur y condujo a sus compañeros hasta el trineo.

La lona encerada que cubría el hielo había evitado que se fundiera tan deprisa, aunque los trozos que había debajo habían disminuido mucho, los bordes se habían ablandado y eran de un color blanco lechoso.

Temor le pasó el arnés a Udinaas. Con la ayuda de los otros dos, comenzaron a arrastrarlo hacia la gran estructura de madera donde se preparaban los cadáveres edur para su enterramiento. Nadie los detuvo.

Seren Pedac cogió a Buruk del brazo y empezó a tirar de él hacia el puente. El hombre le lanzó una mirada frenética, pero tuvo el buen tino de no decir nada.

No podían regresar sin que nadie los viera y Seren sintió que el sudor le cosquilleaba en el cuello y en los riñones mientras guiaba al mercader de regreso al campamento de invitados. No los abordó nadie pero su presencia no había pasado desapercibida, sin duda alguna. Las consecuencias quedarían sin determinar hasta que se resolviera el conflicto que habían presenciado.

Los nerek habían extendido una lona alquitranada desde una de las carretas para proteger la hoguera que mantenían

encendida de continuo. Se escabulleron y abandonaron las llamas humeantes en cuanto llegaron Buruk y Seren y desaparecieron de inmediato en sus tiendas.

—Parece —murmuró Buruk, quien se acercó un poco más a la hoguera y estiró las manos— que va a surgir un problema serio. El rey hechicero estaba muy agitado y no me gusta esa charla sobre un regalo. ¿Una espada? Una especie de espada, ¿no? ¿Un regalo de quién? Es imposible que sea una alianza con los jheck…

—No —asintió Seren—, dado que fue con los jheck con quienes lucharon. Ahí fuera no hay nada más, Buruk. Nada en absoluto.

La corifeo recordó la escena del otro lado del puente. El hermano de Temor, no Binadas sino el otro, el que había aconsejado razonar, le… interesaba. Un gran atractivo físico, por supuesto. Como la mayor parte de los edur. Pero había más. Había… inteligencia. Y dolor. Seren frunció el ceño. Siempre le gustaban los atormentados.

—Una espada —caviló Buruk mientras contemplaba las llamas— de tal valor que Hannan Mosag se plantea mutilar el cadáver de un guerrero iniciado.

—¿No te parece extraño? —preguntó Seren—. ¿Un cadáver que se aferra a una espada de tal modo que ni siquiera Temor Sengar puede soltarla?

—¿Quizá congelada?

—¿Desde el momento de la muerte?

Él lanzó un gruñido.

—Supongo que no, a menos que a sus hermanos les llevara un rato llegar junto a él.

—Un día o más, por lo menos. Cierto, no conocemos las circunstancias, pero no parece muy probable, ¿verdad?

—No lo parece. —Buruk se encogió de hombros—. Un maldito funeral edur. Eso no va a poner al rey hechicero de

muy buen humor. La delegación va a llegar en el peor momento.

—Creo que no —dijo Seren—. A los edur este asunto los ha alterado mucho. Sobre todo a Hannan Mosag. A menos que haya una resolución rápida, nos encontraremos entre un pueblo dividido.

Una sonrisa rápida y amarga.

—¿Nos?

—Los letherii, Buruk. Yo no formo parte de la delegación. Ni, hablando con propiedad, tú tampoco.

—Ni Casco Beddict —añadió él—. Pero algo me dice que estamos metidos de forma irremediable en esa red, ya sea para subir a la luz del día o para hundirnos en las profundidades.

Seren no dijo nada porque el mercader tenía razón.

El trineo se deslizó con facilidad por la paja húmeda y Udinaas levantó una bota para detener su avance por la plataforma de piedra. Sin una sola palabra, los tres esclavos empezaron a desatar las correas y sacarlas de debajo del cuerpo. Después levantaron la lona. Los trozos de hielo descansaban sobre una forma envuelta en tela que dibujaba con toda claridad el cuerpo que contenía y los tres vieron a la vez que la mandíbula de Rhulad se había abierto en la muerte, como si lanzara un grito silencioso e interminable.

Hulad dio un paso atrás.

—Que el Errante nos proteja —siseó.

—Es bastante común, Hulad —dijo Udinaas—. Vosotros dos podéis iros, pero antes arrastrad ese cofre hasta aquí, el que está sobre los rodillos.

—¿Monedas de oro, entonces?

—Eso he de asumir —respondió Udinaas—. Rhulad murió siendo un guerrero iniciado en la sangre. Era noble. Así pues, tiene que ser oro.

—Qué desperdicio —dijo Hulad.

El otro esclavo, Irim, sonrió.

—Cuando conquisten a los edur —dijo—, deberíamos formar una compañía, nosotros tres, para saquear los túmulos. —Hulad y él empujaron el cofre sobre los rodillos.

Los carbones estaban rojos y la capa de hierro negra de calor.

Udinaas sonrió.

—Hay guardas en esos túmulos, Irim. Y espectros de sombra protegiéndolos.

—Entonces contratamos a un mago que pueda disiparlas. Los espectros se habrán ido, junto con todos los malditos edur. Nada salvo huesos podridos. Sueño con ese día.

Udinaas le echó un vistazo al anciano.

—¿Y hasta qué punto estás endeudado, Irim?

La sonrisa se desvaneció.

—Por eso. Podría cancelar la deuda. Por mis nietos, que todavía están en Trate. Cancelarla, Udinaas. ¿No sueñas tú lo mismo?

—Algunas deudas no se pueden pagar con oro, Irim. Mis sueños no son de riquezas.

—No. —La sonrisa de Irim regresó—. Tu solo quieres el corazón de una muchacha que está tan por encima de ti que no tienes ni una sola esperanza de conseguirlo, por el Errante. Pobre Udinaas, todos sacudimos la cabeza de lo triste que es.

—Menos tristeza que compasión, sospecho —dijo Udinaas con un encogimiento de hombros—. Ahí está bien. Podéis iros.

—El hedor persiste incluso ahora —dijo Hulad—. ¿Cómo lo soportas, Udinaas?

—Informad a Uruth de que he comenzado.

No era momento de quedarse solo, pero así estaba Trull Sengar. Se dio cuenta de repente, parpadeó y poco a poco fue encontrándole sentido a su entorno. Se hallaba en la casona, el lugar donde había nacido, de pie ante el poste central con la hoja de espada que sobresalía. El calor de la chimenea parecía incapaz de penetrarle en los huesos. Tenía la ropa empapada.

Había dejado a los otros fuera, enzarzados en su callado choque de voluntades. El rey hechicero y su necesidad contra Tomad y Uruth y su insistencia de que se cumplieran con rigor los rituales debidos a un guerrero iniciado muerto, un guerrero que era su hijo. Con ese conflicto, Hannan Mosag podía perder su autoridad entre los tiste edur.

El rey hechicero debería haber mostrado contención. Este asunto se podría haber solucionado con discreción, sin que nadie más supiera nada. ¿Tan difícil puede ser arrancar una espada de las manos de un hombre muerto? Y si había hechicería implicada, y desde luego eso parecía, entonces Hannan Mosag estaba en su elemento. También tenía a sus k'risnan. Podrían haber hecho algo. Y si no… entonces córtale los dedos. Un cadáver ya no albergaba el espíritu. La muerte había roto esos lazos. Trull no podía sentir nada por el cuerpo frío que había bajo el hielo. No era Rhulad, ya no.

Pero ya no había posibilidad de mantener el secreto. La discusión había tenido testigos y de acuerdo con la tradición, la resolución también debía tenerlos.

Y… ¿acaso importa algo? Yo no confiaba en Rhulad Sengar. Mucho antes de su fracaso la noche de la guardia.

Esa es la verdad. Yo tenía… dudas.

Sus pensamientos no pudieron llevarlo más allá. La rabia se elevó como una inundación que lo quemaba como ácido. Como si hubiera despertado a su propio demonio, enorme y hambriento, y solo pudiera mirar mientras se alimentaba de su alma. Un pesar corrosivo y una culpa ávida, el arrepentimiento era un festín interminable.

Estamos condenados ahora a dar respuesta a esta muerte, una y otra vez. Un número incontable de respuestas para atestar la solitaria pregunta de su vida. ¿Es nuestro destino, entonces, sufrir bajo el asedio de todo lo que nunca se podrá saber?

Había desconocidos presenciando la escena. Se dio cuenta de repente, conmocionado. Un mercader y su corifeo. Visitantes letherii. Espías que se habían anticipado a la delegación del tratado.

El enfrentamiento provocado por Hannan Mosag era un error espantoso en muchos sentidos. La alta estima que sentía Trull por el rey hechicero había quedado dañada, manchada, y el guerrero ansiaba regresar al mundo de un mes antes. Antes de la revelación de defectos y flaquezas.

Atravesando sin ruido el bosque, la mente llena de urgencia por las malas noticias. Una lanza abandonada a su paso, la punta de hierro hundida en el pecho de un letherii. Piernas de plomo que cruzaron las sombras, mocasines que golpeaban la pista moteada. La sensación de haberse perdido algo, un presagio que no había presenciado. Como entrar en un aposento que alguien más acaba de abandonar, aunque en su caso, la cámara había sido una catedral boscosa, tierra sagrada de los hiroth, y él no había visto señales de paso que dieran solidez a su sospecha.

Y era esa sensación la que había vuelto a invadirlo. Habían vivido acontecimientos difíciles sin ser conscientes

de su trascendencia, de las verdades ocultas. Las exigencias de la supervivencia les habían impuesto una especie de descuido.

Una oleada gélida de convicción se alzó en el interior de Trull Sengar y él supo, sólido como un cuchillo en el corazón, que algo terrible estaba a punto de pasar.

Permaneció, solo, en la casona.

Delante del poste central y la espada torcida.

Incapaz de moverse.

El cuerpo de Rhulad Sengar estaba congelado, una figura de color gris pálido y miembros rígidos echada en la plataforma de piedra. La cabeza hacia atrás, los ojos apretados, la boca estirada como si luchara por aspirar un aire que no llegó a encontrar. Las manos del guerrero estaban cerradas alrededor de la empuñadura de una espada extraña, moteada, de hoja recta, ribeteada de escarcha y con manchas negras de sangre seca.

Udinaas había llenado los orificios de la nariz y los oídos con cera.

Sostuvo las pinzas y esperó a que la primera moneda de oro alcanzara el punto de calor óptimo en la placa de hierro suspendida sobre los carbones. Había colocado una en la plancha y luego, veinte latidos después, otra. El orden de colocación para los guerreros iniciados de noble cuna era preciso, así como el tiempo asignado para todo el ritual. Le aguardaba a Udinaas un periodo de repeticiones que le entumecerían la mente y lo agotarían.

Pero un esclavo se podía plegar a cualquier tarea. Había verdades muy duras que se hallaban solo en la denigración del espíritu, si se sentía uno inclinado a buscarlas. *Si, por*

ejemplo, un hombre requiriera una justificación. Antes de, digamos, asesinar, o alguna otra atrocidad.

Mira este cuerpo. Un hombre joven cuya carne es ahora una proclamación de la muerte. Los edur usan monedas. Los letherii usan lino, plomo y piedra. En ambos, la necesidad de cubrir, de disfrazar, de ocultar la terrible ausencia escrita en esa cara inmóvil.

Abiertos o cerrados, comenzaba con los ojos.

Udinaas sujetó el borde de la moneda letherii con las pinzas. Las dos primeras tenían que estar un poco más frías que las demás, no fuera a ser que los ojos estallaran tras los párpados. Eso lo había presenciado una vez, cuando era aprendiz de un esclavo anciano que había empezado a perder el sentido del tiempo. Un chisporroteo y después un chorro explosivo de fluido sin vida, maloliente y turbio, putrefacto, la moneda se había asentado demasiado en la cuenca del ojo, el siseo de la evaporación y la piel arrugada y ennegrecida.

Se dio la vuelta en el taburete, con cuidado de no dejar caer la moneda, y después se inclinó sobre la cara de Rhulad Sengar y bajó el disco de oro caliente.

Un suave chisporroteo cuando la piel del párpado se fundió, toda humedad extraída para que se ciñera alrededor de la moneda. La sujetó con fuerza.

Repitió la tarea con una segunda moneda.

El calor de la cámara estaba descongelando el cadáver y mientras Udinaas trabajaba colocando monedas en el torso, le sobresaltaban de forma continua diferentes movimientos. La espada arqueada se posaba, un codo emitía un golpe seco y ligero, riachuelos de hielo fundido que se arrastraban por la piedra y goteaban por los lados, como si el cuerpo se hubiera puesto a llorar.

El hedor a carne quemada era denso en el aire caliente y húmedo. El cadáver de Rhulad Sengar estaba sufriendo una transformación, adquiría una armadura reluciente y se convertía en algo diferente a un tiste edur. En la mente de Udinaas dejó de existir como un ser que había vivido, el trabajo que tenía por delante el esclavo no era muy diferente del de remendar redes.

Del pecho al abdomen. Cada herida de lanza tapada con arcilla y aceite, rodeada de monedas y luego sellada. Pelvis, muslos, rodillas, pantorrillas, tobillos, la parte superior de los pies. Hombros, parte superior de los brazos, codos, antebrazos.

Ciento sesenta y tres monedas.

Udinaas se limpió el sudor de los ojos y después se levantó y se acercó, con los miembros doloridos, al caldero que contenía la cera fundida. No sabía cuánto tiempo había pasado. El hedor mantenía el hambre a raya, pero se había llenado el hueco vacío del estómago media docena de veces con agua fresca. Fuera, la lluvia había seguido cayendo, aporreando el tejado y dibujando remolinos sobre el suelo tras las paredes. Una aldea de luto, nadie lo molestaría hasta que saliera.

Hubiera preferido tener media docena de viudas edur dirigiendo la colocación de las monedas, con él en su puesto habitual, ocupándose del fuego. La última vez que lo había hecho él solo había sido con el padre de Uruth, muerto en batalla a manos de los arapay. Entonces era más joven y le asombraba el ritual y el papel que él debía desempeñar.

Tras ponerle el asa al caldero, Udinaas lo levantó del fuego y con cuidado lo llevó hasta el cadáver. Una gruesa capa sobre la parte frontal y los lados. Unos minutos para que la cera enfriase, no demasiado, para que no se agrietase

cuando le diera la vuelta al cuerpo, y después volvería a las monedas de oro.

Udinaas hizo una pequeña pausa, de pie junto al tiste edur muerto.

—Ah, Rhulad —suspiró—. Ahora sí que podrías pavonearte ante las mujeres, ¿verdad?

—El luto ha comenzado.

Trull se sobresaltó, después se volvió y se encontró a Temor de pie junto a él.

—¿Qué? Oh. ¿Qué se ha decidido entonces?

—Nada. —Su hermano se dio la vuelta y se acercó a la chimenea. Su rostro se crispó mientras contemplaba las llamas bajas—. El rey hechicero proclama que hemos fracasado en nuestros esfuerzos. Lo que es peor, cree que lo traicionamos. Quiere ocultar esa sospecha, pero yo la noto de todos modos.

Trull se quedó callado un momento.

—Me pregunto cuándo comenzó la traición —murmuró después—. Y con quién.

—Tú dudaste de este «regalo» desde el primer momento.

—Ahora incluso más. Una espada que no suelta a un guerrero muerto, ¿qué clase de arma es esa, Temor? ¿Qué hechicería brama en su interior? —Miró entonces a su hermano—. ¿Miraste con atención la hoja? Oh, hecha con gran habilidad, pero hay… fragmentos atrapados en el hierro. De algún otro metal que se resistió a la forja. Cualquier aprendiz de herrero te diría que una hoja así se hará pedazos al primer golpe.

—Sin duda la hechicería investida habría impedido eso —respondió Temor.

—Así pues —suspiró Trull—, el cuerpo de Rhulad está siendo preparado.

—Sí, ha empezado. El rey hechicero ha llevado a nuestros padres a la privacidad de su casona. A todos los demás les está prohibida la entrada. Habrá… negociaciones.

—Cortarán las manos de su hijo menor, ¿a cambio de qué?

—No lo sé. La decisión se hará pública, por supuesto. Entretanto, nos quedamos solos.

—¿Dónde está Binadas?

Temor se encogió de hombros.

—Los sanadores se lo han llevado. Pasarán días hasta que lo veamos otra vez. Los magos son difíciles de curar, sobre todo cuando hay huesos rotos. Los arapay que lo atendieron dijeron que había más de veinte trozos sueltos en los músculos de la cadera. Hay que colocarlos todos en su lugar y curarlos. Músculos y tendones que soldar, vasos que sellar y sangre muerta que drenar.

Trull se acercó a un banco que había junto a una pared, se sentó y se sujetó la cabeza con las manos. El viaje entero le parecía irreal, salvo las cicatrices de batalla en la carne y la armadura, y la prueba brutal de un cuerpo envuelto en telas que en ese momento estaban preparando para su entierro.

Los jheck eran soletaken. Él no se había dado cuenta. Esos lobos…

Ser soletaken era un don que pertenecía a padre Sombra y sus parientes. Pertenecía a los cielos, a criaturas de inmenso poder. Que unos bárbaros primitivos e ignorantes poseyeran un don de un poder tan prodigioso y santo no tenía ningún sentido.

Soletaken. Le parecía… sórdido. Un arma tan salvaje y tan mundana como un hacha con el filo sin pulir. No

entendía cómo podía existir algo así.

—Una grave prueba nos aguarda, hermano.

Trull parpadeó y miró a Temor.

—Tú también lo percibes. Va a ocurrir algo, ¿verdad?

—No estoy acostumbrado a esta… a esta sensación. De impotencia. De… no saber. —Se frotó la cara como si intentara despertar las palabras adecuadas en el músculo, la sangre y el hueso. Como si todo lo que esperaba en su interior luchara sin parar, fútil y frustrado, por encontrar una voz que los demás pudieran oír.

Una punzada de comprensión golpeó a Trull y dejó caer la mirada, ya no quería presenciar la incomodidad de su hermano.

—Igual me sucede a mí —dijo, aunque la admisión no era del todo verdad. Él sí que estaba acostumbrado a la impotencia, con algunas sensaciones aprendías a vivir. Él no tenía ninguno de los talentos físicos naturales de Temor, no tenía la facilidad de su hermano. Parecía que su único talento real era el de la observación incansable, encadenada a una imaginación oscura—. Deberíamos dormir un poco —añadió—. El agotamiento no conviene en estos momentos. No anunciarán nada sin nosotros.

—Dices bien, hermano. —Temor dudó, después estiró el brazo y posó una mano en el hombro de Trull—. Ojalá te quedaras a mi lado siempre, aunque solo sea para que me impidas tropezar. —La mano se retiró y Temor se dirigió a los dormitorios de la parte posterior de la casona.

Trull se lo quedó mirando, asombrado por la admisión, sin poder creérselo del todo. *Como yo le ofrecí palabras para consolarlo, ¿acaba de hacer lo mismo por mí?*

Theradas le había dicho que habían oído los sonidos de batalla, una y otra vez, irrumpiendo entre el viento y la nieve torrencial. Habían oído gritos bestiales de dolor,

aullidos de lobo que chillaban en mortal desesperación. Lo habían oído ahuyentando a los jheck de su camino. Lo oyeron hasta que la distancia les robó todo conocimiento sobre su destino. Y después habían aguardado la llegada del enemigo, que nunca se presentó.

Trull ya había olvidado la mayor parte de los choques, todos se fundían en uno, una pesadilla caótica alejada del tiempo, envuelta en una gasa de nieve estirada y rasgada por el viento que la rodeaba y la apretaba cada vez más. Atada y transportada como si fuera dispar, desconectada del mundo. *¿Es así como los momentos más amargos del pasado se conservan? ¿Este alejamiento impregnado de dolor nos ocurre a todos y cada uno de… los supervivientes?* El campo de túmulos de la mente, la pista que serpentea entre los montículos de tierra que ocultan las piedras pesadas y las cavernas de oscuridad con sus paredes pintadas con sangre y albardillas quemadas, lo que queda de una vida, abandonada bajo un cielo gris. Una vez recorrida, esa pista nunca podría recorrerse de nuevo. Solo se podía mirar atrás y conocer el horror ante la vastedad y la alborotada acumulación de más túmulos todavía. Cada vez más.

Se levantó y se acercó a la esterilla donde dormía. Cansado al pensar en aquellos a los que los edur veneraban, que habían vivido decenas y decenas de años y el horror interminable de todo lo que yacía tras ellos, el camino interminable de obras y arrepentimiento, los huesos y las existencias convertidas en sábanas de polvo corroían restos de metal, nada más, porque la carga que la vida podía llevar era muy limitada, porque la vida solo podía seguir adelante, siempre adelante y su paso apenas lograba poco más que agitar el polvo.

El dolor se hizo amargo con la desesperación, Trull se hundió en el colchón de forro fino, se echó y cerró los ojos.

El gesto sirvió solo para desatar su imaginación, imagen tras imagen que cobraba vida llorando, con lamentos silenciosos pero inconsolables que llenaban su cabeza.

Se bamboleó ante el ataque y, como un guerrero que se tambaleara sin sentido ante una paliza despiadada, cayó hacia atrás en su mente y se sumió en el olvido.

Como un lecho de oro en un arroyo montañoso, un brillo borroso nadando ante sus ojos. Udinaas se echó hacia atrás, solo entonces comenzaba a sentir el peso plomizo de los agotados músculos, colgados como cadenas de los huesos. El hedor a carne quemada le había pintado los pulmones, cubierto el interior del pecho y filtrado su insípido veneno por las venas. Sentía la carne enfangada en escoria.

Se quedó mirando la espada tachonada de oro de Rhulad Sengar. La cera que cubría la forma se había enfriado y se había hecho más opaca con cada momento que pasaba.

La riqueza pertenece a los muertos, o así debe ser para alguien como yo. Fuera de mi alcance. Pensó en esos conceptos, el modo en que flotaban entre la niebla de su mente. Endeudamiento y pobreza. Los límites que definían la mayor parte de las vidas. Solo una pequeña proporción de la población letherii conocía la riqueza y podía permitirse los excesos. El suyo era un mundo diferente, un paraíso invisible enmarcado por intereses y preocupaciones que desconocían todos los demás.

Udinaas frunció el ceño, sentía curiosidad por sus propios sentimientos. No había envidia. Solo pena, la sensación de saber todo lo que había fuera de su alcance y que siempre sería así. De una forma extraña, los letherii ricos se habían

convertido en seres tan remotos y extraños para él como los edur. Se sentía desconectado, la división tan nítida y absoluta como la que tenía delante, su yo cansado y el cadáver amortajado con oro que tenía delante. Los vivos y los muertos, el movimiento oscuro de su cuerpo y la inmovilidad perfecta de Rhulad Sengar.

Se preparó para su última tarea antes de dejar la cámara. La cera se había solidificado lo suficiente como para permitir que le diera la vuelta al cuerpo. Al entrar en esa casa, los padres de Rhulad esperarían encontrar a su hijo muerto echado de espaldas, prácticamente irreconocible gracias a las monedas y la cera. Convertido, de hecho, en un sarcófago, ya remoto, con el viaje al mundo de las sombras ya comenzado.

Que el Errante me lleve, ¿tengo fuerzas para esto?

Había hecho rodar el cuerpo sobre unas paletas de madera con asas curvas acopladas a una única palanca. Un caballete con cuatro patas se había puesto en diagonal bajo la palanca, lo que proporcionaba el punto de apoyo. Udinaas se irguió y se colocó ante la palanca, cogió la maderanegra con las dos manos y apoyó sobre ella el peso del torso. Dudó y bajó la cabeza hasta posar la frente en los antebrazos.

El espectro de sombra estaba callado, llevaba ya días sin depositar ni un solo susurro en su oído. La sangre del wyval dormía. Estaba solo.

Había estado esperando una interrupción a lo largo del proceso entero. Hannan Mosag y sus k’risnan, entrando en tromba en la cámara. Para cortar los dedos de Rhulad, o las manos enteras. Puesto que no le habían dado instrucciones para lo contrario, Udinaas había recubierto la espada de cera y la había ladeado un poco al bajar por los muslos.

El esclavo respiró hondo y después empujó la palanca. Levantó el cuerpo una fracción. Grietas en la cera, una

telaraña cuarteada de líneas, pero era de esperar. Fácil de reparar. Udinaas empujó todavía más y observó el cuerpo que empezaba a girar y se iba poniendo de lado. El peso de la espada derrotó la cera que envolvía la hoja y la punta resonó sobre la plataforma de piedra y arrastró los brazos con ella. Udinaas maldijo por lo bajo y con un parpadeo se quitó el sudor de los ojos. Se habían caído capas de cera del tamaño de petos. Las monedas al menos (vio con alivio) permanecían pegadas con firmeza.

Deslizó una correa de contención sobre la palanca para que no se moviera y después se acercó al cadáver. Volvió a colocar la espada, y fue dando golpecitos poco a poco para ir moviendo aquel peso inmenso hasta que el equilibrio cambió y el cuerpo cayó de espaldas.

Udinaas esperó hasta que recuperó el aliento. Hacía falta otra capa de cera para reparar el daño. Después podría salir tambaleándose de esa pesadilla.

A un esclavo no le hacía falta pensar. Había tareas que hacer. Demasiados pensamientos lo atravesaban e interferían en su concentración.

Regresó con un bamboleo al fuego para recoger el caldero de cera.

Un extraño chasquido tras él. Udinaas se volvió. Estudió el cuerpo para buscar el sitio por donde se había soltado la cera. Allí, a lo largo de la mandíbula, había abierto una gran brecha sobre la boca. Recordó la contorsión facial revelada cuando habían quitado las envolturas. Quizá tuviera que coser los labios.

Recogió el caldero y regresó junto al cadáver.

Vio que la cabeza se echaba hacia atrás con una sacudida.

Una inspiración entrecortada.

Y entonces el cadáver chilló.

Entre la nada se fue resolviendo poco a poco una escena, Trull Sengar estaba de pie, de nuevo entre ráfagas de viento y remolinos de nieve. Estaba rodeado, un círculo de formas oscuras y vagas. El brillo manchado de unos ojos ambarinos estaba clavado en él, Trull echó mano de su espada pero descubrió la vaina vacía.

Los jheck lo habían encontrado al fin y esa vez no habría forma de huir. Trull giró en redondo, y después otra vez, cuando los enormes lobos se fueron acercando. El aullido del viento le llenó los oídos.

Buscó una daga, cualquier cosa, pero no encontró nada. Tenía las manos entumecidas de frío, el torbellino de nieve hacía que le escociesen los ojos.

Más cerca, por todas partes. El corazón de Trull le martilleaba en el pecho. Estaba aterrado, lo invadía el miedo como a un hombre que se ahoga lo invade la tromba de agua mortal, la impresión de la negativa, la pérdida repentina de toda fuerza y, con ella, de la voluntad.

Los lobos cargaron.

Las mandíbulas se cerraron sobre sus miembros, los colmillos le penetraron en la piel. Lo arrastraban bajo el peso del ataque. Un lobo cerró la boca alrededor de su nuca. Movimientos terribles que molían y atravesaban el músculo. Huesos que se partían. La boca se le llenó de sangre y bilis caliente. Se hundió, incapaz de hacerse una bola mientras las bestias le desgarraban brazos y piernas y le clavaban los dientes en el vientre.

No oía nada salvo el chillido del viento, que no dejaba de aumentar.

Trull abrió los ojos. Estaba echado en su esterilla, el dolor hacía que le palpitasen los músculos con el recuerdo

fantasma de aquellos dientes salvajes.

Y oyó gritos.

Temor apareció en la entrada, tenía los ojos extrañamente ribeteados de rojo y parpadeaba, confundido.

—¿Trull?

—Viene de fuera —respondió él mientras se ponía en pie con gestos rígidos.

Salieron y vieron figuras que corrían e iban a reunirse en la Casa de los Muertos.

—¿Qué está pasando?

Trull sacudió la cabeza al oír la pregunta de su hermano.

—Quizá Udinaas…

Los dos abandonaron la casa.

Dos esclavos salieron tropezando por la entrada del edificio y luego huyeron, aterrados, uno de ellos gritando incoherencias.

Los hermanos aceleraron el paso.

Trull vio a la corifeo letherii y a su mercader en el puente, varias figuras pasaban junto a ellos a toda velocidad mientras estos se acercaban con lentitud vacilante.

Los gritos no habían amainado. Había dolor en esos lamentos, y horror. El sonido, renovado aliento tras aliento, helaba la sangre en las venas de Trull. Casi podía…

Mayen estaba en la puerta, que se dejaron entreabierta. Tras ella se encontraba la esclava Bruja de la Pluma.

Ninguna de las dos se movía.

Temor y Trull llegaron junto a ellas.

La cabeza de Bruja de la Pluma giró de repente, había locura en los ojos cuando los alzó y miró primero a Trull, después a Temor.

Temor se acercó a su desposada en la puerta. Miró al interior y su rostro se estremeció con cada grito.

—Mayen —dijo—, que no entre nadie más. Salvo Tomad, Uruth y el rey hechicero cuando lleguen. Trull… —pronunció el nombre como un ruego.

Mayen dio un paso atrás y Trull se adelantó.

Uno junto al otro, los dos hermanos entraron en la Casa de los Muertos.

Una masa, una forma encorvada, cubierta de cera como piel despellejada que revelaba el brillo de las monedas de oro, permanecía agachada a los pies de la plataforma de piedra, con la cara baja y la frente en las rodillas, los brazos envolviendo con fuerza las pantorrillas pero sin soltar la espada. Una masa, una forma encorvada que lanzaba chillidos incesantes.

El esclavo Udinaas se encontraba cerca. Había estado transportando un caldero de cera que yacía volcado a dos pasos a la izquierda del letherii, la cera derramada entre ramitas y paja.

Udinaas estaba murmurando. Palabras de consuelo que irrumpían en los gritos. Se iba acercando a la forma, paso a paso, con mucho cuidado.

Temor hizo amago de adelantarse pero Trull lo sujetó por el brazo y lo contuvo. Había oído algo en aquellos chillidos. Habían terminado por responder al consuelo quedo del esclavo, desafiantes al principio pero empezaban a mermar y la voz se llenaba de ruegos. Estrangulada una y otra vez en estremecimientos de desesperación pura. Y en ningún momento dejó Udinaas de hablar.

Que la Hermana nos bendiga, ese es Rhulad. Mi hermano.

Que estaba muerto.

El esclavo se agachó poco a poco ante la horrenda figura y Trull pudo distinguir algunas palabras.

—Hay monedas ante sus ojos, Rhulad Sengar. Por eso no ve nada. Se las puedo quitar. Sus hermanos están aquí. Temor y Trull. Están aquí.

Los chillidos se interrumpieron entonces, sustituidos por un llanto de impotencia.

Trull se quedó mirando cuando Udinaas hizo algo que no creía posible. El esclavo estiró los brazos y cogió la cabeza de Rhulad entre sus manos, como haría una madre con un niño inconsolable. Tierno pero firme, las manos la levantaron de las rodillas.

Un sollozo partió de Temor, silenciado a toda prisa, pero Trull sintió temblar a su hermano.

La cara... oh, padre Sombra, la cara.

Una máscara perturbada de cera, agrietada y llena de cicatrices. Y bajo ella, monedas de oro fundidas con la carne (ni una sola se había caído), ladeadas como las hojuelas de una armadura alrededor de la mandíbula estirada, de la boca abierta.

Udinaas se inclinó un poco más sobre él y habló en voz baja al oído izquierdo de Rhulad.

Palabras respondidas con un estremecimiento, un espasmo que hizo tintinear las monedas, el sonido audible pero apagado bajo la cera. Un pie arañó las baldosas de piedra que rodeaban la plataforma, se apretó todavía más.

Temor tembló bajo las manos de Trull, pero este no lo soltó, retuvo a su hermano mientras Udinaas buscaba en su cinturón y sacaba un cuchillo de trabajo.

Susurros rítmicos, casi musicales. El esclavo levantó el cuchillo. Apoyó con cuidado el borde de la punta en la moneda que cubría el ojo izquierdo de Rhulad.

La cara se crispó pero Udinaas lo rodeó con el brazo derecho en una especie de abrazo y se inclinó más hacia él sin dejar de murmurar. Presión con el filo, un movimiento

diminuto y luego la moneda destelló cuando se soltó. Un momento después se cayó.

El ojo estaba cerrado, un verdugón rojo y aplastado. Rhulad debió de intentar abrirlo porque Udinaas puso dos dedos en el párpado y Trull lo vio sacudir la cabeza al tiempo que decía algo y después lo repetía.

Un extraño tic de la cabeza de Rhulad y Trull se dio cuenta de que había sido un asentimiento.

Udinaas después invirtió la posición de los brazos y apoyó el borde del cuchillo en el ojo derecho de Rhulad.

Fuera se oía el sonido de una multitud de personas, pero Trull no se dio la vuelta. No podía apartar la mirada del letherii, ni de su hermano.

Estaba muerto. No había duda. Ninguna.

El esclavo, que había trabajado en el cuerpo de Rhulad durante un día y una noche, llenando heridas mortales con cera, quemando monedas en la carne fría, que después había visto a su pupilo volver a la vida, estaba arrodillado junto al edur, su voz mantenía a raya la locura, su voz (y sus manos) eran lo que guiaba a Rhulad de regreso al mundo de los vivos.

Un esclavo letherii.

Padre Sombra, ¿quiénes somos para haber hecho esto?

La moneda se soltó.

Trull arrastró a Temor cuando se acercó más. No habló. Todavía no.

Udinaas devolvió el cuchillo a su vaina. Se echó hacia atrás, una mano se retiró para posarse en el hombro izquierdo de Rhulad. Después, el esclavo giró y levantó la cabeza para mirar a Trull.

—No está listo para hablar. Los gritos lo han agotado, dado el peso de las monedas que le encierran el pecho. —Udinaas se levantó a medias, su intención era alejarse pero

el brazo izquierdo de Rhulad crujió, la mano se apartó con un sollozo de la empuñadura de la espada, las monedas tintinearon cuando los dedos buscaron y luego encontraron el brazo del esclavo. Y se aferraron a él.

Udinaas casi sonrió, y Trull vio por primera vez el agotamiento del hombre, la angustia extrema de todo lo que había soportado; el esclavo se acomodó una vez más.

—Sus hermanos, Rhulad —dijo—. Trull y Temor. Están aquí para cuidarlo ahora. Yo no soy más que un esclavo…

Dos monedas cayeron al suelo cuando la mano de Rhulad lo sujetó con más fuerza.

—Te quedarás, Udinaas —dijo Trull—. Nuestro hermano te necesita. Nosotros te necesitamos.

El letherii asintió.

—Como desee, amo. Solo… estoy cansado. Yo… no hago más que perder el sentido, solo para despertar con el sonido de mi propia voz. —Sacudió la cabeza con gesto impotente —. Ni siquiera sé lo que le he dicho a su hermano…

—Eso no importa —lo interrumpió Temor—. Lo que has hecho… —Sus palabras se fueron perdiendo y por un momento pareció que su rostro se iba a derrumbar. Trull vio que los músculos del cuello de su hermano se tensaban y después que los ojos de Temor se cerraban con fuerza y su hermano respiraba hondo y volvía a ser él una vez más. Sacudió la cabeza, incapaz de hablar.

Trull se agachó junto a Udinaas y Rhulad.

—Udinaas, lo entiendo. Necesitas descansar. Pero quédate unos momentos más, si puedes.

El esclavo asintió.

Trull desvió la mirada y estudió el rostro destrozado de Rhulad, los ojos todavía cerrados, pero había movimiento tras ellos.

—Rhulad. Soy Trull. Escúchame, hermano mío. Mantén los ojos cerrados, por ahora. Tenemos que quitarte esto… esta armadura…

Al oír eso, Rhulad negó con la cabeza.

—Son monedas funerarias, Rhulad…

—S-sí. Lo… sé.

Palabras crudas y pesadas, la respiración laboriosa de un pecho constreñido.

Trull dudó antes de hablar otra vez.

—Udinaas ha estado contigo, él solo, preparándote…

—Sí.

—Está exhausto, hermano.

—Sí. Dile a madre. Quiero. Lo quiero a él.

—Por supuesto. Pero déjale ir ahora, por favor…

La mano cayó del brazo del esclavo, tintineó con fuerza en el suelo, aparentemente insensible. La otra mano, que todavía sostenía la espada, sufrió un espasmo repentino.

Y una sonrisa horrenda surgió en la cara de Rhulad.

—Sí. La sujeto todavía. Esto. Esto es a lo que él se refería.

Trull se echó un poco hacia atrás.

Udinaas se alejó un poco a gatas y se apoyó en el cofre de monedas. Se irguió con una forma que recordaba a la de Rhulad y, un momento antes de que girara la cara, Trull vio el semblante invadido por la angustia.

Agotado o no, para Udinaas la paz y el descanso estaba a diez mil pasos de distancia, Trull pudo verlo y comprendió la brutal verdad. Rhulad había tenido al esclavo, ¿pero a quién tenía Udinaas?

No era un pensamiento típico de los edur.

Pero nada, nada era como debía ser. Trull se levantó y se acercó a Temor. Lo pensó un momento y se volvió hacia la entrada. Mayen seguía allí de pie, a su lado la letherii, Bruja

de la Pluma. Trull le hizo un gesto a la esclava y luego señaló adonde Udinaas seguía agachado.

Advirtió que el rostro de la chica se estiraba de horror y la vio sacudir la cabeza.

Después salió corriendo del edificio.

Trull hizo una mueca.

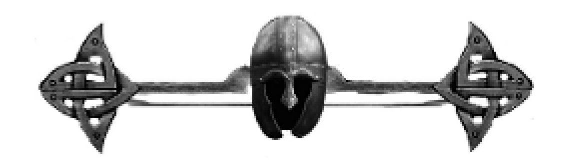
Una conmoción en la entrada y Mayen desapareció de la vista.

Aparecieron Tomad y Uruth.

Y tras ellos, que se iban abriendo paso poco a poco, llegaba Hannan Mosag.

Oh. Oh, no. La espada. La maldita espada…

10



Blancos pétalos giran y se rizan al bajar
al mar insondable.
La mujer y su cesta, su mano destella roja
en rápido y suave movimiento que esparce
estas puras alas, que cabalgan un momento en el
viento.
Ella se alza, melancólica diosa que origina un vuelo
que fracasa y cae en el amplio pecho del río.
Una cesta de pájaros destinados a ahogarse.
Vedla llorar en la sombra alargada de la ciudad;
su mano, un ente sin cuerpo.
Garras de carroña e incesante repetición,
reparte muerte y en sus ojos
se ve el horror de vivir.

La dama Elassara de Trate
Cormor Fural

El retumbar del trueno, el redoble pesado de la lluvia en el tejado. La tormenta seguía el curso del río, corría hacia el norte y arrastraba un borde de las palpitantes nubes por todo Letheras. Impropia de la estación, inoportuna, hacía de la única habitación de la vivienda de Tehol un lugar cerrado, húmedo y caluroso. Había dos taburetes más que antes, recuperados por Bicho en un montón de basura. En uno de

ellos, en la esquina más alejada, se sentaba Ublala Pung, llorando.

Cosa que llevaba haciendo sin pausa más de una campanada, su enorme corpachón sacudido por un estremecimiento que hacía crujir el taburete de un modo alarmante.

En el centro de la pequeña habitación, Tehol se paseaba de un lado a otro.

Un chapoteo de pies fuera y después la cortina de la puerta se apartó a un lado y entró Bicho en tromba chorreando agua por todas partes. Tosió nada más entrar.

—¿Qué se está quemando en el hogar?

Tehol se encogió de hombros.

—Pues lo que estuviera apilado junto a él, por supuesto.

—Pero eso era su gorro de lluvia. Lo tejí yo mismo, con mis propias manos.

—¿Un gorro de lluvia? Esos juncos tenían envueltos pescado podrido…

—Eso es lo que apesta, sí. —Bicho asintió y se limpió los ojos—. De todos modos, podrido es un término relativo, amo.

—¿Lo es?

—Los faraed lo consideran una exquisitez.

—Tú solo querías que oliera a pescado.

—Mejor usted que la casa entera —dijo Bicho al tiempo que le echaba un vistazo a Ublala—. ¿Qué le pasa?

—No tengo ni idea —dijo Tehol—. Bueno, ¿qué noticias hay?

—La he encontrado.

—Estupendo.

—Pero tendremos que ir nosotros a buscarla.

—¿Salir?

—Sí.

—¿A la lluvia?

—Sí.

—Bueno —dijo Tehol, y reanudó sus paseos por la habitación—. No me gusta en absoluto. Demasiado arriesgado.

—¿Arriesgado?

—Bueno, sí. Arriesgado. Podría mojarme. Sobre todo ahora que no tengo gorro de lluvia.

—¿Y de quién es la culpa, me pregunto?

—Con lo cerca que estaba de la chimenea, ya estaba humeando. Yo le di apenas un golpecito con el pie y ale, empezó a arder.

—Lo estaba secando.

Tehol hizo una pausa en pleno paso, estudió a Bicho por un momento y después reanudó sus paseos.

—Es una tormenta —dijo tras un momento—. Las tormentas pasan. Necesito una razón para demorarme.

—Sí, amo.

Tehol se giró en redondo y se acercó a Ublala Pung.

—Mi muy querido guardaespaldas, ¿qué te ocurre, hombre?

Unos ojos enrojecidos se alzaron hacia él.

—No te interesa. En realidad no. No le interesa a nadie.

—Pues claro que me interesa. Bicho, me interesa, ¿verdad? Está en mi naturaleza, ¿no?

—Desde luego, amo. La mayor parte del tiempo.

—Son las mujeres, ¿verdad, Ublala? Se nota.

El hombretón asintió con gesto desdichado.

—¿Se están peleando por ti?

El hombre negó con la cabeza.

—¿Te has enamorado de una de ellas?

—Es justo eso. No he tenido la oportunidad.

Tehol le lanzó una mirada a Bicho y después volvió a mirar a Ublala.

—No has tenido la oportunidad. Qué extraña afirmación. ¿Podrías explicarte?

—No es justo, eso es lo que pasa. No es justo. Tú no lo entenderías. Tú no tienes ese problema. Quiero decir, ¿qué soy? ¿No he de ser nada salvo un juguete? Solo porque tengo una gran…

—Espera un momento —lo interrumpió Tehol—. Veamos si te he entendido, Ublala. Sientes que solo te están utilizando. Les interesan solo tus, eh, atributos. Lo único que quieren de ti es sexo. Sin compromisos, ni lealtad siquiera. Son felices turnándose contigo y sin tener en cuenta tus sentimientos, tu naturaleza sensible. Seguro que ni siquiera quieren acurrucarse después ni charlar de tonterías, ¿verdad?

Ublala asintió.

—¿Y todo eso te está haciendo desdichado?

El hombre volvió a asentir, sorbía por la nariz y el labio inferior le sobresalía, tenía la ancha boca crispada por las esquinas y un músculo le temblaba en la mejilla derecha.

Tehol se lo quedó mirando un momento más y después echó al aire las manos.

—¡Ublala! ¿Es que no lo entiendes? ¡Estás en el paraíso de cualquier hombre! ¡Algo con lo que el resto de nosotros solo podemos soñar!

—¡Pero yo quiero algo más!

—¡No! ¡No lo quieres! ¡Confía en mí! Bicho, ¿no estás de acuerdo? ¡Díselo!

Bicho frunció el ceño.

—Es como dice Tehol, Ublala —dijo después—. Cierto, una verdad trágica, y cierto, la naturaleza del amo es gozar de verdades trágicas, lo que a muchos podría parecerles antinatural, insano incluso…

—Gracias por la aclaración, Bicho —lo interrumpió Tehol con el ceño fruncido—. Ve a limpiar, ¿quieres? —Después

miró otra vez a Ublala—. Estás en el pináculo del logro masculino, amigo mío, ¡espera! ¿Has dicho que no es un problema que yo tenga? ¿Qué querías decir con eso?

Ublala parpadeó.

—¿Qué? Eh, ¿tú también estás en ese pináculo, o como se llame, tú también estás ahí?

Bicho lanzó un bufido.

—Él hace meses que no pasa por ahí.

—¡Bueno, se acabó! —Tehol se lanzó hecho un basilisco hacia la chimenea y sacó lo que quedaba de los juncos apelmazados. Apagó las llamas a pisotones, levantó el objeto calcinado y se lo puso en la cabeza—. Muy bien, Bicho, vamos a buscarla. En cuanto a este gigantón descerebrado de ahí, puede quedarse aquí solo poniendo pucheros, que a mí me da igual. ¿Cuántos insultos puede soportar un hombre delicado como yo?

Jirones de humo salían flotando de los juncos de la cabeza de Tehol.

—Eso está a punto de prenderse otra vez, amo.

—Bueno, así aprovechamos la lluvia para algo, ¿no? Venga, vamos.

Fuera, en el estrecho pasillo, el agua corría a la altura de los tobillos hacia el desagüe atascado del otro extremo, donde se estaba formando un pequeño lago. Con Bicho medio paso por delante, vadearon la extensión de remolinos de agua puntuados por la lluvia.

—Debería ser más comprensivo con Ublala, amo —dijo Bicho por encima del hombro—. Es un hombre muy infeliz.

—La comprensión es para los que la tienen pequeña, Bicho. Ublala tiene a tres mujeres babeando por él, ¿o es que se te ha olvidado?

—Esa es una imagen bastante desagradable.

—Hace mucho que eres viejo, mi querido criado. No hay nada inherentemente desagradable en la baba. —Hizo una pausa y después dijo—: De acuerdo, quizá lo haya. Sin embargo, ¿tenemos que hablar de sexo? Ese tema me pone nostálgico.

—El Errante nos libre.

—Bueno, ¿y dónde está?

—En un burdel.

—Oh, eso sí que es patético.

—Más bien una adicción rabiosa recién adquirida, amo. Cuanto más lo alimenta, más hambre tiene.

Cruzaron la avenida Turol y entraron en el distrito de las Prostitutas. El chaparrón estaba amainando, los restos de la tormenta pasaban a toda prisa sobre sus cabezas.

—Bueno —comentó Tehol—, ese no es un estado deseable para una de mis más valiosas empleadas. Sobre todo porque su adicción no incluye a su atractivo y elegante jefe. Algo me dice que debería de ser yo el que estuviese llorando en una esquina ahí atrás, no Ublala.

—Es posible que solo sea que Shurq no quiere mezclar negocios con placer.

—Bicho, me has dicho que está en un burdel.

—Oh. Claro. Lo siento.

—Ahora sí que soy desdichado. No era desdichado esta mañana. Si sigue la tendencia, al atardecer estaré nadando en el canal con bolsas de monedas alrededor del cuello.

—Hemos llegado.

Se encontraban delante de una vivienda de tres plantas un poco apartada de los edificios colindantes y con aspecto de tener unos cuantos siglos más que todo lo demás que había en la calle. El revestimiento frontal lucía una fachada tallada alrededor de dos columnas cuadradas e incrustadas de un mármol azul polvoriento. Unos demonios de lo más

femeninos en bajo relieve, contorsionados y retorcidos en una orgía masiva, atestaban los paneles y sobre las columnas se agazapaban gárgolas de piedra con enormes pechos, altos e incitantes.

Tehol se volvió hacia Bicho.

—Esto es el Templo. ¿Está en el Templo?

—¿Le sorprende?

—Ni siquiera me puedo permitir cruzar el umbral. Ni siquiera la reina Janall frecuenta este lugar más que unas pocas veces al año. La cuota anual para los miembros es de diez mil diques… según he oído… son los rumores. Según alguien, una vez.

—La madama Delisp estará muy satisfecha con su nueva propiedad.

—Apostaría a que sí. Bueno, ¿y cómo sacamos a Shurq Elalle, sobre todo porque es obvio que está donde quiere estar y la madama tiene al menos a treinta matones a sueldo que, con toda probabilidad, intentarán detenernos? ¿Deberíamos considerar esto una causa perdida, sin más, e irnos de aquí?

Bicho se encogió de hombros.

—Eso es cosa suya, amo.

—Bueno. —El amo se lo planteó—. Me gustaría al menos hablar con ella.

—Lo único que podrá permitirse, es de esperar.

—No seas absurdo, Bicho. No cobra por palabras… ¿verdad?

—Bien podría cobrar por miradas, amo. Nuestra querida ladrona muerta ha florecido…

—¡Gracias a mí! ¿Quién organizó su repaso general? ¿Sus reparaciones en dique seco, la nueva mano de pintura? Teníamos un trato…

—Dígaselo a ella, amo, no a mí. Yo soy muy consciente de las molestias que se toma para aplacar sus propios y peculiares apetitos.

—Ni siquiera voy a preguntar a qué te refieres con eso, Bicho. Parece sórdido y mi sórdida persona es asunto solo mío.

—Sí que lo es, amo, sí que lo es. Menos mal que no es usted de los nostálgicos.

Tehol miró con furia a Bicho por un momento, después devolvió de nuevo su atención al Templo. El burdel más antiguo de todo el territorio. Algunos decían que ya estaba en pie mucho antes de que la ciudad se alzara a su alrededor y que, de hecho, la ciudad se había alzado a su alrededor por el burdel en sí. Eso no tenía mucho sentido, claro que pocas cosas lo tenían cuando se trataba del amor y sus muchas falsas pero incitantes sombras. Tehol echó la cabeza hacia atrás para estudiar las gárgolas y el gorro de juncos carbonizados se le deslizó y cayó con un chapoteo en los adoquines, detrás de él.

—Bueno, decidido. O bien me quedo aquí mojándome el pelo, o entro.

—Por lo que veo, amo, mi gorro de lluvia ha sido un fracaso trágico, en cualquier caso.

—Es tu naturaleza hipercrítica, Bicho, lo que acaba contigo. ¡Sígueme!

Tehol subió los escalones con determinación de propietario. Cuando llegó al rellano, la puerta principal se abrió de golpe y llenó el marco un hombretón embozado en un sobretodo negro y con una inmensa hacha de doble hoja en las manos embutidas en guanteletes.

Espantado, Tehol se detuvo y Bicho tropezó con él en el escalón inferior.

—Disculpe —consiguió decir Tehol, se hizo a un lado y tiró de Bicho para apartarlo también—. ¿Así que de camino a una decapitación? —Hizo un gesto para que el hombre pasara.

Unos ojos pequeños brillaron entre las sombras embozadas.

—Gracias, señor —dijo con voz ronca—. Es usted muy atento. —Se adelantó hacia el rellano y después se detuvo —. Está lloviendo.

—Desde luego, ya casi parando, diría yo. ¿Ve esa parte azul?

El gigante del hacha miró a Tehol.

—Sí alguien pregunta, señor, usted no me ha visto aquí.

—Tiene mi palabra.

—Muy amable. —El hombre volvió a mirar a la calle y después bajó los escalones con cuidado—. Ooh —dijo al emprender la marcha—, ¡está mojado! ¡Ooh!

Tehol y Bicho lo vieron escabullirse, encorvado y zigzagueando para evitar los charcos más grandes.

Bicho suspiró.

—Admito que su repentina aparición me ha espantado bastante.

Tehol contempló a su criado con las cejas levantadas.

—¿De veras? Pobre Bicho, tienes que hacer algo con esos nervios. Vamos, pues, y no temas nadas mientras estés conmigo.

Entraron en el Templo.

Y Tehol se detuvo una vez más, con tanta brusquedad como la primera vez, cuando la punta de un cuchillo se posó en su mejilla bajo el ojo derecho, que parpadeó a toda prisa. Bicho consiguió frenar a tiempo para evitar chocar con su amo, un gesto que Tehol agradeció hasta tal punto que le fallaron las rodillas.

Fue una voz dulce y femenina la que le murmuró al oído.

—No está disfrazado, señor. Lo que significa, bueno, los dos sabemos lo que eso significa, ¿no?

—He venido por mi hija…

—Pero bueno, qué mal gusto. No podemos tolerar deseos tan retorcidos y enfermizos en este lugar…

—Me ha malinterpretado, cosa comprensible, por supuesto, quiero decir. Me refería a que he venido a sacarla de aquí, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Su nombre?

—Shurq Elalle.

—Bueno, ya es demasiado tarde.

—¿Quiere decir que está muerta? Soy consciente de ello. Son sus ancestros, ¿sabe? Desean que vuelva a casa, a la cripta. La echan muchísimo de menos y unos cuantos se están enfadando de una forma alarmante. Los fantasmas pueden causar muchas molestias, no solo a usted y este establecimiento, sino a mí también. ¿Comprende mis aprietos?

La punta del cuchillo se retiró y una mujer bajita y ágil lo rodeó y se plantó delante de él. Sedas ceñidas en tonos oxidados, un cinturón ancho de seda que envolvía una cintura diminuta, zapatillas vueltas hacia arriba en los pies minúsculos. Un rostro dulce con forma de corazón, unos ojos extrañamente grandes que en ese momento se entrecerraban.

—¿Ha terminado?

Tehol esbozó una sonrisa avergonzada.

—Debe oír lo mismo a todas horas. Perdone. ¿Es usted, por casualidad, la madama Delisp?

La mujer giró en redondo.

—Sígame. Odio esta habitación.

Tehol miró a su alrededor por primera vez. Dos pasos de anchura y cuatro de profundidad, una puerta en el otro extremo, las paredes ocultas detrás de opulentos tapices que mostraban un sinfín de cópulas de todo tipo.

—Parece bastante incitante —dijo mientras seguía a la mujer hasta la puerta.

—Es el olor a usado.

—¿A usado? Ah, sí.

—Huele a… arrepentimiento. Odio ese olor. Lo odio todo de él. —Abrió la puerta y se deslizó por ella.

Tehol y Bicho se apresuraron a seguirla.

El aposento de detrás estaba dominado por una empinada escalera que comenzaba a un solo paso de la puerta. La mujer la rodeó con ellos detrás y los llevó a una lujosa sala de espera con sofás tapizados en las paredes laterales y una única silla de respaldo alto que ocupaba la pared contraria. La mujer se dirigió directamente a esa silla y se acomodó en ella.

—Siéntense. Bueno, ¿y qué es todo eso de los fantasmas? Oh, eso da igual. Usted tenía, ¿qué, diez años cuando engendró a Shurq Elalle? No me extraña que nunca lo mencionara. Ni siquiera cuando estaba viva. Dígame, ¿se sintió decepcionado cuando decidió hacer carrera robando?

—Por su tono —dijo Tehol—, deduzco que pone en duda la veracidad de mis afirmaciones.

—¿Qué pregunta me ha traicionado?

—Pero, verá, no soy tan ignorante como cree. De ahí mi disfraz.

La mujer parpadeó.

—Su disfraz es aparecer como un hombre de treinta y pocos años, vestido con lana empapada y mal hecha…

Bicho se irguió en su asiento.

—¿Mal hecha? Oiga, espere un momento…

Tehol le dio un buen codazo a su criado en las costillas. Bicho gruñó, pero luego se sometió.

—Exacto —dijo Tehol.

—Una inversión inmensa en hechicería, entonces. ¿Cuántos años tiene en realidad?

—Sesenta y nueve… querida.

—Estoy impresionada. Bueno, ¿ha mencionado unos fantasmas?

—Eso me temo, madama. Terribles. Vengativos, reacios a conversar. Hasta el momento me las he arreglado para mantenerlos encerrados en la cripta familiar, pero terminarán saliendo antes o después. Y procederán a desmandarse por las calles, una noche de terror para todos los habitantes de Letheras, me temo, hasta que lleguen aquí. Y luego, en fin, me estremezco con solo pensarlo.

—Tal y como yo me estoy estremeciendo ahora mismo, aunque por razones muy diferentes. Pero sí, desde luego tenemos un dilema. Con mi dilema concreto, sin embargo, he de admitir que llevo peleándome ya cierto tiempo.

—¿Sí?

—Por fortuna, parece que usted me ha proporcionado una solución.

—Me complace oír eso.

La mujer se inclinó hacia delante.

—Último piso, solo hay una habitación. ¡Hable con esa maldita diablesa y sáquela de aquí! ¡Antes de que mis otras muchachas me desollen viva!

Las escaleras eran empinadas pero bien acolchadas; la barandilla de madera bajo sus manos, una ondulación ininterrumpida de pechos tallados con cariño y pulidos y engrasados por un número incontable de palmas sudorosas.

No se encontraron con nadie por el camino y llegaron al último piso sin aliento, debido a la subida, por supuesto, se dijo Tehol cuando se detuvo ante la puerta y se limpió las manos en los ceñidos pantalones empapados.

Con la cabeza gacha y jadeando, Bicho estaba a su lado.

—Que el Errante me lleve, ¿qué han frotado en esa madera?

—No estoy seguro —admitió Tehol—, pero casi no puedo ni caminar.

—Quizá deberíamos tomarnos un momento —sugirió Bicho mientras se secaba el sudor de la frente.

—Buena idea. Será lo mejor.

Unos minutos después, Tehol se irguió con una mueca y miró con un asentimiento a Bicho, que respondió con otra mueca. Tehol levantó una mano y golpeó la pesada puerta de madera.

—Adelante —fue la orden apagada.

Tehol abrió la puerta y entró en la habitación. Tras él, Bicho siseó.

—¡Que el Errante me lleve, mire todos esos pechos!

Los paneles de la pared y del techo continuaban el tema iniciado en la barandilla de madera, una proliferación desenfrenada de excesos mamarios. Hasta el suelo, bajo las gruesas alfombras, estaba lleno de bultos.

—Una obsesión singular… —empezó a decir Tehol y alguien lo interrumpió.

—Oh —dijo una voz desde la enorme cama que tenían delante—, eres tú.

Tehol se aclaró la garganta.

—Shurq Elalle.

—Si has venido en busca de un servicio —dijo la mujer— quizá te alivie saber que la gran hacha del verdugo fue una compensación patética.

—Se mojó con la lluvia —dijo Bicho.

Tehol se volvió y lo miró.

—¿Qué relevancia tiene eso?

—Yo no lo sé, pero pensé que quizá usted sí.

—No pienso irme —dijo Shurq—, si habéis venido por eso.

—No te queda más remedio —replicó Tehol—. La madama insiste.

Shurq se incorporó en la cama.

—Son esas malditas focas de ahí abajo, ¿verdad? ¡Les he robado todos los clientes y quieren que me largue!

—Me imagino. —Tehol se encogió de hombros—. Pero tampoco es de extrañar, ¿no? Escucha, Shurq, teníamos un trato, ¿verdad?

La expresión de la mujer se oscureció.

—¿Así que debería hacer lo que debo? De acuerdo, pero tengo un problema con respecto a ciertos apetitos…

—Ojalá pudiera ayudarte.

Shurq alzó las cejas.

—Eh, quería decir… es decir… oh, no sé lo que quería decir. —Hizo una pausa y después se animó de repente—. Pero te presentaré a Ublala, un guardaespaldas muy desdichado que ansía un compromiso.

Las cejas femeninas se alzaron todavía más.

—Bueno, ¿por qué no? ¡No tienes que decirle que estás muerta! ¡Él no lo va a notar, de eso estoy seguro! Y en cuanto a tus apetitos, dudo que haya problema con eso, aunque hay un trío de mujeres que quizá se disgusten bastante, pero yo me ocuparé de eso. Mira, es una solución brillante, Shurq.

—Lo intentaré, supongo, pero no voy a prometerte nada. Y ahora, sal de aquí, por favor, para que pueda vestirme.

Tehol y Bicho intercambiaron una mirada y después obedecieron cerrando la puerta con suavidad a su espalda.

Bicho estudió a su amo.

—Estoy impresionado —dijo tras un momento—. Pensaba que esta era una situación sin solución. Amo, mi admiración por usted crece como…

—Deja de mirar esa barandilla, Bicho.

—Eh, sí. Tiene razón.

La madama Delisp estaba esperando al final de las escaleras. Al ver a Shurq Elalle un paso por detrás de Bicho, su rostro se crispó de asco.

—Que el Errante le bendiga, Tehol Beddict. Le debo una.

Tehol suspiró.

—Tenía la sensación de que se estaba tomando mi historia con escepticismo.

—Los pantalones ceñidos de lana —respondió ella—. Tengo entendido que casi todo el mundo ha hecho pedidos de unos iguales.

Tehol le lanzó una mirada a Bicho, pero el criado se limitó a alzar las cejas.

—A mí no, amo. Eso sería desleal. Puede estar seguro de que la versión de los demás no será más que una patética imitación.

—Quizá, madama Delisp —dijo Tehol—, yo solo me he disfrazado de Tehol Beddict. Eso denotaría gran inteligencia, ¿no?

—Demasiada para usted.

—Bueno, en eso tiene razón.

—En fin, ¿quiere que le deba algo o no?

Shurq Elalle apartó a Bicho de un empujón.

—No me gusta que no me hagan caso. Y no me estáis haciendo ningún caso, como si estuviera…

—¿Muerta? —inquirió Delisp.

—Solo quería señalar mis razones para salir de esta casa, que son que yo también le debo algo a Tehol Beddict. Puede que esté muerta pero no carezco de honor. En cualquier caso, Delisp, creo que me debes un pago bastante sustancial. Sesenta por ciento, creo recordar…

—¿Para qué necesitas todo ese dinero? —preguntó la madama—. ¿Cuántas variaciones del modelito asesina sexual existen ahí fuera? ¿Cuántos fardos de especias puras necesitas para mantenerte fresca? No, espera, no quiero saber la respuesta. Sesenta por ciento. Bien, pero me llevará un día o dos, no guardo esa cantidad de dinero por aquí. ¿Adónde te lo mando?

—La residencia de Tehol Beddict bastará…

—Un momento —objetó Tehol—. No puedo garantizar…

—Tengo intención —interpuso Shurq— de gastarlo muy deprisa.

—Oh. De acuerdo, pero no me hace gracia. Demasiadas idas y venidas. Las sospechas se suscitarán, insaciables…

—Deje de mirar la barandilla, amo.

—¡Por los sueños del Errante! Salgamos de aquí.

La tormenta había pasado. El agua de la lluvia todavía corría por las calles, pero la gente comenzaba a aventurarse una vez más al exterior. Caía la tarde. Shurq Elalle se detuvo al pie de los escalones del Templo.

—Me reuniré contigo esta noche, en tu tejado, Tehol Beddict. A medianoche.

—¿Y qué hay de Ublala Pung?

—Admito que me lo estoy pensando mejor.

—Shurq Elalle. Ublala Pung sobrevivió a un Ahogamiento. Cruzó caminando el fondo del canal. Tenéis mucho en común, si lo piensas bien.

—Y también está magníficamente dotado —añadió Bicho.

Tehol miró a su criado con una mueca.

—Ese es un pensamiento muy vulgar…

—Tráelo esta noche al tejado —dijo Shurq.

—Esto es una conspiración para hacerme desdichado, ¿no? Los dos, dejadme. Me voy a dar un paseo. Bicho, cuando vuelvas a casa, ordena un poco. Seguro que Shand entrará hecha una fiera dentro de nada. Dile que me dejaré caer mañana por un asunto importante…

—¿Qué asunto importante?

—No lo sé. Ya me inventaré algo. Tú tienes otras cosas de las que preocuparte, ¿cómo van las obras en los cimientos, por cierto?

—Se están amontonando.

—Entonces soluciónalo.

—Me ha entendido mal, amo. Vamos según el programa.

—No te había entendido mal. Me estaba poniendo difícil. Bueno, me voy a buscar una conversación más razonable en otra parte. —Se giró en redondo para decirle algo más a Shurq pero la mujer había desaparecido—. Maldita ladrona. Venga, Bicho, vete. Espera, ¿qué hay para cenar?

—Hojas de plátano.

—No sabrán a pescado, espero.

—Por supuesto que no, amo.

—¿Entonces a qué?

—El material que envolvían era inidentificable, cosa que, si lo piensa, seguramente sea lo mejor.

—¿Cómo vivimos comiendo así?

—Una buena pregunta, amo. Es incomprensible.

Tehol estudió a su criado durante un rato y después le hizo un gesto para que se alejara.

Bicho giró a la derecha así que Tehol fue a la izquierda. El aire se estaba calentando aunque todavía era fresco tras la

lluvia. Varios perros mojados hociqueaban en la basura de los charcos que iban quedando. Los gatos perseguían a las cucarachas que habían salido de los desagües. Un mendigo había encontrado un trozo de jabón y se había metido desnudo bajo un chorro de agua que salía del agujero de unas vigas agrietadas, creaba una espuma turbia mientras cantaba un lamento que había sido popular cien años antes. Los residentes habían aprovechado el inesperado chaparrón y habían vaciado los orinales por las ventanas en lugar de salvar con ellos las pocas docenas de pasos que los separaban del vertedero comunal más cercano. El resultado eran los charcos que albergaban cosas flotantes y los arroyos por los desagües que transportaban pequeñas islas llenas de cresas que se juntaban en algunos sitios en balsas llenas de siseos de las que se filtraban un cieno de color marrón amarillento.

Era una bonita tarde en la ciudad de Letheras, reflexionó Tehol al tiempo que probaba el aire un momento antes de respirar hondo y exhalar un suspiro satisfecho. Siguió bajando la calle hasta que llegó al canal Quillas, después lo siguió hacia el río. A su derecha se alzaba un bosque de mástiles de los barcos pesqueros que habían amarrado a la espera de que pasara la tormenta. Comenzaban a apartarse las lonas alquitranadas y el agua chapoteaba cuando las tripulaciones la achicaban con gestos febriles para poder salir a aguas abiertas antes de que se fuera la luz del todo. Cerca de un malecón, media docena de guardias de la ciudad pescaban un cadáver del agua turbia y una multitud de espectadores gritaban consejos mientras el escuadrón se peleaba con los ganchos. Sobre ellos aleteaban las gaviotas.

Tehol se acercó al antiguo palacio y giró por una calle lateral que lo alejó del canal, continuó por una ruta confusa y serpenteante hasta que llegó a los terrenos de las torres.

Caía el atardecer y hacía el aire granulado cuando Tehol alcanzó el muro bajo y medio derruido y se quedó mirando a través de la corta extensión de patio, roto y desigual, la torre maltratada que era a todas luces diferente en construcción a las demás, puesto que era cuadrada en lugar de redonda.

Las extrañas ventanas triangulares estaban oscuras, atestadas de parras muertas. La puerta de madera incrustada y manchada de negro aparecía envuelta en sombra. Tehol se preguntó cómo podía haber sobrevivido una puerta así, la madera normal se habría podrido y reducido a polvo siglos antes.

No vio a nadie en el patio.

—¡Tetera! Niña, ¿estás ahí dentro?

Una figura pequeña y desaliñada salió de detrás de un árbol.

—Buen truco, muchachita —dijo Tehol, sobresaltado.

La niña se acercó.

—Hay un artista. Un pintor. Viene a pintar la torre. Quiere pintarme a mí también, pero yo me quedo detrás de los árboles. Entonces se enfada mucho. Tú eres el hombre que duerme en el tejado de tu casa. Muchas personas intentan espiarte.

—Sí, lo sé. Shurq me dice que tú, eh, te ocupas de ellos.

—Ella dijo que quizá podrías ayudarme a averiguar quién era.

Tehol la estudió.

—¿Has visto a Shurq últimamente?

—Solo una vez. Estaba toda arreglada. Casi no la reconocí.

—Bueno, muchachita, podríamos hacerte a ti lo mismo, si quieres.

El rostro mugriento y recubierto de moho se arrugó al fruncir el entrecejo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Para que pases más desapercibida, supongo. ¿No te gustaría tener el aspecto que tiene Shurq ahora?

—¿Gustar?

—Al menos piénsalo.

—De acuerdo. Pareces amable. Creo que podrías caerme bien. No me caen bien muchas personas pero tú podrías caerme bien. ¿Puedo llamarte padre? Shurq es mi madre. No lo es de verdad pero yo la llamo así. También estoy buscando hermanos y hermanas. —La niña hizo una pausa y después preguntó—: ¿Me puedes ayudar?

—Lo intentaré, Tetera. Según Shurq, la torre habla contigo.

—No con palabras. Solo pensamientos. Sentimientos. Tiene miedo. Hay alguien en el suelo que va a ayudar. Una vez que se libere, nos ayudará. Es mi tío. Pero los malos me asustan.

—¿Los malos? ¿Quiénes son? ¿También están en el suelo?

La niña asintió.

—¿Hay alguna posibilidad de que puedan salir del suelo antes de que lo haga tu tío?

—Si lo hacen, nos destruirán a todos. A mí, al tío y a la torre. Lo han dicho. Y eso liberará a todos los demás.

—¿Y los demás también son malos?

Tetera se encogió de hombros.

—No hablan mucho. Salvo una, que dice que me hará emperatriz. Me gustaría ser emperatriz.

—Bueno, yo no confiaría mucho en ella. Es solo una opinión, Tetera, pero ese tipo de promesas son muy sospechosas.

—Eso es lo que dice Shurq también. Pero parece una mujer muy agradable. Quiere darme un montón de regalos y cosas.

—Ten cuidado, muchachita.

—¿Tú sueñas alguna vez con dragones, padre?

—¿Dragones?

Tetera volvió a encogerse de hombros y se dio la vuelta.

—Está oscureciendo —dijo por encima del hombro—. Tengo que matar a alguien… quizá a ese artista…

Turudal Brizad, el consorte de la reina Janall, estaba apoyado contra el muro mientras Brys Beddict practicaba con sus estudiantes los últimos ejercicios de contraataque.

No era extraño contar con público durante el adiestramiento con la Guardia del Rey, aunque a Brys le había sorprendido un poco que Turudal se encontrara entre los varios espectadores, la mayor parte de los cuales solían practicar con las armas que él utilizaba en su instrucción. El consorte era bien conocido por sus costumbres indolentes, un privilegio que en los tiempos del abuelo de Brys no se habría tolerado en un letherii joven y sano. Eran obligatorios cuatro años de servicio militar comenzando con el decimoséptimo cumpleaños. En aquellos días había amenazas externas de sobra. Rosazul al norte, las ciudades-estado independientes y rebeldes del archipiélago del mar de los Dragones, y las diversas tribus de la llanura oriental, que habían estado presionando a Lether, empujadas contra los puestos avanzados por uno de los regímenes expansionistas cíclicos de la lejana Kolanse.

Rosazul ya pagaba tributo al rey Ezgara Diskanar, las ciudades-estado habían sido aplastadas, dejando poco más que un puñado de cabreros y pescadores en las islas, y Kolanse se había hundido en el aislamiento tras una especie de guerra civil unas cuantas décadas atrás.

Era difícil para Brys imaginar un hombre con una capacidad casi nula de defenderse, al menos tras llegar a la edad adulta, pero Turudal Brizad era una de esas criaturas. De hecho, el consorte había comentado que él no era más que un precursor, un pionero de un estado de vida humana en el que la vida de soldado se dejaba a los endeudados y a los ineptos mentales. Aunque Brys se había burlado en un principio al oír el relato de las palabras de Brizad, su incredulidad había empezado a vacilar. El ejército letherii seguía siendo fuerte, pero cada vez estaba más vinculado a la economía. Cada campaña era una oportunidad para obtener riquezas. Y entre la población civil de comerciantes, mercaderes y todos aquellos que servían a las innumerables necesidades de la civilización, pocos se molestaban ya en adquirir adiestramiento militar. Una corriente subterránea de desdén teñía su consideración por los soldados.

Hasta que nos necesiten, por supuesto. O descubran un medio para beneficiarse de nuestras acciones.

Completó el ejercicio y después se entretuvo para ver quién abandonaba la sala y quién se quedaba para practicar solo. La mayoría se quedó y Brys se sintió satisfecho. Los dos que se habían ido él sabía que eran espías que la reina había metido en la escolta. Por irónico que fuera, todos los demás también conocían ese detalle.

Brys envainó su espada y se acercó sin prisas adonde se encontraba Turudal Brizad.

—Consorte.

Una inclinación casual de la cabeza.

—Finadd.

—¿Se ha encontrado sin saber qué hacer? No recuerdo haberle visto por aquí antes.

—El palacio parece extrañamente vacío, ¿no cree?

—Bueno —aventuró Brys—, desde luego hay menos gritos.

Turudal Brizad sonrió.

—El príncipe es joven, finadd. Es de esperar cierto entusiasmo. Al canciller le gustaría hablar con usted, cuando le parezca conveniente. ¿Ya se ha recuperado del todo de su misteriosa ordalía, según me consta?

—Los sanadores del rey fueron tan eficientes como de costumbre, consorte. Gracias por interesarse. ¿Por qué desea el canciller hablar conmigo?

El hombre se encogió de hombros.

—No soy a quien debe preguntar. No soy más que el mensajero, finadd.

Brys lo estudió por un momento y después se limitó a asentir.

—Acepto la invitación de Triban Gnol. ¿Dentro de una campanada?

—Eso debería bastar. Esperemos por el bien de todos que esto no signifique una expansión del enfrentamiento actual entre el canciller y el ceda.

Brys se sorprendió.

—¿Hay un enfrentamiento? No sabía nada. Quiero decir, aparte del, bueno, choque habitual de opiniones. —Lo pensó un momento y después dijo—: Comparto su preocupación, consorte.

—¿Se le ha ocurrido alguna vez, finadd, que la paz lleva a que las personas se complazcan más en el conflicto?

—No, puesto que su afirmación es absurda. Lo contrario de la paz es la guerra, mientras que la guerra es una expresión extrema de un conflicto. Según su argumento, la vida se caracteriza por una oscilación entre el conflicto durante la paz y el conflicto durante la guerra.

—No del todo absurdo, entonces —dijo Turudal Brizad—. Existimos en un estado de tensión perpetua. Tanto dentro de nosotros mismos como en el mundo que nos rodea. —Se encogió de hombros—. Puede que hablemos de ansiar el equilibrio, pero en el fondo de nuestra alma arde la sed de discordia.

—Si su alma está inquieta, consorte —contestó Brys—, lo oculta bien.

—Ninguno de los que estamos aquí carece de esa habilidad, finadd.

Brys ladeó la cabeza.

—No siento inclinación alguna por disfrutar del conflicto. Yo sigo en desacuerdo con su premisa. En cualquier caso, debo dejarlo ya, consorte.

De regreso a sus aposentos, Brys reflexionó sobre las palabras de Turudal Brizad. Bien podría haber habido una advertencia oculta en ellas, pero aparte de la sugerencia obvia que no todo era lo que parecía, y en el palacio eso siempre se daba por hecho, no pudo desentrañar la sutileza de las intenciones del consorte.

La tensión se encontraba en el temperamento, en lo que a Brys se refería. Nacía de la perspectiva y el color con el que se veía el mundo, y a esas cosas les daba forma tanto la naturaleza como la educación. Quizá a un nivel básico la lucha por la vida encerraba cierta tensión, pero eso no era lo mismo que el conflicto conjurado por una mente activa, su miríada de tormentas de deseos, emociones, preocupaciones, y terrores, su diálogo incesante con la muerte.

Brys había comprendido mucho tiempo atrás lo que lo había atraído del arte de la lucha. El mundo marcial, desde los duelos a la guerra, tendía a reducir las cosas de un modo inherente, el diálogo se hacía sencillo y directo. La longitud

del acero letherii proscribía las amenazas, negociaciones y compromisos. La autodisciplina imponía una medida de control sobre tu destino, lo que a su vez servía para reducir los efectos dañinos de la tensión, más todavía cuando al practicante le quedaba claro que la muerte luchaba usando el azar ciego cuando todo lo demás fallaba, así que no quedaba más alternativa que aceptar las consecuencias, por brutales que fueran. Nociones sencillas sobre las que uno podía reflexionar a placer, si así gustaba, pero nunca cuando estaba cara a cara con un enemigo, con las hojas desenvainadas y bailando.

Las leyes físicas imponían limitaciones concretas y Brys estaba satisfecho con esa imposición clara de previsibilidad, suficiente para proporcionar la estructura alrededor de la que él construía su vida.

La vida de Turudal Brizad era mucho menos segura. Su físico y el atractivo que ejercía sobre otros era su cualidad singular y no había cantidad de diligencia que pudiera contener los años que lo amenazaban. Cierto, había fórmulas alquímicas y hechicerías con las que se podía contar para salvar la brecha, pero la marea oscura era reacia a negociar, pues soportaba sus propias leyes y esas leyes eran inmutables. Peor todavía, la eficacia de Brizad estaba definida por los caprichos de otros. Por profesional que fuera, cada una de sus parejas era, en potencia, un pozo insondable de emociones puras que ansiara apoderarse de Brizad y atraparlo. Por fuera, por supuesto, había reglas claras. Era consorte, después de todo. La reina ya tenía marido. El canciller estaba obligado por leyes antiguas que le impedían tener relaciones formales con hombre o mujer. Turudal Brizad no poseía prácticamente ningún derecho, los hijos que pudiera engendrar no llevarían su nombre ni tendrían poder político; de hecho, a la reina se le exigía que

se asegurase de que esos embarazos no se producían y hasta el momento la dama se había atenido a la prohibición.

Pero se rumoreaba que Janall le había entregado su corazón a Brizad. Y que Triban Gnol bien podría haber hecho lo mismo, con la posible consecuencia de desgarrar la antigua alianza entre la reina y el canciller. En ese caso, Turudal Brizad se había convertido en el desdichado fulcro. No era de extrañar que al hombre lo acosara la tensión.

¿Pero cuáles eran las ambiciones personales del consorte? ¿Él también había entregado su corazón, y si era así, a qué amante?

Brys entró en su habitación. Se despojó del cinturón y la armadura y después se quitó las prendas interiores sudadas. Se cubrió de aceite perfumado que después se fue quitando con un peine de madera. Se vistió con ropa limpia y se dispuso a ponerse la armadura formal. Sustituyó la pesada espada de prácticas por su espada larga habitual en la vaina que llevaba a la cintura. Un último momento para examinar el contenido de su modesta residencia, notó el par de cuchillos mal colocados en el estante que tenía encima de la cama, lo que indicaba que otro espía más había revisado su habitación. Nadie tan descuidado como para dejar los cuchillos mal colocados, eso lo había hecho quien fuera que espiara al espía, para avisar a Brys de que había tenido lugar otro registro más en busca de quién sabía qué, un suceso semanal en los últimos tiempos.

Volvió a poner los cuchillos en su posición habitual y después salió.

—Adelante.

Brys entró y después hizo una pausa para buscar entre la atestada y desordenada cámara.

—Por aquí, paladín del rey.

Siguió el sonido de la voz y por fin vio al ceda, que estaba suspendido de un arnés de correas de cuero que colgaba del techo. Bocabajo y casi a la altura de un hombre, Kuru Qan llevaba un extraño casco de metal con múltiples lentes pegadas a un marco lleno de ranuras delante de sus ojos. En el suelo había un mapa arcaico y amarillento.

—No tengo mucho tiempo, ceda —dijo Brys—. El canciller ha solicitado que me presente ante él dentro de un rato. ¿Qué estás haciendo?

—¿Es importante, muchacho?

—¿Que lo sepa? Supongo que no. Solo sentía curiosidad.

—No, la llamada del canciller.

—No estoy seguro. Parece que cada vez me perciben más como una especie de jugador clave en una partida que yo no comprendo en absoluto. Después de todo, el rey pocas veces me pide consejo en asuntos de estado, por lo que yo le quedo eternamente agradecido, dado que estoy decidido a no involucrarme en ese tipo de consideraciones. Así no tengo oportunidad de influir en la opinión de mi señor, ni tampoco querría.

—Por este medio —dijo Kuru Qan—, estoy demostrando que el mundo es redondo.

—¿Sí? ¿Los primeros colonizadores del Primer Imperio no lo dejaron ya patente? Circunnavegaron el globo, después de todo.

—Ah, pero eso fue una prueba física en lugar de teórica. Yo deseaba determinar la misma verdad a través de la hipótesis y la teoría.

—¿Para poner a prueba la veracidad de los métodos?

—Oh, no. Dicha veracidad se da ya por hecha. No, muchacho, pretendo demostrar la veracidad de la prueba física. ¿Quién puede confiar en lo que los ojos presencian,

después de todo? Bien, si la prueba matemática apoya esa observación práctica, entonces empezamos a hacer progresos.

Brys miró a su alrededor.

—¿Dónde están tus ayudantes?

—Los envié al fabricante de lentes real a buscar más lentes.

—¿Cuándo fue eso?

—Esta mañana, creo. Sí, justo después del desayuno.

—Por tanto llevas ahí colgado todo el día.

—Y girando de un lado a otro sin que intervenga mi voluntad. Hay fuerzas, muchacho, fuerzas invisibles que tiran de nosotros a cada momento de nuestra existencia. Fuerzas, ahora creo, en conflicto.

—¿Conflicto? ¿En qué sentido?

—El suelo que tenemos debajo ejerce un imperativo, evidenciado por la sangre que se asienta en mi cara, la ligereza que siento en la nuca y las manos invisibles que intentan arrastrarme al suelo; he tenido las alucinaciones más exquisitas. Pero hay también una fuerza contraria y más débil que intenta arrastrarme, otro mundo, un mundo que se desplaza por el cielo alrededor de este…

—¿La luna?

—De hecho, hay al menos cuatro lunas, muchacho, pero las otras no solo están lejos sino ocluidas de modo perpetuo y no reflejan la luz del sol. Muy difíciles de ver, aunque los textos más antiguos sugieren que no fue siempre el caso. Las razones para su desaparición son todavía desconocidas, aunque sospecho que el volumen de nuestro mundo tiene algo que ver. Claro que, puede ser que no estén lejos en absoluto sino, de hecho, más cerca, solo que son muy pequeñas. En términos relativos.

Brys estudió el mapa del suelo.

—Ese es el original, ¿verdad? ¿Qué nueva perspectiva has logrado con esas lentes?

—¿Una pregunta importante? Es probable, pero de un modo indirecto. Tenía el mapa en las manos, muchacho, pero después se cayó. No obstante, he sido recompensado con una nueva percepción. Los continentes estuvieron unidos una vez. ¿Qué fuerzas, se debe preguntar por tanto, los han separado? ¿Quién entregó la solicitud del canciller?

—¿Qué? Oh, Turudal Brizad.

—Ah, sí. Qué muchacho tan errante y desazonado. Uno ve tal dolor en sus ojos, o por lo menos en su porte.

—¿Lo ve?

—¿Y dijo?

—Habló de un enfrentamiento entre el canciller y tú. Uno, eh, uno nuevo.

—¿Lo hay? La primera vez que oigo hablar de él.

—Ah. Así que no lo hay.

—No, no, muchacho, estoy seguro que lo hay. Ten la amabilidad de averiguar lo que es por mí, ¿quieres?

Brys asintió.

—Por supuesto, ceda. Si puedo. ¿Ese es todo el consejo que me das?

—Así es.

—Bueno, ¿puedo al menos ayudarte a bajar?

—En absoluto, muchacho. ¿Quién sabe cuántas nuevas perspectivas experimentaré?

—También puedes perder los miembros, o desmayarte.

—¿Todavía tengo los miembros?

Brys se puso justo debajo del ceda y colocó el hombro izquierdo bajo las caderas de Kuru Qan.

—Te voy a desatar.

—Puedes estar seguro de que te tomo la palabra, muchacho.

—Y tengo intención de tener unas palabritas con tus asistentes una vez que acabe con el canciller.

—No seas duro con ellos, por favor. Son tan olvidadizos, los pobres.

—Ya, pues no se van a olvidar de mí después de hoy.

Triban Gnol se paseaba con las manos a la espalda.

—¿Cuál es el nivel de preparación del ejército, finadd?

Brys frunció el ceño.

—La preda Unnutal Hebaz estaría mejor preparada para responder a eso, canciller.

—En estos momentos se encuentra indispuesta, así que se lo pregunto a usted.

Estaban solos en el despacho del canciller. Dos guardias esperaban fuera. Velas votivas emitían un aroma a unas especias kolansianas singulares, lo que le daba al aposento un ambiente un tanto religioso. *Un templo de monedas de oro, y este hombre es el sacerdote supremo…*

—Es una exigencia que el Ejército y la Marina se mantengan a un nivel óptimo de preparación, canciller. Suministros y reservas suficientes para una temporada completa de campaña. Como sabe, los contratos con los proveedores estipulan que, en tiempos de conflicto, las necesidades del ejército deben tener prioridad sobre el resto de los clientes. Estos contratos se mantienen, por supuesto, y se harán respetar de forma rigurosa.

—Sí, sí, finadd. Pero yo busco la opinión de un soldado. ¿Los soldados del rey están listos y capacitados para una guerra?

—Eso creo, canciller.

Triban Gnol se detuvo y clavó en Brys unos ojos brillantes.

—Le recordaré sus palabras, finadd.

—No habría aventurado una opinión si no estuviera dispuesto a defenderla, canciller.

Una sonrisa repentina.

—Excelente. Dígame, ¿ya ha tomado esposa? Me parecía que no, aunque desconfío de que haya una sola doncella entre la nobleza que dudara en tal tesitura. Hay muchos legados con los que uno debe vivir, finadd, y los medios con los que se responde a ellos son los rasgos que definen la vida de un hombre o una mujer.

—Lo siento, canciller, ¿qué intenta decir?

—La historia de su familia es bien conocida, finadd, y yo hago patente una gran simpatía por usted y, desde luego, por sus desventurados hermanos. En especial por Casco, por quien siento una preocupación sincera, dada su predilección por implicarse en asuntos cruciales que no son, estrictamente hablando, de su incumbencia. Admito que me angustio por él, pues no desearía que sufrieran pena alguna usted o sus parientes.

—Me parece, canciller, que es usted demasiado generoso al recopilar su lista de preocupaciones. En cuanto a legados, bueno, son asunto mío, como obviamente comprenderá. Pero por si sirve de algo, sugiero que le está concediendo a Casco demasiado poder en esos asuntos.

—¿Imagina que estoy aquí haciéndole una advertencia velada? —Gnol agitó una mano con gesto desdeñoso y reanudó sus paseos—. Me ofende que crea que soy tan grosero. ¿Un cazador de focas advierte a la foca sobre la red que se cierra a su alrededor? No creo. No, finadd, he terminado de hablar con usted. Puede estar tranquilo que no desperdiciaré más simpatía con usted y sus hermanos.

—Es un alivio oír eso —dijo Brys.

Una mirada venenosa.

—Por favor, cierre la puerta al salir, finadd.

—Por supuesto, canciller.

Fuera, caminando solo por el pasillo, Brys suspiró. No había podido enterarse de nada sobre el supuesto enfrentamiento entre Gnol y Kuru Qan. Al parecer no había logrado mucho más que añadir su nombre a la lista de enemigos del canciller.

Un segundo suspiro más profundo.

Él no tenía nada de la determinación imperturbable de Casco. Ni la astucia de Tehol. Él no tenía más que cierta habilidad con la espada. ¿Y de qué servía eso cuando sus atacantes empleaban insinuaciones y amenazas en un duelo de cuchillos verbal? ¿Con la intención de provocar heridas que el tiempo no curaba?

De mala gana comprendió que necesitaba consejo.

Lo que significaba otro duelo, esa vez con su propio hermano.

Al menos Tehol no tenía deseo alguno de herirlo. *Que el Errante lo bendiga, no parece tener ningún deseo en absoluto.*

—Lo que deseo —dijo Tehol frunciendo el ceño— es una comida que haya empezado con auténticos alimentos. Una especie de premisa básica que lo que uno va a comer sea, de hecho, nutritivo al nivel más básico. —Levantó una de las hojas oscuras y flácidas, la estudió por un momento y después se la metió en la boca, no sin esfuerzo. Empezó a masticar y miró a Bicho, furioso.

—Hay simios, amo, para los que las hojas de plátano constituyen una fuente esencial de alimento.

—¿De veras? ¿Y ya se han extinguido?

—No lo sé. Yo me limito a transmitirle la historia de un marinero que oí una vez en un bar.

—Era un borracho y un mentiroso.

—Ah, así que lo conoce.

Tehol miró a su alrededor.

—¿Dónde está Ublala? Lo necesito aquí, para que Shurq Elalle pueda calibrar su…

—¿Longitud?

—Valía. ¿Dónde está?

—En el tejado. Suspirando.

—Ah. El tejado está bien. Lo de suspirar no. ¿Crees que necesita otra charla más?

—¿Suya, amo? No.

—Unas cuantas hojas más, por favor. No escatimes en la salsa, o lo que sea.

—Lo segundo.

—¿Lo que sea? ¿Es que no lo sabes?

—No, amo. Es algo que se fue saliendo. Quizá de las hojas, o quizá de otra cosa. Me recuerda a una…

—¿Curtiduría?

—Sí, justo eso. Bien dicho.

Tehol se puso pálido y dejó poco a poco el cuenco.

—Se me acaba de ocurrir algo.

Bicho abrió mucho los ojos y él también dejó su cuenco.

—Por favor, amo, no siga por ahí.

—No hace más que volver.

—¿El pensamiento?

—No, la cena. —Se levantó de repente—. Es hora de tomar el aire.

—¿Le importa si voy con usted?

—En absoluto, Bicho. Es obvio que durante el proceso de preparar esta comida, pugnaste por hacer caso omiso de las

impresiones que pudieras tener. Comprendo que bien podrías estar agotado por el esfuerzo. Y si no lo estás, deberías estarlo.

Se volvieron al oír un sonido en el callejón y después la cortina de la entrada se apartó de repente.

—¡Ah, Shand, nos preguntábamos cuándo llegarías!

—Eres un mentiroso y un ladrón, Tehol Beddict.

—Esas son mis compañías —murmuró Bicho.

Rissarh y Hejun seguían a Shand, que entró hecha una fiera en la pequeña habitación. Tehol retrocedió hasta la pared contraria, que no estaba, con mucho, lo bastante lejos.

—No hace falta decir —comentó— que estoy impresionado.

Shand se detuvo en seco.

—¿Con qué?

Tehol vio que la mujer había apretado los puños.

—Bueno, con tu vigor, por supuesto. Al mismo tiempo me doy cuenta de que he sido negligente y no he sabido dirigir tus admirables energías, Shand. Ahora tengo claro que tú, que las tres, en realidad, requerís una implicación más directa en nuestra nefaria empresa.

—Lo está haciendo otra vez —rezongó Rissarh.

—Se suponía que estaríamos dándole una paliza ahora mismo —añadió Hejun—. Mirad lo que ha hecho. Shand, hace menos de una campanada, decías…

—Cállate ya con lo que decía —interpuso Shand—. Implicación directa, has afirmado, Tehol. Ya era hora, y nada de juegos, cabrón escurridizo. Habla para salvar la vida.

—Por supuesto —dijo Tehol con una sonrisa—. Por favor, poneos cómodas…

—Estamos muy cómodas. Habla.

—Bueno, no parecéis demasiado cómodas…

—Tehol.

—Como queráis. Bien, os voy a dar una lista de nombres que tendréis que memorizar. Horul Esterrict, de Aceitunas Cargo. Mirrik el Bruto, primogénito de los Brutos, propietario de Acero Letherii Brutos y Arsenal Brutos. Encorvado Rott, el magnate de grano del fuerte Temblor. Su hermano, Purista, el fabricante de cerveza. Erudinaas, reina de las plantaciones de roya de Disidencia. Los financieros Bruck Rígido, Horul Rinnesict y Chirrío Chizev, de Letheras, y Hepar el Complaciente, de Trate. Los tenedores de deudas Druz Thennict, Pralit Peff, Barrakta Ilk, Uster Taran, Lystry Maullict, todos de Letheras. Tharav el Oculto, de la habitación once, Rectoría de Chobor, en la calle de la Foca, Trate. ¿Los tienes?

A Shand se le habían vidriado los ojos.

—¿Hay más?

—Una docena o así.

—¿Quieres verlos muertos? —preguntó Hejun.

—¡Por el Errante, no! Quiero que empecéis a adquirir acciones de sus empresas. Bajo nombres diferentes, por supuesto. Intentad llegar al cuarenta y nueve por ciento. Con eso estaremos listos para forzar un golpe de estado. El objetivo, claro está, es controlar los intereses, pero solo lo lograremos con una emboscada repentina y para eso el momento ha de ser el perfecto. En cualquier caso, una vez que hayáis hecho todo eso, es decir, las compras, no hagáis ningún otro movimiento, limitaos a venir a hablar conmigo.

—¿Y cómo vamos a permitirnos todo eso? —quiso saber Shand.

—Oh —Tehol agitó una mano—. Estamos forrados. Los dineros que invertí por vosotras están dando un rendimiento considerable. Ha llegado el momento de utilizarlo.

—¿Cuánto rendimiento?

—Más que suficiente…

—¿Cuánto?

—Bueno, en realidad no lo he contado…

Bicho habló entonces.

—Alrededor de un pico.

—¡Errante bendito! —Shand se quedó mirando a Tehol—. ¡Pero si no te he visto hacer nada!

—Si me hubieras visto, Shand, entonces no habría tenido suficiente cuidado. Ahora será mejor que empecemos solo con los nombres que os he dado. La siguiente lista puedo dárosla más tarde. Bueno, tengo reuniones programadas para esta noche…

—¿Qué clase de reuniones?

—Oh, esto y aquello. Y por favor, os lo ruego, nada de volver a irrumpir así en mi casa. Va a terminar llamando la atención antes o después y eso podría ser contraproducente.

—¿Qué habéis estado comiendo vosotros dos? —preguntó de repente Rissarh arrugando la nariz.

—Esto y aquello —contestó Bicho.

—Venga —les dijo Shand a sus compañeras—, vamos a casa. Quizá aparezca Ublala.

—Estoy seguro de que aparecerá —dijo Tehol con una sonrisa mientras acompañaba a las tres mujeres a la puerta—. Vamos, dormid un poco. Vais a estar muy ocupadas de ahora en adelante.

Hejun se volvió a medias.

—Aceitunas Cargo, Horul ¿quién?

Shand estiró un brazo y arrastró a Hejun al callejón.

Sin dejar de sonreír, Tehol colocó la cortina hasta que cubrió una vez más la entrada. Después se giró en redondo.

—No ha ido mal.

—Rissarh tenía un cuchillo —dijo Bicho—, metido por la muñeca.

—¿Lo tenía? ¿Metido?

—Sí, amo.

Tehol se dirigió a la escalera de mano.

—Confío en que tuvieras tus cuchillos también a mano.

—Yo no tengo cuchillos.

Tehol hizo una pausa con una mano en el escalón más cercano.

—¿Qué? Bueno, ¿y dónde están todas nuestras armas?

—Nosotros no tenemos armas, amo.

—¿Ninguna? ¿Alguna vez…?

—No. Unas cucharas de madera…

—¿Y eres hábil con ellas?

—Mucho.

—Bueno, entonces no pasa nada. ¿Vienes?

—Dentro de un momento, amo.

—De acuerdo, y asegúrate de limpiar. Este sitio está hecho un desastre.

—Si tengo tiempo.

Ublala Pung estaba tirado bocabajo en el tejado, cerca de la cama.

—Ublala —dijo Tehol al acercarse—, ¿ocurre algo?

—No. —La palabra se oyó ahogada.

—¿Qué estás haciendo ahí abajo?

—Nada.

—Bueno, estás a punto de recibir una visita que quiere conocerte.

—De acuerdo.

—Podría merecerte la pena procurar causar una buena impresión —dijo Tehol.

—Está bien.

—Pero podría resultar un poco difícil, Ublala, si sigues ahí tirado. Cuando subí, admito que pensé que estabas muerto. —Hizo una pausa, reflexionó un momento y se le animó el semblante—. Claro que, eso quizá sea bueno…

Unas botas arrastrándose por un lado y después salió Shurq Elalle de entre las sombras.

—¿Es él?

—Llegas temprano —dijo Tehol.

—¿Sí? Oh. Bueno, ¿a qué esperas, a que lo anime un nigromante o algo?

—Ese sería el caso, si estuviera muerto. Ublala, si tienes la bondad, levántate. Me gustaría presentarte a Shurq Elalle…

—¿Es la muerta? —preguntó el hombretón sin moverse todavía—. ¿La ladrona que se ahogó?

—Resulta que ya tienes algo contra mí —respondió Shurq con tono abatido.

—No hemos llegado a eso todavía —dijo Tehol—. Ublala, levántate. Shurq tiene necesidades. Tú puedes satisfacerlas y a cambio consigues que Shand, Rissarh y Hejun te dejen en paz…

—¿Por qué iban a hacerlo? —preguntó Ublala.

—Porque Shurq se lo dirá.

—¿Lo haré?

—Mirad —dijo Tehol, exasperado—, ninguno de los dos está cooperando. En pie, Ublala.

—Eso no será necesario —interpuso Shurq—. Solo dale la vuelta.

—Ah, bien, muy bonito. Burdo pero bonito. —Tehol se agachó junto a Ublala, metió las manos bajo el hombretón y después intentó levantarlo. Los pies le resbalaron. Tehol gruñó, jadeó, empujó una y otra vez, pero todo fue en vano.

—Para ya —dijo Shurq con voz rara—. Vas a hacerme reír. Y reírme ahora mismo saldría caro.

Espatarrado encima de Ublala, Tehol levantó la cabeza y la miró.

—¿Caro?

—Todas esas especias, por supuesto. Dime, Ublala, ¿qué viste cuando cruzaste a pie el fondo del canal?

—Barro.

—¿Qué más?

—Trastos.

—¿Qué más? ¿Encima de qué caminabas?

—Cuerpos. Huesos. Cangrejos de río, crustáceos. Redes viejas. Ollas rotas, muebles…

—¿Muebles? —preguntó Tehol—. ¿Muebles utilizables?

—Bueno, había una silla. Pero no me senté.

—Cuerpos —dijo Shurq—. Sí. Montones de cuerpos. ¿Qué profundidad tenía el canal en un principio?

Había llegado Bicho y con esa pregunta Tehol miró a su criado.

—¿Y bien? Tú debes de saberlo, puesto que eres ingeniero y todo eso.

—Pero solo finjo ser ingeniero —señaló Bicho.

—¡Entonces finge que sabes la respuesta a la pregunta de Shurq!

—Se decía que siete hombres altos podían ponerse de pie, unos encima de otros, y el último podría estirar las manos y llegar a la superficie. Antes, los grandes barcos mercantes podían navegarlo entero.

—Yo no estaba lejos de la superficie —dijo Ublala y se dio la vuelta sin prestar atención a Tehol, que gimió cuando cayó a un lado con un golpe seco—. Casi podía alcanzarla —añadió, se puso en pie y se limpió.

—Eso es mucho decir —comentó Bicho.

—Oye, que yo no miento —dijo Ublala.

—Y no he dicho que mintieras —contestó Bicho.

—Bueno —preguntó Shurq—, ¿y quién está matando a todas esas personas?

—Eso da igual —dijo Tehol mientras se ponía de pie él también—. Shurq Elalle, permíteme presentarte a Ublala Pung. El canal es precioso de noche, ¿no? No dentro, claro. Por la orilla, solo por variar. Perfecto para un paseo…

—Tengo intención de robar en la finca de Gerun Eberict —le dijo Shurq a Ublala—. Pero hay vigilantes alrededor de los que hay que ocuparse. ¿Puedes crear una distracción, Ublala Pung?

El hombretón se rascó la mandíbula.

—No sé. No tengo nada contra ellos…

—No les caes bien.

—¿No? ¿Y por qué?

—No hay razón. No les caes bien, sin más.

—Entonces ellos tampoco me caen bien a mí.

—Eso dices, pero yo no he visto ninguna prueba.

—¿Quieres pruebas? Bien. Vamos.

Shurq entrelazó un brazo con el de Ublala y lo llevó al otro extremo del tejado.

—Tenemos que saltar a ese otro tejado —dijo—. No creo que puedas hacerlo, Ublala. No sin ruido, en cualquier caso.

—Sí que puedo. Te lo demostraré.

—Veremos.

Tehol se los quedó mirando y después se volvió hacia Bicho.

El criado se encogió de hombros.

—Son las complejidades de la mente masculina, amo.

La lluvia que había caído a lo largo del día le había dado a la noche un frescor glorioso. Brys Beddict salió del palacio por un postigo lateral y procedió por una ruta tortuosa hasta la residencia de su hermano. Aunque ya era cerca de medianoche, había muchas personas por la calle.

Brys jamás se había sentido del todo cómodo en aquel sórdido y atestado laberinto que era Letheras. El rostro de la riqueza se mantenía casi oculto y solo dejaba el semblante estragado de la pobreza, y eso a veces resultaba abrumador. Tras los endeudados estaban los perdidos, los que se habían rendido del todo y entre ellos se podían ver no solo refugiados de las tribus anexadas, sino letherii también, más de los que él hubiera imaginado. A pesar del crecimiento explosivo que impulsaba al reino, parecía que una proporción incluso mayor de la población se estaba quedando atrás, y eso era inquietante.

¿En qué momento de la historia de Letheras, se preguntó, la codicia galopante se había convertido en virtud? El nivel de autojustificación requerido era pasmoso en su tautológica complejidad y parecía que el propio lenguaje era su mayor armadura contra el sentido común.

No puedes dejar a todas estas personas atrás. Se han quedado fuera de la emoción incesante y la codicia, de la acumulación frenética. Se han quedado fuera y solo pueden mirar con una desesperación y envidia crecientes. ¿Qué pasa cuando la rabia suplanta a la impotencia?

Las filas del ejército se estaban llenando cada vez más con miembros de las clases inferiores. Adiestramiento, ingresos aceptables y la barriga llena eran los incentivos, pero esos soldados no estaban enamorados de la civilización que habían jurado defender. Cierto, muchos de ellos se

alistaban soñando con botines, con riquezas robadas y glorias ganadas. Pero tales fortunas solo se adquirían mediante la agresión, y una agresión triunfal, además. ¿Qué ocurriría si el ejército se encontrase peleando a la defensiva? *Lucharán para defender sus casas, a sus seres queridos. Pues claro que lo harán. No hay motivo para preocuparse, ¿verdad?*

Giró por el callejón que llevaba a la casa de Tehol y oyó, en alguna parte por detrás de la miserable vivienda, los ruidos de una discusión fiera. Cosas que se estrellaban contra el suelo en una cacofonía que terminó con un chillido.

Brys dudó. No podía llegar a la fuente de los ruidos desde ese callejón pero el tejado de Tehol quizá le permitiera echar un vistazo a la calle de enfrente. Continuó su camino.

Con el pomo del cuchillo, Brys llamó al marco de la puerta. No hubo respuesta. Apartó la cortina y se asomó. Una única y vacilante lámpara de aceite, el fulgor leve de la chimenea y voces que se oían arriba.

Brys entró y subió por la desvencijada escalera.

Salió al tejado y vio a Tehol y su criado de pie en el otro extremo, mirando abajo, era de suponer, entonces, que a la discusión que todavía no había terminado.

—Tehol —lo llamó Brys al acercarse—. ¿Es un asunto para la guardia de la ciudad?

Su hermano se dio la vuelta y después sacudió la cabeza.

—No lo creo, hermano. En unos momentos habrá una solución. ¿No estás de acuerdo, Bicho?

—Eso creo, puesto que él ya está casi fuera y la vieja se ha quedado sin cosas que tirar.

Brys se acercó a ellos y miró abajo. Un hombre enorme se afanaba en desenredarse de un montón de escombros polvorientos y se agachaba cuando una anciana le lanzaba objetos desde la puerta de la vivienda.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Brys.

—Un socio mío —dijo Tehol— saltó al tejado de ahí desde este. Aterrizó sin excesivo ruido, supongo. Pero entonces, por desgracia, el tejado cedió. Como ves, es un hombre grande.

El desventurado socio por fin se había librado. Daba la sensación de que se había llevado buena parte del muro con él en su descenso. Era un milagro que pareciera ileso.

—¿Por qué estaba saltando desde tu tejado, Tehol?

—Era un reto.

—¿Tuyo?

—Oh, no, yo nunca haría eso.

—¿Entonces de quién? ¿Supongo que no sería tu criado?

Bicho empezó a farfullar.

—¿Yo? Le puedo asegurar que no, finadd.

—Otra visita —explicó Tehol—. Que también se ha ido, aunque no muy lejos, imagino. Estará entre las sombras, esperando al querido Ublala.

—¿Ublala? ¿Ublala Pung? Ah, sí, ahora lo reconozco. ¿Un socio? Tehol, ese hombre es un delincuente…

—Que demostró su inocencia en el canal…

—Eso no es inocencia —replicó Brys—, es pura tozudez.

—Una tozudez que el Errante seguro que habría debilitado si Ublala fuera culpable de los delitos de los que se le había acusado.

—Tehol, en serio…

Su hermano lo miró con las cejas alzadas.

—¿Osas tú, un soldado del rey, difamar nuestro sistema de justicia?

—¡Tehol, el propio rey difama nuestro sistema de justicia!

—No obstante, Brys… Eh, ¿qué estás haciendo tú aquí, por cierto?

—He venido a pedirte consejo.

—Oh. Bueno, ¿nos retiramos a una sección más privada de mi tejado? Ven, sígueme, esa esquina de ahí es ideal.

—¿Abajo no sería mejor?

—Bueno, sí, si Bicho se hubiera molestado en limpiar. Tal y como está, mi morada es un desastre inaceptable. Ahí abajo no puedo concentrarme ni un momento. Se me revuelve el estómago con solo pensarlo…

—Eso debe de ser la cena —dijo Bicho detrás de ellos.

Los hermanos se volvieron para mirarlo.

Bicho los saludó con gesto avergonzado.

—Bueno, pues yo estaré abajo.

Los otros lo observaron irse.

Brys carraspeó.

—Hay facciones en el palacio. Intrigas. Y parece que ciertas personas quieren involucrarme a la fuerza, cuando lo único que yo deseo es permanecer leal a mi rey.

—Ah, ¿y algunas de esas facciones no son tan leales al rey?

—No de un modo que se pueda demostrar. Más bien se trata de una cuestión de reinterpretación de lo que serviría mejor al rey y los intereses del reino.

—Ah, pero eso son dos cosas muy diferentes. Los intereses del rey contra los intereses del reino. Al menos supongo que así es como lo ven ellos, y quién sabe, quizá hasta tengan razón.

—Quizá, Tehol, pero yo tengo mis dudas.

Tehol se cruzó de brazos y se quedó mirando la ciudad.

—Bien —dijo—, está la facción de la reina, que incluye al príncipe Quillas, al canciller Triban Gnol y al primer consorte Turudal Brizad. ¿Me falta alguien?

Brys había clavado los ojos en su hermano. Sacudió la cabeza.

—Oficiales y guardias, varios espías.

—Y la facción del rey. El ceda Kuru Qan, el primer eunuco Nifadas, la preda Unnutal Hebas y quizá la primera concubina Nisall. Y, por supuesto, tú.

—Pero yo no tengo ningún deseo de estar en ninguna facción…

—Eres el paladín del rey, hermano. Tal y como yo lo veo, no tienes mucha elección.

—Tehol, soy una nulidad en tales juegos de intriga.

—Entonces no digas nada. Jamás.

—¿Y de qué servirá eso?

—Los convencerás de que eres más listo que ellos. Y lo que es más espeluznante, que lo sabes todo. Puedes ver lo que ocultan todas sus fachadas…

—Pero si yo no puedo ver nada, Tehol. Por tanto, no soy más listo.

—Pues claro que lo eres. Solo tienes que tratarlo como si fuera un duelo. De hecho, trátalo todo como si fuera un duelo. Fintar, parar, separarse, todas esas cosas tan complicadas.

—Para ti es fácil decirlo —murmuró Brys.

Los dos se quedaron callados y contemplaron la ciudad oscura. Las lámparas de aceite iluminaban los paseos del canal, pero el agua en sí era negra como la tinta y serpenteaba como cintas de nada entre los edificios pesados y achaparrados. Otras luces se movían por las calles, llevadas por personas que se afanaban en sus tareas. A pesar de todo, la oscuridad dominaba la escena.

Brys se quedó mirando la grada más cercana y observó unos cuantos faroles que se deslizaban por el tramo como lunas minúsculas.

—He estado pensando en Casco —dijo tras un momento.

—Yo no albergaría demasiadas esperanzas —dijo Tehol—. Los deseos de nuestro hermano nada tienen que ver con el

instinto de supervivencia. Tiene en mente, creo, que va a morir pronto.

Brys asintió.

—Y —continuó Tehol—, si puede, con él hará caer todo lo que pueda de Lether. Solo por esa razón alguien lo detendrá. De forma definitiva.

—Y se esperará de mí que me vengue de esos asesinos —dijo Brys.

—No necesariamente —contestó Tehol—. Después de todo, tu principal lealtad es para con tu rey.

—¿Desbancando incluso la que le debo a mi familia?

—Bueno, sí.

—No hacer nada se vería como cobardía. Y lo que es peor, no creo que pudiera mirar a la cara a los asesinos de Casco sin echar mano de la espada.

—Quizá tengas que hacerlo, Brys. Por supuesto —añadió Tehol—, yo no estoy obligado por tales prohibiciones.

Brys estudió a su hermano durante un largo instante.

—¿Tú vengarías a Casco?

—Puedes contar con ello.

Al final, Brys sonrió.

Tehol lo miró y asintió.

—Perfecto, hermano. Cuando te enfrentes a ellos cara a cara, muéstrales esa sonrisa. Les llenará el corazón de terror.

Brys suspiró y volvió a mirar a la ciudad.

—Por fuera, nosotros tres parecemos muy diferentes.

—Y lo somos —respondió Tehol—. Todo se reduce a los métodos y cada uno caminamos por un sendero único. Al mismo tiempo y por desgracia, todos debemos vivir con un legado auténtico, una herencia especialmente desagradable. —Se encogió de hombros y después se subió los pantalones medio caídos—. Tres piedras en un arroyo. Todas sometidas al mismo torrente de agua pero cada una

ha terminado con una forma diferente, dependiendo de su naturaleza.

—¿Y cuál de nosotros es la arenisca?

—Casco. Es el que más se ha gastado, hermano, con mucho. Tú, tú eres basalto.

—¿Y tú, Tehol?

—Posiblemente una mezcla de los dos, lo que produce un resultado triste y deforme. Pero puedo vivir con ello.

—Quizá tú puedas —comentó Brys—, pero ¿qué hay del resto de nosotros?

—Hay un asunto en el que quizá tú puedas ayudarme, hermano.

—¿Sí?

—Es de suponer que habrá archiveros de información recóndita en el palacio. Personas que llevan la cuenta de acontecimientos varios, tendencias y demás.

—Un auténtico ejército de ellos, Tehol.

—De veras. Bueno, ¿podrías quizá hacer algunas pesquisas discretas por mí?

—¿Referentes a qué?

—A personas que están desapareciendo en Letheras. Estadísticas anuales, ese tipo de cosas.

—Si quieres. ¿Por qué?

—En este momento, solo es curiosidad.

—¿Qué tramas, Tehol?

—Esto y aquello.

Brys hizo una mueca.

—Ten cuidado.

—Lo tendré. ¿Hueles eso? Bicho está haciendo té.

—Eso no huele a té.

—Sí, es una caja de sorpresas. Vamos abajo. Yo, por lo menos, tengo mucha sed.

Shurq Elalle observó a Ublala Pung rodear al par de guardias que acababan de doblar la esquina de la muralla exterior de la hacienda. Tuvieron tiempo de levantar la mirada, alarmados, antes de que el hombretón les lanzara un puñetazo. Hizo crujir una mandíbula y el mismo puño se estrelló contra la sien del otro hombre. Los dos se derrumbaron. Ublala hizo una pausa y los miró desde su altura, después se fue en busca de más.

Shurq salió de entre las sombras y se acercó a la muralla. Habían grabado guardas en la piedra ocre, pero ella sabía que estaban vinculadas a intrusiones de personas vivas. El calor de un cuerpo, el aliento húmedo, el latido de un corazón. Las afectadas por el movimiento eran mucho más caras de mantener y se habrían reservado para la casa principal.

Llegó a la muralla e hizo una pausa para echar un último vistazo alrededor, después escaló a toda prisa. La parte superior estaba tachonada con fragmentos de hierro afilados como navajas que se clavaron en el relleno reforzado de sus guantes. Cuando se aupó, los fragmentos atravesaron las capas de cuero y se hundieron en sus palmas, lo que mejoró su agarre. Más tarde haría que le cosieran las laceraciones, para evitar que entraran hilachas, insectos y otras criaturas que quizá intentaran instalarse en los agujeros.

Encaramó el torso por encima de los brazos y estudió el complejo. Al no ver a nadie se alzó sobre el muro, giró sobre las manos y fue bajando por el otro lado. Se soltó la mano izquierda de las puntas que la sujetaban y se agarró al saliente con los dedos, después liberó la diestra también de un tirón. Libre de los fragmentos, descendió a toda prisa y se agazapó en las sombras bajo el muro.

Docenas de guardias por delante, entre ella y su objetivo. Hombres, pero no, no podía pensar en eso, no en ese momento. Más tarde, con Ublala. Por desgracia, el huésped tonto que albergaba en su interior no sabía nada del valor de la anticipación. Sabía de hambre y el hambre hay que calmarla. La naturaleza de las cosas vivas, caviló la ladrona, en oposición a las cosas muertas. Urgencia, insatisfacción, la carga de los apetitos. Ya se le había olvidado.

Cuatro guardias de pie en la entrada de la finca, uno a cada lado de las puertas dobles, los otros dos flanqueando los amplios escalones. Parecían aburridos. Había ventanas en el piso principal pero las contraventanas estaban cerradas. Balcones en el siguiente nivel, las pequeñas puertas tendrían guardas. El último piso consistía en tres habitaciones con forma de «A» que daban al frente, los tejados puntiagudos eran escarpados y cubiertos de pizarra. Detrás de esas proyecciones, el tejado de la hacienda era plano y de muros bajos, un auténtico bosque de macetas de plantas y árboles enanos. Y vigilantes ocultos.

En general, parecía inexpugnable.

Justo como a ella le gustaba.

Se puso en marcha hacia las dependencias exteriores más cercanas, un cobertizo de herramientas con un tejado inclinado que miraba hacia el complejo. Pasos cuidadosos, quedos, después se acomodó junto a la pared más cercana del cobertizo. Donde esperó.

Un golpe ruidoso y seco en las verjas principales.

Los cuatro guardias de la entrada de la finca se irguieron e intercambiaron unas miradas. Había al menos ocho de sus compañeros patrullando las calles y el callejón que había tras el muro. Era demasiado tarde para tener invitados y además, maese Gerun Eberict no estaba en casa. Por otro lado, quizá hubiera enviado un mensajero. Pero entonces

habría habido una señal de la patrulla. No, Shurq los vio llegar a la conclusión de que eso no era normal.

Los dos guardias de la escalera salieron hacia la verja con las manos en las empuñaduras de las espadas.

Los golpes secos se detuvieron cuando los dos hombres estaban a medio camino de la verja. Ralentizaron el paso y sacaron las armas.

A dos pasos de la verja.

Los dos inmensos portones estallaron y derribaron a ambos guardias, que cayeron bajo la madera abollada y el bronce. El impulso que llevaba Ublala lo lanzó por encima de las puertas aplastadas y los hombres atrapados debajo.

En la cima de las escaleras, gritos de alarma y los últimos dos guardias se apresuraron hacia el gigante.

—¡Yo nunca os he hecho nada a ninguno! —bramó Ublala, o por lo menos eso fue lo que Shurq creyó oír, las palabras surgían borrosas entre la indignación resentida del hombretón que cargaba contra los dos guardias.

Unos breves momentos de preocupación para Shurq, ya que su hombre iba desarmado.

Espadas que salieron de golpe. Ublala pareció darles un bofetón en la parte plana y una de las espadas salió dando vueltas por el aire. La otra se estrelló contra los adoquines a los pies del gigante. Un revés con la mano mandó al hombre más cercano dando tumbos y lo tiró al suelo. El guardia que quedaba estaba dando gritos y retrocediendo a tropezones. Ublala estiró una mano, lo cogió por el brazo derecho y se lo pegó a él.

—¡No soy un palo ni don nadie!

O quizá decía:

—¡Yo no soy malo con nadie!

El guardia se vio arrastrado al suelo y baqueteado entre un estrépito de armadura que acompañaba la incoherente

afirmación. El desventurado se quedó sin fuerzas, agitando brazos y piernas. Ublala lo dejó caer y levantó la cabeza.

Por ambos lados de la finca salían guardias que se dirigían hacia él.

El gigante rezongó, alarmado, se giró y salió corriendo por la verja abierta.

Shurq le echó un vistazo al tejado. Había cuatro figuras allá arriba que contemplaban al gigante que huía, dos de ellas estaban preparando las jabalinas.

Pero Ublala ya había salido por el arco.

Shurq se deslizó y rodeó la parte posterior del cobertizo, después cruzó disparada la estrecha brecha que había junto al muro de la finca. Se dirigió en silencio hacia las escaleras, subió y se metió por la entrada desprotegida. Fuera, oyó que alguien gritaba órdenes para que una retaguardia asegurase el complejo, pero era obvio que nadie se había dado la vuelta para echarle un ojo a las puertas principales.

Shurq se encontró en una sala de recepción cuyas paredes estaban cubiertas de frescos que ilustraban la desesperada defensa que había hecho Gerun del rey Ezgara Diskanar. La ladrona hizo una pausa y sacó un cuchillo para grabar un bigote en la mueca varonil y triunfante de Gerun, después continuó a través de un arco que llevaba a un gran aposento decorado al modo de un salón del trono, aunque el trono (una monstruosidad recargada de respaldo alto) estaba solo colocado a la cabecera de una larga mesa en lugar de sobre un estrado elevado.

Puertas en cada esquina de la cámara, cada una con un marco muy florido. Una quinta, estrecha e incrustada en la parte posterior, debía conducir a un pasillo de servicio.

No cabía duda de que a aquellas alturas los habitantes de la casa ya estaban despiertos. Pero, puesto que eran criados

(endeudados todos y cada uno) estarían escondidos debajo de sus catres durante el aterrador tumulto.

Shurq se dirigió a la última puerta. El pasadizo que había detrás era estrecho y estaba mal iluminado. Varias celdas encortinadas lo flanqueaban, las patéticas residencias del personal. No salía ninguna luz de debajo de ninguna de las colgaduras, pero Shurq captó el sonido de unos pies en una habitación del centro, y un grito ahogado en una más cercana, a su izquierda.

Aferró con la mano enguantada el puño del cuchillo de combate que llevaba atado bajo el brazo izquierdo y al sacarlo pasó el dorso de la hoja con fuerza por el borde de la vaina. Más jadeos. Un chillidito aterrado.

Pasos lentos por el estrecho pasillo, paraba de vez en cuando, pero nunca lo suficiente para provocar un grito en nadie, hasta que llegó a un cruce en forma de te. A la derecha, el pasillo se abría a una cocina. A la izquierda, una escalera que llevaba tanto al piso superior como a los sótanos. Shurq se dio la vuelta y miró el pasadizo que acababa de cruzar. Bajó todavía más la voz.

—Dormíos —siseó—. Solo estaba haciendo una ronda. Aquí no hay nadie, cielitos. Relajaos.

—¿Quién va? —preguntó una voz.

—¿A quién le importa? —respondió otra—. Como él ha dicho, Prist, vuelve a dormir.

Pero Prist continuó.

—Es solo que no lo reconozco…

—Ya —contestó el otro—, y no eres jardinero sino todo un héroe de carne y hueso, ¿no, Prist?

—Lo único que digo es…

Shurq volvió y se detuvo delante de la cortina de Prist.

Oyó movimientos detrás pero el hombre se había quedado callado.

Apartó el sucio paño y se metió en la atestada habitación. Hedía a barro y estiércol. En la oscuridad, la ladrona solo distinguió una figura grande y agazapada al fondo, con una manta subida hasta la barbilla.

—Ah, Prist —murmuró Shurq con una voz que era poco más que un susurro y mientras daba otro paso más—, ¿se te da bien quedarte muy calladito? Eso espero, porque tengo intención de pasar un rato contigo. No te preocupes —añadió al tiempo que se desabrochaba el cinturón—. Será divertido.

Dos campanadas más tarde, Shurq levantó la cabeza del musculoso brazo del jardinero y se concentró en escuchar algo por encima de los sonoros ronquidos del hombre. El pobre malnacido había quedado exhausto, la ladrona esperaba que Ublala se las arreglara mejor, y, además, todos aquellos subsiguientes gimoteos y lloriqueos eran asquerosos. Cuando se difuminaron los suaves ecos de la campanada, los sustituyó un silencio sólido.

Los guardias habían regresado poco después de que Shurq se deslizara en el cubículo de Prist. Graznaban especulaciones y amargas discusiones, indicación de que Ublala había conseguido escapar, aunque una llamada para disponer de los servicios del sanador de la casa sugería que había habido un choque o dos. A partir de entonces las cosas se habían tranquilizado. Se había efectuado un registro somero de la finca, pero no en los alojamientos de los sirvientes, lo que sugería que los guardias de la casa no habían sospechado que pudiera haber distracciones o infiltraciones. Un descuido. Indicativo de una triste falta de imaginación. En general, lo que Shurq se esperaba. Un amo

despótico solía tener ese efecto. La iniciativa era peligrosa, no fuera a chocar con el formidable ego de Gerun.

Shurq se desprendió del agotado e infantil abrazo de Prist y se levantó en silencio para vestirse y ponerse el equipo. Gerun tendría un despacho junto a sus aposentos privados. Los hombres como Gerun siempre tenían despachos. Satisfacían su necesidad de legitimidad.

Sus defensas serían elaboradas, la magia cara y rigurosa. Pero no tan complicada como para confundir a un finadd. Por lo tanto, los mecanismos de desactivación serían sencillos y claros. Otra cosa que había que tener en cuenta, por supuesto, era que Gerun estaba fuera. Era probable que hubiera guardas adicionales que no se pudieran anular. Sospechaba que estarían orientadas a seres vivos, puesto que otros tipos se podían disparar por accidente con mucha más facilidad.

La ladrona volvió con mucho cuidado al pasadizo. Sonidos de sueño profundo y nada más. Satisfecha, Shurq regresó al cruce en forma de te y giró a la izquierda. Subió por la escalera y tuvo buen cuidado de colocar cada pie en bordes alternos, donde las junturas reducían la probabilidad de que hubiera un crujido revelador.

Al llegar al primer rellano, Shurq se acercó a la puerta e hizo una pausa. Se quedó inmóvil. Había un alambre instalado en la juntura de la puerta, colocado allí por el último criado en usar esa entrada. A veces las alarmas más sencillas triunfaban allí donde fracasaban las más elaboradas, aunque solo fuera porque el ladrón se anticipaba demasiado a la complicación. Shurq soltó el mecanismo y giró el cerrojo.

Entró en otro pasillo de servicio que corría paralelo al pasillo principal, lo que suponía una distribución típica para la hacienda de Gerun. Shurq encontró la solitaria puerta

donde esperaba, al fondo a la derecha. Otro cable que soltar y pasó. El pasillo no estaba iluminado, lo que era una buena idea. Tres puertas en la pared contraria, en las habitaciones de detrás no había ninguna luz.

Estaba convencida de haber encontrado los aposentos privados de Gerun Eberict. Apenas perceptibles en la penumbra, había una multitud de sigilos arcanos pintados en la puerta más cercana.

Shurq se acercó un poco más para estudiar los símbolos.

Y se quedó paralizada cuando una voz monótona habló desde el pasillo, algo más abajo.

—Fue incompetencia. O eso dice él. Y ahora se supone que tengo que compensárselo.

La ladrona se volvió poco a poco. Una figura sentada, espatarrada, con las piernas estiradas y la cabeza ladeada.

—Estás muerta —dijo el hombre.

—¿Es una promesa o una observación?

—Solo algo que tenemos en común —respondió él—. Cosa que no me pasa muy a menudo, ya no.

—Sé cómo te sientes. Así que Gerun te tiene aquí vigilando sus aposentos.

—Es mi penitencia.

—Por incompetencia.

—Sí. Gerun no despide a la gente, sabes. Los mata y después, dependiendo de lo enfadado que esté, los entierra o se los queda un tiempo. Supongo que al final terminará enterrándome.

—¿Sin liberar tu alma?

—Muchas veces se olvida de esa parte.

—Estoy aquí para robar todo lo que tiene.

—Si estuvieras viva, por supuesto te mataría de algún modo monstruoso y aterrador. Me levantaría de esta silla arrastrando los pies y los brazos en alto con las manos

arañando el aire. Haría ruidos bestiales, gemiría y sisearía como si estuviera deseando clavarte los dientes en la garganta.

—Eso desde luego sería suficiente para disuadir a un ladrón. A uno vivo, claro.

—Lo sería, y supongo que yo, además, lo disfrutaría.

—Pero yo no estoy viva, ¿no?

—No. Pero tengo una pregunta para ti, y es importante.

—De acuerdo. Hazla.

—¿Por qué, puesto que estás muerta, tienes tan buen aspecto? ¿Quién te corta el pelo? ¿Por qué no te estás pudriendo como yo? ¿Estás rellena de hierbas o algo así? ¿Llevas maquillaje? ¿Por qué tienes el blanco de los ojos tan blanco? ¿Y los labios tan brillantes y satinados?

Shurq se quedó en silencio unos instantes.

—¿Esa es tu única pregunta?

—Sí.

—Si quieres, puedo presentarte a las personas responsables de mi nuevo yo. Estoy segura de que pueden hacer lo mismo por ti.

—¿En serio? ¿Incluyendo una manicura?

—Desde luego.

—¿Y qué hay de limarme los dientes? Ya sabes, para que estén afilados y den miedo.

—Bueno, no sé cuánto miedo vas a dar con un buen corte de pelo, maquillaje, uñas perfectas y labios brillantes.

—¿Pero los dientes afilados? ¿No crees que los dientes afilados aterrarán a la gente?

—¿Por qué no te conformas con eso? A la mayor parte de la gente le asustan las cosas podridas, las cosas que tienen bichos metidos y apestan como una tumba recién excavada. Colmillos y uñas cortadas para que parezcan garras.

—Me gusta. Me gusta cómo piensas.

—Un placer. Bueno, ¿tengo que preocuparme por estas guardas?

—No. De hecho, puedo enseñarte dónde están todos los mecanismos de las alarmas.

—¿Eso no te delatará?

—¿Delatarme? Pero si yo me voy contigo. Suponiendo que nos puedas sacar a los dos de aquí, claro.

—Ah, ya veo. Estoy convencida de que nos las arreglaremos. ¿Cómo te llamas, por cierto?

—Harlest Eberict.

Shurq ladeó la cabeza.

—Oh —dijo después—. Pero tú te fuiste al otro barrio hace diez años, según tu hermano.

—¿Diez años? ¿Nada más?

—Dijo que te caíste por las escaleras, creo. O algo parecido.

—Escaleras. O lanzado por el balcón. Quizá las dos cosas.

—¿Y qué hiciste o dejaste de hacer para ganarte semejante castigo?

—No lo recuerdo. Solo que fui un incompetente.

—Eso fue mucho antes de que Gerun salvara la vida del rey. ¿Cómo pudo permitirse la hechicería necesaria para atar tu alma a tu cuerpo?

—Creo que pidió que le devolvieran un favor.

Shurq se volvió hacia la puerta.

—¿Esta lleva a su despacho?

—No, esa lleva a la habitación donde hace el amor. La que buscas es esa de ahí.

—¿Alguna posibilidad de que alguien nos esté oyendo hablar ahora mismo?

—No, las paredes son gruesas.

—Una última cosa —dijo Shurq echándole una mirada a Harlest—. ¿Por qué no vinculó Gerun tu lealtad con magia?

El rostro pálido y desigual mostró sorpresa.

—¡Pues porque somos hermanos!

Una vez anuladas las alarmas, los dos nos muertos se plantaron en la oficina del finadd Gerun Eberict.

—Aquí no guarda muchos dineros en metálico —dijo Harlest—. Son sobre todo escrituras de propiedades. Reparte su fortuna para protegerla.

—Muy inteligente. ¿Dónde está el sello?

—En el escritorio.

—Muy poco inteligente. Hazme un favor y empieza a recoger esas escrituras. —Shurq se acercó al escritorio y cogió el pesado sello ornamentado y las gruesas láminas de cera apiladas junto a él—. ¿Esta cera es de un color exclusivo?

—Oh, sí. Pagó un montón por ella. —Harlest había ido a una pared y estaba apartando un gran tapiz detrás del que se ocultaba un armarito incrustado. Desconectó una serie de cables trampa y después abrió de golpe una puerta pequeña. Dentro había varias pilas de pergaminos y una cajita adornada con piedras preciosas.

—¿Qué hay en la caja? —preguntó Shurq.

Harlest la levantó y se la tiró a Shurq.

—El metálico. Como ya te he dicho, nunca tiene mucho por aquí.

La ladrona examinó el cierre. Comprobó satisfecha que no tenía ninguna trampa, lo deslizó hacia un lado y levantó la tapa.

—¿No mucho? Harlest, esto está lleno de diamantes.

El hombre, con los brazos cargados de pergaminos, se acercó.

—¿En serio?

—Ha vendido unas cuantas propiedades, me parece.

—Debe de haberlo hecho. Me pregunto por qué.

—Para usarlos —respondió ella— para algo muy caro. Oh, bueno, tendrá que arreglarse sin ellos.

—Gerun se va a enfadar mucho —dijo Harlest sacudiendo la cabeza—. Se va a poner furioso. Empezará a darnos caza y no parará hasta que nos encuentre.

—¿Y luego qué? ¿Torturarnos? No sentimos dolor. ¿Matarnos? Ya estamos muertos…

—Recuperará su dinero…

—No puede si ya no existe.

Harlest frunció el ceño.

Con una sonrisa, Shurq cerró la caja y ajustó el cierre.

—No es como si tú y yo no pudiéramos utilizarlo, ¿no? Esto es el equivalente de tirar a Gerun por el balcón, o escaleras abajo, solo que a nivel financiero en lugar de físico.

—Bueno, es mi hermano.

—Que te asesinó y ni siquiera fue capaz de dejarlo así.

—Eso es cierto.

—Así que nos vamos por el balcón. Tengo un compañero que está a punto de empezar otra maniobra de distracción. ¿Estás conmigo, Harlest?

—¿Todavía puedo conseguir los colmillos?

—Te lo prometo.

—De acuerdo, vamos.

Estaba a punto de amanecer y el suelo humeaba. Tetera estaba sentada sobre una raíz jorobada y observaba una única pierna que se arrastraba poco a poco y se iba metiendo en el mantillo. El hombre había perdido una pierna en la pelea y la niña observó que los dedos de los pies

sufrieron un pequeño espasmo un momento antes de que se los tragara la tierra oscura.

El hombre había peleado con ganas pero con la mandíbula inferior arrancada y la garganta llenándose de sangre, no había durado mucho. Tetera se lamió los dedos.

Menos mal que el árbol seguía teniendo hambre.

Los malos habían empezado a rebuscar bajo el suelo, reptaban, se deslizaban y mataban todo lo que encontraban débil. Pronto solo quedaría un puñado pero esos serían los peores. Y después saldrían.

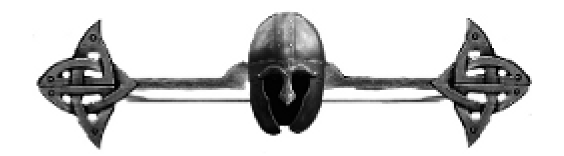
No era algo que Tetera estuviera deseando. Y esa noche le había costado mucho encontrar una víctima en las calles, alguien con pensamientos desagradables que estuviera donde no debía por razones nada recomendables.

Estaba siendo cada vez más difícil, comprendió. Se echó hacia atrás y se pasó los dedos manchados por el pelo mugriento, se preguntaba dónde habrían desaparecido todos los criminales y los espías. Era extraño, e inquietante.

Y su amigo, el que se hallaba enterrado bajo el árbol más viejo, le había dicho que estaba atrapado. No podía seguir, ni siquiera con la ayuda de Tetera. Pero la ayuda se encontraba de camino, aunque él no estaba seguro de si llegaría a tiempo.

Tetera pensó en ese hombre, Tehol, que se había pasado la noche anterior para charlar. Parecía bastante agradable. Esperaba que la visitara otra vez. Quizá él sabría qué hacer (se giró en la raíz y se levantó delante de la torre cuadrada), sí, quizá él sabría qué hacer, puesto que la torre estaba muerta.

11



Velas desdibujadas surcan el horizonte,
tan lejanas están que reducen
el funesto escrito
grabado en esa probada lona.

Sé que las palabras me pertenecen.
Me pertenecen
estos rastros dejados por la bestia
de mi presencia.

Luego, antes y ahora, más tarde,
y todos los momentos intermedios,
esas lejanas velas impulsadas
con fuerza por vientos maquinales,

que incluso ahora rodean
mi yo de pétreo corazón.

La grava de lágrimas que nunca derramé
me escuece en los ojos.

Velas desdibujadas cerniéndose como si se alzaran
por encima de la curva línea del mundo.
Y yo estoy perdido y perdido sin respuesta
si se acercan o huyen.

Acercan o huyen espontáneos tiempos
en ese vientre hinchado,
con gritos nunca oídos tan lejos,
tan lejanos y distantes.

Este ciego anhelo
Isbarath (de la Orilla)

Atraído por la orilla, como si entre la multitud de verdades no escritas en un alma mortal se pudiera encontrar un reconocimiento de lo que significaba hallarse al borde de la tierra, con los ojos clavados en ese desconocido insondable que era el mar. La arena flexible y las piedras bajo los pies susurraban incertidumbres, promesas roncas de disolución y erosión de todo lo que en otro tiempo era sólido.

En el mundo podían reunirse todos los símbolos manifiestos para reflejar el espíritu humano y en el subsiguiente diálogo se encontraba todo significado, todo tono y todo sabor, alzándose en legión ante los ojos. Dejando al testigo la decisión de elegir el reconocimiento o elegir la negación.

Udinaas se había sentado en un tronco medio enterrado con el barrido de la espuma arañándole los mocasines. No estaba ciego y no había esperanza de negación. Veía el mar

por lo que era, los recuerdos disueltos del pasado presenciados en el presente y combustible fértil del futuro, la cara misma del tiempo. Veía las mareas en sus inmutables susurros, el silbido inmenso como sangre de la fría luna del corazón, un ritmo de tiempo medido y por tanto mensurable. Mareas que nadie podía esperar nunca contener.

Cada año, a un esclavo letherii, metido hasta el pecho en el agua y arrojando redes, lo atrapaba una resaca y lo adentraba en el mar. A algunos las olas los devolvían después, sin vida, hinchados y comidos por los cangrejos. Otras veces las mareas entregaban cadáveres de calamidades desconocidas y restos de barcos. De la vida a la muerte, el agua inmensa y salvaje que golpeaba la costa llevaba el mismo mensaje constante.

El esclavo estaba sentado, acurrucado y exhausto, con la mirada centrada en las olas lejanas que rompían en el arrecife, una cinta blanca que rodaba y volvía una y otra vez con el ritmo de un latido y desde todas partes se precipitaban oleadas de significado. En el cielo gris y pesado. En las llamadas clamorosas de las gaviotas. En la lluvia brumosa que transportaban los gemidos del viento. En las arenas inciertas que se iban escurriendo bajo sus mocasines empapados. Finales y comienzos, el borde del mundo conocible.

Ella había salido corriendo de la Casa de los Muertos. La joven a cuyos pies él había arrojado su corazón. Con la esperanza de que ella quizá lo mirase en algún momento, que el Errante lo llevase, quizá incluso que lo recogiese y lo devorase como una bestia sonriente. Cualquier cosa, lo que fuera salvo… salir corriendo.

Se había quedado inconsciente en la Casa de los Muertos (*ah, ¿acaso significa eso algo?*) y lo habían sacado de allí, era de suponer que de vuelta al catre de la casona Sengar.

Había despertado más tarde, cuánto no lo sabía porque se había encontrado solo. Ni un solo esclavo presente en el edificio. No se había hecho comida, no habían quedado platos ni otras señales de colación alguna. La chimenea era un montículo de cenizas blancas que cubrían unas cuantas ascuas persistentes. Fuera, aparte de la voz leve del viento y el goteo más cercano de la lluvia, reinaba el silencio.

Con la cabeza llena de bruma, los movimientos lentos y torpes, había reconstruido el fuego. Había encontrado una capa impermeable y luego había salido. Al no ver a nadie cerca, había bajado hasta la orilla del agua. Y se había quedado mirando el mar vacío y lleno y el cielo vacío y lleno. Golpeado por el silencio y su rugido de viento, los gritos de las gaviotas y la lluvia que lo azotaba. Solo en la playa en medio de aquella clamorosa legión.

El guerrero muerto que estaba vivo.

La sacerdotisa letherii que había huido frente a una solicitud de ayuda para dar solaz y consuelo a otro letherii.

En la ciudadela del rey hechicero, Udinaas sospechaba que se habían reunido los edur. Voluntades enzarzadas en una guerra pavorosa y, como una isla alrededor de la que bramaba la tormenta en ciclos interminables, la forma monstruosa de Rhulad Sengar, que había resucitado en la Casa de los Muertos. Ceñido por una armadura de oro, vestido de cera, seguramente incapaz de caminar bajo todo ese peso, hasta, por supuesto, que se quitaran las monedas.

El arte de Udinaas… deshecho.

Un procedimiento que dolería. Un dolor insoportable, pero había que hacerlo, y rápido. Antes de que el cuerpo y la piel crecieran y abrazaran esas monedas.

Rhulad no era un cadáver pero tampoco era un no muerto, pues un no muerto no gritaría. Vivía una vez más.

Los nervios despiertos, la mente en llamas. Atrapado en una prisión de oro.

Como yo lo estuve, una vez. Como están atrapados todos los letherii. Oh, es poesía animada, eso es Rhulad Sengar, pero sus palabras son para los letherii, no para los edur.

Solo un significado extraído de esa funesta legión, un significado que no lo iba a dejar en paz. Rhulad iba a volverse loco. A Udinaas no le cabía duda alguna. Moribundo, solo para regresar a un cuerpo que ya no era suyo, un cuerpo que pertenecía al bosque, las hojas y la tierra del túmulo. ¿Qué clase de viaje había sido ese? ¿Quién había abierto el camino y por qué?

Es la espada. Tiene que serlo. La espada que no quería soltarle las manos. Porque no había terminado con Rhulad Sengar. La mente no significa nada para ella. No ha terminado.

Un regalo destinado, al parecer, a Hannan Mosag. ¿Ofrecido por quién?

Pero Hannan Mosag no se quedará con esa espada. Esta ha reclamado a Rhulad. Y esa espada, con todo su poder, pende ahora sobre el rey hechicero.

Eso podía hacer pedazos la confederación. Podía hacer caer a Hannan Mosag y sus k'risnan. A menos, por supuesto, que Rhulad Sengar se sometiera a la autoridad del rey hechicero.

Un asunto menos problemático si hubiera sido Temor, o Trull. Quizá incluso Binadas. Pero no, la espada había elegido a Rhulad, el no iniciado impaciente por ir a la guerra, un joven con ojos secretos y rebelión en el alma. Pudiera ser que estuviera destrozado pero Udinaas sospechaba que no era el caso. *Pude hacerle regresar, calmar esos gritos. Un respiro de la locura, un respiro en el que podía recuperarse y recordar todo lo que había sido.*

Se le ocurrió a Udinaas que quizá hubiera cometido un error. Un favor mayor quizá hubiera sido no impedir ese rápido hundimiento en la locura.

Y ahora quiere que yo sea su esclavo.

La espuma se arremolinaba alrededor de sus tobillos. La marea subía.

—Para esto bien podríamos estar en una aldea abandonada a los fantasmas —dijo Buruk el Pálido usando la punta de una bota para acercar un tronco más al fuego. Hizo una mueca al ver el vapor que se levantaba de la corteza empapada.

Seren Pedac se lo quedó mirando un momento más y después se encogió de hombros y fue a coger la abollada tetera que había sobre una piedra plana cerca de las llamas. Podía sentir el calor del mango a través de los guantes de cuero cuando se volvió a llenar la taza. El té había reposado demasiado pero no le importó mucho y tomó un trago del amargo líquido. Al menos estaba caliente.

—¿Cuánto tiempo más va a continuar esto?

—Contén tu impaciencia, Buruk —le aconsejó Seren—. No habrá satisfacción en la resolución de todo esto, suponiendo que una solución sea siquiera posible. Lo vimos con nuestros propios ojos. Un hombre muerto resucitado, pero resucitado demasiado tarde.

—Entonces Hannan Mosag debería limitarse a desmocharle la cabeza al muchacho y acabar de una vez.

Seren no respondió. En algunos sentidos, Buruk tenía razón. Las prohibiciones y tradiciones solo llegaban hasta un punto y no había (no podía haber), ningún precedente para lo que había pasado. Habían visto a los dos hermanos Sengar arrastrar a su hermano por la puerta, la masa de cera

y oro con brazos y piernas que era Rhulad. Verdugones rojos por ojos, cerrados y fundidos, la cabeza alzándose para mirar sin ver el cielo gris por un momento, antes de volver a caer. El cabello trenzado, sellado en cera, caía como tiras de una vela raída. Hilillos de saliva colgándole de la boca abierta mientras lo llevaban hacia la ciudadela.

Los edur se reunieron en el puente, en la orilla de la aldea, y salieron de las otras casonas nobles que rodeaban la ciudadela. Cientos de edur e incluso más esclavos letherii, atraídos para ser testigos, silenciosos, entumecidos y horrorizados. Seren había visto a la mayor parte de los edur ir entrando después en la ciudadela. Los esclavos parecían haber desaparecido sin dejar rastro.

Seren sospechaba que Bruja de la Pluma estaba arrojando las losas en algún lugar menos público que el enorme granero donde había llevado a cabo el ritual la última vez. Al menos no había nadie allí cuando la corifeo había mirado.

Y después el tiempo se había detenido. El campamento de Buruk y los nerek, acurrucados en sus tiendas, se habían convertido en una isla en la bruma rodeada por lo desconocido.

Se preguntó adónde se habría ido Casco. Había ruinas en el bosque y rumores de artefactos extraños, algunos inmensos y muy extendidos, a muchos días de viaje al noroeste. Antiguo como era el bosque, había encontrado suelo fértil en historia. Destrucción y disolución ponían fin a cada ciclo que pasaba, y la descomposición entregaba al mundo agotado las diversas partes para ensamblar un todo nuevo.

Pero la sanación pertenecía a la tierra. No estaba garantizada para cuanto vivía en ella. Las razas terminaban, el último de una bestia concreta, el último de una raza

concreta, cada uno caminaba solo durante un tiempo. Antes de que se cerraran para siempre esos ojos singulares y la visión tras ellos.

Seren ansiaba aferrarse a esa larga visión. Buscaba con desesperación la sabiduría serena que prometía, la paz que pertenecía a una perspectiva amplia. Con distancia suficiente, hasta una cordillera podía parecer plana; los valles entre cada pico, invisibles. Del mismo modo, vidas y muertes, picos y valles de mortalidad, se podían allanar. Cuando pensaba así se sentía menos inclinada al ataque de pánico.

Y eso se estaba haciendo cada vez más importante.

—¿Y, en el nombre del Errante, se puede saber dónde está esa delegación? —preguntó Buruk.

—Desde Trate —le contestó Seren—, vendrán bordeando hasta aquí. Están en camino.

—Ojalá lo hubieran hecho antes de todo esto.

—¿Temes que Rhulad suponga una amenaza para el tratado?

La mirada de Buruk permanecía clavada en las llamas.

—Fue la espada lo que lo resucitó —dijo en voz baja—. O quienquiera que la hizo y se la envió a los edur. ¿Viste la hoja? Está moteada. Me hizo pensar en una de las Hijas a las que veneran, la moteada, ¿cómo se llamaba?

—Sukul Ankhadu.

—Quizá exista en realidad. Una diosa edur…

—Un regalo dudoso, entonces, ya que para los edur Sukul Ankhadu es una criatura caprichosa. La temen. Ellos veneran a padre Sombra y a hija Atardecer, Sheltatha Sabiduría. Y, en su vida diaria, más a la última que al primero. —Seren se terminó el té y volvió a llenarse la taza de estaño—. Sukul Ankhadu. Es posible, supongo, aunque no recuerdo ninguna historia en la que esos dioses y diosas

de los edur se manifiesten de un modo tan directo. Parecía más bien que veneraran a sus ancestros, los fundadores de las tribus elevados a rango de figuras sagradas, ese tipo de cosas. —Tomó un sorbo e hizo una mueca.

—Eso te hará un agujero en la tripa, corifeo.

—Demasiado tarde, Buruk.

—Bueno, si no fue Ankhadu, ¿entonces quién? Esa espada salió de algún sitio.

—No lo sé.

—Ni parece que te importe siquiera. La apatía no te sienta bien, corifeo.

—No es apatía, Buruk, es sabiduría. Me sorprende que no sepas distinguirlas.

—¿Es sabiduría lo que te quita la vida de los ojos, la perspicacia del pensamiento? ¿Es sabiduría lo que te hace indiferente a ese milagro de pesadilla que presenciamos ayer?

—Desde luego. ¿Qué otra cosa podría ser?

—¿Desesperación?

—¿Y qué tengo yo que sea merecedor de desesperación?

—No soy yo el que debe responder a eso.

—Cierto…

—Pero lo intentaré, de todos modos. —Sacó una petaca, la destapó y después se la echó al coleto. Dos tragos rápidos, tras los que suspiró y se inclinó hacia atrás—. Me parece que eres de las sensibles, corifeo, lo que supongo que es una cualidad para alguien de tu profesión. Pero no eres capaz de separar los negocios de todo lo demás. La sensibilidad es un tipo penetrante de vulnerabilidad, después de todo. Hace que sea fácil hacerte daño, hace que las cicatrices que tienes se abran con facilidad y sangren al mínimo toque. —Dio otro trago, su rostro se iba aflojando con los efectos del potente licor y el néctar, una debilidad

que se iba apoderando de sus palabras cuando continuó—. Casco Beddict. Te ha apartado pero tú lo conoces demasiado bien. Se está metiendo de cabeza. En un destino que él ha elegido y que lo matará o lo destruirá. Tú quieres hacer algo, quizá incluso detenerlo, pero no puedes. No sabes cómo y lo sientes como un fracaso personal. Tu fallo. Una debilidad. Así pues, por el destino que le acaecerá a él, tú decides no echarle la culpa a él sino a ti misma. ¿Y por qué no? Es más fácil.

En algún momento del pronunciamiento de Buruk, Seren había elegido quedarse mirando los restos amargos de la taza que rodeaba con las manos. Los ojos rastreaban el borde abollado y después los dedos, los pulgares, envueltos en cuero manchado y lleno de marcas. Puntas alisadas, pulidas y oscuras, costuras deshilachadas, los nudillos estirados y llenos de bultos. En el interior había piel, carne, músculos, tendones y callos. Y huesos. Las manos eran unas herramientas tan extraordinarias, caviló. Herramientas, armas, torpes y hábiles, entumecidas y táctiles. Entre los cazadores tribales podían hablar, un frenesí de gestos elocuentes en el silencio. Pero no podían saborear. No podían oír. No podían llorar. Y por eso mataban con tanta facilidad.

Mientras que de la boca salían sonidos a los que se había dado forma reconocible y significados de pasión, de belleza, de claridad cegadora. O turbios, o cortantes y discretos, asesinos y malignos. A veces todo a la vez. El lenguaje era una guerra, más inmensa que cualquier multitud de espadas, lanzas y hechicería. El yo librando una batalla contra todo lo demás. Fronteras promulgadas, defendidas, salidas y brechas, campos de cadáveres que se pudren como fruta caída. Palabras que siempre buscan aliados, que

siempre buscan una verosimilitud icónica en el agolpamiento palpitante.

Y se dio cuenta de que estaba cansada. Cansada de todo. La paz reinaba en el silencio, dentro y fuera, en el aislamiento y en el cansancio.

—¿Por qué no dices nada, corifeo?

Estaba sentado solo, sin hablar, un manto de piel de oso le envolvía los hombros encorvados, la espada sujeta con la punta hacia abajo entre los pies recubiertos de oro, la larga hoja rayada y la amplia empuñadura redonda delante de él. De alguna forma había conseguido abrir los ojos y el brillo era visible entre las sombras embozadas bajo la frente enmarcada por trenzas enceradas. Su aliento salía en un rumor ronco y bajo, el único sonido en la inmensa cámara tras el largo y forzado intercambio entre Tomad Sengar y Hannan Mosag.

Las últimas palabras habían caído dejando una sensación de profunda impotencia. Nadie entre los cientos de edur presentes se movió ni habló.

Tomad no podía decir nada más en nombre de su hijo. Una fuerza sutil le había robado la autoridad y procedía, comprendió Trull con pavor, de la figura sentada envuelta en piel negra y oro reluciente, de los ojos que resplandecían en sus agujeros oscuros. De la espada inmóvil.

De pie en el estrado central, los ojos duros del rey hechicero habían ido poco a poco de Tomad a Rhulad, y allí se mantenían, calculadores y fríos.

Había que entregar la espada. Hannan Mosag los había enviado a recuperarla y esa tarea no se podía considerar culminada hasta que Rhulad la colocara en las manos del

rey hechicero. Hasta entonces, Temor, Binadas, Trull, Theradas y Midik Buhn, todos estarían deshonrados.

Recaía por tanto, al final, sobre Rhulad. Hacer el gesto, curar esa herida desigual.

Pero no se había movido.

Trull ni siquiera estaba seguro de que su hermano fuera capaz de hablar, dado el terrible peso que le encerraba el pecho. Respirar parecía difícil, una labor insoportable. Era extraordinario que Rhulad fuera capaz de mantener los brazos levantados, las manos en la empuñadura de la espada. Aquel joven ágil y flexible se había convertido en algo pesado, bestial.

El aire del salón era húmedo y maloliente. El olor a miedo y pánico apenas contenido giraba entre el humo de las antorchas y la chimenea. Fuera, la lluvia caía incesante, el viento hacía crujir las gruesas planchas de las paredes.

El aliento áspero se contuvo un momento y después una voz aflautada y quebrada habló.

—La espada es mía.

Un destello de miedo en los ojos de Hannan Mosag.

—Eso no puede ser, Rhulad Sengar.

—Mía. Me la dio a mí. Dijo que era yo, no tú. Porque tú eras débil.

El rey hechicero se encogió como si lo hubieran golpeado en la cara.

¿Quién? Trull disparó la pregunta con una mirada penetrante lanzada a Temor. Los ojos de los dos se encontraron y Temor sacudió la cabeza.

Su padre estaba mirando a Rhulad. Las emociones cruzaron su cara por un momento y pareció envejecer siglos ante los ojos de sus hijos.

—¿Quién te dio esa espada, Rhulad? —preguntó después.

Algo parecido a una sonrisa.

—El que nos gobierna ahora, padre. Aquel con quien Hannan Mosag hizo un pacto. No, no uno de nuestros ancestros perdidos. Un nuevo… aliado.

—No eres tú quien debe hablar de eso —dijo el rey hechicero, la voz le temblaba de rabia—. El pacto era…

—Era algo que tenías intención de traicionar, Hannan Mosag —interpuso Rhulad con fiereza, y se inclinó hacia delante para mirar furioso más allá de las manos que envolvían la empuñadura de la espada—. Pero no es eso lo que hacen los edur, ¿verdad? Tú, que querías guiarnos, en ti no se puede confiar. Ha llegado el momento, rey hechicero, de cambiar.

Trull vio a Rhulad levantarse de repente. Y permaneció de pie, equilibrado y seguro, con la espalda recta y la cabeza bien alta. El manto de oso se echó hacia atrás y reveló las monedas que reverberaban. La máscara de oro de la cara de Rhulad se crispó.

—¡La espada es mía, Hannan Mosag! Estoy a su altura. Tú no. Habla, entonces, si quieres revelar a todos los presentes el secreto de este arma. ¡Revela la más antigua de las mentiras! ¡Habla, rey hechicero!

—No hablaré.

Un paso susurrante.

—Entonces… arrodíllate.

—¡Rhulad!

—¡Silencio, padre! Arrodíllate ante mí, Hannan Mosag, y jura tu hermandad. No pienses que me limitaré a echarte a un lado, pues te necesito. Todos te necesitamos. Y a tus k’risnan.

—¿Necesitar? —La cara de Hannan Mosag estaba desfigurada, como si se hubiera apoderado de él un dolor físico.

Rhulad se dio la vuelta y los ojos brillantes se clavaron en sus tres hermanos, uno por uno.

—Adelantaos, hermanos, y juradme vuestros servicios. Soy el futuro de los edur. Theradas Buhn, Midik Buhn. Adelantaos y llamadme hermano. Unid vuestras vidas a la mía. El poder nos aguarda a todos, un poder que no podéis todavía imaginar. Venid. Soy Rhulad, hijo menor de Tomad Sengar. Iniciado en la sangre de la batalla, ¡y he conocido la muerte!

De repente se dio la vuelta y con la punta de la espada arañó el suelo.

—Muerte —murmuró, como si hablara para sí—. La fe es una ilusión. El mundo no es lo que parece. Somos unos necios, todos nosotros. Qué… estupidez. —Continuó con el mismo tono bajo—. Arrodíllate ante mí, Hannan Mosag. No es tanto lo que rindes, ¿verdad? Conoceremos el poder. Seremos como fuimos otrora, como estábamos destinados a ser. Arrodíllate, rey hechicero, y recibe mi bendición.

La cabeza se alzó una vez más, un destello de oro en la penumbra.

—Binadas. Conoces el dolor, una herida que se resiste a curar. Adelántate y te liberaré de ese dolor. Sanaré el daño.

Binadas frunció el ceño.

—Tú no sabes nada de hechicería, Rhulad…

—¡Ven aquí! —El chillido resonó en la inmensa sala.

Binadas se encogió y después se acercó cojeando.

La mano dorada de Rhulad se disparó y los dedos cruzaron el pecho de su hermano. El más leve de los roces y Binadas retrocedió con un tambaleo. Temor se apresuró a sujetarlo. Con los ojos muy abiertos, Binadas se irguió. No dijo nada pero quedó claro cuando se incorporó que el dolor de la cadera había desaparecido. Los temblores lo sacudían.

—Así pues —dijo Rhulad con un susurro—. Venid, hermanos míos. Es hora.

Trull se aclaró la garganta. Tenía que hablar. Tenía que hacer las preguntas, decir lo que nadie más quería decir.

—Te vimos muerto.

—Y he regresado.

—¿Gracias al poder de la espada que sostienes, Rhulad? ¿Por qué ese aliado le daría a los edur semejante cosa? ¿Qué espera conseguir ese aliado? Hermano, las tribus se han unido. Nos hemos ganado la paz…

—Tú eres el más débil de todos nosotros, Trull. Tus palabras te traicionan. Somos tiste edur. ¿Has olvidado lo que eso significa? Creo que sí. —Miró a su alrededor—. Creo que lo habéis olvidado todos. Seis tribus patéticas, seis patéticos reyes. Hannan Mosag conoció una ambición mayor. Suficiente para conquistar. Nos hacía falta pero no puede lograr lo que se ha de hacer ahora.

Trull podía oír al hermano que había conocido en las palabras de Rhulad, pero algo nuevo había entrelazado en ellas. Raíces extrañas, venenosas, ¿era la voz del poder?

Tintineos apagados de los bordes de las monedas cuando Rhulad miró a la silenciosa multitud que esperaba tras el círculo interno.

—Los edur han perdido de vista su destino. El rey hechicero quiere alejaros de lo que debe ser. Hermanos y hermanas míos, todos los que estáis aquí sois eso para mí y más. Yo seré vuestra voz. Vuestra voluntad. Los tiste edur han dejado atrás reyes y reyes hechiceros. Lo que nos aguarda es lo que una vez poseímos pero perdimos hace mucho tiempo. ¿De qué estoy hablando, hermanos y hermanas? Os daré la respuesta. Un imperio.

Trull se quedó mirando a Rhulad. Un imperio. Y en cada imperio… hay un emperador.

Arrodíllate, había ordenado Rhulad. A Hannan Mosag. A todos los presentes. Los tiste edur no se arrodillaban ante simples reyes…

Temor habló entonces.

—¿Quieres ser emperador, Rhulad?

Su hermano se giró para mirarlo y extendió los brazos en un gesto de desprecio.

—¿Quieres darte la vuelta, horrorizado, al verme, Temor? ¿Te asqueo? ¿Oh, pero acaso el esclavo no me elaboró bien? ¿No soy un objeto de gran belleza?

Había un matiz de histeria en el tono.

Temor no respondió.

Rhulad sonrió y continuó.

—Debería decíroslo, el peso ya no me arrastra. Me siento… descargado. Sí, hermano mío, estoy complacido. ¿Oh, te espanta eso? ¿Por qué? ¿No ves acaso mi riqueza? ¿Mi armadura? ¿No soy una visión osada para un guerrero edur?

—No estoy seguro —contestó Temor— de lo que veo. ¿Es en verdad Rhulad el que mora dentro de ese cuerpo?

—Muere, Temor, y ábrete camino con uñas y dientes para regresar. Después pregúntate si el viaje no te ha cambiado.

—¿Te encontraste entre nuestros ancestros? —preguntó Temor.

La carcajada de respuesta de Rhulad fue brutal. Hizo girar la espada en el aire y torció la hoja en un saludo salvaje que reveló una elegancia con el arma que Trull jamás había visto en su hermano.

—¡Nuestros ancestros! Fantasmas orgullosos. ¡Se presentaron en filas de diez mil de profundidad! ¡Me dieron la bienvenida con un rugido! Pariente iniciado era yo, digno de unirme a su empedernida defensa de valiosos recuerdos.

Contra esa inmensa hueste de ignorancia. Oh, sí, Temor, fue un momento de tanta gloria.

—Entonces, por tu tono, Rhulad, quieres desafiar todo aquello que nos es precioso. Quieres negar nuestras creencias…

—¿Y quién entre vosotros puede contradecirme?

—Los espectros de sombra…

—Son tiste andii, hermano. Esclavos de nuestra voluntad. Y te diré una cosa: los que nos sirven murieron a nuestras manos.

—¿Y dónde están nuestros ancestros?

—¿Dónde? —La voz de Rhulad era un chirrido áspero—. ¿Dónde? En ninguna parte, hermano. No están en ninguna parte. Nuestras almas huyen de nuestros cuerpos, huyen de este mundo pues no pertenecemos a él. Jamás ha sido este nuestro sitio.

—¿Y nos llevarás tú a casa entonces, Rhulad?

Los ojos destellaron.

—Qué sabio, hermano. Sabía que tú encontrarías el camino el primero.

—¿Por qué exiges que nos arrodillemos?

La cabeza se ladeó.

—Quiero que juréis lealtad a nuestro nuevo destino. Un destino al que yo guiaré a los tiste edur.

—Quieres llevarnos a casa.

—Quiero.

Temor se adelantó, después hincó una rodilla en tierra e inclinó la cabeza.

—Llevadnos a casa, emperador.

Trull oyó en su cabeza un sonido.

Como una columna al quebrarse.

Y se volvió, al igual que muchos otros, para mirar a Hannan Mosag y su cuadro de hechiceros, y fue testigo del

rey hechicero descendiendo del estrado. Fue testigo de ese hombre arrodillándose ante Rhulad, ante el emperador de los tiste edur.

Como una columna quebrándose.

El agua le tiraba de las pantorrillas, se arremolinaba alrededor de la piel entumecida, Udinaas luchaba por levantarse. Las olas lo mecían, lo hacían tambalearse. En la bahía, barcos. Cuatro en total, empujando contra la bruma, los cascos oscuros agazapados en el agua gris como leviatanes migratorios, envergaduras que se arrastraban por las olas. Podía oír el coro de crujidos apagados y los golpes secos de las hojas de madera en el agua. Figuras embozadas, envueltas en mantos, pequeñas en las cubiertas distantes. Había llegado la delegación.

Se sintió como si estuviera sobre ganchos de hielo, las puntas dentadas incrustadas en sus rodillas. No creía que fuera capaz de caminar. De hecho, estaba a meros momentos de caerse, de hundirse entre la espuma. Tan fácil, arrastrado por la resaca, el frío inundándole los pulmones, envolviendo de oscuridad su mente. Hasta que, en perfecta armonía con la aceptación de la rendición, todo acababa.

Unas garras se le clavaron en los hombros y lo alzaron agitándose de las olas. Unos espolones se hundieron en la capa de lluvia y le mordieron la carne. Demasiado atontado para gritar, sintió que lo levantaban de un tirón por el aire, con las piernas abriéndose y cerrándose entre una llovizna de agua.

Lanzado sobre un lecho de piedras mojadas a quince pasos de la línea de la marea.

Fuera lo que fuera lo que lo había arrastrado había desaparecido, aunque un fuego le ardía en el pecho y allí

donde se le habían clavado las garras. Debatiéndose entre una extraña impotencia, Udinaas al final se dio la vuelta, de modo que yació de espaldas y se quedó mirando las nubes incoloras, la lluvia que le caía en la cara.

Locqui wyval. No me quería muerto, supongo.

Levantó un brazo y sintió la tela de la capa impermeable. No había agujeros. Bien. Le hubiera costado explicarlo.

Comenzaba a recuperar la sensación en la parte inferior de las piernas. Se incorporó sobre las manos y las rodillas. Mojado, tembloroso. No podía haber respuesta para Rhulad, así de sencillo. El rey hechicero tendría que matarlo. *Suponiendo que eso funcione.*

Matarlo, o rendirse. ¿Y qué podía hacer rendirse a Hannan Mosag? ¿Ante un cachorro que apenas se ha iniciado en la sangre? No, arrancarle las manos, cortarle la cabeza y aplastarlo. Quemar el resto y convertirlo en cenizas polvorientas. Destruir la monstruosidad, pues Rhulad Sengar era en verdad un monstruo.

Pasos en las piedras, detrás de él. Udinaas se sentó en cuclillas y parpadeó para quitarse la lluvia de los ojos. Levantó la cabeza cuando apareció Hulad.

—Udinaas, ¿qué estás haciendo aquí?

—¿Leyó las losas, Hulad? ¿Las leyó?

—Lo intentó.

—¿Intentar?

—Fracasó, Udinaas. Las Fortalezas estaban cerradas, estaba ciega a ellas. Estaba asustada. Jamás la he visto tan asustada.

—¿Qué más ha pasado?

—No lo sé. Los edur siguen en la ciudadela.

—No pueden estar todos allí.

—No, solo la nobleza. Los otros están en sus casas. Han expulsado a sus esclavos, por ahora. La mayor parte no tenía

adonde ir. Están acurrucados en el bosque. Empapados. No parece haber un fin en perspectiva. —Bajó una mano y ayudó a Udinaas a levantarse—. Vamos a la casa. A secarnos y calentarnos.

Dejó que Hulad lo guiara de regreso a la casona de los Sengar.

—¿Has visto los barcos, Hulad? —preguntó mientras caminaban—. ¿Los has visto?

—Sí. Están bajando botes, pero no parece que vayan a darles la bienvenida.

—Me pregunto qué pensarán de eso.

Hulad no respondió.

Entraron. El calor repentino, el crujido de las llamas era el único sonido. Hulad lo ayudó a quitarse la capa impermeable. Y al hacerlo, ahogó un grito y tiró de la camisa de Udinaas.

—¿Dónde te hiciste eso?

Udinaas frunció el ceño y miró los cardenales casi negros dejados por las garras del wyval.

—No lo sé.

—Me recuerdan a las heridas de Bruja de la Pluma, las de ese demonio. Son iguales. Udinaas, ¿qué te está pasando?

—Nada. Me voy a dormir.

Hulad no dijo nada más cuando Udinaas bajó por la sala principal en dirección a su catre.

Luchando contra la corriente, las tres gabarras se fueron acercando a la orilla del lado sur del río. Cada nave transportaba a una docena de letherii, la mayor parte guardaespaldas con armadura completa y los visores cerrados sobre los yelmos.

Cuatro pasos por detrás de Buruk el Pálido, Seren seguía al mercader hasta la playa. Parecía que iban a ser el único comité de bienvenida, al menos de momento.

—¿Qué piensas decirles? —preguntó.

Buruk giró la cabeza y la miró, la lluvia le caía por el borde de la capucha.

—Esperaba que tú dijeras algo.

Seren no le creyó pero agradeció el esfuerzo.

—Ni siquiera estoy segura del protocolo. Nifadas encabeza la delegación, pero el príncipe también está aquí. ¿A quién saludo primero?

Buruk se encogió de hombros.

—Al que sea más probable que se ofenda si te inclinas ante el otro antes.

—Suponiendo —respondió ella— que lo que pretenda no sea un insulto calculado.

—Bueno, también está eso. Recuerda, corifeo, que se supone que eres neutral.

—Quizá debería dirigir mi reverencia a un espacio situado justo entre los dos.

—Tras lo cual ambos llegarán a la conclusión de que has perdido la cabeza.

—Lo cual es, al menos, equitativo.

—Ah, humor. Eso está mucho mejor, corifeo. La desesperación da paso a la anticipación.

Llegaron a la playa y se quedaron uno junto al otro observando acercarse a las gabarras. La lluvia eligió ese momento para caer con más fuerza, un chaparrón creciente que tamborileaba sobre las piedras y siseaba en el agua crispada por la corriente y la marea. Las gabarras se desdibujaron tras una pared gris, desaparecieron casi por completo y luego reaparecieron de repente, la primera crujiendo y tambaleándose al atracar. Los remos se alzaron y

después descendieron cuando la tripulación los guardó. Los guardias bajaron con un chapoteo y treparon a la playa. Uno se dirigió a Buruk y Seren. La expresión bajo el visor y la barra que le protegía la nariz era lúgubre.

—Soy el finadd Moroch Nevath, de la Guardia del Príncipe. ¿Dónde están los edur?

Moroch parecía dirigirse a Seren, así que fue ella la que respondió.

—En la ciudadela, finadd. Se ha producido un… acontecimiento.

—¿En el nombre del Errante, qué significa eso?

Tras el finadd y sus guardias, al príncipe Quillas Diskanar unos criados lo transportaban por encima de las olas. El primer eunuco Nifadas había rechazado la ayuda y vadeaba el agua hacia la playa.

—Es un tanto complicado —dijo Seren—. El campamento de invitados de Buruk está justo al otro lado del puente. Podemos protegernos de la lluvia…

—La lluvia da igual —soltó de repente Moroch. Después se giró en redondo e hizo un saludo militar cuando Quillas Diskanar, refugiado bajo un paraguas de cuatro puntas sostenido en alto por dos sirvientes, se acercó a Buruk y Seren—. Príncipe —dijo el finadd con un gruñido—, parece que los tiste edur han elegido este momento para estar preocupados con otros asuntos.

—No se puede decir que sea un comienzo propicio —soltó de repente Quillas, y se volvió para mirar con desprecio a Seren Pedac—. Corifeo, ¿Casco Beddict ha elegido el camino más inteligente y ha abandonado esta aldea?

Seren parpadeó y se esforzó por ocultar su alarma ante la importancia que había adquirido el asunto de Casco. *¿Tanto le temen?*

—Está cerca, mi príncipe.

—Tengo intención de prohibir su asistencia, corifeo.

—Creo que a él lo han invitado —contestó ella poco a poco—. Lo ha invitado el rey hechicero.

—¿Sí? ¿Es que ahora Casco habla en nombre de los edur?

Buruk habló entonces por primera vez.

—Mi príncipe, esa es una pregunta cuya respuesta nos gustaría saber a todos.

Quillas lo miró entonces.

—Usted es el mercader de Trate.

—Buruk el Pálido. —Con una profunda reverencia de la que a Buruk le costó recuperarse.

—Y además un mercader borracho.

Seren carraspeó.

—Su llegada ha sido repentina, mi príncipe. Los edur llevan encerrados en la ciudadela un día y medio. No hemos tenido mucho que hacer salvo esperar.

El primer eunuco se había quedado un paso por detrás, al parecer no le interesaba mucho la conversación, sus ojos pequeños y relucientes se habían clavado en la ciudadela. Parecía igual de indiferente a la lluvia que le machacaba la capucha y los hombros protegidos por la capa. Se le ocurrió a Seren que allí había una clase diferente de poder y, en silencio, le estaba robando al príncipe Quillas Diskanar todo su peso.

La prueba de ello fue repentina, cuando el príncipe se dio media vuelta para dirigirse a Nifadas.

—¿Qué le parece a usted todo esto, pues, primer eunuco?

Unos ojos inexpresivos se posaron en Quillas.

—Mi príncipe, hemos llegado en un momento de crisis. La corifeo y el mercader saben algo del asunto, así que hemos de aguardar su explicación.

—Desde luego —dijo Quillas—. Corifeo, infórmenos de esta crisis.

Mientras tú permaneces bajo ese paraguas y nosotros nos empapamos y nos congelamos hasta los huesos.

—Por supuesto, mi príncipe. El rey hechicero despachó a una partida de guerreros a los yermos de hielo a recuperar lo que resultó ser una espada. Fueron agredidos, sin embargo, por los soletaken jheck. Uno de los guerreros, que estaba empuñando esa espada, fue asesinado. Los otros trajeron su cuerpo para enterrarlo, pero el cadáver no soltaba la espada. Al rey hechicero le sorprendió mucho ese detalle y exigió el arma de forma clara e inequívoca. Hubo un enfrentamiento público entre él y el padre del guerrero fallecido.

—¿Por qué no limitarse a cortarle los dedos? —preguntó Quillas Diskanar con las cejas levantadas en una expresión de incredulidad desdeñosa.

—Porque —respondió Nifadas con tono lacónico y muy paciente— entre los edur un guerrero caído es, por tradición, inviolable. Por favor, corifeo, continúe. Es difícil creer que este contratiempo se haya de resolver todavía.

La mujer asintió.

—Eso no fue más que el comienzo y en realidad terminó careciendo de importancia. Ya que el cadáver volvió a la vida.

Quillas lanzó un bufido.

—¿Qué clase de broma es esta, mujer?

—No es ninguna broma —respondió Buruk el Pálido—. Mi príncipe, lo vimos con nuestros propios ojos. Estaba vivo. La verdad la anunciaron sus gritos, unos gritos terribles, pues lo habían amortajado…

—¿Amortajado? —preguntó el príncipe mirando a su alrededor.

Los ojos del primer eunuco se habían abierto mucho.

—¿Hasta qué punto, mercader Buruk?

—Las monedas, primer eunuco. Y la cera.

—El Errante nos libre —susurró Nifadas—. Y esa espada, ¿no quiere entregarla?

Seren sacudió la cabeza.

—No lo sabemos, primer eunuco.

—Describa el arma, si tiene la bondad, corifeo.

—Una empuñadura de mandoble pero con una hoja fina. Una especie de aleación pero reacia a fundirse. Hay hierro y algún tipo de metal negro que aparece en fragmentos alargados.

—¿Origen? ¿Se puede discernir algo del estilo?

—No mucho, primer eunuco. La empuñadura redonda tiene cierto parecido a la técnica de giro dibujado utilizada por los meckros…

—¿Los meckros? —preguntó Quillas—. ¿Esos comerciantes de las ciudades flotantes?

—Sí, aunque al patrón de la empuñadura redonda se le ha dado forma de tal modo que parece eslabones de una cadena.

Buruk la miró con una expresión irónica.

—Tienes unos ojos muy perspicaces, corifeo. Lo único que vi yo fue una espada.

—Sugiero —dijo Nifadas— que nos retiremos al campamento del mercader.

—¿Se va a tragar este insulto, primer eunuco? —siseó Quillas.

—No hay ningún insulto —respondió Nifadas con tranquilidad mientras pasaba sin prisas junto al príncipe para enlazar el brazo con el de una sorprendida Seren Pedac —. Acompáñeme, por favor, corifeo.

—Desde luego, primer eunuco.

Los otros no tuvieron más alternativa que seguirlos.

Nifadas caminaba deprisa. Tras una docena de pasos, se dirigió a Seren en voz baja y tono familiar.

—¿Casco Beddict presenció todo esto?

—No. Al menos no creo. Hace ya algún tiempo que se ha ido.

—Pero regresará.

—Sí.

—He dejado la mayor parte de mi guardia a bordo del Pálido Resucitado, incluyendo al finadd Gerun Eberict.

—Gerun… oh.

—Así es. ¿Cree usted que sería propicio que enviara a buscarlo?

—Yo… no estoy segura, primer eunuco. Depende, imagino, de lo que quiera usted que haga.

—¿Quizá que hable un momento con Casco cuando regrese?

—¿Es el finadd un hombre persuasivo?

—No por su personalidad, no…

La mujer asintió y luchó por contener un escalofrío, aunque sin demasiado éxito.

—¿Tiene frío, corifeo?

—La lluvia.

—Claro. Confío en que los sirvientes de Buruk estén alimentando un fuego de algún tipo.

—Con demasiado entusiasmo.

—Bueno, dudo que alguien se queje. He de entender que Buruk y usted llevan esperando aquí algún tiempo.

—Sí. Algún tiempo. Hubo una audiencia con el rey hechicero pero, de acuerdo con mi papel, la abandoné antes de que se comentara algo de importancia. Y en cuanto a lo que se dijo, ni Casco ni Buruk han revelado nada.

—¿Así que Casco estuvo allí? —Le dedicó una leve sonrisa a la mujer—. ¿Y nada de importancia se le reveló, corifeo? Admito que me cuesta un poco creer esa afirmación.

Seren Pedac dudó.

—Corifeo —dijo Nifadas en voz baja—, el privilegio de la neutralidad ya no existe en este asunto. Debe elegir.

—No es eso, primer eunuco —contestó ella, aun sabiendo que lo que decía no era verdad—. Temo que sea cual sea la postura que el rey hechicero tomara entonces ya no sea relevante. —La corifeo lo miró—. No creo que Rhulad vaya a entregar esa espada.

—Rhulad. ¿Qué puede decirme de ese tal Rhulad?

—Hijo menor de una familia noble, los Sengar.

—¿Los Sengar? El hijo mayor es Temor, ¿no? Comandante de los guerreros edur. Sangre prestigiosa, entonces.

—Sí. Otro hermano es Binadas, que ha hecho un pacto de sangre con Casco Beddict.

—Interesante. Comienzo a comprender la complejidad que nos aguarda, corifeo.

Y parece que yo también. Pues da la sensación de que ya he elegido.

Como si Nifadas me diera otra opción, mientras camino aquí, del brazo del primer eunuco.

—*Despierta, Udinaas.*

Los párpados se separaron de unos ojos que escocían y ardían. Udinaas se quedó mirando la pared sesgada que tenía encima.

—No. Necesito dormir.

—*No tan alto. Lo que necesitas, idiota, es dirigirte a la ciudadela.*

—¿Por qué? Me cortarán la garganta por entrometerme…

—*No, no lo harán. Rhulad no se lo permitirá, pues ahora eres esclavo suyo y de nadie más. Hay que informarlos. La delegación letherii aguarda.*

—Déjame estar, Marchito.

—*El emperador tiste edur te requiere. Ahora.*

—Claro. ¿Y él lo sabe?

—*Todavía no.*

—Lo que pensaba. —Cerró los ojos una vez más—. Vete, espectro.

—*El wyval y yo estamos de acuerdo en esto, Udinaas. Debes ponerte al frente. Debes hacerte imprescindible para Rhulad. Dime, ¿quieres que Bruja de la Pluma sea tuya o no?*

Udinaas parpadeó y después se incorporó.

—¿Qué?

—*Ve ahora y verás.*

—No hasta que me expliques eso, Marchito.

—*No lo haré, esclavo. Ve a la ciudadela. Sirve al emperador edur.*

Udinaas apartó las mantas y fue a coger los mocasines empapados.

—¿Por qué no me dejáis todos en paz?

—*Ella te violó, Udinaas. Se llevó tu semilla. ¿Por qué lo hizo?*

Se quedó muy quieto, con un mocasín puesto y el otro frío en las manos.

—Menandore.

—*Esa zorra tiene planes, claro que sí. No es que quiera a los edur ni a los andii, no, ella no.*

—¿Qué tiene eso que ver con nada?

El espectro no respondió.

Udinaas se frotó la cara y después se puso el segundo mocasín y tiró de los cordones empapados de cuero.

—Soy esclavo, Marchito. A los esclavos no nos dan esclavos, y esa es la única forma de poder conseguir a Bruja de la Pluma. A menos que planees invadir su mente y

retorcer su voluntad. En cuyo caso, no será Bruja de la Pluma, ¿no?

—*Me concedes poderes que yo no poseo.*

—Solo para hacer hincapié en lo absurdo de tus promesas, Marchito. Y ahora calla. Me voy. —Se levantó y salió tambaleándose de la celda. Hulad estaba agachado junto al fuego, calentando sopa o un guiso.

—Estabas hablando solo, Udinaas. No deberías hacer eso.

—Eso es lo que siempre me digo —respondió él mientras se dirigía a las puertas y recogía una capa impermeable de camino.

Fuera, la lluvia era un diluvio. Apenas podía distinguir los barcos anclados en la bahía. Había figuras en la playa. Soldados.

Se subió la capucha y se dirigió a la ciudadela que en otro tiempo había pertenecido al rey hechicero.

Sirve al emperador edur. ¿Y adónde llevarás a tu pueblo, Rhulad Sengar?

Los espectros de sombra que vigilaban la entrada no hicieron movimiento alguno para detener al esclavo letherii cuando subió los escalones. Las dos manos en las puertas, las apartó y entró con paso firme entre una ráfaga de lluvia torrencial. *Vamos, malditos edur. Rebanadme la garganta con una espada. Atravesadme el pecho.* No había guardias en el salón de recepción y la cortina que había detrás estaba cerrada.

Sacudió la lluvia de la capa y después continuó.

Hasta las cortinas. Las apartó.

Y vio a los edur arrodillados. Todos ellos, arrodillados ante la forma resplandeciente de Rhulad Sengar, que se encontraba en el estrado con la espada levantada sobre la cabeza. La piel de oso sobre los hombros, el rostro una

máscara ondulante de oro que rodeaba a los profundos agujeros de las cuencas de los ojos.

No estaba ciego, entonces. Ni tullido. Y si eso era una locura, entonces era un veneno que surcaba las densas corrientes de la sala.

Udinaas sintió que los ojos del emperador se clavaban en él, tan palpables como garras hundiéndose en su mente.

—Acércate, esclavo —dijo con la voz entrecortada.

Las cabezas se alzaron cuando Udinaas se abrió camino entre la multitud y bajó entre las gradas. El letherii no miró a ninguna cara, sus ojos se concentraron solo en Rhulad Sengar. Por el rabillo del ojo vio a Hannan Mosag arrodillado, con la cabeza inclinada, y tras él a sus k'risnan en idéntica postura de sumisión.

—Habla, Udinaas.

—La delegación ha llegado, emperador.

—Estamos unidos, ¿no es cierto, Udinaas? Esclavo y amo. Oíste mi llamada.

—Así es, amo. —Las mentiras, comprendió, eran cada vez más fáciles.

—La delegación aguarda en el campamento del mercader. Tráenoslos, Udinaas.

—Como ordenéis. —Se inclinó y después comenzó el laborioso esfuerzo de salir de espaldas.

—No es necesario, Udinaas. No me ofende la espalda de un hombre. Ve a decirles que el gobernante de los edur los recibirá ahora.

Udinaas se dio la vuelta y salió de la cámara.

Bajo la lluvia una vez más, cruzó el puente. La soledad quizá invite a pensar pero Udinaas rechazó la invitación. La niebla del mundo exterior se reflejaba en su propia mente. Era esclavo. Los esclavos hacían lo que se les ordenaba.

El humo de madera salía flotando del amplio dosel que había junto a las carretas del comerciante. Figuras de pie debajo. La corifeo Seren Pedac se dio la vuelta y fue la primera en verlo. *Sí. Hay más en ella de lo que ella cree. A los fantasmas les gusta, se ciernen como polillas alrededor de la llama de una vela. Ella ni siquiera los ve.* Advirtió que decía algo y después los otros se giraron para mirarlo.

Udinaas se detuvo justo fuera de la lona, con la mirada desviada.

—El gobernador de los edur les ordena que acudan a la ciudadela.

Un soldado lanzó un gruñido.

—Te encuentras ante tu príncipe, letherii —dijo después —. Ponte de rodillas o te corto la cabeza.

—Entonces saca la espada —respondió Udinaas—. Mi amo es tiste edur.

—Ese no es nada —dijo el hombre joven vestido con ropas costosas que estaba al lado del soldado. Un revoloteo de una mano—. Nos invitan al fin. Primer eunuco, ¿quiere guiarnos?

El hombre grande y pesado con un rostro tan lúgubre como sus ropas se destacó y se colocó junto a Udinaas.

—Corifeo, por favor, acompáñenos.

Seren Pedac asintió, se puso la capucha y se unió al primer eunuco.

Udinaas los condujo otra vez por el puente. El viento había empezado a azotar la lluvia en ráfagas gélidas que atravesaban el camino. Entre las casonas de la nobleza, después hacia los escalones.

Los espectros de sombra se arremolinaron ante la puerta.

Udinaas miró a Quillas Diskanar.

—Príncipe, sus escoltas no son bien recibidos.

El joven frunció el ceño.

—Espere aquí con sus hombres, finadd.

Moroch Nevath gruñó y después dio órdenes a sus guardias para que se desplegaran a ambos lados de la entrada de la ciudadela.

Los espectros se retiraron un poco para abrir un pasillo hasta las puertas dobles.

Udinaas se adelantó y las abrió de un empujón, entró y después se giró. Un paso tras él iban Nifadas y la corifeo. El príncipe, con expresión oscura, los seguía.

El primer eunuco frunció el ceño al ver la cortina del otro extremo.

—¿El salón del trono está lleno de nobles edur? ¿Entonces por qué no oigo nada?

—Aguardan su llegada —dijo Udinaas—. El gobernador de los tiste edur se encuentra en el estrado central. Su apariencia le sorprenderá…

—Esclavo —dijo Quillas, dándole a la palabra una entonación desdeñosa—, no estamos anticipando que las negociaciones comiencen de forma inmediata. No vamos más a que ser proclamados invitados…

—No soy yo quien ha de garantizar eso —lo interrumpió Udinaas sin inmutarse—. Les aconsejaría que estuvieran preparados para lo que fuera.

—Pero eso es absurdo…

—Empecemos de una vez, entonces —dijo el primer eunuco.

El príncipe no estaba acostumbrado a esas interrupciones constantes y se le había acalorado el rostro.

La corifeo Seren Pedac habló entonces.

—Udinaas, por tus palabras he de entender que a Hannan Mosag lo han derrocado.

—Sí.

—Y Rhulad Sengar se ha proclamado nuevo rey de los tiste edur.

—No, corifeo. Emperador.

Reinó el silencio durante media docena de latidos, después el príncipe lanzó un bufido de incredulidad.

—¿Qué imperio? ¿Seis tribus de cazadores de focas? Ese necio se ha vuelto loco.

—Una cosa es —dijo Nifadas poco a poco— proclamarse emperador. Otra muy distinta obligar a la nobleza a hincar la rodilla ante semejante afirmación. Udinaas, ¿lo han hecho?

—Lo han hecho, primer eunuco.

—Eso es… asombroso.

—¿Hannan Mosag? —preguntó Seren.

—Él también se ha arrodillado y jurado lealtad, corifeo.

Una vez más, nadie habló durante un tiempo.

Después, el primer eunuco miró a Udinaas y asintió.

—Gracias. Ya estoy listo para conocer al emperador —dijo.

Udinaas asintió y se acercó a la cortina. La apartó y entró en la sala. Los nobles se habían movido para formar una avenida que llevaba hasta el estrado central. Todo el mundo estaba de pie. En el estrado, Rhulad Sengar se inclinaba sobre su espada. Los movimientos habían desalojado algunas monedas y habían quedado trozos moteados de piel quemada. La humedad, el calor y las lámparas de aceite cargaban el aire de bruma y una luz chillona. Udinaas intentó mirar la escena como si fuera un forastero y le sobresaltó su barbarismo puro. *Este es un pueblo caído.*

Que quiere levantarse de nuevo.

El primer eunuco y la corifeo aparecieron en el umbral, Nifadas se movió a la izquierda para dejarle espacio al príncipe Quillas Diskanar.

Udinaas alzó la voz.

—Emperador. El primer eunuco Nifadas y el príncipe Quillas Diskanar. La delegación letherii para el tratado.

—Adelántense —fue la invitación ronca que hizo el emperador—. Soy Rhulad Sengar y les proclamo invitados del imperio tiste edur.

Nifadas inclinó la cabeza.

—Agradecemos a su alteza la bienvenida.

—Es el deseo del rey letherii establecer un tratado formal con nos —dijo Rhulad, después se encogió de hombros—. Yo tenía la impresión que ya teníamos uno. Y mientras nosotros lo respetamos, su pueblo no. Así pues, ¿de qué sirve un nuevo acuerdo?

Cuando el primer eunuco estaba a punto de hablar, Quillas se interpuso.

—Ustedes han confiscado un agosto de focas de colmillos. Así sea. En tales cosas no se puede dar marcha atrás, ¿no es cierto? No obstante, está la cuestión de la deuda.

Udinaas sonrió, no le hacía falta levantar la cabeza para ver las expresiones conmocionadas de la nobleza reunida.

—Hannan Mosag —dijo Rhulad tras un momento— hablará por los edur sobre este asunto.

Udinaas alzó los ojos y vio al otrora rey hechicero dando un paso para colocarse delante del estrado. Su rostro carecía de expresión.

—Príncipe, tendrá que explicar cómo es que ustedes, los letherii, han llegado a la noción de deuda. El agosto era ilegal, ¿lo niegan?

—No lo negamos… no, Nifadas, estoy hablando yo. Como le estaba diciendo, Hannan Mosag, no disputamos la ilegalidad del agosto. Pero su ilegalidad no refuta a su vez la realidad de que tuvo lugar. Y ese agosto, llevado a cabo por letherii, está ahora en manos edur. El presente tratado,

como quizá recuerde, dio un valor acordado de mercado a las focas de colmillos, y es ese precio el que esperamos que se respete.

—Una lógica extraordinaria, príncipe —dijo Hannan Mosag, su voz era un retumbo suave.

—Estamos, por fortuna —continuó Quillas—, dispuestos a llegar a un compromiso.

—¿De veras?

Udinaas se preguntó por qué Nifadas permanecía en silencio. Su falta de interrupción solo se podía interpretar como una alianza tácita con el príncipe y la posición que este defendía.

—Un compromiso, sí. La deuda se perdonará a cambio de tierras. En concreto, el resto de Límite Trate, que, como ambos sabemos, sirve solo como campamento estacional de pesca para su pueblo. Tales campamentos no se prohibirían, por supuesto. Continuarán a su disposición por un modesto porcentaje de las capturas.

—Tal y como están las cosas, entonces —dijo Hannan Mosag—, comenzamos este tratado en deuda con ustedes.

—Sí.

—Basada en la suposición que poseemos el agosto robado.

—Bueno, por supuesto…

—Pero es que no lo poseemos, príncipe Quillas Diskanar.

—¿Qué? ¡Pero tienen que tenerlo!

—Puede usted visitar nuestros almacenes —continuó Hannan Mosag con tono razonable—. Castigamos a los agosteros, como estábamos en nuestro derecho. Pero no recuperamos el agosto.

—¡Los barcos llegaron a Trate con las bodegas vacías!

—Quizá, al huir de nuestra ira, se deshicieron de su carga para avivar su paso. Sin éxito, como resultó. —Mientras el

príncipe se lo quedaba mirando, Hannan Mosag continuó—. Así pues, no estamos en deuda con ustedes. Ustedes, sin embargo, lo están con nosotros. Según el valor de mercado de las focas de colmillos agostadas. No hemos decidido hasta el momento la naturaleza de la compensación que les exigiremos. Después de todo, no tenemos necesidad de dinero.

—¡Les hemos traído regalos! —gritó Quillas.

—Por los que luego nos cobrarán, con intereses. Estamos familiarizados con su patrón de conquista cultural entre las tribus vecinas, príncipe. Que la situación se haya invertido cuenta con toda nuestra comprensión, pero como ustedes tienden a decir, los negocios son los negocios.

Nifadas habló al fin.

—Parece que tenemos mucho que considerar, los dos, emperador. Por desgracia, nuestro viaje ha sido largo y agotador. Quizá nos permitáis retirarnos por un tiempo, volveremos a convocar esta reunión por la mañana.

—Excelente idea —dijo Rhulad, las monedas de su rostro se crisparon cuando sonrió—. Udinaas, acompaña a la delegación a la casona de invitados. Después vuelve aquí. Nos aguarda una noche muy larga.

El príncipe se quedó allí como una marioneta con los hilos cortados. Las caras de la corifeo y del primer eunuco, sin embargo, permanecieron serenas.

Con todo, parece que aquí somos todos marionetas…

Trull Sengar observó al esclavo salir de la sala delante de la corifeo y la delegación. El mundo no se había derrumbado, se había hecho pedazos, y con sus propios ojos contempló los trozos dentados, una sala repleta de fisuras y enrejada, un millar de fragmentos que reflejaban un sinfín

de imágenes. Caras edur, multitudes rotas, la mancha del humo. Movimiento deslavazado, un murmullo febril de sonido, el brillo líquido del oro y una espada tan parcheada y fragmentada como todo lo demás.

Como un mosaico demente que poco a poco iba volviendo a armar la mano de un loco. Trull no sabía cuál era su sitio, dónde encajaba. *Hermano de un emperador. Es Rhulad pero no lo es. No lo conozco. Y lo conozco demasiado bien y, que la Hija me lleve, eso es lo que me asusta más.*

Hannan Mosag había estado hablando en voz baja con Rhulad, transmitía una comodidad con su nuevo papel cuya intención Trull sabía que era tranquilizar a los testigos reunidos allí. Trull se preguntó qué era lo que le estaba costando al rey hechicero.

Un asentimiento y un gesto de la mano despacharon a Hannan Mosag, que se retiró para colocarse cerca de sus k'risnan. A una orden de Rhulad llevaron una gran sillón al estrado y el emperador se sentó, lo que reveló a la mirada conocedora de Trull el agotamiento de su hermano. Llevaría tiempo obtener la fuerza necesaria para sostener ese inmenso y terrible peso durante cierto tiempo. El emperador apoyó la cabeza en el respaldo y contempló a los nobles. Su atención silenció muy pronto a la multitud.

—He conocido la muerte —dijo Rhulad con voz áspera—. He regresado y no soy el mismo, no soy el guerrero no iniciado que visteis antes de que comenzáramos nuestro viaje a los yermos de hielo. He regresado para traeros el recuerdo de nuestro destino. Para guiaros. —Se quedó callado entonces, como si necesitara recuperarse de su corto discurso. Una docena de latidos antes de continuar—. Temor Sengar. Hermano, adelántate.

Temor hizo lo que le mandaban y se detuvo en el círculo interior, delante del estrado.

Rhulad se lo quedó mirando y Trull vio una avidez repentina en esos ojos quebradizos.

—Solo superada por la de Hannan Mosag, tu lealtad, Temor, es mi mayor necesidad.

Temor parecía nervioso, como si eso no hubiera que cuestionarlo.

El esclavo Udinaas regresó entonces pero no se adelantó, sus ojos enrojecidos examinaban la escena. Y a Trull le extrañó que de repente el letherii los entrecerrara.

—¿Qué es, emperador —dijo Temor—, lo que me pedís?

—Un regalo, hermano.

—Todo lo que tengo es vuestro…

—¿Es esa afirmación cierta, Temor? —preguntó Rhulad inclinándose hacia delante.

—No la haría de otro modo.

Oh. No, Rhulad, no…

—El emperador —dijo Rhulad al tiempo que se echaba hacia atrás— requiere una emperatriz.

La comprensión empañó el rostro de Temor.

—Una esposa. Temor Sengar, ¿me harás el regalo de una esposa?

Grotesco malnacido, Trull se adelantó.

La mano de Rhulad se disparó para detenerlo.

—Ten cuidado, Trull. Esto no es asunto tuyo. —Enseñó los dientes manchados—. Nunca lo ha sido.

—¿Debes quebrar a aquellos que quieren seguirte? —preguntó Trull.

—¡Otra palabra! —chilló Rhulad—. ¡Una palabra más, Trull, y haré que te despellejen vivo!

Trull retrocedió ante tal vehemencia, el pasmo le había quitado el habla.

Una moneda tintineó en el suelo cuando Rhulad se llevó una mano a la cara y arañó alguna emoción extrema, después quitó la mano de repente y la sostuvo ante sí, observando cómo se apretaba en un puño.

—Matadme. Eso es todo lo que necesitáis hacer. Para obtener vuestra prueba. Sí, matadme. Otra vez. —Los ojos relucientes se clavaron en Trull—. Sabías que estaba solo, vigilando la ladera posterior. Lo sabías, Trull, y me dejaste abandonado a mi suerte.

—¿Qué? Yo no sabía tal cosa, Rhulad…

—No más mentiras, hermano. Temor, regálame a tu desposada. Dame a Mayen. ¿Quieres interponerte entre ella y el título de emperatriz? Dime, ¿eres tan egoísta?

Tan horrendo como clavar cuchillos en Temor, uno tras otro. Como convertir su carne en una ruina. Ese, comprendió Trull, ese era Rhulad. El niño y sus apetitos brutales, sus crueles afanes. *Dinos tú, ¿eres tú tan egoísta?*

—Es vuestra, emperador.

Palabras despojadas de toda vida, palabras que eran en sí mismas un regalo a alguien que había conocido la muerte. Aunque Rhulad carecía de la sutileza necesaria para comprenderlo.

En su lugar, su rostro se crispó bajo las monedas y se abrió una enorme sonrisa, llena de alegría y triunfo. Sus ojos se alzaron hacia el lugar de la multitud donde permanecían las doncellas solteras.

—Mayen —llamó—. Está hecho. Adelántate. Únete a tu emperador.

Alta, majestuosa, la joven avanzó como si ese momento se hubiera ensayado un millar de veces.

Pero no es posible.

Pasó junto a Temor sin una sola mirada y se detuvo, de cara a la multitud, a la izquierda de la silla. La mano de

Rhulad se estiró con un gesto de familiaridad engreída y la joven la cogió.

Ese acto final golpeó a Temor como un puñetazo físico en el pecho. Dio un paso atrás.

—Gracias, Temor —dijo Rhulad—, por tu regalo. Estoy ya seguro de tu lealtad y me enorgullece llamarte hermano. Tú, Binadas, Midik Buhn, Theradas Buhn, Hannan Mosag… y —la mirada cambió—, Trull, por supuesto. Mis hermanos más queridos. Estamos unidos por la sangre de nuestros ancestros…

Continuó pero Trull había dejado de escuchar. Sus ojos estaban clavados en la cara de Mayen. En el horror escrito allí que la joven no podía disimular. En su mente, Trull le gritó a Temor. *¡Mira, hermano! ¡Ella no buscó esta traición! ¡Mira!*

Con un esfuerzo apartó la mirada de Mayen y vio que Temor lo había visto. Había visto lo que todos los presentes podían ver, todos salvo Rhulad.

Eso los salvó a todos. La salvación de los desesperados. Les mostró que algunas verdades no podían romperse, que ni siquiera esa criatura perturbada del trono podía aplastar el honor visceral que persistía en los tiste edur. Y en el rostro de la joven había otra promesa más. Ella soportaría los crímenes del emperador porque no había alternativa. Una promesa que era también una lección para todos los presentes. *Soportar. Sufrir. Vivir como debéis vivir ahora. Habrá, algún día, respuesta a todo ello.*

Pero Trull se lo preguntó. ¿Quién podría responder? ¿Qué aguardaba en el mundo más allá de las fronteras de su conocimiento, algo lo bastante formidable como para desafiar a esa monstruosidad? ¿Y cuánto tiempo tendrían que esperar? *Estábamos caídos y el emperador proclama que volveremos a levantarnos. Está loco, pues no nos*

estamos levantando. Estamos cayendo y temo que no habrá fin para ese descenso.

Hasta que alguien respondiera.

Rhulad había dejado de hablar, como si comenzara a ser consciente que algo estaba pasando entre sus seguidores, algo que no tenía nada que ver con él y su poder recién hallado. Se levantó de repente de la silla.

—Esta reunión ha acabado. Hannan Mosag, tú y tus k'risnan permaneceréis aquí conmigo y la emperatriz, pues es mucho lo que hemos de hablar. Udinaas, tráele a Mayen sus esclavas, para que ellas puedan ocuparse de sus necesidades. El resto, dejadme ahora. Extended la nueva del surgimiento del nuevo imperio de los edur. Y, hermanos y hermanas, preparad vuestras armas…

Por favor, que alguien responda.

A una docena de pasos de la ciudadela, una figura surgió de la lluvia y se plantó delante de Udinaas.

La corifeo.

—¿Qué ha hecho?

Udinaas la estudió por un momento y después se encogió de hombros.

—Le ha robado la desposada a su hermano. Tenemos una emperatriz y a la pobre no se le da muy bien fingir valentía.

—Los edur han sido usurpados —dijo Seren Pedac—. Y un tirano se sienta en el trono.

Udinaas vaciló antes de hablar.

—Dígaselo al primer eunuco. Deben prepararse para la guerra.

La mujer no reveló sorpresa ante sus palabras, más bien un cansancio profundo le apagó los ojos. Se dio la vuelta, se adentró en la lluvia y desapareció.

Soy portador de buenas nuevas, sin duda. Y ahora le toca el turno a Bruja de la Pluma…

La lluvia caía con fuerza del cielo, cegadora y ciega, indiferente y maquinal, pero no significaba nada más. ¿Cómo iba a hacerlo? Era solo lluvia, que descendía de la masa de nubes que se lamentaba en el cielo. Y los gemidos del viento eran el aliento de las leyes naturales, nacido en la altura de las montañas o en el mar abierto. Su voz no prometía nada.

No había significado que se pudiera hallar en el clima inerte, en el latido de las mareas y en la estela de las estaciones cambiantes.

No había significado para los vivos, ni para los muertos tampoco.

El tirano iba vestido de oro y el futuro olía a sangre.

No significaba nada.

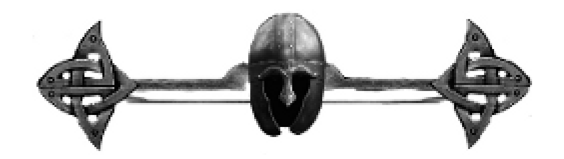
Libro tercero

Lo que nunca se ve

El hombre que nunca sonríe
arrastra sus redes por las profundidades.
Y nos hemos reunido
para quedarnos boquiabiertos entre el aire asfixiante,
bajo el apabullante sonido
de su temida voz,
hablando de salvación,
en el refrigerio de justicia hecha,
y bien alimentado en la mesa cargada
en la que se acumulan nobles deseos.
Nos dice todo esto para afilar el cuchillo
de su eterna misericordia,
abriéndonos el vientre
uno por uno.

En el reino de las Buenas Intenciones
Pescador Kel'Tath

12



La rana que está sobre la pila de monedas no se atreve a saltar.

Dichos del pobre Umur
Anónimo

—Con cinco alas te compras una plegaria. Lo admito, amo, el significado de ese refrán se me escapa.

Tehol se pasó las dos manos por el pelo y se tiró de los mechones enredados.

—Ay. Es el Domicilio Eterno, Bicho. Las alas son cinco, una plegaria a los pies del Errante, a los pies del destino. El imperio ha surgido. Lether despierta a un nuevo día de gloria.

Se encontraban uno junto al otro en el tejado.

—Pero la quinta ala se está hundiendo. ¿Y con cuatro alas?

—Un choque de gaviotas, Bicho. Caray, va a hacer calor, un auténtico horno. ¿Cuáles son las tareas que te aguardan hoy?

—Mi primera reunión con el ingeniero real Queja. Al parecer lo ha impresionado el apuntalamiento que hemos hecho en los almacenes.

—Bien. —Tehol siguió mirando la ciudad un momento más, después miró a su criado—. ¿Debería?

—¿Impresionarlo? Bueno, los suelos no se comban y están secos como pasas. El nuevo yeso no muestra ninguna grieta. Los propietarios están encantados…

—Creía que yo era el dueño de esos almacenes.

—¿No está encantado?

—Bueno, tienes razón. Lo estoy. Todos y cada uno de mis yos.

—Eso fue lo que le dije al ingeniero real cuando respondí a su primera misiva.

—¿Qué hay de las personas que me sirven de tapadera en esas inversiones?

—También están encantadas.

—Bueno —suspiró Tehol—, es un día de esos, ¿no?

Bicho asintió.

—Debe de serlo, amo.

—¿Y eso es todo lo que has planeado? ¿Para el día entero?

—No, tengo que gorronear algo de comida. Después he de visitar a Shand y sus compañeras para darles esa lista suya otra vez. Era demasiado larga.

—¿La recuerdas completa?

—Sí. Cervezas Purista Rott, ese me gustó.

—Gracias.

—Pero no eran todos falsos, ¿verdad?

—No, eso lo delataría demasiado rápido. Todos los de aquí eran reales. En cualquier caso, las mantendrá ocupadas durante un tiempo, espero. ¿Qué más?

—Otra reunión con los gremios. Puede que necesite dinero para sobornos.

—Tonterías. Tú aguanta, están a punto de recibir un golpe por otro lado.

—¿Una huelga? No había oído…

—Por supuesto que no. El incidente que la provoca no ha ocurrido todavía. Sabes que el ingeniero real está obligado a contratar solo miembros del gremio. Tenemos que ocuparnos de eliminar ese conflicto antes de que nos cause problemas.

—De acuerdo. También necesito comprobar ese refugio para Shurq y el amiguito que se acaba de encontrar.

—Harlest Eberict. Toda una sorpresa. ¿Se puede saber cuántas personas no muertas merodean por esta ciudad?

—Es obvio que más de las que nosotros conocemos, amo.

—Que sepamos, la mitad de la población podría estar no muerta… esas personas de ese puente de ahí, mira, esos con todas esas cestas de la compra a remolque, quizá sean no muertos.

—Es posible, amo —admitió Bicho—. ¿Se refiere a no muertos de forma literal o figurativa?

—Ah, sí, hay una diferencia, ¿verdad? Perdona, me dejé llevar. Y hablando de eso, ¿cómo se llevan Shurq y Ublala?

—A las mil fluidas maravillas.

—Muy divertido, Bicho, me impresionas. Así que quieres ir a ver su morada oculta. ¿Es todo lo que estás tramando hoy?

—Eso solo por la mañana. Por la tarde…

—¿Puedes encajar una corta visita?

—¿Adónde?

—Al gremio de los Cazarratas.

—¿La Casa de las Escamas?

Tehol asintió.

—Tengo un contrato para ellos. Quiero una reunión, clandestina, con el señor del gremio. Mañana por la noche, si es posible.

Bicho pareció inquieto.

—Ese gremio…

—Lo sé.

—Puedo dejarme caer de camino a la cantera de grava.

—Excelente. ¿Por qué vas a la cantera de grava?

—Curiosidad. Abrieron una nueva colina para cumplir mi último pedido y encontraron algo.

—¿Qué?

—No estoy seguro. Solo que contrataron a un nigromante para ocuparse de ello. Y el pobre idiota desapareció entero, aparte de un poco de pelo y unas uñas de los pies.

—Hmm, eso sí que es interesante. Mantenme informado.

—Como siempre, amo. ¿Y qué ha planeado usted para hoy?

—Pensé que podía volver a la cama.

Brys levantó la mirada del meticuloso pergamino y estudió al escriba sentado frente a él.

—Tiene que haber algún error —dijo.

—No, señor. Nunca, señor.

—Bueno, si estas son las desapariciones que se han denunciado, ¿qué hay de las que no se han denunciado?

—Entre un treinta y un cincuenta por ciento, diría yo, señor. Añadido a lo que tenemos. Pero esos serían los

pergaminos de bordes azules. Se guardan en el Estante Proyectado.

—¿El qué?

—Proyectado. Ese, el que sobresale de la pared, ahí.

—¿Y qué significan los bordes azules?

—Realidades postuladas, señor, las que existen más allá de las estadísticas. Utilizamos las estadísticas para las declaraciones públicas y formales y los pronunciamientos, pero operamos sobre las realidades postuladas o, si es posible, las realidades mensurables.

—¿Diferentes juegos de datos?

—Sí, señor. Es el único modo de dirigir un gobierno eficaz. La alternativa llevaría a la anarquía. Disturbios, ese tipo de cosas. Tenemos realidades postuladas para esas proyecciones, por supuesto, y no son bonitas.

—Pero… —Brys volvió a mirar el pergamino—… ¿siete mil desapariciones en Letheras el año pasado?

—Seis mil novecientas veintiuna, señor.

—¿Con una posible añadidura de tres mil quinientas más?

—Tres mil cuatrocientas sesenta y medio, señor.

—¿Y se ha nombrado a alguien para que lleve a cabo una investigación?

—Eso se ha subcontratado a otra empresa, señor.

—Y es obvio que ha sido una pérdida de dinero, entonces…

—Oh, no, los dineros están bien gastados.

—¿Cómo es eso?

—Una cantidad respetable, señor, que podemos usar en nuestros pronunciamientos formales y públicos.

—Bien, ¿quién tiene ese contrato?

—No en esta oficina, señor. Esa información la alberga la Cámara de Contratos y Escrituras Reales.

—Jamás he oído hablar de ella. ¿Dónde está?

El escriba se levantó y se acercó a una pequeña puerta metida entre cajas de pergaminos.

—Aquí dentro. Sígame, señor.

La habitación que había detrás no era mucho mayor que un armario. Pergaminos con los bordes azules llenaban los omnipresentes casilleros, desde el suelo al techo. Tras revolver en un casillero de la pared contraria, el escriba sacó un pergamino y lo desenrolló.

—Aquí lo tenemos. Es un contrato relativamente nuevo. Tres años hasta ahora. Investigaciones en curso, informes bianuales entregados con puntualidad en las fechas debidas, sin suscitar interrogantes, cada uno aprobado sin prejuicios.

—¿Quién?

—El gremio de los Cazarratas.

Brys frunció el ceño.

—Ahora sí que estoy confundido del todo.

El escriba se encogió de hombros y enrolló el pergamino para guardarlo. Contestó por encima del hombro.

—No pretende confundir, señor. El gremio es de lo más competente en toda una serie de empresas…

—La competencia no parece un concepto relevante en este asunto —comentó Brys.

—No estoy de acuerdo. Informes puntuales. Sin dudas. Dos renovaciones sin recusación. Muy competentes, diría yo, señor.

—Y tampoco hay falta de ratas en la ciudad, como se puede comprobar sin problemas con un simple paseo por cualquier calle.

—Gestión de la población, señor. Detesto pensar cuál sería la situación sin el gremio.

Brys no dijo nada.

Una expresión defensiva cubrió la cara del escriba tras estudiar al finadd durante unos minutos.

—No tenemos más que elogios para el gremio de los Cazarratas, señor.

—Gracias por sus esfuerzos —dijo Brys—. Puedo salir yo solo. Que tenga un buen día.

—Y usted también, señor. Un placer haber sido de ayuda.

Ya en el pasillo, Brys hizo una pausa y se frotó los ojos. Las cámaras de los archivos estaban llenas de polvo. Tenía que salir a lo que pasaba por aire fresco en Letheras.

Siete mil desapariciones al año. Estaba horrorizado.

Me pregunto con qué se ha tropezado Tehol. Su hermano seguía siendo un misterio para Brys. Era obvio que Tehol estaba tramando algo, en contra de lo que pudiera parecer. Y había conservado un nivel formidable de eficacia entre bambalinas, o por debajo de ellas. Esa caída tan pública, tan escandalosa y traumática a manos de las cuotas financieras, empezaba a parecerle a Brys otra maniobra más en la gran trama de su hermano, fuera la que fuera.

Solo pensar que esa trama pudiera existir preocupaba a Brys. En alguna ocasión su hermano había revelado una eficacia y una crueldad estremecedoras. Tehol poseía pocas lealtades. Era capaz de cualquier cosa.

Pensándolo bien, cuanto menos supiera Brys de las actividades de Tehol, mejor. No quería que nada desafiara sus lealtades y su hermano bien podría desafiarlas todas. *Como con Casco. Oh, madre, bendito sea el Errante, no estás viva para ver ahora a tus hijos. Claro que, ¿cuánto de lo que somos ahora es obra tuya?*

Preguntas sin respuestas. Parecía que demasiadas en los últimos días.

Entró en los pasillos más conocidos del palacio. Lo aguardaba un entrenamiento con armas y se encontró

anticipando ese periodo de dichoso agotamiento. Aunque solo fuera para silenciar la cacofonía de sus pensamientos.

Eso de estar muerto tenía ventajas muy claras, reflexionó Bicho mientras levantaba la losa del suelo de la oficina del almacén y revelaba un agujero negro y el primer escalón de una escalera de mano de bronce picado de viruelas. Los fugitivos muertos, después de todo, no necesitaban comida, ni agua. Ni aire, si a eso iba. Lo que hacía que esconderles no resultara un esfuerzo.

Bajó por la escalera, veintitrés escalones, y llegó a un túnel tallado con tosquedad en la pesada arcilla y después cocido para formar un cascarón duro. Diez pasos más hasta un arco de piedra torcido bajo el que había una puerta de piedra agrietada atestada de jeroglíficos. Las tumbas antiguas como aquella no eran muy frecuentes. La mayor parte hacía mucho tiempo que se había derrumbado bajo el peso de la ciudad o bien se habían hundido tanto en el barro que eran inalcanzables. Los eruditos habían intentado descifrar los extraños sigilos de las puertas de las tumbas mientras que la gente normal llevaba mucho tiempo preguntándose por qué las tumbas tenían que tener puertas siquiera. El idioma solo se había descifrado en parte, lo suficiente para revelar que los glifos estaban cargados de maldiciones y orientados al Errante de algún modo misterioso. En total, motivo suficiente para evitarlas, sobre todo porque, después de forzar unas cuantas, se descubrió que las tumbas no contenían nada de valor, y lo más peculiar era que los sarcófagos de piedra lisa y anodina que albergaba cada tumba se hallaban vacíos. Estaba el rumor añadido, pero no demostrado, de que esos ladrones de tumbas habían sufrido con posterioridad destinos terribles.

El sello de la puerta de esa tumba concreta se había rendido al descenso irregular y palpitante de la estructura entera. Un simple esfuerzo podía apartarla.

En el túnel, Bicho encendió un farol usando una cajita de ascuas y después lo posó en el umbral de la tumba. Tras lo cual aplicó el hombro a la puerta.

—¿Eres tú? —se oyó la voz de Shurq en la oscuridad del interior.

—Bueno, sí —dijo Bicho—, lo soy.

—Mentiroso. No eres tú, eres Bicho. ¿Dónde está Tehol? Necesito hablar con Tehol.

—Está indispuesto —dijo Bicho. Tras empujar la puerta para abrirla y poder entrar en la tumba, recogió el farol y se metió dentro—. ¿Dónde está Harlest?

—En el sarcófago.

No había tapa en el inmenso ataúd de piedra. Bicho se acercó y se asomó.

—¿Qué estás haciendo, Harlest? —Posó el farol en el borde.

—El antiguo ocupante era alto. Muy alto. Hola, Bicho. ¿Qué estoy haciendo? Estoy aquí echado.

—Sí, eso ya lo veo. ¿Pero por qué?

—No hay sillas.

Bicho se volvió hacia Shurq Elalle.

—¿Dónde están esos diamantes?

—Aquí. ¿Has encontrado lo que yo quería?

—Así es. A un precio decente, lo que deja intacta la mayor parte de tu fortuna.

—Tehol se puede quedar con lo que quede en esa caja de ahí. Con mis ganancias del burdel me quedo yo.

—¿Estás segura de que no quieres un porcentaje de esto, Shurq? Tehol se conformaría con el cincuenta por ciento. Después de todo, el riesgo lo corriste tú.

—No. Soy ladrona. Siempre puedo conseguir más.

Bicho miró a su alrededor.

—¿Servirá esto por un tiempo?

—No veo por qué no. Está seco, al menos. Tranquilo, la mayor parte del tiempo. Pero necesito a Ublala Pung.

La voz de Harlest resonó en el sarcófago.

—Y yo quiero dientes afilados y garras. Shurq dijo que podías conseguírmelos.

—Estamos trabajando en eso, Harlest.

—Quiero dar miedo. Es importante que dé miedo. He estado practicando siseos y gruñidos.

—No hay por qué preocuparse —respondió Bicho—. Serás aterrador de verdad. En cualquier caso, debería irme ya…

—No tan rápido —interpuso Shurq—. ¿Se ha sabido algo del robo en la hacienda de Gerun Eberict?

—No. Lo que no es de extrañar, si lo piensas bien. El hermano no muerto de Gerun desaparece la misma noche que una especie de gigante le da la gran paliza a casi todos los guardias. Aparte de eso, ¿qué más hay de cierto? ¿Intentaría alguien entrar de verdad en el despacho protegido por guardas de Gerun?

—Si como carne humana —dijo Harlest—, se me pudrirá en el estómago, ¿no? Eso significa que apestaré. Eso me gusta. Me gusta pensar en cosas como esa. El olor de la perdición.

—¿El qué? Shurq, es probable que no sepan que les han robado. E incluso si lo supieran, no harían nada hasta que regrese su amo.

—Supongo que tienes razón. En cualquier caso, asegúrate de enviarme a Ublala Pung. Dile que lo echo de menos. A él y a su…

—Lo haré, Shurq. Te lo prometo. ¿Algo más?

—No sé —respondió ella—. Déjame pensar.

Bicho esperó.

—Ah, sí —dijo la ladrona tras un momento—, ¿qué sabes de estas tumbas? Hubo un cadáver aquí, una vez, en ese sarcófago.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Los ojos inertes de la mujer se clavaron en los de Bicho.

—Lo notamos.

—Ah. De acuerdo.

—Bueno, ¿qué sabes?

—No mucho. El lenguaje de la puerta pertenece a un pueblo extinto conocido como los forkrul assail, que están personificados de forma colectiva en nuestros Fulcra por el personaje que llamamos el Errante. Las tumbas las construyó otro pueblo extinto llamado jaghut, a quien reconocemos en la Fortaleza que llamamos la Fortaleza de Hielo. Las guardas tenían como propósito bloquear los esfuerzos de otro pueblo, los t'lan imass, que eran los enemigos jurados de los jaghut. Los t'lan imass persiguieron a los jaghut de un modo despiadado, incluyendo a esos jaghut que decidieron renunciar a su lugar en el mundo. Dichos individuos eligieron algo que se parecía mucho a la muerte. Sus almas viajaban a su Fortaleza y dejaban el cuerpo atrás, el cuerpo se guardaba en tumbas como esta. Pero eso no era suficiente para los t'lan imass. En cualquier caso, los forkrul assail se consideraban árbitros imparciales en el conflicto y esa fue, la mayor parte del tiempo, toda su implicación. Aparte de eso —dijo Bicho con un encogimiento de hombros—, la verdad es que no sé más.

Harlest Eberict se había ido levantando poco a poco durante el monólogo de Bicho y en ese momento miraba al criado. Shurq Elalle estaba inmóvil, como estaban muchas veces los muertos.

—Tengo otra pregunta —dijo después.

—Adelante.

—¿Eso es algo que suele saber el personal de servicio?

—No que yo sepa, Shurq. Yo solo voy oyendo cosas en un lado y en otro, con el tiempo.

—¿Cosas que ningún erudito de Letheras oye? ¿O te lo estás inventando sobre la marcha?

—Intento evitar inventarlo todo.

—¿Y lo consigues?

—No siempre.

—Será mejor que te vayas ya, Bicho.

—Sí, será mejor. Le diré a Ublala que te haga una visita esta noche.

—¿Tienes que hacerlo? —preguntó Harlest—. Yo no soy del tipo mirón…

—Mentiroso —dijo Shurq—, claro que lo eres.

—Está bien, estoy mintiendo. Es una mentira útil y me atengo a ella.

—Esa posición es indefendible…

—Tiene gracia que eso lo digas tú y dado lo que vas a hacer esta noche…

Bicho recogió el farol y fue saliendo de espaldas y sin prisas mientras continuaba la discusión. Volvió a colocar la puerta en su sitio, se limpió el polvo de las manos y regresó a la escalera de mano.

De vuelta en la oficina del almacén, volvió a poner la losa en su lugar y después, tras recoger sus dibujos, se dirigió a la última obra. La adquisición más reciente de Construcciones Bicho había sido en su momento una escuela, imponente y reservada a los hijos de los ciudadanos más acaudalados de Letheras. Se construyeron residencias y crearon la institución educativa estilo prisión tan típica y popular en aquel momento. Fueran cuales fueran los muchos traumas enseñados en sus confines tuvieron su final cuando,

durante una primavera especialmente húmeda, las paredes de las celdas se derrumbaron en un diluvio de barro y huesitos humanos. El suelo del salón de actos principal se desplomó al punto durante la siguiente reunión de estudiantes, enterrando tanto a niños como a educadores en un inmenso pozo de barro negro y pútrido en el que se ahogó un tercio de todos y de estos, los cuerpos de más de la mitad nunca se pudieron recuperar. Se culpó a una construcción de baja calidad, lo que provocó un auténtico escándalo.

Desde ese acontecimiento, quince años atrás, el edificio en ruinas había permanecido vacío, y, según los rumores, embrujado por los fantasmas de celadores indignados y vigilantes de pasillo desconcertados.

El precio de compra había sido, como no podía ser de otro modo, modesto.

Los pisos superiores situados justo encima del salón de actos principal tenían su estructura comprometida y la primera tarea de Bicho había sido supervisar la instalación de abrazaderas antes de que los equipos de trabajo pudieran volver a excavar el pozo hasta el sótano. Una vez expuesta esa planta (y el batiburrillo de huesos despachado al cementerio) se abrieron pozos a través de lentes de arcilla y arena hasta un grueso lecho de gravilla. Se vertió cemento y se colocó un aro de barras de hierro verticales, seguido por capas alternas de gravilla compacta y cemento hasta la mitad del pozo. Unas columnas de arenisca, con las bases agujereadas para absorber las barras que sobresalieran, se bajaron después. A partir de entonces se siguieron las prácticas normales de construcción. Columnas, contrafuertes y arcos falsos, técnicas habituales que a Bicho no le interesaban demasiado.

La vieja escuela se estaba transformando en una mansión palaciega. Que después venderían a algún rico mercader o noble desprovisto de gusto. Dado que de esos los había en abundancia, la inversión estaba asegurada.

Bicho pasó no demasiado tiempo en la obra, rodeado de capataces que le metían por la cara pergaminos que describían un sinfín de alteraciones y especificaciones que requerían aprobación. Pasó una campanada antes de que al fin se las arreglara para archivar sus dibujos y escapar.

La calle que se convertía en el camino que llevaba a la cantera de grava era una avenida principal que serpenteaba paralela al canal. Era también una de las pistas más antiguas de la ciudad. Construida a lo largo del sendero de una playa sumergida de guijarros y adoquines sellada con arcilla, los edificios que la bordeaban habían resistido a la decadencia combada común en otras partes de la ciudad. De doscientos años de antigüedad, muchos de ellos, en un estilo tan olvidado que parecía foráneo.

La Casa de las Escamas era alta y estrecha, metida entre dos inmensos edificios de piedra, uno un archivo de un templo y el otro el monolítico corazón del gremio de los Inspectores Urbanos. Unas cuantas generaciones atrás, un tallador de piedra con un talento particular había recubierto la fachada de piedra caliza y la entrada formal flanqueada por columnas con un montón de ratas representadas con todo cariño. En multitudes que casi no se podían contar. Ratas que daban brincos, ratas que bailaban, ratas que fornicaban. Ratas en guerra, descansando, ratas dándose un festín de cadáveres, arremolinándose sobre mesas cargadas de comida entre chuchos dormidos y sirvientes borrachos. Las colas escamosas formaban intrincados bordes alrededor de las escenas y, de algún extraño modo, le pareció a Bicho cuando subió las escaleras que las ratas estaban en

movimiento. Por el rabillo del ojo las vio desplazarse, retorcerse y sonreír.

Se desprendió de su inquietud, hizo una pequeña pausa ante la puerta y después la abrió y entró.

—¿Cuántas, cuánta complicación, cuánto tiempo?

El escritorio, mármol gris de Rosazul, casi bloqueaba la entrada al vestíbulo y se extendía por toda la sala salvo un estrecho espacio en la esquina derecha. El secretario que había sentado detrás todavía tenía que levantar la vista de sus libros mayores. Continuó hablando tras un momento.

—Responda a esas preguntas y después díganos dónde y lo que está dispuesto a pagar y si esto es una ocasión puntual o si le interesan visitas mensuales. Y sería prudente que supiera que en estos momentos no aceptamos contratos.

—No.

El secretario dejó la pluma y levantó la vista. Unos ojos pequeños y oscuros resplandecieron con aire suspicaz bajo una única ceja áspera. Unos dedos manchados de tinta se tiraron de la nariz, que había empezado a crisparse como si el hombre estuviera a punto de estornudar.

—No somos responsables.

—¿De qué?

—De nada. —Más tirones de la nariz—. Y no estamos aceptando más solicitudes, así que si está aquí para traer una, ya puede darse la vuelta e irse.

—¿Qué clase de solicitud podría querer entregarle? —preguntó Bicho.

—De todo tipo. Las asociaciones de vecinos beligerantes tienen que esperar su turno como todos los demás.

—No tengo ninguna solicitud.

—Entonces no lo hicimos nosotros, nunca estuvimos allí, ha oído mal, fueron otros.

—Estoy aquí en nombre de mi amo, que desea reunirse con su gremio para discutir un contrato.

—Estamos hasta arriba. No aceptamos más contratos…

—El precio no es un factor a considerar —interpuso Bicho y después sonrió—, dentro de unos límites razonables.

—Ah, pero entonces sí es un factor a considerar. Nosotros bien podríamos tener en mente unos límites nada razonables. Los tenemos con frecuencia, ¿sabe?

—No creo que a mi amo le importen las ratas.

—Entonces está loco… pero es interesante. La junta se reunirá esta noche por otro asunto. A su amo se le concederá un corto periodo de tiempo al final de la reunión, periodo que yo anotaré en la agenda. ¿Algo más?

—No. ¿A qué hora esta noche?

—Novena campanada, no más tarde. Lleguen tarde y se quedarán fuera de la cámara. Asegúrese de que lo entiende.

—Mi amo siempre es puntual.

El secretario hizo una mueca.

—Ah, así que es de esos, ¿eh? Pobre de ti. Ahora vete, estoy ocupado.

Bicho se inclinó hacia delante de repente y metió dos dedos en los ojos del secretario. No hubo resistencia. El secretario echó la cabeza hacia atrás y frunció el ceño.

—Muy bonito —sonrió Bicho al tiempo que daba un paso atrás—. Mis felicitaciones al hechicero del gremio.

—¿Qué me delató? —preguntó el secretario cuando Bicho abrió la puerta.

El criado miró atrás.

—Te pareces demasiado a una rata, lo que traiciona la obsesión de tu creador. Con todo, la ilusión es magnífica.

—No me han descubierto en décadas. En el nombre del Errante, ¿se puede saber quién eres?

—Para esa respuesta —dijo Bicho al darse la vuelta—, necesitarás una solicitud.

—¡Espera! ¿Quién es tu amo?

Bicho se despidió con un último gesto y cerró la puerta. Bajó las escaleras y giró a la derecha. Tenía por delante un largo camino hasta las canteras y, como Tehol había predicho, hacía mucho calor y la temperatura cada vez subía más.

Citado a una reunión con el ceda en la Cedance, la cámara de las Losas, Brys descendió los últimos escalones hasta el rellano y después se dirigió a la pasarela elevada. Kuru Qan dibujaba círculos sobre la lejana plataforma con aire distraído y murmuraba por lo bajo.

—Ceda —lo llamó Brys al acercarse—. ¿Deseabas verme?

—Desagradable, finadd, todo muy desagradable. Incomprensible. Necesito una mente más clara. En otras palabras, no la mía. Quizá la tuya. Ven aquí. Escucha.

Brys jamás había oído al ceda tan tenso y consternado.

—¿Qué ha ocurrido?

—Todas las Fortalezas, finadd. Caos. He presenciado una transformación. Mira, puedes verlo por ti mismo. La losa de los Fulcra, el Dolmen. ¿Lo ves? Una figura acurrucada en su base. Atada al menhir con cadenas. Todo oscurecido por el humo, un humo que me adormece la mente. El Dolmen ha sido usurpado.

Brys se quedó mirando la losa. La figura era fantasmal y se le empañaba la visión cuanto más la miraba.

—¿Por quién?

—Un desconocido. Un forastero.

—¿Un dios?

Kuru Qan se masajeó la frente arrugada con los dedos mientras seguía paseándose.

—Sí. No. No concedemos valor alguno a la noción de dioses. Advenedizos que no son nada comparados con las Fortalezas. La mayor parte no es ni siquiera real, simples proyecciones de los deseos y esperanzas de la gente. Sus temores. Por supuesto —añadió—, a veces no hace falta nada más.

—¿Qué quieres decir?

Kuru Qan sacudió la cabeza.

—Y la Fortaleza de Azath, esa me inquieta mucho. La losa central, la Piedra del Corazón, ¿la notas? La Piedra del Corazón de Azath, amigo mío, ha muerto. Las otras losas se apilaron a su alrededor, al final, se unieron en un círculo apretado como la sangre se acumula en un cuerpo herido. Han abierto una brecha en la Tumba. El Portal se encuentra desprotegido. Debes viajar por mí a la torre cuadrada, finadd. Y ve armado.

—¿Qué he de buscar?

—Cualquier cosa indebida. Suelo roto. Pero ten cuidado, los moradores de esas tumbas no están muertos.

—Muy bien. —Brys examinó las losas más cercanas—. ¿Hay más?

Kuru Qan se detuvo y alzó las cejas.

—¿Más? La Fortaleza del Dragón ha despertado. Wyval. Bebedor de sangre. Puerta. Consorte. Entre los Fulcra, el Errante está ahora colocado en el centro de todo. La Manada se acerca y Buscaformas se ha convertido en una quimera. La Cazadora de la Fortaleza de Hielo camina por senderos helados. Niño y Semilla cobran vida. La Fortaleza Vacía (bien puedes verlo) se ha oscurecido. Cada losa. Una sombra se alza tras el Trono Vacío. Y mira, el Salvador y el Traidor se han fundido. Son uno y el mismo. ¿Cómo es posible?

Vagabundo, Señora, Vigilante y Caminante, todos ocultos, desdibujados por un movimiento misterioso. Estoy asustado, finadd.

—Ceda, ¿has sabido algo de la delegación?

—¿La delegación? No. Desde el momento de su llegada a la aldea del rey hechicero, todo contacto con ellos se ha perdido. Bloqueado por hechicería edur, de un tipo que no hemos experimentado jamás. Es mucho lo que inquieta. Mucho.

—Debería irme ya, ceda, mientras todavía sea de día.

—Estoy de acuerdo. Después regresa aquí con lo que hayas descubierto.

—Muy bien.

La pista que llevaba a las canteras trepaba en zigzag hasta un corte en la ladera de la colina. Los bosquecillos de árboles de los flancos estaban recubiertos de polvo blanco. Las cabras tosían a la sombra.

Bicho hizo una pausa para limpiarse la arenilla sudorosa de la frente y después continuó.

Dos carretas llenas de canteros habían pasado junto a él poco rato antes y por el frustrado capataz supo la desagradable nueva, el personal se había negado a trabajar más en la cantera, al menos hasta que se resolviera la situación.

Habían abierto sin querer una cavidad en la que una criatura de algún tipo había estado encerrada durante lo que debía de haber sido mucho, mucho tiempo. Había arrastrado al interior a tres canteros, cuyos chillidos no habían durado demasiado. Al nigromante contratado no le había ido mucho mejor.

Bicho llegó al desfiladero y se quedó mirando el pozo de la cantera con sus lados geométricos de caliza cortados en profundidad en la tierra circundante. La boca de la cavidad era apenas visible en una zona en la que se había trabajado en tiempos recientes.

Empezó a bajar y llegó a menos de veinte pasos de la cueva antes de detenerse.

El aire se hizo gélido de repente. Bicho frunció el ceño, se apartó a un lado y se sentó en un bloque de caliza. Observó la escarcha que se formaba en el suelo, a la izquierda de la cueva, y que se extendía en punta hacia la abertura oscura, el extremo contrario se iba abriendo cada vez más en un remolino de niebla. El sonido del hielo crujiendo bajo unos pies y después apareció una figura en el extremo más ancho, como si surgiera de la nada. Alta, desnuda de las caderas hacia arriba, piel verde grisáceo. Cabello rubio largo y veteado que le colgaba suelto sobre los hombros y por la espalda. Ojos de color gris claro, las pupilas eran ranuras verticales. Colmillos coronados de plata. Hembra, de pechos pesados. Vestía una falda corta, su única prenda de ropa aparte de los mocasines atados con cuero, y un cinturón ancho que albergaba media docena de vainas en las que residían cuchillos bien afilados.

La atención de la figura estaba concentrada en la cueva. Ancló las manos en las caderas y suspiró de forma visible.

—No va a salir —dijo Bicho.

Ella lo miró.

—Pues claro que no, ahora que estoy yo aquí.

—¿Qué clase de demonio es?

—Uno hambriento y chiflado, pero es un cobarde.

—¿Lo metiste tú ahí?

Ella asintió.

—Malditos humanos. No pueden dejar las cosas como están.

—Dudo que lo supieran, jaghut.

—No es excusa. Siempre están excavando. Excavan aquí, excavan allí. No paran nunca.

Bicho asintió.

—¿Y ahora qué? —preguntó después.

La otra volvió a suspirar. La escarcha de sus pies se multiplicó y se convirtió en hielo angular, que después se arrastró y se metió en la boca de la cueva. El hielo creció deprisa y llenó el agujero. La piedra circundante gimió, crujió y después se partió, lo que reveló debajo hielo sólido. Cayó tierra arenosa y trozos de caliza.

Bicho entrecerró la mirada y la clavó en la extraña forma atrapada en el centro del hielo humeante.

—¿Un khalibaral? Que el Errante nos lleve, Cazadora, me alegro de que decidieras volver.

—Ahora tengo que encontrarle otro sitio. ¿Alguna sugerencia?

Bicho lo pensó un tiempo, después sonrió.

Brys se fue acercando entre dos de las torres redondas en ruinas, pisaba con cuidado y rodeaba los bloques derrumbados de piedra medio ocultos en las ásperas hierbas amarillas. El aire era cálido y no se movía, el sol un dorado líquido en las paredes de la torre. Los saltamontes se apartaron de su camino con chirridos de pánico y, al percibir el leve crujido bajo sus pies, Brys bajó la cabeza y vio que el suelo estaba repleto de vida. Insectos, muchos de ellos irreconocibles, muy grandes, torpes, en tonos apagados, que se apartaban a ambos lados al avanzar él.

Puesto que todos huían, no le preocupó demasiado.

Se encontró con la torre cuadrada. La Azath. Aparte de su primitivo estilo arquitectónico, no parecía haber mucho más que la distinguiese. A Brys le desconcertaba la afirmación del ceda acerca de que una estructura de piedra y madera podía ser sensible, podía respirar con vida propia. Un edificio presuponía un constructor pero Kuru Qan afirmaba que la Azath se había limitado a surgir sin más, levantada por voluntad propia. Lo que invitaba a sospechar de cada ley de la causalidad que varias generaciones de eruditos habían postulado como verdad irrefutable.

Los terrenos circundantes eran menos misteriosos, si bien muchísimo más peligrosos. Los túmulos jorobados del patio repleto de malas hierbas eran inconfundibles. Nudosos y achaparrados, había árboles muertos por todas partes, a veces en el punto más alto del montículo, pero con más frecuencia en los flancos. Un sendero serpenteante de baldosas comenzaba enfrente de la puerta principal, la verja marcada por unas columnas toscas de piedra sin argamasa envueltas en parras y rastreros. Los restos de un muro bajo encerraban los terrenos.

Brys llegó al borde del patio por un lado, la verja a su derecha, la torre a la izquierda. Y vio de inmediato que muchos de los túmulos que había a la vista se habían derrumbado al menos por uno de los lados, como si los hubieran destripado por dentro. Las malas hierbas que cubrían los montículos estaban muertas, ennegrecidas como si se hubieran podrido.

Estudió el centro un momento más y después rodeó el perímetro hacia la verja. Se metió entre las columnas y pisó la primera baldosa, que se inclinó hacia un lado con un chirrido tintineante. Brys se tambaleó, estiró los brazos para equilibrarse y consiguió recuperarse sin caer.

Una carcajada aguda cerca de la entrada de la torre.

El finadd levantó la vista.

La niña salió de entre las sombras arrojadas por la torre.

—Te conozco. Seguí a los que te estaban siguiendo. Y los maté.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Cosas malas. —La niña se acercó más, enmohecida y desarreglada—. ¿Eres mi amigo? Se suponía que tenía que ayudarla a seguir viva. Pero se murió de todas formas y las cosas están muy ocupadas matándose unas a otras. Salvo por el que la torre escogió. Ese quiere hablar contigo.

—¿Conmigo?

—Con uno de mis amigos mayores.

—¿Quiénes —preguntó Brys— son tus otros amigos mayores?

—Madre Shurq, padre Tehol, tío Ublala, tío Bicho.

Brys se quedó callado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó después.

—Tetera.

—Tetera, ¿a cuántas personas has matado durante el último año?

La niña ladeó la cabeza.

—No sé contar más de ochenta y dos.

—Ah.

—Montones de ochenta y dos.

—¿Y adónde van los cuerpos?

—Los traigo aquí y los meto en el suelo.

—¿A todos?

La niña asintió.

—¿Dónde está ese amigo tuyo? ¿El que quiere hablar conmigo?

—No sé si es amigo. Sígueme. Pisa donde yo pise.

Lo cogió de la mano y Brys luchó por contener un respingo al sentir la mano fría y húmeda. Salieron del

sendero de baldosas y se metieron entre los túmulos, el suelo vacilaba bajo cada paso cuidadoso. Había más insectos pero de menos variedades, como si algo hubiera ido decayendo en los terrenos de la Azath.

—Jamás había visto insectos como estos —dijo Brys—. Son… grandes.

—Viejos, de los tiempos en los que nació la torre —dijo Tetera—. Huevos en el terreno roto. Esos marrones, que son como palos con las cabezas en los dos extremos, son los peores. Me comen los dedos de los pies cuando me quedo quieta mucho rato. Y es difícil aplastarlos.

—¿Qué hay de esos amarillos puntiagudos?

—No me molestan. Esos solo comen pájaros y ratones. Aquí.

La niña se había detenido delante de un montículo arrugado con uno de los árboles más grandes del patio, cuya madera mostraba unas inusuales vetas grises y negras, las ramitas y las ramas se proyectaban en curvas en lugar de en ángulos marcados. Las raíces se extendían por todo el túmulo y la corteza restante tenía unas extrañas escamas, como piel de serpiente.

Brys frunció el ceño.

—¿Y cómo vamos a conversar, con él ahí dentro y yo aquí arriba?

—Está atrapado. Dice que tienes que cerrar los ojos y no pensar en nada. Como haces cuando combates, dice.

Brys se sobresaltó.

—¿Está hablando ahora contigo?

—Sí, pero dice que eso no basta porque yo no sé suficientes… palabras. Palabras y cosas. Debe enseñártelo. Dice que no es la primera vez que lo haces.

—Parece que no tengo secretos —dijo Brys.

—No muchos, no, así que dice que, a cambio, él hará lo mismo. Para que podáis confiar el uno en el otro. Un tanto.

—Un tanto. ¿Expresión suya?

La niña asintió.

Brys sonrió.

—Bueno, agradezco la honestidad. De acuerdo, lo intentaré.

Cerró los ojos. La mano fría de Tetera permanecía en la suya, pequeña, la carne extrañamente suelta sobre los huesos. Brys prefirió no ahondar en ese detalle. La mente de un combatiente en realidad no estaba vacía durante una lucha. Permanecía fría, distanciada y alerta. Concentración definida por una estructura que a su vez se montaba sobre unas leyes estrictas de necesidad pragmática. Así pues, observadora, calculadora, y desprovista por completo de emoción, incluso cuando se despertaba cada sentido.

El guerrero sintió que se concentraba en esa estructura conocida y tranquilizadora.

Y le asombró la fuerza de la voluntad que tiraba de él. Luchó contra el pánico que lo embargaba, sabía que era impotente contra ese poder. Después se rindió.

Sobre él se transformó un cielo. Un remolino de luz verde enfermiza rodeaba una herida negra y desigual lo bastante grande para tragarse una luna. Las nubes se retorcían, torturadas y partidas por el descenso de innumerables objetos y cada objeto parecía luchar contra el aire al caer, como si ese mundo se estuviera resistiendo a la intrusión. Objetos que brotaban de esa herida y abrían túneles en capas del cielo.

En el paisaje que tenía delante había una ciudad inmensa que se alzaba en una llanura plana con gradas de

jardines y pasarelas elevadas. Unas cuantas torres se levantaban al otro lado y alcanzaban alturas extraordinarias. La tierra agrícola se extendía por las afueras de la ciudad hasta donde Brys alcanzaba a ver, extrañas sombras fluían sobre el paisaje mientras lo observaba.

Apartó la mirada de la escena y bajó la cabeza. Se encontró con que estaba sobre una plataforma de caliza manchada de rojo. Ante él bajaban unos escalones empinados, fila tras fila, cientos, hasta una extensión pavimentada flanqueada por columnas pintadas de azul. Un vistazo a la derecha reveló un descenso con un ángulo marcado. Se hallaba en una estructura con forma de pirámide con la cima plana y, comprendió con un sobresalto, había alguien a su lado, a su izquierda. Una figura apenas visible, fantasmal, indescriptible. Era alta y parecía estar contemplando el cielo, centrado en aquella terrible herida oscura.

Los objetos se estaban estrellando contra el suelo, aterrizaban con fuerza pero en absoluto con la velocidad que deberían. Un crujido estridente reverberó en la explanada que corría entre las columnas y Brys vio que una inmensa talla de piedra se había posado allí. Un ser humano extraño con aspecto de bestia, agachado, con unos brazos con gruesos músculos que se estiraban hacia delante y convergían sobre el pene, agarrándolo con las dos manos. Los hombros y la cabeza estaban labrados de tal modo que se asemejaban a un toro. Un segundo par de piernas, femeninas, envolvían las caderas de la bestia-hombre, la plataforma sobre la que él se agachaba estaba tallada, advirtió Brys, con la forma de una mujer, echada de espaldas bajo él. Cerca se alzaba el traqueteo de decenas de tablas de arcilla, demasiado lejanas para que Brys viera si había algo escrito en ellas, aunque sospechaba que lo había;

resbalaban como si hubiera un cojín de aire antes de posarse en una ringlera esparcida.

Fragmentos de edificios, bloques de caliza tallada, piedras angulares, paredes de adobe, zarzos y barro. Después miembros cortados, secciones desangradas de ganado y caballos, un rebaño de algo que podrían haber sido cabras, cada una vuelta del revés y con los intestinos flotando. Humanos de piel oscura, o por lo menos los brazos, las piernas y los torsos.

Sobre él, el cielo se llenaba de grandes fragmentos pálidos que bajaban flotando como nieve.

Y algo enorme estaba atravesando la herida. Ceñido por un rayo que parecía chillar de dolor, los gritos incesantes, ensordecedores.

Unas palabras en voz queda sonaron en la mente de Brys.

—Mi fantasma, suelto para vagar, quizá para presenciar. Lucharon contra Kallor, era una causa digna. Pero… lo que han hecho aquí…

Brys no podía apartar los ojos de aquella esfera aullante de luz. Podía ver miembros en su interior, los arcos ardientes entrelazados a su alrededor como cadenas.

—¿Qué, qué es?

—Un dios, Brys Beddict. En su propio reino, se enzarzó en una guerra, pues había dioses rivales. Tentaciones…

—¿Es esto una visión del pasado? —preguntó Brys.

—El pasado continúa vivo —respondió la figura—. No hay manera de saber… aquí de pie. Cómo medimos el comienzo, el fin; para todos nosotros ayer era como hoy, y como será mañana. No somos conscientes. O quizá sí lo somos, pero elegimos (por conveniencia, por tranquilidad de espíritu) no ver. No pensar. —Un gesto vago con una mano—. Algunos dicen doce magos, algunos dicen siete. No importa, pues están a punto de convertirse en polvo.

La inmensa esfera había empezado a rugir, crecía con una velocidad aterradora y se precipitaba sobre la tierra. Brys comprendió que se estrellaría contra la ciudad.

—Así pues, en su esfuerzo por imponer un cambio en el plan, se aniquilaron a sí mismos y su propia civilización.

—Así que fracasaron.

La figura no dijo nada durante un rato.

Y el dios que descendía golpeó el suelo, un destello cegador, una detonación que hizo temblar la pirámide bajo ellos y abrió fisuras en toda la explanada. El humo se alzó en una columna que luego ondeó y cubrió el mundo de sombras. El viento salió en una ráfaga brusca que aplastó los árboles de las granjas, derribó las columnas que bordeaban la explanada. Los árboles estallaron luego en llamas.

—En respuesta a una desesperación percibida, alimentada por una rabia hirviente, llamaron a un dios. Y murieron en el empeño. ¿Significa eso que fracasaron en su maniobra? No, yo no hablo de Kallor. Hablo de su impotencia que dio lugar al deseo de cambio. Brys Beddict, si los fantasmas estuvieran con nosotros ahora, aquí en el mundo futuro donde reside nuestra carne, capaces por tanto de ver lo que su obra ha forjado, reconocerían que todo lo que buscaban ha ocurrido al fin.

»Aquel que estaba encadenado a la tierra ha retorcido las paredes de su prisión. Son irreconocibles. Su veneno se ha extendido e infectado el mundo y a todos los que moran en él.

—Me dejas sin esperanza —dijo Brys.

—Lo siento. No intentes encontrar esperanza entre tus líderes. Son los depositarios del veneno. Su interés en ti solo alcanza a su capacidad para controlarte. En ti buscan responsabilidad y obediencia, y te importunarán con el

lenguaje de una fe conmovedora. Buscan seguidores, y pobres de los que cuestionen o desafíen.

»Civilización tras civilización, siempre es lo mismo. El mundo cae víctima de una tiranía con un susurro. Los asustados siempre están dispuestos a inclinarse ante una necesidad percibida, con la creencia que la necesidad fuerza la conformidad y la conformidad una cierta estabilidad. En un mundo al que la conformidad ha dado forma, los disidentes destacan, se les marca con facilidad y con igual facilidad se ocupan de ellos. No hay una multitud de perspectivas, no hay diálogo. La víctima asume la cara del tirano, farisaico e intransigente, y las guerras se reproducen como alimañas. Y muere gente.

Brys estudió la tormenta de fuego que envolvía lo que había sido una vez una ciudad de gran belleza. No sabía su nombre, ni la civilización que la había originado y entonces se le ocurrió que tampoco importaba.

—En tu mundo —dijo la figura— la profecía se acerca a su acimut. Surgirá un emperador. Provienes de una civilización que ve la guerra como una extensión de la economía. Los huesos apilados se convierten en los cimientos de vuestras rutas comerciales, no veis nada impropio en ello…

—Algunos sí lo vemos.

—Irrelevante. Vuestro legado de culturas aplastadas exhibe su propia verdad. Pretendéis conquistar a los tiste edur. Afirmáis que cada circunstancia es diferente, única, pero no es ni diferente ni única. Todo es lo mismo. Vuestra potencia militar demuestra la virtud de vuestra causa. Pero te diré algo, Brys Beddict, no existe eso del destino. La victoria no es inevitable. Vuestro enemigo aguarda entre vosotros. Vuestro enemigo se oculta sin necesidad de disfraz, cuando la beligerancia y la amenaza implícita son suficientes para que vuestra mirada se aparte. Habla vuestro

idioma, toma vuestras palabras y las usa contra vosotros. Se burla de vuestra fe en las verdades, pues se ha convertido en árbitro de esas verdades.

—Lether no es una tiranía…

—Piensas que el espíritu de tu civilización está personificado en vuestro benigno rey. No lo está. Vuestro rey existe porque se considera permisible que exista. Os gobierna la codicia, un tirano monstruoso iluminó el oro con gloria. No se le puede derrotar, solo aniquilar. —Otro gesto hacia el caos fiero de abajo—. Esa es vuestra única esperanza de salvación, Brys Beddict. Pues la codicia se suicida cuando no queda nada que acumular, cuando las infinitas legiones de trabajadores no son más que huesos, cuando la horripilante cara de la hambruna se revela en el espejo.

»El dios ha caído. Se agazapa y siembra la destrucción. Ascenso y caída, ascenso y caída, y con cada renovación, el espíritu rector menor, más débil, y está más encadenado a una visión despojada de esperanza.

—¿Por qué nos hace esto ese dios?

—Porque no conoce más que el dolor y solo ansía compartirlo, infligirlo sobre todo lo que vive, todo lo que existe.

—¿Por qué me has mostrado esto?

—Te convierto en testigo, Brys Beddict, del símbolo de vuestra desaparición.

—¿Por qué?

La figura quedó callada un momento.

—Te aconsejé que no buscaras esperanza en tus líderes —dijo después— pues no te contarán más que mentiras. Pero la esperanza existe. Búscala, Brys Beddict, en el que se encuentra a tu lado, en el desconocido del otro lado de la calle. Sé lo bastante valiente como para empeñarte en

cruzar la calle. No mires al cielo ni al suelo. La esperanza persiste y su voz es la compasión y la duda honesta.

La escena empezó a desvanecerse.

La figura que estaba a su lado habló por última vez.

—Eso es todo lo que quiero decirte. Todo lo que puedo decirte.

Abrió los ojos y se encontró una vez más de pie ante el túmulo, el día moría a su alrededor. Tetera todavía le cogía la mano con la suya fría.

—¿Me ayudarás ahora? —le preguntó la niña.

—El morador de la tumba no dijo nada de eso.

—Nunca lo hace.

—No me mostró casi nada de sí mismo. Ni siquiera sé quién o qué es.

—Sí.

—No hizo ningún esfuerzo alguno por convencerme… de nada. Pero vi… —Brys sacudió la cabeza.

—Necesita ayuda para escapar de su tumba. Otras cosas están intentando salir. Y lo harán. Ya no falta mucho, creo. Quieren hacerme daño, y a todos los demás.

—¿Y el que hemos de ayudar los detendrá?

—Sí.

—¿Qué puedo hacer?

—Necesita dos espadas. El mejor hierro que haya. Hojas rectas, de dos filos, puntiagudas. Finas pero fuertes. Empuñaduras estrechas, pomos pesados.

Brys lo pensó un momento.

—Creo que podría encontrar algo en el arsenal. ¿Quiere que las traiga aquí?

Tetera asintió.

Necesitaba ayuda. Pero no la pidió.

—Muy bien. Lo haré. Pero hablaré con el ceda de esto.

—¿Confías en él? Él quiere saberlo, ¿confías en ese ceda?

Brys abrió la boca para responder, para decir «sí», pero se detuvo. El morador del túmulo era una criatura poderosa, quizá demasiado poderosa para poderlo controlar. Allí no había nada que fuera a complacer a Kuru Qan. ¿Pero acaso tenía Brys alternativa? El ceda lo había enviado allí para descubrir lo que le había acaecido a la Azath… Miró la torre.

—La Azath, ¿está muerta?

—Sí. Era demasiado vieja, demasiado débil. Luchó durante mucho tiempo.

—Tetera, ¿sigues matando a personas en la ciudad?

—No muchas. Solo las malas personas. Una o dos por noche. Algunos de los árboles siguen vivos pero ya no pueden alimentarse de la sangre de la torre. Así que les doy otra sangre, para que puedan luchar y mantener atrapados a los monstruos. Pero los árboles también están muriendo.

Brys suspiró.

—De acuerdo. Volveré a visitarte, Tetera. Con las espadas.

—Sabía que podías gustarme. Sabía que serías agradable. Por tu hermano.

El comentario provocó un ceño y después otro suspiro. Brys se deshizo con suavidad de la mano de la niña muerta.

—Ten cuidado, Tetera.

—Estaba durmiendo de maravilla —dijo Tehol mientras caminaba junto a Bicho.

—Estoy seguro, amo. Pero solicitó esta reunión.

—No esperaba una respuesta tan rápida. ¿Hiciste o dijiste algo que despertara en ellos un interés excesivo?

—Pues claro que sí, de otro modo no hubiéramos logrado esta audiencia.

—Oh, muy mal, Bicho. ¿Les diste mi nombre?

—No.

—¿Revelaste algo sobre mi gran proyecto?

—No.

—Bueno, ¿qué dijiste, entonces?

—Dije que el dinero no era un factor a considerar.

—¿Que no era un factor a considerar? —Tehol frenó el paso y le dio la vuelta a Bicho—. ¿Qué crees que estoy dispuesto a pagarles?

—No lo sé —respondió el criado—. No tengo ni idea sobre naturaleza del contrato que quiere firmar con el gremio de los Cazarratas.

—¡Eso es porque no lo había decidido todavía!

—Bueno, ¿lo ha decidido ya, amo?

—Estoy pensándolo. Espero que se me ocurra algo para cuando lleguemos.

—Así que podría ser caro…

La expresión de Tehol se iluminó.

—Tienes razón, podría serlo. Por tanto, el dinero no es un factor a considerar.

—Exacto.

—Me alegro de que estemos de acuerdo. Eres un criado maravilloso, Bicho.

—Gracias, amo.

Continuaron caminando.

No tardaron en detenerse delante de la Casa de las Escamas. Tehol se quedó mirando la desenfrenada fachada de roedores durante un rato.

—Me están mirando todas —dijo.

—Esa es la impresión que transmiten, ¿verdad?

—No me gusta ser el centro de atención particular de miles de ratas. ¿Qué saben ellas que yo no sepa?

—Dado el tamaño de sus cerebros, no mucho.

Tehol se quedó mirando un momento más, después parpadeó poco a poco y miró a Bicho. Cinco latidos. Diez.

El criado permaneció inexpresivo, después tosió y se aclaró la garganta.

—Bueno —dijo—, deberíamos entrar, ¿no cree?

El secretario estaba sentado igual que horas antes y trabajaba en lo que a Bicho le pareció el mismo libro mayor. Una vez más, no se molestó en levantar la cabeza.

—Llegan temprano. Esperaba puntualidad.

—No llegamos temprano —dijo Tehol.

—¿Ah, no?

—No, pero puesto que la campanada ya está sonando, como siga usted así lo que llegaremos será tarde.

—La culpa no es mía. Nunca lo fue en ningún momento de esta ridícula conversación. Suba las escaleras. Hasta arriba. Solo hay una puerta. Llame una vez y entre y que el Errante le ayude. Ah, y el criado se puede quedar aquí, siempre que no me vuelva a meter los dedos en los ojos otra vez.

—No se va a quedar aquí.

—¿No?

—No.

—Está bien. Pues fuera de mi vista, los dos.

Tehol encabezó la marcha, pasaron junto al escritorio y empezaron a subir.

—¿Le metiste los dedos en los ojos? —preguntó Tehol.

—Me pareció útil para llamar su atención.

—Me complace, aunque también me alarma un poco.

—Las circunstancias exigían una acción extrema por mi parte.

—¿Ocurre eso con frecuencia?

—Me temo que sí.

Llegaron al rellano. Tehol se adelantó y llamó a la puerta. Una última mirada a Bicho, suspicaz y calculadora, después abrió la puerta y entraron en la sala.

En la que se arremolinaban las ratas. Cubrían el suelo. La cima de la mesa. Los estantes. Trepaban por la araña de cristal del techo. Se agazapaban en los hombros y se asomaban a los pliegues de la ropa de los seis miembros de la junta sentados al otro lado de la mesa.

Miles de ojos pequeños y brillantes se clavaron en Tehol y Bicho, incluyendo los de los tres hombres y las tres mujeres que formaban el corazón del gremio de los Cazarratas.

Tehol se subió los pantalones.

—Gracias a todos y cada uno…

—Usted es Tehol Beddict —interrumpió una mujer sentada en el extremo de la izquierda. Era sobre todo una colección de formas esféricas, cara, cabeza, torso, pechos, los ojos eran diminutos, oscuros y resplandecían como brea endurecida. Había al menos tres ratas en su mata de pelo negro, recogido y ondeante.

—Y además curioso —dijo Tehol con una sonrisa—. ¿Qué están haciendo aquí todas estas ratas?

—Una pregunta de locos —soltó de repente el hombre que estaba junto a la mujer redondeada—. Somos el gremio de los Cazarratas. ¿Dónde se supone si no que vamos a poner a las que capturamos?

—Yo creía que las mataban.

—Solo si se niegan a jurar —dijo el hombre, que puntuaba sus palabras con una sonrisa desdeñosa por alguna razón inexplicable.

—¿Jurar? ¿Cómo juran las ratas?

—No es asunto suyo —dijo la mujer—. Soy Ónice. Junto a mí se sienta Centelleo. Por orden y procediendo en consecuencia, ante usted se sienta el campeón Ormly,

Espejeo, Bubyrd y Rubí. Tehol Beddict, nuestras inversiones han sufrido pérdidas por su culpa.

—De las que sin duda se han recuperado.

—¡No se trata de eso! —dijo la mujer llamada Espejeo. Era rubia y tan ligera y menuda que solo los hombros y la cabeza sobresalían sobre el nivel de la mesa. Montones de ratas que se retorcían pasaban delante de ella de vez en cuando y la obligaban a subir y bajar la cabeza para mantener el contacto visual.

—Que yo recuerde —dijo Tehol con tono razonable—, perdieron algo menos de medio pico.

—¿Cómo sabe eso? —quiso saber Centelleo—. ¡No lo sabe nadie salvo nosotros!

—Una suposición, se lo aseguro. En cualquier caso, el contrato que ofrezco será por una cantidad idéntica.

—¡Medio pico!

La sonrisa de Tehol se ensanchó.

—Ah, parece que he atraído su atención. Excelente.

—Esa es una cantidad absurda. —Ormly habló entonces por primera vez—. ¿Qué quiere que hagamos, conquistar Kolanse?

—¿Podrían?

Ormly frunció el ceño.

—¿Por qué querría que lo hiciéramos, Tehol Beddict?

—Sería difícil —dijo Espejeo con tono preocupado—. El esfuerzo exigido a nuestros recursos humanos…

—Difícil —interpuso Centelleo—, pero no imposible. Tendríamos que hacer un reclutamiento entre nuestras células de las islas…

—¡Esperen! —dijo Tehol—. ¡No me interesa conquistar Kolanse!

—Usted es de esos que siempre están cambiando de opinión —dijo Ónice. Se echó hacia atrás y con un chillido

una rata se le cayó del pelo y se precipitó con un golpe seco al suelo, tras ella—. No soporto trabajar con personas así.

—Yo no he cambiado de opinión. No fui yo el que sacó el tema de Kolanse, fue el campeón Ormly…

—Bueno, él también es incapaz de decidirse. Los dos están hechos el uno para el otro.

Tehol se volvió hacia Bicho.

—Yo no soy indeciso, ¿verdad? Díselo, Bicho. ¿Cuándo me has visto tú indeciso?

Bicho frunció el ceño.

—¡Bicho!

—¡Estoy pensando!

La voz de Espejeo surgió desde detrás de un montón de ratas especialmente grande.

—No le veo ningún sentido a todo esto.

—Cosa bastante comprensible —dijo Tehol sin alterarse.

—Describa su oferta de contrato —exigió Ormly—. Pero he de advertirle que no hacemos funciones privadas.

—¿Qué significa eso?

—No voy a desperdiciar aliento explicándolo… a menos que sea relevante, ¿lo es?

—No lo sé. ¿Cómo voy a saberlo?

—Bueno, de eso se trata, precisamente. Y ahora, ¿qué hay del contrato?

—De acuerdo —dijo Tehol—, pero les advierto que es complicado.

La voz quejumbrosa de Espejeo.

—¡Oh, no me gusta cómo suena eso!

Tehol hizo un esfuerzo por verla y después se rindió. El montículo de ratas que tenía delante, en la mesa, se removía.

—Me sorprende usted, Espejeo —dijo—. Tenía la sensación que el gremio de los Cazarratas se crece con las

complicaciones. Después de todo, ustedes hacen mucho más que, bueno, cosechar ratas, ¿no? De hecho, su principal función es actuar como un gremio no oficial de asesinos; no oficial porque, por supuesto, es una actividad ilegal y además, desagradable. También son una especie de gremio de ladrones, aunque todavía tienen que lograr la aceptación absoluta entre los ladrones independientes. Asimismo, prestan un servicio muy noble aunque inusual con su ruta de escape clandestina y no oficial para refugiados empobrecidos de las tribus asimiladas de la frontera. Y luego está…

—¡Pare! —chilló Ónice. En un tono un poco menos agudo, continuó—: Bubyrd, trae aquí a nuestra investigadora jefe. El Errante sabe que si hay que investigar a alguien, ese es Tehol Beddict.

Tehol alzó las cejas.

—¿Será doloroso?

Ónice esbozó una sonrisa lasciva.

—Contenga su impaciencia, Tehol Beddict —le susurró—. No tardará en tener su respuesta.

—¿Es inteligente amenazar a una persona que podría darles empleo?

—No veo por qué no —respondió Ónice.

—Su conocimiento de nuestras operaciones es alarmante —dijo Ormly—. No nos gusta.

—Les aseguro que solo siento admiración por sus esfuerzos. De hecho, mi oferta de contrato depende de la amplia variedad de las actividades del gremio. No podría hacerla sin tener un conocimiento previo, ¿no?

—¿Cómo lo sabemos nosotros? —preguntó Ormly—. Todavía tenemos que oírla.

—A eso voy.

Se abrió la puerta tras ellos y la mujer que era con toda probabilidad la investigadora jefe pasó junto a Tehol y Bicho. Pisaba con cuidado y se colocó en el extremo derecho de la mesa, con los brazos cruzados y apoyada en la pared.

Ónice habló entonces.

—Investigadora jefe Rucket, tenemos en nuestra presencia un pasivo peligroso.

La mujer, alta, ágil, el cabello rojizo muy corto, iba vestida con cueros pálidos, la ropa era de estilo del sur de Nerek, como si acabara de salir de las estepas. Aunque, por supuesto, las estepas más cercanas estaban a cien leguas o más al este. No parecía ir armada. Sus ojos, de un sorprendente tono tostado que parecían más felinos que humanos, se clavaron poco a poco en Tehol.

—¿Él?

—¿Quién si no? —soltó Ónice de repente—. ¡No será su criado, supongo!

—¿Por qué no? —dijo Rucket arrastrando las palabras—. Parece el más peligroso.

—Yo diría que estoy de acuerdo —dijo Bubyrd con un siseo—. Le metió a mi secretario los dedos en los ojos.

Centelleo se sobresaltó.

—¿En serio? ¿Así, sin más? —Levantó una mano y estiró los dos primeros dedos, después apuñaló el aire—. ¿Así? ¡Los metió! ¿Así?

—Sí —respondió Bubyrd con una mirada furiosa a Bicho —. ¡Reveló la ilusión! ¿Qué sentido tiene crear ilusiones cuando este va y les hace agujeros?

Tehol se volvió hacia su criado.

—Bicho, ¿vamos a salir de aquí vivos?

—Es difícil decirlo, amo.

—¿Todo porque le metiste los dedos en los ojos a ese secretario?

Bicho se encogió de hombros.

—Qué susceptibles, ¿no?

—Eso parece, amo. Será mejor continuar con la oferta, ¿no le parece?

—Buena idea. Una distracción, sí, desde luego.

—Eh, idiotas —dijo Ónice—. ¡Que os podemos oír!

—¡Excelente! —Tehol se adelantó con cuidado para evitar aplastar aquella alfombra hirviente de ratas. Unos ligeros empujoncitos con la punta del mocasín parecieron bastar—. A saber. Necesito que se acompañe a todos los refugiados tribales de la ciudad fuera de la misma. ¿Destino? Las islas. Unas islas concretas, se facilitarán los detalles. Necesito que todos los recursos se envíen por adelantado, dichas provisiones las compraré yo mismo. Trabajarán con aquí, Bicho, en la logística. En segundo lugar, tengo entendido que se han puesto al servicio de la Corona para llevar a cabo una investigación de las desapariciones. No me cabe duda de que no les están contando nada de sus hallazgos. Yo, por otro lado, deseo saber cuáles son esos hallazgos. En tercer lugar, quiero que me protejan las espaldas. Dentro de muy poco tiempo habrá personas que querrán matarme. Ustedes deben detenerlos. Esa es, así pues, mi oferta de contrato. Medio pico y una lista de inversiones seguras, y en cuanto este último punto, sugiero que sigan mis consejos financieros al pie de la letra y se traguen los gastos…

—¿Quiere ser nuestro asesor financiero? —preguntó Ónice con un tono de absoluta incredulidad—. Esas pérdidas…

—Se podrían haber evitado si hubiéramos mantenido una relación más estrecha por aquel entonces, como la que estamos a punto de emprender ahora.

—¿Qué hay de esos refugiados que son endeudados? —preguntó Ormly—. Hacer que desaparezcan todos podría

provocar otra caída en las Cuotas.

—No lo hará, porque el goteo habrá de ser muy lento para que nadie lo note…

—¿Cómo no iban a notarlo?

—Estarán… distraídos.

—Tiene algo feo planeado, ¿no es cierto, Tehol Beddict? —Los ojitos de Ónice destellaron—. Lo que significa que lo que pasó la primera vez no fue ningún accidente. Y tampoco fue incompetencia. Usted se encontró con una cuerda en la mano, una cuerda de la que tiró para ver hasta dónde llegaba. ¿Sabe lo que nos está diciendo? Nos está diciendo que es usted el hombre más peligroso de Lether. ¿Por qué íbamos a dejar que saliera caminando de esta sala?

—Muy sencillo. Esta vez me llevo a mis amigos conmigo. Así que la pregunta es, ¿son ustedes mis amigos?

—¿Y si nuestra investigadora jefe le investiga aquí y ahora?

—Mi proyecto ya está en marcha, campeón Ormly, continúe yo con vida o no. Va a ocurrir. Por supuesto, si yo muero, entonces nadie se escapa de lo que va a pasar.

—Un momento —dijo Ónice—. Habló de unos gastos. ¿El que se convierta en nuestro asesor financiero nos va a costar?

—Claro, como es natural.

—¿Cuánto?

—Un cuarto de pico, más o menos.

—Así que usted nos paga medio y nosotros le devolvemos un cuarto.

—Y salen ganando ustedes.

—En eso tiene razón —dijo Centelleo al tiempo que cogía una rata de la mesa y le arrancaba la cabeza de un mordisco.

Todo el mundo se lo quedó mirando, incluida una habitación entera de ratas.

Centelleo lo notó, masticó un momento entre crujidos y después dijo con la boca llena de cabeza de rata.

—Perdón. Me dejé llevar. —Miró el cadáver decapitado que tenía en la mano y después se lo metió en la camisa, donde desapareció.

Desde donde se sentaba Espejeo se oyó un quejido.

—¿Pero qué te había hecho esa rata, Centelleíto? —se oyó después.

Centelleo tragó.

—¡Ya he dicho que lo siento!

Tehol se inclinó hacia Bicho.

—Si pudieras meterles los dedos en los ojos a cualquiera de ellos… —le susurró.

—Tres de ellos creo que se quejarían, amo.

—¿Puedo adivinar?

—Adelante.

—Ormly, Bubyrd y Rucket.

—Estoy impresionado.

—¿Qué están susurrando ustedes dos? —preguntó Ónice.

Tehol le sonrió.

—¿Aceptan mi oferta?

Brys encontró al ceda en su taller, encorvado sobre un cangrejo que estaba patas arriba sobre la mesa. Le había quitado el caparazón plano que cubría la parte inferior y estaba revolviendo en los órganos con un par de sondas de cobre. El cangrejo parecía muerto.

Habían prendido unos quemadores bajo una olla detrás de Kuru Qan, y la tapa se mecía al ritmo de las ráfagas de vapor.

—Finadd, esta disposición de órganos es fascinante. Pero me estoy distrayendo. No debería hacerlo, no en este momento crítico. —Dejó los instrumentos en la mesa y cogió el cangrejo—. ¿Qué tienes que contarme?

Brys observó al ceda apartar la tapa de la olla con un golpecito y luego meter el cangrejo.

—La torre Azath está muerta.

Kuru Qan volvió a poner la tapa en su sitio y después regresó a sentarse en su silla.

—¿Qué pruebas físicas hay?

—Pocas, es cierto. Pero hay una niña que reside allí, en los terrenos —respondió Brys—. La torre sostenía una especie de comunicación con ella.

—¿El papel de guardián? Es raro que la Fortaleza eligiese a una niña. A menos que el guardián original hubiera muerto. E incluso entonces… es raro.

—Hay más —dijo Brys—. A un residente de uno de los túmulos se le concedió el papel de protector. La niña, Tetera, cree que esa persona es capaz de destruir a los otros, todos los cuales están a punto de escapar de sus prisiones.

—La Fortaleza, en su desesperación, hizo un trato, entonces. ¿Qué más sabe esa tal Tetera de ese residente?

—Habla con ella de forma constante. También habla a través de ella. En estos momentos está atrapado. No puede seguir y no, no sé cómo se resolverá la situación. Ceda, también hablé con ese desconocido.

Kuru Qan levantó la cabeza.

—¿Entró en tu mente? ¿Y te mostró qué?

Brys negó con la cabeza.

—No hizo ningún esfuerzo para convencerme de nada, ceda. No formuló ningún argumento en su defensa. En su lugar, me hizo presenciar un acontecimiento de hace mucho tiempo, creo.

—¿Qué clase de acontecimiento?

—El derribo de un dios. Lo hizo un cuadro de hechiceros, ninguno de cuyos componentes sobrevivió al ritual.

Kuru Qan abrió mucho los ojos al oír eso.

—¿Relevante? El Errante me bendiga, espero que no.

—¿Tienes conocimiento de esto, ceda?

—No el suficiente, finadd, me temo. ¿Y ese desconocido fue testigo de esa dura escena?

—Lo fue. Sin querer, dijo.

—Entonces ha vivido mucho tiempo.

—¿Es una amenaza?

—Por supuesto que lo es. Nadie de aquí podría igualar su poder, diría yo. Y suponiendo que consiga destruir a los otros residentes del patio, la cuestión a la que hay que enfrentarse es, ¿y luego qué?

—A mí me parece una suposición enorme, ceda. Matar a los otros. ¿Por qué se iba a atener a su trato con una Azath ya muerta?

—Hemos de creer que la Fortaleza eligió con sabiduría, finadd. ¿Tienes dudas?

—No estoy seguro. Ha pedido armas. Dos espadas. Me inclino por acceder a su petición.

El ceda asintió poco a poco.

—Estoy de acuerdo. Sin duda estabas pensando en buscar algo en el arsenal. Pero para un individuo como este, un arma normal no basta, ni siquiera un arma de acero letherii. No, debemos recurrir a mi provisión privada.

—No sabía que tuvieras una provisión.

—Como es natural. Espera, un momento. —Kuru Qan se levantó y se acercó a la olla. Utilizó unas pinzas largas para sacar el cangrejo, cuyo caparazón había adquirido un color rojo fiero—. Ah, perfecto. Por supuesto, tiene que enfriarse un poco. Así que sígueme.

Brys creía que conocía prácticamente cada zona del viejo palacio pero la serie de cámaras subterráneas por las que lo guió el ceda le resultaron absolutamente desconocidas, aunque por el camino no pasaron ni por una sola puerta oculta. Según el mapa interno del finadd, se encontraban bajo el río.

Entraron en un aposento de suelos bajos con paredes revestidas de anaqueles en los que había cientos de armas. Brys había recogido un farol por el camino y lo colgó de un gancho de una viga. Se acercó a un anaquel atestado de espadas.

—¿Por qué una colección privada, ceda?

—Curiosidades, la mayor parte. Algunas antigüedades. Me fascinan las técnicas de forja, en particular las utilizadas por los pueblos foráneos. Además, hay hechicería investida en estas armas.

—¿En todas ellas? —Brys levantó un arma concreta de sus ganchos, muy parecida a la descripción que le había transmitido Tetera.

—Sí. No, deja esa en su sitio, finadd. Está maldita.

Brys la dejó en su lugar.

—De hecho —continuó Kuru Qan con voz inquieta—, están todas malditas. Bueno, eso podría ser un problema.

—Quizá debería ir al arsenal normal…

—Paciencia, finadd. Es la naturaleza de las maldiciones lo que nos permite hallar una solución razonable. ¿Dos espadas, has dicho?

—¿Por qué querrían unos hechiceros maldecir un arma?

—Oh, muchas veces no es un acto intencionado por su parte. Suele ser solo cuestión de incompetencia. En muchos casos, la investidura hechicera se niega a funcionar. El hierro

se resiste a la imposición y cuanto mejor es la técnica de forja, más resistente es el arma. La hechicería florece con los defectos, ya sean estructurales en el sentido físico, o metafóricos, en el temático. Ah, veo que los ojos se te ponen vidriosos, finadd. Da igual. Examinemos las antigüedades, ¿quieres?

El ceda lo llevó a la pared contraria y Brys vio de inmediato un arma perfecta, larga y estrecha de hoja, puntiaguda y con doble filo y una empuñadura modesta.

—Acero letherii —dijo mientras estiraba la mano.

—Sí, al estilo azul, que, como bien sabes, es la técnica más primitiva del acero letherii. En algunos aspectos la técnica azul produce un acero más refinado que nuestros métodos actuales. Los inconvenientes se encuentran en otros aspectos.

Brys probó el peso del arma.

—Hay que sustituir el pomo, pero aparte de eso… —Después levantó la cabeza—. ¿Pero está maldita?

—Solo en el sentido que todas armas de estilo azul están malditas. Como sabes, el núcleo de la hoja es alambre retorcido, cinco trenzas de sesenta hebras cada una. Se funden cinco barras con ese núcleo para producir la anchura y el filo. El estilo azul es muy flexible, casi irrompible, pero con un inconveniente. Finadd, roza con la hoja cualquier otra de aquí. Con suavidad, por favor. Adelante.

Brys así lo hizo y empezó a reverberar un extraño sonido emitido por la espada de estilo azul. Un lamento que siguió sin parar.

—Dependiendo del lugar que golpees en la hoja, la nota es única, aunque cada una terminará descendiendo o ascendiendo para llegar a la propia voz del núcleo. El efecto es acumulativo, y persistente.

—Suena igual que un chivo moribundo.

—Hay un nombre grabado en la base de la hoja, finadd. Escritura arcana. ¿Puedes leerlo?

Brys entrecerró los ojos, luchó un momento con las difíciles letras y después sonrió.

—«Chivo de gloria». Bueno, parece una maldición bastante inofensiva. ¿Hay alguna otra hechicería investida en el arma?

—Las hojas se afilan solas, creo. Los cortes y las muescas se curan, aunque siempre se pierde algo de material. Es imposible engañar a algunas leyes. —El ceda sacó otra espada—. Esta tiene un tamaño un tanto excesivo, lo admito…

—No, está bien. El desconocido era muy alto.

—Así que lo era, ¿eh?

Brys asintió, se pasó la primera espada a la mano izquierda y cogió la que sostenía Kuru Qan con la derecha.

—Errante, esta sería difícil de empuñar. Para mí, claro.

—«Llanto de Sarat» —dijo el ceda—. Unas cuatro generaciones de antigüedad. Una de las últimas de estilo azul. Perteneció al paladín del rey de aquella época.

Brys frunció el ceño.

—¿Urudat?

—Muy bien.

—He visto imágenes suyas en frescos y tapices. Un hombre grande…

—Oh, sí, pero a decir de todos muy rápido.

—Cosa notable, dado el peso de esta espada. —La sostuvo en alto—. La hoja tira. La línea está orientada unos milímetros hacia fuera. Esta es un arma para zurdos.

—Sí.

—Bueno —reflexionó Brys—, el desconocido lucha con las dos manos y especificó dos espadas normales, lo que sugiere…

—Que en cierta medida es ambidiestro. Sí.

—¿Investida?

—Para hacer que se haga pedazos al morirse el que la empuña.

—Pero…

—Sí, otro ejemplo de incompetencia. Así pues, dos armas formidables de estilo azul con acero letherii. ¿Aceptable?

Brys estudió las dos armas, el juego del aguamarina a la luz del farol.

—Ambas hermosas y de una manufactura exquisita. Sí, creo que estas servirán.

—¿Cuándo se las llevarás?

—Mañana. No tengo deseo alguno de entrar en esos terrenos por la noche. —Pensó en Tetera y sintió una vez más la mano fría de la niña en la suya. No se le ocurrió entonces que no había informado al ceda de un detalle concreto de su encuentro en la torre. Era una cuestión que, en apariencia por lo menos, no tenía demasiada relevancia.

Tetera era algo más que una niña.

También estaba muerta.

Gracias a tan descuidada omisión, el miedo que sentía el ceda no era tan grande como debería haber sido. De hecho, como tendría que ser. Gracias a esa omisión y en los últimos momentos antes de que el finadd se separara de Kuru Qan, se llegó a un cruce de caminos y luego, de forma inexorable, se tomó un sendero.

El aire nocturno era agradable, un viento cálido agitaba la basura de las cloacas cuando Tehol y Bicho se detuvieron a los pies de las escaleras de la Casa de las Escamas.

—Ha sido agotador —dijo Tehol—. Creo que me voy a ir a la cama.

—¿No quiere comer primero, amo?

—¿Has gorroneado algo?

—No.

—Entonces no tenemos nada que comer.

—Eso es.

—¿Entonces por qué me has preguntado si quería comer?

—Sentía curiosidad.

Tehol se plantó los puños en las caderas y se quedó mirando con furia a su criado.

—¡Mira, no fui yo el que casi consigue que nos investiguen ahí dentro!

—¿No lo fue?

—Bueno, no del todo. También fuiste tú. Metiendo dedos en los ojos y todo eso.

—Amo, fue usted el que me envió allí. Usted el que tuvo la idea de ofrecer un contrato.

—¡Metiendo dedos en los ojos!

—Está bien, está bien. ¡Créame, amo, lamento mis acciones profundamente!

—¿Lo lamentas profundamente?

—Está bien, profundamente lo lamento.

—Se acabó, me voy a la cama. Mira esta calle. ¡Está hecha un desastre!

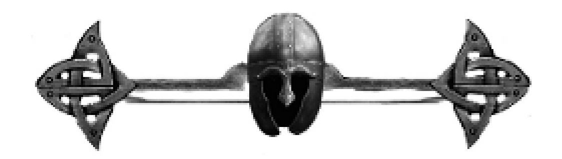
—Me pondré a ello, amo, si encuentro un momento.

—Bueno, eso no debería ser problema, Bicho. Después de todo, ¿qué has hecho hoy?

—Poca cosa, es cierto.

—Como pensaba. —Tehol se tiró de los pantalones—. No importa. Vamos, antes de que ocurra algo terrible.

13



Salidos del blanco,
salidos de la quebradiza consternación del sol,
somos las formas lúgubres
que persiguen todo destino.

Salidos del blanco,
salidos del ronco rebuzno del viento,
somos los fantasmas oscuros
que persiguen todo destino.

Salidos del blanco,
salidos de la lucha mundanal de la nieve,
somos los lobos de la espada
que persiguen todo destino.

Canción de marcha jheck

Quince pasos, nada más. Entre emperador y esclavo. Un trecho de alfombras letherii, botín de alguna incursión de hace un siglo o más, con senderos profundos y gastados, un patrón de color robado que dibujaba un mapa de caminos atrofiados que atravesaban escenas heroicas. Reyes coronados. Paladines triunfantes. Imágenes de historia sobre las que los edur habían caminado, indiferentes y concentrados en los pequeños viajes por el aposento.

Udinaas no estaba preparado para atribuir importancia alguna a esos detalles. Él tenía su propio patrón, una mirada sin vacilaciones y precisa; la mente que había detrás, desconectada, su superficie desprovista de ondas y sus profundidades inmóviles.

Así era más seguro. Podía quedarse allí, equidistante entre dos candelabros con teas y bañado así por la luz de ninguna de ellas, y en ese centro indeterminado podía mirar y observar en silencio a Rhulad, que se despojó de la piel de oso y se alzó desnudo ante la mujer con la que se acababa de casar.

A Udinaas quizá le hubiera divertido, si se hubiera permitido la emoción, ver que las monedas incrustadas en el pene del emperador saltaban al suelo, una, dos, dos más, luego cuatro, cuando el deseo de Rhulad se hizo aparente. Monedas que caían con golpes secos al suelo cubierto de alfombras, unas cuantas rebotaban e incluso conseguían rodar un poco antes de detenerse. Quizá se hubiera sentido horrorizado al ver la mirada en los ojos enrojecidos del emperador cuando estiró la mano para pedirle a Mayen que se acercara. Oleadas de simpatía por la desventurada joven eran posibles, pero solo en abstracto.

Mientras presenciaba aquel momento macabro y extrañamente cómico, el esclavo permaneció inmóvil, a la vez fuera y dentro, y la extraña realidad de ese mundo se representó sin comentario alguno.

El autocontrol de la joven fue, al principio, absoluto. El emperador le cogió la mano y la bajó para atraerla hacia sí.

—Mayen —dijo el emperador con voz ronca, en un tono que intentaba ser tierno y no lograba más que una lujuria basta—. ¿Debería revelarte que he soñado con este momento? —Una carcajada dura—. No del todo. Así no. No… con tanto… detalle.

—Hiciste saber tus deseos, Rhulad. Antes de… esto.

—Sí, llámame Rhulad. Como lo hacías antes. Entre nosotros, nada tiene por qué cambiar.

—Pero soy tu emperatriz.

—Mi esposa.

—No podemos hablar como si nada hubiera cambiado.

—Te enseñaré, Mayen. Sigo siendo Rhulad.

La abrazó entonces, la envolvió en un círculo dorado, infantil y torpe.

—No has de pensar en Temor —dijo después—. Mayen, eres el regalo que me ha hecho. Su prueba de lealtad. Hizo lo que debe hacer un buen hermano.

—Estaba desposada…

—¡Y yo soy emperador! Puedo romper las reglas que vinculaban a los edur. ¡El pasado está muerto, Mayen, y soy yo quien forjará el futuro! Contigo a mi lado. Te vi contemplarme, día tras día, y podía ver el deseo en tus ojos. Oh, los dos sabíamos que Temor te haría suya al final. ¿Qué podíamos hacer? Nada. Pero yo he cambiado todo eso. —Dio un paso atrás, aunque ella todavía lo sostenía con una mano—. Mayen, mi esposa. —Empezó a desvestirla.

Realidades. Momentos uno por uno que van cayendo a tropezones. Torpes necesidades. Lo que hubiera soñado Rhulad de esa escena, fuera lo que fuera en sus detalles, se tradujo en una serie de cosas mundanas y poco prácticas. Ropas de las que no era fácil despojar, a menos que estuvieran diseñadas para ello y estas no lo estaban. La pasividad de la mujer bajo los cuidados de su marido contribuyeron a los titubeos, hasta que aquello se convirtió en un acontecimiento carente de romanticismo.

Udinaas vio que la lujuria del emperador se desvanecía. Por supuesto que reviviría. Rhulad era joven, después de todo. Los sentimientos del objeto de su anhelo eran irrelevantes, pues en un objeto se había convertido Mayen. Su trofeo.

Que el emperador percibió que se escabullía cualquier posibilidad de entrelazar deseos fue aparente cuando empezó a hablar una vez más.

—Vi en tus ojos cómo me deseabas. Ahora, Mayen, nadie se interpone entre nosotros.

Pero él lo hace, Rhulad. Es más, tu monstruosidad se ha convertido en algo que ahora luces en tu piel. Y ahora lo que tenía que pasar. El oro letherii se rinde a su inclinación natural. Ahora el oro letherii viola a esta tiste edur. Ja.

La lujuria del emperador había regresado. Sus propias afirmaciones lo habían convencido.

La llevó hasta la cama de la pared contraria. Había pertenecido a Hannan Mosag y por tanto estaba elaborada para un solo ocupante. No había sitio para echarse uno al lado del otro, lo que no fue obstáculo para las intenciones de Rhulad. La empujó y la acostó de espaldas. La miró desde su altura por un momento.

—No, te aplastaría —dijo después—. Levántate, mi amor. Descenderás sobre mí. Te daré hijos. Te lo prometo. Muchos

hijos, a los que adorarás. Habrá herederos. Muchos herederos.

Udinaas oyó un ruego que recurría a instintos certeros, la promesa de una eventual redención. Razones para sobrevivir a la ordalía del presente.

Rhulad se acomodó sobre la cama con los brazos estirados a los lados.

La joven se lo quedó mirando.

Después se movió para colocarse a horcajadas sobre aquel cuerpo cruciforme de oro. Y descendió sobre él.

Un juego de moralidad, el acto del sexo. Reducido de modo que las décadas se convertían en momentos. Despertar, gozar de una sensación crispada, un breve estallido destinado a procrear, agotamiento derrotado, luego la muerte. Rhulad era joven. No duró lo suficiente como para aplacar su ego.

Con todo, en ese momento antes de que él sufriera un espasmo bajo ella, antes de que su pesado gemido se redujera a un simple quejido, Udinaas vio que el control de Mayen empezaba a derrumbarse. Como si hubiera encontrado una chispa en su interior que ella podría encender y convertir en deseo de verdad, quizá incluso placer. Después, cuando el hombre secretó, esa chispa parpadeó y murió.

Nada de lo cual presenció Rhulad, pues tenía los ojos cerrados y estaba replegado en sí mismo.

Mejoraría, por supuesto. O eso era razonable esperar. Quizá la joven incluso adquiriera cierta medida de control sobre el acto y pudiera así revivir y dar vida a esa chispa.

En ese momento, Udinaas supo que Mayen se había convertido en la emperatriz, la esposa del emperador. En ese momento, su fe en el espíritu de la joven se marchitó, si fe era la palabra adecuada, esa guerra singular entre la

expectación y la esperanza. Si hubiera podido sentir compasión, quizá lo hubiera entendido y la comprensión lo hubiera ablandado. Pero la compasión era un compromiso, una conciencia más allá de la del simple testigo, y él no la sentía.

Oyó un sollozo suave proveniente de otro lugar oscuro en el aposento y volvió la cabeza poco a poco para mirar a la cuarta y última persona presente. Como él, testigo de la violación con su oculta violencia metafórica. Pero un testigo atrapado en el horror del sentimiento.

Entre los gastados senderos entrecruzados de color desvaído, uno llevaba a ella.

Bruja de la Pluma se había acurrucado, apretada contra la pared, con las manos tapándole la cara, y sacudida por los estremecimientos.

Si seguía así podrían terminar matándola. Rhulad era un hombre que cada vez tenía una relación más estrecha con la muerte. No necesitaba que le recordaran lo que le costaba a él y a todos los que lo rodeaban. Y lo que era peor, carecía de restricciones.

Udinaas se planteó acercarse a ella, aunque solo fuera para decirle que guardara silencio. Pero sus ojos se posaron en la extensión intermedia de alfombras y sus imágenes y se dio cuenta de que la distancia era demasiado grande.

Mayen había permanecido a horcajadas de Rhulad con la cabeza agachada.

—Otra vez —dijo el emperador.

Ella se irguió y empezó a moverse y Udinaas la vio buscar esa chispa de placer. Y después encontrarla.

Quería el bien, ansiaba el mal. ¿Así de simple? ¿Ese confuso mapa lleno de contradicciones estaba grabado de forma universal en las mentes de hombres y mujeres? No

parecía una pregunta que mereciera la pena contestar, decidió Udinaas. Él ya había perdido bastante.

—¡Haz callar a esa zorra!

El esclavo se sobresaltó al oír el grito ronco del emperador.

El llanto se había hecho más alto, seguramente en respuesta a los audibles jadeos de Mayen.

Udinaas se adelantó y cruzó las alfombras hasta donde Bruja de la Pluma se acurrucaba en la penumbra.

—¡Sácala de aquí! ¡Los dos, fuera!

La esclava no se resistió cuando la levantó. Udinaas se inclinó sobre ella.

—Escucha, Bruja de la Pluma —le dijo por lo bajo—. ¿Qué esperabas?

La mujer levantó la cabeza de golpe y él vio odio en sus ojos.

—De ti —le contestó con un gruñido—, nada.

—De ella. No respondas, debemos irnos.

La guió hasta la puerta lateral y después la metió en el pasillo de servicio. Cerró la puerta tras ellos y empujó a la mujer media docena de pasos más por el pasillo.

—No hay razón para llorar —dijo Udinaas—. Mayen está atrapada, igual que nosotros, Bruja de la Pluma. No eres tú la que debes lamentar que haya buscado y encontrado placer.

—Sé adónde quieres llegar, endeudado —le contestó ella al tiempo que torcía el brazo para soltarse de sus manos—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Mi rendición? ¿Que encuentre yo también el placer cuando hagas uso de mí?

—Soy lo que dices, Bruja de la Pluma. Un endeudado. ¿Lo que yo quiero? Mis deseos no significan nada. Se han acallado en mi mente. ¿Crees que todavía te persigo? ¿Que todavía anhelo tu amor? —Sacudió la cabeza mientras

estudiaba la cara femenina—. Tenías razón. ¿Qué sentido tiene?

—No quiero tener nada que ver contigo.

—Sí, lo sé. Pero eres la doncella de Mayen. Y yo, al parecer, he de ser el esclavo personal de Rhulad. Emperador y emperatriz. Esa es la realidad a la que debemos enfrentarnos. Tú y yo, no somos más que una presunción. O lo éramos. Ya no, en lo que a mí se refiere.

—Bien. Entonces solo tenemos que tratar con el otro según dicte la necesidad.

Él asintió.

Los ojos de la esclava se entrecerraron.

—No confío en ti, Udinaas.

—No me importa.

Incertidumbre. Incomodidad.

—¿A qué estás jugando, Udinaas? ¿Quién habla por tu boca? —Bruja de la Pluma dio un paso atrás—. Debería decírselo. Hablarle de lo que se esconde en tu interior.

—Si haces eso, Bruja de la Pluma, destruirás tu única posibilidad.

—¿Mi única posibilidad? ¿Qué posibilidad?

—La libertad.

La cara de la mujer se crispó.

—¿Y con eso quieres comprar mi silencio? Eres un necio, endeudado. Nací esclava. A mí no me persiguen ninguno de tus recuerdos…

—¿Mis recuerdos? Bruja de la Pluma, mi recuerdo de la libertad es la de un endeudado atrapado en un reino donde ni siquiera la muerte ofrece absolución. Mi recuerdo es el recuerdo de mi padre, y habría sido el recuerdo de mis hijos. Pero me has entendido mal. No hablaba de mi libertad. Hablaba solo de la tuya. No algo que haya que recapturar sino algo nuevo que encontrar.

—¿Y cómo piensas liberarme, Udinaas?

—Vamos a entrar en guerra, Bruja de la Pluma. Los tiste edur librarán una guerra contra Lether.

La mujer frunció el ceño.

—¿Y qué? Ya ha habido guerras antes…

—No como esta. A Rhulad no le interesan las incursiones. Esta será una guerra de conquista.

—¿Conquistar Lether? Fracasarán…

—Sí, es posible. El caso es que cuando los edur marchen al sur, nosotros iremos con ellos.

—¿Por qué estás tan seguro? ¿La guerra? ¿La conquista?

—Porque el emperador ha convocado a los espectros de sombra. A todos ellos.

—Eso tú no puedes saberlo.

Él no dijo nada.

—No puedes —insistió Bruja de la Pluma.

Después se giró en redondo y bajó corriendo por el pasillo.

Udinaas regresó a la puerta. Para aguardar la llamada que sabía que se produciría, al final.

Emperador y esclavo. Una veintena de pasos, un millar de leguas. En el lapso entre la orden indescifrable y la obediencia, la mente no contaba la distancia. Pues el sendero estaba trillado, como siempre lo había estado y siempre lo estaría.

Los espectros se reunían en legiones poco entusiastas en el bosque circundante; entre ellos, demonios inmensos atados con cadenas que formaban una armadura de lo más patética. Criaturas que se alzaban del mar para sostener los cuatrocientos o más buques corsarios k’orthan que se estaban preparando, impacientes por llevarlos al sur. Entre las tribus, en cada aldea, los hechiceros se despertaban a las exigencias del nuevo emperador.

Una llamada a la guerra.

A través de una alfombra gastada.

Héroes triunfantes.

Detrás del portal de madera se oyó el grito de Mayen.

Salió del bosque, el rostro pálido, la expresión acosada y se detuvo sorprendido al ver las carretas preparadas y a Buruk maldiciendo a los nerek, que se escabullían de un lado a otro. Seren Pedac había terminado de ponerse la armadura de cuero y se estaba abrochando el cinturón de la espada.

La mujer lo vio acercarse.

—Alarmantes acontecimientos, Casco Beddict.

—¿Os vais?

—Buruk así lo ha ordenado.

—¿Qué hay del hierro que intentaba vender?

—Regresa con nosotros. —La corifeo miró a su alrededor y después dijo—: Ven, camina conmigo. He de hablar una última vez con el primer eunuco.

Casco asintió lentamente.

—Bien. Hay mucho que debo decirte.

La sonrisa con la que le respondió la mujer fue irónica.

—Era mi intención concederte el mismo privilegio.

Partieron rumbo a la casa de invitados, cerca de la ciudadela. Una vez más atravesaron las divisiones circulares de la ciudad edur. Esa vez, sin embargo, los ciudadanos junto a los que pasaban estaba callados, sombríos. Seren y Casco se movían entre ellos como fantasmas.

—He visitado los antiguos lugares —dijo Casco—. Y he encontrado señales de actividad.

—¿Qué antiguos lugares? —preguntó Seren.

—Al norte de la fisura, el bosque cubre lo que antaño era una ciudad inmensa que se extendía a lo largo de leguas enteras. Estaba adoquinada por completo, la piedra de un tipo que yo jamás había visto. No se rompe y solo la acción de las raíces ha conseguido mover las baldosas.

—¿Por qué habría de haber actividad en lugares así? ¿Más allá de la habitual de fantasmas y espectros?

Casco la miró por un momento y después apartó la vista.

—Hay… sitios de matanza. Pilas de huesos que ya hace mucho tiempo que se han convertido en piedra. Restos de esqueletos de tiste. Junto con los huesos de algún tipo de bestia que era un reptil…

—Sí, los he visto —dijo Seren—. Los nerek los recogen y pulverizan para convertirlos en polvo medicinal.

—Eso es. Corifeo, esos lugares han sido perturbados, y los rastros que encontré eran de lo más desconcertantes. Son, según creo, dracónicos.

Ella se lo quedó mirando, incrédula.

—La Fortaleza del Dragón permanece inactiva, según los lectores de losas, desde hace miles de años.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con un lector?

Seren dudó y recordó los esfuerzos de Bruja de la Pluma. Cuando, según se había insinuado, todo estaba cambiando.

—Muy bien. Dracónicos. —La idea de unos dragones que se manifestaran en el mundo era aterradora—. Pero no entiendo qué relación tiene eso con los tiste edur…

—Seren Pedac, a estas alturas ya debes de haberte dado cuenta de que los tiste edur veneran a los dragones. Padre Sombra, las Tres Hijas, son todos dracónicos. O soletaken. En las profundidades de la fisura que hay a poca distancia de aquí se encuentra el cráneo destrozado de un dragón. Creo que ese dragón es padre Sombra, al que los edur llaman Scabandari Ojodesangre. Quizá sea la fuente de la traición

que parece ser el corazón de la religión edur. También encontré rastros. Huellas de edur.

—¿Y qué conclusión has extraído de todo esto, Casco?

—Habrá guerra. Una guerra aciaga, nacida de un sentido renovado del destino. Temo por Hannan Mosag, creo que se ha aferrado a la cola de un dragón, quizá en un sentido más que figurado. La situación podría ser excesiva, incluso para él y sus k'risnan.

—Casco, el rey hechicero ya no gobierna a los edur.

Conmoción, después su expresión se oscureció.

—¿La delegación llegó con asesinos en la compañía?

—Fue depuesto antes de la llegada de la delegación —respondió la corifeo—. Oh, no sé por dónde empezar. El hermano de Binadas, Rhulad. Murió, después resucitó y en su posesión una espada, el regalo que Hannan Mosag buscaba. Rhulad se ha proclamado emperador. Y Hannan Mosag se ha arrodillado ante él.

Los ojos de Casco brillaron.

—Como dije, entonces. El destino.

—¿Así has decidido llamarlo?

—Oigo cólera en tu voz, corifeo.

—El destino es una mentira. El destino es una justificación de la atrocidad. Es el medio del que se arman los asesinos contra los reproches. Es una palabra que pretende ocupar el lugar de la ética y negar todo contexto moral. Casco, estás abrazando esa mentira y no por ignorancia.

Habían llegado al puente. Casco Beddict se detuvo y se volvió hacia ella.

—Me conociste antaño, Seren Pedac. Lo suficiente como para devolverme mi vida. No estoy ciego, ni ignoro la verdad de quién eres. Eres una persona honorable en un mundo que devora el honor. Y ojalá yo hubiera sido capaz de tomar más

de ti de lo que hice, de convertirme en alguien como tú. Incluso de unir mi vida a la tuya. Pero yo no tengo tu fuerza. No pude rehacerme. —La estudió durante un momento, después continuó antes de que ella pudiera responder—. Tienes razón, no estoy ciego. Entiendo lo que significa abrazar el destino. Lo que estoy intentando decirte es que, es lo mejor que sé hacer.

Seren se echó hacia atrás, como si la hubieran abofeteado repetidas veces. Clavó los ojos en los de él y vio en ellos la veracidad de su confesión. Quiso gritar, liberar toda su angustia, un sonido que resonara por toda la ciudad, una respuesta definitiva e irrefutable a todo lo que había pasado.

Pero no. Soy idiota si pienso que otros sienten lo mismo que yo. Esta marea está subiendo y hay muy pocos dispuestos a enfrentarse a ella.

Con una dulzura desgarradora, Casco Beddict estiró una mano y le cogió el brazo.

—Vamos, hagámosle una visita al primer eunuco.

—Al menos —probó a decir Seren cuando cruzaron el puente— tu posición no es tan relevante, corres menos peligro del que habrías corrido de otro modo.

—¿Tú crees?

—¿Tú no?

—Eso depende. Rhulad quizá no acepte mi oferta de alianza. Puede que no confíe en mí.

—¿Qué harías entonces, Casco?

—No lo sé.

La casa de invitados estaba atestada. El finadd Gerun Eberict había llegado junto con la escolta personal del primer eunuco, el rulith, y una docena de guardias y

oficiales. Cuando entraron Seren y Casco se encontraron en medio de una fiera exhortación del príncipe Quillas Diskanar.

—… hechiceros en nuestros dos campamentos. ¡Si golpeamos ahora, bien podríamos conseguir arrancar el corazón de esta traidora tiranía! —Se dio la vuelta—. Finadd Moroch Nevath, ¿están sus magos presentes?

—Tres de los cuatro, mi príncipe —respondió el guerrero —. Laerdas permanece con los barcos.

—De acuerdo. ¿Y bien, primer eunuco?

Nifadas estaba estudiando al príncipe con gesto inexpresivo. No respondió a Quillas, se volvió en su lugar a mirar a Casco y a Seren.

—Corifeo, ¿continúa lloviendo?

—No, primer eunuco.

—¿Y Buruk el Pálido está listo para partir?

Seren asintió.

—¡Le he hecho una pregunta, Nifadas! —dijo Quillas, su rostro se había oscurecido.

—Responderla —dijo el primer eunuco poco a poco mientras clavaba los ojitos en el príncipe— supone que el asunto merece consideración. No la merece. Nos estamos enfrentando a algo más que a Hannan Mosag el hechicero y sus k'risnan. Nos enfrentamos al emperador y su espada. Juntos conforman una historia… muy diferente. Los que me acompañan están aquí bajo mis auspicios y de momento permaneceremos aquí de buena fe. Dígame, príncipe, ¿cuántos asesinos ha traído junto con sus hechiceros?

Quillas no dijo nada.

Nifadas se dirigió a Gerun Eberict.

—¿Finadd?

—Hay dos —respondió el hombre—. Ambos presentes en este aposento.

El primer eunuco asintió, después pareció desechar el tema.

—Casco Beddict, dudo si debo darle la bienvenida.

—No me ofende esa admisión, primer eunuco.

—¿La corifeo le ha puesto al corriente de la situación?

—Lo ha hecho.

—¿Y?

—Por si sirve de algo, les aconsejo que se marchen. En cuanto les sea posible.

—¿Y qué hará usted?

Casco frunció el ceño.

—No veo razón para responder a eso.

—¡Eres un traidor! —dijo Quillas con un siseo—. ¡Finadd Moroch, arréstelo!

Hubo consternación en los rasgos del primer eunuco cuando Moroch Nevath sacó la espada y se acercó a Casco Beddict.

—No puede hacerlo —dijo Seren Pedac, el corazón le martilleaba en el pecho.

Todos los ojos se clavaron en ella.

—Lo siento, mi príncipe —continuó Seren, que luchaba por impedir que le temblara la voz—. Casco Beddict está bajo la protección de los tiste edur. Le concedió el estatus de invitado Binadas Sengar, hermano del emperador.

—¡Es letherii!

—Los edur consideran irrelevante ese detalle —respondió Seren.

—Hemos terminado —dijo Nifadas—. No habrá ningún arresto. Príncipe Quillas, es la hora.

—¿Nos movemos como animalitos a las órdenes de ese emperador, primer eunuco? —Quillas estaba temblando de rabia—. Pregunta por nosotros, pues muy bien. Que espere ese malnacido. —Se giró y miró a Casco Beddict—. Has de

saber que tengo intención de proclamarte prófugo y traidor a Lether. Tu vida ya no te pertenece.

Una sonrisa cansada fue la única respuesta de Casco.

Nifadas habló con Seren.

—Corifeo, ¿nos acompaña a nuestra audiencia con el emperador?

A Seren le sorprendió la oferta y también la alarmó.

—¿Primer eunuco?

—Suponiendo que Buruk esté dispuesto a esperar, por supuesto. Estoy seguro de que así será y enviaré a alguien a informarle. —Hizo un gesto y uno de sus sirvientes salió corriendo—. Casco Beddict, ¿presumo que se dirige a hablar con el emperador Rhulad? Al menos acompáñenos a la ciudadela. Dudo que pueda haber confusión alguna de propósitos una vez entremos.

Seren era incapaz de determinar los motivos que subyacían en las invitaciones del primer eunuco. Se puso nerviosa, sintió que perdía el equilibrio.

—Como guste —dijo Casco con un encogimiento de hombros.

Con Nifadas a la cabeza, los cuatro letherii dejaron la casa de invitados y se dirigieron a la ciudadela. Seren llevó a Casco un paso por detrás del primer eunuco y del príncipe Quillas.

—No estoy muy segura de que esto me guste —dijo por lo bajo.

Casco lanzó un gruñido y Seren tardó un momento en darse cuenta de que había sido una carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú capacidad para subestimar las cosas, corifeo. Siempre he admirado la habilidad que tienes para no perder la serenidad.

—La indecisión se suele considerar un defecto, Casco.

—Si es certeza lo que buscas, Seren, entonces únete a mí.

La oferta se pronunció en un tono muy bajo, apenas audible. La mujer suspiró.

—No quiero certeza —respondió—. De hecho, la certeza es lo que más temo.

—Esperaba ese tipo de respuesta.

Dos k'risnan recibieron al grupo a la entrada y los acompañaron al salón del trono.

El emperador Rhulad estaba sentado una vez más, su reciente esposa de pie a su lado, a la izquierda. Aparte de los dos k'risnan, no había nadie más presente. Aunque la cara de Mayen permanecía inexpresiva, algo en ella, inefable al modo del lenguaje secreto entre las mujeres, le dijo a Seren que había tenido lugar una consumación, un vínculo que se reflejaba en los ojos oscuros de Rhulad, una luz de triunfo y confianza suprema.

—Casco Beddict —dijo con su voz áspera—, hermano de sangre de Binadas, llegas en compañía cuestionable.

—Emperador —dijo Casco—, la fe que vuestro hermano ha depositado en mí no se equivoca.

—Entiendo. ¿Y qué piensa tu príncipe?

—Ya no es mi príncipe. Sus sentimientos no significan nada para mí.

Rhulad sonrió.

—Entonces sugiero que te hagas a un lado. Ahora me gustaría hablar con la delegación oficial de Lether, por pequeña que sea.

Casco se inclinó y dio tres pasos a la derecha.

—¿Corifeo?

—Emperador, vengo a informaros de que estoy a punto de irme, acompañando a Buruk el Pálido.

—Agradecemos la cortesía, corifeo. Si eso es todo lo que la trae a nuestra presencia, será mejor que se una a Casco.

La mujer se inclinó en aquiescencia y se apartó. *Pero ¿por qué quería esto Nifadas?*

—Emperador Rhulad —dijo Nifadas—. ¿Me permitís hablar?

El edur contempló al primer eunuco con los párpados medio cerrados.

—Lo permitimos.

—El reino de Lether está listo para entrar en negociaciones sobre las deudas incurridas como resultado del agosto ilegal de focas de colmillos.

Como una serpiente a la que acaban de pisar la cola, Quillas siseó y escupió de indignación.

—El tema de la deuda —respondió Rhulad sin hacer ningún caso del príncipe— carece ya de relevancia. No nos importa nada su oro, primer eunuco. De hecho, no nos importa nada su pueblo.

—Si aislamiento es lo que deseáis…

—No hemos dicho eso, primer eunuco.

El príncipe Quillas sonrió, su temperamento bajo control una vez más.

—¿Un comienzo de hostilidades abiertas entre nuestros pueblos, emperador? Quiero advertiros contra esa táctica, lo que no es decir que no la agradeciese.

—¿Y cómo es eso, príncipe Quillas?

—Codiciamos los recursos que poseen, por decirlo sin rodeos. Y ahora nos dan la oportunidad de lograrlos. Se podría haber encontrado una solución pacífica si reconocieran la deuda con Lether. ¡En su lugar, vos dais voz a la absurda mentira de que somos nosotros los que estamos en deuda con vuestro pueblo!

Rhulad se quedó callado un momento y después asintió.

—La economía de Lether —dijo— parece basarse en nociones muy peculiares, príncipe.

—¿Peculiares? No lo creo. Unas leyes naturales e innegables son las que guían nuestros empeños. Cuyos resultados no tardarán, para su desgracia, en descubrir.

—Primer eunuco, ¿habla el príncipe en nombre de Lether?

Nifadas se encogió de hombros.

—¿Importa en realidad, emperador?

—Ah, es usted listo de verdad. Desde luego más digno de conversar con nos que ese necio que tantos aires se da y cuya nobleza reside solo en el hecho de haber salido arrastrándose de entre las piernas de una reina. Tiene usted mucha razón, primer eunuco. Ya no importa. Solo sentíamos curiosidad.

—No siento obligación alguna de saciar esa curiosidad, emperador.

—Ah, y ahora muestra usted sus agallas, al fin, Nifadas. Estamos encantados. Lleve estas palabras a su rey, así pues. Los tiste edur ya no se inclinan, deferentes, ante su pueblo. No nos interesa participar en sus juegos interminables de desinformación ni las palabras venenosas que quieren que nos traguemos. —Una pausa extraña y repentina, el fantasma de una especie de espasmo cruzó, fugaz, la cara del emperador. Después se recuperó y se acomodó en la silla. Pero la expresión de sus ojos se había perdido por un momento. Parpadeó, frunció el ceño y después regresó el brillo de la conciencia—. Es más —continuó—, decidimos hablar ahora por las tribus que han sometido, por los pueblos desventurados que han destruido. Es hora de que respondan por sus crímenes.

Nifadas ladeó poco a poco la cabeza.

—¿Es una declaración de guerra? —preguntó en voz baja.

—Anunciaremos nuestras intenciones con obras, no con palabras, primer eunuco. Hemos hablado. Su delegación puede irse. Lamentamos que hayan hecho un viaje tan largo para lo que ha resultado ser una visita tan corta. Quizá hablemos de nuevo en el futuro, aunque, sospechamos que en circunstancias muy diferentes.

Nifadas se inclinó.

—Entonces, si nos disculpáis, emperador, debemos prepararnos para partir.

—Pueden irse. Casco Beddict, corifeo, quédense un momento.

Seren observó a Quillas y a Nifadas salir con gesto rígido del salón del trono. Ella seguía pensando en la manifestación que había visto en Rhulad. *Una grieta, una fisura. Creo que lo vi entonces, al joven Rhulad, allí dentro.*

—Corifeo —dijo Rhulad en cuanto las cortinas volvieron a caer, y captó la atención de la mujer—, informe a Buruk el Pálido de que tiene derecho de paso para su huida. Sin embargo, la duración del privilegio es corta, así que será mejor que se apresure.

—Emperador, las carretas por fuerza…

—Tememos que no tendrá tiempo suficiente para llevarse sus carretas con él.

Seren parpadeó.

—¿Esperáis que abandone el hierro que acumula en ellas?

—Siempre se corren riesgos en los negocios, corifeo, como los letherii no tardan nunca en señalar cuando la circunstancia les favorece. Por desgracia, lo mismo se aplica cuando la situación se invierte.

—¿Cuántos días nos permitís?

—Tres. Un detalle más. Los nerek se quedan aquí.

—¿Los nerek?

—Están endeudados con Buruk, sí, lo entendemos. Pero otro capricho de la economía, qué pena, que ha de sufrir el pobre hombre. El caballero cuenta con toda nuestra comprensión.

—Buruk es mercader, emperador. Está acostumbrado a viajar en carreta. Tres días para el viaje de regreso bien pueden estar fuera de su capacidad física.

—Eso sería una pena. —La mirada fría y muerta cambió—. Casco Beddict, ¿qué tienes que ofrecernos?

Casco hincó una rodilla en el suelo.

—Juro hacer mía vuestra causa, emperador.

Rhulad sonrió.

—No conoces todavía esa causa, Casco Beddict.

—Creo que comprendo más de lo que vos creéis, mi señor…

—Ah, sí…

—Y me gustaría permanecer con vos.

El emperador volvió a mirar a Seren.

—Será mejor que se despida ya, corifeo. Esta conversación no es para usted.

Seren miró a Casco y los ojos de los dos se encontraron. Aunque ninguno se movió, a ella le pareció que él estaba retrocediendo ante sus ojos, alejándose cada vez más, cada vez más fuera de su alcance. El espacio intermedio se había convertido en un abismo inmenso, una distancia que no se podía salvar.

Y así te pierdo.

Por esta… criatura.

Los pensamientos de Seren terminaron allí. Tan vacíos como parecía el futuro, el espacio intermedio nada salvo olvido, *y así nos lanzamos a él…*

—Adiós, Casco Beddict.

—Buen viaje, Seren Pedac.

Seren sintió que las piernas le temblaban cuando se dirigió a la salida tapada con cortinas.

Gerun Eberict la estaba esperando a diez pasos de las puertas de la ciudadela. Había una expresión satisfecha y divertida en su rostro.

—Él se ha quedado dentro, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo?

Seren luchó por recuperar la compostura.

—¿Qué quiere, finadd?

—Esa es una pregunta nada fácil de responder, corifeo. Brys Beddict me pidió que hablase con su hermano. Pero la oportunidad parece cada vez más remota.

Y si le digo que Casco está perdido para nosotros, ¿qué haría este hombre entonces?

Gerun Eberict sonrió como si le hubiera leído el pensamiento.

La corifeo apartó la mirada.

—Casco Beddict está bajo la protección del emperador.

—Me alegro por él.

Ella lo miró, furiosa.

—Usted no lo entiende. Mire a su alrededor, finadd. Esta aldea está llena de sombras y en esas sombras hay espectros, sirvientes de los edur.

Él alzó las cejas.

—¿Cree que deseo matarlo? ¿De dónde ha salido esa sospecha, corifeo? He dicho «hablar», ¿no? No era un eufemismo.

—Su reputación da motivos de alarma, finadd.

—No tengo razones para proclamar a Casco enemigo mío, sea cual sea su lealtad política. Después de todo, si demuestra ser un traidor, el reino posee métodos para ocuparse de él. No me interesa en absoluto interceder en tal

tema. No estaba más que procurando cumplir la promesa que le hice a Brys.

—¿Qué esperaba lograr Brys?

—No estoy seguro. Quizá lo estuve, en su momento, pero es obvio que todo ha cambiado.

Seren lo estudió.

—¿Y qué hay de usted, corifeo? —le preguntó él—. Usted acompañará al mercader de regreso a Trate. ¿Y luego qué?

La corifeo se encogió de hombros. No parecía haber muchas razones para disimular.

—Me voy a casa, finadd.

—¿Letheras? Esa residencia no la ha visto muy a menudo.

—Por lo visto, eso está a punto de cambiar.

El hombre asintió.

—No habrá demanda de corifeos en un futuro previsible, Seren Pedac. Para mí sería un honor si tomara en consideración el trabajar para mí.

—¿Trabajar?

—Mi hacienda. Estoy involucrado en iniciativas… considerables. Usted es una persona íntegra, corifeo. Alguien en quien podría confiar. —Gerun vaciló y después añadió—: No crea que tiene que responder ahora mismo. Solo le pido que lo piense. Le haré una visita en Letheras.

—Creo, finadd —dijo Seren—, que se encontrará bastante ocupado con sus obligaciones militares, dado lo que está a punto de pasar.

—Mi puesto se encuentra en el palacio. Yo no estoy al mando de ejércitos. —Miró a su alrededor y su sonrisa mellada regresó—. Estos salvajes no llegarán a Letheras. Tendrán suerte si consiguen cruzar la frontera. Se le olvida, corifeo, que no es la primera vez que nos enfrentamos a enemigos parecidos. Los nerek tenían su diosa espiritual, ¿cómo se llamaba?

—La Eres’al.

—Sí, eso es. La Eres’al. Y los tarthenal, sus cinco Seregahl, los que empuñan la ira. Hechiceros y brujas, maldiciones y demonios, destruimos todos y cada uno. Y el ceda y su cuadro apenas si sudaron siquiera.

—Me temo que esta vez será diferente, finadd.

Él ladeó la cabeza.

—Corifeo, cuando piensa en las Cuotas de los Mercaderes, ¿cómo imagina que son?

—No entiendo…

—El núcleo comercial, el corazón del sistema financiero que impulsa a todo Lether, a cada ciudadano, su modo de ver el mundo. La Cuotas no son simples monedas apiladas hasta el techo en una cámara blindada secreta. No son solo comerciantes aullando números antes del cierre del día. Las Cuotas son las raíces de nuestra civilización, las fibras que se extienden y lo infestan todo. Todo.

—¿Adónde quiere ir a parar, finadd?

—Es usted más lista que todo eso, corifeo. Usted lo entiende. Ese corazón se alimenta de lo mejor y lo peor de la naturaleza humana. La exaltación y los logros, la ambición y la codicia, todo actúa en egoísta concierto. Así pues, cuatro facetas de nuestra naturaleza y a ninguna le sientan bien las restricciones en su comportamiento, en su expresión. Ganamos no solo con ejércitos, Seren Pedac. Ganamos porque nuestro sistema apela a lo mejor y lo peor que hay en el interior de todos los pueblos, no solo los humanos.

—El destino.

Gerun se encogió de hombros.

—Llámelo como quiera. Pero lo hemos hecho inevitable y lo devora todo…

—Veo poca exaltación y no muchos logros en lo que hacemos, finadd. Se diría que hay un desequilibrio

creciente…

La carcajada del hombre la interrumpió.

—Y esa es la verdad de la libertad, Seren Pedac.

Ella podía sentir la rabia que la iba invadiendo.

—Siempre creí que la libertad concernía al derecho otorgado de ser diferente, sin miedo a la represión.

—Una noción elevada, pero no la encontrará en el mundo real. Hemos batido la libertad y la hemos convertido en una espada. Y si no quieren ser como nosotros, usaremos esa espada para matarlos uno por uno, hasta que se quiebre su espíritu.

—¿Y si los tiste edur le sorprenden, finadd? ¿Decidirá usted, a su vez, morir en defensa de su gran causa?

—Algunos pueden morir. Algunos lo harán. De hecho, por poco probable que sea, puede que muramos todos. Pero, a menos que los vencedores no dejen nada salvo cenizas a su paso, el corazón seguirá latiendo. Sus raíces hallarán nueva carne. El emperador puede que tenga sus demonios de los mares, pero nosotros poseemos un monstruo de una inmensidad inimaginable, y lo devora todo. Y lo que no puede devorar, lo asfixia, o lo mata de hambre. Venzan o no, los tiste edur perderán.

Seren retrocedió un paso.

—Finadd Gerun Eberict, no quiero tener nada que ver con su mundo. Así que no tiene que esperar mi respuesta, pues se la acabo de dar.

—Como quiera, pero ha de saber que no pensaré peor de usted cuando cambie de opinión.

—No lo haré.

Él le dio la espalda.

—Todo el mundo tiene que trabajar para comer, muchacha. Nos veremos en Letheras.

Udinaas había permanecido en silencio, en la penumbra, durante la audiencia con la delegación. Sus conciudadanos letherii no habían advertido su presencia. Y, si lo hubieran hecho, no habría importado, pues había sido el emperador el que había dominado la conversación. Tras despedir a la delegación y la salida de la corifeo, Rhulad le había pedido a Casco Beddict que se acercara.

—Nos juras lealtad —dijo el emperador con un murmullo, como si saboreara cada palabra antes de que se escapara de sus mutilados labios.

—Conozco los detalles que necesitáis, emperador, la ubicación y dotación de cada guarnición, cada campamento fronterizo. Conozco sus tácticas, el modo en el que los ejércitos se despliegan para la batalla. El modo en que emplean la hechicería. Sé dónde están ocultos los almacenes de agua y alimentos, los depósitos del ejército, y son inmensos.

Rhulad se inclinó hacia delante.

—Traicionarías a tu propio pueblo. ¿Por qué?

—Venganza —respondió Casco Beddict.

Udinaas sintió un escalofrío al oír la palabra.

—Mi señor —continuó Casco—, mi pueblo me traicionó. Hace mucho tiempo. Y he esperado largamente una oportunidad como la que ahora se me presenta.

—Así pues, venganza. Un sentimiento digno.

—Emperador, a mí ya no me queda nada más.

—Dinos, Casco Beddict, ¿la poderosa flota letherii se hará a la mar y nos desafiará?

—No, no creo. Al principio no, en cualquier caso.

—¿Y sus ejércitos?

—Según la doctrina, hay una fase inicial de rodaje, defensas móviles, atraer las fuerzas del enemigo siempre hacia delante. Después contraatacar. Golpes en profundidad para cortar las líneas de suministro. Ataque y retirada, ataque y retirada. En la tercera fase rodean vuestros ejércitos para completar la aniquilación. Sus flotas evitarán cualquier enfrentamiento en el mar pues saben que para conquistar Lether, los tiste edur tienen que atracar. En su lugar, creo que enviarán sus naves muy lejos de la costa, fuera de la vista, y luego atacarán vuestra tierra. Arrasarán estas aldeas. Y todo tiste edur que encuentren, viejo o joven, lo masacrarán.

Rhulad lanzó un gruñido.

—Creen que somos tontos —dijo después.

—El ejército letherii es maleable, emperador. Sus soldados están adiestrados para adaptarse con rapidez si las circunstancias lo requirieran. Una fuerza formidable, letal, adiestrada de forma exquisita y, dado que emplean caminos elevados construidos para ellos en exclusiva, de una movilidad aterradora. Y lo que es peor, cuentan con superioridad numérica…

—No creas —interpuso Rhulad con una sonrisa—. Los edur poseen nuevos aliados, Casco Beddict, como pronto descubrirás. Muy bien, estamos satisfechos y concluimos que tu presencia terminará siéndonos útil. Ve ahora a la casa de nuestro padre y saluda a Binadas, que estará contento de verte.

El letherii se inclinó y salió de la sala.

—Hannan Mosag —llamó Rhulad en voz baja.

Una cortina lateral se apartó y Udinaas vio entrar al que había sido el rey hechicero.

—Parece —dijo Rhulad— que tus estudios del ejército letherii te han brindado una evaluación precisa. Su

descripción de sus tácticas y estrategias encaja con la tuya a la perfección.

—¿Será pronto, emperador?

—¿Están preparándose las tribus?

—Con presteza.

—Entonces será muy pronto. Dinos lo que piensas de Nifadas y el príncipe.

—Nifadas comprendió de inmediato que todo estaba perdido, pero el príncipe ve esa pérdida como una victoria. Al mismo tiempo, los dos siguen estando muy seguros de la potencia militar de su reino. Nifadas lo lamenta por nosotros, emperador.

—Pobre hombre. Quizá se haya ganado nuestra misericordia por ese descaminado sentimiento.

—Dado el curso que habéis elegido para nuestro pueblo, emperador, la misericordia es una noción peligrosa. Podéis estar seguro de que a nosotros no se nos concederá ninguna.

Otro espasmo afligió a Rhulad, como el que Udinaas había presenciado poco antes. El esclavo creyó entender su fuente. Un millar de ataduras sostenían la cordura de Rhulad, pero la locura asaltaba esa cordura y las defensas se estaban combando. No mucho tiempo atrás no era más que el hijo menor de una familia noble que se pavoneaba por la aldea, pero todavía no se había iniciado en la sangre. En su mente, visiones panorámicas de gloria que giraban en un círculo lento alrededor del lugar donde se encontraba. Las visiones de un joven, atestadas de escenarios imaginados en los que Rhulad podía ejercer con libertad su certeza y demostrar así la superioridad moral de su voluntad.

Y ese chico se había sentado en el trono edur.

Solo tuvo que morir para llegar ahí.

La repentina manifestación de gloria todavía lo alimentaba, lo suficiente para dar forma a sus palabras y pensamientos y alimentar su comportamiento imperial, como si hubiese nacido para ese «nos» real. Pero eso no suponía más que un control ínfimo. Una fachada imperfecta reforzada por patrones de discurso muy elaborados, una especie de locución torpe que encajaba con las nociones infantiles de Rhulad sobre cómo debía hablar un emperador. Eran juegos de persuasión, tanto para él como para su público.

Pero, y de ello Udinaas estaba seguro, otros pensamientos permanecían en la mente de Rhulad, consumiendo las raíces y reptando como gusanos pálidos por su alma necrótica. A pesar de todo aquel oro reluciente, la carne que había debajo estaba retorcida y repleta de cicatrices. Para dar forma a esa fachada, todo lo que yacía debajo se había deformado.

El esclavo lo asimiló todo en el tiempo que duró el espasmo momentáneo de Rhulad y no se conmovió. Su mirada se posó en Mayen, pero la mujer no traicionaba nada, ni siquiera parecía consciente de la repentina necesidad de su marido.

En el rostro de Hannan Mosag, sin embargo, Udinaas vio un destello de miedo, enterrado de inmediato bajo una mirada afable.

Un momento de consideración y a Udinaas le pareció que entendía esa reacción. Hannan Mosag necesitaba que su emperador estuviera cuerdo y en control de la situación. Ni siquiera un poder desvelado podría haberlo obligado a arrodillarse ante un loco. Era probable que el antiguo rey hechicero también comprendiera que se estaba produciendo una lucha en el interior de Rhulad y hubiera resuelto prestar la ayuda que pudiera al lado cuerdo del emperador.

Y si se perdiera la batalla, si Rhulad se hundiera por completo en la locura, ¿qué haría Hannan Mosag entonces?

Los ojos del esclavo letherii se posaron en la espada que el emperador sostenía como un cetro en la mano derecha, la punta anclada en el estrado, cerca de la ornamentada pata del trono. *La respuesta se oculta en esa espada, y Hannan Mosag sabe mucho más de ese arma, y su creador, de lo que ha revelado.*

Claro que, yo también. Marchito, el espectro de sombra que había adoptado a Udinaas, le había susurrado algunas verdades. El poder de la espada le había dado a Rhulad el mando de los espectros. Los espíritus tiste andii.

Marchito había evitado de algún modo la llamada y había anunciado su victoria con una risita melodramática que había rodado por la cabeza del esclavo, la presencia de espectro había bailado con una alegría exagerada en la mente del letherii. Testigo de todo a través de sus ojos.

—Emperador —dijo Hannan Mosag en cuanto la recuperación de Rhulad fue visible—, los hechiceros de los arapay…

—Sí. No han de resistirse. Han de recibir con agrado.

—¿Y los nerek que le habéis quitado al mercader?

—Una consideración diferente. —Una inquietud momentánea en los ojos oscuros de Rhulad—. No se les ha de molestar. Han de ser respetados.

—Su hoguera y la zona circundante ha sido santificadas —dijo Hannan Mosag con un asentimiento—. Por supuesto, eso debe ser respetado. Pero he percibido poco poder en esa bendición.

—No dejes que eso te engañe. Los espíritus que veneran son los más antiguos que ha conocido el mundo. Esos espíritus no se manifiestan de modos que podamos reconocer con facilidad.

—Ah. Emperador, os han concedido saberes que yo no poseo.

—Sí, Hannan Mosag, así es. Debemos tomar todo tipo de precauciones con los nerek. No tengo deseo de ver que se alzan esos espíritus.

El otrora rey hechicero fruncía el ceño.

—Los hechiceros letherii no tuvieron grandes dificultades para anular (incluso erradicar) el poder de esos espíritus. De otro modo, los nerek no se habrían derrumbado tan rápido.

—La debilidad que los letherii explotaron se hallaba en los nerek mortales, no en los espíritus que veneraban. Creemos ahora, Hannan Mosag, que la Eres'al no se despertó en realidad. No se alzó para defender a quienes la veneraban.

—Pero algo ha cambiado.

Rhulad asintió.

—Algo lo ha hecho. —Levantó la cabeza y miró a Mayen—. Comenzó con la bendición de la mujer edur que ahora es mi esposa.

La joven se estremeció y no quiso mirar a los ojos ni a Rhulad ni a Hannan Mosag.

El emperador se encogió de hombros.

—Está hecho. ¿Debemos preocuparnos? No. Todavía no. Quizá nunca. No obstante, será mejor que seamos cautos.

Udinaas resistió el impulso de echarse a reír. Cautela nacida del miedo. Era agradable saber que al emperador de los tiste edur todavía podía afectarle esa emoción. *Claro que, quizá he leído mal a Rhulad. Quizá el miedo esté en el núcleo del monstruo en el que se ha convertido.* ¿Importaba? Solo si Udinaas se empeñaba en practicar el juego de la predicción.

¿Merecía la pena el esfuerzo?

—Los den-ratha están al oeste de la bahía Estirpe —dijo Hannan Mosag—. Los merude pueden ver el humo de sus aldeas.

—¿Cuántos vienen por mar?

—Unos ocho mil. Todos los barcos. La mayor parte son guerreros, por supuesto. El resto viaja por tierra y los primeros grupos ya han llegado a la frontera de Sollanta.

—¿Provisiones? —preguntó el emperador.

—Suficientes para el viaje.

—¿Y no se ha dejado nada atrás?

—Nada salvo cenizas, mi señor.

—Bien.

Udinaas vio vacilar a Hannan Mosag.

—Ya ha empezado —dijo luego—. Ya no hay vuelta atrás.

—No tienes razones para apurarte —respondió Rhulad—. Ya he enviado espectros a las fronteras. Vigilan. Pronto cruzarán. A Lether.

—Los hechiceros fronterizos del ceda los encontrarán.

—Con el tiempo, pero los espectros no entrarán en combate. Se limitarán a huir. No tengo ningún deseo de mostrar su poder todavía. Quiero alentar un exceso de confianza.

Los dos edur continuaron comentando las estrategias. Udinaas escuchaba, un simple espectro más en la penumbra.

Trull Sengar observó a su padre reconstruir, con una determinación meticulosa, una especie de fe. Tomad fue ensartando palabras pronunciadas en voz alta pero que era obvio que estaban destinadas solo a sí mismo, mientras su mujer miraba con el rostro de una mujer anciana y vencida. La muerte había llegado, solo para que la hiciera pedazos

una espeluznante repetición, una revivificación que no ofrecía nada de lo que mereciera la pena alegrarse. Se había derrocado a un rey, un emperador había surgido en su lugar. El mundo se había torcido y Trull se encontró distanciado de todo, entumecido, testigo de escenas torturadas y dolorosas en las que se intentaban las innumerables facetas de la reconciliación y el único resultado eran silencios agotados en los que las tensiones regresaban poco a poco entre susurros de fracaso.

Todos y cada uno se habían arrodillado ante su nuevo emperador. Hermano e hijo, el pariente que había muerto y en ese momento se sentaba engalanado con monedas de oro. Una voz destrozada pero reconocible. Ojos que no pertenecían a nadie que hubieran conocido todos sino que se asomaban al mundo enfebrecidos de poder y vidriados por las heridas no curadas del horror.

Temor había renunciado a su desposada.

Algo terrible, lo que había hecho.

Rhulad la había exigido. *Y eso era… obsceno.*

Trull jamás se había sentido tan impotente como en ese momento. Apartó la mirada de su padre y miró hacia donde Binadas permanecía en pie, en queda conversación con Casco Beddict. El letherii que había jurado lealtad a Rhulad, que iba a traicionar a su propio pueblo en la guerra que Trull sabía que era ya inevitable. *¿Quién nos ha llevado a todos a esto? ¿Cómo podemos detener esta marcha inexorable?*

—No luches contra esto, hermano.

Trull miró a Temor, sentado en un banco junto a él.

—¿Luchar contra qué?

La expresión de su hermano era dura, casi colérica.

—Él lleva la espada, Trull.

—Ese arma no tiene nada que ver con los tiste edur. Es extranjera y pretende convertir al que la empuña en nuestro

dios. Padre Sombra y sus hijas, ¿hay que arrojarlos a un lado?

—La espada no es más que una herramienta. Recae sobre nosotros, los que rodeamos a Rhulad, conservar la santidad de nuestras creencias, mantener la estructura y, por tanto, guiar a Rhulad.

Trull se quedó mirando a Temor.

—Te robó a tu desposada.

—Vuelve a hablar de eso, hermano, y te mataré.

Sus ojos se apartaron con una sacudida y pudo sentir los golpes secos de su corazón, rápidos en el pecho.

—Rhulad no aceptará guía alguna, no de nosotros, Temor, ni de nadie. Esa espada y el que la creó son los que lo guían ahora. Eso y la locura.

—Locura es lo que tú has decidido ver.

Trull lanzó un gruñido.

—Quizá tengas razón. Dime, entonces, lo que ves tú.

—Dolor.

Y eso es algo que compartís. Trull se frotó la cara y suspiró poco a poco.

—¿Luchar contra esto, Temor? Nunca hubo la menor posibilidad. —Volvió a mirarlo—. ¿Pero no te lo preguntas? ¿Quién nos ha estado manipulando y durante cuánto tiempo? Has dicho que esa espada era una herramienta, ¿acaso somos nosotros otra cosa?

—Somos tiste edur. Antaño gobernamos un reino entero. Cruzamos la espada con los dioses de este mundo…

—Y perdimos.

—Fuimos traicionados.

—Creo recordar que compartías las dudas de nuestra madre…

—Me equivoqué. Caí con engaños en la debilidad. Caímos todos. Pero ahora debemos desecharlo, Trull. Binadas lo

entiende. También nuestro padre. Theradas y Midik Buhn también, y aquellos a los que el emperador ha proclamado sus hermanos de sangre. Choram Izard, Kholb Harat y Matra Brith…

—Sus antiguos amigos no iniciados —lo interrumpió Trull con una sonrisa irónica—. Los tres a los que siempre derrotaba en competiciones con la espada y la lanza. Ellos y Midik…

—¿Y qué?

—No se han ganado nada, Temor. Y por mucho que lo proclame, eso no va a cambiar. Pero Rhulad pretende que aceptemos órdenes de ellos…

—Nosotros no. Nosotros también somos hermanos de sangre, se te olvida. Y yo todavía estoy al mando de los guerreros de las seis tribus.

—¿Y cómo crees que se sienten los otros guerreros nobles? Todos han seguido el camino consagrado de la iniciación en la sangre y las obras laudables en combate. Y ahora se ven usurpados…

—El primer guerrero bajo mi mando que se queje conocerá el filo de mi espada.

—Ese filo puede que termine romo y lleno de muescas.

—No. No habrá rebelión.

Tras un momento, Trull asintió.

—Seguro que tienes razón y esa es quizá la verdad más deprimente pronunciada hoy.

Temor se puso en pie.

—Eres mi hermano, Trull, y un hombre al que admiro. Pero en tus palabras se cierne la traición. Si fueras otra persona, ya te habría hecho callar a estas alturas. Para siempre. Se acabó, Trull. Ahora somos un imperio. Un imperio renacido. Y nos aguarda una guerra. Así que debo saberlo, ¿lucharás junto a nuestros hermanos?

Trull apoyó la espalda en la pared tosca y estudió a Temor por un momento antes de responder con una pregunta.

—¿Alguna vez he hecho otra cosa?

La expresión de su hermano se suavizó.

—No, nunca. Nos salvaste a todos cuando regresamos de los yermos de hielo y esa es una hazaña que ya conocen todos, así que te miran con admiración y asombro. Por la misma razón, Trull, buscan en ti orientación. Hay muchos que tomarán una decisión observando tu reacción a lo que ha pasado. Si ven dudas en tus ojos…

—No verán nada, Temor. No en mis ojos. Ni encontrarán motivos para dudar en mis acciones.

—Me alivia oír eso. El emperador nos hará llamar pronto. A sus hermanos de sangre.

Trull también se levantó.

—Muy bien. Pero por ahora, hermano, necesito soledad.

—¿Demostrará eso ser compañía peligrosa?

En ese caso ya puedo darme por muerto.

—No lo ha hecho hasta ahora, Temor.

—Déjame ahora, Hannan Mosag —dijo el emperador, su voz revelaba un agotamiento repentino—. Y llévate a los k'risnan contigo. Todo el mundo, que se vaya. Tú no, esclavo. Mayen, tú también, esposa. Por favor, vete.

La súbita despedida causó un momento de confusión, pero unos instantes después la sala se había vaciado aparte de Rhulad y Udinaas. A los ojos del esclavo, la partida de Mayen había parecido más una huida, el paso forzado como si la empujara una especie de histeria.

Habría momentos como ese, sospechó Udinaas. Interrupciones abruptas de procedimientos normales. Así que no le sorprendió cuando Rhulad le indicó que se

acercara más, y Udinaas vio en los ojos del emperador un pozo henchido de angustia y terror.

—Quédate cerca de mí, esclavo —jadeó Rhulad, un temblor fiero lo había invadido—. ¡Recuérdamelo! ¡Por favor! Udinaas…

El esclavo lo pensó un momento antes de hablar.

—Os venció la muerte. Vuestro cuerpo fue amortajado para daros un entierro honorable como guerrero de los hiroth iniciado en la sangre. Después regresasteis. Por la espada que ahora sostenéis, regresasteis y estáis vivo una vez más.

—Sí, eso es. Sí. —Una carcajada que se fue acrecentando hasta convertirse en una risa aguda y que se detuvo de pronto cuando un espasmo embargó a Rhulad. Ahogó un grito, como si lo envolviera el dolor y después murmuró—: Las heridas…

—¿Emperador?

—No importa. Solo el recuerdo. Hierro frío introduciéndose en mi cuerpo. Fuego frío. Lo intenté. Intenté acurrucarme alrededor de esas heridas. Apretarme, proteger lo que ya había perdido. Recuerdo…

Udinaas permanecía en silencio. Dado que el emperador no quería mirarlo, era libre de observar. Y llegar a sus propias conclusiones.

Los jóvenes no deberían morir. Ese momento final pertenecía a los ancianos. Algunas reglas no deberían romperse nunca y ya fuera la motivación, la compasión o el cálculo frío, poco importaba. Rhulad había estado muerto demasiado tiempo, demasiado tiempo para evitar algún tipo de daño espiritual. Si el emperador iba a ser una herramienta, sería una herramienta defectuosa.

¿Y de qué valía eso?

—Somos imperfectos.

Udinaas se sobresaltó pero no dijo nada.

—¿Entiendes eso, Udinaas?

—Sí, emperador.

—¿Cómo? ¿Cómo lo entiendes?

—Soy esclavo.

Rhulad asintió. Su mano izquierda, envuelta en oro, se alzó para unirse a la derecha en la empuñadura de la espada.

—Sí, por supuesto. Sí. Imperfectos. Jamás estamos a la altura de los ideales que nos ponen delante. Esa es la carga de la mortalidad. —Una mueca crispada—. No solo mortales. —Un movimiento rápido de los ojos, que por un instante se posaron en los del esclavo y después volvieron a apartarse—. Susurra en mi mente. Me dice lo que debo decir. Me hace más listo de lo que soy. ¿En qué me convierte eso, Udinaas? ¿En qué me convierte eso?

—En esclavo.

—Pero yo soy tiste edur.

—Sí, emperador.

Un ceño fruncido.

—El regalo de una vida devuelta.

—Estáis endeudado.

Rhulad se encogió en su sillón y en sus ojos destelló una cólera repentina.

—¡No somos iguales, esclavo! ¿Lo entiendes? Yo no soy uno de vuestros endeudados. No soy letherii. —Después hundió los hombros entre un susurro de monedas—. Que la Hija me lleve, el peso de todo esto…

—Lo siento, emperador. Es cierto. Vos no sois un endeudado. Ni, quizá, seáis tampoco esclavo. Aunque quizá lo parezca, a veces. Cuando el agotamiento os embarga.

—Sí, eso es. Estoy cansado. Eso es todo. Cansado.

Udinaas dudó.

—Emperador —preguntó después—, ¿habla a través de vos ahora?

Una frágil sacudida de cabeza.

—No. Pero no habla a través de mí. Solo susurra consejos, me ayuda a elegir las palabras. Ordena mis pensamientos, pero los pensamientos son míos. Tienen que serlo. No soy tonto. Poseo mi propia inteligencia. Sí, eso es. Él no hace más que susurrarme confianza.

—No habéis comido —dijo Udinaas—. Ni bebido nada. ¿Sentís hambre y sed, emperador? ¿Puedo traeros algo para restaurar vuestras fuerzas?

—Sí, me gustaría comer. Y… un poco de vino. Busca un criado.

—De inmediato, amo.

Udinaas se acercó a la pequeña cortina que cubría la entrada al pasillo que llevaba a las cocinas. Encontró a un criado acurrucado en el pasillo, a una docena de pasos de la puerta. Unos ojos aterrados brillaron al mirarlo cuando se acercó.

—En pie, Virrick. El emperador quiere vino. Y alimentos.

—¿El dios quiere comer?

—No es ningún dios. Comida y bebida, Virrick. Adecuados para un emperador, y date prisa.

El criado se levantó como pudo y pareció a punto de salir disparado.

—Tú sabes cómo hacerlo —dijo Udinaas con voz serena—. Es lo que te han adiestrado para hacer.

—Estoy asustado…

—Escúchame. Te contaré un secreto. A ti siempre te gustaron los secretos, ¿no, Virrick?

Un asentimiento vacilante.

—Es el siguiente —dijo Udinaas—. Los esclavos no tenemos nada que temer. Son los edur los que tienen

motivos y eso nos da permiso para seguir riéndonos a sus espaldas. ¿Recuerdas haber hecho eso, Virrick? Es tu juego favorito.

—Lo… lo recuerdo, Udinaas.

—Bien. Ahora ve a las cocinas y enseña a los otros. Ahora sabes el secreto. Enseña a los demás y ellos te seguirán. Comida, y vino. Cuando estés listo, tráelo todo a la cortina y lanza un silbido bajo, como harías con normalidad. Virrick, necesitamos que las cosas vuelvan a la normalidad, ¿lo entiendes? Y esa tarea recae sobre nosotros, los esclavos.

—Bruja de la Pluma corrió…

—Bruja de la Pluma es joven y lo que hizo estuvo mal. He hablado con ella y volveré a hacerlo.

—Sí, Udinaas. Eres el esclavo del emperador. Por méritos propios, hay gran sabiduría en tus palabras. Creo que te escucharemos, aunque seas un endeudado. Te han… elevado. —Asintió—. Bruja de la Pluma nos falló…

—No seas tan duro con ella, Virrick. Ahora, ve.

Udinaas observó al sirviente bajar corriendo por el pasillo, después dio la vuelta y regresó al salón del trono.

—¿Qué te ha llevado tanto tiempo? —preguntó Rhulad casi llevado por el pánico—. He oído voces.

—Estaba informando a Virrick sobre lo que deseabais, emperador.

—Eres demasiado lento. Tienes que ser más rápido, esclavo.

—Lo seré, amo.

—Hay que decir a todo el mundo lo que ha de hacer. Ninguno parece capaz de pensar por sí mismo.

Udinaas no dijo nada y no se atrevió a sonreír cuando la observación más natural flotó por su mente.

—Nos resultas muy útil, esclavo. Necesitaremos que… nos recuerden… otra vez. En momentos inesperados. Y eso

será lo que hagas por nosotros. Eso y alimento y bebida en las ocasiones adecuadas.

—Sí, amo.

—Y ahora, permanece atento mientras nos descansamos los ojos un rato.

—Por supuesto, amo.

Se quedó allí, esperando, observando, a una docena de pasos de distancia.

La distancia entre emperador y esclavo.

Cuando se dirigía al puente, Trull Sengar vio a la corifeo. Estaba plantada en medio del puente, inmóvil como un ciervo asustado, con los ojos clavados en el camino principal que atravesaba la aldea. Trull no distinguía lo que había captado su atención.

Vaciló. Pero entonces la cabeza de la mujer giró y él se encontró con sus ojos.

No había palabras para lo que pasó entre ellos en ese instante. Una mirada que comenzó buscando algo y luego, de un modo rápido e inefable se transformó en otra cosa. Un contacto entrelazado que se rompió de mutuo acuerdo un momento después, reacciones instintivas de los dos.

En el incómodo momento posterior, nada se dijo durante media docena de latidos. Trull se encontró luchando contra una sensación de inmenso vacío en lo más profundo de su corazón.

Seren Pedac fue la primera en hablar.

—¿No queda sitio, Trull Sengar?

Y él comprendió.

—No, corifeo. No queda sitio.

—Creo que tú lo querrías de otro modo, ¿no es cierto?

La pregunta se acercó demasiado al reconocimiento tácito que habían compartido solo unos instantes antes y él vio en los ojos de la mujer una vez más un destello de… algo. Y se apartó mentalmente de una respuesta honesta.

—Yo sirvo a mi emperador.

El destello se desvaneció, sustituido por una mirada fría que se deslizó sin esfuerzo por las defensas del hombre y se clavó como un cuchillo en su pecho.

—Por supuesto. Disculpa. Es demasiado tarde para preguntas como esa. Debo irme ya, para acompañar a Buruk el Pálido de regreso a Trate.

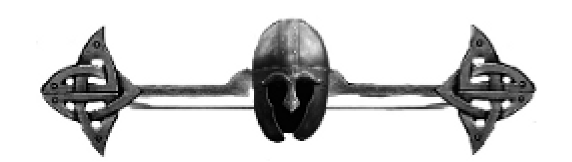
Cada palabra un giro de ese cuchillo, a pesar de ser en apariencia inocuas. Trull no entendía cómo aquellas palabras (y la expresión de sus ojos) podían herirlo tanto y quiso gritar. Negativas. Confesiones. En su lugar, puntuó la ruptura de aquella empatía con un encogimiento de hombros que lo condenó.

—Buen viaje, corifeo. —Nada más, y supo que era un cobarde.

La observó alejarse. Pensó en el viaje de su vida tanto como en el de la corifeo, en los tropiezos que daban sin ser conscientes de lo que podría ser su profundidad. Recuperaban el equilibrio pero el camino había cambiado.

Tantas decisiones se demostraban irrevocables. Trull se preguntó si esa también lo sería.

14



Dónde está la oscuridad
en los días pasados,
cuando el sol bañaba todo
en dorada luz
y nos bruñíamos
en nuestra juvenil ascendencia,
encantados chillidos y
distantes risas,
arrastrados por el dorado arroyo
de días que no se detenían
en la noche con cada sombra,
abrasada del todo
por fuego inmortal.
Dónde entonces está la oscuridad,
llegada con la muerte del sol,
llegada furtiva y baja
para gruñir revelaciones
del tórrido descenso,
que nos arrastra al fondo
de este momento.

Fuego inmortal
Pescador Kel'Tath

Una voz habló en la oscuridad.
—Yo no bajaría por esa calle, viejo.
Bicho lo miró.

—Le agradezco la advertencia —respondió mientras seguía caminando.

Diez pasos después de entrar en el estrecho callejón ya podía oler la sangre derramada. Unas pisadas tras él le dijeron que el vigía había ido tras sus pasos, era de suponer que para bloquear su vía de escape.

—Te lo advertí.

—Soy el que mandasteis a buscar —dijo Bicho.

Cuatro figuras más surgieron de la penumbra delante de él, asesinos todos y cada uno. Parecían asustados.

El vigía lo rodeó y se acercó más para escudriñar la cara de Bicho.

—¿Tú eres el Hombre que Espera? Pues no eres lo que yo creía.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién ha muerto y quién lo ha matado?

—No «quién» lo mató —murmuró uno de los cuatro que tenía Bicho delante—. Más bien «qué». Y no lo sabemos. Solo que era grande, la piel negra como el agua del canal, con púas en los brazos. Ojos como los de una serpiente, relucientes y grises.

Bicho olisqueó el aire, buscaba algo aparte de la sangre.

—Hizo pedazos a Rall el Fuerte, sí, señor, y luego entró en ese edificio.

El criado miró hacia donde señalaba el hombre. Un templo abandonado, hundido por una esquina, el tejado puntiagudo muy inclinado por ese lado. Bicho lanzó un gruñido.

—Eso fue el último templo de los Fulcra, ¿no?

—A nosotros no nos preguntes.

—Ese culto lleva muerto cien años por lo menos —continuó el criado mientras miraba con el ceño fruncido la desmoronada estructura. La entrada, amplia y abierta,

coronada por un dintel sólido, había estado en otro tiempo tres escalones por encima del nivel de la calle. En el pasado, cuando aquel callejón había sido una calle. Podía distinguir todavía la esquina derecha del escalón superior. Parecía haber un montón de escombros dentro, removidos no hacía mucho. Bicho volvió a mirar a los cinco matones.

—¿Pero qué estabais haciendo, acechando por aquí, en cualquier caso?

Un intercambio de miradas y luego el vigía se encogió de hombros.

—Tábamos escondíos.

—¿Escondidos?

—Esa niña… bueno… eh…

—Ah. Ya. —Bicho volvió a mirar la entrada.

—Espera, viejo —dijo el hombre—. No irás a entrar ahí, ¿verdad?

—Bueno, ¿por qué si no me llamasteis?

—Esperábamos que, bueno, que acudieras con los guardias de la ciudad, o algo. Quizá un mago o dos.

—Puede que lo haga. Pero primero será mejor saber a qué nos estamos enfrentando. —Bicho se metió entonces en el templo en ruinas. Aire denso y húmedo y una profunda oscuridad. Un olor a tierra recién removida y luego, muy leve, el sonido de una respiración. Lenta y profunda. El criado clavó la mirada en la fuente de ese sonido.

—Muy bien —dijo con un murmullo—, ha pasado algún tiempo desde la última vez que respiraste el aire nocturno. Pero eso no te da derecho a matar a un desventurado mortal, ¿no?

Una forma inmensa arrastró los pies a un lado de la pared contraria.

—No me hagas daño. No pienso volver. Los están matando a todos.

Bicho suspiró.

—Vas a tener que hacerlo mejor.

La forma pareció romperse y el criado vio un despliegue de movimiento. Al menos seis formas nuevas y más pequeñas, cada una de ellas baja y larga. El brillo de unos ojos de reptil clavados en él a lo largo de toda la pared trasera.

—Así que por eso elegiste este templo —dijo Bicho—. Por desgracia, tus devotos hace mucho que han desaparecido.

—Eso te puede parecer a ti. —Media docena de voces, un coro susurrado—. Pero te equivocas.

—¿Por qué mataste a ese mortal?

—Estaba bloqueando la entrada.

—Bueno, y ahora que estás aquí…

—Esperaré.

Bicho lo pensó un momento, y las implicaciones inherentes a esa afirmación. Frunció el ceño poco a poco.

—Muy bien. Pero nada de matar. Quédate aquí dentro.

—Lo acepto. De momento.

—Hasta que llegue… lo que estás esperando.

—Sí. Entonces iremos de caza.

Bicho le dio la espalda.

—Eso es lo que tú te crees —dijo por lo bajo.

Reapareció fuera del templo y estudió las cinco caras aterradas en la penumbra.

—Haced corred la voz, nadie debe entrar en ese templo.

—¿Y ya está? ¿Qué hay de los guardias? ¿Los magos? ¿Qué hay de Rall el Fuerte?

—Bueno, si tanto os interesa la venganza, sugiero que os busquéis antes a unos cuantos miles de amigos. Supongo que al final habrá un ajuste de cuentas.

El vigía lanzó un bufido.

—El Hombre que Espera quiere que esperemos.

Bicho se encogió de hombros.

—Es lo mejor que puedo hacer. Para sacar a esa bestia, el propio ceda tendría que bajar aquí.

—¡Pues manda a buscarlo!

—Me temo que no poseo tanta influencia. Volved a casa, todos.

Bicho pasó junto a ellos y salió del callejón. Sin lugar a dudas, las cosas se estaban complicando. Y eso nunca era bueno. Se preguntó cuántas criaturas más estaban escapando de los túmulos. A juzgar por las palabras de la Manada, no muchas. Lo que era un alivio.

Con todo, decidió que sería mejor que lo viera por sí mismo. El encuentro que lo aguardaba tendría que esperar un poco más. Seguro que se ganaba una buena bronca pero era inevitable. El Séptimo Cierre prometía ser azaroso. Se preguntó si esa profecía, la del imperio renacido, estaría unida de algún modo a la muerte de la torre Azath. Esperaba que no.

La noche era sorprendentemente tranquila. Las multitudes habituales que aparecían una vez pasaba el calor del día no se veían por ningún lado del canal Quillas cuando Bicho bajó por él. Llegó cerca del Domicilio Eterno. Bueno, se recordó, al menos eso había sido un éxito El ingeniero real, bien llamado Queja, había sido un portador reticente y envidioso de un contrato real que especificaba que Construcciones Bicho debía asumir el control de las tareas de apuntalamiento de las alas comprometidas del nuevo palacio. Y se había mostrado menos contento todavía cuando Bicho le había ordenado al antiguo personal que se fuera y se llevara su equipo con ellos. Bicho había pasado después la mayor parte del día siguiente vadeando túneles inundados solo para hacerse una idea de la magnitud de la tarea que tenía por delante.

Tal y como había predicho Tehol, la modesta empresa de Bicho estaba subiendo en las Cuotas a una velocidad aterradora. Dado que la lista de acciones estaba sellada, Bicho se las había arreglado para vender un cuatro mil veintidós por ciento de las acciones y mantener todavía el control de los intereses. Por supuesto, sería el primero a la cola de los Ahogamientos si se descubría el engaño.

—Pero estoy dispuesto a asumir ese riesgo —había dicho Tehol con una gran sonrisa. Un hombre muy gracioso, su amo.

Se acercó al antiguo palacio y después se metió por los callejones serpenteantes y las calles olvidadas de detrás. Esa parte de la ciudad parecía casi sin vida, nadie se aventuraba al exterior. Los perros callejeros dejaban de rebuscar en las basuras para observarlo pasar. Las ratas se escabullían de su camino.

Llegó al muro de la torre cuadrada, y lo siguió hasta llegar a la verja. Una pausa, durante la cual tuvo que contener los nervios con un esfuerzo de voluntad ante la perspectiva de ingresar en los terrenos. La Azath estaba muerta, después de todo. Respiró hondo, dejó escapar el aire poco a poco y se metió.

Los túmulos de ambos lados eran presa de un extraño arrugamiento pero no advirtió ningún agujero abierto. Todavía. Dejó el camino. Los insectos crujían o se retorcían bajo sus pies. Los terrones de hierba parecían macerados y estaban plagados de vida.

Bicho llegó a un túmulo cuyo lado anterior había desaparecido, en su lugar un pozo negro sobre el que había caído el tronco de un árbol muerto. Se oía el sonido de algo que revolvía dentro.

Entonces apareció Tetera trepando. Matas de gusanos blancos se retorcían en su cabello lacio y apelmazado y le

cubrían los hombros. La niña se aupó usando una rama del árbol, después hizo una pausa para quitarse de encima unos cuantos gusanos, el gesto fue delicado, raro y afectado.

—Se ha ido —dijo—. Tío Bicho, este se ha ido.

—Lo sé.

—No lo vi. Debería haberlo visto.

Él sacudió la cabeza.

—Es muy sigiloso, Tetera. Y rápido. Lo único que necesitaba era un momento en que le dieras la espalda. Solo un momento, nada más. En cualquier caso, me he encontrado con él y, de momento al menos, no molestará a nadie.

—No funciona nada, tío Bicho. Necesito al que está debajo. Necesito sacarlo de ahí.

—¿Qué se lo impide, lo sabes?

La niña sacudió la cabeza, el movimiento dejó caer más gusanos.

—Por lo menos ahora tiene espadas. El tío Brys las trajo. Yo las metí en el túmulo.

—¿Brys Beddict? Muchachita, te estás buscando aliados muy dignos. ¿Te ha visitado el ceda?

—No conozco a ningún ceda.

—Me sorprende. Debería venir pronto, una vez que sepa de ti.

—¿De mí?

—Bueno, para ser más concretos, de tu corazón.

La niña ladeó la cabeza.

—Oigo golpes. En el pecho. ¿Es mi corazón?

—Sí. ¿Con qué frecuencia se producen los golpes?

—Quizá ocho al día. Ahora. Antes, quizá cuatro. Para empezar, una vez. Muy altos, me dolía la cabeza.

—¿Te dolía? ¿Sientes dolor, muchachita?

—Ya no tanto. Algún dolor. Punzadas. Por eso sé que me pasa algo. Antes no sentía nada.

Bicho se pasó una mano por el pelo ralo. Levantó la cabeza y estudió el cielo nocturno. Cubierto de nubes pero las nubes eran altas, planas y sin dobleces, una manta gastada a través de la que se podían ver algunas estrellas. Suspiró.

—De acuerdo, muchachita, enséñame dónde enterraste las espadas.

La siguió hasta un túmulo más cercano a la torre.

—Está en este.

Pero lo que atrajo la mirada del criado fue un túmulo idéntico junto al que la niña indicaba.

—Vaya, me pregunto a quién pertenece ese.

—Esa siempre me está prometiendo cosas. Premios. Los cinco que están matando a todos los demás no se acercan a ella. A veces, su cólera arde en mi cabeza como fuego. Está muy enfadada, pero no conmigo, dice. «Esas zorras», dice, y así sé que está durmiendo porque solo dice eso cuando duerme. Cuando está despierta, me susurra cosas bonitas.

Bicho asentía poco a poco.

—Parece tan absurdo —dijo, sobre todo para sí—. Absurdo y mundano.

—¿Qué, tío Bicho?

—Lo tiene cogido por los tobillos. Lo sé. Es ridículo, pero por eso tiene problemas para salir. Ella lo tiene cogido por los tobillos.

—¿Para que se quede donde está?

—No. Para asegurarse de que lo sigue cuando salga.

—¡Está haciendo trampas!

A pesar de su inquietud, Bicho sonrió.

—Pues sí, muchachita. Claro que puede que con eso solo consiga que sigan los dos atrapados.

—Oh, no, ahora él tiene las espadas. Solo tiene que bajarlas hasta allí. Eso fue lo que dijo. Yo antes no lo entendía pero ahora sí. Dijo que iba a serrar unas cosas.

Bicho hizo una mueca.

Después frunció el ceño.

—Los cinco, ¿están muy cerca de escapar?

Tetera se encogió de hombros.

—Han matado casi todo lo demás. No sé. Pronto, supongo. Van a hacerme cosas terribles, según dicen.

—Asegúrate de pedir ayuda antes de que salgan.

—Lo haré.

—Tengo que irme ya.

—Está bien. Adiós, tío.

Despertado por uno de los cabos de la preda, Brys se vistió a toda prisa y siguió al joven soldado hasta la sala de campañas, donde encontró al rey Ezgara Diskanar, al ceda, Unnutal Hebaz y la primera concubina Nisall. El rey y su amante se encontraban a un lado de la mesa de mapas, enfrente de la preda. Kuru Qan se paseaba en círculos alrededor de todo el conjunto, de vez en cuando se quitaba las extrañas lentes oculares para limpiarlas.

—Finadd —dijo Unnutal Hebaz—, únase a nosotros, por favor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Brys.

—Estamos, al parecer, en guerra —respondió la preda—. Estoy a punto de informar al rey de la disposición de nuestras fuerzas en estos momentos.

—Disculpe la interrupción, preda.

Ezgara Diskanar agitó una mano.

—Quería tenerlo aquí, Brys. Ahora, Unnutal, proceda.

—Divisiones, batallones y brigadas —dijo la mujer—. Y guarniciones. Nuestras fuerzas terrestres. Hablaré de las flotas más tarde. Así pues, de oeste a este por la frontera. En el Límite, el primer fuerte de la Doncella, sus defensas todavía se están construyendo y lejos de completarse. Me ha parecido indefendible, así que voy a enviar la guarnición a reforzar Fent Límite. El segundo fuerte de la Doncella tiene una guarnición de seiscientos soldados condenados a los que se está adiestrando de nuevo en estos momentos. La isla es un penal-fortaleza, como ya saben. La voluntad de los prisioneros a la hora de luchar es, por supuesto, problemática. No obstante, yo sugeriría que los dejáramos allí. El tercer fuerte de la Doncella permanecerá en activo pero con una presencia nominal, están allí para actuar como observadores avanzados por si una flota edur rodeara la isla y se dirigiera a la ciudad de Lezna.

—Donde tenemos un ejército —dijo el rey.

—Sí, mi señor. El batallón Cinturón de Serpiente, estacionado en la ciudad. La brigada Rampante Carmesí está en Tulamesh, en la costa. Ahora bien, al este de Límite, el puerto de Trate. El batallón Arcilla Fría y la legión Trate, con la brigada Hendida y la legión Katter en Antigua Katter. El fuerte Alto tiene, además de las fuerzas de su guarnición rotatoria, la brigada Chaquetas de Hierba. En circunstancias normales también tendríamos allí el batallón Buscablanco, pero en estos momentos está haciendo maniobras a las afueras de Primer Límite. Por supuesto se pondrá en marcha hacia el norte de inmediato.

»Más al este, la situación es más satisfactoria. En el fuerte llamado Temblor está la brigada Harridicta, con el batallón Artesano acampado a las afueras de la Rectoría, más maniobras.

—¿Cuánto tiempo les llevará a los Buscablanco llegar al fuerte Alto? —preguntó el rey.

—Los caminos de Límite y Thetil están en buenas condiciones, mi señor. Cinco días. Parten mañana. Quisiera hacer hincapié una vez más en que los magos del ceda son una gran ventaja táctica. Nuestras comunicaciones son instantáneas.

—Pero yo quiero más —dijo Ezgara con un gruñido—. Quiero algo preventivo, preda. Quiero que cambien de opinión sobre esta maldita guerra.

Unnutal se volvió poco a poco para llamar la atención de Kuru Qan con la mirada.

—¿Ceda?

—¿Relevante? Menos de lo que esperaríamos. ¿Quiere que golpeemos sus aldeas? ¿Las que están justo detrás de las montañas? Muy bien.

—¿Cuándo puede organizarlo? —preguntó el rey.

—El cuadro de Trate se está reuniendo, mi señor. Al amanecer, dentro de tres días.

—Roguemos al Errante para que eso los disuada. —El rey consiguió esbozar una sonrisa irónica mientras observaba al ceda reanudar sus paseos—. Pero no confía demasiado en que lo consiga, ¿verdad, Kuru Qan?

—No, mi señor. Por fortuna, creo que ni siquiera Casco sospecharía que queremos atacar las aldeas edur.

Brys sintió que se le helaba la sangre.

—¿Ceda? ¿Mi hermano ha…?

Un asentimiento triste.

—Es un camino que Casco Beddict lleva mucho tiempo recorriendo. No sorprende a nadie, finadd.

Brys tragó saliva, después se esforzó por hablar.

—Yo habría… creído… dado que se sabía…

—¿Que habría sido asesinado? —preguntó Ezgara—. No, Brys. Su presencia es una ventaja táctica para nosotros, no para ese maldito arribista de emperador. Somos muy conscientes de que está asesorando a los edur sobre nuestro modo de librar la guerra, y tenemos intención de utilizarlo. —El rey hizo una pausa y levantó la cabeza—. Las acciones de Casco de ningún modo lo impugnan a usted a nuestros ojos, Brys. Puede tener la seguridad.

—Gracias, mi señor. —*Y para demostrarlo me invitas a esta reunión*—. Es de lamentar que Nifadas fracasara en su misión. ¿Qué sabemos de ese nuevo «arribista» de emperador que ha mencionado?

—Dispone de una magia inmensa —respondió Kuru Qan con tono distraído—. No podemos discernir mucho más.

La primera concubina se apartó del lado del rey, también parecía distraída.

—El detalle más relevante para nosotros —añadió Unnutal Hebaz— es que está en posesión de una lealtad absoluta entre las tribus edur. Y, aunque Hannan Mosag ha sido usurpado, el rey hechicero permanece al lado del emperador y es su asesor principal.

A Brys le sorprendió oír eso.

—¿El rey hechicero se limitó a hacerse a un lado? Eso es… extraordinario.

La preda asintió.

—Suficiente para darnos que pensar. Nuestras avanzadillas nos han informado de lo que se ha visto por la frontera. Sombras que se mueven por la noche.

—Los espectros —dijo el ceda, y su expresión se hizo más amarga—. No es la primera vez que nos enfrentamos a ellos, por supuesto, y de forma efectiva. No obstante, son una fuente de irritación.

—¿Los tiste edur tienen sitios sagrados? —preguntó Nisall desde donde se encontraba, cerca de la pared contraria. Todos los rostros se volvieron hacia ella. Con los brazos cruzados, se encogió de hombros—. Una hechicería que aniquile esos lugares bien podría debilitar su dominio sobre esos espectros. ¿No se hizo algo parecido con los nerek y los tarthenal?

Al ceda pareció entristecerle la sugerencia, pero asintió.

—Un concepto interesante, primera concubina —dijo—. Los edur son muy discretos con respecto a sus lugares sagrados. Aunque sí es cierto que parece que el suelo de sus aldeas está santificado. Así pues, cuando destruyamos esas aldeas, el resultado bien podría terminar siendo más profundo de lo que imaginamos. Es una consideración relevante. En cuanto a las arboledas ocultas y demás, deberíamos utilizar a los varios corifeos que están familiarizados con ese territorio.

—¿Llegará pronto la delegación a la desembocadura de Gedry? —le preguntó Brys a la preda.

La mujer señaló con la cabeza a Kuru Qan.

—El viaje de regreso se está apresurando. Una semana, no más.

Y después, tres días río arriba para llegar aquí. La guerra ya habría estallado para entonces.

—Mi señor, ¿me permite hacerle una pregunta?

—Por supuesto, Brys.

—¿Dónde está el batallón de la Reina?

Un silencio momentáneo, después la preda carraspeó.

—Si me lo permite, mi señor…

El rey asintió con los labios apretados.

—Finadd, la reina ha tomado en persona el mando de sus fuerzas, junto con la brigada Quillas. Insiste en mantener la

independencia en este asunto. Por tanto, esos activos no los vamos a incluir en nuestra discusión.

—Mi querida esposa siempre los ha considerado su ejército privado —dijo Ezgara Diskanar—. Así sea. Mejor que persigan las ambiciones de la reina en el campo de batalla que aquí en Letheras.

—Dicho eso —añadió Unnutal Hebaz—, creemos que están a menos de una legua al sur del fuerte Alto y que marchan hacia el norte para encontrarse con los edur en el paso. La doctrina de la reina se resume en ser los primeros en golpear, y con fuerza. Pondrá a sus magos a despejar los espectros de su camino, lo que sin duda será lo bastante revelador como para eliminar el factor sorpresa.

—¿Los lidera en persona?

—Su séquito y ella partieron hace cuatro días —dijo el rey.

Brys recordó ese momento.

—¿La visita real a su torreón de Disidencia?

—Ese fue el pretexto.

—¿Y después el príncipe Quillas hará el esfuerzo de reunirse con ella?

—Mi hijo ha separado su barco de la delegación y en estos momentos se dirige a Trate.

—¿Hasta qué punto —preguntó Brys— el batallón de la Reina ha utilizado los depósitos de esa región?

—Conociéndola —soltó de repente el rey—, seguro que ya casi los ha vaciado, maldita sea.

—Nos estamos apresurando a reponer las existencias mermadas —dijo Unnutal Hebaz—. Es obvio que nos vemos obligados a modificar nuestras tácticas como consecuencia. Lucharemos a la defensiva, según nuestra doctrina y sí, los edur lo tendrán previsto. Pero no retrocederemos. No nos retiraremos. Una vez empiecen los combates, tenemos

intención de mantener el contacto. Esta será, creo, una guerra brutal, quizá la guerra más cruel que hayamos librado desde que conquistamos la Liga de Ducados de Rosazul.

—Ahora —dijo el rey— me gustaría oír los detalles sobre la defensa de nuestras ciudades fronterizas y el mar Katter. Así como la disposición de las flotas…

Brys se encontró con que las palabras que siguieron se alejaron flotando convertidas en un murmullo sin forma que se perdió en el fondo. Estaba pensando en su hermano, que marchaba con los tiste edur a librar una guerra contra su tierra natal. Contra el reino que lo había traicionado de un modo tan cruel. La reina y el príncipe lo buscarían con desesperación… o, como mínimo, buscarían su cabeza. Y utilizarían los crímenes de Casco para intentar golpear a Brys, su posición como protector del rey. Bien podrían enviar soldados para detener también a Tehol con algún pretexto inventado. El placer añadido de vengar pérdidas financieras incurridas a causa del brillante caos de Tehol. De hecho, perderían muy poco tiempo en hacerlo.

Brys tenía que advertir a Tehol.

La investigadora jefe del gremio de los Cazarratas estaba sentada en una mesa del patio, bajo una tea. Un montoncito de delicados huesos reposaba en el centro del gran plato que tenía delante. A su alcance tenía un frasco de cristal de vino blanco. Otra copa esperaba delante de la silla vacía que tenía enfrente.

—Tú no eres Tehol —dijo cuando llegó Bicho y se sentó—. ¿Dónde están Tehol y sus impúdicos pantalones?

—Aquí no, por desgracia, investigadora jefe, pero puede estar segura de que, estén donde estén, están juntos.

—Ah, ¿así que se ha reunido con personas más importantes que yo? Después de todo, si estuviera durmiendo, no llevaría puestos los pantalones, ¿verdad?

—No sabría decirle, Rucket. Bueno, ¿había solicitado esta reunión?

—Con Tehol.

—Ah, ¿así que iba a ser un encuentro romántico?

La mujer sorbió por la nariz y se tomó un momento para mirar furiosa a los únicos otros ocupantes de aquel restaurante de medianoche, un marido y una esposa (que era obvio que no estaban casados entre sí) y que estaban lanzando miradas suspicaces hacia ellos, puntuadas por acercamientos de cabeza y susurros acalorados.

—Este lugar sirve a una clientela muy concreta, maldito seas. ¿Cómo decías que te llamabas?

—Bicho.

—Ah, sí. Recuerdo que no me sorprendió demasiado la primera vez que se mencionó. Bien, me has hecho esperar, maldito gusano, ¿y qué es ese olor?

Bicho sacó una tira ennegrecida y arrugada, plana y algo más larga que su mano.

—Encontré una anguila en el mercado de pescado. Pensé en hacernos una sopa para mí y el amo.

—¿Nuestro asesor financiero come anguilas desechadas?

—La frugalidad es una virtud entre los financieros, investigadora jefe. —Se volvió a meter la tira seca en la camisa—. ¿Cómo está el vino? ¿Me permite?

—Bueno, ¿por qué no? Toma, ¿te apetece roer los huesos?

—Es posible. ¿Qué era en un principio?

—Gato, por supuesto.

—Gato. Oh, sí, por supuesto. Bueno, de todos modos nunca me gustaron los gatos. Esas bolas de pelo. —Acercó el

plato y lo examinó con detenimiento para ver lo que quedaba.

—¿Tienes fascinación por los genitales de los felinos? Qué asquerosidad, aunque he oído cosas peores. Uno de nuestros cazarratas auxiliares una vez intentó casarse con una rata. Y yo soy la primera en admitir que poseo intereses peculiares.

—Qué bien —dijo Bicho al tiempo que se metía una vértebra en la boca para chupar la médula.

—Bueno, ¿no sientes curiosidad?

—No —le contestó él con el hueso en la boca—. ¿Debería sentirla?

Rucket se inclinó hacia delante, como si viera a Bicho por primera vez.

—Ahora… ahora me interesas. Lo admito sin problemas. ¿Quieres saber por qué?

—¿Por qué lo admite sin problemas? De acuerdo.

—Soy una persona muy abierta, pensándolo bien.

—Bueno, yo lo estoy pensando bien y admito por tanto que me sorprende un poco.

—Eso a mí no me sorprende en absoluto, Bicho. ¿Qué vas a hacer esta noche y qué es ese insecto? Ahí, en tu hombro…

Bicho se sacó la vértebra de la boca y fue a coger otra.

—Es la variedad bicéfala. Muy poco común, por lo que imagino que son razones obvias. Pensé que a mi amo le gustaría verlo.

—¿Así que permites que se arrastre por todo tu cuerpo?

—Eso le llevaría días. Se las ha arreglado para trepar desde la mitad del brazo hasta el hombro y en eso ha tardado más de una campanada.

—Qué criatura tan patética.

—Sospecho que le cuesta un poco decidirse.

—Te estás haciendo el gracioso, ¿no? Tengo debilidad por los graciosos. ¿Por qué no vienes a casa conmigo cuando hayas terminado aquí?

—¿Está segura de que no tiene ningún asunto que comentar conmigo? ¿Quizá alguna noticia para Tehol?

—Bueno, hay una niña asesina que es una no muerta y que se ha dedicado a matar a una ingente cantidad de personas, aunque menos en los últimos tiempos. Y Gerun Eberict ha estado mucho más ocupado de lo que parecería a primera vista.

—¿De veras? Pero ¿por qué lo ocultaría?

—Porque los asesinatos no parecen tener motivaciones políticas.

—¿No? ¿Entonces cuáles son sus motivaciones?

—Es difícil decirlo. Creemos que solo le gusta matar gente.

—Bueno, ¿a cuántos ha matado en este último año?

—Entre unos dos mil y tres mil, pensamos.

Bicho se apresuró a coger su copa. Se bebió todo el vino y después tosió.

—¡Que el Errante nos lleve!

—Ajá, ¿vas a venir a casa conmigo o no? Tengo una alfombra de pelo de gato…

—Por desgracia, querida, he hecho voto de celibato.

—¿Desde cuándo?

—Oh, miles de años… al parecer.

—No me sorprende. Pero me intriga incluso más.

—Ah, es la atracción de lo inalcanzable.

—¿Eres inalcanzable de verdad?

—Extraordinario, pero sí, lo soy.

—Qué terrible pérdida para el sexo femenino.

—Ahora se está burlando.

—No, hablo en serio, Bicho. Creo que eres con toda probabilidad un amante maravilloso.

—Sí —dijo él con voz cansina—, los mismos océanos palpitaban. ¿Podemos ocuparnos de algún otro tema? ¿Quiere un poco más de vino? ¿No? Estupendo. —Cogió el frasco, después se sacó una petaca de la camisa y empezó la delicada tarea de echar el vino dentro.

—¿Eso es para tu sopa de anguila?

—Desde luego.

—¿Qué pasa ahora que he decidido que me gustas? Y no solo me gustas, lo admito de buen grado, sino que te deseo, Bicho.

—No tengo ni idea, Rucket. ¿Me permite llevarme el resto de esos huesos?

—Desde luego que sí. ¿Te gustaría que te regurgitara también el resto de mi comida? Lo haré, sabes, pues la idea de que tomes tú lo que con anterioridad estaba en mí…

Bicho estaba agitando las dos manos para decir que no.

—Por favor, no se tome ninguna molestia por mí.

—No hace falta que te alarmes tanto. Las funciones corporales son algo maravilloso, incluso sensual. Bueno, el simple acto de sonarse la nariz es una fuente potencial de éxtasis, una vez que comprendes su flemático atractivo.

—Será mejor que me vaya, Rucket. —Bicho se levantó a toda prisa—. Que tenga una buena noche, investigadora jefe. —Y desapareció.

Sola una vez más, Rucket suspiró y se echó hacia atrás en su silla.

—Bueno —suspiró, satisfecha—, siempre ha sido una forma infalible de deshacerse de compañía indeseada. —Levantó la voz—. ¡Sirviente! ¡Más vino, por favor! —La parte de sonarse la nariz era especialmente buena, decidió. Estaba muy orgullosa de ella, sobre todo del modo en que

había disimulado las náuseas producidas por su propia sugerencia.

Cualquier hombre capaz de cocinar esa... anguila se merecía sin duda el celibato eterno.

Fuera del restaurante, Bicho hizo una pausa para comprobar el contenido de los muchos bolsillos ocultos de su camisa. Petaca, anguila, huesos de gato. Una reunión provechosa, después de todo. Y lo que era más, Bicho había apreciado en lo que valía la actuación de la investigadora jefe. *A Tehol bien podría gustarle esta de verdad.* Merecía la pena tenerlo en consideración.

Se quedó allí un momento más y después se permitió lanzar una ligera carcajada.

En cualquier caso, era hora de irse a casa.

Tehol Beddict estudió a las tres tristes y patéticas mujeres dispuestas de forma variada por la sala, delante de él: Shand, desplomada detrás del escritorio, la testa afeitada tenía un aspecto apagado y manchado; Rissarh, echada en un banco duro como si meditara sobre la incomodidad, su cabello rojo desparramado y colgando casi hasta el suelo; y Hejun, despatarrada en un sillón acolchado y rellenando la cazoleta de su pipa con cara enfermiza y demacrada.

—Caray —dijo Tehol con un suspiro y las manos en las caderas—, esta sí que es una escena trágica.

Shand levantó la cabeza con los ojos llorosos.

—Ah, eres tú.

—No se puede decir que sea el recibimiento que estaba esperando. —Entró sin prisas en la habitación.

—Se ha ido —dijo Hejun con la cara crispada mientras metía una astilla en los carbones del brasero de tres patas que tenía al lado—. Y es culpa de Shand.

—Tanta culpa tuya como mía —replicó Shand—. ¡Y no te olvides de Rissarh! «¡Oh, Ublala! ¡Cógeme en brazos! ¡Cógeme en brazos!». ¡Para que luego hablen de excesos!

—¿La marcha de Ublala es la causa de todo este abatimiento? —Tehol sacudió la cabeza—. Queridas mías, es muy cierto que lo ahuyentasteis de aquí. —Hizo una pausa y después añadió con gran placer—. Porque ninguna de vosotras estaba dispuesta a comprometerse. Un despliegue repugnante de cosificación egoísta. Un comportamiento atroz por parte de todas y cada una.

—Está bien, está bien, Tehol —murmuró Shand—. Podríamos haber sido más… compasivas.

—Respetuosas —dio Rissarh.

—Sí —dijo Hejun—. ¿Cómo no se va a respetar lo que tiene Ublala entre…?

—¿Lo veis? —preguntó Tehol y después lanzó las manos al aire—. ¡Esto me desespera!

—Pues aquí tendrás compañía —dijo Shand.

—Debía ser vuestro guardaespaldas. Esa era la intención. En su lugar, abusasteis de él…

—¡No, de eso nada! —soltó Hejun—. Bueno, solo un poco. Y además, lo único que pretendíamos era divertirnos.

—Y ahora tengo que buscaros un nuevo guardaespaldas.

—Ah, no, eso sí que no —dijo Shand al tiempo que se incorporaba—. Ni se te ocurra. Ya nos has corrompido bastante…

Tehol alzó las cejas.

—En cualquier caso —dijo—, Ublala ahora ha encontrado a alguien al que le importa mucho…

—Serás idiota. Está muerta. No le importa nada.

—No es cierto. O más bien, hay algo en su interior al que sí que le importa. Mucho. La cuestión es que ya es hora de que lo superéis. Hay trabajo que hacer.

—Intentamos seguir esa lista que nos diste. La mitad de esas compañías ni siquiera existe. Nos has engañado, Tehol. De hecho, creemos que todo este asunto es una mentira.

—Qué acusación tan absurda. Cierto, metí un poco de paja en la lista, pero solo porque parecía que necesitabais estar ocupadas. Además de lo cual, ahora sois ricas, ¿no? Una fortuna que ni habíais soñado. Mis consejos de inversión han sido perfectos hasta ahora. ¿En cuántas instituciones de préstamos tenéis ahora intereses?

—En todas las grandes —admitió Shand—. Pero con esos intereses no las podemos controlar…

—Te equivocas. El cuarenta por ciento es suficiente y vosotras lo habéis adquirido.

—¿Cómo es que un cuarenta por ciento es suficiente?

—Porque yo tengo el veinte. Oh, y si no yo, entonces mis agentes, Bicho incluido. Estamos listos, mis queridas damas, para hacer estallar el caos en las Cuotas.

Vio que había captado la atención de las mujeres. Hasta Rissarh se había sentado bien. Todos los ojos se habían clavado en él, unos ojos en los que el brillo de la comprensión comenzaba a lucir.

—¿Cuándo? —preguntó Hejun.

—Ah, bueno. Eso es una cuestión muy diferente. Hay noticias en el viento, de las que, si cualquiera de vosotras hubiera estado en condiciones, ya os habríais enterado. Parece, mis dulces amigas, que Lether está en guerra.

—¿Los tiste edur?

—Así es.

—¡Perfecto! —ladró Shand dando un puñetazo en el escritorio—. ¡Golpeamos ahora y todo se viene abajo!

—Es probable —dijo Tehol—. Y también desastroso. ¿Quieres que entren los edur y lo arrasen todo a sangre y fuego?

—¿Por qué no? ¡Está todo corrupto, en cualquier caso!

—Porque, Shand, por mala que sea la situación, y todos estamos de acuerdo en que es mala, las cosas pueden empeorar mucho más. Si, por ejemplo, los tiste edur ganan esta guerra.

—¡Espera, Tehol! ¡El plan era provocar un derrumbamiento! Pero ahora te estás echando atrás. Debes de ser idiota para pensar que los edur pueden ganar esta guerra sin nuestra ayuda. Nadie gana contra Lether. Nunca lo han hecho y nunca lo harán. Pero si golpeamos ahora…

—Todo eso está muy bien, Shand. En cuanto a mí, sin embargo, no estoy convencido de que los edur vayan a ser los conquistadores ideales. Como ya he dicho, ¿qué les va a impedir pasar a todos los letherii por la espada o esclavizar a todo el mundo? ¿Qué les va a impedir asolar cada ciudad, cada pueblo, cada aldea? Una cosa es derribar una economía y desencadenar así una especie de reforma, una transformación de valores y todo eso. Otra muy distinta es actuar de tal modo que expone a los letherii a un genocidio.

—¿Por qué? —preguntó Rissarh—. Ellos no han dudado a la hora de llevar a cabo un genocidio, ¿no? ¿Cuántas aldeas tarthenal han ardido por completo? ¿Cuántos niños de los nerek y los faraed ensartaron en lanzas, cuantos fueron arrastrados a la esclavitud?

—¿Entonces quieres rebajarte a su nivel, Rissarh? ¿Por qué imitar el peor comportamiento de una cultura cuando es ese mismo comportamiento el que te llena de horror? ¿Te repugnan los niños ensartados en lanzas, así que quieres hacer lo mismo a cambio? —Las fue mirando a todas una por una, pero las mujeres no respondieron. Tehol se pasó una mano por el pelo—. Considerad lo contrario. Una situación hipotética, si queréis. Letheras declara una guerra en

nombre de la libertad e impone por tanto su derecho a la superioridad moral. ¿Cómo responderíais?

—Con asco —dijo Hejun, y volvió a encender su pipa, su rostro desapareció detrás de unas nubes azules.

—¿Por qué?

—Porque no es libertad lo que quieren, no la clase de libertad que sirve al pueblo en cuestión. En su lugar, es la libertad de los intereses comerciales letherii para aprovecharse de esas personas.

—¿Y si actúan para evitar el genocidio y la tiranía, Hejun?

—Entonces no es superioridad moral en absoluto, pues ellos han cometido sus propios actos de exterminio. En cuanto a la tiranía, las tiranías solo son censurables para los letherii cuando no operan en connivencia con los intereses comerciales letherii. Y, según esa definición, sus reivindicaciones de honor son sospechosas para todos los demás.

—Todo eso está muy bien. De acuerdo, he tomado en consideración todos y cada uno de esos argumentos. Y solo he podido concluir una cosa: los letherii, en esa situación, están condenados si lo hacen y condenados si no lo hacen. En otras palabras, el problema es de confianza. En el pasado se encuentran las pruebas que nos llevan a desconfiar. En el presente se pueden ver los esfuerzos para recuperar la confianza, mientras que en el futuro aguarda la prueba de lo uno o lo otro.

—Esta es una situación hipotética, Tehol —dijo Shand con tono cansado—. ¿Qué quieres demostrar?

—Lo que quiero demostrar es que nada es tan sencillo como podría parecer a primera vista. Y los paradigmas pocas veces cambian con un acto de voluntad. Cambian como consecuencia del caos, al tropezar en un umbral, y todo lo que es más reprensible en nuestra naturaleza espera en los

aledaños, impaciente por invadir y dar forma a la nueva forja del orden. Recae sobre todos y cada uno de nosotros tener eso presente.

—¿En el nombre del Errante, se puede saber de qué estás hablando? —preguntó Shand.

—Lo que digo, Shand, es que, en buena conciencia, no podemos desencadenar un colapso de la economía letherii ahora mismo. No hasta que determinemos cómo se va a desarrollar esta guerra.

—¿Buena conciencia? ¿A quién le importa eso? Nuestro motivo era la venganza. Los letherii están listos para aniquilar otro pueblo más. ¡Y yo quiero cargármelos!

—No descartes las posibilidades de los tiste edur todavía, Shand. Nuestra prioridad ahora mismo debe ser la evacuación secreta de los nerek, faraed y tarthenal indigentes y endeudados. Deben ir a las islas. A mis islas. El resto puede esperar, debería esperar y esperará. Hasta que yo diga lo contrario.

—Nos estás traicionando.

—No, no os estoy traicionando. Ni me lo estoy pensando mejor. No soy ciego a los motivos subyacentes de codicia sobre los que está fundada mi civilización, por mucho que reclame la rectitud de su destino y su irrefutable integridad.

—¿Qué te hace pensar —preguntó Hejun— que los tiste edur podrían triunfar en lo que todos los demás han fracasado?

—¿Triunfar? Esa palabra me incomoda. ¿Podrían resultar ser un enemigo difícil e incluso devastador? Creo que sí. Su civilización es antigua, Hejun. Mucho más antigua que la nuestra. Su edad dorada fue hace mucho, mucho tiempo. Existen ahora en un estado de miedo, ven la influencia e imposición material de Letheras como una amenaza, una especie de guerra de culturas no oficial y continua. Para los

edur, Letheras es un veneno, una influencia que pervierte y como reacción a eso, los edur se han convertido en un pueblo atrincherado y beligerante. Asqueados por lo que ven delante de ellos, le han dado la espalda y sueñan solo con lo que yace tras ellos. Sueñan con un regreso a glorias pasadas. Incluso si los letherii se ofrecieran a echarles una mano, ellos lo verían como una invitación a rendirse, y su orgullo no lo permitirá. O, a la inversa, esa mano representa un ataque contra todo lo que más aprecian, así que la cortarán y bailarán sobre la sangre. La peor situación que puedo imaginar, para los edur, es si ganan esta guerra. Si de algún modo nos conquistan y se convierten en ocupantes.

—No ocurrirá. ¿Y qué si ocurre? No podrían ser peores.

Tehol estudió a Hejun un momento y después se encogió de hombros.

—Todo esto aguarda una resolución. Entretanto, permaneced vigilantes. Todavía hay cosas que hacer. ¿Qué ha pasado con la madre nerek y sus hijos, los que os envié?

—Los enviamos a las islas —dijo Shand—. Comían más de lo que ella cocinaba. Empezaron a engordar. Fue todo muy triste.

—Bueno, es tarde y yo tengo hambre, así que me despido ya.

—¿Y qué hay de Ublala? —preguntó Rissarh.

—¿Qué hay de él?

—Queremos que vuelva.

—Demasiado tarde, me temo. Eso es lo que pasa cuando no os comprometéis.

Tehol salió a toda prisa.

Mientras caminaba por las tranquilas calles de regreso a su morada, Tehol pensó en sus propias palabras. Tenía que admitir que estaba inquieto. Había suficiente misterio en algunos de los rumores como para sugerir que la guerra

inminente no sería como todas las demás que habían librado los letherii. Un choque de voluntades y deseos y bajo todo ello una multitud de suposiciones dudosas y sentimientos sospechosos. En eso solo no era diferente de ninguna otra guerra. Pero en este caso, el resultado estaba lejos de ser seguro, e incluso la noción de victoria parecía confusa y elusiva.

Atravesó la plaza Burl y llegó a la entrada de la zona de almacenes tras la que se encontraba el callejón que llevaba a su casa. Hizo una pausa para remangarse las mangas torcidas y subirse los pantalones y frunció el ceño. ¿Estaba perdiendo peso? Difícil saberlo. Después de todo, la lana daba de sí.

Una figura salió de las sombras cercanas de la boca de un callejón.

—Llegas tarde.

Tehol se sobresaltó.

—¿Para qué?

Shurq Elalle se acercó a dos pasos de él.

—Te estaba esperando. Bicho ha hecho sopa. ¿Dónde has estado?

—¿Qué estás haciendo en la calle? —preguntó Tehol—. Se supone que ahora mismo debes permanecer escondida. Es peligroso…

—Tenía que hablar contigo —lo interrumpió ella—. Se trata de Harlest.

—¿Qué pasa con él?

—Quiere sus dientes afilados y sus garras. No oímos otra cosa. Colmillos y garras, colmillos y garras. Estamos hartos. ¿Dónde está Selush? ¿Por qué no lo has organizado? Nos estás tratando como cadáveres pero hasta los muertos tenemos necesidades, ¿sabes?

—Bueno, no, no lo sabía. En cualquier caso, dile a Harlest que Selush está trabajando en ello, seguro que ahora mismo, de hecho. No tardarán en llegar soluciones punzantes.

—No me hagas reír.

—Perdona. ¿Necesitas algún recambio?

—¿Algún qué?

—Bueno, eh, me refiero a más hierbas y eso.

—No sé. ¿Lo necesito? ¿Huelo o algo?

—No. Solo a cosas dulces, Shurq. Te lo aseguro.

—Según pasa el tiempo, cada vez me inspiran menos tus seguridades, Tehol Beddict.

—¡Cómo puedes decir eso! ¿Ya hemos tropezado?

—¿Cuándo vuelve Gerun Eberict?

—Pues resulta que pronto. Las cosas deberían ponerse emocionantes entonces.

—Yo solo soy capaz de emocionarme con una cosa y solo una cosa, y no tiene nada que ver con Gerun Eberict. Sin embargo, quiero robar otra vez. Cualquier cosa, a quien sea. Señálame una dirección. Cualquier dirección.

—Bueno, está, por supuesto, el Depósito de las Cuotas. Pero eso es impenetrable, como es obvio. Oh, veamos, las cámaras acorazadas reales, pero, de nuevo, imposible.

—Las Cuotas. Sí, eso sí que parece todo un desafío.

—No lo conseguirás, Shurq. Nadie lo ha conseguido jamás y eso incluye a Cerdo Verde, que era un hechicero que casi podía rivalizar con el propio ceda…

—Conocí a Cerdo Verde. Lo suyo era un exceso de confianza.

—Y como resultado lo desmembraron.

—¿Qué quieres que se robe en el Depósito de las Cuotas?

—Shurq…

—¿Qué?

Tehol miró a su alrededor.

—De acuerdo. Quiero averiguar en manos de qué prestamista se encuentra la mayor deuda real. El rey ha estado tomando prestado de una forma prodigiosa y no solo para financiar el Domicilio Eterno. Así que, quién y cuánto. Lo mismo para la reina Janall. Y lo que haya hecho la dama en nombre de su hijo.

—¿Eso es todo? ¿Nada de oro? ¿Diamantes?

—Eso es. Nada de oro ni diamantes, y sin que quede ni rastro.

—Puedo hacerlo.

—No, no puedes. Te atraparán. Y desmembrarán.

—Oh, eso sí que dolerá.

—Quizá no, pero será una molestia.

—No me cogerán, Tehol Beddict. Bueno, ¿qué querías de las cámaras acorazadas reales?

—Un recuento.

—Quieres saber el estado actual del tesoro.

—Sí.

—Puedo hacerlo.

—No, no puedes.

—¿Por qué no?

—Porque a esas alturas ya te habrán desmembrado.

—Lo que me permitirá deslizarme por sitios en los que de otro modo no cabría.

—Shurq, también te arrancan la cabeza, sabes. Es lo último que hacen.

—¿En serio? Qué barbaridad.

—Como ya he dicho, sería toda una molestia para ti.

—Sí que lo sería. Bueno, procuraré tener mucho cuidado. Claro que, hasta una cabeza puede contar.

—¿Y qué querrías que hiciera yo, forzar la entrada y lanzar tu cabeza a las cámaras acorazadas? ¿Atada a una

cuerda para poder sacarte otra vez cuando hubieras terminado?

—Eso suena un tanto problemático.

—¿A que sí?

—¿Es que no sabes planear nada mejor, Tehol Beddict? Mi fe en ti está disminuyendo a marchas forzadas.

—Es inevitable, supongo. ¿Qué es eso que he oído de que te has comprado un barco?

—Se suponía que era un secreto. Bicho dijo que no lo contaría…

—No lo hizo. Tengo mis propias fuentes de información, sobre todo cuando el dueño del barco recién vendido resulta que soy yo. De forma indirecta, por supuesto.

—De acuerdo. Yo, Ublala y Harlest, queremos ser piratas.

—No me hagas reír, Shurq.

—Ahora estás siendo cruel.

—Perdona. Piratas, dices. Bueno, está demostrado que a vosotros tres no sería nada fácil ahogaros. En eso podría funcionar.

—Tu confianza y buenos deseos me abruman.

—¿Y cuándo planeas embarcarte en esta nueva empresa?

—Cuando tú hayas terminado con nosotros, por supuesto.

Tehol volvió a subirse los pantalones.

—Otra edificante conversación contigo, Shurq. Bueno, huelo algo que bien podría ser sopa y tú tienes que volver a tu cripta.

—A veces no sabes cómo te odio.

La llevó de la mano por los escalones bajos y medio desmoronados. Le gustaban esos viajes, aunque los lugares a los que la llevaba eran extraños y con frecuencia… inquietantes. Esa vez descendieron por una pirámide

escalonada invertida, al menos eso fue lo que la llamó él. Cuatro lados de un inmenso pozo canalizado y en la base había un pequeño cuadrado de oscuridad.

El aire era lo bastante húmedo como para dejar gotas en sus brazos desnudos. Arriba, a lo lejos, el cielo era blanco y carente de forma. No sabía si hacía calor, los recuerdos de esas sensaciones habían empezado a desvanecerse, junto con tantas otras cosas.

Llegaron a la base del pozo, levantó la cabeza y miró a aquella figura alta y pálida que tenía al lado. Su rostro se estaba haciendo más visible, menos desdibujado. Parecía guapo, pero duro.

—Lo siento —dijo tras un momento—, siento que ella te tenga cogido por los tobillos.

—Todos tenemos nuestras cargas, Tetera.

—¿Dónde estamos?

—¿No reconoces este lugar?

—No. Quizá.

—Continuemos bajando, entonces.

Por la oscuridad, tres escalones hasta un rellano y después una escalera de caracol de piedra negra.

—Vueltas y más vueltas —dijo Tetera con una risita.

Muy poco tiempo después llegaron al final y las escaleras se abrieron a una cámara extensa de techos altos. La oscuridad no era obstáculo para Tetera ni lo era para su compañero, sospechaba la niña. Vio un montículo desigual amontonado contra la pared de su derecha y quiso dirigirse a él pero la mano de su compañero la contuvo.

—No, muchacha. Ahí no.

En su lugar, la hizo seguir avanzando. Tres puertas, cada una con un arco ornamentado y enmarcada por impresiones opuestas de columnas. Entre ellas, las paredes mostraban imágenes talladas en profundidad.

—Como puedes ver —dijo él—, hay una inversión de la perspectiva. Lo que está más cerca está tallado con más profundidad. Todo esto tiene su significado.

—¿Dónde estamos?

—Para lograr la paz, se destruye. Para dar el regalo de la libertad, se promete una cárcel eterna. La adjudicación obvia, la necesidad de justicia. Es un abrazo estudiado, deliberado, de la oposición diametral. Es la fe en el equilibrio, una fe impuesta con la convicción de la religión. Pero en este caso, la prueba del poder de un dios se encuentra no en la causa sino en el efecto. Por tanto, en este mundo y en todos los demás, la prueba se logra por medio de la acción, y, así pues, toda acción (incluyendo el hecho de elegir la inacción) es inherentemente moral. Ninguna obra se encuentra fuera del contexto moral. Al mismo tiempo, el acto más perfecto en el sentido moral es el que se lleva a cabo en oposición a lo que ha ocurrido antes.

—¿Cómo son las habitaciones que hay detrás de esas aberturas?

—En esta civilización —continuó él—, sus ciudadanos se vieron abocados a actos del mayor salvajismo. Se construyeron ciudades inmensas bajo la superficie del mundo. Cada aposento, cada edificio, montado como expresión física de la cualidad de la ausencia. La roca sólida igualada por el espacio vacío. Desde estos lugares, donde no moraban, sino donde se limitaban a reunirse, partieron para lograr el equilibrio.

Al parecer no la iba a llevar por ninguna de las puertas, así que la niña clavó la mirada en las imágenes.

—No hay caras.

—Lo contrario de la identidad, sí, Tetera.

—Los cuerpos tienen un aspecto extraño.

—Un físico único. En algunos sentidos más primitivo, pero, como consecuencia, menos… especializado, y por tanto menos constreñido. Con una vida larguísima, más que cualquier otra especie. Muy difíciles de matar y hay que decir que necesitaban que los mataran. O esa era la conclusión a la que se llegaba después de cualquier contacto inicial con ellos. La mayor parte del tiempo. Sí que elaboraron alguna que otra alianza. Con los jaghut, por ejemplo. Pero esa fue también una táctica cuyo objetivo era lograr un equilibrio, y, en último caso fracasó. Al igual que toda esta civilización.

Tetera se dio la vuelta para estudiar aquel montón lejano de… algo.

—Esos son cuerpos, ¿verdad?

—Huesos. Jirones de ropa, los arneses que llevaban.

—¿Quién los mató?

—Tienes que entenderlo, Tetera. El que está en tu interior debe entenderlo. Mi refutación de la fe de los forkrul assail en el equilibrio es absoluta. No es que sea ciego al modo en el que siempre se contrarresta cada fuerza, al modo en el que el mundo natural se esfuerza por lograr el equilibrio. Pero en esos esfuerzos yo no veo prueba del poder de un dios, no veo ninguna mano que guíe tales fuerzas. E incluso si existiera, no veo ninguna conexión obvia con las acciones de un pueblo egocéntrico para el que el caos es la única respuesta racional al orden. El caos no necesita aliados, pues mora como un veneno en cada uno de nosotros. La única lucha relevante en busca del equilibrio que reconozco es la que llevamos en nuestro interior. Exteriorizarla presupone una perfección interna, que la lucha interior ha terminado, que se ha vencido.

—Los mataste tú.

—A esos de ahí, sí. En cuanto al resto, no. Llegué demasiado tarde y mi libertad fue demasiado breve. En cualquier caso, para entonces ya solo quedaban unos pocos enclaves. Mis parientes dracónicos se ocuparon de ellos, ya que ninguna otra entidad poseía el poder necesario. Como he dicho, los malditos eran muy difíciles de matar.

Tetera se encogió de hombros cuando lo oyó suspirar.

»Hay lugares, muchacha, donde quedan forkrul assail. Encerrados en su mayor parte, pero siempre agitados. Incluso más inquietante, en muchos de esos lugares hay mortales confundidos que los veneran. —Vaciló antes de seguir—. No tienes ni idea, Tetera, del extremo en el que se encontró la torre Azath. Para haber elegido un alma como la tuya… fue como meterse en el corazón del campo enemigo. Me pregunto si, en sus últimos momentos, conoció el pesar. Si tuvo dudas. Madre sabe que yo sí.

—¿Qué es ese alma de la que hablas?

—Quizá intentó usar el poder del alma sin despertarla del todo. Jamás lo sabremos. Pero ahora estás suelta en el mundo. Te han dado forma para que luches como un soldado en la guerra contra el caos. ¿Se puede reconciliar ese conflicto fundamental que hay en tu interior? ¿Tu alma, muchacha? Es forkrul assail.

—¿Así que me has traído a casa?

La mano del hombre traicionó un estremecimiento repentino.

—También fuiste una niña humana mortal, una vez. Y hay un misterio en eso. ¿Quién te dio a luz? ¿Quién te quitó la vida y por qué? ¿Fueron los preparativos para que tu cadáver pudiera albergar el alma assail? Si ese fue el caso, entonces a la torre Azath o bien la engañó alguien capaz de comunicarse con ella, o bien no tuvo en verdad nada que

ver con la creación de tu persona tal y como eres ahora. Pero eso no tiene ningún sentido, ¿por qué me mentiría la Azath?

—Dijo que eras peligroso.

El hombre se quedó callado un momento.

—Ah —dijo luego—, has de matarme una vez que haya derrotado a las otras criaturas sepultadas.

—La torre está muerta —dijo Tetera—. No tengo que hacer nada que me haya ordenado. ¿Verdad? —La niña levantó la mirada y lo encontró estudiándola.

—¿Qué camino escogerás, niña?

La niña sonrió.

—Tu camino. A menos que seas malo. Me enfadaré mucho si eres malo.

—Me complace, Tetera. Será mejor que te quedes cerca de mí, suponiendo que triunfemos en lo que hemos de hacer.

—Entiendo. Puede que tengas que destruirme.

—Sí. Si puedo.

Tetera señaló con un gesto de la mano libre el montón de huesos.

—No creo que tengas muchos problemas.

—Esperemos no tener que llegar a eso. Esperemos que el alma de tu interior no se despierte del todo.

—No lo hará. Por eso nada de esto importa.

—¿Por qué estás tan segura, Tetera?

—La torre me lo dijo.

—¿Sí? ¿Qué te dijo? Intenta recordar sus palabras exactas.

—Nunca habló con palabras. Solo me enseñó cosas. Mi cuerpo, todo envuelto. Había personas llorando. Pero yo podía ver a través la gasa. Había despertado. Lo estaba viendo todo con dos pares de ojos. Era muy raro. Un par bajo lo que me envolvía, el otro de pie y cerca.

—¿Qué más te mostró la Azath?

—Esos ojos de fuera. Había cinco otros. Estábamos de pie en la calle, observábamos a la familia llevar el cuerpo. Mi cuerpo. Éramos seis. Habíamos caminado mucho por culpa de los sueños. Llevábamos semanas en la ciudad, esperando a que la Azath eligiera a alguien. Pero yo no era igual que los otros cinco, aunque estábamos allí por la misma razón y habíamos viajado juntos. Eran brujas nerek y me habían preparado. A la que estaba fuera, no a la que estaba toda envuelta.

—La que estaba fuera, Tetera, ¿eras una niña?

—Oh, no. Yo era alta. No tan alta como tú. Y tenía que llevar la capucha puesta para que nadie pudiera ver lo diferente que era. Había llegado de muy lejos. Había caminado, cuando era joven, arenas calientes, las arenas que cubrían el Primer Imperio. Sea lo que sea eso.

—¿Qué te llamaban las brujas nerek? ¿Tenías nombre?

—No.

—¿Algún título?

La niña se encogió de hombros.

—Había olvidado todo esto. Me llamaban la sin nombre. ¿Es importante?

—Creo que sí, Tetera. Aunque no estoy seguro de en qué sentido. Buena parte de este reino sigue siendo una incógnita para mí. Era muy joven cuando me encarcelaron. ¿Estás segura de que ese «sin nombre» era un título de verdad? ¿No solo algo que los nerek utilizaban porque no sabían tu verdadero nombre?

—Era un título. Dijeron que me habían preparado desde el nacimiento. Que era una auténtica hija de Eres. Y que era la respuesta al Séptimo Cierre porque tenía la sangre de parientes. «La sangre de parientes». ¿Qué querían decir con eso?

—Cuando sea libre al fin —dijo él con una voz que revelaba gran tensión—, podré tocarte de forma física, Tetera. Poner mis dedos en tu frente. Y entonces tendrás tu respuesta.

—Supongo que esa tal Eres era mi verdadera madre.

—Sí.

—Y pronto sabrás quién es mi padre.

—Conoceré su sangre, sí. Como mínimo.

—Me pregunto si sigue vivo.

—Sabiendo cómo juega la partida Eres, muchacha, quizá ni siquiera sea tu padre todavía. Eres vaga por el tiempo, Tetera, de un modo que nadie más puede entender siquiera, y mucho menos emular. Y este es su mundo. Ella es el fuego que nunca muere. —Hizo una pausa y después siguió—. Elegirá, o ha elegido, con gran deliberación. Tu padre era, es o será alguien de gran importancia.

—¿Entonces, cuántas almas hay en mí?

—Dos, que comparten la carne y el hueso del cadáver de una niña. Muchacha, tendremos que encontrar un modo de sacarte de ese cuerpo, con el tiempo.

—¿Por qué?

—Porque te mereces algo mejor.

—Quiero volver. ¿Me llevas de vuelta ya?

—Me he rendido con la anguila en sí —dijo Bicho mientras servía la sopa—. Sigue estando demasiado dura.

—No obstante, mi querido criado, huele de forma maravillosa.

—Eso sería el vino. Cortesía de la investigadora jefe Rucket, cuya solicitud de una reunión con usted fue por motivos no del todo profesionales.

—¿Y cómo te fue en mi nombre?

—Me aseguré de que su interés por usted solo se profundizara, amo.

—¿Por medio del contraste?

—Así es.

—Vaya, ¿y eso es bueno? Es decir, es una mujer aterradora.

—Y no sabe ni la mitad. Con todo, es excepcionalmente lista.

—Oh, eso no me gusta nada, Bicho. Sabes, noto un sabor a pescado. Una insinuación, quizá. ¿Estaba muy seca esa anguila que encontraste?

El criado rebuscó con el cucharón y levantó el mencionado objeto, que quedó a la vista. Negro, arrugado y en absoluto tan flácido como debía estar.

Tehol se inclinó hacia delante y lo estudió un momento.

—Bicho…

—¿Sí, amo?

—Eso es la suela de una sandalia.

—¿Lo es? Oh, me preguntaba por qué era más plano en un extremo que en el otro.

Tehol se acomodó y dio otro sorbo.

—Sigue sabiendo a pescado, sin embargo. Se podría asumir que el dueño o la dueña, puesto que estaba en el mercado de pescado, pisó una anguila antes de perder la suela.

—Me inquieta un tanto pensar qué más podría haber pisado esa persona.

—El paladar capta, desde luego, complejidades que sugieren un historial variado y largo. Bueno, ¿y qué tal te fue el día y la subsiguiente velada?

—Sin incidentes. Rucket me informa de que Gerun Eberict ha matado a unos tres mil ciudadanos este año.

—¿Tres mil? Eso parece un tanto excesivo.

—A mí también me lo pareció, amo. ¿Más sopa?

—Sí, gracias. Bueno, ¿y cuál crees tú que es su problema?

—¿El de Gerun? Yo diría que se ha aficionado a la sangre.

—¿Así de simple? Qué atroz. Creo que tendremos que hacer algo.

—¿Y qué tal fue su día y velada, amo?

—Ocupado. Agotador, incluso.

—¿Estuvo en el tejado?

—Sí, en su mayor parte. Aunque, según recuerdo, bajé aquí una vez. No recuerdo por qué. O más bien, no lo recordaba en ese momento. Así que volví a subir.

Bicho ladeó la cabeza.

—Alguien se acerca a nuestra puerta.

El sonido de unas botas en el callejón, el leve susurro de una armadura.

—Mi hermano, me atrevería a decir —dijo Tehol al tiempo que se volvía para mirar la puerta cubierta con una cortina y levantaba la voz—. Brys, entra, por favor.

La colgadura se apartó y Brys entró.

—Bueno, ese sí que es un olor interesante —dijo.

—Sopa de suela —contestó Tehol—. ¿Te apetece un poco?

—No, gracias. Ya he comido, puesto que ya hace rato que sonó la segunda campanada. Supongo que habrás oído los rumores.

—¿La guerra?

—Sí.

—Apenas he oído nada —dijo Tehol.

Brys dudó, miró a Bicho y después suspiró.

—Ha surgido un nuevo emperador para guiar a los tiste edur. Tehol, Casco le ha jurado lealtad.

—Vaya, eso sí que es desafortunado.

—Por tanto, tú corres un riesgo.

—¿De arresto?

—No, más bien de asesinato. Todo en nombre del patriotismo.

Tehol dejó el cuenco.

—Se me ocurre, Brys, que tú corres más riesgo que yo.

—Yo estoy bien protegido, hermano, mientras que tú no lo estás.

—¡Tonterías! Tengo a Bicho.

El criado levantó la cabeza y miró a Brys con una sonrisa anodina.

—Tehol, no es momento de bromas…

—¡A Bicho eso le ofende!

—¿Me ofende?

—Bueno, ¿no te ofende? A mí me ofendería…

—Al parecer ya se ha ofendido.

—Mis disculpas por hacerte hablar fuera de lugar, entonces.

—Hablando en su nombre, amo, aceptadas.

—Te invade el alivio…

—¡Queréis parar los dos! —gritó Brys, que lanzó las manos al aire. Empezó a pasearse por los pequeños confines de la habitación—. La amenaza es muy real. Los agentes de la reina no vacilarán. Ambos corréis un grave peligro.

—¿Pero cómo el hecho de matarme va a cambiar que Casco haya renegado de nuestra tierra?

—No lo cambiará, por supuesto. Pero tu historial, Tehol, te convierte en un hombre odiado. Las inversiones de la reina sufrieron por tu culpa, y no es persona que perdone y olvide.

—Bueno, ¿y qué sugieres, Brys?

—Deja de dormir en el tejado, para empezar. Permíteme contratar a unos cuantos guardaespaldas…

—¿Unos cuantos? ¿En cuántos estás pensando?

—Cuatro, por lo menos.

—Uno.

—¿Uno?

—Uno. Y nada más. Ya sabes cómo me desagradan las multitudes, Brys.

—¿Multitudes? Jamás te han desagradado las multitudes, Tehol.

—Ahora sí.

Brys lo miró furioso y después suspiró.

—De acuerdo. Uno.

—¿Y eso te hará feliz? Excelente…

—Se acabó lo de dormir en el tejado.

—Me temo, hermano, que eso no será posible.

—¿Por qué no?

Tehol hizo un gesto.

—¡Mira este sitio! ¡Está hecho un desastre! Además, Bicho ronca. Y no estamos hablando de pequeños ronquidos, tampoco. Imagínate encadenado al suelo de una cueva con la marea entrando a borbotones, cada vez más ruidosa, y más, y más…

—Tengo en mente a tres guardias, todos hermanos —dijo Brys—, pueden turnarse entre sí. Uno estará por tanto siempre contigo, incluso cuando estés durmiendo en el tejado.

—Siempre que no ronquen…

—¡No estarán dormidos, Tehol! ¡Estarán haciendo guardia!

—De acuerdo. Cálmate. Estoy aceptando, ¿no? Bueno, ¿qué tal un poco de sopa, solo para que aguantes hasta que rompas tu ayuno por la mañana?

Brys le echó un vistazo a la olla.

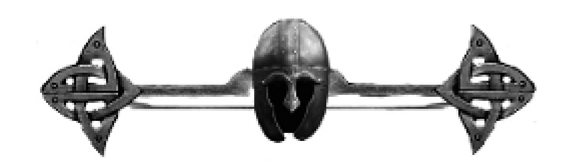
—Hay vino en eso, ¿no?

—Desde luego. Y además, solo el mejor.

—Está bien. Medio cuenco.

Tehol y Bicho intercambiaron una sonrisa complacida.

15



Negro vidrio se interpone entre nosotros,
el rostro fino del otro,
surgido en la diferencia.
Estos mundos hermanos
que no puedes alcanzar
o penetrar en esta sombra tan nítida,
que nos hace irreconocibles
incluso en el reflejo.
El negro vidrio se interpone,
y eso es más que todo,
y lo que hay entre nosotros
busca a tientas, pero nunca encuentra,
foco o siquiera significado.
Lo que hay entre nosotros está por siempre perdido
en esa barrera de oscuridad,
cuando las espaldas se vuelven
y hacemos poco más que rechazar
al enfrentarnos a nosotros mismos.

Prefacio de *La absolución nerek*
Myarkas Preadict

Luz y calor se alzaban en oleadas de la roca, giraban, implacables, por la estrecha pista. Los espectros habían huido a grietas y fisuras y se acurrucaban allí, como murciélagos aguardando el crepúsculo. Seren Pedac hizo una pausa para esperar a Buruk. Dejó la mochila en el suelo

y después se tiró del relleno acolchado empapado de sudor que llevaba bajo la armadura, sintió que se desprendía de su espalda como una segunda piel. Vestía menos de la mitad de su equipo, el resto lo llevaba atado a la mochila, pero seguía tirando de ella después de la larga subida a la cima del desfiladero.

No oía nada detrás de la cresta que había dejado veinte pasos atrás y se planteó regresar para ver cómo le iba a su pupilo. Después, en voz muy baja, le llegó una maldición y sonidos de algo en el suelo.

El pobre hombre.

Los espectros los habían estado acosando todo el camino. Las fantasmales criaturas convertían el aire en un ente agitado e inquieto. Costaba conciliar el sueño y el movimiento constante que revoloteaba en la periferia de su visión, los susurros y crujidos en los campamentos, les ponían los nervios de punta y terminaban agotados.

Seren miró por un momento el sol cegador, luego se secó el sudor áspero de la frente y dio unos pasos más por la pista. Ya casi habían salido de territorio edur. Solo mil pasos más. Después, otro día de bajada hasta el río. Sin las carretas podrían contratar un barco fluvial para que los llevase el resto del camino hasta Trate. Otro día más.

¿Y luego? ¿Me hará cumplir todavía el contrato? No parecía tener sentido, así que supuso que él se limitaría a dejarla ir, al menos mientras durase la guerra, y ella sería libre de regresar a Letheras. Pero Buruk el Pálido no había comentado el tema. De hecho, no había dicho mucho sobre nada desde que abandonaran la aldea hiroth.

La corifeo se volvió cuando él trepó a la planicie de la cima. Envuelto en polvo y vetas de sudor, bajo ellas una cara y un cuello acalorados. Seren volvió con él.

—Descansaremos aquí un rato.

Buruk tosió antes de hablar.

—¿Por qué? —La pregunta fue un gruñido cruel.

—Porque lo necesitamos, Buruk.

—Tú no. ¿Y por qué hablas de mí? Estoy bien, corifeo. Tú llévanos al río de una vez.

La mochila de la mujer contenía las posesiones y provisiones de los dos. Le había cortado al mercader un árbol joven y lo había podado para que le sirviera de bastón, y eso era todo lo que llevaba él. Lo que habían sido sus finas ropas estaban desarrapadas, los pantalones ceñidos desgarrados por rocas afiladas. Se plantó delante de ella, resollando, inclinado hacia delante y apoyado con fuerza en el bastón.

—Yo tengo intención de descansar, Buruk —dijo ella tras un momento—. Tú puedes hacer lo que te plazca.

—¡No soporto que me vigilen! —chilló de repente el mercader—. ¡Siempre vigilando! ¡Esos malditos fantasmas! ¡Se acabó! —Pasó junto a ella tropezando y siguió por la pista.

Seren regresó con su mochila y se la cargó de nuevo a los hombros. En eso estaba de acuerdo con Buruk, cuanto antes terminara ese viaje, mejor. Partió tras él.

Una docena de pasos más y lo alcanzó. Después lo dejó atrás.

Para cuando Seren llegó al claro donde se habían acordado las fronteras hace más de un siglo, había perdido de vista otra vez a Buruk el Pálido. La corifeo se detuvo, tiró al suelo la mochila y se acercó a la escarpada pared de piedra negra pulida, recordó la última ocasión que había tocado aquella superficie extraña y sospechosamente acogedora.

Algunos misterios nunca se desentrañaban, mientras que otros los revelaban las circunstancias funestas o una

intención letal y mostraban sobre todo verdades sórdidas.

Apoyó las manos en la piedra cálida y lisa y sintió algo parecido a la curación filtrándose por su cuerpo. Detrás, figuras en despreocupado movimiento que no le prestaban ninguna atención. *Preferible al espionaje incesante de los espectros.* Y así había sido siempre. Seren apoyó la frente en la pared y cerró los ojos.

Y oyó susurros.

Un lenguaje parecido al de los tiste edur. Se esforzó por traducir. Y entonces surgió el significado.

—*Cuando aquel que manda no puede ser atacado, no puede ser derrotado…*

—*Y ahora se alimenta de nuestra rabia. De nuestra angustia.*

—*De los tres, uno regresará. Nuestra salvación…*

—*Necio. De cada uno brota de nuevo el poder de la muerte. La victoria es imposible.*

—*No hay lugar para nosotros. No podemos más que servir. No podemos más que exudar terror y la aniquilación comienza…*

—*La nuestra también.*

—*Sí, la nuestra también.*

—*¿Crees que ella vendrá también? ¿Piensa alguien que ella vendrá también? Lo hará, estoy seguro. Con su espada brillante. Ella es el sol naciente y el sol naciente siempre llega, nos hace escabullirnos, nos corta en pedazos con esa luz afilada y letal…*

—*La aniquilación nos sirve bien. Nos convierte en pedazos muertos. Para poner fin a esto…*

—*Hay alguien con nosotros.*

—*¿Quién?*

—*Una mortal está aquí con nosotros. Dos Señoras para la misma Fortaleza. Ella es una, y está aquí. Está aquí ahora y*

escucha nuestras palabras.

—*¡Róbale la mente!*

—*¡Toma su alma!*

—*¡Déjanos salir!*

Seren se apartó de la pared negra con una sacudida. Se tambaleó, se llevó las manos a los oídos y sacudió la cabeza.

—Basta —gimió—. Se acabó, por favor. Se acabó. —Cayó de rodillas y se quedó inmóvil, las voces se fueron desvaneciendo y sus gritos menguaron—. ¿Señora? —susurró. *Yo no soy señora de nada ni nadie. Solo una reticente... amante de la soledad. No hay lugar para voces, no hay lugar para propósitos irrefutables... fuegos fieros.*

Al igual que Casco, solo cenizas. Los restos manchados de posibilidades. Pero, al contrario que el hombre que una vez había creído amar, ella no se había arrodillado ante un nuevo icono de certidumbre. Nada de alternativas que medir como la ilusión soporífera de una droga, la invitación confiada de una adicción. Ella no quería nuevos amos que dominaran su vida. Ni la carga de amistades.

Una voz quebrada tras ella.

—¿Qué te pasa?

Seren sacudió la cabeza.

—Nada, Buruk. —Se puso en pie con gesto cansado—. Hemos llegado a la frontera.

—No estoy ciego, corifeo.

—Podemos adelantar un poco y después montar el campamento.

—Me crees débil, ¿verdad?

La corifeo lo miró.

—Estás enfermo de agotamiento, Buruk. Y yo también. ¿Qué sentido tiene tanta bravata?

Un dolor repentino en la expresión del hombre, después se volvió.

—Pronto te lo mostraré.

—¿Qué hay de mi contrato?

Él no la miró.

—Cumplido. Cuando lleguemos a Trate, te eximo de toda responsabilidad.

—Que así sea —dijo ella mientras se dirigía a su mochila.

Hicieron una pequeña hoguera con lo que les quedaba de madera. A los espectros, al parecer, les daban igual las fronteras y continuaban revoloteando por los bordes de la luz parpadeante. Un interés renovado, y Seren creía saber por qué. Los espíritus del interior de la pared de piedra. Había quedado marcada.

Señora de la Fortaleza. Señoras. Hay dos y ellos creen que yo soy una de esas dos. Una mentira, un error.

¿Qué Fortaleza?

—Eras joven —dijo Buruk de repente con los ojos clavados en el fuego—. La primera vez que te vi.

—Y tú eras feliz, Buruk. ¿Y qué?

—Felicidad. Ah, esa sí que es una máscara conocida. Cierto, la lucía con frecuencia por aquel entonces. Alegre en mis tareas de espionaje, mis traiciones incesantes, mis engaños y la sangre que aparecía una y otra vez en mis manos.

—¿De qué estás hablando?

—Mis deudas, corifeo. Oh sí, en apariencia soy un mercader respetado… de fortuna mediana.

—¿Y qué eres en realidad?

—Ahí es donde los sueños se caen, Seren Pedac. Ese edificio ruinoso donde se tambalea tu propia valía. Te quedas de pie, demasiado temeroso para moverte y observas tus manos en movimiento, mutilan cada sueño,

cada semblante de la cara que desearías, la verdadera cara que tienes tras la máscara. No ayuda mucho contar las verdades.

Seren lo pensó un momento y después entrecerró los ojos.

—Te están chantajeando. —Él no lo negó, así que ella continuó—. Estás endeudado, ¿verdad?

—Al principio las deudas son pequeñas. Apenas perceptibles. Temporales. Y para pagarlas te piden que hagas algo. Algo vil, una traición. Y ya te tienen. Y estás de nuevo endeudado, por mantener ese secreto, a causa de la gratitud que supone no ver expuesto tu crimen, que desde entonces ha ido creciendo. Como siempre ocurre si estás en posesión de una conciencia. —Se quedó callado un momento y después suspiró y dijo—: No sabes cómo envidio a los que carecen de conciencia.

—¿No puedes escapar, Buruk?

Él no levantaba la vista de las llamas.

—Pues claro que puedo —dijo con tranquilidad.

Ese tono, tan reñido con todo lo demás que había dicho, la asustó.

—Hazte… menos útil, Buruk.

—Desde luego, ese parece el mejor modo, corifeo. Y yo tengo prisa por llegar. —Se levantó—. Hora de dormir. Colina abajo hasta el río, después podremos meter nuestros doloridos pies en el agua fresca, todo el camino hasta Trate.

Seren permaneció despierta un buen rato más, demasiado cansada para pensar, demasiado entumecida para sentir miedo.

Sobre el fuego, las chispas y las estrellas flotaban sin distinción.

Al atardecer del día siguiente los dos viajeros llegaron al desembarcadero de Kraig y se encontraron sus tres destartalados edificios rodeados por las tiendas de un regimiento acampado. Había soldados por todas partes y en el muelle estaba atada una barcaza ornamentada y lujosamente amueblada que hacía ondear al viento flojo el estandarte del rey, y justo debajo, en el palo, el blasón del ceda.

—Aquí hay un cuadro —dijo Buruk mientras bajaban por la pista hacia el campamento, que tendrían que atravesar para llegar al hostal y al muelle.

Seren asintió.

—Y los soldados están aquí como escolta. No puede haber habido ya combates, ¿verdad?

El hombre se encogió de hombros.

—En el mar, quizá. Creo que la guerra ha empezado.

Seren estiró un brazo y detuvo a Buruk.

—Ahí, esos tres.

El mercader lanzó un gruñido.

Las tres figuras en cuestión habían salido de las filas de tiendas, los soldados cercanos mantuvieron las distancias pero no les quitaron ojo cuando se reunieron por un instante, más o menos a medio camino entre los dos viajeros y el campamento.

—La de azul, ¿la reconoces, corifeo?

Seren asintió. Nekal Bara, la hechicera titular de Trate, cuyo poder casi podía rivalizar con el del ceda.

—El hombre de su izquierda, el de las pieles negras, ese es Arahathan, comandante del cuadro del batallón Arcilla Fría. No conozco al tercero.

—Enedictal —dijo Buruk—, el equivalente de Arahathan en el batallón Cinturón de Serpiente. Tenemos ante nosotros a los tres magos más poderosos del norte. Van a llevar a cabo un ritual.

Seren echó a andar hacia ellos.

—¡Corifeo! ¡No!

Sin hacer caso de Buruk, Seren se descolgó la mochila y la dejó caer al suelo. Había llamado la atención de los tres magos. Visible en la penumbra, Nekal Bara levantó las cejas con aire burlón.

—Corifeo Seren Pedac. No cabe duda de que el Errante le sonríe.

—Van a lanzar un ataque —dijo Seren—. No deben hacerlo.

—No aceptamos órdenes suyas —dijo Enedictal con un gruñido.

—Van a golpear las aldeas, ¿verdad?

—Solo las más cercanas a las fronteras —dijo Nekal Bara— y esas están lo bastante lejos como para permitirnos una revelación absoluta detrás de esas montañas, ¿no? Con la voluntad del Errante, allí será donde los ejércitos edur ya se habrán reunido.

—Acabaremos con esos engreídos malnacidos —dijo Enedictal—. Y terminaremos con esta estúpida guerra antes de que empiece.

—Hay niños…

—Peor para ellos.

Si una palabra más, los tres magos fueron a colocarse en posición, a veinte pasos de distancia unos de otros. Se colocaron frente a la ladera de la pista con las montañas alzándose delante de ellos.

—¡No! —gritó Seren.

Aparecieron unos soldados que la rodearon con expresiones lúgubres y coléricas bajo el borde de los yelmos. Uno habló.

—Es esto, mujer, o los campos de batalla. Donde las personas mueren. No te muevas. No digas nada.

Buruk el Pálido llegó y se quedó junto a ella.

—Déjalo estar, corifeo.

Ella lo miró, furiosa.

—¿Crees que no tomará represalias? Dispersará el ataque, Buruk, sabes que lo hará.

—Puede que no tenga tiempo —respondió el mercader—. Oh, quizá en su propia aldea, ¿pero qué hay de las otras?

Un destello de luz captó la atención de la mujer y se volvió para ver que no quedaba más que un mago, Nekal Bara. Después, Seren vio, a doscientos pasos de distancia, la figura de Enedictal. Al girarse, distinguió a Arahathan, a doscientos pasos en la dirección contraria. Más destellos y los dos hechiceros volvieron a aparecer, al doble de la distancia de Nekal Bara.

—Se están dispersando —observó Buruk—. Este va a ser un ritual grande.

—El propio ceda está trabajando esta noche —dijo un soldado—. A través de estos tres de aquí, y el resto del cuadro repartido por otra legua en ambas direcciones. Muy pronto habrá cuatro aldeas que no serán más que cenizas.

—Están cometiendo un error —dijo Seren.

Había algo creciendo entre los hechiceros inmóviles. Una luz azul y verde, enredada y tensa, como un relámpago enrollado alrededor de una cuerda invisible que uniese a los magos. El fulgor iba creciendo como espuma del mar, una efervescencia que empezó a crujir, a escupir chispas prolongadas que se azotaban como zarcillos.

El sonido se convirtió en un rugido de siseos. La luz se hizo cegadora y los zarcillos salieron retorciéndose de la reluciente espuma. La cuerda retorcida se combaba y chasqueaba entre los magos quietos, se iba estirando más allá de los tres todavía visibles, más allá de las colinas, a ambos lados.

Seren observó el poder que florecía, el frenesí de corcoveos, los zarcillos azotando el aire como los miembros de una anémona gigante vapuleada por las olas.

Una energía erizada había despegado la oscuridad y las sombras bailaban como locas.

Un grito repentino.

La cadena palpitante se soltó de repente, el rugido de su huida bramó en el suelo bajo los pies de Seren. Las figuras se tambalearon cuando la ola se lanzó hacia el cielo y borró la noche. Su cresta era un fuego verde cegador, la pared curva de su estela de un ocre luminiscente, palmeada con espuma en un encaje estirado.

La pared se tragó el cielo del norte y todavía la cresta siguió subiendo, el poder se extendía hacia arriba. Las hierbas que había cerca de los magos se ennegrecieron, después giraron convertidas en ceniza blanca en un torbellino de vientos.

Bajo el rugido, un chillido y después gritos. Seren vio a un soldado que caía hacia delante, contra la pared resplandeciente de la base de la ola. Se lo llevó, le arrebató la armadura, la ropa y después el pelo y la piel, y luego, entre un chorro de sangre, le devoró la carne. Antes de que la desventurada figura pudiera derrumbarse siquiera, los huesos fueron arrancados del lugar y no quedó nada salvo una única bota erguida en el suelo ampollado, delante de la pared de espuma. El rubor carmesí salió disparado hacia

arriba, empalideciendo a medida que se alejaba. Hasta que desapareció.

El aire siseó junto a ella, violento y gélido.

La corifeo se hundió en el suelo, la única respuesta posible para luchar contra aquellos tirones salvajes, y se aferró con los dedos a la piedra. Otros hicieron lo mismo a su alrededor, arañando el aire en su terror. Otro soldado se vio arrastrado, metido en la ola entre chillidos.

El rugido se cortó de repente, como un aliento detenido en una garganta, y Seren vio que la base se alzaba, rodaba como una cortina inmensa y se elevaba para revelar, una vez más, las laderas magulladas que llevaban al desfiladero, después las montañas pálidas y sus cimas romas, antiguas.

La ola fue reduciéndose a toda prisa a medida que se encumbraba hacia el norte, su luz salvaje reflejada por un momento en una cascada de retazos en las superficies reflectantes, mucho más abajo, extensiones de nieve cerca de los picos y piedra pulida por el hielo en la que surgía un verde y dorado enfermizo, como si despertara a un atardecer inesperado.

Y luego las montañas fueron siluetas negras una vez más.

Tras ellas, la oleada, de horizonte a horizonte, iba descendiendo, desvaneciéndose tras la cordillera.

Por el rabillo del ojo, Seren vio a Nekal Bara derrumbarse de rodillas.

Una luz repentina, en el borde del mundo, al norte, ondeando como mares de tormenta que explotaran contra la roca. El fulgor regresó disparado al cielo nocturno, esa vez en brazos fieros y enormes tentáculos que todo lo azotaban.

La corifeo vio una onda extraña de gris contra negro en la ladera de la montaña que tenían delante, una onda que se precipitaba a gran velocidad.

Y luego cayó en la cuenta de repente.

—¡Echaos todos al suelo!

La onda golpeó la base de la ladera. Los pocos árboles revueltos que se aferraban a una ladera cercana cayeron al unísono, como si los empujara una mano gigante e invisible.

El sonido chocó.

Y rompió a su alrededor, extraño y apagado.

Aturdida, Seren levantó la cabeza. Observó las tejas de esquisto del tejado de un edificio periférico salir bailando en la oscuridad. Vio que la pared que daba al norte se ladeaba, y después se derrumbaba y se llevaba el resto de la estructura con ella. Poco a poco se fue poniendo a gatas.

Nekal Bara se encontraba cerca, el pelo y las ropas intactas, respetadas por el viento que bramaba por todos lados.

Una lluvia embarrada caía tamizada por aquel aire extraño y denso. El hedor a madera carbonizada y el olor crudo a piedra agrietada.

Más allá, el viento había muerto y la lluvia golpeaba el suelo. Volvió la oscuridad y si los fuegos seguían ardiendo tras las montañas, no había señal visible a esa distancia.

Buruk el Pálido llegó a su lado tambaleándose, la cara salpicada de barro.

—¡No lo bloqueó, corifeo! —jadeó—. Es como dije: no tuvo tiempo de prepararse.

—¡Que el Errante nos lleve! ¡Qué poder! —gritó un soldado.

Había buenas razones para explicar por qué Lether jamás había perdido una guerra. Hasta a los magos de Ónice de Rosazul los habían aplastado los cuadros del ceda. Archisacerdotes, chamanes, brujas y hechiceros independientes, ninguno había conseguido jamás enfrentarse durante mucho tiempo a semejante ferocidad.

Seren sintió que se ponía enferma. Estaba enferma y despojada de todo.

Esto no es una guerra. Esto es... ¿qué? Que el Errante nos proteja, no tengo respuesta, no hay forma de describir la magnitud de esta matanza. Es absurda. Blasfema. Como si hubiéramos olvidado la dignidad. La suya, la nuestra. La palabra en sí. No hay distinción entre la inocencia y la culpabilidad, condenados solo por existir. Personas transformadas contra su voluntad en nada más que símbolos, representaciones incompletas, depósitos de todos los males, de todas las frustraciones.

¿Es esto lo que se ha de hacer? ¿Tomar la carne del enemigo y llenarla de enfermedades, corrupta y letal al simple roce, un aliento de veneno? Y lo que está enfermo ha de ser exterminado, no vaya a extender su contaminación.

—Dudo —dijo Buruk con tono desprovisto de emoción— que tuvieran tiempo de sufrir.

Cierto. De eso ya nos encargamos nosotros.

No había habido defensa posible. Hannan Mosag, Rhulad, el esclavo Udinaas y Bruja de la Pluma. Casco Beddict. Los nombres fueron rozando su mente y vio (con un vuelco repentino de las entrañas que la dejó conmocionada) la cara de Trull Sengar. *No. Era Casco en quien estaba pensando. No. ¿Por qué él?*

—Pero están muertos.

—Están todos muertos —dijo Buruk a su lado—. Necesito beber algo.

La mano del mercader le tiró del brazo.

Seren no se movió.

—No hay ningún sitio al que ir.

—Corifeo. La taberna que hay bajo el hostal se construyó lo bastante sólida como para soportar un asedio. Yo diría que ahí es donde acaban de irse esos soldados, a brindar por sus

camaradas muertos. Pobres idiotas. Me refiero a los muertos. Vamos, Seren. Estoy de humor para gastar dineros.

Seren parpadeó y se dio la vuelta. Los magos habían desaparecido.

—Está lloviendo, corifeo. Vamos.

La mano masculina se cerró alrededor del brazo de la corifeo y esta le permitió que la arrastrara con él.

—¿Qué ha pasado?

—Estás conmocionada, corifeo. No es de extrañar. Toma, tengo un poco de té, el del capitán. Disfruta del sol, no ha salido mucho en los últimos tiempos.

La rápida corriente del río empujaba la barcaza. Por delante, el sol era de un leve color cobre pero la brisa que cruzaba, furtiva, la superficie giratoria del agua era cálida.

Cogió la taza que le ofrecían.

—Llegaremos antes del atardecer —dijo Buruk—. Pronto deberíamos poder distinguir el perfil. O por lo menos el humo.

—El humo —dijo ella—. Sí, de eso habrá.

—Piénsalo así, Seren. Pronto te librarás de mí.

—No si no va a haber una guerra.

—No. Tengo intención de liberarte del contrato en cualquier caso.

La mujer lo miró y luchó por concentrarse. Había pasado una noche. Tras el asalto hechicero. En la taberna. Soldados bullangueros. Varias partidas de exploradores saldrían hacia el norte al día siguiente, ese día. Estaba empezando a recordar los detalles, el espejeo de una extraña emoción tan chillón como las lámparas de aceite de la taberna.

—¿Por qué ibas a hacer eso?

—Ya no te necesito, corifeo.

—Es de suponer que los edur pedirán la paz. Si acaso, Buruk, te encontrarás más ocupado que nunca. —Tomó un sorbo de té.

Él asintió, poco a poco, y ella percibió en él una especie de resignación.

—Oh, —dijo Seren—, se me había olvidado. Has de convertirte en una persona no útil.

—Así es. Mis días de espía han terminado, corifeo.

—Estarás mejor así, Buruk.

—Sin duda.

—¿Te quedarás en Trate?

—Oh, sí. Es mi casa, definitivamente. Mi intención es no abandonar jamás Trate.

Seren bebió el té. Menta, y algo más que le volvía pastosa la lengua. Que fluía inflado y empalagoso por sus pensamientos.

—Has envenenado este té, Buruk. —Las palabras se enredaban.

—Tuve que hacerlo, Seren Pedac. Desde anoche. No puedo permitir que pienses con claridad. Ahora mismo no. Volverás a dormir. Uno de los trabajadores del puerto te despertará esta noche, me aseguraré de ello, y de que estés a salvo.

—¿Es esta otra… otra traición? —Seren sintió que se hundía en el banco.

—La última, querida. Recuerda esto, si puedes: no quería tu ayuda.

—Mi… ayuda.

—Aunque —añadió el mercader desde muy lejos— siempre has tenido mi corazón en tus manos.

Un dolor fiero tras los ojos. Los abrió con un parpadeo. Era de noche. La cubría una túnica que le habían remetido bajo la barbilla. El lento subir y bajar bajo ella y los leves crujidos le dijeron que seguía a bordo de la barca, que en ese momento estaba amarrada en un muelle de piedra. Se sentó con un gemido.

Unos sonidos de unos pies junto a ella y después, una jarra se cernió sobre su cara.

—Beba esto, mujer.

No reconoció la voz pero apartó la jarra.

—No, no pasa nada —insistió el hombre—. Solo cerveza. Cerveza limpia y fresca. Para quitarle el dolor de cabeza. Dijo que le dolería, ¿sabe? Y a mí la cerveza siempre me ha servido, cuando bebo demasiado.

—No estaba borracha…

—Da igual, lo suyo no era un sueño normal. No hay diferencia, ¿ve? Vamos, muchacha, necesito que se ponga en pie y en marcha. Es mi mujer, ¿sabe?, no está muy bien. Ya es más de la tercera campanada y no me gusta dejarla demasiado tiempo sola. Pero me pagó muy bien. El Errante lo sabe, más de lo que gana un hombre honrado en un año. Solo por quedarme con usted, como lo oye. Para que estuviera a salvo, se levantara y caminara.

Seren se alzó con esfuerzo. Intentó agarrar el manto, sin mucho éxito, cuando se le deslizó al suelo.

El trabajador del puerto, un anciano encorvado y marchito, dejó la jarra y lo recogió.

—Dé la vuelta, muchacha. Yo se lo pongo. Esta noche hace frío y está temblando. Gírese, sí, eso, muy bien.

—Gracias. —El peso del manto le tiraba de los músculos del cuello y los hombros, haciendo que el dolor de cabeza

palpitara todavía más.

—Tuve una hija, hace tiempo. Un noble se la llevó. Deudas, ¿sabe? Quizá esté viva, quizá no. Ese noble se llevaba muchacha tras muchacha, sí, señor. Allá por Letheras. No podíamos quedarnos allí, sabe. No después de eso. Podríamos verla, o que apareciera un cuerpo, como suele pasar. En cualquier caso, era alta como usted, eso es todo. Tome, beba un poco de cerveza.

La corifeo aceptó la jarra y la bebió de tres rápidos tragos.

—Eso está mejor.

—Tengo que irme. Y usted también, con su mujer.

—De acuerdo, muchacha. ¿Puede caminar?

—¿Dónde está mi mochila?

—Se la llevó con él, dijo que usted podría recogerla. En el cobertizo que hay detrás de su casa. Lo dejó muy claro. El cobertizo. Que no entre en la casa, dijo. Muy claro…

Ella se giró hacia la escalera de mano.

—Ayúdeme.

Unas manos callosas bajo sus brazos, que fueron bajando por su trasero cuando trepó, y después a los muslos.

—Lo único que puedo hacer, muchacha —oyó con un jadeo bajo ella. Siguió subiendo fuera de su alcance. Después trepó al muelle.

—Gracias, señor —le dijo al anciano.

La ciudad estaba callada, salvo un par de perros que revolvían detrás de un almacén. Seren tropezaba de vez en cuando al apresurarse por las calles. Pero tal y como había dicho el trabajador del puerto, la cerveza embotó el dolor que tenía tras los ojos. La despejó casi demasiado.

Llegó al hogar de Buruk el Pálido, una casa vieja pero bien mantenida en medio de una fila de casas en la calle paralela a los almacenes del río.

No se veía luz tras las contraventanas cerradas.

Seren subió los escalones y empujó la puerta con la bota.

Cuatro patadas y las cerraduras se rompieron. A esas alturas los vecinos se habían despertado. Se oyeron gritos, voces que llamaban a la guardia. Fila abajo, en algún sitio, empezó a sonar una campana.

Seren dejó atrás la puerta derrumbada y entró en el guardarropa. No había sirvientes, en el interior no se oía nada. Pasó al corredor oscuro, subió las escaleras al siguiente nivel. Otro pasillo, paso a paso se acercó a la puerta del dormitorio de Buruk. Atravesó la puerta. Entró.

Donde él colgaba de una viga, la cara hinchada en las sombras. Una silla derribada a un lado, apoyada en la estrecha cama.

Un grito, lleno de furia, desgarró la garganta de Seren.

Abajo, botas en las escaleras.

La corifeo chilló otra vez, el sonido se hundió en un sollozo ronco.

Siempre has tenido mi corazón en tus manos.

Humo que se alzaba en amplios penachos, solo para volver a caer y desplegarse como un manto gris por las tierras del norte. Lo oscurecía todo y no ocultaba nada.

El rostro curtido de Hanradi Khalag era inflexible, inexpresivo, mientras contemplaba la lejana devastación. Junto al jefe de los merude, Trull Sengar permanecía en silencio, se preguntaba por qué Hanradi se había reunido con él en ese momento, cuando el grueso de los guerreros estaba en plena tarea de desmontar el campamento en las laderas boscosas que los rodeaban.

—Casco Beddict estaba en lo cierto —dijo el jefe con su voz áspera—. Efectuarían un ataque preventivo. Aldeas beneda, hiroth y arapay.

Una noche de fuegos rojos que llenaban el norte. Al menos cuatro aldeas, y entre ellas la de Trull. Destruidas.

Se giró para estudiar las laderas. Hervían de guerreros, mujeres edur y sus esclavos, ancianos y niños.

Ya no hay vuelta atrás. La hechicería letherii ha borrado de la faz del mundo nuestros hogares… pero esos hogares estaban vacíos, las aldeas dejadas a los cuervos.

Y a un puñado de desventurados nerek.

Nada salvo cenizas ya.

—Trull Sengar —dijo Hanradi Khalag—, nuestros aliados llegaron anoche. Tres mil. Te vieron. Parece que os conocen, si bien solo por vuestra reputación. A los hijos de Tomad Sengar, pero a ti en especial. El que los lidera se llama el Dominante. Un hombre muy grande, incluso para uno de su raza. Más gris que negro en su mata de cabellos. Se llama B’nagga…

—Eso no me interesa, jefe —lo interrumpió Trull—. A ellos los han manipulado tanto como a nosotros, y esa manipulación está lejos de haber terminado. No conozco a ese tal B’nagga.

—Como ya he dicho, él te conoce a ti, y quiere hablar contigo.

Trull le dio la espalda.

—Será mejor que aceptes la realidad, Trull Sengar…

—Un día sabré cómo piensas, Hanradi Khalag. Ese yo que tan bien ocultas. Hannan Mosag te doblegó a su voluntad. Y ahora te arrodillas ante mi hermano, el emperador. El usurpador. ¿Es eso lo que la unificación de las tribus debía significar? ¿Es este el futuro que deseabas?

—Usurpador. Palabras como esas harán que te maten o te expulsen.

Trull lanzó un gruñido.

—Rhulad está con el ejército occidental…

—Pero los espectros ahora lo sirven a él.

—Ah, ¿y ahora hemos de tener espías entre nosotros? Un emperador que teme a los suyos. Un emperador que quiere ser inmune a las críticas. Alguien debe hablar en nombre de la razón.

—No hables más. No conmigo. Rechazo todo lo que digas. Estás siendo un necio, Trull Sengar. Un necio. Tu ira nace de la envidia. Nada más. —Se volvió y bajó de nuevo por la estrecha pista dejando a Trull solo una vez más en el precipicio que se alzaba sobre los valles del desfiladero. No se le ocurrió mirar si Hanradi había perdido de verdad su sombra.

Un precipicio. Podía mirar abajo y ver los miles que se arremolinaban entre los árboles.

Tres ejércitos de tierra y cuatro flotas albergaban, entre todos, a la población entera de los tiste edur. El campamento que tenía delante tenía una legua de anchura y dos de profundidad. Trull jamás había visto a tantos edur reunidos en un solo lugar. Hiroth, arapay, sollanta, beneda.

Percibió un movimiento abajo, al borde de la zona de mando de Temor; figuras achaparradas, envueltas en pieles, y sintió que se iba quedando frío. *Nuestros… aliados.*

Jheck.

Llamados por el edur al que habían matado. Adoradores de la espada.

La noche que acababa de pasar, comenzando al atardecer, se había desvanecido tras un despliegue de hechicería de pesadilla. Poderes inimaginables desvelados por los magos letherii, una expresión de brutalidad atroz en su determinación. Estaba claro que aquella iba a ser una guerra en la que no se daría cuartel, en la que la conquista y la aniquilación eran, para los letherii, vocablos sinónimos. Trull se preguntó si Rhulad respondería de igual manera.

Salvo que nosotros no tenemos hogares a los que regresar. Nuestro único objetivo es la ocupación del sur. De Lether. No podemos asolar las ciudades... ¿verdad? Respiró hondo. Necesitaba hablar otra vez con Temor. Pero su hermano se había sumido en su papel de comandante de ese ejército. Los elementos que había enviado en cabeza, medio día por delante, llegarían a la vista del fuerte Alto. El ejército cruzaría el río Katter por el Tobogán Estrecho, que salvaba un puente de piedra de siglos de antigüedad, después bajarían para unirse a los elementos adelantados.

Y habría una batalla.

Para Temor, el momento de las preguntas había pasado.

¿Pero por qué no puedo hacer yo lo mismo? La certeza, incluso la fatalidad, eludían a Trull. Su mente no descansaba de sus torturados pensamientos, de sus preocupaciones, qué era lo que les aguardaba.

Bajó por la pista. Los jheck estaban allí, todo un contingente en la zona de mando de Temor. No estaba obligado a hablar con ellos, se dijo.

Guerreros edur preparando armaduras y armas por todas partes. Mujeres entonando cánticos de guardas protectoras para tejer una red de invisibilidad alrededor de todo el campamento. Espectros que pasaban disparados entre los árboles, la mayor parte de ellos dirigiéndose hacia el sur en oleadas, para atravesar el desfiladero y entrar en las tierras meridionales. En varios lugares destacaban sobre todos invocaciones demoníacas, enormes e inmóviles a lo largo de las muchas pistas recién abiertas que conducían a la cima. Vestían armaduras completas de hojuelas de bronce, verdes de cardenillo, con yelmos pesados, los barbotes eran placas maltratadas que llegaban más abajo de las mandíbulas y ocultaban las caras. Picas, alabardas, hachas de doble filo y mazas, toda una serie de armas para luchar cuerpo a cuerpo.

En otro tiempo, tampoco hacía tanto, esos demonios invocados habían sido escasos, el ritual (realizado por mujeres) era un ritual de engatusamiento, falsas promesas y engaño final. Las criaturas quedaban vinculadas y condenadas a librar una guerra que no era suya, donde la única liberación consistía en la aniquilación. Su número ascendía a muchos cientos en aquel, el ejército de Temor. Una verdad que ponía enfermo a Trull.

Los niños ayudaban a plantar las tiendas. Arrancados del mundo que conocían, sometidos a una nueva forma de vida. Si esa maniobra fracasaba…

Temor se encontraba entre los restos de una hoguera de la que se alzaba el humo en una guirnalda baja que le rodeaba las piernas. Flanqueado por los dos k’risnan que el emperador había asignado a esa fuerza. Hanradi Khalag esperaba a un lado.

Se acercó un jheck, era de suponer que aquel del que había hablado el jefe merude, dada la mata de pelo enmarañada y salvaje, veteada de hierro, la cara aplastada y llena de costurones de un sinfín de cicatrices de batalla. Varias conchas pendían de tiras anudadas que le colgaban de la camisa de piel de foca sin mangas. Otros pequeños trofeos iban sujetos a un cinturón estrecho bajo la panza redonda del hombre, trozos de armadura edur, joyas. Un osado recordatorio de la enemistad pasada.

¿Cómo lo había llamado Hanradi? El Dominante. B’nagga.

Los ojos de los jheck eran amarillos, el blanco era de un gris apagado y con los embriones de unas venas azules. Parecían medio locos.

Unos dientes afilados destellaron en una sonrisa fiera.

—¡Mira quién viene, Temor Sengar! —El acento era torpe tras la entonación arapay—. ¡El hombre al que no pudimos derrotar!

Trull miró con el ceño fruncido cuando su hermano se volvió para verlo acercase.

—No encontrarás campos de hielo al sur, jheck —le dijo al Dominante.

—Sarna y roña, asesino. Ningún otro enemigo nos produce tal terror. —Su amplia sonrisa subrayó la ironía de sus palabras—. Temor Sengar, puedes estar muy orgulloso de tu hermano. Una y otra vez, mis cazadores intentaron vencer a este guerrero en combate singular. Transformados o con su apariencia, poco importaba. Los derrotó a todos. Nunca antes habíamos presenciado semejante habilidad, semejante ferocidad.

—Entre todos aquellos a los que he adiestrado, B'nagga —dijo Temor—, Trull era y sigue siendo el más destacado.

Trull se sobresaltó y después su ceño se profundizó con una expresión de incredulidad.

—Ya es suficiente. Temor, ¿se ha dirigido nuestro emperador a nosotros a través de los espectros? ¿Expresa su satisfacción por el intento fallido de los letherii? ¿Escupe de rabia?

El que habló fue uno de los k'risnan.

—No hemos perdido ni un solo edur, Trull Sengar. Eso hemos de agradecérselo a Casco Beddict.

—Ah, sí, el traidor. ¿Y qué hay de los nerek acampados en nuestra aldea?

El hechicero se encogió de hombros.

—No podíamos darles órdenes.

—Que no te invada la cólera, hermano —dijo Temor—. La devastación la forjaron los letherii, no nosotros.

—Cierto. Y ahora nos toca a nosotros.

—Sí. Los espectros han informado de que hay un ejército subiendo al desfiladero.

Oh, no. Tan pronto.

B’nagga se echó a reír.

—¿Les tendemos una emboscada? ¿Envío a mis lobos por delante?

—No están todavía en el puente —respondió Temor—. Supongo que intentarán impedir que crucemos si no conseguimos llegar antes que ellos. De momento, sin embargo, van a paso lento y al parecer no esperan demasiada oposición.

—Eso está claro —dijo Hanradi—. ¿Qué comandante buscaría un enfrentamiento contra un enemigo que está ladera arriba? Solo nos están sondeando. Al primer contacto, se retirarán. Regresarán al fuerte Alto. Temor, deberíamos hacerlos sufrir todo el camino.

—B’nagga, envía por delante a la mitad de tus fuerzas. Observa al enemigo pero que no te vean.

—Temor —dijo el k’risnan que había hablado antes—, habrá un cuadro de magos asignado al ejército.

Temor asintió.

—Retira a los espectros, salvo una docena, más o menos. Quiero que crean que esos pocos son los únicos residentes de la zona. El enemigo debe seguir confiado. Hanradi Khalag, nuestros guerreros deben prepararse para marchar. Los liderarás tú.

—Estaremos en camino antes de media mañana.

Trull observó alejarse al jefe merude.

—Esos magos letherii serán un problema —dijo después.

El k’risnan lanzó un gruñido.

—Trull Sengar, estamos a su altura.

Miró a los dos hechiceros. Hijos de jefes. De la edad de Rhulad.

La sonrisa del k’risnan era astuta.

—Estamos vinculados a Hannan Mosag y a través de él al propio emperador. Trull Sengar, el poder al que ahora

recurrimos es más vasto y más letal que cualquiera que hayan conocido los edur hasta ahora.

—¿Y eso no te preocupa? ¿Qué orientación tiene ese poder? ¿Lo sabes siquiera? ¿Lo sabe Hannan Mosag? ¿Rhulad?

—El poder llega al emperador a través de la espada —dijo el k’risnan.

—Esa no es respuesta…

—¡Trull! —soltó de repente Temor—. Se acabó. Te he pedido que reúnas a una unidad de nuestra aldea. ¿Lo has hecho?

—Sí, hermano. Cincuenta guerreros, la mitad de ellos sin iniciar en la sangre, como ordenaste.

—¿Y has creado pelotones y elegido a tus oficiales?

Trull asintió.

—Entonces guíalos hasta el puente. Ocupa posiciones avanzadas al otro lado y espera hasta que lleguen las fuerzas de Hanradi, no debería ser una espera larga.

—¿Y si los letherii han enviado exploradores por delante y llegan antes?

—Mide sus fuerzas y actúa en consecuencia. Pero Trull, nada de resistir hasta el límite. Una escaramuza bastará para contener el avance del enemigo, sobre todo si no están seguros de vuestras fuerzas. Y ahora, reúne a tus guerreros y vete.

—Muy bien.

No tenía sentido seguir discutiendo, se dijo mientras se dirigía adonde esperaba su compañía. Nadie quería escuchar. Habían renunciado al pensamiento independiente con un entusiasmo espeluznante, o eso le pareció a Trull, y en su lugar se había alzado una determinación terca, no iban a cuestionar nada. Y lo que era peor, Trull se encontró con que no podía contenerse. Incluso mientras veía la cólera

que crecía en las caras de los que lo rodeaban (cólera al ver que se atrevía a desafiarlo todo, que se atrevía a pensar de modos contrarios a los suyos y amenazar así su certidumbre), era incapaz de quedarse callado.

A su alrededor iban cogiendo impulso y cuantos más había, más se resistía él. En cierto sentido, sospechaba, se estaba haciendo tan reaccionario como ellos, empujado a una oposición extrema, y aunque luchaba contra esa obstinación dogmática, era una batalla que notaba que estaba perdiendo.

No servían de nada posiciones tan contrarias de pensamiento. Y no había conclusión posible más que su propio aislamiento y, al final, la pérdida de confianza.

Sus guerreros estaban esperando con el equipo preparado y la armadura puesta. Trull los conocía a todos por su nombre y había procurado montar una fuerza equilibrada, no solo en habilidad sino también en actitud. Por tanto, sabía que a muchos les molestaba estar bajo su mando, pues todos conocían su postura, su oposición a aquella guerra. No obstante, también sabía que lo seguirían.

No había nobles entre ellos.

Trull se reunió con el guerrero que había elegido como su capitán. Ahlrada Ahn se había adiestrado con Trull y se había especializado en el alfanje merude como arma preferente. Era zurdo, cosa poco común entre los edur, pero utilizaba la otra mano para empuñar un cuchillo corto de hoja ancha en los combates cuerpo a cuerpo. De la empuñadura redonda de su alfanje sobresalían una profusión de gavilanes diseñados para atrapar las hojas de espada y los mangos de lanzas de sus oponentes y sus incesantes ejercicios concentrándose en esa táctica habían hecho que su muñeca izquierda abultara casi el doble que la contraria. Trull había visto más de una de sus lanzas de

prácticas partirse con un giro del brazo con el que Ahlrada manejaba la espada, un giro capaz de desencajar un hombro.

Ese guerrero también lo odiaba, por razones que Trull todavía no había desentrañado. Aunque en esos momentos, se corrigió, seguro que Ahlrada ya había encontrado una nueva razón.

—Capitán.

Los ojos oscuros se negaban a encontrarse con los suyos. Nunca lo hacían. La piel de Ahlrada era más oscura que la de cualquier otro edur que Trull hubiera visto. Había vetas incoloras en su cabello largo y suelto. Espectros de sombra se arremolinaban a su alrededor, otro extraño detalle único de ese guerrero.

—Líder —respondió.

—Informa a los sargentos que salimos ya. Equipo mínimo, tenemos que viajar rápido.

—Ya está hecho. Te estábamos esperando.

Trull se acercó a su propio equipo, se echó al hombro la mochila de cuero pequeña y después eligió cuatro lanzas de su fardo. Lo que quedara lo recogerían los esclavos letherii y lo llevarían con el cuerpo principal, que se iría dirigiendo con cautela al sur, en la estela de la compañía de Trull y las fuerzas de Hanradi.

Cuando se volvió, comprobó que la compañía estaba en pie y todos los ojos estaban clavados en él.

—Hemos de apresurarnos, guerreros. Al extremo sur del puente. Una vez que pasemos el desfiladero, cada pelotón envía a alguien en cabeza y se dirige por su cuenta al puente sin seguir el camino. Así pues, debéis ser rápidos y silenciosos.

Habló un sargento.

—Líder, si dejamos el camino, iremos más lentos.

—Entonces será mejor que nos pongamos en marcha.

—Líder —insistió el sargento—, perderemos velocidad…

—No confío en el camino que hay tras el desfiladero, Canarth. Y ahora, movámonos. —En su cabeza se maldijo. Un líder no necesita dar razones. Una orden era suficiente. Y tampoco, añadió en silencio, se esperaba que un sargento desafiara a un superior en público. Aquello no empezaba bien.

Un pelotón en cabeza, seguido por Trull, y después los pelotones restantes con Ahlrada cerrando la marcha, la compañía partió hacia el desfiladero a paso rápido y constante. No tardaron en dejar el campamento atrás. Después cruzaron una avenida que les abrieron y pasaron a toda prisa junto a las fuerzas de Hanradi Khalag.

A Trull le complació, y le alivió, el ritmo que se impusieron. La mente podía desvanecerse en la cadencia constante, y el bosque se deslizaba junto a ellos con cada zancada, los árboles se iban atrofiando e iban escaseando en el suelo cuanto más se acercaban a la cima, mientras que sobre ellos el sol trepaba por un cielo sin nubes.

Poco antes de media mañana se detuvieron en el extremo sur del desfiladero. Trull vio con satisfacción que a ninguno de sus guerreros le faltaba el aliento, en su lugar aspiraban largas y profundas bocanadas de aire para ralentizar el corazón. El ejercicio y el calor los habían dejado, a todos y cada uno, bañados en sudor. Bebieron un poco de agua y después tomaron un pequeño refrigerio de salmón curado y pan fino envuelto en una pasta de piñones.

Descansados y comidos, los guerreros formaron en pelotones y después, sin una sola palabra más, se dirigieron al bosque ralo que había a ambos lados del camino.

Trull decidió acompañar al pelotón comandado por Canarth. Se metieron en el bosque por el lado oeste y

después empezaron el lento y silencioso descenso, apartados unos treinta pasos del camino principal. Otro pelotón iba más al oeste, a quince pasos de distancia, mientras que un tercero bajaba a medio camino entre los dos y treinta pasos por detrás. Un patrón idéntico se había formado en el lado este.

La desaprobación del sargento Canarth quedó patente, no dejó de adelantarse hasta que se encontró casi junto a los talones del guerrero que iba de avanzada. Trull se planteó hacerle un gesto para que regresara pero Canarth no le estaba haciendo ningún caso, como si no estuviera allí.

Después, a medio descenso por la ladera, el explorador se detuvo, se agachó y levantó una mano para detener a Canarth.

Trull y los otros también dejaron de moverse. El bosque se había espesado durante el descenso, un ejército de troncos de pinos ennegrecidos que impedían la visión más allá de quince pasos. Había poco matorral pero la ladera era desigual y traicionera, con peñascos cubiertos de musgo y troncos caídos y medio podridos. Un vistazo a la derecha le mostró al guerrero más cercano del pelotón del flanco media docena de pasos más abajo, pero también se había detenido y tenía una mano levantada, la mirada clavada en Trull.

Más adelante, el explorador estaba susurrándole algo a Canarth. Tras un momento, el sargento dio marcha atrás y regresó con cautela adonde esperaban Trull y los otros.

—Hay un explorador al borde del camino principal, un faraed. Es probable que sirva con el ejército letherii. Tiene una buena línea de visión del camino en sí, unos setenta pasos o más.

Trull miró hacia atrás, al resto del pelotón. Indicó a un guerrero y le hizo una seña para que se acercase.

—Badar, vuelve con el tercer pelotón. Que elijan un guerrero que suba por la ladera unos ciento veinte pasos y después se meta en el camino principal. Después, que baje, como si fuera un explorador. Una vez que hayas entregado el mensaje, regresa con nosotros.

Badar asintió y se escabulló.

—¿Qué hay de nosotros? —preguntó Canarth.

—Esperamos y después nos unimos al pelotón que tenemos al oeste. Vamos bajando hasta quedar por debajo de la posición del explorador y allí tendemos nuestra propia trampa.

—¿Qué hay de los pelotones del este del camino?

Una buena pregunta. Había dividido sus fuerzas y no tenía forma de comunicarse con la mitad de su compañía. Un error.

—Esperemos que ellos también hayan visto al explorador. Y que hayan juzgado bien que es casi imposible coger desprevenido a un faraed.

El sargento se limitó a asentir. No le hacía falta señalar el error de Trull. Ni, como era evidente, el suyo propio.

Estamos empatados. Es justo.

Muy poco tiempo después regresó Badar y les dedicó un asentimiento superficial. Trull le hizo un gesto al pelotón para que siguieran y se dirigieran al oeste para reunirse con los guerreros circundantes.

Una vez allí, relató a toda prisa su plan y los quince guerreros comenzaron a bajar la ladera.

Descendieron sesenta pasos antes de que Trull les señalara con el brazo el camino principal. La posición que alcanzaron estaba justo debajo de un recodo del camino. Hizo que sus guerreros sacaran y prepararan sus armas.

Canarth realizó un gesto.

—Enfrente de nosotros, líder. El pelotón de Rethal. Se te han anticipado.

Trull asintió.

—En posición. Lo atraparemos cuando lo tengamos ante nosotros.

Latidos. El calor del sol rebotando en la gravilla y el polvo del camino. Los insectos que pasaban con un zumbido.

Después, golpes ligeros, el sonido creciendo a toda prisa. De repente lo tenían encima.

El faraed era un contorno desdibujado, dobló la curva del camino a toda velocidad y cruzó como un destello.

Las lanzas salieron disparadas a la altura de las pantorrillas para hacerlo caer.

El explorador saltó por encima.

Una maldición, después un mango pasó como un rayo junto a Trull, la punta de hierro crujió contra la espalda del faraed, entre los omóplatos. Le partió la columna. El explorador abrió brazos y piernas y se tambaleó, agitó los miembros y cayó diez pasos, camino abajo.

El polvo se fue posando. Silencio.

Trull se dirigió adonde yacía el cuerpo en un montón retorcido. Vio que el explorador era solo un muchacho. Catorce, quince años. La cara manchada tenía una expresión de sorpresa que le llenaba los ojos. La boca era una mueca de terror.

—Hemos matado a un niño.

—Un enemigo —dijo Canarth a su lado—. Es a los letherii a los que debes culpar, líder. Arrojan a niños a esta guerra. —Se volvió para mirar camino arriba—. Bien lanzado, Badar. Ahora estás iniciado en la sangre.

Badar bajó trepando y recuperó su lanza.

El tercer pelotón apareció en el recodo. Uno de ellos habló.

—Ni siquiera lo vi.

—Nuestra primera presa, líder —dijo Ahlrada Ahn.

Trull se estaba poniendo enfermo.

—Saca el cuerpo del camino, sargento Canarth. Cubre esa sangre con polvo. Tenemos que seguir adelante.

El puente no se trataba de ningún puente. Trull lo había visitado una vez y lo único que había sacado en limpio eran preguntas. Parecía construido a partir de un único disco inmenso, con unas muescas alineadas por el borde, y lo bastante amplio como para permitir que ocho guerreros lo cruzaran a la vez sin tocarse. El disco estaba en vertical y llenaba la profunda garganta bajo la que rugía el río Katter. La base de la rueda se perdía en la oscuridad del pozo y en la bruma que subía sin cesar del agua torrencial. Para cruzar al otro lado había que caminar por ese borde curvo y resbaladizo. El eje de la enorme rueda era visible más abajo, a una altura de por lo menos tres hombres. Unas varas gruesas como muslos de piedra pulida, rectas como lanzas, sobresalían de una proyección del eje por ambos lados y parecían precipitarse en la pared de roca del lado sur de la garganta.

Los pelotones se reunieron en el borde norte y examinaron la línea de árboles contraria. Dos de los edur ya habían cruzado y uno había regresado para informar. No había señales de exploradores, ni rastros de campamentos recientes. El faraed solitario al que habían matado parecía haber sido enviado muy por delante de las fuerzas principales, o bien había asumido él solo la tarea de una misión clandestina. Su valor y su inteligencia le habían costado la vida.

Trull se acercó al borde de la rueda, donde el ángulo de piedra surgía de la roca circundante. Como entonces, vio una película fina y lechosa entre la perfección tallada y la roca basta del precipicio. Como había hecho una vez, mucho tiempo antes, limpió la espuma con un dedo y reveló la línea recta, demasiado estrecha para meter la hoja de una daga, que separaba la construcción de la piedra pura. Un disco de verdad, encajado de algún modo en la brecha de la garganta.

Y, lo que era incluso más extraño, el disco se movía. Iba girando de forma gradual. En ese momento estaba a medio camino de uno de los surcos poco profundos tallados en filas paralelas por el borde. Trull sabía que podía poner los pies en esa primera muesca y quedarse allí. Y, si tuviera la paciencia necesaria, al final (días después, puede que una semana, quizá más) se encontraría en el lado sur de la garganta.

Un misterio sin respuesta. Trull sospechaba que no se había proyectado para ser un puente. Más bien lo habían construido con algún otro propósito. No le encontraba sentido a que funcionara solo como se le había ocurrido en un primer momento, la primera vez que había ido. Había, después de todo, formas más fáciles de medir el paso del tiempo.

Trull se irguió y después indicó con los brazos a sus guerreros que cruzaran.

Ahlrada se puso en cabeza.

Llegaron al otro lado y se desplegaron en busca de refugio. El suelo volvía a descender entre peñascos, pinos y robles dispersos. Bajarían con cautela en unos momentos para buscar posiciones defendibles que permitieran una línea de visión clara del camino.

Trull se agachó cerca de Ahlrada y examinaba la zona que tenían por delante cuando oyó gruñir al guerrero y luego apartarse maldiciendo por lo bajo.

—¿Qué ocurre, capitán?

—Lo sentí… moverse. Aquí.

Trull se arrimó y vio que la posición original de Ahlrada había sido sobre un panel ligeramente curvo de piedra, colocado más bajo que la roca circundante. Estaba cubierto de polvo y gravilla pero parecía demasiado liso para ser natural. Bajó el brazo y limpió el panel.

Y ojeó símbolos arcanos tallados en la piedra, fila tras fila, el lenguaje le era desconocido. Unos surcos profundos y bien delineados formaban una caja incompleta alrededor de la escritura, las líneas de la base y las laterales eran visibles. Bajo la base, una nueva fila escrita empezaba a asomarse.

Trull le echó un vistazo al puente y después volvió a mirar el panel ligeramente hundido.

—¿Se movió?

—Sí, estoy seguro —dijo Ahlrada—. No mucho, pero sí.

—¿Hubo algún sonido?

—Más sentido que oído, líder. Como si algo enorme y enterrado estuviera… cambiando de posición.

Trull se quedó mirando el panel y pasó los dedos por las letras.

—¿Reconoces el idioma?

Ahlrada se encogió de hombros y apartó la mirada.

—Deberíamos ir bajando, líder.

—Has visto escritura así antes.

—No en… piedra. En hielo. No importa.

—¿Hielo?

—En un tiempo viví y cacé con los den-ratha, en la costa norte. Norte y este, en las profundidades de los mares de hielo. Antes de la unificación. Había un muro cubierto de esa

escritura, un iceberg que nos bloqueaba el camino. Una altura de veinte hombres, media legua de ancho. Pero se hundió en el mar, la siguiente temporada había desaparecido.

Trull sabía que Ahlrada, al igual que Binadas, había viajado mucho y muy lejos, y había creado vínculos de sangre con muchos edur de tribus rivales. Y, al igual que el propio Trull, se había opuesto a las guerras de subyugación llevadas a cabo por Hannan Mosag. Visto lo visto, comprendió que deberían ser amigos.

—¿Qué decían tus camaradas den-ratha sobre ello?

—El Hombre de los Colmillos escribió los textos, decían. —Se encogió de hombros otra vez—. No es nada. Un mito.

—¿Un hombre con colmillos?

—Se le ha… visto. A lo largo de las generaciones, de vez en cuando se le veía. Piel de color verde o gris. Colmillos blancos como el hueso de ballena. Siempre al norte, de pie sobre nieve o hielo. Líder, no es el momento.

Trull suspiró.

—Que bajen los pelotones —dijo después.

Poco después Canarth informó que olía a carne podrida.

Pero solo era un búho muerto, tirado junto al camino.

Hubo épocas oscuras para los letherii, hace ya mucho tiempo. El Primer Imperio, del que habían partido flotas inmensas para trazar mapas del mundo. Habían trazado las costas de los seis continentes, ochocientas once islas repartidas por los inmensos océanos, ruinas y riquezas descubiertas, antiguas hechicerías y encuentros con tribus fieras e ignorantes. Otros pueblos, no humanos, todos los cuales sangraban con facilidad: barghastianos, trell, tarthenos, fenn, mare, jhag, crin, jheck… Habían establecido

colonias en costas extranjeras. Guerras y conquistas, siempre conquistas. Hasta que… todo se derrumbó, todo quedó destruido. El Primer Imperio se hundió sobre sí mismo. Las bestias se alzaron en medio de sus ciudades, una pesadilla que floreció como una plaga.

El emperador que era uno fue luego siete y los Siete se dispersaron, perdidos en la locura. Las grandes ciudades ardieron. Y murieron personas por millones.

La pesadilla tenía un nombre y ese nombre era t'lan imass.

Dos palabras que inspiraban odio y terror. Pero tras esas dos palabras, no había nada. Todo recuerdo de quién o qué eran los t'lan imass se perdió en el caos consiguiente.

Pocos letherii quedaban que fueran conscientes siquiera de eso. Cierto, conocían el nombre de «Primer Imperio». Y habían oído hablar de la caída de esa gloriosa civilización de tanto tiempo atrás, una civilización que era su legado. Y poco más, salvo la profecía del renacimiento.

Udinaas ya no podía reclamar tan dichosa ignorancia. En el mundo de fantasmas y espíritus, el pasado continuaba vivo, respiraba como un ente vivo y siempre nervioso. Y las voces lo acosaban, voces muertas mucho tiempo atrás. El espíritu tiste andii, Marchito, era indiferente a los deseos del esclavo letherii, a sus ruegos de silencio, a que se pusiera fin a aquella horripilante cacofonía de lamentos que parecía ser lo único que mantenía unidos a los fantasmas.

Udinaas ya conocía suficiente horror, allí, entre los vivos. Y la destilación de viejas verdades, en lo que a él respectaba, no merecía la pena.

T'lan imass.

T'lan imass…

¿Qué le importaba a él un antiguo némesis?

Porque el polvo de más de cuatro mil de ellos estaba bajo sus pies en esos momentos. Una verdad que surcaba la risa áspera de Marchito.

—Y ese polvo tiene ojos, esclavo. ¿Deberías temer? Quizá no. No les interesa. Al menos no demasiado. No lo suficiente como para alzarse y asesinaros a todos, cosa que quizá no consiguiera hacer, de todos modos. Pero te diré algo, Udinaas, lo intentarían con ganas.

—Si son polvo —murmuró Udinaas—, no pueden asesinar a nadie.

Era de noche. Estaba sentado con la espalda apoyada en una pendiente de roca, en un saliente que sobresalía por encima del inmenso campamento edur. El emperador lo había mandado marchar solo un rato antes. Aquel enorme malnacido manchado de oro estaba de un humor pésimo. Agotado de arrastrar su inmenso peso, de las discusiones con Hannan Mosag, de la incesante logística de mover un ejército de decenas de miles, con las familias a remolque. No todo era gloria.

—El polvo puede alzarse, Udinaas. Puede tomar forma. Guerreros de hueso y carne marchita, con espadas de piedra. ¿De dónde son? ¿Qué señor de la guerra los envió aquí? No responden a nuestras preguntas. Nunca lo hacen. No hay invocahuesos entre ellos. Están, como nosotros, perdidos.

Udinaas estaba harto de escuchar. El espectro era peor que una pulga que fuera socavando las profundidades de su cerebro. Había empezado a dudar de su existencia. Era más bien el producto de la locura, un personaje inventado por su mente. Un inventor de secretos que sembraba ejércitos de fantasmas para explicar el sinfín de voces que susurraban en su cráneo. Por supuesto, insistiría en lo contrario. Quizá incluso revoloteara por su visión, se arrastraría sin cuerpo,

esa inexplicable sombra sin fuente que se movía donde no debía haber ninguna. Pero el esclavo sabía que sus ojos podían engañarse. Todo parte de la misma percepción corrupta.

El espectro se oculta en la sangre del wyval. El wyval se oculta en la sombra del espectro. Un juego de negación mutua. El emperador no percibía nada. Hannan Mosag y sus k'risnan no percibían nada. Bruja de la Pluma, Mayen, Uruth, la multitud de espectros vinculados, los perros de caza, los pájaros y los insectos que zumbaban… nadie percibía nada.

Y eso era absurdo.

En lo que a Udinaas se refería, en cualquier caso (el criterio conjurado por una parte racional y escéptica de su cerebro, ese nudo de conciencia que el espectro intentaba desenmarañar de forma incesante), Marchito no era real.

Sangre de wyval. Hermana del Amanecer, la señora que empuñaba una espada y a la que los edur conocían como Menandore, ella y el lugar hambriento entre sus piernas. Infección y algo parecido a una violación. Creía entender ya la conexión. Estaba sin duda infectado y, tal y como había predicho Bruja de la Pluma, esa sangre inhumana lo estaba volviendo loco. No había habido ninguna zorra blanca cegadora que le robara la simiente. Delirios enfebrecidos, visiones de engrandecimiento propio, seguidas por la sospecha paranoica de que le habían robado la gloria prometida.

Lo que explicaba el sórdido estado en el que se encontraba, esclavo de un tiste edur loco. Un esclavo, acurrucado bajo todo tacón concebible. Acobardado e inútil una vez desechadas las poses internas y las justificaciones.

Bruja de la Pluma. La había amado y jamás sería suya, no había más que hablar. La verdad recalcada y dejada al

descubierto, una exposición horripilante de la que apartaba cualquier examen directo y honesto.

Los locos construían casas de piedra sólida. Después las rodeaban en busca de un modo de entrar. Dentro, donde aguardaba la perfección acogedora. Personas, intrigas y mentiras absolutas bloqueaban todos sus esfuerzos, y ese era el núcleo de la conspiración. Por fuera, después de todo, la casa parecía real. Así pues, era real. Solo tenía que arañar un poco más la puerta de piedra, golpearla un poco más, aporrearla una vez más con un choque que hará estallar esa barrera.

Una y otra vez, vueltas y más vueltas. Los surcos gastados de la locura.

Oyó roces en la piedra, bajo él, y un momento después, apareció Bruja de la Pluma trepando. Se aupó hasta él, sus movimientos eran bruscos, como si tuviera fiebre.

—¿Me toca a mí huir? —preguntó Udinaas.

—Llévame allí, endeudado. A ese reino de sueños. Donde te encontré antes.

—Tú tenías razón —dijo Udinaas—. No existe.

—Necesito ir allí. Necesito verlo por mí misma.

—No. No sé cómo.

—Idiota. Yo puedo abrir el camino. Se me da bien abrir caminos.

—¿Y luego qué?

—Luego escoges tú. Udinaas, llévame hasta los fantasmas.

—No es un buen lugar para hacerlo.

La esclava guardaba algo en una mano apretada. Estiró el brazo y cogió el de Udinaas con esa mano, y él sintió la impresión de una losa apretada entre los dos.

Y había fuego.

Cegador, bramando por todas partes.

Udinaas sintió un peso que lo empujaba por detrás y se tambaleó hacia delante. Entre las llamas. En el mundo que acababa de dejar estaría cayendo por el risco, por un instante, después chocaría contra la ladera rocosa e iría dando vueltas hacia la línea de árboles. Pero sus mocasines resbalaron por un suelo plano y polvoriento.

Se retorció y apoyó una rodilla en el suelo. Bruja de la Pluma apareció tambaleándose, al igual que él había atravesado sin daño alguno el muro de fuego. Se giró en redondo hacia ella.

—¿Pero qué has hecho?

Una mano se cerró alrededor de la nuca masculina y lo levantó del suelo, después lo lanzó de espaldas. El borde frío y desigual de una hoja de piedra se le apretó contra un lado del cuello. Oyó gritar a Bruja de la Pluma.

Parpadeó en medio de una nube de polvo.

Un hombre se alzaba sobre él. Bajo pero con una gran masa de músculos. Hombros anchos y brazos muy largos, la piel del color de la miel carecía casi de vello. Cabello negro, largo y suelto, rodeando una cara ancha de facciones muy marcadas. Ojos oscuros que brillaban debajo de una frente sobresaliente. Le colgaban unas pieles de un manto mal cosido, retazos de diferentes tonos y texturas, el lado inferior visible era pálido y arrugado.

—*Peth tol ool havra d ara.* —Las palabras eran pastosas, la variedad vocal extrañamente truncada, como si la garganta de la que procedían esos sonidos careciera de la flexibilidad de la de un hombre normal.

—No te entiendo —dijo Udinaas. Percibió otros reunidos a su alrededor y oyó a Bruja de la Pluma maldiciendo cuando a ella también la arrojaron al suelo.

—*Arad havra'd ara. En'aralack havra d'drah.*

Una infinidad de cicatrices. Evidencia de un antebrazo roto, el hueso mal curado y repleto de nudos bajo el músculo y la piel. El pómulo izquierdo del hombre estaba hundido, la nariz ancha aplastada y ladeada. Pero ningún daño parecía reciente.

—No hablo tu idioma.

El borde de la espada se apartó del cuello del esclavo. El guerrero dio un paso atrás e hizo un gesto.

Udinaas se puso en pie.

Más figuras envueltas en pieles.

Una cuenca natural, con paredes escarpadas por tres lados. Grietas verticales en las paredes de piedra, algunas lo bastante grandes como para proporcionar refugio. Donde vivían esas personas.

En el último lado de la cuenca, a la izquierda de los letheriis, la tierra se abría. Y a lo lejos (el esclavo abrió mucho los ojos), una ciudad en ruinas. Como si la hubieran arrancado del suelo, raíces y todo, y luego roto en mil pedazos. Armazones de madera bajo calles ladeadas de adoquines levantados. Edificios achaparrados inclinados en ángulos aleatorios. Columnas caídas, edificios partidos a la mitad que revelaban las habitaciones y plantas de dentro, muchas de ellas todavía amuebladas. Inmensos trozos de hielo podrido eran todavía visibles en medio de aquel paisaje urbano destrozado.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Bruja de la Pluma.

El esclavo se volvió y la vio siguiendo su mirada desde unos pasos más allá.

—Udinaas, ¿adónde nos has traído? ¿Quiénes son estos salvajes?

—*Vis vol'raele absi'arad.*

Udinaas le echó un vistazo al guerrero que había hablado y después se encogió de hombros y volvió a mirar a la lejana

ciudad.

—Quiero ir a mirar.

—No te dejarán.

Solo había una forma de averiguarlo. Udinaas echó a andar hacia la llanura.

Los guerreros se limitaron a mirarlo.

Tras un momento, Bruja de la Pluma lo siguió y se colocó a su lado.

—Parece como si solo la hubieran… dejado aquí. Como si hubiera caído ahí.

—Es una ciudad meckros —dijo él—. La madera de las bases es de un tipo que nunca se empapa. Nunca se pudre. Y mira ahí —señaló—, esos son los restos de unos muelles. Embarcaderos. Esa es la barandilla de un barco, lo que cuelga de esas líneas. Jamás he visto una ciudad meckros, pero he oído suficientes descripciones y esta es una de esas ciudades. Arrancada del mar. Ese hielo llegó con ella.

—Hay montículos, recién levantados —dijo la esclava—. ¿Los ves?

Tierra pura, oscura, que se elevaba de las llanuras alrededor de las ruinas, cada túmulo rodeado de grandes rocas.

—Los salvajes enterraron a los meckros muertos —contestó él.

—Hay cientos de túneles…

—Y cada uno lo bastante grande como para albergar cientos de cadáveres.

—Temían las enfermedades —dijo Bruja de la Pluma.

—O, a pesar de su apariencia, son personas compasivas.

—No seas tonto, endeudado. Esa tarea habría llevado meses.

Udinaas vaciló antes de hablar.

—Eso no era más que un clan, Bruja de la Pluma, el de ahí atrás. Hay casi cuatro mil viviendo en esta región.

La mujer se detuvo, lo cogió por un brazo y lo obligó a girarse.

—¡Explícame eso! —siseó.

Udinaas torció el brazo, se soltó y siguió caminando.

—Estos fantasmas conservan recuerdos intensos. De sus vidas, de su carne. Lo bastante intensos como para manifestarse como criaturas reales, físicas. Se llaman t'lan imass…

Bruja de la Pluma se quedó sin aliento.

—La Fortaleza de la Bestia.

Él la miró.

—¿Qué?

—El Saliente de Hueso. Anciano, Arpía, Vidente, Chamán, Cazador y Rastreador. Los Ladrones del Fuego. Robado a la Eres'al.

—Eres'al. Esa es la diosa nerek. La diosa falsa, o eso afirmaban nuestros estudiosos y magos como justificación para conquistar a los nerek. Me sorprende descubrir la mentira. En cualquier caso, ¿no son las imágenes de las losas las de unas bestias? Es decir, para la Fortaleza de la Bestia.

—Solo entre las versiones más pobres. Las pieles de bestias envolvían a unos salvajes morenos y bajos. Eso es lo que verás en las losas más antiguas y puras. No finjas ignorancia, Udinaas. Tú nos trajiste aquí, después de todo.

Se estaban acercando a los túmulos más cercanos y descubrieron, tachonando la tierra pura, un sinfín de objetos. Cerámica rota, joyas, armas de hierro, oro, plata, pequeños ídolos de madera, trozos de ropa. Las posesiones que les quedaban a las personas enterradas.

Bruja de la Pluma emitió un sonido que podría haber sido una carcajada.

—Dejaron el tesoro en la superficie, en lugar de enterrarlo con los cuerpos. Qué extraño.

—Quizá para que los desvalijadores no se molesten en cavar y no perturben los cadáveres.

—Oh, sí, por aquí hay un montón de desvalijadores.

—No conozco este reino lo suficiente como para decir si los hay o no —dijo Udinaas con un encogimiento de hombros.

La mirada que le lanzó su compañera era inquieta.

Al acercarse más, la ciudad destruida se cernió sobre ellos. Capas de percebes se aferraban a las bases de inmensas columnas rectas de madera. Tiras negras y marchitas de algas. Sobre ellas, los perfiles transversales de armazones y plataformas que sostenían calles y edificios. Y, en los inmensos trozos de hielo gris y poroso, ringleras de carne medio podrida, no humana. Miembros muy grandes recubiertos de escamas apagadas. Una cabeza de reptil larga que colgaba de un cuello retorcido y desgarrado. Entrañas derramadas de un vientre rajado. Pies con garras y tres dedos. Colas serradas. Armaduras deformadas y arneses de cuero, trozos de tela de colores brillantes, resplandeciente como la seda.

—¿Qué son esas cosas?

Udinaas sacudió la cabeza.

—Esta ciudad fue golpeada por el hielo, al mismo tiempo que era desgarrada de nuestro mundo. Está claro que ese hielo contenía sus propios y antiguos secretos.

—¿Por qué nos has traído aquí?

Udinaas se volvió de repente hacia ella, luchó por contener su ira y consiguió liberarla con un largo suspiro.

—Bruja de la Pluma —dijo después—, ¿cuál era la losa que sostenías en la mano?

—Uno de los Fulcra. Fuego. —Titubeó, después continuó —. Cuando te vi aquella primera vez, mentí cuando dije que no había visto nada más. A nadie.

—La viste, ¿verdad?

—Hermana Amanecer… las llamas…

—¿Y viste lo que me hizo?

—Sí. —Un susurro.

Udinaas se giró.

—Entonces no lo imaginé —murmuró—. No lo conjuró mi imaginación. No fue… locura…

—No es justo. Tú, tú no eres nada. Un endeudado. Un esclavo. Ese wyval era para mí. ¡Para mí, Udinaas!

Udinaas se encogió ante la cólera de la mujer, y, de repente, lo comprendió todo. Se obligó a lanzar una carcajada amarga.

—Lo invocaste tú, ¿verdad? Al wyval. Querías su sangre y te tenía, así que su veneno debería haberte infectado. Pero no lo hizo. En su lugar me eligió a mí. Si pudiera, Bruja de la Pluma, te lo daría. Sería un placer; no, eso no es cierto, por mucho que quisiera que lo fuera. Agradece que esa sangre no corra por tus venas. Es, en verdad, la maldición que dijiste que era.

—Mejor estar maldita que… —Se detuvo y apartó la mirada.

Udinaas estudió el rostro pálido de la joven y a su alrededor el cabello rubio y estriado que temblaba bajo aquel viento vago, casi sin vida.

—¿Que qué, Bruja de la Pluma? Una esclava nacida de esclavos. Condenada a escuchar los sueños interminables de libertad, una palabra que no entiendes y que seguramente nunca entenderás. Las losas iban a ser tu vía de escape,

¿verdad? No las aceptaste para ponerlas al servicio de tus compañeros letherii. Sino para ti misma. Captaste un susurro de libertad en las profundidades de esas losas, ¿no es cierto? O algo que creíste que era libertad. Si te sirve de algo, Bruja de la Pluma, una maldición no es libertad. Cada camino es una trampa, un lazo que te enreda en los juegos de fuerzas incomprensibles. Esas fuerzas es muy probable que prefieran esclavos cuando usan mortales, ya que los esclavos entienden de modo intrínseco la naturaleza de la relación impuesta.

Ella lo miró, furiosa.

—¿Entonces por qué tú?

—¿Y no tú? —Udinaas apartó la mirada—. Porque yo no soñaba con la libertad. Quizá. Antes de ser esclavo era un endeudado, como me recuerdas a cada oportunidad. Las deudas crean su propia esclavitud, Bruja de la Pluma, dentro de un sistema diseñado para garantizar que muy pocos escapen una vez que esas cadenas se cierran a su alrededor.

La mujer levantó las manos y se las quedó mirando.

—¿Estamos aquí de verdad? Parece todo tan real.

—Lo dudo —respondió Udinaas.

—¿No podemos quedarnos?

—¿En el mundo de las losas? Dímelo tú, Bruja de la Pluma.

—Este no es el reino que tú soñaste, ¿verdad?

Él hizo una mueca para ocultar que le hacía gracia el significado involuntario que había tras la pregunta.

—No. Y te lo advertí.

—Estaba esperando que me dijeras eso. Solo que no con ese tono de pesar.

—¿Esperabas cólera?

La esclava asintió.

—Había mucha —admitió él—. Pero se fue.

—¿Cómo? ¿Cómo la haces desaparecer?

El esclavo la miró a los ojos y después se limitó a sacudir la cabeza. Un gesto despreocupado, la mirada una vez más clavada en las ruinas.

—Esta destrucción, esta matanza. Es terrible.

—Quizá lo merecían. Quizá hicieron algo…

—Bruja de la Pluma, la pregunta de lo que se merece pocas veces, si acaso siquiera, debería hacerse. Hacerla lleva a juicios letales y actos de maldad redomada. La atrocidad repetida en nombre de la justicia engendra más atrocidad. Los letherii ya estamos bastante malditos con nuestra supuesta superioridad moral sin necesidad de aspirar a más.

—Eres un hombre blando, Udinaas, en un mundo muy duro.

—Ya te he dicho que no me falta cólera.

—Que diluyes y desangras, de algún modo, antes de que pueda hacer daño a alguien más.

—Así que soy el único que sangra, ¿no?

Ella asintió.

—Eso me temo, Udinaas.

El esclavo suspiró y se giró.

—Volvamos.

Uno junto al otro regresaron con los salvajes que esperaban en su aldea de cuevas.

—Ojalá los entendiéramos —dijo Bruja de la Pluma.

—Su chamán está muerto.

—¡Maldito seas, Udinaas!

Entraron en la cuenca, donde algo había cambiado. Habían aparecido cuatro mujeres y con ellas un niño. Que era humano.

El guerrero que había hablado antes se dirigió al niño y este respondió en el mismo idioma, después miró a Udinaas

y Bruja de la Pluma. Entonces los señaló.

—Letherii —dijo con el ceño fruncido.

—¿Me entiendes? —preguntó Udinaas.

—Un poco.

—¿Eres meckros?

—Un poco. Endeudados letherii. Endeudados. Madre y padre. Huyeron para vivir con meckros. Vivir libres, libertad. En libertad.

Udinaas señaló con un gesto la ciudad en ruinas.

—¿Tu hogar?

—Un poco. —Cogió la mano de una de las mujeres que lo acompañaban—. Aquí.

—¿Cómo te llamas?

—Rud Elalle.

Udinaas miró a Bruja de la Pluma. *Rud* significaba «hallado» en la lengua de los comerciantes meckros. Pero, por supuesto, comprendió, la esclava no podía saberlo.

—Hallado Elalle —dijo en el idioma de los comerciantes—, ¿me entiendes mejor ahora?

La cara del niño se iluminó.

—¡Sí! ¡Bien, sí! Eres marino, como lo era mi padre. Sí.

—¿Estas personas te rescataron de la ciudad?

—Sí. Son bentract. O lo eran, sea lo que sea eso… ¿tú lo sabes?

Udinaas negó con la cabeza.

—Hallado, ¿hubo algún otro superviviente?

—No. Todos muertos. O moribundos, luego muertos.

—¿Y cómo sobreviviste tú?

—Estaba jugando. Entonces hubo ruidos terribles, y gritos, y la calle se alzó y después se rompió, y mi casa desapareció. Me deslicé hacia una grieta grande que estaba llena de colmillos de hielo. Iba a morir. Como todos los

demás. Entonces choqué con dos piernas. De pie, ella estaba de pie, como si la calle siguiera plana.

—¿Ella?

—Esa es la lengua de los comerciantes, ¿no? —dijo Bruja de la Pluma—. Empiezo a entenderla, es lo que Hulad y tú usáis cuando os veis.

—Ella era fuego blanco —dijo el niño—. Alta, muy alta, bajó los brazos y me cogió. —Hizo un gesto para imitar una mano que cogía el cuello de su camisa gastada—. Y dijo: «Oh, no, no lo hará». Después estábamos caminando. Por el aire. Flotábamos sobre todo lo demás hasta que llegamos todos aquí. Y ella iba jurando. Jurando y jurando.

—¿Dijo algo más, aparte de jurar?

—Dijo que había trabajado duro en ese engendro y que ese maldito cabrón sin piernas no iba a arruinar sus planes. De eso nada, no, de eso nada, y que pagará por esto. ¿Qué significa engendro?

—Eso había pensado —murmuró Bruja de la Pluma.

No.

—Unos ojos extraordinarios —continuó Bruja de la Pluma—. Deben de ser de ella. Los tuyos son mucho más oscuros. Más apagados. Pero esa boca…

No.

—Hallado —consiguió decir Udinaas—, ¿cuántos años tienes?

—Se me olvida.

—¿Cuántos años tenías antes de que el hielo rompiera la ciudad?

—Siete.

Triunfante, Udinaas se giró en redondo para mirar a Bruja de la Pluma.

—Siete —dijo el niño otra vez—. Siete semanas. Madre no hacía más que decir que crecía muy rápido, así que debo de

ser alto para mi edad.

La sonrisa de Bruja de la Pluma se quebró de una forma extraña.

El guerrero bentract volvió a hablar. El niño asintió y se dirigió a los otros.

—Ulshun Pral dice que tiene una pregunta que quiere hacerte.

Una respuesta entumecida.

—Adelante.

—*Ra'ed. ¿Veb entara tog'rudd n'lan n'vis thal? ¿List vah olar n'lan? ¿Ste shabyn?*

—Las mujeres quieren saber si me las comeré cuando crezca. Quieren saber lo que comen los dragones. Quieren saber si deberían tener miedo. No sé lo que quiere decir todo eso.

—¿Cómo van a comérselas? Están… —Udinaas se detuvo. *¡Que el Errante me lleve, no saben que están muertas!*—. Diles que no se preocupen, Hallado.

—*Ki'bri arasteshabyn bri por'tol tun logdara kul absi.*

—Ulshun Pral dice que le prometieron que me cuidarían hasta que regresara.

—*¿Entara tog'rudd av?*

El niño sacudió la cabeza y respondió en el idioma del guerrero.

—¿Qué preguntó? —inquirió Udinaas.

—Ulshun Pral quería saber si eres mi padre. Le dije que mi padre está muerto. Le dije que no, que no lo eres. Mi padre era Araq Elalle. Murió.

En letherii, Bruja de la Pluma se dirigió al esclavo.

—Díselo, Udinaas.

—No. No hay nada que decir.

—¿Quieres dejarlo con esa… mujer?

Él se volvió para mirarla.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que nos lo llevemos con nosotros? ¡Ni siquiera estamos aquí!

—T'un havra'ad eventara. ¿T'un veb vol'raele bri rea han d En'ev?

—Ulshun Pral empieza a entenderte —dijo el niño—. Un poco. Dice que hay agujeros y si quieres ir allí.

—¿Agujeros? —preguntó Udinaas.

Bruja de la Pluma lanzó un bufido.

—Puertas. Se refiere a puertas. Las he estado percibiendo. Hay puertas, Udinaas. Muy poderosas.

—De acuerdo —le dijo Udinaas a Hallado.

—No me gusta ese sitio —dijo el niño—. Pero iré con vosotros. No está lejos.

Se dirigieron hacia la boca de una de las cuevas más grandes. Entraron en la fresca oscuridad, el suelo áspero fue subiendo unos veinte pasos y luego empezó a bajar otra vez. Se introdujeron en cavernas con las paredes atestadas de imágenes pintadas en rojo y amarillo ocre, los perfiles negros retrataban bestias antiguas, de pie o corriendo, algunas cayendo con lanzas sobresaliéndole. Más adentro, una cueva más pequeña con unos palotes negros en las paredes y el techo, unos esfuerzos en los que los t'lan imass luchaban por pintar sus propias formas. Brotes de pintura roja esbozaban las huellas de unas manos fantasmales. Después, el camino se estrechó y empezó otro ascenso gradual. Más adelante, una fisura vertical que bañaba el interior de luz, una luz llena de colores fluidos, como si detrás ardiera una llama sobrenatural.

Salieron a una extensión irregular, pero en su mayor parte plana, de roca ennegrecida. Unos pequeños peñascos colocados unos junto a otros formaban una avenida de acceso desde la boca de la cueva que los llevó en una espiral interior al centro del claro. Detrás, el cielo rielaba con

colores que giraban, como arcoíris destrozados. Un túmulo de piedras planas dominaba el centro de la espiral, con la forma tosca y torpe de una figura sobre dos piernas hechas de piedras apiladas; una piedra más ancha ocupaba el lugar de las caderas, el torso estaba compuesto por tres más, los brazos eran una sola piedra rectangular que se proyectaba a cada lado, la cabeza una sola roca oblonga recubierta de líquenes. La cruda figura se alzaba delante de una estructura achaparrada con aspecto de torre y al menos doce lados. Las superficies eran lisas, bruñidas como las facetas de un cristal natural. Pero una luz con un sinfín de colores ardía bajo cada una de aquellas superficies, cada plano dibujaba una espiral hacia dentro, hacia un agujero oscuro.

Udinaas sintió una presión en el aire, como unas fuerzas tensas mantenidas en equilibrio. La escena parecía peligrosamente frágil.

—*Vi han onralmashalle. S'ril k'ul havra En'ev. N'vist'. Lan'te.*

—Ulshun dice que su pueblo vino aquí con una invocahuesos. Era un reino de tormentas. Y bestias, incontables bestias que salían de esos agujeros. No sabían qué eran, pero la lucha era continua.

El guerrero t'lan imass habló otra vez, y se extendió bastante.

—Su invocahuesos se dio cuenta de que había que sellar las brechas, así que recurrió al poder de la piedra y la tierra y después se alzó en su nuevo cuerpo eterno para ponerse delante de las heridas. Y sujetarlo todo con quietud. Ahora se alza ahí y ahí se alzará para toda la eternidad.

—Pero su sacrificio ha dejado a los t'lan imass abandonados aquí, ¿no es cierto? —preguntó Udinaas.

—Sí. Pero Ulshun y su pueblo están contentos.

—*Vi truh larpahal. Ranag, bhed, tenag tollarpahal. Kul havra thelar. Kul.*

—Esta tierra es un sendero, lo que llamaríamos un camino —dijo Hallado y frunció el ceño mientras luchaba por encontrar sentido a las palabras de Ulshun—. Los rebaños migran, de un lado a otro. Parecen venir de ninguna parte, pero siempre vienen.

Porque, al igual que los propios t'lan imass, son recuerdos fantasmales.

—¿El camino llega hasta aquí? —preguntó Bruja de la Pluma en una vacilante lengua de los comerciantes.

—Sí —dijo Hallado.

—¿Y viene, de dónde?

—*Epal en. Vol'sav, thelan.*

El niño suspiró y cruzó los brazos, frustrado.

—Ulshun dice que estamos en un… ¿rebosadero? El lugar del que viene el camino se ha desangrado y ha reclamado el camino en sí. Y rodea este lugar. Más allá… no hay nada. Olvido. Sin realizar.

—¿Así que estamos en el interior de un reino? —preguntó Bruja de la Pluma—. ¿Qué Fortaleza reclama este lugar?

—*A evbrox'l list Tev. Starvald Demelain Tev.*

—A Ulshun le complace que entiendas de Fortalezas. Él es Ojo de Gema Brillante. Está contento, y sorprendido. Llama a esta Fortaleza Starvald Demelain.

—No conozco ese nombre —contestó ella con el ceño fruncido.

El t'lan imass habló otra vez, y en sus palabras Udinaas percibió una lista. Y luego más listas, y al oír la segunda lista, empezó a reconocer nombres.

El niño se encogió de hombros.

—T'iam, Kalse, Silannah, Ampelas, Okaros, Karosis, Sorrit, Atrahal, Eloth, Anthras, Kessobahn, Alkend, Karatallid,

Korbas… Olar, Eleint. Dracónicos. Dragones. Los Dragones Puros. El lugar del que procede el camino está cerrado. Lo hicieron los mestizos que se reunieron hace mucho tiempo. Draconus, K'rul, Anomandaris, Osserc, Silchas Ruina, Scabandari, Sheltatha Sabiduría, Sukul Ankhadu y Menandore. Fue, dice, Menandore la que me salvó. —El niño abrió mucho los ojos de repente—. ¡No parecía un dragón!

Ulshun habló.

Hallado asintió.

—De acuerdo. Dice que deberíais ser capaces de pasar por aquí. Está deseando veros otra vez. Os prepararán un festín. Ternero de tenag. Vais a volver, ¿verdad?

—Si podemos —dijo Bruja de la Pluma, después cambió al letherii—. ¿No es cierto, Udinaas?

Él frunció el ceño.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Sé educado.

—¿Contigo o con ellos?

—Con los dos. Pero sobre todo con tu hijo.

Él no quería oírlo y optó por estudiar los lados de la torre. Así que no había un solo sendero, sino una multitud de puertas. Doce al menos. ¿Otros doce mundos, entonces? ¿Cómo serían? ¿Qué clase de criaturas las poblarían? Demonios. Y quizá eso era todo lo que significaba la palabra «demonio». Una criatura arrancada de su propio reino. Esclavizado por un nuevo amo al que no le importaba nada su vida, su bienestar, que solo quería utilizarlo como a cualquier otra herramienta. Hasta que quedaba inutilizado, momento en el que lo desechaba.

Pero estoy cansado de tanta comprensión y simpatía. De sentirla, al menos. Agradecería recibirla, aunque solo sea para descargar toda esta autocompasión. Sé educado, me ha dicho. Tiene su gracia, viniendo de ella. Bajó la cabeza y

volvió a mirar al niño. Mi hijo. No, solo mi semilla. Ella no se llevó nada más, no necesitaba nada más. Fue la sangre del wyval lo que la atrajo, tuvo que ser eso. Nada más. No es mi hijo. Solo mi semilla.

Que crecía demasiado rápido. ¿Ese era el rasgo distintivo de los dragones? No era de extrañar que las mujeres t'lan imass estuvieran asustadas. Suspiró.

—Hallado —dijo después—, gracias. Y da las gracias también a Ulshun Pral. Estamos deseando disfrutar de un festín de ternero tenag. —Miró a Bruja de la Pluma—. ¿Puedes elegir el sendero adecuado?

—Nuestra carne nos llevará de regreso —le respondió ella—. Ven, no tenemos ni idea de cuánto tiempo ha pasado en nuestro mundo. —Lo cogió de la mano y juntos pasaron junto a la figura de piedra—. Mundos soñados. Imagínate lo que podríamos ver si pudiéramos elegir…

—No son mundos soñados, Bruja de la Pluma. Son reales. En esos lugares, los fantasmas somos nosotros.

Ella lanzó un bufido pero no dijo nada.

Udinaas se volvió para echar una última mirada atrás. El niño, Hallado, engendrado por un esclavo y una mujer de sangre dracónica, criado por ninguno de los dos. Y a su lado, ese salvaje creado con tosquedad que creía que todavía estaba vivo. Creía que era de carne y hueso, un cazador y líder con apetitos, deseos, un futuro al que encaminarse. Udinaas no pudo decidir cuál era el más patético. Al verlos, como los veía en ese momento, ambos le rompieron el corazón y no parecía haber forma de distinguir entre los dos. *Como si el dolor tuviera diferentes sabores.*

Se giró en redondo.

—De acuerdo, llévanos de vuelta.

La mano femenina cogió con más fuerza la suya y tiró de él. Él la vio entrar en el muro de llamaradas de luz. Luego la

siguió.

La atri-preda Yan Tovis, llamada Crepúsculo por esos soldados bajo su mando que poseían entre sus ancestros la sangre de los pescadores indígenas desaparecidos de Fent Límite mucho tiempo atrás (pues eso era lo que significaba su nombre), se encontraba sobre la inmensa muralla que rodeaba la torre de la costa norte y contemplaba las aguas del mar Nepal. Tras ella, un ancho camino elevado salía de la base de la atalaya y atajaba con un sendero recto por dos leguas de antiguo bosque, luego un tercio de tierras agrícolas y terminaba en el cruce justo antes de la puerta del interior de la ciudad fortificada de Fent Límite.

Ese era el camino que la oficial estaba a punto de tomar. A toda prisa.

Junto a ella, el finadd local, un hombre angustiado y delgado como un sauce cuya piel parecía casi exangüe, se aclaró la garganta por tercera vez en la última docena de instantes.

—De acuerdo, finadd —dijo Crepúsculo.

El hombre suspiró, un sonido que indicaba un alivio declarado.

—Reuniré los pelotones, atri-preda.

—Dentro de un momento. Todavía tiene una decisión que tomar.

—¿Atri-preda?

—Según sus cálculos, ¿cuántos barcos edur estamos viendo?

El finadd entrecerró los ojos y miró al norte.

—Ochocientos, novecientos de sus corsarios, diría yo. Merude, den-ratha, beneda. Esos transportes grandes… esos no los he visto antes. ¿Quinientos?

—Esos transportes siguen el modelo de los nuestros —dijo Crepúsculo—. Y los nuestros dan cabida a quinientos soldados cada uno; por cada cinco, un barco de provisiones lleno. Supongamos aquí la misma proporción. Cuatrocientos transportes repletos de guerreros edur. Eso son doscientos mil. Esos corsarios pueden transportar entre ochenta y cien. Supongamos unos cien. Así pues, noventa mil. Los efectivos que están a punto de echar el ancla en la playa de abajo suman, por tanto, casi trescientos mil.

—Sí, atri-preda.

—Cinco mil edur llegaron a tierra junto al primer fuerte de la Doncella esta mañana. La guarnición mínima que había allí ensilló hasta el último caballo que le quedaba y se dirigen a toda velocidad a Fent Límite. Donde yo tengo mi guarnición.

—La conclusión es —dijo el finadd— que esta representa la fuerza principal de la flota edur, la fuerza principal, en realidad, de todo ese pueblo y su invasión suicida.

La mujer lo miró.

—No, la conclusión no es esa. Jamás hemos sabido cuál era la población de las tierras edur.

—Atri-preda, podemos defender Fent Límite durante semanas. En ese tiempo habrá llegado un ejército para socorrernos y podremos aplastar a esos malnacidos de piel gris.

—El cuadro de magos que tengo en la ciudad —dijo la atri-preda tras un momento— se reduce a tres hechiceros dudosos, uno de los cuales jamás está sobrio y los otros dos parecen decididos a matarse entre sí por algún desaire del pasado. Finadd, ¿ve la oscuridad del mar bajo esos barcos? Los residentes de Trate conocen bien esa agua oscura y lo que alberga.

—¿Qué está diciendo, atri-preda?

—Desde luego puede cabalgar con nosotros y regresar con sus soldados, finadd. O quédese y disponga su rendición oficial con los primeros elementos que lleguen a tierra.

La boca del hombre se fue abriendo poco a poco.

Crepúsculo se dio la vuelta y se dirigió a las escaleras que bajaban al patio.

—Voy a rendir Fent Límite, finadd.

—¡Pero atri-preda! ¡Podríamos retirarnos a Trate! ¡Todos nosotros!

La mujer se detuvo tres escalones más abajo.

—Ha aparecido una tercera flota, finadd. En el mar Katter. Ya nos han cortado la retirada.

—¡Que el Errante nos lleve!

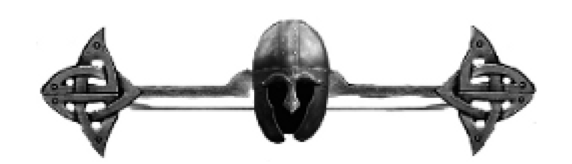
Crepúsculo empezó a bajar otra vez.

—Ojalá pudiera… —murmuró por lo bajo.

Se habían acabado todas las preguntas. La invasión había empezado.

Están a punto de conquistar mi ciudad. Otra vez.

16



La vieja zanja de drenaje había sido antaño un arroyo, mucho antes de que derribaran las chozas y los grandes señores empezaran a construir sus casas de piedra. Escombros y sedimentos pestilentes formaron las orillas, plagadas de alimañas. Pero en mi pecho un fuego oscuro ardió de rabia callada cuando caminé por la pista buscando la voz perdida, la voz de esa corriente liberada de agua, los guijarros bajo la lengua de raudales. Oh, yo conocía tan bien esas piedras lisas, el tesoro infantil de forma reconfortante y el modo en que, cuando estaban secas, una única lágrima o gota de lluvia podía hacer florecer el color, una vez más el recuerdo hallado de su hogar, el tesoro de un niño y ese niño era yo y el tesoro era mío y descubrí a mi propio niño esta misma mañana arrodillado y manchado en la orilla podrida, jugando con fragmentos de ollas rotas que solo conocían tonos de gris, por muy profundas y abundantes que fuesen las lágrimas.

Antes de Trate
Fent anónimo

Los sueños podían pasar entre los parpadeos de los ojos de un hombre; su única respuesta, miradas alocadas a su alrededor, desorientación y un aluvión imparable de emociones discordantes. Udinaas vio que se había deslizado hacia abajo y estaba encaramado de forma precaria en el

saliente, con los miembros rígidos y doloridos. El sol había seguido descendiendo, pero no mucho. Tras él, un montón arrugado que se levantaba, Bruja de la Pluma, las dos mitades de una losa rota se le cayeron de una mano y tintinearon sobre la piedra un momento antes de resbalar por los matorrales y las rocas. El cabello le ocultaba la cara y escondía las emociones plasmadas allí.

Udinaas quiso gritar, liberar todo su dolor y la cólera sin fuente que había debajo. ¿Pero qué había de nuevo en que lo usaran? ¿Qué había de nuevo en no tener nada a lo que agarrarse, nada por lo que luchar? Se levantó del borde de piedra medio derrumbada y miró a su alrededor.

El ejército estaba moviéndose. Algo había cambiado. Vio prisas abajo.

—Debemos regresar —dijo.

—¿A qué? —Dura, amarga.

—A lo que éramos antes.

—Esclavos, Udinaas.

—Sí.

—Ahora lo he probado. ¡Lo he probado!

Él la miró, la observó cuando se sentó más erguida, se quitó el pelo de los ojos y clavó en él una mirada fiera.

—No puedes vivir así.

—¿No puedo?

La esclava apartó los ojos. No quería ver, supuso él. No quería entender.

—Emprendemos la marcha a Trate, Bruja de la Pluma.

—Para conquistar. Para… esclavizar.

—Detalles —murmuró él mientras se levantaba con cuidado. Le tendió la mano a su compañera—. Mayen te quiere a su lado.

—Ahora me pega.

—Lo sé. No has conseguido ocultar los cardenales.

—Me arranca la ropa. Me usa. De formas que duelen. Me duele todo el tiempo.

—Bueno —dijo Udinaas—, él no le hace eso a ella. Tampoco es que haya mucha… ternura. Es demasiado joven para eso, supongo. Y ella no tiene poder para tomar el mando. Para enseñarle. Está… frustrada.

—Basta de entender esto y entender aquello. ¡Basta, endeudado! Me da igual el punto de vista de ella, no me interesa meterme en su sombra, intentar ver el mundo como lo ve ella. Nada de eso importa cuando pellizca, cuando muerde, cuando empuja… deja de hablar de una vez, Udinaas. Déjalo. Se acabó.

—Toma mi mano, Bruja de la Pluma. Es hora.

—Prefiero arrancártela de un mordisco.

Lo sé. El esclavo no dijo nada.

—Así que él no le hace daño, ¿no?

—No de forma física —respondió Udinaas.

—Sí. Lo que le hace él a ella… —Bruja de la Pluma levantó los ojos y buscó los de él—, te lo hago yo a ti.

—Y tú preferirías morder.

La esclava no respondió. Algo destelló en su mirada, luego se dio la vuelta, incluso al tiempo de coger la mano masculina.

Udinaas la ayudó a levantarse.

Bruja no quería mirarlo.

—Bajaré yo primero. Espera un poco.

—De acuerdo.

Un ejército despertado a patadas, invadiendo el suelo del bosque. Al norte, las cenizas de su hogar. Al sur, Trate. Habría… venganza.

Detalles.

Un destello de movimiento y luego… nada.

Trull Sengar examinó el terreno un instante más y después se acomodó detrás del tronco caído.

—Nos han descubierto —dijo.

Ahlrada Ahn lanzó un gruñido.

—¿Y ahora qué?

Trull miró a izquierda y derecha. Apenas podía distinguir a los guerreros más cercanos, inmóviles y a cubierto.

—Eso depende —murmuró—. Si ahora vienen en masa.

Esperaron mientras la tarde iba cayendo.

En algún lugar del bosque, más abajo, había una brigada letherii y en ella un cuadro de magos que había detectado la presencia de tiste edur apostados en la defensa del puente. Entre los oficiales, sorpresa, quizá consternación. Los magos estarían trabajando para intentar discernir números precisos, pero no les resultaría fácil. Algo en la sangre edur los desafiaba, eludía sus esfuerzos hechiceros. Habría que tomar una decisión y dependía mucho de la personalidad del comandante. Proceder con cautela y medida hasta que establecieran contacto directo, momento en el que una serie de sondeos determinaría la fuerza del enemigo. Pero entonces podía ser arriesgado. Acercarse lo suficiente como para medir la agudeza de los colmillos del enemigo podía provocar un mordisco que quizá no los soltara, lo que llevaría a una batalla campal en el que todas las ventajas estarían del lado de los tiste edur. Los combates cuesta arriba siempre eran costosos. Y la retirada solía resultar sangrienta y difícil. Y lo que era peor, había muchas posibilidades de una derrota aplastante, lo que provocaría una matanza.

O el comandante podría ordenar al cuadro de magos que desatara un ataque hechicero y asolara las extensiones boscosas que tenían debajo. Un ataque que, por supuesto, serviría para exponer la posición de los magos a los hechiceros edur que hubiera presentes. Y a los espectros y demonios que los ayudaban. Si el ataque era directo, el cuadro se metería en un lío.

Por último, el comandante podía optar por retroceder. Entregar el puente y regresar a las defensas sólidas del fuerte Alto, lo que provocaría una batalla más tradicional, el tipo de batalla que los letherii habían librado durante siglos, contra fuerzas enemigas de todo tipo y casi de forma invariable con gran éxito.

¿Era un comandante con un exceso de confianza y precipitado? En ese caso, Trull Sengar y sus cincuenta guerreros serían masacrados u obligados a retirarse al otro lado del puente, cualquiera de los dos resultados sería un desastre táctico para Hanradi Khalag y su avanzadilla de guerreros. Un cruce reñido del puente obligaría a Temor y Hanradi a revelar todo el alcance del poder hechicero que acompañaba al ejército, poder destinado a destrozar las defensas del fuerte Alto. Y a la inversa, un comandante cauto o tímido preferiría retirarse, y eso garantizaría el éxito edur.

Trull fue irguiéndose otra vez con mucho cuidado y se asomó por encima del tronco caído. Abajo no había ningún movimiento. El aire parecía sobrenaturalmente quieto.

—Si no se acercan pronto —dijo Ahlrada en voz muy baja —, habrán perdido la ventaja.

Trull asintió. Suficientes preocupaciones para ocupar su mente, para robarle toda su atención. No podía darse el lujo de centrarse en otras cosas. Cosa, decidió, que era preferible. Un alivio. *Y puedo quedarme aquí, en este tenso*

estado de los pensamientos de mi mente, de ahora en adelante. Así podré soportar esta guerra. No hay otro remedio. Por favor, ayúdame a soportar esta guerra.

Las sombras eran largas en la ladera inferior y se cruzaban en diagonal. Los rayos polvorientos del sol fluían convertidos en brumas doradas por las que revoloteaban los insectos.

Un susurro, tras ellos y después por todas partes.

Espectros, bajaban a raudales y se deslizaban junto a ellos para entrar en la oscuridad que se extendía más abajo.

—Han llegado —dijo Ahlrada.

Trull volvió a deslizarse hacia abajo y rodó de espaldas. Caminaban sin ruido entre matorrales y árboles, ladera arriba, lobos de lomo plateado. Media docena, después una veintena, ojos radiantes que destellaban en cabezas gachas.

Una bestia se acercó a Trull. Se desdibujó de repente, el aire se llenó con un aroma acre y especiado y un momento después Trull se encontró mirando los ojos ambarinos de B'nagga.

El jheck esbozó una gran sonrisa.

—Mil pasos más abajo, Trull Sengar. Van en franca retirada.

—No habéis tardado —dijo Ahlrada.

La sonrisa se ensanchó.

—Los guerreros no están más que a dos mil pasos del puente. Mis hermanos encontraron un cuerpo oculto en los matorrales. ¿Obra vuestra?

—Un explorador de la avanzadilla —dijo Trull.

—Los magos le habían atado un hilo. Sabían que veníais. No cabe duda que eso los ralentizó todavía más.

—Así pues —dijo Ahlrada—, ¿vamos a impedirles la retirada?

—Era una idea. Pero no, los espectros no harán nada salvo perseguirlos. Ponerlos de los nervios y hacerlos moverse a marchas forzadas. Para cuando lleguen al fuerte Alto tendrán los pies destrozados y estarán agotados. No les daremos mucho tiempo para descansar. —Se agachó en el suelo—. Tengo noticias. El primer fuerte de la Doncella ha caído. Sin batalla, la guarnición ya había huido a Fent Límite.

—Como se había anticipado —dijo Trull.

—Sí. Si los letherii optan por defender Fent Límite, será un asedio corto. Nuestros barcos ya han llegado a tierra y los guerreros marchan sobre la ciudad.

—¿No hubo contacto con ninguna flota letherii? —A Trull le sorprendió. Esos transportes eran vulnerables.

—Ninguno. Las fuerzas del emperador se encuentran sobre Trate, y no las han detectado todavía. En los próximos días, amigos míos, habrá cuatro batallas importantes. Y espada mediante, la frontera del norte caerá.

Como mínimo, contaremos con toda su atención.

Ciega de alcohol. Una descripción que Seren Pedac intentaba explorar, con toda la determinación torpe y turbia de una mente envenenada y caída en la estupidez. Pero, por alguna razón, estaba fracasando. En lugar de ciega, era dolorosamente consciente de las figuras que rodeaban su pequeña mesa, la multitud hirviente y el rumor suelto y bronco de un sinfín de voces. La estupidez todavía tenía que llegar y era muy posible que nunca lo hiciera, a medida que una sobriedad imperturbable se aferraba a ella, terca, inconmovible e indiferente a lo que parecía una serie interminable de copas de vino que se iba bebiendo.

Una emoción febril, decenas de voces que expresaban variaciones de «te-lo-dije» a rebaños enteros de cabezas que asentían. Proclamaciones y predicciones, las palabras relucientes de codicia impaciente por desatarse sobre el botín de campos de batallas atestados de edur muertos: *Dales el primer fuerte de la Doncella, eso. ¿Por qué no? Que esos cabrones sigan entrando, cada vez más. ¿Viste lo que hizo el cuadro esa noche? Lo harán de nuevo, pero esta vez contra esos cabrones de cara cenicienta. Yo tengo una atalaya a medio camino del faro, pagué una fortuna por ella. Lo veré todo.*

Se acabará todo en Fent Límite. Les van a dar una paliza y será entonces cuando el cuadro golpee la flota del mar Katter. Yo tengo intereses en una zona de la costa de la Cala, derechos de rescate. Me voy para allá en cuanto termine todo.

Dejaron que los rodearan, te lo digo yo. Crepúsculo solo está esperando a que se estabilice el asedio. ¿Cómo es eso? ¿Dices que se rindió? Que el Errante nos lleve, hombre, ¿qué clase de mentiras andas lanzando por aquí? Maldito traidor, ¿eres un maldito Casco Beddict? Cierra esa boca o te la cierro yo…

Y yo te ayudaré, Cribal, te lo prometo. Coser labios bien apretados es tan fácil como remendar redes y eso llevo años haciéndolo…

¿Dónde se ha ido?

Bah, déjalo, Cribal…

A los traidores hay que darles una lección, Feluda. Vamos, lo veo dirigiéndose a la puerta…

Sentarse ahí sola jamás ha hecho ningún bien a una mujer, cariño. Deja que un hombre decente te saque de todo esto…

Seren Pedac frunció el ceño y levantó la cabeza para mirar la figura que se cernía sobre su mesa. Su mente respondió «De acuerdo», al tiempo que ponía gesto furioso y le daba la espalda al tipo.

—Aquí no se está diciendo nada por lo que merezca la pena gastar saliva, muchacha. Quieres beber. Muy bien, tú siéntate y bebe. Lo único que ofrecía era un sitio más tranquilo para hacerlo.

—Lárgate.

En su lugar, el hombre se sentó.

—Llevo observándote toda la noche. ¿Otra letherii más?, me pregunté una vez y solo una vez. No, me parece que esta no. Así que pregunto y alguien dice: «Esa es la corifeo Seren Pedac. Estaba en el tratado que salió mal. La contrató Buruk el Pálido, el que se colgó, y maldita sea si no fue ella la que lo encontró con ojos de pez y los pantalones sucios». Y yo pienso, eso no puede ser fácil. No me extraña que esté ahí sentada intentando emborracharse y no lo consiga.

Seren clavó los ojos en él y lo vio con claridad por primera vez. Rostro con costurones, bien afeitado, el cabello por los hombros y del tono del hierro pulido. Su voz resonó otra vez en su cabeza y confirmó lo que veía.

—Tú no eres letherii.

Una sonrisa amplia, uniforme, los dientes blancos.

—Has acertado y, no te ofendas, yo me alegro.

—No eres faraed. Nerek. Tarthenal. Tampoco fent, ni siquiera meckros…

—Lo que soy yo jamás lo has oído mentar, créeme, muchacha. Estoy muy lejos de casa.

—¿Qué quieres?

—Estaba haciendo una oferta, pero habría que hacerla en un sitio tranquilo. Privado…

—Estoy segura…

—No es eso, aunque consideraría que empezaba a sonreírme la fortuna si resultara del modo al que creías que me refería. No. —Se inclinó hacia delante y le hizo un gesto para que ella también se acercara.

Con una sonrisa irónica, Seren se ladeó sobre la mesa hasta que casi se tocaron las narices de los dos.

—Estoy deseándolo.

Él se retiró una fracción.

—Muchacha, en ese aliento hay un viñedo entero. De acuerdo entonces, escucha. Nos hemos buscado un barco…

—¿Nos?

—Un barco, y vamos a abandonar esta pústula de reino radicada en el culo del Embozado.

—¿Hacia dónde navegar? ¿Korshenn? ¿Piloto, Tregua? ¿Kolanse?

—¿Para qué? Los tres primeros nombres que diste están pagando tributos a Lether y Kolanse es un desastre según lo que hemos oído. Corifeo, el mundo es mucho más grande de lo que creerías…

—¿Lo es? De hecho, es más pequeño de lo que creo.

—La misma basura, agujero diferente, ¿no? Quizá tengas razón. O quizá no.

—¿Quién eres?

—Solo alguien que está muy lejos de casa, como ya te he dicho. Salimos luchando con uñas y dientes de Assail solo para encontrarnos aquí, y por llegar en nuestro maldito colador de barco, ya debíamos dinero. Solo por pisar el muelle, debíamos más. Han pasado siete meses y debemos tanto que ni el propio príncipe K'azz podría sacarnos del pozo. Vivimos de sobras y hacemos trabajos sucios, nos está pudriendo a todos…

—Eras soldado.

—Sigo siéndolo, muchacha.

—Pues únete a una brigada…

El hombre se frotó la cara y cerró los ojos por un momento, después pareció tomar una decisión. Clavó en ella sus ojos azules y fríos.

—Es como gritar al abismo, muchacha, y ni un solo letherii está escuchando. Tu pueblo está metido en un lío. Un lío muy serio. Fent Límite se ha rendido. Pues bien, Crepúsculo es una comandante lista y capaz, ¿qué pasó para que hiciera eso? Piensa, corifeo.

—Vio que era inútil. Vio que no podía defender la ciudad y que no había forma de retirarse.

Él asintió.

—Tú no estabas aquí cuando regresaron los barcos agosteros. No viste lo que los trajo. Nosotros sí. Muchacha, si los dhenrabis veneran a un dios, era ese, el que estaba justo ahí, en el puerto.

—¿Quiénes son los dhenrabis?

El hombre sacudió la cabeza.

—Tenemos espacio para personas que valen. Y no serás la única mujer, así que eso no resultará un problema.

—¿Pero por qué yo?

—Porque no estás ciega, Seren Pedac.

Ella se echó hacia atrás con una sonrisa y después apartó la vista. *Ni borracha tampoco.*

—¿Quién eres?

—No significará nada…

—Dímelo de todos modos.

—Barras de Hierro, segunda espada, cuarta compañía, Guardia Carmesí. Estaba al servicio del comandante Cal-Brinn antes de que nos dispersaran a todos entre este mundo y las puertas del Embozado.

—Carente de sentido y además largo. Estoy impresionada, Barras de Hierro.

—Muchacha, tienes más dientes que un enkar’al con un bocado de rhizan. Seguramente por eso me caes tan bien.

De acuerdo.

—No me interesa tu oferta, Barras de Hierro.

—Intenta pensártelo. Hay tiempo, siempre que salgas de Trate tan pronto como puedas.

Seren lo miró.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Tendrías razón si nuestro barco estuviera en el puerto de aquí. Pero no lo está. Está en Letheras. Nos enrolamos a través de un agente. —Se encogió de hombros—. En cuanto salgamos a mar abierto…

—Mataréis al capitán y a los marineros y os haréis piratas.

—No mataremos a nadie si hay forma de evitarlo y no somos piratas. Solo queremos volver a casa. Necesitamos llegar a casa. —La estudió un momento y después se levantó—. Si todo funciona, te buscaremos en Letheras.

De acuerdo.

—Estaréis perdiendo el tiempo.

Él se encogió de hombros.

—Hasta ese momento, corifeo, van a cambiar muchas cosas. Sal de esta ciudad, muchacha. En cuanto estés sobria, vete. Sal de aquí.

Y después se fue.

Lo han cogido, lo han arrastrado al callejón y le están cosiendo la boca… venga, vamos a mirar…

¿Solo la boca? Es un maldito traidor. No hay razón para ponerle las cosas fáciles a ese cabrón. Que se lo cosan todo, a ver qué le parece…

Ojalá fuera Casco Beddict, ojalá…

A ese le harán cosas mucho peores, fíjate lo que te digo. Espera y verás…

Con sus sedas azules cortando el viento, Nekal Bara se encontraba en la cima de la torre del faro contemplando el mar. Nada iba según lo planeado. Su ataque preventivo había destruido aldeas vacías; el pueblo entero de los edur se había puesto en movimiento. *Y están a punto de plantarse delante de nuestra puerta.*

La flota que había aparecido en el mar Katter, lista para interponer sus fuerzas y evitar la retirada de la guarnición de Crepúsculo de Fent Límite, se había limitado, tras la rendición de la ciudad, a continuar su camino. Con una velocidad sobrenatural, las velas rojo sangre de quinientos corsarios se acercaban a la bahía de Trate. Y en las aguas, bajo esos cascos de líneas puras… una cosa. Antigua, terrible, hambrienta. Conocía ese camino. No era la primera vez que lo hacía.

Desde ese momento, y por orden del ceda, Nekal había profundizado más en sus investigaciones para descubrir la naturaleza de la criatura que los tiste edur habían vinculado a su servicio. El puerto y la bahía habían sido tierra firme en otro tiempo, un saliente inmenso de piedra caliza bajo el que se precipitaban gigantescos ríos subterráneos. La erosión había hecho derrumbarse el saliente por varios lugares y había creado pozos profundos y más o menos circulares. A veces, el agua del subsuelo continuaba fluyendo como parte de los ríos. Pero otras, el efecto de filtrado de la caliza quedaba con el tiempo bloqueado por concreciones, y el agua era negra y quieta.

Uno de esos pozos se había convertido, mucho tiempo atrás, en un lugar de culto. Se lanzaban tesoros a sus profundidades. Oro, jade, plata y sacrificios vivos. Voces

ahogadas habían gritado en el agua gélida, carne fría y hueso se habían posado en el lecho pálido.

Y se creó un espíritu. Alimentado de sangre y desesperación, suplicando ofrendas, la rendición reticente de vidas mortales. Era un misterio, ella bien lo sabía. ¿Existía ya el espíritu antes de que comenzara el culto o era solo que los regalos ofrecidos lo habían atraído? ¿O lo conjuró la voluntad de esos mismos devotos y así cobró vida? En cualquier caso, el resultado era el mismo. Comenzó a existir una criatura y se le enseñó la naturaleza del hambre, del deseo. Lo convirtieron en un adicto a la sangre, el dolor y el miedo.

Los devotos se desvanecieron. Murieron o partieron, o se vieron empujados a tales sacrificios extremos que terminaron destruyéndose a sí mismos. No había forma de saber lo profundo que era el lecho de huesos del fondo de ese pozo, pero, al final, debía de ser aterrador en su inmensidad.

El espíritu estaba condenado y con el tiempo debería haber muerto. Si los mares no se hubieran alzado para tragarse la tierra, si las paredes de su mundo no hubieran desaparecido de repente y lo hubieran liberado a todo lo que había más allá.

Las costas eran lugares de culto en todo el mundo. Los registros más tempranos que habían sobrevivido del Primer Imperio apuntaban lo mismo una y otra vez entre los pueblos encontrados durante las exploraciones. El margen entre el mar y la tierra marcaba la manifestación de la transición simbólica entre lo conocido y lo desconocido. Entre la vida y la muerte, el espíritu y la mente, entre una multitud ilimitada de elementos y fuerzas contrarias pero entrelazadas. Se entregaban vidas a los mares, se lanzaban tesoros al fondo. Y sobre las aguas mismas, los barcos y sus

tripulaciones eran arrastrados a las profundidades una y otra vez.

Por todo eso el espíritu había sabido lo que era la… competencia. Y Nekal Bara sospechaba que no le había ido muy bien. Debilitado, sufriendo, había regresado a su agujero, allí, bajo la inundación. Había regresado a morir.

No había forma de saber cómo lo habían encontrado los hechiceros tiste edur, ni cómo llegaron a comprender su naturaleza y el potencial que había en su interior. Pero lo habían vinculado a ellos, y lo habían alimentado con sangre hasta que había recuperado las fuerzas y el espíritu había crecido, y con ese crecimiento, retoñó un apetito cada vez más grande.

Y ahora yo debo encontrar una manera de matarlo.

Podía sentir cómo se aproximaba, acercándose cada vez más bajo los corsarios edur. Los soldados atestaban las fortificaciones a lo largo del paseo del puerto. Equipos listos junto a las catapultas y las balistas. Alimentaban las hogueras y se sacaban rejillas enteras de cuadrillos capaces de atravesar los cascos.

Arahathan, con sus pieles negras, se había colocado al otro extremo del muelle principal y, como ella, se encontraba mirando la flota edur que se acercaba a toda prisa. Él intentaría bloquear el ataque del espíritu, enfrentarse al ente durante el tiempo que le llevara a Nekal Bara acercarse a la criatura y golpearlo en el corazón.

La maga pensaba que ojalá Enedictal hubiera permanecido en la ciudad en lugar de regresar a su batallón, en Lezna. De hecho, ojalá los Cinturones de Serpiente hubieran marchado a reunirse con ellos en Trate. Una vez que el espíritu entrara en la lucha, Enedictal podría entonces haber hecho pedazos la flota edur. Nekal no tenía ni idea del daño que Arahathan y ella sufrirían mientras

mataban el espíritu, era posible que al final no les quedara nada con lo que destruir la flota. Podría reducirse todo a una lucha cuerpo a cuerpo en el paseo marítimo.

Y eso es lo absurdo de la magia en la guerra, no hacemos mucho más que anularnos unos a otros. A menos que un cuadro se encuentre con que lo superan en número…

Nekal tenía a seis hechiceros menores bajo su mando, entremezclados entre las compañías del batallón Arcilla Fría dispuesto allí abajo. Tendrían que bastar contra los hechiceros edur que acompañaban a la flota.

Nekal Bara estaba preocupada, pero no en exceso.

Las velas rojas aletearon. Distinguió las tripulaciones escabulléndose por las cubiertas delanteras y las jarcias. Los barcos estaban poniéndose al pairo. Bajo los barcos de cabeza, una marea oscura se adelantó y extendió su cardenal negro como la noche por el puerto.

La maga sintió un miedo repentino. Era… enorme.

Echó un vistazo abajo. A la figura solitaria envuelta en negro que se alzaba en el extremo del muelle principal. Los brazos se abrían en el aire.

El espíritu subió y bajó con una ola hinchada, cobró velocidad y se precipitó contra el paseo marítimo. En los muelles, soldados tras escudos, las cabezas de lanzas agitándose. Alguien soltó una bola de brea en llamas de una de las catapultas. Fascinada, Nekal Bara observó el vuelo de su arco, el descenso con su estela de humo, hacia la ola que se alzaba.

Se desvaneció en una mancha de vapor.

Oyó el rugido de Arahathan, vio una línea de agua estremecerse y después hervir justo detrás de los muelles, elevando hacia el cielo una pared de vapor al tiempo que el bulto del espíritu parecía precipitarse un momento antes de golpearlo.

La conmoción hizo temblar el faro bajo sus pies y estiró los brazos para no perder el equilibrio. Dos tercios de pared más abajo, en un balcón estrecho de hierro, varios espectadores volaron por los aires y cayeron en picado, entre gritos, a las rocas. El balcón se retorció como alambre fino en las manos de un herrero, los adornos explotaron en bocanadas de polvo. Un terrible gemido se alzó y atravesó la torre, que empezó a tambalearse.

El vapor y el agua oscura libraban una batalla e iban trepando cada vez más, justo delante de Arahathan. Al hechicero se lo tragaron las sombras.

El faro se estaba derrumbando.

Nekal Bara miró al puerto, extendió los brazos y después se lanzó por el borde.

Se desvaneció en un pozo de magia que daba vueltas. Se ladeaba hacia abajo en hebras chispeantes de fuego azul que se arremolinaban alrededor de un núcleo blanco cegador.

Como la lanza de un dios, el pozo perforó el flanco del espíritu. Abrió un camino incandescente en el agua oscura e hinchada.

Errante... ¡está fallando! ¡Se cae! La maga percibió, y después vio, a Arahathan. Carne roja que se rizaba y apartaba de los huesos, ennegrecida, se arrancaba como si se la llevara un torbellino fiero de viento. Vio los dientes del hombre, los labios ausentes, la mueca se convirtió de repente en una sonrisa enloquecedora. Los ojos arrugados y luego oscurecidos, después se hundieron en el interior de la cabeza.

La maga notó, en ese último momento, la sorpresa de su compañero, su incredulidad…

En la carne del espíritu, tras capas y capas de sangre espesa y coagulada, pelo apelmazado, trozos astillados de

hueso. Joyas incrustadas, monedas mutiladas. Capas de cadáveres recién nacidos marchitos, cada uno envuelto en cuero, cada uno con la frente hundida en un rostro crispado de dolor y sufrimiento desconcertado. *Capas. Oh, Señora, ¿qué hemos hecho los mortales? ¿Hecho, una y otra vez?*

Herramientas de piedra, perlas, trozos de conchas…

Atravesarlo…

Para encontrarse con que se había equivocado. Se había equivocado de un modo terrible.

El espíritu, nada más que un cascarón unido por el recuerdo interior de huesos, dientes y cabello, por ese recuerdo y por nada más.

En el interior…

Nekal Bara vio que estaba a punto de morir. Contra todo lo que se alzaba para recibirla, ella no tenía defensa. Ninguna. No podía… nunca podría… *¡Ceda! ¡Kuru Qan! ¡Óyeme! Mira…*

Seren Pedac salió tambaleándose a la calle. La empujaron, la giraron, la tiraron de rodillas figuras que huían.

Había despertado en un sótano oscuro, rodeada de barriles rotos y vacíos. Le habían robado, la habían despojado de buena parte de su armadura. La espada y el cuchillo habían desaparecido. El dolor entre las piernas le indicó que cosas peores habían pasado. Los labios hinchados y llenos de cortes de besos que no había sentido, el pelo enredado y apelmazado de sangre, se arrastró por adoquines grasientos para acurrucarse contra un muro de ladrillos manchados. Se quedó mirando, aturdida, la escena de pánico.

El humo había robado el cielo. Una luz marrón, turbia, el sonido lejano de la batalla, en el paseo marítimo a su izquierda y en las murallas del norte y el este, las que había más adelante y a su derecha. En la calle que tenía delante, los ciudadanos corrían en direcciones que parecían aleatorias. Enfrente de ella, dos hombres estaban enzarzados en un combate mortal, los observó cuando uno consiguió inmovilizar al otro y después empezó a golpear la cabeza del hombre contra los adoquines. Los impactos duros dieron paso a crujidos blandos y el vencedor se apartó rodando de los espasmos de la víctima, se levantó como pudo y se alejó cojeando.

Derribaban puertas a patadas. Las mujeres chillaban cuando alguien descubría sus escondites.

No había ni un solo tiste edur a la vista.

A su derecha, tres hombres arrastraban los pies como merodeadores. Uno llevaba un palo manchado de sangre, otro una hoz de un solo mango. El tercer hombre arrastraba a una niña por un pie, muerta o inconsciente.

La vieron. El del palo sonrió.

—Veníamos a recogerte, corifeo. Despertaste con ganas de más, ¿eh?

Seren no reconoció a ninguno de ellos pero había una terrible familiaridad en sus ojos cuando la miraron.

—La ciudad ha caído —continuó el hombre que se acercaba—. Pero nosotros tenemos una vía de escape y te vamos a llevar con nosotros.

El de la hoz se echó a reír.

—Hemos decidido que te quedas con nosotros, muchacha. No te preocupes, te mantendremos a salvo.

Seren se acurrucó todavía más contra la pared.

—¡Alto ahí!

Una voz nueva. Los tres hombres levantaron la vista.

Cabello de hierro, ojos azules, reconoció al recién llegado. Quizá. No estaba segura. Jamás había visto armadura como aquella, habría recordado la sobrevesta de color rojo sangre. Una espada sencilla en la cadera izquierda del desconocido, de la que su dueño no echaba mano.

—Es ese cabrón extranjero —dijo el hombre del palo—. Búscate una para ti.

—Acabo de encontrarla —respondió él—. Llevo dos días buscándola…

—Es nuestra —dijo el de la hoz.

—Ni un paso más —gruñó el tercer hombre mientras levantaba la niña con una mano, como si quisiera usar el cuerpo como arma.

Cosa que, según vio Seren, ya había hecho. *Por favor, espero que estés muerta, pequeña. Por favor, que hayas estado muerta todo el tiempo…*

—Nos conoces, desconocido —dijo el hombre del palo.

—Oh, sí, sois el terror del poblado de chabolas. Lo he oído todo sobre vuestras hazañas. Lo que me da ventaja a mí.

—¿Y eso?

El desconocido siguió acercándose cada vez más. Seren vio algo en sus ojos cuando volvió a hablar.

—Porque vosotros no habéis oído nunca hablar de mí.

El palo giró. La hoz destelló. El cuerpo salió girando por los aires.

Y a la niña la cogió el desconocido, que después estiró una mano con la palma hacia arriba y pareció meter las puntas de los dedos con fuerza bajo la barbilla del hombre.

La corifeo no lo entendió.

El hombre del palo estaba en el suelo. Al otro le sobresalía su propia hoz del pecho y estaba de pie, mirándola. Después se derrumbó.

Un crujido seco. Un chorro y una salpicadura de sangre.

El desconocido dio un paso atrás, se metió el cuerpo de la niña bajo el brazo derecho y con la mano del izquierdo sujetó, como el asa envuelta en cuero de un balde, la mandíbula inferior del tercer hombre.

Horribles gruñidos de la figura tambaleante que tenía Seren a su derecha. Ojos salidos, una bocanada de aliento llena de saliva.

El desconocido tiró a un lado la mandíbula con su correspondiente paladar inferior y la lengua. Dejó a la niña en el suelo y después se acercó al último hombre.

—No me gusta lo que hiciste. No me gusta nada de lo que has hecho, pero, sobre todo, no me gusta lo que le hiciste a esa mujer y a esa niña. Así que voy a hacerte daño. Mucho daño.

El hombre giró como si quisiera huir. Después se estrelló contra los adoquines y aterrizó de cara por un impacto en los pies, pero Seren no vio cómo pasó.

Con serena paciencia, el desconocido se agachó sobre el hombre. Dos puñetazos desdibujados a ambos lados de la columna, casi a la altura del cuello, y la corifeo oyó partirse el esternón. La sangre formaba un charco alrededor de la cabeza del hombre.

El desconocido cambió de postura para meter la mano entre las piernas del hombre

—Para.

Él la miró y alzó las cejas.

—Para. Mátalo. Algo limpio. Mátalo de forma limpia, Barras de Hierro.

—¿Estás segura?

En los edificios de enfrente, caras enmarcadas por ventanas. Los ojos fijos, clavados en la calle.

—Basta —dijo Seren, la palabra fue un graznido.

—Está bien.

Se echó hacia atrás. Un puñetazo en la nuca del hombre. La piel se plegó hacia dentro. Y todo quedó en silencio.

Barras de Hierro se irguió.

—¿De acuerdo?

De acuerdo, sí.

El guardia carmesí se acercó más.

—Culpa mía —dijo—. Tenía que dormir, pensé que estarías a salvo un rato. Me equivoqué. Lo siento.

—¿La niña?

Una mirada dolorida.

—Atropellada por caballos, creo. Hace ya un buen rato.

—¿Qué está pasando?

—Trate está cayendo. La flota edur se mantuvo a la espera. Hasta que acabaron con Nekal Bara y Arahathan. Después se acercaron. Espectros de sombra invadieron las defensas. Después desembarcaron los guerreros. Fue un desastre, corifeo. —El hombre miró por encima del hombro y continuó—. Más o menos en ese momento un ejército bajó del interior. Barrió las fortificaciones, sin personal suficiente, y no hace ni cien latidos por fin consiguieron derribar la puerta Norte. Los edur se están tomando su tiempo, están matando a cada soldado que encuentran. Sin cuartel. Hasta el momento no han tocado a los no combatientes. Pero eso no garantiza nada, ¿verdad?

La ayudó a levantarse y ella se estremeció al notar el roce de sus manos, esas armas, manchadas de muerte.

Si él lo notó, no traicionó nada.

—Mi espada está esperando. Corlo se las ha arreglado para encontrar una senda en este maldito pozo del Embozado, la primera vez en los dos años que llevamos metidos aquí. Lo que trajeron los edur, dice. Por eso.

Seren se dio cuenta de que habían echado a andar. Estaban tomando callejones serpenteantes y evitando las

avenidas principales. El sonido de la matanza se oía por todas partes. Barras de Hierro dudó de repente y ladeó la cabeza.

—Maldita sea, nos han cortado el paso.

Arrastrado a la matanza. Testigo aturdido de la muerte de desventurados soldados sin organización alguna. Preguntándose si los prestamistas serían los siguientes. Udinaas se quedó tambaleándose en la estela del emperador de los tiste edur y doce guerreros enloquecidos que vadeaban carne viva, acabando con vidas como si despejaran un camino entre los juncos.

Rhulad estaba desplegando una habilidad que no le pertenecía. Sus brazos eran un contorno borroso, cada uno de sus movimientos descuidado y audaz. Y estaba farfullando, el sonido maníaco puntuado de vez en cuando por un grito que era tanto de terror como de rabia. No era un guerrero triunfante. Ni desquiciado ni envuelto en una gloria empapada. Un asesino… matando.

Un guerrero edur que tenía cerca cayó bajo la estocada desesperada de un soldado letherii y el emperador chilló y se lanzó hacia delante. La espada moteada osciló y la sangre salpicó como agua. Su carcajada le quitó el aliento y lo hizo jadear. Las caras edur destellaron, furtivas, hacia su salvaje gobernante.

Se abrió paso calle abajo como pudo entre una especie de retaguardia. Udinaas tropezó con cadáveres, figuras que se retorcían y lloraban. Ciegos y moribundos, los hombres llamaban a sus madres y a estos el esclavo les tendía la mano y les tocaba un hombro, o posaba las puntas de los dedos en frentes pegajosas.

—Estoy aquí, mi niño —murmuraba—. No pasa nada. Ya puedes irte.

El sacerdote que se disculpaba, que cortaba cadenas y avanzaba paso a paso, que susurraba bendiciones huecas, mentiras piadosas, perdonando al tiempo que rezaba para que alguien, algo, lo perdonara a él a su vez. Pero a él nadie lo tocó, no hubo dedos que rozaran su frente.

Por las aldeas quemadas. Justo castigo. ¿Dónde estaban los prestamistas? Esa era su guerra, después de todo.

Otros cien pasos más. Tres edur más habían caído. Rhulad y ocho hermanos. La lucha continuaba. ¿Dónde estaba el resto del ejército?

En alguna otra parte.

Si siempre se pudieran elegir las preguntas adecuadas, entonces cada respuesta sería igual de obvia. Una revelación inteligente, con algo se había topado…

Otro edur chilló, resbaló y cayó, la cara se estrelló contra la calle.

Rhulad mató a dos soldados más y de repente no se interponía nadie en su camino.

Detenido en medio de una extraña consternación, atrapado en el centro de un cruce, jirones de humo pasaban a su lado.

A la derecha, una llegada súbita.

Dos edur se tambalearon hacia atrás, heridos de muerte.

El atacante estiró la mano izquierda y la cabeza de un tercer guerrero edur giró de golpe con un crujido audible.

Choque de hojas, más sangre, otro edur que caía y luego el atacante había terminado y se giraba en redondo.

Rhulad saltó para encontrarse con él. Las espadas (una pesada y moteada, la otra modesta, sencilla) colisionaron y de algún modo quedaron trabadas con un giro y pronación de la muñeca del desconocido, mientras que la mano libre

salía desdibujada por encima de las armas y la palma entraba en contacto con la frente de Rhulad.

Y rompía el cuello del emperador con un crujido resonante.

La espada moteada se deslizó por la hoja del atacante y este ya estaba pasando por encima, la punta del arma ya sobresalía del pecho de otro edur.

Otro latido y los últimos guerreros tiste edur habían caído, sus cuerpos dispensaban sangre con impaciencia, como pago a los adoquines.

El desconocido miró a su alrededor, vio a Udinaas, asintió y después hizo una seña dirigida a la boca de un callejón, del que salió una mujer.

Esta dio media docena de pasos antes de que Udinaas la reconociera.

Muy maltratada.

Pero nada más que eso. No mientras este hombre viva.

Seren Pedac no hizo ningún caso de él, ni de los edur muertos. El desconocido la cogió de la mano.

Udinaas los vio irse calle abajo y desaparecer tras una esquina.

Tras él, en algún lugar, los gritos de guerreros edur, el sonido de pies que corrían.

El esclavo se encontró con que estaba de pie junto al cuerpo de Rhulad, con los ojos clavados en él, el extraño ángulo de la cabeza en el cuello torcido, las manos aferradas a la espada.

Esperando a que la boca se abriera con una carcajada de loco.

—La armadura más rara que he visto jamás, maldita sea.

Seren parpadeó.

—¿Qué?

—Pero manejaba bien esa espada. Rápido. Dentro de otros cinco años habría tenido la experiencia necesaria para ser letal. Suficiente para crearle problemas a cualquiera. Trémulo, Penas, quizá incluso Despellejador. ¡Pero esa armadura! Una maldita fortuna, al alcance de cualquiera. Si tuviéramos tiempo.

—¿Qué?

—Ese tiste edur, muchacha.

—¿Tiste edur?

—Da igual. Ahí están.

Allí delante, agachados en el extremo sin salida de un callejón, seis figuras. Dos mujeres, cuatro hombres. Todos con sobrevestas carmesíes. Las armas en ristre. Sangre en las hojas. Uno, con armas más ligeras que los demás y sujetando lo que parecía una especie de diadema en la mano izquierda, se adelantó.

Y dijo algo en un idioma que Seren no había oído jamás.

Barras de Hierro respondió con un gruñido impaciente. Acercó más a Seren cuando el hombre que había hablado empezó a hacer gestos. El aire pareció rielar alrededor de todos.

—Corlo está abriendo la senda, muchacha. Vamos a pasar y si tenemos suerte, no nos toparemos con nada ahí dentro. No hay forma de saber hasta dónde podremos llegar. Lo bastante lejos, espero.

—¿Dónde? —preguntó ella—. ¿Adónde vamos?

Un muro turbio de negrura bostezó allí donde había estado la pared vacía del callejón.

—Letheras, corifeo. Tenemos un barco aguardándonos, ¿recuerdas?

La armadura más rara que he visto jamás.

Una maldita fortuna.

—¿Está muerto?

—¿Quién?

—¿Está muerto? ¿Lo mataste? ¿A ese tiste edur?

—No me quedó más remedio, muchacha. Nos estaba ralentizando y venían más.

Oh, no.

Vómito que se derramaba por la arena.

Al menos, caviló Asimismo, los chillidos habían parado. Esperó, sentado en la hierba justo por encima de la playa, mientras el joven edur, a gatas, con la cabeza colgando, se estremecía y convulsionaba, tosía y escupía.

A un lado, dos de los nachts, Corteza y Pule, se peleaban por un trozo de madera que se estaba haciendo pedazos con sus esfuerzos. Sus juegos de destrucción se habían convertido en obsesivos en los últimos tiempos, haciendo que el armero meckros se preguntara si por él, de hecho, no estarían imitando una verdad. O bien el aislamiento los estaba volviendo locos.

Otra clase de verdad, esa.

Él despreciaba la religión. Que no pusieran ningún dios en su camino. Los ascendientes eran peores que bestias rabiosas. Ya era suficiente que los mortales fueran capaces de provocar un mal aterrador; él no quería tener nada que ver con sus contrapartidas inmortales, inconmensurablemente más poderosas.

Y ese dios roto en su miserable tienda, su dolor eterno y el humo adormecedor de las semillas que esparcía por el brasero, todo era lo mismo para Asimismo. Un sufrimiento hecho patente, consumido por el deseo de extender la desdicha de su propia existencia por el mundo, por todos los

mundos. Desdicha y falsa huida, dolor y rendición absurda. *Uno y lo mismo.*

En esa pequeña isla, entre ese mar vacío, Asimismo estaba perdido. En el interior de su alma, entre una multitud de caras que eran todas suyas, estaba perdiendo la capacidad de reconocer ninguna de ellas. El pensamiento y el yo se reducían, informes y sin ataduras. Vagando entre los recuerdos de un extraño mientras el mundo se desataba.

Construir nidos.

Destrucción frenética.

Boca repleta de colmillos abierta en una carcajada silenciosa y convulsiva.

Tres bromistas que repetían la misma actuación una y otra vez. ¿Qué significaba? ¿Qué lección obvia le estaban mostrando y que él era demasiado ciego, o demasiado torpe, para entender?

El muchacho edur había terminado, ya no le quedaba nada en el estómago. Levantó la cabeza, los ojos despojados hasta los huesos de dolor y horror.

—No —susurró.

Asimismo apartó la mirada y entrecerró los ojos para mirar por la playa.

—Más no, por favor —siguió implorando.

—Los atardeceres nunca han sido gran cosa por aquí —caviló Asimismo—. Ni los amaneceres, si a eso vamos.

—¡Tú no sabes lo que es!

El grito del edur se fue perdiendo.

—Los nidos se están haciendo más elaborados —dijo Asimismo—. Creo que se esfuerza por darles una forma concreta. Paredes inclinadas, una entrada triangular. Luego Mape los destroza. ¿Qué debo concluir de todo eso?

—Se puede guardar su maldita espada. Yo no voy. Allí. No pienso ir allí y no intentes obligarme.

—No tengo nada que hacer. Nada.

Rhulad gateó hacia él.

—¡Tú hiciste esa espada! —dijo con un tono ronco acusatorio.

—Fuego, martillo, yunque y frío. He hecho más espadas de las que puedo contar. Solo hierro y sudor. Eran hojas rotas, creo. Esos fragmentos negros. De algún tipo de cuchillo muy largo de hoja estrecha. Dos de ellos, negros y quebradizos. Solo trozos, en realidad. Me pregunto dónde los recoge.

—Todo se rompe —dijo Rhulad.

Asimismo lo miró.

—Sí, muchacho. Todo se rompe.

—Tú podrías hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Romper esa espada.

—No. No puedo.

—¡Todo se rompe!

—Incluyendo las personas, muchacho.

—Eso no basta.

Asimismo se encogió de hombros.

—Ya no recuerdo mucho de nada. Creo que me está robando la mente. Dice que es mi dios. Lo único que tengo que hacer es venerarlo, según dice. Y todo quedará claro. Así que, dime, Rhulad Sengar, ¿está todo claro para ti?

—Este mal… ¿es obra tuya?

—¿Lo es? Quizá tengas razón. Yo acepté el trato. Pero mintió, sabes. Dijo que me dejaría libre una vez hiciera la espada. Miente, Rhulad. Eso sí que lo sé. Lo sé ahora. Ese dios miente.

—Tengo poder. Soy emperador. He tomado esposa. Estamos en guerra y Lether caerá.

Asimismo señaló con un gesto el interior.

—Y él te está esperando.

—Les doy miedo.

—El miedo engendra su propia lealtad, muchacho. Te seguirán. También están esperando, ahora mismo.

Rhulad se arañó la cara y se estremeció.

—Me mató. Ese hombre, no era letherii, no era letherii en absoluto. Nos mató. A siete de mis hermanos. Y a mí. Era tan… rápido. Parecía que apenas se movía y los míos estaban cayendo, muriendo.

—La próxima vez será más duro. Tú serás más duro. No será tan fácil encontrar a alguien para matarte, la próxima vez. Y tras esa, la siguiente. ¿Lo entiendes, muchacho? Es la esencia de ese dios destrozado que te está esperando.

—¿Quién es?

—¿El dios? Una mierdecilla miserable, Rhulad. Que tiene tu alma en sus manos.

—Padre Sombra nos ha abandonado.

—Padre Sombra está muerto. O como si lo estuviera.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque si no lo estuviera, jamás habría permitido que el dios Tullido te robase. A ti y a tu pueblo. Se habría dirigido furioso a la orilla… —Asimismo se calló.

Y eso, comprendió, era a lo que estaba llegando. Una verdad ensangrentada.

Odiaba la religión, odiaba a los dioses. Y estaba solo.

—Lo mataré. Con la espada.

—Necio. No hay nada en esta isla que él no oiga, no vea, no sepa.

Salvo, quizá, lo que está en mi mente ahora. E, incluso si lo supiera, ¿cómo podría detenerme? No, no lo sabe. Debo creerlo. Después de todo, si lo supiera, me mataría. Ahora mismo, me mataría.

Rhulad se puso en pie.

—Estoy listo para verlo.

—¿Lo estás?

—Sí.

Asimismo suspiró. Les echó un vistazo a los dos nacths. La madera disputada era un batiburrillo de astillas esparcidas tiradas entre los dos. Las dos criaturas se habían quedado mirándolas, desconcertadas, metiendo los dedos entre el desastre. El meckros se levantó.

—De acuerdo, muchacho, vamos.

Estaba detrás del vidrio negro, dentro de un túnel de obsidiana translúcida y no había fantasmas.

—Kurald Galain —dijo Corlo con un susurro y volvió la cabeza para echarles un vistazo por encima del hombro—. Inesperado. Es una conquista podrida. Eso, o los edur ni siquiera lo conocen, ni siquiera saben lo que están usando.

El aire hedía a muerte. Carne consumida, el aliento de una cripta. La piedra negra bajo sus pies estaba grasienta e inestable. Encima de ellos, el techo era irregular, apenas un palmo más alto que Barras de Hierro, que era el más alto del grupo.

—Es un puñetero laberinto para ratas —continuó el mago mientras hacía una pausa en una bifurcación.

—Tú llévanos al sur —dijo Barras de Hierro con un gruñido profundo.

—Cómo no, pero ¿por dónde queda eso?

Los soldados se arremolinaron alrededor, murmurando y maldiciendo en su extraño idioma.

Corlo miró a Seren con una expresión rara y tensa.

—¿Alguna sugerencia, corifeo?

—¿Qué?

El mago dijo algo en su lengua nativa a Barras de Hierro, que frunció el ceño al contestarle.

—Ya basta, y va para todos. En letherii. ¿Desde cuándo la grosería forma parte del credo de la Guardia Carmesí? Corifeo, esta es la Fortaleza de Oscuridad…

—No hay ninguna Fortaleza de Oscuridad.

—Bueno, estoy intentando decirlo de modo que tenga sentido para ti.

—De acuerdo.

—Pero, verás, corifeo —dijo Corlo—, no debería serlo.

Seren se limitó a mirarlo en la penumbra.

El mago se frotó la nuca y la mujer vio que sacaba la mano brillante de sudor.

—Estos son tiste edur, ¿no? No tiste andii. La Fortaleza de Oscuridad, eso es tiste andii. Los edur, esos eran de la, bueno, la Fortaleza de Sombra. Así que lo natural, ¿entiendes?, era esperar que la senda fuese Kurald Emurlahn. Pero no lo es. Es Kurald Galain, solo que la han violado. Invadido. Está repleta de espíritus, espíritus tiste andii…

—No están aquí —dijo Seren—. Los he visto. Esos espíritus. No están aquí.

—Están, corifeo. Yo los estoy alejando. Por ahora…

—Pero está resultando difícil —opinó Seren.

El mago asintió de mala gana.

—Y estás perdido —insistió.

Otro asentimiento.

La corifeo intentó pensar, irrumpir en el entumecimiento, que parecía ser lo único que mantenía a raya el dolor de su carne magullada.

—Has dicho que los espíritus no son edur.

—Eso es. Tiste andii.

—¿Cuál es la relación entre los dos? ¿Son aliados?

Corlo entrecerró los ojos.

—¿Aliados?

—Esos espectros —dijo Barras de Hierro.

La mirada del mago salió disparada hacia su comandante, y luego volvió a mirar a Seren Pedac.

—Esos espectros están atados. Obligados a luchar junto a los edur. ¿Son espíritus andii? Por el aliento del Embozado, esto empieza a cobrar sentido. ¿Qué otra cosa iban a ser? No son espíritus edur, ya que no se necesitaría ninguna magia de vinculación, ¿no?

Barras de Hierro se puso delante de Seren.

—¿Qué estás sugiriendo?

La mujer recordó su único contacto con los espíritus, su avidez.

—Mago Corlo, dices que los estás alejando. ¿Están intentando atacarnos?

—No estoy seguro.

—Deja pasar a uno. Quizá podamos hablar con él, quizá podamos conseguir ayuda.

—¿Por qué habría de interesarle ayudarnos?

—Haz un trato.

—¿Con qué?

Seren se encogió de hombros.

—Piensa en algo.

El mago murmuró una serie de palabras extranjeras que ella supuso que eran maldiciones.

—Deja pasar uno —dijo Barras de Hierro.

Más maldiciones, después Corlo se adelantó unos cuantos pasos para despejar más espacio.

—Preparad las armas —dijo—. Por si acaso no le interesa hablar.

Un momento después, la penumbra que había delante del mago vaciló y algo negro se extendió como tinta

derramada. Salió una figura, vacilante, insegura.

Una mujer, alta como un edur pero con la piel del color de la medianoche, un brillo rojizo en el cabello largo y suelto. Ojos verdes, sesgados y grandes, una cara más suave y redonda de lo que habría esperado Seren dada su altura y los miembros largos. Vestía un arnés de cuero y unos pantalones ceñidos, y en los hombros lucía la piel de una bestia de pelo blanco. Iba desarmada.

Los ojos de la mujer se endurecieron. Habló, y en sus palabras Seren oyó una semejanza al edur.

—Lo odio cuando pasa eso —dijo Corlo.

Seren lo intentó con el edur.

—Hola. Te pedimos disculpas por inmiscuirnos en tu mundo. No tenemos intención de quedarnos mucho tiempo.

La expresión de la mujer no cambió.

—Los traidores nunca lo hacen.

—Quizá yo hable en el idioma de los edur pero no son aliados nuestros. Es posible que en eso compartamos algo.

—Fui de los primeros en morir en esa guerra —dijo la mujer— y no a manos de un edur. No pueden llevarme, no pueden obligarme a luchar por ellos. Yo, y los que son como yo, estamos fuera de su control.

—Pero tu espíritu continúa atrapado —dijo Seren—. Aquí, en este lugar.

—¿Qué queréis?

Seren se volvió hacia Barras de Hierro.

—Pregunta qué queremos de ella.

—¿Corlo?

El mago se encogió de hombros antes de hablar.

—Necesitamos escapar de la influencia de los edur. Necesitamos ponernos fuera de su alcance. Y luego regresar a nuestro mundo.

Seren transmitió la afirmación de Corlo a la mujer.

—Sois mortales —respondió—. Podéis pasar cuando nosotros no podemos.

—¿Puedes guiarnos?

—¿Y cuál va a ser mi recompensa por ese servicio?

—¿Qué buscas?

La mujer lo pensó y después sacudió la cabeza.

—No. Un trato injusto. Mi servicio no merece el pago que quisiera pedir. Requerís un guía que os lleve al borde de la frontera. No os engañaré. No está lejos. Lo encontraríais solos en poco tiempo.

Seren tradujo el intercambio para los guardias carmesíes.

—Es extraño… —añadió luego.

Barras de Hierro sonrió.

—¿Un agente honesto?

Ella asintió con expresión irónica.

—Soy letherii, después de todo. La honestidad parece sospechosa.

—Pregúntale qué le gustaría que hiciéramos por ella —dijo Barras de Hierro.

Seren Pedac se lo preguntó y la mujer levantó la mano derecha, en ella había un objeto pequeño, incrustado de suciedad, corroído e irreconocible.

—El contraataque de los k'chain che'malle nos empujó a muchos de nosotros a la orilla del mar y luego hacia las olas. Soy una mala combatiente. Mi vida llegó a su fin en el borde de espuma de ese mar y mi cadáver se alejó rodando, empujado por la marea, por las arenas enfangadas, donde se lo tragó el barro. —Bajó la vista y miró el objeto que tenía en las palma—. Este era el anillo que llevaba. Me lo devolvió un espectro, muchos espectros han hecho lo mismo por los que estamos fuera del alcance de los edur. Os pediría que me devolvierais a mis huesos, a lo poco de mí que queda. Para

que así pueda hallar la nada y el olvido. Pero es un regalo demasiado inmenso a cambio de ofreceros tan poco…

—¿Cómo podríamos cumplir lo que pides?

—Yo me uniría con la sustancia de este anillo. No me veríais más. Y tendríais que viajar a la orilla del mar y luego lanzar esto al mar.

—Eso no parece difícil.

—Quizá no lo sea. La injusticia se encuentra en el valor de lo que se intercambia.

Seren negó con la cabeza.

—Nosotros no vemos injusticia alguna. Nuestro deseo es de igual valor en lo que a nosotros se refiere. Aceptamos tu trato.

—¿Cómo sé que no me traicionaréis?

La letherii se volvió hacia Barras de Hierro.

—No confía en nosotros.

El hombre se acercó y se detuvo justo delante de la mujer tiste andii.

—Corifeo, dile que soy un juramentado de la Guardia Carmesí. Si quiere, puede buscar lo que significa eso. Solo tiene que poner la mano en mi pecho. Dile que yo cumpliré nuestro pacto.

—No te he dicho todavía lo que es. Quiere que arrojemos el objeto que sostiene al mar.

—¿Eso es todo?

—Al hacerlo se pondrá fin a su existencia. Que es, al parecer, lo que quiere.

—Dile que busque de qué está hecha mi alma.

—Muy bien.

La expresión suspicaz en los ojos de la mujer se hizo más pronunciada, pero se adelantó y puso la mano izquierda en el pecho del hombre.

La mano se apartó con una sacudida y la mujer se tambaleó hacia atrás un paso, la conmoción, después el horror, se había escrito en su rostro.

—¿Cómo… cómo has podido… por qué?

—No es la respuesta que buscabas, creo, Barras de Hierro —dijo Seren—. Está… horrorizada.

—Eso no importa —respondió el hombre—. ¿Acepta mi palabra?

La mujer se irguió y después, ante la pregunta de Seren, asintió.

—No puedo hacer otra cosa —dijo—. Pero… había olvidado… esa sensación.

—¿Qué sensación?

—La pena.

—Barras de Hierro —dijo Seren—, sea lo que sea ese «juramentado», a esta mujer la embarga la… compasión.

—Sí, bueno —dijo él dándoles la espalda—, todos cometemos errores.

—Os guiaré ahora —dijo la mujer.

—¿Cómo te llamas?

—Sandalath Drukorlat.

—Gracias, Sandalath. Me apena saber que el regalo que te hacemos es el olvido y la nada.

La mujer se encogió de hombros.

—Aquellos a los que una vez amé y me amaron creen que me he ido de verdad. No hay necesidad de pena alguna.

No hay necesidad de pena. ¿Dónde, entonces, se encuentra la compasión?

—Levantaos, muchachos —dijo Barras de Hierro—, la mujer se está preparando para irse.

Mape yacía sobre el montículo como muerta, pero la cabeza de la nacht giró poco a poco cuando aparecieron Asimismo y Rhulad caminando sin prisas. Algún tiempo atrás la nacht había robado un martillo de la fragua para facilitar su destrucción de los nidos de Pule y siempre lo llevaba consigo a todas partes. Asimismo miró de soslayo cuando la nudosa y negra criatura levantó el martillo con los ojos todavía clavados en él y el tiste edur, como si se estuviera planteando el asesinato.

De los tres nachts, Mape era la que lo ponía más nervioso. Demasiada inteligencia brillaba en aquellos ojitos negros, con demasiada frecuencia la criatura observaba con algo parecido a una sonrisa en su cara simiesca. Y la fuerza que las criaturas habían mostrado era suficiente para preocupar a cualquier hombre. Sabía que Mape podía arrancarle los brazos de los hombros si le apetecía.

Quizá el dios Tullido los había atado, como podían atarse los demonios, y era eso y solo eso lo que evitaba que las bestias se tiraran a la garganta de Asimismo. Una noción desagradable.

—¿Qué va a impedirme —preguntó Rhulad con un gruñido— atravesar con la espada ese pecho escuálido?

—A mí no me hagas esa pregunta, edur. Solo el dios Tullido puede responderla. Pero no creo que sea tan fácil. Es un cabrón muy listo y ahí, en esa tienda, es probable que su poder sea absoluto.

—La inmensidad de su reino —dijo Rhulad con una sonrisa burlona.

Sí. ¿Y por qué esas palabras, dichas de esa forma, me interesan?

El refugio de lona andrajosa estaba justo delante, el humo salía flotando del lado que se había abierto. Al acercarse, el aire se hacía más caliente, más seco, y las hierbas se marchitaban y blanqueaban bajo los pies. El terreno parecía extrañamente desertizado.

Llegaron delante de la entrada. Dentro, la forma acurrucada del dios en la penumbra. Zarcillos de humo alzándose del brasero.

Una tos.

—Tanta cólera —se oyó después—. Poco razonable, me parece, dada la eficacia de mi regalo.

—No quiero volver —dijo Rhulad—. Déjame aquí. Escoge a otro.

—Surgen sirvientes involuntarios de nuestra causa… en lugares inesperados. Imagínate, un juramentado de la Guardia Carmesí. Alégrate de que no fuera Despellejador, o incluso Cogulla. Ellos te habrían mirado mejor y eso no te habría hecho ningún favor. Todavía no estamos listos. —Una tos seca—. Todavía no.

—No pienso volver.

—Detestas la carne que se te ha dado. Lo entiendo. Pero, Rhulad Sengar, ese oro es tu pago. Por el poder que buscas.

—No quiero nada más de ese poder.

—Pero es que sí que lo quieres —dijo el dios Tullido, que se estaba divirtiendo—. Considera que ya has cobrado la recompensa. El trono de los tiste edur, la mujer que codiciaste durante años, ahora en tu posesión, para hacer con todo ello lo que te plazca. Tus hermanos, que se inclinan todos y cada uno ante ti. Y una pericia con la espada que va en aumento…

—Pero no es mía, ¿verdad? ¡Lo único que puedo hacer es aferrarme a ella! Esa habilidad no me pertenece… ¡y todo el mundo lo sabe! ¡Yo no me he ganado nada!

—¿Y de qué sirve tanto orgullo, Rhulad Sengar? Los mortales me desconcertáis. Es la maldición del tonto, medirse en una insatisfacción interminable. Yo no soy quien debe guiarte en el gobierno de tu imperio. Esa tarea es tuya y de nadie más. Ahí lo tienes, que eso sea tu orgullo. Además, ¿acaso no ha crecido tu fuerza? Ahora tienes músculos que superan a los de tu hermano Temor. Deja ya de gimotear, edur.

—¿Me estás utilizando?

El dios Tullido se echó a reír.

—¿Y Scabandari Ojodesangre no lo hizo? Oh, ahora sé la historia. Toda la historia. Los mares susurran viejas verdades, Rhulad Sengar. El venerado padre Sombra, oh, qué absurda vanidad. Asesino, matarife, traidor…

—¡Mentiras!

—Y después os llevó a cometer vuestra propia traición. Contra los que habían sido vuestros aliados, los tiste andii. Caísteis sobre ellos por orden de Scabandari. Matasteis a los que habían luchado a vuestro lado. Ese es el legado de los tiste edur, Rhulad Sengar. Pregúntale a Hannan Mosag. Él lo sabe. Pregúntale a tu hermano, Temor. A tu madre, las mujeres lo saben. Su memoria ha sido mucho menos… selectiva.

—Ya basta —rogó el edur mientras se arañaba la cara—. Me quieres envenenar con deshonor. Ese es tu propósito… para todo lo que dices.

—Quizá lo que ofrezco —murmuró el dios Tullido— es absolución. La oportunidad de arreglar las cosas. Está en tu interior, Rhulad Sengar. El poder es tuyo para que le des la forma que quieras. El imperio arrojará tu reflejo, el de nadie más. ¿Huirás de eso? Si esa es tu decisión, entonces desde luego que me veré obligado a elegir a otro. Uno que quizá demuestre ser menos honorable.

La espada tintineó a los pies de Rhulad.

—Elige.

Asimismo observó y vio cambiar la expresión del edur.

Con un chillido, Rhulad levantó de golpe el arma y se abalanzó…

… y desapareció.

Una carcajada áspera.

—Hay tan pocas cosas, Asimismo, que me sorprendan ya.

Asqueado, el meckros le dio la espalda.

—Un momento, Asimismo, veo tu cansancio, tu disgusto. ¿Qué es lo que te acosa de ese modo? Eso es lo que me pregunto.

—El muchacho no se lo merece…

—Oh, pero es que sí se lo merece. Se lo merecen todos.

—Sí —dijo Asimismo, con la mirada serena mientras miraba al dios Tullido—, ese parece ser el único criterio que posees. Pero no se puede decir que sea limpio, ¿verdad?

—Cuidado. La gratitud que siento por lo que has hecho por mí se agota.

—¿Gratitud? —La carcajada de Asimismo fue áspera—. Estás agradecido después de obligarme a cumplir tu voluntad. Esa sí que es buena. Espero que seas igual de generoso con tus pensamientos después de que te obligue a matarme. —Estudió la figura encapuchada—. Pero veo tu problema, ¿sabes? Ahora lo veo y me maldigo por no haberme dado cuenta antes. No tienes reino que gobernar, como lo tienen otros dioses. Así que te sientas aquí, solo, en tu tienda, y todo eso es tu reino, ¿no? Un cuerpo roto y un aire asfixiante y maloliente. Paredes finas como la piel y el calor que desean los viejos y los cojos. Tu mundo y tú solo en él, y la ironía radica en que ni siquiera puedes gobernar tu propio cuerpo.

Una tos desgarradora.

—Ahórrame tu simpatía, meckros. He reflexionado mucho sobre tu problema y he encontrado una solución, como no tardarás en descubrir. Cuando lo hagas, piensa en lo que me has dicho. Y ahora, vete.

—Sigues sin entenderlo, ¿verdad? Cuanto más dolor provoques en otros, dios, más recaerá sobre ti. Siembras tu propia desdicha y por eso, la poca compresión que podrías recibir por derecho propio desaparece.

—He dicho que te vayas, Asimismo. Constrúyete un nido. Mape está esperando.

Salieron a un césped barrido por el viento, con las olas que se estrellaban en el mar a su derecha y ante ellos el delta de un ancho río. Al otro lado del río se alzaba una ciudad amurallada.

Seren Pedac estudió los edificios distantes, las torres altas y delgadas que parecían inclinarse hacia el mar.

—Antigua Katter —dijo—. Estamos a treinta leguas al sur de Trate. ¿Cómo es posible?

—Sendas —murmuró Corlo, que se fue encorvando hasta sentarse en el suelo—. Podrida. Séptica, pero, con todo, una senda.

La corifeo se dirigió a la playa. El sol estaba en lo más alto y calentaba en el cielo. *Debo lavarme. Limpiarme. El mar...*

Barras de Hierro la siguió, en una mano el objeto incrustado de suciedad en el que residía el espíritu de una mujer tiste andii.

Seren se metió en el agua, la espuma de las olas se agitaba alrededor de sus pantorrillas.

El juramentado arrojó el objeto más allá de ella, un pequeño chapoteo no muy lejos.

Muslos, luego caderas.

Limpia. Limpiarme.

Hasta el pecho. Una ola llegó rodando, la levantó del fondo, la giró y la lanzó hacia la orilla. Seren se dio la vuelta como pudo hasta que consiguió avanzar una vez más. Agua fría y salada que se alzaba por encima de su cara. Agua brillante, soleada, sucia, que le impedía ver. Agua que le mordía las costras de las heridas, que le hacía escocer los labios partidos, agua que le llenaba la boca y rogaba que la dejaran entrar.

Así.

Unas manos la agarraron y tiraron de ella. Luchó pero no pudo soltarse.

¡Limpia!

La cara barrida por el viento frío, los ojos parpadeando bajo una luz hiriente. Tosió, lloró, luchó pero las manos la arrastraron sin piedad a la playa y la arrojaron en la arena. Luego, cuando intentó liberarse, unos brazos la envolvieron con fuerza y le inmovilizaron los suyos y una voz jadeó junto a su oído.

—Lo sé, muchacha. Sé lo que es. Pero no es el modo.

Sollozos palpitantes, impotentes, al fin.

Y él la mantuvo inmóvil.

—Cúrala, Corlo.

—Ya casi he terminado, maldita sea…

—Ahora. Y que duerma. Hazla dormir…

No, no puedes morir. Otra vez no. Te necesito.

Tantas capas que presionaban esos restos endurecidos, un momento de presión inmensa, la piel gruesa, tan gruesa, que rastreaba un sinfín de pequeñas muertes. Y la vida era voz, no palabras sino sonido, movimiento. Donde todo lo

demás estaba quieto, silencioso. El olvido esperaba cuando el último eco se desvanecía.

Morir la primera vez debería haber bastado. Ese mundo era foráneo, después de todo. La verja sellada, desaparecida. Su marido, si todavía vivía, hacía mucho que había superado su dolor. Su hija, quizá ya madre ella misma, o abuela. Se había alimentado de sangre dracónica, allí, en la estela de Anomander. En algún sitio, persistía, y vivía libre de dolor.

Había sido importante pensar así. Su única arma contra la locura.

Ningún don en la muerte salvo uno.

Pero algo la contenía.

Algo con una voz. *Estos son mares agitados, sin duda. No pensaba que mi búsqueda resultaría tan... fácil. Cierto, no eres humana pero servirás. Servirás.*

Esos restos, de repente en movimiento, un movimiento áspero. Fragmentos, partículas demasiado pequeñas para que pudieran verse, juntándose. Como si recordaran aquello a lo que habían pertenecido antaño. Y, dentro del mar, dentro de los sedimentos, aguardaba todo lo necesario. Para la carne, para el hueso y la sangre. Todos esos ecos, resucitados, encontrando una forma. Siguió mirando, horrorizada.

Observó cuando el cuerpo (tan conocido, tan extraño) fue saliendo de entre los sedimentos. Sedimentos que se aligeraban, escaseaban y luego estallaban en un penacho que dibujaba un remolino en las corrientes. Brazos que se alzaban, un cuerpo que aparecía palpitando.

Ella flotó cerca, obligada a acercarse, a entrar, pero sabiendo que era demasiado pronto.

Su cuerpo, que había dejado tanto tiempo atrás. Aquello no estaba bien. No era justo.

Se arrastraba sin pensar por el fondo del mar. Criaturas con aletas aparecían y desaparecían a toda velocidad, atraídas por los sedimentos revueltos, espantados por la figura que agitaba los miembros. Formas con muchas patas que se escabullían de su camino.

Un extraño contorno borroso, algo que atravesó, y después la luz del sol brilló sobre ella, muy cerca. Unas manos irrumpieron en la superficie, arena firme bajo los pies que iba ascendiendo.

Cara al aire.

Y se abalanzó, se hundió en el cuerpo, arrasó como el fuego por el músculo y el hueso.

Sensaciones. Frío, el viento, el olor a sal y a la decadencia de la orilla.

Madre Oscuridad, estoy… viva.

La voz del regreso llegaba no en risas, sino en gritos.

Todos se habían reunido al propagarse el rumor de la muerte del emperador. Habían tomado la ciudad, pero a Rhulad Sengar lo habían matado. El cuello partido como un arbolito. Su cuerpo yacía donde había caído, con el esclavo Udinaas montando guardia, un centinela macabro que no reconocía a nadie, sino que se limitaba a contemplar el cuerpo revestido de monedas.

Hannan Mosag. Mayen con Bruja de la Pluma tras ella. Midik Buhn, iniciado ya en la sangre y guerrero de verdad. Cientos de guerreros edur, salpicados de sangre, sangre de gloria y matanza. Ciudadanos silenciosos, pálidos, aterrados por la tensa expectación que flotaba en el aire humeante.

Todos fueron testigos de las repentinas convulsiones del cuerpo, de sus chillidos penetrantes. Durante un momento espeluznante, el cuello de Rhulad continuó roto, mecía la

cabeza en ángulos imposibles al levantarse con un tambaleo. Luego el hueso se arregló y la cabeza se irguió sola, una luz repentina en los ojos entornados.

Más gritos, esta vez de los letherii. Figuras que huían.

Los chillidos desgarrados de Rhulad murieron y se irguió, vacilante, la espada temblándole en las manos.

Udinaas habló.

—Emperador, Trate es vuestra.

Un espasmo repentino y después Rhulad pareció ver a los otros por primera vez.

—Hannan Mosag, ocupa la guarnición. El resto del ejército acampará fuera de la ciudad. Envía recado a los k’risnan que están con la flota, deben dirigirse a Antigua Katter.

El rey hechicero se acercó más.

—Es verdad, entonces —dijo en voz baja—. No podéis morir.

Rhulad se estremeció.

—Muero, Hannan Mosag. Es todo lo que sé, morir. Déjame ahora. Udinaas.

—Emperador.

—Necesito… busca… estoy…

—La tienda os aguarda, y Mayen —dijo el esclavo.

—Sí.

Midik Buhn habló entonces.

—Emperador, yo encabezaré vuestra escolta.

La expresión confusa, Rhulad bajó la cabeza y se miró el cuerpo, las monedas manchadas e incrustadas, las pieles salpicadas.

—Sí, hermano Midik. Una escolta.

—Y encontraremos al que os… hizo esto, mi señor.

Los ojos de Rhulad destellaron.

—No se le puede derrotar. Somos impotentes ante él. Se encuentra…

Midik frunció el ceño y miró a Udinaas.

—Emperador —dijo el esclavo—, él se refería al que os mató a vos y los vuestros. Aquí, en esta calle.

Rhulad se giró, arañándose la cara.

—Por supuesto. Vestía… de carmesí.

—Le daré una descripción detallada —le dijo Udinaas a Midik.

Un asentimiento brusco.

—Sí. Se registrará toda la ciudad.

Pero se ha ido, idiota. No, no sé cómo lo sé. Aun así, el hombre se ha ido. Con Seren Pedac.

—Por supuesto.

—¡Udinaas! —Un jadeo desesperado.

—Estoy aquí, emperador.

—¡Sácame de aquí!

Ya se sabía y el ceda no tardaría en enterarse. ¿Pero lo entendería? ¿Cómo iba a entenderlo? Era imposible, una locura.

No puede hacer nada. ¿Lo comprenderá?

El guerrero dorado siguió al esclavo, paso a paso, por la ciudad caída, con Mayen y Bruja de la Pluma tras ellos. Midik Buhn y una docena de guerreros los flanqueaban a todos con las armas preparadas. Nadie les disputó el paso.

Asimismo estaba sentado en un banco de la herrería. Paredes lisas, piedra y yeso, la forja fría y llena de ceniza. El suelo pavimentado, el pequeño taller con tres paredes, el lado abierto daba al complejo vallado donde se alzaba un pozo ribeteado de piedra tallada, una artesa para enfriar,

leña y un montón de restos y escoria. Una choza en el lado contrario contenía su catre y nada más.

Lo que componía todo su mundo. Recordatorio burlón de su profesión, el propósito tras la vida.

La voz del dios Tullido susurraba en su mente. *Asimismo. Mi regalo. No dejo de ser comprensivo, pienses tú lo que pienses. Lo comprendí. Los nachts son una pobre compañía para un hombre. Ve, Asimismo, baja a la playa. Toma posesión de mi regalo.*

Se levantó poco a poco, confundido. *¿Un barco? ¿Una balsa? ¿Un maldito tronco con el que poder alejarme con la marea?* Salió fuera.

Y oyó a los nachts parloteando con tono emocionado en la playa.

Asimismo se acercó al borde y se quedó allí, mirando abajo.

Una mujer salía vacilante del agua. Alta, de piel negra, desnuda, largo cabello pelirrojo.

Y el meckros se dio la vuelta y se alejó.

—Serás cabrón…

El dios Tullido respondió con burlona consternación. *¿No es esto lo que quieres? ¿Es demasiado alta para ti? ¿Sus ojos demasiado extraños? Asimismo, no lo entiendo…*

—¿Cómo has podido hacerlo? Toma posesión, dijiste. Es todo lo que sabes, ¿no? Posesión. Cosas que utilizar. Personas. Vidas.

Necesita tu ayuda, Asimismo. Está perdida, alarmada por la presencia de los nachts. Le cuesta recordar su cuerpo.

—Más tarde. Déjame solo ahora. Déjanos solos a los dos.

Una carcajada suave, después una tos.

Como desees. Qué decepción, esta falta de gratitud.

—Vete al abismo.

No hubo respuesta.

Asimismo entró en la choza y se quedó mirando el catre durante un rato, hasta que estuvo seguro de que el dios Tullido no estaba acechando por algún lugar de su cráneo. Después se arrodilló e inclinó la cabeza.

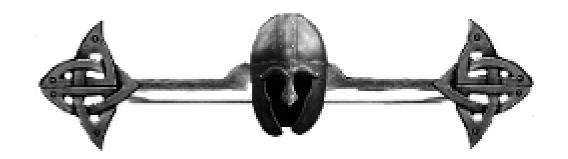
Odiaba la religión. Detestaba a los dioses. Pero el nido estaba vacío. Había que destrozar el nido. Reconstruirlo.

El meckros tenía una multitud de dioses entre los que elegir. Pero uno era más antiguo que todos los demás, y ese pertenecía al mar.

Asimismo empezó a rezar.

En nombre de Mael.

17



Nadie había visto nada parecido. El molino de Chorum era una
maravilla de invención. Ruedas sobre ruedas,
granito y engranajes entrelazados, ejes y
radios y bordes de hierro, una máquina que trepaba
por ese río rápido tres niveles enteros y molía
la harina más fina que Lether había visto jamás…
Algunos dicen que fue la lluvia, el diluvio que llenó
el curso del río hasta los pies de piedra del molino.
Algunos dicen que fue la complejidad absoluta
la causa de todo, la arrogancia de la visión de un
hombre mortal. Algunos dicen que fue el empujón del Errante, veleidoso
y díscolo, que dio voz al repentino rugido ese amanecer,
las explosiones de piedra y los chillidos de hierro,
y las inmensas ruedas se liberaron e irrumpieron
por las gruesas paredes, y las lavanderas

por las gruesas paredes, y las lavanderas,
arroyo abajo con la espuma por los muslos, levantaron la vista
y vieron su perdición de granito que bajaba rodando…
Ni una arruga quedó, ni una mancha sobrevivió, y el viejo
Misker, encaramado a Ribble, la mula, bueno, la mula
conocía su lugar cuando salió disparada y saltó de cabeza
por el pozo, pero el bueno del viejo Misker se abrazó al
cubo en su cuerda y se balanceó, se
despellejó las rodillas en los adoquines redondos y maldijo
a gritos, el alborotado aliento precediendo el aciago
descenso de la dentuda muerte por la rueda del
mecanismo, alta como cualquier
hombre, pero mucho más alta que Misker (incluso encaramado a
su mula), y no sería difícil una vez que hubiera
terminado con él, bueno, la rata… oh, ¿se me olvidó
mencionar a la rata?

Extracto de *La cola de la rata (la causa de todo)*
Canto Prip

El borracho había tropezado en la oscuridad y había caído al canal. Tehol ya casi lo había perdido de vista desde donde se encontraba al borde del tejado, pero podía oír los chapoteos y las maldiciones y el esfuerzo por aferrarse a las anillas incrustadas en la pared de piedra.

Con un suspiro, Tehol miró hacia el guardia sin nombre que Brys había enviado. O uno de ellos, por lo menos. Los tres hermanos parecían casi idénticos y ninguno había dado su nombre. Nada fuera de lugar ni obvio que impresionara o inspirara miedo. Y, dada la expresión inquebrantable de aquellos rostros sin labios y de ojos entrecerrados, mal se les podía calificar de grata compañía.

—¿Vuestros amigos os distinguen? —inquirió Tehol, después frunció el ceño—. Qué extraña pregunta para hacérsela a un hombre. Pero tú debes de estar acostumbrado a preguntas extrañas, ya que la gente asumirá que estabas donde no estabas o, más bien, no tú, sino tus otros tús, cada uno de los cuales podría estar en cualquier parte. Se me ocurre ahora que no decir nada es un buen método de resolver la confusión, y cada uno de vosotros habéis acordado que esa es la respuesta apropiada, a menos que seáis igual entre vosotros, en cuyo caso fue un acuerdo tácito. Que siempre es el mejor.

El borracho, abajo en la calle, estaba saliendo del canal, maldiciendo en más idiomas de los que Tehol creía que existían.

—¿Tú has oído eso? Atroz. Oír palabras sin duda tan ordinarias pronunciadas con tal vehemencia, espera un momento, eso no es ningún borracho, ¡es mi criado! —Tehol agitó los brazos y gritó—. ¡Bicho! ¿Qué estás haciendo ahí abajo? ¿Para eso te pago?

El empapado criado miró hacia arriba y le contestó algo a gritos que Tehol no entendió.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—¡Que no me paga!

—¡Oh, vamos, díselo a todo el mundo, anda!

Tehol observó a Bicho, que se dirigía al puente, lo cruzaba y después desaparecía tras un edificio cercano.

—Qué embarazoso. Ha llegado el momento de que tenga una seria charla con el bueno de Bicho.

Más ruidos abajo, más maldiciones. Y luego crujidos en la escalera de mano.

La cabeza y la cara manchada de barro de Bicho aparecieron en el tejado.

—Bueno —dijo Tehol con las manos en las caderas—. Estoy seguro de que te envié a hacer algo importante, ¿y tú que haces? Vas y te caes al canal. ¿Eso estaba en la lista de tareas? Creo que no.

—¿Me está regañando, amo?

—Sí, ¿qué te pensabas?

—Más efectivo, creo, si en verdad me hubiera enviado a hacer algo importante. Pero el caso es que solo estaba dando un paseo, hipnotizado por la luz de la luna…

—¡No pises ahí! ¡Atrás! ¡Atrás!

Alarmado, Bicho se quedó inmóvil y después se apartó poco a poco.

—¡Has estado a punto de aplastar a Ezgara! ¿Y podría haberse apartado él? ¡No lo creo! —Tehol se acercó y se arrodilló junto al insecto que iba cruzando muy despacio la superficie irregular del tejado—. ¡Oh, mira, lo has asustado!

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Bicho.

—Bueno, ha dado marcha atrás, ¿no? Eso tiene que asustar a cualquiera, me imagino.

—Sabe, amo, era una curiosidad, no pensaba que lo fuera a convertir en mascota.

—Eso es porque tú careces de sentimientos, Bicho. Mientras que aquí Ezgara es doblemente…

—¿Ovoide?

—De un modo encantador. —Tehol miró al guardia, que se lo había quedado mirando como solía hacer—. Y este hombre está de acuerdo. O, si no él, entonces sus hermanos.

¡Bueno, uno dejó que Ezgara le corriera por toda la cara y ni siquiera parpadeó!

—¿Cómo se las arregló Ezgara para llegar a esa cara, amo?

—Y bajó por el chaleco del otro, ni un solo movimiento. Son hombres afectuosos, Bicho, míralos bien y aprende.

—Lo haré, amo.

—Bueno, ¿y disfrutaste de tu baño?

—No de forma especial.

—¿Un tropezón, has dicho?

—Creí oír a alguien susurrar mi nombre…

—¿Shurq Elalle?

—No.

—¿Harlest Eberict? ¿Tetera? ¿La investigadora jefe Rucket? ¿El campeón Ormly?

—No.

—¿Podría haber sido tu imaginación?

—Es muy posible. Por ejemplo, creo que me están siguiendo unas ratas.

—Es muy probable, Bicho. Quizá una de ellas susurrara tu nombre.

—Una idea desagradable, amo.

—Sí que lo es. ¿Crees acaso que me complace que mi criado se relacione con ratas?

—¿Preferiría pasar hambre? —Bicho metió la mano en su camisa.

—¡No se te habrá ocurrido!

—No, es un gato —dijo mientras sacaba un cadáver pequeño, despellejado, decapitado y sin garras—. Con todo el sabor del canal, por desgracia.

—¿Otro regalo de Rucket?

—No, por extraño que sea. Del canal.

—Agh.

—Huele bastante fresco…

—¿Qué es ese cable que arrastra?

El criado levantó más el cadáver y luego cogió con dos dedos el alambre que colgaba y lo siguió hasta donde desaparecía entre la carne. Tiró y después lanzó un gruñido.

—¿Qué? —preguntó Tehol.

—El alambre lleva a un anzuelo grande y lleno de púas.

—Oh.

—Y el alambre está partido al final, me pareció que algo había frenado la caída. —Arrancó un trocito de carne de una de las patas del gato, lo partió en dos y luego colocó un trozo en cada extremo del insecto llamado Ezgara. La criatura se puso a comer—. En cualquier caso, un aclarado rápido y ya tenemos dos, si no son tres comidas. Una magnífica racha de suerte, amo, en los últimos tiempos.

—Sí —caviló Tehol—. Ahora me he puesto nervioso. Bueno, ¿tienes alguna nueva que contarme?

—¿Se da cuenta, amo, de que Gerun Eberict habría tenido que matar una media de entre diez y quince personas al día para lograr su dividendo anual? ¿Cómo encuentra el tiempo para hacer cualquier otra cosa?

—Quizá haya reclutado matones que comparten sus perturbados apetitos.

—Desde luego. En cualquier caso, Shurq ha desaparecido, tanto Harlest como Ublala están desconsolados…

—¿Por qué Harlest?

—Solo tenía a Ublala para presumir de sus nuevas garras y colmillos, y no es que a Ublala le impresionaran demasiado, hasta el punto que empujó a Harlest al interior del sarcófago y lo encerró dentro.

—Pobre Harlest.

—Se acostumbró bastante rápido —dijo Bicho—, y ya está pensando en su dramática resurrección, cuando sea que se produzca.

—Una noticia inquietante la de Shurq Elalle.

—¿Por qué?

—Significa que no ha cambiado de opinión. Significa que va a forzar la entrada del Depósito de las Cuotas. Quizá incluso esta misma noche.

Bicho miró al guardia.

—Amo…

—Oh, vaya, eso ha sido un descuido, ¿verdad? —Se levantó y se acercó—. Lo oye todo, es verdad. Amigo mío, al menos podemos estar de acuerdo en una cosa, ¿no?

Los ojos destellaron cuando el hombre se quedó mirando a Tehol.

—Cualquier ladrón que intente meterse en el Depósito ya se puede dar por muerto, ¿no? —Sonrió y luego se dio la vuelta para mirar a su criado.

Bicho empezó a quitarse la ropa mojada.

—Creo que he cogido un resfriado.

—El canal es famoso por su nocividad…

—No, de antes, amo. La Quinta Ala. He conseguido reforzar con éxito los cimientos…

—¿Ya? Vaya, eso es extraordinario…

—¿A que lo es? En cualquier caso, hace un frío tremendo en esos túneles… ahora.

—¿Me atrevo a preguntar?

Bicho se quedó desnudo con los ojos puestos en las tenues estrellas del cielo.

—Mejor no, amo.

—¿Y qué hay de la Cuarta Ala?

—Bueno, ahí es donde mi equipo está trabajando en estos momentos. Una semana, quizá diez días. Hay un viejo

canal de drenaje debajo. En lugar de luchar contra él, estamos instalando un conducto de arcilla cocida…

—Una cloaca…

—En el oficio es un conducto de arcilla cocida.

—Perdón.

—Que después llenaremos de gravilla. No sé por qué Queja no lo hizo ya en primer lugar, pero lo que él pierde lo ganamos nosotros.

—¿Ya estás seco, Bicho? Por favor, di que estás seco. Mira aquí a nuestro guardia, está horrorizado. Sin palabras.

—Ya lo noto, y me disculpo.

—Creo que jamás he visto tantas cicatrices en una sola persona —dijo Tehol—. ¿Qué haces en tu tiempo libre, Bicho, pelearte con cactus enfadados?

—No lo entiendo. ¿Por qué tendrían que estar enfadados?

—¿No lo estarías tú si te atacaran sin razón alguna? Eh, esa es una pregunta que le podría hacer aquí a nuestro guardia, ¿no te parece?

—Solo si él, o ellos, sufrieran una aflicción parecida, amo.

—Tienes razón. Y tendría que quitarse la ropa para que lo averiguáramos.

—No es muy probable.

—No. Bueno, Bicho, aquí tienes mi camisa. Póntela y agradece los sacrificios que hago por ti.

—Gracias, amo.

—Bien. ¿Listo? Es hora de irse.

—¿Adónde?

—Territorio conocido para ti, o eso me sorprendió descubrir. Eres un hombre de muchos misterios, Bicho. Sacerdote ocasional, sanador, el Hombre que Espera, te asocias con demonios y cosas peores. Si no fuera tan egocéntrico, estaría intrigado.

—Yo siempre agradezco su egocentrismo, amo.

—Como debe ser, Bicho. En fin, es de suponer que nuestro silencioso guardaespaldas nos acompañará. Así pues, salimos los tres. A adentrarnos con paso decidido en la noche. ¿Nos vamos?

Penetraron en el laberinto de chabolas del lado este de Letheras. El aire nocturno era caliente, lleno de olores e hinchado. Había criaturas escabulléndose entre los montones de basura podrida, perros salvajes que se zafaban entre sombras, en manadas malhumoradas en busca de jaleo, lo bastante amenazantes como para hacer que el guardaespaldas sacara la espada. La visión de la hoja desnuda bastó para que las bestias huyeran corriendo.

Los pocos indigentes sin hogar lo bastante valientes o desesperados como para enfrentarse a los peligros de callejones y calles habían usado basura para construir barricadas y cuchitriles. Otros habían suplicado un rincón en los tejados combados de chabolas desvencijadas y estaban sumidos en un sueño inquieto si era que dormían. Tehol podía sentir un sinfín de ojos que los contemplaban desde las alturas y seguían su rastro, que se adentraba cada vez más en el corazón del gueto.

Mientras caminaban, Tehol iba hablando.

—Las suposiciones son los cimientos de la sociedad letherii, quizá de todas las sociedades del mundo entero. La noción de injusticia, amigos míos. Pues de la injusticia se deriva el concepto de valor, ya se mida con dinero o con una miríada de otras maneras de juzgar la valía humana. Por decirlo de un modo sencillo, en el interior de todos nosotros reside la creencia incontestada de que los pobres y los muertos de hambre, de alguna forma, merecen su destino. En otras palabras, siempre habrá pobres. Una perogrullada

que le da estructura a la tarea continua de la comparación, el establecimiento a través de la observación no de nuestras similitudes mutuas, sino de nuestras diferencias esenciales.

»Sé lo que estáis pensando, ante lo que no me queda más remedio que llevaros la contraria a los dos. Veréis. Imaginad que estáis bajando por esta calle, repartiendo monedas a miles. Hasta que todos los presentes están en posesión de una inmensa riqueza. ¿Una solución? No, decís, porque entre estas gentes que de súbito se han hecho ricas habrá quizá una mayoría que resulte ser despilfarradora, derrochadora y necia, y antes de que pase mucho tiempo serán pobres otra vez. Además, si la riqueza se distribuyera de tal modo, las monedas mismas perderían todo valor, dejarían de ser útiles. Y sin esa utilidad, la estructura social que tanto atesoramos se derrumbaría.

»Ah, pero yo a eso digo, ¿y qué? Hay otras formas de medir nuestra valía. A lo que los dos respondéis con calor: ¡sin valor aplicable al trabajo, todo sentido de la valía se desvanece! Y como respuesta a eso yo me limito a sonreír y sacudir la cabeza. El trabajo y su producto se convierten en artículos negociables. Pero, espera, objetáis, ¡entonces el valor se cuela, después de todo! Porque un hombre que hace ladrillos no puede equipararse a, digamos, un hombre que pinta retratos. El material tiene un valor inherente, en base a nuestra necesidad de imponer la comparación, pero, ah, ¿acaso no estaba yo disputando esa misma suposición de que se debe proceder con tales intrincadas estructuras de valor?

»Así que preguntáis, ¿qué quieres demostrar, Tehol? A lo que yo respondo con un encogimiento de hombros. ¿Acaso he dicho yo que mi discurso fuera un modo valioso de usar este tiempo? No lo he dicho. No, vosotros supusisteis que lo era. Lo que demuestra mi argumento.

—Lo siento, amo —dijo Bicho—, ¿pero cuál decía que era el argumento?

—Se me ha olvidado. Pero ya hemos llegado. Contemplad, caballeros, a los pobres.

Se encontraban al borde de una vieja plaza de mercado convertida en una masa de refugios miserables que hervían de humanidad. Unas cuantas hogueras comunales ardían sin llama. La zona estaba rodeada de basura, sobre todo huesos de perro y gato, plagada de ratas. Los niños vagaban de esa forma aturdida, perdida, de los desnutridos. Los recién nacidos yacían envueltos en telas y casi sin atención alguna. Las voces se alzaban en discusiones y en alguna parte del lado contrario había una especie de pelea. Mestizos, nerek, faraed, tarthenal, incluso algún que otro fent. Unos cuantos letherii también, escapados del endeudamiento.

Bicho los miró en silencio durante media docena de latidos antes de hablar.

—Amo, transportarlos hasta las islas no resolverá nada.

—¿No?

—Estos son espíritus rotos.

—¿Sin esperanza de recuperación?

—Bueno, eso depende de lo paternalista que tenga intención de ser, amo. Los rigores de vidas pasadas están fuera del alcance de estas personas. Llegamos una generación tarde, o más. No tienen viejas habilidades a las que recurrir y como comunidad, esta está condenada al fracaso de forma intrínseca. Engendra violencia, descuido y poco más.

—Comprendo lo que dices, Bicho. Dices que has tenido noches mejores y que el momento no era el más oportuno, en absoluto oportuno. Te sientes desdichado, tienes catarro y deberías estar en la cama.

—Gracias, amo. Me lo estaba preguntando.

—El tema del paternalismo que has comentado tiene cierto mérito, lo admito —dijo Tehol con las manos en las caderas mientras estudiaba la mugrienta ciudad de chabolas—. Es decir, tienes razón, en cierto modo. En cualquier caso, la perdición está a punto de barrer este triste lugar. Lether está en guerra, Bicho. Habrá… campañas de reclutamiento.

—Reclutamientos forzosos —dijo el criado con un asentimiento malhumorado.

—Sí, a toda esa violencia malvada se le dará buen uso. Por supuesto, a pobres soldados como esos se les empleará como carne de catapulta. Una solución dura a un problema perenne, lo admito, pero una solución que tiene numerosos precedentes.

—Bueno, ¿y qué ha planeado, amo?

—El desafío que se me presenta a mí y a las avispadas mentes del gremio de los Cazarratas era, como has comentado, ¿cómo se da nueva forma a una sociedad entera? ¿Cómo se convierte ese impresionante ejemplo de instinto de supervivencia en una fuerza positiva comunal? Es obvio que necesitábamos la inspiración de una estructura social bien establecida y de gran éxito…

—Las ratas.

—Bien hecho, Bicho. Sabía que podía contar contigo. Así pues, empezamos por reconocer la necesidad de un líder. Poderoso, dinámico, carismático, peligroso.

—Un genio criminal con matones de sobra para imponer su voluntad.

Tehol frunció el ceño.

—Esa elección de palabras me decepciona, Bicho.

—¿Usted?

—¿Yo? Claro que no. Bueno, es decir, no de forma directa. Un líder realmente eficaz es un líder reticente. Y tampoco es

de esos cuyas palabras se reciben cada vez con vítores frenéticos, después de todo, ¿qué pasa en la mente de un líder así cuando esas escenas se repiten una y otra vez? Una certeza creciente, empieza a creer en su propia infalibilidad y así comienza la marcha hacia el desastre. No, Bicho, no permitiré que nadie me bese los pies…

—Me alivia oír eso, amo, ya que esos pies hace mucho, mucho tiempo que no conocen jabón.

—El cuerpo con el tiempo reanuda sus propios mecanismos naturales de limpieza, Bicho.

—¿Como una muda de piel?

—Exacto. En cualquier caso, yo estaba hablando de liderazgo de una forma general…

—¿Quién, amo?

—Pues el Hombre que Espera, por supuesto. Sacerdote ocasional, sanador, se codea con demonios…

—Me parece que no va a ser tan buena idea, amo —dijo Bicho mientras se frotaba el rastrojo de barba de la mandíbula—. Estoy bastante… ocupado en estos momentos.

—Un líder debería estar ocupado. Distraído. Preocupado. Dispuesto a delegar.

—Amo, de verdad que no creo que sea buena idea. En serio.

—¡Perfectamente reticente, perfecto! ¡Y mira! ¡Ya han notado tu presencia! Mira esas caras esperanzadas…

—Eso es hambre, amo.

—¡De salvación! Se ha corrido la voz, ya lo ves. Están listos para ti, Bicho. Han estado esperando…

—Esto va muy mal, amo.

—Tu expresión es perfecta, Bicho. Enfermiza y demacrada de consternación, desazonada y nerviosa en lo más profundo, sí, claro que sí. A mí no me habría salido mejor.

—Amo…

—Ve con tu rebaño, Bicho. Diles… que se van. Mañana por la noche. Todos ellos. Un lugar mejor, una vida mejor, los aguarda. Vamos, Bicho.

—Siempre que no me venere nadie —respondió el criado —. No me gusta que me veneren.

—Tú no dejes de ser falible —dijo Tehol.

Bicho le lanzó una mirada extraña, después entró en la ciudad de chabolas.

—Gracias por venir, Brys.

Kuru Qan estaba sentado en el sillón de grueso relleno cerca de la pared, frente a la entrada de la biblioteca. Lentes pulidas y trapo en la mano, limpiaba una lente y luego la otra, y después repetía el gesto una y otra vez. Tenía los ojos clavados en nada que fuera visible para Brys.

—¿Más noticias de Trate, ceda?

—Algo, sí, pero de eso hablaremos más tarde. En cualquier caso, debemos considerar perdida la ciudad.

—Ocupada.

—Sí. Otra batalla es inminente, en el fuerte Alto.

—¿La reina y el príncipe han retirado sus fuerzas, entonces? Tenía entendido que estaban buscando el desfiladero.

—Demasiado tarde. Los edur ya habían cruzado.

—¿Contribuirás a la defensa? —preguntó Brys al tiempo que entraba a zancadas en la pequeña habitación y se acomodaba en el banco, a la izquierda del ceda.

—No.

Sorprendido, Brys no dijo nada. Llevaba en compañía del rey y Unnutal Hebaz la mayor parte de la velada, estudiando los movimientos detectados de los ejércitos enemigos, inmerso en el doloroso ejercicio de intentar predecir la

naturaleza del consejo que su hermano Casco había dado al emperador edur. Estaba claro que Casco había anticipado el ataque preventivo contra las aldeas. En opinión de Brys, el rabioso despliegue de codicia de los campamentos de la reina y el príncipe era lo que los había traicionado. Janall, Quillas y sus inversores ya habían empezado a dividirse el botín potencial, lo que dejaba claro su deseo de una guerra rápida, una guerra que devastara a los tiste edur, y eso significaba cogerlos desprevenidos. Por la marcha de Janall hacia el desfiladero era obvio que su manera de pensar no había cambiado. Sin embargo, después se había retirado.

Los tiste edur les habían arrebatado la iniciativa. La aparición sobre el fuerte Alto, la rendición de Fent Límite y la caída de Trate indicaba la existencia de al menos dos ejércitos enemigos, así como dos flotas, y todos se movían rápido.

—Ceda, ¿has sabido algo más del demonio que entró en el puerto de Trate?

—El peligro no es singular sino plural —dijo Kuru Qan—. Veo ante mí la Cedance y he aprendido, para mi horror, que está… incompleta.

—¿Incompleta? ¿A qué te refieres?

El ceda continuó limpiando las lentes que tenía en las manos.

—Debo conservar mi poder hasta el momento adecuado. Se han de liberar los mares, tan sencillo como eso.

Brys esperó y después, cuando Kuru Qan no dijo nada más, se aventuró a hablar.

—¿Tienes alguna tarea para mí, ceda?

—Yo aconsejaría una retirada del fuerte Alto, pero el rey no accedería, ¿verdad?

Brys sacudió la cabeza.

—Tu estimación es certera. Incluso un desastre parecería… beneficioso.

—La eliminación de su esposa e hijo, sí. Un trágico estado de cosas, ¿no te parece, mi joven amigo? El corazón de la Cedance, como he terminado por comprender, se puede hallar en una negación sistémica. Y del corazón se deriva todo lo demás. Nuestra forma de vida y de ver el mundo. Enviamos soldados a morir y ¿cómo vemos esas muertes? Como sacrificios gloriosos. ¿Al enemigo muerto? Como víctimas de nuestro honorable sentido de la justicia. Mientras en nuestras ciudades, en los callejones estrechos y malolientes, una vida que termina no es más que un fracaso trágico. ¿Cuál es, entonces, la negación de la que hablo?

—La muerte.

Kuru Qan se colocó una vez más las lentes delante de los ojos y miró a Brys.

—Lo entiendes, entonces. Sabía que lo entenderías. Brys, no hay ninguna Fortaleza de Muerte. ¿Tu tarea? Ninguna salvo hacer compañía a un viejo esta noche.

El paladín del rey se frotó la cara. Sentía los ojos llenos de arenilla y un frío inexplicable. Se dio cuenta de que estaba agotado.

—Nuestra maníaca acumulación de riquezas —continuó Kuru Qan—; nuestro progreso precipitado, como si el movimiento fuera propósito y el propósito una virtud inherente; nuestra falta de compasión, a lo que denominábamos «ser realista»; el extremismo de nuestros juicios; nuestro fariseísmo, todo era huir de la muerte, Brys. Todo una negación inmensa, asfixiada en semántica y eufemismos. Valentía y sacrificio, patetismo y fracaso, como si la vida fuera un concurso que hay que ganar o perder. Como si la muerte fuera el árbitro del significado, el

momento del juicio final y, sobre todo, el juicio es algo que se ha de impartir, no recibir.

—¿Preferirías que veneráramos a la muerte, ceda?

—Igual de absurdo. No hace falta fe para morir, uno se muere de todas formas. He hablado de negación sistémica y es, desde luego y en todos los sentidos, sistémica. El mismo tejido de nuestro mundo, aquí en Lether y quizá en el resto del mundo, ha ido girando alrededor de esa… ausencia. Debería haber una Fortaleza de Muerte, ¿lo entiendes? ¿Relevante? Lo único relevante. Tuvo que haber existido, antaño. Quizá incluso un dios, algún esqueleto espeluznante en un trono de huesos, un baile de moscas de patas frías por corona. Pero aquí estamos, y no le hemos dado cara, ni forma, ni posición en nuestro elaborado esquema de existencia.

—Quizá porque es justo lo contrario de la existencia…

—Pero es que no lo es, Brys, no lo es. Que el Errante nos lleve, la muerte nos rodea. Caminamos sobre ella, la respiramos, nos empapamos los pulmones, la sangre, con su esencia. Nos alimentamos de ella a diario. Prosperamos en medio de la decadencia y la disolución.

Brys estudió al ceda.

—Se me ocurre —dijo poco a poco— que la vida en sí es una celebración de la negación. La negación de la que hablas, Kuru Qan. Nuestra huida; bueno, huir es elevarse por encima de los huesos, las cenizas, los caídos.

—Huir… ¿adónde?

—Cierto. A ninguna parte salvo a todas partes. Me pregunto si lo que has dicho se está manifestando en criaturas como Tetera y esa ladrona, Shurq Elalle…

La cabeza del ceda se levantó de golpe, los ojos alerta detrás de las gruesas lentes.

—¿Perdona? ¿Qué has dicho?

—Bueno, estaba hablando de aquellos a los que se les niega la muerte de verdad, ceda. La niña, Tetera…

—¿La guardiana de la Azath es una no muerta?

—Sí. Estoy seguro que mencioné…

Kuru Qan se había levantado.

—¿Estás seguro de eso? Brys Beddict, ¿es una no muerta?

—Lo es. Pero no entiendo…

—Levántate, Brys. Nos vamos. Ahora mismo.

—Son todos los caídos —dijo Tetera—. Quieren respuestas. No se irán hasta que reciban respuestas.

Shurq Elalle apartó de una patada un insecto que se le había subido a la bota.

—¿Respuestas sobre qué?

—Por qué murieron.

—No hay respuestas —respondió Shurq—. Es lo que hace la gente. Morir. Se mueren. Siempre se mueren.

—Nosotras no.

—Sí, nosotras sí.

—Bueno, no desaparecimos.

—Y por lo que parece, Tetera, ellos tampoco.

—Eso es cierto. Me pregunto por qué no se me ocurrió.

—Porque tenías unos diez años cuando moriste.

—Bueno, ¿y qué hago ahora?

Shurq estudió el patio repleto de maleza y terreno irregular.

—Me diste una idea y por eso estoy aquí. Dijiste que los muertos se estaban reuniendo. Reuniéndose alrededor de este lugar, que rondaban junto a los muros. ¿Puedes hablar con ellos?

—¿Y por qué iba a querer hablar con ellos? Nunca dicen nada interesante.

—Pero podrías si tuvieras que hacerlo.

Tetera se encogió de hombros.

—Supongo.

—Bien. Pide voluntarios.

—¿Para qué?

—Quiero que vengan conmigo. De excursión. Esta noche y otra vez mañana por la noche.

—¿Por qué iban a querer, madre?

—Diles que verán más oro del que pueden imaginar. Se enterarán de secretos que pocos en este reino poseen. Diles que vamos a visitar el Depósito de las Cuotas y las cámaras acorazadas reales. Diles que ha llegado el momento de divertirse. De aterrar a los vivos.

—¿Y por qué iban a querer los fantasmas aterrar a los vivos?

—Lo sé, es un concepto extraño, pero predigo que descubrirán que se les da muy bien. Es más, predigo que disfrutarán de la empresa.

—¿Pero cómo van a hacerlo? Son fantasmas. Los vivos ni siquiera pueden verlos.

Shurq Elalle se dio la vuelta y se quedó mirando las multitudes arremolinadas.

—Tetera, a nosotras nos parecen bastante sólidos, ¿no?

—Pero nosotras estamos muertas…

—¿Entonces por qué no podíamos verlos hace una semana? Entonces eran simples entes que revoloteaban en los márgenes de nuestra visión, ¿no es cierto? Si eran eso siquiera. ¿Entonces, qué ha cambiado? ¿De dónde ha salido su poder? ¿Por qué está creciendo?

—No lo sé.

Shurq sonrió.

—Yo sí.

Tetera se acercó a uno de los muros bajos.

La ladrona la observó hablar con los fantasmas. *Me pregunto si se da cuenta. Me pregunto si sabe que ahora está más viva que muerta. Me pregunto si sabe que está volviendo a la vida.*

Tras un momento, la niña volvió, se iba pasando los dedos por el pelo para soltar los nudos.

—Eres lista, madre —dijo—. Me alegro de que seas mi madre y es por eso.

—¿Tengo algún voluntario?

—Irán todos. Quieren ver el oro. Quieren asustar a la gente.

—Necesito algunos que sepan leer y algunos que sepan contar.

—No hay problema. Entonces dime, madre, ¿por qué se están haciendo más poderosos? ¿Qué ha cambiado?

Shurq miró atrás, a la torre cuadrada y miserable de piedra.

—Eso, Tetera.

—¿La Azath?

—Sí.

—Oh —dijo la niña—. Ahora lo entiendo. Ha muerto.

—Sí —dijo Shurq con un asentimiento—. Ha muerto.

Después de que madre se fuera con miles de fantasmas tras ella, Tetera se acercó a la entrada de la torre. Estudió las losas dispuestas ante la puerta y después eligió una y se arrodilló delante. Se le rompieron las uñas al soltarla y le sorprendió la punzada de dolor y después la sangre que brotó.

No le había dicho a Shurq lo difícil que había sido hablar con esos fantasmas. Sus voces incesantes habían estado desvaneciéndose durante el último día o dos, como si se estuviera quedando sorda. Aunque otros sonidos (el viento, las hojas muertas escabulléndose por el suelo, el crujido y chirrido de los insectos del patio y los sonidos de la ciudad en sí), todos eran tan claros como siempre. Le estaba pasando algo. La vibración palpitante del pecho se había acelerado. Ya eran cinco, seis, ocho al día. Los lugares donde su piel se había abierto tanto tiempo atrás se estaban cerrando con piel nueva y rosada y poco antes, ese mismo día, había tenido sed. Le había costado un poco comprender (recordar, quizá) lo que era la sed y lo que significaba, pero el agua estancada que había encontrado en la base de uno de los pozos del patio le había sabido de maravilla. Estaban cambiando tantas cosas, al parecer, y era confuso.

Arrastró la losa a un lado y después se sentó junto a ella. Limpió el polvo de la pulida superficie vacía. Había unos dibujos muy graciosos. Conchas, plantas grabadas (juncos con sus raíces redondas que parecían cebollas) y las impresiones guijarrosas de corales. Huesos diminutos. Alguien había tenido que tallar mucho para hacer una escena tan bonita de cosas muertas.

Miró sendero abajo, por la verja y hacia la calle. Qué raro, verla tan vacía. Pero la niña sabía que no duraría mucho.

Así que esperó.

La hemorragia de las puntas de los dedos se había detenido para cuando oyó los pasos que se acercaban. Levantó la vista y después sonrió al ver al tío Brys y al anciano de los ojos de cristal, el hombre al que ella no había visto nunca pero conocía de todos modos.

Los dos la vieron y Brys atravesó la verja, el anciano lo seguía con pasos nerviosos y vacilantes.

—Hola, tío —dijo Tetera.

—Tetera. Tienes… mejor aspecto. He traído un invitado, el ceda Kuru Qan.

—Sí, el que siempre me está mirando pero no me ve, pero mira de todos modos.

—No era consciente de ello —dijo el ceda.

—No como lo estás haciendo ahora —dijo Tetera—. No cuando tienes esas cosas delante de los ojos.

—¿Te refieres a cuando contemplo la Cedance? ¿Es entonces cuando te veo sin verte? —Observó a la niña asentir—. La Fortaleza de los Azath ha desaparecido, pequeña, pero aquí sigues tú. Eras su guardiana cuando estaba viva, cuando tú no lo estabas. Y ahora, ¿sigues siendo su guardiana cuando está muerta y tú no lo estás?

—¿No estoy muerta?

—No del todo. El corazón colocado en tu interior. Antaño congelado… ahora… se deshiela. No entiendo su poder y, lo admito, me asusta.

—Tengo un amigo que dijo que me destruirá si no le queda más remedio —dijo Tetera con una sonrisa—. Pero dice que es probable que no tenga que hacerlo.

—¿Por qué no?

—Dice que el corazón no despertará. No del todo. Por eso el sin nombre ocupó mi cuerpo.

La niña vio que la boca del anciano se movía pero no surgió ninguna palabra. A su lado, el tío Brys se acercó un poco más con la preocupación escrita en la cara.

—¿Ceda? ¿Te encuentras bien?

—¿Sin nombre? —El anciano estaba temblando—. Este sitio… esto es la Fortaleza de Muerte, ¿verdad? Se ha convertido en la Fortaleza de Muerte.

Tetera estiró el brazo y cogió la lápida. Pesaba tanto como un cadáver, así que estaba acostumbrada al peso.

—Esto es para tu Cedance, para el lugar al que miras cuando no me ves.

—Una losa. —Kuru Qan miró a otro lado cuando la niña la dejó delante de él.

—Ceda —dijo el tío Brys—, no lo entiendo. ¿Qué ha pasado aquí?

—Nuestra historia… hay tanto que está resultando falso. Los sin nombre pertenecían al Primer Imperio. Un culto. Fue suprimido. Eliminado. No puede haber sobrevivido pero parece haberlo hecho. Parece haber durado más que el Primer Imperio en sí.

—¿Son una especie de secta de la muerte?

—No. Eran sirvientes de los Azath.

—Entonces —preguntó Brys—, ¿por qué parecen haber estado supervisando la muerte de esta torre Azath?

Kuru Qan sacudió la cabeza.

—A menos que lo vieran como inevitable. Así que actuaron para contrarrestar a los del interior de los túmulos, los que escaparían una vez muriera la torre. La manifestación de una Fortaleza de Muerte quizá resulte no tener nada que ver con ellos.

—¿Entonces por qué sigue siendo ella la guardiana?

—Puede que no lo sea, Brys. Ella espera para ocuparse de los que están a punto de escapar de los terrenos. —La mirada del ceda volvió a posarse en Tetera—. Niña, ¿es por eso por lo que permaneces aquí?

La niña se encogió de hombros.

—Ya no falta mucho.

—¿Y el que la Azath eligió para ayudarte, Tetera, saldrá a tiempo?

—No lo sé. Espero que sí.

—Yo también —dijo Kuru Qan—. Gracias, niña, por la losa. Con todo, me pregunto lo que sabes de esta nueva

Fortaleza.

Tetera se quitó un insecto del pelo y lo tiró al suelo.

—El hombre guapo me lo contó todo —dijo.

—¿Otra visita?

—Solo una vez. Sobre todo se queda entre las sombras, al otro lado de la calle. A veces me seguía cuando yo iba de caza pero nunca dijo nada. No hasta hoy, cuando se acercó y charlamos.

—¿Te dijo su nombre? —preguntó el ceda.

—No. Pero era muy atractivo. Solo que dijo que tenía novia. Montones. Y novios también. Además, yo no debería regalar mi corazón. Eso fue lo que dijo. Él nunca lo hace. Nunca jamás.

—¿Y ese hombre te lo contó todo sobre la Fortaleza de Muerte?

—Sí, abuelo. Él lo sabía todo. Dijo que no necesita un nuevo guardián porque el trono ya está ocupado, al menos en los demás sitios. Aquí también, pronto. Y ya estoy cansada de hablar.

—Por supuesto, Tetera —dijo Kuru Qan—. Te vamos a decir adiós entonces.

—Adiós. ¡Oh, no te olvides de la losa!

—Enviaremos a alguien a recogerla, niña.

—De acuerdo.

Tetera los vio marcharse. Cuando desaparecieron se dirigió al túmulo de su amigo y lo sintió cerca.

—¿Adónde me llevas esta vez?

Con su mano en la de él, la niña se encontró de pie sobre una colina baja y ante ellos había un valle inmenso y poco profundo lleno de cadáveres.

Atardecía y una capa de humo flotaba sobre el paisaje. En el horizonte, enfrente de ellos, ardía una montaña suspendida de piedra negra, las columnas de humo

ondeaban en los flancos hendidos. Debajo, los cuerpos pertenecían en su mayoría a algún tipo de reptil enorme que vestía una extraña armadura. Piel gris y morro largo, formas contorsionadas y cubiertas de cuchilladas, echadas en montones enmarañados. Entre ellos yacía alguna otra figura. Altas, algunas de piel gris, otras de piel negra.

A su lado, su amigo habló.

—Más de cuatro mil, Tetera. Y solo en este valle. Hay otros… valles. Como este.

Una veintena de bestias de alas correosas cruzaban el valle por un extremo, a lo lejos, a su derecha.

—Ooh, ¿esos son dragones?

—Engendros. Locqui wyval en busca de su amo. Pero él se ha ido. Cuando se den cuenta, sabrán que han de esperar. Será una larga espera.

—¿Están esperando todavía?

—Sí.

—¿Cuándo ocurrió esta batalla?

—Hace muchos miles de años, Tetera. Pero el daño persiste. Dentro de muy poco tiempo llegará el hielo y sellará todo lo que ves. Lo mantendrá todo estático, una hechicería de impresionante poder, tan poderosa que será una barrera para los propios muertos, para el sendero que sus espíritus habrían de tomar. Me pregunto si eso era lo que el jaghut pretendía. En cualquier caso, la magia retorció la tierra. Los muertos… permanecieron. Aquí, en el norte, y mucho más al sur, hasta la propia Letheras. En mi opinión, un dios ancestral se entrometió. Pero nadie podría haber previsto las consecuencias, ni siquiera un dios ancestral.

—¿Es por eso por lo que la torre se ha convertido en la Fortaleza de Muerte?

—¿Lo ha hecho? No era consciente de ello. Eso es lo que ocurre, entonces, cuando la hechicería muere al fin y el

mundo se deshiela. Se reafirma el equilibrio.

—Shurq Elalle dice que estamos en guerra. Los tiste edur, dice, están invadiendo Lether.

—Esperemos que no lleguen antes de que yo sea libre.

—¿Por qué?

—Porque procurarán matarme, Tetera.

—¿Por qué?

—Por temor a que yo intente matarlos a ellos.

—¿Y lo harás?

—En muchos sentidos —respondió él— no hay razón para que no lo haga. Pero no, no a menos que se interpongan en mi camino. Tú y yo sabemos, después de todo, que la verdadera amenaza yace en los túmulos de los terrenos de Azath.

—No creo que los edur vayan a ganar la guerra —dijo la niña.

—Sí, un fracaso por su parte sería lo ideal.

—¿Y qué más querías enseñarme?

Una mano muy pálida señaló el valle.

—Hay algo extraño en todo esto. ¿Lo ves? O, más bien, ¿qué es lo que no ves?

—No veo ningún fantasma.

—Sí. Los espíritus han desaparecido. La pregunta es, ¿dónde están?

Shurq Elalle oyó resonar gritos de pánico mientras bajaba por el amplio pasillo de techos altos camino de la cámara maestra del Depósito de las Cuotas. Guardias, sirvientes, escribanos y personal de limpieza habían sucumbido todos y cada uno a un terror perfectamente comprensible. No había nada peor, reflexionaba la ladrona, que la visita inesperada de parientes muertos.

Algo más adelante, las puertas dobles estaban abiertas de par en par y los faroles de la enorme sala se mecían como locos bajo las ráfagas inmanentes de enérgicas prisas.

La ladrona entró sin prisas en la cámara.

Un fantasma miserable corrió hacia ella, en su rostro podrido una sonrisa salvaje.

—¡La he tocado! ¡Mi última moneda! ¡La encontré entre las pilas! ¡Y la toqué!

—Me alegro por ti —dijo Shurq—. Bueno, ¿y dónde están los contables y los lectores?

—¿Eh?

Shurq pasó junto al fantasma. La cámara hervía de actividad, los espíritus se apresuraban de un lado a otro, unos se habían encorvado sobre pergaminos tirados mientras otros se retorcían por los estantes. Habían volcado cofres de monedas y las resplandecientes piezas de oro se agitaban por el suelo de mármol bajo las zarpas de espectros que no paraban de farfullar.

—¡Yo trabajé aquí!

Shurq miró al fantasma que flotaba hacia ella.

—¿Sí?

—Oh, sí. Han puesto más estantes y mira esos nichos para faroles, ¿qué idiota se decidió por esos atrapapolvos? El polvo aumenta el riesgo de incendios. Es un riesgo terrible. Vaya, yo siempre se lo estaba diciendo. Y ahora podría demostrárselo, un empujoncito, un simple empujoncito a ese farol de ahí, sí…

—¡Haz el favor de volver aquí! No se quema nada. ¿Entendido?

—Si tú lo dices. Está bien. Además, solo estaba de broma.

—¿Has mirado los libros mayores?

—Sí, sí, y contado. Y memorizado. A mí siempre se me dio bien memorizar, por eso me contrataron. Podía contar,

contar y contar y jamás me perdía. ¡Pero el polvo! ¡Esos nichos! Podría quemarse todo, quemarse de una forma horrible…

—Ya basta. Tenemos lo que necesitamos. Ya es hora de que nos vayamos todos.

Un coro de voces temblorosas le respondieron.

—¡No queremos!

—Vendrán sacerdotes. Es probable que ya estén de camino. Y magos, impacientes por capturar espectros para convertirlos en sus esclavos y sirvientes para toda la eternidad.

—¡Nos vamos!

—Tú —le dijo Shurq al fantasma que tenía delante—, ven conmigo. Habla. Dame detalles.

—Sí, sí. Por supuesto.

—¡Y deja ese farol en paz, maldito seas!

—Perdón. El riesgo de incendio es terrible, oh, las llamas que habría. ¡Qué llamas, todas esas tintas, tantos colores!

—¡A ver, todo el mundo! —gritó la ladrona—. ¡Nos vamos ya! ¡Y tú, deja de hacer rodar esa moneda, se queda aquí!

—El Séptimo Cierre —murmuró Kuru Qan mientras regresaban al palacio—. Todo está dibujando una espiral hacia el interior. Inquietante, esta concatenación de detalles. La Azath muere, una Fortaleza de Muerte nace. Un sin nombre aparece, toma posesión del cadáver de una niña y después crea una alianza con un habitante de un túmulo. Un usurpador se proclama emperador de los tiste edur y ahora encabeza una invasión. Entre sus aliados, un demonio del mar, un demonio con poder suficiente para destruir a dos de mis mejores magos. Y ahora, si son ciertos otros

rumores, es posible que el propio emperador sea un hombre de muchas vidas…

Brys lo miró.

—¿Qué rumores?

—Los ciudadanos presenciaron su muerte en Trate. Al emperador edur lo derribaron en combate. Sin embargo… regresó. Es probable que sea una exageración, pero, no obstante, me ponen nervioso mis propias suposiciones, Brys. Con todo, los tiste edur tienen unos sanadores magníficos. Quizá un hechizo de vinculación de algún tipo que adhiera el alma a la carne hasta que puedan llegar… Debo pensar más en este tema.

—¿Y tú crees, ceda, que todo esto está unido de algún modo al Séptimo Cierre?

—El renacimiento de nuestro imperio. Ese es mi temor, paladín. Que, de algún modo fatal, hayamos malinterpretado nuestra antigua profecía. Quizá el imperio ya haya aparecido.

—¿El tiste edur? ¿Por qué una profecía letherii iba a tener algo que ver con ellos?

Kuru Qan sacudió la cabeza.

—Es una profecía que surgió en los últimos días del Primer Imperio. Brys, hay tanto que hemos perdido. Conocimiento, el mundo de esa época. Hechicería que salió mal, que originó bestias horrendas, ejércitos de no muertos que provocaron tal matanza entre nuestro pueblo y luego se fueron sin más. Relatos misteriosos de un extraño reino de magia que quedó destrozado. ¿Podría el papel de un pueblo entero encajar en cualquiera de las brechas que tiene nuestro conocimiento? Sí. ¿Y qué hay de los otros pueblos que se nombran pero de los que no sobreviven nada más que los nombres, sin descripciones? Barghastianos, jhag, trell. ¿Tribus vecinas? Nunca lo sabremos.

Llegaron a las puertas. Guardias adormilados los identificaron y abrieron la puerta del postigo, más pequeña. Los terrenos del palacio estaban vacíos, silenciosos. El ceda hizo una pausa y se quedó mirando las estrellas neblinosas del cielo.

Brys no dijo nada. Esperó, de pie al lado del anciano y vio el cielo nocturno reflejado en las dos lentes que tenía Kuru Qan delante de los ojos. Se preguntaba qué estaría pensando el ceda.

Tehol Beddict sonrió cuando la vio abrirse camino entre la multitud.

—Investigadora jefe Rucket. Es un placer verla de nuevo.

—No, no lo es —respondió ella—. Solo está intentando ponerme a la defensiva.

—¿Cómo es que mi placer la pone a la defensiva?

—Porque me hace sospechar, por eso. Usted no me engaña, con esos absurdos pantalones y ese estúpido insecto en el hombro.

Tehol bajó la mirada, sorprendido.

—¡Ezgara! Creí que te había dejado en el tejado.

—¿Lo ha llamado Ezgara? No se parece en nada a nuestro rey. Oh, quizá si nuestro rey tuviera dos cabezas, entonces podría encontrarle un parecido, pero, tal y como es, es un nombre estúpido.

—Los tres estamos muy ofendidos, al igual que aquí mi guardaespaldas y, hemos de suponer, sus dos hermanos, dondequiera que estén. Así pues, los seis. Muy ofendidos.

—¿Dónde está Bicho?

—En algún lugar de esa multitud que tiene detrás, supongo.

—Pues no. Están todos buscando.

—Oh, estaba ahí hace un momento.

—Pero ya no está y la gente está clamando.

—No, de eso nada, Rucket. Están sonriendo.

—Ahora está cuestionando mi criterio. Y llegando a la conclusión, sin duda, de que la terquedad es atractiva, en el plano más sexual. Quizá para algunas mujeres lo sea, la clase que usted prefiere, apostaría. Pero a mí me ofende que usted ponga objeciones a todo lo que digo.

—¿Y ahora quién está llevando la contraria?

La mujer frunció el ceño.

—Venía con la intención de invitarle a tomar una cena tardía. Hay un restaurante con un patio no lejos de aquí…

—El Pavo Real Pisoteado.

—Bueno, sí. Qué aflicción, es obvio que está familiarizado con él. Lo que me sugiere, por razones obvias, que las citas clandestinas son habituales en usted, lo que también indica cierta ordinariez y cierto comportamiento dejado por su parte. No sé por qué me sorprende que sea tan disoluto, en realidad. Debería haberlo supuesto. Por tanto, no quiero tener nada que ver con usted.

—Jamás he estado allí.

—¿Ah, no? ¿Entonces cómo sabe de él?

Es mío.

—Por su reputación, me imagino. Ojalá pudiera ser más preciso. Quién dijo qué, cuándo y todo eso, pero es tarde e incluso si no lo fuera, seguro que tampoco recordaría esos detalles.

—Bueno, ¿y tiene hambre?

—Siempre. Ah, aquí está mi criado. ¿Has oído, Bicho? La investigadora jefe Rucket nos ha invitado a cenar.

—Bueno, el gato puede esperar.

Rucket miró furiosa a Tehol.

—¿Quién dijo nada sobre él?

—Yo voy a todas partes con mi criado, Rucket. Y mi guardaespaldas.

—¿A todas partes? ¿Incluso a las citas?

—Bicho —dijo Tehol—, ¿has hecho todo lo que se puede hacer aquí? ¿Es hora de dejar que estas pobres personas duerman?

—Más que de sobra, amo.

—¡Nos vamos al Pavo Real Pisoteado!

—¿Es esa una buena idea, amo?

—Bueno, no es mía, Bicho, pero ahí lo tienes. Por favor, Rucket, usted primero.

—Ah, maravilloso. Estoy deseando pasar una noche esquivando ataques contra mi vanidad. Venga, vamos ya, todos, estamos perdiendo tiempo.

Tehol lanzó las manos al aire en cuanto entraron en el patio.

—¡Extraordinario! ¡Bicho, mira quién está aquí! ¡Pero si son Shand, Rissarh y Hejun! ¡Vamos, pongamos dos mesas juntas y convirtamos esto en una reunión festiva de conspiradores!

—La coincidencia me deja asombrado —dijo el criado.

—En el nombre del Errante, ¿se puede saber quiénes son estas mujeres? —preguntó Rucket—. ¿Y por qué están todas tan enfadadas?

—No es enfado —dijo Tehol al acercarse—, es que me han reconocido. Mis queridas señoras, ¿cómo estáis? Veo que os encontráis bien. Hemos decididos unirnos a vosotras.

—¿Quién es esa absurda criatura que está a tu lado? —preguntó Shand—. ¿Y por qué lleva una capa?

—Cuidado con a quién llamas criatura, cabeza de adoquín —siseó Rucket.

—Tehol se ha buscado una mujer —dijo Rissarh con una sonrisa desdeñosa—. Típico. Nos roba a nuestro hombre y luego se busca una mujer…

Hejun lanzó un gruñido.

—Yo estaba empezando a sospechar de él y de la zorra muerta.

—¿La zorra muerta? —Los ojos de Rucket miraron frenéticos a su alrededor—. ¿Le hace el amor a una zorra muerta?

—Un accidente extraño… —empezó a decir Tehol.

—Si te afeitaras la cabeza —le dijo Shand a Rucket balbuceando de rabia—, ¡todos veríamos lo fea que eres de verdad!

El guardia parecía alarmado. Los clientes de otras mesas le hacían gestos como locos al personal de servicio.

—Eso ha tenido que costarte, ¿eh? —preguntó Rucket—. Tehol, ¿qué es todo eso de robarles a su hombre? ¿Compartían un hombre? ¿Sigue vivo? ¿Sigue cuerdo? ¿Se presentó voluntario para los Ahogamientos?

—¿Quieres ver algo que me cuesta de verdad? —Shand se puso de pie y empezó a sacar el cuchillo que llevaba en el costado.

—Oh, qué patético —dijo Rucket—. Mira, compara eso con aquí mi estoque.

—¡A por ella! —Esa fue Rissarh al tiempo que se abalanzaba desde el otro lado de la mesa. Esta se derrumbó bajo su peso un momento más tarde, pero la mujer ya había conseguido rodear con los brazos los muslos de Rucket, que lanzó un extraño chillidito cuando se vio arrastrada. El estoque se soltó y golpeó con fuerza la muñeca estirada de Shand, lo que mandó el cuchillo dando vueltas. Hejun agarró entonces el brazo de Rucket que sostenía la espada y lo retorció para soltar el arma. Una bota bien pulida subió

disparada para golpear a Hejun en el vientre. La mujer gimió y se combó.

Tehol echó a Bicho un paso atrás.

—Creo que tenías razón cuando dijiste que no era una buena idea.

Gruñidos, golpes de enjundia y puños que volaban. Clientes que huían, el aullido de un gato en la cocina.

Tehol suspiró.

—Deberíamos irnos. Pero antes, encárgale al gerente cuatro botellas de buen vino, para cuando hayan terminado de pegarse. Predigo que para cuando amanezca, todas serán grandes amigas.

—Yo no estoy tan seguro…

—Tonterías, Bicho, las cosas son así. Vamos, antes de que se vuelvan contra nosotros.

No fue de extrañar que el guardaespaldas encabezara la marcha hacia la salida.

Una vez fuera, Tehol se limpió un polvo imaginario de las manos.

—En general, una gran velada, ¿no os parece? Bueno, ahora deberíamos ver si, de camino a casa, podemos sacar de alguna parte un poco de madera, o por lo menos algo que arda. Nos llama un asado de gato.

Los golpes en el patio del restaurante aumentaron de repente.

Tehol dudó.

—Me tientan los ruidos de producción de madera de ahí dentro.

—No sea tonto, amo.

—Quizá tengas razón. Tú primero, Bicho. A casa.

18

La expectación está sola,
y atesta el inmenso vacío
de este cofre cerrado de cámara
con su falso suelo, el ilusorio
estrado en el que cuatro patas de
carpintería de portadores de
camilla se agazapan bajo el trono
de la gloria de mañana, cuando
los cazadores bajen
de la penumbra de madera cortada,
tensos por perseguir
las sombras de potentados
y pretendientes, pero él mantiene,
con firmeza, la privilegiada indiferencia
que es infructuosa paciencia.
La expectación se encuentra siempre
sola ante este eternamente
vacío, tan vacío, trono.

Fortaleza del Trono Vacío
Kerrulict

Cenizas que dibujan torbellinos por doquier, el río una serpiente de fango que extiende su mancha por la bahía muerta, el joven nerek se agachó al borde de la tierra sagrada. Tras él, los otros estaban sentados alrededor de su

preciada hoguera y continuaban discutiendo. El joven sabía que debía esperar.

Terreno consagrado. Se habían acurrucado en él mientras tronaban las tormentas de hechicería y destruían la aldea de los hiroth, aplastaban los bosques que los rodeaban y los fuegos que habían ardido durante días enteros no podían azotarlos con su calor. Las cenizas ya se habían enfriado, no había más chispas bailando en el viento y los cuerpos hinchados de los animales salvajes muertos que habían llenado la desembocadura del río se habían ido soltando en algún momento de la noche anterior, arrastrados hacia el mar y a los tiburones que los aguardaban.

Su compañero de cuchillo se acercó a su lado y se agachó.

—Su miedo los contiene —dijo— y, sin embargo, es ese mismo miedo lo que los obligará a aceptar. No tienen alternativa.

—Lo sé.

—La primera vez que hablaste de tus sueños, te creí.

—Sí.

—Nuestro pueblo no ha soñado desde que los letherii nos conquistaron. Nuestras noches estaban vacías y creíamos que así lo estarían hasta el final de los tiempos, hasta que muriera el último nerek y ya no fuéramos más un pueblo. Pero vi la verdad en tus ojos. Hemos compartido el cuchillo, tú y yo. No dudé.

—Lo sé, hermano.

El anciano de los nerek los llamó a su espalda, una voz dura y colérica.

—Se ha decidido. Iréis los dos. Por los antiguos senderos, para que vuestro viaje sea rápido.

El joven y su hermano de cuchillo se levantaron y se dieron la vuelta.

El anciano asintió.

—Id. Encontrad a Casco Beddict.

Los dos nerek salieron a la ceniza granulosa y emprendieron el viaje al sur. El nacimiento de los sueños había revelado una vez más los antiguos senderos, los caminos para cruzar y pasar entre mundos. No les llevaría mucho.

Temor Sengar lo condujo a un claro retirado, los sonidos del ejército preparado llegaban lejanos y apagados. En cuanto Trull dio el primer paso en el claro, su hermano giró en redondo. Un antebrazo duro contra su garganta, el peso empujándolo hacia atrás hasta que chocó contra el tronco de un árbol, donde Temor lo mantuvo.

—¡Guardarás silencio! Se acabaron tus dudas, no se las mencionarás a nadie más, y no me las mencionarás a mí. Eres mi hermano y solo por eso no te he matado ya. ¿Me oyes, Trull?

Le estaba costando respirar, pero permaneció inmóvil, con los ojos clavados en Temor.

—¿Por qué no respondes?

Siguió sin decir nada.

Con una mueca de desdén, Temor apartó el brazo y dio un paso atrás.

—Mátame, ¿quieres? —Trull siguió apoyado en el árbol. Sonrió—. ¿Por la espalda entonces? Un cuchillo que me sorprenda desprevenido. De otro modo, hermano, te costaría mucho.

Temor apartó la mirada. Después asintió.

—Sí.

—Un cuchillo por la espalda.

—Sí.

—Porque si tengo mi lanza, es igual de probable que terminaras muerto tú, no yo.

Temor lo miró furioso, después la cólera fue desapareciendo poco a poco de sus ojos.

—Tiene que parar, Trull. Estamos a punto de entrar en batalla…

—¿Y dudas de mi habilidad?

—No, solo de tu disposición.

—Bueno, sí, tienes razón en dudar de eso. Pero haré lo que me mandes. Mataré a los letherii por ti.

—Por el emperador. Por nuestro pueblo…

—No. Por ti, Temor. De otro modo, harías bien en cuestionar mi habilidad. De hecho, harías bien en quitarme el mando. En sacarme de toda esta guerra absurda. Envíame lejos, a las aldeas del norte de los den-ratha, donde es probable que haya unos cuantos miles de edur que prefirieron quedarse atrás.

—No existen tales.

—Pues claro que sí.

—Un puñado.

—Más de los que crees. Y sí, he sentido la tentación de unirme a ellos.

—Rhulad no lo permitiría. Tendría que matarte.

—Lo sé.

Temor empezó a pasearse.

—Los k'risnan. Dijeron que a Rhulad lo mataron ayer. En Trate. Después regresó. Ya no puede haber duda, hermano. Nuestro emperador es imparable. Su poder no hace más que crecer…

—Lo ves de la forma equivocada, Temor.

El edur se detuvo y lo miró.

—¿A qué te refieres?

—«Nuestro emperador es imparable». Yo no lo veo así.

—De acuerdo. ¿Cómo lo ves tú, Trull?

—Nuestro hermano está condenado a morir un sinfín de muertes. A morir, levantarse y volver a morir. Nuestro hermano, Temor, el menor de nosotros. Así lo veo yo. ¿Y ahora he de abrazar el poder que le ha hecho esto a Rhulad? ¿He de servirlo? ¿Prestarle mi habilidad con la lanza? ¿He de tallar un imperio para él? ¿No hay dolor en las muertes de Rhulad? ¿No hay horror? ¿No está lleno de cicatrices? ¿Cuánto tiempo, Temor, puede resistir su cordura? Ahí está, un joven guerrero engalanado con una pesadilla de oro, su carne arrugada y mutilada, y las armas penetrarán en él, y él lo sabe, sabe que lo matarán una y otra vez.

—Para, Trull. —Como un niño, Temor se tapó los oídos con las manos y se dio la vuelta—. Para.

—¿Quién le está haciendo esto?

—¡Para!

Trull se calló. *Dime, hermano, ¿te sientes tan impotente como yo?*

Temor lo miró una vez más y su expresión volvió a endurecerse.

—Expresa tus dudas si no te queda más remedio, Trull, pero solo ante mí. En privado.

—Muy bien.

—Y ahora, nos aguarda una batalla.

—Así es.

Una manada de ciervos espantada en el borde del bosque, al sur del río Katter; había salido disparada, saltando y huyendo a través del campo de la muerte. En las antemurallas de tierra, junto a las murallas del fuerte Alto, Moroch Nevath se encontraba junto a su reina y su príncipe. Ante ellos, en una fila inmóvil, se habían colocado los cuatro

hechiceros del cuadro de Janall, envueltos en mantos para hurtarse al frío de la mañana, mientras que a ambos lados y a lo largo de la berma que rodeaba la fortificación esperaban las compañías de infantería pesada del batallón de la Reina. Flanqueaban cada compañía inmensas carretas y cada una la ocupaba una balista dresh, la recámara cargada con una sarta de treinta y seis cuadrillos. Sartas de repuesto esperaban cerca, en el cargador con rampa, la dotación fuertemente armada reunida alrededor, examinando con aire nervioso la línea de bosques del norte.

—Los edur están bajando —dijo el príncipe Quillas—. No tardaremos en verlos.

Los ciervos se habían instalado en el campo de la muerte y estaban pastando.

Moroch miró la berma menor del este. Había dos compañías más apostadas allí. La brecha entre las dos antemurallas era estrecha y escarpada, y llevaba a un baluarte que hacía esquina con la muralla de la ciudad, donde las balistas y las catapultas dominaban el acceso.

El cuadro de magos del príncipe, tres hechiceros menores, estaba situado con una pequeña guardia en el antemural que había justo al sur de la Hondonada Seca, metido en el entrante angular de las murallas del fuerte Alto. El viejo canal de drenaje bajaba serpenteando desde la pequeña cordillera de colinas que había a mil pasos al norte. Tres antemurallas adicionales corrían paralelas a la Hondonada Seca, y sobre esas construcciones se habían ubicado los elementos adelantados de la brigada Chaquetas de Hierba. El antemural más oriental y, más grande también, albergaba un fuerte de paredes de piedra y era allí donde los comandantes de la brigada habían apostado su propio cuadro de magos.

Se habían levantado más antemurallas alrededor del resto del fuerte Alto, y ahí aguardaban individuos de reserva de las brigadas y los batallones, incluidos elementos de caballería pesada. Bordeaba las murallas de la ciudad y los bastiones la guarnición del fuerte Alto.

En opinión de Moroch, la batalla inminente sería decisiva. El carácter traicionero de los edur que se había revelado en Trate no se repetiría allí, no con once hechiceros presentes entre las fuerzas letherii.

—¡Espectros!

El grito procedía de uno de los oficiales de la reina y Moroch Nevath devolvió su atención a la lejana línea de árboles.

Los ciervos habían levantado la cabeza y miraban con fijeza el borde del bosque. Un momento después salieron disparados una vez más, esa vez hacia el sur, para alcanzar el camino de los madereros, por el que se alejaron saltando hasta perderse en la bruma.

Al otro lado del campo de la muerte (pastos en tiempos de paz), las sombras salían fluyendo de entre los troncos, con un vago aspecto humano y reuniéndose en una densa masa que después se estiraba en una línea tosca, trescientos pasos de longitud y varias decenas de profundidad. Tras ellos venían unos demonios enormes y pesados, casi el doble de altos que un hombre, quizá un centenar en total, que formaban una cuña tras la línea de espectros. Al final, a ambos lados, aparecieron los guerreros, los tiste edur a la derecha de la cuña y una horda de salvajes pequeños envueltos en pieles más lejos, a la izquierda.

—¿Quiénes son? —preguntó el príncipe Quillas—. Los del flanco izquierdo, no son edur.

La reina se encogió de hombros.

—Alguna banda perdida de nerek, quizá. Yo calculo que haya unos mil, no más, mal armados y con escasa armadura.

—Carne de catapulta —dijo Moroch—. Parece que los edur han aprendido mucho de nosotros.

Una formación parecida se estaba reuniendo al norte de la berma inferior, aunque las dos fuerzas de los flancos eran tiste edur.

—Los espectros cargarán primero —predijo Moroch— con los demonios detrás de ellos para intentar romper nuestras líneas. Mirad, banderas de señales de los Chaquetas de Hierba. Sin duda han visto sus propias filas enemigas.

—Si fuera comandante edur —dijo Quillas—, ¿qué haría? El ataque no puede ser tan directo como parece, ¿no?

—Si el comandante es idiota, puede serlo —dijo Janall.

—La hechicería terminará anulándose mutuamente, como siempre ocurre. Así pues, la batalla será de espada contra espada. —Moroch lo pensó un momento antes de continuar —. Yo utilizaría la Hondonada Seca. E intentaría una carga repentina contra su cuadro de magos, príncipe.

—Quedarían visibles, y vulnerables, durante los últimos cincuenta o sesenta pasos de la carga, finadd. Los baluartes los masacrarán, y si no son ellos, entonces la compañía más occidental de las Chaquetas de Hierba puede lanzar una carga ladera abajo y penetrar en su flanco.

—Lo que dejaría el antemural con menos defensas. Utilizar la Hondonada Seca como amago y una fuerza de reserva para atacar luego el antemural y apoderarse de él.

—El antemural se agazapa a la sombra de la torre del baluarte más grande del fuerte Alto, finadd. A los edur los masacraría la enfilada de respuesta.

Tras un momento, Moroch asintió.

—Es como dice, príncipe. Admito que no veo ninguna ventaja para los tiste edur.

—Estoy de acuerdo —dijo el príncipe Quillas.

—Un extraño silencio —caviló Moroch tras un momento, mientras las fuerzas enemigas se reunían.

—Son los espectros y demonios, finadd. A ningún soldado le gusta pensar en eso.

—Los magos los aniquilarán —aseveró Janall. Iba ataviada con una elaborada armadura, el yelmo grabado con una filigrana de plata y oro. Su espada era del mejor acero letherii pero la empuñadura estaba envuelta en hilo de oro y el pomo era un racimo de perlas engastadas en plata. Una labor de cuentas cubría el tabardo. Debajo, Moroch sabía que había hojuelas de acero. El militar no creía que la reina fuera a necesitar sacar la espada. Con todo… El finadd se dio la vuelta y le hizo un gesto a un edecán, al que luego se llevó a un lado.

—Prepara los caballos de la reina, al socaire del sur del baluarte del oeste.

—Sí, señor.

Algo iba mal, Moroch lo percibió mientras veía al edecán salir corriendo. Examinó el cielo. Gris. O bien el sol lo atravesaría con sus rayos o llovería. Regresó a su posición original y estudió las filas distantes.

—Están en posición. ¿Dónde están los cánticos? ¿Las exhortaciones? ¿Las maldiciones rituales?

—Reconocen el destino lúgubre que les aguarda —dijo Quillas— y el terror los hace callar.

De repente se agitaron los magos de la reina. Todos se pusieron alerta. Janall lo notó.

—Preparad las filas —dijo—. Los edur han comenzado con su hechicería.

—¿De qué tipo? —preguntó Moroch.

La reina negó con la cabeza.

—Por los huevos del Traidor —murmuró el finadd. Algo iba mal. Muy mal.

Ahlrada Ahn había sacado su alfanje y esbozaba una gran sonrisa.

—Jamás he entendido a los que empuñáis las lanzas. Esta será una lucha cuerpo a cuerpo, Trull Sengar. Te arrancarán el mango de las manos…

—Lo intentarán. La maderanegra no se rompe en pedazos, como bien sabes. Y la mano con la que la sujeto tampoco.

De pie, detrás de la cuña de demonios, había un k’risnan. El compañero del hechicero estaba con la otra fuerza, ubicada también detrás de una cohorte de demonios. Hanradi Khalag estaba al mando allí y el k’risnan que estaba a su cargo era su hijo.

B’nagga y un millar de sus jheck eran apenas visibles en una cuenca del oeste. Otros mil iban bajando la hondonada, mientras que el tercer millar acompañaba a la fuerza más oriental junto con los espectros y demonios.

Se le ocurrió a Trull que no sabía casi nada de los enormes demonios con armadura vinculados por los k’risnan a esa guerra. Ni siquiera el nombre por el que se hacían llamar.

Los guerreros de los arapay y los hiroth se concentraban junto a la línea del bosque, menos de un tercio del número total quedaba a la vista del enemigo. En apariencia, el ejército edur dominante sería el central, los dieciocho mil hiroth y merude de Hanradi Khalag, pero en realidad la fuerza que Temor tenía en el bosque ascendía a casi veintitrés mil guerreros edur. Y distribuidos entre ellos había espectros en un número casi incontable.

Unos zarcillos de bruma gris giraban alrededor del k’risnan más cercano, formando una red fluida que empezaba a espesarse y luego alzarse. Unas hebras finas como hilos salieron serpenteando y se entrelazaron con las filas más cercanas de edur. Iban saliendo como raíces y lo abrazaban todo a la vista, salvo los espectros y los demonios. En una pared gris que ondeaba, retoñó la hechicería. Trull sintió que danzaba sobre él y su roce desencadenó un ataque de náuseas que apenas pudo contener.

Entre los cuadros letherii se alzó una oleada de fuego rabioso a modo de respuesta que subió con un rugido por delante de la antemuralla, luego se precipitó, rápida y salvaje, por todo el campo de la muerte.

Y así, de repente, la batalla había comenzado.

Trull se quedó mirando el inmenso muro de fuego que se lanzaba hacia ellos. En el último momento, la madeja gris salió a toda velocidad, chocó con la oleada y la levantó por el aire en explosivas columnas, pilares que dibujaron una espiral de fuego plateado.

Y Trull advirtió, dentro de las llamas, el brillo de huesos. Miles, luego cientos de miles, como si el combustible del fuego se hubiera transformado. Elevándose cada vez más, a la altura de cincuenta hombres, después cien, doscientos, hasta llenar el cielo.

La oleada conjunta empezó entonces a desmoronarse. Pilares fieros que se arrastraban hacia las trincheras letherii.

Al tiempo que se lanzaban a tierra, los espectros del bosque y los de la línea avanzada se abalanzaron en un asalto salvaje. La cuña de demonios no tardó en desvanecerse.

Era la señal que Trull y los otros oficiales habían estado esperando.

—¡Preparad las armas! —Tuvo que bramar para hacerse oír…

La oleada golpeó. Primero el campo de la muerte y el suelo pareció explotar, revolverse, como si una multitud de picos de mineros hubiera aporreado la tierra, en profundidad, para arrancar trozos enormes que volaban por los aires. Polvo y llamas, el choque de huesos partidos arrancando la llanura plana, una especie de granizo sobre láminas de hierro. Adelante, hacia las laderas de las antemurallas.

En su estela, un mar fluido de espectros.

—¡Adelante!

Y luego los edur estaban cruzando un terreno roto, humeante. Tras ellos, miles salían en tropel del borde del bosque.

Trull vio, con demasiada claridad, la oleada de huesos ardientes, violentos como martillos, que llegaron a las trincheras. Un rubor carmesí, después trozos de carne humana bailaron hacia el cielo, un muro que se elevaba, miembros amputados agitándose en el aire. Fragmentos de armaduras, la madera hecha pedazos de los baluartes, piel y pelo.

Había envuelto el cuadro de la reina, huesos que se precipitaban a azotar el lugar en el que habían estado. Un momento después, la masa estalló en medio de un granizo de fragmentos y de los cuatro hechiceros que había avistado allí un instante antes, solo dos quedaban, cubiertos de sangre y tambaleándose.

Un demonio se alzó de la tierra destrozada que tenían delante empuñando una maza. El mago al que golpeó pareció plegarse sin huesos a su alrededor, y su cuerpo fue arrojado por el aire. La última hechicera dio unos pasos vacilantes hacia atrás, y logró evitar por poco el camino letal

de la enorme arma. Hizo un gesto y una lluvia de cuadrillos pesados golpearon al demonio.

Trull lo oyó chillar de dolor.

Una magia parpadeante cubrió al demonio cuando giró en redondo y se derrumbó antes de resbalar por la ladera empapada en sangre. La maza se le cayó de las manos.

Otros demonios habían aparecido entre los restos de la soldadesca letherii, los cuerpos salían volando de su implacable camino agitando brazos y piernas.

Otra oleada de hechicería, esa vez procedente de algún lugar del sudeste, una columna rodante que crujía con rayos, cruzaba en diagonal el campo de la muerte y se precipitaba por las filas de espectros que avanzaban. Se fundieron a centenares cuando la magia los atravesó.

Después la hechicería golpeó a los guerreros de Hanradi Khalag y fue una guadaña que abrió un camino entre la multitud.

El hijo del jefe merude contraatacó, otro brote de huesos grises que rodaban. Un antemural al este se desvaneció en medio de una detonación atronadora, pero cientos de edur yacían muertos o moribundos en el campo.

Sordos, medio ciegos por el polvo y el humo, Trull y sus guerreros alcanzaron la ladera, treparon por ella y llegaron a la primera trinchera.

Ante ellos se estiraba un pozo alargado repleto de carne irreconocible, huesos partidos, órganos derramados, tiras de cuero y trozos de armadura. El aire era denso por el hedor a intestinos perforados y carne quemada. Entre arcadas, Trull lo cruzó tropezando, sus mocasines se hundían en bolsas blandas y ascendían envueltos en sangre y bilis.

Más adelante, una batalla campal. Espectros envolviendo a los soldados, demonios con porras y mazos aplastaban a los letherii que se precipitaban sobre ellos, otros, con hachas

de doble hoja abrían amplios espacios a su alrededor. Pero los proyectiles de las balistas los estaban encontrando uno por uno. Trull vio a un demonio tambalearse, empalado por dos cuadrillos, luego soldados entraron a matar con las espadas.

Y después él y sus compañeros entraron en combate con el enemigo.

Moroch Nevath atravesó con pasos vacilantes el polvo, los gritos de los soldados y los cuerpos caídos mientras bramaba el nombre de su príncipe. Pero a Quillas no se le veía por ninguna parte. Ni a Janall. Solo una maga quedaba del cuadro y lanzaba ataque tras ataque contra un enemigo lejano. Una compañía de infantería pesada se había acercado para rodearla pero morían rápido bajo el ataque de los tiste edur.

El finadd, sangrando por los oídos tras la conmoción provocada por la oleada de huesos, todavía sostenía la espada, el acero letherii destruía al espectro ocasional que se aventuraba a acercarse. Vio un guerrero edur, la lanza era un contorno borroso en sus manos, encabezaba a una docena o así de los suyos que cada vez se acercaban más a la maga superviviente.

Pero Moroch se hallaba demasiado lejos, había demasiados cuerpos palpitantes entre ellos y solo pudo mirar cuando el guerrero irrumpió entre los últimos defensores y se abalanzó sobre la maga para hundirle la lanza en el pecho y después levantarla por completo. El mango de la lanza se combó cuando el hombre arrojó el cuerpo espasmódico a un lado. La punta de hierro de la lanza se rompió entre un chorro de sangre.

Moroch Nevath se echó hacia atrás, tambaleándose, y se dirigió a la ladera sur de la antemuralla. Necesitaba un caballo. Necesitaba acercar las monturas. Para el príncipe. Para la reina.

Al este, por algún sitio, un rugido estrepitoso y el suelo tembló bajo él. Vaciló, la pierna izquierda cedió y resbaló en el cieno y algo se partió en la ingle del finadd. El dolor lo atravesó entero. Maldijo y se vio caer, el suelo perforado se alzó delante de él y aterrizó en él con fuerza. Un dolor ardiente y agónico en la pierna izquierda, en la pelvis, por toda la columna. Sin dejar de maldecir, empezó a arrastrarse hacia delante, la espada perdida por el camino.

Huesos. Ardiendo, precipitándose del cielo. Cuerpos explotando donde se estrellaban. Una presión aplastante, el aire agitado y chillando como un ente vivo. El enmudecimiento repentino de todo el ruido, la escandalosa cacofonía de gruñidos cuando un millar de hombres murieron todos a la vez. Un sonido que Moroch Nevath nunca olvidaría. ¿Qué habían desatado esos cabrones?

Los letherii estaban vencidos, huían por la ladera sur de la antemuralla. Los espectros los arrastraban. Los tiste edur los perseguían y les asestaban machetazos en la espalda y la cabeza. Trull Sengar trepó a un montón de cadáveres en busca de una atalaya. Al este, sobre las dos bermas que podía distinguir, el enemigo estaba destrozado. Los jheck, transformados en lobos de lomos plateados, habían salido en masa de la hondonada junto con una horda de espectros para asaltar lo que había sobrevivido de las defensas letherii. El fuego de los magos había cesado.

En dirección contraria, B’nagga había guiado a sus bestias al sur y había rodeado el antemural principal para

atacar las posiciones de reserva del lado oeste de la ciudad. Allí había habido caballería enemiga y los enormes lobos que se habían precipitado entre los caballos habían provocado un ataque de pánico en los animales. Una docena de demonios se había unido a los jheck y había obligado a los letherii a montar una retirada caótica, que se había reunido y llevado con ellos a las fuerzas del sur. Varias compañías de edur arapay seguían la estela de B'nagga.

Trull giró y miró al norte. Y vio a su hermano de pie, solo, junto a un cuerpo, al otro lado del campo de la muerte.

El k'risnan.

—Trull.

Se volvió.

—Ahlrada Ahn. Estás herido.

—Choqué con una espada, sostenida por un hombre muerto.

La cuchillada era profunda y larga, comenzaba justo por debajo del codo izquierdo del guerrero y continuaba hasta el hombro.

—Busca un sanador —dijo Trull—, antes de que te desangres.

—Lo haré. Te vi matar a la bruja. —Una afirmación a la que Ahlrada no añadió nada.

—¿Dónde está Canarth? —preguntó Trull—. No veo a mi tropa.

—Dispersa. Vi a Canarth sacando a rastras a Badar de entre la multitud. Badar se estaba muriendo.

Trull estudió la sangre y los fragmentos de carne que tenía la punta de hierro de su lanza.

—Era joven.

—Era un iniciado, Trull.

Trull miró las murallas del fuerte Alto. Podía ver los soldados que las bordeaban. La guarnición, testigo de la

aniquilación de los letherii que ocupaban las defensas exteriores. El baluarte más cercano seguía lanzando cuadrillos en busca de los pocos demonios que todavía tenía a su alcance.

—Debo ir con mi hermano, Ahlrada. Mira a ver si puedes reunir a nuestros guerreros. Puede que todavía haya más combates.

Agazapado al socaire de la muralla occidental, Moroch Nevath observó a una docena de lobos que iban sin ruido de un montón de cadáveres a otro. Las bestias estaban cubiertas de sangre. Se reunieron alrededor de un soldado herido, hubo un repentino frenesí de gruñidos y los espasmos del cuerpo se detuvieron.

Se acabó todo… tan rápido. Decisivo, desde luego.

No había encontrado los caballos.

En el antemural que tenía enfrente, a ochenta pasos de distancia, una veintena de tiste edur había dado con el príncipe Quillas. Desaliñado pero vivo. Moroch se preguntó si el cadáver de la reina yacía bajo algún montículo de carne rota. La labor de cuentas deshecha y esparcida en la confusión, la espada enjoyada todavía trabada en su vaina, la luz ambiciosa de sus ojos apagada, seca y ciega a este mundo.

Parecía imposible.

Pero también lo parecían todos esos letherii muertos, esos batallones y brigadas borradas del mapa.

No había habido anulación alguna de la magia. El contraataque había destruido a los once magos. La batalla se había transformado en una masacre, y era esa injusticia lo que más le dolía a Moroch.

Su pueblo y él habían sido los que habían asestado los golpes, una y otra vez, hasta que les había parecido algo inherente, razonable y justo. *Algo salió mal. Hubo una traición. El curso lógico del mundo ha quedado… patas arriba.* *Las palabras que se repetían en su cabeza se iban haciendo cada vez más amargas. No somos nosotros los que hemos de sufrir la humillación. Jamás. El fracaso nos empuja a triunfar diez veces más. Todo se arreglará otra vez. Se arreglará. No se nos puede negar nuestro destino.*

Empezó a llover.

Un guerrero edur lo había visto y se acercaba con la espada preparada. El chaparrón empezó a caer con fuerza cuando la alta figura se detuvo delante de Moroch Nevath. Le habló en la lengua de los comerciantes.

—No veo heridas en tu persona, soldado.

—Un tendón rasgado, creo —respondió Moroch.

—Doloroso, entonces.

—¿Has venido a matarme?

Una expresión sorprendida.

—¿No lo sabes? La guarnición se ha rendido. El fuerte Alto ha caído.

—¿Y qué?

—Venimos como conquistadores, soldado. ¿De qué sirve matar a todos nuestros súbditos?

Moroch apartó la mirada.

—Los letherii conquistamos. Jamás somos conquistados. ¿Crees que esta batalla significa algo? Habéis revelado vuestras tácticas, edur. Este día no se repetirá, y antes de que pase mucho tiempo, seréis vosotros los sometidos, no nosotros.

El guerrero se encogió de hombros.

—Como quieras, entonces. Pero has de saber algo. La frontera ha caído. Trate, el fuerte Alto y el fuerte Temblor.

Vuestras famosas brigadas están derrotadas; vuestros cuadros de magos, muertos. Vuestra reina y vuestro príncipe son nuestros prisioneros. Y nosotros emprendemos la marcha sobre Letheras.

El tiste edur se alejó sin prisas.

Moroch Nevath se lo quedó mirando un rato y después observó a su alrededor. Y vio soldados letherii, despojados de armas pero ilesos, que salían de los campos de batalla. Tomaban el camino de los madereros y se dirigían al sur, al camino de Katter. Se limitaban a irse. No entendían nada. *Nos volveremos a reagrupar. Nos retiraremos y nos equiparemos de nuevo. No hay nada inevitable en esto. Nada.* Con una mueca se obligó a apartarse de la muralla…

Una voz conocida gritó su nombre. Levantó la vista y reconoció a un oficial del séquito de la reina. El hombre había sufrido heridas menores pero aparte de eso parecía estar bien. Se acercó a toda prisa.

—Finadd, me alegro de verlo vivo…

—Necesito un caballo.

—Los tenemos, finadd…

—¿Cómo capturaron a la reina? —preguntó Moroch. *¿Por qué no diste la vida defendiéndola?*

—Un demonio —respondió el hombre—. Se plantó entre nosotros en un abrir y cerrar de ojos. Había ido a llevársela, no pudimos evitarlo. Lo intentamos, finadd, lo intentamos…

—No importa. Ayúdame a levantarme. Debemos cabalgar al sur, necesito un sanador…

Trull Sengar se abrió camino por el campo de la muerte. La lluvia estaba convirtiendo el terreno revuelto en un cenagal. Los huesos de la hechicería se habían desvanecido. Hizo una pausa y oyó gemidos lastimeros que procedían de

algún lugar a su derecha. A una docena de pasos en esa dirección se encontró con un demonio.

Cuatro pesados cuadrillos lo habían atravesado. La criatura estaba echada de lado, con el rostro bestial crispado de dolor.

Trull se agachó cerca de la cabeza manchada de barro del demonio.

—¿Me entiendes?

Unos ojitos azules se removieron tras los párpados y se clavaron en sus ojos.

—Árbitro de la vida. Negador de misericordia. Moriré aquí.

La voz era aflautada, con un extraño tono infantil.

—Llamaré a una sanadora…

—¿Para qué? ¿Para luchar otra vez? ¿Para revivir el terror y el dolor?

—¿No eras guerrero en tu mundo?

—Yo arrojaba redes. Cálidos bajíos, un cielo amarillo. Nosotros arrojamos redes.

—¿Todos vosotros?

—¿Qué guerra es esta? ¿Por qué me han matado? ¿Por qué no volveré a ver el río? Mi compañera, mis hijos. ¿Hemos ganado?

—No tardaré mucho. Regresaré, te lo prometo. —Trull se irguió y se dirigió adonde se encontraba Temor y, en ese momento, una docena más. El k'risnan estaba vivo, rodeado de sanadoras, ninguna de las cuales parecía capaz de hacer nada por la figura que se retorcía en el barro. Cuando Trull se acercó, vio con más claridad al joven hechicero.

Retorcido, deformado, la piel se le desprendía en láminas húmedas y llenaba sus ojos la conciencia.

Temor se interpuso en el camino de Trull.

—Es la hechicería de la espada, la del que otorgó el regalo, canalizada a través del arma hacia Rhulad, y a través

de Rhulad a quienquiera que elija. Con todo… —Dudó—. El cuerpo no es capaz de soportarlo. Al tiempo que destruye al enemigo, también cambia al que la empuña. Eso es lo que me dicen las mujeres.

El rostro de su hermano estaba pálido y en su expresión Trull no vio triunfo ni satisfacción alguna por la victoria que habían alcanzado ese día.

—¿Sobrevivirá?

—Eso creen. Esta vez. Pero el daño no se puede invertir. Trull, el hijo de Hanradi está muerto. Hemos perdido un k'risnan.

—¿Fue esto? —preguntó Trull—. ¿Fue el poder de la espada?

—En parte. Pero fueron los magos letherii sobre todo, creo, dado lo quemado que estaba. Resistieron más tiempo del que esperábamos.

Trull se volvió hacia el fuerte Alto.

—¿Se ha rendido?

—Sí, hace unos momentos. Una delegación. Están desarmando a la guarnición. Estaba pensando en dejar a Hanradi al mando del gobierno. Su espíritu está muy dañado.

Trull no contestó nada. Pasó junto a Temor y se acercó a las mujeres reunidas alrededor del k'risnan.

—Una de vosotras, por favor —dijo—. Hay una sanación de la que me gustaría que os ocuparais.

Una mujer arapay asintió.

—Guerreros heridos. Sí, preferible. Guíame hasta ellos.

—No es edur. Un demonio.

La mujer se detuvo.

—No seas necio. Hay edur que requieren mis habilidades, no tengo tiempo para un demonio. Que muera. Siempre podemos obtener más.

Algo estalló en Trull y antes de ser siquiera consciente de ello le escocía el dorso de la mano y la mujer estaba en el suelo con una expresión aturdida en la cara llena de sangre de repente. Después, la rabia llameó en sus ojos.

Temor empujó a Trull un paso atrás.

—¿Qué estás haciendo?

—Quiero que se sane a un demonio —dijo Trull. Estaba temblando, asustado por la ausencia de remordimiento en su interior, incluso mientras veía a la mujer levantarse del barro—. Lo quiero sanado, y después desvinculado de esto y enviado de regreso a su reino.

—Trull…

La mujer lanzó un gruñido y después siseó.

—¡La emperatriz se enterará de esto! ¡Haré que te destierren! —Sus compañeras se reunieron a su alrededor, todas miraban a Trull con odio puro.

El guerrero se dio cuenta de que su gesto había hecho estallar también algo en el interior de aquellas mujeres. Una lástima.

—¿Está muy malherido? —preguntó Temor.

—Se está muriendo…

—Entonces es probable que ya haya muerto. Ya es suficiente, Trull. —Después se volvió hacia las mujeres—. Id entre nuestros guerreros, todas. Yo me ocuparé de que trasladen al k'risnan a nuestro campamento.

—Hablaremos de esto con la emperatriz —dijo la primera sanadora mientras se limpiaba la cara.

—Por supuesto. Como es vuestro deber.

Se alejaron a zancadas entre la lluvia.

—La sed de batalla todavía te invade, hermano…

—No, no es…

—Escúchame. Así será como excusarás tus acciones. Y pedirás perdón y compensarás el daño.

Trull se dio la vuelta.

—Tengo que encontrar una sanadora.

Temor le dio la vuelta con malos modos, pero Trull se liberó de un tirón y se alejó. Daría con una sanadora. Una mujer hiroth, una que conociera a su madre. Antes de que se corriera la voz.

El demonio necesitaba sanación. Era tan sencillo como eso.

Un tiempo indeterminado más tarde se encontró tropezando entre cadáveres. Edur muertos, los que había matado el ataque hechicero que recordaba. Carbonizados, quemados con tal fiereza que las caras se habían fundido. Desconocidos para él, e irreconocibles. Vagó entre ellos, la lluvia caía a cántaros para dar la ilusión de movimiento, de vida, por todos lados. Pero estaban todos muertos.

Una figura solitaria cerca, de pie e inmóvil. Una mujer, las manos colgando a los lados. Ya la había visto antes, una matrona. La hermana mayor de Hanradi Khalag, alta, con cara de halcón, los ojos como el ónice. Se detuvo delante de ella.

—Quiero que cures a un demonio.

Ella no parecía verlo siquiera.

—No puedo hacer nada por ellos. Mis hijos. Ni siquiera los encuentro.

Trull le cogió una mano y se la apretó con fuerza.

—Ven conmigo.

La mujer no se resistió cuando la apartó de los cadáveres esparcidos.

—¿Un demonio?

—Sí. No sé el nombre por el que se hacen llamar.

—Kenyll’rah. Significa «dormir en paz», o algo parecido. A los merude se les encargó hacer sus armas.

—Los han utilizado de una forma lamentable.

—No son los únicos, guerrero.

Trull la miró y vio que la conciencia había regresado a sus ojos. La mano de la mujer sujetaba la suya, y con fuerza.

—Eres el hermano del emperador, Trull Sengar.

—Lo soy.

—Golpeaste a una mujer arapay.

—Así es. Parece que ese tipo de noticias viajan muy rápido, y de forma misteriosa.

—Entre las mujeres. Sí.

—Y sin embargo me vas a ayudar.

—¿A sanar a ese demonio? Si vive, lo haré.

—¿Por qué?

La mujer no respondió.

Les llevó algún tiempo pero al fin encontraron a la criatura. Sus lamentos habían cesado, pero la mujer soltó la mano de Trull y se agachó a su lado.

—Vive todavía, Trull Sengar. —Posó las palmas de las manos en el inmenso pecho del demonio y cerró los ojos.

Trull observó la lluvia que corría por la cara de la mujer, como si el mundo llorara en su lugar.

—Toma el primero de los cuadrillos. Has de tirar con suavidad mientras yo empujo. Uno a uno, despacio.

—Quiero que se le libere.

—No puedo hacer eso. No lo permitirán.

—Entonces quiero que se le ponga a mi cargo.

—Eres el hermano del emperador. Nadie te desafiará.

—Salvo, quizá, uno de los otros hermanos del emperador. —Le complació ver la arruga de una sonrisa en los delgados rasgos de la mujer.

—Ese problema será tuyo, no mío, Trull Sengar. Y ahora tira. Con mucho cuidado.

El demonio abrió los ojitos. Se pasó las manos gigantescas por los lugares donde había sufrido las heridas, después suspiró.

La sanadora dio un paso atrás.

—He terminado. Hay cuerpos que reunir.

—Gracias —dijo Trull.

La mujer no respondió. Se limpió la lluvia de la cara y se alejó.

El demonio se puso en pie con lentitud.

—Lucharé otra vez —dijo.

—No si yo tengo algo que decir en el tema —respondió Trull—. Quiero que quedes a mi cargo.

—¿Para no luchar? Eso sería injusto, Negador. Sería testigo de la muerte de los de mi especie pero no compartiría el riesgo, ni su destino. Es triste morir tan lejos de casa.

—Entonces, uno entre vosotros debe permanecer, para recordarlos. Ese serás tú. ¿Cómo te llamas?

—Lila.

Trull estudió el cielo. Parecía que no iba a haber tregua en el aguacero.

—Ven conmigo. Debo hablar con mi hermano.

Los guerreros tiste edur estaban entrando en la ciudad. No se veían soldados letherii en las murallas ni en los baluartes. Las puertas se habían partido en algún momento durante la batalla, golpeadas por la hechicería. Trozos retorcidos de bronce y madera astillada tachonaban el suelo embarrado entre los cadáveres esparcidos.

El demonio había recogido un hacha de doble hoja cerca del cuerpo de uno de los suyos y en ese momento la llevaba sobre un hombro. A pesar de su tamaño, Lila se movía sin

ruido, acortando la zancada para permanecer junto a Trull. Este notó que el patrón de su respiración era extraño. Tras una honda bocanada tomaba otra más corta, seguida por una exhalación leve y sibilante que no parecía provenir de la nariz ancha y aplastada.

—Lila, ¿estás curado del todo?

—Lo estoy.

Más adelante se encontraba el antemural donde habían estado cuatro magos. Con tres de ellos había acabado la primera oleada de hechicería. En la cima de la berma se habían reunido Temor y varios oficiales. Y dos prisioneros.

La ladera era traicionera cuando Trull y el demonio comenzaron a subir. Arroyos rojos, embarrados, cuerpos que se iban deslizando poco a poco. Los espectros se movían entre la lluvia como si todavía fueran a la caza de víctimas. Del oeste llegaba el bramido profundo del trueno.

Llegaron a la cima de la antemuralla. Trull vio que uno de los prisioneros era el príncipe Quillas. No parecía herido. El otro era una mujer con una armadura salpicada de barro. No llevaba yelmo y había sufrido una herida en la cabeza que le manchaba el lado izquierdo de la cara con vetas de sangre. Tenía los ojos vidriados por la conmoción.

Temor se había girado para mirar a Trull y al demonio con expresión ilegible.

—Hermano —dijo con tono inexpresivo—, parece que hemos capturado a dos miembros de la familia real.

—¿Esta es la reina Janall?

—El príncipe espera que pidamos rescate —dijo Temor—. No parece comprender la situación.

—¿Y cuál es la situación? —preguntó Trull.

—Nuestro emperador quiere a estos dos. Para sí.

—Temor, no tenemos por costumbre exhibir a los prisioneros.

Un destello de rabia en los ojos de Temor, pero su voz permaneció tranquila.

—Veo que has hecho sanar a tu demonio. ¿Qué quieres?

—Quiero que este kenyll’rah quede a mi cargo.

Temor estudió a la gigantesca criatura. Después se encogió de hombros y se dio la vuelta.

—Como quieras. Ahora déjanos, Trull. Te buscaré más tarde… para hablar en privado.

Trull se estremeció.

—Muy bien.

El mundo parecía roto, roto de un modo irreparable.

—Vete.

—Ven conmigo, Lila —dijo Trull. Hizo una pausa para mirar al príncipe Quillas y vio el terror en el semblante del joven letherii. Rhulad lo quería para él, a él y a la reina. ¿Por qué?

Atravesaron el campo de la muerte, la lluvia aporreaba el suelo con un suave rugido, devastación y masacre por todas partes. Había figuras moviéndose por el terreno. Tiste edur que buscaban a camaradas caídos, espectros en patrullas absurdas. Los truenos estaban más cerca.

—Hay un río —dijo Lila—. Lo olí cuando llegamos. Es el mismo río que corría bajo el puente.

—Sí —respondió Trull—. El río Katter.

—Quiero verlo.

—¿Por qué no?

Giraron al noroeste. Llegaron al camino de los madereros que corría paralelo al bosque y siguieron su pista de tres surcos hasta que la línea de árboles empezó a mermar a su derecha y el río se hizo visible.

—Ah —murmuró Lila—, es tan pequeño.

Trull estudió la rápida corriente de agua, la piel reluciente que arrojaba sobre las piedras.

—Tú arrojabas redes —dijo.

—Mi hogar, Negador.

El tiste edur bajó al borde del río. Llegó y hundió la mano ensangrentada en el agua helada.

—¿No hay peces ahí dentro? —preguntó Lila.

—Estoy seguro de que los hay. ¿Por qué?

—En el río en el que vivo hay n'purel, el pez bigotudo. Se pueden comer a un retoño de kenyll'rah entero, y hay algunos en los lagos profundos que bien podrían comerse a un adulto como yo. Por supuesto nosotros nunca nos aventuramos en las profundidades. ¿No hay criaturas parecidas aquí?

—En las profundidades hay tiburones —respondió Trull—. Y, por supuesto, hay historias de monstruos más grandes, algunos lo bastante grandes como para hundir barcos.

—Los n'purel después se arrastran hasta la orilla y se despojan de sus pieles, a partir de lo cual viven en tierra.

—Qué extraño —dijo Trull mientras volvía la vista para mirar al demonio—. Deduzco entonces que arrojar redes es una actividad peligrosa.

Lila se encogió de hombros.

—No más peligroso que cazar arañas, Negador.

—Llámame Trull.

—Eres un Árbitro de la Vida, un Negador de Libertad. Eres el Ladrón de mi Muerte…

—De acuerdo. Da igual.

—¿Qué guerra es esta?

—Una guerra sin sentido.

—Todas carecen de sentido, Negador. La subyugación y la derrota engendran resentimiento y odio, y tales cosas no se pueden borrar con un soborno.

—A menos que se aplaste el espíritu de los vencidos —dijo Trull—. Aplastado del todo, como ocurre con los nerek, los faraed y los tarthenal.

—No conozco a esos pueblos, Negador.

—Están entre los que los letherii, nuestro enemigo en esta guerra, han conquistado.

—¿Y crees que están rotos?

—Lo están, Lila.

—Quizá no sea lo que parezca.

Trull se encogió de hombros.

—Quizá tengas razón.

—¿Cambiará su posición bajo vuestro gobierno?

—Sospecho que no.

—Si entiendes todo esto, Negador, ¿por qué luchas?

El sonido de mocasines en la gravilla tras ellos. Trull se irguió, se volvió y vio a Temor acercándose. En la mano llevaba una espada letherii.

Trull se planteó preparar la lanza que llevaba atada a la espalda, pero después optó por no hacerlo. A pesar de lo que había dicho, no estaba preparado para luchar contra su hermano.

—Este arma —dijo Temor cuando se detuvo a cinco pasos de Trull— es acero letherii.

—Las vi en el campo de batalla. Desafiaban la hechicería de los k’risnan cuando todo lo demás quedaba destruido. Espadas, puntas de lanzas, sin daño alguno. —Trull estudió a su hermano—. ¿Y qué?

Temor vaciló y después miró al río.

—Es lo que no entiendo. ¿Cómo lograron algo así, este acero? Son un pueblo corrupto y cruel, Trull. No se merecen semejantes avances en sus oficios.

—¿Por qué ellos y no nosotros? —preguntó Trull, después sonrió—. Temor, los letherii son un pueblo que mira hacia

delante, su empuje es inherente a ellos. Los edur no tenemos ni jamás hemos poseído tal fuerza de voluntad. Tenemos nuestra maderanegra, pero eso siempre lo hemos poseído. Nuestros ancestros la trajeron con ellos de Emurlahn. Hermano, miramos atrás…

—Al momento en el que padre Sombra nos gobernaba —interpuso Temor con expresión más sombría—. Hannan Mosag está en lo cierto. Debemos devorar a los letherii, debemos ponerlos bajo el yugo y así aprovechar su empuje natural para fomentar el cambio.

—¿Y qué nos hará eso a nosotros, hermano? Nos resistimos al cambio; no lo veneramos, no prosperamos en él como lo hacen los letherii. Además, no estoy convencido de que la suya sea la forma de vida correcta. Sospecho que su fe en el progreso es mucho más frágil de lo que pueda parecer. Al final, siempre deben reforzar lo que buscan con la fuerza. —Trull señaló la espada—. Con eso.

—Nosotros los guiaremos, Trull. Hannan Mosag lo comprendió…

—Ahora estás revisando el pasado, Temor. Él no pretendía librar ninguna guerra contra los letherii.

—No de inmediato, es cierto, pero se habría llegado a eso y él lo sabía. Eso me han dicho los k'risnan. Habíamos perdido a padre Sombra. Era necesario hallar una nueva forma de fe.

—¿Una fe sin cara?

—¡Maldito seas, Trull! ¡Te arrodillaste delante de él, no eres diferente del resto de nosotros!

—Y hasta este día me pregunto por qué. ¿Qué hay de ti, Temor? ¿Te preguntas por qué hiciste lo que hiciste?

Su hermano se dio la vuelta, temblaba de forma visible.

—No vi ninguna duda.

—En Hannan Mosag. Así que lo seguiste. Como hicimos el resto de nosotros, sospecho. Todos y cada uno, nos arrodillamos ante Rhulad, creíamos que veíamos en los demás una certeza que no existía en realidad…

Temor se giró en redondo con un rugido y la espada en alto. El arma bajó…

… y la detuvo de repente el demonio, cuya mano inmensa se había cerrado alrededor del antebrazo de Temor y lo inmovilizaba.

—¡Suéltame!

—No —respondió Lila—. Este guerrero me robó la muerte. Ahora yo robo la suya.

Temor luchó un momento más y después, al ver que era inútil, hundió los hombros.

—Puedes soltarlo ya —dijo Trull.

—Si ataca otra vez, lo mataré —dijo el demonio mientras liberaba el brazo de Temor.

—Seguimos a Hannan Mosag —dijo Trull—, ¿pero qué sabíamos de lo que pensaba? Era nuestro rey hechicero, así que lo seguimos. Piensa una cosa, Temor. Él había buscado una nueva forma de poder y rechazaba a padre Sombra. Es cierto, él sabía, como sabíamos nosotros, que Scabandari Ojodesangre estaba muerto, o, en el mejor de los casos, su espíritu vivía pero lo habíamos perdido. Así que hizo un pacto con… otra cosa. Y nos envió a ti y a mí, a Binadas, Rhulad y a los Buhn a recuperar el regalo que esa… cosa… creó para él. El fallo fue nuestro, Temor, porque no cuestionamos, no desafiamos la orden del rey hechicero. Éramos idiotas y todo lo que tenemos ahora ante nosotros y todo lo que ocurrirá, es culpa nuestra.

—Es el rey hechicero, Trull.

—Que consiguió el poder absoluto y dominó a todos los edur. Lo mantuvo y no quería perderlo bajo ningún

concepto. Así que entregó su alma. Como hicimos nosotros cuando nos arrodillamos ante Rhulad.

Temor entrecerró los ojos y lo miró.

—Lo que dices es traición, hermano.

—¿Contra qué? ¿Contra quién? Dime, de verdad quiero saberlo. ¿Has visto la cara de nuestro nuevo dios?

—Si fuera Binadas el que estuviera aquí y no yo —susurró Temor—, ya estarías muerto.

—Y en nuestro maravilloso imperio nuevo, ¿será ese el destino singular de todos los que disientan?

Temor miró la espada que sostenía. Después la dejó caer.

—Tus guerreros te aguardan, Trull. Dentro de dos días reanudamos nuestra marcha. Al sur, a Letheras. —Luego dio la vuelta y se alejó.

Trull lo observó un momento y después volvió a mirar al río. Por cada remolino de la corriente, al socaire de rocas y muescas en la orilla, el río se precipitaba por su curso, esclavo de leyes despiadadas. Cuando había puesto la mano en el agua, se le había entumecido muy rápido.

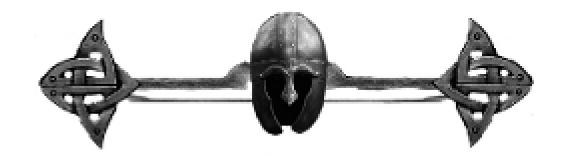
—Con el tiempo, Lila, le encontraremos sentido a esto.

El demonio no dijo nada.

Trull caminó hasta un peñasco cercano y se sentó encima. Bajó la cabeza, la apoyó en las manos y empezó a llorar.

Tras un rato, el demonio fue a ponerse a su lado. Y después una mano pesada se apoyó en su hombro.

19



Invisible en todas sus partes,
esta criatura de piel gruesa tiene fronteras
indivisibles para todo centinela
que patrulla la geografía de
arbitrarias definiciones, y sin embargo las
montañas se han pulverizado,
los fuegos han muerto y así corre por
esta inmóvil playa de punzante
arena negra por donde camino,
cortando mi sendero en las ásperas
conclusiones, un sinfín de dientes
han chirriado (todo perdido ahora,
en este apagado atardecer). No somos,
y jamás hemos sido,
los corredores, verdes y frescos
de vida, alzados de entre las aplastadas

extinciones que todo parten (esa pasada,
esta nueva), todas huecas y seguras de sí mismas.
Pero la playa muerta se mueve invisible,
el río de negro sigue arrastrándose
hacia alguna melancólica resolución,
el lugar sin significado,
inconsecuente en ausencia,
de cuerdas y sombras,
trazando del entonces al ahora,
y estas suturadas líneas
que encuentran esto en eso…

Extracto de *Las negras arenas del tiempo*
(de la colección *Poetas suicidas de Darujhistan,*
editado por Haroak)

El cadáver que había algo más allá del muelle era apenas visible, un trozo pálido que se resistía al movimiento de las olas. El tiburón que surgió junto a él y se abalanzó de lado era uno de los más grandes que había visto Udinaas durante el tiempo que llevaba sentado mirando al puerto, con las piernas colgando al borde del malecón.

Gaviotas y tiburones, el festín estaba durando la mañana entera. El esclavo lo observaba y se sentía como un espectador del despliegue incesante de la naturaleza, lo inevitable del espectáculo le producía una satisfacción extraña. De hecho, hasta lo entretenía. Los que debían. Aquellos a los que se les debía. Todos reposaban con igual dulzura en las barrigas de los carroñeros. Era asombroso.

Sabía que el emperador no tardaría en llamarlo a su presencia. El ejército comenzaba a ponerse en marcha tras las puertas rotas de Trate, tierra adentro. Una enorme

guarnición de beneda edur se quedaría en la ciudad para imponer la restitución de la paz, la normalidad. Al que había sido jefe de los den-ratha se le había otorgado el título de gobernador. Que la guarnición que quedaría bajo su control no perteneciera a su tribu no era ninguna casualidad. Tras el éxito surgía la suspicacia, como siempre.

Obra de Hannan Mosag. El emperador había estado… tenso en los últimos tiempos. Distraído. Sufría. Con demasiada frecuencia, la locura ardía en sus ojos.

Mayen había golpeado a Bruja de la Pluma hasta dejarla sin sentido, había estado tan cerca de matar a la esclava como era posible. En la inmensa tienda que servía como cuartel general de los edur (robada a la comitiva que había pertenecido al batallón Arcilla Fría) se habían producido violaciones. Esclavas, sirvientas. Quizá Mayen se limitaba a hacer a otros lo que Rhulad le hacía a ella. Eso podría creer una mente compasiva. Y en cuanto a los cientos de mujeres nobles que los guerreros edur habían arrebatado a los letherii, la mayor parte ya había sido devuelta por orden del gobernador, aunque era probable que muchas llevaran en su interior simientes mestizas.

El gobernador no tardaría en aceptar las muchas solicitudes de las delegaciones de los varios gremios e intereses de los mercaderes. Y un nuevo patrón tomaría forma.

A menos, por supuesto, que un contraataque victorioso de los letherii liberara las ciudades fronterizas. Los rumores abundaban, por supuesto. Enfrentamientos en el mar entre flotas edur y letherii. Miles enviados a las profundidades. La tormenta vista a lo lejos, al oeste, la noche antes, había indicado una guerra de magos. El ceda, Kuru Qan, al fin se había alzado en todo su terrible poder. Mientras los

cadáveres letherii atestaban el puerto, eran edur los cuerpos que se mecían en los mares abiertos.

El rumor más extraño de todos, la isla-prisión del segundo fuerte de la Doncella había rechazado una sucesión de ataques edur y continuaba resistiendo, y entre el medio millar de soldados convictos había un hechicero que, en otro tiempo, había rivalizado con el propio ceda. Por eso el ejército edur había permanecido acampado allí, no querían ningún enemigo todavía activo tras ellos.

Udinaas sabía que la razón era otra. Era cierto que podían encontrarse una resistencia continuada a su paso, pero al emperador eso le era indiferente. Y la flota letherii todavía tenía que hacer acto de aparición. Los barcos edur dominaban el mar Katter hasta el sur, hasta la mismísima ciudad de Lezna.

Subió las piernas y se puso en pie. Regresó por el muelle. Las calles estaban tranquilas. Ya se habían llevado buena parte de las señales de lucha, los cuerpos, el mobiliario roto, la cerámica hecha pedazos; y una lluvia ligera la noche anterior había lavado la mayoría de las manchas de sangre. Pero el aire todavía hedía a humo y las paredes de los edificios seguían salpicadas de un polvo grasiento. Las ventanas estaban rotas y las puertas que se habían derribado a patadas permanecían oscuras.

A Udinaas nunca le había gustado demasiado Trate. Plagada de matones y de los restos disolutos de nerek y fent, los puestos de los mercados atestados de iconos y reliquias antaño sagradas, de arte ceremonial que se vendía como simples curiosidades. Los palos parlantes de los jefes, las bolsas medicinales de los chamanes. Cofres de ancestros fent, con los huesos todavía dentro. Las calles del puerto y sus callejones se habían llenado de niños nerek que vendían sus cuerpos, y sobre todo ello flotaba una vaga sensación de

engreimiento, como si ese fuera el orden apropiado del mundo, los papeles repartidos como correspondían. Los letherii dominantes rodeados por criaturas inferiores de un servilismo inherente, sus culturas poco más que bienes de consumo.

La fe en el destino imponía sus propios imperativos.

Pero habían llegado los salvajes y se había asentado un nuevo orden, lo que demostraba que el destino era una ilusión. La ciudad estaba conmocionada, solo unos cuantos mercaderes maleables se aventuraban a salir, con la confianza en que las nuevas costumbres que habían de venir no eran más que las viejas costumbres, que el orden natural desbancaba de hecho cualquier pueblo concreto. Al mismo tiempo creían que nadie podía igualar a los letherii en ese juego de riquezas y que, por tanto, al final ganarían ellos, y los salvajes terminarían civilizándose. Prueba de que el destino era cualquier cosa salvo ilusorio.

Udinaas se preguntaba si tenían razón. Había atenuantes, después de todo. La esperanza de vida de los tiste edur era larguísima. Su cultura era a la vez resistente y engastada en sí misma. Conservadora. *O eso era. Hasta Rhulad. Hasta que la espada lo reclamó.*

Muy poco tiempo después atravesó la puerta interior y se acercó al campamento edur. No parecía haber mucha organización entre la inmensa serie de tiendas. Aquel no era un simple ejército, sino un pueblo entero puesto en marcha, una forma de vida a la que no estaban acostumbrados. Los espectros patrullaban los márgenes.

Hicieron caso omiso de él cuando pasó junto a los piquetes. No había sabido nada de Marchito, su compañero fantasma personal, desde hacía mucho tiempo, pero sabía que no se había ido. Se mantenía escondido con sus

secretos. A veces percibía su risa, como si llegara desde muy lejos, y el momento siempre era perverso.

La tienda de Rhulad estaba en el centro del campamento, la entrada flanqueada por demonios con armadura de cuero hervido manchada de negro, unos mazos de mangos largos apoyaban la cabeza en el suelo, delante de ellos. Unos yelmos completos les ocultaban la cara.

—¿Cuántos cuerpos han sacado a rastras hoy? —preguntó Udinaas cuando pasó entre ellos.

Ninguno contestó.

Había cuatro compartimentos en el interior, divididos por paredes de tela gruesa clavadas a armazones de bronce independientes. El aposento delantero era poco profundo pero recorría toda la anchura de la tienda. Habían colocado bancos en los lados. La zona de la derecha estaba atestada de provisiones varias, toneles, cajones y tarros de barro. El paso a la habitación principal se encontraba entre dos paredes divisorias.

Entró y vio al emperador de pie ante su trono elevado. Mayen estaba echada en un sofá producto del botín, a la izquierda del estrado de madera, su expresión era extrañamente apagada. Bruja de la Pluma se encontraba en las sombras, junto a la pared, detrás de la emperatriz, la cara hinchada, llena de cardenales y casi irreconocible. Hannan Mosag y Casco Beddict miraban al emperador y le daban la espalda a Udinaas. La escolta de espectros del rey hechicero no estaba presente.

Hannan Mosag estaba hablando.

—… de eso no cabe duda, mi señor.

Habían caído varias monedas de la frente de Rhulad, donde la palma del soldado lo había golpeado cuando le había roto el cuello. La piel revelada no era más que cicatrices, arrugadas allí donde el hueso frontal de cráneo se

había hundido, el daño interno había sanado y la marca ya había desaparecido. Los ojos del emperador estaban tan inyectados en sangre que no parecían más que unos pozos rojos y turbios. Estudió a Hannan Mosag por un momento, al parecer sin ser consciente de los espasmos que le cruzaban los rasgos destrozados.

—¿Parientes perdidos? —dijo después—. ¿Qué significa eso?

—Tiste edur —respondió Hannan Mosag con su voz serena—. Supervivientes de cuando los nuestros se dispersaron tras la pérdida de Scabandari Ojodesangre.

—¿Cómo estás tan seguro de eso?

—He soñado con ellos, emperador. En mi opinión me han guiado a otros reinos, otros mundos que se encuentran junto a este…

—Kurald Emurlahn.

—Ese reino está hecho pedazos —dijo Hannan Mosag—, pero sí, he visto fragmentos que son mundos. En uno de esos mundos moraban los kenyll'rah, los demonios que hemos vinculado a nosotros. En otro hay fantasmas de nuestras batallas pasadas.

Casco Beddict carraspeó.

—Rey hechicero, ¿son esos reinos las Fortalezas de mi pueblo?

—Quizá, pero creo que no.

—Eso no es relevante —le dijo Rhulad a Casco al tiempo que empezaba a pasearse—. Hannan Mosag, ¿cómo se encuentran estos parientes perdidos?

—No muy bien, mi señor. Algunos han olvidado todo recuerdo de su pasada grandeza. Otros están sometidos…

La cabeza del emperador giró de repente.

—¿Sometidos?

—Sí.

—Debemos liberarlos —dijo Rhulad y reanudó sus paseos. Los macabros tintineos de los bordes de las monedas que chocaban fue el único sonido que siguió a su pronunciamiento.

Udinaas se colocó con discreción detrás del trono. En su opinión, había algo patético en la facilidad con la que el rey hechicero manipulaba a Rhulad. Bajo todas aquellas monedas y detrás de la espada moteada había un joven edur, herido y frágil. Hannan Mosag quizá hubiera cedido el trono al poder de Rhulad, pero no renunciaba a su ambición de gobernar.

—Construiremos barcos —continuó el emperador tras un rato—. Al estilo letherii, creo. Grandes, marineros. ¿Has dicho que también había enclaves tiste andii? Los conquistaremos, los utilizaremos como esclavos para tripular nuestros barcos. Emprenderemos esos viajes una vez que haya caído Lether, una vez que obtengamos nuestro imperio.

—Mi señor, los otros reinos de los que hablé… algunos nos permitirán apresurar nuestro paso. Hay… puertas de acceso. Estoy buscando el modo de pasar, de controlarlas. Siempre que haya mares en esos mundos ocultos, podremos viajar rápido…

—¿Mares? —Rhulad se echó a reír—. Si no hay mares, Hannan Mosag, ¡entonces tú los harás!

—¿Mi señor?

—Abre un reino tras otro. Un reino oceánico liberado en un reino desértico.

El rey hechicero abrió un poco más los ojos.

—La devastación sería… terrible.

—Purificadora, querrás decir. Después de todo, ¿por qué habría de confinarse el imperio edur a un solo mundo? Debes cambiar tu modo de enfocar las cosas, Hannan

Mosag. Tienes una visión demasiado limitada. —Se detuvo, hizo una mueca al sentir un temblor interior y después continuó con tono forzado—. Es lo que conlleva el poder. Sí, lo que conlleva. Ver la inmensidad de las... cosas. El potencial, la multitud de oportunidades. ¿Quién puede enfrentarse a nosotros, después de todo? —Giró en redondo—. ¡Udinaas! ¿Dónde has estado?

—En el paseo marítimo, emperador.

—¿Haciendo qué?

—Ver comer a los tiburones.

—¡Ja! ¿Oyes eso, Hannan Mosag? ¿Casco Beddict? Este sí que es frío, ¿no es cierto? Este esclavo nuestro. Elegimos bien, sin duda. Dinos, Udinaas, ¿tú crees en esos reinos secretos?

—¿Somos ciegos a verdades ocultas, emperador? No puedo creer otra cosa.

Un sobresalto en Hannan Mosag, el rey hechicero entrecerró los ojos.

Mayen habló de repente, arrastrando las palabras.

—Bruja de la Pluma dice que está poseído.

Nadie habló durante media docena de latidos. Rhulad se acercó poco a poco a Udinaas.

—¿Poseído? ¿Quién lo poseyó, Mayen? ¿Te brindó tu esclava ese detalle?

—El wyval. ¿No recuerdas acaso ese incidente?

—Uruth Sengar lo examinó, emperatriz —dijo Hannan Mosag.

—Eso hizo. Y no encontró nada. No había veneno en su sangre.

Los ojos de Rhulad buscaron la cara de su esclavo.

—¿Udinaas?

—Soy como me veis, amo. Si hay un veneno en mi interior, no soy consciente de él. El ama Uruth parecía

segura de su conclusión, de otro modo me hubiera matado entonces.

—¿Entonces por qué habría de hacer Bruja de la Pluma esas acusaciones?

Udinaas se encogió de hombros.

—Quizá intenta desviar la atención para reducir la severidad de las palizas.

Rhulad se lo quedó mirando un momento, después se dio la vuelta.

—¿Palizas? No ha habido ninguna paliza. Un ataque hechicero errante…

—¿Quién intenta ahora desviar la atención? —dijo Mayen con una sonrisa—. ¿Aceptarás la palabra de un esclavo antes que la de tu propia esposa?

El emperador pareció vacilar.

—Por supuesto que no, Mayen. —Miró a Hannan Mosag, al que tenía enfrente—. ¿Qué dices tú?

La mueca de inocencia del rey hechicero consiguió expresar el equilibrio perfecto entre preocupación y confusión.

—¿De qué tema queréis que hable, mi señor? ¿La presencia del veneno del wyval en el interior de ese tal Udinaas, o de que vuestra esposa pega a su esclava?

La carcajada de Mayen fue áspera.

—Oh, Rhulad, de veras no pensé que me darías crédito. Mi esclava ha estado irritándome. De hecho, estoy pensando buscarme otra, una menos torpe, menos… desaprobadora. Como si una esclava tuviera derecho a desaprobar algo.

—¿Desaprobar? —preguntó el emperador—. ¿Qué… por qué?

—¿Se oculta un wyval en el interior de Udinaas o no? —preguntó Mayen al tiempo que se incorporaba—. Examina al esclavo, Hannan Mosag.

—¿Quién manda aquí? —El chillido de Rhulad paralizó a todo el mundo. La espada del emperador se había alzado, la hoja temblaba con los estremecimientos que invadían a su dueño—. ¿Queréis todos jugar con nos?

Mayen volvió a hundirse en el diván, los ojos se fueron abriendo poco a poco de puro miedo.

La mirada fiera del emperador se clavó en ella, después en el rey hechicero y después volvió a ella.

—Fuera todo el mundo —susurró Rhulad—. Todos salvo Udinaas. Ahora.

Hannan Mosag abrió la boca para protestar pero cambió de opinión. Con Casco Beddict detrás, el rey hechicero salió a zancadas de la tienda. Mayen se envolvió en la manta bordada de seda del sofá y se apresuró tras ellos, con Bruja de la Pluma tropezando un paso por detrás.

—Esposa.

La mujer se detuvo.

—La familia de los Sengar jamás ha creído que tuviera sentido golpear a los esclavos. Dejarás de hacerlo. Si es incompetente, búscate otra. ¿Me has entendido?

—Sí, mi señor —dijo la mujer.

—Déjanos.

En cuanto salieron, Rhulad bajó la espada y estudió a Udinaas durante un momento.

—No somos ciegos a todos los que pretenden aprovecharse. El rey hechicero nos ve demasiado joven, demasiado ignorante, pero no sabe nada de las verdades que hemos visto. Mayen es un ser muerto bajo mi cuerpo. Deberíamos habérsela dejado a Temor. Fue un error. —Parpadeó, como si se recuperara, después miró a Udinaas con suspicacia—. Y tú, esclavo. ¿Qué secretos ocultas tú?

Udinaas hincó una rodilla en el suelo con humildad y no dijo nada.

—Nada nos será ocultado —dijo Rhulad—. Levanta la vista, Udinaas.

Así lo hizo y vio un espectro agazapado a su lado.

—Este espíritu te examinará, esclavo. Verá si ocultas veneno en tu interior.

Udinaas asintió. *Sí, hazlo, Rhulad. Estoy cansado. Quiero acabar.*

El espectro se adelantó y luego lo envolvió.

—¡Ooh, qué de secretos!

Udinaas reconoció la voz y cerró los ojos. *Muy listo, Marchito. Supongo que te presentaste voluntario…*

—Tantos, abandonados y hechos pedazos, vagando perdidos. Este malnacido nos ha usado de mala manera. ¿Crees que accederíamos de buen grado a sus exigencias? Yo no estoy vinculado y eso me ha hecho útil, pues estoy a prueba de coacciones donde los míos no lo están. ¿Nota él la diferencia? Es evidente que no. —Un gorjeo de una risa ligeramente maníaca—. ¿Y qué encontraré? Udinaas, debes permanecer al lado de este loco. Va a Letheras, ¿comprendes? Y te necesitamos allí.

Udinaas suspiró. *¿Por qué?*

—Todo en su momento. Ah, ¿me recriminas tanto melodrama? Peor para ti, je, je. Adivina mis secretos si te atreves. Puedes hacerlo, ¿sabes?

No. Y ahora, vete.

Marchito retrocedió y recuperó su remolino de forma de hombre delante de Udinaas.

Rhulad soltó la espada para arañarse la cara con una mano. Giró en redondo, dio dos pasos y después aulló de rabia.

—¿Por qué nos están mintiendo? ¡No podemos confiar en ellos! ¡En ninguno de ellos! —Se volvió—. Ponte en pie, Udinaas. Tú eres el único que no miente. En ti solo se puede

confiar. —Se acercó al trono y se sentó—. Necesitamos pensar. Necesitamos encontrarle sentido a esto. Hannan Mosag… codicia nuestro poder, ¿no es cierto?

Udinaas vaciló antes de hablar.

—Sí, mi señor. Así es.

Los ojos de Rhulad brillaron con un destello rojo.

—Cuéntanos más, esclavo.

—No soy yo quien debo…

—Nos decidimos lo que debes. Habla.

—Le robasteis el trono, emperador. Y la espada que creía que, por derecho, era suya.

—Todavía la quiere, ¿no? —Una carcajada súbita, escalofriante y brutal—. ¡Oh, puede quedarse con ella! No, no podemos. No debemos. Imposible. ¿Y qué hay de nuestra esposa?

—Mayen está rota. No quería nada real al coquetear con vos. Erais el hermano menor del hombre con el que quería casarse. Buscaba aliados en la casa de los Sengar. —El esclavo se detuvo al ver los espasmos que sitiaban de nuevo a Rhulad, la extremidad de su emoción se acercaba demasiado al límite, al precipicio, y no serviría de mucho hacerlo caer. *Todavía no, quizá nunca. Es el veneno de mi interior, tan deseoso de venganza, tan… rencoroso. Estos no son mis pensamientos, ni mis inclinaciones. Recuérdalo, Udinaas, antes de que lo hagas peor de lo que lo haría Hannan Mosag.*

—Mi señor —dijo en voz baja—, Mayen está perdida. Y llena de dolor. Y vos sois el único que puede ayudarla.

—Hablas para salvar a la esclava —dijo el emperador con un susurro áspero.

—Bruja de la Pluma solo siente odio por mí, mi señor. Soy un simple endeudado, mientras que ella no lo es. El deseo

que yo sentía por ella surgía de un orgullo desmesurado, y quería castigarme por ello.

—El deseo que sentías por ella.

Udinaas asintió.

—¿Quiero salvarla de las palizas? Por supuesto que sí, mi señor. Vos haríais lo mismo. Como, de hecho, acabáis de hacer, no hace ni un momento.

—Porque es… sórdido. ¿Qué debo pensar de ti, Udinaas? Un esclavo. Un… endeudado… como si eso pudiera hacerte inferior a ojos de otro esclavo.

—Los letherii no renuncian a nada, ni siquiera cuando los convierten en esclavos. Mi señor, esa es una verdad que los tiste edur nunca han comprendido. Pobres o ricos, libres o esclavos, construimos las mismas casas en las que vivir, en las que representar los antiguos dramas. Al final, poco importa si el destino nos abraza o nos devora; en cualquier caso, es como debe ser y solo el Errante decide nuestro camino.

Rhulad lo estudiaba mientras hablaba. Los temblores se habían ralentizado.

—Casco Beddict intentaba decir lo mismo, pero no se le dan bien las palabras, así que fracasó. Así pues, Udinaas, puede que los conquistemos, puede que rijamos sus cuerpos del mismo modo que regimos el tuyo y los de tus compañeros, pero la fe que los guía, la fe que os guía a todos, eso no hay quien lo derrote.

—Salvo la aniquilación, mi señor.

—Y ese Errante, ¿es el árbitro del destino?

—Lo es, mi señor.

—¿Y existe?

—¿En el plano físico? No lo sé. No importa.

Rhulad asintió.

—Tienes razón, esclavo, no importa.

—Conquistad Lether y os devorará, mi señor. Vuestro espíritu. Vuestra… inocencia.

Una sonrisa extraña crispó la cara de Rhulad.

—Inocencia. Y eso lo dice una criatura de vida efímera como tú. Deberíamos sentirnos ofendidos. Deberíamos hacer que te arrancaran la cabeza de los hombros. Proclamas que no podemos ganar esta guerra, ¿y qué hemos de pensar de eso?

—La respuesta se halla en vuestra propia carne, mi señor.

Rhulad bajó los ojos. Las uñas le habían crecido, curvas y amarillas. Se dio unos golpecitos en una moneda del pecho.

—Poner fin a… la noción de la riqueza. Del dinero. Aplastar la ilusión del valor.

Udinaas se quedó asombrado. *Puede que sea joven y esté medio loco, pero Rhulad no es tonto.*

—Ah —dijo el emperador—. Vemos tu… estupefacción. Parece que nos han subestimado, incluso nuestro esclavo lo ha hecho. Pero la tuya no es una mente torpe, Udinaas. Damos gracias a las Hermanas que no seas el rey Ezgara Diskanar, pues entonces el desafío que se nos presentaría sería mucho más gravoso.

—Ezgara puede que sea benigno, mi señor, pero tiene personas peligrosas a su alrededor.

—Sí, ese tal ceda Kuru Qan. ¿Por qué no ha actuado todavía?

Udinaas sacudió la cabeza.

—Yo me he estado preguntando lo mismo, mi señor.

—Hablaremos más, Udinaas. Y nadie más sabrá de esto. Después de todo, ¿qué pensarían, un emperador y un esclavo juntos, trabajando para crear un nuevo imperio? Pues debemos mantenerte como esclavo, ¿no es cierto? Un esclavo a los ojos de los demás. Sospechamos que, si te liberáramos, nos abandonarías.

Un repentino temblor con esas palabras.

Que el Errante me lleve, este hombre necesita un amigo.

—Mi señor, no me iría. Fui yo el que colocó las monedas en vuestra carne. No hay forma de absolver eso, no hay forma real de compensar eso. Pero permaneceré a vuestro lado, hasta pasar todo esto.

Los ojos terribles de Rhulad, tan magullados y enrojecidos, tan heridos, se apartaron de Udinaas.

—¿Lo entiendes, Udinaas? —preguntó con un susurro—. Estoy tan…

Asustado.

—Sí, mi señor. Lo entiendo.

El emperador se tapó los ojos con una mano.

—Se está ahogando en néctar blanco.

—Sí, mi señor.

—Quisiera liberarla… pero no puedo. ¿Sabes por qué?

—Lleva a vuestro hijo en su vientre.

—Debes de tener sangre envenenada, Udinaas, para saber tanto…

—Mi señor, quizá convendría mandar llamar a Uruth. A vuestra madre. Mayen necesita… a alguien.

Rhulad, con la cara todavía cubierta por la mano mutilada, asintió.

—Nos reuniremos con el ejército de Temor pronto. Cinco, seis días. Uruth se unirá a ellos. Entonces… sí, hablaré con madre. Mi hijo…

Mi hijo. No, es imposible. Un expósito meckros. No tiene sentido pensar en él. Ninguno en absoluto.

No soy un hombre malo… pero acabo de jurar que permaneceré a su lado. Que el Errante me lleve, ¿qué he hecho?

Desde arriba vieron que una granja estaba ardiendo en el valle, pero no se veía a nadie combatiendo las llamas. Todo el mundo había huido. Seren Pedac siguió dándose tajos al cabello, cortándoselo tan corto como podía con el cuchillo de estibador que le había dado uno de los soldados de Barras de Hierro.

El juramentado se encontraba cerca, su mago de escuadrón, Corlo, a su lado. Los dos hombres estaban estudiando el lejano incendio y hablando en voz baja.

En algún lugar al sur y al este de Dresh, a medio día de la costa. Seren no imaginaba que los invasores tiste edur pudieran hallarse cerca, pero los caminos estaban repletos de refugiados que se dirigían al este, a Letheras. Había visto más de unos cuantos desertores entre las multitudes, y en algunos lugares yacían cadáveres en las cunetas, víctimas de robos o asesinadas tras ser violadas.

La violación, al parecer, se había convertido en uno de los pasatiempos favoritos de los matones que buscaban sus presas entre los ciudadanos que huían. Seren sabía que, si estuviera viajando sola, seguramente estaría muerta a aquellas alturas. En ciertos sentidos, eso habría sido un alivio. Un fin a toda esa desdicha mancillada, esa agónica sensación de no estar limpia. En su mente, veía una y otra vez a Barras de Hierro matando a esos hombres. El deseo de vengarse como era debido. Y su voz, quebrada, deteniéndole en nombre de la misericordia.

Bien sabía el Errante cuánto lo lamentaba. Mejor que le hubiera permitido hacerle lo que fuera a ese malnacido. Mejor aún si todavía lo llevaran con ellos. Con los ojos sacados, la nariz cortada, la lengua arrancada de la boca. Y con el cuchillo que tenía en la mano podría rebanarle tiras

de piel. Había oído una historia una vez, de un comisionado en una pequeña aldea remota que había tomado por costumbre violar a las jovencitas, hasta que las mujeres le tendieron una emboscada una noche. Lo golpearon y ataron, después le pusieron un taparrabos con espinas como si fuera un pañal, bien ceñido, y ataron al hombre al lomo de su caballo. Las espinas punzantes pusieron frenético al animal. La bestia al final se desprendió del hombre en el sendero de un bosque, pero para entonces el hombre ya se había desangrado. El relato decía que la cara del hombre, en la muerte, albergaba todo el dolor que un hombre podía sufrir y en cuanto a lo que habían encontrado entre sus piernas…

Serró el último trozo de pelo grasiento y lo dejó caer en el fuego. El hedor fue fiero, pero había hechiceros de campo y chamanes decrépitos que, si se encontraban con cabello humano, hacían un uso alarmante de él. Era triste pero cierto, dada la oportunidad de atar un alma, pocos se resistían a la tentación.

Corlo llamó a los soldados y, de repente, estaban corriendo a toda velocidad colina abajo hacia la granja, solo dejaron atrás a Seren y a Barras de Hierro. El guardia carmesí se acercó a ella.

—¿Lo oyes, muchacha?

—¿Qué?

—Caballos. En el establo. El fuego ha saltado a ese tejado. El granjero se dejó a sus caballos ahí.

—Nunca haría tal cosa.

El hombre la miró con los ojos entrecerrados y después se agachó para ponerse a su altura.

—No, es probable que el dueño esté muerto. Es raro, la mayor parte de los habitantes de esta zona no sabe montar.

Seren volvió a mirar la granja.

—Es de imaginar que críe para el ejército. El concepto de caballería se trajo de Rosazul, al igual que la mayor parte del ganado. Los caballos no formaban parte de nuestra cultura con anterioridad. ¿Alguna vez has visto a la caballería letherii en un desfile? Es un caos. Incluso después de ¿qué, sesenta años? Y de docenas de oficiales de Rosazul que han intentado adiestrar a nuestros soldados.

—Deberíais haber importado a esos guerreros montados de Rosazul como auxiliares. Si ese es su talento, explotadlo. No se puede tomar prestada la forma de vida de otro.

—Quizá no. He de suponer, entonces, que tú sabes montar.

—Sí. ¿Y tú?

Seren asintió al tiempo que envainaba el cuchillo y se levantaba.

—Adiestrada por uno de esos oficiales de Rosazul que mencioné.

—¿Has estado en el ejército?

—No, fue mi amante. Durante un tiempo.

Barras de Hierro también se irguió.

—Mira, han llegado a tiempo. Vamos.

La mujer vaciló.

—Olvidé darte las gracias, Barras de Hierro.

—No habrías estado tan guapa ahogada.

—No. Todavía no estoy lista para darte las gracias por eso. Lo que les hiciste a esos hombres…

—Tengo una bisnieta en Gris, en el valle D'Avore. Tendría más o menos tu edad ahora. Vamos, muchacha.

Seren bajó tras él la ladera. Bisnieta. Qué noción tan absurda. No era tan viejo. Esos juramentados tenían un sentido del humor muy extraño.

Corlo y el escuadrón habían sacado a una docena de caballos del establo en llamas, junto con arreos y bridas. Uno de los soldados estaba maldiciendo cuando Seren y Barras de Hierro se acercaron.

—¡Mira estos estribos! ¡No me extraña que los malnacidos no puedan montar a estos malditos bichos!

—Apoyas el pie en la horquilla del gancho —le explicó Seren.

—¿Y qué pasa si se sale? —preguntó el hombre.

—Te caes.

—Juramentado, tenemos que rehacer estos trastos, un poco de cuero pesado…

—Corta una de las sillas de reserva —dijo Barras de Hierro— y a ver lo que consigues. Pero quiero que podamos montar antes del atardecer.

—Sí, señor.

—Un estribo más estable —le dijo el juramentado a Seren— es una especie de media bota, algo en lo que puedas meter el pie, con una barra cruzada recta para apoyar el peso. Estoy de acuerdo con Mediopico. Esos guerreros montados de Rosazul se saltaron algo obvio, esencial. No podían ser unos jinetes muy buenos…

Seren frunció el ceño.

—Mi amante mencionó una vez que estas sillas se hacían de forma exclusiva para Lether. Dijo que en Rosazul utilizaban una clase un poco diferente.

Los ojos del hombre la miraron, entornados, y lanzó una carcajada seca, pero no hizo más comentarios.

Seren suspiró.

—No me extraña que nuestra caballería sea casi inútil. A mí siempre me costó mantener los pies en los estribos, y

luego evitar que giraran a un lado y al otro.

—¿Quieres decir que pivotan?

—Eso me temo.

—Me gustaría conocer a esos jinetes de Rosazul algún día.

—Son un pueblo extraño, Barras de Hierro. Veneran a alguien llamado el señor de las Alas Negras.

—¿Y se parecen a los letherii?

—No, son más altos. De piel muy oscura.

Barras de Hierro la miró durante un momento.

—¿Rostros como los de los tiste edur? —preguntó después.

—No, de huesos mucho más finos.

—¿Gran esperanza de vida?

—No que yo sepa pero, para ser honesta, en realidad no lo sé. Pocos letherii lo saben, y tampoco les importa demasiado. Vencieron a los rosazules. Los dominaron. En cualquier caso, nunca hubo demasiados y preferían el aislamiento. Ciudades pequeñas, por lo que he oído. Oscuras.

—¿Qué puso fin a tu aventura?

—Eso mismo, supongo. Pocas veces veía algo bueno en nada. Me cansé de su escepticismo, de su cinismo, del modo en que actuaba, como si lo hubiera visto todo un millar de veces…

El establo ya estaba envuelto en llamas a esas alturas y el calor fiero los obligó a todos a alejarse. En el cercano pasto al que se retiraron encontraron media docena de cadáveres, el criador y su familia. No habían conocido la misericordia en las últimas campanadas de sus vidas. Ninguno de los soldados que los examinó dijo una sola palabra, pero sus expresiones se endurecieron.

Barras de Hierro puso especial empeño en mantener a Seren lejos mientras tres hombres del escuadrón enterraban los cuerpos.

—Hemos encontrado un rastro —dijo—. Si no te importa, muchacha, queremos seguirlo. Para tener unas palabras con los que mataron a esa familia.

—Muéstrame las huellas —dijo ella.

El guerrero hizo un gesto y Corlo la llevó al borde de un grupo de árboles en el extremo sudeste del claro. Seren estudió la serie de huellas que entraban en el camino de los leñadores.

—Son veinte o más —declaró tras un momento.

El mago asintió.

—Desertores. Con armadura.

—Sí, o cargados con algún botín.

—Es probable que ambas cosas.

Seren se giró para mirar al hombre.

—Los guardias carmesíes… estáis muy seguros de vosotros mismos, ¿no?

—Cuando se trata de luchar, sí, muchacha, lo estamos.

—Observé a Barras de Hierro luchar en Trate. Es una excepción, supongo…

—Sí, lo es, pero no entre los juramentados. Jup Alat le habría ocasionado problemas. O Poll, si a eso vamos. Luego están los de las otras compañías. Mediodan, Azules, Negro el Anciano…

—¿Más de esos juramentados?

—Sí.

—¿Y qué significa eso? ¿Ser un juramentado?

—Significa que juraron devolver su príncipe a sus tierras. Lo obligaron a irse, ¿sabes? Lo obligó el maldito emperador Kellanved. Bueno, todavía no ha pasado. Pero pasará, algún día, quizá pronto.

—¿Y ese fue el juramento? De acuerdo. Parece que ese príncipe tenía unos soldados muy capaces con él.

—Oh, desde luego, muchacha, sobre todo cuando el juramento los ha mantenido con vida todo este tiempo.

—¿A qué te refieres?

El mago pareció nervioso de repente.

—Estoy hablando demasiado. No me hagas caso, muchacha. Bueno, ya has visto el rastro que dejaron los muy malnacidos. No hicieron esfuerzo alguno por esconderse, lo que significa que esos gallitos van muy confiados, ¿no? —El mago sonrió, pero no había humor en la sonrisa—. Los alcanzaremos y entonces les enseñaremos lo que puede hacer la auténtica caballería. Me refiero a montar caballos con estribos; no solemos luchar desde la silla pero tampoco nos vendría de nuevas.

—Bueno, admito que siento curiosidad.

—¿Solo curiosidad, muchacha? ¿Ningún ansia de venganza?

Seren apartó la mirada.

—Quiero echar un vistazo —dijo—. Sola, si no te importa.

El mago se encogió de hombros.

—No te alejes mucho. El juramentado te ha tomado cariño, creo.

Eso es… desafortunado.

—No lo haré.

Seren se metió en el bosque. Llevaban décadas enteras talando, lo que dejaba tocones y espacios abiertos entre los árboles. La mujer oyó a Corlo marcharse y regresar al claro. En cuanto la envolvió el silencio, lamentó de repente su soledad. Surgieron deseos, ninguno de ellos sano, ninguno de ellos agradable. Jamás volvería a sentirse limpia y esa verdad empujó sus pensamientos en dirección contraria, como si parte de ella quisiera mancillar su carne todavía

más, hasta donde fuese posible. ¿Por qué no? Perdida en la oscuridad como estaba, qué más daba manchar su alma de negro por completo.

Sola, y asustada (de sí misma, de los impulsos que nacían en su interior), continuó caminando sin prestar atención a la dirección. Se adentró cada vez más en el bosque, donde los tocones eran más escasos y suavizados por la podredumbre, los árboles caídos más gruesos. La luz de la tarde apenas podía penetrar la espesura.

El sufrimiento no era nada. Carecía de significado. Pero no, el dolor servía de algo, aunque solo fuera para recordarte que todavía vivías. Cuando nada normal se podía recuperar, jamás, entonces había que hallar otros placeres. Cultivarlos, el cuerpo y la mente adiestrados de nuevo, para disfrutar de una vena más oscura.

Un claro más adelante, en el que se alzaban figuras.

Se detuvo.

Inmóviles, medio hundidas en el suelo, ladeándose hacia un lado y otro entre las hierbas altas. Estatuas. Esa había sido tierra tarthenal, recordó. Antes de que llegaran los letherii a aplastar a las tribus. El nombre «Dresh» era tarthenal, de hecho, al igual que los nombres de las aldeas cercanas de Denner, Lan y Brous.

Seren se aproximó y llegó hasta el borde del claro.

Cinco estatuas en total, de forma vagamente humana pero tan curtidas por los elementos que sus rasgos eran indistinguibles, solo unas ligerísimas muescas marcaban los pozos de los ojos tallados en el granito. Estaban enterradas hasta la cintura, lo que sugería que, cuando se encontraban descubiertas por completo, eran tan altas como los tarthenal mismos. Una especie de panteón, supuso la corifeo, nombres y caras desgastados por las decenas de siglos que habían pasado desde que aquel claro había albergado devotos.

Los letherii habían estado a punto de borrar a los tarthenal de la faz de la tierra por aquel entonces. Tan cerca de un genocidio absoluto como habían estado en sus muchas conquistas. Seren recordó una línea de uno de los primeros tratados de historia escrito por un testigo de esa guerra: *«Luchaban en defensa de sus lugares sagrados con expresiones de terror, como si con el fracaso se pudiera desatar algo inmenso y terrible...».* Seren miró a su alrededor. Lo único inmenso y terrible de aquel lugar era el patetismo de su abandono.

Seren sabía que esos momentos oscuros de la historia letherii se desechaban por sistema y no tenían casi papel alguno en la visión que su cultura tenía de sí misma como portadores de progreso, liberadores que abrían los grilletes que suponían esas formas primitivas de vida, esas tradiciones crueles y esos rituales despiadados. Libertadores, por tanto, destinados a arrancar de las garras de tiranos salvajes a sus reprimidas víctimas en el nombre de la civilización. Que los letherii luego imponían sus propias reglas de opresión pocas veces se reconocía. Después de todo, solo había un camino que llevara al éxito y la satisfacción, adoquinado con oro y mantenido por los recaudadores de cuotas letherii, y solo los libres podían recorrerlo.

Libres para aprovecharse de ese mismo juego. Libres para descubrir las desventajas inherentes. Libre para que abusaran de ti. Libre para que te explotaran. Libre para tener un dueño por incurrir en una deuda. Libre para que te violaran.

Y para conocer la desdicha. Era una verdad natural que algunos recorrían ese camino más rápido que otros. Siempre existirían los que solo podían arrastrarse. O caer en un lado

del camino. Las leyes más básicas de la existencia, después de todo, eran siempre las más duras.

Las estatuas que tenía delante eran indiferentes a todo eso. Sus devotos habían muerto defendiéndolas, y todo para nada. La memoria no era leal al pasado, solo a las exigencias del presente. Seren se preguntó si los tiste edur veían el mundo de idéntico modo. ¿Cuánto de su pasado habían olvidado de forma selectiva, cuántas verdades desagradables habían retorcido para convertirlas en mentiras para tranquilizarse a sí mismos? ¿Sufrían ese mismo defecto, esa necesidad de revisar la historia para responder a una inseguridad profunda, a un espacio vacío en el fondo de ellos mismos que resonaba con una incertidumbre miserable? ¿Ese impulso constante de progresar era quizá solo una búsqueda impotente de algún tipo de satisfacción, como si a un nivel instintivo hubiera una comprensión turbia, un reconocimiento de que el juego no tenía ningún valor y, por tanto, la victoria carecía de significado?

Tal comprensión tenía que ser turbia, pues la claridad era dura y difícil y a los letherii no les gustaban las cosas que eran duras y difíciles, así que pocas veces optaban por pensar en ello. Las emociones más básicas eran la respuesta preferida y los argumentos complejos se contemplaban con rabia y suspicacia.

Seren apoyó una mano en el hombro de la estatua más cercana y le sorprendió descubrir que la piedra estaba cálida bajo sus dedos. Quizá retuviese el calor del sol. Pero no, estaba demasiado caliente para eso. Seren quitó la mano, si la hubiera dejado más se habría quemado la piel.

La invadió la inquietud. Sintió un escalofrío repentino y dio un paso atrás. Y fue entonces cuando vio la hierba

muerta que rodeaba cada estatua, marchita por el calor incesante.

Al parecer, los dioses tarthenal no estaban muertos, después de todo.

A veces, el pasado se alza para revelar las mentiras. Mentiras que han persistido solo a base de fuerza de voluntad y gracias a la opinión colectiva. A veces, esa revelación llega empapada en sangre fresca. Las falsas ilusiones provocaban su propio rompimiento. La preeminencia letherii. La arrogancia tiste edur. La inviolabilidad de mi propia carne.

Un sonido tras ella. Se volvió.

Barras de Hierro se encontraba al borde del claro.

—Corlo dijo que había algo… inquieto… en este bosque.

Seren suspiró.

—Mejor si solo fuera yo.

El guerrero ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa irónica.

Ella se acercó.

—Tarthenal. Creía que conocía esta tierra. Cada pista, los antiguos terrenos de túmulos y los lugares sagrados. Es responsabilidad del corifeo, después de todo.

—Esperamos poder utilizar esos conocimientos —dijo el juramentado—. No quiero fanfarrias cuando entremos en Letheras.

—Estoy de acuerdo. Incluso entre una multitud de refugiados, nosotros destacaríamos. Te podrías plantear buscarte ropa que no se parezca tanto a un uniforme.

—Dudo que importase, muchacha. En cualquier caso, nos verían como desertores y nos arrojarían a las filas de los defensores. Esta no es nuestra guerra y preferiríamos no implicarnos en ella. La cuestión es, ¿puedes introducirnos en Letheras sin que nos descubran?

—Sí.

—Bien. Los muchachos ya tienen listos los nuevos estribos.

Seren volvió la vista y miró las estatuas.

—Te hace pensar, ¿verdad, muchacha?

—¿En qué?

—En que la antigua ira nunca se va.

Seren lo miró de nuevo.

—Ira. Algo con lo que estás muy familiarizado, según he de entender.

Un ceño claro.

—Corlo habla demasiado.

—Si queríais recuperar la tierra de vuestro príncipe, ¿qué estáis haciendo aquí? Yo jamás he oído hablar de ese tal emperador Kellanved, así que su imperio debe de estar muy lejos.

—Oh, lo está, mucho. Venga, es hora de irnos.

—Perdón —dijo Seren mientras lo seguía de regreso al bosque—. Me estaba metiendo donde nadie me llama.

—Sí, así es.

—Bueno. A cambio tú puedes preguntarme lo que quieras.

—¿Y responderás?

—Quizá.

—No pareces de ese tipo de personas que terminan como terminaste tú en Trate. Así que el mercader para el que trabajabas se suicidó. ¿Era tu amante o algo así?

—No, y tienes razón, no lo soy. No fue solo Buruk el Pálido, aunque debería haberlo visto venir, se puede decir que casi me lo confesó una docena de veces en el viaje de regreso. Solo que yo no estaba dispuesta a escuchar, supongo. El emperador tiste edur tiene un asesor letherii…

—Casco Beddict.

—Sí.

—¿Lo conocías?

Seren asintió.

—¿Y ahora te sientes traicionada? No solo como letherii, sino también de una forma personal. Bueno, eso es duro, claro…

—Pero ahí es donde te equivocas, Barras de Hierro. No me siento traicionada, y ese es el problema. Lo entiendo demasiado bien; su decisión, la entiendo.

—¿Te gustaría estar con él?

—No. Vi a Rhulad Sengar, el emperador, lo vi regresar a la vida. Si hubiera sido Hannan Mosag, el rey hechicero… bueno, quizá hubiera unido mi suerte a la de ellos. Pero no con el emperador…

—¿Regresó a la vida? ¿Qué quieres decir con eso?

—Estaba muerto. Muy muerto. Lo mataron cuando recogía una espada para Hannan Mosag, una especie de espada maldita. No pudieron quitársela de las manos.

—¿Por qué no se limitaron a cortarle las manos?

—Sospecho que se estaba llegando a eso, pero entonces regresó.

—Un buen truco. Me pregunto si tendrá tanta suerte la próxima vez.

Llegaron al borde del bosque y vieron a los otros sentados en los caballos y esperando. Al oír el comentario del juramentado, Seren consiguió esbozar una sonrisa.

—Según los rumores, yo diría que sí, que la tuvo.

—¿Lo mataron otra vez?

—Sí, Barras de Hierro. En Trate. Un soldado que ni siquiera era de Lether. Se acercó a él y le partió el cuello. Ni siquiera se paró a arrancar las monedas de oro de su cuerpo…

—Por el aliento del Embozado —murmuró él cuando se acercaron a los otros—. No se lo digas a los demás.

—¿Por qué?

—Porque tengo fama de ganarme enemigos peligrosos, por eso.

Once tarthenal vivían a menos de un día de camino del claro y sus estatuas. El viejo Joroba Arbat había sido elegido mucho tiempo atrás para la tarea de la que se ocupaba con gesto hosco; cada mes hacía la ronda con su carreta de dos ruedas, de una familia a la siguiente. Ni una sola de las granjas donde vivían los tarthenal en servidumbre endeudada bajo el yugo de un terrateniente de Dresh era exclusivamente de esa raza. Los niños mestizos salían corriendo a recibir al viejo Joroba Arbat y le lanzaban fruta podrida a la espalda mientras él se dirigía al pozo negro con su pala, se reían y se burlaban a gritos mientras él arrojaba terrones empapados de heces a la parte trasera de la carreta.

Entre los tarthenal, todo lo que existía en el mundo físico poseía un significado simbólico y esos significados estaban conectados entre sí, unidos en correspondencias que formaban a su vez parte de un lenguaje secreto.

Las heces eran oro. El pis era cerveza. Los mestizos habían olvidado la mayor parte de ese saber antiguo, pero la tradición que guiaba la rutina del viejo Joroba Arbat permanecía, si bien buena parte de su significado se había perdido.

Una vez completaba su tarea, le quedaba un último viaje: tirar de la maloliente carreta con su montón de desechos chorreantes y repletos de moscas por una pista poco usada del bosque del Criador para después meterse en el claro en el que se encontraban las estatuas casi enterradas.

En cuanto llegó, justo después de la puesta del sol, supo que algo había cambiado. En un lugar que jamás había cambiado, ni una sola vez en toda su vida.

Alguien había visitado el lugar, quizá poco antes ese mismo día, pero eso era lo de menos. El viejo Joroba Arbat se quedó mirando las estatuas y vio las hierbas quemadas, el fulgor leve de calor que emitía el granito maltrecho. Hizo una mueca que reveló los cabos ennegrecidos de dientes (todo lo que le quedaba tras décadas y décadas de dulces letherii) y cuando fue a coger su pala advirtió que le temblaban las manos.

Recogió una carga y la llevó hasta la estatua más cercana. Después arrojó las heces contra la piedra curtida por los elementos.

—Plaf —dijo con un asentimiento.

Un siseo, después algo negro, humo, y las cenizas bajaron flotando.

—Oh. ¿Podría ser peor? Pregúntate eso, viejo Joroba Arbat. ¿Podría ser peor? No, dice el viejo Joroba Arbat, creo que no. ¿Crees que no? ¿No estás seguro, viejo Joroba Arbat? El viejo Joroba Arbat reflexiona, pero no por mucho rato. Tienes razón, digo yo, no podría ser peor.

»Oro. Oro y cerveza. Maldito oro maldita cerveza maldito nada maldito todo. —Maldecir lo hacía sentirse un poco mejor—. Bueno, entonces. —Regresó a la carreta—. Veamos si una carga entera apacigua. Y, viejo Joroba Arbat, también tienes la vejiga llena. Calculaste el tiempo bien, como siempre. Libaciones. Lo que haga falta, viejo Joroba Arbat, lo que haga falta.

»Y si eso no ayuda, ¿entonces, qué, viejo Joroba Arbat? ¿Entonces qué?

»Bueno, respondo, entonces hago correr la voz, si quieren escuchar. ¿Y si lo hacen? Bueno, digo, entonces nos vamos

corriendo.

»¿Y si no escuchan?

»Bueno, respondo, entonces yo me voy corriendo.

Recogió otra carga con su pala de madera.

—Oro. Oro y cerveza…

—Sandalath Drukorlat. Así me llamo. No soy ningún fantasma. Ya no. Lo menos que puedes hacer es admitir mi existencia. Hasta los nachts tienen mejores modales que tú. Como sigas ahí sentado rezando, te arreo.

La mujer llevaba intentándolo desde por la mañana. Interrupciones periódicas de sus esfuerzos. Quería que se largara pero no funcionaba. Se le había olvidado lo irritante que podía ser tener compañía. Sin que nadie la llamara, inoportuna, recordatorio persistente de sus debilidades. Y encima estaba a punto de arrearle.

Asimismo suspiró y por fin abrió los ojos. La primera vez ese día. Incluso en la oscuridad de su morada, la luz le hacía daño y tuvo que guiñar los ojos. La mujer se encontraba ante él, una silueta inconfundiblemente femenina. Para ser un dios envuelto en mantas, al dios Tullido no parecía importarle demasiado la desnudez entre sus elegidos.

Elegidos. En el nombre del Embozado, ¿dónde la había encontrado? No era un fantasma, decía. Ya no. Acababa de decirlo. Debía de haberlo sido, entonces. Típico. El tipo no podía buscar a nadie vivo. No cuando se trataba de hacerle un favor a él. ¿Quién mejor para alguien que se muere por tener compañía que alguien que lleva muerta quién sabe cuánto tiempo? Escucha lo que digo. Estoy perdiendo la cabeza.

La mujer levantó una mano para golpearlo.

Él se encogió.

—¡Está bien, de acuerdo! Sandalath no se qué. Encantado de conocerte…

—Sandalath Drukorlat. Soy tiste andii…

—Qué bien. Y ahora, por si no lo habías notado, estaba en plenas oraciones…

—Tú siempre estás en plenas oraciones, y ya han pasado dos días. Al menos creo que son dos días. Los nachts durmieron, en cualquier caso. Una vez.

—¿Durmieron? Qué raro.

—¿Y tú eres?

—¿Yo? Un herrero. Un meckros. Único superviviente de la destrucción de mi ciudad…

—¡Tu nombre!

—Asimismo. No hace falta gritar. Aquí nunca ha habido gritos. Bueno, algunos chillidos, pero no míos. Es decir, todavía no…

—Calla. Tengo preguntas que vas a responder.

No era demasiado joven, notó Asimismo cuando sus ojos se acostumbraron. Claro que, tampoco lo era él. Y eso no era bueno. A los jóvenes se les daba mejor hacer amigos. Los jóvenes no tenían nada que perder.

—Te estás poniendo bastante imperiosa, Sandalath.

—Oh, ¿he herido tus sentimientos? Lo siento muchísimo. ¿Dónde conseguiste esa ropa?

—Del dios, ¿quién si no?

—¿Qué dios?

—El que está en la tienda. Tierra adentro. Imposible no verlo. No sé cómo… ¿dos días? ¿Pero qué has estado haciendo tú? Está justo subiendo la playa…

—Calla. —La mujer se pasó las dos manos por el pelo.

Asimismo hubiera preferido que siguiera siendo una silueta. Apartó la mirada.

—Creí que querías respuestas. Ve a preguntarle a él…

—No sabía que era un dios. Tú parecías una compañía preferible, puesto que todo lo que saqué de él fueron toses y risas… al menos creo que eran risas…

—Lo eran, que no te quepa duda. Está enfermo.

—¿Enfermo?

—Loco.

—Así que un dios loco que no deja de toser y un aspirante calvo lleno de músculos. Y tres nachts. ¿Y ya está? ¿Nadie más en esta isla?

—Unas cuantas gaviotas lagarto y lagartos de tierra, y lagartos de roca, y ratas lagarto en la herrería…

—¿Y de dónde has sacado esa comida de ahí?

Asimismo le echó un vistazo a la pequeña mesa.

—El dios provee.

—No me digas. ¿Y qué más provee ese dios?

Bueno, pues a ti, para empezar.

—Lo que le apetece, supongo.

—Tu ropa.

—Sí.

—Yo quiero ropa.

—Sí.

—¿Qué quieres decir, «sí»? Consígueme ropa.

—Preguntaré.

—¿Crees que me gusta estar aquí plantada, desnuda, delante de un desconocido? Hasta los nachts me miran con lascivia.

—Yo no te miraba con lascivia.

—¿Ah, no?

—No de forma intencionada. Acabo de notarlo, hablas la lengua de los comerciantes letherii. Yo también.

—Cuánta perspicacia.

—He tenido mucha práctica, supongo. —Asimismo se levantó—. Se me ocurre que no vas a dejar que reanude mis

plegarias. Al menos hasta que consigas algo de ropa. Así que vamos a hablar con el dios.

—Ve tú a hablar con él. Yo no voy. Tú tráeme ropa, Asimismo.

El herrero la miró.

—¿Te ayudará eso a… relajarte?

Entonces fue cuando le arreó, una palma abierta que lo golpeó en un lado de la cabeza. La mujer lo había cogido desprevenido, decidió un momento después, tras liberarse de los restos de la pared que había atravesado. Y se levantó haciendo eses, la escena giraba a su alrededor como loca. La mujer furiosa, que había salido y parecía plantearse golpearlo de nuevo, el mar inclinado y los tres nachts en un trozo de hierba cercano, partiéndose de risa sin ruido.

Asimismo echó a andar y bajó hacia el mar.

—¿Adónde vas? —La voz estaba tras él.

—Con el dios.

—Está por el otro lado.

Cambió de dirección.

—Me habla como si no conociera la isla. Quiere ropa. Toma, coge la mía. —Se quitó la camisa por la cabeza.

Y se encontró tirado de espaldas, mirando a través del tejido blanqueado de la prenda, el sol brillante y cegador… De repente se eclipsó. La mujer estaba hablando.

—Tú quédate ahí echado un rato más, Asimismo. No pretendía pegarte tan fuerte. Me temo que te he fracturado el cráneo.

No, no, es duro como un yunque. Me pondré bien. ¿Ves?, me estoy levantando… oh, para qué molestarse. Se está bien aquí, al sol. Esta camisa huele. Como el mar. Como una playa con la marea baja y todas las cosas muertas pudriéndose en agua fétida. Igual que Puerto Interior. Tengo que impedir que los chicos naden ahí. No hago más que

decirles… Oh, están muertos. Todos muertos ya, mis chicos, mis aprendices.

Será mejor que me respondas pronto, Mael.

—¿Asimismo?

—Es la tienda. Eso es lo que los nachts están intentando decirme. Algo sobre la tienda…

—¿Asimismo?

Creo que voy a dormir un rato.

El rastro iba en dirección este, más o menos paralelo al camino de Brous, al menos al principio, luego cortaba hacia el sur, hacia el camino en sí, una vez que el bosque de la izquierda empezaba a ralear. Los desertores habían pasado por otra granja, pero allí no había nadie. Se distinguían señales de saqueo y parecía que se habían apropiado de una carreta de ruedas de madera. Mediopico creía que los merodeadores no estaban muy lejos y que los guardias carmesíes los alcanzarían hacia el amanecer.

Seren Pedac cabalgaba junto a Barras de Hierro. Los nuevos estribos le mantenían los pies firmes en su sitio; jamás se había sentido tan segura a lomos de un caballo. Estaba claro que los rosazules llevaban mucho tiempo engañando a los letherii y se preguntó si eso revelaba algún defecto esencial y hasta el momento no reconocido en su pueblo. Cierta credulidad, nacida de una desafortunada mezcla de inocencia y arrogancia. Si Lether sobrevivía a la invasión edur y la verdad sobre el engaño de los rosazules salía a la luz, la respuesta letherii sería típicamente infantil, sospechaba Seren, una especie de dolor profundo y sentido, y un resentimiento al que se aferrarían durante mucho tiempo. A los rosazules se les castigaría de forma

malintencionada y repetida, de un millar de formas diferentes.

Las dos mujeres soldado del escuadrón habían desmantelado una rejilla para pieles de la primera granja y habían utilizado los palos del armazón para construir media docena de lanzas toscas de la mitad de la altura de un hombre. En las puntas afiladas y endurecidas por el fuego habían hecho muescas transversales, las gruesas púas sobresalían del astil. Cada punta la habían untado con la sangre del criador y su familia para sellar las intenciones de venganza.

Cabalgaron toda la noche y solo se detuvieron cuatro veces para dejar descansar a los caballos, todos salvo un miembro del escuadrón consiguieron dormir un cuarto de campanada, un talento militar que Seren no podía emular. Para cuando el cielo comenzó a palidecer por el este y revelar las brumas de las tierras bajas, la corifeo tenía los ojos irritados y se sentía torpe. Habían pasado por un campamento de refugiados en el camino a Brous y una anciana había despertado para decirles que los atacantes los habían alcanzado poco antes y les habían robado todo lo que llevaban de valor, además de raptar a dos chicas jóvenes y su madre.

Doscientos pasos más adelante tuvieron a la vista a los desertores. La carreta se encontraba en el centro del camino elevado, los dos bueyes que habían utilizado para tirar de ella estaban a un lado, bajo un grueso roble lleno de nudos, al otro lado de la zanja del sur. Unas cadenas se estiraban sujetas a una de las ruedas, junto con tres figuras pequeñas que estaban acurrucadas y dormidas. Un gran fuego todavía ardía sin llama, las ascuas moribundas estaban justo detrás de la carreta.

Los guardias carmesíes se detuvieron a cierta distancia y contemplaron a los atacantes.

—No hay nadie despierto —comentó una de las mujeres.

—Estos caballos no están lo bastante adiestrados para una carga cerrada —dijo Barras de Hierro—. Iremos cuatro uno cuatro. Tú serás el uno, corifeo, ponte detrás y no te separes de los jinetes de cabeza.

Seren asintió. No estaba preparada para poner objeciones. Le habían dado una espada que les sobraba y sabía bien cómo usarla. Con todo, esa carga iba a ser con lanzas.

Los soldados se ciñeron las correas de los yelmos y después se pusieron los guanteletes, cambiaron de posición los mangos de las lanzas y las sujetaron a un tercio del cabo inferior. Seren sacó la espada.

—De acuerdo —dijo Barras de Hierro—. Corlo, mantenlos dormidos hasta que estemos a treinta pasos. Después despiértalos, rápido y aterrados.

—Sí, juramentado. Hace ya tiempo, ¿verdad?

—¿Quieres que quede alguno vivo, señor? —preguntó Mediopico.

—No.

Barras de Hierro, con Mediopico a la izquierda y las dos mujeres a la derecha, formaron la primera línea. Del paso al trote y después a un medio galope medido. Cincuenta pasos y nadie se alarmó entre los desertores. Seren volvió la vista y miró a Corlo, este le sonrió, alzó una mano y agitó los dedos enguantados.

La mujer vio a las tres prisioneras de la carreta sentarse, y después arrastrarse a toda prisa bajo la misma.

Apuntaron las lanzas, los caballos se pusieron al galope.

Un movimiento repentino entre los desertores dormidos. Se levantaron de un salto, gritos desconcertados, un chillido.

La primera línea se dividió para rodear la carreta y Seren se echó con fuerza hacia la izquierda tras un momento de indecisión al ver el brillo de los ojos muy abiertos bajo la carreta. Después se situó junto a las altas ruedas.

Por delante, cuatro lanzas encontraron sus objetivos, tres de ellas ensartaron a los hombres por detrás cuando intentaban huir.

Un desertor tropezó cerca de Seren y esta lanzó una cuchillada con la espada, le hizo un corte al hombre en el hombro y lo mandó dando vueltas entre un chorro de sangre. Seren se maldijo por su torpeza, se echó hacia delante en la silla y se levantó sobre los estribos. Después preparó la espada una vez más.

Los cuatro guardias delanteros habían frenado sus monturas y estaban desenvainando. La segunda línea de jinetes, tras Seren, se había separado para perseguir a sus víctimas, que se dispersaban por las zanjas de ambos lados del camino. Mataban con una eficacia fría.

Una lanza intentó acuchillar a Seren por la izquierda. La mujer apartó el astil de un manotazo y después giró mientras su caballo seguía llevándola hacia delante. La hoja vibró en su mano cuando chocó contra un casco. El borde se atascó y Seren tiró con fuerza y arrancó el casco de la cabeza del hombre. El casco se soltó, salió volando y rebotó en el camino, salpicado de rojo y hundido por un lado.

Seren vislumbró por un momento a Barras de Hierro diez pasos por delante. Mataba con una facilidad espeluznante, una única mano sujetaba las riendas para guiar el caballo, la espada tejía una danza asesina a su alrededor.

Alguien se abalanzó sobre el brazo de Seren que sujetaba la espada, el peso le dio un tirón en el hombro. La corifeo gritó de dolor y sintió que la tiraban de la silla.

El rostro del hombre, una mueca barbuda, pareció lanzarse sobre ella como si fuera a la caza de un beso fantasmal. Entonces Seren vio que los rasgos se aflojaban. La sangre le llenaba los ojos. Las venas de las sienes se derrumbaron en manchas azules que florecían bajo la piel. Más sangre chorreándole de la nariz. La mano se le cayó cuando se derrumbó hacia delante.

Sin prisas, con un cuchillo largo de filo fino en una mano, Corlo se acercó a ella.

—¡Levántate, muchacha! Apóyate en mi hombro…

Con el puño apretado en torno al pomo de la espada, Seren se apoyó en él y se irguió.

—Gracias, Corlo…

—Puedes parar, muchacha, ya casi hemos terminado aquí.

Seren miró a su alrededor. Tres guardias habían desmontado, al igual que Barras de Hierro, y estaban entre los heridos y los moribundos, las espadas se clavaban en los cuerpos. La corifeo miró hacia atrás.

—Ese hombre… ¿qué le pasó?

—Le herví el cerebro, corifeo. No muy limpio, lo admito, pero el juramentado dijo que te mantuviéramos a salvo.

Seren se lo quedó mirando.

—¿Qué clase de magia hace eso?

—Quizá te lo cuente algún día. Fue un buen golpe en la cabeza el de ahí atrás. Ese cabrón estuvo cerca con la lanza.

Sí que lo estuvo. Seren estaba temblando de repente.

—¿Y esa es tu profesión, Corlo? Es… asqueroso.

—Sí, corifeo, sí que lo es.

Barras de Hierro se acercó.

—¿Va todo bien?

—Estamos bien, señor. ¿Todos muertos?

—Veintiuno.

—Esos son todos —dijo el mago con un asentimiento.

—Menos de media docena llegaron a sacar sus armas. Los hundiste, Corlo. Bien hecho.

—¿Es así como los soldados ganáis las batallas? —preguntó Seren.

—No estábamos aquí para dar batalla, corifeo —dijo Barras de Hierro—. Ejecuciones, muchacha. ¿Algún mago entre esta panda, Corlo?

—Un experto menor. Me encargué de él el primero.

Ejecuciones. Sí. Mejor mirarlo de ese modo. No carnicería. Eran asesinos y violadores, después de todo.

—¿No me has dejado ninguno vivo, juramentado?

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—No, ninguno.

—No quieres que yo… haga lo que quiero. ¿Verdad?

—Eso es, muchacha. No quiero.

—¿Por qué?

—Porque podrías disfrutarlo.

—¿Y por qué es asunto tuyo, Barras de Hierro?

—No es bueno, eso es todo. —Le dio la espalda—. Corlo, ocúpate de las prisioneras que están bajo la carreta. Sánalas si lo necesitan.

Tiene razón. El muy cabrón tiene razón. Podría disfrutarlo. Torturar a un hombre indefenso. Y eso no sería bueno porque podría quedarme con ganas de más. Recordó la sensación cuando la hoja de su espada había chocado con el yelmo de aquel desertor. Una sensación nauseabunda, enfermiza y placentera, todo unido.

Me duele. Pero puedo hacer que les duela a otros. Lo suficiente para que uno solucione lo otro, dejando solo… calma. ¿Es eso? ¿Calma? O solo una especie de endurecimiento, insensible y frío.

—De acuerdo, Barras de Hierro —dijo Seren—. No dejes que lo haga. Solo que —bajó la cabeza y lo miró—, no ayuda. Nada ayuda.

—Sí. Todavía no, en cualquier caso.

—Jamás —le contestó ella—. Lo sé, estás pensando que el tiempo traerá la sanación. Pero verás, juramentado, no hago más que revivirlo. A cada momento. No fue hace días. Fue con mi último aliento, con cada último aliento.

Vio la compasión en los ojos del hombre y, por inexplicable que fuera, lo odió por ello.

—Déjame pensarlo, muchacha.

—¿Con qué fin?

—No sé decirte todavía.

Seren bajó la mirada y contempló la espada que tenía en la mano, la sangre y el pelo enredado en el borde lleno de muescas donde había golpeado la cabeza del hombre. *Asqueroso. Pero esperarán que lo limpie. Que el hierro quede limpio y reluciente una vez más, como si no fuera más que un trozo de metal. Sin conexión alguna con sus obras, su historia, su propósito.* No quería que aquellos restos se limpiaran. Le gustaba verlos.

Dejaron los cuerpos donde habían caído. Dejaron las lanzas empaladas en la carne que se enfriaba. Dejaron la carreta, aparte de la comida que podían transportar, los refugiados que subían por el camino podían quedarse con el resto. Entre los muertos había cinco jóvenes, ninguno de ellos superaría los quince años. Habían recorrido un corto camino pero, como comentó Mediopico, había sido el camino equivocado, y no había más.

Seren no se compadeció de ninguno de ellos.

Libro cuarto

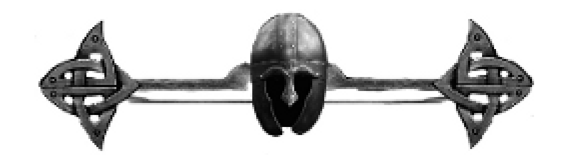
Mareas de medianoche

Los parientes lloran mi partida, todo amor es polvo.
El pozo abierto en la roca pura, piedras apiladas a un lado,
losas colocadas en las orillas, con sus junturas el muro gris se levanta.
Posesiones colocadas flanquean mi lugar de descanso.
Todos de la villa salen, golpeando pieles.
Cantan su dolor con manchas de ceniza,
se arañan las mejillas, heridas en la carne.
La memoria de mi vida se rinde
en abanicos de tierra de palas de madera.
Y si estuviera yo fantasmal aquí, al borde de los vivos,
testigo de hermanos y hermanas desvelados por la pérdida,
perseguidores de la desesperación sobre esta fértil tierra,
donde los ancestros vigilan envueltos en pieles,
quizá me acomodara inmóvil, los ojos cerrados a la oleada de oscuridad,
y abrazara el tirón que en espiral me lleva a la indiferencia,
contemplando al final lo que es ser complacido.
Pero en mi carne hay calor, ni quieta la sangre en mis venas
ni fría, mi aliento se une a este viento
que lleva estos falsos llantos; estoy desterrado,
solo entre la multitud que no ha de verme más.

La agitación de mi vida se enfrenta a sus espaldas vueltas,
los estremecimientos de su voluntad, y todo amor es polvo
donde yo ahora camino, para placer de nadie,
abierto en roca pura, las piedras apiladas, el gris muro alzándose.

Desterrado
Kellun Adara

20



Parecía que la noche nunca terminaría durante la guerra con los sar trell. Antes de la aparición de nuestro gran emperador Dessimbelackis, repelían a nuestras legiones en el campo de batalla una y otra vez. Nuestros hijos e hijas lloraban sangre en la tierra verde y el retumbar de los tambores del enemigo avanzaba tronando. Pero no había manchas que se sostuvieran sobre nuestra fe, y esta brillaba siempre fiera, siempre desafiante. Alzábamos nuestras filas altas, superponíamos escudos pulidos y brillantes como el sol rojo, y aquel que entre nosotros era necesario, el que estaba destinado a sujetar la empuñadura salpicada de la veraz espada del Primer Imperio, prestó su voz y sus fuerzas para guiarnos y responder al estruendo gutural de los gritos de guerra sar trell, el temblor pétreo de sus tambores. La victoria estaba en el destino, en los ojos iluminados por la forja de Él de las Siete Ciudades Sagradas, la carga febril de su voluntad, y en ese día, el

diecinueve del mes de Leth-ara, en el año de Arenbal, el ejército sar trell fue derrotado en la llanura al sur de Yath-Ghatan, y con sus huesos se pusieron los cimientos y con sus cráneos los adoquines del camino del Imperio...

El Dessilan
Vilara

Un poco más adelante, la Columnata Real del Domicilio Eterno. Arqueado, el techo semiesférico entretejido de oro sobre un fondo del color de la medianoche, los diamantes resplandecían como gotas de rocío en las hebras que colgaban. Los pilares que flanqueaban el pasillo que llevaba al salón del trono estaban tallados con un dibujo en espiral y pintados de color verde mar, veinte a cada lado y con tres pasos de separación. Los pasajes entre las columnas y la pared eran lo bastante anchos como para permitir que la guardia blindada de palacio los recorriera sin miedo a que las vainas arañaran las paredes, mientras que el acceso por el pasillo central tenía una anchura de diez hombres. En el extremo exterior había un gran aposento que servía como sala de recepción. Varios murales del Primer Imperio, copiados tantas veces que se habían estilizado hasta perder todo significado, se habían plasmado en las paredes. Los soportes tradicionales para las antorchas sostenían cristales imbuidos de hechicería que arrojaban una leve luz azul. En el extremo interior se alzaban dos gigantescas puertas incrustadas de joyas que llevaban a un pasaje estrecho y

bajo de quince pasos de longitud antes de abrirse a la cúpula del salón del trono en sí.

El aire olía a polvo de mármol y pintura. Solo faltaban tres días para la investidura ceremonial, cuando el rey Ezgara Diskanar, con sus túnicas de Estado, recorrería sin prisas toda la Columnata Real y entraría en el salón del trono, su reina un paso por detrás a su izquierda; su hijo, el príncipe, dos pasos por detrás y justo detrás de su padre. O así era como debería haber sido.

Una estela de sirvientes y guardias había llevado a Brys hasta allí, siguiendo lo que parecían los vagabundeos aleatorios del ceda Kuru Qan. El extraño vacío del Domicilio Eterno durante ese último tramo ponía de los nervios al finadd. Sus botas resonaron en las losas lisas cuando entró en la sala de recepción.

Y encontró al ceda de rodillas justo delante de él.

Kuru Qan estaba murmurando para sí y trazaba con las yemas de los dedos las junturas del suelo. A su lado había una raída cesta manchada de pintura, atestada de punzones, pinceles y tarros de pigmentos tapados.

—¿Ceda?

El anciano levantó la vista y guiñó los ojos por encima de las lentes, el artilugio se le había deslizado hasta la punta de la nariz.

—¿Brys Beddict? Me preguntaba dónde estabas.

—En el salón del trono. El antiguo salón del trono, donde todavía reside nuestro rey. Los batallones y brigadas supervivientes se están reuniendo para defender Letheras. Las cosas han sido bastante… caóticas.

—Sin duda. ¿Relevante? De una forma significativa. De hecho, reveladora. Y ahora cuenta las losas de esta estancia. A lo ancho y después a lo largo, si tienes la bondad.

—¿Qué? Ceda, el rey está preguntando por ti.

Pero Kuru Qan había dejado de escuchar. Había empezado a arrastrarse, a mascullar, a apartar con las manos la gravilla dejada por los obreros.

Brys se quedó inmóvil por un momento, pensando, después empezó a contar losas.

Tras terminar, regresó junto al ceda. Kuru Qan se había limitado a sentarse y parecía totalmente absorto en la limpieza de sus lentes. Empezó a hablar sin levantar la cabeza.

—Batallones y brigadas. Sí, con toda certeza. Se reúnen en las colinas que rodean el torreón Brans. ¿Útil? Los últimos de mis magos. Dime cuál es la losa central, Brys. ¿Permanecerá el batallón de los Mercaderes en la ciudad? Creo que no. Lo arrojarán sobre esas colinas. Todo él. ¿El centro, Brys Beddict?

—La que tienes delante, ceda.

—Ah, sí. Bien. Muy bien. ¿Y qué ejércitos nos quedan? ¿Cómo les va a las flotas? Oh, los mares no nos son cordiales, ¿verdad? Mejor no acercarnos. Al mar de los Dragones, como mínimo, aunque los protectorados se están agitando. Korshenn, Piloto, Descenso, creen ver su oportunidad.

Brys se aclaró la garganta.

—El batallón Artesano ha dejado la Rectoría y marcha hacia Cinco Puntas. La brigada Hendida se retiró de Antigua Katter con pérdidas mínimas. El batallón Cinturón de Serpiente ha dejado Lezna y la brigada Rampante Carmesí ha abandonado Tulamesh, las ciudades de la costa norte se han rendido. Dresh fue tomada anoche, la guarnición masacrada. El batallón Buscablanco está asolando el terreno en su retirada de Primer Límite y deberían llegar pronto al torreón Brans. La preda Unnutal Hebaz liderará al batallón

de los Mercaderes que saldrá de la ciudad dentro de tres días. Según la previsión, ceda, tú la vas a acompañar.

—¿Acompañarla? Tonterías, estoy demasiado ocupado. Demasiado ocupado. Quedan tantas cosas por hacer. La preda dispondrá de mis magos. Sí, mis magos.

—Solo quedan catorce, ceda.

—¿Catorce? ¿Relevante? He de pensar en eso.

Brys estudió a Kuru Qan, su viejo amigo, y luchó contra las oleadas de pena.

—¿Cuánto tiempo, ceda, tienes intención de permanecer aquí, en el suelo?

—No es cosa fácil, finadd, en absoluto. Temo que ya he esperado demasiado tiempo. Pero ya veremos.

—¿Cuándo te presentarás ante el rey?

—Por desgracia, no sabemos lo que podemos esperar, ¿verdad? Salvo unas cuantas verdades sobresalientas entresacadas con gran esfuerzo de entre el caos. El Séptimo Cierre, ah, nada bueno en este giro de los acontecimientos. Debes irte ahora. Cuida de tu hermano, Brys. Cuida de él.

—¿De cuál?

Kuru Qan estaba limpiando los lentes otra vez y no respondió.

Brys dio la vuelta y se dirigió a la puerta con grandes zancadas.

El ceda habló a su espalda.

—Finadd. Hagas lo que hagas, no lo mates.

Brys se detuvo y miró atrás.

—¿A quién?

—No lo mates. No debes matarlo. Ahora vete. Vete, finadd.

Eran muchos los callejones de Letheras que nunca veían la luz del día. Estrechos, con balcones, salientes y proyecciones que formaban tejados improvisados, los pasajes bajo ellos retorcidos y asfixiados por la basura, un reino de ratas, escarabajos zapatilla y arañas. Y algún que otro no muerto.

Shurq Elalle esperaba sin moverse en la oscuridad, como lo había hecho buena parte de la noche anterior. Aguardando. La calle de al lado se había despertado con el día, aunque las multitudes se mostraban notablemente más furtivas y tensas de lo habitual. Se habían producido disturbios cerca de la puerta Oeste dos noches antes, sofocados con brutalidad por soldados del batallón de los Mercaderes. Se habían impuesto toques de queda y al fin se había notado que las castas inferiores parecían haberse desvanecido casi por completo de la ciudad, lo que fue motivo de confusión y cierta vaga intranquilidad.

Casi justo frente a ella había un portón que llevaba al interior de la finca de Gerun Eberict. Al finadd no le gustaba que hubiera ceremonias a su regreso. El problema no era la modestia. Más relevante, sin embargo, eran las innumerables posiciones desde las que organizar un intento de asesinato cerca de la entrada formal de la finca.

No obstante, la aparición de Gerun suscitó cierta conmoción. Los guardaespaldas que se metieron en la calle anunciaron su llegada inminente. Shurq se fundió con la oscuridad cuando los hombres examinaron la zona. Tomaron posiciones defensivas alrededor del portón lateral y esperaron. Su oficial apareció a continuación y pasó junto a ellos a grandes zancadas para abrir los cerrojos de la puerta, empujarla y revelar un estrecho pasadizo que se abría al

patio sin iluminar. De inmediato hubo menos ciudadanos en la zona, fueron desapareciendo como si hubieran visto una señal convenida, hasta que solo quedaron los guardas al alcance de la visión de Shurq.

—No me hagas reír —murmuró la ladrona por lo bajo.

Gerun Eberict apareció entonces, con una mano en el pomo de la espada envainada en la cadera izquierda. No se detuvo, sino que continuó y se metió directamente en el pasaje. Los guardias lo siguieron de inmediato, seguidos por último por el oficial, que cerró la puerta tras él de un portazo.

Shurq siguió por el callejón hasta que alcanzó una escala oxidada, más o menos clavada a la pared, del edificio de su derecha. Trepó sin hacer caso de las protestas de los clavos y el metal debilitado hasta que llegó al tejado. Subió por la pendiente, poniendo a prueba la firmeza de cada teja de pizarra gris sobre la que apoyaba el peso, después bajó por el borde. Se fue deslizando hasta que pudo asomarse a la entrada principal de la casa de Gerun y parte del patio. Se agachó todo lo que pudo en el lado contrario hasta que solo los ojos y la parte superior de la cabeza fueron visibles, tan inadvertida como pudo, por si alguien en el patio levantaba la mirada en su dirección.

Gerun Eberict se encontraba ante las puertas, atendiendo al capitán de la guardia de la casa, que estaba hablando largo y tendido y puntuaba sus afirmaciones de vez en cuando con gestos que indicaban desconcierto.

Su informe quedó interrumpido cuando la mano derecha de Gerun salió disparada para rodearle el cuello.

Incluso desde aquella distancia, Shurq pudo ver que la cara del hombre se oscurecía y adquiría un curioso tono de azul.

Por supuesto, ninguna persona con cierto valor toleraría mucho tiempo ese tratamiento, así que a la ladrona no le sorprendió ver que el capitán tiraba de un cuchillo que llevaba en el cinturón.

Era lo que había estado esperando Gerun, que había cogido su propio cuchillo y se lo clavó al capitán, lo empujó hacia arriba y lo hundió por debajo del esternón hasta la empuñadura.

El capitán se encorvó. El finadd soltó el cuello del hombre y lo observó derrumbarse sobre las baldosas.

—Son solo dineros, Gerun —dijo Shurq en voz baja—. Y un hermano desaparecido al que mataste hace ya mucho tiempo. Tu falta de control es desesperante… para tus otros empleados, claro. En cuanto a mí, bueno, poco más que una confirmación de todas mis sospechas.

Habría un baño de sangre, si no esa noche, entonces la noche siguiente. Los incontables espías y soplones de la ciudad (los que se habían quedado) serían azuzados para que desplegaran una actividad frenética y la gran caza del ladrón daría comienzo.

Todo de lo más desagradable.

La riqueza de Gerun había pagado el éxodo de los indigentes de la ciudad, lo que significaba que tendría que buscar a la mayor parte de sus víctimas entre los letherii en lugar de los nerek, los tarthenal o los faraed. De hecho, quizá le costara dar con víctimas. Y además estaban en guerra y el finadd bien podría encontrarse con que otras tareas ocupaban todo su tiempo. La ira de aquel hombre alcanzaría niveles desorbitados de furia en nada de tiempo.

Shurq observó a Gerun entrar hecho un basilisco en su casa con los guardias correteando tras él, después bajó por la pendiente, rodó de espaldas y se deslizó hacia el borde.

Había un balcón justo debajo…

No, ya no.

Cayó, chocó con un toldo que se rompió con su peso y salió disparada por el lado de un saliente repleto de heces de paloma, después aterrizó despatarrada en un montón de basura. Donde se quedó tumbada un tiempo, sin moverse.

Ese era el problema de las ciudades. Nada seguía nunca igual. Había usado aquel balcón por lo menos media docena de veces cuando estudiaba la finca. Levantó un brazo. Después el otro. Encogió las piernas bajo ella. De momento, nada roto. Y, tras un examen cuidadoso, nada demasiado dañado. Por fortuna, concluyó, los muertos no tenían mucho orgullo, así que esas heridas eran mínimas.

Fue entonces cuando descubrió la barra de hierro oxidado que le sobresalía de la frente. Unos líquidos perfumados se le estaban saliendo y le desdibujaban la visión. Tanteó el objeto del conflicto con las puntas de los dedos. Se le había clavado en todo el hueso, de hecho, hasta la parte posterior del cráneo, si los chirridos que hacía la barra cuando la giraba podían servir de indicación.

—Me he cargado el cerebro —dijo—. ¿Pero en realidad lo estaba usando? Supongo que no. Con todo, ¿tenía por costumbre hablar conmigo misma antes? Creo que no.

Se levantó, estaba metida hasta las rodillas en la basura, y se planteó si debía extraer la barra por la fuerza. Pero eso quizá complicara bastante más las cosas. Solo sobresalía menos de un palmo, después de todo. Costaba no verlo pero era mucho menos atroz que si sobresaliera un brazo entero, por ejemplo. Al parecer, se imponía una visita a Tehol Beddict, aunque solo fuera por los inacabables consejos que tendría el gran placer de rechazar.

Por desgracia, comprendió, debería esperar a la noche, ya que no había forma de llegar hasta su casa sin que nadie la viera. En otra época, mucho tiempo atrás, le gustaba llamar

la atención. Las miradas de admiración y todo eso, y siempre era una satisfacción lucir sus cualidades. Pero una barra en la cabeza llevaba el sentido de la moda a un extremo excesivo se mirase como se mirase. La gente lo notaría y no en el buen sentido.

Desconsolada, Shurq Elalle se sentó entre la basura. Para esperar la llegada de la noche.

—¿Qué les ha pasado a las patas de mi cama?

—Necesitábamos la madera, amo.

—Sí, pero ¿por qué solo tres?

—Estaba dejando la otra para más tarde. He encontrado una bolsa de algo que podría ser té.

—Bien. —Tehol se incorporó—. Solo estoy asombrado de haber dormido a pesar de todo esto.

—Obviamente estaba muy cansado, amo.

—Sí, cosa comprensible, dado lo ocupado que he estado. He estado ocupado, ¿verdad?

—No podría decirlo, puesto que yo también he estado demasiado ocupado como para fijarme. Pero tengo fe en sus afirmaciones, amo. Desde luego ha dormido como un hombre que ha estado ocupado.

—Parece prueba suficiente, diría yo. Estoy convencido. Bueno, mientras yo trabajaba hasta quedar sin sentido, tú afirmas haber tenido muchas cosas a tu cargo. Oigámoslas.

—Muy bien, amo. Más o menos ya hemos terminado con las alas del Domicilio Eterno. Están secas, los cimientos restaurados y mis equipos están limpiando. Han surgido algunas quejas por las corrientes frías en la Quinta Ala pero ese no es mi problema, estrictamente hablando.

—¿Por qué hay corrientes frías, Bicho?

—Es de suponer que están relacionadas con los métodos de refuerzo que he empleado, pero eso ellos no lo saben.

—¿Y por qué tus métodos de refuerzo tendrían que hacer el sitio más frío? Bicho, ¿detecto cierta incomodidad en tu semblante?

—¿Incomodidad, amo? En absoluto. ¿Está seguro que quiere los detalles sobre este asunto?

—Cuando lo dices así, me imagino que no. Y bien, ¿es eso todo lo que has estado haciendo?

—También he estado aquí y allá, investigando los rumores para ver si podía extraer alguna verdad. En consecuencia, he reunido una lista de hechos.

—Una lista. Maravilloso. Me encantan las listas. Son tan… ordenadas.

—Desde luego, amo. ¿Procedo? Bien, la frontera norte pertenece a los tiste edur, así como todas las ciudades costeras hasta Altura y es posible que Antiguo Gedure. Se cree que las flotas edur están en el mar Desahucio, enfrente de Longitud y por tanto al borde de la bahía Gedry. De eso se infiere que pretenden subir por el río Lether. Es posible que con el objetivo de llegar en concierto con los ejércitos de tierra. Está claro que los tiste edur marchan sobre Letheras y planean conquistarla y ocupar el trono. Si con eso conseguirán disparar la capitulación del reino entero todavía está por ver. Personalmente, creo que sí. Tampoco creo que los protectorados vayan a hacer mucho más que agitarse un poco. Hacer otra cosas sería un suicidio.

—Si tú lo dices, Bicho. ¿Entonces los tiste edur son tan formidables?

El criado se pasó una mano por el pelo ralo y después miró al guardaespaldas que estaba de pie, silencioso como siempre, cerca de la trampilla.

—Una vez más, amo, los rumores son infinitos. Yo aventuraría las siguientes observaciones referidas a los tiste edur. Su nuevo emperador está en posesión de un terrible poder pero la hechicería que están usando los edur no proviene de sus fuentes tradicionales. Tampoco es Kurald Emurlahn, aunque esta continúa formando parte de su arsenal. En las batallas libradas hasta ahora, han derrochado espectros de sombra y demonios kenyll'rah, y ambas especies son participantes reticentes.

—¿Kurald qué? ¿Kenyll quién? ¿Pero se puede saber quién susurra esos rumores?

—Y eso me lleva a mi tercer conjunto de observaciones. Las que tienen que ver con los muertos.

—Los muertos. Por supuesto. Continúa, por favor.

—Este subcontinente, la región que se extiende desde las tierras tiste edur al norte, Rosazul y Lezna'd'an al este y Descenso y D'aliban al sur, es una región bastante peculiar, amo, y lo ha sido desde, bueno, desde los tiempos más antiguos. No hay, eh, senderos. Para los muertos, me refiero. Para sus espíritus.

—No te entiendo muy bien, Bicho —dijo Tehol mientras se levantaba de la desvencijada cama y empezaba a pasearse por el tejado. La mirada del guardaespaldas lo seguía—. Los muertos están muertos, sin más. Los fantasmas persisten porque no tienen otro sitio al que ir y no les apetece hacer turismo, nada más. ¿De qué tipo de senderos estás hablando?

—Hacia lo que se podría llamar la Fortaleza de los Muertos.

—No hay ninguna Fortaleza de los Muertos.

—Y eso es lo… inusual. Debería haberla habido. Durante todo este tiempo. Los de Kolanse, por ejemplo, incluyen en

su culto a un señor de la Muerte. Y encontrará algo parecido en el reino de Bolkando…

—¿El reino de Bolkando? Bicho, nadie sabe nada del reino de Bolkando. Nadie quiere saberlo. Estás empezando a alarmarme, mi querido criado, con la amplitud de tus conocimientos. A menos, por supuesto, que te lo estés inventando todo.

—Exacto, amo. Pero continúo. No había Fortaleza de Muerte. Existió antaño. Es decir, las losas originales de la Fortaleza del Primer Imperio contenían una. Así como varias otras Fortalezas, todas las cuales se han ido descartando con el tiempo. Sería agradable, de hecho, que un estudioso abordara esta extraña mengua. El paso del tiempo en una cultura invita a la elaboración, no a la simplificación, a menos que un terrible desplome provoque una especie de caída, pero el único trauma que ha sufrido Lether provino de la caída original del Primer Imperio y el subsiguiente aislamiento de estas colonias. Hubo, por aquel tiempo, cierta degradación que llevó a un corto periodo de ciudades-estado independientes. Y luego hubo guerras con las tribus del sur y el este de Kryn, y con los restos atávicos andii de Rosazul. Pero nada de eso fue inquietante en un plano cultural. Quizá porque la Fortaleza de los Muertos no podía manifestarse aquí. En cualquier caso, el cierre de los senderos para los muertos ya era un hecho, congelados en la propia tierra de esta región. Y lo que es peor todavía, fue un accidente…

—Un momento, Bicho. Ahora soy yo el que tengo ciertas preguntas pertinentes.

—Sus preguntas siempre son pertinentes, amo.

—Lo sé, pero estas son particularmente pertinentes.

—¿Más de lo habitual?

—¿Estás sugiriendo que mi pertinencia normal puede ser menos que particular, Bicho?

—Por supuesto que no, amo. Bien, ¿por dónde iba? Ah, sí, el accidente. En los primeros textos, los que llegaron con los letherii del Primer Imperio, se hace alguna mención ocasional a una raza llamada jaghut…

—¿Ah, sí? Estás hablando con un hombre cuya cabeza se llenó a rebosar con educación clásica, Bicho. Jamás he oído hablar de esos jaghut.

—De acuerdo, se mencionaban una vez y no con ese nombre concreto.

—Ja, lo sabía. Conmigo no intentes ningún truco.

—Perdón, amo. En cualquier caso, en el sentido más estricto, los jaghut están representados por esas imágenes estilizadas y mal dibujadas que se encuentran en las losas de la Fortaleza de Hielo…

—¿Esos enanos con pinta de ranas?

—Solo sobrevivió la piel verde, por desgracia. Los jaghut eran, de hecho, bastante altos y en absoluto se parecían a ranas. El caso es que manifestaban su hechicería con hielo y frío. Sigue siendo común hasta hoy en día considerar solo cuatro elementos principales en la naturaleza. Aire, Tierra, Fuego y Agua. Una tontería absoluta, por supuesto.

—Por supuesto.

—Hay Luz, Oscuridad, Sombra, Vida, Muerte y Hielo. Quizá haya incluso más, pero ¿para qué discutir? Lo que intento decir, amo, es que, hace mucho tiempo, un jaghut le hizo algo a esta tierra. La selló, por así decirlo. Usando hechicería de su orientación. El efecto fue profundo.

—Haciendo que los senderos de los muertos quedaran bloqueados por la nieve, como un paso de montaña en invierno.

—Algo así, sí.

—Así que los muertos han quedado rezagados en Lether. Fantasmas, espíritus y personas como Shurq Elalle y Tetera.

—Así es. Pero todo eso está cambiando.

Tehol dejó de pasearse y miró a Bicho.

—¿Sí?

—Por desgracia, sí, amo. La hechicería se está… descongelando. Se está manifestando una Fortaleza de los Muertos. La situación se está desatando. Y muy rápido.

—¿Significa eso que Shurq va a tener problemas?

—No. Sospecho que la maldición que hay sobre ella se mantendrá. Pero la eficacia inicial de esa maldición se deriva de un hecho concreto, que la Fortaleza no existía en primer lugar.

—De acuerdo. Se está desatando. ¿Has visitado a Tetera en los últimos tiempos?

—Una pregunta interesante, amo, porque es en el lugar de la ahora muerta torre Azath donde se está manifestando la Fortaleza de los Muertos. Lo que podría llevarnos a la conclusión de que Tetera tiene alguna relación con todo el asunto, pero no la tiene. De hecho, ya no está muerta. Es decir, no tan muerta como estaba. Ahora ha quedado claro que su propósito es… otro. Como sabe, va a haber problemas con lo que sale de los túmulos.

—¿Qué es ese humo? Por allí.

Bicho entrecerró los ojos.

—Más disturbios, creo. En el barrio de los Contadores.

—Bueno, desde que los fantasmas forzaron el Depósito de las Cuotas han estado un poco nerviosos. Además, las Cuotas mismas han estado cayendo con todas las malas noticias provenientes del norte. Me sorprende que hayan tardado tanto.

Comenzaron a oír campanas cuando la guarnición de la ciudad empezó a responder a la alarma suscitada en varios

puestos cercanos a esa zona.

—No durará mucho —predijo Bicho.

—Sí, pero eso me recuerda algo —dijo Tehol—. Ha llegado el momento, creo, de ver a Shand, Hejun y Rissarh de camino.

—¿Se quejarán?

—Menos de lo que se podría esperar. Esta es una ciudad nerviosa. Los pocos no letherii que quedan están siendo sometidos a un fuerte acoso, y no solo por parte de los ciudadanos. Las autoridades están mostrando su fondo más racista con tanta sospecha y la impaciencia por pisotear derechos ganados a duras penas.

—Prueba de que las libertades que en su momento se otorgaron a los pueblos no letherii nacieron del paternalismo y de la pose interesada de los que se querían hacer pasar por supervisores benignos. Lo que se concede se puede arrebatar, así de fácil.

—Así es, Bicho. ¿Te parece que es porque, en el fondo, los humanos no somos más que unos mentirosos y unos tramposos?

—Es probable.

—¿Sin esperanza alguna de vencer jamás nuestros instintos más repugnantes?

—Difícil de decir. ¿Cómo lo hemos hecho hasta ahora?

—Eso no es justo. Oh, está bien, es totalmente justo. Pero no pinta bien, ¿verdad?

—Pocas cosas lo hacen, amo.

—Vaya, tanto pesimismo no es propio de ti, Bicho.

—Por desgracia, me temo que los tiste edur no serán mucho mejores. Los dineros son un veneno, después de todo, e infectan de modo indiscriminado.

—Como sospechaba —caviló Tehol—, está claro que ahora no es el momento de destruir la economía.

—De cualquier modo, tiene razón, amo.

—Pues claro que la tengo. Es más, urge que, por el momento al menos, no hagamos nada. Sobre nada. El gremio de los Cazarratas ha hecho un buen trabajo hasta el momento; eso no exige ajuste alguno. Conozco los detalles de quién debe qué según el Depósito de Cuotas y Shand ha actuado con una facilidad impresionante a partir de esa información. Conocemos la difícil situación de la hacienda real. Te han pagado por tu trabajo en el Domicilio Eterno, ¿no?

—Ayer mismo, amo.

—Excelente. Bueno, ha sido agotador. Creo que voy a volver a la cama.

—Buena idea, amo.

—Después de todo, en este preciso instante este tejado quizá sea el lugar más seguro de Letheras.

—Desde luego. Es mejor quedarse aquí.

—¿Y tú, Bicho?

—He pensado en dar un paseo.

—¿Más rumores que rastrear?

—Algo así, amo.

—Ten cuidado, Bicho, están reclutando soldados a la fuerza, con cierta ferocidad, además.

—Me lo estaba preguntando, amo. ¿Nadie le ha hecho ninguna visita?

—Pues claro que sí. Pero aquí nuestro silencioso guardaespaldas los mandó marchar.

—¿Dijo algo?

—No, fue solo una mirada, creo. Se escabulleron a toda velocidad.

—Impresionante. En cuanto a mí, amo, tengo formas de hacerme difícil de aceptar, incluso para los reclutadores desesperados.

—Tú siempre has sido difícil de aceptar, es cierto —observó Tehol al tiempo que se echaba con cuidado en la cama—. Hasta las pulgas te evitan. Uno más de esos eternos misterios, Bicho, que tan entrañable te hacen para mí. ¿O que me hacen a mí entrañable para ti?

—Lo primero, creo, amo.

—Oh, no. No te caigo bien. ¿Y lo descubro después de todo este tiempo?

—Solo comentaba su uso de la frase adecuada en el contexto de su afirmación y los sentimientos que es de suponer que deseaba expresar. Por supuesto que me cae bien, amo. ¿Cómo podría ser de otro modo?

—En eso tienes razón, Bicho. Bueno, voy a dormir un rato, así que si no me necesitas para nada más…

—Bien, amo. Hasta luego, entonces.

Turudal Brizad estaba junto a la puerta del salón del trono, apoyado en una columna con los brazos cruzados. Brys lo saludó con la cabeza y estaba a punto de pasar cuando el primer consorte de la reina le hizo un gesto para que se aproximase. El finadd dudó y después se acercó.

Turudal sonrió.

—Relájese. Ya no soy tan peligroso como antaño lo fui, Brys Beddict. Suponiendo que fuera peligroso en algún momento.

—Primer consorte. Por favor, permítame expresarle mi pesar…

—Gracias —lo interrumpió Turudal—, pero no es necesario. El príncipe no era el único miembro impulsivo de la familia real. Mi querida reina estaba, merece la pena recordar, a la vanguardia de los que fomentaban esta guerra

contra los tiste edur. Tiene la arrogancia de su pueblo, después de todo…

—¿No es también su pueblo, primer consorte?

La sonrisa del hombre se ensanchó.

—Buena parte de mi vida, Brys Beddict, aquí, en este palacio, se puede caracterizar como la de alguien que cumple el papel de observador objetivo de los procedimientos de estado, y de los esfuerzos domésticos de los que, todo hay que decirlo, dependen mi fortuna. O más bien, dependían. En eso no me diferencio mucho de mi contrapartida, la primera concubina. Estábamos presentes como símbolos, después de todo. Y nos comportábamos como correspondía.

—Y ahora se encuentra usted sin papel alguno —dijo Brys.

—Me encuentro con que puedo ser un observador incluso más objetivo de lo que he sido jamás, finadd.

—¿Con qué fin?

—Bueno, de eso se trata, ¿no? Con ningún fin. Ninguno en absoluto. Había olvidado lo que se sentía con tanta libertad. ¿Se da cuenta, verdad, de que los tiste edur conquistarán este reino?

—No es la primera vez que nuestras fuerzas están divididas, primer consorte.

—También lo estaban las suyas, finadd.

Brys estudió al hombre que tenía delante y se preguntó qué era lo que encontraba tan extraño en él, ese vago aire de indiferencia y… ¿qué?

—¿Por qué quería la reina esta guerra, Turudal Brizad?

El hombre se encogió de hombros.

—El motivo letherii era, es y siempre será una sola cosa. Riqueza. La conquista como oportunidad. La oportunidad como invitación. La invitación como reclamación justa. La

reclamación justa como algo consagrado, como destino. —Un brillo oscuro resplandeció en sus ojos—. El destino como victoria, la victoria como conquista, la conquista como riqueza. Pero en ninguna parte de ese plan perfecto encontrará usted la noción de derrota. Todos los fracasos son temporales, defectuosos en los detalles. Corrija los detalles y logrará la victoria la siguiente vez.

—Hasta que surge una situación en la que no hay una segunda oportunidad.

—Y los futuros estudiosos diseccionarán cada momento de estos días, elaborarán sus listas de detalles, los detalles concretos de los que no se puede derivar jamás ninguna generalización que amenace las suposiciones primarias. Es, en realidad, un paradigma exquisito, el mecanismo perfecto que garantiza la supervivencia persistente de una multitud entera de creencias brutales y terribles.

—Usted sí que parece haber logrado la objetividad, Turudal Brizad.

—¿Sabe cómo se derrumbó el Primer Imperio, Brys Beddict? No me refiero a las versiones revisadas que los tutores enseñan a los niños. Me refiero a la verdad. Nuestros ancestros desataron su propia aniquilación. Por culpa de un ritual que se les fue de las manos, la civilización se desgarró sola. Por supuesto, en nuestra versión, los que llegaron después para limpiar el desastre se transformaron en los agresores, el organismo exterior que forjó la destrucción que acabó con el Primer Imperio. Y le voy a contar otra verdad: nuestras colonias de aquí no fueron inmunes a los efectos de ese ritual sin trabas. Aunque conseguimos alejar la amenaza todo lo que pudimos y empujarla a los yermos de hielo. Donde, esperábamos, esos malnacidos morirían. Por desgracia, no lo hicieron. Y ahora, Brys Beddict, han vuelto.

—¿Quiénes? ¿Los tiste edur? No compartimos nada con ellos, Turudal…

—Los tiste edur no, aunque buena parte de su historia (el camino de su hechicería, en concreto) está unida a la sucesión de desastres que acontecieron al Primer Imperio. No, finadd, estoy hablando de sus aliados, los salvajes de los yermos helados, los jheck.

—Una historia interesante —dijo Brys tras un momento—, pero me temo que no comprendo su relevancia.

—Estoy ofreciendo una explicación —dijo el primer consorte al tiempo que se apartaba de la columna y pasaba junto a Brys.

—¿De qué?

Sin volverse, el primer consorte respondió.

—Del inminente fracaso, finadd, de mi objetividad.

Moroch Nevath hizo frenar su caballo cubierto de espuma al acercarse a las puertas. A ambos lados del camino elevado, lo que antaño había sido una extensa confusión de chozas y cabañas había sido asolada y había dejado solo barro, cascotes y astillas. Lo único que quedaba en la muralla de la ciudad de los incontables edificios que se habían apoyado en ella eran manchas.

Las multitudes de refugiados que había en el camino se habían reducido durante las últimas leguas, a medida que Moroch dejaba atrás a los primeros. Había visto desertores entre ellos y había luchado contra el impulso de hacer justicia sumaria con aquellos cobardes, pero ya habría tiempo para eso más tarde. Las puertas que tenía delante estaban abiertas y un pelotón de soldados del batallón de los Mercaderes hacía guardia.

Moroch detuvo el caballo delante de ellos.

—Este camino estará atestado antes del atardecer —dijo —. Necesitarán al menos otros cuatro pelotones para dirigir el flujo.

Un sargento levantó la cabeza y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Se puede saber, en el nombre del Errante, quién eres?

—Otro desertor —murmuró un soldado.

El uniforme de Moroch estaba cubierto de polvo y manchas de sangre seca. Le había crecido la barba, tenía el pelo sucio y suelto. Con todo, se quedó mirando al sargento, sorprendido de que no lo hubiera reconocido. Después enseñó los dientes con una mueca furiosa.

—Habrá desertores, sí. Deberán ser apartados, y todos los refugiados de edad y forma física aceptable serán reclutados. Sargento, soy el finadd Moroch Nevath. Guié a los supervivientes del fuerte Alto hasta el torreón Brans, donde nos unimos al batallón Artesano. En estos momentos me dirijo a informar a la preda.

Le satisfizo la repentina deferencia que surgió cuando se identificó.

El sargento le hizo un saludo militar.

—¿Es cierto, entonces, señor? —le preguntó—. ¿El príncipe y la reina son prisioneros de los edur?

—Un milagro que hayan sobrevivido siquiera, sargento.

Una extraña expresión sobrevoló los rasgos del sargento, disimulada a toda prisa, pero Moroch Nevath la entendió. *¿Por qué no caíste defendiéndolos, finadd? Huiste, como todos los demás…*

—Los recuperaremos, señor —dijo el sargento tras un momento.

—Envíe a buscar refuerzos —dijo Moroch y azuzó de nuevo al caballo con un taconazo. *Tienes razón. Debería haber muerto. Pero tú no estabas allí, ¿verdad?*

Entró cabalgando en la ciudad.

El campeón Ormly y la investigadora jefe Rucket estaban sentados en los escalones del gremio de los Cazarratas compartiendo una botella de vino. Los dos fruncieron el ceño cuando vieron a Bicho, que se acercó y se plantó delante de ellos.

—Ahora ya lo sabemos todo sobre ti —dijo Rucket. Hizo una mueca burlona pero no añadió nada más.

—Bueno —dijo Bicho—, qué alivio. ¿Qué más habéis oído de vuestros agentes en las ciudades ocupadas?

—Oh —dijo Ormly—, ¿y hemos de revelarte toda nuestra información a ti, solo porque la pides?

—No veo por qué no.

—En eso tiene razón, el muy malnacido —le dijo Rucket al campeón.

Que la miro sin poder creérselo.

—¡No, no la tiene! Te has encaprichado, ¿verdad? De Tehol y su criado, ¡de los dos!

—No seas absurdo. Está en el contrato, Ormly. Compartimos información…

—Bien, pero ¿qué ha compartido este hombre? Nada. El Hombre que Espera. ¿A qué está esperando? Eso es lo que yo quiero saber.

—Estás borracho.

—No os habéis enterado de nada —dijo Bicho.

—¡Por supuesto que nos hemos enterado! —soltó Ormly de repente—. Reina la paz. Las tiendas están abiertas una vez más. Ruedan los dineros, las rutas marítimas están desbloqueadas.

—¿Las guarniciones?

—Desarmadas. Incluyendo la policía local. Todas las tareas de protección y mantenimiento de la ley las realizan los edur. Las haciendas vacías las han ocupado familias edur; entre ellos, en esas tribus, existe una especie de nobleza. No son tan diferentes, después de todo.

—Curioso —dijo Bicho—. ¿No ha habido resistencia?

—Sus malditos espíritus están por todas partes. Ni las ratas se atreven a causar problemas.

—¿Y a qué distancia de Letheras están los ejércitos edur?

—Eso no lo sabemos. A unos días, quizá. La situación es bastante caótica en el campo, al norte de aquí. No pienso responder a más preguntas, se acabó. —Ormly le quitó la botella a Rucket y dio un buen trago.

Bicho miró a su alrededor. La calle estaba tranquila.

—Hay algo en el aire…

—Lo sabemos —dijo Rucket.

El silencio se alargó y Bicho se frotó la parte posterior del cuello. Después, sin una palabra más, se alejó.

Muy poco tiempo después se acercó a la torre Azath. Cuando empezó a cruzar la calle hacia la puerta principal, una figura salió de un callejón cercano. Bicho se detuvo.

—Me sorprende verte aquí —dijo el hombre cuando se acercó al criado—. Pero solo es una sorpresa momentánea. Si lo pienso, ¿en qué otro sitio ibas a estar?

Bicho lanzó un gruñido antes de contestar.

—Me preguntaba cuándo te despertarías por fin. Si lo hacías.

—Más vale tarde que nunca.

—Has venido a darle un empujoncito a las cosas, ¿no?

—En cierto modo. ¿Y qué hay de ti?

—Bueno —Bicho lo pensó un momento—, eso depende.

—¿De qué?

—De ti, supongo.

—Oh, yo solo pasaba por aquí —dijo el hombre.

Bicho lo estudió durante un buen rato y después ladeó la cabeza.

—En fin, me pregunto cuánto de ti había en el fondo de este desastre. Alimentando la codicia de la reina, el distanciamiento del príncipe de su padre. ¿La idea del Séptimo Cierre te divertía, sin más?

—No hice más que observar —respondió el hombre con un encogimiento de hombros—. La responsable es la naturaleza humana, como siempre. Esa no es una carga que esté dispuesto a aceptar, sobre todo viniendo de ti.

—De acuerdo. Pero aquí estás, a punto de asumir un papel mucho más activo…

—Esto se remonta a muy atrás, viejo. Edur o humanos, no quiero ver una repetición de los t'lan imass.

Tras un momento, Bicho asintió.

—La Manada, ya veo. Jamás me has caído muy bien, pero esta vez me temo que tengo que estar de acuerdo contigo.

—Eso me alivia y consuela.

—¿Que te juzgue de forma tan benigna? Supongo que es natural.

El hombre se echó a reír y pasó junto a Bicho con un gesto descuidado.

El problema con los dioses, decidió Bicho, era el modo en que terminaban arrastrándolos. Allá donde fueran sus creencias. Ese se había desvanecido del recuerdo en todos los demás sitios, tan extinto como las propias Fortalezas.

Pues bien. T'lan imass, la Manada, y la llegada de los jheck. Devotos soletaken de su antiguo señor y, dada la resurrección en potencia de ese antiguo culto, un posible regreso de los t'lan imass para eliminar la locura.

¿Qué era lo que lo había empujado a actuar en ese momento, entonces? ¿En ese asunto concreto? A Bicho se le

ocurrió la respuesta y sonrió sin ganas. *Se llama culpa.*

Unos golpecitos metálicos despertaron a Tehol Beddict. Se incorporó y miró a su alrededor. Empezaba a caer la tarde. Los golpecitos se repitieron, echó un vistazo y vio a su guardaespaldas con el arma sacada, al borde del tejado por el lado del callejón. El hombre le hizo un gesto para que se acercara.

Tehol se levantó con cuidado de la desvencijada cama y se acercó de puntillas al guardaespaldas.

Abajo, en el callejón, una forma se arrastraba bajo una especie de lona manchada. Iba avanzando de manera lenta pero constante hacia la esquina.

—Lo admito —dijo Tehol—, es muy curioso. ¿Pero motivo suficiente para despertarme? Ah, en eso me entran dudas. La ciudad está llena de cosas que se arrastran, después de todo. Bueno, es decir, cualquier día normal. Aquí estamos, sin embargo, así que quizá sea divertido seguir su torturado viaje.

La forma llegó a la esquina y después la rodeó.

Tehol y su compañero la siguieron desde arriba. Por el muro y después al pasaje que llevaba a la entrada de la casa de Tehol.

—Ah, nos va a hacer una visita. Sea lo que sea lo que vende, no estoy seguro de quererlo. Nos enfrentamos a un enigma, amigo mío. Sabes lo mucho que detesto ser grosero. Claro que, ¿y si vende alguna horrible enfermedad?

La forma llegó a la puerta y se metió.

El guardaespaldas se acercó a la trampilla y miró abajo. Tras un momento, Tehol lo siguió. Cuando se asomó, oyó una voz conocida que lo llamaba.

—Tehol. Baja aquí.

—¿Shurq?

La forma hizo gestos en la penumbra.

—Será mejor que esperes aquí —le dijo Tehol a su guardia—. Creo que quiere privacidad. Puedes echarle un ojo a la entrada desde aquí arriba, ¿no? Excelente, me alegro de que estemos de acuerdo. —Después bajó por la escalera.

—Tengo un problema —dijo la ladrona cuando Tehol llegó al suelo.

—Lo que pueda hacer por ti, Shurq, lo haré. ¿Sabías que tienes una especie de estaca en la frente?

—Ese es mi problema, idiota.

—Ah. ¿Te gustaría que te la extrajera?

—No creo que sea buena idea, Tehol.

—No peor, seguro, que dejarla ahí metida.

—El problema no es tan evidente como pueda parecer —dijo Shurq—. Hay algo que la sujeta. No está en absoluto tan suelta como se podría esperar.

—¿Te estás concentrando en ella?

La mujer no dijo nada.

—Quizá esté doblada o algo —se apresuró a añadir él.

—Me atraviesa toda la cabeza, hasta la parte posterior del cráneo. Puede que haya un reborde de algún tipo.

—¿Por qué no empujarla para que te atraviese del todo?

—¿Y dejarme la parte de atrás de la cabeza hecha pedazos?

—Bueno, la única otra posibilidad que se me ocurre ahora mismo, Shurq, es sacarla un poco más, serrarla y después empujar lo que quede. Cierto, tendrías un agujero, pero podrías empezar a ponerte un pañuelo o un chal, al menos hasta que fuéramos a ver a Selush.

—No está mal, pero ¿y si empieza a rebotar y sonar en mi cabeza? Además, los pañuelos en la cabeza están tan

pasados de moda que son patéticos. Me sentiría humillada si me vieran así en público.

—Selush bien podría tener una solución para eso, Shurq. Un taco con un diamante, o un trozo de piel cosido sobre el agujero.

—Un tapón tachonado de diamantes. Me gusta.

—Impondrás una nueva moda.

—¿Crees que a Ublala le gustará, Tehol?

—Pues claro que sí. En cuanto a los rebotes, bueno, eso es un problema, claro. Pero parece evidente que tú no usas el cerebro. Quiero decir, esa cosa física que tienes ahí. Tu alma se limita a utilizar el cuerpo, ¿no? Seguro que solo porque le resulta conocido. Con lo cual, quizá pudiéramos sacarla…

—No. Me decanto por la idea de serrarla. Y la del taco de diamantes. Suena bien. Bueno, ¿puedes traer a Selush aquí?

—¿Ahora mismo?

—Bueno, lo antes posible. No me gusta andar por ahí tal y como está. Dile que le pagaré por las molestias.

—Lo intentaré.

—No hace falta decir que soy muy desdichada.

—Pues claro que sí, Shurq.

—Y quiero a Ublala. Lo quiero ahora.

—Entiendo…

—No, no lo entiendes. He dicho que lo quiero ahora. Pero eso es imposible. Así que tendrás que servir tú.

—¿Yo? Oh, cielos. ¿Muerde?

—Solo hay una forma de averiguarlo, Tehol Beddict. Quítate esa estúpida ropa.

—Siempre que no me dejes tuerto…

—No me hagas… Ah, ya. Tendré cuidado, lo prometo.

—Y siempre y cuando comprendas algo, Shurq: por lo general, yo no hago esto con mis empleadas. Sobre todo con

las muertas.

—No sé por qué tenías que especificar tanto. Lo de estar muerta no es que yo pueda evitarlo.

—Lo sé. Pero es, eh, bueno…

—¿Escalofriante?

—Eres encantadora y todo eso; es decir, Selush fue brillante, el mejor trabajo que haya hecho jamás.

—¿Sabes cómo me siento yo, Tehol? Bien sabe el Errante que no te pareces en nada a Ublala.

—Hombre, gracias.

—Y ahora desnúdate de una vez. Estoy segura de que no llevará mucho tiempo.

La calle estaba casi despejada, lo que permitió a Moroch Nevath avanzar a buen ritmo hasta el antiguo palacio. Su caballo probablemente jamás se recuperaría del todo del viaje desde el fuerte Alto. Según había oído había un adiestrador de Rosazul en palacio (aunque él jamás había visto al tipo) que, según se decía, sanaba caballos. Si encontraba el tiempo, quizá lo buscase.

Una figura salió a la calle que tenía delante.

Al reconocer al hombre, Moroch se detuvo.

—Turudal Brizad.

—Finadd. Apenas le reconocía.

—No es el único, primer consorte. Bien, me voy a informar a la preda.

—La encontrará en el salón del trono. Finadd, es posible que yo necesite sus servicios en breve.

Moroch frunció el ceño.

—¿Para qué?

El hombre sonrió.

—En concreto, su habilidad con la espada.

—¿A quién quiere que mate, Brizad? ¿Algún marido iracundo, una esposa indignada? Creo que Gerun Eberict cumpliría mejor sus requisitos.

—Ojalá fuera tan sencillo, finadd. En un mundo ideal, buscaría a Brys Beddict, pero él tiene otras tareas pendientes…

—Y yo también.

—La preda lo asignará a la protección de la casa real, tal y como van las cosas…

—Ese es trabajo del paladín del rey.

—Sí. Lo que significa que usted se encontrará con que le sobra el tiempo.

El ceño de Moroch se profundizó.

—Tengo intención de acompañar a la preda cuando emprenda la marcha, primer consorte.

Turudal suspiró.

—Ya no confían en usted, finadd. Les falló tanto al príncipe como a la reina. Habría sido preferible que muriera en el empeño en el fuerte Alto.

—Caí herido. Separado de mis protegidos. Ni siquiera pude encontrarlos una vez comenzó la batalla…

—Trágico, finadd, pero de poco le va a servir. Lo que le ofrezco es la oportunidad de redimirse, de que su nombre quede para la historia. Estoy convencido, Moroch Nevath, de que nadie más le hará un ofrecimiento comparable.

El finadd estudió al hombre que tenía delante. Siempre lo había puesto de los nervios. Demasiado impecable, demasiado perfumado. Demasiado satisfecho de sí mismo. En ese momento más que nunca.

—No hay nada que pueda ofrecerme…

—Finadd, quiero que mate a un dios.

Moroch esbozó una sonrisa burlona y no dijo nada.

Turudal Brizad sonrió antes de seguir hablando.

—El dios de los jheck. ¿Y dónde puede encontrar a ese dios? Pues mire, aquí, en la ciudad. Esperando la llegada de sus salvajes devotos.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Mate al dios, Moroch Nevath, y los tiste edur perderán a sus aliados.

—Ya hablaremos —dijo el finadd con un gruñido—. Pero, por ahora, debo irme.

—Por supuesto. Cuenta con mis simpatías, por cierto. Sé que no podía hacer nada para salvar a Quillas o Janall…

—Ahórreselo, primer consorte. —Moroch dio un tirón a las riendas para dirigir a su caballo hacia delante, lo que obligó a Turudal Brizad a apartarse de un salto a toda prisa para evitar que lo derribara.

Bicho encontró a Tetera encorvada contra la puerta de la torre. La niña estaba temblando, con las rodillas levantadas y la cabeza gacha.

—¿Pequeña?

Una respuesta ahogada.

—Vete.

El criado se agachó a su lado.

—¿Es muy duro?

—Tengo hambre. Me duele el estómago. Las picaduras me escuecen.

—Estás viva, entonces. —Vio que la niña asentía—. Y preferirías estar muerta. —Otro asentimiento—. Tenemos que buscarte ropa nueva. Y algo de comida y agua. Tenemos que buscarte un refugio, ya no puedes seguir quedándote aquí.

—¡Pero tengo que quedarme! ¡Necesita mi ayuda!

Bicho se levantó.

—Creo que voy a recorrer los terrenos.

—No lo hagas. Es demasiado peligroso.

—Todo irá bien, muchachita. No tienes que preocuparte por el abuelo Bicho. Y después volveré aquí y tú y yo nos iremos a los Mercados de Abajo.

La niña levantó entonces la cabeza y lo miró con unos ojos enrojecidos que parecían mucho mayores que el resto de la cara.

—No tengo dinero.

—Yo tampoco —dijo Bicho con una sonrisa—. Pero hay mucha gente que me lo debe.

Bicho se metió en los terrenos. La tierra estaba caliente bajo sus gastadas sandalias. Buena parte de los insectos habían muerto o mudado la concha y sus cuerpos crujían bajo sus pasos. Las raíces marchitas habían salido a la superficie, partidas y peladas. Se veían fragmentos manchados de hueso, trozos de cráneo y huesos largos fracturados, alguna que otra vértebra enorme. Los restos desmoronados de los túmulos estaban por todas partes.

Se había perdido tanta historia, destruida bajo esa tierra humeante. Y casi mejor, además, ya que la mayor parte era desagradable. Por desgracia quedaban unas cuantas pesadillas muy manidas. Las peores de todas, de hecho.

Y una de ellas había jurado ayudar. Contra las otras.

En general, decidió Bicho, no era una situación muy prometedora.

—*Un extraño entre nosotros.*

Bicho se detuvo y frunció el ceño.

—¿Quién habla?

—*Mis hermanos te dan la bienvenida. Yo te doy la bienvenida. Acércate más. Tiéndenos la mano, sácanos. Tu recompensa será interminable.*

—Y también lo será mi pesar. No, me temo que no puedo haceros el favor, toblakai.

—Has dado un paso de más, desconocido. Es demasiado tarde. De ti haremos uso…

Una oleada de poder se precipitó por la mente de Bicho, intentó dominarlo… y luego desapareció.

—¡No! ¡Tú no! No te acerques más.

—Siento que no me encontrarais de vuestro gusto.

—Vete.

—Tú y tus hermanos os vais a meter en una buena pelea —dijo Bicho—. Lo sabéis, ¿verdad?

—Nada nos puede derrotar.

—Oh, con qué frecuencia se pronuncian esas palabras. ¿Cuántos de tus compañeros de prisión han dicho lo mismo, en un momento u otro? Siempre el engreimiento del momento.

—Nada de esto es asunto tuyo.

—Tienes razón, no lo es. Pero quedáis advertidos: a la niña, Tetera, nadie la ha de hacer daño.

—No significa nada para nosotros.

—Bien. Aseguraos que sigue siendo así.

—Ten cuidado con las amenazas, desconocido.

—Ah. Lo que pasa es que no lo entiendes, ¿verdad? Ataca a la niña, y el que se oculta en su interior despertará. Y ese os aniquilará, a vosotros y seguramente a todos los demás, solo por si acaso.

—¿Quién es el que se oculta en el interior de la niña?

—¿Su nombre? No lo sé. Pero es forkrul assail.

—Mientes.

El criado se encogió de hombros, se dio la vuelta y regresó adonde lo esperaba Tetera. Decidió que todavía quedaba tiempo para ir de compras.

El rey Ezgara Diskanar estaba sentado en su trono, inmóvil, pálido como el mármol polvoriento, los párpados medio entornados mientras contemplaba al primer eunuco Nifadas. Una escena que podría pintar un artista, decidió Brys. Impregnada de seriedad, los colores oscuros y saturados, una gran caída inminente. Todo allí, en ese momento de parálisis. *La víspera del Séptimo Cierre,* podría llamarlo el pintor, con un placer callado ante la multitud de significados ocultos en el título.

Pero no había ningún artista, ningún buitre que se sentara entre los bastidores del tambaleante constructo de la civilización, con los ojos enrojecidos y chasqueando la lengua. El público consistía en Brys, la primera concubina Nisall, la preda Unnutal Hebaz y cuatro miembros de la Guardia del Rey.

El sol había bajado lo suficiente como para atravesar con rayos de luz refulgente los paneles de vidrieras engastados en la cúpula, la luz teñía las motas de polvo de tonos horrendos. El aire olía a sudor y al humo de los faroles.

—Y esto —dijo al fin el rey Ezgara— es lo que le aguarda a mi pueblo.

Los ojitos del primer eunuco parpadearon.

—Mi señor, a los soldados no les agrada la noción de un nuevo señor supremo. Lucharán por defender a su majestad.

—He visto escasas pruebas de ello hasta ahora, Nifadas.

La preda respondió a eso.

—Mi señor, pronto quedó patente que no podíamos rivalizar con el enemigo al modo tradicional, dada la hechicería de la que disponían. Urgía, a nivel táctico, que nos retiráramos y evitáramos el combate…

—Pero tenemos la espalda contra la muralla de la ciudad, preda.

—Con tiempo para prepararnos, como llevamos haciendo desde que la primera unidad llegó al torreón Brans. Mi señor, jamás hemos puesto en el campo de batalla un ejército tan grande como el que se está reuniendo allí en estos mismos momentos. Más de dos mil catapultas, mil quinientas lanzadoras y trescientas balistas dresh de triple montaje. Hemos cavado zanjas, trincheras y trampas. Los magos han forjado rituales por todo el campo de batalla. Ya solo las tropas auxiliares superan las diez mil…

—Carne de catapulta sin adiestrar, preda. Un terrible desperdicio de ciudadanos. ¿Están armados siquiera?

—Lanzas y escudos, mi señor. Armadura de cuero.

El rey se echó hacia atrás.

—Nifadas, ¿sigue sin saberse nada sobre la suerte de mi esposa e hijo?

—Nuestros emisarios no regresan, mi señor.

—¿Qué quiere de ellos?

—No sé cómo responder a eso —admitió el primer eunuco—. Este emperador tiste edur es… impredecible. Mi señor, a pesar de la confianza de la preda, creo que sería inteligente comenzar a hacer planes para su desplazamiento temporal…

—¿Mi qué?

—Abandonar Letheras, mi señor. Hacia el sudeste, quizá. Tallis, en la Isla, o Tregua.

—No.

—Mi señor…

—Nifadas, si he de caer, será aquí. No llevaré la destrucción a otras ciudades, pues es su destrucción lo que provocará mi presencia. Los protectorados, si acaso me usurparan, caerán con el resto. De forma pacífica, sin

pérdida de vidas. Ese emperador tiste edur tendrá su imperio. En cuanto a mí, si debo morir, será aquí, justamente en este trono. O, más bien —dijo con una sonrisa irónica—, en el que está en el Domicilio Eterno.

Silencio. Después, la preda se volvió poco a poco para mirar a Brys.

Él le devolvió la mirada con expresión desapasionada. El rey había expresado sus deseos. Si muriera en ese trono, entonces su paladín estaría, por fuerza, ya muerto. No había ningún otro camino para llegar a Ezgara Diskanar, después de todo.

—Es mi intención, mi señor —dijo Unnutal— que la situación que describe no se produzca. Rechazaremos a los tiste edur. Los derrotaremos y venceremos.

—Como diga —respondió el rey.

No había nuevas consideraciones para Brys. Desde las primeras derrotas en el norte, el paladín había estado pensando en el último combate para defender a su rey. El pasaje que llevaba al salón del trono en el Domicilio Eterno era relativamente estrecho. Con cuatro de sus mejores guardias le parecía que podría defenderlo durante un tiempo. Pero sin auxilio, su muerte sería inevitable. El pensamiento más difícil de aceptar de todos, sin embargo, era la posibilidad de morir bajo un ataque de hechicería. Contra lo que él no disponía de defensa alguna. El aparente hundimiento del ceda en la locura era el golpe más doloroso de todos. Si el enemigo llegara a palacio, la pérdida de Kuru Qan sería decisiva.

Brys quería morir de un modo honorable pero no podía elegir, estaba inerme, y eso le dolía.

Se abrieron las puertas a su espalda y se volvió para ver entrar a un guardia.

—¿Y ahora qué? —preguntó el rey.

—El finadd Gerun Eberict, señor —anunció el guardia.

—Muy bien.

El hombre entró y se inclinó ante el rey.

—Mi señor, me disculpo por llegar tarde. Había asuntos domésticos que debía atender…

—¿Y que tenían prioridad sobre una audiencia con su rey, finadd?

—Mi señor, en mi ausencia, alguien entró a la fuerza en mi hacienda.

—Lamento mucho oír eso.

—Robaron una parte sustancial de mi fortuna, mi señor.

—Qué descuido, Gerun. Nunca es inteligente acumular dineros.

—Mis medidas de seguridad eran extremas…

—Pero insuficientes, por lo que parece. ¿Tiene alguna pista con respecto a tan osado ladrón?

Los ojos de Gerun Eberict se posaron por un instante en Brys y después volvieron a apartarse.

—La tengo, mi señor. Creo que recuperaré lo perdido en breve.

—Confío que dichas acciones no resultarán demasiado turbias.

—Sé lo que hago, mi señor.

—¿Y hasta qué punto interferirá eso con sus obligaciones aquí, en el palacio, finadd?

—No interferirá en absoluto, mi señor. Puedo reasumir el mando de mi compañía.

—Bien. Han estado muy ocupados sofocando motines.

—Tengo intención de poner fin a todos esos motines, mi señor. Antes de esta noche, tendrá paz en Letheras.

—Eso le deja muy poco tiempo, Gerun. Váyase ya, entonces, pero quede advertido: no quiero un baño de sangre.

—Por supuesto, mi señor. —Gerun Eberict se inclinó otra vez, le hizo a la preda un saludo militar y se marchó.

Las puertas se cerraron y solo entonces habló Ezgara.

—Brys Beddict, prepare doscientos de sus soldados como equipos de limpieza. Esperen al menos un baño de sangre antes de la duodécima campanada de esta noche.

—De inmediato, mi señor…

—Todavía no. ¿Por qué lo miró Gerun cuando inquirí sobre el ladrón que atacó su hacienda?

—No lo sé, mi señor. Yo me estaba preguntando lo mismo.

—Confío en que su hermano, el residente en esta ciudad, no haya caído más bajo todavía.

—No lo creo.

—Porque Gerun Eberict es un enemigo formidable.

Brys asintió con la cabeza.

—Mi señor —dijo la preda—, es hora de que me reúna con mi ejército.

—Vaya, pues, y que el Errante la toque con su misericordia.

Cuando Unnutal se inclinó y se dirigió a las puertas, Brys se dirigió al rey.

—Le ruego que me permita irme a mí también, mi señor.

—Adelante, paladín. Una vez que haya destacado a sus soldados, regrese aquí. Lo quiero cerca de ahora en adelante.

—Sí, mi señor.

En la sala, junto al salón del trono, Unnutal Hebaz lo estaba esperando.

—Sospecha de Tehol.

—Lo sé.

—¿Por qué?

Brys sacudió la cabeza.

—Será mejor que lo avise, Brys.

—Gracias por su preocupación, preda.

La mujer sonrió, pero fue una sonrisa triste.

—Admito sentir cierto aprecio por Tehol.

—No lo sabía —dijo Brys.

—Necesita guardaespaldas.

—Los tiene, preda. Los Shavankrat.

La preda alzó las cejas.

—¿Los trillizos? —Después frunció el ceño—. Hace tiempo que no los veo, ahora que lo pienso. Lo que significa que se ha anticipado usted a Gerun Eberict, lo que, a su vez, sugiere que sabe más de lo que le ha revelado al rey.

—No era Eberict quien me preocupaba, preda.

—Ah, ya veo. Bueno, no hace falta que informe a esos hermanos para que extremen la vigilancia, ya que no creo que eso sea posible.

—Estoy de acuerdo, preda.

La oficial lo estudió durante unos instantes.

—Ojalá pudiera unirse a nosotros en el campo de batalla, Brys —dijo después.

—Se lo agradezco, preda. Que el Errante sea con usted.

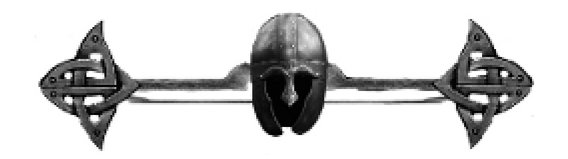
—Preferiría que fuera el ceda —le contestó ella y después añadió—. Mis disculpas. Sé que era su amigo.

—Sigue siéndolo —dijo Brys.

La preda asintió y después se fue, sus botas resonando en el pasillo.

Brys se la quedó mirando. *Dentro de unos días, quizá esté muerta. Y también podría estarlo yo.*

21



El Traidor se halla a la sombra del Trono Vacío. Por eso está vacío.

La lectura de las Losas
Ceda Parudu Erridict

La masa de refugiados los había obligado a dejar el camino principal, pero Seren Pedac estaba familiarizada con todas las pistas que serpenteaban por el campo, los senderos de los pastores, los caminos de las canteras y las explotaciones madereras, las rutas de los contrabandistas. Estaban rodeando una cantera de piedra caliza cubierta de maleza a cuatro leguas de Brous cuando el sol se hundió bajo los árboles a su derecha.

La corifeo se encontró cabalgando junto al mago, Corlo.

—Me preguntaba algo —dijo—. La hechicería que usas. Jamás he oído hablar de magia que robe la voluntad de sus víctimas, que se meta en sus mentes.

—No me sorprende —dijo él con un gruñido—. Aquí, en este lugar perdido de la mano de los dioses, toda la hechicería es cruda y fea. No hay sutileza, no hay refinamiento alguno de poderes. La tuya es una tierra en la que la mayor parte de las puertas están cerradas. Dudo que haya habido alguna innovación en el estudio de la hechicería en los últimos diez mil años.

—Gracias por esos sentimientos de admiración, Corlo. Quizá podrías explicarle las cosas a esta ignorante persona.

El mago suspiró.

—¿Por dónde empezar?

—Por la manipulación de la mente de las personas.

—Mockra. Ese es el nombre de la senda.

—De acuerdo, mala idea. Vamos más atrás. ¿Qué es una senda?

—Bueno, ni siquiera eso es fácil de responder, muchacha. Es un sendero de magia. Las fuerzas que gobiernan toda existencia tienen una orientación concreta. Lo que significa…

—Una orientación. ¿Igual que tienen una orientación las Fortalezas?

—Las Fortalezas. —El mago sacudió la cabeza—. Sentarse en una carreta con ruedas cuadradas y felicitarse unos a otros por un viaje tranquilo. Eso son las Fortalezas, corifeo. Las crearon en un mundo desaparecido hace mucho tiempo, un mundo en el que las fuerzas eran más toscas, más salvajes, más turbias. Las sendas, bueno, las sendas son ruedas sin esquinas.

—No me estás ayudando mucho, Corlo.

Este se rascó la barba.

—Malditas pulgas. De acuerdo. Senderos de magia orientada. Como fuerzas pero diferentes, ¿estamos? Al contrario que las fuerzas, se repelen, y como las fuerzas, se unen, ¿entiendes? Igual que el agua de un río, todas fluyen en el mismo sentido. Por supuesto, hay remolinos, remansos y demás, pero todo termina bajando al final. Ya te hablaré de esos remolinos más tarde. Así que las sendas son esos ríos, solo que no los ves. La corriente es invisible y lo único que se ve es el efecto. Observa una turba en una plaza, el modo en que las mentes de cada persona parecen fundirse en una sola. Disturbios y ejecuciones públicas, o batallas, si a eso vamos, todos son insinuaciones de Mockra, lo que puedes ver. Pero un mago que ha encontrado una forma de entrar en la senda de Mockra, bueno, ese mago puede llegar a algo más profundo, meterse más en ese agua. De hecho, el mago puede saltar y nadar con la corriente. Encontrar un remolino y salir en un lugar diferente del que entró.

—Así que cuando dices «sendero», te refieres en un sentido físico.

—Solo si decides usarlo de ese modo. Mockra no es un buen ejemplo; los remolinos no te llevan a ninguna parte, en general. Porque es hechicería de la mente, y la mente es mucho más limitada de lo que nos gustaría pensar. Coge Meanas, es otra senda. Está orientada a las sombras y la ilusión, una hija de Thyr, la senda de Luz. Separada pero emparentada. Abre la senda de Meanas y puedes viajar por las sombras. Invisible y rápido como el propio pensamiento, o casi. Y las ilusiones, bueno, eso revela que es hermana de Mockra, pues es una especie de manipulación de la mente, o, por lo menos, de la percepción, a través de la remodelación astuta de la luz, las sombras y la oscuridad.

—¿Los tiste edur emplean esa Meanas? —preguntó Seren.

—Eh, no. La verdad es que no. La suya es una senda que por lo general no es accesible para los humanos: Kurald Emurlahn. Es Sombra, pero Sombra más como Fortaleza que como senda. Además, Kurald Emurlahn está destrozada. Rota en pedazos. Los tiste edur no pueden acceder más que a un fragmento, eso es todo.

—De acuerdo. Mockra, Meanas y Thyr. ¿Hay otras?

—En abundancia, muchacha. Rashan, Ruse, Tennes, el Embozado…

—Embozado. Usas esa palabra cuando maldices, ¿verdad?

—Sí, es la senda de Muerte. Es el nombre del dios en sí. Pero eso es otra cosa que tienen las sendas. Pueden ser reinos, mundos enteros. Entra y puedes encontrarte en una tierra con diez lunas en el cielo, y estrellas en constelaciones que no has visto jamás. Lugares con dos soles. O lugares llenos de espíritus de los muertos, aunque si pasas por las puertas del reino del Embozado, no regresas. O, más bien, no deberías. En cualquier caso, un mago o una maga buscan una senda adecuada a su naturaleza, una afinidad natural, si quieres. Y a través de suficiente estudio y disciplina encuentras modos de internarte, de utilizar las fuerzas de su interior. Algunas personas, por supuesto, nacen con talento natural, lo que significa que no tienen que esforzarse tanto.

—Así que tú coges esa Mockra y te metes en las mentes de otras personas.

—Algo así, muchacha. Utilizo proclividades. Enturbio el agua, o la lleno de sombras aterradoras. El cuerpo de la víctima hace el resto.

—¿El cuerpo? ¿A qué te refieres?

—Digamos que llevas dos vacas al matadero. A una de ellas la matas rápido, sin que sepa siquiera lo que va a pasar. A la otra, bueno, la empujas por un camino que en

algunos lugares está impregnado del hedor de la muerte, se oyen los chillidos de otros animales moribundos por todos lados. Hasta que, por estúpida que sea esa vaca, sabe lo que va a ocurrir. Y la invade el terror. Entonces la matas. Corta un anca de cada bestia, ¿saben igual?

—No tengo ni idea.

—No saben igual. Porque la sangre de la vaca asustada se llenó de fluidos amargos. Eso es lo que hace el miedo. Fluidos amargos, nocivos. Hace que la carne en sí sea insalubre y no se pueda comer. Lo que quiero decir es que engañas a la mente para que responda a miedos invisibles, creencias sin fundamento, y la sangre se estropea y al viciarse empeora el miedo, convierte la creencia en certeza.

—Como si el matadero para la segunda vaca fuera solo una ilusión, cuando en realidad estaba cruzando unos pastos.

—Exacto.

Seren estudió la espalda de Barras de Hierro, que cabalgaba delante de ella, y se quedó callada.

—De acuerdo —dijo Corlo tras un rato—, ahora dime lo que te pasa de verdad, muchacha.

La corifeo vaciló antes de preguntar.

—Corlo, ¿puedes hacer algo con los recuerdos? —Lo miró de frente—. ¿Puedes eliminarlos?

Delante de ellos, Barras de Hierro se giró a medias en la silla y miró a Seren por un instante, después volvió a darse la vuelta.

—Ah —dijo Corlo por lo bajo—. ¿Estás segura de que es lo que quieres?

—¿Puedes?

—Puedo hacer que ni los veas ni los percibas, pero estará en tu naturaleza consumirte y preocuparte por ese extraño vacío. Como si siempre estuvieras a punto de caer en la

cuenta pero nunca fueras capaz de hacerlo. Podría volverte loca, corifeo. Además, el cuerpo recuerda. Reaccionarás a cosas que veas, huelas, pruebes, y no sabrás por qué. Te reconcomerá por dentro. Toda tu personalidad cambiará.

—No sería la primera vez que lo haces, ¿verdad?

El mago asintió. Después dudó.

—Hay otra opción, muchacha —aventuró.

—¿Cuál?

—No son los recuerdos los que duelen, corifeo. Es lo que sientes por ellos. Eres tú, ahora, librando una guerra con el tú de entonces. No sé explicarlo mejor…

—No, te entiendo.

—Bueno, puedo hacer que te sientas… bueno, diferente, sobre eso.

—¿A qué te refieres?

—A poner fin a la guerra, muchacha.

—¿Qué sentiría, Corlo?

—Podría hacer que lloraras. Que lo sacaras todo, Seren. —La miró a los ojos—. Y una vez hecho eso, te sentirías mejor. No mucho mejor, pero sí un poco. Te desahogas, pero solo una vez, te lo prometo. Es arriesgado sacarlo todo llorando, claro. Podría ser tan traumático como la violación en sí. Pero tú no debes caer en la trampa de revivirlo todo una y otra vez. La liberación puede ser adictiva, sabes. Se convierte en un comportamiento rígido, tan destructivo como cualquier otro. Si no se hace más que repetir el ejercicio del dolor, pierde significado, se convierte en rutina, en algo falso, un juego de autoengaño, un exceso. Una forma de no superar nada jamás, nunca.

—Eso parece complicado, Corlo.

—Lo es. Detienes la guerra de una tacada y después el recuerdo te deja sin sentir… nada. Un pequeño pesar, quizá. Lo mismo que sientes por todos los errores que has dejado

atrás durante toda tu vida. Te arrepientes pero no te recriminas nada, porque ese es tu verdadero enemigo. ¿Verdad? Una parte de ti siente que, de algún modo, te lo merecías.

La corifeo asintió, no confiaba en ser capaz de hablar.

—¿Hace que quieras castigarte?

Otro asentimiento.

Corlo levantó la voz.

—Juramentado, podríamos…

—Sí —dijo el otro al tiempo que levantaba un guantelete.

La tropa se detuvo.

Las manos de Corlo estaban allí, ayudándola a bajar del caballo. La corifeo lo miró, furiosa.

—Ya has empezado, ¿verdad?

—No, muchacha. Empezaste tú misma. ¿Recuerdas lo que dije sobre el talento natural? Tú lo tienes a paladas.

—Yo nunca lloro —dijo ella mientras el mago la sacaba fuera del camino y la llevaba al bosque colindante.

—Pues claro que no —respondió él—. Tú tienes la senda ahí, en tu cabeza, y te has pasado la mayor parte de tu vida manipulándola como una maga suprema. Lo que sea para seguir adelante, ¿no?

Seren se paró un momento y miró tras ellos.

Barras de Hierro era apenas visible al borde del camino, observando.

—No te preocupes por él, solo está preocupado, muchacha. No estará allí cuando…

—No —dijo ella—. Se viene con nosotros.

—¿Corifeo?

—Si empiezo a pegarte puñetazos en el pecho, Corlo, es probable que te rompa una costilla o dos. Él es más duro.

El mago abrió mucho los ojos, después sonrió.

—¡Juramentado! Deja de rezagarte, si tienes la bondad.

Sendas. Se le ocurrió a Seren Pedac, mucho más tarde, que no era fácil de definirlas pero sí entenderlas. Fuerzas de la naturaleza, proclividades y patrones. Las explicaciones de Corlo habían servido para iluminarle un tanto esas fuerzas en su mayor parte ocultas, pero al final fue el conocimiento que ya tenía en su interior lo que le ofreció la revelación definitiva.

En un mundo simplista se suelen identificar cuatro elementos, y las cosas se dejan así. Como si el universo pudiera reducirse a cuatro manifestaciones observables y contrarias. Pero Corlo había mencionado otras y una vez aceptada esa noción, fue como si el mundo se abriera, como si surgieran colores nuevos, súbitos y sorprendentes en su terrible belleza.

El tiempo era uno de esos elementos, empezaba a comprender Seren. El trozo de existencia entre acontecimientos que consistía en un sinfín de otros acontecimientos, todos unidos en patrones complejos de causa y efecto, todos dispuestos como imágenes cosidas a un tapiz que crearan una secuencia de escenas que, cuando uno se echaba hacia atrás, se revelaban como coexistentes. Presentes todas a la vez.

Ella había estado repitiendo escenas. Fue desalentador darse cuenta. Había estado repitiendo escenas durante la mayor parte de su vida. Había impuesto su propio patrón, carente de matices, y había contemplado su desesperación como una respuesta legítima, quizá la única respuesta legítima. La presunción de ser inteligente, de ser consciente de una forma casi sobrenatural de la multitud de perspectivas que eran posibles en todas las cosas. Todo eso había sido una trampa desde el primer momento, el

encantamiento hechicero llamado dolor, su invitación a los demonios de la autorrecriminación, reaparecían una y otra vez en ese tapiz, escenas diferentes, las mismas caras de miradas lascivas.

Desentrañar el ritual había resultado ser aterradoramente fácil, como tirar de una sola hebra. Si había sido obra de Corlo, entonces el mago se había mostrado de una sutileza casi increíble, pues a Seren le había parecido que el esfuerzo había sido por completo de ella. Él se había sentado frente a ella en el claro que habían encontrado a treinta pasos del camino, su expresión relajada y vigilante a la vez y, por extraño que fuera, la corifeo no había sentido vergüenza de llorar frente a él.

Barras de Hierro había empezado por pasearse sin descanso, pero su movimiento se detuvo cuando llegaron las primeras lágrimas y al final Seren se encontró medio abrazada por uno de los brazos del guerrero y con la cara apretada contra su cuello.

Quizá hubiera sido sórdido en otras circunstancias. La parte crítica de Seren podría haberse burlado de la estratagema, como si los únicos gestos sinceros fueran los más pequeños, los desprovistos de público. Como si la verdadera honestidad perteneciera a la soledad, ya que la presencia de testigos suponía una representación y una representación era inherentemente falsa, ya que pedía expectación.

Durante el exhausto periodo posterior a un desahogo de una brevedad sorprendente, cuando parecía de verdad que estaba vacía por dentro, hueca y serena, pudo explorar lo que quedaba sin las trabas de la emoción. Había elegido tener fe en Buruk el Pálido, creer (porque era lo más fácil) que no renunciaría a la vida. Pero nunca lo había creído, después de todo. Se había negado a ver la prueba de la

repentina tranquilidad del mercader, la extraña libertad en las palabras con las que se había dirigido a ella durante esos últimos días. Cuando ya había tomado la decisión. Buruk había visto llegar la guerra, después de todo, y había querido suprimir su papel en su estallido. Se había extraído de ese tapiz concreto. Pero había habido hechicería en el autoengaño de Seren, en el camino al dolor y el sentimiento de culpa, y había habido una familiaridad reconfortante en el ritual.

De su fracaso surgía el requerimiento de recibir un castigo.

Ella no había provocado la violación. Ninguna persona en su sano juicio haría eso. Pero había tejido la escena con todo su horror en potencia.

No todas las cosas sobre uno mismo eran agradables.

Así que Seren había llorado por sus propios defectos, por sus debilidades y por su humanidad. Delante de dos testigos que sin duda tenían sus propias historias, sus propias razones para lamentarse.

Pero ya estaba hecho. No tenía sentido repetir ese ritual concreto. El agotamiento dio paso al sueño y cuando despertó había amanecido. El pelotón había acampado en el claro y todos estaban todavía dormidos, con la excepción de Barras de Hierro, que permanecía sentado delante de una pequeña hoguera, concentrado en dar vida a las llamas una vez más.

A Seren le habían echado por encima una manta. El aire de la mañana era frío y húmedo. Se sentó, se envolvió los hombros con la lana y después se levantó y se reunió con el juramentado junto al fuego que ardía sin llama.

El hombre no levantó la cabeza.

—Corifeo. ¿Has descansado?

—Sí, gracias. No sé si debería disculparme…

—¿Por qué? He oído caballos, al sur de aquí.

—Debe de ser Brous. Hay una guarnición allí, una pequeña.

—¿Brous es una ciudad?

—Una aldea, situada en medio de unas ruinas de piedra. Antaño era un lugar sagrado para los tarthenal, aunque no lo construyeron ellos.

—¿Cómo lo sabes?

—La escala no concuerda con los tarthenal.

—¿Demasiado pequeña?

—No, demasiado grande.

El hombre levantó la vista, entrecerró los ojos y después se levantó.

—Es hora de preparar una comida, creo.

—Eres un oficial muy extraño, Barras de Hierro —dijo Seren con una sonrisa—. Haces siempre el desayuno para tus soldados.

—Siempre despierto el primero —respondió él mientras acercaba un paquete de comida.

Ella lo observó trabajar y se preguntó con qué frecuencia lo había hecho. Cuántos claros como ese, cuántas mañanas era el primero en levantarse de los soldados. Tan lejos de cualquier cosa que se pareciera a un hogar. En cierto modo, lo comprendía. Había dos manifestaciones de la Fortaleza Vacía que respondían a esa naturaleza. Caminante y Vagabundo, la distinción entre ellas era de una motivación sutil.

El juramentado, comprendió Seren, era un hombre fácil de observar.

El mago Corlo se liberó de su manta con una tos y se acercó vacilante.

—¿Dónde está ese té?

—Ya casi listo —respondió Barras de Hierro.

—Me duele la cabeza —dijo Corlo—. Pasa algo.

—Antes oí caballos —dijo el juramentado—. Chillando.

—Para mí ya ha reposado bastante.

El juramentado metió un cucharón en la olla y llenó la taza de hojalata que le tendía Corlo.

Seren vio que al mago le temblaba la mano.

—Puede que se necesite la diadema hoy, señor.

—Eh, mejor no. Intentemos evitarlo si podemos.

—Sí.

—¿La diadema? —preguntó Seren—. ¿La que usaste para abrir ese camino en Trate?

Corlo le lanzó una mirada penetrante y después asintió.

—Pero no para eso. Hay otros rituales entrelazados en ella. Cuarenta, de hecho. El que quizá tengamos que usar apresura nuestro camino, nos hace más rápidos de lo normal. Pero ese lo usamos lo menos posible ya que nos deja con el tembleque, y los tembleques empeoran cuanto más lo usamos.

—¿Es por eso por lo que estás temblando ahora?

El mago bajó la vista y se miró la mano después de tomar un sorbo de la infusión.

—No. Eso es otra cosa.

—¿Lo que sea que esté pasando en Brous?

—Supongo.

—Despierta a los otros, Corlo —dijo Barras de Hierro—. Corifeo, ¿deberíamos evitar Brous?

—Resultará difícil. Hay una cordillera de colinas al este de aquí. No se puede decir que haya pistas que la atraviesen. Perderíamos un día, quizá dos, si fuéramos por allí.

—De acuerdo.

—Me ocuparé de los caballos —dijo Seren tras un momento.

El juramentado asintió.

—Después vuelve y come.

—Sí, señor.

A Seren le complació ver la sonrisa que le respondió, por nimia que fuera.

Se encontraron entre las ruinas mucho antes de que apareciera la aldea. La mayor parte estaban medio enterradas y se alzaban en jorobas del suelo del bosque. Las antiguas raíces se aferraban a la piedra, aunque era obvio que no habían conseguido abrir grietas en la extraña roca. Los caminos elevados que antaño se habían levantado formaban una red enloquecida de vías que atravesaban el bosque, cubiertos de hojas muertas pero, de otro modo, desafiando cualquier intrusión. Al llegar al borde de la floresta, vieron unos cuantos edificios abovedados en el claro que tenían delante y después la empalizada de Brous, sobre la que pendía el humo en una guirnalda hosca y gris.

Los antiguos edificios abovedados poseían entradas formales, un corredor arqueado que sobresalía con puertas tan anchas como altas, el triple de la altura de un hombre.

—Por el aliento del Embozado —siseó Corlo—, estas dejan pequeñas incluso a las tumbas de los k'chain che'malle.

—No puedo decir que haya visto jamás eso… —empezó a decir Seren.

Pero el mago la interrumpió.

—Me sorprende, ya que hay restos de sobra en estas tierras. Eran un cruce entre lagartos y dragones y caminaban sobre dos patas. Un montón de dientes afilados, los mercados de Trate tenían algún que otro puesto que vendía los antiguos dientes y huesos. Los k'chain che'malle, muchacha, gobernaron todo este continente, en otro tiempo. Mucho antes de que llegaran los seres humanos. En

cualquier caso, sus tumbas se parecen un poco a estas, solo que más pequeñas.

—Oh. Se suponía que eran tarthenal. Jamás se encontró nada en su interior.

—Los k’chain che’malle nunca tuvieron la oportunidad de utilizarlas, por eso. La mayor parte, en cualquier caso.

Se quedaron callados al pasar junto a la primera estructura y vieron, en el lado más cercano a la aldea, un centenar o más de soldados y trabajadores reunidos. Parecía que estaban excavando una colina pequeña y alargada. Un túmulo. Varios tiros de caballos habían sacado albardillas de la parte superior del túmulo y equipos de cavadores estaban atacando los lados.

—No queremos formar parte de eso, señor —dijo Corlo.

Detuvieron los caballos.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó Barras de Hierro.

—Nada que tenga nada que ver con esas ruinas, no me parece.

—La versión de nuestro idioma que aprendiste de las ratas del puerto no te ha servido de mucho, ¿sabes? —dijo Seren.

—Está bien —dijo Corlo con voz ronca—. Lo que quería decir era que los túmulos bajos pertenecen a otra cosa. Y el enterramiento fue complicado. Un montón de guardas. Hay un mago en esa compañía, juramentado, que ha estado muy ocupado desmantelándolas.

—¿Todas?

—Casi. Dejó solo un par. Creo que tiene intención de vincular a lo que sea que hay dentro.

—Lo hemos notado —dijo Seren.

Una tropa de soldados montados cabalgaba hacia ellos con un oficial en cabeza.

—¿Lo reconoces? —le preguntó el juramentado a Seren.

—El finadd Arlidas Tullid —respondió ella—. Está al mando de la guarnición de Brous.

Barras de Hierro la miró.

—¿Y?

—No es un hombre muy agradable.

La tropa del finadd constaba de dieciséis jinetes. Cuando se detuvieron, Arlidas saludó con la cabeza a Seren.

—Corifeo. Creí reconocerla. ¿Viene de dónde?

—Trate.

—Eso es un viaje muy largo. He de entender que se fue antes de que cayera.

Seren no lo contradijo.

El finadd examinó a los guardias carmesíes y al parecer no le gustó lo que vio.

—Su llegada es muy oportuna —dijo—. Estamos reclutando.

—A ellos ya los han reclutado —dijo Seren—, son mi escolta. Me dirijo a Letheras, a una audiencia con el rey.

Arlidas frunció el ceño.

—No merece la pena, corifeo. Ese hombre se limita a quedarse allí sentado, encogido en su trono. Y el ceda ha perdido la cabeza. Por eso decidí declararnos independientes. Y tenemos intención de defendernos contra esos malditos pieles grises.

La carcajada de Seren fue repentina y la lamentó al instante.

—¿Independencia, finadd? ¿La aldea de Brous? ¿Con usted al mando? ¿Como qué, emperador?

—Ha entrado en nuestro territorio, corifeo, lo que significa que usted y su escolta ahora han de someterse a mí. Me complace verlos a todos armados, ya que tengo muy pocas armas de sobra.

—No nos va a reclutar —dijo Barras de Hierro—. Y sugiero que no insista en ello, finadd, o en muy poco tiempo se encontrará con un ejército mucho más pequeño.

Arlidas esbozó una sonrisa burlona.

—Ustedes seis y una corifeo…

—Finadd. —Un jinete azuzó su caballo, salió de entre la tropa y se detuvo junto a Arlidas. Redondo, peludo, de ojos pequeños, y mugriento de meterse por túneles de tierra—. Ese es mago. —Y señaló a Corlo.

—Igual que tú, maldito híbrido nerek —soltó de repente el finadd.

—Díselo —le dijo Corlo al otro mago—. Te llamas Urger, ¿no? Díselo a tu finadd, Urger.

El medio nerek se pasó la lengua por los labios.

—Nos matará a todos, señor. A cada uno de nosotros. Ni siquiera sudará una gota. Y empezará con usted, finadd. Le arrancará el cerebro y lo dejará caer en un caldero de aceite hirviendo.

—Será mejor que regreses a ese túmulo, Urger —dijo Corlo—. Tu demonio está intentando salir y puede que lo consiga. Perderás tu oportunidad de vincularlo.

El mago se retorció en la silla.

—Que el Errante me lleve, ¡tiene razón! ¡Finadd, tengo que irme! ¡Nada de esperar! —Con eso le dio la vuelta a su caballo y clavó los tacones en los flancos.

Arlidas miró furioso a Seren, Barras de Hierro y Corlo, uno por uno, después esbozó una mueca salvaje sin decir nada y les hizo un gesto a sus soldados.

—Regresad al túmulo. ¡Regresad, malditos seáis!

Los soldados se alejaron con los caballos.

Seren miró a Corlo.

—Conseguiste meterle bastante miedo, ¿verdad?

El mago sonrió.

—Pongámonos en marcha —dijo el juramentado—, antes de que se centren.

—Me gustaría aprender a hacer eso, Corlo.

La sonrisa del mago se ensanchó.

—Vaya si te gustaría.

—Siempre hay algo ominoso en el polvo que se alza de una carretera distante, ¿no te parece?

Trull Sengar entrecerró los ojos y miró al este hasta que distinguió la mancha reveladora.

—Nada de lo que preocuparse, Lila —dijo—. Sospecho que es una columna del ejército de mi padre. Una parte de él ocupaba la Rectoría no hace mucho tiempo.

—Allí hubo combates —dijo el demonio, después suspiró —. Dos de los míos cayeron.

Estaban acampados a las afueras de Thetil, preparándose para la marcha rápida y prolongada hasta Primer Límite, donde su ejército se reuniría con el del emperador antes de girar al sudeste, hacia Letheras. El ejército de Tomad bajaría por el camino de los Mapas para acercarse a la capital por el norte. Las fuerzas letherii huían por delante de ellos, por cada acceso. Aun así, tenían que afrontar una batalla más, con toda probabilidad junto a las murallas de Letheras.

Trull le echó un vistazo a su compañía. Una docena aproximada de guerreros se había reunido alrededor del sargento Canarth, que estaba en plena diatriba plagada de gestos. El capitán de Trull, Ahlrada Ahn, se encontraba cerca, aparte pero escuchando.

Desde que Trull se había hecho con su guardaespaldas demoníaco, los demás guerreros se habían mantenido a distancia, los líderes de pelotón se resistían a quedarse quietos incluso cuando Trull se acercaba con órdenes. Era

obvio que les parecía mal que se destacara a un demonio, que se dejara patente que la criatura era inteligente, un individuo. Cosa comprensible, dado el tratamiento habitual que recibían los kenyll'rah por parte de sus amos tiste edur. Pero, como bien sabía Trull, había algo más.

Durante el descenso desde el fuerte Alto, Trull Sengar se había encontrado con el rechazo de sus compañeros guerreros y de las mujeres. No se había pronunciado todavía sanción oficial alguna, pero el juicio silencioso ya se había dado y eran esas formas tácitas de castigo lo que mantenía la necesaria cohesión de las tribus edur, el rechazo del comportamiento aberrante debía ser patente; el castigo, público, y en él debían participar todos; la lección, clara para quienes albergaran parecidos impulsos peligrosos. Trull lo comprendía y no se lo recriminaba a nadie.

Sin el demonio a su lado, habría sido mucho más doloroso, mucho más solitario todavía. Pero incluso con Lila había una verdad que escocía. El demonio no era libre, y si lo hubiera sido, no estaría allí, a su lado. Así pues, la premisa de la compañía tenía fallos y Trull no se engañaba para creer lo contrario.

Temor no le había hablado ni una sola vez desde lo de fuerte Alto. Las órdenes se transmitían a través de B'nagga, que se mostraba indiferente o bien no era consciente de las tensiones que giraban alrededor de Trull.

Cerca se sentaban sus dos cautivos, la reina y su hijo, a quienes Trull y su compañía habían escoltado en la bajada del fuerte Alto. Los habían transportado en una carreta arrastrada por bueyes, las heridas leves del príncipe atendidas por un esclavo letherii, a la reina se le había proporcionado una esclava propia para que le hiciera las comidas y otras tareas que se pudieran requerir. Una indulgencia que le permitió a la esposa del rey recuperar su

porte altivo. Con todo, los dos prisioneros no habían dicho mucho desde su captura.

Ahlrada Ahn se acercó.

Trull habló primero.

—Capitán, ¿qué tiene al sargento Canarth tan animado?

El guerrero de piel oscura frunció el ceño.

—Tú, Trull Sengar.

—Ah, ¿y has venido a advertirme sobre la insurrección?

Fue obvio que la sugerencia lo ofendió.

—No soy tu aliado —dijo—. No en este asunto. Canarth pretende abordar a Temor y solicitar un nuevo comandante.

—Bueno, eso sería un alivio —dijo Trull—. ¿Qué es lo que quieres, entonces?

—Quiero que te dispenses de tu cargo antes de que Canarth haga su solicitud.

Trull apartó la mirada. Al sur, la extensión de granjas del otro lado de Theril. Sin ganado ni trabajadores en los campos. Las lluvias los habían tratado bien y todo era de un verde profundo y suntuoso.

—Esclava de Rosazul, ¿no es cierto? Tu madre. Que era por lo que siempre te apartabas del resto de nosotros.

—No me avergüenzo de nada, Trull Sengar. Si pretendes hacerme daño…

Se enfrentó sin ambages a la mirada dura de Ahlrada.

—No, justo al contrario. Sé que no te caigo bien. De hecho, nunca te he caído bien, mucho antes de que golpeara… a una mujer. Por extraño que parezca, yo siempre te he admirado. Tu fuerza, tu determinación a dejar atrás tu nacimiento…

—¿Dejar atrás? —La sonrisa de Ahlrada fue fría—. Jamás lo he considerado necesario, Trull Sengar. Antes de morir, mi madre me contó muchos secretos. Los rosazules son los supervivientes de una guerra en la que se suponía que no

había habido ningún superviviente. Se creía que los edur los habían matado a todos, ¿sabes? Era necesario creerlo.

—Me he perdido, Ahlrada Ahn —dijo Trull—. ¿De qué guerra estás hablando?

—Estoy hablando de la traición. Cuando los edur y los andii lucharon como aliados contra los k’chain che’malle. La traición, que no fue como la cuentan las historias edur. Los andii fueron los traicionados, no los edur. Scabandari Ojodesangre acuchilló a Silchas Ruina. Por la espalda. Todo lo que aprendiste de niño y has creído real hasta este día, Trull Sengar, era mentira. —Su sonrisa se hizo más fría todavía—. Y ahora me acusarás a mí de mentir.

—¿Los rosazules son tiste andii?

—La sangre está diluida, pero permanece.

Trull apartó la mirada una vez más. Tras unos minutos, asintió lentamente para sí.

—No veo razón, Ahlrada Ahn, para llamarte mentiroso. En realidad, tu versión tiene más sentido. Después de todo, si hubiéramos sido nosotros los traicionados, entonces deberíamos ser como los andii de hoy en día, meros restos de un pueblo vencido…

—No tan vencido como pensáis —dijo Ahlrada.

—¿No crees que Rosazul capitulará? ¿No es ya acaso un protectorado de los letherii? ¿Una nación de personas subyugadas?

—Llevan tiempo esperando esto, Trull Sengar. Después de todo, la verdad no se puede ocultar; una vez que los edur ocupen Rosazul, se descubrirá que su clase gobernante posee sangre andii.

—Es probable.

Se quedaron callados un momento, después habló Ahlrada Ahn.

—No siento un odio particular por ti, Trull Sengar. Mi odio es hacia todos los tiste edur.

—Entiendo.

—¿Entiendes? Mira los espectros de sombra. Los fantasmas que han estado atados a los edur y a los que se les obliga a librar esta guerra. A encontrar el olvido bajo espadas de acero letherii, el hierro fatal contra el que no tienen defensa alguna. Son tiste andii, espíritus de los que cayeron en esa traición, hace mucho tiempo.

El demonio, Lila, habló entonces.

—Es cierto, Trull Sengar. Los espectros están obligados, tanto como lo estamos los kenyll'rah. No son vuestros ancestros.

—Ante todo esto —dijo Trull—, yo no puedo hacer nada.

Se alejó sin una palabra más. Atravesó todo el campamento, evitado con destreza por todos, el camino aparecía ante él desprovisto de obstáculos, como si fuera obra de hechicería. Trull no era inmune al pesar. Le hubiera gustado haber podido retirar el momento en el que había perdido el control, en el que su indignación se había abierto paso. La mujer tenía razón, supuso. A los edur heridos había que curarlos antes que a nadie. No había tiempo para demonios. No debería haberla golpeado.

A nadie le importaban sus razones. La acción era inexcusable, tan sencillo como eso.

Se acercó a la tienda de mando.

Y advirtió que habían llegado los jinetes que había visto antes en el camino. Entre ellos, Uruth, su madre.

Estaba de pie, junto a su caballo.

Temor salió de la tienda y se acercó a ella.

Uruth estaba hablando cuando Trull llegó.

—... apenas puedo tenerme en pie. Si escaseara la comida en nuestra marcha al sur, permíteme ser la primera

en sugerir que matemos a los caballos. —Notó la presencia de Trull y se dirigió a él—. Has cometido terribles errores, hijo mío. No obstante, no toleraremos esa reacción desmedida por parte de las mujeres de este campamento. Soy yo quien debe castigarte, no ellas. —Volvió a mirar a Temor—. ¿Es que los guerreros no son más que niños? ¿Manos sucias en las faldas de sus madres? ¿Reveló acaso tu hermano Trull cobardía en el campo de batalla?

—No —respondió Temor—, nadie puso en duda su valor…

—Para ti y tus guerreros, Temor, nada más ha de prevalecer. Esperaba otra cosa de ti, mi primogénito. Tu hermano buscaba la sanación de un camarada caído…

—Un demonio…

—¿Y los demonios no lucharon en el fuerte Alto? ¿No dieron muchos de ellos sus vidas por la victoria? Las sanadoras han de acceder a los deseos de los guerreros tras una batalla. No han de juzgar quién es digno de sanar. Si hubiera estado yo allí, bien es posible que yo misma la hubiera golpeado por su insolencia. ¿Es que cada mujer edur asumirá ahora los defectos de nuestra emperatriz Mayen? No si yo tengo algo que decir en este asunto. Y ahora, Temor, corregirás la actitud de tus guerreros. Les recordarás las hazañas de Trull durante el viaje para recuperar la espada del emperador. Les dirás que recuerden que fue él el que trajo la noticia del agosto letherii de las focas de colmillos. Y lo que es más importante, Temor, no le darás la espalda a tu hermano. ¿Recusas mis palabras?

Pareció que un peso inmenso se alzaba de la espalda de Temor cuando se irguió con una sonrisa irónica.

—No me atrevería —dijo.

Trull vaciló un instante pero luego habló.

—Madre, Temor se encolerizó conmigo porque no estoy de acuerdo con la necesidad de esta guerra. He sido

descuidado a la hora de expresar mis objeciones…

—Una crisis de lealtad hacia el emperador es algo peligroso —dijo Uruth—. Temor tenía razón al enfadarse, y tampoco me complacen tus palabras. Solo el emperador tiene el poder de detener esta conquista y no lo hará. Ni Temor ni yo, ni nadie, Trull, podemos responder a tus dudas. ¿No lo ves? Solo Rhulad, y él no está aquí.

—Entiendo —dijo Trull. Después miró a Temor—. Hermano, me disculpo. Me guardaré mis palabras para Rhulad…

—A él no le interesa oírlas —dijo Temor.

—No obstante.

Se estudiaron el uno al otro.

Uruth suspiró.

—Ya basta. Trull, ¿es ese el demonio en cuestión?

Trull se giró hacia donde se encontraba Lila, cinco pasos más atrás.

—Sí.

Su madre se acercó al demonio.

—Kenyll’rah, ¿los tuyos todavía os gobiernan en vuestro reino natal?

Un asentimiento deferente.

—Los tiranos permanecen, señora, pues la guerra continúa.

—Sin embargo, tú no eras soldado.

Lila se encogió de hombros.

—Hasta los kenryll’ah han de comer, señora.

—Encontramos pocos soldados entre los que invocamos —dijo Uruth.

—Estamos perdiendo la guerra. Cuatro de las torres kenryll’ah han caído. Se han visto barcos korvalahrai río Chirahd arriba.

—Debo irme para reunirme con el emperador mañana por la mañana —dijo Uruth—. Lo que solo nos deja esta noche.

—¿Para qué? —preguntó Trull.

—Una conversación con un tirano kenryll'ah —respondió ella con la mirada todavía puesta en el demonio—. Quizá haya llegado el momento de una alianza formal.

Lila habló.

—No están contentos con vuestros robos, tiste edur.

Uruth se dio la vuelta.

—Eres un campesino, demonio. Lo único que necesito de ti es el camino para entrar en tu reino. Guárdate tus opiniones para ti.

Trull observó a su madre meterse en la tienda de mando. Miró a Temor y vio que su hermano había clavado los ojos en él.

—¿Has venido aquí para hablarme de algo?

Trull vaciló.

—Mis guerreros están a punto de acudir a ti en busca de un nuevo comandante —dijo después—. Me pareció que podía anticiparme a ellos y dimitir.

Temor sonrió.

—«Dimitir». Supongo que ya somos un ejército de verdad. Como los letherii. Sargentos, tenientes, capitanes.

—Y comandantes.

—No habrá dimisiones, Trull.

—Muy bien. Puedes esperar que Canarth solicite pronto una audiencia.

—Y la tendrá, aunque no se irá complacido. —Temor se acercó un poco más a su hermano—. Pronto nos uniremos a nuestros hermanos. Sé que tendrás cosas que querrás decirle a Rhulad. Ten cuidado, Trull. Nada es como era. Nuestro pueblo ha cambiado.

—Eso ya lo veo, Temor.

—Quizá, pero no lo entiendes.

—¿Y tú sí? —lo retó Trull.

Temor se encogió de hombros y no respondió. Un momento después, regresó a su tienda de mando.

—Tu madre —dijo Lila— podría jugar a un juego peligroso.

—Este es el juego del emperador, Lila —dijo Trull, y miró al demonio—. ¿Tu pueblo se encuentra en guerra en tu reino natal?

—Yo solo arrojo las redes.

—Sin embargo, si surgiera la necesidad, tus amos tiranos podrían reclutarte para el servicio militar.

—Los kenryll'ah llevan mucho tiempo gobernando, Trull Sengar. Y se han hecho débiles y complacientes. Son incapaces de ver su propia desaparición inminente. Siempre es así, esa ceguera. No importa lo larga y perfecta que sea la sucesión de imperios y civilizaciones caídas y plasmadas en el pasado, se sigue creyendo que la propia vivirá para siempre y no está sujeta a las reglas indómitas de la disolución que atan a toda la naturaleza. —Los ojos pequeños y tranquilos del demonio miraban con firmeza a Trull desde su altura—. Yo solo arrojo redes. Los tiranos y los emperadores surgen y caen. Las civilizaciones prosperan y luego mueren, pero siempre hay quien arroja las redes. Y quien cultiva la tierra y cuida los rebaños en los pastos. En nosotros comienza la civilización y cuando termina, allí estamos para empezar otra vez.

Un discurso curioso, reflexionó Trull. La sabiduría de los campesinos pocas veces se articulaba de un modo tan claro. Con todo, las verdades pronunciadas eran innumerables.

—A menos, Lila, que todos los pescadores, los agricultores y los pastores estén muertos.

—No hablaba de nosotros, Trull, sino de nuestras tareas. Kenyll'rah, edur, letherii, las personas no son eternas. Solo

las tareas.

—A menos que todo esté muerto.

—La vida regresará, al final. Siempre lo hace. Si el agua está sucia, encontrará nueva agua.

—Mi madre dijo que te utilizaría para crear un camino —dijo Trull—. ¿Cómo lo hará?

—Seré sacrificado. Mi sangre será el camino.

—No hice que te sanaran solo para que te sacrificaran después, Lila.

—No hay nada que tú puedas hacer, Trull Sengar.

—Tiene que haberlo. ¿No hay forma de dejarte libre?

El demonio se quedó callado un momento, después habló.

—Tu sangre puede crear un nuevo vínculo. Entre tú y yo, con exclusión de todo lo demás. Entonces podrías mandarme.

—¿Para decirte qué? ¿Que regreses a tu reino?

—Sí.

—¿Y podrían invocarte después otra vez?

—Solo podrías hacerlo tú, Trull Sengar.

—¿Me tendrías como amo, Lila?

—La alternativa es la muerte.

—Que antes dijiste que preferirías a la esclavitud.

—A luchar en esta guerra y morir, sí.

—Pero regresar a tu casa…

—Eso es preferible a todo lo demás, Trull Sengar.

El tiste edur sacó su cuchillo.

—¿Qué debo hacer?

Trull entró en la tienda de mando poco rato después. Encontró a Temor y Uruth en la cámara central.

—Madre.

Ella se volvió y frunció el ceño.

—¿Qué has hecho?

—He mandado marchar a mi demonio. Tendrás que buscarte otro.

La mirada de su madre se posó en la mano izquierda de Trull y se centró en el corte amplio y todavía sangrante que le cruzaba la palma.

—Ya veo. Dime, hijo, ¿es que tu terquedad nunca tendrá fin?

—Pagué un alto precio para salvar la vida de ese demonio.

—¿Y qué?

—Pretendías utilizarlo para crear tu sendero de entrada a su reino…

—¿Y?

—Para hacer eso, tendrías que sacrificarlo…

—¿El demonio te dijo eso? Mintió, Trull. De hecho, al matarlo habría cercenado el vínculo con su mundo. Te engañó, hijo. Pero ahora estáis vinculados los dos. Puedes invocarlo de nuevo y castigarlo.

Trull ladeó la cabeza y después sonrió.

—¿Sabes, madre?, creo que, en su lugar, yo hubiera hecho igual. No, lo he enviado a casa y allí se quedará.

—Donde es muy posible que se encuentre luchando en otra guerra.

—No soy yo quien ha de decidir eso —dijo Trull con un encogimiento de hombros.

—Eres difícil de entender —dijo Uruth—, y el esfuerzo me cansa.

—Lo siento —dijo Trull—. Esta alianza que intentarás crear con los tiranos demoníacos, ¿qué quiere sacar el emperador de ella? ¿Qué va a ofrecer Rhulad a cambio?

—¿De veras te interesa, hijo?

—Sí.

Uruth le lanzó a Temor una mirada y después suspiró.

—Los korvalahrai son navegantes. Están entrando en las tierras kenryll'ah a través de un río inmenso y en estos momentos se acercan a su corazón en una flota que transporta a todos los korvalahrai. El poder de Rhulad es tal que puede desviar ese río, por un tiempo. La flota invasora será destruida en la conflagración. Así servirá también a las necesidades edur. A cambio, nos conceden más demonios para nuestra guerra, quizá un kenryll'ah menor o dos, que están mucho más versados en las artes de la batalla que sus súbditos, los kenyll'rah. —Se volvió hacia Temor—. Necesitaré otro demonio.

—Muy bien.

—Y luego, un lugar en soledad.

Temor asintió.

—Trull, regresa con tu compañía.

Mientras regresaba al lugar donde estaban acampados sus guerreros, Trull se encontró sonriendo. El placer de Lila, momentos antes de desvanecerse, había sido infantil. Pero la mente del demonio no era tan simple. Debía de saber que existía el riesgo de que, al descubrir el engaño, Trull lo volviera a invocar en un ataque de ira y le infligiera un castigo terrible. Por algún motivo, Lila había llegado a la conclusión de que tal acto no era probable.

Mi debilidad, tan clara y obvia que hasta un demonio podía verla.

Quizá él no fuera guerrero, después de todo. No era un seguidor de órdenes, capaz de bloquear todo pensamiento innecesario para servir a la causa. Ni tampoco un líder que

se ponía en cabeza, con la certeza como un fuego cegador que los arrastraba a todos con él.

Y lo que era peor, sospechaba de la transformación de Rhulad. Temor, en su juventud, no había mostrado la arrogancia y pavoneos de Rhulad, sus poses y posturas, todo lo cual bien podría ser propio de un caudillo, pero no del modo en que Temor guiaba a los suyos. En Rhulad todo eran bravatas mientras que en Temor era confianza serena y Trull no estaba seguro de que ese rasgo esencial de su carácter hubiera cambiado en Rhulad.

Este no es mi sitio.

Darse cuenta de eso lo sorprendió y ralentizó sus pasos. Miró a su alrededor y se sintió perdido de repente. Allí, en medio de su propio pueblo.

Los tiste edur han cambiado. Pero yo no.

Al sur, al otro lado de la región conocida como la Ringlera, un monte bajo deforestado que en otro tiempo había formado parte del bosque Clamor, más allá de la ciudad quemada de Asedio y sobre el ascendente camino del Vigía, que se encaramaba poco a poco a las colinas de la Subida del Vigía. Tres días para cruzar las viejas colinas, una cordillera que las cabras salvajes habían despojado por completo de vegetación, y subir al camino del Foso. Para marchar luego al noroeste junto a las orillas del río Musgo rumbo a la ciudad que lo vadea, Nervadura.

Las fuerzas letherii que iban en retirada habían arrasado el campo antes de que llegara el emperador y su ejército. Los alijos militares de comida y material que conocía Casco Beddict estaban todos vacíos. Si no hubiera sido por los espectros de sombra, abastecer al ejército tiste edur habría resultado imposible y la invasión se habría frenado.

Inaceptable, había decidido Rhulad. El enemigo se estaba tambaleando. Era necesario mantenerlo así.

Udinaas recordó haber comido anguila ahumada del río Musgo una vez, cuando el barco mercante había atracado en Dresh. Deliciosa, una vez te acostumbrabas a la piel peluda, que había que masticar pero no tragar. Desde entonces le había oído a otro esclavo que las anguilas se habían trasplantado al lago Dresh y que habían producido una variedad más grande y más desagradable. Resultó que las anguilas capturadas en el río Musgo eran alevines y pocas llegaban a la edad adulta, dado que en el río residía una especie de pez depredador con mandíbulas como cuchillas. Peces que no había en el lago Dresh. Empezaron a desaparecer nadadores adolescentes de Dresh antes de que se dieran cuenta de que las responsables eran las anguilas adultas. Sacaron del río peces con mandíbulas de cuchilla y se echaron al lago, pero su comportamiento cambió y se convirtieron en comedores compulsivos. Empezaron a desaparecer nadadores adultos de Dresh. El esclavo que le había contado todo eso se había echado a reír y había terminado diciendo: «Así que envenenaron el lago entero, lo mataron todo. ¡Y ahora nadie puede nadar en él!».

De ello, imaginaba Udinaas, se podían extraer varias lecciones, si uno tuviera la inclinación de sacar lecciones de una sarta de estupideces.

Habían acampado en el camino, a un día de marcha al oeste de Nervadura. El emperador sufría una especie de fiebre. Las sanadoras lo atendían y lo último que Udinaas había oído era que Rhulad estaba durmiendo. Caía la tarde y la luz del sol estaba pintando la superficie del río de rojo y dorado.

Udinaas caminó por el paseo de piedra, iba tirando rocas al agua de vez en cuando para hacer mil pedazos aquellos

tonos chillones. En ese momento no se sentía esclavo, ni endeudado. Marchaba a la sombra del emperador, para que todos lo vieran, para que todos se maravillaran.

Oyó botas que crujían en los guijarros y se volvió. Casco Beddict bajaba al paseo. Un hombre grande en el que todos los gigantescos músculos parecían cavilar. También en sus ojos había una fiebre, pero al contrario que con Rhulad, el calor no tenía nada que ver con la enfermedad.

—Udinaas.

El esclavo observó acercarse al hombre y luchó contra el impulso instintivo que lo obligaba a ser deferente. Después de todo, ese momento ya había pasado. Solo que no estaba seguro qué era lo que correspondía en su lugar.

—Te estaba buscando.

—¿Por qué?

—El estado del emperador…

Udinaas se encogió de hombros.

—Una fiebre de los páramos, nada más…

—No estaba hablando de eso, esclavo.

—No soy tu esclavo, Casco Beddict.

—Lo siento. Tienes razón.

Udinaas cogió otra piedra. Limpió la tierra del lado inferior antes de arrojarla al agua. La observaron caer con un chapoteo y después Udinaas habló.

—Comprendo tu necesidad de distinguirte de los otros letherii que marchan con este ejército. Con todo, todos estamos atados a la servidumbre, y sus varios matices ya no son tan relevantes como lo fueron antaño.

—Quizá tengas razón, Udinaas, pero no termino de entender adónde quieres llegar.

El esclavo se limpió la suciedad de las manos.

—¿Quién mejor para enseñar a los letherii recién conquistados que los primeros esclavos letherii de los edur?

—¿Anticipas entonces un nuevo estatus para ti y tus compañeros de esclavitud?

—Quizá. ¿Cómo van a gobernar los tiste edur? Todavía quedan muchas preguntas sin respuesta, Casco Beddict. Supongo que pretendes implicarte en esa reforma concreta, si puedes.

La sonrisa del hombre fue amarga.

—Parece que he de tener poco o ningún papel en muchas cosas, Udinaas.

—Entonces que el Errante te mire con misericordia —dijo Udinaas.

—No me sorprende que lo veas de ese modo.

—Es una pérdida de tiempo, Casco Beddict, elaborar planes intrincados para la restauración. Lo que hiciste en el pasado, todo lo que hiciste en el pasado, los errores, las malas decisiones, están todos muertos, para todos salvo para ti. Nada de ello te ha granjeado un derecho futuro a la gloria, no te has ganado nada con ello.

—¿Acaso no ha escuchado el emperador mi consejo?

—¿En esta guerra? Cuando le convenía. Pero confío en que no esperes ninguna consideración a cambio. —Udinaas se volvió y se encontró con los ojos de Casco—. Ah, me parece que la esperas.

—Reciprocidad, Udinaas. Seguro que eso lo entienden los tiste edur, puesto que tan esencial es en su cultura.

—No hay reciprocidad cuando esperas algo, Casco Beddict. ¡Puf! Se desvanece. Y eso era justo a lo que me refería: hay muchas cosas que podemos enseñar a los futuros letherii conquistados.

—Tengo un lazo de sangre con Binadas —dijo Casco—, pero tú me acusas de ser insensible a las costumbres de los tiste edur. —Su expresión era irónica—. No es frecuente que me riñan por eso. Me recuerdas a Seren Pedac.

—¿La corifeo que os escoltó? La vi, en Trate.

Casco se acercó, más interesado de repente.

—¿Durante la batalla?

Udinaas asintió.

—Estaba en mal estado, pero viva. Se había hecho con una escolta más que digna, no me cabe duda de que sigue viva.

—¿Una escolta propia? ¿Quién?

—No estoy seguro. Extranjeros. Uno de ellos mató a Rhulad y a sus hermanos elegidos. —Udinaas cogió otra piedra—. Mira eso, Casco Beddict, un río de oro. Que fluye hacia el atardecer. —Arrojó la piedra y rompió la perfección espejada. Por un momento.

—Tú presenciaste esa muerte.

—Sí. Fuera quien fuera ese extranjero, era aterrador.

—¿Mas aterrador que el regreso de Rhulad?

Udinaas no dijo nada durante un rato, después se apartó y bajó a la orilla del agua. Se quedó mirando los bajíos y vio el fondo embarrado plagado de anguilas recién nacidas.

—¿Sabes lo que se avecina, Casco Beddict?

—No. ¿Y tú?

—El lago Dresh. Eso es lo que se avecina.

—No entiendo.

—No importa. No me hagas caso, Casco Beddict. Bueno, será mejor que vuelva. El emperador está despierto.

Casco lo siguió por el paseo.

—Esas cosas —dijo—. Que está despierto. ¿Cómo lo sabes?

—Una agitación en las sombras —dijo Udinaas—. Rhulad hace temblar el mundo. Bueno —se corrigió—, una pequeña parte de él. Pero está creciendo. En cualquier caso, la fiebre le ha bajado. Está débil pero alerta.

—Háblame de Bruja de la Pluma —dijo Casco cuando entraron en el inmenso campamento.

Udinaas hizo una mueca.

—¿Por qué?

—Ya no es esclava de Mayen. Ahora sirve a las sanadoras edur. ¿Fue obra tuya?

—Orden del emperador, Casco Beddict.

—¿Y tú afirmas no tener influencia sobre él? Ahora mismo pocos te creerían.

—Reciprocidad.

—Y, a cambio, ¿tú qué le das a Rhulad?

Amistad.

—Yo no le aconsejo, Casco Beddict. No intento influir en él. No puedo responder a tu pregunta. —*O más bien, no quiero.*

—Ella finge albergar solo odio por ti, Udinaas. Pero yo no estoy convencido.

—Oh, yo sí.

—Creo que quizá te haya entregado su corazón. Pero quiere luchar contra ello, por todas las absurdas prohibiciones y prejuicios de nuestro pueblo. ¿Cuál es el alcance de tu deuda, Udinaas?

—¿Mi deuda? La deuda de mi padre. Setecientos veintidós diques, desde el día que me tomaron como esclavo.

Casco estiró un brazo y lo detuvo.

—¿Eso es todo?

—A un Beddict puede que le parezca poco. Para la mayor parte de los letherii es una cantidad imposible de reunir. Sobre todo dados los intereses. —Udinaas continuó caminando.

Casco lo alcanzó y continuó a su lado.

—¿Con quién es la deuda?

—Un prestamista menor de Letheras. ¿Por qué lo preguntas?

—¿El nombre del prestamista?

—Huldo.

—Huldo. —Tras un momento, Casco lanzó un bufido.

—¿Lo encuentras gracioso?

—Pues sí. Udinaas, mi hermano Tehol es el dueño de Huldo.

—Quizá antaño. Que yo sepa, Tehol ahora ya no es dueño de nada.

—Déjame contarte una historia sobre mi hermano. Tendría, creo yo, unos diez años, cuando un prestamista especialmente poco escrupuloso adquirió una deuda de la familia. El plan era obligarnos a renunciar a cierta propiedad, así que se reclamó la deuda. No podíamos pagar, no todo a la vez, y, por supuesto, el prestamista lo sabía. Bien, en ese momento todos supusimos que, durante esta crisis, Tehol se pasaba el día en la escuela y que, de hecho, por lo pequeño que era, no tenía ni idea del problema que tenían nuestros padres. Solo mucho más tarde salieron a la luz ciertos hechos. El caso fue que Tehol había logrado con artificios varios que su tutor estuviera en deuda con él. Nada excesivo, pero pudo obligar a su tutor a que no dijera nada de sus ausencias mientras él operaba una empresa propia en uno de los desagües del río. Dos empleados, ambos nerek, filtraban la basura. Este desagüe en concreto manaba de un distrito de haciendas y eran extraordinarios los tesoros que se podían recuperar. Joyas sobre todo. Anillos, pendientes, perlas. En cualquier caso, al parecer hubo un golpe de suerte, un collar, y el resultado fue que Tehol y sus dos empleados nerek se encontraron de repente nadando en la abundancia…

—¿Al vender el collar?

—Oh, no, por la recompensa. Su negocio era devolver los artículos perdidos. Muy poco después, el prestamista que presionaba a nuestra familia recibió el pago completo de nuestra deuda, y a continuación lo destriparon a él en el plano financiero cuando le reclamaron una serie de activos.

Udinaas lanzó un gruñido.

—Clientes agradecidos, sin duda.

—Es probable. Nunca lo supimos. Y Tehol nunca dio ni una maldita explicación. Me llevó más de un año reunir ciertas piezas. Lo que intento decir, Udinaas, es que el genio de Tehol es de los diabólicos. ¿En la miseria? De eso nada. ¿Retirado de los negocios? Imposible. He adquirido bastante habilidad a la hora de rastrear los pasos de mi hermano, ¿sabes? Huldo no es el único prestamista que está en manos de Tehol.

—Así pues —dijo Udinaas cuando se acercaban a la tienda del emperador—, estoy endeudado con los Beddict.

—Ya no —dijo Casco—. Te libero de esa deuda. Ahora mismo. Estoy seguro de que Tehol me perdonará, suponiendo que llegue a tener la posibilidad de acorralarlo.

Udinaas miró al hombre de arriba abajo. Después asintió.

—Ya veo. Reciprocidad.

—Carezco de expectativas, Udinaas.

—Bien. Sabía que aprendías rápido.

Casco Beddict se detuvo junto a la entrada.

—Ha sido un placer hablar contigo —dijo.

Udinaas dudó y después sonrió.

Sentado en su trono, el sudor chorreándole entre las monedas de oro y también por encima de las que le cubrían la cara, el cuello y el pecho, una nueva percepción terrible

ardía en sus ojos, el emperador temblaba como si estuviera rabioso.

—Udinaas —dijo con voz ronca—. Como ves, estamos bien.

—Estas tierras del sur, emperador, albergan enfermedades extrañas…

—No estábamos enfermos. Estábamos… viajando.

Se hallaban solos en la cámara. Hannan Mosag estaba supervisando a los guerreros, antiguos feudos entre tribus amenazaban con romper la unidad. Mayen se encontraba enclaustrada entre las mujeres, pues se decía que Uruth Sengar estaba de camino, llamada a través de los k'risnan. El aire de la tienda olía a sudor acre.

—Un viaje largo y difícil, entonces —dijo Udinaas—. ¿Deseáis un poco de vino? ¿Algo de comer?

—No. Todavía no. Hemos… hecho algo. Algo terrible. Para lograr una alianza. Cuando golpeemos al ejército letherii a las afueras de Letheras, verás lo que se ha obtenido en este día. Estamos… satisfechos. Sí, satisfechos.

—Pero asustado. Por vuestro propio poder.

Los ojos parpadearon y se clavaron en Udinaas.

—Podemos ocultarte muy poco, al parecer. Sí, asustado. Nos… yo… he ahogado un mundo entero. Un fragmento de Kurald Emurlahn sobre el que nuestros barcos no tardarán en navegar. En busca de nuestros parientes perdidos. Y… de paladines. —El emperador se arañó la cara—. ¡He ahogado un mundo!

Había que desviar el tema, decidió Udinaas.

—¿Paladines? No entiendo, emperador.

Un momento para recuperarse y después un asentimiento.

—Enemigos dignos, Udinaas. Luchadores hábiles capaces de matarnos. Son necesarios.

—Para que vuestro poder se refuerce todavía más.

—Sí. Más fuerte. Es necesario. Tantas cosas son ahora necesarias…

Udinaas se arriesgó a apartar la mirada cuando habló.

—Está bien, entonces, tener miedo, emperador.

—¿Lo está? Explícate.

—El miedo indica sabiduría. Reconocimiento de la responsabilidad.

—Sabiduría. Sí, tiene que ser eso, ¿verdad? No nos habíamos planteado eso antes. Tememos, porque nos estamos haciendo sabios.

Oh, pobre muchacho. ¿Cómo puedo hacerle esto?

—¿Cómo incitaréis a esos… paladines?

Rhulad se estremeció y después levantó la espada con la mano derecha.

—¿Quién entre ellos le dará la espalda a semejante desafío? Con los que lo hagan no merece la pena luchar. O, si aun así se resisten, se les obligará. Este mundo es inmenso, Udinaas, mucho más inmenso de lo que tú crees. Hay otras tierras, otros imperios. Hay pueblos y razas formidables. Buscaremos lejos. Encontraremos los que nos sean útiles. Y luego, un día, conquistaremos. Cada reino. Cada continente.

—Tendréis que engañar a esos paladines, emperador. Para que crean que mataros significa la victoria para ellos. Tendréis que hacer que parezca que es vuestro ego imperial el que fuerza esos retos. No deben saber nada del poder de la espada o de lo que os exige a vos.

—Sí, estás en lo cierto, Udinaas. Juntos daremos forma al futuro. No carecerás de nada.

—Emperador, no carezco de nada ahora. No necesito promesas. Por favor, no pretendía ofender al decir eso. Lo que quería decir era que no hay necesidad de promesas.

Un dolor repentino en los ojos oscuros de Rhulad, una angustia y una pena que partían las entrañas de Udinaas, en lo más hondo. Necesitó de todas sus fuerzas para seguir sosteniendo la mirada del emperador.

—Nos gustaría tomar un poco de vino ahora, Udinaas. —Un tono de profunda tristeza—. Dos copas, para ti y para mí. Beberemos y no pensaremos en nada. Hablaremos, quizá, de temas sin importancia.

Udinaas se acercó a la mesa donde esperaba una jarra de vino letherii.

—Visité Dresh una vez —dijo mientras servía dos copas hasta arriba—. Y comí anguila ahumada del río Musgo. ¿Os gustaría que os hablara de las anguilas del río Musgo, emperador? —Llevó las dos copas hasta el edur sentado en el trono.

—¿Un tema intrascendente?

Udinaas vaciló y después asintió.

—Así es.

—Entonces, sí, Udinaas. Nos gustaría.

Seren Pedac y los guardias carmesíes cabalgaban a medio galope. A media legua tenían la ciudad de Disidencia. Antaño estuvo amurallada, pero los constructores locales habían desmantelado buena parte de la obra en piedra mucho tiempo atrás. Desde entonces la ciudad había ido creciendo en un caos absoluto, hasta tragarse terrenos vecinales y granjas cercanas. Pero en ese momento Disidencia apenas era visible, devorada a su vez por al menos tres ejércitos acampados.

—La brigada Rampante Carmesí —dijo Seren mientras examinaba los estandartes lejanos—. El batallón Cinturón de Serpiente y la brigada Hendida.

—¿Podemos seguir sin detenernos? —preguntó Barras de Hierro.

Seren lo miró y después asintió.

—Creo que sí. Disculpa. Estoy un poco conmocionada, eso es todo. Si esto es cuanto queda de los ejércitos fronterizos…

—El terreno que hay por delante no es ideal para una batalla —opinó el juramentado—. Me sorprendería que el rey pretendiera esperar a los edur aquí. ¿Se te ocurre algún lugar cercano que sea más apropiado?

—El torreón Brans, en las colinas, a unas leguas al nordeste de Disidencia.

—¿Y Disidencia es la ciudad importante más cercana?

—Aparte de la propia Letheras —dijo Seren.

—Entonces este es un campamento temporal. Cuando los tiste edur se acerquen, esos tres ejércitos marcharán al torreón Brans. Suponiendo que el caudillo que los comanda albergue algo de sentido común. En cualquier caso, corifeo, otras fuerzas letherii podrían estar esperando ya allí, en el torreón Brans. Conservar estas fuerzas aquí es una cuestión logística.

—Espero que tengas razón. Claro que, me pregunto si al final importará algo.

—Estamos lejos del mar, Seren —dijo Barras de Hierro—. Ese demonio que los edur han encadenado no puede llegar aquí, y eso iguala un poco las cosas.

Buen intento, Barras de Hierro.

—Un día más hasta torre Exterior, y después deberíamos llegar a Letheras al día siguiente, mucho antes de que anochezca.

—¿Podríamos apresurarnos más, corifeo? Esos soldados acampados ahí, ¿estarían, quizá, dispuestos a intercambiar caballos?

—Si yo insisto, sí.

—Basándote en tu deseo de hablar con el rey.

—Sí.

—¿Y lo harás? Me refiero a hablar con el rey.

—No.

El guerrero no dijo nada por un momento mientras ella esperaba.

—Y en Letheras, ¿qué harás una vez llegues? —dijo después.

—Supongo que tendré que hacer un poco de limpieza.

—¿Perdón?

—Tengo la casa cerrada. No he tenido oportunidad de enviar un mensaje a mi personal… a los dos que tengo.

—Eso no parece muy seguro, nadie que proteja tus posesiones.

Seren sonrió.

—No tengo nada de valor, Barras de Hierro. Los ladrones se lo pueden quedar. Bueno, preferiría que me dejaran los muebles; supongo que mis vecinos son lo bastante diligentes como para evitar algo parecido.

El juramentado se quedó mirando el camino por un instante.

—Habremos de abandonar tu compañía entonces, corifeo. Para ponernos en contacto con nuestro nuevo jefe. Deduzco que zarparemos no mucho después.

Antes de que ocupen y sellen la ciudad.

—Me imagino.

—Podría haber sitio a bordo…

—Soy letherii, Barras de Hierro. —Seren sacudió la cabeza—. He terminado con los viajes por un tiempo, me parece.

—Comprensible. En cualquier caso, la oferta sigue en pie.

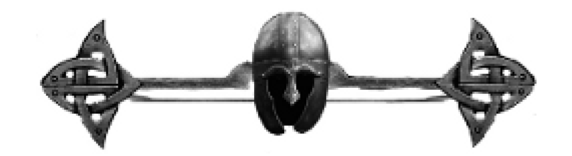
—Gracias. —*Y ya empiezo a correr otra vez.*

—Cuidado con eso, muchacha. Mockra es peligroso cuando no lo controlas —exclamó Corlo, que cabalgaba tras ellos.

El juramentado volvió la cabeza y la estudió.

La corifeo se encogió de hombros.

22



Un anciano salió de la zanja, una criatura
de barro y salvajes vientos otoñales que brincaba
como una liebre por el campo repleto de peñascos,
atraviesa
y surca la quietud del tiempo desquiciado
que se extiende paciente y sin esperanzas en el
lugar donde la batalla yace agotada, inmóvil y
nunca jamás moviendo cuerpos esparcidos y
retorcidos por la muerte como idiomas perdidos que
rastrean,
contorsionados glifos en la puerta de un túmulo, y él
leyó bien las secuelas, la desarticulada escritura,
hendidas y disolutas las columnas del yo caídas,
como torres de termitas todas derramadas alrededor
de sus
danzarines pies, y él gritó en jubilosa
revelación la verdad que había hallado en estos
encarnados pronunciamientos. «¡Hay paz!»,
chilló. «¡Hay paz!», y fue.
Cosa no poco difícil, desde donde yo aguardaba
montado
sobre el caballo escarchado de sal, levantar la
ballesta,
apuntar y soltar el cuadrillo, que ensartó al loco
contra su proclama. «Ahora», dije yo en el
silencio que siguió. «Ahora hay paz».

La trova de Despellejador
Pescador Kel'Tath

En colinas opuestas, las ruinas humeantes del primer tramo de la llanura baja y plana que había entre ellas, los dos ejércitos de los tiste edur se vieron al fin. Los espectros se arremolinaron entre las cenizas, las armas se levantaron al cielo y los gritos triunfantes hendieron el aire quieto de la mañana.

La convergencia fue, por supuesto, incompleta. La tercera fuerza, la más oriental, liderada por Tomad Sengar y Binadas, todavía estaba bajando hacia el sur por el camino de los Mapas, rumbo a Punta Blanca. Trull sabía que se reuniría con los otros dos ejércitos cerca del torreón Brans y allí la suerte de Lether, y, de hecho, de todo el imperio edur, se decidiría en una única batalla.

Permanecía apoyado en su lanza, sin sentir inclinación alguna por unir su voz al fiero tumulto que lo golpeaba por todos lados. Justo al norte de las ruinas de la llanura inferior, un centenar o más de estorninos hacían cabriolas y daban volteretas, sus gritos ahogados, un detalle que de algún modo transformaba su baile en un despliegue enfebrecido de pesadilla.

En la lejana línea de guerreros de enfrente quedó un espacio, un único estandarte dominante se adelantó meciéndose y bajo él, una figura que destellaba dorada alzó una espada.

Los gritos de guerra se redoblaron.

Trull se encogió ante el sonido ensordecedor. Apartó la mirada de Rhulad en lo alto de la lejana colina y vio que Temor se acercaba.

—¡Trull! ¡B’nagga, tú y yo, los caballos nos aguardan, vamos a reunirnos con nuestro emperador!

Trull asintió, incómodo con la ferocidad patente en los ojos de Temor.

—Guíanos, hermano.

Cruzar a caballo el ejército de Rhulad fue una experiencia extraña. A Trull no le gustaban mucho los caballos y montarlos le gustaba incluso menos. Sufría continuas sacudidas que agitaban la escena. Cruzaron el terreno quemado, restos de ganado masacrado que bordeaban los senderos de acceso a la ciudad. Y el rugido de los guerreros era una oleada a su espalda que los empujaba hacia delante.

Después, a medio camino, la sensación cambió, se tornó por completo cuando las voces de los guerreros del ejército del emperador los envolvieron. Los caballos se plantaron y les costó obligarlos a reanudar el paso.

Al trepar la colina, Trull empezó a ver mejor a su hermano Rhulad. Apenas se le reconocía, enorme bajo el peso de las monedas. Tenía la frente expuesta, revelaba una piel del color de la nieve sucia y el contraste le oscurecía las cuencas de los ojos. Enseñaba los dientes pero parecía tanto una mueca de dolor como cualquier otra cosa. Hannan Mosag se encontraba a la izquierda del emperador y el esclavo Udinaas, a la derecha. Casco Beddict se había colocado tres pasos por detrás del rey hechicero. A Mayen y Uruth no se las veía por ninguna parte.

Al llegar, detuvieron los caballos y desmontaron. Aparecieron esclavos para llevarse las monturas.

Temor se adelantó y se arrodilló delante del emperador. Al otro lado del valle, otra oleada de sonido.

—Hermano —dijo Rhulad con su voz ronca y quebrada—. Álzate ante nos. —El emperador se acercó y posó una mano recubierta de monedas en el hombro de Temor—. Es mucho lo que he de decirte, pero será más tarde.

—Como ordenéis, emperador.

Los ojos acosados de Rhulad se movieron.

—Trull.

Este se arrodilló y estudió el suelo ante él.

—Emperador.

—Álzate. También tenemos palabras para ti.

No me cabe duda.

—¿Madre llegó a salvo?

Un destello de irritación.

—Lo hizo. —Pareció que quería decirle algo más a Trull pero después cambió de opinión y miró a B'nagga—. ¿Los jheck están bien, B'nagga?

Una sonrisa fiera.

—Lo están, emperador.

—Nos complace. A Hannan Mosag le gustaría hablar contigo sobre la planificación inminente de la batalla. Se ha preparado una tienda para tales asuntos. Casco Beddict nos ha dibujado mapas detallados.

B'nagga se inclinó y después se acercó al rey hechicero. Los dos partieron, seguidos por Casco Beddict.

—Hermanos nuestros —dijo Rhulad, la espada le temblaba en la mano izquierda—. Venid, comeremos y beberemos en nuestra tienda. Udinaas, precédenos.

El esclavo se adentró en la masa de guerreros. Los edur se deshicieron al paso del anodino letherii y en su estela caminaron el emperador, Temor y Trull.

Llegaron a la tienda de mando muy poco después, tras atravesar una avenida amurallada de cuerpos, armas agitadas y gritos de guerra frenéticos. Unos espectros hacían guardia a ambos lados de la entrada. En cuanto el esclavo y los tres hermanos entraron, Rhulad se giró en redondo y detuvo a Trull con una mano.

—¿Hasta qué punto tienes intención de presionarme, Trull?

Este bajó la cabeza y miró la mano apretada contra su pecho.

—Me parece que eres tú el que hace toda la presión, Rhulad.

Un momento de silencio tenso, después su hermano lanzó una carcajada seca y se echó hacia atrás.

—Palabras del pasado, ¿no? Tal y como éramos antes… —un gesto de la espada—… de todo esto. —Su mirada desfigurada se clavó en Trull por un momento—. Te hemos echado de menos. —Le sonrió a Temor—. A los dos. ¡Udinaas, búscanos algo de vino!

—Una bebida letherii —dijo Temor.

—Es un gusto adquirido en los últimos tiempos, hermano.

Trull y Temor siguieron a Rhulad al aposento interior, donde el esclavo ya estaba sirviendo el vino oscuro en tres copas de oro y plata de manufactura letherii. Trull se sentía descolocado, la repentina brecha en la apariencia de Rhulad lo conmocionaba y hería en lo más hondo por razones que era incapaz de desentrañar de inmediato.

El emperador eludió el trono que dominaba el centro de la estancia y se acomodó en una silla de tres patas, recubierta de cuero, cerca de la mesa cargada de comida que había junto a una pared. Dos sillas idénticas lo flanqueaban. Rhulad hizo un gesto.

—Vamos, hermanos, sentaos con nos. Sabemos, entendemos bien, que parecía que todo lo que éramos no era más que cenizas y que habíamos, por desgracia, forzado el amor que compartíamos como hermanos.

Cuando se sentaron en las sillas bajas, Trull se dio cuenta de que hasta Temor estaba aturdido.

—No debemos huir de nuestros recuerdos —dijo Rhulad cuando Udinaas le llevó una copa—. La sangre de la familia no ha de arder siempre, hermanos. Debe haber momentos en los que solo nos… caliente.

Temor carraspeó.

—Os hemos… echado de menos también, emperador.

—¡Basta! Nada de títulos. Rhulad, así me llamó nuestro padre, como llamó a todos sus hijos, cada uno en su momento, eligiendo entre la multitud de ancestros del linaje Sengar. Es demasiado fácil olvidar.

Udinaas puso una copa en la mano de Temor. Los dedos se cerraron por voluntad propia.

Trull levantó la mirada cuando el esclavo se acercó a él con la última copa. Se encontró con los ojos del letherii y le sorprendió lo que vio en ellos. Extendió la mano y aceptó el vino.

—Gracias, Udinaas.

Un estremecimiento de Rhulad.

—Es mío —dijo con voz tensa.

Trull abrió mucho los ojos.

—Por supuesto, Rhulad.

—Bien. Sí. Temor, debo hablarte de Mayen.

Trull se apoyó en el respaldo con lentitud y estudió el vino que temblaba en la copa que tenía en las manos. La mirada del esclavo, el mensaje que parecía transmitir. *Todo va bien.*

—No la vi —se aventuró a decir Temor con tono vacilante — antes.

—No, ni a nuestra madre. Mayen no se encuentra muy bien últimamente. —Rhulad le lanzó a Temor una mirada nerviosa—. Lo siento, hermano. No debería haber… no debería haberlo hecho. Y ahora, bueno, verás… —Se terminó

el vino con un solo movimiento—. Udinaas, más. Díselo. Explícaselo, Udinaas, para que Temor lo entienda.

El esclavo volvió a llenar la copa y después retrocedió un paso.

—Está encinta —dijo mirando a Temor de frente—. Ya no cabe duda que su corazón le pertenece a usted. Rhulad lo habría querido de otro modo. Al principio, en cualquier caso. Pero ahora no. Él lo entiende. Pero el niño ha puesto las cosas difíciles. Las complica.

La copa que sostenía Temor no se había movido de forma visible, pero Trull se dio cuenta de que estaba a punto de derramarla, como si un entumecimiento le estuviera robando las fuerzas del brazo.

—Continúa —consiguió decir Temor.

—No hay precedentes, no hay reglas entre su pueblo —siguió Udinaas—. Rhulad renunciaría a su matrimonio con ella, desharía todo lo hecho. Pero en cuanto al niño, ¿lo entiende, Temor Sengar?

—Ese niño será el heredero…

Rhulad los interrumpió con una carcajada áspera.

—No habrá heredero, Temor. Jamás. ¿No lo ves? El trono será mi carga eterna.

Carga. Por las Hermanas, ¿qué te ha despertado, Rhulad? ¿Quién te ha despertado? Trull volvió de golpe la mirada a Udinaas y se tambaleó mentalmente al caer en la cuenta de súbito. ¿Udinaas? Este… ¿este esclavo?

Udinaas asentía, con los ojos todavía puestos en los de Temor.

—El guerrero que críe a ese niño será su padre, en todo salvo a la hora de darle nombre. No habrá ningún engaño. Todos lo sabrán. Si ha de haber un estigma…

—Seré yo quien me enfrente a él —dijo Temor—. Si decidiera ponerme al lado de Mayen, otrora esposa del

emperador, encinta de un hijo que no es mío para criarlo como primogénito de mi esposa.

—Es como dice, Temor Sengar —dijo Udinaas. Después retrocedió un paso.

Trull se irguió poco a poco, estiró una mano y le quitó con suavidad la copa a Temor. Sobresaltado, su hermano lo miró y después asintió.

—Rhulad, ¿qué dice madre de todo esto?

—Mayen ha estado castigándose con néctar blanco. No es nada fácil derrotar esa… dependencia. Uruth procura…

Un gemido suave de Temor cuando cerró los ojos.

Trull observó a Rhulad estirarse como si quisiera tocar a Temor, lo vio vacilar y después mirar a Trull.

Que asintió. *Sí. Ahora.*

Un roce momentáneo que pareció atravesar entero a Temor, que abrió los ojos de golpe.

—Hermano —dijo Rhulad—, lo siento.

Temor estudió la cara de su hermano menor antes de hablar.

—Todos lo sentimos, Rhulad. Por… tantas cosas. ¿Qué ha dicho Uruth del niño? ¿Está bien?

—Físicamente sí, pero sabe del apetito de su madre. Será… difícil. Lo sé, tú no te mereces esto, Temor…

—Quizá, Rhulad, pero aceptaré la carga. Por Mayen. Y por ti.

Nadie habló tras eso, no durante un tiempo. Bebieron su vino y le pareció a Trull que había algo presente, una parte de su vida que él había creído… no desaparecida mucho tiempo atrás sino inexistente ya en primer lugar. Permanecieron sentados, los tres. Hermanos y nada más.

La noche descendía en el exterior. Udinaas sirvió la comida y más vino todavía. Un tiempo después, Trull se levantó, el alcohol suavizaba los detalles, y vagó por los

aposentos de la tienda, su marcha apenas advertida por Rhulad y Temor.

En una pequeña habitación separada por lonas encontró a Udinaas.

El esclavo estaba sentado en un pequeño taburete tomando su propia cena. Levantó la mirada, sorprendido de la repentina aparición de Trull.

—Por favor —dijo Trull—, reanuda tu comida. Te la has ganado, Udinaas.

—¿Hay algo que desee de mí, Trull Sengar?

—No. Sí. ¿Qué has hecho?

El esclavo ladeó la cabeza.

—¿A qué se refiere?

—Con… él. ¿Qué has hecho, Udinaas?

—No mucho, Trull Sengar.

—No, necesito una respuesta. ¿Qué eres para él?

Udinaas dejó el plato y bebió un trago de vino.

—Un súbdito que no le teme, supongo.

—¿Eso es… todo? Espera, sí, entiendo. Pero entonces me pregunto por qué. ¿Por qué no le temes?

Udinaas suspiró y Trull se dio cuenta de lo agotado que estaba el esclavo.

—Ustedes, los edur, ustedes ven la espada. O el oro. Ven… el poder. Ese poder aterrador y brutal. —Se encogió de hombros—. Yo veo lo que le arrebata, lo que le cuesta a Rhulad. Soy letherii, después de todo —añadió con una mueca—. Entiendo el concepto de deuda. —Levantó la cabeza—. Trull Sengar, soy su amigo. Eso es todo.

Trull estudió al esclavo durante media docena de latidos.

—Nunca le traiciones, Udinaas. Nunca.

La mirada del letherii pareció escabullirse. Bebió más vino.

—Udinaas…

—Le he oído —dijo el hombre con voz chirriante.

Trull se dio la vuelta para irse. Después se detuvo y miró atrás.

—No deseo marcharme en estos términos. Así que, Udinaas, por lo que has hecho, por lo que le has dado, gracias.

El esclavo asintió sin levantar la vista. Después estiró la mano para recuperar su plato.

Trull regresó al aposento central y se encontró con que había llegado Hannan Mosag y estaba hablando con Rhulad.

—Casco cree que se encuentra en una ciudad, río abajo, a cierta distancia de aquí. Un día de viaje, quizá. Pero, emperador, un viaje necesario, no obstante.

Rhulad apartó los ojos y miró furioso la pared contraria.

—Los ejércitos deben continuar. Hasta el torreón Brans. Sin demoras ni desvíos. Yo iré, y Temor y Trull también. Casco Beddict, para guiarnos. Udinaas, por supuesto.

—Un k'risnan —dijo el rey hechicero— y nuestros nuevos aliados demoníacos, los dos kenryll'ah.

—Muy bien, ellos también. Nos reuniremos con vosotros en el torreón Brans.

—¿Qué es esto? —preguntó Trull—. ¿Qué ha pasado?

—Algo ha sido liberado —dijo Hannan Mosag—. Y hay que solucionarlo.

—¿Liberado por quién y con qué fin?

El rey hechicero se encogió de hombros.

—No sé quién fue el responsable. Pero supongo que lo liberaron para luchar contra nosotros.

—¿Un demonio de algún tipo?

—Sí. Solo puedo percibir su presencia, su voluntad. No puedo identificarlo. La ciudad se llama Brous.

Trull asintió poco a poco.

—Ojalá estuviera Binadas con nosotros —dijo.

Rhulad levantó la mirada.

—¿Por qué?

Trull sonrió y no dijo nada.

Tras un momento, Temor lanzó un gruñido y después asintió.

La sonrisa de Rhulad fue parecida a la de Trull.

—Sí —dijo—, ojalá estuviera aquí.

Hannan Mosag los miró a los tres, uno por uno.

—No entiendo.

La risa del emperador fue áspera, solo ligeramente amarga.

—Nos envías en otra búsqueda, rey hechicero.

Hannan Mosag empalideció de forma visible.

Al verlo, Rhulad se echó a reír de nuevo, esa vez de pura alegría.

Tras un momento, Temor y Trull se unieron a las carcajadas mientras Hannan Mosag se los quedaba mirando sin poder creérselo.

Habían bebido demasiado vino, se dijo Trull más tarde. Eso era todo. Demasiado vino.

Seren Pedac y los guardias carmesíes apartaron sus caballos del camino, cruzaron la zanja y se detuvieron al borde de un campo verde. La vanguardia del batallón de los Mercaderes había salido por las puertas de la ciudad y la corifeo pudo ver a la preda Unnutal Hebaz al frente, a lomos de un caballo gris azulado de crines blancas que agitaba la cabeza con irritación y cuyos cascos golpeaban el suelo con impaciencia.

—Si no tiene cuidado —comentó Barras de Hierro— esa bestia empezará a corcovear. Y ella se encontrará con el culo en el suelo en medio del camino.

—Ese sí que sería un mal presagio —dijo Seren.

Tras un momento, la preda consiguió calmar al caballo.

—He de entender que tenemos una buena espera por delante —comentó Barras de Hierro.

—El batallón del Rey y el batallón de los Mercaderes como mínimo. No sé qué otras fuerzas hay en Letheras. No creo que los batallones y las brigadas del sur hayan tenido tiempo para llegar aquí, lo cual es de lamentar. —Seren lo pensó un momento y después siguió—. Si cruzamos este campo, podemos tomar el camino del río y entrar por la puerta de los Pescadores. Significará cruzar dos tercios de la ciudad para llegar a mi casa pero para ti, juramentado, bueno, es de suponer que el barco en el que os habéis enrolado estará cerca.

Barras de Hierro se encogió de hombros.

—Te vamos a llevar hasta la puerta, corifeo.

—No es necesario…

—Con todo, eso es lo que tenemos intención de hacer.

—Entonces, si no te importa…

—La puerta de los Pescadores será. Tú delante, corifeo.

La retaguardia del batallón del Rey había girado en la explanada delante del Domicilio Eterno y en ese momento subía por la avenida del Séptimo Cierre. El rey Ezgara Diskanar, que lo había presenciado todo desde el balcón de la Primera Ala desde que despachara de forma oficial a la preda al amanecer, al fin se dio la vuelta y entró. La investidura estaba a punto de comenzar pero Brys Beddict sabía que tenía algo de tiempo antes de que se requiriera su presencia.

Cuatro de sus propios hombres estaban en el balcón con él. Brys le hizo un gesto a uno para que se acercara.

—Búsqueme un mensajero.

—Sí, señor.

Brys contempló la ciudad y esperó. El aire era opresivo, y era algo más que humedad y calor. Tras el paso de la retaguardia del batallón, pocos ciudadanos se aventuraron tras ellos. Para la batalla del torreón Brans todavía faltaban días, pero parecía que la mayor parte de los residentes de la ciudad, los que se habían quedado, habían decidido encerrarse en sus casas el mayor tiempo posible.

Llegó la mensajera, una mujer que había empleado con frecuencia y en la que sabía que podía confiar.

—Entréguele una misiva a mi hermano, Tehol, en su casa.

—¿Estará en su tejado?

—Eso supongo, y el mensaje es el siguiente: debe quedarse allí. Y ahora otro mensaje para el hermano Shavankrat que protege a Tehol. Un nombre. Gerun Eberict. Eso es todo.

—Sí, señor.

—Vaya, entonces.

La mujer se fue a toda prisa. Brys entró en el estrecho pasillo que seguía el curso de todo el ala por la segunda grada. Al otro extremo descendían unos escalones hasta una antecámara que formaba parte del complejo de la cúpula central. Allí encontró al finad Moroch Nevath, sentado en un banco de piedra.

—Brys, lo aguardaba.

—No demasiado, espero. ¿Qué desea de mí, finadd?

—¿Cree en los dioses?

Sorprendido, Brys se quedó callado un momento antes de contestar.

—Me temo que no veo la relevancia de esa pregunta.

Moroch Nevath metió la mano en una saquita que llevaba a la cadera y sacó una losa maltratada, como las que se

podían encontrar entre los lectores de mercado.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con Turudal Brizad?

—El primer consorte no está en palacio, en ninguno de los palacios, desde ayer —dijo Brys—. El primer eunuco Nifadas ha ordenado una búsqueda exhaustiva, y la conclusión ha sido que Turudal ha huido. No del todo sorprendente…

Moroch le tiró la losa. Brys la cogió por instinto con la mano izquierda. Bajó la cabeza y miró la placa de cerámica. Amarillenta por los bordes, con un encaje de grietas, la ilustración reducida a una serie de arañazos estilizados que Brys reconoció de todos modos.

—La losa del Errante. ¿Y qué, Moroch?

El soldado se levantó. Había perdido peso, notó Brys, y parecía haber envejecido diez años desde el día que se había unido a la delegación del tratado.

—Ha estado aquí. Todo el tiempo. Al muy cabrón lo teníamos justo delante de las narices, Brys Beddict.

—¿De qué está hablando?

—Del Errante. El primer consorte. Turudal Brizad.

—Eso es… ridículo.

—Yo prefiero un término un tanto más duro, Brys.

El paladín apartó la mirada del hombre que tenía delante.

—¿Cómo llegó a esta extraordinaria conclusión, Moroch?

—Ha habido Turudal Brizads en cada generación, oh, con nombres diferentes, pero es él. Escenas en tapices, pinturas. Dé un paseo por la colección real, Brys, está todo en el pasillo, a punto de ser trasladado. Estaba justo ahí, para que lo viera cualquiera, si tuvieran una razón para mirar.

—¿Y qué razón tenía usted, Moroch?

Una mueca.

—Me pidió que hiciera algo por él.

Brys lanzó un gruñido.

—Es un dios. —*Se supone*—. ¿Por qué iba a necesitar su ayuda?

—Porque dice que usted estará demasiado ocupado.

Brys recordó su última conversación con Turudal Brizad… *el final de mi objetividad.* O algo parecido, cuando ya se alejaba.

—Admito que soy un tanto… escéptico, Moroch Nevath.

—Deje eso de lado por un momento, Brys. Estoy aquí para pedirle consejo. Suponga lo peor.

—¿Un dios le pide ayuda? Supongo que hay que tomar en consideración posibles motivos, y las consecuencias de aceptar o rechazar la petición.

—Sí.

—¿Hacer lo que pide redundará en beneficio de Lether?

—Él dice que sí.

—¿Dónde está ahora?

—En la ciudad, en alguna parte. Estaba contemplando a los últimos refugiados a los que se permitió entrar esta mañana, en la muralla, o eso fue lo que informó uno de mis guardias.

—Entonces, yo diría, Moroch, que debe hacer lo que le pide.

—¿Por encima de la obligación de proteger al rey?

—Me imagino que el dios supone que esa tarea será mía.

—Somos casi iguales, usted y yo, Brys.

—Lo sé.

—Puede que crea que usted es el mejor de los dos. Yo no comparto esa opinión.

—La decisión no la debíamos tomar nosotros, Moroch.

Moroch lo estudió durante media docena de latidos.

—Le agradezco el consejo, finadd —dijo después.

—No sé si decirlo, Moroch Nevath, pero que el Errante lo acompañe.

—No tiene gracia —murmuró el espadachín mientras se alejaba.

Brys entró en el complejo de la cúpula. Llegó al corredor principal y se detuvo para estudiar la distribución una vez más. Habían restregado las paredes y habían lavado el polvo del suelo. Los guardias y los funcionarios comenzaban a prepararse para la investidura. Eran muchas las miradas que recaían en la figura que dormía en medio del pasillo, acurrucada en la losa central.

Brys se acercó con un suspiro a Kuru Qan.

—Ceda.

El anciano emitió un sonido, después se dio la vuelta y le dio la espalda a Brys.

—Despierta, ceda. Por favor.

Kuru Qan levantó la cabeza, tanteó en busca de las dos lentes que tenía en el suelo, cerca, y se las llevó a la cara.

—¿Quién llama?

—Soy Brys Beddict.

—Ah, finadd. —Kuru Qan se giró y levantó la mirada—. Tienes buen aspecto.

Tú no.

—Ceda, la investidura está a punto de empezar. A menos que quieras que el rey Ezgara Diskanar te rodee durante su desfile solemne, tendrás que moverte.

—¡No! —El anciano se estiró sobre la baldosa—. ¡No debo! Esto es mío. Mi sitio.

—¿Insistes en que se haga a un lado durante su parada? Ceda, te arriesgas a provocar la ira del rey…

—¿Relevante? En absoluto. —Los dedos del anciano arañaron la piedra—. Esto es mío. Adviérteselo, finadd. Advierte al rey.

—¿Sobre qué?

—Nadie me moverá. El que lo intente será reventado y convertido en cenizas. Cenizas, Brys Beddict.

Brys miró a su alrededor. Se había reunido una pequeña multitud para escuchar el intercambio. El finadd frunció el ceño.

—Dispersaos ya, todos. —La gente se escabulló.

Solo una vez más, al menos de momento, Brys se agachó delante del ceda.

—Tenías pinturas y pinceles contigo la última vez. ¿Qué pasó con ellos?

—¿Pinturas y pinceles? —Los ojos parpadearon detrás de las lentes—. Se han ido. Desaparecido. El rey te requiere ahora, finadd. Está listo para empezar la procesión. Viene Nifadas, se quejará, pero no importa. Habrá poco público, ¿verdad? ¿Relevante? Oh, sí. Será mejor que el rey haga caso omiso de mi presencia, explícaselo, Brys.

El finadd se irguió.

—Lo haré, ceda.

—Excelente. Y ahora, vete ya.

—Esto no huele bien.

Trull miró al demonio kenryll'ah que había hablado. Era más alto que los tiste edur sobre sus caballos. Una cara con rasgos más afilados que los de Lila, negra como el basalto cincelado, los caninos superiores e inferiores sobresalían y relucían con un brillo plateado. Un cuello ribeteado de piel, un chaleco de hojuelas de bronce, incrustado de sal y con una pátina oscura. Un pesado cinturón de cuero del que colgaba un enorme talwar con su vaina. Pantalones ceñidos de cuero, grises y flexibles. El otro demonio, de pie a su

lado, se distinguía solo en la elección de armas, un inmenso martillo sujeto con las dos manos envueltas en guanteletes.

Ese segundo kenryll'ah enseñó los dientes.

—Y me está entrando el hambre.

—Huesos partidos —dijo el otro—. Médula.

El hedor al que los dos se referían era el de cuerpos pudriéndose. Habían llegado al borde del claro, tras el que se encontraba la empalizada de la ciudad de Brous. En el campo había túmulos y una larga trinchera excavada. No había nadie a la vista.

—Hermanos —dijo el emperador—, desmontad y preparad vuestras armas.

Trull bajó de su caballo. Se giró.

—K'risnan, ¿percibes algo?

El rostro del joven hechicero arapay tenía un aspecto enfermizo. Asintió.

—En la ciudad, creo. Sabe que estamos aquí.

Rhulad rodeó con las dos manos la empuñadura de su espada y la levantó a una posición de defensa central.

—Udinaas, quédate con los caballos. Temor, a mi izquierda. Trull, a mi derecha. K'risnan, permanece detrás de nosotros, cinco pasos. Demonios, id por ambos lados.

—¿No podemos comer primero?

—¿O mear? Yo necesito mear.

—Deberías haberlo pensado antes de salir —dijo el primer demonio.

—Y tú deberías haber comido. Tenemos caballos de sobra, ¿sabes?

—Silencio, los dos —siseó el emperador—. Hemos tenido que escucharos el viaje entero. Se acabó, no vaya a ser que decida mataros a vosotros primero.

—Eso no sería muy inteligente —dijo el segundo kenryll'ah—. Huelo a algo más que carne. Huelo a lo único

que hay todavía vivo ahí dentro y no es agradable.

—Yo lo saboreo —dijo el primer demonio—. Y me da ganas de vomitar.

—Deberías haber pensado en vomitar antes de irnos —dijo el segundo.

—Pienso en vomitar cada vez que te miro.

—¡Ya basta!

—Te pido disculpas por mi hermano —dijo el primer demonio.

—Y yo por el mío —añadió el segundo.

Extraños tiranos. Trull se descolgó la lanza y se colocó a un lado de Rhulad.

Cruzaron el claro. Al llegar al pozo vieron los primeros cadáveres. Rotos y arrojados a la base de la profunda excavación irregular, como una fosa común abierta. Trabajadores y soldados. Cuerpos oscuros e hinchados por el calor. Las moscas se arremolinaban.

Rodearon el pozo y se acercaron a la ciudad. Habían derribado las puertas que tenían enfrente, las pesadas verjas rotas en mil pedazos. En algún lugar de la ciudad ladraba un perro.

La calle estaba salpicada de cadáveres junto a la muralla. Habían desfondado las puertas de cada casa y edificio que veían. Delante y a la derecha, dos caballos permanecían uncidos a una carreta volcada. El agotamiento y la presión de las yuntas habían llevado a una de las bestias a sentarse en una posición incómoda. Trull dudó, después se acercó a ellos y se sacó un cuchillo del cinturón. Los otros hicieron una pausa y observaron mientras él soltaba los caballos. Ninguno de los dos animales estaba en condiciones de huir pero fueron saliendo poco a poco, con las patas temblorosas y vacilantes.

Trull regresó a su posición junto a Rhulad.

—Ahí viene —dijo el primer demonio.

Calle abajo apareció girando una bandada de estorninos, dando vueltas entre los edificios. En una masa negra, los pájaros parecían acercarse hirviendo a los tiste edur y a los kenryll'ah. A grandes zancadas entre las aves, una figura alta, espectral, la piel muy blanca, el cabello de un amarillo pálido y colgando en mechones lacios. Vestía un arnés de cuero que parecía arrugado, ennegrecido por la podredumbre. Había algo extraño en sus miembros.

—Va desarmado —dijo Temor.

—Y sin embargo —siseó el k'risnan tras ellos—, es él.

Los estorninos subieron girando todavía más hasta posarse en los aleros de los tejados a ambos lados y la figura se detuvo a diez pasos de distancia.

—Pacífico —dijo en letherii—, ¿no es cierto?

Rhulad habló.

—Soy el emperador Rhulad de los tiste edur. ¿Quién y qué eres tú, desconocido?

—Soy forkrul assail. Me llamo Serenidad.

—¿Eres un demonio, entonces?

La cabeza se ladeó.

—¿Lo soy?

—Este no es tu mundo.

—¿No lo es?

Rhulad se giró un poco.

—K'risnan, destiérralo.

—No puedo, emperador.

—El tumulto de tu presencia induce a la discordia —dijo Serenidad.

Al observar los movimientos del forkrul assail, Trull se dio cuenta de que poseía unas articulaciones extrañas en los brazos y las piernas y que había una especie de gozne en el

esternón de la criatura. Sus movimientos eran sueltos y extraños.

—¿Discordia? —preguntó Rhulad.

—Yo deseo paz una vez más.

Temor habló entonces.

—Si es paz lo que buscas, Serenidad, solo has de darte la vuelta y alejarte. Vete.

—Irme de aquí es llegar a otro sitio. No puedo dejar atrás el desorden pues con toda seguridad me seguirá. Se ha de imponer la paz donde uno se encuentra. Solo cuando la discordia se resuelve, habrá paz. —El forkrul assail se adelantó.

—¡Cuidado! —gruñó uno de los demonios.

Serenidad se abalanzó y los estorninos salieron despedidos hacia el cielo una vez más.

El arma de Trull era la que poseía el mayor alcance pero no intentó apuñalar a la criatura. Los brazos de esta se alzaron para repeler el ataque y Trull prefirió golpearlos con un barrido alto del mango de la lanza. Como una serpiente, el brazo derecho de Serenidad se retorció alrededor del astil y bloqueó el arma. Una flexión repentina y la maderanegra crujió y después se astilló, el núcleo rojo brotó por la brecha. Trull no tuvo mucho tiempo para sentir la conmoción cuando la mano izquierda de Serenidad se disparó.

Las puntas de dos dedos rozaron la sien de Trull…

Él ya se estaba tirando de lado pero al sentir el contacto notó que le retorcían el cuello. Si hubiera permanecido de pie, si se hubiera resistido, se le habría roto el cuello. Tal y como estaba, encogido, con el hombro hundido, se vio arrojado al suelo.

Temor había cargado por abajo, un instante después del ataque alto de Trull, y había lanzado una cuchillada diagonal para alcanzar al forkrul assail en la rodilla.

Pero la pierna se dobló hacia atrás, la rodilla revirtió el ángulo y Serenidad bajó la mano izquierda y sujetó la hoja de la espada. El forkrul assail la arrancó de la mano de Temor, los dedos se aferraron al arma y aplastaron el hierro.

A pesar de todos sus fracasos, Trull y Temor habían hecho lo que se exigía de ellos. Sus ataques por los flancos habían precedido al de Rhulad, con la intención de dejar a Serenidad vulnerable al ataque del emperador. La espada moteada de Rhulad fue un contorno borroso que silbó por el aire, pero que ni una sola vez entró en contacto con su víctima, porque el forkrul assail parecía fluir a su alrededor sin esfuerzo.

Serenidad tiró a un lado la espada doblada de Temor y se acercó.

Y hundió los dedos como púas en el pecho de Rhulad, atravesaron las monedas, se deslizaron entre las costillas y le perforaron el corazón, para salir después de golpe.

El emperador se desmoronó.

Serenidad se giró para enfrentarse a Temor.

Y después dio un salto atrás, ocho pasos o más por el aire, evitando por pocas un martillo que golpeó la tierra de la calle y se hundió en ella.

Serenidad retrocedió todavía más cuando el otro demonio lo persiguió, el inmenso talwar girando como una daga en sus manos.

Trull se levantó como pudo. Giró con la intención de coger otra lanza del fardo que había dejado atado al caballo…

… y se encontró a Udinaas corriendo hacia él con las armas en los brazos.

Trull agarró una y después se volvió otra vez y saltó sobre el cuerpo de Rhulad. Más adelante, el forkrul assail había salido disparado hacia la izquierda, se había agachado para esquivar una cuchillada del talwar y había arremetido con

las manos al mismo tiempo que el demonio le daba una fuerte patada en un costado.

A Serenidad el impacto lo arrojó al suelo, donde cayó con un golpe seco y rodó antes de volver a ponerse en pie.

Pero Trull había oído el crujido de las costillas en esa patada.

El demonio se acercó una vez más por la derecha del forkrul assail.

Un momento antes de que se abalanzaran, Trull arrojó la lanza.

Serenidad no la vio llegar. El fuerte golpazo justo debajo de la clavícula izquierda hizo girar en redondo a la criatura. El talwar del demonio cayó sobre el muslo derecho del forkrul assail y resonó al chocar con el hueso. El demonio lo arrancó de un tirón.

Trull estiró la mano hacia atrás y en ella le pusieron otra lanza. Se acercó más.

Tambaleándose hacia atrás, el forkrul assail se había arrancado la lanza del hombre y estaba repeliendo las cuchilladas del talwar con las manos, que empujaba contra la parte plana de la hoja. El otro demonio se abalanzaba sobre él desde el otro lado con el martillo en alto.

De las dos heridas de la criatura brotaba una sangre de un color azulado pálido, pero las heridas parecían cerrarse delante de los ojos de Trull. Serenidad dio otro salto atrás, se giró y echó a correr.

Los kenryll'ah se dispusieron a perseguirlo.

—¡Alto! —gritó Trull—. ¡Dejadlo!

Udinaas estaba de pie junto al cuerpo de Rhulad. A unos cuantos pasos se encontraba el k'risnan, su joven rostro paralizado en una expresión de terror. Sacudía la cabeza como si quisiera negar lo que veía una y otra vez.

—K'risnan.

Unos ojos salvajes se clavaron en Trull.

—Me… arrojó hacia atrás. Mi poder… cuando el emperador murió… me arrojó.

Los demonios se acercaron.

—Déjanoslo —dijo el primero mientras limpiaba la sangre del talwar.

—Sí —asintió el otro—. Jamás habíamos oído hablar de esos forkrul assail, pero lo hemos decidido.

—No nos gustan —dijo el primer demonio.

—No nos gustan nada.

—Lo perseguiremos y se lo diremos.

Temor habló entonces.

—Udinaas, ¿cuánto tiempo…? —Tenía los ojos puestos en Rhulad.

—No mucho —respondió el esclavo.

—¿Esperamos?

—Sería lo mejor, creo —dijo Udinaas.

Temor se frotó la cara y se acercó a su espada. La recogió, la examinó y después la tiró. Miró a Trull, al que tenía enfrente.

—Rompió la maderanegra —dijo Trull.

Una mueca.

—Ya lo vi. Esa segunda lanza, fue un buen tiro, hermano.

Con todo, los hermanos lo sabían. Sin los kenryll’ah, ya estarían muertos.

El primer demonio habló.

—¿Podemos perseguirlo ya?

Temor dudó, después asintió.

—Id.

Los dos kenryll’ah se dieron la vuelta y empezaron a subir la calle.

—Podemos comer por el camino.

—Buena idea, hermano.

En algún lugar de la ciudad, el perro seguía ladrando.

—Tenemos que ayudarlo —dijo Sandalath Drukorlat.

Asimismo la miró. Estaban al borde de la hierba, mirando la playa. El joven tiste edur estaba acurrucado en la arena, allí abajo. Todavía chillando.

—No es su primera visita —dijo Asimismo.

—¿Qué tal la cabeza? —preguntó ella tras un momento.

—Me duele.

El tiste edur se calló, temblando, después alzó la cabeza de golpe. Se quedó mirando a Asimismo y a la mujer tiste andii que estaba junto al armero meckros. Después lo volvió a mirar a él.

—¡Asimismo!

El herrero alzó las cejas, aunque el movimiento le dolió.

—Por lo general no me habla mucho —dijo. Y luego, al joven—. Rhulad. No soy tan cruel como para darte la bienvenida.

—¿Quién es? ¿Quién es esa… traidora?

Sandalath lanzó un bufido.

—Patético. ¿Y este es el que empuña la espada del dios? Un error.

—Si lo es —dijo Asimismo en voz baja—, yo no tengo intención de decírselo.

Rhulad se puso en pie.

—Eso me mató.

—Sí —respondió Asimismo—. Te mató, sea lo que sea «eso».

—Un forkrul assail.

Sandalath se puso rígida.

—Deberías tener más cuidado, edur, con los enemigos que eliges.

Una carcajada casi histérica cuando Rhulad empezó a subir desde la playa.

—¿Elegir, mujer? Yo no elijo nada.

—Pocos lo hacen alguna vez, edur.

—¿Qué está haciendo aquí, Asimismo?

—El dios Tullido pensó que necesitaba compañía. Aparte de tres nachts chiflados.

—¿Sois amantes?

—No seas absurdo —dijo Sandalath con expresión desdeñosa.

—Como bien ha dicho ella —añadió Asimismo.

Rhulad pasó junto a ellos.

—Necesito mi espada —dijo entre dientes, y se dirigió al interior.

Los dos se volvieron para mirarlo.

—Su espada —murmuró Sandalath—. ¿La que te hizo fabricar el dios?

Asimismo asintió.

—Pero la culpa no es mía.

—Te obligaron.

—Me obligaron.

—No es en la espada donde reside el mal, es en el que la empuña.

Asimismo estudió a la mujer.

—Me da igual si me vuelves a abrir la cabeza. Estoy empezando a odiarte de verdad.

—Te aseguro que el sentimiento es mutuo.

Asimismo le dio la espalda.

—Me voy a mi choza.

—Cómo no —le soltó ella a su espalda—. Para rogar y mascullar a tu dios. Como si fuera a molestarse en escuchar lloriqueos tan patéticos.

—Espero —dijo Asimismo por encima del hombro— que se compadezca de mí.

—¿Por qué habría de hacerlo?

El meckros no respondió y tuvo el buen juicio de guardar para sí la sonrisa de respuesta.

De pie, a diez pasos a un lado del trono, Brys Beddict observó al rey Ezgara Diskanar entrar con gesto solemne en la cámara abovedada. Una expresión de distracción irritada se adivinaba en la cara del rey, el trayecto había requerido un desvío alrededor de la forma echada y temblorosa del ceda, Kuru Qan, pero eso ya había quedado atrás y Brys vio que Ezgara recuperaba poco a poco su expresión firme.

Lo aguardaba en el salón del trono un puñado de oficiales y guardias. El primer eunuco Nifadas se encontraba a la derecha del trono, sujetando la corona de Lether en un cojín de color rojo sangre. La primera concubina Nisall se había arrodillado a los pies del estrado, a la izquierda. Junto con Brys y seis de sus guardias, el finadd Gerun Eberict estaba presente con seis de sus propios soldados de la guardia de palacio.

Y eso era todo. La investidura en aquel, el día del Séptimo Cierre (o lo más cerca posible ya que nadie se ponía de acuerdo en la fecha exacta), iba a ser presenciada por esos pocos. No como se había planeado en un principio, por supuesto. Pero se habían producido más disturbios, el último el más sangriento de todos. El nombre del rey se había convertido en una maldición entre los ciudadanos. La lista de invitaciones se había truncado por cuestiones de seguridad e, incluso así, a Brys le ponía nervioso la presencia de Gerun Eberict.

El rey se acercó al estrado, sus túnicas se deslizaban sedosas tras él por el suelo pulido de mármol.

—En este día —entonó Nifadas—, Lether se convierte en un imperio.

Los guardias ejecutaron el saludo reservado para el linaje real y lo mantuvieron, inmóviles como estatuas.

Ezgara Diskanar subió al estrado y se dio la vuelta poco a poco.

El primer eunuco se colocó ante él y levantó el cojín.

El rey cogió la corona y se la colocó en la cabeza.

—En este día —dijo Nifadas, y retrocedió un paso—, Lether está gobernado por un emperador. —Se volvió—. El emperador Ezgara Diskanar.

Los guardias terminaron el saludo.

Y ya está.

Ezgara se sentó en el trono.

Tenía el aspecto de un anciano, frágil y perdido.

Las ventanas estaban cerradas a cal y canto. Las malas hierbas invadían el sendero, las parras habían crecido sin control por las paredes de ambos lados de la escalinata de entrada. De la calle que tenían detrás les llegaba el hedor del humo, y un rugido distante en algún lugar del barrio de la Enredadera, en el interior, más allá del lago Escaño, indicaba que había comenzado otra algarada más.

Después de atravesar la puerta de los Pescadores, Seren Pedac y los guardias carmesíes habían llevado sus caballos al paso por las calles repletas de basura. Signos de saqueos, algún que otro cadáver, el caballo muerto de un soldado y figuras que se escabullían y apartaban de su camino para meterse en los callejones y en las avenidas laterales. Edificios quemados, jaurías de hambrientos perros

asilvestrados procedentes de las granjas abandonadas y los bosques, familias de refugiados acurrucadas por los rincones, la ciudad real de Lether parecía haber sucumbido a un barbarismo depravado con el enemigo todavía a varias leguas tras el horizonte.

A la corifeo le sorprendió lo rápido que se había derrumbado todo, le sorprendió y la asustó no poco. A pesar de todo el asco y desdén que le inspiraban las costumbres de su pueblo, había permanecido, en lo más profundo de ella, una fe en su resistencia innata. Pero allí, ante ella, estaba la prueba de un hundimiento repentino y absoluto. Con la codicia y la saña desatadas, el miedo y el pánico habían desencadenado una brutalidad y una indiferencia despiadadas.

Pasaron junto a cuerpos de ciudadanos que habían tardado mucho en morir, abandonados sin más en la calle mientras se desangraban.

Bajaron por una amplia avenida, cerca del canal y vieron que una multitud había cruzado por allí, quizá solo medio día antes. Había pruebas de que los soldados habían luchado contra ella y que los habían obligado a retroceder en una retirada muy peleada. Los edificios y las haciendas de los lados habían sido destrozados y saqueados. La calle estaba pegajosa de sangre y las huellas de docenas de carretas eran patentes, lo que indicaba que allí, al menos, la guarnición de la ciudad había regresado para llevarse los cadáveres.

Barras de Hierro y sus guardias no dijeron mucho durante el recorrido y en ese momento, reunidos ante su casa, permanecieron en los caballos, con las manos en las armas y vigilantes.

Seren desmontó.

Tras un momento, Barras de Hierro y Corlo hicieron lo mismo.

—No parece que la hayan forzado —dijo el mago.

—Como dije —respondió Seren—, no hay nada dentro que merezca la pena llevarse.

—No me gusta esto —murmuró el juramentado—. Si surgen problemas, corifeo…

—No los habrá —le contestó ella—. Estos disturbios no durarán. Cuanto más se acerque el ejército edur, más se tranquilizarán las cosas.

—Eso no fue lo que pasó en Trate.

—Cierto, pero esto será diferente.

—No veo razón para pensarlo —dijo Barras de Hierro sacudiendo la cabeza.

—Ve a buscar tu barco, juramentado —replicó Seren. Después se volvió hacia los otros—. Gracias, a todos. Ha sido un honor conoceros y viajar en vuestra compañía.

—No corras riesgos, muchacha —dijo Corlo.

Ella puso una mano en el hombro del mago. Le sostuvo la mirada pero no dijo nada.

Él asintió.

—Cuidado con eso.

—¿Lo has oído?

—Lo oí. Y tengo el dolor de cabeza que lo demuestra.

—Perdón.

—Intenta recordar, Seren Pedac, que Mockra es una senda sutil.

—Lo intentaré. —Después miró a Barras de Hierro.

—Una vez que haya encontrado a mi jefe e instalado a mi pelotón —le dijo él—, te haré otra visita, así que no hace falta que nos pongamos sensibleros ahora.

—De acuerdo.

—Un día, no más, y te veré otra vez, corifeo.

Ella asintió.

El juramentado y su mago volvieron a subirse a las sillas. La tropa se alejó cabalgando.

Seren los observó un momento, después se dio la vuelta y subió por el camino. La llave de la elaborada cerradura estaba bajo la segunda baldosa.

La puerta chirrió cuando la empujó y el olor a polvo la envolvió entera. Entró y cerró la puerta.

Penumbra y silencio.

No se movió durante un momento, el pasillo se extendía ante ella. La puerta del fondo estaba abierta y se veía la habitación que había detrás, que estaba iluminada por los rayos de sol que entraban del patio de atrás, filtrados por la tela. En esa habitación del fondo, frente a ella, tenía un sillón de respaldo alto cubierto por una muselina.

Un paso, luego otro. Siguió adelante, pasillo abajo. Justo antes de la entrada de la sala, el cuerpo podrido de un búho muerto, echado como si durmiera en el suelo. Lo rodeó y después entró en la habitación, notó la ligera brisa que penetraba por la ventana abierta, por donde era de suponer que se había colado el búho desde el patio.

Muebles fantasmales a ambos lados, pero fue el sillón lo que sostuvo su mirada. Cruzó el espacio que lo separaba de él y después, sin quitar la tela, se sentó, la muselina se encogió cuando se hundió en el asiento.

Seren miró a su alrededor con un parpadeo.

Sombras. Silencio. El olor leve a podredumbre. El bulto de búho muerto tirado junto al umbral.

—Seren Pedac y su… imperio —susurró.

Y jamás se había sentido tan sola.

En la ciudad de Letheras, mientras las compañías de soldados de Gerun Eberict se abrían camino a sangre y fuego entre la masa de ciudadanos arrinconados que habían formado parte de un desfile de leales al rey, de camino al Domicilio Eterno, para aclamar la investidura, ciudadanos cuya sangre se extendía por los adoquines para marcar ese glorioso día; mientras los estorninos, por decenas de miles, se iban acercando revoloteando a la vieja torre de lo que antaño había sido un Azath y en ese momento era la Fortaleza de Muerte; mientras Tehol Beddict (que ya no estaba en su tejado) bajaba por las calles ensombrecidas para ir a ver a Selush, a petición de Shurq Elalle; mientras la niña, Tetera, que había estado muerta pero ya estaba muy viva, se sentaba en los escalones de la vieja torre canturreando por lo bajo y trenzando briznas de hierba; mientras los rayos de sol se alargaban y convertían en haces sesgados entre la bruma de humo, las campanas empezaron a tañer.

Para proclamar el nacimiento del imperio.

El fin del Séptimo Cierre.

Pero los escribanos estaban equivocados. El Séptimo Cierre todavía tenía que llegar. Dos días más.

Apoyado en una pared con los brazos cruzados, cerca del viejo palacio, el primer consorte, Turudal Brizad, el dios conocido como el Errante, miraba al cielo, a la nube de estorninos mientras las campanas sonaban, bajas y trémulas.

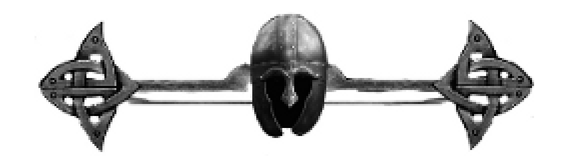
—Pájaros desagradables —dijo para sí—, los estorninos…

Dos días más.

Un error de cálculo de lo más trágico, me temo.

De lo más trágico.

23



Una inmensa cueva subterránea bostezaba bajo la cuenca, la corteza quebradiza y porosa. Si alguien hubiera podido meterse en esa antigua cueva, la lluvia habría sido incesante. Con todo, once ríos alimentaban los pantanales que un día serían la ciudad de Letheras y el proceso de erosión que culminó en el colapso de la cuenca y el catastrófico drenaje de los ríos y ciénagas fue largo. Así pues, por modesto que sea el lago Escaño, merece la pena recordar su extraordinaria profundidad. El lago es, en realidad, como un tejado de paja y la enorme caverna sería la casa. Así pues, que se arrastrara a las profundidades el barquito pesquero de Burdos (el único pescador del lago Escaño), con redes y todo, no debería de sorprender a nadie. Ni tampoco debería que desde ese momento, cuando tantos presenciaron el fallecimiento de Burdos, ningún otro barco pesquero surcara las aguas del lago Escaño. En cualquier caso, estaba, creo, hablando de la repentina convergencia de todos esos ríos, la tromba de las aguas de la ciénaga; dicho acontecimiento ocurrió mucho antes de que se asentaran en la zona los colonos. Compañeros eruditos, habría sido una visión dramática, ¿no creéis?

Extracto de *Historia geológica de Letheras,* una conferencia ofrecida por el geógrafo real Thula Arenaroja en la decimonovena Graduación Anual de la Academia Cúter (momentos antes del gran derrumbe del techo de la Academia). Comentarios relatados por el único superviviente, Ibal el Dardo

No había nada natural en el polvo que se cernía como un gigante sobre los ejércitos edur cuando bajaron del norte y empezaron a tomar posiciones frente al torreón Brans. La nube ocre pendía como la ola recta de una catarata, vientos fieros azotaban el cielo del sur, vientos que transportaban cenizas y polvo en un ataque oscuro y ominoso contra los ejércitos letherii que aguardaban y las colinas yermas que tenían detrás.

El emperador de los tiste edur había hallado la gloria del renacimiento una vez más. Cada muerte era otro escalón en su ascenso a un dominio irrefutable. La resurrección, Udinaas ya lo entendía, no era serena ni indolora. Llegaba con gritos, chillidos que hendían el aire. Llegaba en una tormenta de trauma puro que desgarraba la cordura de Rhulad tanto como la de cualquiera que sufriera la misma maldición. Y al esclavo no le quedaba duda de que la espada y su regalo estaban malditos y que el dios que había detrás (si en verdad era un dios) era una criatura marcada por la locura.

Esa vez los hermanos de Rhulad habían estado allí para presenciar su despertar. A Udinaas no le había sorprendido el horror escrito en sus caras con el primer grito confuso del emperador, las convulsiones que sacudían el cuerpo de oro manchado y sangre seca de Rhulad, la luz fría y sobrenatural que se encendía de nuevo en sus ojos terribles. Los había visto paralizados, incapaces de acercarse, incapaces de huir, testigos inmóviles de la horrorosa verdad.

Quizá después, cuando el horror se deshizo (cuando sus corazones comenzaron a latir una vez más), hubo compasión. Rhulad lloró sin ocultarse, solo el brazo del esclavo le rodeaba los hombros para consolarlo. Y Temor y

Trull los habían mirado, el k'risnan sentado, encorvado y mudo, en el suelo, tras ellos, hasta que el emperador se encontró a sí mismo de nuevo, hasta que descubrió al niño, al hermano, al guerrero recién iniciado en la sangre que había sido otrora (antes de que la espada buscara sus manos), todavía acobardado pero vivo en su interior.

Poco se había dicho en el viaje de regreso, pero habían agotado a los caballos en su precipitación, y para todos salvo para Udinaas el viaje había sido una huida. No del forkrul assail y su inmutable fascinación por la paz de los cadáveres fríos, sino de la muerte y el renacimiento, del emperador de los tiste edur.

Se reunieron con el ejército a cinco leguas del torreón Brans y recibieron el informe de Hannan Mosag; habían establecido contacto con los k'risnan de los otros dos ejércitos y todos se acercaban al aciago campo de batalla, donde, según testimonio de los espectros de sombra, los aguardaban las fuerzas letherii.

Detalles, la madeja temblorosa de los preparativos, Udinaas era indiferente a ellos, al susurro del orden en un caos aparente. Un ejército marchaba, como una migración acéfala, cada bestia obligada por el instinto, los imperativos de la violencia. Los ejércitos marchaban de la complejidad a la simplicidad. Era ese detalle lo que los impulsaba. Aguardaba un campo en el que todos los asuntos se reducirían, en el que el polvo, los gritos y la sangre traerían una claridad fría. Esa era el ansia secreta de guerreros y soldados, de gobiernos, reyes y emperadores. La mecánica sencilla de la victoria y la derrota, la finta perfecta que se llevaba todas las miradas, todas las mentes atraídas hacia el juego indulgente. Concentrarse en las hojuelas. Contar las medidas y reflexionar sobre el equilibrio, observar los cuerpos apilados como torres de monedas y el tiempo que se

devora, la mente se ejercita en la vana repetición de la muela, y más allá, el mundo entero se queda quieto y desdibujado por un momento… siempre que nadie sacudiera la mesa.

Udinaas envidiaba a los guerreros y soldados sus vidas sencillas. Ellos no volvían de la muerte. Hablaban con sencillez, en el idioma de la negación. Luchaban por el guerrero, el soldado que tenían al lado, y hasta morir tenía un propósito, que era, comenzaba a creer, el don más excepcional de todos.

O así debería haber sido, pero el esclavo sabía que no sería así. La hechicería era el arma de la batalla inminente. Quizá era, en realidad, el rostro de las guerras futuras del mundo entero. Aniquilación absurda, la destrucción de vidas en un número incontable. Una extensión lógica de gobiernos, reyes y emperadores. La guerra como un choque de voluntades, una contienda indiferente a su coste que intenta descubrir quién va a parpadear antes, y sin que le importe una cosa o la otra. La guerra, un ejercicio no muy diferente de la cosecha de monedas de las Cuotas de Mercaderes, y, por tanto, infinitamente comprensible.

Los tiste edur y sus aliados comenzaron a desplegarse frente a los ejércitos letherii, la luz del día se fue apagando, ahogada por la ola de polvo suspendido que se cernía sobre ellos. En algunos lugares la hechicería crujía, rielaba en el aire, escapes vacilantes del poder que tenían preparado ambos bandos. Udinaas se preguntó si alguien, quien fuera, sobreviviría a ese día. Y, entre los que lo hiciesen, ¿qué lecciones sacarían de esa batalla?

A veces el juego llega demasiado lejos.

Estaba de pie a su lado, silenciosa, pequeña y envuelta en una suave piel de ciervo sin teñir. No había dicho nada, no le había dado ningún motivo para buscarlo. Él no sabía lo

que pensaba, era incapaz de adivinar sus pensamientos. Desconocidos e imposibles de conocer.

Pero en ese momento la oyó tomar una temblorosa bocanada de aire.

Udinaas la miró.

—Los cardenales ya casi han desaparecido —le dijo.

Bruja de la Pluma asintió.

—Debería darte las gracias.

—No es necesario.

—Bien. —La joven pareció vacilar ante su propia vehemencia—. No debería haber dicho eso. No sé qué pensar.

—¿Sobre qué?

Bruja de la Pluma sacudió la cabeza.

—Sobre qué, pregunta. Por el amor del Errante, Udinaas, Lether está a punto de caer.

—Es probable. He examinado con detenimiento las fuerzas letherii. Veo lo que deben de ser magos repartidos entre las filas. Pero no al ceda.

—Tiene que estar aquí. ¿Cómo podría no estar?

Udinaas no dijo nada.

—Ya no eres un endeudado.

—¿Y eso importa?

—No lo sé.

Se quedaron callados. Se encontraban en una elevación al noroeste del campo de batalla. Distinguían el muro frontal del torreón Brans en sí, una ciudadela achaparrada y formidable que se apoyaba en un risco tallado a pico en la ladera de una colina. Dos torres flanqueaban las esquinas del muro y en cada una se veían enormes catapultas fijas con sus correspondientes dotaciones. También había un mago presente en cada torre, con los brazos alzados, y era evidente que había en marcha un ritual que unía a los dos

en sus respectivas atalayas. Defensas, con toda seguridad, ya que el grueso del batallón del Rey se había desplegado a los pies del torreón.

Al oeste de ese batallón una cresta se alzaba de las colinas a corta distancia y al otro lado se habían posicionado elementos de la infantería pesada del rey junto con la brigada Hendida. Al oeste de ella esperaban compañías del batallón Cinturón de Serpiente con el flanco más lejano protegido por la brigada Rampante Carmesí, que daba la espalda al borde más occidental de las colinas Brans y al curso del río Disidencia al sur.

Era más difícil distinguir la disposición de las fuerzas letherii al este del batallón del Rey. Había un lago artificial al este del torreón y al norte de este, junto al batallón, estaba el batallón de los Mercaderes. Otro río estacional o canal de drenaje serpenteaba al nordeste por el flanco derecho, y parecía que las fuerzas letherii del otro lado pretendían usar la zanja seca como línea de defensa.

En cualquier caso, el ejército de Rhulad formaría el cuerpo occidental del avance edur. En el centro estaba el ejército de Temor y más al este, tras un brazo de colinas menores y antiguos lechos de lagos, se acercaba el ejército de Tomad y Binadas Sengar, que bajaba de la ciudad de Cinco Puntas.

La elevación en la que se encontraban Udinaas y Bruja de la Pluma estaba cercada por espectros de sombra y para Udinaas estaba claro que los rodeaba una hechicería protectora. Tras la elevación, invisibles para los ejércitos enfrentados, esperaban las mujeres edur, los ancianos y los niños. Mayen estaba entre ellos, todavía enclaustrada y todavía bajo los cuidados directos de Uruth.

El esclavo miró una vez más a Bruja de la Pluma.

—¿Has visto a Mayen? —preguntó.

—No. Pero he oído cosas…

—¿Por ejemplo?

—No está bien, Udinaas. La embarga la avidez. Sorprendieron a una esclava llevándole néctar blanco. La esclava fue ejecutada.

—¿Quién era?

—Bethra.

Udinaas la recordaba, una anciana que había vivido su vida entera en el hogar de los padres de Mayen.

—Creyó que le estaba haciendo un favor —continuó Bruja de la Pluma. Después se encogió de hombros—. No hubo debate.

—Me imagino que no.

—No se te puede quitar todo el néctar blanco —dijo la esclava—. Hay que destetarte. Una reducción gradual.

—Lo sé.

—Pero están preocupados por el niño que lleva en su seno.

—Que debe de estar sufriendo de igual manera.

Bruja de la Pluma asintió.

—Uruth no escucha el consejo de las esclavas. —Lo miró a los ojos—. Todos han cambiado, Udinaas. Es como si se hubiera apoderado de ellos una… fiebre.

—Un fuego tras sus ojos, sí.

—No parecen conscientes de ello.

—No todos ellos, Bruja de la Pluma.

—¿Quién?

Él vaciló antes de contestar.

—Trull Sengar.

—No te engañes —le contestó su compañera—. Están envenenados, todos y cada uno. El imperio que surge será oscuro. He tenido visiones… Veo lo que nos aguarda, Udinaas.

—No hacen falta visiones para saber lo que nos aguarda.

La joven frunció el ceño y se cruzó de brazos. Después miró furiosa al cielo.

—¿Qué hechicería es esta?

—No lo sé —respondió Udinaas—. Nueva.

—O… vieja.

—¿Qué percibes en ella, Bruja de la Pluma?

La mujer sacudió la cabeza.

—Pertenece a Hannan Mosag —dijo Udinaas tras un momento—. ¿Has visto a los k'risnan? Los del ejército de Temor Sengar están… desnaturalizados. Deformados por la magia que usan ahora.

—Uruth y las otras mujeres se aferran al poder de Kurald Emurlahn —dijo Bruja de la Pluma—. Se comportan como si todos libraran una guerra de voluntades. No creo…

—Espera —dijo Udinaas, y entrecerró los ojos—. Está comenzando.

A su lado, Ahlrada Ahn enseñó los dientes.

—Ahora, Trull Sengar, nos dedicamos a presenciar. Y esto es lo que significa ser guerrero edur hoy en día.

—Puede que hagamos algo más que esperar —dijo Trull. *Puede que también muramos.*

El polvo oscuro se alzaba en espiral, una columna gruesa que subía y avanzaba poco a poco hacia el campo de la muerte que quedaba entre ambos ejércitos.

Trull miró a su espalda. Temor se encontraba en medio de los guerreros hiroth. Dos k'risnan estaban ante él, uno era un superviviente encorvado y mutilado del fuerte Alto, el otro enviado desde el ejército de Rhulad. Chorros granulosos de lo que parecía ser polvo se alzaban de los dos hechiceros, y

sus rostros estaban crispados con una mueca silenciosa de dolor.

El crujido del relámpago estalló al otro lado del campo de la muerte y atrajo la atención de Trull, que se volvió una vez más. Oleadas chispeantes de un fuego blanco cegador iban surgiendo ante los magos letherii desplegados, entreveradas de destellos de rayos que se arqueaban entre ellas.

En el extremo derecho, Rhulad empezó a hacer avanzar la masa de sus guerreros y formó una cuña amplia justo al borde del campo de la muerte. Trull vio a su hermano, una figura de oro, confusa y desdibujada. Más a la derecha estaba Hannan Mosag y sus compañías y tras ellos, moviéndose hacia el sur por el borde de la cuenca, miles de jheck soletaken y al menos una docena de kenryll'ah, cada uno guiando a una veintena de sus campesinos. La ruta que habían tomado no había pasado desapercibida y la brigada Rampante Carmesí de los flancos estaba maniobrando para dar la vuelta y enfrentarse a la amenaza.

No habría nada sutil en esa batalla. No habría genios tácticos que desplegaran destreza y brillantez. Los letherii esperaban arrinconados contra unas colinas escarpadas. Los tiste edur y sus aliados tendrían que llegar hasta ellos. Tal era la mecánica sencilla, en apariencia forzosa, e inevitable.

Pero la hechicería hablaba con una voz diferente.

Los pilares de polvo giraban y se elevaban hacia el cielo, cada uno gimiendo con un lamento agudo, el viento chillando tan alto que edur y letherii por igual comenzaron a encogerse.

El fuego blanco letherii se abalanzó formando su propio muro recto de caos contenido.

A Trull le estaba costando respirar. Vio tropezar y caer al suelo un cuervo desventurado que había cometido el error de volar sobre el campo de la muerte, la primera baja del

día. Le pareció un mal presagio patético. Más bien un millar. Diez mil cuervos que aullaban por el cielo.

Los pilares se inclinaron, se tambalearon, se precipitaron hacia delante.

Y empezaron a caer.

Una ráfaga de viento asaltó por detrás a Trull y a sus compañeros, dichosamente intensa y húmeda, al paso de las columnas de polvo que avanzaban. Gritos desvaídos al tiempo que se preparaban las armas.

Las columnas que giraban tardaron mucho tiempo en bajar.

Espectros de sombra cruzaron de repente el suelo, una marea oscura, baja y fluida. Udinaas sintió su terror y la compulsión de miedo que los empujaba. *Carne de catapulta.* Era demasiado pronto para lanzar un ataque. Estarían por debajo del choque de hechicerías.

Cuando las columnas se derrumbaron, la oleada de fuego letherii se alzó para recibirlas.

—La Fortaleza Vacía —siseó Bruja de la Pluma—. La hechicería más pura de los letherii. ¡Por el Errante, puedo sentirla desde aquí!

—No basta —murmuró Udinaas.

Situada con el batallón del Rey, la preda Unnutal Hebaz vio la luz del día desvanecerse cuando las sombras de los pilares que caían hicieron un barrido sobre los soldados. Vio chillar a sus hombres y mujeres, pero no los oyó, porque el rugido del polvo se iba acercando cada vez más.

El ritual letherii se liberó de repente, el fuego escupía y siseaba y lo barrió todo por encima de las cabezas de las

filas encogidas, la espuma que se desplomaba se abalanzaba a recibir las columnas que descendían.

Conmociones rápidas que hacían temblar la tierra bajo ellas, que abrían fisuras en las laderas de las colinas. Del torreón Brans surgió un gemido apagado. Unnutal se volvió en redondo y algo la empujó al suelo. Vio, por imposible que fuera, elevarse el lago que había junto al torreón en una masa de agua turbia y espuma. Vio, cuando la pared frontal del torreón se inclinó hacia dentro y se separó de las torres que lo flanqueaban, que el polvo se disparaba como un géiser y se desvanecía en una nube ondeante.

Después, la torre oriental osciló, lo suficiente como para tirar por el borde la catapulta que tenía encima, que se llevó a la mayor parte de su dotación con ella. Y al mago, Jirrid Attaract. Todos se precipitaron a tierra.

La torre occidental se inclinó hacia atrás. Las enormes piedras de sus cimientos comenzaron a sobresalir y súbitamente la torre se desvaneció entre una nube de sus propios escombros. El mago Nasson Methuda desapareció con ella.

Unnutal se retorció y miró furiosa al cielo.

Para ver que el fuego blanco se hacía pedazos, se dispersaba. Para ver que las columnas lo asaltaban y barrían la hechicería letherii.

Una golpeó el centro del batallón de los Mercaderes, el polvo oscuro ondeó hacia los lados y subió rodando por la colina.

Por un momento no apreció nada, después la columna empezó a tomar forma de nuevo. Pero no como había sido. Ya no era polvo que empezaba a dibujar una espiral hacia arriba sino soldados vivos.

Cuya carne se ennegreció como si se pudriera delante de sus propios ojos.

Chillaban mientras los levantaban hacia el cielo, chillaban mientras se les desprendía la piel. Chillaban…

La sombra sobre Unnutal Hebaz se profundizó y ella levantó la mirada.

Después cerró los ojos.

En un torbellino frenético, un enorme fragmento de hechicería letherii se desvió de un lado de la columna que se derrumbaba, se precipitó al suelo y abrió un camino de sangre en el núcleo de los guerreros merude, a mil pasos a la izquierda de Trull.

Los guerreros murieron allí mismo, en medio de una bruma roja.

El fuego blanco, manchado ya de rosa, rodó entre la multitud hacia el k’risna de ese lado. El joven hechicero levantó las manos en el último momento y después la magia lo devoró.

Cuando la magia se redujo, vaciló y después se desvaneció, el k’risnan había desaparecido, al igual que los edur que tenía demasiado cerca. El suelo estaba ennegrecido y partido.

Al otro lado del campo de la muerte, las columnas se alzaron una vez más con un remolino de cuerpos. Más arriba, la masa de carne retorcida se apagaba con un tono embarrado y después daba paso al hueso blanco y el hierro pulido. Los pilares se alzaron todavía más, cada vez devoraban más soldados, compañías enteras arrancadas de las trincheras y arrastradas a las fauces crispadas.

Ahlrada Ahn estiró el brazo y atrajo a Trull.

—¡Tiene que poner fin a esto!

Trull se apartó con un tirón salvaje y sacudió la cabeza.

—¡No es Rhulad! ¡Es el rey hechicero! —*Hannan Mosag, ¿es que ahora aspiras al trono de la demencia?*

Alrededor de los dos el mundo se transformaba en locura. Esferas hirvientes de magia letherii bajaban tronando, rasgando las filas de los tiste edur, devorando espectros de sombra por centenares. Una aterrizó en medio de una compañía de demonios y los incineró a todos y cada uno, incluyendo al kenryll'ah que los comandaba.

Otra atravesó a toda velocidad el terreno rumbo a la elevación que había al oeste de las fuerzas del emperador. No había nada que la contuviera y barrió la ladera entera hasta golpear el campamento de las mujeres edur, los ancianos y los niños.

Trull se tambaleó en esa dirección pero Ahlrada Ahn lo hizo regresar a rastras.

Los soldados letherii, ya nada más que huesos, giraban en el cielo sobre las colinas. El batallón de los Mercaderes. La brigada Hendida. El batallón Cinturón de Serpiente. El batallón del Rey. Todas esas vidas. *Desaparecidas*.

Y las columnas habían empezado a moverse, cada una por un camino independiente, al este y al oeste, precipitándose por las filas aterradas de más soldados. Devorando, la avidez sin fin, el apetito insaciable.

¿Guerra? Esto no es una guerra…

—¡Avanzamos!

Trull se quedó mirando a Ahlrada Ahn.

El guerrero lo sacudió.

—¡Avanza, Trull Sengar!

Udinaas vio la hechicería letal atravesar a los espectros de sombra y después rodar hacia la elevación donde se

encontraba él con Bruja de la Pluma. No había adónde huir. No había tiempo. Era perfecto…

Un viento frío lo barrió por detrás, una exhalación de sombras. Se abalanzó y chocó con la magia letherii ladera abajo, a veinte pasos. Entrelazadas, las sombras se cerraron como una red y atraparon el fuego salvaje. Después, las sombras y las llamas se desvanecieron.

Udinaas se volvió.

Uruth y otras cuatro mujeres edur estaban de pie, en fila, quince pasos más atrás. Mientras él las miraba, dos de las mujeres se derrumbaron y Udinaas se dio cuenta de que estaban muertas, la sangre había hervido en sus venas. Uruth se tambaleó; después, poco a poco, cayó de rodillas.

De acuerdo, no tan perfecto.

Miró al campo de batalla una vez más. El emperador atravesaba con sus guerreros aquella cuenca ampollada y sin vida. Las posiciones enemigas en las laderas contrarias parecían casi vacías. A ambos lados, sin embargo, el esclavo vio combates. O, más bien, una matanza. Allí por donde todavía habían de pasar las columnas, las filas letherii se habían roto solas y los soldados estaban huyendo, pero los jheck soletaken los arrastraban al suelo, los demonios los derribaban y pelotones de edur los perseguían con saña enloquecida. Al este, la hondonada seca del río había sido invadida. Al oeste, habían aplastado a la brigada Rampante Carmesí.

La terrible hechicería de Hannan Mosag continuaba bramando y Udinaas empezó a sospechar que, al igual que la magia letherii, se hallaba fuera de control. Las columnas estaban engendrando otras más pequeñas. A falta de cuerpos, desgarraban el suelo, la tierra y las piedras subían cada vez más rápido, girando sin parar. Dos columnas salpicadas de huesos chocaron cerca de lo que quedaba del

lago Brans y parecieron enzarzarse en una aniquilación mutua que producía conmociones atronadoras que machacaban de forma visible las colinas que había detrás. Después, las dos se desgarraron entre sí.

Las bases de muchas de las columnas perdieron el contacto con el suelo y eso disparó un salto hacia arriba que terminó en su disolución, convertidas en nubes blancas y grises.

De inmediato, al tiempo que las deshechas compañías de tiste edur cruzaban el campo de la muerte, empezaron a llover huesos y armaduras. Miembros, armas pulidas, cascos, cráneos, todo se precipitaba en barridos asesinos por toda la cuenca. Muchos guerreros murieron bajo aquel horripilante granizo. Estalló el pánico, las figuras corrían.

Sesenta pasos por delante, abajo, justo al borde de la ladera, caminaba Casco Beddict. Sostenía una espada en una mano. Parecía aturdido.

Un cráneo envuelto en un yelmo, a falta de la mandíbula inferior, cayó con un ruido seco y rebotó en el camino de Casco, pero él no pareció notarlo porque siguió andando con su paso vacilante.

Udinaas se volvió hacia Bruja de la Pluma.

—¡Por el amor del Errante! —le soltó de golpe—. ¡Mira a ver lo que puedes hacer por Uruth y las otras! —Ella se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos—. Acaban de salvarnos la vida, Bruja de la Pluma. —No añadió nada más y la dejó allí, después bajó hacia Casco Beddict.

Los huesos seguían cayendo, trozos más pequeños, dedos y fragmentos de costillas. Un diluvio de dientes treinta pasos por delante, una lluvia que cubría el suelo como granizo, un chaparrón repentino que terminó tan rápido como había empezado.

Udinaas se acercó más a Casco Beddict.

—¡No sigas, Casco! —gritó.

El hombre se detuvo y se volvió despacio, el rostro desencajado por la conmoción.

—¿Udinaas? ¿Eres tú? ¿Udinaas?

El esclavo llegó junto a él y lo cogió por el brazo.

—Venga. Esto se ha acabado, Casco Beddict. Un sexto de campanada, no más que eso. La batalla ha concluido.

—¿Batalla?

—Matanza, entonces. Una inversión desperdiciada, ¿no te parece? Adiestrar a todos esos soldados. Esos guerreros. Todas esas armaduras. Armas. Creo que esos tiempos han terminado, ¿no crees? —Iba guiando al hombre colina arriba de nuevo—. Decenas de miles de letherii muertos; ni siquiera tiene sentido enterrar lo que queda de ellos. Dos, quizá tres mil tiste edur muertos. Ningún bando tuvo la oportunidad de levantar siquiera las armas. ¿Cuántos espectros de sombra eliminados? ¿Cincuenta, sesenta mil?

—Debemos… parar. No hay nada…

—Ya no se puede parar, Casco. Adelante, a Letheras, como un río torrencial. Habrá retaguardias que matar. Puertas que hacer pedazos. Calles y edificios por los que luchar. Y después, el palacio. Y el rey. Su escolta, esos no entregarán las armas. Ni aunque el rey lo ordene. Sirven al reino, después de todo, no a Ezgara Diskanar. Letheras, Casco Beddict, será terrible. No terrible como lo ha sido hoy aquí, sino, en algunos sentidos peor, ojalá…

—Para, esclavo. Deja de hablar o te mato.

—Una amenaza que no me inquieta, Casco Beddict.

Llegaron a la elevación. Bruja de la Pluma y media docena de esclavos más estaban entre las mujeres edur. Uruth estaba postrada, con convulsiones de algún tipo. Una tercera mujer había muerto.

—¿Qué ocurre, Casco Beddict? —preguntó Udinaas al soltarle el brazo—. ¿No hubo posibilidad de lanzar una carga contra tus enemigos? Esos endeudados reclutados a la fuerza y los necios desesperados que habían encontrado dignidad en un uniforme. El odiado enemigo.

Casco Beddict le dio la espalda.

—Debo buscar al emperador. Debo explicar…

Udinaas lo dejó ir. La lluvia de huesos había cesado al fin y solo el polvo dominaba el cielo. El torreón estaba en ruinas y ardiendo, expulsaba un humo negro que sería visible desde las murallas de Letheras.

El esclavo se acercó a Bruja de la Pluma.

—¿Vivirá Uruth?

La mujer levantó la cabeza, con una mirada extraña e inexpresiva en los ojos.

—Creo que sí.

—Eso era Kurald Emurlahn, ¿verdad?

—Sí.

Udinaas se dio la vuelta. Estudió la cuenca, las masas de edur que vagaban entre los cuerpos quemados de los suyos, entre los huesos blancos y brillantes y el hierro reluciente. Un campo de batalla incruento. Los jheck soletaken recorrían las colinas lejanas a la caza de rezagados, pero los que no habían huido ya eran cadáveres o simples restos de cadáveres. Unas decenas de espectros flotaban sin rumbo.

Vio a Rhulad, rodeado de guerreros; regresaba cruzando con paso resuelto el campo de batalla. Se dirigía a la posición de Hannan Mosag. El esclavo fue a interceptar al emperador. Estaban a punto de intercambiarse palabras y Udinaas quería oírlas.

Trull y su compañía se encontraban al borde de la hondonada del río seco. Los cuerpos de soldados salpicaban el lado del contrario, hasta la sucesión de colinas que se alzaban paralelas al río. Mil quinientos pasos a su izquierda se acercaban las primeras fuerzas del ejército de Tomad y Binadas Sengar. Mostraban signos de haber entrado en combate. Al modo tradicional, espada contra espada.

—Han capturado el estandarte del batallón Artesano —dijo Ahlrada Ahn señalando con el dedo.

Trull miró hacia atrás y contempló el campo al este de la hondonada.

—¿Quién estaba aquí, entonces?

—Buscablanco y Hendida, creo. Se desmoronaron cuando presenciaron la suerte de los batallones de los Mercaderes y del Rey y las columnas empezaron a moverse hacia ellos.

Trull se sintió enfermar y apartó la mirada, pero no había dirección posible que lo aliviara. Por todos lados, las cenizas de la locura se iban posando poco a poco.

—Los tiste edur —dijo Ahlrada Ahn— se han ganado un imperio.

Sus palabras las oyó el sargento Canarth, que se acercaba a ellos.

—¿Niegas la mitad de tu sangre, Ahlrada? ¿Encuentras esta victoria amarga? Comprendo ahora por qué te pones al lado de Trull Sengar. Entiendo ahora, lo entendemos todos —añadió con un gesto que abarcaba a los guerreros que tenía detrás—, por qué defiendes tanto a Trull, por qué te niegas a ponerte de nuestra parte. —Los ojos duros de Canarth se clavaron en Trull—. Oh, sí, Trull Sengar, aquí tu amigo posee la sangre de los traidores. Sin duda por eso vosotros dos sois tan buenos amigos.

Trull descolgó la lanza que llevaba a la espalda.

—Estoy harto de ti, Canarth. Prepara tu arma.

El guerrero entrecerró los ojos y después sonrió mientras estiraba el brazo para coger su lanza.

—Te he visto pelear, Trull. Conozco tus debilidades.

—Despejad el terreno —dijo Trull, y los otros retrocedieron unos pasos y formaron un círculo.

Ahlrada vaciló.

—No lo hagas. Trull; Canarth, retráctate de tus acusaciones. Carecen de fundamento. Está prohibido provocar a tu comandante…

—Basta —soltó de pronto Canarth—. A ti te mataré a continuación, traidor.

Trull se puso en posición, después apoyó todo el peso y esperó.

Canarth cambió la posición de las manos un palmo entero y después tanteó un poco, con la punta de hierro al nivel de la garganta.

Sin hacer caso de momento, Trull separó las manos un poco más por el mango de la lanza. Después estableció contacto, madera contra madera, lo sostuvo y se acercó más. Canarth soltó la lanza, bajó la punta de hierro y la pasó por debajo, la ejecución fue perfecta pero Trull ya había entrado y había obligado a Canarth a retrasar su arma, en ese mismo momento el sargento balanceó el extremo contrario y lo subió para bloquear el esperable barrido por arriba que nunca llegó. En su lugar, Trull levantó la lanza por los aires en posición horizontal, la empujó y golpeó con ella la frente de Canarth.

El sargento cayó de espaldas con un golpe seco.

Trull se colocó sobre él, de pie, estudiando la expresión aturdida del hombre. La piel partida de la frente dejaba escapar unos hilillos de sangre.

Los otros guerreros gritaban y expresaban su incredulidad ante la velocidad de Trull, ante la simplicidad asombrosa, engañosa, del ataque. Él no levantó la mirada.

Ahlrada Ahn se acercó.

—Termina con él, Trull Sengar.

Toda la ira de Trull había desaparecido.

—No veo necesidad…

—Entonces es que eres tonto. Él no lo olvidará.

—Confió en que no.

—Hay que contárselo a Temor. Canarth debe ser castigado.

—No, Ahlrada Ahn. Ni una sola palabra. —Levantó la mirada y miró al norte—. Vamos a recibir a Binadas y a mi padre. Quiero oír relatos de valentía y de combates.

La mirada del guerrero de piel oscura vaciló y se apartó por un instante.

—Que las Hermanas me lleven, Trull, yo también.

No había ancianas que recorrieran ese campo sacando anillos de los dedos y quitándoles a los cuerpos rígidos las ropas poco manchadas. No había buitres, cuervos ni gaviotas que bajaran en picado a disfrutar del inmenso festín. No había nada que leer en la batalla ya terminada, ninguna extensión de figuras derribadas por detrás (allí no, no en el centro de la cuenca), ninguna última batalla desesperada escrita en montones ensangrentados y círculos contiguos de cuerpos. No había estandartes ladeados, sujetos solo por la carne fría, amontonada, con los sigilos sonriendo al suelo. Solo huesos y hierro reluciente, dientes blancos y monedas resplandecientes.

El polvo que se iba posando era un susurro suave que iba velando con delicadeza el terreno y su alfombra aleatoria de

detritos humanos y edur.

El emperador y sus hermanos elegidos se estaban acercando a la base de la ladera cuando Udinaas llegó junto a ellos. Al cruzar el campo habían levantado un rastro de polvo que flotaba, blanco y vacilante, tras ellos. Rhulad sostenía la espada en la mano izquierda, la hoja temblaba bajo la luz tenue. La armadura irregular de oro tenía rastros oscuros de sudor, la piel de oso de los hombros del emperador era del color plateado y sordo de las nubes.

Udinaas vio en la cara de Rhulad que la locura acechaba. La frustración creaba una rabia capaz de estallar en cualquier dirección. Detrás del emperador, que empezó a trepar por la ladera hacia donde esperaba Hannan Mosag, subían Theradas y Midik Buhn, Choram Irard, Kholb Harat y Matra Brith. Todos salvo Theradas habían sido antiguos seguidores de Rhulad y a Udinaas no le complació verlos. Ni tampoco, a juzgar por las miradas lúgubres lanzadas en su dirección, estaban ellos encantados con la llegada del esclavo.

Udinaas estuvo a punto de echarse a reír. *Igual que en el palacio de Letheras, las facciones van tomando forma.*

Cuando Udinaas se acercó a Rhulad, (que todavía no había advertido su presencia), Theradas Buhn se interpuso en su camino como por accidente y luego golpeó con el brazo el pecho del esclavo. Este se tambaleó hacia atrás, perdió el equilibrio, cayó por la ladera y se deslizó hasta su base.

Los guerreros edur se rieron.

Un error. El emperador giró en redondo, buscó con los ojos y reconoció a Udinaas entre las nubes de polvo. No era difícil adivinar lo que acababa de pasar. Rhulad miró con furia a sus hermanos.

—¿Quién tiró a mi esclavo?

Nadie se movió, después fue Theradas el que habló.

—No hicimos más que cruzarnos en el camino, mi señor. Un accidente.

—¿Udinaas?

El esclavo se estaba levantando y se cepillaba el polvo de la túnica.

—Fue como ha dicho Theradas Buhn, emperador.

Rhulad enseñó los dientes en una mueca fiera.

—Una advertencia para todos. No se nos pondrá a prueba en este día. —Se giró y reanudó el ascenso.

Theradas miró con furia a Udinaas y le habló en voz muy baja.

—No creas que ahora te debo nada, esclavo.

—Descubrirá —dijo el esclavo al tiempo que pasaba junto al guerrero— que nunca es tan fácil negar una deuda.

Theradas fue a coger su alfanje pero después dejó caer la mano con un gruñido silencioso.

Rhulad llegó a la cumbre.

Los que todavía estaban abajo oyeron la voz serena de Hannan Mosag.

—Hemos triunfado, emperador.

—¡No quedaba nadie con quien luchar!

—El reino yace acobardado a vuestros pies, mi señor…

—¡Miles de edur están muertos, rey hechicero! ¡Demonios, espectros! ¿Cuántas madres edur, cuántas esposas e hijos llorarán esta noche? ¿Qué gloria surge de nuestros muertos, Hannan? ¿De este… polvo?

Udinaas llegó a la cima. Y vio a Rhulad avanzar hacia el rey hechicero con la espada alzándose en alto.

Un miedo repentino en los ojos enrojecidos de Hannan Mosag.

—¡Emperador!

Rhulad se giró en redondo, los ojos ardientes se clavaron en Udinaas.

—¿Nos desafía nuestro esclavo? —La hoja de la espada siseó por el aire, aunque diez pasos los separaban a los dos.

—No hay desafío —dijo Udinaas sin alzar la voz al tiempo que se acercaba. Hasta que se quedó justo delante del emperador—. No hacía más que llamaros para informaros, mi señor, que vienen sus hermanos. —El esclavo señaló al este, donde unas figuras cruzaban el borde de la cuenca—. Temor, Binadas y Trull, emperador. Y vuestro padre, Tomad.

Rhulad guiñó los ojos, parpadeó con rapidez y estudió a los lejanos guerreros.

—El polvo nos ha cegado, Udinaas. ¿Son ellos?

—Sí, emperador.

El edur se frotó los ojos.

—Sí, está bien. De acuerdo, nos gustaría tenerlos con nosotros ya.

—Mi señor —continuó Udinaas—, un fragmento de hechicería letherii buscó el campamento de las mujeres durante la batalla. Vuestra madre y algunas otras derrotaron la magia. Uruth está herida, pero vivirá. Tres mujeres hiroth murieron.

El emperador bajó la espada, la rabia destellaba en sus ojos frenéticos e inyectados en sangre, destellaba y después desaparecía.

—Intentamos combatir, Udinaas. Buscamos… la muerte.

—Lo sé, emperador. Quizá en Letheras…

Un asentimiento tembloroso.

—Sí. Quizá. Sí, Udinaas. —Los ojos de Rhulad de repente se incrustaron en los del esclavo—. Esas torres de hueso, ¿las viste? La masacre, su carne…

La mirada del esclavo dejó atrás por un instante la del emperador y encontró a Hannan Mosag. El rey hechicero se

había quedado mirando la espalda de Rhulad con un odio oscuro.

—Mi señor —dijo Udinaas en voz baja—, vuestro corazón está en lo cierto si quiere castigar a Hannan Mosag. Cuando lleguen vuestro padre y vuestros hermanos. La cólera fría es más fuerte que la cólera ardiente.

—Sí. Lo sabemos, esclavo.

—La batalla ha acabado. Ha acabado todo —dijo Udinaas y volvió a mirar el campo—. No se puede… volver atrás. Parece que ha llegado el momento de llorar.

—Conocemos esos sentimientos, Udinaas. Dolor. Sí. Pero ¿qué hay de la cólera fría? ¿Qué hay…?

La espada se estremeció, como el vello al erizarse, como la lujuria al despertarse, y el esclavo no vio nada frío en los ojos de Rhulad.

—Él ya ha sentido su látigo, emperador —dijo Udinaas—. Todo lo que queda es que vos reneguéis… de lo que acaba de pasar. Vuestros hermanos y vuestro padre necesitarán oírlo, como bien sabéis. De ellos, a todos los edur. A todos los aliados. A Uruth. —Añadió con un susurro áspero—. Querrían complicaros, mi señor, los reunidos y los que se siguen reuniendo alrededor de vuestra persona y vuestro poder. Pero vos veis con claridad, pues ese es el terrible don del dolor.

Rhulad estaba asintiendo, con los ojos clavados en las figuras que se acercaban.

—Sí. Un don terrible. Claro y certero.

—Mi señor —exclamó Hannan Mosag.

Un gesto despreocupado de la espada fue la única respuesta de Rhulad.

—Ahora no —dijo con voz ronca, la mirada todavía puesta en su padre y hermanos.

Ofendido, con el rostro oscurecido por la humillación, el rey hechicero guardó silencio.

Udinaas se volvió y observó a los guerreros del linaje Sengar que comenzaban a subir. *No niegues, esclavo, lo que piensas. A ese malnacido de Hannan Mosag hay que matarlo. Y pronto.*

—Una gran victoria, mi señor —dijo entonces Theradas Buhn, que se encontraba cerca.

—Nos complace —dijo Rhulad— que lo veas así también, Theradas Buhn.

Que el Errante me lleve, el muchacho aprende rápido.

Al llegar a la cumbre, Binadas se adelantó y apoyó una rodilla en el suelo delante de Rhulad.

—Emperador.

—Binadas, en este día, ¿has sido nuestro o has sido de Hannan Mosag?

Claro y certero.

Una expresión confusa cuando Binadas levantó la cabeza.

—Mi señor, el ejército de Tomad Sengar nunca ha necesitado de hechicerías. Nuestras conquistas han sido rápidas. La batalla de esta mañana fue fiera, el resultado incierto durante un tiempo, pero los edur prevalecieron. Sufrimos pérdidas, pero era de esperar… aunque no menos lamentadas por ello.

—Levántate, Binadas —dijo Rhulad con un profundo suspiro bajo la armadura de oro.

Udinaas vio entonces que Casco Beddict se acercaba tras los guerreros Sengar. Su aspecto no había mejorado, caminaba como un hombre con el cráneo partido y medio inconsciente. Udinaas sintió cierto pesar al ver a su conciudadano, pues había sido duro con el hombre antes.

Tomad habló entonces.

—Emperador, traemos recado de Uruth. Se ha recuperado…

—Nos alivia oírlo —lo interrumpió Rhulad—. Se han de rendir honores a sus hermanas caídas.

Tomad alzó un poco las cejas, después asintió.

El emperador se acercó a Temor y Trull.

—Hermanos, ¿han regresado los dos kenryll'ah?

—No, mi señor —respondió Temor—. Ni tampoco ha aparecido el forkrul assail. Debemos, creo, suponer que la caza continúa.

Todo iba bien, decidió Udinaas. Que Rhulad decidiera hablar de cosas que pocos de los presentes conocían, reforzando una vez más todo lo que lo unía a Temor y Trull. Una imagen de cara a Tomad, el padre de todos. De cara a Binadas, que debía de sentirse como si se encontrara en el más estrecho de los caminos, entre Rhulad y el rey hechicero. Y que pronto tendría que elegir.

Que el Errante nos ayude, qué desastre aguarda a estos tiste edur.

Rhulad puso una mano en el hombro de Trull, después lo dejó atrás.

—Casco Beddict, óyenos.

El letherii se irguió y parpadeó, buscó hasta que su mirada encontró al emperador.

—¿Mi señor?

—Lamentamos este día, Casco Beddict. Estas… muertes innobles. Preferiríamos que este hubiera sido un día de triunfo con todos los honores, de valor y gloria revelada por ambos bandos. Preferiríamos, Casco Beddict, que este día hubiera sido… limpio.

Cólera fría, sin duda. Mayor favor le hubieran hecho, quizá, si hubieran dado una paliza pública a Hannan Mosag. El futuro se estaba desmoronando allí, en esos momentos,

comprendió Udinaas. *¿Y era esa mi intención? Mejor, creo, hubiera sido permitir que Rhulad derribara al malnacido ahí mismo. Limpio y sencillo, el único engañado que cree esas palabras es el propio Rhulad. Hay dos palabras mejores: cruel y sutil.*

—Nos gustaría retinarnos, hasta la mañana —prosiguió el emperador—. Cuando marchemos a reclamar Letheras y el trono que hemos ganado. Udinaas, ven a atenderme en breve. Tomad, a medianoche el túmulo para los caídos estará listo para su santificación. Asegúrate de que el enterramiento se da con todos los honores. Y, padre —añadió—, que esos soldados letherii contra los que luchaste en este día, se unan a ellos en el mismo túmulo.

—Mi señor…

—Padre, los letherii son ahora nuestros súbditos, ¿no es cierto?

Udinaas se quedó a un lado, observando a los varios edur que dejaban la cima de la colina. Binadas habló con Hannan Mosag durante un momento y después se acercó a Casco Beddict para el saludo formal de los unidos por la sangre. Posteriormente, Binadas se llevó al letherii.

Temor y Tomad bajaron a disponer los detalles del enterramiento. Theradas Buhn y los otros hermanos elegidos partieron rumbo a los campamentos hiroth.

En apenas unos minutos solo quedaban dos: Udinaas y Trull Sengar.

El edur estaba estudiando al esclavo a unos quince pasos de distancia, con la atención suficiente como para hacer que el esclavo empezara a ponerse nervioso. Al fin, Udinaas se giró con gesto despreocupado y se quedó mirando las colinas del sur.

Una docena de latidos después, Trull Sengar fue a ponerse a su lado.

—Parece —dijo el edur tras un momento— que, por muy esclavo que seas, posees talentos que rayan en lo genial.

—¿Amo?

—Deja ya esa mierda de «amo», Udinaas. Ahora eres… ¿cuál es el título? ¿Canciller del reino? ¿Asesor principal o algo parecido?

—Primer eunuco, creo.

Trull le echó un vistazo.

—No sabía que te habían…

—En absoluto. Considérelo simbólico.

—De acuerdo, entiendo, creo. Dime, ¿tan seguro estás de ti mismo, Udinaas, que pretendes interponerte entre Rhulad y Hannan Mosag? ¿Entre Rhulad y Theradas Buhn y los demás cachorrillos rabiosos que son los hermanos elegidos del emperador? ¿Pretendes interponerte, de hecho, entre Rhulad y su propia locura? Bien sabe la Hermana que había pensado que el rey hechicero era arrogante…

—No es arrogancia, Trull Sengar. Si lo fuera, estaría tan seguro de mí mismo como usted parece pensar que lo estoy. Pero no lo estoy. ¿Cree que he maniobrado de algún modo para encontrarme en esta posición? ¿Por elección? ¿Por voluntad propia? Dígame, ¿cuándo fue la última vez que alguno de nosotros tomó por sí mismo una decisión importante? ¿Incluyendo a su hermano menor?

El edur no dijo nada durante un rato. Después asintió.

—Muy bien. Pero, no obstante, debo saber tus intenciones.

Udinaas sacudió la cabeza.

—Nada complicado, Trull Sengar. No quiero ver a nadie herido más de lo que ya lo han sido.

—¿Incluyendo a Hannan Mosag?

—Al rey hechicero nadie lo ha herido. Pero hemos visto, en este día, lo que podría infligir a otros.

—¿Rhulad estaba… afligido?

—Furioso. *—Pero, por desgracia, no por razones admirables, no. Él solo quería luchar. Y morir. Los otros sentimientos más nobles los había tomado prestados. De mí.*

—Esa respuesta me… alivia, Udinaas.

Que es por lo que te la di.

—Udinaas…

—¿Sí?

—Temo por lo que ocurrirá. En Letheras.

—Sí.

—Siento que el mundo está a punto de deshacerse.

Sí.

—Entonces tendremos que hacer todo lo que podamos, Trull Sengar, para que no se deshaga.

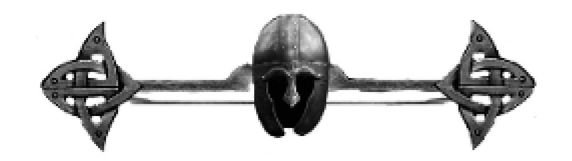
Los ojos del tiste edur sostuvieron la mirada de los suyos, después Trull asintió.

—Cuidado con tus enemigos, Udinaas.

El esclavo no respondió. Solo una vez más, estudió las colinas lejanas. El humo mermado de los fuegos que ardían en el vientre del torreón caído se alzaba como sombras burlonas de las primeras horas del día.

Todas estas guerras…

24



Cinco alas te comprarán una plegaria,
allí, a los mugrosos pies del Errante.
El domicilio eterno se agazapa
en una ciénaga antigua donde los ríos se agotaron
y la sangre real corre en el más claro arroyo,
alrededor de los tocones de árboles arrancados,
donde los bosques se alzaban antaño en toda su majestad.
Cinco caminos que salen de la Fortaleza Vacía
te tirarán de espaldas
con cuchillos de altar y plata cincelada.
Los ríos enterrados mordisqueando las raíces,
Todo en remolino en impacientes cuevas subterráneas
donde los huesos de reyes ruedan y chocan
en los sedimentos, y cinco son los caminos
que entran y salen de este alma compartimentada.
Por todo lo que perdiste, los corazones se desangran
en la naturaleza salvaje.

Día del Domicilio
Fintrothas el Críptico

El agua dulce y cálida del río se convirtió en la sangre del demonio, un recipiente por el que trepaba, la corriente rodeándolo y empujándolo. Más adelante, como ya sabía, yacía un corazón, una fuente de poder a la vez extraña y conocida. Su amo no sabía nada de ella, o no habría

permitido que el demonio se acercara tanto, pues ese poder, una vez poseído, partiría las cadenas que lo sujetaban.

Algo esperaba. En las corrientes enterradas que corrían sin cesar bajo la gran ciudad, en las orillas del río. Al demonio se le encargó llevar la flota de barcos (una presencia irritante que surcaba la superficie) a la ciudad. El demonio sabía que la proximidad sería suficiente para abalanzarse de repente, para aferrar ese temido corazón con sus muchas manos. Para alimentarse y después alzarse, libre una vez más y en posesión de la fuerza de diez dioses. Para surgir, como un ancestral, libre del mundo crudo y caótico de antaño. Dominante, inatacable, y ardiendo de furia.

Por entre el aluvión oscuro del río, trepando como un cangrejo inmenso, tamizando siglos de secretos, el lecho de un río antiguo albergaba tanto, una multitud de relatos escritos en capa tras capa de detritos. Redes embarradas enganchadas en restos más antiguos, barcos hundidos, piedras de catapultas, filas desiguales de urnas selladas que todavía contenían sus riquezas mundanas. Huesos podridos, reunidos en agujeros donde las corrientes formaban un remolino, y a más profundidad todavía, en aluviones densos y endurecidos, tragados por la oscuridad, huesos aplastados por presiones y transformados en encajes cristalinos, dispuestos en esqueletos de piedra.

Incluso en la muerte, comprendía el demonio, nada se quedaba quieto. Los necios mortales, vidas efímeras y en frenesí continuo, era obvio que creían lo contrario y se abrían paso rápido, como si estuvieran por encima de la danza paciente de la tierra y la piedra. El agua, por supuesto, era capaz de salvar la inmensa variedad de ritmo entre todas las cosas. Podía cambiar, dejar atrás todo lo demás y podía detenerse, aparentemente inmóvil. En eso

desplegaba el poder sagrado de los dioses, pero era, en sí misma, insensible.

El demonio sabía que ese poder se podía sujetar. Los dioses lo habían hecho y se habían convertido en amos y señores de los mares. Pero era el río lo que alimentaba a los mares. Y los manantiales que brotaban de las capas de roca. Los dioses marinos, en realidad, debían someterse a los de los ríos y los estanques del interior. El demonio, el viejo dios-espíritu del manantial, pretendía restablecer el equilibrio una vez más. Con el poder que lo aguardaba bajo la ciudad, hasta los dioses del mar tendrían que arrodillarse.

Saboreó esos pensamientos, extraños y claros como eran, una claridad que el demonio no había poseído jamás. El sabor del río, quizá, esas corrientes brillantes, el filtro generoso de las orillas. La inteligencia que florecía en su interior…

Cuánto placer.

—Bonito tapón.

Ella se volvió y se lo quedó mirando. Tehol sonrió con expresión inocente.

—Si estás mintiendo, Tehol Beddict…

Unas cejas se alzaron.

—Yo jamás haría eso, Shurq. —Tehol se levantó de donde estaba sentado en el suelo y empezó a pasearse por la pequeña y atestada habitación—. Selush, puedes sentirte orgullosa. Bueno, el modo en que has remetido la piel alrededor de la gema, ni una sola arruga a la vista…

—A menos que frunza el ceño —dijo Shurq Elalle.

—Incluso así —respondió él—, sería un modesto… frunce.

—Bueno —dijo Shurq—, tú sabrás.

Selush se apresuró a guardar sus cosas en la bolsa.

—Oh, como si no supiera lo que va a pasar. Una riña.

—Expresa tu gratitud, Shurq —la apremió Tehol.

Las yemas de unos dedos tantearon la gema en su engaste de plata que tenía en la frente, Shurq Elalle vaciló y después suspiró.

—Gracias, Selush.

—No estaba pronosticando una riña entre nosotros —dijo la mujer de la melena salvaje—. Me refería a los tiste. Están de camino. Lether ha sido conquistada y temo los cambios que se aproximan. Piel gris, esa será la nueva moda, fijaos lo que os digo. Pero he de seguir siendo pragmática —añadió; su mirada se iluminó de repente—. Ya estoy mezclando una serie de bases para lograr ese espeluznante efecto. —Una pausa, una mirada a Shurq Elalle—. Trabajar en lo tuyo resultó muy útil, Shurq. Pensé que podría llamar a la primera línea «Ladrona Muerta de la Noche».

—Bonito.

—Me gusta.

—Pero no creas que eso significa que te vas a llevar una tajada de mis beneficios, Shurq.

—Ni se me ocurriría.

—Tengo que irme ya —dijo Selush mientras se erguía con la bolsa colgada de un hombro—. Pienso quedarme escondida en mi sótano durante los próximos días. Y os aconsejaría lo mismo a los dos.

Tehol miró a su alrededor.

—Yo no tengo sótano, Selush.

—Bueno, lo que cuenta es la intención, es lo que siempre digo. ¡Adiós!

El frufrú de la cortina y se había marchado.

—¿Es muy tarde? —preguntó Shurq Elalle.

—A punto de amanecer.

—¿Dónde está tu criado?

—No lo sé. Por alguna parte, diría yo.

—¿En serio?

Tehol dio un par de palmadas.

—Vamos al tejado. Podemos comprobar si mi silencioso guardaespaldas cambia de expresión al ver tu belleza.

—¿Qué ha estado haciendo ahí arriba todo este tiempo?

—Es probable que esté justo encima de esa puerta, por si llegara algún visitante inoportuno, cosa que, por suerte, no ha ocurrido. No se puede decir que la mensajera de Brys contara.

—¿Y qué podría haber hecho desde ahí arriba si atacaran?

—Me imagino que se habría lanzado en picado entre un frenesí de espadas, cuchillos y palos y que habría dejado al intruso sin sentido en un santiamén. O eso o gritaría y después correría hasta la escalera, bajaría y se vengaría ante nuestros cadáveres.

—Tu cadáver, no el mío.

—Tienes razón, por supuesto. Error mío.

—No me sorprende que estés confuso, Tehol —dijo Shurq, y se retiró el pelo hacia atrás con las dos manos, un gesto que destacó de una forma admirable su pecho—. Dado el placer que descubriste en mi mercancía no hace mucho.

—Tu «mercancía», claro. Un buen término, puesto que podría significar casi cualquier cosa. Bueno, ¿subimos a recibir el amanecer?

—Si insistes. No puedo quedarme mucho. Ublala empezará a preocuparse.

—Harlest le advertirá de que los muertos no tienen ningún sentido del tiempo, Shurq. No hay que apurarse.

—Murmuraba algo sobre descuartizar a Harlest justo antes de que me fuera.

Se acercaron a la escalera de mano con Shurq por delante.

—Creí que estaba atrapado en un sarcófago —señaló Tehol.

—Todavía podíamos oírlo. Siseos y arañazos teatrales en la tapa. Era, incluso para mí, un tanto irritante.

—Bueno, esperemos que Ublala no hiciera nada que pueda lamentar.

Treparon.

El cielo empezaba a palidecer por el este, pero el aire conservaba cierto frescor. El guardaespaldas se colocó frente a ellos hasta que captó su atención y después señaló el río.

La flota edur lo cubría entero, cientos de corsarios y transportes, una curva oscura de velas. Entre los primeros barcos habían aparecido remos que se deslizaban por los flancos de los cascos. El desembarco comenzaría antes de una campanada.

Tehol los estudió por un momento, después miró al noroeste. Las columnas blancas de la batalla del día anterior habían desaparecido, aunque persistía una mancha de humo oscuro en el torreón, iluminado muy por encima del horizonte por los primeros haces del sol. Sobre el camino occidental había una veta de polvo que se iba acercando con el amanecer.

Tehol y Shurq tardaron un rato en hablar; después, esta última se volvió hacia su compañero.

—Tengo que irme —dijo.

—No te dejes ver —contestó Tehol.

La ladrona se detuvo en la escalera.

—Y tú, Tehol Beddict, quédate aquí. En este tejado. Con ese guardia cerca.

—Buen plan, Shurq Elalle.

—Dada la oportunidad, Gerun Eberict vendrá a por ti.

—Y a por ti.

De la lejana puerta occidental de la ciudad rompió un frenesí estridente de campanas que anunciaban la llegada del ejército edur.

La ladrona desapareció por la trampilla.

Tehol se quedó mirando al oeste. La espalda se le fue calentando y supo que ese día iba a hacer calor.

Una de las manos de la mujer reposaba en el hombro del rey, pero Brys se dio cuenta de que Nisall estaba a punto de derrumbarse. Había velado a Ezgara Diskanar buena parte de la noche, como si con el amor bastase para proteger al hombre contra todos los peligros. El agotamiento había sumido al rey en el sueño y en ese momento estaba sentado en el trono como un cadáver, derrumbado y con la cabeza colgando. La corona se le había caído durante la noche y estaba tirada junto al trono, en el estrado.

El canciller, Triban Gnol, había hecho acto de presencia en algún momento, pero se había ido con el último cambio de guardia. Fantasmal desde la pérdida de la reina, el príncipe y Turudal Brizad, había envejecido de repente, se había encogido y se deslizaba por los pasillos sin hablar con nadie.

El finadd Moroch Nevath había desaparecido, aunque Brys confiaba en que el espadachín llegaría cuando fuera el momento. A pesar de todo lo que había sufrido, era un hombre valiente y ninguno de los rumores concernientes a su conducta en el fuerte Alto merecían, en opinión de Brys, siquiera la saliva necesaria para pronunciarlos.

El primer eunuco Nifadas, junto con Brys Beddict, había asumido el mando de los soldados que quedaban en palacio. La entrada a cada ala estaba cerrada con barricadas y

protegida por al menos treinta guardias, con la excepción del camino del Rey, donde el ceda y su locura habían prohibido que se quedara nadie, salvo él mismo. En la ciudad, el finadd Gerun Eberict y la guarnición de la ciudad habían tomado posiciones por todo Letheras, en número insuficiente para defender las puertas o murallas, pero dispuestos a luchar de todos modos, al menos Brys suponía que ese era el caso, dado que no había dejado el salón del trono en bastante tiempo y Gerun no había vuelto a aparecer desde que se pusiera al frente de la guarnición.

Haciendo turnos con Nifadas, el paladín del rey había descansado en un banco cerca de la magnífica entrada del salón del trono y había conseguido media docena de campanadas de un sueño sorprendentemente profundo. Los sirvientes lo habían despertado con el desayuno, y había comenzado el día inminente con una normalidad surrealista. Envuelto en ropas empapadas de sudor bajo la armadura, un Brys muerto de frío comió a toda prisa, después se levantó y se acercó adonde Nifadas estaba sentado, en el banco de enfrente.

—Primer eunuco, es hora de que descanse.

—Paladín, no es necesario. He hecho muy poco y no estoy en absoluto fatigado.

Brys estudió los ojos del hombre. Eran perspicaces y estaban alerta, muy diferente de la habitual mirada soñolienta que solía presentar Nifadas.

—Muy bien —dijo.

El primer eunuco levantó la cabeza y le sonrió.

—Nuestro último día, finadd.

Brys frunció el ceño.

—No hay razón para suponer, Nifadas, que los edur verán motivos para acabar con su vida. Como con el canciller, sus conocimientos serán necesarios.

—Conocimientos, sí. Una suposición encomiable, finadd.

El primer eunuco no añadió nada más.

Brys volvió la vista y miró al trono, después se dirigió a él y se acercó a Nisall.

—Primera concubina, dormirá todavía un rato. —Cogió a la mujer por el brazo—. No se preocupe —añadió cuando la mujer empezó a resistirse—, solo hasta ese banco de ahí. Nada más.

—¿Cómo, Brys? ¿Cómo pudo derrumbarse todo? ¿Tan rápido? No lo entiendo.

El paladín rememoró las reuniones secretas en las que Nisall, Unnutal Hebaz, Nifadas y el rey habían planeado sus movimientos y contraataques en aquellas absorbentes partidas de intriga de la casa real. La confianza de aquella mujer le había parecido inatacable, el brillo de la inteligencia en sus ojos. Recordó cómo veían los letherii a los tiste edur y sus tierras: una perla lista para cosechar.

—No lo sé, Nisall.

La primera concubina dejó que la sacara del estrado.

—Parece todo tan… tranquilo. ¿Ha empezado el día?

—El sol ha salido, sí.

—No se moverá del trono.

—Lo sé.

—Está… asustado.

—Aquí, Nisall, échese aquí. Use estos cojines. No es lo ideal, lo sé…

—No, no pasa nada. Gracias.

Se le cerraron los ojos en cuanto se acomodó. Brys se la quedó mirando un momento. Ya estaba dormida.

Dio la vuelta y se dirigió a la majestuosa entrada, se metió por el pasillo de techos bajos donde pretendía presentar la última batalla. Poco más allá, el ceda estaba echado, acurrucado y dormido, en la losa central.

Y de pie, cerca de Kuru Qan, estaba Gerun Eberict. Con la espada en la mano. Los ojos clavados en el ceda.

Brys se acercó sin ruido.

—Finadd.

Gerun levantó la cabeza, inexpresivo.

»La licencia del rey no te absuelve de todo, Gerun Eberict.

El hombre le enseñó los dientes.

—Ha perdido la cabeza, Brys. Le haría un favor.

—No eres tú el que debe juzgar eso.

Gerun ladeó la cabeza.

—¿Te enfrentarías a mí?

—Sí.

Tras un momento, el finadd dio un paso atrás y volvió a meter la espada en la vaina que llevaba en la cadera.

—Muy oportuno, entonces. Diez latidos más…

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Brys.

—Mis soldados están todos en posición. ¿Qué más quieres que haga?

—Mandarlos.

Un bufido sibilante.

—Me aguardan otras tareas en este día.

Brys se quedó callado. Se preguntaba si debería matar a aquel hombre ya.

Pareció que Gerun adivinó lo que pensaba porque su sonrisa burlona y marcada se ensanchó.

—Recuerda las responsabilidades que tienes, Brys Beddict. —Hizo un gesto y una docena de guardias de su hacienda entraron en la cámara—. Se supone que has de morir defendiendo al rey, después de todo. En cualquier caso —añadió a medida que fue retrocediendo poco a poco—, acabas de confirmar mis sospechas y eso te lo agradezco.

Sangre u honor.

—Sé lo que crees, Gerun Eberict. Y por esto te lo advierto ahora, no se te permitirá hacer uso de la licencia en esto.

—¿Hablas por el rey? Brys Beddict, qué presuntuoso por tu parte, ¿no crees?

—El rey espera de ti que te pongas al mando de la guarnición y defiendas la ciudad, no que abandones tus responsabilidades para llevar a cabo tu propia cruzada.

—¿Defender la ciudad? No seas idiota, Brys. Si la guarnición quiere presentar una última batalla heroica, allá ellos. Yo tengo intención de sobrevivir a esta maldita conquista. Los tiste edur no me asustan. —Se dio la vuelta y, rodeado por sus guardias, dejó el aposento.

Sangre u honor. *No tengo elección en esto, Tehol. Lo siento.*

A Bicho no le sorprendió del todo encontrarse casi solo en la muralla. Nadie le había dado el alto en su ascenso, parecía que todos los guardias de la guarnición se habían retirado a varios embudos repartidos por toda la ciudad. Todavía quedaba por ver, por supuesto, si esos soldados presentarían una defensa encarnizada. En cualquier caso, su presencia había mantenido las calles casi vacías.

El criado se apoyó en un merlón y observó al ejército edur que se acercaba por el camino del oeste. Alguna mirada ocasional a la izquierda le permitía controlar la llegada de la flota y el inmenso demonio letal que iba debajo, una presencia que abarcaba toda la anchura del río y que se extendía río abajo casi media legua. Una criatura terrible, brutal, que forzaba sus cadenas de hechicería.

La puerta del oeste estaba abierta y sin guardias. Los primeros elementos del ejército edur se habían acercado a menos de mil pasos y avanzaban con precaución. A ambos

lados de la columna, por las zanjas y entre los campos, habían aparecido los primeros lobos soletaken.

Bicho suspiró y miró al otro ocupante de la muralla.

—Tendrás que trabajar rápido, creo.

El artista era una figura muy conocida y fácilmente reconocible en Letheras. Una mata de pelo que empezaba en la cabeza y bajaba hasta unirse con la barba desgreñada que le cubría la mandíbula y el cuello, la nariz chata y los ojitos azules eran los únicos rasgos visibles de la cara. Era bajo y enjuto y pintaba como a saltos agitados, a menudo encaramado sobre una sola pierna, repartía pintura por las superficies que siempre parecían demasiado pequeñas para la imagen que pretendía capturar. Ya hacía mucho tiempo que había elevado ese defecto de perspectiva a nivel de técnica y después a estilo legítimo, en la medida en que los estilos artísticos podían ser legítimos. Al oír el comentario de Bicho, frunció el ceño y se apoyó en una sola pierna, con el pie de la otra reposando en la rodilla.

—¡La escena, necio! La tengo grabada en mi mente, aquí, tras este ojo, el izquierdo. No olvido nada. Cada detalle. Los historiadores alabarán mi trabajo de este día, ya lo verás. ¡Lo alabarán!

—¿Has terminado, entonces?

—Casi, casi casi, sí, casi terminado. Cada detalle. Lo he vuelto a hacer. Eso es lo que dirán. Sí, lo he vuelto a hacer, de nuevo.

—¿Me permites? —Una suspicacia repentina—. Yo mismo soy una especie de historiador —añadió Bicho.

—¿Sí? ¿Te he leído? ¿Eres famoso?

—¿Famoso? Es probable. Pero dudo que me hayas leído, dado que todavía tengo que escribir algo.

—¡Ah, das conferencias!

—Un estudioso que nada en el océano de la historia.

—Me gusta. Podría pintarlo.

—¿Entonces me permites ver tu cuadro?

Un gesto majestuoso con una mano multicolor.

—Adelante, entonces, viejo amigo. Contempla mi genio por ti mismo.

El lienzo encaramado al caballete era más ancho que alto, al modo de un paisaje o, de hecho, el testimonio de alguna vista trascendental de la historia. Medía al menos dos brazas de ancho. Bicho lo rodeó para echar un vistazo a la imagen capturada en la superficie.

Y vio dos colores divididos por una tosca diagonal. Un rojo irregular a la derecha, marrón turbio a la izquierda.

—Extraordinario —dijo Bicho—. ¿Y qué es lo que has plasmado aquí?

—¿Qué es? ¿Estás ciego? —El pintor señaló con un pincel —. ¡La columna! ¡Esos edur que se acercan, el inmenso ejército! El estandarte, por supuesto. ¡El estandarte!

Bicho guiñó los ojos y distinguió a lo lejos el diminuto trozo de rojo que era el primer estandarte de la vanguardia.

—Ah, por supuesto. Ahora lo veo.

—Y mi brillantez te ciega, ¿no?

—Oh, sí, me ha arrebatado toda comprensión de los ojos, desde luego.

El artista cambió de pierna con agilidad y se quedó encaramado con gesto pensativo mientras miraba con el ceño fruncido la columna edur.

—Lógicamente, ahora están más cerca. Ojalá hubiera traído otro lienzo, para poder elaborar todavía más los detalles.

—Bueno, siempre podrías usar este muro.

Unas cejas pobladas se arquearon.

—Una idea… muy inteligente. Eres un estudioso, sin duda.

—Tengo que irme.

—Sí, sí, deja de distraerme. Necesito concentrarme, ya sabes. Concentrarme.

Bicho bajó sin ruido las escaleras de piedra.

—Una gran lección —murmuró por lo bajo cuando llegó al nivel de la calle. Detalles… tantas cosas que hacer ese día.

Caminó por calles desiertas, evitando los cruces principales donde se habían levantado barricadas y por donde los soldados se movían nerviosos y expectantes. Alguna que otra figura aparecía y desaparecía de repente en su camino.

Muy poco tiempo después, el criado dobló una esquina, se detuvo y después se aproximó al templo en ruinas. Cerca estaba Turudal Brizad, que lo miró cuando Bicho llegó a su lado.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó el dios conocido como el Errante.

—¿A qué te refieres?

—El mortal que requerí para esta tarea no ha aparecido.

—Oh. Mala cosa, ya que los jheck están cruzando las puertas en estos mismos momentos.

—Y los primeros edur de los barcos ya han desembarcado, sí.

—¿Por qué no actúas tú mismo? —preguntó Bicho.

—No puedo. Mi orientación impone ciertas… prohibiciones.

—Ah, el codazo, el tirón o el empujoncito.

—Sí, solo eso.

—Has sido tan directo como has podido.

El Errante asintió.

»Bueno, comprendo tu dilema —dijo Bicho.

—De ahí mi pregunta, ¿tienes alguna sugerencia?

El criado lo pensó un momento mientras el dios aguardaba con paciencia; después suspiró.

—Quizá. Quédate aquí. Si me sale bien, te enviaré a alguien —dijo.

—De acuerdo. Confío en que no tardes demasiado.

—Espero que no. Depende de mis poderes de persuasión.

—Eso me anima más.

Sin otra palabra, Bicho se fue. Aceleró el paso y se dirigió a los muelles. Por fortuna, no estaba lejos y llegó a la calle Frontal, vio que los guerreros de los tiste edur que habían desembarcado solo se habían apoderado de los amarraderos principales. Se estaban tomando su tiempo, notó, señal de la confianza que sentían. Nadie intentaba impedir el arribo. Bicho se apresuró por la calle Frontal hasta que llegó a uno los atraques más pequeños. Donde encontró su destino, un barquito de dos mástiles y líneas puras que necesitaba una mano de pintura, pero aparte de eso parecía bastante sólido. No había nadie a la vista en la cubierta, pero en cuanto cruzó la pasarela oyó voces y luego el golpeteo de unas botas.

Bicho había llegado al centro de la cubierta cuando se abrió de repente la puerta de la cabina y salieron dos mujeres armadas con las espadas en alto.

Bicho se detuvo y levantó las manos.

Aparecieron tres figuras más y las dos mujeres se colocaron a ambos lados. Un hombre alto, de melena gris, con una sobrevesta carmesí y un segundo hombre que era, con toda claridad, mago. A la tercera recién llegada Bicho la reconoció.

—Buenos días, Shand. Así que aquí es donde la envió Tehol.

—Bicho. En el nombre del Errante, ¿se puede saber qué quieres?

—Bien dicho, muchacha. ¿Son estos magníficos soldados la tripulación recién contratada de Shurq Elalle?

—¿Quién es este hombre? —le preguntó el soldado del pelo gris a Shand.

Ella frunció el ceño.

—El criado de mi jefe. Y tu jefe trabaja para mi jefe. Su llegada significa que va a haber problemas. Adelante, Bicho, estamos escuchando.

—En primer lugar, ¿qué tal si nos presenta, Shand?

La mujer puso los ojos en blanco.

—Barras de Hierro…

—Juramentado de la Guardia Carmesí —la interrumpió Bicho con una sonrisa—. Disculpe, continúe, por favor.

—Corlo…

—Su mago supremo. Una vez más, disculpe, pero con eso tendrá que servir. Tengo muy poco tiempo y necesito a estos guardias.

—¿Nos necesitas para qué? —preguntó Barras de Hierro.

—Tenéis que matar al dios de los jheck soletaken.

La expresión del juramentado se oscureció.

—Soletaken. No es la primera vez que nos cruzamos con soletaken.

Bicho asintió.

—Si los jheck consiguen llegar junto a su dios, por supuesto lo protegerán…

—¿A qué distancia está?

—Solo unas calles, en un templo abandonado.

Barras de Hierro asintió.

—Ese dios, ¿es soletaken o d’ivers?

—D’ivers.

El juramentado se volvió hacia Corlo, que dijo:

—Preparaos, soldados, tenemos un combate por delante.

Shand se los quedó mirando.

—¿Y qué le digo a Shurq si aparece entretanto?

—No tardaremos mucho —dijo Barras de Hierro mientras sacaba la espada.

—¡Esperad! —Shand se volvió hacia Bicho—. ¡Tú! ¿Cómo sabías que estarían aquí?

El criado se encogió de hombros.

—Un codazo del Errante, supongo. Cuídese, Shand, y salude a Hejun y Rissarh por mí, ¿quiere?

Cincuenta pasos de camino empedrado vacío entre ellos y las puertas abiertas de Letheras. Trull Sengar se apoyó en su lanza y le echó un vistazo a Rhulad.

El emperador, con los hombros envueltos en pieles y enorme, se paseaba como una bestia con los ojos clavados en la puerta. Hannan Mosag y sus k'risnan supervivientes habían avanzado diez pasos en medio de espectros de sombra, y estos últimos se adelantaban con movimientos furtivos.

Los espectros llegaron hasta la puerta, se detuvieron un momento y después penetraron en la ciudad.

Hannan Mosag se volvió y regresó adonde aguardaban el emperador y sus hermanos.

—Es como percibimos, emperador. No se detecta por ninguna parte la presencia del ceda. Entre la guarnición no hay más que un puñado de magos menores. Los espectros y los demonios se ocuparán de ellos. Deberíamos poder abrirnos camino entre las barricadas y alcanzar el Domicilio Eterno antes del mediodía. Un momento muy adecuado para que ascendáis al trono.

—Barricadas —dijo Rhulad con un asentimiento—. Bien. Deseamos luchar. ¡Udinaas!

—Aquí. —El esclavo se adelantó.

—Esta vez, Udinaas, tú acompañarás a los miembros de la casa, bajo las órdenes de Uruth.

—¿Emperador?

—No arriesgaremos tu persona, Udinaas. Si cayéramos, sin embargo, te enviarán a nos de inmediato.

El esclavo hizo una reverencia y se retiró.

Rhulad se giró hacia donde se encontraban su padre y sus tres hermanos.

—Entraremos ahora en Letheras. Reclamaremos nuestro imperio. Preparad las armas, sangre de los nuestros.

Todos empezaron a avanzar.

La mirada de Trull se posó un momento más en Hannan Mosag, se preguntaba qué era lo que ocultaba el rey hechicero, después siguió a sus hermanos.

Casco Beddict estaba entre la segunda compañía que entró en Letheras; a veinte pasos de la puerta se hizo a un lado, se detuvo y observó a los cansados edur que continuaban. Ninguno le prestó atención. En los edificios cercanos, caras pálidas observaban desde ventanas y por ranuras de contraventanas apenas abiertas. Sobre los muelles giraban las gaviotas y gritaban en una cacofonía de pánico. Más adelante, por la avenida principal, la lucha comenzaba en la primera barricada. Se oyó el golpe seco de la hechicería y después gritos.

Una pérdida de vida sin sentido. Esperaba que no todos los soldados de la guarnición fueran tan idiotas y valientes. Ya no había razón para luchar. Lether estaba conquistada. Lo único que quedaba era deponer al inútil del rey y a sus traidores asesores. El único acto realmente justo de esa guerra, en lo que a Casco Beddict se refería.

Había dejado de llorar por su hermano Brys. Aunque Brys no estaba muerto todavía, su muerte era, no obstante, una consecuencia certera como ninguna. El paladín del rey moriría defendiendo al rey. Era trágico, e innecesario, pero sería la última tradición representada por los letherii, y nada de lo que Casco o cualquier otro pudieran hacer o decir lo evitaría.

Todas las cenizas se habían posado en la mente de Casco. La masacre que habían dejado atrás, los asesinatos que los aguardaban. Había traicionado para ver el fin de la locura corrupta de su pueblo. Que esa victoria exigiera la muerte de Brys suponía la última capa de cenizas que envolvía el alma de Casco. No habría absolución.

Con todo, a Casco le quedaba un deber que cumplir. Cuando la tercera compañía de tiste edur entró por las puertas, él giró y bajó por un callejón lateral.

Tenía que hablar con Tehol. Explicar las cosas. Decirle a su hermano que sabía lo de los engaños, los ardides. Tehol era, esperaba, el único hombre de Letheras que no odiaría a Casco por lo que había hecho. Necesitaba hablar con él.

Necesitaba algo parecido al perdón.

Por no estar allí para salvar a sus padres tantos años atrás.

Por no estar allí para salvar a Brys ese día.

Perdón, una cosa muy simple.

Udinaas se encontraba entre los otros esclavos de la casa Sengar, esperando su turno para entrar en Letheras. Ya había llegado recado que se libraban combates más adelante. Uruth se hallaba cerca y con ella estaba Mayen, envuelta en un pesado manto, el rostro desfigurado por el sufrimiento y los ojos de una criatura acosada. Uruth no se

apartaba mucho, como si temiera un intento de huida por parte de la joven. Pero no era por compasión, sin embargo. El niño era todo lo que importaba ya.

Pobre Mayen.

Udinaas sabía cómo se sentía. Algo parecido a una fiebre se había apoderado de él, una urgencia en la sangre. El sudor le corría por el cuerpo bajo la túnica. Sentía la piel en llamas. Se quedó muy quieto, al borde, temía, de perder el control.

La sensación había llegado de repente, como una oleada interna de pánico, un terror sin cara. Que empeoraba…

La cabeza empezó a darle vueltas y tardó un momento en darse cuenta de lo que estaba pasando. Entonces lo embargó el horror.

El wyval.

Estaba cobrando vida en su interior.

Con B'nagga al frente, los jheck entraron en la ciudad. Soletaken avanzando a grandes zancadas con las cabezas gachas, todos y cada uno buscando el olor de su dios. Y encontrándolo en las corrientes impregnadas de miedo que flotaban por Letheras, una impaciencia, una inteligencia consumida por la rabia.

Aullidos de júbilo que se alzan para llenar la ciudad y reverberan por las calles, aullidos de más de nueve mil lobos. Lobos que aterrorizan a los ciudadanos acobardados. Nueve mil lobos de pelo blanco que corren por una veintena de rutas que convergen en el viejo templo, una ráfaga interior de locura bestial.

B'nagga unió su voz a los aullidos escalofriantes, el corazón inundado por una alegría salvaje. La Manada los aguardaba. Demonios, espectros, tiste edur y emperadores

malditos no significaban nada. Aliados momentáneos de conveniencia. Lo que surgiría allí, en Letheras, era la ascensión de los jheck. Un imperio de soletaken con un dios-emperador en el trono. Rhulad hecho pedazos, los edur desgarrados en trozos de carne ensangrentada y dulce, sabrosa médula de huesos partidos, cráneos abiertos, cerebros devorados.

Ese día terminaría con tal matanza que ningún superviviente la olvidaría. Ese día, B'nagga se dijo con una risa silenciosa, pertenecía a los jheck.

Setenta y tres de los mejores soldados de su compañía formaban un muro de escudos detrás de Moroch Nevath. Defendían el puente más grande que cruzaba el canal Principal, un lugar adecuado para aquel drama patético. Lo mejor de todo, las terceras gradas estaban dispuestas tras ellos y en ellas habían aparecido ciudadanos. Espectadores, un talento letherii. Sin duda estaban cruzando apuestas y al menos Moroch Nevath tendría público.

Los ojos entornados, los rumores sobre su cobardía en el fuerte Alto, cesarían ese día. No era mucho pero bastaría.

Recordó que había prometido hacer algo por Turudal Brizad, pero las atroces afirmaciones del tipo no habían convencido del todo a Moroch. Historias de dioses y demás, y encima, en boca de un consorte pintado, bueno, eso tendría que esperar otro día, otra vida. Que el petimetre de amante de la reina perdida y el aborrecible canciller libraran sus propias batallas. Moroch quería enfrentarse a los tiste edur.

Si se lo permitían. Una muerte vil bajo una oleada de hechicería era más probable.

Un gruñido de uno de sus soldados.

Moroch asintió al ver a los primeros edur acercarse por la avenida principal.

—Mantened ese muro de escudos —rezongó mientras se iba a colocar cinco pasos por delante—. Es una compañía pequeña, enviemos sus almas al meadero del Errante.

En respuesta a sus osadas palabras, gritos de los soldados, voces que manchaba la sed de sangre. Espadas que golpeaban los bordes de los escudos.

Moroch sonrió. *Nos han localizado.*

—Miradlos, camaradas, ya veis cómo vacilan.

Desafíos bramados por los soldados.

Los tiste edur reanudaron su marcha. En cabeza, un guerrero envuelto en oro.

A quien Moroch había visto antes.

—Que el Errante me bendiga —susurró, y después se giró en redondo—. ¡El emperador! ¡El del oro! —Volvió a girarse y dio cuatro zancadas más hasta que se encontró al borde mismo del puente. Levantó la espada—. ¡Rhulad de los edur! —gritó—. ¡Ven a enfrentarte a mí, maldito bicho raro! ¡Da un paso adelante y muere!

Bicho señaló calle abajo.

—¿Veis a ese hombre? Ese es Turudal Brizad. Es a él a quién le estáis haciendo el favor. Si no os lo agradece, decidle cuatro palabritas. Yo tengo que irme, pero no tardaré en volver…

El aire se llenó de repente de aullidos procedentes del norte y el oeste.

—Oh, maldita sea —dijo Bicho—. Será mejor que os pongáis en marcha. Y será mejor que yo también me quede —añadió al tiempo que se dirigía hacia el Errante.

—Corlo —soltó de repente Barras de Hierro cuando siguieron al criado.

—Oh, está aturdido, solo un poco, juramentado. Y además no oye nada.

Barras de Hierro asintió.

—Armas listas. No vamos a perder tiempo con esto. ¿Cuántos hay, Corlo?

—Seis, su número favorito.

—Vamos.

Bicho se había adelantado y estaba a quince pasos de Turudal, que se había vuelto para mirarlo, cuando el juramentado y su pelotón pasaron junto a él con pasos pesados y ganando velocidad.

Cuando se acercaron al Errante, el dios, con las cejas levantadas, les indicó la entrada al templo en ruinas.

Los guardias carmesíes cambiaron de rumbo, emprendieron la carrera y pasaron junto a Turudal Brizad.

Bicho oyó a Barras de Hierro dirigirse al dios.

—Un placer conocerte. Nos vemos luego. —Y después el juramentado y sus soldados lo dejaron atrás. Directos a la entrada oscura, por donde se metieron sin dudar.

Chillidos bestiales, gritos humanos, el trueno ensordecedor de la hechicería…

—¡Es mío! —dijo Rhulad con un gruñido, levantó la espada y se acercó a grandes zancadas al espadachín letherii solitario que permanecía en ese extremo del puente.

—¡Emperador! —exclamó Hannan Mosag—. Dejádselos a mis k’risnan…

Rhulad giró en redondo.

—¡No! —chilló—. ¡Lucharemos! ¡Somos guerreros! ¡Estos letherii merecen morir con honor! ¡No queremos saber nada

más de ti! —El emperador se giró de nuevo—. Este, este valiente espadachín. Lo quiero a él.

Temor se dirigió a Trull con un murmullo.

—Quiere que lo mate él. Reconozco a ese letherii. Estaba con la delegación.

Trull asintió. El finadd, capitán letherii y guardaespaldas del príncipe Quillas, no recordaba el nombre.

Estaba claro que Rhulad no lo había reconocido.

Empuñando la espada moteada, el emperador se acercó.

Moroch Nevath sonrió. Rhulad Sengar, que había muerto solo para regresar. Si los rumores estaban en lo cierto, había muerto otra vez en Trate. *Pero en esta ocasión haré que se quede muerto. Lo cortaré en pedazos.* Esperó y aguardó a que se acercara el emperador.

Más apoyado en el lado derecho, el pie derecho unos milímetros por delante del otro, un detalle que le indicó a Moroch que a Rhulad lo habían adiestrado para usar la espada con una sola mano, y no para utilizar esa monstruosidad de mandoble que vacilaba ante él como un palo demasiado grande.

La carga repentina no fue inesperada, solo la velocidad del arma cuando la hoja giró como un remolino hacia la cabeza de Moroch. Este consiguió por poco evitar que le partiera el cráneo por la mitad porque se agachó y se lanzó a la derecha. Un tañido ensordecedor, la conmoción lo atravesó entero cuando la espada le mordió el yelmo, se atoró y después le arrancaron el arma de un tirón de la cabeza.

Moroch dio un salto atrás, tan agachado como le fue posible, luego se irguió de nuevo. El tercio superior de su

espada estaba resbaladizo de sangre. Había recibido la carga con un bloqueo.

Enfrente de él, Rhulad se tambaleó hacia atrás, la sangre le brotaba, palpitante, del muslo derecho.

La pierna delantera siempre era vulnerable.

A ver cómo bailas ahora, emperador.

Moroch se desprendió con una sacudida del aturdimiento producido por el golpe en la cabeza. Los músculos y tendones del cuello y la espalda chillaban con un dolor silencioso y sabía que había sufrido daños. De momento, sin embargo, ninguno de los brazos se había agarrotado como respuesta al trauma.

Un chillido cuando Rhulad atacó una vez más.

Una estocada a dos manos, el ritmo roto, un momento de duda, suficiente para evitar la parada demasiado rápida de Moroch, y después terminó con una arremetida veloz.

El finadd giró el cuerpo en un esfuerzo por evitar la punta de la espada. Un fuego abrasador sobre la cadera derecha cuando el filo de la espada moteada serró a fondo. Una oleada húmeda, roja, que le manó por el costado. Y ya al alcance del arma, Moroch hundió su propia espada en un ángulo pronunciado y acuchilló con la punta la axila izquierda del emperador. El mordisco de una moneda de oro, la resistencia chirriante de las costillas, y siguió adentrándose, un surco por el interior de la clavícula de Rhulad, en busca de la columna.

La espada moteada pareció dar un salto como si tuviera vida propia, revirtió la postura, las manos en alto y la punta hacia abajo. Una estocada diagonal que entró por encima de la cadera derecha de Moroch y le atravesó el músculo hasta la ingle.

Rhulad puso todo el peso en la empuñadura, la punta fue atravesando los intestinos inferiores del finadd hasta que el

pomo chocó con los adoquines del suelo; después, el emperador se irguió y volvió a empujar el arma para subirla y que atravesara el torso de Moroch, junto al corazón, a través del pulmón izquierdo, la punta salió con un estallido justo por detrás de la clavícula de ese lado.

Al morir, Moroch impulsó su arma con sus últimas fuerzas y vio que Rhulad se encorvaba alrededor de la punta incrustada. Después, un crujido cuando la columna del emperador se partió.

Con una sonrisa carmesí cada vez más ancha, Moroch Nevath se combó hacia las piedras resbaladizas al tiempo que Rhulad se derrumbaba.

Otra figura se cernió sobre él. Uno de los hermanos de Rhulad.

Que habló como si estuviera muy lejos.

—Dime tu nombre, finadd.

Moroch intentó responder pero se estaba ahogando en su propia sangre. *Soy Moroch Nevath. Y he matado a vuestro maldito emperador.*

—¿Eres en verdad el paladín del rey? Tus soldados, los del puente, parecían estar chillando eso, paladín del rey… ¿eso es lo que eres?

No.

Cabrones, a ese no lo habéis conocido todavía.

Con ese agradable pensamiento, Moroch Nevath murió.

Tan rápida fue la curación, tan terrible y veloz el regreso a la vida. Rodeado por los aullidos lobunos que reverberaban por todo Letheras en un coro de malditos, el emperador lanzó un chillido que hendió el aire.

La compañía de soldados del puente se quedó callada, con los ojos clavados en Rhulad cuando el emperador,

envuelto en sangre, se levantó con un tambaleo y arrancó la espada del cuerpo del finadd, después resbaló con una sacudida y se apartó. Recuperó el equilibrio con los ojos llenos de locura y terror.

—¡Udinaas!

Desesperadamente solo. Un alma que se retorcía de agonía.

—¡Udinaas!

A doscientos pasos de la avenida principal, Uruth Sengar oyó el grito frenético de su hijo. Giró en redondo y buscó al esclavo entre los que caminaban tras ella. Mayen chilló en ese mismo momento, se abrió camino a empujones entre las otras mujeres y de repente echó a correr por un callejón. Y desapareció.

Paralizada, Uruth dudó y después, con un siseo, volvió a mirar a los esclavos que se encogían ante ella.

—¡Udinaas! ¿Dónde estás?

Solo le devolvieron miradas vacías y aterrorizadas. Rostros conocidos todos y cada uno. Pero entre ellos, no encontró por ningún sitio a Udinaas.

El esclavo se había ido.

Uruth se abalanzó entre ellos con los puños en alto.

—¡Encontradlo! ¡Encontrad a Udinaas!

Un odio repentino la embargó. Odió a Udinaas. Odió a todos los letherii.

Traicionado. Mi hijo ha sido traicionado.

Oh, cómo lo pagarían.

Podía oír sonidos de lucha por toda la ciudad, los invasores se derramaban por las calles y los recibían

soldados desesperados. Asustada, pasando de un refugio al siguiente en el patio repleto de maleza, la niña Tetera empezó a llorar. Estaba sola.

Los cinco asesinos ya eran casi libres. Su túmulo se estaba desmoronando, surgían gruesas fisuras en la tierra oscura y húmeda, las rocas sumergidas se machacaban y partían. Los sonidos ahogados de cinco voces se unían en un cántico tan pesado como tambores… que se alzaban y se iban acercando cada vez más a la superficie.

—Oh —gimió la niña—, ¿dónde está todo el mundo? ¿Dónde están mis amigos?

Tetera se tambaleó hasta el túmulo que contenía a su único aliado. Allí estaba, tan cerca. Bajó la mano… y algo la arrastró dentro, un pálpito de suelo caliente y después lo atravesó, entre tropiezos, resbalando por una orilla embarrada. Ante ella se extendía una ciénaga fétida bajo un cielo gris.

Y, casi al alcance de la mano, una figura salía del agua oscura. Piel blanca, cabello largo manchado de barro.

—¡Tetera! —La voz era un jadeo forzado—. Detrás de ti… cógelas…

La niña se dio la vuelta.

Dos espadas, las puntas clavadas en el barro.

—Tetera, cógelas… dámelas…

Un jadeo húmedo y la niña se giró de nuevo y avistó los brazos desnudos de otra figura que trepaban para envolver a su amigo, brazos de mujer, esbeltos, ribeteados de músculos. Los brazos arrastraron a su amigo, Tetera lo vio clavar un codo en aquella cara fiera y manchada de negro que se alzó de repente del cieno. Un fuerte impacto que hizo brotar la sangre. Pero las manos que se aferraban a él no lo soltaban.

Y los dos volvieron a hundirse en el remolino de espuma.

Con un gimoteo, Tetera se arrastró hacia las espadas. Las sacó a tirones del barro y después volvió a gatear hasta el borde del agua.

Aparecieron unos miembros entre las olas revueltas.

Temblando, Tetera esperó.

Así de fácil, esclavo de nuevo, cuando el wyval inundó su cuerpo y robó la voluntad de cada músculo, cada órgano, la sangre que corría por sus venas. Udinaas apenas podía ver por sus propios ojos cuando calle tras calle pasó a toda velocidad como un borrón. Momentos repentinos de claridad brutal cuando se tropezó con tres lobos soletaken (que se volvieron como uno solo con gruñidos y enseñando los colmillos) y se encontró entre ellos, las manos convertidas en garras, las zarpas de pulgares largos desgarrando la carne de lobo, enroscándose alrededor de costillas y arrancándolas. Un puño inmenso y nudoso que vapuleó el costado de una cabeza que se precipitaba lanzando dentelladas, que rompió hueso, la cabeza del lobo se balanceó de repente y en los ojos, el vacío de la muerte.

Después, movimiento una vez más.

Su amo lo necesitaba. Lo necesitaba ya. No había tiempo que perder.

Esclavo. Absuelto de toda responsabilidad, nada más que una herramienta.

Y eso, Udinaas lo sabía, era el veneno de la rendición.

Cerca ya, y cada vez más cerca.

Te utilizan, nada nuevo bajo el sol. Mira esos cadáveres tirados, después de todo. Pobres soldados letherii, que yacen muertos sin razón alguna. Defendiendo el cadáver de un reino, ciudadanos una vez más, todos y cada uno de ellos. El reino que no se mueve, el reino al servicio del dios

de polvo, encontrarás los templos en callejones tortuosos, en las grietas entre los adoquines.

No hallaréis, amigos míos, mundo más dulce que este, donde el honor, la fe y la libertad son nociones aplastadas, todas y cada una, capas tan finas como el odio, la envidia y la traición. Cada noción vulnerable a cualquier brisa sórdida, agitada, revuelta. Un mundo sin exigencias que desafíen la bruma confusa de la apatía sagrada.

El dios de polvo se alza y domina…

Por delante, una docena de lobos que cargaban directamente contra él.

Al parecer iba a haber un retraso.

Udinaas les enseñó los dientes.

—¿Cómo te las arreglas? —preguntó Bicho.

El Errante lo miró.

—¿Los lobos?

—Están por todas partes salvo aquí, y deberían haber llegado hace un buen rato.

El dios se encogió de hombros.

—No hago más que espantarlos a golpecitos. No es tan difícil como temía, aunque su líder es demasiado listo, mucho más difícil de engañar. Además, las bestias no hacen más que tropezarse con otros… oponentes.

—¿Qué clase de oponentes?

—Otros.

Los gritos en el interior del templo cesaron entonces. Silencio, ni un solo movimiento en la oscura entrada. Media docena de latidos y después, un murmullo de voces y maldiciones.

Apareció el mago, Corlo, saliendo de espaldas y arrastrando tras él un cuerpo inerte, un cuerpo que dejaba

dos rastros de sangre con los talones.

Preocupado, Bicho se adelantó.

—¿Está viva?

Corlo, él mismo una masa de cortes y magulladuras, le lanzó al criado una mirada ligeramente alocada.

—No, maldita sea.

—Lo siento mucho —murmuró el Errante.

Salían más guardias por la puerta. Todos estaban heridos, uno de ellos de gravedad, el brazo izquierdo arrancado a la altura del hombro y colgándole de unos cuantos tendones de color blanco rosado. Tenía los ojos vidriados por la conmoción.

Corlo miró furioso a Turudal Brizad.

—¿Puedes hacer alguna sanación? Antes de que nos desangremos los demás…

Barras de Hierro salió de las ruinas del templo y envainó la espada. Estaba cubierto de sangre, pero ninguna era suya. Su expresión era lúgubre y alarmante.

—Esperábamos lobos, maldita sea —dijo con un gruñido profundo y los ojos clavados en el Errante, que se había acercado, había posado las manos en el soldado cuyo estado era más grave, y había levantado carne nueva para sujetar el brazo una vez más al hombro. La cara del soldado se crispó de dolor.

Turudal Brizad se encogió de hombros.

—No hubo mucho tiempo para elaborar los detalles sobre lo que te aguardaba, juramentado. Por si se te había olvidado.

—Malditos gatos —dijo el otro.

—Gatos lagarto, querrás decir —dijo uno de los guardias al tiempo que escupía sangre en la calle—. A veces creo que la naturaleza está chiflada.

—En eso has acertado, Mediopico —dijo Corlo, y estiró el brazo para cerrar los párpados de la mujer muerta que yacía a sus pies.

Barras de Hierro se movió de pronto, un contorno borroso que pasó junto al Errante con las dos manos hacia arriba… cuando un enorme lobo blanco, con las garras resbalando, dobló una esquina y se precipitó desde la boca de un callejón y, con la cabeza agachada, se abalanzó hacia Turudal Brizad, que acababa de empezar a darse la vuelta.

El juramentado lo sorprendió en pleno salto, la mano izquierda se cerró alrededor de la pata derecha, justo debajo del hombro y con la mano derecha agarró el cuello por debajo de las mandíbulas de la bestia. Levantó al lobo, giró y lo estrelló de cabeza contra el suelo de la calle. Le aplastó el morro, el cráneo y los hombros. Las patas empezaron a sufrir espasmos y el soletaken cayó de espaldas, brotó un chorro de vómito amarillo y la orina dibujó un arco cuando la bestia murió. Un momento después, cesó todo movimiento de los miembros, aunque la orina continuó chorreando, hasta que el arco menguó y después se derrumbó.

Barras de Hierro dio un paso atrás.

Mediopico lanzó una carcajada.

—¡Se te ha meado encima!

—Cállate —dijo Barras de Hierro, que bajó la cabeza y se miró las piernas mojadas—. Que el Embozado me lleve, apesta.

—Deberíamos volver al barco —dijo Corlo—. Hay lobos por todas partes y no creo que pueda seguir manteniéndolos a raya mucho más tiempo.

Turudal Brizad:

—Pero yo sí. Sobre todo ahora.

—¿Qué ha cambiado? —preguntó Bicho—. ¿Aparte de que hicieran pedazos a la Manada?

El Errante señaló con un dedo al soletaken muerto.

—Ese era B’nagga, el líder de los jheck. —Le lanzó a Bicho una mirada, asombrada y algo incrédula—. Elegiste bien —dijo.

—Este escuadrón se las arregló para escapar de Assail —dijo Bicho con un encogimiento de hombros.

El dios abrió mucho los ojos y se volvió hacia Barras de Hierro.

—Me aseguraré de que tengáis el paso franco hasta vuestro barco…

—Oh, maldita sea —lo interrumpió Bicho y se volvió poco a poco—. Están saliendo.

—¿Más problemas? —preguntó Barras de Hierro, que miró a su alrededor y se llevó la mano a la espada que llevaba en la cadera.

—Aquí no —dijo Bicho—. Pero no lejos. —Miró al juramentado y lo midió con los ojos.

Barras de Hierro frunció el ceño.

—Corlo —dijo después—, vuelve con el pelotón al barco. De acuerdo, viejo, tú delante.

—No tienes que hacerlo…

—Sí tengo que hacerlo. Con ese lobo meándome encima siento la necesidad de perder los estribos. Es otro combate, ¿no?

Bicho asintió.

—Puede que haga que la Manada parezcan inofensivos gatitos, Barras de Hierro.

—¿Puede? ¿Lo parecerán o no?

—De acuerdo, es muy posible que esta la perdamos.

—Bien —soltó el juramentado—. Acabemos de una vez.

El criado suspiró.

—Sígueme, entonces. Nos dirigimos a una Casa de Azath muerta.

—¿Muerta? Que el Embozado me lleve, una fiesta en el jardín.

¿Una fiesta en el jardín? Caray, me cae bien este hombre.

—Y nos vamos a invitar solos, juramentado. ¿Sigues conmigo?

Barras de Hierro miró a Corlo, que se había detenido a escuchar, la cara muy pálida mientras negaba una y otra vez con la cabeza. El juramentado lanzó un gruñido.

—Cuando los hayas dejado, ven a buscarme, Corlo. E intenta llegar en el momento justo.

—Juramentado…

—Vete.

Bicho miró al Errante.

—¿Vienes?

—En espíritu —respondió el otro—. Me temo que hay otro asunto del que debo ocuparme. Ah —añadió cuando Bicho y Barras de Hierro se dieron la vuelta para irse—, querido criado, te lo agradezco. Y a ti también, juramentado. Dime, Barras de Hierro, ¿cuántos de los juramentados quedan entre la Guardia Carmesí?

—Ni idea. Unos cientos, imagino.

—Repartidos por lugares varios…

El soldado canoso sonrió.

—De momento.

—Creo que tendremos que correr —dijo Bicho.

—¿Puedes seguirme el ritmo? —preguntó Barras de Hierro.

—Tan veloz como la embestida de una ola, ese soy yo —argumentó Bicho.

Brys se encontraba solo en el pasillo. El aullido había terminado al fin, gracias fueran dadas. Era el único sonido que había conseguido atravesar los muros. No había forma de saber si la guarnición estaba luchando en la ciudad, fuera del Domicilio Eterno. Parecía todo tan fútil…

Se quedó sin aliento al oír un sonido extraño. Brys bajó la mirada y la clavó en el ceda, que estaba en el suelo, encogido sobre sí mismo en el aposento de al lado, de espaldas a Brys y al salón del trono que tenía detrás.

La cabeza de Kuru Qan cambió un poco de posición y después se alzó unos milímetros del suelo.

Y de la garganta del ceda salió una carcajada profunda.

El camino era inconfundible. Gimiendo de júbilo, el demonio se arrastró hasta la entrada de la cueva, contrajo su inmensa corpulencia, la carne hinchada de su cuerpo, para apartarla del amplio margen del río. Se encogió entero y se cernió sobre el túnel que había bajo la ciudad, donde el agua de la antigua ciénaga seguía fluyendo, pútrida y dulce, un sabor parecido al néctar dulce para el demonio.

Preparado ya, al fin, para abalanzarse, para romper con las cadenas que lo ataban a su amo. Que por desgracia estaba muy ocupado en ese momento.

Ahora.

Se impelió y llenó la cueva, después se metió por el estrecho y retorcido túnel.

Hasta el fondo. El maravilloso y bendito corazón del poder.

Alegría y apetito que ardían como fuegos gemelos en su interior. Cerca, tan cerca ya.

Bajó retorciéndose, el camino se estrechaba y lo ceñía con la inmensa presión de la piedra y la tierra que tenía encima. Un poquito más.

Se estiró, el espacio se abrió de repente, una bendición ancha y alta que se extendía por todos lados, el agua acogedora en su calidez.

Una tormenta de sedimentos largo tiempo inmóviles lo barrió todo, cegadora, sombras de cosas muertas hacían piruetas ante su sinfín de ojos.

El corazón, la enorme cueva bajo el lago, el alma misma de la ciudad… el poder…

Y Brys oyó hablar a Kuru Qan.

—Ahora, amigo Bicho.

A treinta pasos del patio lleno de maleza de la torre Azath, Bicho se detuvo de repente. Ladeó la cabeza y después sonrió.

Algo más adelante, Barras de Hierro frenó y después se dio la vuelta.

—¿Qué?

—Busca a la niña —dijo el criado—. Me reuniré contigo en cuanto pueda.

—¿Bicho?

—Dentro de un momento, juramentado. Debo hacer algo antes.

El guardián carmesí vaciló, después asintió y se dio la vuelta.

Bicho cerró los ojos. *Bruja jaghut, óyeme. ¿Recuerdas el favor que te hice en la cantera? Ha llegado el momento de… reciprocar.*

Ella le contestó en su mente, lejana, pero acercándose veloz.

—*Te oigo, hombrecito. Sé lo que buscas. Ah, eres muy listo, sin duda…*

Oh, esta vez no puedo llevarme yo todo el mérito.

El demonio se expandió para llenar la cueva. El corazón estaba a su alrededor, el poder se filtraba y daba vida a su carne. Las cadenas que lo ataban se iban fundiendo.

Ya solo necesitaba estirarse y aferrarlo.

La fuerza de un millar de dioses lo aguardaba.

Se estiró.

Un sinfín de manos que buscaban y se aferraban.

Y solo encontraban… la nada.

Después, la voz de un mortal…

Del ceda, dos palabras más, pronunciadas en voz muy baja y clara:

—Te tengo.

¡Una mentira! ¡Una ilusión! ¡Un engaño! El demonio se enfureció, giró en redondo, en una conflagración de sedimentos marrones, en busca de una salida, solo para encontrar la boca del túnel sellada. Una superficie lisa, de un frío fiero, el frío quemaba… El demonio retrocedió.

Y luego, el lago por encima. Subía… rápido, más rápido…

Ursto Hoobutt y su antigua amante, Pinosel, estaban los dos borrachos mientras esperaban la caída de Letheras.

Habían estado cantando, celebrando el fin de sus deudas, despatarrados en la mohosa pasarela que rodeaba el lago Escaño, entre ratas nerviosas y palomas que estiraban la cabeza sin parar.

Cuando se acabó el vino, empezaron a reñir.

Había comenzado de una forma de lo más inocente, cuando Pinosel exhaló un ruidoso suspiro y dijo:

—Y ahora puedes casarte conmigo.

El hombre tardó un momento en comprender las palabras, tras las cuales, y con cara de sueño, la miró con expresión de incredulidad.

—¿Casarme contigo? ¿Y qué problema hay con seguir así, cerecita?

—¿Qué problema hay? Respetable es lo que yo quiero ser, maldito pulgoso zoquete seboso. Me lo tengo ganado. Respetabilidad. Te casas conmigo, Ursto Hoobutt, ahora que los tiste edur nos conquistan. ¡Te casas conmigo!

—Está bien, vale.

—¿Cuándo? —preguntó ella, que presentía la salida que buscaba el tipo.

—Cuando… cuando… —¡Ja! Ya tenía la respuesta…

Y, en ese instante, la fétida agua verde del lago Escaño se extendió ante ellos como una llanura hinchada de fertilizante de algas, con un color pálido de un blanco turbio. Y las nubes empezaron a brotar de lo que se había transformado en una superficie congelada.

Una brisa gélida envolvió a Ursto Hoobutt y Pinosel.

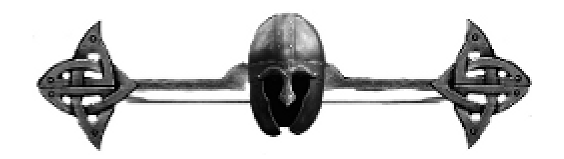
Se oyó un golpe seco, repentino, bajo el hielo del lago helado, aunque no apareció ni una sola grieta.

Ursto Hoobutt se lo quedó mirando sin poder creérselo. Abrió la boca y después la cerró.

Después se le hundieron los hombros.

—Hoy, amor. Me caso contigo hoy…

25



Cuando los dioses de polvo eran jóvenes,
nadaban en sangre.

El sueño de Blancodelante el día del Séptimo Cierre
Bruja de la Fiebre

Shurq Elalle bajó por el túnel hasta la puerta de la cripta, concentrada en Gerun Eberict, preocupada por Tehol Beddict. El finadd era de naturaleza cruel, después de todo, y Tehol parecía tan… indefenso. Oh, estaba en forma, seguro que sería capaz de correr a toda velocidad y llegar muy lejos si surgiera la necesidad. Pero estaba claro que Tehol no tenía intención de huir a ninguna parte. Los silenciosos guardaespaldas que Brys le había asignado eran un consuelo, aunque, por el modo que tenía Gerun de trabajar, podrían resultar ser poco más que una molestia menor.

Y si eso no fuera lo bastante inquietante, estaba el siniestro silencio de Tetera en la torre Azath muerta. ¿Era el resultado de la vuelta a la vida de la niña lo que habría cortado el vínculo que la unía a los muertos? ¿O había ocurrido algo terrible?

Llegó al portal y lo empujó.

Destelló la luz de un farol y vio a Ublala sentado en el sarcófago, con el farol en el regazo mientras ajustaba la llama.

Shurq vio la expresión del rostro masculino y frunció el ceño.

—¿Qué ocurre, mi amor?

—No hay tiempo —dijo él mientras se levantaba, se daba con la cabeza en el techo y después se encorvaba—. Cosas malas, estaba a punto de irme. —Posó el farol en la tapa—. No podía esperarte más. Tengo que irme.

—¿Adónde?

—Son los Seregahl —murmuró él retorciéndose las manos —. Mala señal.

—¿Los Seregahl? ¿Los antiguos dioses tarthenal? Ublala, ¿de qué estás hablando?

—Tengo que irme. —El hombretón se dirigió a la puerta.

—Ublala, ¿qué hay de Harlest? ¿Adónde vas?

—A la antigua torre. —Ya estaba en el túnel y sus palabras se iban perdiendo—. Te quiero, Shurq Elalle…

La ladrona se quedó mirando la puerta vacía. ¿Quererla? Eso sonaba… definitivo.

Shurq Elalle se acercó al sarcófago y deslizó la tapa.

—¡Aggh! ¡Sss! ¡Sss!

—¡Para ya, Harlest! —Shurq apartó de un par de golpetazos las manos que pretendían atenazarla—. Sal de ahí. Tenemos que irnos.

—¿Adónde? —Harlest se incorporó sin prisas, iba practicando una mueca para enseñar los dientes y emitía profundos gruñidos.

La ladrona lo estudió un momento antes de contestar.

—A un cementerio.

—Ah —suspiró Harlest—, perfecto.

Sentado en la calle, en un charco de sangre cada vez más oscura, el emperador de los tiste edur se sujetaba la cara con una mano y parecía estar intentando arrancarse los ojos. Todavía chillaba de vez en cuando y después, un desahogo agudo, sin palabras, de pura angustia.

En el puente, a treinta pasos de distancia, los soldados letherii permanecían callados e inmóviles tras sus escudos. Se veían más ciudadanos por el borde del canal, al otro lado, una fila de espectadores en número creciente.

Trull Sengar sintió una mano que se posaba en su hombro y al darse la vuelta se encontró a Uruth, con el rostro crispado de aflicción.

—Hijo, hay que hacer algo, se está volviendo loco…

Udinaas, el maldito esclavo que se había hecho tan esencial, tan fundamental para Rhulad (para la cordura del joven edur), había desaparecido. Y en ese momento el emperador desvariaba, no reconocía a nadie, con espuma en los labios y los gritos de una bestia aterrada.

—Hay que darle caza —dijo Trull—, a ese esclavo.

—Hay más…

Hannan Mosag se había colocado cerca de Rhulad y habló en ese momento, sus palabras se transmitieron con facilidad.

—¡Emperador Rhulad, debéis oírme! Este es un día de oscuras verdades. Vuestro esclavo, Udinaas, ha hecho lo que

esperaríamos de un letherii. Sus corazones están llenos de traición y no sirven a nadie más que a sí mismos. Rhulad, Udinaas ha huido. —Hizo una pausa y después dijo—. De vos.

El rey hechicero disimulaba mal su triunfo.

—Se convirtió en vuestro néctar blanco —continuó— y ahora os abandona, os deja embargado por el dolor. Este es un mundo sin fe, emperador. Solo podéis confiar en los vuestros…

La cabeza de Rhulad se levantó de repente, los rasgos destrozados por el dolor y un fuego oscuro en los ojos.

—¿Confiar? ¿En ti, Hannan Mosag? ¿En mis hermanos? ¿En Mayen? —Oro manchado de sangre, piel de oso apelmazada, hoja de espada entreverada con trozos de carne humana e intestinos, el emperador se levantó tambaleándose, con el corazón palpitando de emoción—. No sois nada para nos. ¡Mentirosos, tramposos, traidores! ¡Todos vosotros! —Azotó la espada y salpicó de fragmentos rojos y rosas los adoquines y las pantorrillas de quienes tenía cerca, y enseñó los dientes—. El emperador será reflejo de su pueblo —dijo con voz ronca, una horrenda sonrisa se extendió por su rostro—. Un reflejo, como debe ser.

Trull vio que Temor daba un paso y se detenía cuando la espada de Rhulad se levantaba de golpe, con la punta cerniéndose sobre la garganta de Temor.

—Oh, no, hermano, no queremos nada de ti. No queremos nada de ninguno de vosotros. Salvo obediencia. Hay que dar forma a un imperio y lo que le dará forma serán las manos del emperador. ¡Rey hechicero!

—¿Mi señor?

La espada abandonó la garganta de Temor, y señaló con despreocupación a los soldados que bloqueaban el puente.

—Deshazte de ellos.

Con Binadas entre ellos, los k’risnan se acercaron arrastrando los pies al gesto de Hannan Mosag. Tras ellos había cuatro esclavos con dos grandes sacos de cuero que arrastraron por los adoquines hasta donde los k’risnan esperaban en fila. Al observar los sacos, el rey hechicero sacudió la cabeza.

—Aquí no, creo. Algo… más sencillo. —Miró al emperador—. Un momento, mi señor, para prepararme. Esto lo haré yo mismo.

Uruth le dio la vuelta a Trull otra vez.

—No es solo Udinaas —dijo—. Mayen se ha escapado.

Su hijo se la quedó mirando sin comprenderlo del todo.

—¿Escapado?

—Debemos encontrarla…

—Huyó… ¿de nosotros? ¿De su propia gente?

—Es el ansia, Trull. Por favor.

Después de un momento, el edur se apartó y miró a su alrededor hasta que descubrió una compañía de guerreros agrupados tras Theradas y Midik Buhn. Trull se acercó a ellos.

Theradas frunció el ceño.

—¿Qué quieres, Trull Sengar?

—La madre del emperador tiene órdenes para ti y tus guerreros, Theradas.

Su expresión perdió su ferocidad, sustituida por incertidumbre.

—¿Cuáles son?

—Mayen se ha perdido en algún lugar de la ciudad. Ha de ser encontrada. En cuanto a Udinaas… si lo veis…

—Si lo vemos morirá de una forma terrible, Trull Sengar.

Traicionó a Rhulad. Cuando le advertí… Trull miró a Rhulad. ¿Un regreso de la locura? No era probable. Ya era demasiado tarde.

—Como quieras, Theradas. Pero encuentra a Mayen.

Los observó alejarse y después se volvió y se topó con los ojos de Uruth. Su madre asintió.

Los soldados del puente sabían lo que iba a pasar. Trull los vio agacharse detrás de los escudos. Inútil. Patético, pero había valor allí, entre esos letherii. *Udinaas, no… no pensé que tú…*

Una oleada gris surgió de repente a los pies del puente, hervía y escupía, y fue subiendo cada vez más y cada vez más agitada.

El muro de escudos retrocedió por un instante y se contrajo.

La oleada se abalanzó.

En las orillas del canal, a ambos lados, los ciudadanos chillaron y se dispersaron cuando la hechicería se precipitó por el puente y golpeó a los soldados entre un chorro de sangre y tiras de carne. Un latido, después pasó y se extendió para invadir a los ciudadanos que huían. Devorándolos con un hambre que se enroscaba.

Trull la vio golpear edificios cercanos, derribar puertas y atravesar con un estallido contraventanas cerradas. Gritos.

—¡Basta! —rugió Rhulad y dio un paso hacia Hannan Mosag, que bajó los brazos, que parecían retorcidos y llenos de nudos.

La hechicería se desvaneció y dejó solo montones de huesos, escudos pulidos y armaduras en el puente. En los edificios hendidos, silencio. Hannan Mosag se encorvó y Trull vio lo deforme que había quedado bajo las pieles.

El emperador lanzó una risita de repente.

—¡Qué impaciente, Hannan Mosag! ¡Tu dios secreto es muy impaciente!

¿Dios secreto? Trull miró a Temor y se encontró con la mirada fija de su hermano.

—¡Hermanos! —exclamó el emperador agitando la espada—. ¡Marchamos hacia el Domicilio Eterno! ¡Al trono! ¡Nadie puede impedírnoslo! ¡Y si se atrevieran, se les arrancará la carne de los huesos! Conocerán el dolor. ¡Sufrirán! ¡Hermanos, este será un día de sufrimiento —parecía encontrar dulzura en el sabor de esa palabra— para todos los que se opongan a nosotros! ¡Y ahora, caminad con vuestro señor!

Se ha… transformado. Lo hemos perdido. Y todo por la traición de un esclavo…

Un patio lleno de maleza, apenas visible entre las viejas y destrozadas piedras de la verja. En las ramas esqueléticas y retorcidas de árboles combados ondeaba algo parecido al vapor. No había nadie por allí. Barras de Hierro ralentizó sus pasos y volvió la vista a la calle. Ese criado todavía no había aparecido tras la esquina del edificio que había rodeado a la carrera momentos antes.

—Muy bien —murmuró el juramentado, y sacó la espada—, tendremos que ocuparnos solos… —Se acercó a la verja y subió por el serpenteante camino de piedra. La torre achaparrada y cuadrada estaba enfrente, manchada, inclinada y muerta. A su izquierda, los sonidos de piedras machacándose, el crujido de la madera y los golpes secos que hacían temblar el suelo bajo sus pies. *Por allí, entonces.*

Barras de Hierro entró en el patio.

Rodeó un túmulo manchado de barro, pasó por encima de un árbol caído y se detuvo a diez pasos de lo que había sido un montículo extenso y alargado, en ese momento desgarrado y humeante, el barro se fue deslizando por los lados y cinco enormes figuras salieron arrastrándose. Carne oscurecida por la turba, en la piel el mapa dibujado por las

huellas de un sinfín de raíces, pelo suelto y lacio del color del cobre. Liberaron armas a tirones, inmensos mandobles de madera negra y pulida.

Los cinco entonaban un cántico.

Barras de Hierro lanzó un gruñido.

—Tharteno toblakai. Fenn, maldito sea el Embozado. Bueno, esto no va a tener mucha gracia.

Uno de los guerreros lo oyó y clavó los ojos negros y turbios en el juramentado. El cántico cesó y la criatura habló.

—Un niño, hermanos míos.

—¿El que habló a través de la tierra? —preguntó otro.

—No lo sé. ¿Importa?

—No nos ayudaría, ese niño. Le hemos prometido una muerte terrible.

—Entonces déjanos…

Las palabras del toblakai se interrumpieron cuando Barras de Hierro se abalanzó.

Un rugido, el barrido agudo de una espada de madera lanzada al camino del arma del juramentado, que se deslizó por debajo, la punta volvió a dar la vuelta y pasó por encima de la enorme muñeca del guerrero, lo siguió en su camino sibilante e interceptó el revés instintivo. Atravesó carne dura, gruesa, el borde rasgó músculos duros como la madera.

Una enorme presencia se cernió a la derecha del juramentado. Pero Barras de Hierro siguió avanzando, se metió por debajo del brazo del primer toblakai y luego giró en redondo cuando el segundo atacante chocó con el primer guerrero. Desenganchó la espada, la empujó hacia arriba y buscó el espacio blando entre las mandíbulas inferiores, un tirón de la cabeza del gigante y la punta de la espada del

juramentado le ensartó el ojo derecho y se hundió en un borbotón de lo que parecía agua de ciénaga.

Un chillido.

Barras de Hierro se encontró trepando por el túmulo en ruinas, los otros toblakai tropezaron al girarse para enfrentarse otra vez a él, con un montón de peñascos, barro y raíces arrancadas por el camino.

El juramentado saltó al suelo una vez más.

Con un brazo chorreando sangre negra, una mano apretada sobre una cuenca vacía y un ojo estallado, el toblakai al que había atacado retrocedía, tambaleante.

Los otros cuatro se estaban desplegando, silenciosos, concentrados.

Hasta que pudieran rodear el túmulo entero, su acercamiento sería difícil; el suelo que pisaban, traicionero.

Uno menos. Barras de Hierro estaba contento…

Y entonces el quinto se sacudió y se irguió. Tuerto pero volviéndose a mirar al juramentado una vez más.

—Has herido a nuestro hermano —dijo uno.

—Hay más para todos —dijo Barras de Hierro.

—No está bien hacer daño a dioses.

¿Dioses?

—Somos los Seregahl —dijo el cabecilla de los toblakai—. Antes de hacernos daño, podrías haber pedido misericordia. Podrías haberte arrodillado para venerarnos, y quizá te habríamos aceptado. Pero ahora no.

—No —asintió el juramentado—, supongo que no.

—¿Eso es todo lo que quieres decir?

Él se encogió de hombros.

—No se me ocurre nada más.

—Frunces el ceño. ¿Por qué?

—Bueno, hoy ya he matado a un dios —dijo Barras de Hierro—. Si hubiera sabido que este iba a ser un día para

matar dioses, me habría marcado mejor el ritmo.

Los cinco se quedaron callados por un momento.

—¿Qué dios has matado en este día, desconocido? —dijo entonces el primero.

—La Manada.

Un siseo del toblakai del extremo de la derecha.

—¡Los que se nos escaparon! ¡Los rápidos!

—Eran rápidos —dijo Barras de Hierro con un asentimiento—. Pero parece que no lo bastante.

—D'ivers.

—Sí —dijo el juramentado—. Ellos eran seis… y vosotros solo cinco.

El primer toblakai se dirigió a sus hermanos.

—Cuidado con este, entonces.

—Somos libres —rezongó el tuerto—. Debemos matarlo para seguir siéndolo.

—Cierto. Eso es motivo suficiente.

Empezaron a avanzar otra vez.

Barras de Hierro suspiró para sí. Al menos los había puesto nerviosos. Y eso quizá serviría para mantenerlo vivo un poco más. Claro que, se recordó, se había enfrentado a cosas peores.

Bueno, quizá no. ¿Quizá? ¿A quién quiero engañar?

Cambió de postura, se puso de puntillas y se preparó para empezar el baile. El baile de continuar con vida.

Hasta que llegara la ayuda.

Ayuda… de un hombre medio calvo, bajo y gordinflón. Oh, Embozado, Barras de Hierro, tú intenta seguir con vida todo el tiempo posible, quizá mueran de agotamiento.

—Mira —gimoteó uno—, está sonriendo.

Tormentas invisibles que bramaban por las calles y asolaban la ciudad. A Bicho le dolía la cabeza, era el caos de poder, el choque de voluntades fieras. Todavía podía sentir la furia impotente del antiguo dios atrapado bajo el hielo del lago Escaño, la trampa del ceda había funcionado, el hielo incluso se iba engrosando poco a poco, rodeando a la criatura en la caverna sellada, y antes de que el sol se pusiera se encontraría encerrado en el hielo, sintiendo el frío insoportable que se filtraba por todo su ser, que le robaba la sensibilidad, que le robaba la vida.

Si se era agradable con un jaghut, salían cosas buenas, algo que los t'lan imass nunca habían comprendido.

Bicho se dirigió al fondo del callejón tras el que se veía la antigua torre Azath. Esperaba que Barras de Hierro no hubiera hecho nada precipitado, como entrar solo en el patio, por ejemplo. Tetera le habría advertido que no lo hiciera, en cualquier caso. Con un poco de suerte, el aliado enterrado de la niña no seguiría enterrado. El papel del juramentado era prestar apoyo, eso era todo, y solo si la necesidad apretaba. Al fin y al cabo, no era la lucha de aquel hombre…

Ralentizó sus pasos de repente cuando un pavor helado lo envolvió entero. Sondeó con sus sentidos y detectó movimiento allí donde no debería haber movimiento, un despertar de voluntades, intenciones que ardían con luz propia, hebras de destino convergiendo…

El criado dio media vuelta y echó a correr.

Cuatro de sus asesinos más hábiles se acercaron a Gerun Eberict, venían de calle arriba. El finadd levantó una mano

para detener a los que tenía detrás.

—Finadd —dijo el líder de pelotón al llegar—, hemos tenido algo de suerte. Al hermano del puesto de vigilancia del fondo lo sacó a la calle una manada de edur. Se llevó a seis de esos cabrones con él. Una vez que los edur se fueron, envié a Crillo a asegurarse de que estaba muerto…

—Estaba hecho pedazos —interrumpió Crillo con una gran sonrisa.

—Sí que lo estaba —continuó el líder de pelotón con una mirada furiosa dirigida a Crillo, que esbozó una sonrisa mayor.

—¿Y el otro? —preguntó Gerun mientras examinaba el entorno. Sería un problema tropezarse con una compañía de tiste edur en ese momento.

El líder de pelotón frunció el ceño.

—Crillo se lo cargó. Lanzó el cuchillo y tuvo suerte…

—De suerte nada —interpuso Crillo—. El pobre cabrón ni lo vio venir…

—Porque nos había sorprendido al resto…

—¿Están los dos muertos? —preguntó Gerun. Después sacudió la cabeza—. Suerte, sin duda. Ha resultado demasiado fácil. De acuerdo, eso deja al del tejado. Habrá estado buscando señales de sus hermanos y ahora no las verá. Lo que significa que sabrá que vamos a por él.

—Es solo un hombre, finadd…

—Un Shavankrat, Crillo. No te fíes mucho solo porque el Errante nos haya dado unos empujoncitos hasta ahora. De acuerdo, permanecemos agrupados… —Se detuvo y después hizo un gesto para que todo el mundo se agachase.

Treinta pasos más adelante salió de un callejón lateral una figura solitaria que se metió en la calle corriendo. Una mujer tiste edur. Se quedó inmóvil, con la cabeza rígida, como un ciervo sobresaltado. Antes de que tuviera la

oportunidad de mirar hacia ellos, la mujer oyó algo a su espalda y escapó presurosa. Un destello metálico en su mano derecha reveló que llevaba un cuchillo de algún tipo.

Gerun Eberict lanzó un gruñido. Iba en la misma dirección que él. Una mujer tiste edur indefensa. La disfrutaría antes de matarla. Una vez que se quitara de en medio ese otro asunto, claro. Quizá dejara a los muchachos divertirse también. Crillo el primero, por deshacerse de los malditos guardias de Brys.

El finadd se irguió.

—Tras ella, entonces, ya que nos viene de camino.

Carcajadas lúgubres entre la tropa.

—Tú, de avanzadilla, Crillo.

Se pusieron en marcha.

Caras tras las contraventanas de los segundos pisos, la ciudad entera acobardada como ratas medio ahogadas. Era indignante. Pero se lo estaban demostrando, ¿verdad?, le estaban demostrando que eran pocos los que merecían vivir en realidad. Ese nuevo imperio de los tiste edur no sería muy diferente, sospechaba. Tendría que haber quien ejerciera el control, quien impartiese justicia rápida e incorruptible. La gente seguiría siendo grosera. Seguiría tirando basura por las calles. Y todavía habría personas que serían feas, sin más, y que se ganarían la misericordia del cuchillo de Gerun. Él seguiría con su trabajo, como antes, para hacer de aquella ciudad un lugar bello…

Habían llegado al lugar donde la mujer había salido del callejón. Crillo estaba dando la vuelta, señalando en la dirección que había tomado la dama, cuando una lanza le golpeó la cabeza y lo hizo girar en redondo entre una masa de sangre, sesos y hueso destrozado.

Del callejón surgió una veintena o más de guerreros tiste edur que iban corriendo.

—¡A por ellos! —ordenó Gerun Eberict y tuvo la satisfacción de ver a sus hombres abalanzarse.

Y pasar junto al finadd, que después retrocedió.

Siempre puedo conseguir más hombres.

Y echó a correr.

Tras el rastro de la mujer. Una coincidencia, por supuesto. Su verdadero objetivo era Tehol Beddict. A la mujer la derribaría primero, la dejaría atada y amordazada cerca, para que aguardase su regreso. Puesto que se había quedado solo, no sería tan fácil. El guardaespaldas de Tehol sería un desafío, pero cuando llevabas los bordes de la espada untados de veneno, hasta el corte más pequeño era suficiente para matar a un hombre. Rápido.

¡Ahí!

La mujer se había escondido en un rincón veinte pasos más adelante. Salió disparada cuando él se acercó.

Gerun echó a correr.

Oh, cómo la deseaba. Era hermosa. Vio el cuchillo en la mano de la mujer y se echó a reír. Era un cuchillo para destripar pescado, había visto a los esclavos letherii usarlos en la aldea hiroth.

Corrió con más fuerza y no tardó en ganarle terreno a la mujer.

Cruzaron otra calle, se metieron en otro callejón.

Muy cerca ya de la casa de Tehol Beddict. Pero podría alcanzarla a tiempo, cinco pasos más…

—Hay problemas.

Asombrado, Tehol Beddict se dio la vuelta.

—No está mudo, después de todo… —Sus palabras se fueron perdiendo al ver la inquietud en los ojos del guardaespaldas—. Problemas graves, entonces.

—Mis hermanos están los dos muertos. Llega Gerun Eberict.

—Esta ciudad está llena de edur —dijo Tehol y lanzó las manos al aire para abarcar una inmensa extensión de tejados, gradas y puentes—. Recorren las calles como lobos. Y luego están los lobos de verdad…

—Es Gerun.

Tehol estudió al hombre.

—De acuerdo. Viene a visitarnos. ¿Qué deberíamos hacer?

—Pueden subir por las paredes, como hace su amiga, la ladrona. Tenemos que bajar. Necesitamos un sitio con una puerta y solo una puerta.

—Bueno, está el almacén de enfrente, lo conozco bastante bien…

—Vamos, entonces.

El guardia se acercó a la trampilla, se arrodilló junto al borde y se asomó con cautela a la habitación inferior. Le hizo un gesto a Tehol para que avanzara y después empezó a descender.

Unos momentos después se encontraban en la habitación. El guardia se dirigió a la entrada, apartó unos milímetros las colgaduras y miró al exterior.

—Parece despejado. Yo iré en cabeza, hasta esa pared…

—La pared del almacén. Habrá un vigilante, Chalas…

—Me sorprendería que siguiera allí.

—Tienes razón. De acuerdo. Cuando lleguemos al muro, nos dirigimos a la derecha. Doblamos la esquina y entramos por la puerta de la oficina, la primera con la que nos topemos. Las puertas correderas principales permanecerán atrancadas.

—¿Y si la puerta de la oficina está cerrada con llave?

—Sé dónde esconden la llave.

El guardia asintió.

Se introdujeron en el estrecho pasillo, giraron a la izquierda y se acercaron a la calle.

Tres zancadas más.

La mujer lanzó una mirada desesperada por encima del hombro, después se abalanzó en un estallido repentino de velocidad.

Gerun emitió un gruñido y extendió un brazo.

A la mujer se le escapó un quejido y levantó el cuchillo justo cuando llegaba a la boca del callejón.

Y se lo clavó en su propio pecho.

Gerun estaba detrás de ella, a un palmo de distancia, enfrente de un corredor lateral que había entre dos almacenes, cuando alguien lo sujetó con fuerza, lo arrojó al suelo y lo metió de un tirón en el pasillo oscuro.

Un puño se estrelló contra su cara y le rompió la nariz. Aturdido, se quedó indefenso cuando le quitaron la espada de la mano y le sacaron el yelmo de la cabeza.

Las manos inmensas lo levantaron y lo estrellaron con fuerza contra una pared. Una, dos, tres veces y con cada impacto la parte posterior de la cabeza de Gerun crujía contra la piedra tallada. Después lo aplastaron contra los adoquines grasientos y le rompieron el hombro derecho y la clavícula. Se deslizó en la inconsciencia. Cuando volvió en sí un momento después, fue vagamente consciente de una enorme figura pesada agachada sobre él en la penumbra.

Una mano inmensa bajó de repente para cubrir la boca de Gerun y la figura se quedó inmóvil.

El sonido de unos pasos que corrían en el callejón, una docena, quizá más, todos con mocasines, el rumor ronco de unas armas. Después pasaron.

Agotado, Gerun Eberict levantó la mirada y contempló una cara desconocida. Mestizo. Medio tarthenal, medio nerek.

El hombretón se agachó todavía más.

—Por lo que le hiciste a ella —dijo con un susurro ronco—. Y no creo que vaya a ser rápido…

Con aquella mano tapándole la boca, Gerun no podía decir nada. No podía hacer preguntas. Y de esas tenía de sobra.

Estaba claro, sin embargo, que al mestizo no le interesaban las preguntas.

Y eso, se dijo Gerun, era un problema.

Tehol iba tres pasos por detrás del guardia, que se estaba acercando a la pared del almacén, cuando un rasguño lo alertó. Miró a su derecha a tiempo de ver a una mujer edur que salía tambaleándose de un callejón. El mango de un cuchillo le sobresalía del pecho y estaba sangrando a chorros.

Con una expresión de desdicha aturdida en los ojos vio a Tehol. Estiró una mano manchada de rojo y después se desplomó, aterrizó sobre el costado izquierdo y se deslizó un poco por los adoquines antes de parar.

—¡Guardia! —siseó Tehol al tiempo que cambiaba de dirección—. Está herida…

Desde la pared del almacén:

—¡No!

Cuando Tehol llegó junto a ella, levantó la cabeza y vio guerreros tiste edur que se precipitaban por la boca del callejón. Una lanza salió volando hacia él… y la interceptó el guardia que saltó por el lado izquierdo de Tehol. El arma impactó contra el hombre bajo el brazo izquierdo y partió

costillas al hundirse en su pecho. Con un suave gemido, el guardia pasó dando tumbos y después cayó despatarrado en la calle, sangrando por la boca y la nariz.

Tehol se quedó muy quieto.

Los edur se desplegaron con cautela hasta que formaron un tosco círculo alrededor de Tehol y la mujer muerta. Uno fue a comprobar al guardaespaldas y para ello le dio la vuelta con un pie. Estaba claro que aquel hombre también estaba muerto.

Uno de los tiste edur habló en la lengua de los comerciantes.

—La has matado tú.

Tehol negó con la cabeza.

—No. Apareció corriendo, ya herida. Yo venía… a ayudar. Lo siento…

El guerrero esbozó una sonrisa burlona y después se dirigió al joven edur que estaba a su lado.

—Midik, mira a ver si este letherii está armado.

El llamado Midik se acercó a Tehol. Estiró un brazo para cachearlo y después lanzó un bufido.

—Viste harapos, Theradas. No tiene sitio para ocultar nada.

Después habló un tercer guerrero.

—Ha matado a Mayen. Deberíamos llevárnoslo…

—No —rezongó Theradas. Envainó su espada, empujó a un lado a Midik y se acercó a Tehol—. Miradlo —dijo con un gruñido—. Ved la insolencia en sus ojos.

—No se te da muy bien leer la expresión de los letherii —dijo Tehol con tristeza.

—Pues peor para ti.

—Sí —respondió Tehol—. Me imagino…

Theradas lo golpeó con un puño enguantado.

Un golpe que lanzó la cabeza de Tehol hacia atrás con un fuerte crujido de la nariz. Se inclinó hacia delante con las dos manos en la cara, después un pie se estrelló en diagonal contra su pantorrilla derecha y le partió los dos huesos. Cayó. Un tacón le aplastó el pecho y le rompió varias costillas.

Tehol podía sentir su cuerpo intentando acurrucarse mientras lo machacaban tacones y puños. Un pie le aplastó el pómulo izquierdo, le hizo pedazos el hueso y le reventó el ojo. Un fuego blanco se encendió en su cerebro y de inmediato se oscureció convertido en un negro turbio.

Otra patada le dislocó el hombro izquierdo.

El codo izquierdo quedó aplastado bajo otro taconazo más. Cuando las patadas empezaron a estrellarse contra su tripa, Tehol intentó levantar las rodillas, pero solo para sentir que se las pisoteaban y rompían. Algo le estalló en el vientre y sintió que se derramaba.

Después, un tacón se estrelló contra su sien.

Cincuenta pasos calle arriba se acercaba Casco Beddict. Vio una multitud de tiste edur, estaba claro que le estaban dando a alguien una paliza de muerte. Sintió una inquietud repentina en el estómago y aceleró el paso. Vio que había cuerpos detrás del círculo. Un soldado con el atavío de la guardia de palacio, sobresalía de él el mango de una lanza. Y… una mujer edur.

—Oh, Errante, ¿qué ha pasado aquí?

Echó a correr…

… y se encontró el camino bloqueado.

Un nerek, un momento después Casco Beddict lo reconoció. Uno de los sirvientes de Buruk el Pálido.

Casco frunció el ceño y se preguntó cómo había llegado hasta allí, después se dispuso a rodearlo, pero el hombre se ladeó una vez más para interponerse en su camino.

—¿Qué es esto?

—Has sido juzgado, Casco Beddict —dijo el nerek—. Lo siento.

—¿Juzgado? Por favor, debo…

—Elegiste caminar con el emperador tiste edur —dijo el nerek—. Elegiste… la traición.

—Poner fin a Lether, sí, ¿y qué? Nunca más este maldito reino destruirá a pueblos como el nerek y el tarthenal…

—Creíamos que conocíamos tu corazón, Casco Beddict, pero ahora vemos que se ha vuelto negro. Está envenenado porque no hay perdón en su interior.

—¿Perdón? —Estiró un brazo para apartar al nerek. *Están golpeando a alguien. Una paliza de muerte. Creo…*

Desde atrás le deslizaron dos cuchillos por la espalda, uno bajo cada clavícula, dos cuchillos que se inclinaron hacia arriba.

La conmoción hizo arquearse a Casco Beddict, que se quedó mirando al nerek que tenía delante, y vio que el joven estaba llorando. *¿Qué? ¿Por qué…?*

Cayó de rodillas, lo envolvió la debilidad y la tormenta de pensamientos, las emociones y los deseos que lo habían perseguido durante años, ellos también se debilitaron, cayeron en una bruma gris y calma. La bruma se alzó todavía más, una repentina frialdad en los músculos. *Es… es… tan…*

Casco Beddict se derrumbó hacia delante, de cara, pero no llegó a sentir el impacto contra los adoquines.

—Parad. Por favor…

Los tiste edur se volvieron y vieron a un letherii salir de donde se había escondido, tras la esquina del almacén. Anodino, cojo, con un knut metido en un cinturón de cuerda, el hombre avanzó un poco y siguió hablando en la lengua de los comerciantes.

—Jamás ha hecho daño a nadie. No lo matéis, por favor. Yo lo vi, ¿sabéis?

—¿Tú viste qué? —preguntó Theradas.

—La mujer, se lo clavó ella. Mirad el cuchillo, comprobadlo vosotros mismos. —Chalas se retorció las manos, con los ojos en la forma ensangrentada e inmóvil de Tehol—. Por favor, no le hagáis más daño.

—Debéis aprender —dijo Theradas enseñando los dientes —. Obedecemos las palabras de nuestro emperador. Este será un día de sufrimiento, viejo. Y ahora, déjanos, o correrás la misma suerte.

Chalas los sorprendió al abalanzarse y envolver con su cuerpo a Tehol, después giró para proteger tanto de él como pudiera.

Midik Buhn se echó a reír.

Arreciaron los golpes, más salvajes que nunca, y Chalas no tardó mucho en perder la conciencia. Media docena de patadas más apartaron al hombre del cuerpo de Tehol, hasta que los dos quedaron echados uno al lado del otro. Con una impaciencia repentina, Theradas clavó un talón en una cabeza con la fuerza suficiente como para hundir el cráneo y aplastar el cerebro.

De pie al otro lado del puente, Turudal Brizad sintió la hechicería maligna que lo envolvió. Los soldados que bloqueaban el puente habían muerto en la conflagración gris poco antes y en ese momento parecía que la terrible

hechicería entraría en el resto de la ciudad. En los edificios cercanos y, por el Errante, ya estaba bien.

Le dio un empujoncito al poder salvaje que corría por esos edificios y lo apuntó hacia abajo para que pasara de largo junto a habitaciones ocupadas, que siguiera bajando y dejara atrás los túneles ocultos del gremio de los Cazarratas, donde tantos ciudadanos se apiñaban, y penetrara en el barro y las arcillas insensibles de la ciénaga tanto tiempo muerta. Donde no podía hacer nada y donde fue perdiendo cada vez más velocidad, hasta que quedó atrapada.

Quedó claro, un momento después, que el rey hechicero no había detectado la manipulación, ya que la magia había cesado, el envenenado conducto del dios Tullido cerrado una vez más. La carne de Hannan Mosag no sufriría más por ello, por fortuna.

Tampoco era que importase demasiado.

Observó cuando una veintena de tiste edur entró en la ciudad, en busca, sin duda, de la mujer huida de su tribu. Pero bien sabía el Errante que nada bueno saldría de eso. De hecho, había en perspectiva un error enorme, y él lamentaba verlo.

Extendió sus sentidos y obtuvo una visión de un patio repleto de maleza y hecho pedazos que rodeaba una torre achaparrada, observó, maravillado y asombrado, una figura solitaria que interpretaba una danza letal en medio de cinco enfurecidos dioses toblakai. Extraordinario, una escena que el Errante jamás olvidaría. Pero sabía que no podía durar mucho más.

Nada bueno duraba, por desgracia.

Parpadeó y vio que el emperador tiste edur guiaba a los suyos por el puente. De camino al Domicilio Eterno.

Turudal Brizad se puso en movimiento una vez más.

El Domicilio Eterno, una unión de destinos, para otra secuencia más de trágicos acontecimientos a punto de ocurrir. *Hoy, el imperio renace. Con violencia y sangre, como en todos los nacimientos. Y, cuando este día haya terminado, ¿qué nos encontraremos en el regazo? ¿Ojos abriéndose a este mundo?*

El Errante empezó a caminar y se mantuvo por delante de los tiste edur; sentía, en lo más profundo de su interior, el paso del tiempo, que avanzaba a tirones, tambaleante, el sinfín de latidos que se fundían, todos y cada uno, no había necesidad, al fin, de un codazo, un empujón o un tirón. No había necesidad, al parecer, de nada. Él no sería más que un testigo.

Esperaba.

Sentado con las piernas cruzadas en la calle, el único mago supremo de la Guardia Carmesí presente en la ciudad caída, Corlo Orothos, en otro tiempo de Unta, en los días anteriores al Imperio, ladeó la cabeza al oír las pisadas secas y pesadas de alguien que se acercaba por detrás. Se arriesgó a abrir los ojos y después levantó una mano a tiempo de detener al recién llegado.

—Hola, mestizo —dijo—. ¿Has venido a venerar a tus dioses?

La gigantesca figura bajó la cabeza y miró a Corlo.

—¿Es demasiado tarde? —preguntó.

—No, siguen vivos. Solo un hombre se enfrenta a ellos y ya no por mucho tiempo. Estoy haciendo todo lo que puedo, pero no es fácil confundir a los dioses.

El mestizo tarthenal frunció el ceño.

—¿Sabes por qué les rezamos a los Serengahl?

Una extraña pregunta.

—¿Para conseguir su favor?

—No —respondió Ublala—, rezamos para que no se acerquen. Y ahora —añadió—, están aquí. Nada bueno.

—Bueno, ¿qué pretendes hacer tú?

Ublaba entrecerró los ojos y miró a Corlo, no dijo nada.

Tras un momento, el mago supremo asintió.

—Adelante, entonces.

Observó al hombretón dirigirse con paso pesado a la verja. Apenas cruzada se detuvo junto a un árbol, levantó un brazo y arrancó una rama tan gruesa como uno de los muslos de Corlo. El mestizo la levantó con las dos manos y entró corriendo en el patio.

Lo estaba desgarrando, luchando por liberarse de su esquelética jaula, por dejar atrás los minúsculos músculos, maltratados de una forma terrible. En su viaje a través de Letheras, habían dejado treinta o más soletaken muertos a su paso. Y seis tiste edur que habían subido de los muelles, impacientes por luchar.

Habían sufrido heridas, *no, corrigieron los restos que eran Udinaas, yo he sufrido heridas. Debería estar muerto. Estoy hecho pedazos. Mordido, desgarrado, perforado. Pero ese maldito wyval no se rinde. Me necesita todavía… solo unos momentos más.*

A través de una bruma roja apareció la vieja torre Azath y su patio, y lo inundó una oleada de impaciencia del wyval.

El amo necesitaba ayuda. No estaba todo perdido todavía.

Con un movimiento borroso, Udinaas pasó junto al extraño hombre sentado en la calle con las piernas cruzadas, captó la repentina sacudida de sorpresa del

hombre cuando lo rebasaron a toda velocidad. Un momento después, se abalanzaron a través de la verja.

Y entraron en el patio.

A tiempo de ver a un mortal tarthenal que se lanzaba sobre una lucha en la que un espadachín solitario estaba rodeado de dioses toblakai, a escasos momentos de derrumbarse bajo una lluvia de golpes.

Después, los sobrepasó a todos ellos.

Hasta el túmulo del amo. La tierra revuelta y humeante. Se hundió con un grito penetrante, más propio de reptil, y penetró en la oscuridad caliente, siguió bajando, arañando, arrancando, desgarrándose de la carne del mortal, del cuerpo que el wyval había utilizado durante tanto tiempo, el cuerpo en el que se había ocultado, y se liberó al fin, inmenso, cubierto de escamas y de piel lustrosa, con las garras hundiéndose en el suelo…

La niña Tetera chilló al ver a la criatura, alada y tan grande como un buey, que pasó junto a ella a cuatro patas, a toda velocidad. Un chapoteo seco, agua que lo rociaba todo y se alzaba en un amplio abanico que subía y subía cada vez más y luego bajaba de golpe y caía en el agitado estanque. Espuma, una cola serpenteante de color morado rojizo que se metía deslizándose y luego se desvanecía en aquel remolino caótico.

Entonces oyó un golpe seco tras ella y al girarse sobre el barro resbaladizo de la orilla, con las dos espadas todavía en la mano vio un cuerpo roto, un hombre echado bocabajo. Los extremos destrozados de los huesos largos sobresalían de los brazos y las piernas, la sangre brotaba a impulsos lentos de las venas rotas. Y, posado sobre él, un espectro que descendía como una sombra para encajar en el cuerpo

contorsionado que tenía debajo. Una cara ensombrecida que alzaba la vista y miraba a Tetera, el eco ronco de unas palabras.

—*Niña, necesitamos tu ayuda.*

La niña volvió a mirar sobre su hombro, la superficie del estanque se estaba calmando una vez más.

—Oh, ¿qué quieres que haga? Todo va mal.

—*No tan mal como crees. Este hombre, este letherii. Ayúdalo, se está muriendo. Yo no puedo sostenerlo mucho más. Se está muriendo y no merece morir.*

Tetera se acercó un poco más, arrastrándose.

—¿Qué puedo hacer?

—*La sangre de tu interior, niña. Una gota o dos, nada más. La sangre, niña, que te ha devuelto a la vida. Por favor…*

—Eres un fantasma. ¿Por qué quieres que haga esto por él… y no por ti?

Los ojos rojos del espectro se entrecerraron cuando la estudió.

—*No me tientes.*

Tetera bajó la mirada y contempló las espadas que tenía en las manos. Después dejó una y llevó la mano libre al reluciente filo azul de la que todavía sostenía. Deslizó la palma un poco por el filo y después levantó la mano para estudiar el resultado. Una larga línea de sangre, un corte profundo y perfecto.

—Oh, está afilado.

—*Ven, dale la vuelta. Posa la palma herida en su pecho.*

Tetera se adelantó.

Un golpe le había roto el brazo izquierdo y la agonía, cuando Barras de Hierro esquivaba y se metía entre los

rugientes Seregahl, hacía que atravesaran su cerebro destellos blancos. Medio ciego, empuñaba la espada, ya roma y machacada, solo por instinto, y se enfrentaba a golpe tras golpe… necesitaba un momento libre, unos cuantos latidos para recuperarse, para bloquear el dolor…

Pero se había quedado sin tiempo. Otro golpe atravesó sus defensas, la extraña espada de madera penetró como si fuera de cristal en su cadera izquierda. La pierna de ese lado cedió bajo la profunda herida. Levantó los ojos irritados por el sudor y vio al Seregahl tuerto que se cernía justo sobre él, enseñando los dientes en una mueca de triunfo.

Después, una rama de árbol golpeó al dios en la cabeza. En la sien izquierda, con la fuerza suficiente como para que la cabeza cayera de golpe y rebotara en el hombro contrario. La sonrisa se paralizó y el toblakai se tambaleó. Un segundo impacto lo sorprendió, esa vez llegaba por detrás y se estrelló en su nuca; la rama estalló en un millar de astillas. El dios se inclinó hacia delante justo cuando una rodilla se levantó de súbito para golpearlo en la ingle… y unos antebrazos le machacaron la espalda y lo hundieron todavía más. La rodilla se alzó otra vez, esa vez para aplastarse contra la cara del dios.

La sonrisa, comprobó Barras de Hierro desde donde estaba agachado, había desaparecido por completo.

El juramentado rodó de lado un momento antes de que el toblakai aterrizara encima de él. Rodó y rodó hasta levantarse con un tambaleo y al fin girar en redondo. Y, haciendo honor a su nombre por encima del dolor insoportable que sentía en la cadera, se irguió. Una vez más se enfrentó a los Seregahl.

Donde, al parecer, uno de su propia especie estaba luchando contra ellos, un mortal tarthenal, que había envuelto con sus enormes brazos a uno de los dioses por

detrás y le había atrapado los brazos a los lados mientras apretaba. Los tres dioses restantes se habían echado hacia atrás con un tambaleo, como si estuvieran conmocionados, y el momento, a los ojos del juramentado, se paralizó de repente.

Dos, después tres latidos.

Las nubes se despejaron de los ojos del juramentado. Un destello de energía regresó a sus agotados miembros. El dolor se desvaneció.

El mortal tarthenal estaba a meros momentos de morir, cuando los otros tres se despertaron y avanzaron.

Barras de Hierro se precipitó a interceptarlos.

Las posibilidades empezaban a mejorar.

Dos formas acurrucadas en la calle. Tiste edur de pie a su alrededor, todavía propinando patadas, todavía rompiendo huesos. Uno dio un pisotón y unos sesos se esparcieron por los adoquines.

Bicho se detuvo con un tambaleo, su rostro se crispó de dolor, después de rabia.

Rugió.

Las cabezas se volvieron.

Y el criado desató lo que había permanecido oculto e inactivo en su interior durante tanto tiempo.

Catorce tiste edur de pie, todos se llevaron las manos a los oídos, pero el gesto nunca se completó cuando trece de ellos implosionaron, como si estuvieran bajo una presión inmensa, en horribles contracciones de carne, el chorro salvaje de sangre y fluidos, los cráneos hundiéndose sobre sí mismos.

Implosionaron, solo para estallar un momento después en trozos ensangrentados que salpicaron el muro del almacén y

la calle entera.

El decimocuarto tiste edur, el que acababa de aplastar una cabeza con el talón, fue alzado por los aires. Se retorcía, los ojos se le salían de una forma horrible, los desechos le chorreaban por las piernas.

Al tiempo que Bicho avanzaba a zancadas.

Hasta que se detuvo justo delante de Theradas Buhn de los hiroth. Alzó la cabeza y se quedó mirando al guerrero, la cara hinchada, la agonía en sus ojos.

—A ti —dijo Bicho temblando—, a ti te mando a casa… no a tu casa. A mi casa. —Un gesto y el tiste edur se desvaneció.

Se perdió en la senda de Bicho y después empezó a bajar, y siguió bajando, bajando sin fin.

Por la oscuridad sin fondo, donde el portal se abrió una vez más y arrojó a Theradas Buhn a un agua negra y gélida.

Donde la presión, inmensa e innegable, lo abrazó.

De un modo fatal.

El temblor de Bicho fue menguando. Sabía que habían oído su rugido. Hasta el otro lado del mundo lo habían oído. Y las cabezas habían girado. Corazones inmortales se habían acelerado.

—No importa —susurró.

Después dio un par de pasos y se arrodilló junto a los cuerpos inmóviles.

Cogió uno de esos cuerpos entre sus brazos.

Se levantó y se alejó caminando.

El Domicilio Eterno. Un título de una presunción tan profunda, tan meticulosamente unida a la arrogancia de los letherii, como la fe en su propio destino inmutable. Derechos manifiestos a todas las cosas, a la propiedad, a reclamar

todo lo que percibían, la inadmisible, la descarada arrogancia de todo ello, como si un millar de dioses los respaldaran, cargados de regalos para los elegidos.

Trull Sengar solo podía preguntarse una cosa, ¿qué engendraba tales certezas? ¿Qué hacía a un pueblo tan farisaico e intransigente? *Quizá lo único que se necesitaba era… poder.* Una mortaja de veneno que llenara el aire y se filtrara por cada poro de cada hombre, cada mujer y cada niño. Un veneno que retorciera el pasado para que se adaptara a las costumbres del presente e iluminara a su vez un futuro inevitable y moralmente superior. Un veneno que hacía que personas inteligentes se desentendieran con alegría de las feas verdades de los errores de criterio del pasado, de las horrendas y brutales debacles que habían manchado de rojo las manos de sus ancestros. Un veneno que consolidaba la estupidez de tradiciones dudosas y llevaba la desdicha y el sufrimiento a un sinfín de víctimas.

Poder, entonces. Ese mismo poder que estamos a punto de abrazar nosotros. Que las Hermanas tengan misericordia de nuestro pueblo.

El emperador de los tiste edur se encontraba ante la majestuosa entrada del Domicilio Eterno. La espada moteada en la resplandeciente mano derecha. Piel de oso polvorienta sobre los hombros, que se habían hecho inmensos con el peso del oro. Sangre antigua que le manchaba la espalda con mapas diferentes, como si estuviera volviendo a dibujar el mundo entero. El cabello largo, desgreñado y pesado por la mugre aceitosa.

Trull estaba detrás de él, así que no podía ver los ojos de su hermano. Pero sabía que si se mirara en ellos en ese momento, vería el destino que temía, vería el veneno fluyendo sin obstáculos y vería la locura nacida de la traición.

Sabía que no habría costado mucho. Solo ir a buscar a un esclavo corriente de ojos tristes, unas manos que se cerraran para levantar a Rhulad y guiarlo de regreso a la cordura. Eso, y nada más.

Rhulad se volvió para mirarlos.

—Las puertas no están bloqueadas.

—Algo espera en el interior, mi señor —dijo Hannan Mosag—. Percibo… algo.

—¿Qué pides de nos, rey hechicero?

—Permitid que mis k'risnan y yo entremos primero, para ver qué nos aguarda. En el pasillo…

Rhulad entrecerró los ojos, después les indicó con un gesto que se adelantaran.

—Temor, Trull, Binadas, uníos a nos —añadió—. Los seguiremos justo detrás.

Hannan Mosag en cabeza, los k'risnan y los esclavos arrastrando los dos sacos detrás de él, y después Rhulad y sus hermanos, todos se acercaron a las puertas del Domicilio Eterno.

Brys Beddict, que se encontraba justo a la entrada del salón del trono, apreció movimiento por el pasillo, a ese lado de la forma inmóvil del ceda. El paladín fue a echar mano de su espada, después la dejó caer cuando el primer consorte, Turudal Brizad, salió entre las sombras y se aproximó con aire despreocupado y expresión serena.

—No esperaba —dijo Brys en voz baja— verlo otra vez, primer consorte.

Los dulces ojos de Turudal se alzaron para mirar más allá de Brys, al salón del trono.

—¿Quién espera, paladín?

—El rey, su concubina. El primer eunuco y el canciller. Y seis de mis guardias.

Turudal asintió.

—Bueno, no tendremos que esperar mucho más. Los tiste edur están a tan solo unos momentos, vienen detrás de mí.

—¿Cómo le va a la ciudad?

—Ha habido combates, Brys Beddict. Soldados leales yacen muertos en las calles. Entre ellos, Moroch Nevath.

—¿Y Gerun Eberict? ¿Qué hay de él?

Turudal ladeó la cabeza y después frunció el ceño.

—Persigue… a una mujer.

Brys estudió al hombre.

—¿Quién es usted, Turudal Brizad?

Los ojos del otro se encontraron con los suyos.

—Hoy, un testigo. Hemos llegado, después de todo, al día del Séptimo Cierre. Un fin, y un principio…

Brys levantó una mano para acallar al hombre y después pasó junto a él.

El ceda se estaba removiendo en el pasillo. Después se levantó, se alisó las túnicas mugrientas y arrugadas y se llevó los lentes a la cara para colocárselos bien.

Turudal Brizad se volvió para reunirse con Brys.

—Ah, sí.

Las siluetas de un grupo de figuras altas habían aparecido en las lejanas puertas, que en ese momento estaban abiertas.

—El ceda…

—Lo ha hecho muy bien, hasta el momento.

Brys le lanzó al primer consorte una mirada desconcertada.

—¿A qué se refiere? No ha hecho… nada.

Se alzaron unas cejas.

—¿Ah, no? Ha aniquilado a un dios del mar, el demonio encadenado por Hannan Mosag. Y lleva días preparándose para este momento. ¿Ve dónde se encuentra? ¿Ve la losa que ha pintado bajo su cuerpo? Una losa por la que pasará todo el poder de la Cedance, por donde subirá y se depositará en sus manos.

La penumbra del pasillo se desvaneció, una luz blanca y reluciente bañó el aire polvoriento.

Y reveló la fila de tiste edur que en ese momento se enfrentaban al ceda. Menos de quince pasos los separaban.

Habló el edur del centro de la fila.

—Ceda Kuru Qan. El reino al que sirves ha caído. Hazte a un lado. El emperador desea reclamar su trono.

—¿Caído? —La voz del ceda era aflautada en comparación, casi trémula—. ¿Relevante? En absoluto. Te veo, Hannan Mosag, a ti y a tus k'risnan. Siento cómo reúnes tu poder. Para que tu emperador loco reclame el trono de Lether tendrás que pasar por encima de mí.

—Es inútil, viejo —dijo Hannan Mosag—. Estás solo. Todos tus compañeros magos están muertos. Mírate. Medio ciego, apenas capaz de tenerte en pie…

—Busca al demonio que encadenaste en el mar, rey hechicero.

Desde donde estaba, Trull no distinguía la expresión de Hannan Mosag, pero hubo una furia repentina en su voz.

—¿Has hecho tú eso?

—Los letherii están muy versados en el uso de la codicia para tender trampas —dijo Kuru Qan—. No dispondrás hoy de su poder. Ni nunca.

—Por eso —dijo el rey hechicero con un gruñido— te…

La bruma blanca explotó, el rugido sacudió el techo y las paredes y avanzó como un trueno, golpeando a los hechiceros tiste edur.

Diez pasos por detrás de Hannan Mosag y sus k’risnan, Trull Sengar lanzó un grito y se agachó para esquivar la conmoción abrasadora; sus hermanos siguieron su ejemplo. El tiste edur oyó gritos interrumpidos de repente y luego un cuerpo resbaló por el suelo pulido, se detuvo con un golpe seco contra los pies de Trull y lo derribó al suelo…

Se encontró mirando a un k’risnan, quemado e irreconocible, un cieno ennegrecido se fundía con los huesos partidos. Trull se incorporó un poco, se quedó a gatas y levantó la cabeza.

Solo dos edur permanecían en pie, presentando batalla contra la hechicería furiosa del ceda: Hannan Mosag y Binadas. Los otros k’risnan estaban todos muertos, al igual que los cuatro esclavos que se habían agazapado junto a los dos sacos.

Mientras Trull miraba, vio a Binadas arrojado contra las baldosas como si lo hubiera atacado un millar de puños de luz. La sangre lo salpicó todo…

Y luego fue Temor el que se abalanzó, resbaló sobre las losas combadas y consiguió detenerse al alcance de su hermano. Cerró las manos alrededor de una muñeca y un tobillo y un momento después Temor estaba arrastrando a Binadas, alejándolo de la conflagración.

Hannan Mosag bramó. Unos zarcillos grises dibujaron un remolino y saltaron del suelo para entrelazarse con las motas embravecidas de fuego. Una detonación cegadora…

Y después la oscuridad una vez más, que daba paso poco a poco a la penumbra.

Hannan Mosag, de pie y solo, enfrentándose al ceda.

Un latido…

Kuru Qan golpeó de nuevo, un momento antes del siguiente ataque de Hannan Mosag. Los dos poderes chocaron a tres pasos del rey hechicero…

Y Trull vio que Hannan Mosag se tambaleaba, empapado en sangre, las manos se echaron hacia atrás, buscando algo, la izquierda aterrizó sobre uno de los sacos y lo sujetó con fuerza. La otra mano encontró entonces el otro y lo cogió de un manotazo. El rey hechicero recuperó el equilibrio y empezó a erguirse una vez más para defenderse del ataque.

La hechicería que brotaba del ceda había retorcido las paredes de mármol hasta que empezaron a sangrar un líquido blanco. El techo se había combado y la pintura se había quemado, las superficies estaban pulidas y resbaladizas. Brys se había quedado mirando sin poder creer la magia que apartaba de un manotazo los hechizos defensivos que habían alzado los k'risnan ante sí, los había apartado en un instante, para después precipitarse y masacrarlos.

Y se volvía a estrellar contra el propio Hannan Mosag, una y otra vez, acercándose cada vez más.

Entonces el rey hechicero replicó y la presión en el pasillo empujó a Brys y Turudal hacia atrás, un paso, después dos.

De inmediato los dos poderes enfrentados se anularon entre sí con un destello, el trueno de la detonación abrió grietas en el suelo, levantó losas por el aire, por todas partes salvo donde se encontraban los dos hechiceros.

Un silencio polvoriento.

Las columnas de mármol de ambos lados estaban ardiendo por algunos sitios, se iban fundiendo como inmensas velas de sebo. Por encima de sus cabezas el techo gimió como si estuviera a punto de derrumbarse.

—Ahora —susurró Turudal con voz ronca—, veremos hasta qué punto está desesperado Hannan Mosag…

Las hechicerías cobraron vida con un rugido otra vez y Brys vio tambalearse al rey hechicero.

El ceda, Kuru Qan, aquel hombre pequeño y anciano, se alzaba sin un rasguño y la magia que surgía de él, oleada tras oleada, a Brys le parecía la de un dios.

El rey hechicero no sobreviviría a aquello. Y, una vez que cayera, esa hechicería antiquísima, primitiva, lo barrería todo y se llevaría al emperador y los suyos, los devoraría a todos y cada uno. Saldría a la ciudad. Un pueblo entero, el tiste edur, quedaría aniquilado; Brys podía sentir su avidez, su indignación, su ansía fría de venganza, ese era el poder de los letherii, la Cedance, la voz del destino, una cosa terrible y más allá de toda comprensión…

Trull vio que el rey hechicero recuperaba el equilibrio, sus manos sujetaban con fuerza los sacos y el poder empezó a fluir de ellos, le subió por los brazos y el hechicero empezó, lentamente, a repeler el ataque del ceda.

Esos brazos giraron, crecieron y se convirtieron en horrendos apéndices deformes. El torso de Hannan Mosag empezó a combarse, la espina se curvó, se retorció como una serpiente sobre piedras calientes, se alzaron músculos nuevos, nudos de huesos que empujaban la piel. Chilló cuando el poder floreció a través de él.

Una oleada gris se alzó, golpeó el fuego blanco, desgarró sus bordes, siguió empujando, llenó la mitad de la larga columnata del pasillo, se fue acercando al ceda, que permanecía sin moverse con la cabeza levantada, las extrañas lentes destellando ante sus ojos. De pie, como si estudiara la tormenta que se iba abriendo paso hacia él.

Brys se quedó mirando, horrorizado, la repugnante hechicería del edur que se iba aproximando cada vez más al ceda y se elevaba sobre el hombrecito. Advirtió que una columna cercana se tornaba porosa y después se derrumbaba entre una nube de polvo. Una sección del techo que había estado sosteniendo se desplomó solo para desvanecerse en una calima brumosa y aterrizar con un golpe seco de polvo ondeante.

Kuru Qan había alzado la vista y observaba la pared rugiente que se cernía sobre él.

Brys lo vio ladear la cabeza, el más leve de los gestos.

Un estallido renovado de fuego blanco que brotó donde se encontraba el mago, subió en una oleada que se extendió y se estrelló contra el muro gris.

Y le provocó fisuras, arrancó pedazos enormes que azotaron como velas hendidas el techo deformado.

Brys oyó el chillido del rey hechicero cuando las llamas blancas se abalanzaron sobre él con un rugido.

Trull sintió que lo levantaban a rastras. Se volvió y se quedó mirando la cara de Temor. Su hermano gritaba algo…

El rey hechicero estaba fracasando. Se desmoronaba bajo el ataque. Fueran cuales fueran las energías que había extraído de lo que estaba oculto dentro de los sacos estaban menguando. Eran insuficientes para contrarrestar al ceda. El rey hechicero estaba a punto de morir, y con él… *todos nosotros…*

—¡Trull! —Temor lo sacudió—. Por el muro. —Señaló—. Ahí, ve avanzando. Para lanzar…

¿Lanzar? Miró la lanza que tenía en las manos, la maderanegra que relucía con cuentas de sudor rojo.

—¡Desde las sombras, Trull, detrás de esa columna! ¡Desde las sombras, Trull!

Era inútil. Peor aún, ni siquiera quería intentarlo. ¿Y si lo conseguía? ¿Qué ganarían con ello?

—¡Trull! ¡Hazlo o morimos todos! Madre, padre, Mayen… ¡su hijo! ¡Todos los hijos de los edur!

Trull se quedó mirando los ojos de Temor y no reconoció lo que vio en ellos. Su hermano lo volvió a sacudir y después lo empujó por el muro y lo introdujo en el calor envolvente de la hechicería que estaba machacando a Hannan Mosag, y después detrás de una columna desmenuzable de lo que otrora había sido mármol sólido.

Lo metió en una sombra fresca. Una sombra absurdamente fresca. Trull tropezó tras recibir el último empujón de su hermano. Algo lo hizo subir contra una pared combada, llena de ondas, y pudo ver, en ese momento sí, al ceda. A menos de siete pasos de distancia. Con la cabeza inclinada hacia arriba observaba su asalto contra las defensas cada vez más débiles del rey hechicero.

Las lágrimas enturbiaron los ojos de Trull. No quería hacerlo. *Pero nos matarán a todos. A todos y cada uno, no dejarán a un solo tiste edur vivo. Lo sé. En el fondo, lo sé. Nos quitarán nuestras tierras, nuestras riquezas. Sembrarán de sal nuestros lugares de enterramiento. Nos barrerán a los mundos olvidados de la historia. Lo… lo sé.*

Levantó la lanza y la equilibró en la mano derecha. Se quedó quieto un momento con el aliento contenido, después dos zancadas rápidas y el brazo se adelantó con un movimiento súbito, el arma voló recta y afinada.

Y desgarró el costado del ceda, justo debajo de las costillas izquierdas, el peso sólido y el impulso del brazo de

Trull hundió la punta en la carne.

El ceda giró en redondo con el impacto, la pierna izquierda se le combó y cayó… fuera de la losa pintada… que de repente se hizo pedazos.

El fuego blanco se desvaneció y la oscuridad lo envolvió todo.

Aturdido, Brys dio un paso adelante, pero lo detuvo la mano de Turudal Brizad.

—No, paladín. Se ha ido.

El ceda. Kuru Qan. Mi amigo…

Tetera estaba sentada en el barro, mirando la cara del hombre. Parecía una cara amable, sobre todo con los ojos cerrados, sumidos en el sueño. Las cicatrices se iban desvaneciendo de todo su cuerpo flaco y bronceado. Había sido su sangre la que había hecho eso. Ella había estado muerta, una vez, y ese día había dado vida.

—Eres muy rara —susurró el espectro desde donde se había agachado, al lado del agua.

—Soy Tetera.

Una carcajada gruñida.

—¿Y qué te hierve a ti ahí dentro, me pregunto?

—Y tú —dijo la niña— eres algo más que un simple fantasma.

—Sí. —Divertido—. Soy Marchito. Un buen nombre, ¿no te parece? Fui tiste andii, una vez, hace mucho, mucho tiempo. Me asesinaron, junto con todos los míos. Bueno, es decir, los que sobrevivimos a la batalla.

—¿Por qué estás aquí, Marchito?

—Aguardo a mi señor, Tetera. —El espectro se levantó de repente, la niña no se había dado cuenta antes de lo alto que era—. Y ahora… aquí está.

Un chorro de agua embarrada y surgió una figura demacrada, de piel blanca como un cadáver exangüe, cabello largo y pálido aplastado contra el rostro delgado. Salió del agua tosiendo y se arrastró hasta la orilla.

—Las espadas —jadeó.

Tetera se apresuró a acercarse y le puso las armas en las manos de dedos largos. El hombre las utilizó, con las puntas hacia abajo, para ayudarse a levantarse. Alto, vio la niña al encogerse hacia atrás, más alto incluso que el espectro. Y unos ojos tan, tan fríos, de un rojo profundo.

—Dijiste que nos ayudarías —dijo Tetera encogiéndose bajo la mirada del hombre.

—¿Ayudar?

El espectro se arrodilló ante su señor.

—Silchas Ruina, yo era antaño Killanthir, tercer mago supremo de la sexta cohorte…

—Te recuerdo, Killanthir.

—He elegido el nuevo nombre de Marchito, señor.

—Como gustes.

El espectro levantó la mirada.

—¿Dónde está el wyval?

—Temo que no sobrevivirá pero la mantiene ocupada. Una bestia noble.

—Por favor —gimoteó Tetera—, están fuera. Quieren matarme… prometiste…

—Mi señor —dijo Marchito—, quisiera ayudar al wyval. Juntos, quizá podamos lograr hundirla en las profundidades. Incluso podríamos vincularla una vez más. Si me dierais permiso…

Silchas Ruina se quedó callado un momento, con los ojos clavados en el espectro arrodillado.

—Como gustes —dijo después.

Marchito inclinó la cabeza y se detuvo un instante a mirar a Tetera.

—Déjame el letherii a mí —dijo—. No despertará hasta dentro de un rato. —Después, el espectro se metió fluyendo en el remolino de agua.

Silchas Ruina respiró hondo, bajó la cabeza y miró las espadas que tenía en las manos por primera vez.

—Extrañas, estas armas. Pero presiento que el mortal escogió bien. Niña, ponte detrás de mí. —La miró y luego asintió—. Es hora de cumplir mi promesa.

Corlo no tenía ni idea de qué saldría de allí. Un juramentado podía morir, desde luego, si sufría daños suficientes. Era, creía, una cuestión de voluntad tanto como de cualquier otra cosa. Y él hacía mucho tiempo que conocía a Barras de Hierro, aunque no tanto como había conocido a otro de los juramentados. En su opinión, sin embargo, no había ningún otro que pudiera compararse con Barras de Hierro cuando se trataba de voluntad pura y dura.

El mago supremo estaba agotado, exhausto. Ya no podía manipular con habilidad a los cuatro dioses restantes, aunque, por suerte, uno de ellos ya tenía bastante problemas con ese tarthenal enloquecido que al parecer estaba haciendo lo imposible, exprimirlo hasta quitarle la vida. Para que luego hablaran de obstinación.

Lo habían golpeado, una y otra vez, pero no cedía en su letal abrazo. Barras de Hierro había luchado con brillantez, distrayendo a los tres restantes de forma repetida, lo suficiente para mantener con vida al tarthenal, pero el

juramentado estaba extremadamente cansado. Corlo jamás había visto un combate semejante, jamás había presenciado toda la medida de la habilidad de ese juramentado. Algunos guardias en posición de saberlo habían dicho que estaba casi a la altura de Despellejador. Y Corlo empezaba a creerlo.

Se quedó no poco sorprendido cuando dos cadáveres pasaron a su lado rumbo a la verja, uno de ellos arañando el aire y siseando.

Se detuvieron en la entrada al patio y él oyó maldecir a la mujer con una inventiva admirable.

—No sé cómo podemos ayudarlos —añadió después—. Oh, Ublala, hombretón estúpido.

—Debemos atacar, Shurq Elalle —dijo el otro—. Tengo colmillos y garras, ¿sabes?

—Bueno, adelante, entonces.

¿Shurq Elalle? ¿La capitana del barco en el que nos hemos enrolado? ¿Nuestra… jefa? Corlo descruzó las piernas y las estiró con un esfuerzo y una mueca de dolor, después se levantó.

—Eh, oiga.

Shurq Elalle, que ya se encontraba sola, se volvió poco a poco.

—¿Me estás hablando a mí?

Corlo cojeó hasta ella.

—Corlo, señora. Guardia carmesí. Nos hemos enrolado con usted…

—¿Nos?

—Sí, el que está ayudando a su amigo, al hombretón estúpido. Ese es Barras de Hierro, mi comandante.

—¡Se supone que tenéis que esperar a bordo!

El mago parpadeó.

La ladrona frunció el ceño.

—Tu comandante está a punto de morir.

—Lo sé… espere… —Pasó junto a ella y se metió en el camino—. Espere, viene algo… ¡rápido! —Entró corriendo en el patio, Shurq Elalle lo siguió.

El toblakai que tenía en los brazos el tarthenal se encorvó y Barras de Hierro oyó el crujido de las costillas un momento antes de que uno de los dioses se deslizara junto al juramentado y estrellara el lado de su espada de madera contra la cabeza del tarthenal. El hombretón se vino abajo y arrastró con él al dios muerto.

Aturdido, el tarthenal intentó débilmente desenredarse del cadáver.

Con las últimas fuerzas que le quedaban, Barras de Hierro saltó por encima para colocarse sobre él y llegó justo a tiempo para desviar un golpe de la espada y contraatacar con una estocada que obligó al atacante a retroceder un paso. Por su derecha, otro se abalanzó y después se alejó girando por propia iniciativa para rodar hacia una atronadora conmoción procedente de un túmulo cercano.

Donde apareció una figura alta y pálida entre una nube de vapor con una espada en cada mano.

El juramentado, distraído por un instante, ni siquiera vio la hoja de la espada que se deslizó tras sus defensas, y que desvió en el último momento sujetando la empuñadura de su espada, le vapuleó como una pala el hombro derecho y rompió todo lo que pudo. El impacto lo mandó por los aires y chocó contra el suelo, el arma salió volando de una mano entumecida. Terminó tirado de espaldas mirando al cielo a través de unas ramas negras y extendidas. Demasiado herido para moverse. Demasiado cansado para que le importara.

A su derecha oyó ruidos de lucha, después un bramido que se pareció mucho a un grito de muerte. Un toblakai se tambaleó y estuvo a punto de caer sobre Barras de Hierro, los ojos del juramentado se abrieron de asombro al ver la sangre que brotaba de dos cuchilladas en el cuello del dios y a un hombre mordiéndole la pantorrilla izquierda, un hombre al que arrastraba por los dientes, con las garras de las manos trepando por el muslo del dios.

Bueno, cosas más raras había presenciado, supuso. *No, más raras que esa, imposible…*

El suelo tembló cuando otro cuerpo cayó con un golpe seco. Un momento después se oyó otro gruñido moribundo.

Después, unos pasos se acercaron poco a poco adonde yacía Barras de Hierro, que se había quedado contemplando el cielo. Cayó una sombra sobre él. El juramentado parpadeó y se encontró delante una cara pálida y delgada y dos ojos rojos, muy, muy rojos.

—Lo has hecho pasablemente bien —dijo el desconocido.

—¿Y mi amigo tarthenal?

—Un golpe en la cabeza. Se pondrá bien, dudo que tenga mucho dentro. —Una pausa, y luego—: ¿Por qué sigues ahí tirado?

El polvo y el humo salían flotando del oscuro pasillo. Turudal Brizad había metido a Brys otra vez en el salón del trono y el paladín se encontraba en el espacio despejado que quedaba ante el estrado.

En el trono, tras él, se oyó una voz cansada.

—¿Finadd? El ceda…

Brys se limitó a sacudir la cabeza, incapaz de hablar, luchando por apartar el dolor.

En la penumbra del pasillo había silencio. Un silencio pesado, ominoso.

Brys sacó su espada con movimientos lentos.

Un sonido. El crujido de unas pisadas que se arrastraban por el polvo y los escombros, la punta de una espada arañando el suelo y una extraña serie de tintineos metálicos apagados.

Las pisadas se detuvieron.

Después, una moneda. El chasquido del metal rebotando, rodando con lentitud por el salón del trono. Brys la observó dibujar un arco perezoso y enroscado por las losas. Oro, manchado de sangre seca. La moneda rodó, se ladeó y después se detuvo con un bamboleo.

Los sonidos se reanudaron en el pasillo y un momento después entró una figura enorme arrastrando los pies, salía de entre las sombras y agitaba el polvo.

Nadie habló en el salón del trono cuando entró el emperador de los tiste edur. Tres pasos, después cuatro, luego cinco, hasta que estuvo casi al alcance de la espada del paladín. Tras él, Hannan Mosag, casi irreconocible, tan retorcido, encorvado y roto estaba el rey hechicero. Dos guerreros edur más, los rostros tensos de angustia, aparecieron tras Hannan Mosag; arrastraban dos sacos.

Brys les dedicó a los demás la más breve de las miradas y observó la lanza manchada de sangre que llevaba en la mano derecha uno de los guerreros. *El que mató al ceda.* Después volvió a concentrarse una vez más en el emperador. La espada era demasiado grande para él. Caminaba como si le doliera. Unos espasmos destellaban por su rostro tachonado de monedas. Los ojos entornados resplandecieron cuando se quedó mirando más allá de Brys… al trono, y al rey sentado sobre él.

Una tos seca y convulsiva de Hannan Mosag cuando se encorvó y tuvo que arrodillarse, un jadeo y, por fin, palabras.

—Rey Ezgara Diskanar. Tengo algo que… enseñarle. Un… regalo. —Levantó una mano mutilada, el esfuerzo lo hizo estremecerse entero, y efectuó un gesto a su espalda.

Los dos guerreros se miraron, ambos inseguros.

El rey hechicero esbozó una mueca.

—Los sacos. Desatadlos. Mostradle al rey lo que hay en su interior. —Otro ataque de tos seca, unas burbujas de espuma rosa en las comisuras de la boca de Hannan Mosag.

Los guerreros deshicieron los nudos de las cuerdas, el de la izquierda soltó los cordones un momento antes que el otro. Y abrió la boca de cuero. El edur, al ver lo que había dentro, retrocedió de repente y Brys reconoció el horror en la cara del guerrero.

Un momento después, el otro lanzó un grito y se echó hacia atrás.

—¡Mostradlos! —chilló el rey hechicero.

Hasta el emperador se volvió, sorprendido.

El guerrero de la izquierda aspiró una bocanada insegura de aire y después se adelantó hasta que pudo sujetar los bordes del saco. Con unos movimientos extrañamente suaves, empezó a bajar el cuero.

Un letherii, bien atado. Cubierto de ampollas, con la piel supurante, los dedos gastados y convertidos en meros muñones, bultos y protuberancias por todo el cuerpo desnudo. Había perdido buena parte del pelo, aunque le quedaban algunos mechones largos. Parpadeó bajo la luz e intentó levantar la cabeza, pero los tendones y ligamentos deformados del cuello lo obligaron a moverlo hacia un lado. La mandíbula inferior se asentó y un hilillo de baba se le escapó de la boca abierta.

Brys lo reconoció entonces.

El príncipe Quillas…

Un grito del rey, un gemido terrible, animal.

Abrieron el otro saco. La reina, su carne tan destrozada como la de su hijo. De ella, sin embargo, brotaba una risa aguda y húmeda como si quisiera responder al lamento de su marido, y después una serie de palabras sin sentido, un impulso de locura que chirriaba entre los labios hinchados y partidos. Sin embargo, en sus ojos, la conciencia fiera de dónde estaba.

Hannan Mosag se rió.

—Los utilicé. Contra el ceda. Los utilicé. Sangre letherii, carne letherii. Miradnos a los tres. Mire, querido rey, vea la gloria de lo que ha de ser.

El emperador chilló.

—¡Lleváoslos! ¡Temor! ¡Trull! ¡Lleváoslos!

Los dos guerreros se acercaron a las figuras encogidas, subieron los sacos hasta lo que pasaba por hombros y después arrastraron a la reina y su hijo de vuelta al pasillo.

Tembloroso, el emperador miró al rey una vez más. Abrió la boca para decir algo, hizo una mueca, pero la volvió a cerrar. Después se irguió poco a poco y habló con voz ronca.

—Somos Rhulad Sengar, emperador de los tiste edur. Y ahora, de Lether. Cede el trono, Diskanar. Cédenoslo… a nos.

Por la izquierda de Brys se adelantó el primer eunuco con una jarra de vino y dos copas en las manos. Ascendió al estrado y le ofreció a Ezgara una de las copas. Después sirvió el vino.

Aturdido, el paladín dio un paso a la derecha y se giró a medias para mirar a su rey.

Que se terminó con calma el vino en tres rápidos tragos. En algún momento le habían puesto de nuevo la corona en la frente. Nisall estaba justo detrás del trono, con los ojos entrecerrados y clavados en el primer eunuco, que se había

terminado su vino y se estaba apartando del estrado para ir a colocarse cerca del canciller, junto a la pared contraria.

Ezgara Diskanar clavó unos ojos apagados en Brys.

—Retírese, paladín. No muera este día.

—No puedo hacer lo que me pide su majestad —dijo Brys—. Como bien sabe.

Un asentimiento cansado y después Ezgara apartó la mirada.

—Muy bien.

Habló entonces Nifadas.

—Paladín, muéstreles a estos salvajes lo que vale un espadachín letherii. El último acto de nuestro reino en este oscuro día.

Brys frunció el ceño y después se enfrentó a Rhulad Sengar.

—Debéis luchar conmigo, emperador. O llamar a más de vuestros guerreros para que nos derriben. —Una mirada al arrodillado Hannan Mosag—. Creo que vuestra hechicería ha terminado por ahora.

Rhulad lanzó una risita burlona.

—¿Hechicería? No desaprovecharíamos una oportunidad como esta, paladín. No, lucharemos, nosotros dos. —Dio un paso atrás y levantó la espada moteada—. Adelante. Ambos tenemos lecciones que aprender.

Brys no respondió. Esperó.

El emperador atacó. Con una velocidad sorprendente, un medio remolino con la hoja en alto y después una estocada entrecortada hacia abajo en diagonal que pretendía encontrarse con la espada del paladín y empujarla hacia las losas.

Brys se ajustó a la vacilación momentánea y se echó hacia atrás al tiempo que hacía girar la espada y se ladeaba a la derecha. Con la hoja posada encima de la de Rhulad al

destellar hacia abajo, el paladín lanzó la punta disparada hacia el antebrazo izquierdo del emperador y atravesó un tendón cerca del codo.

Dio un salto atrás y lanzó una estocada baja al tiempo que se apartaba para meter la punta de la espada entre el tendón y la rótula de la pierna izquierda de Rhulad.

Corte.

El emperador se tambaleó hacia delante, casi al borde del estrado y después, por asombroso que fuera, se irguió y se abalanzó con el arma aferrada con las dos manos.

La hoja moteada parecía bailar sola, esquivó dos paradas impecables de Brys y el paladín solo consiguió evitar la estocada apartando la pesada hoja con la mano izquierda.

Los dos dedos inferiores salieron volando de esa mano mientras Brys iba retrocediendo de espaldas hasta que quedó en el centro del espacio una vez más, esa vez con Rhulad entre él y el rey en su trono.

Ezgara estaba sonriendo.

Cuando Rhulad se giró para mirarlo una vez más, con el arma apuntando hacia abajo, Brys atacó.

El pie delantero se alzó por el aire y cayó con todo su impulso sobre la hoja vacilante de la espada del emperador. No fue un contacto perfecto pero sí suficiente para apartarla de momento, mientras hundía la punta de su propia espada en la rótula derecha de Rhulad. Fue bajando la hoja desde el borde superior. Después la hundió en el hueso cerca del borde inferior. Retiró la hoja retorciéndola y sacando el hueso por el corte.

Un chillido cuando la pierna de Rhulad salió disparada hacia un lado.

Con la rótula todavía ensartada en la punta de la espada de Brys, el paladín volvió a entrar a toda velocidad cuando el emperador bajó su espada al suelo y la echó a la izquierda

en un esfuerzo por no caerse, el paladín lanzó una cuchillada ligera contra los tendones del brazo izquierdo del edur, justo por encima del codo.

Rhulad cayó hacia atrás y se derrumbó con un golpe seco sobre las losas. Varias monedas saltaron libres.

Al edur debería habérsele caído la espada de las manos, pero seguía sujetándola con firmeza con los puños apretados.

Pero Rhulad no podía hacer nada con ella.

Intentó incorporarse con los ojos llenos de rabia y luchó por levantar el arma.

Brys golpeó el suelo con la punta de la espada y desprendió la rótula, después se acercó al emperador y cortó los tendones y ligamentos del hombro derecho del edur, hizo un barrido con la hoja para rebanar un tendón del cuello y después sostuvo el arma por un instante con la punta sobre su víctima antes de hundirla para inutilizarle el hombro izquierdo de forma idéntica. De pie sobre el indefenso emperador, Brys fue cortando metódicamente los dos tendones de los talones de Rhulad y después abrió en diagonal el estómago de su víctima y separó la pared de músculos.

Una patada le dio la vuelta a Rhulad y le expuso la espalda.

Cortes sobre cada clavícula, dos más en los tendones del cuello. En los riñones, para asegurarse de que las capas de músculos se separaban del todo y rodaban bajo la piel tachonada de monedas. De vuelta en los hombros, las monedas bailotearon hasta rebotar por el suelo.

Brys se apartó entonces y bajó la espada.

Chillidos que rebotaban por la sala, los chillidos del emperador tirado bocabajo en el suelo, sus miembros ya se

estaban encogiendo solos al levantarse los músculos. El único movimiento en aquel aposento.

En el pasillo, el polvo se iba asentando con lentitud.

Y luego, uno de los guerreros edur:

—Que las Hermanas me lleven…

El rey Ezgara suspiró y se inclinó con gesto bebido hacia delante.

—Mátalo. Mátalo —dijo.

Brys lo miró.

—No, mi señor.

Incredulidad en la cara del anciano.

—¿Qué?

—El ceda fue muy claro, mi señor. No debo matarlo.

—Se desangrará —dijo Nifadas, sus palabras sonaron extrañamente apagadas.

Pero Brys sacudió la cabeza.

—No lo hará. No he abierto ningún vaso importante, primer eunuco.

El guerrero edur llamado Trull habló entonces.

—Ningún vaso importante… ¿cómo… cómo podías saberlo? No es posible… tan rápido…

Brys no dijo nada.

El rey se derrumbó de repente en su trono.

Los chillidos de Rhulad habían decaído y en ese momento sollozaba. Lamentos palpitantes de impotencia. Un jadeo repentino.

—¡Hermanos! ¡Matadme!

Trull Sengar se encogió al oír la orden de Rhulad. Sacudió la cabeza, miró a Temor y vio en los ojos de su hermano que había comprendido algo terrible.

Rhulad no se estaba curando. Sangraba sobre las losas pulidas. Su cuerpo… destruido. Y no se estaba curando. Trull

se volvió hacia Hannan Mosag y vio el brillo vil de la satisfacción en los ojos del rey hechicero.

—Hannan Mosag —susurró Trull.

—No puedo. Su carne, Trull Sengar, está fuera de mi alcance. Fuera del alcance de todos nosotros. Solo la espada… y solo con la espada. Tú, Trull Sengar. O Temor. —Un gesto débil de una mano—. Oh, llamad a otro, si carecéis de valor…

Valor.

Temor gruñó al oír eso. Como si lo hubieran golpeado en el pecho.

Trull lo estudió, pero Temor no se había movido, ni un solo paso. Apartó los ojos con esfuerzo y los clavó una vez más en Rhulad.

—Hermanos míos —sollozó Rhulad donde yacía—, matadme. Uno de vosotros. Por favor.

El paladín (ese extraordinario y espantoso espadachín) se acercó adonde la jarra de vino aguardaba a los pies del trono. El rey parecía medio dormido, indiferente, el rostro ruborizado y caído. Trull aspiró una bocanada de aire. Vio al primer eunuco, sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Otro hombre, anciano, estaba de pie cerca de Nifadas con las manos en los ojos, una postura extraña y patética a la vez. La mujer que permanecía detrás del trono estaba retrocediendo como si de repente hubiera caído en la cuenta de algo. Había habido otro hombre, joven y atractivo, pero parecía que había desaparecido.

Junto a los muros, los seis guardias de palacio habían sacado todos sus armas y las sujetaban con los brazos cruzados, un saludo silencioso al paladín del rey. Un saludo que Trull quería imitar. Su mirada regresó una vez más con Brys. Tan modesto en apariencia, tan… *ese rostro. Conocido… Casco Beddict. Tan parecido a Casco Beddict. Sí,*

su hermano. El menor. Observó al letherii servir vino de la jarra en la copa que el rey había utilizado poco antes.

Hermanas, este paladín… ¿qué ha hecho? Nos ha dado esta… esta respuesta. Esta… solución.

—¡Temor! —chilló Rhulad.

Hannan Mosag tosió.

—Se ha ido, emperador —dijo después.

Trull giró en redondo y miró a su alrededor. *¿Ido? No…*

—¿Adónde? Hannan Mosag, ¿adónde…?

—Se… fue. —La sonrisa del rey hechicero estaba manchada de sangre—. Así de sencillo, Trull Sengar. Echó a andar. Ahora lo entiendes, ¿verdad?

—Para llamar a los otros, para traerlos aquí…

—No —dijo Hannan Mosag—. No creo.

Rhulad gimoteó un poco.

—¡Trull! —soltó luego—. ¡Te lo ordeno! ¡Tu emperador te lo ordena! Clávame la lanza. ¡Clávamela!

Las lágrimas llenaron los ojos de Trull. *¿Y cómo lo voy a mirar ahora? ¿Cómo? ¿Como mi emperador o como mi hermano? Se tambaleó y a punto estuvo de derrumbarse cuando lo invadió la angustia. Temor. Te has ido. Nos has dejado. A mí, con… esto.*

—¡Hermano! ¡Por favor!

En la entrada se oyó una risa baja y aguda.

Trull se volvió y vio las formas atadas de la reina y el príncipe apoyadas contra la pared, como dos trofeos obscenos. El sonido lo producía la reina y el edur vio un destello en sus ojos.

Algo, algo más, hay más aquí…

Se volvió. Observó al paladín erguirse con la copa en la mano. Observó cuando el hombre se la llevó a los labios.

La mirada de Trull recayó en el rey. Esa mirada medio entornada. Los ojos sin sentido. La cabeza del edur se giró

de repente hacia donde se sentaba el primer eunuco. La barbilla en el pecho, inmóvil.

—¡No!

Cuando el paladín bebió echando atrás la cabeza. Dos tragos, después tres. Bajó la copa y se volvió para mirar a Trull. Frunció el ceño.

—Será mejor que os vayáis —dijo—. Arrastra a tu hechicero contigo. Acércate al emperador y te mataré.

Demasiado tarde. Es… demasiado tarde.

—¿Qué… qué pretendes?

El paladín bajó la cabeza y miró a Rhulad.

—Lo… llevaremos a alguna parte. No lo encontraréis, edur.

La reina volvió a lanzar aquella carcajada aguda y sobresaltó al espadachín.

—Es demasiado tarde —dijo Trull—. Para ti, en cualquier caso. Si te queda algo de compasión, paladín, será mejor que mandes marchar a tus guardias. Y que se lleven a la mujer con ellos. Los míos estarán aquí en cualquier momento. —Su mirada se posó en Rhulad—. Del emperador debemos ocuparnos los edur.

La expresión perpleja de la cara del paladín se profundizó. Después parpadeó y negó con la cabeza.

—¿Qué… a qué te refieres? Me encargaré de que no mates a tu hermano. Y debe morir, ¿no es cierto? Para sanar. Para… regresar.

—Sí, paladín, lo siento. No pude advertirte a tiempo.

El espadachín se encorvó de repente, estiró una mano ensangrentada y se apoyó en el borde del trono. La espada, todavía en la otra mano, osciló y después se hundió hasta que la punta tocó el suelo.

—Qué… qué…

Trull no dijo nada.

Pero a Hannan Mosag le importaba poco la compasión y se echó a reír una vez más.

—Comprendí tu gesto, paladín. La frialdad que imitaba la de tu rey. Además… —Sus palabras se interrumpieron con una tos. Escupió una flema y después continuó—. Además, ya casi ni importaba, ¿verdad? Si vivías o morías. O eso parecía, en cualquier caso. Por lo menos en ese momento, flagrante, aciago.

El paladín se hundió hasta el suelo y se quedó mirando con expresión vacía al rey hechicero.

—¡Paladín! —exclamó Hannan Mosag—. Oye estas últimas palabras. Has perdido. Tu rey está muerto. Estaba muerto antes de que empezaras siquiera a luchar. Luchaste, paladín, para defender a un hombre muerto.

El letherii, con los ojos cada vez más abiertos, se esforzó por darse la vuelta, procuraba levantar la vista hacia el trono, hacia la figura sentada allí. Pero el esfuerzo resultó ser demasiado grande y volvió a deslizarse al suelo, bamboleando la cabeza.

El rey hechicero se estaba riendo.

—No tenía fe. Solo oro. No tenía fe en ti, espadachín…

Trull se acercó a él con varias zancadas.

—¡Guarda silencio!

Hannan Mosag levantó la cabeza y lo miró con aire burlón.

—Ten cuidado, Trull Sengar. Tú no significas nada para mí.

—¿Pretendes reclamar ahora el trono, rey hechicero? —preguntó Trull.

Un colérico chillido de Rhulad.

Hannan Mosag no dijo nada.

Trull miró por encima del hombro. Vio al paladín tirado en el estrado, a los pies embutidos en zapatillas del rey. Echado en el suelo, muy quieto, una mezcla de sorpresa y

desesperación en su joven rostro. Con los ojos clavados pero sin ver nada. *Claro que, no habría otro modo. Ningún otro modo de matar a un hombre así.*

Trull volvió la mirada y contempló al rey hechicero.

—Alguien hará lo que ordena —le dijo en voz baja.

—¿De verdad lo crees?

—Sus elegidos…

—No harán… nada. No, Trull, ni siquiera Binadas. Igual que tu mano está paralizada, también estarán las de ellos. Es un favor, ¿no lo entiendes? Pues claro que sí. Lo entiendes demasiado bien. Un favor.

—¿Mientras tu aúpas esa ruina de cuerpo al trono, Hannan Mosag?

La respuesta era obvia en los ojos del rey hechicero. *Es mío.*

Un susurro ronco de Rhulad.

—Trull… por favor. Soy tu hermano. No… no me dejes así, por favor.

Todo se estaba rompiendo en su interior. Trull se apartó de Hannan Mosag y cayó de rodillas poco a poco. *Necesito a Temor. Necesito encontrarlo. Hablar.*

—Por favor, Trull… nunca quise, nunca pretendí…

Trull se quedó mirando sus manos. Había dejado caer la lanza, ni siquiera sabía dónde estaba. Había seis guardias letherii, levantó la cabeza, no, se habían ido. ¿Dónde se habían ido? El anciano que permanecía junto al cuerpo del primer eunuco… ¿dónde estaba? ¿Y la mujer?

¿Dónde se había ido todo el mundo?

Tehol Beddict abrió los ojos. Notó que uno de ellos no funcionaba muy bien. Lo guiñó. Un techo bajo. Un goteo.

Una mano le acarició la frente y volvió la cabeza. *Oh, eso duele.* Bicho se inclinó hacia delante y asintió. Tehol intentó asentir también y casi lo consiguió.

—¿Dónde estamos?

—En una cripta. Bajo el río.

—¿Nos… mojamos?

—Solo un poco.

—Oh. —Lo pensó por un momento. Después dijo—. Yo debería estar muerto.

—Sí, debería. Pero estaba aguantando. Lo suficiente, en cualquier caso, que es más de lo que se podía decir del pobre Chalas.

—¿Chalas?

—Intentó protegerlo y lo mataron por ello. Lo siento, Tehol. Tardé demasiado en llegar.

Pensó también en eso.

—Los tiste edur.

—Sí. Los maté.

—¿Los mataste?

Bicho asintió y apartó por un momento la mirada.

—Me temo que perdí los estribos.

—Ah.

El criado lo volvió a mirar.

—No parece sorprendido.

—No lo estoy. Te he visto pisar cucarachas. Eres despiadado.

—Lo que sea para comer.

—Sí, ¿y qué hay de eso, por cierto? Jamás hemos comido suficiente, no para seguir tan sanos como estábamos.

—Eso es cierto.

Tehol intentó sentarse, gruñó y volvió a echarse.

—Huelo a barro.

—Barro, sí. Barro salado, además. Hay pisadas por aquí, ya estaban cuando llegamos. Huellas de paso.

—Llegamos. ¿Cuánto tiempo hace?

—No mucho. Unos momentos…

—Durante los que me arreglaste todos los huesos.

—Y un ojo nuevo, buena parte de los órganos, esto y aquello.

—El ojo no funciona bien.

—Dele tiempo. Los bebés no pueden enfocar más allá de un pezón, sabe.

—No, no lo sabía. Pero comprendo muy bien la sinestesia.

Se quedaron callados un rato.

Después, Tehol suspiró y volvió a hablar.

—Pero esto lo cambia todo.

—¿Lo cambia? ¿Cómo?

—Bueno, se supone que eres mi criado. ¿Cómo voy a continuar el engaño de estar al mando?

—Igual que lo ha hecho siempre.

—Ja, ja.

—Podría hacerle olvidar.

—¿Olvidar qué?

—Muy gracioso.

—No —dijo Tehol—, me refiero a qué específicamente.

—Bueno —Bicho se frotó la mandíbula—, los acontecimientos de este día, supongo.

—Así que mataste a todos esos tiste edur.

—Sí, me temo que sí.

—Y luego me llevaste bajo el río.

—Sí.

—Pero tienes la ropa seca.

—Eso es.

—Y en realidad no te llamas Bicho.

—No, supongo que no.

—Pero me gusta ese nombre.

—A mí también.

—¿Y el verdadero?

—Mael.

Tehol frunció el ceño y estudió la cara de su criado, después sacudió la cabeza.

—No te va. Bicho es mejor.

—Estoy de acuerdo.

—Bueno, si pudiste matar a todos esos guerreros, sanarme, caminar bajo un río, respóndeme entonces a una cosa. ¿Por qué no los mataste a todos? ¿Por qué no detuviste la invasión en seco?

—Tengo mis razones.

—¿Ver Lether conquistado? ¿No te caemos bien?

—¿Lether? No mucho. Cogéis vuestros vicios naturales y los llamáis virtudes. De las que la codicia es la más despreciable. Eso y traicionar a la plebe. Después de todo, ¿quién decidió que la competición es siempre y sin excepciones un atributo sano? ¿Por qué tomar ese camino concreto hacia la autoestima? Pisar la mano del que va por debajo. ¿Sirve de algo? Déjeme que le diga que no vale nada. Nada duradero. Cada monumento que existe más allá del momento, da igual qué rey, qué emperador o guerrero lo reclame como propio, es en realidad un testimonio del pueblo común, de la cooperación, de lo plural más que de lo singular.

—Ah —interpuso Tehol, que se las arregló para levantar un dedo para puntuar su objeción—, pero sin un rey, general o quien sea, sin un líder, no hay monumento que se construya.

—Solo porque los mortales solo conocéis dos posibilidades. Seguir o liderar. Nada más.

—Un momento. He visto consorcios y cooperativas en funcionamiento, Bicho. Son pesadillas.

—Sí, caldo de cultivo para virtudes como la codicia, la envidia, la traición y demás. En otras palabras, dentro del grupo cada uno intenta imponer una estructura de seguidores y líderes. Prescinde de la jerarquía formal y ahí tienes un concurso de personalidades.

—¿Y cuál es la solución?

—¿Le decepcionaría mucho oír que no son ustedes?

—¿Quién? ¿Yo?

—Su especie. No se sienta mal. Ninguna lo ha sido, de momento. Con todo, quién sabe lo que traerá el futuro.

—¡Ah, para ti es fácil decirlo!

—De hecho, no, no lo es. Mire, lo he visto repetido una y otra vez a lo largo de un número incontable de generaciones. Por decirlo de forma sencilla, es un desastre, un desastre enmarañado e irreparable.

—Menudo dios estás hecho. Porque eres dios, ¿no?

El criado se encogió de hombros.

—No haga ninguna suposición. Sobre nada. Jamás. Tenga las cosas muy presentes, amigo mío, y sea suspicaz. Suspicaz, pero sin que le atemorice la complejidad.

—Y yo tengo un consejo para ti, ya que lo estamos tirando.

—¿Cuál es?

—Haz realidad todo tu potencial.

Bicho abrió la boca para replicar, pero la volvió a cerrar y entrecerró los ojos.

Tehol le dedicó una sonrisa inocente.

Fue algo momentáneo y otros recuerdos de ese día volvieron a despertar.

—Chalas —dijo tras un momento—. Ese viejo necio.

—Tiene amigos, Tehol Beddict.

—Y ese pobre guardia. Se arrojó delante de esa lanza. Amigos… sí, ¿qué les ha pasado a todos los demás? ¿Lo sabes? ¿Se encuentra bien Shurq Elalle? ¿Tetera?

Bicho lanzó un gruñido, era obvio que lo había distraído algo.

—Creo que están bien —añadió después.

—¿Quieres ir a asegurarte?

El otro bajó la mirada.

—La verdad es que no. Puedo ser muy egoísta a veces, ¿sabe?

—No, no lo sabía. Pero admito que sí que tengo una pregunta. Solo que no sé cómo hacerla.

Bicho lo estudió durante un buen rato, después lanzó un bufido.

—No tiene ni idea, Tehol —dijo— de lo aburrido que puede ser… existir durante toda la eternidad.

—Bien, pero… ¿criado?

Bicho vaciló y después sacudió poco a poco la cabeza y miró a Tehol a los ojos.

—Mi asociación con usted, Tehol, ha sido un deleite incesante. Usted resucitó en mí el placer de la existencia y no puede entender lo extraordinario que es eso.

—Pero… ¡criado!

Bicho respiró hondo.

—Creo que es hora de que le haga olvidar este día, amigo mío.

—¿Olvidar? ¿Olvidar qué? ¿Hay algo de comer por aquí?

Él había querido creer en todas las glorias posibles. El mundo podía ser sencillo, no había necesidad de complejidades, había deseado tanto que fuera sencillo. Atravesó la ciudad en medio de un extraño silencio. Signos

de lucha en algunas partes. Soldados letherii muertos, sobre todo. Deberían haberse rendido. Como haría cualquiera que fuera dueño de cierta racionalidad, pero parecía que ese no era el día para lo razonable y directo. Ese día dominaba la locura y fluía en corrientes invisibles por la ciudad.

Por esos pobres letherii. Por los tiste edur.

Temor Sengar siguió caminando, sin pensar adónde lo llevaban sus pasos. Toda su vida había disfrutado del don de tener un único papel bien definido. Crear guerreros entre su pueblo. Y, cuando surgía la necesidad, guiarlos a la batalla. No había habido grandes tragedias que estropearan su juventud y había entrado con pie firme, sin tropezar, en la edad adulta.

Nunca se había sentido solo. Solo en el sentido de asustado, claro. La soledad nacía de la decisión y podía renunciar a ella con facilidad una vez cumplido su propósito. Había estado Trull. Y Binadas, y después Rhulad. Pero ante todo y sobre todo, Trull. Un guerrero con una habilidad inigualable cuando se trataba de luchar con la lanza, pero sin ansias de sangre, y las ansias de sangre eran una maldición, él bien lo sabía, entre los edur. El ansia que barría toda disciplina, que podía reducir a un luchador bien adiestrado y convertirlo en un salvaje, las armas blandidas con gesto irracional, ese silencio hirviente, extraño, de los tiste edur, arrancado del pensamiento frío. Sabía que entre otros pueblos ese descenso lo anunciaban con gritos, aullidos y chillidos. Una diferencia extraña y una diferencia que, por alguna razón desconocida, inquietaba a Temor Sengar.

Y luego, al mirar a ese paladín del rey letherii, a ese hermano de Casco Beddict, Temor no recordaba si había oído alguna vez su nombre, pero si lo había hecho, lo había

olvidado. Eso en sí ya era un crimen. Tendría que enterarse del nombre de ese hombre. Era importante aprenderlo.

Temor era hábil con la espada. Uno de los mejores espadachines entre los tiste edur, una verdad que aceptaba con sencillez, sin orgullo ni modestia fingida. Y sabía que si se hubiera enfrentado cara a cara con ese paladín en el salón del trono, habría durado cierto tiempo. Un buen rato y bien podría, en alguna ocasión, haber sorprendido al letherii. Pero Temor no se hacía ilusiones sobre quién habría quedado en pie al terminar.

Quería llorar. Por ese paladín. Por su rey. Por Rhulad, el hermano al que le había fallado una y otra vez. Por Trull, al que acababa de abandonar, lo había dejado con una decisión que ningún guerrero debería verse obligado a tomar.

Porque le había fallado a Rhulad una vez más. Seguro que Trull se había dado cuenta. No había forma de ocultar la cobardía que invadía a Temor. No de su hermano más cercano y querido. *Que dio voz a todas mis dudas, mis terrores, para que yo pudiera desafiarlas, para que me pudieran ver desafiándolas.*

Así lo había elaborado Hannan Mosag… todo aquello. Empezaba a comprenderlo. Desde el principio, la brutal unificación de las tribus, ya se había firmado el pacto secreto con el dios desconocido. Era obvio. El rey hechicero le había dado la espalda a padre Sombra y, por qué no, ya que Scabandari Ojodesangre se había ido. Se había ido para no volver jamás.

Ni siquiera Hannan Mosag, entonces, sino hace mucho tiempo. Fue entonces cuando empezó este camino. Hace mucho, mucho tiempo.

Había habido un momento, por aquel entonces, en el que todo era todavía sencillo. Estaba seguro. Antes de que se

tomaran las aciagas decisiones. Y a todo lo que había ocurrido desde entonces, solo había uno que podía responder, y ese era el propio padre Sombra.

Caminó por las calles polvorientas, junto a cadáveres que yacían tirados como juerguistas desmayados tras alguna fiesta salvaje de la noche anterior. Si no fuera por la sangre, las armas esparcidas.

Estaba… perdido. Le habían pedido mucho, demasiado. Allí, en aquel salón del trono. *Regresamos con su cuerpo. Cruzamos los yermos helados. Creí que había enviado a Trull a morir. Tantos fracasos y todos y cada uno mío. Tiene que haber otros modos… otras maneras…*

Inmóvil, con la cabeza baja y los ojos posados en un cuerpo.

Mayen.

Vio que el ansia había desaparecido de la cara femenina. Al fin no había nada más que paz en ella. Como antes, cuando la miraba mientras dormía. O cuando cantaba con las otras doncellas. Cuando había llevado la espada que ella después tomó en sus manos. Para enterrarla en el umbral de su casa. No pensaría en otros momentos, cuando había sorprendido cierta oscuridad en sus ojos y se quedaba preguntándose por los giros de la mente femenina, cosas que un hombre no podía saber, nunca sabría. Misterios temibles, los que atraían a un hombre y lo enamoraban, lo fascinaban y, en ocasiones, lo reducían a un terror tembloroso.

El rostro de la joven no albergaba nada de eso ya. Solo paz. Durmiendo, como el niño de su interior, allí, en esa calle.

Temor se agachó y se arrodilló a su lado. Cerró una mano alrededor del mango de cuerno del cuchillo de pescador y después se lo sacó del pecho. Estudió el cuchillo. Una

herramienta de esclavo. Había un pequeño sigilo tallado cerca de la base, un sigilo que reconoció.

El cuchillo había pertenecido a Udinaas.

¿Se lo había regalado? ¿Una ofrenda de paz? ¿O sencillamente un acto más de venganza letal contra la familia edur que había sido su dueña? ¿Los que le habían robado la libertad? *Abandonó a Rhulad. Como he hecho yo. Por eso, no tengo derecho a odiar. Pero… ¿qué hay de esto?*

Se levantó y se metió el cuchillo en el cinturón.

Mayen estaba muerta. El niño que él habría amado estaba muerto. Allí había una fuerza, una fuerza impaciente por arrebatárselo todo.

Y él no sabía qué hacer.

Llanto, el llanto incesante de la forma ensangrentada y retorcida que yacía en el suelo del salón del trono. De rodillas, a diez pasos de distancia, Trull se había tapado los oídos con las manos y quería que terminara, quería que alguien le pusiera fin. Ese momento… estaba atrapado en lo más profundo de su ser. No terminaría. Un coro eterno de llanto lastimero que se le metía en el cráneo.

Hannan Mosag se arrastraba hacia el trono, tan encorvado y mutilado que apenas era capaz de moverse más que unos cuantos palmos antes de que el dolor de su cuerpo lo obligara a detenerse una vez más.

Entre los letherii solo quedaba uno, su reaparición era un misterio pero allí se encontraba, la expresión serena pero vigilante, cerca de la pared contraria. Joven, atractivo e… insulso. No era soldado, entonces. No había dicho nada y parecía conformarse con observar.

¿Dónde estaban los otros edur? Trull no lo entendía. Habían dejado a Binadas, inconsciente pero vivo, al otro

extremo del pasillo. Volvió la cabeza en esa dirección y vio las formas acurrucadas de la reina y el príncipe al lado de la entrada. El príncipe parecía muerto o dormido. La reina se limitaba a observar el torturado avance de Hannan Mosag hacia el estrado, los dientes reluciendo en una sonrisa húmeda.

Tengo que encontrar a padre. Él sabrá lo que hacer… no, no hay nada que saber, ¿verdad? Igual que no hay… nada que hacer. Nada en absoluto. Y eso era lo más horroroso.

—Por favor… Trull…

Trull negó con la cabeza, intentaba no oír.

—Lo único que quería… de ti, de Temor y Binadas. Quería que… me incluyerais. Ya no era un niño, ¿entiendes? Eso es todo, Trull.

Hannan Mosag lanzó un gruñido y se rió.

—Respeto, Trull. Eso es lo que quería. ¿Y eso de dónde sale? ¿De una espada? ¿De una fortuna en monedas fundidas en la piel? ¿De un título? ¿De ese aborrecible y presuntuoso «nos» que se empeña en usar ahora? ¿De nada de eso? ¿Qué hay de robar la mujer de su hermano?

—Calla —dijo Trull.

—No le hables a tu rey así, Trull Sengar. Te… costará caro.

—¿He de temblar ante tus amenazas, rey hechicero?

Trull dejó caer las manos que le tapaban los oídos. El gesto había sido inútil. Esa cámara transmitía hasta el más ligero susurro. Además, no podía haber sordera en el exterior cuando no la había en el interior. Percibió pequeños movimientos en el letherii del otro extremo y al mirar vio que había girado la cabeza y que había clavado los ojos en la entrada. El hombre frunció el ceño de repente.

Entonces Trull oyó pasos. Pesados, arrastrados. Un sonido metálico y algo parecido a una corriente de agua.

Hannan Mosag se giró donde estaba tirado.

—¿Qué? ¿Qué viene? Trull… ¡busca un arma, rápido!

Trull no se movió.

El llanto de Rhulad se reanudó, indiferente a todo lo demás.

Los golpes sordos de los pasos se acercaron.

Un momento después, una aparición entró arrastrando los pies, la sangre le chorreaba por los guanteletes. Casi del tamaño de un tarthenal, estaba envuelto en placas de hierro negras y manchadas, tachonadas con remaches verdes. Un gran yelmo con ranuras enjauladas para los ojos le escondía la cara, la rejilla colgaba descuidada hasta los hombros, por debajo de la barbilla blindada. La figura tenía percebes incrustados en las articulaciones de los codos, las rodillas y los tobillos. En una mano llevaba una espada de acero letherii por la que fluía la sangre sin cesar.

—¿Qué es, Trull? —siseó Rhulad—. ¿Qué ha venido?

La monstruosidad hizo una pausa justo a la entrada. La cabeza le crujió al mirar a su alrededor y pareció concentrarse en el cadáver del paladín del rey. Continuó avanzando, dejando dos rastros de sangre.

—¡Trull! —chilló Rhulad.

La criatura se detuvo, bajó la cabeza y miró al emperador que yacía en el suelo. Tras un momento, una voz pesada retumbó dentro del yelmo.

—Estás herido de gravedad.

Rhulad se echó a reír con un temblor, un sonido parecido a la histeria.

—¿Herido? Oh, sí. ¡Hecho pedazos!

—Vivirás.

—Fuera de aquí, demonio —dijo Hannan Mosag con un gruñido—. No sea que te destierre.

—Puedes intentarlo —dijo la criatura. Avanzó una vez más. Hasta que se quedó justo delante del cuerpo del

paladín—. No veo heridas, pero yace muerto. Este honorable mortal.

—Veneno —dijo el letherii de la pared contraria.

La criatura lo miró.

—Te conozco. Conozco todos tus nombres.

—Ya me lo imagino, guardián —respondió el hombre.

—Veneno. Dime, ¿lo… empujaste tú en esa dirección?

—Es mi orientación —dijo el letherii con un encogimiento de hombros—. Me empuja al… patetismo. Dime, ¿sabe tu dios que estás aquí?

—Hablaré pronto con él. Son necesarias palabras de castigo.

El hombre lanzó una carcajada, se cruzó de brazos y se apoyó en el muro.

—Me imagino que sí.

El guardián contempló una vez más al paladín.

—Tenía los nombres. De todos aquellos que casi fueron olvidados. Es… es una gran pérdida.

—No —dijo el letherii—, esos nombres no se han perdido. Todavía no. Pero se perderán… pronto.

—Necesito… a alguien, entonces.

—Y lo encontrarás.

El guardián miró al letherii una vez más.

—¿Algo me… empuja?

El hombre volvió a encogerse de hombros.

El guardián bajó el brazo, sujetó con fuerza el cinturón de la espada del paladín y después lo levantó del suelo y se lo echó sobre el hombro izquierdo. De pie, sobre un charco cada vez más grande de sangre, se giró.

Y contempló a Rhulad Sengar.

—No muestran misericordia, tus amigos —dijo.

—¿No? —La carcajada de Rhulad se convirtió en una tos. Jadeó y después siguió hablando—. Yo estoy empezando a

verlo… de otro modo.

—Yo he aprendido lo que es la misericordia —dijo el guardián, y clavó la espada.

En la espalda de Rhulad, y le partió la columna.

Trull Sengar se levantó con una sacudida, y se quedó mirando sin poder creérselo, cuando el hombre letherii susurró:

—Y… una vez más.

El guardián se dirigió a la entrada sin prisas, sin hacer caso del bramido colérico de Hannan Mosag cuando pasó junto al rey hechicero.

Trull avanzó tropezando, rodeó la forma inmóvil de su hermano y llegó junto a Hannan Mosag. Bajó una mano de repente y levantó al rey hechicero de un tirón hasta que lo sostuvo muy cerca.

—¿El trono? —preguntó Trull con voz ronca—. Acabas de perderlo, malnacido. —Lanzó de nuevo a Hannan Mosag al suelo—. Tengo que encontrar a Temor. Contárselo —dijo Trull mientras iba hacia la entrada—. Dile, Mosag, que fui a buscar a Temor. Voy a mandar entrar a los otros…

Rhulad sufrió un espasmo detrás de él, después chilló.

Así sea.

El wyval se fue abriendo camino y salió del túmulo, chorreaba barro manchado de rojo y le temblaban los flancos. Un momento después apareció el espectro arrastrando la forma inconsciente de un hombre letherii.

Shurq Elalle se levantó de donde se había agachado junto a Ublala, acariciándole la frente y preguntándose por la sonrisa estúpida que lucía, después se puso las manos en las caderas y examinó la escena. Cinco cuerpos despatarrados, árboles derribados, el hedor de la tierra

podrida. Dos de sus empleados cerca del muro frontal de la torre Azath, el mago atendía las heridas del juramentado. *Juramentado. ¿Pero qué clase de título es ese?*

Más cerca de la verja, Tetera y el guerrero alto de piel muy blanca con las dos espadas letherii.

Un desnudo impresionante, observó ella al acercarse.

—Si no me equivoco —le dijo—, eres de la misma sangre que los tiste edur.

Un ligero ceño cuando el hombre bajó la cabeza y la miró.

—No. Soy tiste andii.

—Si tú lo dices. Ahora que has acabado con esas… cosas, he de suponer que tu lealtad hacia la torre Azath ha llegado a su fin.

El hombre miró la torre con sus extraños ojos rojos.

—Nunca fuimos… amigos —dijo, después esbozó una leve sonrisa—. Pero está muerta. No estoy atado al servicio de nadie salvo al mío. —La estudió una vez más—. Y hay cosas que debo hacer… yo solo.

—¿Puedo ir contigo? —dijo entonces Tetera.

—Eso me complacería, niña —dijo el guerrero.

Shurq Elalle entrecerró los ojos.

—Hiciste una promesa, ¿verdad? —le preguntó al hombre —. A la torre, y aunque está muerta, la promesa todavía hay que cumplirla.

—Estará a salvo, siempre que decida permanecer conmigo —dijo el guerrero con un asentimiento.

Shurq miró a su alrededor una vez más.

—Esta ciudad se encuentra ahora bajo el gobierno de los tiste edur —dijo—. ¿Crees que llamarás demasiado la atención?

—Acompañado por un wyval, un espectro y el esclavo inconsciente que se empeña en mantener a su lado, me imagino que sí.

—Lo mejor sería, entonces —dijo la ladrona—, que dejaras Letheras sin que te vieran.

—Cierto. ¿Alguna sugerencia?

—Todavía no…

—Yo sí…

Se volvieron y vieron al juramentado y su mago, este último prestaba al primero su hombro mientras se acercaban poco a poco. Había sido Barras de Hierro el que había hablado.

—Tú —dijo Shurq Elalle— ahora trabajas para mí. No tienes permiso para ofrecerte voluntario para nada.

El otro sonrió.

—Sí, pero lo único que digo es que necesitan una escolta. Alguien que conozca todas las salidas secretas de esta ciudad. Es lo menos que puedo hacer ya que este tiste andii me salvó la vida.

—Pensar cosas antes de que yo lo haga no presagia una buena relación laboral —dijo Shurq Elalle.

—Mis disculpas, señora. No lo volveré a hacer, lo prometo.

—Crees que estoy siendo mezquina, ¿verdad?

—Pues claro que no. Después de todo, los no muertos no son nunca mezquinos.

Ella se cruzó de brazos.

—¿No? ¿Ves ese pozo de allí? Hay un hombre no muerto llamado Harlest escondido en él, esperando para asustar a alguien con sus garras y colmillos.

Todos se volvieron para estudiar el pozo del patio de la torre Azath. En el que podían oír ya un leve canturreo.

—Por los huevos del Embozado —murmuró Barras de Hierro—. ¿Cuándo zarpamos?

Shurq Elalle se encogió de hombros.

—En cuanto nos lo permitan. ¿Y quién es ese Embozado?

El guerrero de piel blanca respondió con aire distraído.

—El señor de la Muerte, y sí, tiene huevos.

Todo el mundo se volvió para mirar al guerrero, que se encogió de hombros.

Shurq lanzó un gruñido.

—No me hagas reír —dijo después.

Tetera señaló con el dedo.

—Me gusta eso. En la frente, madre. Me gusta.

—Y mantengámoslo ahí, ¿te parece? —Por fortuna nadie pareció comprender la importancia de su comentario.

El guerrero se dirigió a Barras de Hierro.

—¿Tu sugerencia?

El juramentado asintió.

Tehol Beddict, echado encima del sarcófago, estaba durmiendo. Bicho había estado contemplándolo, sumido en sus pensamientos, cuando oyó el sonido de unas pisadas justo detrás de él. Se dio la vuelta poco a poco y vio al guardián, que salía de la pared de agua que marcaba la boca del túnel.

La aparición llevaba un cuerpo sobre un hombro. Se detuvo y se quedó callada mientras estudiaba al criado.

Allí, en esa tumba vaciada de agua, en ese lugar donde la voluntad de un dios ancestral lo refrenaba todo, el guardián no sangraba.

Bicho suspiró.

—Oh, esto lo afligirá —dijo al reconocer al fin al letherii que llevaba el guardián en el hombro.

—El Errante dice que los nombres permanecen vivos en su interior —dijo la criatura.

—¿Los nombres? Ah, sí. Por supuesto.

—Nos abandonaste, Mael.

—Lo sé. Lo siento.

El guardián pasó a su lado y se detuvo junto al sarcófago. Bajó la cabeza cubierta con el yelmo para observar a Tehol Beddict.

—Este comparte su sangre.

—Son hermanos, sí.

—Él llevará el recuerdo de los nombres, entonces. —Lo miró—. ¿Tienes alguna objeción?

Bicho negó con la cabeza.

—¿Cómo podría?

—Eso es cierto. No puedes. Has perdido ese derecho.

El criado no dijo nada. Observó mientras el guardián cogía una de las manos de Brys y la colocaba sobre la frente de Tehol. Un momento después todo había terminado. La aparición se apartó y se dirigió al lejano muro de agua.

—Espera, por favor —dijo Bicho.

La criatura hizo una pausa y miró atrás.

—¿Dónde lo dejarás?

—En las profundidades, ¿dónde si no, ancestral?

Bicho frunció el ceño.

—En ese lugar…

—Sí. Habrá dos guardianes, ahora y por siempre jamás.

—¿Crees que le complacerá ese servicio eterno?

La aparición ladeó la cabeza.

—No lo sé. ¿Me complace a mí?

Con esa ambigua pregunta flotando en el aire quieto, el guardián llevó el cuerpo de Brys Beddict al agua.

Tras un largo momento, Bicho se volvió para mirar a Tehol. Sabía que su amigo despertaría con un terrible dolor de cabeza.

Nada que se pueda hacer, por desgracia. Salvo, quizá, un poco de té… Tengo una mezcla de hierbas especialmente desagradable que le hará olvidar el dolor de cabeza. Y si

hay alguien en el mundo capaz de apreciar eso, ese es Tehol Beddict de Letheras.

Pero, primero, será mejor que lo saque de esta tumba.

Había cuerpos tirados en el salón del trono del Domicilio Eterno. El que estaba a medio camino del estrado, bocabajo sobre las losas ensangrentadas, todavía hizo que Bruja de la Pluma se quedara sin aliento y que el corazón le golpeara con fuerza en el pecho de miedo o emoción, no sabía bien qué, quizá ambas cosas: el rey Ezgara Diskanar, arrancado del trono, donde Rhulad Sengar de los tiste edur se había sentado, y la oscuridad en los ojos del emperador no parecía tener medida.

Había habido dolor en esa sala, la mujer podía sentir su amarga estela, que aún flotaba en el aire. Y Rhulad había sido su mayor fuente. Traiciones, más traiciones de las que cualquier mortal podía soportar. Ella sabía que era verdad, lo sabía en el fondo de su alma.

Ante el emperador se encontraban Tomad y Uruth, que flanqueaban la forma acurrucada y temblorosa de Hannan Mosag, que había pagado un precio muy caro por su día de triunfo. Parecía aguardar algo, una postura de expectación aterrada, los ojos bajos. Pero Rhulad parecía conformarse con hacer caso omiso del rey hechicero. De momento disfrutaría de su amargo triunfo.

Con todo, ¿dónde estaba Temor Sengar? ¿Y Trull? Bruja de la Pluma había ayudado a Uruth a atender a Binadas, que seguía inconsciente y continuaría así hasta que la sanación hubiera terminado. Pero, aparte de los padres de Rhulad, los únicos presentes en la corte íntima del emperador eran un puñado de sus hermanos adoptivos, Choram Irard, Kholb

Harat y Matra Brith. Los Buhn estaban ausentes, así como B'nagga, el cabecilla de los jheck.

Permanecían dos letherii, aparte de los patéticos restos de la reina Janall y el príncipe Quillas. Y el canciller, Triban Gnol, ya se había arrodillado ante Rhulad y había proclamado su servidumbre eterna. El otro letherii llamaba la atención de Bruja de la Pluma una y otra vez. El consorte de la reina, Turudal Brizad, parecía casi indiferente a todo lo que estaba presenciando allí, en el Domicilio Eterno.

Y era atractivo, extraordinariamente atractivo.

Más de una vez Bruja de la Pluma se encontró con su mirada y vio en sus ojos, incluso desde el otro extremo de la sala, un cierto interés ávido que la hacía temblar entera.

La esclava permanecía un paso por detrás de Uruth, su nueva ama, siempre atenta, mientras los comandantes iban y venían con sus irrelevantes informes. Un combate aquí, el fin de los combates allí, los muelles conquistados. El primero de los emisarios de los protectorados esperaba con impaciencia en el pasillo en ruinas a que le dieran audiencia.

Había nacido un imperio.

Y ella había sido testigo, y más que testigo. Un cuchillo, metido entre las manos de Mayen, y había llegado recado de que la habían hallado. Muerta. Ya no se encogería Bruja de la Pluma bajo su furia. La puta estaba muerta.

La primera orden de Rhulad fue que comenzara una búsqueda. Había que encontrar a Udinaas. A sus hermanos adoptivos se les concedió una compañía de guerreros a cada uno y se les envió a buscar al esclavo. Bruja sabía que la búsqueda sería incesante y que, al final, capturarían a Udinaas. Y le harían pagar por su traición.

No sabía qué pensar. Pero se le había ocurrido una vez (y solo una vez, apartado el pensamiento de su mente a toda

prisa después) albergar una esperanza, una plegaria ferviente al Errante para que Udinaas escapara. Que jamás lo encontraran. Que al menos un letherii desafiara a ese emperador y lo derrotara. Y al derrotarlo, rompiera una vez más el corazón de Rhulad.

El mundo ha contenido el aliento... y ahora respira una vez más. Con tanta firmeza como siempre, el ritmo ininterrumpido de las mareas.

Podía ver, a través de las elaboradas ventanas alargadas que se abrían en las alturas de la cúpula, que la luz se iba profundizando y supo que el sol se estaba poniendo en ese día.

Un día en el que se había conquistado un reino y un día en el que lo que se había conquistado comenzaba su inevitable destrucción por parte de los conquistadores.

Pues tal era el ritmo de esas mareas concretas. Con la llegada de la noche, cuando las sombras se alargaran y lo que quedaba del mundo se diera la vuelta.

Pues eso es lo que creen los tiste edur, ¿no es cierto? Hasta la medianoche, todo se da la vuelta, silencioso e inmóvil. A la espera de la última marea.

En su trono, Rhulad Sengar permanecía sentado, envuelto en el oro de Lether y la luz moribunda resplandecía en sus ojos entornados. Oscurecía las manchas de la espada que sostenía en la mano derecha, la punta en el estrado.

Y Bruja de la Pluma, con los ojos bajos una vez más tras esa momentánea mirada, bajos como se requería, vio, tirado en la juntura del estrado, un dedo cortado. Pequeño, como el de un niño. Se lo quedó mirando, fascinada, embargada por un deseo repentino. De poseerlo. Había poder en esas cosas, después de todo. Poder que una bruja podía usar.

Suponiendo que la persona a la que había pertenecido hubiera sido importante.

Bueno, no tardaré en averiguarlo.

El atardecer reclamaba el salón del trono. Alguien tendría que encender faroles, y pronto.

No había salido de la habitación. No había habido motivos para hacerlo. Se había quedado sentada, inmóvil, vacía, indiferente a los sonidos de lucha, a los aullidos de los lobos, a los gritos distantes en la ciudad. Y se había dicho a sí misma, de vez en cuando, que esperaba. El fin de una cosa traía el nacimiento de otra, después de todo.

Vidas y amores, la gama entera de la existencia estaba marcada por ese tipo de cosas. Una interrupción de caminos, el tropezón irregular, desigual, siempre hacia delante. La sangre se secaba, al final. Se convertía en polvo. Los cadáveres de los reyes se depositaban en tierra, se sellaban en la oscuridad y se apartaban, para ser olvidados. Se cavaban tumbas para los soldados caídos, pozos inmensos como bocas en la tierra, abiertas de hambre, y todos los cuerpos se arrojaban allí, cada uno exhalando un último aliento de polvo encalado. Los supervivientes los lloraban durante un tiempo y contemplaban habitaciones vacías y camas vacías, las posesiones que ya nadie poseía, y se preguntaban qué iba a suceder, qué se escribiría de nuevo en la pizarra que habían limpiado. Se preguntaban, «¿cómo voy a continuar?».

Reinos e imperios, guerras y causas, estaba harta de todo eso.

Quería irse. Lejos, tan lejos que nada de su vida anterior importara en absoluto. Ningún recuerdo que condujera sus pasos en una dirección u otra.

Corlo se lo había advertido. Que no cayera en el ciclo del llanto. Así que se había quedado sentada con los ojos secos

y había dejado que la ciudad llorara por sí misma en el exterior. Ella había terminado con todo.

Una llamada a la puerta.

Seren Pedac miró por el pasillo y le dio un vuelco el corazón.

Un sonido pesado, pero que se repitió, insistente.

La corifeo se levantó del sillón y se tambaleó al sentir el cosquilleo de las piernas, no se había movido en mucho tiempo, después avanzó con pasos irregulares.

Había caído la tarde. No lo había notado. *Alguien lo ha decidido. Alguien ha terminado este día. ¿Por qué lo harían?*

Pensamientos absurdos que penetraban en su mente como si llegaran de fuera, con tonos de leve ironía pronunciados como un chiste secreto.

Estaba ante la puerta. Se encogió cuando sonó otro golpe, justo a la altura de su cara.

Seren abrió.

Y se encontró, de pie ante ella, a Temor y Trull Sengar.

Trull no lo entendía pero era como si algo guiara sus pasos por ese callejón, por aquella calle, a través de la inmensa ciudad con una precisión infalible, hasta que vio, en la penumbra, delante de él, a su hermano. Cruzaba con decisión un puente menor del canal Principal. Se giró, sorprendido, al oír el grito ronco de Trull. Después esperó hasta que su hermano lo alcanzó.

—Rhulad ha resucitado —dijo Trull.

Temor apartó la mirada, guiñó los ojos y contempló las sombras del agua aparentemente inmóvil del canal.

—¿Por tu mano, Trull?

—No. Yo… fracasé. Otra cosa. Una especie de demonio. Venía a por el paladín, no sé por qué, pero se llevó su

cuerpo. Después de matar a Rhulad en lo que le pareció un acto de misericordia. —Trull hizo una mueca—. Un regalo de los ignorantes. Temor…

—No. No regresaré.

Trull se lo quedó mirando.

—Escúchame, por favor. Creo, si trabajamos juntos, que podemos guiarlo para que regrese. De la locura. Por el amor de las Hermanas, Temor, hemos de intentarlo. Por nuestro pueblo.

—No.

—¿Me… me dejarías con esto?

Un dolor repentino en la cara de Temor, pero se negó a mirar a los ojos a su hermano.

—Debo irme. Ahora entiendo una cosa, ¿sabes? Esto no es obra de Rhulad. Ni de Hannan Mosag. Es cosa de padre Sombra, Trull.

—Scabandari Ojodesangre está muerto…

—No su espíritu. Permanece… en alguna parte. Pretendo encontrarlo.

—¿Con qué fin?

—Nos han usurpado. A todos nosotros. El que está tras esa espada. Nadie más puede salvarnos, Trull. Tengo intención de encontrar a Scabandari Ojodesangre. Si está atado, pienso liberarlo. Su espíritu. Regresaremos juntos o no regresaremos.

Trull conocía a su hermano lo suficiente como para dejar de discutir. Temor había encontrado un nuevo propósito y con él pretendía huir… de todo, y de todos.

—¿Cómo vas a salir de la ciudad? Nos buscarán, es probable que ya lo estén haciendo.

—Casco me dijo una vez que Seren Pedac tenía su casa aquí. —Temor sacudió la cabeza—. No sé, ni yo mismo lo entiendo, pero creo que podría ayudarnos.

—¿Por qué?

Temor negó con la cabeza.

—¿Cómo sabes dónde vive?

—No lo sé. Pero es… por aquí.

Echó a andar. Trull lo alcanzó enseguida y lo cogió por un brazo.

—Escucha… no, no pretendo impedírtelo. Pero escúchame, por favor.

—Muy bien, pero caminemos entretanto.

—De acuerdo. ¿No te extraña todo esto, Temor? ¿Cómo te he encontrado? Debería haberme resultado imposible, y, sin embargo, aquí estamos. Y ahora tú, y esta casa, la casa de la corifeo… Temor, algo nos está guiando. Nos están manipulando…

La sonrisa de su hermano era irónica.

—¿Y qué?

Para eso Trull no tenía respuesta. En silencio, caminó con Temor. Al toparse con una veintena de letherii muertos, hizo una pausa para recoger una espada y una vaina. Se las ató sin hacer caso de las cejas levantadas de Temor, no por una emoción ambivalente, sino porque ni él mismo sabía por qué había cogido el arma. Siguieron caminando.

Hasta que llegaron a una casa modesta.

El pecho de Trull pareció contraerse al verla de pie en el umbral. No lo entendía; no, lo entendía, pero era imposible. Absurdo. Solo había visto a Seren Pedac unas cuantas veces. No habían intercambiado más que unas decenas de palabras, si acaso. Pero, al estudiar el rostro de la mujer, la conmoción escrita allí, tan reñida con la espantosa profundidad de sus ojos, sintió que él también se precipitaba al vacío…

—¿Qué? —preguntó ella, su mirada iba disparada entre Temor y él—. ¿Qué estáis…?

—Necesito tu ayuda —dijo Temor.

—No puedo… No sé cómo…

Que las Hermanas me lleven, le daría mi corazón a esta mujer. A esta letherii…

—Estoy huyendo —dijo Temor—. De mi hermano, el emperador. Necesito alguien que me guíe por la ciudad sin que me vean. Esta noche.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—No lo sé. Ni siquiera sé por qué… por qué estoy convencido de que solo tú puedes ayudarme.

La mujer se detuvo entonces en Trull y él vio que su mirada sostenía la suya durante lo que pareció un largo momento, después fue abriendo despacio los ojos.

—¿Y tú, Trull Sengar? —preguntó—. ¿Vienes con nosotros?

Con nosotros. Lo hará. ¿Por qué? ¿A qué necesidad de su interior responde? La presión en su pecho se contrajo de repente, incluso al tiempo que las aciagas palabras lo abandonaban.

—No puedo, corifeo. Hoy le he fallado a Rhulad. Debo intentarlo… de nuevo. Debo intentar salvarlo.

Algo parecido a la resignación llenó los ojos de la mujer.

Como si él hubiera herido algo que ya soportaba un millar de cicatrices.

Y Trull quiso gritar.

—Lo siento —fue lo que dijo en su lugar—. Pero aguardaré tu regreso… el de los dos…

—¿Regresaremos aquí? —preguntó ella mirando a Temor —. ¿Por qué?

—Para poner fin a esto —dijo Temor.

—¿Para poner fin a qué?

—La tiranía nacida aquí esta noche, Seren Pedac.

—¿Matarías a Rhulad? ¿A tu propio hermano?

—¿Matarlo? Eso no funcionaría, como sabes. No. Pero encontraré otro modo. Lo haré.

Oh, ¿qué se ha apoderado de mi alma esta noche? Trull se encontró desenganchando la espada y se oyó hablar.

—No sé si tienes algún arma, corifeo. —Y fue consciente de su propia incredulidad ante lo absurdo de sus palabras, de la superficialidad de su razonamiento—. Así que te daré la mía… —Y le tendió la espada envainada.

En el umbral de su casa.

Temor se volvió y lo estudió, pero Trull no podía apartar los ojos de ella, ni siquiera para ver la expresión que debía de tener el rostro de su hermano al caer en la cuenta.

Por muy letherii que fuera, Seren Pedac lo entendió, en su mirada se dibujó la confusión y después se despejó.

—Solo eso, por eso la tomo. Un arma… para que yo la use…

No.

—Sí, corifeo. Un arma…

Ella la aceptó, pero el gesto ya carecía de significado.

Trull se encontró dando un paso atrás.

—Tengo que irme ya. Le diré a Rhulad que te vi, Temor, en los muelles.

—No puedes salvarlo, hermano —dijo Temor.

—No puedo sino intentarlo. Ve con bien, Temor.

Y se alejó. Era lo mejor, decidió entre lágrimas repentinas. Era muy probable que no regresaran jamás. O ella no habría aceptado la espada. Que era por lo que le había preguntado antes de aceptarla. Un arma para usar. Solo eso.

Qué tonto estaba siendo. Un momento de profunda debilidad, un amor que no tenía sentido, ningún sentido. No, era mucho mejor el modo en que se había resuelto. Ella lo

había entendido y, por tanto, se había asegurado. No significaba nada más. Nada de proclamaciones. Un simple gesto en la noche.

Un arma para usar. Solo eso.

Permanecieron de pie en el umbral. Trull se había ido, sus pisadas tragadas por la distancia. Temor estudió a Seren Pedac mientras ella miraba el arma que tenía en las manos. Después, al levantar la vista, vio la mirada fija de él y sonrió con ironía.

—Tu hermano… me sorprendió. Por un momento pensé… Da igual.

¿Entonces por qué, Seren Pedac, hay tal dolor en tus ojos? Temor vaciló, estaba a punto de hablar cuando una voz infantil habló tras él.

—¿Eres tú Seren Pedac?

Él giró en redondo y la espada salió con un siseo de la vaina.

La corifeo pasó junto a él con una mano extendida para detenerlo.

—¿Te conozco? —preguntó a la niña que permanecía junto a la verja.

—Soy Tetera. Barras de Hierro dijo que nos ayudarías. Necesitamos dejar la ciudad. Sin que nadie nos vea.

—¿Necesitamos?

La niña avanzó y tras ella apareció una figura alta, con un manto y encapuchada. Después un espectro de sombra arrastrando un cuerpo.

Una exclamación sorprendida de Seren.

—Que el Errante nos proteja, las cosas se van a poner mucho más difíciles.

—Corifeo —le dijo Temor—, te regañaría por tu generosidad de esta noche, si no me hubiera incluido a mí. ¿Todavía puedes hacerlo?

Seren estaba estudiando la figura alta y encapuchada mientras contestaba.

—Es probable. Hay túneles…

Temor miró a la niña y su grupo una vez más. Su mirada se centró en el espectro.

—Tú, ¿por qué no estás sirviendo al emperador esta noche?

—He sido desvinculado, Temor Sengar. ¿Huyes? Qué… inesperado.

A Temor no le gustó el buen humor que destilaba su voz.

—¿Y quién es ese al que arrastras detrás de ti?

—El esclavo Udinaas.

—Habrá varias partidas de caza que no pararán hasta encontrarlos, corifeo —le dijo Temor a Seren—. Buscarán a ese esclavo.

—Lo recuerdo —dijo ella.

—Traicionó al emperador y esa traición se ha cobrado un alto precio —dijo Temor—. Es más, creo que mató a Mayen…

—Puedes creer lo que quieras —dijo el espectro—, pero te equivocas. Olvidas, Temor Sengar, que este hombre es esclavo. Algo que utilizar, y utilizado ha sido. Lo he utilizado yo, lo ha utilizado el wyval, que incluso ahora dibuja círculos sobre nosotros en la oscuridad. Pues lo que acaeció a Rhulad, a Mayen… ninguna de esas tragedias pertenece a Udinaas.

Como tú digas.

—Podemos discutir eso más tarde —dijo Seren—. Tetera, ¿quién es este hombre disfrazado?

La niña estaba a punto de contestar cuando se le adelantó la figura.

—Soy Selekis, de la torre Azath.

—¿De la torre Azath? —preguntó Seren—. Tiene gracia. Bueno, eres tan alto como un edur, Selekis. ¿No podemos verte la cara?

—Preferiría que no, Seren Pedac. Todavía no, en cualquier caso. —Pareció que su mirada oculta se había posado en Temor cuando continuó—. Quizás más tarde, cuando hayamos salido de esta ciudad y tengamos tiempo para comentar nuestro destino. Puede ser, de hecho, que viajemos juntos durante algún tiempo.

—Creo que no —dijo Temor—. Yo voy a buscar a padre Sombra.

—¿De veras? ¿Y Scabandari Ojodesangre sigue vivo?

Sorprendido, Temor no dijo nada. *Debe de ser tiste edur. Una de las otras tribus, quizá. También huye. No es muy diferente de mí, entonces.*

—Todos vosotros —dijo Seren—, dentro. Deberíamos reunir unas cuantas provisiones, aunque estoy segura de que el gremio de los Cazarratas será capaz de abastecernos… por un módico precio.

El espectro lanzó una ligera carcajada.

—Así hacen las cosas los letherii, por supuesto…

Shurq Elalle se apartó de la escalera de mano en el tejado. El sol había salido y se podían ver personas en las gradas, caminaban un poco más despacio de lo habitual. Inseguros, invadidos quizá por cierta agitación. Después de todo, había pelotones de tiste edur patrullando. Mientras que otros, en grupos más grandes, se movían por la ciudad como si buscaran a alguien en concreto.

Tehol Beddict y su criado estaban en el lado que se asomaba al canal y le daban la espalda a Shurq cuando la

ladrona se acercó. Tehol miró por encima del hombro y le dedicó una sonrisa cálida. Parecía… diferente.

—Tehol Beddict —dijo ella cuando se acercó a él—, tienes un ojo azul.

—¿Lo tengo? Debe de ser una especie de inicua infección, Shurq, dado que, además, apenas veo con él.

—Se despejará con el tiempo —le aclaró Bicho.

—Bueno —dijo Shurq—, ¿has reanudado tu plan para fraguar el fin de la civilización, Tehol?

—Así es, y que fin más delicioso será.

La mujer lanzó un gruñido.

—Te enviaré a Shand, Hejun y Rissarh, entonces…

—Ni te atrevas. Llévalas a las islas. Yo trabajo mejor solo.

—¿Solo?

—Bueno, con aquí Bicho, claro. Todo hombre necesita un criado, después de todo.

—Me lo imagino. Bueno, estoy aquí, así pues, para despedirme.

—¿Así que nos vamos a piratear por ahí?

—¿Por qué no? Solo estoy desarrollando una carrera ya bien establecida.

Tehol miró a Bicho.

—La ladrona que se hundió… —comenzó a decir.

—Ha resurgido —lo completó Bicho.

Los dos hombres se sonrieron.

Shurq Elalle les dio la espalda.

—Bueno, eso es una cosa que no echaré de menos.

Cuando se fue la mujer, Tehol y Bicho se quedaron mirando durante un rato más la recién despertada ciudad de Letheras. La ciudad ocupada, el trono usurpado,

desconocidos en las calles que parecían bastante… perdidos.

El insecto de dos cabezas se aferraba al hombro de Tehol y no se movía. Después de un rato, Tehol se frotó el ojo débil y suspiró.

—Sabes, Bicho, me alegra que no lo hicieras.

—¿Hacer qué?

—Hacerme olvidar.

—Supuse que podía manejarlo.

—Tienes razón. Puedo. Al menos, de este modo puedo llorar.

—A su manera.

—A mi manera, sí. La única que sé.

—Ya me he fijado, amo.

Unos minutos después, Bicho se giró y se dirigió a la trampilla.

—Volveré en un momento.

—De acuerdo. Y cuando lo hagas, limpia un poco ahí abajo.

El criado hizo una pausa en la trampilla, se lo pensó y después contestó.

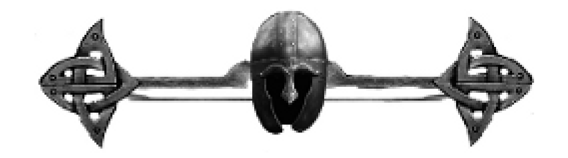
—Creo que encontraré el tiempo para hacerlo, amo.

—Excelente. Yo ahora me voy a la cama.

—Buena idea, amo.

—Por supuesto que lo es, Bicho. Es mía, ¿no?

Epílogo



Y es este momento, amigos míos,
cuando debéis apartar la mirada,
mientras el mundo se despliega de nuevo
en formas anunciadas, brillantes
y sórdidas a la vez, en la oscuridad y la luz,
y en la extensión de toda existencia
que se encuentra entre ambas.

Pescador Kel'Tath

El agujero era inmenso y profundo. Los dos príncipes demonios kenryll'ah se encontraban al borde y se asomaban a él, como desde hacía ya un buen rato.

Al fin habló uno.

—¿Qué profundidad crees que tiene, hermano?

—Sospecho, hermano —respondió el otro—, que si fuéramos a vaciar la vejiga en este abismo, los chorros se desharían en bruma mucho antes de llegar al fondo.

—Sospecho que tienes razón. Y ese forkrul assail bajó ahí, ¿verdad?

—Eso hizo. De cabeza.

—No deberías haberlo arrojado, entonces.

—Te equivocas, hermano. Yo solo lo arrojé en la dirección errónea.

—Eso, o el mundo giró de repente.

—Poco probable. Este sitio no hace esas cosas.

—Tienes razón. Está resultando ser un lugar extremadamente soso, ¿no es cierto?

—Extremadamente.

—Bueno, ¿vamos?

—¿Por qué no?

Los dos demonios empezaron a soltar las correas de sus ornamentados tahalíes. Dejaron caer solapas. Cambiaron de postura para adaptarse a una anchura adecuada.

Y permanecieron allí, uno al lado del otro, hasta que, en un momento calculado a la perfección, terminaron sus torrentes.

La tormenta se había alzado de repente, una fiereza impresionante que bramaba por los mares. Con tres nachts acurrucados a sus pies, Asimismo permanecía en la playa, sintiendo los tenues jirones de viento que conseguían atravesar la barrera de hechicería que rodeaba la isla y rozarle la cara como el aliento de una mujer.

Una mujer dulce, para ser más precisos. Al contrario que la que tenía a su lado. Esa aparición alta, de ojos de hierro, malhablada y sin sentido del humor que lo seguía a todas

partes y nunca parecía dormir y desde luego no lo dejaba dormir a él, ni una sola maldita noche la noche entera, ni una sola vez. Siempre haciendo preguntas y más preguntas. *¿Qué vas a hacer? ¿Además de rezar?*

Bueno, ¿y qué otra cosa podía hacer?

Rhulad Sengar iba y venía, más perturbado cada vez. Chillidos, carcajadas, gritos y gemidos. ¿Cuántas veces podía morir un hombre?

Ya lo veremos, supongo.

—Esa tormenta —dijo Sandalath—, quiere atravesar la barrera, ¿verdad?

Él asintió. Podía sentir la ira de la tormenta, y su impotencia.

—Está esperando algo —continuó la mujer—. Esperando a que alguien… haga algo.

Él contuvo el impulso de golpearla, aquella mujer lo mataría si lo hacía… espera. *Espera. Espera.*

—Un momento —susurró él—. Un momento… se me ha ocurrido algo…

—¡Un milagro! —gritó ella lanzando las manos al aire—. ¡Ah, ya sé! ¡Recemos!

Y entonces lo vio, al borde mismo de las olas que agitaban el mar más allá de los arrecifes. Lo vio y señaló.

—¡Ahí! ¡Un bote, bruja de corazón ennegrecido! ¡Un bote!

—¿Y qué? ¿Y qué? ¿Por qué no haces algo?

Él se giró en redondo, lo que sobresaltó a los nachts, y echó a correr.

Había rabia, rabia de sobra, para darle fuerza a sus zancadas. Oh, tanta rabia. Los que infligían sufrimiento se merecían lo que les iba a pasar, ¿verdad? Oh, sí, seguro que sí. Los nachts se lo habían estado enseñando. Una y otra vez, aquellos simios de sonrisas chifladas. Una y otra vez.

Construir un nido.

Derribarlo de una patada.

Construir un nido.

¡Derribarlo... de... una... patada!

Vio la choza, aquel cuchitril miserable e insípido agazapado en la llanura muerta. Percibió la repentina conciencia del dios Tullido, los súbitos sondeos en su mente. Pero, ah, no, se rió en silencio, era incapaz de desentrañarlo. No podía descifrar el incesante estribillo que llenaba su cráneo.

¡Construir un nido! ¡Derribarlo de una patada!

Llegó a la choza, no por donde la puerta acuchillaba la pared sino por el lado ciego. Y con todo su peso, el herrero se abalanzó sobre la frágil estructura.

Que se derrumbó hacia el interior con Asimismo encima, y aterrizó sobre una figura que empezó a lanzar graznidos dentro. Escupía, siseaba de rabia e indignación.

Asimismo se aferró a puñados de lona podrida, se aupó y se llevó a rastras la tienda. Las estacas se partieron, las cuerdas se rompieron. Se la llevó a rastras, lejos de aquel horrendo malnacido de dios.

Este chilló, el brasero se volcó y los carbones se derramaron, unas chispas prendieron las túnicas andrajosas del dios, donde ardieron sin llama…

—¡Morirás por esto, mortal!

Asimismo se tambaleó hacia atrás, riéndose a carcajadas.

Y por detrás llegó de repente el viento.

Y casi lo derribó.

Se volvió hacia el viento, de cara a la playa una vez más, y vio las nubes de tormenta que ondeaban, que se precipitaban hacia la costa y cada vez se elevaban más, descollando, extendiendo su sombra por toda la isla.

Asimismo se inclinó contra la galerna y regresó corriendo a la playa.

Olas que se agitaban y levantaban su espuma por todas partes pero allí, ante él, un trozo de calma. Un trozo justo enfrente de Sandalath y los nachts, que brincaban y bailaban.

Un trozo por el que el bote se deslizaba con elegancia y atravesaba el arrecife, la única vela orzando con ligereza al resbalar hacia la costa antes de detenerse con un chirrido a cinco pasos de la orilla.

Asimismo alcanzó la arena a tiempo de ver un hombre achaparrado, un hombre corriente y moliente, que se bajaba por un costado y vadeaba el agua hasta la orilla.

—Esto —le dijo a Asimismo en la lengua de los comerciantes— es para ti. Coge a tus amigos y zarpa.

—¿Quién eres? —preguntó Sandalath.

—¡Oh, cállate! —gruñó con tono burlón Asimismo—. ¡Y métete de una vez, mujer!

Los nachts ya lo habían hecho y estaban trepando por las jarcias.

Con el ceño fruncido, la mujer tiste andii se apresuró hacia el bote.

Asimismo se quedó mirando al hombre, que hizo una mueca antes de volver a hablar.

—Sí, Asimismo de Meckros, rezas con las ganas suficientes…

—¡Lo sabía!

—Y, ahora, vete ya. Encontrarás un camino de calma para pasar.

—¿Y tú, Mael?

—Me dejaré caer más tarde. Hay cosas que quiero que hagas, Asimismo. Pero, por el momento —miró a tierra—, voy a darle una buena paliza a cierto dios.

Así termina el quinto relato
del libro malazano de los caídos

Glosario

TÍTULOS LETHERII

Atri-preda: comandante militar que gobierna una ciudad o pueblo

Ceda: título del mago personal del rey

Centinela: la «voz del rey» cuando se establecen los primeros contactos con pueblos no letherii

Corifeo: cargo autorizado como guía / comisionado en los tratos con pueblos no letherii

Finadd: equivalente a capitán en el ejército

La licencia del rey: título que exime al portador de toda convicción criminal

Preda: equivalente a comandante o general en el ejército

NOMBRES DE LUGARES LETHERII

Cala Katter: extensión de agua a las afueras de Antigua Katter

Calle Cul: calle de Letheras

Callejón Rojo: callejón de Letheras

Canal Quillas: uno de los canales principales de Letheras

Carniceros de Vientobajo: matadero de Letheras

Casa Apestosa: morada de Selush, la amortajadora de los muertos

Casa de las Escamas: sede del gremio de los Cazarratas, en Letheras

Cedance: conjunto dominante de las losas (véase las Fortalezas)

Cuotas de Mercaderes: equivalente de la bolsa en Lether

Desembarcadero de Kraig: río arriba tras salir de la ciudad de Trate

Distrito del Comisario: distrito de Letheras

Domicilio Eterno: nuevo palacio en construcción de Letheras

El Templo: burdel de alto nivel de Letheras

Escuela del Templo: institución educativa de Letheras

Gremio de los Cazarratas: misterioso gremio con actividades por todo Lether

Huldo: restaurante de Letheras

Lether: el reino y sus protectorados

Letheras: capital de Lether

Mercados de Abajo: distrito de Letheras

Plaza Burl: plaza de Letheras

Prestamistas de Urum: establecimiento de Letheras

Puente Soulan: puente de Letheras

Rild: restaurante de Letheras

Talón del Errante: callejón de Letheras

Torre Tarancede: torre de vigilancia con vistas al puerto de Trate

Último Callejón de Sherp: callejón de Letheras

CIUDADES ALDEAS Y FUERTES LETHERII

Antigua Katter

Antiguo Gedure
Arnés
Brida
Carga
Cinco Puntas
Desden
Dique del Minero
Disidencia
Dresh
Estelas
Fent Límite
Fuerte Alto
Fuerte Temblor
Gedry
La Rectoría
Letheras
Lezna
Primer fuerte de la Doncella
Primer Límite
Segundo fuerte de la Doncella
Tercer fuerte de la Doncella
Thetil
Torre Brans
Trate
Tregua

PROTECTORADOS LETHERII
Islas Carapicada
Karn
Korshenn
Piloto
Rosazul

REINOS VECINOS
Kolanse

EJÉRCITO LETHERII
Batallón Arcilla Fría
Batallón Artesano
Batallón Buscablanco
Batallón de los Mercaderes
Batallón Rosazul
Brigada Chaquetas de Hierba
Brigada Despertar de la Ola
Brigada Harridicta
Brigada Rampante Carmesí
Guarnición de Fent
Guarnición de la Doncella
Legión Katter
Legión Temblor
Legión Trate

FRASES LETHERII
Acero estilo azul: uno de los primeros métodos de forja
Acero letherii: método secreto de forja
Catapulta dresh: arma de guerra de múltiples cuadrillos
Diques: valor más común del dinero de Lether
Fiebre de Tregua: fiebre común y curable
Hermanas Amortajadas del Trono Vacío: educadoras
Leche de colmillos: bebida alcohólica

Letherii: perteneciente a Lether, es también el nombre del idioma y de los habitantes

Lupo: pez carnívoro muy grande que vive en el río Lether y en los canales de Letheras

Mozuelo: el valor más bajo del dinero de Lether

Niveles: moneda de los acaudalados de Lether

Ootooloo: criatura marina primitiva pero singular procedente de Rosazul

Picos: moneda de los que están podridos de dinero en Lether

Séptimo Cierre, el: renacimiento profetizado

LUGARES Y NOMBRES TISTE EDUR

Arapay: tribu subyugada de tiste edur cuyas tierras se sitúan más al este

Beneda: tribu subyugada de tiste edur

Criaderos Calach: costa donde se reproducen las focas de colmillos

Cuenco de Piedra: depresión natural en la base de una garganta al norte de la aldea hiroth principal

Den-Ratha: tribu subyugada de tiste edur cuyas tierras se sitúan más al norte

Ensenada Hasana: ensenada reclamada por los tiste edur

Ensenada Kaschan: ensenada reclamada por los tiste edur

Hiroth: tribu dominante de tiste edur

K’orthan: barcos largos de ataque

K’risnan: cuadro de magos del rey hechicero

Knarri: nave de pesca y caza de ballenas

Merude: tribu subyugada de tiste edur

Morok: árbol de hojas azules utilizado en ritos funerarios

Sollanta: tribu subyugada de tiste edur

OTROS NOMBRES, TÍTULOS Y TÉRMINOS

Eres'al, (la): diosa espíritu de los nerek

Faraed: pueblo asimilado por Lether

Fent: pueblo asimilado por Lether

Jheck: tribu del norte

Kenryll'ah: tipo de demonio

Kenyll'rah: tipo de demonio

Khalibaral: tipo de demonio

Los Seregahl: los cinco dioses de los tarthenal

Magos de Ónice: hechiceros de Rosazul (derrotados en la conquista)

Meckros: civilización de ciudades flotantes móviles

N'purel: el pez bigotudo del mundo natal de los kenyll'rah

Nachts: versión de los bhok'arala criada por los jaghut

Nerek: pueblo asimilado por Lether

Tarthenal: pueblo asimilado por Lether

MITOS (LETHERII, EDUR Y OTROS)

Señor de las Alas Negras: divinidad venerada en Rosazul

Kilmandaros: diosa ancestral

Mael: dios ancestral

Menandore: la Traidora, Amanecer

Scabandari Ojodesangre: padre Sombra, Emurlahnis

Sheltatha Sabiduría: hija Atardecer

Silchas Ruina: el Traidor

Sukul Ankhadu: la Inconstante, Moteada

LAS FORTALEZAS

LAS LOSAS

La Fortaleza de la Bestia
Saliente de Hueso
Anciano
Arpía
Vidente
Chamán
Cazador
Rastreador

La Fortaleza de Azath
Piedra del Corazón
Guardián
Portal
Camino
Constructor
Tumba
Invitado
Túmulo
Raíz
Muro

La Fortaleza del Dragón
Reina
Consorte
Vasallo
Caballero
Puerta

Wyval
La Señora
Bebedor de Sangre
Trazador de Caminos

La Fortaleza de Hielo
Trono de Hielo
Caminante
Cazadora
Trazador
Portador
Hijo
Semilla

La Fortaleza Vacía
Trono Vacío
Vagabundo
Señora
Vigilante
Caminante
Salvador
Traidor

Los Fulcra (Neutrales)
Buscaformas
La Manada
El Errante
Hacha (Eres)
Cuervo (Cuervo Blanco)
Fuego
Dolmen
Filo
Nudillos

STEVEN ERIKSON nació en Toronto, Canadá, en 1959. Estudió Antropología y Arqueología antes de matricularse en una escuela de escritura.

Desde que empezara a escribir en 1993, ha firmado algunas novelas con su nombre, Steven Lundin, pero ha conocido el éxito bajo su seudónimo, gracias a la saga ‘Malaz: El libro de los caídos’, calificada como la obra de fantasía más importante desde ‘Canción de hielo y fuego’ de George R. R. Martin. ‘El mundo de Malaz’ surgió de las mentes de Steven Erikson y del también escritor Ian C. Esslemont. En un principio, lo idearon para que fuera el escenario de un juego de rol. En 1991, Erikson plasmó su primera historia de ‘Malaz: El libro de los caídos’ en un guión, pero no cuajó, y derivó finalmente en Los jardines de

la Luna, ya que el libro era el soporte más adecuado para el extenso universo de fantasía que había creado. Cuando, a finales de los años noventa, el libro salió al mercado británico, generó tal expectación entre los editores que Transworld, una de las ramas de Random House, entregó el mayor adelanto pagado hasta el momento por una serie de fantasía.

Erikson no es un autor convencional, y lo demuestra distanciándose de los estereotipos del género: sus personajes no se ajustan a los tópicos asociados a sus roles, la trama no sigue una estructura lineal, sino que empieza en el medio de la acción, y ha sido alabado por tener el valor de matar a algunos de sus personajes principales, rompiendo con el esquema habitual de que el «bueno» siempre debe salir airoso de las situaciones más inverosímiles.